



COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

JUAN

JOHN MACARTHUR

“Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual”.

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*



COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

JUAN

JOHN MACARTHUR

“Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual”.

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

JUAN

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

JUAN

JOHN MACARTHUR



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad—con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Juan

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: John 1-11* © 2006 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: John 12-21* © 2008 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Juan* © 2011 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Andrés Díaz Pachón

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1806-8 (rústica)

ISBN 978-0-8254-0767-3 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-8536-7 (epub)

1 2 3 4 5 / 15 14 13 12 11

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Dedicatoria

Dedicado a la memoria de Jon Campbell, cuya generosidad y gracia nos hizo anticipar a todos la dulzura del cielo que él ahora disfruta.

A David y Mary Anne Wismer, quienes comparten mi amor por la Verdad, escrita y encarnada, poseedores de una bondad abundante y una amistad perdurable que han agraciado mi vida con aliento y alegría.

Contenido

Dedicatoria

Prólogo

Introducción a Juan

1. La Palabra divina (Jn. 1:1-5)
2. Respuesta a la Palabra encarnada (Jn. 1:6-13)
3. La gloria de la Palabra encarnada (Jn. 1:14-18)
4. El testimonio de Juan el Bautista sobre Cristo (Jn. 1:19-37)
5. El equilibrio de la salvación (Jn. 1:38-51)
6. El primer milagro de Cristo (Jn. 2:1-11)
7. Jesús muestra su divinidad (Jn. 2:12-25)
8. El nuevo nacimiento (Jn. 3:1-10)
9. La respuesta al ofrecimiento divino de la salvación (Jn. 3:11-21)
10. De Juan a Jesús (Jn. 3:22-36)
11. El agua viva (Jn. 4:1-26)
12. El salvador del mundo (Jn. 4:27-42)
13. La respuesta de Cristo a la incredulidad (Jn. 4:43-54)
14. Jesús perseguido (Jn. 5:1-16)
15. La declaración más sorprendente jamás hecha (Jn. 5:17-24)
16. Las dos resurrecciones (Jn. 5:25-29)
17. Testigos de la divinidad de Cristo (Jn. 5:30-47)
18. Una comida milagrosa (Jn. 6:1-15)
19. Características de los discípulos falsos y verdaderos (Jn. 6:16-29)
20. El pan de vida—Primera parte: Jesús, el verdadero pan del cielo (Jn. 6:30-50)
21. El pan de vida—Segunda parte: Apropiación del pan de vida (Jn. 6:51-59)
22. El pan de vida—Tercera parte: Respuesta al pan de vida (Jn. 6:60-71)
23. En el calendario divino (Jn. 7:1-13)
24. Verificación de las afirmaciones de Cristo (Jn. 7:14-24)
25. Reacciones a las afirmaciones de Cristo (Jn. 7:25-36)
26. Respuesta a la pregunta más importante de la vida (Jn. 7:37-52)

27. Jesús confronta la hipocresía (Jn. 7:53—8:11)
28. Jesús: La luz del mundo (Jn. 8:12-21)
29. Cómo morir en sus pecados (Jn. 8:22-30)
30. La verdad los hará libres (Jn. 8:31-36)
31. ¿Hijos de Abraham o de Satanás? (Jn. 8:37-47)
32. Jesús confronta a sus enemigos (Jn. 8:48-59)
33. Jesús abre los ojos del ciego (Jn. 9:1-12)
34. Los incrédulos investigan un milagro (Jn. 9:13-34)
35. ¿Visión espiritual o ceguera espiritual? (Jn. 9:35-41)
36. El buen pastor (Jn. 10:1-21)
37. Rechazo a las afirmaciones de Cristo (Jn. 10:22-42)
38. La resurrección y la vida—Primera parte: Enfermedad para la gloria de Dios (Jn. 11:1-16)
39. La resurrección y la vida—Segunda parte: La llegada del Salvador (Jn. 11:17-36)
40. La resurrección y la vida—Tercera parte: La resurrección de Lázaro (Jn. 11:37-44)
41. La resurrección y la vida—Cuarta parte: Reacciones a la resurrección de Lázaro (Jn. 11:45-57)
42. La culminación del odio y del amor (Jn. 12:1-11)
43. El Rey vino a morir (Jn. 12:12-16)
44. El evangelio se extiende: Un anticipo de la salvación de los gentiles (Jn. 12:17-26)
45. Frente a la cruz (Jn. 12:27-34)
46. El día en que se fue la luz (Jn. 12:35-50)
47. La humildad del amor (Jn. 13:1-17)
48. Se desenmascara al traidor (Jn. 13:18-30)
49. La norma suprema del amor sacrificial (Jn. 13:31-38)
50. Consuelo para corazones angustiados (Jn. 14:1-14)
51. El legado de Jesús (Jn. 14:15-26)
52. Paz sobrenatural (Jn. 14:27)
53. Significado de la muerte de Jesús para Él (Jn. 14:28-31)
54. La vid y los pámpanos (Jn. 15:1-11)
55. Los amigos de Jesús (Jn. 15:12-16)
56. Aborrecidos por el mundo (Jn. 15:17-25)

57. El Espíritu Santo: Testigo poderoso (Jn. 15:26-27)
58. El Espíritu Santo convence al mundo (Jn. 16:1-11)
59. El Espíritu Santo revela la verdad (Jn. 16:12-15)
60. De la tristeza al gozo (Jn. 16:16-24)
61. Tres virtudes cristianas fundamentales (Jn. 16:25-33)
62. La verdadera oración del Señor (Jn. 17:1)
63. La oración de Jesús y el plan eterno de Dios (Jn. 17:1b-5)
64. Jesús ora por sus discípulos—Primera parte: Como aquellos que el Padre le entregó (Jn. 17:6-10)
65. Jesús ora por sus discípulos—Segunda parte: Como aquellos que está por dejar (Jn. 17:11-19)
66. Jesús ora por todos los creyentes—Primera parte: Que estén unidos en la verdad en el presente (Jn. 17:20-23)
67. Jesús ora por todos los creyentes—Segunda parte: Para que un día estén reunidos en la gloria (Jn. 17:24-26)
68. Traición y arresto de Jesús (Jn. 18:1-11)
69. Juicio de Jesús y negación de Pedro (Jn. 18:12-27)
70. Jesús ante Pilato—Primera parte: Primera fase del juicio civil (Jn. 18:28-38)
71. Jesús ante Pilato—Segunda parte: Segunda fase del juicio civil (Jn. 18:39—19:16)
72. La crucifixión de Jesucristo (Jn. 19:17-30)
73. El Salvador que conquistó la muerte (Jn. 19:31—20:10)
74. El Cristo resucitado (Jn. 20:11-31)
75. Epílogo—Primera parte: ¿Esfuerzo propio o poder espiritual? (Jn. 21:1-14)
76. Epílogo—Segunda parte: Cómo ser un cristiano comprometido (Jn. 21:15-25)

Bibliografía

Índice de palabras griegas

Índice de palabras latinas

Índice temático

Prólogo

El mensaje del Evangelio de Juan es simple. El apóstol escribe con claridad directa y en palabras que hacen la verdad accesible para cada lector. Tal hecho es clave, pues este es el Evangelio de la salvación, escrito para los incrédulos. Juan lo dijo de este modo:

Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (Jn. 20:30-31).

En este comentario he intentado dejar la verbosidad y solo decir lo que es directamente útil para la comprensión del texto. Hay poca digresión y no hay ningún intento de embellecer el contenido. Eso supone un distanciamiento de estilo con mis otros comentarios, pues en ellos suelo presentar abundancia de material ilustrativo, teológicamente relacionado. No quiere esto decir que no haya temas gloriosos por todo Juan, temas que puedan y deban desarrollarse en el proceso de exposición y de comparación entre diversas Escrituras. Pero esa tarea en su mayor parte la he dejado a otros en esta ocasión, para favorecer el flujo y la adherencia concisa a la intención declarada por el propio apóstol Juan. En ocasiones sentí que debía escribir más, a veces menos. Pero mi objetivo deliberado a lo largo de todo el libro ha sido servir al mensaje inspirado evitando interrupciones que minimizan, permitiendo que la Palabra hable sin añadir nada más que las explicaciones esenciales y sin derivar del texto a pasajes paralelos para mantener así la simplicidad y la claridad de la verdad organizada e inspirada por el Espíritu. Espero haberlo logrado.

En este relato profundo, pero sencillo sobre la venida del Hijo de Dios para redimir a los pecadores se encuentra el mensaje más necesario que alguien habrá de oír o entender. Con solo un poco de clarificación y trasfondo, éste proclama a la mente del pecador humilde y dispuesto la verdad que transforma eternamente.

JOHN MACARTHUR
Febrero de 2008

Introducción a Juan

Juan es único entre los Evangelios. Los tres primeros—Mateo, Marcos y Lucas—se conocen como los sinópticos (de la palabra griega cuyo significado es “ver en conjunto”) por causa de las semejanzas entre ellos. Aunque cada uno tiene sus propios énfasis y temas distintivos, los sinópticos tienen mucho en común. Siguen el mismo esquema general de la vida de Cristo y son similares en contenido, estructura y perspectiva.

Pero incluso una lectura superficial de Juan revela fuertes diferencias con los tres primeros. Los cuatro contienen una mezcla de historia narrativa y discursos de Jesús. Sin embargo, en comparación, el Evangelio de Juan contiene una proporción más alta de discursos que de narrativa. A diferencia de los sinópticos, Juan no contiene parábolas, discursos escatológicos, relatos sobre exorcismos o sanidades de leprosos hechas por Jesús; no hay una lista de los doce apóstoles ni hay una institución formal de la Santa Cena. Tampoco registra Juan los acontecimientos del nacimiento, bautismo, transfiguración, tentación, agonía en Getsemaní ni la ascensión de Jesús.

Por otra parte, Juan incluye una gran cantidad de material que no se encuentra en los sinópticos (más del noventa por ciento del evangelio): el prólogo, en el cual se describe la preexistencia y la encarnación de Cristo (1:1-18), el ministerio temprano en Judea y Samaria (caps. 2—3), su primer milagro (2:1-11), su diálogo con Nicodemo (3:1-21), su encuentro con la mujer samaritana (4:5-42), la curación de un cojo y un ciego en Jerusalén (5:1-15; 9:1-41), su discurso del pan de vida (6:22-71), su afirmación de ser el agua viva (7:37-38), su apropiación del nombre de Dios (véase la explicación de 8:24 en el capítulo 29 de este volumen), su discurso cuando se presenta como el buen pastor y las consecuencias (10:1-39), la resurrección de Lázaro (11:1-46), el lavado de los pies de los discípulos (13:1-15), el discurso en el aposento alto (caps. 13—16), la oración sacerdotal de Jesús (cap. 17), la pesca milagrosa (21:1-6) y la restauración de Pedro y predicción de su martirio (21:15-19). Juan también contiene más enseñanzas sobre el Espíritu Santo que la encontrada en los sinópticos.

Hay que tener en cuenta dos cosas relativas a las diferencias entre Juan y los Evangelios sinópticos. Primera, las diferencias no son contradicciones; no hay nada en Juan que contradiga los sinópticos y

viceversa. Segunda, no se deben exagerar tales diferencias. Tanto Juan como los sinópticos presentan a Jesucristo como el Hijo del Hombre, el Mesías de Israel (Mr. 2:10; Jn. 1:51) y el Hijo de Dios: Dios en carne humana (Mr. 1:1; Jn. 1:34). Los cuatro Evangelios lo describen como el Salvador que vino a salvar “a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21; cp. Jn. 3:16), murió en la cruz en sacrificio expiatorio y se levantó de los muertos.

El Espíritu Santo diseñó Juan y los sinópticos para complementarse entre sí. Representan “una tradición *entrelazada*, es decir... entre ellos se refuerzan o explican mutuamente” (D. A. Carson, Douglas J. Moo y Leon Morris, *Una introducción al Nuevo Testamento*, ed. Clie, Barcelona, 2005. Cursivas en el original en inglés, p. 161). Por ejemplo, en el juicio de Jesús (Mr. 14:58) y cuando Él estaba en la cruz (Mr. 15:29), sus enemigos lo acusaron de haber afirmado que destruiría el templo. Los sinópticos no registran la base para alegar tal falsedad pero Juan sí lo hace (2:19). Los sinópticos no explican por qué los judíos debían llevar a Jesús ante Pilato; Juan explica que los romanos les habían quitado el derecho a aplicar la pena capital (18:31). Los sinópticos ubican a Pedro en el patio del sumo sacerdote (Mt. 26:58; Mr. 14:54; Lc. 22:54-55), Juan explica cómo logró entrar (Jn. 18:15-16). El llamamiento de Pedro, Andrés, Jacobo y Juan (Mt. 4:18-22) se hace más inteligible a la luz de Juan 1:35-42, pues allí se revela que ellos ya habían departido con Jesús. Los sinópticos registran que inmediatamente después de haber alimentado a los cinco mil, Jesús despidió a la multitud (Mt. 14:22; Mr. 6:45); Juan revela por qué lo hizo: pretendían hacerlo rey (Jn. 6:15). El Evangelio de Juan evidencia que cuando el sanedrín se reunió el miércoles de la semana de la pasión para maquinar el arresto de Jesús (Mr. 14:1-2), simplemente estaban implementando una decisión tomada con anterioridad, después de la resurrección de Lázaro (Jn. 11:47-53).

La información de fondo no solo hace más inteligibles los pasajes de los sinópticos; lo opuesto también es cierto. Como Juan escribió décadas después de los demás, suponía que sus lectores conocían los acontecimientos registrados en los otros Evangelios. Las narraciones de Mateo y Lucas sobre el nacimiento del Verbo eternamente preexistente (Jn. 1:1) revelan cómo obtuvo Él una familia humana (Jn. 2:12). En 1:40 Juan presenta a Andrés diciendo que es el hermano de Pedro, aunque no ha mencionado al segundo todavía. Cuando el evangelista explica que “Juan [el Bautista] no había sido aún encarcelado” (Jn. 3:24), supone previo conocimiento de sus lectores sobre la ocurrencia de dicho

acontecimiento; sin embargo, el Evangelio de Juan no registra el encarcelamiento del Bautista, descrito en los sinópticos (Mt. 4:12; 14:3; Mr. 6:17; Lc. 3:20). Juan anotó: “Jesús mismo dio testimonio de que el profeta no tiene honra en su propia tierra” (Jn. 4:44); aun así, tal declaración no se encuentra en su propio Evangelio, aunque sí está registrada en los sinópticos (Mt. 13:57; Mr. 6:4; Lc. 4:24). Juan 6:67, 70-71 se refiere a los doce apóstoles pero, como ya se dijo, a diferencia de los sinópticos (Mt. 10:2-4; Mr. 3:14-19; Lc. 6:13-16), Juan no tiene una lista de ellos. Evidentemente, a juzgar por la forma en que presenta a Marta y María (11:1), Juan esperaba que sus lectores ya las conocieran, aunque no se hubiera referido a ellas con anterioridad; ellas aparecen en el Evangelio de Lucas (10:38-42). Bajo esa misma relación, Juan anotó que fue María quien ungió los pies del Señor (11:2). El autor no relataría esa historia hasta el capítulo 12, pero suponía que sus lectores la conocían por los sinópticos (Mt. 26:6-13; Mr. 14:3-9). La narración de Juan sobre la indecisión de Felipe para llevar a los griegos a Jesús hasta no consultarlo primero con Andrés (12:21-22) podría deberse a que los lectores conocían el mandamiento de Jesús sobre no ir por los caminos de los gentiles (Mt. 10:5).

AUTORÍA DEL EVANGELIO DE JUAN

Al igual que los otros tres Evangelios, el de Juan no nombra a su autor. Pero, de acuerdo con el testimonio de la iglesia primitiva, fue el apóstol Juan quien lo escribió. Ireneo (ca. 130-200 d.C.) fue la primera persona en mencionar explícitamente a Juan como el autor. En su obra *Contra las herejías*, escrita en el último cuarto del segundo siglo, Ireneo testificó: “Por fin [después de que se escribieron los Evangelios sinópticos] Juan, el discípulo del Señor ‘que se había recostado sobre su pecho’ (Jn 21:20; 13:23), redactó el Evangelio cuando residía en [Éfeso] (Ireneo, *Contra las herejías*, Carlos I. González, S.J., Ed. [Conferencia del episcopado mexicano, <http://www.multimedios.org/docs/d001092/>], 3.1.1). Su testimonio es especialmente valioso porque Ireneo fue discípulo de Policarpo (Eusebio, *Historia eclesiástica*, 5.20), quien fue discípulo del apóstol Juan (Ireneo, *Contra las herejías*, 3.3.4). De modo que había una línea directa de Ireneo a Juan, con solo un eslabón intermedio. Teófilo de Antioquía, quien vivió por la misma época de Ireneo, escribió: “Los santos escritos y los portadores [inspirados] del espíritu nos enseñan; Juan, uno de ellos, nos dice: ‘En el principio era el Verbo y el Verbo

estaba con Dios”” (*A Autólico*, 2.22). Después de Ireneo, los padres de la iglesia afirmaron de manera consecuyente que el apóstol Juan era el autor de este Evangelio. Así lo citan el *Canon muratorio* (una lista de libros neotestamentarios del siglo II), Tertuliano, Clemente de Alejandría, Orígenes, Dionisio de Alejandría y Eusebio.

Aunque los primeros escritores no nombran al apóstol Juan como su autor, muestran conocimiento del cuarto Evangelio. Justino Mártir (ca. 100-165 d.C.), citó Juan 3:5 (*Primera apología*, 61). Que Taciano, estudiante de Justino, incluyera a Juan en el *Diatessarón* (la más temprana armonización conocida de los Evangelios) sirve de mayor evidencia para mostrar que su maestro sí lo conocía. Incluso fuentes externas a la Iglesia (p. ej., gnósticos como Heracleón, Ptolomeo, Basírides; el evangelio apócrifo de Tomás; Marción, quien rechazó todos los Evangelios excepto Lucas; y Celso el oponente pagano del cristianismo) reconocieron que el cuarto Evangelio fue escrito por Juan, aunque rechazaban o tergiversaban su verdad.

El título (*Según san Juan* o *Evangelio según san Juan*) no es parte del texto original inspirado, pero se añadió después en manuscritos posteriores. No obstante, nunca se ha encontrado ningún manuscrito que atribuya el Evangelio de Juan a un autor diferente a él. Daniel B. Wallace indica:

La secuencia continua sugiere reconocimiento (o al menos aceptación) de la autoría juanina desde tiempos tan tempranos como el primer cuarto del siglo II. De hecho, el Evangelio de Juan es único entre los evangelistas pues dos papiros antiguos (p⁶⁶ y p⁷⁵, datados cerca del 200) atestiguan la autoría juanina. Como estos dos manuscritos no tenían relación cercana el uno con el otro, esta tradición común [de su autoría], debe precederlos en al menos tres o cuatro generaciones de copiado (“The Gospel of John: Introduction, Argument, Outline” [El Evangelio de Juan: Introducción, argumento, bosquejo] [Biblical Studies Press: www.bible.org, 1999]).

A diferencia de los Evangelios canónicos, los evangelios espurios, escritos por falsificadores, afirmaban haber sido escritos por alguna figura prominente de la Iglesia primitiva, pero no pudieron sobrevivir al escrutinio interno y externo. Por otra parte, los Evangelios verdaderos siempre han soportado cada examen legítimo en cuanto a la autoría,

aunque los nombres de los autores no se incluyeran.

El pasaje existente más antiguo de un libro neotestamentario es un pequeñísimo fragmento (p⁵²) que contiene unos pocos versículos de Juan 18 y cuya datación es cercana o anterior al 130 d.C. (Otro fragmento antiguo, conocido como el Papiro Egerton 2, también cita porciones del Evangelio de Juan. Los eruditos lo datan con fecha anterior a la mitad del siglo II). Los críticos del siglo XIX dataron confiadamente el Evangelio de Juan en la segunda mitad del siglo II. El descubrimiento del p⁵² al comienzo del siglo XX sentenció la muerte de tal perspectiva. El fragmento se encontró en una región remota de Egipto. El tiempo para que el Evangelio de Juan haya circulado hasta tan lejos quiere decir que se escribió durante el primer siglo. Además de los fragmentos de manuscritos mencionados anteriormente, hay evidencia arqueológica en la cual se sugiere que al comienzo del siglo II ya se conocía el Evangelio de Juan (cp. Leon Morris, *El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], pp. 28-29 del original en inglés).

Aparte del testimonio externo, la evidencia interna también apunta a que Juan es el autor. B. F. Westcott, comentarista y erudito textual del siglo XIX, resume dicha evidencia en una serie de círculos concéntricos que estrechan gradualmente el enfoque hasta llegar al apóstol Juan (*The Gospel According to St. John* [El Evangelio según San Juan] [Reimpresión; Grand Rapids: Eerdmans, 1978], pp. v-xxiv). Su razonamiento todavía sigue siendo válido hoy; “A Westcott no se le ha refutado, se le ha pasado por alto. Nadie parece haber tratado su argumento masivo adecuadamente” (Morris, *Juan*, p. 9 del original en inglés). Tal argumento puede resumirse de manera sucinta como sigue:

1. *El autor era judío.* Conocía las opiniones contemporáneas judías sobre una amplia gama de asuntos: el Mesías (p. ej., 1:21, 25; 6:14-15; 7:26-27, 31, 40-42; 12:34); la importancia de la educación religiosa formal (7:15); la relación del sufrimiento con el pecado personal (9:2) y la actitud de los judíos hacia los samaritanos (4:9), las mujeres (4:27) y los judíos helénicos de la diáspora (7:35). Conocía las costumbres judías; por ejemplo, la necesidad de evitar la inmundicia ceremonial derivada del contacto con los gentiles (18:28), la necesidad de purificación antes de celebrar la pascua (11:55), las costumbres matrimoniales (2:1-10) y las funerales (11:17-44; 11:55). Conocía las grandes fiestas judías de la pascua (2:13; 6:4; 11:55), los tabernáculos (enramadas, 7:2) y la dedicación (*Hanukkah*; 10:22).

2. *El autor era judío palestino.* Tenía conocimiento detallado de los

lugares, disponible solo para quien realmente haya vivido en Palestina. Distinguía la Betania de más allá del Jordán (1:28) de la Betania a las afueras de Jerusalén (11:1) y conocía la distancia precisa entre estas dos últimas ciudades (11:18). Conocía Jerusalén, describió al menos tres lugares que no se mencionan en los sinópticos (el estanque de Betesda [5:2], el estanque de Siloé [9:7; aunque Lucas menciona una torre cerca al estanque en Lucas 13:4] y el torrente de Cedrón [18:1]). También conocía detalladamente el templo (2:14, 20; 8:20; 10:23).

3. *El autor fue testigo ocular.* Dio detalles específicos, aunque no fueran esenciales para el relato. Muchos de esos detalles no podrían haber venido de los sinópticos, donde no aparecen registrados. Estos incluyen el nombre del padre de Judas Iscariote (6:71; 13:2, 26), cuánto tiempo estuvo Lázaro en la tumba (11:17, 39), cuánto tiempo estuvo Jesús en Sicar (4:40, 43), el tiempo preciso en el cual ocurrieron ciertos acontecimientos (1:39; 4:6, 52; 19:14; cp. 13:30) y cifras exactas (1:35; 2:6; 6:9, 19; 19:23; 21:8, 11). Él fue el único en decir que, en la alimentación de los cinco mil, los panes del niño estaban hechos de cebada (6:9); que cuando María ungió los pies de Jesús con perfume, la casa se llenó con su fragancia (12:3); que, durante la entrada triunfal, las ramas que el pueblo le tendió junto al camino eran de palma (12:13); que había soldados romanos en el grupo que acompañó a Judas en Getsemaní (18:3, 12), que la túnica de Jesús no tenía costuras (19:23) y que su sudario estaba separado de los lienzos (20:7).

4. *El autor era un apóstol.* Estaba íntimamente al tanto de lo que pensaban y sentían los doce (p. ej., 2:11, 17, 22; 4:27; 6:19; 12:16; 13:22, 28; 20:9; 21:12).

5. *El autor era el apóstol Juan.* Es notorio que el apóstol Juan, mencionado alrededor de veinte veces en los Evangelios sinópticos, no se menciona ni una vez en su Evangelio. “No es fácil pensar en una razón por la cual alguno de los primeros cristianos debería haber omitido toda mención a tan prominente apóstol” (Morris, *Juan*, p. 11 del original en inglés). Más aún, solo una persona prominente, cuya autoridad no se cuestionara, habría podido escribir un Evangelio tan marcadamente diferente de los otros tres (véase la explicación más arriba) y haber tenido la aceptación universal de la Iglesia.

En lugar de nombrar a Juan como autor, el Evangelio afirma haber sido escrito por “el discípulo a quien amaba Jesús” (21:20). Un análisis de los textos que lo mencionan deja claro que el discípulo amado es el apóstol Juan. La primera pista para identificarlo es que él estaba presente

en la última cena (13:23). Como solo los Doce estaban presentes en la cena (Mt. 26:20; Mr. 14:17-18; Lc. 22:14), el discípulo amado debía de haber sido un apóstol (lo cual quiere decir que no podría ser Juan Marcos, Lázaro o el joven rico [¡Quien ni siquiera era creyente! Mt. 19:22], como han propuesto algunos críticos). Aún más, Juan 21:2 cierra su identificación a Pedro, Tomás, Natanael, los hijos de Zebedeo o los otros dos discípulos sin nombre. Pedro, Tomás y Natanael no pueden ser el discípulo amado porque aparecen por su nombre en el texto (tampoco puede ser Pedro porque hablan entre los dos [13:24; 21:7]). Los dos discípulos de nombre desconocido también pueden descartarse; si alguno de ellos fuese el discípulo amado y, por lo tanto, el autor del cuarto Evangelio, ¿por qué no los menciona el apóstol Juan por su nombre? Más aún, su cercanía con Jesús (“estaba recostado al lado de Jesús” [13:23]) en la última cena revela que el discípulo amado pertenecía al círculo interno de los doce. De esos tres, como ya se dijo anteriormente, no podía ser Pedro. Tampoco pudo haber sido Jacobo porque él fue mártir muy al comienzo para poder haber escrito el Evangelio de Juan (Hch. 12:2). Por un proceso de eliminación, el discípulo amado y autor del cuarto Evangelio (21:24) solo puede ser el apóstol Juan. Tal identificación se fortalece con la asociación cercana planteada entre Pedro y él (13:23-24; 20:2; 21:7), que era la situación de Juan (Lc. 22:8; Hch. 3:1-11; 4:13, 19; 8:14, Gá. 2:9).

A pesar de la poderosa evidencia interna y externa, muchos críticos, siempre en necesidad de atacar desesperadamente la integridad de las Escrituras para desacreditar su verdad y autoridad en sus vidas pecaminosas, niegan que el apóstol Juan haya escrito el cuarto Evangelio. Los argumentos que esgrimen son reflejo de la incredulidad, falta de convencimiento y a menudo muy subjetivos. Algunos argumentan que Juan, como su hermano Jacobo, fue martirizado muy pronto para haber escrito el Evangelio. Pero tal perspectiva toma como base una mala interpretación de Marcos 10:39, donde tan solo se indica que los dos hermanos sufrirían, no necesariamente que los dos serían mártires.

Otros señalan a “Juan el Anciano”, mencionado por Papías (de acuerdo a la interpretación de Eusebio). Pero es poco probable que esa persona hubiese siquiera existido, mucho menos escrito algo (D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], *The Pillar New Testament Commentary* [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], pp. 69-70).

Otro argumento esgrimido sin base alguna por los críticos es que la

crisología del cuarto Evangelio es demasiado avanzada para que se haya escrito en la primera generación de cristianos. Pero la crisología de Juan fue revelación divina (algo a lo cual los críticos se oponen) y está en armonía con el resto del Nuevo Testamento (cp. Ro. 9:5; Fil. 2:6; Col. 2:9; Tit. 2:13; 2 P. 1:1).

Hay incluso otros escépticos, espiritualmente ciegos, para quienes un pescador sin educación (Hch. 4:13), no podría haber tenido la suficiente fluidez del griego para haber escrito el cuarto Evangelio. Pero Hechos 4:13 no quiere decir que Juan fuera iletrado, tan solo que no se había educado en las escuelas rabínicas (cp. Jn. 7:15). Galilea estaba cerca de una región con predominancia gentil llamada Decápolis, al sureste del lago de Galilea. También existe evidencia de que el griego se hablaba comúnmente por toda la Palestina en el siglo I (cp. Robert L. Thomas y Stanley N. Gundry, “The Languages Jesus Spoke” [Las lenguas que habló Jesús] en *A Harmony of the Gospels* [La armonía de los Evangelios] [Chicago: Moody, 1978], pp. 309-312). Además, Juan escribió este Evangelio después de vivir y ministrar muchos años en medio de personas que hablaban griego en Éfeso (véase más abajo). Por lo tanto, no es sensato hacer presuposiciones dogmáticas con respecto a su competencia con el griego.

Una mirada más cercana a Juan revela que él era el más joven de los dos hijos de Zebedeo (casi siempre se cita primero a Jacobo cuando los dos se mencionan juntos, lo cual sugiere que él era mayor), un pescador próspero del lago de Galilea que poseía una barca y contrataba sirvientes (Mr. 1:20). La madre de Juan era Salomé (compárese Mr. 15:40 con Mt. 27:56), quien contribuía financieramente al ministerio de Jesús (Mt. 27:55-56) y quien habría sido hermana de María, la madre de Jesús (Jn. 19:25). Si es así, Juan y Jesús fueron primos.

Juan aparece por primera vez en las Escrituras como discípulo de Juan el Bautista (Jn. 1:35-40; aunque es característico que no se nombre a sí mismo). El apóstol Juan dejó a Juan el Bautista y siguió a Jesús cuando el Bautista señaló al Señor como Mesías (1:37). Después de permanecer con él por un tiempo, Juan volvió al negocio de la pesca de su padre. Más adelante, se hizo discípulo permanente de Jesús (Mt. 4:18-22).

Junto con su hermano Jacobo y con Pedro, compañero de pesca, Juan era uno de los tres discípulos más íntimos de Jesús (cp. Mt. 17:1; Mr. 5:37; 13:3; 14:33). Después de la ascensión, Juan llegó a ser uno de los líderes de la iglesia de Jerusalén (Hch. 1:13; 3:1-11; 4:13-21; 8:14; Gá.

2:9). De acuerdo con la tradición, Juan pasó las últimas décadas de su vida en Éfeso, allí fue obispo de las iglesias en la región circundante (Clemente de Alejandría, *¿Quién es el hombre rico que se salvará?*, 42) y escribió sus tres cartas (ca. 90-95 d.C.). Juan vivió, según Ireneo (*Contra las herejías*, 3.3.4), hasta el tiempo del Emperador Trajano (98-117 d.C.), hacia el final de su vida lo desterraron a la isla de Patmos. Allí recibió y escribió las visiones del Apocalipsis (ca. 94-96 d.C.).

A pesar de su reputación como “el apóstol del amor”, Juan tenía un temperamento fuerte. Jesús llamó a Juan y Jacobo “los hijos del trueno” (Mr. 3:17) y los dos hermanos vivieron a la altura de dicho sobrenombre. Cuando en una villa samaritana rehusaron seguir a Jesús y sus discípulos, sobreestimando su papel apostólico, Jacobo y Juan le preguntaron impulsivamente al Señor: “¿Quieres que mandemos que descienda fuego del cielo... y los consuma?” (Lc. 9:54). La única parte de los Evangelios sinópticos donde Juan actúa y habla solo, revela la misma actitud; le dice a Jesús: “Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre; y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros” (Lc. 9:49).

Aunque con el tiempo Juan se hizo más suave con las personas (Hago un delineamiento de su carácter espiritual en mi libro *Doce hombres comunes y corrientes* [Nashville: Caribe Betania, 2004]), nunca perdió su pasión por la verdad. Dos viñetas de sus años en Éfeso así lo revelan: De acuerdo con Policarpo, “Juan, el discípulo del Señor, habiendo ido a los baños en [Éfeso], divisó en el interior a Cerinto. Entonces prefirió salir sin haberse bañado, diciendo: ‘Vayámonos, no se vayan a venir abajo los baños, porque está adentro Cerinto, el enemigo de la verdad’” (Ireneo, *Contra las herejías*, Carlos I. González, S.J., Ed. [Conferencia del episcopado mexicano, <http://www.multimedios.org/docs/d001092/>], 3.3.4). Clemente de Alejandría también relata cómo entró Juan muy audazmente al campamento de una banda de ladrones cuyo capitán había profesado alguna vez la fe en Cristo y lo guió al verdadero arrepentimiento (*¿Quién es el rico que se salvará?*, 42).

LUGAR Y FECHA DE ESCRITURA

En el Evangelio no hay nada específico que indique cuándo se escribió. Las fechas dadas por los eruditos conservadores están en el tiempo que abarca desde la caída de Jerusalén hasta la última década del siglo I (como se anotó anteriormente, se descarta que la fecha esté en el segundo siglo por el descubrimiento de los fragmentos de papiro p⁵² y del Papiro

Egerton 2). Varias consideraciones favorecen una fecha al final de dicho período de tiempo (ca. 80-90 d.C.). El Evangelio de Juan se escribió mucho después de la muerte de Pedro (ca. 67-68 d.C.) por el rumor de que Juan viviría para ver la Segunda Venida (Jn. 21:22-23). El rumor habría sido más plausible cuando Juan ya fuera anciano. Juan no menciona la caída de Jerusalén ni la destrucción del templo (70 d.C.). Si su Evangelio se hubiera escrito al menos una década después de tal acontecimiento, ya no hubiera sido importado a sus lectores (de cualquier modo, la destrucción del templo habría sido menos importante para los gentiles y judíos de la diáspora que para los judíos palestinos). Finalmente, aunque no depende de los Evangelios sinópticos, Juan es consciente de ellos. La fecha más tardía da el tiempo para haberlos escrito y estar circulando entre los lectores de Juan. El testimonio de los padres de la iglesia confirma aún más que Juan fue el último de los Evangelios en escribirse (véase Ireneo, *Contra las herejías*, 3.1.1; Eusebio, *Historia eclesiástica*, 3.24, 6.14).

De acuerdo con la tradición uniforme de la iglesia primitiva, Juan escribió su Evangelio mientras vivía en Éfeso.

PROPÓSITO

Juan es el único de los Evangelios que contiene una declaración precisa sobre el propósito del autor: “Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (20:31). El objetivo de Juan era doble: apologético (“para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios”) y evangelístico (“y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”). En aras de mantener su propósito evangelístico, Juan usó el verbo *crear* cerca de cien veces—más del doble que en los sinópticos—para enfatizar que quienes creen en Jesús para salvación recibirán la vida eterna (3:15-16, 36; 4:14; 5:24, 39-40; 6:27, 33, 35, 40, 47-48, 54, 63, 68; 10:10, 28; 12:50; 14:6; 17:2-3; 20:31).

El propósito apologético de Juan, inseparable de su propósito evangelístico, era convencer a sus lectores de la verdadera identidad de Jesús. Lo presenta como Dios encarnado (1:1, 14; 8:23, 58; 10:30; 20:28), el Mesías (1:41; 4:25-26) y el Salvador del mundo (4:42). Para tal fin, Juan enfatizó en repetidas ocasiones las señales milagrosas de Jesús (p. ej., 3:2; 6:2, 14; 7:31; 9:16; 11:47; 12:18; 20:30) y para ello incluyó ocho específicas: la conversión del agua en vino (2:1-11), la curación del

hijo de un oficial real (4:46-54), la curación de un cojo en el estanque de Betesda (5:1-18), la alimentación de los cinco mil (6:1-15), caminar sobre el Mar de Galilea (6:16-21), la curación de un ciego de nacimiento (9:1-41), la resurrección de Lázaro (11:1-45) y la provisión de una pesca milagrosa (21:6-11). Aparte de estas, estaba la señal más convincente de todas: la resurrección del propio Jesús (20:1-29).

En resumen, Juan presenta a Jesús como el Verbo eterno, el Mesías y el Hijo de Dios, quien entrega el regalo de la salvación a la humanidad. Y las personas responden ya sea por aceptación o rechazo de esta salvación que solo viene por creer en Él.

BOSQUEJO

- I. La encarnación del Hijo de Dios (1:1-18)
 - A. Su divinidad (1:1-2)
 - B. Su obra antes de la encarnación (1:3-5)
 - C. Su precursor (1:6-8)
 - D. Su rechazo (1:9-11)
 - E. Su recepción (1:12-13)
 - F. Su encarnación (1:14-18)
- II. La presentación del Hijo de Dios (1:19—4:54)
 - A. La presentación de Juan el Bautista (1:19-34)
 - 1. A los líderes religiosos (1:19-28)
 - 2. En el bautismo de Cristo (1:29-34)
 - B. La presentación a sus primeros discípulos (1:35-51)
 - 1. Andrés y Pedro (1:35-42)
 - 2. Felipe y Natanael (1:43-51)
 - C. Presentación en Galilea (2:1-12)
 - 1. Primera señal: el agua en vino (2:1-10)
 - 2. Los discípulos creen (2:11-12)
 - D. Presentación en Judea (2:13—3:36)
 - 1. Limpieza del templo (2:13-25)
 - 2. Enseñanza a Nicodemo (3:1-21)
 - 3. Predicación de Juan el Bautista (3:22-36)
 - E. Presentación en Samaria (4:1-42)
 - 1. Testimonio a la mujer samaritana (4:1-26)
 - 2. Testimonio a los discípulos (4:27-38)
 - 3. Testimonio a los samaritanos (4:39-42)
 - F. Presentación en Galilea (4:43-54)

1. Recepción de los galileos (4:43-45)
2. Segunda señal: curación del hijo de un noble (4:46-54)
- III. La oposición al Hijo de Dios (5:1—12:50)
 - A. Oposición en la fiesta de Jerusalén (5:1-47)
 1. Tercera señal: La sanidad de un paralítico (5:1-9)
 2. Rechazo de los judíos (5:10-47)
 - B. Oposición en Galilea (6:1-71)
 1. Cuarta señal: Alimentación de los cinco mil (6:1-14)
 2. Quinta señal: Jesús camina sobre el agua (6:15-21)
 3. Discurso del pan de vida (6:22-71)
 - C. Oposición en la fiesta de los tabernáculos (7:1—10:21)
 - D. Oposición en la fiesta de la dedicación (10:22-42)
 - E. Oposición en Betania (11:1—12:11)
 1. Séptima señal: Resurrección de Lázaro (11:1-44)
 2. El sanedrín planea matar a Cristo (11:45-57)
 3. María unge a Cristo (12:1-11)
 - F. Oposición en Jerusalén (12:12-50)
 1. La entrada triunfal (12:12-22)
 2. El discurso sobre la fe y el rechazo (12:23-50)
- IV. El Hijo de Dios prepara a los discípulos (13:1—17:26)
 - A. En el aposento alto (13:1—14:31)
 1. El lavamiento de los pies (13:1-20)
 2. El anuncio de la traición (13:31—14:31)
 - B. Camino al huerto (15:1—17:26)
 1. Instrucción a los discípulos (15:1—16:33)
 2. Intercesión al Padre (17:1-26)
- V. La ejecución del Hijo de Dios (18:1—19:37)
 - A. El rechazo de Cristo (18:1—19:16)
 1. Su arresto (18:1-11)
 2. Sus juicios (18:12—19:16)
 - B. La crucifixión de Cristo (19:17-37)
- VI. La resurrección del Hijo de Dios (19:38—21:23)
 - A. La sepultura de Cristo (19:38-42)
 - B. La resurrección de Cristo (20:1-10)
 - C. Las apariciones de Cristo (20:11—21:23)
 1. A María Magdalena (20:11-18)
 2. A los discípulos sin Tomás (20:19-25)
 3. A los discípulos con Tomás (20:26-29)
 4. Paréntesis: El propósito de Juan al escribir su Evangelio

(20:30-31)

5. A los discípulos (21:1-23)

VII. Conclusión (21:24-25)

1 La Palabra divina

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella. (1:1-5)

La sección de apertura del Evangelio de Juan expresa la verdad más profunda del universo en los términos más claros. Aunque un niño podría entenderla fácilmente, las palabras de Juan inspiradas por el Espíritu comunican una verdad imposible de asir aun para la capacidad de las más grandes mentes: el Dios infinito y eterno se hizo hombre en la persona del Señor Jesucristo. La verdad incontrovertible y gloriosa de que en Jesús el Verbo divino “fue hecho carne” (1:14) es el tema del Evangelio de Juan.

La deidad del Señor Jesucristo es un principio esencial y no negociable de la fe cristiana. Varias líneas de la evidencia bíblica confluyen para probar de manera concluyente que Él es Dios.

Primero, las declaraciones directas de las Escrituras afirman que Jesús es Dios. Juan registra varias de esas declaraciones para mantener el énfasis en la deidad de Cristo. El versículo inicial de su Evangelio declara “el Verbo [Jesús] era Dios” (véase la explicación de este versículo más adelante en este capítulo). En el Evangelio de Juan, Jesús asumió en repetidas ocasiones el nombre divino “Yo soy” (cp. 4:26; 8:24, 28, 58; 13:19; 18:5-6, 6, 8). En 10:30 afirmó ser uno en naturaleza y esencia con el Padre (dada la reacción de los judíos incrédulos en el v. 33 [compárese con 5:18], ellos reconocieron que esta era una afirmación de deidad). Tampoco corrigió Jesús a Tomás cuando él le dijo “¡Señor mío, y Dios mío!” (20:28); de hecho, lo alabó por su fe (v. 29). La reacción de Jesús es inexplicable de no haber sido Dios.

Pablo escribió a los filipenses que Jesús existía “en forma de Dios” y era “igual a Dios” (Fil. 2:6). En Colosenses 2:9 declaró: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”. Romanos 9:5 se refiere a Cristo como “Dios... bendito por los siglos”. Tito 2:13 y 2 Pedro

1:1 lo llaman “nuestro Dios y Salvador”. Dios Padre se dirige al Hijo como Dios en Hebreos 1:8: “Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino”. Juan se refiere a Jesucristo en su primera epístola como “el verdadero Dios” (1 Jn. 5:20).

Segundo, Jesucristo recibe títulos que se dan a Dios en otras partes de las Escrituras. Como ya se dijo anteriormente, Jesús tomó para sí el nombre divino “Yo soy”. Juan 12:40 cita Isaías 6:10, un pasaje que hace referencia a Dios en la visión del profeta (cp. Is. 6:5). Aun así, en el versículo 41 Juan declaró: “Isaías dijo esto cuando vio su gloria [la de Cristo; compárese con los vv. 36, 37, 42], y habló acerca de él”. Jeremías profetizó que el Mesías sería llamado “[El SEÑOR], justicia nuestra” (Jer. 23:6).

Tanto a Dios como a Jesús se les llama Pastor (Sal. 23—Jn. 10:14), Juez (Gn. 18:25—2 Ti. 4:1, 8), Santo (Is. 10:20—Sal 16:10; Hch. 2:27; 3:14), el primero y el postrero (o último) (Is. 44:6; 48:12—Ap. 1:17; 22:13), Luz (Sal. 27:1—Jn. 8:12), Señor del día de reposo (Éx. 16:23, 29; Lv. 19:3—Mt. 12:8), Salvador (Is. 43:11—Hch. 4:12; Tit. 2:13), el traspasado (Zac. 12:10—Jn. 19:37), Dios fuerte (Is. 10:21—Is. 9:6), Señor de señores (Dt. 10:17—Ap. 17:14), el Alfa y la Omega (Ap. 1:8—Ap. 22:13), Señor de la gloria (Sal. 24:10—1 Co. 2:8) y Redentor (Is. 41:14; 48:17; 63:16—Ef. 1:7; He. 9:12).

Tercero, Jesucristo posee los atributos incomunicables de Dios, aquellos únicos a Él. Las Escrituras revelan que Cristo es eterno (Mi. 5:2; Is. 9:6), omnipresente (Mt. 18:20; 28:20), omnisciente (Mt. 11:27; Jn. 16:30; 21:17), omnipotente (Fil. 3:21), inmutable (He. 13:8), soberano (Mt. 28:18) y glorioso (Jn. 17:5; 1 Co. 2:8; cp. Is. 42:8; 48:11, donde Dios declara que no le dará a otro su gloria).

Cuarto, Jesucristo hace obras que solo Dios puede hacer. Él creó todas las cosas (Jn. 1:3; Col. 1:16), sostiene la creación (Col. 1:17; He. 1:3), resucita a los muertos (Jn. 5:21; 11:25-44), perdona el pecado (Mr. 2:10; cp. v. 7) y sus palabras permanecen para siempre (Mt. 24:35; cp. Is. 40:8).

Quinto, Jesucristo recibió adoración (Mt. 14:33; 28:9; Jn. 9:38; Fil. 2:10; He. 1:6), aun cuando enseñaba que solo Dios debe ser adorado (Mt. 4:10). Las Escrituras también nos dicen que los hombres santos (Hch. 10:25-26) y los santos ángeles (Ap. 22:8-9) rehúsan la adoración.

Finalmente, Jesucristo recibió oración, la cual solo se debe dirigir a Dios (Jn. 14:13-14; Hch. 7:59-60; 1 Jn. 5:13-15).

Los versículos 1-18, el prólogo a la presentación de Juan sobre la

deidad de Cristo, son una sinopsis o descripción de todo el libro. En 20:31, Juan definió claramente su propósito al escribir su Evangelio: que sus lectores “crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre tengan vida” (NVI). Juan reveló a Jesucristo como “el Hijo de Dios”, la eterna segunda persona de la Trinidad. Se hizo hombre, el “Cristo” (Mesías), y se ofreció como sacrificio por los pecados. Quienes ponen su fe en Él tendrán vida en su nombre, pero quienes lo rechazan recibirán juicio y sentencia de castigo eterno.

La deidad de Jesús, presentada en el prólogo, se expone a lo largo de todo el libro con la cuidadosa selección juanina de afirmaciones y milagros que sellan el caso. Los versículos 1-3 del prólogo enseñan que Jesús es coigual y coeterno con el Padre; los versículos 4-5 se relacionan con la salvación que Él trajo, la cual anunció Juan el Bautista, su primer heraldo (vv. 6-8); los versículos 9-13 describen la reacción de la raza humana ante Él, ya sea rechazo (vv. 10-11) o aceptación (vv. 12-13); los versículos 14-18 resumen todo el prólogo.

El prólogo también presenta varios términos clave que aparecen a lo largo de todo el libro; tales incluyen luz (3:19-21; 8:12; 9:5; 12:35-36, 46), oscuridad (3:19; 8:12; 12:35, 46), vida (3:15-16, 36; 4:14, 36; 5:21, 24, 26, 39-40; 6:27, 33, 35, 40, 47-48, 51, 53-54, 63, 68; 8:12; 10:10, 28; 11:25; 12:25, 50; 14:6; 17:2, 3; 20:31), testimonio (o testificar, 2:25; 3:11; 5:31, 36, 39; 7:7; 8:14; 10:25; 12:17; 15:26-27; 18:37), gloria (2:11; 5:41, 44, 7:18; 8:50, 54; 11:4, 40; 12:41; 17:5, 22, 24) y mundo (3:16-17, 19; 4:42; 6:14, 33, 51; 7:7; 8:12, 23, 26; 9:5, 39; 10:36; 11:27; 12:19, 31, 46-47; 13:1; 14:17, 19, 22, 27, 30-31; 15:18-19; 16:8, 11, 20, 28, 33; 17:5-6, 9, 11, 13-16, 18, 21, 23-25; 18:36-37).

En estos primeros cinco versículos del prólogo del Evangelio de Juan hay tres evidencias de la deidad de Jesucristo, el Verbo encarnado: su preexistencia, su poder creador y su existencia propia.

LA PREEXISTENCIA DEL VERBO

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. (1:1-2)

Archē (**principio**) puede significar “fuente” u “origen” (cp. Col. 1:18; Ap. 3:14), o “regla”, “autoridad”, “gobernante” o “persona en autoridad” (cp. Lucas 12:11; 20:20; Ro. 8:38; 1 Co. 15:24; Ef. 1:21; 3:10; 6:12; Col. 1:16; 2:10, 15; Tit. 3:1). Las dos connotaciones son verdaderas para

Cristo, quien es el creador del universo (v. 3; Col. 1:16; He. 1:2) y su gobernante (Col. 2:10; Ef. 1:20-22; Fil. 2:9-11). Pero *archē* hace aquí referencia al **principio** del universo descrito en Génesis 1:1.

Jesucristo ya **era**, ya existía cuando se crearon los cielos y la tierra; por tanto, Él no es un ser creado, existía desde toda la eternidad (puesto que el tiempo comenzó con la creación del universo físico, cualquier cosa sucedida antes de la creación es eterna). “Entonces el Logos [Verbo] no comenzó a ser; más bien, en el punto en el que todo lo demás comenzó a ser, Él ya *era*. En el principio, donde sea que usted lo ubique, el Verbo ya existía. En otras palabras, el Logos es anterior al tiempo, es eterno”. (Marcus Dods, “John” en W. Robertson Nicoll, ed., *The Expositor’s Bible Commentary* [Reimpresión; Peabody: Hendrickson, 2002], p. 1:683. Cursivas en el original). Dicha verdad aporta la prueba definitiva de la deidad de Cristo, pues solo Dios es eterno.

El tiempo imperfecto del verbo *eimi* (**era**), con el cual se describe la continuidad de una acción en el pasado, refuerza aún más la preexistencia eterna del Verbo. Indica que Él estaba en continua existencia antes del principio. Pero es aún más significativo el uso de *eimi* en lugar de *ginomai* (“llegó a ser”). El segundo término se refiere a cosas que empiezan a existir (cp. 1:3, 10, 12, 14). Si Juan hubiese usado *ginomai*, habría implicado que el Verbo empezó a existir en el principio, junto con el resto de la creación. Pero *eimi* enfatiza que el Verbo siempre existió; nunca hubo un punto en el cual Él empezara a ser.

El concepto del **Verbo** (*logos*) está cargado de significado para judíos y griegos. Para los filósofos griegos el *logos* era el principio abstracto e impersonal de la razón y el orden en el universo. En algún sentido era una fuerza creadora, además de una fuente de sabiduría. La persona griega promedio podría no haber comprendido todos los matices de significado que los filósofos daban el término *logos*. Con todo, para el hombre común y corriente el término habría significado uno de los principios más importantes en el universo.

Entonces, para los griegos, Juan presentaba a Jesús como la personificación y encarnación del *logos*. Sin embargo, a diferencia del concepto griego, Jesús no era una fuente, fuerza, principio o emanación impersonal. En Él se hizo hombre el verdadero *logos* que era Dios, un concepto ajeno al pensamiento griego.

Pero *logos* no era solo un concepto del griego. La palabra del Señor también era un asunto importante en el Antiguo Testamento, un asunto que los judíos conocían muy bien. La palabra del Señor era la expresión

del poder y la sabiduría divinos. Con su palabra, Dios inició el pacto abrahámico (Gn. 15:1), le dio a Israel los diez mandamientos (Éx. 24:3-4; Dt. 5:5; cp. Éx. 34:28; Dt. 9:10), estuvo presente en la construcción del templo de Salomón (1 R. 6:11-13), se reveló a Samuel (1 S. 3:21), pronunció el juicio sobre la casa de Elí (1 R. 2:27), aconsejó a Elías (1 R. 19:9ss.), dirigió a Israel a través de sus heraldos (cp. 1 S. 15:10ss.; 2 S. 7:4ss.; 24:11ss.; 1 R. 16:1-4; 17:2-4, 8ss.; 18:1; 21:17-19; 2 Cr. 11:2-4), fue el agente de la creación (Sal. 33:6) y le reveló las Escrituras a los profetas (Jer. 1:2; Ez. 1:3; Dn. 9:2; Os. 1:1; Jl. 1:1; Jon. 1:1; Mi. 1:1; Sof. 1:1; Hag. 1:1; Zac. 1:1; Mal. 1:1).

A los lectores judíos, Juan les presentó a Jesús como la encarnación del poder y la revelación divina. Él inició el nuevo pacto (Lc. 22:20; He. 9:15; 12:24), instruye a los creyentes (Jn. 10:27), los une en un templo espiritual (1 Co. 3:16-17; 2 Co. 6:16; Ef. 2:21), reveló la Divinidad al hombre (Jn. 1:18; 14:7-9), juzga a quienes lo rechazan (Jn. 3:18; 5:22), dirige a la iglesia por medio de quienes ha llamado para hacerlo (Ef. 4:11-12; 1 Ti. 5:17; Tit. 1:5; 1 P. 5:1-3), fue el agente de la creación (Jn. 1:3; Col. 1:16; He. 1:2) e inspiró a los autores humanos del Nuevo Testamento (Jn. 14:26) por medio del Espíritu Santo que envió (Jn. 15:26). Jesucristo, como Verbo encarnado, es la palabra final para la humanidad: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo” (He. 1:1-2).

Luego Juan llevó su argumento un paso más allá. En su eterna preexistencia, **el Verbo era con Dios**. La traducción al español no conlleva toda la riqueza de la expresión griega (*pros ton theon*). Tal frase significa mucho más que la existencia del Verbo con Dios; describe a “dos seres personales, el uno frente al otro, enfrascados en un discurso inteligente” (W. Robert Cook, *The Theology of John* [La teología de Juan] [Chicago: Moody, 1979], p. 49). Jesús, desde toda la eternidad, como la segunda persona de la Trinidad, “estaba con el Padre [*pros ton patera*]” (1 Jn. 1:2) en comunión íntima y profunda. Tal vez *pros ton theon* se pueda explicar mejor como “cara a cara”. El Verbo es una persona, no un atributo de Dios o una emanación de Él. Y tiene la misma esencia del Padre.

Aun así, en un acto de condescendencia infinita, Jesús dejó la gloria del cielo y el privilegio de la comunión cara a cara con su padre (cp. Jn. 17:5). Con toda disposición “se despojó a sí mismo, tomando forma de

siervo, hecho semejante a los hombres... se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:7-8). Charles Wesley captó parte de esta verdad maravillosa en el conocido himno “Cómo en su sangre pudo haber”:

¿Cómo en su sangre pudo haber tanta ventura para mí,
si yo sus penas agravé y de su muerte causa fui?
¿Hay maravilla cual su amor? ¡Morir por mí con tal dolor!

Nada retiene al descender, excepto su amor y su deidad;
Todo lo entrega: gloria, prez, corona, trono, majestad.
Ver redimidos es su afán los tristes hijos de Adán.
¿Hay maravilla cual su amor? ¡Morir por mí con tal dolor!

La descripción que Juan hace del Verbo alcanza su pináculo en la tercera cláusula de su versículo inicial. El Verbo no solo existía desde toda la eternidad y tenía comunión cara a cara con Dios Padre, también **el Verbo era Dios**. Esa declaración simple, con tan solo cuatro palabras en español y en griego (*theos ēn ho logos*), tal vez sea la declaración más clara y directa sobre la deidad del Señor Jesucristo que se encuentre en las Escrituras.

Pero a pesar de su claridad, los grupos heréticos han pervertido el significado de sus palabras para dar respaldo a sus falsas doctrinas sobre la naturaleza del Señor Jesucristo; esto casi desde el momento en que Juan las escribió. Algunos anotan que *theos* (**Dios**) es anártrico (no precedido por un artículo definido) y argumentan con ello que es un nombre indefinido, luego traducen mal la frase como “el Verbo era divino” (es decir, como si solo poseyera algunas cualidades de Dios) o, aún más aterrador, “el Verbo era *un* dios”.

Sin embargo, la ausencia del artículo antes de *theos* no lo hace indefinido. *Logos* (**Verbo**) tiene el artículo definido para mostrar que es el sujeto de la frase (pues está en minúscula como *theos*). De modo que decir “Dios era el Verbo” no es válido porque “el Verbo”, no “Dios”, es el sujeto. Además, sería teológicamente incorrecto porque igualaría al Padre (“Dios”, con quien el Verbo estaba en la cláusula anterior) con el Verbo, negando así que son dos personas separadas. El atributo nominal (**Dios**) describe la naturaleza del Verbo, muestra que Él tiene la misma esencia del Padre (cp. H. E. Dana y Julius R. Mantey, *A Manual Grammar of the Greek New Testament* [Un manual de gramática del

Nuevo Testamento griego] [Toronto: MacMillan, 1957], pp. 139-140; A. T. Robertson, *The Minister and His Greek New Testament* [El ministro y su Nuevo Testamento griego] [Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1978], pp. 67-68).

De acuerdo con las reglas de la gramática griega, un atributo nominal (**Dios** en esta cláusula) no se puede considerar indefinido cuando precede a un verbo (luego, no puede traducirse como “un dios” en lugar de **Dios**) tan solo porque no tiene el artículo. El término **Dios** es definido y se refiere al Dios verdadero, cosa obvia por varias razones. Primero, *theos* aparece sin el artículo definido otras cuatro veces en el mismo contexto (vv. 6, 12-13, 18; cp. 3:2, 21; 9:16; Mt. 5:9). Ni siquiera la versión bíblica distorsionada de los Testigos de Jehová traduce el *theos* anártrico como “un dios” en tales versículos. Segundo, si el significado de Juan fuera que el Verbo es divino, o un dios, hay formas en las que se podría haber escrito la frase para hacerlo claro sin lugar a dudas. Por ejemplo, si él tan solo hubiera querido decir que el Verbo es divino en algún sentido, podría haber usado el adjetivo *theios* (cp. 2 P. 1:4). Como Robert L. Reymond anota, debe recordarse que “ningún léxico griego normal dice que *theos* tenga ‘divino’ como uno de sus significados, tampoco se vuelve adjetivo el sustantivo cuando este ‘se despoja’ de su artículo” (*Jesus, Divine Messiah* [Jesús, el Mesías divino] [Phillipsburg: Presb. & Ref., 1990], p. 303). O si él hubiera querido decir que el Verbo era un dios, podría haber escrito *ho logos ēn theos*. Si Juan hubiese escrito *ho theos ēn ho logos*, los dos sustantivos (*theos* y *logos*) serían intercambiables, y Dios y el Verbo serían idénticos. Eso habría significado que el Padre es el Verbo, lo cual, como ya se dijo, negaría la Trinidad. Pero como se pregunta retóricamente Leon Morris: “¿De qué otra manera [distinta a *theos ēn ho logos*] podría uno decir en griego que ‘el Verbo era Dios’?” (*El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 77 n. 15 del original en inglés).

Juan, bajo la inspiración del Espíritu Santo, eligió la formulación correcta para transmitir con precisión la verdadera naturaleza del Verbo, de Jesucristo. “Al escribir *theos* sin el artículo, Juan no indica, por un lado, identidad de Persona con el Padre; ni, por el otro, alguna forma de naturaleza inferior a la de Dios mismo” (H. A. W. Meyer, *Critical and Exegetical Handbook to the Gospel of John* [Manual crítico y exegético al Evangelio de Juan] [Reimpresión; Winona Lake: Alpha, 1979], p. 48).

Juan volvió a declarar las verdades profundas del versículo 1 en el

versículo 2, subrayando así su significado. Enfatizó de nuevo la eternidad del Verbo; **Él ya era en el principio** cuando se creó todo lo demás, ya existía. Como en el versículo 1, el tiempo imperfecto del verbo *eimi* (**era**) describe la continua existencia del Verbo antes del **principio**. Y como lo indicó Juan en el versículo 1, tal existencia era en comunión íntima **con Dios Padre**.

La verdad de la deidad de Jesucristo y su completa igualdad con el Padre es un elemento no negociable en la fe cristiana. En 2 Juan 10 el apóstol advirtió: “Si alguien los visita y no lleva esta enseñanza [la enseñanza bíblica sobre Cristo; cp. vv. 7, 9], no lo reciban en casa ni le den la bienvenida” (NVI). Los creyentes no deben ayudar a los falsos maestros herejes de forma alguna; ni siquiera darles comida o alojamiento a quienes blasfemen contra Cristo, pues quien así lo hace “participa en sus malas obras” (v. 11). Tal comportamiento poco caritativo en apariencia tiene perfecta justificación con los falsos maestros que niegan la deidad de nuestro Señor y del evangelio, pues están bajo la maldición de Dios:

No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema (Gá. 1:7-9).

Jesús y Pablo describieron a los falsos maestros como lobos disfrazados para enfatizar su peligro mortal (Mt. 7:15; Hch. 20:29). No se les debe dar la bienvenida en el rebaño; deben evitarse y mantenerse alejados.

La confusión sobre la deidad de Cristo es inexcusable porque la enseñanza bíblica al respecto es clara e inequívoca. Jesucristo es el Verbo eternamente preexistente, quien disfruta vida divina y completa comunión cara a cara con el Padre, y es Dios.

EL PODER CREADOR DEL VERBO

Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. (1:3)

Una vez más, Juan expresó una verdad profunda en lenguaje claro.

Jesucristo, el Verbo eterno, creó todo lo que **ha sido hecho**. Juan subrayó tal verdad al repetirlo negativamente: **sin él nada** (lit. “ni una sola cosa”) **de lo que ha sido hecho, fue hecho**.

Que Jesucristo creara todo (cp. Col. 1:16; He. 1:2) ofrece dos pruebas adicionales de su deidad. Primera, el Creador de todas las cosas debe ser increado, y solo el Dios eterno es increado. El texto griego enfatiza la distinción entre el Verbo increado y su creación, pues aquí se usa un verbo diferente al usado en los versículos 1 y 2. Como se señaló en el punto previo, Juan usó una forma del verbo *eimi* (“ser”), que denota un estado de ser, para describir al *Logos* en los versículos 1 y 2; aquí, al referirse a la creación del universo, usó una forma del verbo *ginomai* (**fue hecho**). El hecho de que Jesús sea el Creador también verifica su deidad, pues Dios se retrata así en toda la Biblia (Gn. 1:1; Sal. 102:25; Is. 40:28; 42:5; 45:18; Mr. 13:19; Ro. 1:25; Ef. 3:9; Ap. 4:11).

Cuando Juan enfatiza el papel del Verbo en la creación del universo refuta la falsa enseñanza que luego se desarrolló como la peligrosa herejía del gnosticismo. Los gnósticos aceptaban el dualismo filosófico, común a la filosofía griega, según el cual el espíritu era bueno y la materia mala. Como la materia era mala, argumentaban ellos, Dios, quien es bueno, no habría podido crear el universo físico. En su lugar, una serie de seres espirituales emanaban de Él hasta que finalmente, una de esas emanaciones descendentes era mala y lo suficientemente necia para crear el universo físico. Pero Juan rechazó dicha perspectiva herética y afirmó fuertemente que Jesucristo era el agente del Padre en la creación de todas las cosas.

Sin embargo, el mundo presente es radicalmente diferente a la buena creación original de Dios (Gn. 1:31). Los resultados catastróficos de la caída no solo afectaron a la raza humana, también afectaron a toda la creación. Por tanto, como Pablo anotó en Romanos 8:19-21, Jesús redimirá un día todo el mundo material, no solo a los creyentes:

Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Cuando se quite la maldición durante el reinado milenar de Cristo,

*El lobo vivirá con el cordero,
el leopardo se echará con el cabrito,
y juntos andarán el ternero y el cachorro de león,
y un niño pequeño los guiará.
La vaca pastará con la osa,
sus crías se echarán juntas,
y el león comerá paja como el buey.
Jugará el niño de pecho
junto a la cueva de la cobra,
y el recién destetado meterá la mano
en el nido de la víbora.
No harán ningún daño ni estrago
en todo [el monte santo del SEÑOR],
porque rebosará la tierra
con el conocimiento del SEÑOR
como rebosa el mar con las aguas (Is. 11:6-9, NVI).*

*El lobo y el cordero pacerán juntos;
el león comerá paja como el buey,
y la serpiente se alimentará de polvo.
En todo mi monte santo
no habrá quien haga daño ni destruya... dice el SEÑOR (Is. 65:25,
NVI).*

LA EXISTENCIA PROPIA DEL VERBO

En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella. (1:4-5)

Juan muestra una vez más en estos dos versículos la economía de palabras inspirada por el Espíritu para resumir la encarnación. Cristo, la personificación de **la vida** y **la luz** eterna y gloriosa del cielo, entró en el mundo **de los hombres**, oscurecido por el pecado, y el mundo reaccionó de varias maneras ante Él.

Como se indicó anteriormente en este capítulo, los temas de la **vida** y la **luz** son comunes al Evangelio de Juan. *Zōē* (**vida**) hace referencia a la vida espiritual, a diferencia de *bios*, que describe la vida física (cp. 1 Jn. 2:16). Aquí, como en 5:26, se refiere principalmente a que Cristo tiene

vida en sí mismo. Los teólogos lo suelen llamar *aseidad*, o existencia propia y es evidencia clara de la deidad de Cristo, pues solo Dios existe por sí mismo.

Esta verdad sobre la existencia propia de Dios y Cristo—que tienen vida en sí mismos (aseidad)—es fundamental para nuestra fe. De todo lo creado puede decirse que “llega a ser”, pues todo lo creado es cambiante. Es esencial entender que el ser—o la vida—no cambiante, eterno y permanente es diferente de todo lo que llega a ser. El “ser” es eterno y la fuente de vida de lo que ha de “llegar a ser”. Esto es lo que diferencia las criaturas del Creador, nosotros de Dios.

Génesis 1:1 establece esta realidad fundamental con la declaración “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”. Porque esta es la verdad más importante de la Biblia, es la más atacada. Los incrédulos saben que librarse de la creación es librarse del Creador. Y librarse de Dios hace al hombre libre para vivir de la forma que quiera, sin juicio.

Todo el universo cae en la categoría de “llegar a ser” porque hubo un momento en el cual no existía. Antes de su existencia, era Dios, el ser eterno existente por sí mismo—la fuente de vida—, quien es ser puro, vida pura y nunca llegó a ser cosa alguna. Toda la creación recibe su vida de afuera, de Él, pero Él deriva su vida de sí mismo, no depende de nada para vivir. Hubo un tiempo en el que el universo no existía. Nunca hubo un momento en el cual Dios no existiera. Él es auto-existencia, vida: “Yo soy el que soy” (Éx. 3:14). Es desde la eternidad y hasta la eternidad. Hechos 17:28 dice correctamente: “En él vivimos, y nos movemos, y somos”. No podemos vivir, movernos o ser sin su vida. Pero Él siempre ha vivido, se ha movido y ha sido.

Esta es la descripción ontológica más pura de Dios; decir que Jesús es la **vida** es decir la verdad más pura sobre la naturaleza divina que Jesús posee. Y, como en el versículo 3, entonces Él es el Creador.

Aunque Jesús el Creador es la fuente de todo y de todos los vivos, la palabra **vida** del Evangelio de Juan siempre es una traducción de *zōē*, término que Juan usa para la vida espiritual o eterna. Esta la imparte Dios por su gracia soberana (6:37, 39, 44, 65; cp. Ef. 2:8) a todo aquel que crea en Jesucristo para salvación (1:12; 3:15-16, 36; 6:40, 47; 20:31; cp. Hch. 16:31; Ro. 10:9-10; 1 Jn. 5:1, 11-13). Y Cristo vino para eso al mundo (10:10; cp. 6:33): a impartir vida espiritual a los pecadores muertos en sus “delitos y pecados” (Ef. 2:1).

Aunque es apropiado hacer algunas distinciones entre la vida y la luz, la declaración *la vida era la luz* acaba con la falta de relación entre las

dos. En realidad, Juan está escribiendo que la **vida** y la **luz** no se pueden separar. Son esencialmente iguales, con la idea de que la luz enfatiza la manifestación de la vida divina. *La vida era la luz* tiene la misma construcción de *el Verbo era Dios* (v. 1). Como Dios no está separado del Verbo, sino que son la misma cosa en esencia, así también la vida y la luz comparten las mismas propiedades esenciales.

La luz se combina con la vida en una metáfora cuyo propósito es clarificar y contrastar. La vida de Dios es verdadera y santa. La **luz** es esa verdad y santidad manifiesta contra la oscuridad de las mentiras y el pecado. La luz y la vida tienen el mismo enlace en Juan 8:12, donde Jesús afirma: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”. La relación entre la luz y la vida también es clara en el Antiguo Testamento. El Salmo 36:9 dice: “Porque contigo está el manantial de vida; en tu luz veremos luz”.

“La luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4) no es más que el brillo de la vida manifiesta y radiante de Dios en su Hijo. Pablo dice específicamente: “Dios... es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (v. 6). De modo que la luz es la vida de Dios manifestada en Cristo.

La luz tiene su propia importancia, además de su relación con la vida, como se ve en el contraste entre la luz y la oscuridad, un tema común en las Escrituras. En lo intelectual, la luz se refiere a la verdad (Sal. 119:105; Pr. 6:23; 2 Co. 4:4) y la oscuridad a la falsedad (Ro. 2:19); en lo moral, la luz se refiere a la santidad (Ro. 13:12; 2 Co. 6:14; Ef. 5:8; 1 Ts. 5:5) y la oscuridad al pecado (Pr. 4:19; Is. 5:20; Hch. 26:18). El reino de Satanás es “la potestad de las tinieblas” (Col. 1:13; cp. Lc. 22:53; Ef. 6:12), pero Jesús es la fuente de la **vida** (11:25; 14:16; cp. Hch. 3:15; 1 Jn. 1:1) y la **luz que en las tinieblas resplandece**, en las tinieblas del mundo perdido (8:12; 9:5; 12:35-36, 46).

A pesar de los ataques desesperados y frenéticos de Satanás a la **luz**, **las tinieblas no prevalecieron contra ella**. *Katalambanō* (**prevalecieron**) puede traducirse mejor como “vencer”. Aun una vela pequeña puede expulsar la oscuridad en una habitación; la **luz** gloriosa y brillante de nuestro Señor Jesucristo destruirá completamente el reino de oscuridad de Satanás. Él vino al mundo, “las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra” (1 Jn. 2:8).

Entonces, según se desprende de este versículo, no es que las **tinieblas** no entendieran la verdad sobre Jesús; al contrario, las fuerzas de

la oscuridad lo conocen muy bien. En Mateo 8:29 algunos demonios clamaron diciendo: “¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?”. Jesús, en la casa de Pedro en Capernaúm, “echó fuera muchos demonios; y no dejaba hablar a los demonios, porque le conocían” (Mr. 1:34). Lucas 4:41 dice que “salían demonios de muchos, dando voces y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Pero él los reprendía y no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo”. En Lucas 4:34 un demonio aterrorizado le suplicaba: “Déjanos; ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Yo te conozco quién eres, el Santo de Dios”. No era solo que los demonios conocieran la verdad sobre Cristo, además la creían. Santiago escribió: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan” (Stg. 2:19).

Como Satanás y sus demonios entienden con claridad total el juicio que les espera, han intentado por todos los medios matar la **vida** y extinguir la **luz** a lo largo de toda la historia. Satanás intentó destruir a Israel en el Antiguo Testamento, la nación de la cual vendría el Mesías. También intentó destruir la línea real de la cual descendería el Mesías (2 R. 11:1-2). En el Nuevo Testamento, instigó el intento inútil de Herodes por matar al niño Jesús (Mt. 2:16). Al comienzo del ministerio terrenal de Jesús, Satanás intentó tentarlo, en vano, para alejarlo de la cruz (Mt. 4:1-11). Después volvió a intentar la tentación por medio de sus más cercanos seguidores (Mt. 16:21-23). Aun el triunfo aparente de Satanás en la cruz marcó en realidad su derrota final (Col. 2:15; He. 2:14; cp. 1 Jn. 3:8).

Del mismo modo, los incrédulos se pierden eternamente no por no haber conocido la verdad, sino por rechazarla (para mayor explicación de este punto véase la exposición de 1:9-11 en el siguiente capítulo):

Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido (Ro. 1:18-21).

Si una persona rechaza la deidad de Cristo, no puede ser salva; Él mismo dijo en Juan 8:24: “Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis”. Es apropiado, pues, que Juan comience su Evangelio, donde se enfatiza tan fuertemente la deidad de Cristo (cp. 8:58; 10:28-30; 20:28) con la afirmación poderosa de esa verdad esencial.

2 Respuesta a la Palabra encarnada

Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. (1:6-13)

La vida sin pecado (Jn. 8:46; 2 Co. 5:21), las palabras sin precedentes (Mt. 7:29; Jn. 7:46) y las afirmaciones sorprendentes (Jn. 4:25-26; 8:58) de Jesucristo cautivaron la atención de las personas y las forzaron a reaccionar, cosa que hicieron de diferentes maneras.

Algunos se sintieron superficialmente atraídos por Jesús. Más adelante, Juan relata en su Evangelio que “unos decían [de Jesús]: Es bueno” (7:12). Otros iban un paso más allá y decían que Él era una gran líder religioso, un profeta (Mt. 21:11, 46; Lc. 7:16), posiblemente “Juan el Bautista... Elías... Jeremías, o alguno de los profetas” (Mt. 16:14). Por causa de la comida que Jesús creó para los galileos, la multitud decidió hacerlo rey por la fuerza (Jn. 6:14-15), con la esperanza de que él quitara el yugo de los odiados romanos y continuara con la provisión milagrosa de alimento. Pero tal sentimiento material y superficial era fugaz. La misma multitud judía veleidosa que se regocijó con su entrada triunfal en Jerusalén, la que le gritaba “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!” (Mt. 21:9), sería la que unos días después gritaría “¡Fuera, fuera, crucifícale!” (Jn. 19:15).

Algunos se sentían fuertemente atraídos a Jesús, pero no estaban dispuestos a comprometerse con Él. Juan 12:42 nos dice que “aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga”. El ejemplo clásico de quien se echa para atrás es el joven rico:

Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino solo uno, Dios. Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre. Él entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz. Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones (Mr. 10:17-22).

Otros eran abiertamente hostiles hacia Jesús. De acuerdo con Juan 7:12, algunos afirmaban que engañaba al pueblo. En su juicio ante Pilato las autoridades judías le acusaron diciendo: “A éste hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey” (Lc. 23:2). Aun después de su muerte continuaban las acusaciones difamadoras sobre Él: “Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilato, diciendo: Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré” (Mt. 27:62-63).

Para otros, Jesús era un loco: estaba poseído por un demonio o sufría trastornos. Juan 10:20 lo expresa así: “Muchos de ellos decían: ‘Está endemoniado y loco de remate. ¿Para qué hacerle caso?’” (NVI). Los líderes de los judíos preguntaban con sarcasmo “¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio...? Ahora conocemos que tienes demonio” (Jn. 8:48, 52; cp. 7:20; Mt. 9:34; 10:25). Incluso su propia familia en un punto fue “para prenderle; porque decían: Está fuera de sí” (Mr. 3:21).

Los escribas y fariseos, incapaces de negar su poder sobrenatural, y poco dispuestos a atribuirlo a Dios, solo se quedaron con la alternativa blasfema de que su poder provenía de Satanás (Mt. 12:24; Mr. 3:22; Lc. 11:15). Al parecer, ellos esparcieron esta mentira condenatoria por todo Israel, pues el acontecimiento registrado en Mateo y Marcos ocurrió en Galilea, y el descrito en Lucas en Judea.

El tema común que enlaza todas estas respuestas inadecuadas es la incredulidad; el pecado que finalmente condena a todos los que rechazan

a Jesucristo. Juan 3:18 dice: “El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios”. Jesús reprendió repetidamente a quienes rehusaban creer en Él:

Ni tenéis su palabra morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis (Jn. 5:38).

Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis (Jn. 5:43).

Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis (Jn. 8:45).

Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis (Jn. 8:45).

Jesús les respondió: Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho (Jn. 10:25-26).

Pero, en contraste con la incredulidad de los perdidos, aquellos que el Padre entregó a Jesús (Jn. 6:37) creen completamente en sus afirmaciones y enseñanzas. Ellos recibirán las bendiciones de la salvación, la vida eterna, el perdón de los pecados y la adopción como hijos de Dios:

Para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él (Jn. 3:15-17).

El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él (Jn. 3:36).

De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida (Jn. 5:24).

Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero (Jn. 6:40).

De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna (Jn. 6:47).

De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre (Hch. 10:43; cp. 13:39).

Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego (Ro. 1:16).

Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él (1 Jn. 5:1).

Los Evangelios nos hablan de algunos de los que creyeron: Pedro (Mt. 16:16), Natanael (Jn. 1:48-50), los discípulos (Mt. 14:33), la mujer samaritana (Jn. 4:28-29) y otros aldeanos (4:42), un hombre ciego a quien sanó Jesús (Jn. 9:35-38), las mujeres que visitaron la tumba vacía (Mt. 28:9) y Tomás, el otrora escéptico (Jn. 20:28). Hechos 1:14 dice que los hermanos de nuestro Señor creyeron después de la resurrección (cp. Jn. 7:5).

Tras haber establecido la deidad de Jesucristo en los primeros cinco versículos del prólogo, Juan ahora pasa a considerar las dos únicas posibles respuestas a dicha realidad: creer o no creer. Antes de describir las respuestas a esa realidad, Juan describe a quien vino a testificar de Jesús para que las personas pudieran creer en Él.

JUAN EL BAUTISTA: TESTIMONIO CREÍBLE

Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. (1:6-8)

Es llamativo el abrupto cambio de tema del Señor Jesucristo exaltado, el

creador eterno y con existencia propia (vv. 1-5), al simple **hombre enviado de Dios**. La palabra *hubo* en realidad es “apareció”, lo cual indica el giro del Verbo celestial a su heraldo terrenal. Después de describir al Verbo que era Dios, Juan pasa a considerar a aquel que anunció que el Verbo era Dios. Aquel heraldo **se llamaba Juan** el Bautista (el apóstol Juan no se nombra en su Evangelio, así que todas las veces en las cuales aparece el nombre Juan, hace referencia a Juan el Bautista [excepto por las cuatro referencias al padre de Pedro; 1:42; 21:15-17]) [NT: El nombre del padre de Pedro se traduce en la versión RVR-60 como Jonás; en otras versiones, como la NVI su traducción es Juan].

La frase *enviado de Dios* confirma de varias maneras el papel de Juan como heraldo. Primero, el Bautista tenía una comisión divina como aquel que cumpliría las profecías del Antiguo Testamento sobre el precursor del Mesías. Isaías lo había predicho (Is. 40:3; cp. Mt. 3:3; Mr. 1:2-3). El Antiguo Testamento cierra con la profecía de Malaquías sobre un profeta semejante a Elías que vendría antes del día del Señor (Mal. 3:1; 4:5-6); una referencia a Juan, según le dijo el ángel a Zacarías (Lc. 1:17). Segundo, el Bautista fue enviado únicamente de Dios porque su concepción y nacimiento fueron milagrosos, pues sus padres eran ancianos y nunca tuvieron hijos (Lc. 1:7, 36). Tercero, el ángel del Señor vino a decirle a Zacarías que Elisabet y él tendrían un hijo y ese hijo sería heraldo del Mesías (Lc. 1:8-17). Cuarto, el Espíritu Santo llenó a Zacarías para profetizar sobre Juan (Lc. 1:67-69). Quinto, el Bautista fue enviado de Dios en el tiempo señalado para comenzar su ministerio público (Lc. 1:80).

Juan fue el primer profeta verdadero que apareció en Israel en cuatrocientos años (Mt. 14:5; 21:26); su predicación fuerte y de confrontación causó sensación. Marcos 1:5 describe su enorme efecto cuando dice que “salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados” (cp. Mt. 3:5-6). Él iba a preparar los corazones de su pueblo para el Mesías; por lo tanto, confrontaba el pecado con osadía y llamaba al arrepentimiento: “En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt. 3:1). Juan incluso reprendió a Herodes “por causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano; pues la había tomado por mujer. Porque Juan decía a Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano” (Mr. 6:17-18). Hasta el rey impío reconoció que Juan “era

varón justo y santo..., y oyéndole, se quedaba muy perplejo, pero le escuchaba de buena gana” (Mr. 6:20). Sin embargo, Lucas registra que Herodes encarceló a Juan por señalar su pecado y Mateo 14:1-12 relata cuando el rey lo decapitó.

La misión del Bautista era también ser heraldo de la llegada del Mesías: “Predicaba, diciendo: Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado. Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo” (Mr. 1:7-8). Los líderes religiosos judíos, al igual que Herodes, estaban perplejos con Juan y enviaron una delegación para interrogarlo. Él dijo que su misión era ser heraldo de la llegada del Mesías. El apóstol Juan registró su testimonio en 1:19-36 (cp. Mt. 3:1-12; Lc. 7:18-23).

El ministerio de Juan el Bautista produjo tal conmoción que, aun cuando había dicho de él mismo en relación con Cristo: “Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Lc. 3:16), crecía alrededor de él un grupo de seguidores devotos (cp. Jn. 3:25). Tristemente, algunos eran devotos de Juan y no del Mesías cuya llegada proclamaba. Años más tarde el apóstol Pablo encontró a algunos de ellos en Éfeso:

Aconteció que entre tanto que Apolos estaba en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones superiores, vino a Éfeso, y hallando a ciertos discípulos, les dijo: ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le dijeron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo. Entonces dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Ellos dijeron: En el bautismo de Juan. Dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo. Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús (Hch 19:1-5).

Los grupos leales a Juan el Bautista persistieron hasta el siglo II, por lo tanto, todavía estaban por ahí cuando Juan escribió su Evangelio. Por tanto, él enfatizaba la inferioridad de Juan el Bautista comparado con Cristo.

Juan el Bautista fue el hombre más grande que hubiera vivido hasta su

tiempo, como Jesús lo afirmó: “De cierto os digo: Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él” (Mt. 11:11). Fue el más grande porque Dios lo escogió para realizar la tarea más importante de la historia humana hasta ese punto: ser el precursor del Mesías. Él fue el primero en anunciar públicamente que Jesús era el Salvador (Jn. 1:29). A pesar de ello, reconoció: “Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo” (Jn. 1:15). Algunos de sus discípulos, preocupados por su reputación, le dijeron: “Rabí, mira que el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, bautiza, y todos vienen a él”. A lo cual Juan respondió:

No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido. Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe (Jn. 3:26-30).

William Hendriksen señala el contraste entre Juan el Bautista y Jesús:

Cristo era (*ēn*) desde toda la eternidad; Juan vino (*egenetō*).
 Cristo era *el Verbo* (*ho logos*); Juan es tan solo un hombre (*anthrōpos*).
 Cristo es Dios; Juan fue comisionado por Dios.
 Cristo es la luz verdadera; Juan vino a testificar sobre la luz verdadera.
 Cristo es el *objeto* de la confianza; Juan es el *agente* a través de cuyo testimonio los hombres llegaron a confiar en la luz verdadera, en Cristo (*New Testament Commentary: The Gospel According to John* [Comentario del Nuevo Testamento: El Evangelio según Juan], vol. 1 [Grand Rapids: Baker, 1953], p. 76. Cursivas en el original).

La misión de Juan no era exaltarse sino ser un testigo del Mesías, dar **testimonio de la luz**. Él es el primero de ocho testigos que aparecen en el Evangelio de Juan; los otros son: el Padre (5:37), las palabras de Jesús (8:18), las obras de Jesús (5:36; 10:25), las Escrituras del Antiguo

Testamento (5:39), algunas personas que lo conocieron (4:29), los discípulos (15:27; 19:35; 21:24) y el Espíritu Santo (15:26). Los términos legales *testimonio* (*marturia*) y *dar testimonio* (*martureō*) son palabras relacionadas con los hechos, no con la opinión, como en un tribunal de justicia. En el Nuevo Testamento, estos términos se usan principalmente por el apóstol Juan (aparecen 77 de 113 veces en el Evangelio, epístolas o Apocalipsis de Juan).

A **Juan** se le llama apropiadamente “el Bautista” porque Dios lo envió a bautizar a los pecadores arrepentidos, en preparación para la venida del Mesías (1:31). Con todo, el propósito de todo lo que hacía era ser testigo de Jesús (1:15, 23, 29, 32, 34, 36; 5:33, 36), **a fin de que todos creyesen por él**. Las personas creen en Cristo (1:12; 3:18; 6:29) **por** el testimonio de testigos como Juan. Son los agentes para creer, pero Cristo es el objeto en el cual se cree. En aquel entonces, como en todas las épocas, la salvación era un asunto de fe en Dios y en su palabra (cp. Ro. 4:1-16).

Para contrarrestar cualquier exaltación falsa de Juan el Bautista, el apóstol Juan escribió que él **no era la luz**, pero vino a dar **testimonio de la luz**. A primera vista, tal declaración parece contradecir las declaraciones de Jesús según las cuales Juan el Bautista “era antorcha que ardía y alumbraba; y [los judíos quisieron regocijarse] por un tiempo en su luz” (5:35). Sin embargo, aquí se usan dos palabras griegas. El término *luz* usado en este pasaje para referirse a Cristo es *phōs*, con el cual se hace alusión a la esencia de la luz. No obstante, en 5:35 Juan describió al Bautista como *luchnos*, que alude a una lámpara encendida. Jesús es **la luz**; Juan tan solo la refleja (cp. la discusión del v. 4 en el primer capítulo de esta obra).

LOS INCRÉDULOS: RECHAZO DEL TESTIMONIO

Aquella luz verdadera, que alumbraba a todo hombre, venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. (1:9-11)

El hecho de que Juan el Bautista tuvo que apuntar a la **luz verdadera** ilustra gráficamente la ceguera del mundo, porque solo los ciegos no pueden ver la luz. Los incrédulos son ciegos espirituales porque, como les escribió Pablo a los corintios, “el dios de este siglo cegó el entendimiento

de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4; cp. Is. 61:1-2; Lc. 4:17-18).

La ceguera del mundo incrédulo es inexcusable, porque Jesús era **la luz verdadera**, la que **alumbra a todo hombre**, la que **venía a este mundo**. *Alēnthinos* (verdadera) es otro término distintivamente juanino; todos sus veintiocho usos en el Nuevo Testamento, excepto cinco, están en los escritos de Juan. Se refiere a lo que es real y genuino; de acuerdo con el *Greek Lexicon* [Léxico griego] de Thayer, *alēnthinos* describe “aquello que no solo tiene el nombre y la semblanza, sino que su naturaleza real corresponde con su nombre”. El pueblo de Dios había visto reflejos de luz de su gloria, pero en Jesús se reveló todo “el resplandor de su gloria” (He. 1:3).

Jesús **alumbra a todo hombre** por medio de su venida **a este mundo** (cp. Is. 49:6). Hay varias explicaciones posibles para esa verdad: cada una se enseña en el Nuevo Testamento. Podría significar que el Verbo encarnado no es otro que la revelación más completa del Dios que ya se había revelado a toda alma humana, una verdad que Pablo expresó a los romanos:

Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido (Ro. 1:18-21; cp. Ef. 4:18).

La frase también podría significar que Jesús es la manifestación de Dios en la forma más gloriosa para todo hombre que haya visto, oído o leído su historia. Algunos estrecharían la idea para restringir **todo hombre** solo a aquellos que lo recibieron. La primera interpretación parece ser mejor en el contexto, pues se refiere a aquellos en el mundo que no lo recibieron, además de los que sí lo hicieron. Aun quienes nunca se hicieron hijos de Dios son responsables por el conocimiento de Dios y su

luz revelada en Cristo. Aunque todos los hombre están ciegos y muertos espiritualmente (Ef. 2:1-3), son responsables del conocimiento de Dios revelado en la creación y la conciencia (Ro. 2:14-15).

La realidad trágica es que los pecadores rechazan la “luz del mundo” (Jn. 8:12):

Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas (Jn. 3:19-20).

Las personas se niegan a venir a la luz de Jesucristo porque aman su pecado y no quieren exponerlo; son ciegos voluntarios. De modo que, **Jesús en el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho**, y aun así **el mundo no le conoció**. El Creador del **mundo** (1:3) se hizo su Salvador (cp. 4:42), pero el **mundo** lo rechazó y **no le conoció** para que pudiera ser salvo.

Kosmos (**mundo**) es otro término que se usa frecuentemente en Juan; más de la mitad de veces que la palabra aparece en el Nuevo Testamento está en sus escritos. Describe el mundo físico (v. 9; 12:25; 16:21, 28; 21:25); a la humanidad en general (3:16; 6:33, 51; 12:19) y, con mayor frecuencia, al sistema maligno gobernado por Satanás (3:19; 7:7; 14:17, 30; 15:18-19). Es este tercer sentido de la palabra el que Juan tenía en mente cuando escribió que **el mundo no le conoció**. A pesar de haberlo rechazado, un día el mundo incrédulo se verá forzado a reconocer a Jesús como Señor (Fil. 2:9-11) y juez (Jn. 5:22, 27).

A pesar de lo terrible y trágico que es el rechazo del mundo de Cristo, Juan da un giro a la tragedia mayor del rechazo de Israel. El hecho de que Jesús haya venido **a lo suyo**, puede significar al lugar que había creado (cp. arriba el segundo sentido de *kosmos*). También podría significar su lugar particular, la tierra de la promesa dada a los judíos por medio de Abraham, lo cual incluye el reino terrenal predicho por los profetas. Él vino a la tierra de Dios, a la ciudad de David, la tierra del templo. Los judíos habían esperado por siglos la venida del Salvador y Mesías. Lo más trágico era la triste realidad de que cuando vino, **los suyos no le recibieron**. Este segundo uso de **suyos** se refiere principalmente a la nación de Israel, de la cual dijo Dios que solo a ella había conocido entre todas las familias de la tierra (Am. 3:2). A todo lo largo del Antiguo

Testamento se refirió Dios al pueblo judío como “mi pueblo” (p. ej., Éx. 3:7, 10; 6:7; Lv. 26:12; 1 S. 2:29; 2 S. 3:18; 1 R. 6:13; 2 R. 20:5; 1 Cr. 11:2; 2 Cr. 1:11; Sal. 50:7; Is. 1:3; Jer. 2:11; Ez. 11:20; Os. 4:6; Jl. 3:2; Am. 7:15; Abd. 1:13; Mi. 6:3; Sof. 2:8; Zac. 8:7-8), a pesar de su rebelión frecuente contra Él.

Los israelitas de los tiempos de Jesús, al igual que sus ancestros, endurecieron su cerviz (Dt. 10:16; 2 R. 17:14; Neh. 9:29; Jer. 7:26; 17:23) y lo rechazaron a pesar del claro testimonio en las Escrituras del Antiguo Testamento (Jn. 5:39). En lugar de arrepentirse de su pecado y aceptarlo como Mesías, gritaron “¡Sea crucificado...! Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos” (Mt. 27:23, 25). El rechazo y la colaboración de Israel en el asesinato de su Mesías era un tema común de la predicación apostólica. Pedro dijo en el primer sermón cristiano predicado a las multitudes reunidas en Jerusalén para el día de Pentecostés:

Pueblo de Israel, escuchen esto: Jesús de Nazaret fue un hombre acreditado por Dios ante ustedes con milagros, señales y prodigios, los cuales realizó Dios entre ustedes por medio de él, como bien lo saben. Éste fue entregado según el determinado propósito y el previo conocimiento de Dios; y por medio de gente malvada, ustedes lo mataron, clavándolo en la cruz (Hch. 2:22-23, NVI, CP. 3:13-15; 4:10; 5:30; 10:38-39; 13:27-29).

El tema del rechazo se repetirá a lo largo de todo el Evangelio de Juan.

LOS CREYENTES: TESTIMONIO CREÍDO

Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. (1:12-13)

La conjunción *de* (**mas**) es un pequeño punto de apoyo que marca un cambio dramático. El odio que el mundo siente por Dios y el rechazo a Cristo no invalidan o frustran el plan de Dios en modo alguno; Él hace que hasta la ira del hombre lo alabe. Quienes Dios había deseado salvar antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4; 2 Ti. 1:9) abrazarían por fe a

Cristo. Como Él lo declaró en Juan 6:37: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera”.

Lambanō (recibieron) podría traducirse como “agarrar”, “obtener” o “asir”. Recibir a Cristo requiere más que el mero reconocimiento intelectual de sus afirmaciones. La última cláusula del versículo 12 se refiere a **los que lo recibieron** como **los que creen en su nombre**. El concepto de creer en Cristo, otro tema importante para Juan, se desarrollará en varios pasajes de su Evangelio (6:29; 8:30; 9:35-36; 12:36; 44, 14:1; 16:9; 17:20; cp. 1 Jn. 3:23; 5:13). *Su nombre* se refiere a la totalidad de Cristo como ser, todo lo que es y hace. De este modo, no es posible separar su deidad de su humanidad, su ser Salvador de su ser Señor, su persona de su obra redentora. La fe salvadora acepta a Jesucristo en todo lo que las Escrituras revelan de él.

Aunque las personas no se pueden salvar hasta que reciban y crean en Jesucristo, la salvación es una obra soberana de Dios sobre el pecador ciego y muerto. Juan declara simplemente que nadie llegaría a Jesús a menos que Él les diera **la potestad de ser hechos hijos de Dios**. Estos se salvan completamente por “gracia... por medio de la fe; y esto no de [ellos], pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se glorie” (Ef. 2:8-9), porque “Dios [los ha] escogido desde el principio para salvación” (2 Ts. 2:13). De modo que **son engendrados** de nuevo (Jn. 3:3, 7; 1 P. 1:3, 23) **no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios**. Esas tres declaraciones negativas enfatizan el hecho de que la salvación no se obtiene por medio de la herencia racial o étnica (**sangre**), deseo personal (**carne**) o un sistema construido por el hombre (**varón**) (véase también Mt. 8:11-12; Lc. 3:8; Gá. 3:28-29).

La gran verdad de la elección y la gracia soberana se presenta aquí apropiadamente desde el mismo fundamento de la mención juanina de la salvación. Nuestro Señor hablará de esta verdad en 6:36-47; 15:16; 17:6-12.

Como todos cargan con el pecado de la incredulidad y el rechazo, la frase **sino de Dios** significa que la salvación—esto es, recibir y creer en el Señor Jesucristo—es imposible para todo pecador. Dios de manera sobrenatural puede otorgar el poder, y con este la vida y la luz divina, al pecador en muerte y tinieblas.

3 La gloria de la Palabra encarnada

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo. Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer. (1:14-18)

Durante sus primeros cinco siglos de existencia la iglesia primitiva defendió la doctrina verdadera de la encarnación. Durante ese tiempo se plantearon, examinaron y rechazaron muchas enseñanzas erróneas sobre la unión hipostática (la unión en Cristo de las naturalezas humana y divina). Por ejemplo, algunos argumentaban que Jesús no tenía un espíritu humano, sino que su espíritu divino se unió con el cuerpo humano. Otros argumentaban que el espíritu divino de Cristo entró en el Jesús hombre en su bautismo y lo dejó antes de su crucifixión. Otra perspectiva falsa sostenida por algunos era que Jesús fue un ser creado, y por lo tanto inferior a Dios Padre. Había además otros que veían en Jesucristo a dos personas separadas, una humana y otra divina; de acuerdo con esa enseñanza, Jesús era un hombre en quien Dios habitaba.

Todas esas perspectivas (al igual que otras) erraron fatalmente ya fuera negando la completa divinidad de Jesucristo o su completa humanidad. La Iglesia verdadera las rechazó todas a favor de una perspectiva bíblica de Jesús como el Dios-hombre. El Concilio de Calcedonia (451 d.C.) declaró oficialmente esa verdad en una de las declaraciones más famosas e importantes de la historia de la Iglesia:

Siguiendo pues a los santos, enseñamos todos a una voz que ha de confesarse uno y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el cual es perfecto en divinidad y perfecto en humanidad; verdadero Dios y verdadero hombre, de alma racional y

cuerpo; consubstancial [*homoousios*] al Padre según la divinidad, y asimismo consubstancial a nosotros según la humanidad; semejante a nosotros en todo, pero sin pecado; engendrado del Padre antes de los siglos según la divinidad, y en los últimos días, y por nosotros y nuestra salvación, de la Virgen María, la Madre de Dios [*theotokos*], según la humanidad; uno y el mismo Cristo Hijo y Señor Unigénito, en dos naturalezas, sin confusión, sin mutación, sin división, sin separación, y sin que desaparezca la diferencia de las naturalezas por razón de la unión, sino salvando a las propiedades de cada naturaleza, y uniéndolas en una persona e hipóstasis; no dividido o partido en dos personas, sino uno y el mismo Hijo Unigénito, Dios Verbo y Señor Jesucristo, según fue dicho acerca de él por los profetas de antaño y nos enseñó el propio Jesucristo, y nos lo ha transmitido el Credo de los Padres (Cursivas añadidas, citado en Justo L. González, *Historia del Cristianismo*, tomo 1 [Miami: Unilit, 1994], p. 297).

El hecho de que la iglesia invisible siempre se haya aferrado necesariamente a la doctrina verdadera de la encarnación, y que en varias ocasiones haya reconfirmado la declaración de Calcedonia, no quiere decir que esta doctrina haya dejado de ser atacada. Aún es un blanco de los falsos maestros, sectas y religiones. El apóstol Juan fue claro en sus epístolas en cuanto a que la perspectiva verdadera de Jesús como divino y humano era una señal esencial de la salvación (cp. 1 Jn. 1:1-3; 2:22-24; 4:1-3, 14; 5:1, 5, 10-12, 20; 2 Jn. 3, 7, 9). Apocalipsis empieza con la gloria de Cristo (1:4-20).

A lo largo del prólogo de este Evangelio (1:1-18) Juan ha declarado las verdades de la deidad de Cristo y la encarnación; y en estos cinco versículos finales alcanza un crescendo poderoso. Estos resumen el prólogo que, a su vez, es un resumen de todo el libro. Juan, en su lenguaje distintivamente sencillo, expresa la realidad gloriosa de la encarnación cuando señala su naturaleza, los testigos y el efecto.

LA NATURALEZA DE LA ENCARNACIÓN

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de

verdad. (1:14)

El versículo 14 es la declaración bíblica más concisa de la encarnación y, por lo tanto, es uno de los versículos más importantes de las Escrituras. Las cinco palabras con las que comienza—*aquel Verbo fue hecho carne*—expresan el hecho real de que Dios asumió la humanidad en la encarnación, lo infinito se hizo finito, la eternidad entró en el tiempo, lo invisible se hizo visible (cp. Col. 1:15), el Creador entró en su creación. Dios se reveló al hombre en la creación (Ro. 1:18-21), en las Escrituras del Antiguo Testamento (2 Ti. 3:16; 2 P. 1:20-21) y, más importante y supremo, en Jesucristo (He. 1:1-2). En el Nuevo Testamento está el registro de su vida; su obra y las aplicaciones e importancia que ello conlleva para el pasado, el presente y el futuro.

Como se indicó en la explicación de 1:1 en el capítulo 1 de este volumen, el concepto del **Verbo** era rico en significado tanto para los griegos como para los judíos. Aquí Juan declaró claramente lo que quería decir al comienzo del prólogo: Jesucristo, el **Verbo** final de Dios para la humanidad (He. 1:1-2), **fue hecho carne**. *Sarx* (**carne**) no tiene aquí la connotación moral negativa que a veces conlleva (p. ej., Ro. 8:3-9; 13:14; Gá. 5:13, 16-17, 19; Ef. 2:3); más bien, se refiere al ser físico del hombre (cp. Mt. 16:17; Ro. 1:3; 1 Co. 1:26; 2 Co. 5:16; Gá. 1:16; Ef. 5:29; Fil. 1:22). El hecho de que Él en verdad se hiciera **carne** afirma la completa humanidad de Jesús.

Ginomai (**fue hecho**) no quiere decir que Cristo dejó de ser el Verbo eterno cuando se hizo hombre. Aunque Dios es inmutable, “ser” eterno puro, no “llegar a ser” como lo son todas sus criaturas, el Dios que no cambia (He. 13:8) se hizo completamente hombre en la encarnación, pero aun así siguió siendo completamente Dios. Entró en el reino de las criaturas que están en el tiempo y el espacio y experimentó la vida como es para aquellos a quienes creó. En palabras de Cirilo de Alejandría, padre de la Iglesia del siglo v,

No... aseveramos que hubo algún cambio en la naturaleza del Verbo cuando este se hizo humano, ni que fue transformado en un hombre completo, que consiste en alma y cuerpo; pero decimos que el Verbo, de cierta manera indescriptible e inconcebible, unió personalmente... para sí carne animada con un alma razonable, y luego se hizo hombre y se le llamó el Hijo del hombre... Las naturalezas que se juntaron para formar una

unidad verdadera eran diferentes; pero de estas dos hay un Cristo y un Hijo. No queremos decir que la diferencia de las naturalezas se anuló con motivo de esta unión; más bien que la Deidad y Humanidad, por su concurrencia inexplicable e inexpressable en la unidad, han producido para nosotros al único Señor e Hijo Jesucristo (citado en Henry Bettenson, ed., *Documents of Christian Church* [Documentos de la iglesia cristiana] [Londres: Oxford University, 1967], p. 47).

No sorprende entonces que Pablo escribiera de la encarnación:

*E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad:
Dios fue manifestado en carne,
justificado en el Espíritu,
visto de los ángeles,
predicado a los gentiles,
creído en el mundo,
recibido arriba en gloria (1 Ti. 3:16).*

Charles Wesley también expresó la maravilla de la encarnación en su himno majestuoso “*Hark! The Herald Angels Sing*” [¡Escuchen! Los ángeles heraldos cantan]:

Recubierta de carne vean a la Divinidad
¡A la encarnada Deidad salud!
Le agradó ser como hombre y entre los hombres habitar,
Jesús, nuestro Emanuel.

Algunos encuentran la encarnación tan completamente fuera del alcance de la razón humana que rehúsan aceptarla. El grupo hereje conocido como los docetistas (de *dokeō*; “aparentar” o “parecer”), que aceptaba el dualismo de la materia y el espíritu tan prevaleciente en la filosofía griega de la época, sostenía que la materia era mala y el espíritu bueno. Así las cosas, argumentaban que Cristo no podía tener un cuerpo material (y por lo tanto malo). En lugar de esto, enseñaban que el cuerpo de Jesús era un fantasma, una aparición o que el espíritu divino de Cristo descendió sobre el Jesús meramente humano en su bautismo y después lo dejó en la crucifixión. Cerinto, el oponente de Juan en Éfeso, era docetista. Juan se opuso fuertemente al docetismo, que no solo mina la

encarnación de Cristo, sino también su resurrección y expiación sustitutiva. Como se indicó al comienzo de este capítulo, en su primera epístola advirtió:

Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo (1 Jn. 4:1-3).

Juan estaba tan horrorizado con la herejía de Cerinto que, como registró Eusebio, historiador de la iglesia primitiva,

El apóstol Juan entró una vez a los baños, pero al comprobar que Cerinto estaba allí, salió de un salto y huyó por la puerta, sin soportar estar con él bajo el mismo techo y exhortó a los que estaban con él a que hicieran lo mismo diciendo: “Huyamos, no sea que los baños caigan en tanto que Cerinto, el enemigo de la verdad, esté adentro” (*Historia eclesiástica*, libro III, cap. XXVIII).

No solo se hizo hombre el Hijo eterno, también **habitó entre** los hombres durante treinta y tres años. **Habitó** traduce una forma del verbo *skēnoō*, que literalmente significa “vivir en una tienda”. La humanidad de Jesucristo no fue una mera apariencia. Él tomó todos los atributos esenciales de la humanidad y fue “hecho semejante a los hombres” (Fil. 2:7), “por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (He. 2:14). Como prosigue a explicar el escritor de Hebreos, “debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo” (He. 2:17). Y montó su tienda **entre nosotros**.

En el Antiguo Testamento Dios acampó con Israel mediante su presencia gloriosa en el tabernáculo (Éx. 40:34-35) y después en el templo (1 R. 8:10-11), y se reveló en algunas apariciones pre-encarnadas de

Cristo (p. ej., Gn. 16:7-14; Éx. 3:2; Jos. 5:13-15; Jue. 2:1-4; 6:11-24; 13:3-23; Dn. 3:25; 10:5-6; Zac. 1:11-21). Dios volverá a acampar por toda la eternidad con su pueblo redimido y glorificado:

Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron (Ap. 21:3-4; cp. 12:12; 13:6).

Aunque Jesús manifestó la **gloria** de Dios con una claridad nunca antes vista durante su vida terrenal, todavía estaba velada por su carne humana. Pedro, Jacobo y Juan vieron una manifestación física de la gloria celestial de Jesús en la transfiguración, cuando “resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz” (Mt. 17:2; cp. 2 P. 1:16-18). Esa fue una visión previa de la gloria sin velo que se verá cuando regrese (Mt. 24:29-30; 25:31; Ap. 19:11-16) y de la plenitud de su gloria celestial como la única luz de la Nueva Jerusalén (Ap. 21:23). Pero los discípulos vieron que Jesús manifestó la naturaleza santa de Dios principalmente en atributos divinos como la verdad, sabiduría, amor, gracia, conocimiento, poder y santidad.

Jesús manifestó la misma **gloria** esencial **del Padre** porque, como Dios, poseen la misma naturaleza (10:30). A pesar de las afirmaciones de los falsos maestros a través de los siglos, *monogenēs* (**unigénito**) no implica que Jesús fuese creado por Dios y por lo tanto no es eterno. El término no se refiere al origen de una persona, pero sí la describe como la única en su clase. Así, Isaac podría haberse llamado apropiadamente el *monogenēs* de Abraham (He. 11:7) porque, aunque Abraham tuvo otros hijos, solo Isaac era el hijo del pacto. *Monogenēs* distingue a Cristo como al único Hijo de Dios a diferencia de los creyentes, quienes son hijos de Dios en un sentido distinto (1 Jn. 3:2). B. F. Westcott escribe: “Cristo es el Hijo unigénito, el único a quien el título pertenece en un sentido completamente único y singular, a diferencia de aquel título en el cual hay muchos hijos de Dios (vv. 12ss.)” (*The Gospel According to St. John* [El Evangelio según San Juan] [Reimpresión: Grand Rapids: Eerdmans, 1978], p. 12). La relación única de Jesucristo con el Padre es un tema principal del Evangelio de Juan (cp. 1:18; 3:35; 5:17-23, 26, 36-37; 6:27,

46, 57; 8:16, 18-19, 28, 38, 42, 54; 10:15, 17, 30, 36-38, 12:49-50; 14:6-13; 20-21, 23, 31; 15:9, 15, 23-24; 16:3, 15, 27-28, 32; 17:5, 21, 24-25; 20:21).

La manifestación en Jesús de los atributos divinos reveló su gloria esencial como Hijo de Dios, “porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9). Los dos atributos más íntimamente relacionados con la salvación son la **gracia** y la **verdad**. Las Escrituras enseñan que la salvación se alcanza completamente por creer la **verdad** de Dios en el Evangelio, por medio de la cual se recibe su **gracia** salvadora.

El Concilio de Jerusalén declaró: “Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús [los creyentes judíos serán] salvos, de igual modo que [los gentiles]” (Hch. 15:11). Apolos “fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído” (Hch. 18:27). Pablo describe el mensaje que predicó como “testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (Hch. 20:24). En Romanos 3:24 escribió que los creyentes están “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”, mientras que en Efesios 1:7 añadió: “En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”. Pablo escribió después en la misma carta: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:8-9). Le recordó a Timoteo que Dios “nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, sino por su propia determinación y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo” (2 Ti. 1:9). Esta misma “gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres” (Tit. 2:11), con el resultado de que los creyentes “justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tit. 3:7).

Solo hay gracia de salvación para quienes creen la **verdad** del mensaje del evangelio. Pablo les recordó a los Efesios: “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Ef. 1:13). En Colosenses 1:5 definió el evangelio como “la palabra verdadera” (cp. Stg. 1:18). Pablo expresó a los tesalonicenses su agradecimiento porque “Dios los escogió para ser salvos, mediante la obra santificadora del Espíritu y la fe que tienen en la verdad” (2 Ts. 2:13). Las personas se salvarán cuando “vengan al conocimiento de la verdad” (1 Ti. 2:4; cp. 2 Ti. 2:25). De otra parte, “los que se pierden” se

perderán “por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2 Ts. 2:10). Se condenarán “todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia” (2 Ts. 2:12).

Jesucristo fue la expresión total de la gracia de Dios. Toda la verdad necesaria para salvar está disponible en Él. Fue la expresión total de la verdad de Dios, revelada parcialmente en el Antiguo Testamento (cp. Col. 2:16-17). Lo que se predijo a través de la profecía, prototipos y descripciones se hizo sustancia en la persona de Cristo (cp. He. 1:1-2). Por lo tanto, Él podía declarar: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida... Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn. 14:6; 8:31-32).

La creencia vaga en Dios en ausencia de la verdad de Cristo no dará como resultado la salvación. Como el mismo Jesús lo advirtió: “Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (Jn. 8:24). Se engañan quienes creen que están adorando a Dios pero ignoran o rechazan toda la enseñanza del Nuevo Testamento sobre Cristo porque “el que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (Jn. 5:23; cp. 15:23). En su primera epístola Juan afirmó: “Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre” (1 Jn. 2:23; cp. Jn. 9). Quienes rechazan la revelación completa de Dios en Jesucristo se perderán eternamente.

Para resumir la magnificencia de este versículo, Gerald L. Borchert escribe:

Cuando se analiza este versículo crucial del Prólogo, rápidamente queda en claro que es una gran joya con muchas facetas que esparce sus implicaciones en varias dimensiones de la cristología, la teología de Cristo. A modo de resumen, puede decirse que el evangelista reconoció y dio testimonio de que *las características adscritas solo a Dios en el Antiguo Testamento estaban presentes en el Logos encarnado, el único mensajero de Dios para el mundo, quien no solamente era la epítome en persona del imponente sentido de la presencia de Dios en medio de un pueblo peregrino, sino que también evidenció esas cualidades divinas estabilizadoras experimentadas repetidamente por el pueblo de Dios (John 1—11, The New American Commentary [Juan 1—11, El nuevo comentario*

estadounidense] [Nashville: Broadman & Holman, 2002], pp. 121-122, cursivas en el original).

LOS TESTIGOS DE LA ENCARNACIÓN

Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo. Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. (1:15-16)

Juan, en línea con su propósito al escribir el Evangelio (Jn. 20:31), ofrece otros testigos para la verdad del Verbo divino, preexistente y encarnado: el Señor Jesucristo. Primero apeló a **Juan** el Bautista, quien también **dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: “El que viene después de mí, es antes de mí”**. El testimonio de Juan se describe en más detalle al comienzo del versículo 19. Aquí el apóstol Juan tan solo lo resume. Por supuesto, Juan el Bautista había muerto mucho tiempo antes de que se escribiera este Evangelio. Pero como se anotó en el versículo 2 de este volumen, todavía había un culto existente a él. De modo que, tal como hizo en el versículo 8, el apóstol anota la inferioridad de Juan el Bautista comparado con Cristo; esta vez en las mismas palabras del Bautista. A diferencia de algunos seguidores suyos, él entendió claramente y aceptó alegre su papel subordinado.

El clamor de Juan muestra la naturaleza pública y audaz de su testimonio sobre Jesús; él era la “voz de uno que grita en el desierto: ‘Preparen el camino para el Señor, háganle sendas derechas’” (Mt. 3:3). Era el heraldo, proclamaba la llegada del Mesías y llamaba a las personas a arrepentirse y preparar sus corazones para recibirlo. Cuando Juan reconoció la preeminencia de Jesús, dijo: **“El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo”**. Jesús, el Esperado (lit. “el que venía”), vino **después de Juan**, nació seis meses después (Lc. 1:26), y comenzó su ministerio público después de que Juan comenzara el suyo. Con todo, como Juan lo reconoció, **es antes de él, porque era primero que él**. La referencia aquí, como en los versículos 1-2, es a la preexistencia eterna de Jesús (cp. 8:58).

Entonces Juan ofrece el testimonio de los creyentes, y se incluye a él y a **todos** los que **tomamos** de la **plenitud** de bendición de aquel que está “lleno de gracia y de verdad” (v. 14). Como en Cristo “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9), Él provee para

todas las necesidades de su pueblo (Ro. 5:2; Ef. 4:12-13; Col. 1:28; 2:10; 2 P. 1:3). Ese abastecimiento abundante nunca se acaba o disminuye; la **gracia** continuamente seguirá a la **gracia** en un flujo interminable e ilimitado (cp. 2 Co. 12:9; Ef. 2:7).

EL EFECTO DE LA ENCARNACIÓN

Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer. (1:17-18)

El efecto era monumental. Primero, la gracia triunfó sobre la ley. Como la **ley fue dada** por Dios **por medio de Moisés** (5:45; 9:29; Éx. 31:18; Lv. 26:46; Dt. 4:44; 5:1; Hch. 7:37-38), estaba imbuida de la gloria de Dios y reflejaba su carácter santo y justo. Por eso Pablo pudo escribir: “¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera... La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Ro. 7:7, 12; cp. 2 Co. 3:7-11). Con todo, aunque Dios mostró su gracia en el Antiguo Testamento (p. ej., Gn 6:8; Esd. 9:8; Sal. 84:11; Pr. 3:34; Jer. 31:2; Zac. 4:7), la ley no era un instrumento de la gracia. En su lugar, Dios concedió gracia y perdón para los pecadores arrepentidos que habían violado su ley santa con base en lo que Cristo haría para proporcionar la expiación. **La ley no salva a nadie** (Hch. 13:38-39; Ro. 3:20-22; 8:3; 10:4; Gá. 2:16; 3:10-12; Fil. 3:9; He. 7:18-19; 10:1-4); tan solo hace convictos a los pecadores por su incapacidad de guardar a la perfección las normas justas de Dios y los condena al castigo eterno de la justicia divina, de modo que ella revela la necesidad que tienen los pecadores de la gracia del perdón. Pablo escribió a los gálatas que “la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe” (Gá. 3:24).

Pero Jesucristo, como Hijo de una casa en la que Moisés es tan solo un siervo (He. 3:5-6), trajo la realización total de **la gracia y la verdad** (cp. arriba la explicación del v. 14). La gracia de Dios en el Antiguo Testamento se aplicó a los creyentes penitentes en anticipación a la revelación total de la **gracia** divina en Jesucristo. En Él se cumplió y se reveló completamente **la verdad** de la salvación de Dios. “La verdad que está en Jesús” (Ef. 4:21; cp. Jn. 14:6).

Segundo, Dios se hizo visible con una claridad nunca antes vista o conocida. Esto porque es Espíritu invisible (Col. 1:15; 1 Ti. 1:17; He.

11:27) y, más importante aún, porque haberlo visto habría traído la muerte instantánea (Éx. 33:20; cp. Gn. 32:30; Dt. 5:26; Jue. 13:22). **A Dios nadie le vio jamás** (Jn 6:46; 1 Ti. 6:16; 1 Jn. 4:12, 20). Es a través de Jesucristo, “la imagen del Dios invisible” (Col. 1:15), que Dios se reveló.

La Biblia de las Américas (BLA) sigue la lectura más ajustada al manuscrito griego: “el unigénito Dios” (en lugar de la lectura alternativa **el unigénito Hijo** en algunas traducciones al español). Es una conclusión adecuada para el prólogo, en el cual se ha enfatizado la deidad de Cristo y la igualdad absoluta con el Padre. La expresión íntima **que está en el seno del Padre** recuerda la frase *pros ton theon* (“con Dios”) en el versículo 1 (véase la explicación en el capítulo 1 de esta obra). Expresa la participación de la naturaleza de Cristo con el Padre (cp. 17:24).

Dios, quien no puede ser conocido si no se revela a sí mismo, pudimos llegar a conocerle mejor porque Jesús **le ha dado a conocer**. Jesús es la explicación de Dios. Él es la respuesta a la pregunta “¿Cómo es Dios?”. En Juan 14:7-9, Jesús declaró esa verdad a sus discípulos obtusos:

Si me conociereis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?

Dado a conocer traduce una forma del verbo *exēgeomai*, del cual se deriva la palabra española “exégesis” (el método o práctica de interpretar las Escrituras). Jesús es el único calificado para ser exégeta o interpretar a Dios para el hombre, pues “nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mt. 11:27).

El prólogo presenta una sinopsis introductoria a todo el Evangelio de Juan. Presenta temas que se expandirán a lo largo del resto del libro. Ninguno de los temas es más importante que este: Jesús, el cual existía en comunión íntima con el Padre desde toda la eternidad (v.1), se hizo carne (v. 14), trajo la expresión total de la gracia y la verdad a la humanidad (v. 17), y reveló a Dios para el hombre (v. 18). Cómo lo hizo es lo que se verá en el resto del Evangelio de Juan.

4 El testimonio de Juan el Bautista sobre Cristo

Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntasen: ¿Tú, quién eres? Confesó, y no negó, sino confesó: Yo no soy el Cristo. Y le preguntaron: ¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No. Le dijeron: ¿Pues quién eres? para que demos respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? Dijo: Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor; como dijo el profeta Isaías. Y los que habían sido enviados eran de los fariseos. Y le preguntaron, y le dijeron: ¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? Juan les respondió diciendo: Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado. Estas cosas sucedieron en Betábara, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando. El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo. Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua. También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios. El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos. Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios. Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús. (1:19-37)

El mundo antiguo había visto muchos grandes hombres. Había conocido

temidos líderes de guerra como Alejandro Magno, legisladores como Hammurabi, pensadores profundos como Sócrates, gobernantes poderosos como Augusto César, hombres sabios como Salomón y líderes religiosos nobles como Abraham, Moisés, David y los jueces y profetas de Israel. Pero el más grande de todos ellos era el candidato más improbable para ese honor según las normas humanas. Él vivió su vida en la oscuridad del desierto, lejos de la sociedad y de los puestos de poder e influencia. No fue rico; por su forma de vestir y comer se identificó con los pobres (Mt. 3:4). Con todo, tuvo la tarea más alta e importante de la historia: anunciar la llegada del Mesías. Este hombre, Juan el Bautista, el último de los profetas del Antiguo Testamento, se presentó en el versículo 15; allí consta su confesión según la cual Cristo era mayor que él. Aun así, Jesús dijo del Bautista que él era más grande que cualquier otra persona que hubiera vivido antes (Mt. 11:11). También dijo que todos los que vinieran después de Juan en el reino eran más grandes que él porque vivían en la plenitud de toda la obra del Mesías en el nuevo pacto. Juan murió en la otra orilla de la cruz y la resurrección, aunque los méritos de estos hechos se aplicaron a él de igual forma que a todos los santos del Antiguo Testamento.

Como se referenció en el capítulo 2 de esta obra, incluso su nacimiento fue totalmente inesperado puesto que su madre, Elisabet, siempre había sido estéril y tanto ella como su marido “eran ya de edad avanzada” (Lc. 1:7), más allá de la edad para tener hijos. Mientras su padre Zacarías, un sacerdote (v. 5), estaba cumpliendo su turno ministerial en el templo, de repente se le apareció el ángel Gabriel y le hizo un anuncio inesperado y pavoroso: Elisabet y él tendrían un hijo (vv. 13-17). Zacarías, aunque inicialmente se aterrorizó (v. 12), lo encontró tan improbable que su miedo dio lugar a la duda y se recuperó lo suficiente como para cuestionar la veracidad del mensaje de los ángeles (v. 18). Aunque la incredulidad de Zacarías es entendible, al haber usado su voz para expresar esa duda pecaminosa, Dios le negó el uso del habla hasta que naciera su hijo (v. 20).

En el sexto mes del embarazo de Elisabet, María, que ya estaba embarazada de Jesús, la visitó. En consonancia con la profecía de Gabriel, según la cual Juan sería “lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre” (1:15), el niño Juan, sin haber nacido, impulsado por el Espíritu, saltó de alegría al sonido del saludo de María (vv. 41, 44).

Las circunstancias inusuales que rodearon el nacimiento de Juan alcanzaron su punto máximo en su circuncisión. Después de llamarlo

Juan, en obediencia al mandamiento de Gabriel (v. 13), la boca de Zacarías se abrió, su lengua se soltó “y habló bendiciendo a Dios” (v. 64). No sorprende que “se llenaron de temor todos sus vecinos; y en todas las montañas de Judea se [divulgaran] todas estas cosas” (v. 65). “Y todos los que las oían las guardaban en su corazón, diciendo: ¿Quién, pues, será este niño? Y la mano del Señor estaba con él” (v. 66).

Tiempo después de esta memorable llegada al mundo, Juan desapareció en “lugares desiertos” hasta el comienzo de su ministerio, cuando tenía alrededor de veintinueve o treinta años (Lc. 1:80). Cuando la palabra de Dios vino a él (Lc. 3:2), al iniciar su ministerio profético (cp. Jer. 1:2; Ez. 1:3; Jon. 3:1; Hag. 1:1; Zac. 1:1), apareció de repente “en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados” (Mr. 1:4). Israel había esperado durante cuatro siglos que Dios le enviara un profeta, de modo que la predicación dinámica y fuerte de Juan despertó un interés enorme: “Y salía a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán” (Mt. 3:5) para oír su mensaje. Juan, a la altura de su papel como heraldo del Mesías (v. 23; Mr. 1:2-3), exhortaba a sus oyentes así: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt. 3:2), y bautizaba a quienes se arrepentían como símbolo de su limpieza espiritual (Mr. 1:5; Jn. 1:28; 3:23).

En este pasaje, el apóstol Juan da ejemplos del testimonio del Bautista al que ya había aludido antes (1:6-8, 15). Los sucesos aquí registrados tuvieron lugar en el punto culminante de su ministerio, a continuación de cuando bautizó a Jesús. Mientras el Señor estaba en el desierto y era tentado (Mt. 4:1-11; Lc. 4:1-13), Juan continuó con su ministerio de predicar el arrepentimiento y de bautizar. En tres días sucesivos, para tres grupos diferentes, él hizo hincapié en tres verdades sobre Jesucristo.

PRIMER DÍA, PRIMER GRUPO, PRIMER ÉNFASIS

Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntasen: ¿Tú, quién eres? Confesó, y no negó, sino confesó: Yo no soy el Cristo. Y le preguntaron: ¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No. Le dijeron: ¿Pues quién eres? para que demos respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? Dijo: Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor; como dijo el profeta Isaías. Y los que habían sido enviados eran de los fariseos. Y le preguntaron, y le dijeron: ¿Por

qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? Juan les respondió diciendo: Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado. Estas cosas sucedieron en Betábara, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando. (1:19-28)

La frase inicial—*Este es el testimonio de Juan*—presenta los tres relatos de los versículos 19-37. Como se indicó en el capítulo 1 de esta obra, el nombre *marturia* (**testimonio**) y el verbo relacionado *martureō* (“testificar”) son términos favoritos de Juan, pues aparecen más de veintisiete veces en sus escritos. Juan el Bautista fue el primer testigo llamado por el apóstol Juan para hablar sobre la verdad de Jesucristo.

El término *judíos*, aunque ciertamente es apropiado para todas las personas de Israel, en la mayoría de sus usos en el Evangelio de Juan está restringido especialmente a las autoridades religiosas (en particular a aquellas en Jerusalén) que eran hostiles a Cristo. Juan aludió a esa hostilidad, un tema repetido, cuando escribió: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (1:11). Muy probablemente, en este versículo el término *judíos* alude al sanedrín, el órgano supremo de gobierno en Israel (bajo la autoridad final de los romanos). La predicación poderosa de Juan (inclusive su denuncia mordaz de las instituciones religiosas judías; cp. Mt. 3:7-10) y la amplia popularidad propiciaron que los judíos enviaran una delegación a investigarlo. El hecho de que algunos se empezaran a preguntar si él podría ser el Mesías (Lc. 3:15) alarmó aún más a las autoridades judías. Temían una insurrección popular que los romanos habrían suprimido brutalmente (cp. Jn. 11:47-50) y disminuiría su poder. De modo que este profeta raro no solo incomodaba a las autoridades judías en lo religioso, sino también en lo político.

La delegación enviada para investigar a Juan estaba compuesta por **sacerdotes y levitas**, al menos algunos de ellos eran fariseos (cp. la explicación del v. 24 más para abajo). Los **sacerdotes** eran los intermediarios humanos entre Dios y el hombre, y oficiaban las ceremonias religiosas (cp. Lc. 1:8-9). También eran las autoridades teológicas de Israel. Cuando no estaban sirviendo en el templo cumpliendo con su deber de dos semanas al año, vivían en todo el país como los expertos locales en religión. Los levitas ayudaban a los sacerdotes en los rituales del templo (cp. Nm. 3:6-10; 18:2-4). Como la fuerza policial del templo estaba compuesta por levitas (cp. 7:32; Lc.

22:4; Hch. 4:1; 5:24), es probable que ellos sirvieran como un destacamento de seguridad para proteger a los sacerdotes de la delegación.

La primera pregunta que le hicieron a Juan—*¿Tú, quién eres?*—refleja la confusión de los judíos sobre él (véanse sus preguntas en los vv. 21-22), pues no se ajustaba él a ninguna de sus expectativas mesiánicas. La pregunta implicaba que Juan podría considerarse como el Mesías, como lo indica su respuesta enfática: “**Yo no soy el Cristo**” (la palabra griega para Mesías). El Mesías había venido, insistió Juan, pero rechazó todo pensamiento de que él pudiera serlo. De hecho, la declaración del apóstol Juan,—*Confesó, y no negó, sino confesó*—, enfatiza la vehemencia de su negación. A diferencia de algunos de sus seguidores, él entendía perfectamente su papel subordinado como precursor de Cristo (cp. 3:25-30).

Si Juan no era el Mesías, ¿habría una posibilidad de que pudiera ser alguna de las figuras importantes asociadas a los tiempo antiguos? Con esa inquietud la delegación procedió a preguntarle: “**¿Qué pues? ¿Eres tú Elías?**”. Con base en la profecía de Malaquías (3:1 y 4:5), los judíos esperaban que Elías y Malaquías regresaran en forma corporal justo antes de que el Mesías volviera para establecer su reino terrenal. Aún hoy, muchos judíos dejan una silla vacía en la mesa para Elías cuando celebran el séder de pascua. La apariencia de Juan era muy similar a la de Elías; de acuerdo con Marcos 1:6, “Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos”; y 2 Reyes 1:8 describe a Elías como “Un varón que tenía vestido de pelo, y ceñía sus lomos con un cinturón de cuero”. La llamada de Juan al arrepentimiento (Mt. 3:2) y la advertencia sobre la venida del juicio (Mt. 3:10-12) habrían servido para recordarles más a sus oyentes a Elías (cp. 1 R. 18:18, 21; 21:17-24).

Pero a la pregunta de si él era Elías, respondió: “**No soy**”. No era Elías, al menos no en el sentido literal que, él sabía, sus interrogadores cuestionaban; no era el Elías que había regresado del cielo, el que se había ido en un torbellino (2 R. 2:11). Pero había un sentido en el que Juan era Elías, como Jesús explicó a sus discípulos:

Entonces sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? Respondiendo Jesús, les dijo: A la verdad, Elías viene primero, y restaurará todas las cosas. Mas os digo que

Elías ya vino, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del Hombre padecerá de ellos. Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista (Mt. 17:10-13).

Juan en realidad no era Elías tal y como lo esperaban los judíos; pero era semejante a él, “con el espíritu y el poder de Elías” (Lc. 1:17). Como se anotó anteriormente, Juan predicaba con la misma audacia y poder de Elías. Si los judíos hubieran creído su mensaje y aceptado a Jesús como el Mesías, Juan habría sido el cumplimiento de la profecía de Malaquías. “Y si quieren aceptar mi palabra, Juan es el Elías que había de venir” (Mt. 11:14), declaró Jesús. Con estas palabras, el Señor interpretó la profecía de Malaquías como una referencia a alguien semejante a Elías pero no al profeta como tal. La respuesta de Juan a la delegación también podría sugerir que él tampoco se veía como Elías, ni siquiera en el sentido en el que Jesús afirmaba que lo era. Leon Morris escribe:

Ningún hombre es lo que es a sus propios ojos. En realidad él solo es algo en cuanto a cómo Dios lo conoce. Más adelante Jesús igualaba a Juan con el Elías de la profecía de Malaquías, pero eso no implica que Juan estuviera consciente de la verdadera posición... Jesús confiere a Juan su verdadero significado. Ningún hombre es lo que él piensa que es. Es solo lo que Jesús sabe que es (*El Evangelio según Juan*, [Barcelona: Clie, 2005], pp. 135-136 del original en inglés).

La siguiente pregunta—*¿Eres tú el profeta?*—venía de una profecía de Moisés en Deuteronomio 18:15-18 sobre un profeta como él que vendría a hablar la palabra de Dios. En el judaísmo del siglo I no había consenso en cuanto a la identidad precisa de ese **profeta** (cp. Jn. 6:14; 7:40). Algunos creían que, como Elías, sería un precursor del Mesías (posiblemente Jeremías o alguno de los otros profetas resucitados; cp. Mt. 16:14); otros lo veían como el mismo Mesías. La segunda perspectiva es la correcta puesto que tanto Pedro (Hch. 3:22-23) como Esteban (Hch. 7:37) aplicaron a Jesús Deuteronomio 18:15-18. Entonces Juan negó ser ese profeta y respondió simplemente: **No**.

Los miembros de la delegación, frustrados con la serie de respuestas concisas y negativas de Juan, y sin opciones obvias, le dijeron: “**¿Pues quién eres? para que demos respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué**

dices de ti mismo?”. Dada la popularidad de Juan (y por lo tanto su amenaza percibida a las autoridades), ellos necesitaban una **respuesta** positiva de su parte para incluirla en su informe **a los que los enviaron**. Rendidos de intentar adivinar quién podría ser, le increparon: “**¿Qué dices de ti mismo?”**”.

Indudablemente, la respuesta de Juan no era lo que la delegación estaba esperando oír. En lugar de afirmar ser alguien importante, se refirió a sí mismo humildemente tan solo como **la voz de uno que clama en el desierto**. Leon Morris observa:

Lo interesante de la cita es que no da preminencia alguna al predicador. Él no es una persona importante. No es más que una voz (contraste la referencia a Jesús como “el Verbo”). Más aún, es una voz con solo un mensaje... “Enderecen el camino del Señor” es un llamamiento a estar listos porque la venida del Mesías está cerca (*El Evangelio según Juan*, p. 137 del original en inglés).

La actitud humilde de Juan recuerda a Pablo, quien se veía como “el más pequeño de todos los santos” (Ef. 3:8; cp. 1 Co. 15:9; 1 Ti. 1:12-16). También está en línea como la admonición de Jesús: “Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos” (Lc. 17:10).

Pero la respuesta de Juan era más que una confesión humilde: Era una profecía del Antiguo Testamento. Aquel texto habla de la venida de la gloria del reino de Dios y de la preparación necesaria para ello. Por eso se entiende que los cuatro Evangelios citen Isaías 40:3 en conexión con Juan el Bautista (cp. Mt. 3:3; Mr. 1:3; Lc. 3:4), pues él era el heraldo del rey y de su reino. Sin embargo, solo aquí aparece él citando el versículo. Con esa cita Juan respondió a la delegación la pregunta sobre su identidad y cambió el enfoque de sí para ponerlo en Cristo. Su mensaje (y el de Isaías)—**Enderezad el camino del Señor**—era un reto para que tanto la nación como los interrogadores prepararan sus corazones para la venida del Mesías. La imagen análoga es la de nivelar todas las barreras y allanar todos los impedimentos en preparación para la visita de un rey antiguo oriental. Juan e Isaías compararon los corazones del pueblo del Mesías con un desierto desolado, a través del cual necesitaba prepararse un camino nivelado y allanado para su venida. Juan enfatiza una vez más su papel subordinado y su humildad. Tan solo era un obrero que preparaba

el camino antes del Rey.

En este momento el apóstol Juan dice que **los que habían sido enviados eran de los fariseos**. Esto da más claridad a la intención específica de la frase “los judíos” (v. 19). En aquel tiempo, los saduceos controlaban el templo y eran el partido mayoritario del sanedrín. Pero aquí aprendemos que **los fariseos** habían enviado esta delegación. No es muy probable que los saduceos hubieran enviado una delegación compuesta solamente por sus archirrivales, los fariseos. Puesto que el sumo sacerdote y los principales sacerdotes eran saduceos, debían estar preocupados con Juan, pues era de una familia sacerdotal. Entonces, esta declaración puede indicar que los fariseos provocaron una confrontación y se incluyeron en la delegación. No contentos con dejar pasar la situación, siguieron cuestionando a Juan sobre su autoridad para bautizar, algo con lo que los fariseos estaban más preocupados que los saduceos, los cuales eran más liberales en lo religioso. La pregunta de los fariseos era un reto adicional: “¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?”. Si, como Juan mismo lo había admitido, él no era ninguna de esas figuras, ¿qué autoridad tenía para bautizar?

Juan les respondió de nuevo quitando su atención de él y dirigiéndola a Cristo. En lugar de defender su ministerio bautismal, tan solo reconoció sus limitaciones cuando dijo: “**Yo bautizo con agua**”. Luego, cuando les declaró: “**Mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis**”, volvió a llevar su explicación de vuelta a aquel de quien él daba testimonio. El Antiguo Testamento hablaba de la limpieza espiritual y su relación con la venida del Mesías (Ez. 36:25, 33; 37:23; Zac. 13:1). Por tanto, los judíos bautizaban prosélitos convertidos al judaísmo, pero Juan estaba bautizando a los judíos. Eso escandalizaba a los líderes religiosos, quienes consideraban que los judíos ya eran el pueblo de Dios y no necesitaban el bautismo. Pero quienes se sometían al bautismo de Juan reconocían con ello que su pecado los había puesto fuera del pacto de salvación de Dios y no eran mejores que los gentiles. Entonces Juan los bautizaba como una expresión pública de su arrepentimiento (Mt. 3:6, 11), en preparación para la venida del Mesías. Su bautismo era otra característica de su testimonio de Jesucristo, el Mesías, quien ya estaba **en medio** del pueblo, aunque ellos no lo conocían y nunca lo harían (1:10).

Juan el Bautista repitió las palabras que el apóstol Juan le había atribuido en el prólogo. Identificó al Mesías que ellos no reconocían como “**el que viene después de mí**” porque él había nacido y comenzado su

ministerio antes que Jesús. Entonces, en una sorprendente expresión de humildad, el Bautista reafirmó que Jesús tenía un rango más alto que él (1:15). Desatar **la correa del calzado** del amo era la tarea del esclavo más bajo y Juan no se consideraba **digno** de realizar la tarea menos importante y degradante... tarea que los maestros judíos tenían prohibido pedir a sus estudiantes.

Hoy desconocemos la geografía exacta de Betania, **al otro lado del Jordán**, que el apóstol identifica como el lugar donde ocurrió este diálogo, para dar solidez a su historicidad. Como en la pendiente oriental del Monte de los Olivos, cerca de Jerusalén, había una villa llamada Betania (Mr. 11:1), algunos escribas supusieron erróneamente que el texto daba la ubicación equivocada para el lugar **donde Juan estaba bautizando**. Por lo tanto, algunos manuscritos sustituyen erradamente Betania por Betábara. Sin embargo, para evitar confusiones, el apóstol Juan agrega: **“al otro lado del Jordán”** para diferenciarla ante las personas que conocían ambas Betanias: aquella donde Juan estaba ministrando y la cercana a Jerusalén. No era inusual que en la misma región hubiera dos ciudades con el mismo nombre.

El primer énfasis de Juan era simple pero urgente: preparen sus corazones porque el Mesías está aquí. La profecía de Isaías de hacía seiscientos años se estaba cumpliendo: se debía preparar el camino para la venida del Mesías. Y tal venida no sería económica, militar o política. La siguiente conversación demuestra que habría una liberación y un reino que serían profundamente espirituales.

SEGUNDO DÍA, SEGUNDO GRUPO, SEGUNDO ÉNFASIS

El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo. Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua. También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquel me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios. (1:29-34)

La frase *el siguiente día* presenta una sucesión de días que continúa en los vv. 35, 43 y 2:1. Al parecer, los acontecimientos que van desde la entrevista de Juan con la delegación de Jerusalén (vv. 19-28) hasta el milagro de Caná (2:1-11), ocurrieron en una semana. Un día después de haber hablado con la delegación, **vio Juan a Jesús que venía a él**. Juan, fiel a su deber como heraldo y definiendo un momento redentor trascendente, llamó de inmediato la atención de la multitud cuando dijo: **“He aquí el Cordero de Dios”**. Ese título, usado solamente en los escritos de Juan (cp. v. 36; Ap. 5:6; 6:9; 7:10, 17; 14:4, 10; 15:3; 17:14; 19:9; 21:22-23; 22:1, 3) es el primero en una cadena de títulos dados a Jesús en los versículos restantes de este capítulo; los otros incluyen Rabí (vv. 38, 49), Mesías (v. 41), Hijo de Dios (vv. 34, 49), Rey de Israel (v. 49), Hijo del Hombre (v. 51) y “aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas...: Jesús, el hijo de José, de Nazaret” (v. 45). Esa no fue una suposición por parte de Juan, fue una revelación absolutamente verdadera de Dios, como lo probaron la vida, muerte y resurrección de Jesús.

El concepto del **Cordero** para sacrificio era conocido por el pueblo judío. Durante toda la historia de Israel Dios había revelado claramente que el pecado y la separación de Él solo podrían removerse por medio de sacrificios de sangre (cp. Lv. 17:11). No se podía conceder el perdón de los pecados sin que un sustituto aceptable muriera en sacrificio. Ellos sabían que Abraham había confiado en que Dios proveería un cordero para ofrecerlo en remplazo de Isaac (Gn. 22:7-8). Se sacrificaba también un cordero en la pascua (Éx. 12:1-36; Mr. 14:12), en los sacrificios diarios del tabernáculo y después en el templo (Éx. 29:38-42) y como ofrecimiento por los pecados de los individuos (Lv. 5:5-7). Dios también dejó claro que ninguno de esos sacrificios era suficiente para remover el pecado (cp. Is. 1:11). También eran conscientes de que la profecía de Isaías comparaba al Mesías con un “cordero [que] fue llevado al matadero” (Is. 53:7; cp. Hch. 8:32; 1 P. 1:19). Aunque Israel buscaba un Mesías que fuera profeta, rey y conquistador, Dios les iba a enviar un **Cordero**. Y lo hizo.

El título **Cordero de Dios** anticipa el sacrificio supremo de Jesús en la cruz por **el pecado del mundo**. Con esta declaración breve el profeta Juan deja claro que el Mesías había venido a lidiar con el pecado. El Antiguo Testamento está lleno con la realidad de que el problema es el pecado y reside en el mismo corazón de cada persona (Jer. 17:9). Todos los hombres, aun quienes recibieron la revelación de Dios en las

Escrituras (los judíos), eran pecadores e incapaces de cambiar el futuro o el presente, o de pagar por los pecados del pasado. La conocida acusación de Pablo sobre la naturaleza pecaminosa humana (Ro. 3:11-12) se hace con base en la revelación del Antiguo Testamento. Como se indicó en la explicación de 1:9-11 en el capítulo 2 de esta obra, *kosmos* (**mundo**) tiene varios significados en el Nuevo Testamento. Aquí se refiere a la humanidad en general, a todas las personas sin distinción, trasciende los límites étnicos, raciales y nacionales. El uso de término singular *pecado* con el sustantivo colectivo *mundo* revela que así como el pecado es universal, así también el sacrificio de Jesús es suficiente para todas las personas sin distinción (cp. 1 Jn. 2:2). Pero aunque el sacrificio de su muerte es suficiente para los pecados de todos (cp. 3:16; 4:42; 6:51; 1 Ti. 2:6; He. 2:9; 1 Jn. 4:14), es eficaz solo para quienes creen en Él para salvación (3:15-16, 18, 36; 5:24; 6:40; 11:25-26; 20:31; Lc. 8:12; Hch. 10:43; 13:39; 16:31; Ro. 1:16; 3:21-24; 4:3-5; 10:9-10; 1 Co. 1:21; Gá. 3:6-9, 22; Ef. 1:13; 1 Jn. 5:1; 10-13). Este versículo no enseña el universalismo, la falsa doctrina según la cual todos serán salvos, cuya falsedad es obvia porque la Biblia enseña que la mayoría de las personas sufrirá el castigo eterno en el infierno (Mt. 25:41, 46; 2 Ts. 1:9; Ap. 14:9-11; 20:11-15; cp. Ez. 18:4, 20; Mt. 7:13-14; Lc. 13:23-24; Jn. 8:24) y solo se salvarán unos pocos.

Juan enfatiza por tercera vez (cp. vv. 15, 27) su papel subordinado a Jesús, el Verbo eterno que habría de hacerse **un varón**, pues esto fue lo que reconoció cuando dijo: **“Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo”**. Juan fue creado. El rango superior de Jesús era infinito. Fue Él quien creó todas las cosas (1:1-3), a Juan inclusive. Aunque en realidad Juan había nacido antes que Jesús, Jesús existía **primero que** Juan. Y aunque Juan era familia de Jesús (probablemente su primo), porque sus madres eran parientes (Lc. 1:36), Juan no **le conocía** como Mesías hasta que lo bautizó **para que fuese manifestado a Israel**. Como este era el bautismo más importante de Juan, declaró: **“Vine yo bautizando con agua”**, aunque se mostró reticente de bautizar al Señor (Mt. 3:14). Y fue en el bautismo de Jesús que Dios, el que **envió** a Juan **a bautizar con agua**, reveló completamente a Jesús como el Mesías por medio de una señal fijada previamente. **También dio Juan testimonio, diciendo: “Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él”** (cp. Mt. 3:16; Mr. 1:10; Lc. 3:22). Esa señal era una prueba sobrenatural del papel mesiánico de Jesús, porque Dios le había dicho a Juan **“Sobre**

quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo". Como Pedro (Mt. 16:17), Juan solo entendió quién era en verdad Jesús por medio de la revelación divina. La superioridad de Jesús sobre Juan se refuerza con el hecho de que Él **bautiza con el Espíritu Santo**.

Por sexta vez en su Evangelio (cp. 1:7, 8, 15, 19, 32), el apóstol Juan se refiere al testimonio del Bautista a favor de Cristo con la siguiente afirmación: **"Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios"**. Como se indicó en el capítulo 1 de esta obra, testificar o dar testimonio es un asunto temático en este Evangelio. El testimonio de Juan en el versículo 34 es una conclusión que se ajusta a esta sección, en tanto que la narrativa hace su transición del Bautista a Jesús. Aunque los creyentes son hijos de Dios en un sentido limitado (Mt. 5:9; Ro. 8:14, 19; Gá. 3:26; cp. Jn. 1:12; 11:52; Ro. 8:16, 21; 9:8; Fil. 2:15; 1 Jn. 3:1-2, 10), solamente Jesús **es el Hijo de Dios** en el sentido de que solo Él participa de la misma naturaleza con el Padre (1:1; 5:16-30; 10:30-33; 14:9; 17:11; 1 Jn. 5:20).

A su primer énfasis—que el Mesías está aquí—, Juan agregó una exhortación igualmente convincente: reconocerlo por lo que Él es, el Hijo de Dios, el Mesías, el Cordero del supremo sacrificio por el pecado del mundo.

TERCER DÍA, TERCER GRUPO, TERCER ÉNFASIS

El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos. Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios. Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús. (1:35-37)

La frase *el siguiente día* continúa la sucesión de días explicada en relación con el versículo 29. Ahora, este es el tercer día de la sucesión, el segundo después del encuentro de Juan con la delegación investigadora que fue desde Jerusalén. El tercer grupo es el más pequeño, consistía solo de **dos de los discípulos** de Juan (Andrés [v. 40] y Juan [quien nunca se menciona en su Evangelio]). Cuando Juan vio que Jesús **andaba por allí** les repitió a sus **discípulos** lo que había proclamado a las multitudes el día anterior: **"He aquí el Cordero de Dios"**. Cuando los dos discípulos **le oyeron** decir esto a su maestro una vez más, **siguieron a Jesús**. La voluntad de Juan para pasarlos a Jesús sin titubeos es una evidencia más

de la humildad con que se anula y la aceptación completa de su papel subordinado.

El hecho de que los dos discípulos hubieran seguido a Jesús no implica que se hicieran sus discípulos permanentes en ese momento. Ciertamente es que *akoloutheō* (**siguieron**) se usa en el Evangelio de Juan para “seguir como discípulo” (p. ej., 8:12; 10:27; 12:26; 21:19; cp. Mt. 4:20, 22; 9:9). Pero también se puede usar en un sentido general (p. ej., 6:2; 11:31; 18:15; 20:6; 21:20). Andrés y Juan tuvieron aquí su primer contacto con Jesús. Más tarde se convirtieron en sus discípulos permanentes (Mt. 4:18-22).

El tercer énfasis de Juan se sigue lógicamente de los primeros dos. Puesto que el Mesías, el Hijo de Dios, el Cordero de Dios, está aquí, la única respuesta apropiada es seguirlo.

Después de haber cumplido su propósito como testigo de la verdadera identidad de Jesús, Juan desaparece de la escena (aparte de una mención breve en 3:23ss.). El resto del Evangelio se enfoca en el ministerio de Jesús, algo que el mismo Bautista habría aprobado. Como les dijo a algunos de sus discípulos, celosos por su reputación:

No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido. Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe (Jn. 3:27-30).

Él menguó y mientras se preguntaba en la prisión cómo se ajustaba su encarcelamiento a la gloria anticipada del reino del Mesías, le entraron dudas sobre el carácter mesiánico de Jesús. El Señor, lleno de gracia, despejó esas dudas al recordarle los milagros que estaba llevando a cabo (Mt. 11:2-5; Lc. 7:19-22).

5 El equilibrio de la salvación

Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras? Les dijo: Venid y ved. Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día; porque era como la hora décima. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús. Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo). Y le trajo a Jesús. Y mirándole Jesús, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro). El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Felipe, y le dijo: Sígueme. Y Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro. Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquél de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret. Natanael le dijo: ¿De Nazaret puede salir algo de bueno? Le dijo Felipe: Ven y ve. Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño. Le dijo Natanael: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. Respondió Natanael y le dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel. Respondió Jesús y le dijo: ¿Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, crees? Cosas mayores que estas verás. Y le dijo: De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre. (Jn. 1:38-51)

La Biblia revela que Dios está infinitamente más allá del entendimiento humano. En Isaías 55:8-9 Él dijo: “Porque mis pensamientos no son los de ustedes, ni sus caminos son los míos—afirma el SEÑOR—. Mis caminos y mis pensamientos son más altos que los de ustedes; ¡más altos que los cielos sobre la tierra!” (NVI). “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!”, exclamó Pablo en Romanos 11:33. Job 5:9 describe a Dios como Aquel que “hace cosas grandes e inescrutables, y

maravillas sin número”, mientras que Job 11:7-9 hace estas preguntas retóricas: “¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso? Es más alta que los cielos; ¿qué harás? Es más profunda que el Seol; ¿cómo la conocerás? Su dimensión es más extensa que la tierra, más ancha que el mar”. Job 37:5 dice que Dios “hace grandes cosas, que nosotros no entendemos”. David escribió en el Salmo 40:5: “Muchas son, SEÑOR mi Dios, las maravillas que tú has hecho. No es posible enumerar tus bondades en favor nuestro. Si quisiera anunciarlas y proclamarlas, serían más de lo que puedo contar” (NVI).

No es sorprendente, pues, que la interrelación de la voluntad soberana y los propósitos de Dios con las acciones y responsabilidad humanas dé como resultado una variedad de paradojas aparentes. Por ejemplo, como lo afirmó Jesús, la traición de Judas era parte del plan predeterminado de Dios (Lc. 22:22): “A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él” (Mr. 14:21). Pero eso no excusó su pecado, en el cual cayó por su propia voluntad (Mt. 26:14-16, Jn 12:4), ni aminoró su culpa. En la segunda mitad de Marcos 14:21 Jesús continúa diciendo: “¡Ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido”. A Judas se le sentenció a la condena eterna por haber elegido traicionar a Jesús. El registro histórico de Éxodo también muestra la interacción de la soberanía de Dios y la responsabilidad humana indicando diez veces que Dios endureció el corazón del faraón (4:21; 7:3; 9:12; 10:1, 20, 27; 11:10; 14:4, 8, 17) y otras diez veces que el mismo faraón lo hizo (7:13-14; 22; 8:15, 19, 32; 9:7, 34-35; 13:15).

Otra paradoja aparente tiene que ver con la autoría de las Escrituras. La Biblia afirma que Dios es su autor: “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Ti. 3:16) y “Nunca la profecía fue traída por voluntad humana” (2 P. 1:21). Aun así, Jesús introdujo una cita del Antiguo Testamento con las palabras “Moisés dijo” (Mr. 7:10; cp. 10:3; 12:26; Mt. 8:4; 19:8; Lc. 5:14; 20:37) y se refirió al Antiguo Testamento como los escritos de Moisés y los profetas (Lc. 24:27, 44; Jn. 5:45-46; 7:19-23). Pedro se refirió a los escritos de Pablo como Escrituras (2 P. 3:15-16), y dijo que “los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21). Así, aunque la Biblia fue escrita por unos cuarenta autores humanos, durante un período de aproximadamente mil quinientos años, es, no obstante, un libro unificado con un Autor divino.

La Biblia enseña que a los creyentes les es imposible vivir la vida cristiana por sí mismos. Pablo dijo a los gálatas: “¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?”

(Gá. 3:3). En esa epístola ya había escrito él así: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20). Aun así, aunque el mismo apóstol había escrito: “Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios”, también escribió: “Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Co. 9:26-27). Además asemejó la vida cristiana a una pelea (1 Ti. 6:12; 2 Ti. 4:7), a una carrera (1 Co. 9:24) y a un intenso trabajo de labranza (2 Ti. 2:6). También exhortó a los creyentes: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (Ro. 6:12-13).

El Nuevo Testamento describe la vida cristiana como un camino de obediencia para enfatizar la responsabilidad del creyente (Ro. 14:15; 2 Co. 5:7; Ef. 2:10; 4:1, 17; 5:2, 8, 15; Fil. 3:17; Col. 1:10; 2:6; 1 Ts. 2:12; 4:1; 1 Jn. 1:6-7; 2:6; 2 Jn. 4, 6; 3 Jn. 3-4). Dentro de los muchos deberes en el caminar cristiano está la oración (Ro. 12:12; Ef. 6:18; Col. 4:2; 1 Ts. 5:17; 1 Ti. 2:8; Stg. 5:13), la lectura de las Escrituras (1 Ti. 4:13) y su estudio (Hch 17:11); tener temor reverente hacia Dios (Hch. 9:31; cp. Job 28:28; Sal. 111:10; Pr. 1:7; 3:7; 9:10; 15:33; Mi. 6:9), participar de la Santa Cena (1 Co. 11:23-26), ser agradecido (Fil. 4:6; Col. 1:12; 3:15-17; 1 Ts. 5:18), estar alegres (Ro. 12:12, 15; 14:17; 15:13; 2 Co. 13:11; Fil. 2:18; 3:1; 4:4; 1 Ts. 1:6; 5:16; 1 P. 4:13), perdonar al prójimo (Mt. 6:14-15; 18:21-35; Mr. 11:25; Lc. 17:3-4; Ef. 4:32; Col. 3:13) y alejarse de las cosas malas (Job 28:28; Sal. 34:14; 37:27; 101:4; Pr. 3:7; 4:27; 16:17; Jer. 18:11; 25:5; 35:15; Ez. 33:11; 1 P. 3:11) como la mentira (Ef. 4:25; Col. 3:9), la inmoralidad sexual (1 Co. 6:18; Ef. 5:3; 1 Ts. 4:3, 7), la ira (Mt. 5:22; Ef. 4:31; Col. 3:8; Stg. 1:19-20), las conversaciones obscenas (Ef. 4:29; 5:4; Col. 3:8; Stg. 3:8-10) y la codicia (Éx. 20:17; Mr. 7:21-22; Ro. 7:7-8; 13:9).

Pablo unió los lados divino y humano de la vida cristiana cuando les encomendó a los filipenses ocuparse de su salvación porque Dios es quien “produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:12-13; cp. 4:13). El apóstol dio ejemplo de esta verdad; a los colosenses les

escribió: “Para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí” (Col. 1:29; cp. 1 Co. 15:10; 2 Co. 3:5; Gá. 2:8).

Pero de todos los asuntos en los que participa la soberanía divina y la responsabilidad humana, el más básico es la salvación. La enseñanza bíblica según la cual la salvación es un acto divino que exige una respuesta humana puede asemejarse a un camino angosto entre dos abismos. Errar para cualquier lado es caer en picado a la ruina espiritual.

Las Escrituras revelan claramente que la salvación es un acto divino. Los incrédulos están muertos en sus “delitos y pecados” (Ef. 2:1), “sin Cristo... sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12), son “extraños y enemigos en [la] mente, haciendo malas obras” (Col. 1:21), enemigos de Dios (Ro. 5:10), hostiles hacia Dios (Ro. 8:7), incapaces de agradarle (Ro. 8:8), tienen “el entendimiento entenebrecido [y son] ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (Ef. 4:18), son “rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, [viven] en malicia y envidia, aborrecibles, y [se aborrecen] unos a otros” (Tit. 3:3), andan “en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías” (1 P. 4:3). Obviamente, tales personas son completamente incapaces de salvarse por sí mismas.

Dada la depravación total de la humanidad caída, su completa impotencia y su falta total de recursos espirituales, no habría salvación a menos que Dios la proporcionara (Gn. 49:18, 1 S. 2:1; Sal. 3:8; 21:1; 35:9; 37:39; 98:2; 149:4; Is. 43:11; 45:21-22; Jon. 2:9; Hch. 4:12; Ap. 19:1). Así, la Biblia enseña que la salvación es completamente por la gracia de Dios y no por las obras humanas (cp. Hch. 15:11; Ro. 3:20-30; 4:5; 5:1; 6:23; Gá. 2:16; 3:8-14, 24; Ef. 1:7; 2:5, 8-9; Fil. 3:9; Tit. 3:5; Ap. 1:5). Más aún, Dios escogió a los redimidos para salvación en el pasado eterno (Hch. 11:18; 13:48; Ro. 8:28-30; Ef. 1:4-5; Col. 3:12; 1 Ts. 1:4; 2 Ts. 2:13; 2 Ti. 1:9; Tit. 1:1; 1 P. 1:1-2; 2:9).

Pero la Biblia es igualmente clara en que nadie se salva sin fe en el Señor Jesucristo. En los mandamientos bíblicos está implícito que los pecadores se arrepientan (Mt. 3:2; 4:17; Mr. 6:12; Lc. 5:32; 13:3, 5; 15:7, 10; 24:27; Hch. 2:38; 3:19; 17:30; 26:20; 2 P. 3:9) y crean en Cristo (Mr. 1:15; Lc. 8:12; Jn. 1:12; 3:15-18; 4:39, 53; 5:24; 6:29, 35, 40, 47; 7:38; 9:35-38; 11:25-26; Hch. 16:31; Ro. 1:16; 10:9-10; 1 Co. 1:21; Gá. 3:22; Ef. 1:13; 1 Ti. 1:16; 1 Jn. 3:23; 5:1, 13); estas dos cosas son su responsabilidad. De hecho, las Escrituras condenan a los pecadores por

no hacerlas (Mt. 11:20-21; 12:41; Jn. 3:36; 12:36-40; 2 Ts. 2:12; Jud. 5; Ap. 9:20-21; 16:9, 11).

Juan registra el llamamiento de Jesús para salvación de los primeros discípulos en un pasaje que ilustra perfectamente el equilibrio bíblico entre la soberanía divina y la responsabilidad humana. Primero nos encontramos con las almas que buscan y luego con el Salvador que las está buscando.

LAS ALMAS QUE BUSCAN

Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras? Les dijo: Venid y ved. Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día; porque era como la hora décima. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús. Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo). Y le trajo a Jesús. Y mirándole Jesús, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro). (Jn. 1:38-42)

Como ya se indicó en el capítulo anterior de esta obra, Juan el Bautista había encaminado a Jesús, el Cordero de Dios, a Andrés y Juan, a dos de sus discípulos (cp. más abajo la explicación del v. 40), quienes entonces lo siguieron (1:35-37). Esta sección continúa el relato de su encuentro inicial con el Señor. Cuando Andrés y Juan se fueron tras Él, **volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: “¿Qué buscáis?”**. Él no hizo esta pregunta para obtener información, puesto que en su omnisciencia ya sabía lo que ellos querían. El hecho de que fueran seguidores de Juan el Bautista indicaba que estaban convencidos de su pecado y buscaban el perdón y la justificación del Mesías. En vez de eso, el Señor les hace la pregunta para llevarlos a considerar sus motivos; no les preguntó *a quién* estaban buscando, sino *qué* estaban buscando. R. C. H. Lenski anota:

Las primeras palabras de Jesús [en el Evangelio de Juan] son de una pregunta magistral. Los lleva a mirar inquisitivamente a sus anhelos y deseos más internos... Hay un promesa oculta en la pregunta “¿Qué están buscando?”. Jesús tiene el tesoro más

alto que podría buscar cualquier hombre, anhela dirigir nuestra búsqueda para poder concedernos ese tesoro para nuestro enriquecimiento eterno (*The Interpretation of St. John's Gospel* [La interpretación del Evangelio de San Juan] [Reimpresión; Peabody: Hendrickson, 1998], pp. 145-146).

Andrés y Juan, tal vez intimidados por la presencia de Jesús, no respondieron directamente la pregunta sino que hicieron otra: “**Rabí—que traducido es, Maestro—, ¿dónde moras?**”. Rabí era un título de honor y respeto **que traducido es Maestro**, como lo aclaró Juan para sus lectores gentiles (cp. vv. 41, 42; 9:7). La pregunta de Andrés y Juan no era solo para saber dónde residía Jesús. Estaban pidiendo cortésmente una entrevista privada y amplia con Él. La pregunta también señalaba su voluntad de convertirse en sus discípulos.

La respuesta inmediata de Jesús era la invitación que Andrés y Juan estaban esperando: “**Venid y ved**”. Pero Jesús “ofrecía a estos hombres algo más que descubrir dónde iba a pasar la noche; los estaba invitando a ir y obtener de Él una idea sobre la mente y el propósito de Dios” (R. V. G. Tasker, *The Gospel According to St. John* [El Evangelio según San Juan], The Tyndale New Testament Commentaries [Comentarios Tyndale del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1975], p. 52). Jesús conocía sus corazones, que eran buscadores honrados y sinceros. Habían sido llevados a Él por el Padre (6:44) y el Espíritu Santo los había convencido de su pecado (cp. 16:8). El buscador sincero siempre lo encontrará (Dt. 4:29; 1 Cr. 28:9; 2 Cr. 15:2; Jer. 29:13) porque, como Él prometió: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta” (Jn. 7:17). De otra parte, Jesús no se compromete con el falso y el hipócrita, sin importar qué profese externamente:

Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre (Jn. 2:23-25, cp. Mt. 7:21-23; Lc. 6:46; 13:25-27).

Jesús nunca dejó fuera al sincero, al buscador ávido del Espíritu. Nunca estuvo demasiado ocupado para mostrar compasión por las ovejas

perdidas en busca del Pastor (Mt. 9:36). A uno tan deseoso por verlo que dejó a un lado su dignidad y se subió a un árbol, Jesús le dijo: “Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa” (Lc. 19:5). Juan y Andrés, en respuesta a la invitación, **fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día**. Para ellos, como para Zaqueo, el día en que conocieron a Jesús fue el día de su salvación (véase la explicación del v. 41 más abajo).

El encuentro que cambió la vida de Juan quedó tan vívidamente grabado en su mente que dejó constancia del tiempo preciso indicando que era **como la hora décima**. El día se acercaba a su fin y la oscuridad se echaba encima. En una época sin luz eléctrica, ese era el momento en que las personas solían terminar sus actividades externas y los viajeros comenzaban a buscar abrigo para la noche. De modo que es de esperarse que Andrés y Juan buscaran hospedaje en una villa cercana.

Pero en lugar de buscar abrigo, Andrés y Juan buscaron al Salvador. Como lo esperaban de Él, Jesús en su gracia les extendió una invitación a quedarse esa noche; así lo implica su declaración “**Venid y ved**”. Juan no dice de qué hablaron en aquella noche memorable, pero sin lugar a dudas, el Señor “les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras” (Lc. 24:45) mientras “les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lc. 24:27). Sea lo que sea que haya dicho, fue suficiente para persuadirlos de que Él en realidad era el Mesías, como lo indica el testimonio emocionado de Andrés a su hermano Pedro al día siguiente (véase la explicación de los vv. 40-41 más abajo).

La referencia a **la hora décima** es la primera mención de tiempo en el Evangelio de Juan. Este detalle ofrece una de las varias evidencias de que su autor fue un testigo ocular de los acontecimientos por él registrados (véase la explicación de este punto en la Introducción). Juan enfatiza en su primera epístola la verdad de que los apóstoles fueron testigos oculares de Jesús: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida ... lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos” (1 Jn. 1:1, 3, NVI). Como los apóstoles eran “testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén” (Hch. 10:39), el testimonio de los apóstoles era inatacable (cp. Lc. 24:48; Jn. 15:27; Hch. 1:8, 22; 2:32; 3:15; 4:33; 5:32; 10:39-41; 13:31; 2 P. 1:16). Su testimonio era tan importante que cuando los apóstoles buscaron un reemplazo para Judas Iscariote, buscaron “un testigo de la resurrección, uno de los que [los] acompañaban todo el tiempo que el Señor Jesús vivió

entre [ellos], desde que Juan bautizaba hasta el día en que Jesús fue llevado de entre [ellos]” (Hch. 1:22-23). Este incidente fue el comienzo del testimonio ocular de Juan a la vida y ministerio de Jesús.

El versículo 40 menciona que **Andrés** fue **uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús**. Como ya se dijo antes, el otro discípulo era Juan, quien no se menciona a sí mismo a lo largo de todo su Evangelio (para la información biográfica de Juan y la evidencia de que él es el discípulo no mencionado, véase la introducción a este volumen). **Andrés** se identifica como el **hermano de Simón Pedro**, pues Pedro era más conocido que su hermano menos prominente. Andrés aquí lleva a alguien a conocer a Jesús, como en los otros dos lugares donde se menciona en el Evangelio de Juan. En 6:8-9 le llevó a un niño con panes de cebada y pescado antes de la alimentación de los cinco mil, mientras que en 12:20-22 le llevó unos griegos que querían conocerlo. Al día siguiente, después de pasar el resto del día (y la noche, por implicación) con Jesús, (v. 39), Andrés **halló primero a su hermano Simón, y le dijo: “Hemos hallado al Mesías”, que traducido es *el Cristo***. Varios comentaristas creen que el texto griego sugiere que Juan también se encontró con su hermano Jacobo poco tiempo después. Juan y Andrés terminaron convencidos de la verdadera identidad de Jesús en ese tiempo que pasaron con Él. Sin embargo, no quiere decir esto que entendieran completamente la implicación del papel mesiánico del Señor; la comprensión de los discípulos en ese asunto se incrementaría a través de los años que pasaron con Él.

Mesías es la transliteración de un término hebreo o arameo cuyo significado es “el ungido”, como su equivalente griego **Cristo**. En el Antiguo Testamento se usó para el sumo sacerdote (Lv. 4:3, 5, 16; 6:22), el rey (1 S. 12:3, 5; 16:6; 24:6; 26:9; 2 S. 1:14; 22:51; 23:1), los patriarcas (Sal. 105:15) y el pueblo de Dios (Sal. 28:8). Pero el término se refería por encima de todos a Aquel de quien se había profetizado (p. ej., Dn. 9:25-26) que había de venir, o el Esperado (Mt. 11:3), el Libertador y Rey ungido de Dios, su Hijo el Señor Jesucristo.

Andrés, no contento con solo haberle contado las buenas nuevas a Pedro de que había encontrado al Mesías, **le trajo a Jesús**. Cuando llegó, **mirándole Jesús, dijo: “Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas”**. La mirada penetrante y omnisciente de Jesús no solo vio a **Simón**, también vio al hombre que Él habría de formar. Por lo tanto, Jesús lo llamó **Cefas**, la palabra aramea para “piedra”, **que**, como volvió a aclarar Juan a sus lectores gentiles, **quiere decir Pedro** en griego.

El nombre informó a **Simón** de la roca en que habría de convertirse y lo retó a ir en pos de ello. Con el tiempo, Jesús transformaría el carácter de Pedro para que se ajustara al nuevo nombre que Él le había dado y lo usó como el líder fundamental en los primeros días de la Iglesia (cp. Hch. 1:15ss.; 2:14ss.; 3:1ss.; 4:8ss.; 5:1-11, 15, 29; 8:14-24; 9:32—11:18; 12:3-19; 15:7-11).

En mi libro *Doce hombres comunes y corrientes* escribí lo siguiente con respecto a la importancia de que Jesús le diera a Simón el nombre de Pedro:

Simón era un nombre muy común. Solo en los Evangelios se registran al menos siete Simones. Entre los doce había dos llamados Simón (Simón Pedro y Simón Zelote). En Mateo 13:55 se enumeran los medio hermanos de Jesús, uno de ellos se llamaba Simón. El padre de Judas Iscariote también se llamaba Simón (Jn. 6:71). Mateo 26:6 menciona que Jesús tuvo una comida en casa de un hombre de Betania llamado Simón el leproso. Otro Simón, un fariseo, fue anfitrión de Jesús en una comida similar (Lc. 7:36-40). Y un hombre reclutado para cargar la cruz de Jesús en parte del camino hacia el Calvario era Simón de Cirene (Mt. 27:32).

El nombre de pila completo para nuestro Simón era Simón Bar-Jonás (Mt. 16:17), cuyo significado es “Simón, hijo de Jonás” (Jn. 21:15-17). El padre de Simón Pedro, pues, se llamaba Juan (traducido a veces como Jonás). No sabemos nada más sobre sus padres.

Pero note que el Señor le dio otro nombre. Lucas lo presenta de esta manera: “Simón, a quien también llamó Pedro” (Lc. 6:14). Aquí es importante la elección que hace Lucas de las palabras. Jesús no solo le dio un nombre nuevo para reemplazar el viejo. Él “también” lo llamó Pedro. Este discípulo era conocido a veces como Simón, otras como Pedro y otras tantas como Simón Pedro.

Pedro era una especie de sobrenombre. Quiere decir “piedra” (*Petros* es la palabra griega para “un pedazo de piedra o roca”). El equivalente en arameo era *Cefas* (cp. 1 Co. 1:12; 3:22; 9:5; 15:5; Gá. 2:9). Juan 1:42 describe el primer encuentro que Simón Pedro y Jesús tuvieron cara a cara: “Tú eres Simón, hijo de Juan. Serás llamado Cefas (es

decir, Pedro)”. Al parecer, esas fueron las primeras palabras que Jesús le dijo a Pedro. Y de ahí en adelante, su sobrenombre fue “Piedra”.

Sin embargo, a veces el Señor se refería a él como Simón. Cuando eso se ve en las Escrituras, suele ser una señal de que Pedro hizo algo en lo cual necesitaba repreensión o corrección.

El sobrenombre era importante y el Señor tenía una razón específica para escogerlo. Simón era impetuoso por naturaleza, vacilante e indigno de confianza. Tendía a hacer grandes promesas que no podía cumplir. Era una de esas personas que pareciera sumergirse completamente en algo pero después se salía sin terminarlo. Pedro siempre era el primero en participar, y por lo general era el primero en salirse. Cuando Jesús lo conoció, se ajustaba a la descripción que Santiago hace de una persona de doble ánimo, inestable en todos sus caminos (Stg. 1:8). Parece que Jesús le cambió el nombre a Simón porque Él quería que el sobrenombre le recordara perpetuamente quién *debería* ser Pedro. Y desde ese momento en adelante, fuera cual fuera el nombre que Jesús le diera, le enviaba un mensaje sutil. Si lo llamaba Simón, le indicaba que estaba actuando como el de antes. Si lo llamaba Piedra, lo estaba elogiando por actuar como era debido...

Este hombre joven llamado Simón, que se convertiría en Pedro, era impetuoso, impulsivo y muy vehemente. Necesitaba volverse como una piedra, de modo que Jesús le puso ese nombre. Desde entonces, el Señor podría regañarlo o elogiarlo tan solo usando uno u otro nombre.

Después del primer encuentro de Cristo con Simón Pedro, encontramos dos contextos diferentes en los cuales se le aplica regularmente el nombre Simón. Uno es el contexto *secular*. Por ejemplo, cuando las Escrituras se refieren a su casa, por lo general dice la “casa de Simón” (Mr. 1:29; Lc. 4:38). Cuando habla de su suegra, lo hace en términos semejantes: “La suegra de Simón” (Mr. 1:30; Lc. 4:38). Lucas 5, donde se describe el negocio de pesca, menciona que “una de aquellas barcas... era de Simón” (v. 3) y Lucas dice que Santiago y Juan eran “compañeros de Simón” (v.

10). Todas estas expresiones se refieren a Simón por su nombre de pila en contextos puramente seculares. Cuando en tal contexto se le llama Simón, el uso del nombre antiguo no suele tener que ver con su espiritualidad o su carácter. Simplemente esa es la forma normal de hablar sobre lo que le pertenecía a él como hombre natural: su trabajo, su casa o su vida familiar. Estas son las cosas “de Simón”.

La segunda categoría de referencias en que se le llama Simón es cuando Pedro muestra características no regeneradas: cuando él pecaba de palabra, actitud o acción. Toda vez que él comienza a actuar como su viejo yo, Jesús y los evangelistas lo llaman Simón. Por ejemplo, Lucas 5:5 dice: “Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red”. Ese es el joven Simón pescador hablando. Es escéptico y reacio. Pero en cuanto obedece y sus ojos se abren a quien Jesús es en realidad, Lucas comienza a referirse a él por su nuevo nombre. El versículo 8 dice: “Al ver esto, Simón Pedro cayó de rodillas delante de Jesús y le dijo: ‘¡Apártate de mí, Señor; soy un pecador!’”.

Vemos que Jesús lo llama Simón con referencia a los fracasos clave de su carrera. En Lucas 22:31, cuando predice la traición de Pedro, Jesús dijo: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo”. Después, en el huerto de Getsemaní, cuando Pedro debiera haber estado velando y orando con Cristo, se quedó dormido. Marcos escribe: “Vino luego y los halló durmiendo; y dijo a Pedro: Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mr. 14:37-38). Entonces, cuando Pedro necesitaba repreensión o amonestación, Jesús se refería a él como Simón. Debía de haber llegado un punto en el cual Pedro se encogiera cada vez que Jesús le decía “Simón”. Debía de estar pensando *¡Por favor, llámame Piedra!* Y el Señor podría haber respondido: “Te llamaré Piedra cuando actúes como una piedra”.

De la narración en los Evangelios es obvio que el apóstol Juan conocía a Pedro muy, muy bien. Habían sido amigos de

toda la vida, socios de negocios y vecinos. Es interesante que en el Evangelio de Juan, el apóstol se refiera a su amigo quince veces como “Simón Pedro”. Al parecer Juan no pudo decidirse por cuál nombre usar porque veía los dos lados de Pedro constantemente. De modo que simplemente puso los dos nombres de Pedro juntos. De hecho, “Simón Pedro” es el nombre que Pedro se da cuando escribe en su segunda epístola: “Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo” (2 P. 1:1). En efecto, él tomó para sí el sobrenombre de Jesús y lo hizo su apellido (cp. Hch. 10:32).

Después de la resurrección, Jesús instruyó a sus discípulos a regresar a Galilea, donde Él planeaba aparecérselos (Mt. 28:7). Al parecer, Simón, impaciente, se cansó de esperar y anunció que se volvía a pescar (Jn. 21:3). Como es usual, los otros discípulos, cumpliendo su deber, siguieron a su líder. Se subieron a la barca, trabajaron toda la noche y no pescaron nada.

Pero Jesús los esperaba a la mañana siguiente a la orilla del lago, donde les había preparado un desayuno. El propósito principal de ese desayuno parecía ser la restauración de Pedro (quien había pecado notoriamente negando a Cristo con maldiciones en la noche en que el Señor fue entregado). Fueron tres las veces que Jesús se dirigió a Simón para preguntarle “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” (Jn. 21:15-17). Y tres veces Pedro afirmó su amor.

Esa fue la última vez que Jesús lo llamaría Simón. Pocas semanas después, en Pentecostés, Pedro y el resto de los apóstoles estaban llenos del Espíritu Santo. Fue Pedro, la Piedra, quien se puso en pie y predicó ese día.

Pedro era exactamente como la mayoría de los cristianos: carnal y espiritual. En ocasiones sucumbía a los hábitos de la carne; otras veces funcionaba en el Espíritu. A veces pecaba, pero otras veces actuaba como deben actuar los justos. Este personaje vacilante—a veces Simón, a veces Pedro—era el líder de los doce ([Nashville: Caribe Betania, 2004], pp. 33-37 del original en inglés. *Cursivas en el original. Véase este mismo libro para información biográfica sobre el resto de los doce*).

Las almas que buscan siempre encontrarán receptivo a Cristo; como lo prometió Él después: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera” (6:37).

EL SALVADOR QUE BUSCA

El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Felipe, y le dijo: Sígueme. Y Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro. Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquél de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret. Natanael le dijo: ¿De Nazaret puede salir algo de bueno? Le dijo Felipe: Ven y ve. Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño. Le dijo Natanael: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. Respondió Natanael y le dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel. Respondió Jesús y le dijo: ¿Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, crees? Cosas mayores que estas verás. Y le dijo: De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre. (Jn. 1:43-51)

A diferencia de los primeros discípulos (Andrés, Juan, Pedro y posiblemente Santiago), que fueron otras personas las que los presentaron a Jesús, con Felipe fue el Señor quien tomó la iniciativa. Cualquiera que sea el caso, independiente de quien inicie el contacto, los que llegan a Cristo lo hacen solo porque Dios los buscó primero. Jesús dijo en Juan 6:44: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” y en 15:16 añadió: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros”. Jesús **halló a Felipe, y le dijo: “Sígueme”**. Aquí se establece que a él nadie lo llevó, tampoco buscó a Jesús; más bien, el contacto lo inició el Señor. Aunque este caso es diferente a los demás (el hecho de que fueran terceros los que llevaron a los otros a Jesús hace referencia solo al contacto humano, no a la soberana elección divina), tal cosa es cierta para todos los que llegan buscando la salvación en Jesús. No nos consta la respuesta de Felipe, pero es obvio que aceptó.

La frase **el siguiente día** indica que es un día después de cuando Andrés se encontró con Pedro y lo llevó a conocer a Jesús. El Señor **quiso** dejar la zona del río Jordán donde estaba ministrando Juan el

Bautista e **ir a Galilea**. No se especifica dónde se encontró Jesús con **Felipe**, pero él, como Andrés, Pedro y Juan, era galileo. **Era de Betsaida**, una villa pesquera (su nombre quiere decir “casa de pesca” o “casa de pescadores”), ubicada en la costa nororiental del lago de Galilea, cerca de Capernaúm. **Betsaida** también era el pueblo de **Andrés y Pedro**, quienes se siguieron identificando con la villa en la cual crecieron, aunque después se mudaron a Capernaúm (Mr. 1:21, 29). De la misma manera, Jesús se asocia con Nazaret (Mt. 26:71; Lc. 18:37; Hch. 10:38; 26:9), donde creció; no con Belén, donde nació (Mt. 2:1), o Capernaúm, adonde se mudó después de Nazaret (Mt. 4:13).

Felipe, como Andrés, no pudo guardarse las buenas noticias, sino que fue y **halló** a su amigo **Natanael**. “La participación de Felipe en el llamamiento a Natanael es como la de Andrés en el llamamiento a Pedro, y es semejante al llamamiento de Pedro y Andrés. Una luz encendida sirve para alumbrar a otros; de este modo se propaga la fe” (Frederic Louis Godet, *Commentary on John’s Gospel* [Comentario al Evangelio de Juan] [Reimpresión; Grand Rapids: Kregel, 1985], pp. 331-332). **Natanael** (“Dios ha entregado”) recibe el nombre de Bartolomé en los Evangelios sinópticos, que nunca lo llaman por el primer nombre, mientras que Juan nunca usa Bartolomé. Evidentemente, Natanael era su nombre y Bartolomé (Bar-Tolmai; “hijo de Tolmai”) era su apellido. En las listas de los doce apóstoles de los Evangelios sinópticos su nombre sigue inmediatamente al de Felipe. La única vez en que Juan lo menciona otra vez, solo menciona que era de una villa de Caná de Galilea (21:2).

Después de haber encontrado a Natanael, Felipe lleno de emoción **le dijo**: “**Hemos hallado a aquél de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret**”. La conjugación de la segunda persona en plural,—*hemos*—muestra que Felipe ahora se incluye como uno de los seguidores de Jesús. La **ley y los profetas** es la designación del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento (Mt. 5:17; 7:12; 11:13; 22:40; Lc. 16:16; Hch. 13:15; 24:14; 28:23; Ro. 3:21). Felipe, consciente del intenso amor que Natanael tenía por las Escrituras, declaró que había encontrado al que las cumplía (cp. 5:39; Dt. 18:15-19; Lc. 24:25-27, 44-47; Hch. 10:43; 18:28; 26:22-23; Ro. 1:2; 1 Co. 15:3-4; 1 P. 1:10-11; Ap. 19:10). Como se indicó en la explicación del versículo 45, a **Jesús** se le asociaba comúnmente con **Nazaret**, donde creció. La identificación que Felipe hace de Él como el **hijo de José** no debe considerarse una negación del nacimiento virginal de Cristo (como lo hicieron los judíos incrédulos en 6:42). Sin embargo,

puede sugerir que Jesús no le había revelado la verdad a los discípulos durante el tiempo breve que pasaron con Él. Felipe identificó a Jesús de la forma en que se identificaban las personas en aquella época, por el nombre de su padre y la villa de la cual provenía. Así, a Jesús lo solían ver como el hijo de José (Lc. 3:23), cosa que era cierta legalmente, aunque no biológicamente.

El escepticismo inicial de Natanael refleja el de Tomás al final del Evangelio de Juan (20:24-25). Su respuesta dubitativa a Felipe—“**¿De Nazaret puede salir algo de bueno?**”—muestra su incredulidad en cuanto a que el Mesías pudiera venir de un pueblo tan insignificante, uno del cual no dijeron nada ni Moisés ni los profetas (Nazaret no se menciona en el Antiguo Testamento, el Talmud, el Midrash o cualquier otro escrito gentil contemporáneo). También muestra su desdén por dicho pueblo; así como los habitantes de Judea menospreciaban a los galileos en general, también los galileos menospreciaban a los de Nazaret. Como Natanael provenía de Caná, que estaba aproximadamente a dieciséis kilómetros de Nazaret, su desdén podría reflejar una rivalidad local entre los dos pueblos.

La respuesta de Felipe hace eco a la respuesta que el Señor les dio a Andrés y Juan en el versículo 39, era simple y llamativa: “**Ven y ve**”. La especulación perezosa no sustituye la investigación personal de Cristo. Felipe tenía la certeza de que las preguntas de su amigo tendrían respuesta y sus dudas se satisfacerían cuando conociera a Jesús, como le había pasado a él. Natanael se sobrepuso a su prejuicio, a pesar de sus nociones preconcebidas, y fue con Felipe a conocer a Jesús.

Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, dijo de él: “He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño”. Desde la perspectiva humana, Natanael vino a Jesús por medio del testimonio de Felipe. Pero, como lo revela su encuentro con Jesús, esto ocurrió solo porque Jesús lo había buscado primero. Gerald L. Borchert anota con mucha perspicacia:

Jesús “se encontró” con Felipe (1:43). Felipe a su vez “buscó” a Natanael y le dice: Lo hemos encontrado (1:45)... Pero causa intriga hacerse una pregunta muy simple relacionada con estos relatos: *¿Quién encuentra a quién en realidad?* Se sabe que los cristianos dicen que encontraron a Cristo o encontraron la fe como Andrés y Felipe refirieron, pero tal vez la perspectiva de Jesús en estas historias podría alterar provechosamente una

perspectiva tan egocéntrica de la salvación. ¡No era Jesús quien estaba perdido! (*John 1—11*, The New American Commentary [*Juan 1—11*, El nuevo comentario estadounidense] [Nashville: Broadman & Holman, 2002], p. 146. Cursivas en el original).

Jesús describió a Natanael como **un verdadero israelita, en quien no hay engaño**. Lo que estaba diciendo era que la repuesta sincera y franca de Natanael a Felipe revelaba la ausencia de duplicidad en el primero, y el afán de examinar por su propia cuenta las afirmaciones de Jesús. El Señor podría estar haciendo una alusión a Jacob (luego a la nación descendiente de él), quien, en contraste con Natanael, era un engañador (Gn. 27:35; 31:20). Pero Natanael, a diferencia de muchos judíos hipócritas (Mt. 6:2, 5, 16; 15:7; 22:18; 23:13ss.; Lc. 12:1, 56; 13:15), era **un verdadero israelita**. *Alēthōs* (**verdadero**), significa “genuino”, “en verdad” o “auténtico”. Pablo señaló que la sola conformidad externa con los ritos, rituales y observancias del judaísmo no hacen a un **verdadero israelita**:

Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios (Ro. 2:28-29; 9:6-7).

Los verdaderos (*alēthōs*) seguidores de Jesús son quienes continúan en su palabra. Natanael fue un discípulo verdadero desde el comienzo, como queda claro en su respuesta.

Natanael exclamó, perplejo por el reconocimiento omnisciente de Jesús: “¿**De dónde me conoces?**”. La respuesta del Señor fue aún más impresionante: “**Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi**”. No solo resumió Jesús el carácter de Natanael sin haberlo conocido, además mostró conocimiento sobrenatural de información que solo Natanael conocía. **La higuera** en cuestión probablemente se trate del lugar donde Natanael estudiaba y meditaba en las Escrituras del Antiguo Testamento. Jesús no vio solamente de manera sobrenatural la ubicación física de Natanael, también vio su corazón (cp. Sal. 139:1-4).

Sea lo que fuere que ocurrió bajo la higuera, el conocimiento sobrenatural de Jesús eliminó la duda de Natanael que, abrumado por la

omnisciencia del Señor, **respondió**: “**Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel**”. Natanael reconoció en ese arrebatado de fe confiada que Jesús era el Mesías esperado desde hacía tiempo. Esos dos títulos también se utilizan para el Mesías en el Salmo 2:6-7: “He establecido a mi rey sobre Sión, mi santo monte. Yo proclamaré el decreto del SEÑOR: ‘Tú eres mi hijo’, me ha dicho; ‘hoy mismo te he engendrado’” (NVI).

El propósito de Juan al escribir este Evangelio era que las personas creyeran “que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios” (20:31), quien participa con Dios de la misma naturaleza (1:1). Juan añadió el testimonio de Natanael al de Juan el Bautista con respecto a que Jesús es **el Hijo de Dios** (1:34). El uso del artículo definido indica aquí que el título se usa en el sentido más completo, afirmando la igualdad absoluta de Jesús con Dios. A través del ministerio terrenal de Jesús, sus seguidores reconocieron en repetidas ocasiones que Él era el Hijo de Dios (cp. 6:69; 11:27; Mt. 14:33; 16:16; cp. Lc. 1:32, 35), cada vez con mayor comprensión de las riquezas de esta verdad maravillosa.

El Antiguo Testamento describía al Mesías como el **Rey de Israel** en pasajes tales como Sofonías 3:15 (“El SEÑOR te ha levantado el castigo, ha puesto en retirada a tus enemigos. El SEÑOR, rey de Israel, está en medio de ti: nunca más temerás mal alguno” [NVI]), Zacarías 9:9 (“Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna”) y Miqueas 5:2 (“Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad”). En la entrada triunfal la multitud comenzó a gritar: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!” (12:13). Cuando Natanael llamó a Jesús “**Rey de Israel**”, lo reconoció como su Rey personal.

La respuesta de Jesús probablemente no debería ser entendida como una pregunta, sino como una declaración de hecho: “**¿Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, crees?**”. De este modo, Natanael es la primera persona que aparece en el Evangelio de Juan por haber creído en Jesús (aunque los discípulos llamados antes lo habían hecho también). La muestra de conocimiento sobrenatural por haber visto a Natanael **debajo de la higuera** fue suficiente para llevarlo a creer, pero Jesús le prometió que vería **aún cosas mayores que** esa. El primero de los treinta y siete milagros de Jesús registrados en los Evangelios ocurriría pronto en Caná, el pueblo de Natanael (2:1-11). Además, Natanael sería testigo de

innumerables milagros diferentes más allá de los registrados en las Escrituras (cp. 21:25).

Al hablar específicamente de aquellas cosas grandes que verían él y los otros discípulos, Jesús aseguró solemnemente lo siguiente: “**De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre**”. Probablemente el Señor estaba aludiendo al sueño de Jacob, en el cual vio ángeles que ascendían y descendían del cielo por una escalera (Gn. 28:12). Lo que esta declaración dice es que Jesús es el enlace entre el cielo y la tierra, el revelador de la verdad celestial para el hombre (1:17; 14:6; Ef. 4:21), el “único mediador entre Dios y los hombres” (1 Ti. 2:5) el mediador de un nuevo (He. 9:14; 12:24) y mejor pacto (He. 8:6). En Juan 3:13 le declaró a Nicodemo: “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo” (cp. 6:33, 38, 41-42, 50-51, 58, 62; 13:3; 16:28; 17:8). Al observar la vida y el ministerio de Jesús, esa verdad se volvería cada vez más clara para Natanael y el resto de los discípulos.

Esta es la primera de trece apariciones en el Evangelio de Juan del título *Hijo del Hombre*, la forma favorita de Jesús para referirse a Él (así lo hizo cerca de ochenta veces en los Evangelios). En el Evangelio de Juan está asociado con el sufrimiento y la muerte de Jesús (3:14; 8:28; 12:34), su provisión de salvación (6:27, 53) y su autoridad para juzgar (5:27; 9:35, 39). En el futuro, el **Hijo del Hombre** recibirá el reino de manos del Anciano de días (Dn 7:13-14). Como sucede con los otros títulos de esta sección, Natanael (y las otras personas presentes) no comprendió inmediatamente el significado total de lo que significaba ser el **Hijo del Hombre**.

Este pasaje, en el cual se registra el llamamiento a la salvación que Jesús hace a sus primeros discípulos, describe el equilibrio de la salvación enseñado a lo largo de todas las Escrituras. La salvación tiene lugar cuando las almas que andan buscando llegan por fe al Salvador ya las estaba esperando.

6 El primer milagro de Cristo

Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. Y fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos. Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora. Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere. Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. Jesús les dijo: Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les dijo: Sacad ahora, y llevadlo al maestresala. Y se lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo, y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora. Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él. (2:1-11)

A partir de la caída, los pecadores rebeldes siempre han buscado autonomía de Dios, rechazándole y poniéndose a sí mismos en el centro del universo. En el corazón de la mayoría de los sistemas de creencias humanistas existe la creencia errónea y racionalista de que las personas, comenzando solo a partir de ellas, pueden construir una cosmovisión adecuada. En consecuencia, si el hombre moderno ha de creer en algún dios, es uno que él mismo ha creado; como alguien observó socarronamente, Dios creó al hombre a su imagen y el hombre le ha devuelto el favor. Dios reprendió tal orgullo, esa arrogancia pecaminosa, en el Salmo 50:21 donde declaró: “Pensabas que de cierto sería yo como tú”.

Quizás en ninguna otra parte se ilustra más claramente la propensión pecaminosa del hombre caído por crear a su propio Dios que en la llamada “búsqueda del Jesús histórico” que dominó la teología liberal del siglo XIX. Basándose en sus presuposiciones antisobrenaturalistas, los críticos...

creían que el Jesús real debía de haber sido una persona común y corriente, sin nada sobrenatural o divino en él. Su vida se debe haber conformado a patrones humanos comunes y corrientes y es explicable en categorías puramente humanas. Para tales personas, la frase “el Jesús histórico” claramente no significaba un Jesús sobrenatural. Creían además que si se examinaban críticamente los Evangelios, este era el tipo de descripción de Jesús que emergería (I. Howard Marshall, *I Believe in the Historical Jesus* [Creo en el Jesús histórico] [Grand Rapids: Eerdmans], pp. 110-111).

Poco sorprende que quienes comenzaran a suponer que el reino sobrenatural no existe, terminaran con un Jesús puramente humano. (Tal blasfemia carente de sentido, disfrazada de erudición, encuentra su contrapartida moderna en el “Seminario de Jesús”, cuyos miembros, como sus precursores del siglo XIX, también intentan reinventar a Jesús para ajustarlo a su cosmovisión antisobrenatural). Con todo, a pesar del razonamiento errado en el cual estaban basados, el siglo XIX vio un desfile absolutamente interminable de “vidas” de Jesús, donde cada autor lo interpretaba de acuerdo con la cosmovisión particular a la cual estuviera afiliado.

Pero todos los intentos por explicar a Jesús como un simple hombre no pueden explicar los hechos de su vida, muerte (¿por qué querría alguien crucificar al sabio inocuo y políticamente correcto que se inventaron los críticos racionalistas?) y resurrección. Dios entró al reino natural en un cuerpo humano por medio de la encarnación. Por lo tanto, es imposible eliminar los elementos milagrosos de la vida de Jesús, como lo han intentado hacer los críticos antisobrenaturalistas. El Jesús de Nazaret histórico y el Cristo divino están ligados de manera inseparable, porque son exactamente la misma persona. Jesús fue y es el Dios-hombre.

Los milagros que Jesús realizó constituyen una de las pruebas más poderosas y convincentes de su deidad (3:2; cp. Mt. 11:1-5; Hch. 2:22). Juan, congruente con el asunto de presentar a Jesús como el Dios-hombre encarnado, cataloga ocho señales milagrosas que Él realizó. Por supuesto, esta lista de ninguna manera es exhaustiva; ciertamente, hubo muchos casos en los cuales hizo más de ocho milagros por día. Entre los milagros incontables que Jesús realizó (cp. 20:30; 21:25), Juan seleccionó estos ocho como ejemplos que probaban su deidad. La cantidad de milagros no

es lo importante; si lo fuera, Dios habría dado ese número. Pero la calidad de cada milagro como un hecho sobrenatural prueba quién es Jesús. Este pasaje describe el primero de esos ocho milagros, que también fue el primero que Jesús realizó al comienzo de su ministerio público (ministerio registrado por Juan en los capítulos 2—12). Puede dividirse en cuatro puntos: escena, situación, provisión e importancia.

LA ESCENA

Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. Y fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos. (2:1-2)

La frase *al tercer día* nos lleva de vuelta al llamamiento de Felipe y Natanael en el pasaje anterior (1:43-51). Este es el último de una serie de indicadores de tiempo (cp. 1:29, 35, 43) que sugiere que los acontecimientos ocurridos desde la entrevista de Juan el Bautista con las autoridades (1:19-28) hasta las **bodas en Caná** ocurrieron en el lapso de una semana.

Caná de Galilea probablemente deba identificarse hoy día con la moderna Khirbet Qana, unas ruinas deshabitadas, a unos 15 km al norte de Nazaret. Jesús y sus discípulos podrían haber llegado fácilmente a **Caná** al **tercer día** de haber partido de las inmediaciones del río Jordán. Así, no hay necesidad de especular que el tercer día indica el **tercer día** de la fiesta de **bodas**, como algunos lo han sugerido.

Unas **bodas** eran un acontecimiento social importante en la Palestina del siglo I, la celebración podía durar hasta una semana. A diferencia de las bodas modernas, pagadas tradicionalmente por la familia de la novia, el novio era el responsable de los gastos de la celebración. Las **bodas** marcaban el final del período de los esponsales. Durante dicho período, el cual duraba varios meses, se consideraba que la pareja era legalmente marido y mujer (Mt. 1:18-19 se refiere a José como el esposo de María durante el período de los esponsales) y solo un divorcio podría terminar este estado (cp. Mt. 1:19). Sin embargo, ellos no vivían juntos ni habían consumado el matrimonio durante ese período (cp. Mt. 1:18). En la noche de la ceremonia, por lo general un miércoles, el novio y sus amigos iban a la casa de la novia. Entonces ellos acompañaban a la novia y sus invitados a la casa del novio, donde la ceremonia y el banquete tendrían lugar (cp. Mt. 25:1-10). La celebración terminaba con el casamiento real.

La madre de Jesús (Juan nunca se refiere a María por su nombre en su Evangelio) estaba en esta boda particular. Su presencia y la de Jesús sugiere que quienes se estaban casando eran familiares o amigos de la familia. Eso explicaría por qué María parece ser más que una simple invitada, pues al parecer tenía algo de responsabilidad en ayudar a la familia del novio en la celebración. Por ejemplo, estaba al tanto de la falta de vino y tomó la iniciativa para solucionar el problema. La terminología diferente que se usa para María (**estaba allí**) y **Jesús y sus discípulos (fueron invitados)** también sugiere que ella tuvo algún papel en el servicio del acontecimiento. Como José no se menciona (la última vez que aparece en los Evangelios es en el relato del viaje a Jerusalén, cuando Jesús tenía doce años [Lc. 2:41-50]), puede ser que ya se hubiera muerto. En la crucifixión Jesús dejó a María al cuidado del apóstol Juan (Jn. 19:26-27), de modo que, para ese tiempo, ciertamente José ya estaba muerto.

No se dice cómo recibieron la invitación Jesús y sus discípulos. Algunos han sentido, sin evidencia, que Natanael, que era de Caná, podría haberla entregado (21:2). Sin embargo, es más probable que Jesús estuviera en Nazaret y allí la hubiera recibido. Sin duda, los discípulos estaban invitados por su relación con Jesús, pues solo Natanael era de aquella zona.

Jesús santificó la institución del matrimonio y la ceremonia como tal por el hecho de haber asistido a la boda y realizado allí su primer milagro. El matrimonio es la unión sagrada de un hombre y una mujer, el momento a partir del cual se hacen uno a la vista de Dios. La ceremonia es un elemento esencial de esa unión porque en ella la pareja hace públicos los votos de permanecer fieles el uno al otro. Tanto el Antiguo Testamento (p. ej., Gn. 29:20-23; Jue. 14:10; Rut 4:10-13; Cnt. 3:11) como el Nuevo (p. ej., Mt. 22:2; 25:10; Lc. 12:36; 14:8) veían la ceremonia pública como parte necesaria del matrimonio. La participación de Jesús en la celebración revela que su ministerio es bien diferente al de Juan el Bautista, su precursor (Mt. 11:18-19). En lugar de ser la voz en el desierto, Jesús tenía la tarea más difícil de mezclarse socialmente con las personas y ministrarlas en sus actividades diarias.

LA SITUACIÓN

Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora. Su

madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere. (2:3-5)

El **vino** era la bebida básica del antiguo Oriente Próximo. Debido al clima cálido y a la falta de medios de refrigeración o purificación, el jugo de fruta tendía a fermentarse. El resultado era una bebida alcohólica con capacidad de causar embriaguez. Para ayudar a reducir este estado, solía diluirse con agua entre un tercio y un décimo de la fuerza del vino. Aunque la Biblia no prohíbe beber vino, y en algunos casos lo recomienda (p. ej., Sal. 104:14-15; Pr. 31:6; Jer. 31:12; 1 Ti. 5:23), sí condena fuertemente la embriaguez (Gn. 9:20-27; Dt. 21:20-21; Pr. 20:1; 23:29-35; Ro. 13:13; 1 Co. 5:11; 6:10; Gá. 5:21; Ef. 5:18; 1 Ti. 3:3, 8; Tit. 1:7; 2:3; 1 P. 4:3).

En la celebración de las bodas era una crisis grande cuando **el vino** faltaba porque las reservas eran insuficientes. Semejante paso en falso podría haber estigmatizado a la pareja y a sus familias por el resto de sus vidas. Incluso podría haber dejado al novio y su familia a expensas de una demanda legal por parte de la familia de la novia por no haber cumplido sus responsabilidades. De este modo, cuando Jesús convertía el agua en vino no era solo un milagro sensacional, diseñado para sorprender a su audiencia con su poder. Todos sus milagros satisfacían necesidades específicas como abrir los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos, liberar a quienes estaban oprimidos por los demonios, alimentar a personas con hambre o calmar la tempestad amenazante. Este milagro satisfacía la necesidad genuina de la familia y de sus invitados, quienes de otra manera se habrían enfrentado a una catástrofe social.

Como ya indicamos, al parecer María estaba ayudando a supervisar el abastecimiento de la celebración. Consciente del serio problema que había surgido, le dijo a Jesús con ansiedad: “**No tienen vino**”. Si María ya era viuda, habría aprendido a depender de su hijo mayor. No es claro si ella esperaba que Jesús realizara un milagro, pues hasta ahora Él no había hecho ninguno (v. 11). Aun así, María sabía mejor que nadie quién era Jesús. Ella era plenamente consciente de su nacimiento virginal milagroso y de las cosas sorprendentes que el ángel Gabriel había dicho de Él (Lc. 1:31-33, 35), así como los pastores (Lc. 2:8-18), Simeón (Lc. 2:25-35) y Ana (Lc. 2:36-38); María había ponderado estas cosas en su corazón con el paso de los años (Lc. 2:19). Ella había experimentado la vida perfecta y sin pecado de Cristo en tanto Él “crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres” (Lc. 2:52). También podía haber oído el testimonio público reciente de Juan el Bautista (1:26-27, 29-34,

36), el cual confirmaba lo que ella ya sabía. Puede ser que estuviera impulsando a Jesús a revelarse públicamente como el Mesías que ella sabía que Él era.

La respuesta abrupta y asombrosa de Jesús indicaba un cambio importante en su relación: “**¿Qué tienes conmigo, mujer?**”. *Mujer* era una forma decente pero no íntima de dirigirse a ella (cp. 4:21; 19:26; 20:13, 15; Mt. 15:28; Lc. 13:12), semejante a la palabra española *señora*. La respuesta de Jesús, “**¿Qué tienes conmigo, mujer?**” (lit. “¿Qué contigo y conmigo?”), es una expresión idiomática (cp. Jue. 11:12; 2 S. 16:10; 19:22) para preguntar retóricamente qué tienen en común las dos partes y tenía el efecto de distanciarlas. La declaración, junto con la manera en que Jesús se dirige a María tan formalmente, *mujer* en lugar de *madre*, le dejaba saber formalmente a ella que su relación común ya no sería lo que había sido mientras Él crecía en Nazaret. Su ministerio público ya había comenzado y las relaciones terrenales no determinarían sus acciones. María ya no se relacionaría con Él como su hijo, sino como su Mesías, el Hijo de Dios, y su Salvador (cp. Mt. 12:47-50; Mr. 3:31-35; Lc. 11:27-28).

La frase *Aún no ha venido mi hora* se refiere a la muerte y glorificación de Jesús (7:6, 8, 30; 8:20; 12:23, 27; 13:1; 16:32; 17:1; Mt. 26:18, 45; Mr. 14:35, 41). Esto apoya la posibilidad de que María le estuviera diciendo que se revelara, pues ya había alcanzado Él toda la madurez de un hombre adulto. Jesús dejó claro que Él actuaría de acuerdo con los tiempos de Dios, decretados desde antes de la fundación del mundo, no con los tiempos de ella o de cualquier otra persona (cp. 7:2-8). No era el tiempo señalado para que se revelara toda la gloria mesiánica de Jesús; aun así, el milagro que Él realizaría haría inconfundible su poder divino y prevería su gloria futura. La hora oscura de la cruz precedería la revelación total de su glorioso reino mesiánico donde abundaría el vino, emblema de la alegría y la felicidad:

Vienen días—afirma el Señor—, en los cuales el que ara alcanzará al segador y el que pisa las uvas, al sembrador. Los montes destilarán vino dulce, el cual correrá por todas las colinas. Restauraré a mi pueblo Israel; ellos reconstruirán las ciudades arruinadas y vivirán en ellas. Plantarán viñedos y beberán su vino; cultivarán huertos y comerán sus frutos (Am. 9:13-14, NVI; cp. Is. 25:6; Jer. 31:12; Jl. 3:18).

María, sin inmutarse por la reprensión suave (cp. Mt. 15:22-28) y consciente de que Él no se estaba negando a su solicitud, **dijo a los que servían: “Haced todo lo que os dijere”**. Ella inmediatamente fue donde estaban los sirvientes, en anticipación a la respuesta del Señor. **Los que servían** eran *diakonois* (de donde se deriva la palabra española “diáconos” [1 Ti. 3:8, 12]), lo cual sugiere que no eran *doulois*, esclavos o sirvientes de la casa. Probablemente ellos, como María, eran familiares y amigos que ayudaban con la celebración. Era necesario que María les recomendase a Jesús, pues de otra manera habrían vacilado en seguir las instrucciones extrañas de un invitado.

LA PROVISIÓN

Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. Jesús les dijo: Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les dijo: Sacad ahora, y llevadlo al maestresala. Y se lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo, y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora. (2:6-10)

Como Juan lo explica para el beneficio de los lectores gentiles, los judíos usaban las **tinajas de piedra** para el rito judío de la purificación. Lavamientos ceremoniales constituían una parte integral del judaísmo del primer siglo.

Porque los fariseos y todos los judíos, aferrándose a la tradición de los ancianos, si muchas veces no se lavan las manos, no comen. Y volviendo de la plaza, si no se lavan, no comen. Y otras muchas cosas hay que tomaron para guardar, como los lavamientos de los vasos de beber, y de los jarros, y de los utensilios de metal, y de los lechos (Mr. 7:3-4).

Los judíos usaban las **tinajas de piedra** para guardar el agua de la purificación ritual porque, a diferencia de las tinajas de barro (Lv. 11:33), creían que no se contaminaban. Estas eran tinajas grandes, **en cada una**

de las cuales cabían dos o tres cántaros, no como la de la samaritana que fue a sacar agua del pozo (4:28). Tan gran cantidad de agua no se necesitaba solo para atender a los invitados, también se necesitaba para lavar los utensilios en que se preparaba y se servía la comida (Mr. 7:4).

La fe y confianza de María en su Hijo no estaba mal depositada. Como ella lo había previsto, Él le respondió ordenándole a los sirvientes que llenaran **estas tinajas de agua**. En respuesta, los que servían **las llenaron hasta arriba**, ya fuera recargándolas al tope o vaciándolas y volviéndolas a llenar. Este detalle insignificante en apariencia, que el agua llegara al borde, muestra que nada se añadió al agua, luego lo que siguió fue efectivamente un milagro de transformación. Jesús también mostró su gracia magnánima cuando ordenó llenar de agua las vasijas antes de transformar su contenido en vino (cp. 1:14, 16-17). Tan gran cantidad de vino (entre 450 y 680 litros) era más que suficiente para el resto de la celebración. No solo salvó Jesús a la novia y al novio de una situación embarazosa, además les dejó una buena provisión de vino y un generoso regalo de bodas.

Después de haber llenado las vasijas, Jesús instruyó a los siervos a sacar un poco y llevar el vino creado instantáneamente **al maestresala**. Las fuentes judías no dejaron claro si este individuo era el siervo principal o un invitado elegido para presidir el banquete. Pero el hecho de haber llamado aparte al novio y hablarle como su igual (vv. 9-10) sugiere lo segundo. En cualquier caso, sirvió como maestro de ceremonias en la fiesta. Como era el responsable de asegurarse de que los invitados tuvieran comida y bebida, los sirvientes **se lo llevaron**.

Para asegurarse de que la comida y la bebida eran aceptables, el encargado lo probaba antes de servirla a los invitados. Por lo tanto, después de que los siervos le llevaron la muestra, él **probó el agua hecha vino. Sin saber él de dónde** había salido (**aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua**), quedó atónito por la alta calidad de esta nueva tanda de vino. Entonces **llamó** aparte al novio y **le dijo: “Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior”**. Existe evidencia histórica según la cual la mayoría de los anfitriones hacían lo que el encargado dijo: servían el buen vino primero (D. A. Carson, *The Gospel According to John*, The Pillar New Testament Commentary [*El Evangelio según Juan*, El comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 174). En cualquier caso, era puro sentido común servir **primero el buen vino** y dejar **el inferior** para después, **cuando ya han bebido mucho**. El verbo

methuskō (**bebido mucho**) quiere decir literalmente “embriagarse” y así se traduce en otros lugares del Nuevo Testamento (Lc. 12:45; Ef. 5:18; 1 Ts. 5:7; Ap. 17:2). Sin embargo, eso no quiere decir que este banquete particular se hubiera vuelto una orgía de borrachos; el encargado hablaba por su propia experiencia. **Mas** para su gran sorpresa (y sin duda, para la del novio), parecía que el novio había **reservado el buen vino hasta** el final. Con seguridad, se trataba del mejor vino jamás probado. Este vino no provenía del proceso normal de fermentación, de uvas, viñas, tierra y Sol. El Señor lo creó de la nada. Era una verdadera evidencia de que Él es el Creador (Jn. 1:1-4).

LA IMPORTANCIA

Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él. (2:11)

El resultado de **este principio de señales** de Jesús fue doble. Primero, **manifestó su gloria** (cp. 1:14); esto es, mostró su deidad. Las **señales** de Jesús no eran simples demostraciones poderosas de compasión; estaban diseñadas para revelar quién era Él en realidad, pues ellas manifestaban de manera inequívoca que Dios estaba obrando (cp. 2:23; 3:2; 4:54; 6:2, 14; 7:31; 9:16; 20:30; Hch. 2:22). No obstante, los milagros, señales y maravillas no necesariamente convencían a las personas de creer en el Señor y en el evangelio (2:23-25; 12:37; 15:24; Mt. 11:20-24; 13:58; Lc. 16:31). No hay registro de que alguno de los siervos que fue testigo de la conversión del agua en vino lo siguiera (cp. 2:12). Sorprende que Jesús al parecer salió de Caná sólo con los discípulos que habían ido con Él, a pesar de haber realizado un milagro como no se había visto desde cuando Dios creó la harina y el aceite en tiempo de Elías y Eliseo (1 R. 17:8-16; 2 R. 4:1-7). La deducción obvia, que Jesús era el Mesías, se les escapó; vieron la señal pero no hacia dónde apuntaba. Como lo hace Satanás con todos los incrédulos, cegó su entendimiento “para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4). Este incidente fue otra ilustración trágica de la verdad de Jesús cuando dijo que “el profeta no tiene honra en su propia tierra” (4:44; cp. Mt. 13:58).

Sin embargo, **sus discípulos creyeron en él**. Vieron de primera mano una confirmación milagrosa de su fe después de haber oído el testimonio de Juan el Bautista—según el cual Jesús era el Mesías (1:34)—, de haber

oído las palabras del propio Jesús (1:39) y de haber creído en Él (1:41). Muchas otras personas llegarían a creer cuando leyeran el Evangelio de Juan, como él lo hizo. Y ese es el propósito de Juan al escribir todo su Evangelio, no solo el relato de este milagro: “Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (20:30-31).

7 Jesús muestra su divinidad

Después de esto descendieron a Capernaum, él, su madre, sus hermanos y sus discípulos; y estuvieron allí no muchos días. Estaba cerca la pascua de los judíos; y subió Jesús a Jerusalén, y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado. Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume. Y los judíos respondieron y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo. Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho. Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre. (2:12-25)

No hay pregunta más importante que “¿Quién es Jesucristo?”. Sus implicaciones son profundas y su significado no tiene parangón. Con solo plantearla, evoca inmediatamente una gama amplia de emociones, desde la hostilidad completa hasta la adoración ferviente. La sola consideración no es suficiente, es una pregunta que necesita responderse. Y responderla mal, sin importar cuál sea la excusa, lleva a la devastación eterna.

A través de toda la historia, esa pregunta ha suscitado mucha confusión y debate. Tal cosa ya era cierta en tiempos de Jesús. Cuando Él preguntó “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” (Mt. 16:13), los discípulos dieron varias posibilidades populares: “Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas” (v.

14). Sin embargo, solo hay una respuesta correcta a la pregunta de Jesús, y Pedro la dio cuando dijo: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (v. 16).

Las Escrituras reafirman con frecuencia la aseveración de Pedro sobre la verdadera identidad de Cristo. Se le llama “Dios” (Jn. 1:1, 18; 20:28; Ro. 9:5; He. 1:8; 1 Jn. 5:20), “nuestro gran Dios y Salvador” (Tit. 2:13; 2 P. 1:1), “Dios Fuerte” (Is. 9:6), el “YO SOY” (Jn. 8:58; cp. Éx. 3:14), “el primero y el último” (Ap. 1:17; 22:13; cp. Is. 44:6; 48:12), el “Señor de señores” (Ap. 17:14; cp. Dt. 10:17) y el “Alfa y la Omega” (Ap. 22:13; cp. Ap. 1:8). Él es uno en esencia con el Padre (Jn. 10:30); existe en la forma de Dios (Fil. 2:6) y es “la imagen misma de su sustancia” (He. 1:3); es el Creador y Sustentador del universo (Jn. 1:3; Col. 1:16; He. 1:3; cp. Gn. 1:1; Éx. 20:11; Is. 40:28) y “en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9). Es quien perdona los pecados (Mr. 2:7, 10; cp. Is. 43:25; Dn. 9:9), levanta a los muertos (Jn. 5:21; 11:25) y recibe la adoración reservada solo para Dios (Fil. 2:10 [cp. Is. 45:23]; Mt. 14:33; cp. Mt. 4:10). Claramente, la evidencia bíblica solo lleva a una conclusión: Jesucristo es Dios.

A pesar de la claridad inequívoca de las Escrituras, hay algunos escépticos que niegan tan claras afirmaciones. En sus opiniones incrédulas, el Cristo de las Escrituras es una figura mítica, inventada por sus seguidores. Argumentan ellos que el Jesús de Nazaret “histórico” o “real” fue un crítico social, un filósofo cínico itinerante, un sabio políticamente correcto, pero definitivamente no era el Mesías, el Hijo de Dios encarnado en carne humana. Richard N. Longenecker señala que de acuerdo, por ejemplo, al “Seminario de Jesús”...

Jesús era un campesino judío, carismático y al parecer cínico, cuya enseñanza era ingeniosa, clara y contra-cultural, pero no escatológica y ciertamente no se enfocaba en sí mismo. Todos los retratos de la naturaleza mesiánica, sacrificial, redentora o escatológica de Jesús en los Evangelios (y en el resto del Nuevo Testamento) son producto de la teología eclesial posterior, la cual creció alrededor de la figura de este maestro mediterráneo y cínico, y lo convirtió en una figura de secta (*The Jesus of History and the Christ of Faith: Some Contemporary Reflections* [El Jesús de la historia y el Cristo de la fe: Unas reflexiones contemporáneas]

[www.mcmaster.ca/mjtm/2.51.htm]).

A fin de llegar a sus conclusiones, estos escépticos cuestionan audazmente la confiabilidad del Nuevo Testamento o la sinceridad de los discípulos de Jesús. Pero el Nuevo Testamento es el documento mejor certificado de la antigüedad. Hoy día, hay en existencia muchos más manuscritos tempranos del Nuevo Testamento que de otro escrito antiguo, y el espacio de tiempo entre ellos y el original es mucho más corto. De modo que... “ser escéptico del texto resultante en los libros neotestamentarios es permitir que toda la antigüedad caiga en la oscuridad; porque no hay documentos del período antiguo tan bien documentados bibliográficamente como el Nuevo Testamento” (John Warwick Montgomery, *History and Christianity* [Historia y cristianismo] [Downers Grove: InterVarsity, 1974], p. 29).

El punto de vista de que los seguidores de Jesús inventaron el relato bíblico de su vida también se queda corta en credibilidad. Después de todo, ¿qué ganaban ellos con eso? Los apóstoles soportaron arrestos, golpizas, encarcelamientos, exilio y martirio; la iglesia primitiva enfrentó una oposición implacable con arrebatos de persecución salvaje. Eusebio, el padre de la Iglesia del siglo IV, señaló el absurdo de afirmar que los discípulos fueran engañadores:

Entonces yo preguntaría cuál sería el sentido de sospechar que los oyentes de la enseñanza [ética de Jesús], quienes eran los maestros de tal instrucción, inventaron su relato de la obra del Maestro. ¿Cómo es posible pensar que todos ellos estaban de acuerdo para mentir?... Ningún argumento puede demostrar que no era confiable un cuerpo tan grande de hombres que abrazó la vida santa y pía, que no se interesó en sus propios asuntos, que escogió una vida de pobreza y que llevó de boca en boca un relato consecuente de su Maestro... ¡Vengan, díganme si semejante empresa urdida por tales hombres se mantendría junta!... ¿De dónde salió, entre una multitud tan grande, esa armonía de pícaros? ¿De dónde, su evidencia consecuente y general sobre todas las cosas y un común acuerdo que los llevara a la muerte?... Con seguridad todos habían visto el final de su maestro, y la forma en que Él murió. ¿Por qué después de ver su final miserable siguieron ellos su mensaje? ¿Por qué construyeron ellos una teología sobre Él cuando Él ya estaba muerto? ¿Deseaban participar de su destino? Con seguridad, nadie en sus cabales escogería

semejante castigo si tuviera los ojos abiertos (*La prueba del evangelio*, III.5.110, 111. La devastadora crítica de Eusebio sobre la perspectiva de que los discípulos eran engañadores continúa por todo el capítulo 5 del libro III).

La presencia de los numerosos testigos oculares en la vida de Jesús—muchos de ellos hostiles—también habrían hecho imposible que los discípulos esparcieran mentiras sobre Él. Por ejemplo, si en realidad Él no se hubiera levantado de los muertos como afirmaban sus seguidores, sus enemigos sencillamente podrían haber presentado su cuerpo. De haberlo hecho así, la fe cristiana se habría hundido inmediatamente (cp. 1 Co. 15:14). Más aún, los relatos de los Evangelios ya estaban terminados cuando muchos de estos testigos oculares todavía estaban vivos. Si los escritores de los Evangelios mintieron sobre lo que Jesús hizo o dijo, tales testigos oculares habrían expuesto fácilmente sus fabricaciones.

A otras perspectivas blasfemas—que Jesús era un mentiroso, un lunático o un místico—no les va mejor; pero estas fracasan en explicar su carácter noble, como se revela en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, Philip Schaff, historiador de la Iglesia, responde a las acusaciones de que Jesús era mentiroso (cp. Jn. 8:46):

En nombre de la lógica, el sentido común y la experiencia, ¿cómo podría un impostor—un hombre engañador, egoísta y depravado—haber inventado y mantenido con coherencia, de principio a fin, el carácter más puro y noble conocido en la historia con el aire más perfecto de verdad y realidad? ¿Cómo podría haber fraguado y ejecutado con éxito un plan de beneficencia, magnitud moral y sublimidad sin parangón, y haber sacrificado su propia vida por ello, frente a los más grandes prejuicios de su pueblo y su tiempo? (citado en Josh McDowell, *Evidencia que exige un veredicto*, volumen I [Miami: Vida, 1982], p. 106 del original en inglés).

C. S. Lewis rechaza fuertemente la noción de que Jesús estuviera loco:

Es muy grande la dificultad histórica de darle a la vida, palabras e influencia de Jesús una explicación que no sea más fuerte que la cristiana. La discrepancia entre la profundidad, la lucidez y

(permítame añadir) la *perspicacia* de su enseñanza moral y la megalomanía rampante en que se debía apoyar su enseñanza teológica nunca se ha superado satisfactoriamente, a menos que él en realidad fuera Dios. Por lo tanto, las hipótesis no cristianas se suceden unas a otras con la infatigable fertilidad del desconcierto (*Miracles* [Milagros] [Nueva York: Macmillan, 1972], p. 113. Cursivas en el original).

Además es absurdo ver a Jesús como un místico cuya afirmación de ser Dios no es notoria porque todo el mundo es Dios. Aunque tales aseveraciones son comunes en las religiones orientales, estas habrían sido completamente ajenas al judaísmo del siglo I. Lejos de haberle dado a Jesús la bienvenida como a un gurú iluminado, los judíos estaban indignados con su afirmación de deidad. El resultado fue que lo acusaron de blasfemia (10:33; cp. 5:18) y lo crucificaron por haber afirmado ser igual al único Dios (Mt. 26:65-66).

La perspectiva bíblica es la única que explica la vida perfecta de Jesús, su profunda enseñanza, su muerte sacrificial y su resurrección milagrosa; a saber, que Jesús vino como Dios encarnado. Cuando se examinan todas las otras perspectivas, se colapsan.

El apóstol Juan caminó con Jesús desde el inicio de su ministerio terrenal. Vio sus milagros, oyó su enseñanza y observó su vida desde un punto de vista único, del que solamente Pedro y Jacobo también participaron. De este modo, escribió su Evangelio de manera que sus lectores entendieran la verdadera identidad de Jesús como Dios Hijo en carne humana (20:31).

En el pasaje en estudio, Juan continúa este tema a través de tres viñetas que ilustran, cada una, un aspecto de la deidad de Cristo. Individualmente, muestran su pasión por la reverencia, su poder de resurrección y su percepción de la realidad. En conjunto, subrayan la realidad inescrutable de su naturaleza divina.

PASIÓN DE JESÚS POR LA REVERENCIA

Después de esto descendieron a Capernaum, él, su madre, sus hermanos y sus discípulos; y estuvieron allí no muchos días. Estaba cerca la pascua de los judíos; y subió Jesús a Jerusalén, y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera

del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado. Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume. (2:12-17)

La fiesta de **la pascua** conmemoraba la liberación de Israel de su esclavitud en Egipto: cuando el Señor mató con su ángel de la muerte al primogénito de los egipcios pero pasó por encima de las casas de los israelitas (Éx. 12:23-27). La celebraban anualmente el día catorce del mes nisán (entre marzo y abril). Ese día, entre las 3:00 y las 6:00 de la tarde, sacrificaban corderos y comían la cena de pascua. En obediencia a Éxodo 23:14-17, **subió Jesús a Jerusalén** para observar la pascua y la fiesta de los panes sin levadura, que seguía inmediatamente (cp. Ez. 45:21; Lc. 22:1; Hch. 12:3-4). Esta es la primera de las tres pascuas que se mencionan en el Evangelio de Juan (cp. 6:4; 11:55).

A su llegada, Jesús encontraría que Jerusalén estaba llena de peregrinos judíos de todo el mundo romano que habían ido a celebrar la principal fiesta judía. Por causa de las multitudes que habían llegado, la pascua significaba un negocio grande para los mercaderes ubicados en Jerusalén. En el complejo del **templo**, donde se habían ubicado las tiendas (probablemente en el patio de los gentiles), estaban **los que vendían bueyes, ovejas y palomas y los cambistas sentados**. Como no era práctico para quienes viajaban desde tierras lejanas llevar sus propios animales, los mercaderes vendían aquellos requeridos para los sacrificios... a precios sumamente inflados. **Los cambistas** también proporcionaban un servicio necesario. Todo hombre judío de 20 años o mayor debía pagar el impuesto anual del templo (Éx. 30:13-14; Mt. 17:24-27). Pero solo se podía pagar usando las monedas judías o de Tiro (por la pureza de su contenido en plata), de modo que los extranjeros tenían que cambiar sus divisas por una moneda aceptable. Como **los cambistas** tenían el monopolio del mercado, cobraban una tasa exorbitante por sus servicios (llegaba al 12.5% [F. F. Bruce, *The Gospel of John* (El Evangelio de Juan) (Grand Rapids: Eerdmans, 1983), p. 74]).

Lo que había comenzado como un servicio a los adoradores, había degenerado, bajo el régimen corrupto de los principales sacerdotes, en explotación y usura. La religión se había vuelto algo externo, insensible y material; el templo de Dios se había vuelto una “cueva de ladrones” (Mt. 21:13).

Mientras Jesús escudriñaba los terrenos del templo sagrado, ahora convertido en un bazar, se horrorizó y se encolerizó. La atmósfera de adoración que se adecuaba al templo, como símbolo de la presencia de Dios, brillaba por su ausencia. Lo que debiera haber sido un lugar de adoración y reverencia sagradas se había convertido en un lugar de comercio insultante y con precios excesivos. El sonido de las alabanzas sinceras y las oraciones fervientes se había ahogado con los mugidos de los bueyes, los balidos de las ovejas, el arrullo de las palomas y el regateo fuerte de los vendedores y los clientes.

Cuando Jesús se dio cuenta de que la pureza de la adoración en el templo era un asunto de honor a Dios, tomó una acción rápida y decisiva. **Haciendo un azote de cuerdas** (probablemente de las usadas para amarrar los animales), **echó fuera del templo a todos los mercaderes, las ovejas y los bueyes**. Además, **esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas**; una proeza sorprendente para un hombre, a la luz de la resistencia que debió tener.

La demostración de fuerza de Jesús crearía inmediatamente un pandemonio en el patio del templo: los vendedores de animales estarían en persecución frenética de sus bestias, que debían estar corriendo en todas las direcciones; los que cambiaban dinero, perplejos (y, sin duda, algunos de los transeúntes), se abrían paso en el suelo desesperadamente para recoger sus monedas; **los que vendían palomas** removían a toda prisa sus jaulas cuando Jesús se lo ordenó, y las autoridades del templo se afanaban por ver de qué se trataba toda esta conmoción. Con todo, Jesús nunca fue cruel con los animales (quienes objetan el uso gentil de la fuerza con ellos nunca han arriado animales), ni fue muy violento con los hombres. Al parecer, la agitación que creó fue lo suficientemente calmada para no alertar la guarnición romana que estaba ubicada en la Fortaleza Antonia, desde donde vigilaban el área del templo. Los romanos podrían haberse sentido satisfechos de asaltar al sistema del templo y sus líderes, pues les causaba muchos dolores de cabeza.

Al mismo tiempo, la intensidad de su indignación era inequívoca. Cristo no toleraría la ridiculización del espíritu de la adoración verdadera. Sus palabras indignadas **a los que vendían palomas**—“**Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado**”—, aplicaban a todos los que estaban contaminando el templo y corrompiendo su propósito. La referencia de Jesús a Dios como su Padre era un recordatorio de su deidad y su papel mesiánico; Él era el Hijo leal que purgaba la casa de su **Padre** de la adoración impura (una acción que

prefigura lo que volverá a hacer en su segunda venida [Mal. 3:1-3; cp. Zac. 14:20-21]).

Varios años después, al final de su ministerio, Cristo volvería a limpiar el templo (Mt. 21:12-16; Mr. 11:15-18; Lc. 19:45-46). Algunos comentaristas aseveran que en realidad Juan está hablando aquí de esa limpieza posterior pero cambió la sucesión cronológica. En lugar de ubicar correctamente esta historia al final del ministerio de Jesús, argumentan ellos, Juan la puso aquí; luego, Jesús limpió el templo solo una vez, no dos. Pero al final las explicaciones por las cuales Juan habría cambiado un acontecimiento tan importante no son convincentes. La limpieza registrada en los Evangelios sinópticos tuvo lugar durante la semana de la pasión; la limpieza registrada por Juan ocurrió al comienzo del ministerio público de Jesús (cp. Jn. 2:11-13).

Los detalles de los dos relatos difieren significativamente. En los sinópticos, Jesús cita el Antiguo Testamento como su autoridad (Mt. 21:13; Mr. 11:17; Lc. 19:46); en Juan usa sus propias palabras (2:16). Más aún, Juan no menciona la prohibición de Jesús de usar el templo como atajo (Mr. 11:16) ni la importante declaración de juicio de Jesús: “He aquí vuestra casa os es dejada desierta” (Mt. 23:38). Y los sinópticos no mencionan el reto memorable del Señor: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré” (Jn. 2:19), aunque se refieren a este en su juicio ante el sanedrín (Mt. 26:61; Mr. 14:58; cp. Mt. 27:39-40; Mr. 15:29-30). A la luz de estas diferencias, es difícil ver cómo los escritores de los sinópticos y Juan podrían estar refiriéndose al mismo acontecimiento. (Para una explicación más amplia de la segunda limpieza del templo, véase mi comentario en Mt. 27:39-40 en *Matthew 24—28*, The MacArthur New Testament Commentary Series [*Mateo 24—28*, La serie de comentarios MacArthur del Nuevo Testamento] [Chicago: Moody, 1989], pp. 258-260).

Cuando los discípulos vieron que su Maestro dispersaba a los mercaderes del templo, **se acordaron que está escrito** en el Salmo 69:9: “**El celo de tu casa me consume**”. La pasión resoluta de Jesús y el fervor inquebrantable quedaron claros para todos los que lo vieron. Su justa indignación, derivada de un compromiso absoluto con la santidad de Dios, reveló su naturaleza verdadera como el Juez de toda la tierra (cp. Gn. 18:25; He. 9:27). R. C. H. Lenski observa:

El Cristo severo y santo, el Mesías poderoso e indignado, el Mensajero del pacto sobre quien está escrito que “purificará a

los levitas y los refinará como se refinan el oro y la plata... [para que traigan] al Señor ofrendas conforme a la justicia”, no agrada a quienes solo quieren un Cristo suave y dulce. Pero aquí el registro de Juan... retrata el celo ardiente de Jesús, cuya llegada fue con tan repentina y tremenda eficacia que, ante este desconocido, sin mayor autoridad que su presencia y su palabra, esta multitud de mercaderes y cambistas, que se creían con todo el derecho de hacer negocios en el patio del templo, huyó desordenadamente como un montón de niños traviesos (*The Interpretation of St. John's Gospel* [La interpretación del Evangelio de San Juan] [Reimpresión; Peabody: Hendrickson, 1998], p. 207).

Como David, el cual escribió el Salmo 69, el celo de Jesús por una adoración pura encontró expresión en su preocupación por la casa de Dios. Y también como David, el resultado fue que Jesús sufrió personalmente y sintió dolor cuando deshonraron a su Padre. La segunda mitad del Salmo 69:9 dice: “Sobre mí han recaído los insultos de tus detractores”. Los líderes judíos nunca olvidaron el asalto de Jesús al corazón de su empresa religiosa y centro de su poder religioso. De hecho, las dos limpiezas físicas del templo, junto con sus frecuentes denuncias verbales a la hipocresía de ellos, fueron motivación más que suficiente para buscar tan vehementemente su crucifixión. No es de sorprender que sus seguidores fueran después acusados de amenazar el templo (Hch. 6:13-14; 21:28; 24:6).

EL PODER DE RESURRECCIÓN DE JESÚS

Y los judíos respondieron y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo. Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho. (2:18-22)

Los **judíos** que confrontaron a Jesús probablemente eran miembros de la fuerza policial del templo (cp. 7:32, 45-46; 18:3, 12, 18, 22; 19:6; Hch. 5:21-22, 26), representantes del sanedrín o ambos. Cuando llegaron a

investigar la conmoción en el patio del templo, le preguntaron: “**¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto?**”. Su pregunta no era una solicitud de información, sino un reto a su autoridad. Jesús asumió la responsabilidad de pasar por alto el dominio y la regulación del templo que ellos ejercían, y ellos querían una **señal** como prueba de su autoridad para hacer tal cosa.

Es interesante que aun cuando las autoridades judías cuestionaron su derecho a hacer lo que hizo, no lo arrestaron. Sorprendidos por su demostración fuerte de autoridad, podrían haberse preguntado si Él era un profeta como Juan el Bautista. Sin embargo, su solicitud de una señal era necia; el hecho mesiánico de haber limpiado Él solo el templo era una señal clara de que Dios tenía un mensaje para ellos. Los líderes judíos, con la incredulidad de su corazón endurecido, pedían repetidamente tales señales, pero nunca aceptaban las que recibían. Como escribió Juan después: “Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él” (Jn. 12:37). El hecho de que las autoridades del templo exigieran una señal también expone la maldad de sus corazones. Ellos sabían que la comercialización corrupta y avara de la adoración en el templo estaba mal, no obstante, se negaron obstinadamente a admitirlo.

La respuesta enigmática de Jesús—“**Destruid este templo, y en tres días lo levantaré**”—, desconcertó a las autoridades judías (y a sus discípulos también en ese momento, v. 22). Como hacía Jesús con sus parábolas (cp. Mt. 13:10-11; Lc. 8:10), para juicio de ellos, esta declaración velada escondía la verdad a los incrédulos hostiles, cuya ceguera espiritual resultaba de su propia incredulidad y rebeldía hacia Dios. (La imposibilidad de los incrédulos para entender el mensaje de Jesús es un asunto del que Juan se ocupa a lo largo de todo su Evangelio; p. ej., 3:3-4; 4:14-15; 6:32-35; 51-52; 7:34-36; 8:51-53, 56-57; 10:1-6).

Las autoridades estaban atónitas con la respuesta de Jesús. Su respuesta delata una mezcla de asombro e indignación: “**En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás?**”. El **templo** de los días de Jesús no era el templo de Salomón, ese lo habían destruido los babilonios (Esd. 5:12). En su lugar, era el templo posterior al exilio, reconstruido después del fin de la cautividad babilónica, bajo el liderazgo de Zorobabel, Jesúa, Hageo y Zacarías (Esd. 1—6). Muchos siglos después, alrededor del año 20 a.C., Herodes el Grande comenzó una gran reconstrucción y expansión de ese último templo. Irónicamente, esos esfuerzos de reconstrucción no se completaron hasta poco antes del 70 d.C., cuando el templo posterior al exilio fue destruido

por los romanos.

Los **judíos** eran incrédulos; ¿cómo era posible lograr en tres días de trabajo lo que había tardado ya **cuarenta y seis años** y todavía no estaba terminado? Como lo indica el relato de su juicio ante al sanedrín unos pocos años después (Mt. 26:61; Mr. 14:58), las autoridades judías no entendieron en absoluto la declaración del Señor y la aplicaron al templo herodiano. **Mas**, como señala Juan, **él hablaba del templo de su cuerpo**. La señal que les daría era mucho más grande que la simple reconstrucción de un edificio destruido:

La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches (Mt. 12:39-40; cp. 16:4).

La señal que Él daría era su propia resurrección, algo que ni sus discípulos entendieron inmediatamente (cp. 12:16). No fue hasta **cuando resucitó de entre los muertos** que sus **discípulos se acordaron que había dicho esto**. Su muerte como el Cordero de sacrificio supremo dejaría obsoleto el templo de Jerusalén (cp. 4:21; Mt. 27:51); y su resurrección como Señor triunfante serviría de fundamento para un nuevo templo espiritual en su lugar: la Iglesia (1 Co. 3:16-17; 2 Co. 6:16; Ef. 2:19-22).

Juan generalmente usa el singular **Escritura** a lo largo de su Evangelio para referirse a un pasaje específico (cp. 7:38, 42; 10:35; 13:18; 19:24, 28, 36-37); si ese es el caso aquí, probablemente se esté refiriendo al Salmo 16:8-11 (cp. Hch. 2:25-28; 13:35). Sin embargo, podría estar haciendo una referencia general a las profecías del Antiguo Testamento (cp. 20:9) con respecto a la muerte y resurrección de Cristo (cp. Lc. 24:27, 44-47). En cualquier caso, los discípulos entendieron todo claramente solo después de la resurrección. Solamente ahí, esta profecía tuvo sentido para ellos y reconocieron el poder de la resurrección de Jesús como un claro indicador de su deidad.

LA PERCEPCIÓN DE LA REALIDAD DE JESÚS

Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. Pero Jesús mismo no se

fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre. (2:23-25)

Estos tres versículos sirven de puente entre el relato de la limpieza del templo y la historia de Nicodemo, que viene a continuación. Esta sección, aunque breve, tiene profundas implicaciones relativas a la naturaleza de la fe salvadora.

Jesús permaneció en **Jerusalén** durante **la pascua** y la fiesta de los panes sin levadura que venía inmediatamente después. En ese tiempo realizó varios milagros que no están registrados específicamente en las Escrituras (cp. 20:30; 21:25). Como resultado, **muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía**. Ellos creían que Él podría ser un profeta (cp. Mt. 21:11; Lc. 7:16) o incluso el Mesías conquistador que estaban esperando (cp. Jn. 6:14-15, 26).

Pero esa fe era superficial y poco sincera. No era fe salvadora, como lo indica el juego de palabras de Juan. **Creyeron** en el versículo 23 y **fiaba** en el versículo 24 vienen del mismo verbo griego, *pisteuō*. Aunque creían en Jesús, Jesús no creía en ellos; Él no tenía fe en la fe de ellos. Jesús “consideraba que toda creencia en Él era superficial si no tenía como sus elementos más esenciales la consciencia de la necesidad de perdón y la convicción de que solo Él es el Mediador de ese perdón” (R. V. G. Tasker, *The Gospel According to St. John* [El Evangelio según san Juan], The Tyndale New Testament Commentaries [Grand Rapids: Eerdmans, 1975], p. 65).

Aunque **muchos** afirmaban creerle, Jesús sabía que la mera aprobación intelectual no prueba nada; incluso los demonios tienen esa fe (Stg. 2:19). Como la semilla que caía en terrenos rocosos o espinosos, quienes poseen tal fe oyen la Palabra e inicialmente la reciben con alegría (Mt. 13:20), pero como sus corazones nunca cambian verdaderamente, caen cuando llega la aflicción (v. 21) o cuando aparecen las riquezas del mundo (v. 22).

Sin duda, la diferencia entre la fe espuria y la fe salvadora es crucial. Es la diferencia entre fe viva y fe muerta (Stg. 2:17); entre los impíos, quienes van “al castigo eterno”, y “los justos [que entran] a la vida eterna” (Mt. 25:46); entre quienes oirán: “Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu señor” (Mt. 25:21), y quienes oirán: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mt. 7:23).

Jesús no aceptó la fe falsa manifestada por quienes fueron testigos de

sus señales, porque los **conocía a todos**, y por lo tanto **no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues Él sabía lo que había en el hombre**. Él conoce el estado verdadero de todos los corazones. Vio el corazón de un buscador sincero y verdadero en Natanael (1:47); vio en estas personas una fachada superficial, la sola atracción externa a sus señales espectaculares (cp. 6:2). La fe genuina salvadora va mucho más allá. Demanda el compromiso de todo corazón con Jesús como el Señor de la vida propia (Mt. 16:24-26; Ro. 10:9). (Explico la naturaleza de la fe salvadora en mis libros *El evangelio según Jesucristo* [El Paso: Mundo Hispano, 2003] y *The Gospel According to the Apostles* [El evangelio según los apóstoles] [Nashville: Thomas Nelson, 1993]).

El señorío de Jesús va de la mano con su deidad. Como Dios del universo, Él es digno de ser adorado y obedecido; de ser adorado con reverencia como el Rey de reyes y el Señor de señores (Ap. 19:6; cp. Fil. 3:10-11). Las tres viñetas en este pasaje (vv. 12-25) subrayan su deidad con claridad inequívoca. Como Dios, limpió Él solo el templo con celo mesiánico; como Dios, predijo su propia resurrección; y como Dios, conocía verdaderamente el contenido de los corazones de los hombres.

Al mismo tiempo, estos tres relatos también describen el proceso de la salvación. La primera escena, la limpieza del templo, muestra gráficamente el odio que Dios tiene por el pecado y la impureza. La segunda escena, la explicación de la resurrección de Jesús, revela que Dios da nueva vida en Cristo, quien fue “resucitado para nuestra justificación” (Ro. 4:25). Y la escena final, la creencia superficial de las personas, revela que la provisión de salvación de Dios viene solo a través de la fe genuina salvadora.

8 El nuevo nacimiento

Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu. Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto? (3:1-10)

“Todos hablan del cielo sin haber estado allí”. Esta frase de un antiguo canto espiritual describe con mucha precisión a muchos en la Iglesia. Se identifican con Cristo por fuera, pero por dentro nunca se han convertido genuinamente. Como se aferran a una profesión de fe falsa, se engañan pensando que van por el camino angosto que lleva a la vida, cuando en realidad van por el camino ancho conducente a la destrucción. Para empeorar las cosas, su propio engaño lo suelen reforzar cristianos bien intencionados pero con poco discernimiento que inocuamente los aceptan como creyentes verdaderos. Tal confusión se deriva del pseudoevangelio diluido que se propaga desde tantos pulpitos. La gracia barata, el ministerio basado en ideas de mercado, el emocionalismo, el subjetivismo y el inclusivismo indiscriminado han infiltrado completamente la Iglesia con consecuencias devastadoras. El resultado: casi toda profesión de fe se toma genuinamente, aun la de aquellos cuyas vidas no manifiestan señales del fruto verdadero (p. ej., Lc. 6:43-44). Para muchos, no se debe cuestionar la fe de nadie. Mientras tanto, se hace caso omiso de los

pasajes clave del Nuevo Testamento sobre los peligros de la fe falsa (como Stg. 2:14-26) y la necesidad de examinarse a sí mismo (como 2 Co. 13:5).

El ministerio de nuestro Señor aporta un contraste marcado con la confusión evangélica contemporánea. A Cristo no le interesaban las respuestas superficiales o las pseudoconversiones rápidas. Él se negó a comprometer la verdad o a dar falsas esperanzas. En lugar de hacer que creer fuera fácil para las personas, Jesús alejó más seguidores de los que recibió. Por ejemplo, el joven rico buscó con afán a Jesús y le preguntó sinceramente: “Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?” (Mt. 19:16). Aun así, la Biblia dice que se fue triste y sin la salvación (v. 22). Jesús después les explicó a sus discípulos conmocionados:

De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. Sus discípulos, oyendo esto, se asombraron en gran manera, diciendo: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Y mirándolos Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible (vv. 23-26).

El resultado de la exigencia de Cristo a un compromiso total es que “muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (Jn. 6:66). Repetidas veces advirtió a sus seguidores de los peligros de la fe espuria, aun por parte de quienes ministraban en su nombre:

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad (Mt. 7:21-23).

Jesús también explicó que ser discípulo significaba morir a uno mismo; lo declaró así: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lc. 9:23). Tan alto coste solía ser demasiado para los que pretendían ser sus discípulos:

Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adondequiera que vayas. Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza. Y dijo a otro: Sígueme. Él le dijo: Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre. Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios. Entonces también dijo otro: Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa. Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios (Lc. 9:57-62).

Claramente, el énfasis en negarse a sí mismo y someterse a Él fue algo que impregnó el enfoque evangelístico de Jesús, tanto en su ministerio público como en sus conversaciones privadas. Juan 3:1-10 relata una de esas interacciones privadas: una reunión en la noche con Nicodemo, un fariseo prominente. Jesús se negó a suavizar la verdad a lo largo de esta conversación, solo para obtener la aprobación de este influyente líder religioso. En su lugar, habló con claridad y precisión, confrontó los errores de Nicodemo y le dijo exactamente lo que necesitaba oír. El diálogo de Cristo con Nicodemo se puede explicar bajo tres encabezamientos: las averiguaciones de Nicodemo sobre Jesús, la revelación de Jesús a Nicodemo y la acusación de Jesús a Nicodemo.

LA AVERIGUACIÓN

Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. (3:1-3)

La ubicación del cambio de capítulo aquí es desafortunada porque la historia de Jesús y Nicodemo está ligada lógicamente a la sección previa (2:23-25). Como señalamos en el capítulo 7 de este volumen, Juan 2:23-25 describía la negativa de Jesús a aceptar la fe superficial con base en las señales, pues Él en su omnisciencia entendía los corazones de las personas. La historia de Nicodemo es un buen ejemplo de ello, puesto

que Nicodemo era uno de esos creyentes superficiales cuyo corazón leyó el Señor como un libro abierto. En lugar de afirmar la profesión de fe de Nicodemo, Jesús se negó a aceptarla, con la sola base en las señales de las cuales había sido testigo (v.2). Jesús le señaló la naturaleza de la verdadera fe salvadora capaz de transformar vidas.

Nicodemo (“vencedor sobre las personas”) era un nombre griego común entre los judíos de la época de Jesús. Algunos han identificado a **Nicodemo** con un hombre rico del mismo nombre que se menciona en el Talmud. Pero como ese Nicodemo todavía estaba vivo cuando ocurrió la destrucción de Jerusalén en el 70 d.C., probablemente habría sido demasiado joven para pertenecer al sanedrín durante el ministerio de Jesús, cuatro décadas antes (cp. 7:50-51). La implicación del versículo 4, según la cual Nicodemo era ya anciano cuando se encontró con Jesús serviría de evidencia en contra de tal identificación.

Nicodemo era miembro de los **fariseos**, el partido religioso de élite. Su nombre probablemente deriva de un verbo griego cuyo significado es “separar”; ellos eran los “separados” en el sentido de su celo por la ley mosaica (y las tradiciones orales propias que ellos le añadieron [cp. Mt. 15:2-6; Mr. 7:8-13]). Los fariseos se originaron en el período intertestamentario, probablemente como una rama de los hasidistas (“los piadosos”), que se oponían a la helenización de la cultura judía bajo el malvado rey seléucida Antíoco Epifanes. A diferencia de los saduceos, sus archirrival, quienes tendían a ser sacerdotes o levitas ricos, los fariseos generalmente provenían de las clases medias. Por lo tanto, aunque pocos en número (había unos seis mil en tiempos de Herodes el Grande, de acuerdo con Josefo, historiador judío del siglo I), tenían una influencia grande en el pueblo (aunque, irónicamente, los fariseos solían ver a algunos con desprecio [cp. 7:49]). A pesar de ser el partido minoritario, su popularidad en el pueblo les daba una influencia importante en el sanedrín (cp. Hch. 5:34-40).

Con la desaparición de los saduceos en el 70 d.C. (después de la destrucción del templo) y de los zelotes en el 135 d.C. (después de haber aplastado la rebelión de Bar Kojba), los fariseos se convirtieron en la fuerza dominante del judaísmo. De hecho, al final del siglo II d.C., con la culminación de la Mishná (la compilación escrita de la tradición oral, leyes y rituales), la enseñanza de los fariseos se volvió casi sinónimo de judaísmo.

Irónicamente, fue el mismo celo por la ley el que provocó que los fariseos se volvieran ritualistas y externos. Teniendo corazones no

transformados, tan solo reemplazaban la religión verdadera con la simple modificación del comportamiento y los rituales. En respuesta a su espiritualidad aparente, Jesús señaló mordazmente: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello” (Mt. 23:23; cp. 6:1-5; 9:14; 12:2; Lc. 11:38-39). Peor aún, la gran diferencia entre su enseñanza y su práctica llevaba a la hipocresía grotesca que denunciaron Jesús (p. ej., Mt. 23:2-3) y, sorprendentemente, el Talmud (que hace una lista de siete clases de fariseos, seis de las cuales eran hipócritas). Como resultado, a pesar de su celo por la ley de Dios, eran “ciegos guías de ciegos” (Mt. 15:14) y quienes se hacían sus prosélitos eran doblemente merecedores del infierno al que ellos se estaban dirigiendo (Mt. 23:15). Aun si no eran hipócritas, haber guardado la ley no los habría salvado nunca, “ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado” (Ro. 3:20; cp. 3:28; Gá. 2:16; 3:11, 24; 5:4), una verdad que Saulo de Tarso, un fariseo celoso, descubriría con el tiempo (Fil. 3:4-11).

Pero Nicodemo no era un fariseo común y corriente; era un **principal entre los judíos**. Esto es, era miembro del sanedrín (cp. 7:50), el consejo de gobierno de Israel (bajo la autoridad final de los romanos). La tradición judía ubicaba el origen del sanedrín en los setenta ancianos que ayudaron a Moisés (Nm. 11:16-17). De acuerdo con la tradición, Esdras reorganizó ese cuerpo después del exilio (cp. Esd. 5:5, 9; 6:7-8, 14; 10:8). No obstante, el sanedrín de los tiempos del Nuevo Testamento probablemente se originó durante el período del gobierno persa o griego. Estaba constituido por setenta miembros presididos por el sumo sacerdote. Incluía hombres de familias sacerdotales influyentes, ancianos (líderes de familias y tribus), escribas (expertos en la ley) y cualquier sumo sacerdote anterior que siguiera vivo. Bajo los romanos, el sanedrín ejercía amplios poderes en los asuntos civiles, penales y religiosos (aunque los romanos se reservaban el poder de la pena capital [18:31]). Tenía la autoridad para arrestar (Mt. 26:47; Hch. 4:1-3; 5:17-18) y juzgar (Mt. 26:57ss.; Hch. 5:27ss.). Aunque su influencia se extendía aún a los judíos de la diáspora (cp. Hch. 9:1-2; 22:5; 26:12), la autoridad directa del sanedrín parecía haberse limitado a Judea (al parecer, no tenía ninguna autoridad sobre Jesús cuando Él estaba en Galilea; cp. Jn. 7:1). Después del fracaso de la rebelión judía (66-70 d.C.), se abolió el sanedrín y lo reemplazó el *Beth Din* (Tribunal de justicia). Sin embargo, a diferencia del sanedrín, el *Beth Din* solo estaba compuesto por escribas (abogados) y

sus decisiones se limitaban exclusivamente a los asuntos religiosos.

El hecho de que Nicodemo fuera un miembro del sanedrín probablemente explica por qué **vino a Jesús de noche**. Puede que no quisiera que su visita implicara la aprobación de todo el sanedrín o que no quisiera ganarse la desaprobación de sus miembros. La noche también les habría permitido pasar más tiempo conversando que durante el día, cuando los dos estaban ocupados. Sin embargo, lo importante no es cuándo fue Nicodemo, sino que al fin y al cabo fue. Aunque ir a Jesús no siempre garantiza la salvación (véase al joven rico en Lc. 18:18-23), es un comienzo necesario.

Con el uso del término respetuoso *rabí*, Nicodemo se dirigió a Jesús como un igual, aunque era miembro del sanedrín y un maestro eminente (v. 10). Él no estaba de acuerdo con las sospechas y la hostilidad hacia Cristo de muchos de los otros líderes religiosos (cp. 7:15, 47-52). Nicodemo y otros como él (véase el plural **sabemos**) aceptaron **que Jesús había venido de Dios como maestro**, aunque no había recibido la formación rabínica apropiada (7:15). Como lo reconoció Nicodemo, **nadie puede hacer estas señales que Jesús hacía si no estaba Dios con él**. Tal como las personas de la sección previa (2:23), estaba impresionado con el poder innegable que se manifestaba en los milagros de Jesús y creía que eran divinos. Sin lugar a dudas, también conocía el testimonio de Juan el Bautista sobre Cristo. Tales cosas, junto con la evidencia de ellos, pudo causar que Nicodemo se preguntara si Jesús era el Mesías.

Pero a Jesús no le interesaba hablar de sus señales, que solo habían resultado en fe superficial. En vez de eso, fue directo al grano: la transformación del corazón de Nicodemo por el nuevo nacimiento. Jesús respondió la pregunta no formulada de Nicodemo (cp. Mt. 19:16) y **le dijo: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”**. La frase *amēn amēn (De cierto, de cierto)* solo aparece en el Nuevo Testamento en el Evangelio de Juan. Afirma solemnemente la veracidad e importancia de lo que sigue. En este caso, Jesús utilizó la frase para exponer la verdad vital según la cual no habría entrada al reino de Dios si no se **naciere de nuevo**. La regeneración o nuevo nacimiento es la acción de Dios por medio de la cual imparte vida eterna a quienes están muertos en sus “delitos y pecados” (Ef. 2:1, cp. 2 Co. 5:17; Tit. 3:5; Stg. 1:18; 1 P. 1:3, 23; 1 Jn. 2:29; 3:9; 4:7; 5:1, 4, 18), haciéndolos así hijos suyos (Jn. 1:12-13).

El reino de Dios en su aspecto universal se refiere al señorío

soberano de Dios sobre toda su creación. En ese sentido amplio del término, todo el mundo es parte del reino de Dios, pues el Señor “estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todos” (Sal. 103:19; cp. 10:16; 29:10; 145:13; 1 Cr. 29:11-12; Jer. 10:10; Lm. 5:19; Dn. 4:17, 25, 32).

Pero aquí Jesús no se estaba refiriendo al reino universal. En su lugar, estaba hablando específicamente del reino de la salvación, el reino espiritual donde viven ahora quienes nacieron de nuevo por el poder divino y por medio de la fe, y están bajo el gobierno de Dios mediado por su Hijo. Nicodemo, como los otros judíos, anticipaba con ansias ese reino glorioso. Desdichadamente, creían ellos que por ser descendientes de Abraham, observar la ley y realizar ritos religiosos externos (la circuncisión particularmente), obtendrían la entrada al reino. Pero estaban profundamente equivocados al creerlo así, como Jesús lo dejó claro. No importa cuán activo pueda ser alguien en lo religioso, nadie puede entrar al reino de Dios sin experimentar la regeneración personal del nuevo nacimiento (cp. Mt. 19:28).

Las implicaciones de las palabras de Jesús a Nicodemo eran asombrosas. Toda su vida él había observado la ley diligentemente (cp. Mr. 10:20), así como los rituales del judaísmo (cp. Gá. 1:14). Se había unido a los fariseos ultra-religiosos e incluso se había hecho miembro del sanedrín. Ahora Cristo le estaba diciendo que se olvidara de eso y comenzara de nuevo; que abandonara todo el sistema de justicia por obras en el cual había puesto su esperanza; que se diera cuenta de la impotencia de los esfuerzos humanos para salvarse.

R. C. H. Lenski describe la consternación que Nicodemo debió de haber sentido:

La palabra de Jesús sobre el nuevo nacimiento hace pedazos de una vez para siempre toda supuesta excelencia alcanzada por el hombre, todo el mérito de las obras humanas, todas las prerrogativas del nacimiento o el estado natural. El nacimiento espiritual es algo por lo cual se pasa, no algo que se produce. Así como nuestros esfuerzos no tienen ninguna relación con nuestro nacimiento y concepción natural, de manera análoga, pero en un plano mayor, la regeneración no es una obra nuestra. ¡Qué golpe para Nicodemo! Ser judío no lo hacía partícipe del reino; ser fariseo, considerarse más santo que las otras personas, no le representaba nada; ser

miembro del sanedrín y su fama como uno de sus escribas sumaba cero. ¡Este Rabí de Galilea le dijo tranquilamente que él todavía no estaba en el reino! Todo aquello sobre lo cual había depositado sus esperanzas a lo largo de una vida difícil se hizo añicos y quedó valiendo menos que un montón de cenizas (*The Interpretation of St. John's Gospel* [La interpretación del Evangelio de san Juan] [Reimpresión; Peabody: Hendrickson, 1998], pp. 234-235).

LA REVELACIÓN

Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu. (3:4-8)

La declaración sorprendente de Jesús era mucho más de lo que Nicodemo había esperado. Nicodemo le dijo lleno de incredulidad: “**¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?**”. Ciertamente, este fariseo altamente educado no era tan obtuso como para haber malinterpretado las palabras de Jesús en un sentido literal simplista. Sabía que nuestro Señor no estaba hablando de renacer físicamente, pero respondió en el contexto de la analogía del Señor. ¿Cómo podría él comenzar de nuevo si volvía al principio? Jesús le estaba diciendo que entrar a la salvación de Dios no era un asunto de sumarle algo a sus esfuerzos ni de aumentar su devoción religiosa, sino de cancelar todo y volver a comenzar. Al mismo tiempo, no comprendía Nicodemo el sentido total de lo que eso significaba. La perplejidad manifiesta en sus preguntas revela confusión por la declaración de Cristo. Jesús le estaba pidiendo algo que no era posible humanamente (nacer de nuevo); Él estaba haciendo que la entrada al reino no fuera contingente a algo que pudiera obtenerse por esfuerzos humanos. Pero, si era cierto, ¿qué significaba esto para el sistema de Nicodemo cuya base estaba en las obras? Si el renacimiento espiritual, al

igual que el renacimiento físico, era imposible desde el punto de vista humano, ¿dónde quedaba este fariseo justo a sus propios ojos?

Lejos de minimizar las exigencias del evangelio, Jesús confrontó a Nicodemo con el reto más difícil que pudo ponerle. No sorprende que Jesús les dijera después a sus discípulos: “Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas!”(Mr. 10:24). El llamamiento de Jesús a nacer de nuevo reta a este judío extremadamente religioso a admitir la bancarrota espiritual y a abandonar todo aquello en lo cual confiaba para la salvación. Es esto exactamente lo que hizo Pablo, como lo declaró en Filipenses 3:8-9:

Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe.

Respondió Jesús a la confusión de Nicodemo elaborando más la verdad que introdujo en el versículo 3: “**De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios**”. Se han ofrecido varias interpretaciones para explicar la frase *naciere de agua*. Algunos ven dos nacimientos aquí, uno natural y otro espiritual. Los proponentes de esta perspectiva interpretan el **agua** como el fluido amniótico que fluye en el vientre justo antes del nacimiento. Pero no está claro que los antiguos describieran de esta manera el nacimiento natural. Más aún, la frase *naciere de agua y del Espíritu* es paralela a la frase *naciere de nuevo* en el versículo 3, por lo tanto, sólo un nacimiento está a la vista. Otros ven en la frase *naciere de agua* una referencia al bautismo, ya sea el de Juan el Bautista, o el bautismo cristiano. Pero Nicodemo no habría entendido el bautismo cristiano (que aún no existía), ni habría malentendido el bautismo de Juan el Bautista. Jesús tampoco se hubiera abstenido de bautizar a la gente (4:2) si el bautismo fuera necesario para la salvación. Otros ven la frase como una referencia a los lavamientos ceremoniales de los judíos, que el nacimiento del Espíritu supera. Sin embargo, los dos términos no están en conflicto entre sí, sino que se combinan para formar un paralelo con la frase “nacer de nuevo” en el versículo 3. (Para un examen cuidadoso de las interpretaciones diversas de *naciere del agua* véase D. A. Carson, *The Gospel According*

to *John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [El comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], pp. 191-196).

Debe de haber algo que Nicodemo sintiera conocido, pues Jesús esperaba que Nicodemo entendiera esta verdad (v. 10). El **agua** y el **Espíritu** suelen referirse simbólicamente en el Antiguo Testamento a la renovación y la limpieza espiritual (cp. Nm. 19:17-19; Is. 4:4; 32:15; 44:3; 55:1; Jl. 2:28-29; Zac. 13:1). En uno de los pasajes más gloriosos de todas las Escrituras donde se describe la restauración de Israel al Señor por el nuevo pacto, Dios dijo por medio de Ezequiel:

Y yo os tomaré de las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestro país. Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra (Ez. 36:24-27).

Con seguridad era este el pasaje que Jesús tenía en mente para mostrar que la regeneración es una verdad del Antiguo Testamento (cp. Dt. 30:6; Jer. 31:31-34; Ez. 1:18-20) que Nicodemo no desconocía para nada. Sobre este telón de fondo del Antiguo Testamento, la enseñanza de Cristo era inequívoca: sin el lavado espiritual del alma—limpieza alcanzada solo por el Espíritu Santo (Tit. 3:5) por medio de la Palabra de Dios (Ef. 5:26)—, nadie puede entrar a su reino.

Jesús continuó recalcando aún más que esta limpieza espiritual la hace Dios completamente, no es resultado de los esfuerzos humanos: “**Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es**”. Tal como la naturaleza humana solo puede engendrar naturaleza humana, así también solo el Espíritu Santo puede efectuar la transformación espiritual. El término *carne* (*sarx*) aquí se refiere solamente a la naturaleza humana (como en 1:13-14); en este contexto no tiene la connotación moral negativa que Pablo le atribuye frecuentemente en sus escritos (p. ej., Ro. 8:1-8, 12-13). Aun si el nacimiento espiritual fuera posible, este solo produciría **carne**. De modo que solo el **Espíritu** puede producir el nacimiento espiritual requerido para entrar en el reino

de Dios. La regeneración es completamente una obra suya, sin ayuda de esfuerzo humano alguno (cp. Ro. 3:25).

Aunque las palabras de Jesús tenían su base en la revelación del Antiguo Testamento, iban en la dirección completamente opuesta de lo que se le había enseñado a Nicodemo. Él había creído toda su vida que la salvación venía por sus propios méritos externos. Ahora le resultaba muy difícil pensar de otra manera. Consciente de su asombro, Jesús continuó: **“No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo”**. El verbo que se traduce *es necesario* es un término fuerte; Juan lo usó en otra parte de su Evangelio para referirse a la necesidad de la crucifixión (3:14; 12:34), a la inferioridad de Juan el Bautista comparado con Cristo (3:30), al método apropiado de adorar a Dios (4:24), a la ejecución del ministerio de Jesús (4:4; 9:4; 10:16) y a la necesidad de la resurrección (20:9). Era absolutamente necesario que Nicodemo superara su perplejidad por estar tan equivocado en cuanto a cómo funciona la aceptación en el reino de Dios y buscara **nacer de nuevo** si quería entrar. Y nunca lo podría hacer con base en sus obras de justicia.

Entonces el Señor ilustró su enseñanza con un ejemplo conocido de la naturaleza: **“El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”**. Al viento no se le puede controlar; sopla **de donde quiere**. Aunque su dirección general puede conocerse, no se puede determinar con precisión **de dónde viene, ni a dónde va**. No obstante, los efectos del viento son observables. Eso mismo es cierto de la obra del **Espíritu**. Su obra de regeneración soberana en el corazón humano no se puede controlar ni predecir. Con todo, sus efectos son visibles en las vidas transformadas de quienes han **nacido del Espíritu**.

LA ACUSACIÓN

Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto? (3:9-10)

Aunque Nicodemo era un profesor reconocido, probó ser un mal aprendiz. Su pregunta indica el poco progreso que había hecho desde el versículo 4: **“¿Cómo puede hacerse esto?”**. A pesar de la aclaración adicional de Jesús en los versículos 5-8, Nicodemo aún no podía aceptar lo que estaba oyendo. No podía dejar ir su sistema religioso legalista y

darse cuenta de que la salvación era una obra soberana y por gracia del Espíritu de Dios.

Dada su posición como **maestro de Israel**, era de esperar que Nicodemo supiera **esto** que Jesús decía. Su falta de entendimiento era inexcusable, considerando su conocimiento del Antiguo Testamento. El uso del artículo definido antes de **maestro** indica que Nicodemo era un maestro reconocido y establecido en **Israel**. A Jesús le pareció inexcusable que este erudito prominente no conociera el fundamento bíblico de la enseñanza sobre el nuevo pacto concerniente a la única forma de obtener la salvación (cp. 2 Ti. 3:15). Tristemente, Nicodemo es un ejemplo claro del efecto adormecedor que tiene la religión legalista y externa en la percepción espiritual de una persona... hasta el punto de oscurecer la revelación de Dios.

Su ignorancia sirve de ejemplo a la bancarrota espiritual de Israel (cp. Ro. 10:2-3). En palabras de Pablo, los judíos no reconocieron “la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios” (Ro. 10:3). Por lo tanto, su “celo por Dios... no se [basaba] en el conocimiento” (Ro. 10:2, NVI), lo cual quiere decir que todo fue por nada.

Aunque nada sugiere en este pasaje la conversión de Nicodemo en aquella noche (y el v. 11 implica fuertemente que no ocurrió), él nunca olvidó su conversación con Jesús. Más adelante, lo defendió audazmente ante el sanedrín (7:50-51) y ayudó a José de Arimatea a preparar su cuerpo para la sepultura (19:38-39); acciones que indican la presencia de la fe genuina en su vida. En algún momento posterior a aquella noche memorable con Jesús, pero antes de la crucifixión, Nicodemo entendió la gracia soberana y experimentó la realidad del nuevo nacimiento.

9 La respuesta al ofrecimiento divino de la salvación

De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios. (Jn. 3:11-21)

En los últimos siglos ha aumentado la longevidad, las condiciones de vida han mejorado y el trabajo se ha hecho más fácil. Se han eliminado o controlado las enfermedades temidas que alguna vez se habían extendido, como la viruela, la poliomielitis y otras plagas. La mecanización (al menos en los países desarrollados) ha eliminado el trabajo penoso y los peligros en muchos empleos, y son máquinas las que ahora ejecutan completamente algunas de las tareas más desgastadoras. Por supuesto, hay muchos problemas que no se han solucionado, como la guerra, la pobreza, ciertas enfermedades incurables, las preocupaciones ambientales y los nuevos problemas que surgen de la misma tecnología que ayudó a resolver los problemas antiguos. Aun así, la fe de la humanidad en el

progreso se mantiene prácticamente inalterada. Muchos creen fervientemente que con suficiente tiempo, ciencia y tecnología, se solucionarán algún día los problemas restantes de la humanidad.

Pero, aunque el hombre ha dado grandes pasos para mejorar sus condiciones de vida, el problema más apremiante—aquél ante el cual los otros palidecen—sigue estando infinitamente más allá de su capacidad para resolverlo. Es el mismo asunto insalvable que confrontó a Adán y Eva después de la caída; esto es, que todas las personas sin excepción (Ro. 3:10) son culpables de pecado (Ro. 5:8) ante el Dios santo y Juez justo (Sal. 7:11; 2 Ti. 4:8), quien los condenará al castigo eterno en el infierno (Ap. 20:11-15) por violar su ley santa (Gá. 3:10).

Desde que la desobediencia de Adán hundió a la raza humana en el pecado (Ro. 5:12-21) Satanás no ha cesado de promover la mentira de que las personas pueden llegar a Dios por sus propios términos. Esa mentira, aceptada por quienes siguen el camino ancho que lleva a la destrucción (Mt. 7:13), está en el centro de toda religión falsa. Pero la Biblia dice claramente que las personas no regeneradas no pueden salvarse a sí mismas; en términos humanos, su condición es de total desesperanza (Mt. 19:25-26). Están muertos en sus “delitos y pecados” (Ef. 2:1), incapaces de entender o aceptar la verdad espiritual (1 Co. 2:14), porque “el dios de este mundo ha cegado la mente de estos incrédulos, para que no vean la luz del glorioso evangelio de Cristo” (2 Co. 4:4; cp. Ef. 4:18). Son enemigos de Dios (Ro. 5:10; Stg. 4:4), están alienados de Él (Ef. 2:19; Col. 1:21; cp. Sal. 58:3), le desobedecen (Ef. 2:2; Col. 3:6; Tit. 3:3; cp. Job 21:15), lo ignoran (Sal. 10:4; 14:1; 53:1; 2 Ts. 1:8; cp. Job 8:13), le muestran hostilidad (Ro. 8:7; Col. 1:21), no le muestran amor (2 Ti. 3:4), lo odian (Sal. 81:15; Ro. 1:30); son rebeldes hacia Él (Sal. 5:10; 1 Ti. 1:9) y sujetos de su ira (Jn 3:36; Ro. 1:18; Ef. 5:6). Van por el camino de la destrucción (Mt. 7:13; Fil. 3:19) porque odian la luz de la verdad espiritual (Jn. 3:20) y por lo tanto son ciegos a ella (Mt. 15:14). Viven bajo el control de Satanás (Ef. 2:2) porque son sus hijos (Mt. 13:38; Jn. 8:44; 1 Jn. 3:10), son miembros de su reino (Mt. 12:26; Col. 1:13) y “por naturaleza hijos de ira” (Ef. 2:3). De este modo, siempre son esclavos del pecado (Jn. 8:34; Ro. 6:17, 20) y de la corrupción (2 P. 2:19), “vasos de ira preparados para destrucción” (Ro. 9:22).

A la luz de esto, los rituales religiosos, las buenas obras y la reforma propia no pueden solucionar el problema de la muerte espiritual (Ef. 2:8-9; 2 Ti. 1:9; Tit. 3:5). Solo la transformación radical (2 Co. 5:17) obrada

por Dios en la regeneración puede impartir vida espiritual a quienes están muertos espiritualmente. Esa fue la espeluznante verdad con la cual confrontó Jesús el celo del fariseo Nicodemo (3:1-10). Aunque las enseñanzas del Señor sobre el nuevo nacimiento tienen como base sólida el Antiguo Testamento, Nicodemo no las creía. Luchó para aceptar que sus esfuerzos religiosos eran inútiles y debían abandonarlos si quería obtener el reino de Dios.

Al parecer, Nicodemo dejó la conversación con Jesús sin haber experimentado la conversión porque respondió con incredulidad (sin embargo, él se haría creyente más adelante, como se indica en el capítulo 8 de esta obra). Su respuesta inicial tipifica a quienes rechazan el evangelio. A fin de cuentas, la incredulidad que no se arrepiente es el pecado que condena a los pecadores perdidos (cp. Mt. 12:31-32), porque a menos que confiesen el señorío de Cristo y se arrepientan de todos sus pecados—inclusive el de intentar ganarse el cielo—, no se pueden salvar. En este discurso sobre el significado de la salvación, Jesús se centró en el problema de la incredulidad, le dio respuesta y advirtió sobre sus resultados.

EL PROBLEMA DE LA INCREDELIDAD

De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? (3:11-12)

El capítulo 3 comenzó narrando la entrevista nocturna de Nicodemo con Jesús. Pero después de la pregunta en el versículo 9, el renombrado fariseo no añadió nada más a la conversación (al menos nada registrado), entonces el diálogo entre los dos se volvió un discurso de Jesús. Aunque Nicodemo confesó dos veces su ignorancia sobre la enseñanza del Señor (3:4, 9), como ya se dijo, su problema real no era la falta de revelación divina. Era un hombre bien instruido en el Antiguo Testamento (3:10) y había dialogado con el Maestro que es la fuente de toda la verdad. Nicodemo no **recibió** la verdad que Jesús testificaba porque se negaba a creerla. Pablo escribió: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14). Aun quienes no han oído el evangelio son culpables de su ignorancia porque rechazan la

verdad que sí poseen (Ro. 1:18-21).

Jesús afirmó lo siguiente en una declaración precedida por la frase solemne ***De cierto, de cierto te digo*** (véase la explicación de 3:3 en el capítulo 8 de esta obra): “**Lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio**”. Los plurales ***sabemos, hemos*** y ***nuestro*** abarcan a los discípulos de Jesús y Juan el Bautista, quienes entendieron y testificaron la verdad de la salvación. Estos contrastaban con el *sabemos* del versículo 2 (cuya referencia es a Nicodemo y sus colegas). Los fariseos y la comunidad de judíos ignoraban el nuevo nacimiento, pero Jesús y sus discípulos tenían la certeza de la regeneración, la verdad de la cual daban testimonio. Más aún, Nicodemo hablaba con autoridad humana, pero Jesús lo hacía con autoridad celestial (cp. Mt. 7:28-29).

El uso del pronombre plural ***recibís*** indica que su reprensión incluía a toda la nación de Israel representada en Nicodemo, no solo a este. El pueblo judío **no** recibía el **testimonio** de Jesús y sus verdaderos discípulos (cp. 1:11); era la incredulidad lo que perpetuaba su ignorancia espiritual.

La reprensión de Jesús deshizo la justificación de Nicodemo a sus propios ojos: “**Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?**”. Su profesión de fe superficial en Jesús como maestro enviado de Dios (v. 2) no significaba nada, como tampoco su comprensión—mal interpretada—de la salvación (cp. v. 10). Como se negaba a creer, no podía ni siquiera asir las verdades **terrenales** del nuevo nacimiento, ni hablar de las profundas realidades **celestiales** como la relación del Padre con el Hijo (Jn. 1:1; 17:5), el reino de Dios (Mt. 25:34) o su plan eterno de redención (Ef. 1:4; 2 Ts. 2:13; 2 Ti. 1:9).

La incredulidad de Nicodemo tenía dos caras. Aunque intelectualmente reconocía que Jesús era un maestro enviado de Dios (3:2), no estaba dispuesto a aceptarlo como Dios. En lo espiritual era reacio a admitir que era un pecador impotente, pues tal cosa era impensable para los fariseos orgullosos, la élite religiosa de Israel—como ellos mismos se consideraban—, justa a sus propios ojos. Más aún, él era un miembro distinguido del sanedrín y, por tanto, el pueblo lo veía como un líder espiritual prominente (3:10). Humillarse a reconocer que estaba en tinieblas espirituales y que necesitaba llegar a la luz de la salvación y la justicia verdaderas (cp. 3:19-21) habría sido confesar su pecado y su falta de justicia. Nicodemo, como muchos que se impresionaron con los milagros de Jesús (2:23-25), se negaba a comprometerse con Cristo como

Señor y Salvador.

LA RESPUESTA A LA INCREDELIDAD

Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. (3:13-17)

Solo quien ha estado en el cielo puede saber verdaderamente cómo es el cielo. Pero los seres humanos, que no pasan de la muerte, no tienen la posibilidad de visitar el cielo mientras están confinados al tiempo y al espacio. Luego, Jesús dijo: “**Nadie subió al cielo**” (cp. Pr. 30:4), porque es humanamente imposible hacerlo. Juan declaró en el prólogo de su Evangelio que a Dios nadie lo había visto jamás, “el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (1:18). “No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre” (6:46). Puede decirse que Lázaro regresaría de la muerte (11:23-24) y que después de la crucifixión de nuestro Señor, las tumbas se abrieron y algunos santos regresaron (Mt. 27:52-53). Estas son las excepciones que confirman la regla. El único acontecimiento distinto a estos fue la visita del apóstol Pablo al “tercer cielo” (2 Co. 12:2).

El único que posee el conocimiento verdadero de la realidad celestial es **el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre**. “En estos postreros días [Dios] nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo” (He. 1:2). Él es “el pan de Dios... que descendió del cielo y da vida al mundo” (Jn. 6:33; cp. 6:51). Él declaró en Juan 6:38 lo siguiente: “He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”. En Juan 6:62 preguntó: “¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?”. En Juan 8:42 dijo a sus acusadores: “Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió”. El prólogo de Juan al relato de cuando Jesús lavó los pies de sus discípulos contiene la

siguiente declaración: que Jesús “había salido de Dios, y a Dios iba” (Jn. 13:3). Esa misma noche en el aposento alto, Jesús dijo a los discípulos: “Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre” (Jn. 16:28). El Señor oró así en su oración sacerdotal: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn. 17:5). Pablo escribió a los corintios: “El primer hombre [Adán] es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo” (1 Co. 15:47).

Al comienzo del versículo 14 Jesús apeló a una ilustración del Antiguo Testamento para explicar lo que decía, enfatizando aún más que Nicodemo, un experto en las Escrituras, no tenía excusas para ignorar el camino de la salvación. El Señor se refirió a un incidente registrado en Números 21:5-9 como estereotipo del sacrificio de su muerte en la cruz:

Y comenzaron a hablar contra Dios y contra Moisés:

—¿Para qué nos trajeron ustedes de Egipto a morir en este desierto? ¡Aquí no hay pan ni agua! ¡Ya estamos hartos de esta pésima comida!

Por eso el SEÑOR mandó contra ellos serpientes venenosas, para que los mordieran, y muchos israelitas murieron. El pueblo se acercó entonces a Moisés, y le dijo:

—Hemos pecado al hablar contra el SEÑOR y contra ti. Ruégale al SEÑOR que nos quite esas serpientes.

Moisés intercedió por el pueblo, y el SEÑOR le dijo:

—Hazte una serpiente, y ponla en un asta. Todos los que sean mordidos y la miren, vivirán.

Moisés hizo una serpiente de bronce y la puso en un asta.

Los que eran mordidos, miraban a la serpiente de bronce y vivían (NVI).

Esto sucedió en la travesía de Israel por el desierto durante cuarenta años, antes de entrar en la tierra prometida. El Señor envió serpientes venenosas que infestaron el campamento en juicio por la queja incesante del pueblo. Los israelitas, desesperados, le rogaron a Moisés que intercediera por ellos. Y Dios respondió la petición de Moisés con una demostración de su gracia divina, pues mostró misericordia para con su pueblo rebelde. Le dijo a Moisés que hiciera una réplica en bronce de una serpiente y la levantara en un asta sobre el campamento. Quienes habían sido mordidos se sanarían tan solo con mirarla, reconociendo así su culpa

y expresando su fe en el perdón y el poder sanador de Dios.

La enseñanza de la analogía de Jesús era que tal como **Moisés levantó la serpiente en el desierto, así era necesario que el Hijo del Hombre fuese levantado** (crucificado; cp. 8:28; 12:32, 34). El término *es necesario* enfatiza que la muerte de Cristo era parte necesaria del plan de Dios para la salvación (cp. Mt. 16:21; Mr. 8:31; Lc. 9:22; 17:25; 24:7, 26; Hch. 2:23; 4:27-28; 17:3). Debía morir en sustitución por los pecadores, porque “la paga del pecado es muerte” (Ro. 6:23) y “sin derramamiento de sangre no se hace remisión” de pecados (He. 9:22). Por lo tanto, “Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó” (Ef. 2:4), “envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:9-10). Los israelitas mordidos no se curaban por realizar alguna obra o por su propia justicia, sino por depender obedientemente en la palabra de Dios, mirando a la serpiente de bronce levantada. De la misma manera, **todo aquel que** mira por la sola fe al Cristo crucificado, se cura de la mordida del pecado mortal y obtiene **vida eterna**.

Esta es la primera de quince referencias en el Evangelio de Juan a la importante expresión *vida eterna*. En esencia, **vida eterna** es la participación del creyente en la vida bendita y sin fin de Cristo (cp. 1:4) por medio de la unión con Él (Ro. 5:21; 6:4, 11, 23; 1 Co. 15:22; 2 Co. 5:17; Gá. 2:20; Col. 3:3-4; 2 Ti. 1:1; Jud. 21). Jesús definió la vida eterna en su oración sacerdotal al Padre: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Jn. 17:3). Es la vida de la era por venir (Ef. 2:6-7); los creyentes la experimentarán al máximo en la gloria perfecta y perenne y en la alegría del cielo (Ro. 8:19-23, 29; 1 Co. 15:49; Fil. 3:20-21; 1 Jn. 3:2).

Sin lugar a dudas, el versículo 16 es el versículo más conocido y amado de todas las Escrituras. Con todo, ese mismo conocimiento puede causar que se pase por alto la profunda verdad allí contenida. El motivo por el cual Dios dio el “don inefable” de Jesucristo fue porque **amó al mundo** malo y pecador de la humanidad caída. Como ya se indicó en este capítulo, toda la humanidad es completamente pecadora, está totalmente perdida y es incapaz de salvarse por medio de esfuerzos o ceremonias. Por lo tanto, no hay nada en el hombre que atraiga el amor de Dios. Más bien, Él amó porque así lo determinó soberanamente. El

plan de la salvación fluyó de “la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres” (Tit. 3:4). Pablo escribió así a los cristianos de Roma: “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8). Juan escribió en su primera epístola: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados... Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn. 4:10, 19). Este amor es tan enorme, maravilloso e incomprensible que Juan, evitando todos los adjetivos, solo pudo escribir que Dios amó de tal manera al mundo que entregó a su propio Hijo amado (cp. 1 Jn 3:1). **Mundo** es un término no específico para la humanidad en un sentido general. La declaración en el versículo 17—para que el mundo sea salvo por él—, prueba que no significa todos los que alguna vez han vivido, pues no todos serán salvos. Claramente, el versículo 16 no puede estar enseñando la salvación universal, pues el contexto enseña que los incrédulos perecerán en el juicio eterno (vv. 16-18). Nuestro Señor está diciendo que hay un solo Salvador para todas las personas del mundo (1 Jn. 2:2), pero solo quienes sean regenerados por el Espíritu y crean en su evangelio recibirán la salvación y la vida eterna por medio de Él (Para una explicación más amplia de este punto véase mi libro *The God Who Loves* [El Dios amoroso] [Nashville: Word, 2001], especialmente las pp. 99ss.).

En 2 Corintios 5:19, Pablo usó el término **mundo** de manera similar: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación”. Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no en el sentido de la salvación universal, sino en el sentido de que el mundo no tiene otro reconciliador. No todo el mundo creará y se reconciliará, como es evidente por la súplica en el versículo 20: “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (Para una explicación adicional de esos versículos véase *2 Corinthians* [2 Corintios], *The MacArthur New Testament Commentary* [Comentario MacArthur del Nuevo Testamento] [Chicago: Moody, 2003]).

No hay palabras en el lenguaje humano que puedan expresar adecuadamente la magnitud del don de la salvación entregado por Dios al mundo. Hasta Pablo se negó a intentarlo y declaró que el don era “inefable” (2 Co. 9:15). El Padre ha **dado a su Hijo** (aquel de quien Él declaró “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” [Mt. 3:17;

cp. 12:18; 17:5; 2 P. 1:17]) **unigénito** (único, solo en su clase; véase la explicación de 1:14 en el capítulo 3 de esta obra); Aquel a quien el Padre “ama... y todas las cosas ha entregado en su mano” (Jn. 3:35; cp. 5:20; 15:9; 17:23, 26); Aquel a quien Dios “exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre”(Fil. 2:9); Aquel con quien Él había disfrutado comunión íntima desde toda la eternidad (Jn 1:1); para morir en sacrificio por los humanos pecadores. Pablo escribió: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21). Isaías declaró en su profecía majestuosa sobre el sufrimiento del siervo, lo siguiente:

*Él fue traspasado por nuestras rebeliones,
y molido por nuestras iniquidades;
sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz,
y gracias a sus heridas fuimos sanados.
Todos andábamos perdidos, como ovejas;
cada uno seguía su propio camino,
pero el SEÑOR hizo recaer sobre él
la iniquidad de todos nosotros (Is. 53:5-6, NVI).*

“Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Ro. 8:3). Pablo escribió a los Gálatas: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gá. 4:4-5). Tal como la prueba suprema del amor que Abraham tenía por Dios fue su disposición a sacrificar a su hijo (cp. Gn. 22:12, 16-18), así también, pero en una escala mucho mayor, el ofrecimiento del Padre de **su Hijo unigénito** fue la manifestación suprema de su amor salvador por los creyentes.

El don misericordioso de la salvación es libre y solamente está disponible (Ro. 5:15-16; 6:23; 1 Jn. 5:11; cp. Is. 55:1) para **todo aquel que cree** en Cristo (Lc. 8:12; Jn. 1:12; 3:36; 5:24; 6:40, 47; 8:24; 11:25-26; 12:46; 20:31; Hch. 2:44; 4:4; 5:14; 9:42; 10:43; 13:39, 48; 16:31; 18:8; Ro. 3:21-22; 4:3-5; 10:4, 9-10; Gá. 2:16; 3:22; Fil. 1:29; 1 Jn. 3:23; 5:1, 13). El ofrecimiento gratuito del evangelio es lo suficientemente amplio para abarcar al pecador más vil (1 Ti. 1:15), pero lo suficientemente angosto para excluir a quienes rechazan a Cristo (Jn. 3:18). Pero a quienes llegan a Jesús en los términos de Él, les entrega la

siguiente promesa: “Al que a mí viene, no le echo fuera” (Jn. 6:37).

La garantía dada a quien posee la vida eterna es que no **se pierde**. La salvación genuina no se puede perder nunca; los verdaderos creyentes se preservarán de manera divina y perseverarán fielmente (Mt. 10:22; 24:13; Lc. 8:15; 1 Co. 1:8; He. 3:6, 14; 10:39), porque el poder de Dios los guarda (Jn. 5:24; 6:37-40; 10:27-29; Ro. 5:9; 8:29-39; 1 Co. 1:4-9; Ef. 4:30; He. 7:25; 1 P. 1:4-5; Jud. 24).

Perderse es recibir el juicio final y eterno de Dios. Ciertamente, **no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo**; Jesús lo declaró en Juan 12:47: “Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo”. En Lucas 19:10 dijo: “El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”, y volvió a hacer una declaración semejante en Lucas 5:31-32: “Respondiendo Jesús, les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”. Dios juzgará a quienes rechacen a su Hijo (véase la explicación del v. 18 más abajo); sin embargo, ese juicio no era la misión del Hijo en su primera venida, sino la consecuencia de que los pecadores lo rechazaran (Jn. 1:10-12; 5:24, 40).

La declaración de Jesús en el versículo 17 también repudiaba la creencia popular de que el Mesías había venido a juzgar a paganos y gentiles, mas no a los judíos. El profeta Amós ya había advertido sobre esa mala interpretación del día del Señor:

*¡Ay de los que suspiran
por el día del SEÑOR!
¿De qué les servirá ese día
si va a ser de oscuridad y no de luz?
Será como cuando alguien huye de un león
y se le viene encima un oso,
o como cuando al llegar a su casa,
apoya la mano en la pared
y lo muerde una serpiente.
¿No será el día del SEÑOR de oscuridad y no de luz?
¡Será por cierto sombrío y sin resplandor! (Am. 5:18-20, NVI).*

La razón de la venida de Jesús no era redimir a Israel y condenar a los gentiles, **sino que el mundo fuera salvo por él**. La oferta misericordiosa de la salvación divina se expandía más allá de Israel, era para toda la

humanidad. Una vez más, Nicodemo (y por extensión la nación judía que él representaba) debía saber esto, porque en el pacto abrahámico Dios había declarado lo siguiente: “Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Gn. 12:3; cp. 18:18; 22:18; Hch. 3:25). La salvación de los gentiles siempre fue el propósito de Dios (Is. 42:6-8; 55:1).

LOS RESULTADOS DE LA INCREULIDAD

El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios. (3:18-21)

Aunque Dios en su misericordia ha ofrecido la salvación del mundo por los méritos de Cristo, esa salvación no se puede apropiarse sin la fe del penitente. Para quienes respondieron con incredulidad al evangelio, su destino final está marcado por el juicio divino. Jesús declaró esta verdad aleccionadora a Nicodemo tanto positiva como negativamente.

De otra parte, **el que en Cristo cree, no es condenado**. En el Evangelio de Juan, Jesús declaró más adelante: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (5:24). Pablo escribió triunfalmente a los romanos así: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús... ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Ro. 8:1, 33-34). David dijo lleno de alegría: “Dichoso aquel a quien se le perdonan sus transgresiones, a quien se le borran sus pecados. Dichoso aquel a quien el Señor no toma en cuenta su maldad y en cuyo espíritu no hay engaño” (Sal. 32:1-2).

Pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Aunque la sentencia final de quienes rechazan a Cristo sigue siendo futura (cp. 5:28-29), su juicio tan

solo consumará lo que ya había comenzado. Se condenará a los perdidos porque **no han creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios**. La fe salvadora va más allá del mero asentimiento intelectual a los hechos del evangelio, incluye sumisión y confianza abnegada en el Señor Jesucristo (Ro. 10:9; cp. Lc. 9:23-25). Solo esta clase de fe genuina produce el nuevo nacimiento (Jn. 3:7) y da como resultado corazones transformados y vidas obedientes.

El objeto de la fe salvadora es el **unigénito** (único) **Hijo de Dios**. Él es “el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por [Él]” (Jn. 14:6), pues “en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que [puedan] ser salvos” (Hch. 4:12) y hay “un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Ti. 2:5).

Jesús describió **la condenación** por medio del contraste entre la luz y la oscuridad ya presentado en el prólogo (1:4-5; cp. 11:9-10; 12:35-36, 46; 1 Jn. 1:5; 2:9-10). **La luz** (Cristo; cp. 1:4-9; 8:12; 9:5; 12:35) **vino al mundo** y por ello “alumbra a todo hombre” (1:9). Pero las personas se negaron a ir hacia **la luz** debido a que **amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas**. Como ya se dijo antes en este mismo capítulo, los incrédulos no son ignorantes, ellos rechazan voluntariamente la verdad. Por lo tanto, **todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas**. Los incrédulos odian la **luz** (cp. 7:7; Pr. 1:29) pues saben que ella revelará su pecado (cp. Ef. 5:13; 1 Ts. 5:7). Como resultado, sellan su propia condenación porque rechazan al único que los puede salvar de **las tinieblas**.

Sin embargo, **el que practica la verdad, viene a la luz** voluntariamente, **para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios**. Los creyentes odian su pecado y aman la justicia (1 Jn. 2:3-6; 3:6-10). No tienen nada que ocultar y por lo tanto no hay razón para temer qué revelará la luz. Jesús definió al creyente genuino como **el que practica la verdad**, porque la fe salvadora verdadera se manifiesta invariablemente en **obras hechas en Dios**. Pablo les recordó a los efesios que “somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Ef. 2:10; cp. Mr. 4:20). Los redimidos siempre hacen “frutos dignos de arrepentimiento” (Mt. 3:8); de hecho, es por hacer fruto de buenas obras que demuestran ser discípulos de Jesús (Jn. 15:8). De otro lado, “todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego” (Mt. 7:19).

Aunque aquí no se indica ninguna respuesta de Nicodemo a la salvación, evidentemente él tomó en serio la advertencia del Señor, pues las referencias posteriores de Juan implican que se convirtió en un verdadero seguidor de Cristo (7:50-51; 19:39). Pero quienes no quieren venir a Cristo para tener vida (cp. 5:40), enfrentan la certeza del juicio divino, como advierte solemnemente el escritor de Hebreos: “¿Cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?... Tengan cuidado de no rechazar al que habla, pues si no escaparon aquellos que rechazaron al que los amonestaba en la tierra, mucho menos escaparemos nosotros si le volvemos la espalda al que nos amonesta desde el cielo... porque nuestro Dios es fuego consumidor” (He. 2:3; 12:25, 29).

10 De Juan a Jesús

Después de esto, vino Jesús con sus discípulos a la tierra de Judea, y estuvo allí con ellos, y bautizaba. Juan bautizaba también en Enón, junto a Salim, porque había allí muchas aguas; y venían, y eran bautizados. Porque Juan no había sido aún encarcelado. Entonces hubo discusión entre los discípulos de Juan y los judíos acerca de la purificación. Y vinieron a Juan y le dijeron: Rabí, mira que el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, bautiza, y todos vienen a él. Respondió Juan y dijo: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido. Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe. El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la tierra, es terrenal, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos. Y lo que vio y oyó, esto testifica; y nadie recibe su testimonio. El que recibe su testimonio, éste atestigua que Dios es veraz. Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él. (3:22-36)

Los hijos de Israel vivieron por siglos bajo el agobiante pacto que Dios hizo con sus padres en el monte Sinaí. Así como este era la ley absoluta de justicia de Dios, el reflejo de su naturaleza santa, también contenía las marcas únicas de su identidad nacional como pueblo escogido por Dios (Dt. 7:6; 14:2). De este modo, por sus detalladas regulaciones ceremoniales y sociales, la ley los separó de sus vecinos paganos. Con todo, ellos no entendieron bien el pacto desde el principio y abusaron de sus elementos morales y espirituales. La intención era revelar el pecado del hombre y el fracaso abismal en obedecer a Dios, pero lo convirtieron en una fuente de orgullo arrogante, además de una falsa esperanza de

salvación. Los pilares centrales del antiguo pacto eran la santidad y el amor de Dios para el hombre (Mr. 12:28-31). Pero en los tiempos de Jesús, la adherencia de Israel al pacto había degenerado en una forma externa de moralidad superficial, ceremonias mecánicas, ritualismos legalistas y tradiciones extrañas.

Israel también erró suponiendo que el antiguo pacto era el medio para la salvación, cuando ésta nunca fue la intención de Dios. Su propósito era confrontar a los pecadores con una reflexión sobre su santidad absoluta, demandar el cumplimiento perfecto de la ley y enfrentarlos con su incapacidad para cumplirla. Esto les llevaba al juicio divino o la oportunidad de arrepentirse, confiar en su gracia y recibir su perdón provisto en el nuevo pacto (Jer. 31:34) y ratificado en la muerte de Cristo. En las palabras del apóstol Pablo, “la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe” (Gá. 3:24). El viejo pacto no podía justificar a nadie. Sin embargo, apuntaba a la venida del Salvador, por medio de quien los creyentes podrían reconciliarse con Dios (Ro. 5:10).

Aproximadamente seiscientos años antes de la venida del Salvador, Dios le habló a su pueblo sobre el nuevo pacto por medio del profeta Jeremías:

Vienen días—afirma el SEÑOR—en que haré un nuevo pacto con el pueblo de Israel y con la tribu de Judá. No será un pacto como el que hice con sus antepasados el día en que los tomé de la mano y los saqué de Egipto, ya que ellos lo quebrantaron a pesar de que yo era su esposo—afirma el SEÑOR—.

Éste es el pacto que después de aquel tiempo haré con el pueblo de Israel—afirma el SEÑOR—: Pondré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrá nadie que enseñar a su prójimo, ni dirá nadie a su hermano: “¡Conoce al SEÑOR!”, porque todos, desde el más pequeño hasta el más grande, me conocerán—afirma el SEÑOR—. Yo les perdonaré su iniquidad, y nunca más me acordaré de sus pecados (Jer. 31:31-34, NVI).

Cuando Dios prometió la salvación en el nuevo pacto, indicó que el antiguo nunca sería la esperanza final. De este modo, el autor de Hebreos

explica: “Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer” (He 8:13).

El viejo pacto tenía cierta gloria inherente a él. Isaías escribió: “Le agradó al Señor, por amor a su justicia, hacer su ley grande y gloriosa” (Is. 42:21). Y Pablo les recordó a los corintios:

Y si el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer, ¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del espíritu? Porque si el ministerio de condenación fue con gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación. Porque aun lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente. Porque si lo que perece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece (2 Co. 3:7-11).

Con todo, como el apóstol señaló en los versículos 7 y 11, la gloria del viejo pacto no era permanente, sino que se desvanece; su intención era darle paso al nuevo.

Las Escrituras dejan claro que el nuevo pacto no solamente es una revisión del anterior. Más bien, se trata de algo completamente nuevo y diferente, pues solo el nuevo ofrece salvación. No hay salvación en los otros pactos del Antiguo Testamento (noeico, abrahámico, sacerdotal, davídico o mosaico). El escritor de Hebreos enfatizó esta distinción al describirlo con el griego *kainos*, con el cual se hace referencia a algo de una nueva clase, no posterior en el tiempo (He. 8:13).

La superioridad del nuevo pacto con respecto al anterior se manifiesta de varias maneras como demostración única de la gracia divina salvadora. Por ejemplo, tiene un mejor mediador, el Señor Jesucristo (He. 8:6); ofrece una mejor esperanza con base en mejores promesas, la más notoria es la de perdón completo (Jer. 31:34; cp. He. 10:4); concede a todos los creyentes el acceso directo a Dios sin necesidad de sacerdotes; muestra gracia en que nunca se perderán sus bendiciones por la desobediencia (aunque la desobediencia trae castigo [He. 12:4-11]); es interno, escrito en el corazón (Jer. 31:33; He. 8:10), no en tablas de piedra (2 Co. 3:7; Éx. 31:18); trae vida espiritual, no muerte espiritual (2 Co. 3:6; cp. vv. 7, 9; Ro. 8:2-3); resulta en justificación, no en condenación (2 Co. 3:9); es claro y directo, no como los pactos antiguos

con sus estereotipos, descripciones, símbolos y misterios; y está potenciado por el poder liberador del Espíritu Santo (2 Co. 3:17-18). (Para la explicación de Pablo sobre la unicidad del nuevo pacto véase 2 *Corinthians* [2 Corintios], *The MacArthur New Testament Commentary* [Comentario MacArthur del Nuevo Testamento] [Chicago: Moody, 2003], caps. 7-8).

La transición del ministerio de Juan el Bautista al de Jesucristo, que es el tema de esta sección (cp. v. 30), simboliza la transición del viejo al nuevo pacto. Zacarías, el padre de Juan, entendía la importancia de la relación entre el Mesías que llegaba y el nuevo pacto, como queda claro cuando profetiza lleno del Espíritu Santo en Lucas 1:67-79:

Y Zacarías su padre fue lleno del Espíritu Santo, y profetizó, diciendo:

Bendito el Señor Dios de Israel

Que ha visitado y redimido a su pueblo,

Y nos levantó un poderoso Salvador

En la casa de David su siervo,

Como habló por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio;

Salvación de nuestros enemigos, y de la mano de todos los que nos aborrecieron;

Para hacer misericordia con nuestros padres,

Y acordarse de su santo pacto;

Del juramento que hizo a Abraham nuestro padre,

Que nos había de conceder

Que, librados de nuestros enemigos,

Sin temor le serviríamos

En santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días.

Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado;

Porque irás delante de la presencia del Señor, para preparar sus caminos;

Para dar conocimiento de salvación a su pueblo,

Para perdón de sus pecados,

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,

Con que nos visitó desde lo alto la aurora,

Para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte;

Para encaminar nuestros pies por camino de paz.

Zacarías, como sacerdote conocedor de las Escrituras, entendió que el Mesías venía a cumplir la promesa del nuevo pacto. Decía que todas las promesas a David (v. 69) y a Abraham (v. 73) dependían de la venida del Mesías para cumplirse (vv. 77-79). Toda esta profecía tiene su base en los textos del Antiguo Testamento sobre los pactos davídico, abrahámico y nuevo (p. ej., Is. 60:1-5, 19-21; 61:1-2, 10; 62:11-12).

Juan el Bautista fue el último profeta bajo el antiguo pacto (Lc. 16:16); Jesús vino como mediador del nuevo (He. 8:6; 12:24), el cual quedó ratificado por el sacrificio de su muerte (Lc. 22:20; 1 Co. 11:25). Hasta este momento Juan había disfrutado de una popularidad tremenda (Mt. 3:4-6; Mr. 1:4-5), mientras Jesús permanecía en la oscuridad. Aunque su limpieza del templo (Jn. 2:13-22) lo había sacado del anonimato y creado una sensación, Jesús aún tenía solo unos pocos seguidores. Pero eso estaba a punto de cambiar, porque las multitudes que antes seguían a Juan lo dejaron para ir en pos de Jesús. De este modo, Cristo pasaría al frente y Juan desaparecería de la escena dando su último testimonio del Mesías.

En el plan soberano de Dios, el ministerio de Juan se sobrepuso al de Jesús. Si no hubiera sido así, no habría habido un precursor que le señalara el Mesías a la nación (Is. 40:3; cp. Mal. 3:1; Jn. 1:23). Sin embargo, no se debe imaginar que Juan y Jesús fueron alguna vez rivales; Juan entendía y aceptaba claramente su papel de siervo (cp. la explicación de este punto en el capítulo 4 de esta obra). Aun así, a pesar de la popularidad general de Juan (Mt. 14:5; Mr. 11:32) entre las personas del pueblo común (Mt. 3:5-6; Lc. 7:29), Israel al final rechazaría su testimonio sobre Jesús (Mt. 27:20-25) bajo la influencia de sus líderes religiosos (Mt. 3:7-10; Lc. 7:30).

La frase *después de esto* indica que los acontecimientos registrados en esta sección siguieron (después de un intervalo no especificado) a los sucesos descritos en 2:13—3:21 (la purificación del templo, sus señales milagrosas y su diálogo con Nicodemo). Después de la pascua, **Jesús fue con sus discípulos a la tierra de Judea**, lo cual significa que dejaron Jerusalén (que está en Judea) y fueron a los alrededores (el texto griego dice literalmente “región de Judea”).

El propósito de Jesús al dejar Jerusalén era doble: estar **con los discípulos** e inaugurar la predicación que llevaría a su ministerio bautismal (aunque Jesús no bautizaba personalmente, solo sus discípulos; cp. 4:2). *Estuvo con* traduce una forma del verbo *diatribō*, el cual implica que fue una cantidad de tiempo considerable (cp. su uso en Hch.

12:19; 14:3, 28; 15:35; 25:14), probablemente varios meses. Durante este intervalo, Jesús **bautizaba** con sus discípulos a quienes iban a oírlo predicar y atendían su llamada al arrepentimiento (cp. Mt. 4:17). Sus bautismos anticipaban el bautismo cristiano, cuya institución no se daría hasta después de la muerte y resurrección (hechos retratados en el bautismo cristiano; cp. Ro. 6:3-4).

Al mismo tiempo, **Juan bautizaba también en Enón, junto a Salim**. Se han propuesto dos lugares para ese sitio, uno cerca de Siquem, en la región montañosa, y otra cerca de Beit She'an en el valle del río Jordán. Los dos lugares estaban en Samaria, lo cual deja a Judea para Jesús mientras Juan ministraba en el norte. Hay abundancia de agua en los dos sitios, lo cual concuerda en ambos casos con el significado de **Enón** (una transliteración de la palabra aramea o hebrea para “manantiales”) y la declaración de que **había allí muchas aguas**. Aun cuando el ministerio de Jesús estaba ganando fuerza, había grandes multitudes que **venían a Juan y eran bautizados**.

La nota parentética de que **Juan el Bautista no había sido aún encarcelado**, no hace más que declarar lo evidente; es obvio que Juan no estaba en prisión o no podría haber estado predicando y bautizando abiertamente. La declaración deja saber a los lectores que este incidente ocurrió entre la tentación de Jesús y el encarcelamiento de Juan, un período de tiempo del cual no dicen nada los Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas). Los sinópticos comienzan su relato del ministerio público de Jesús en Galilea, después de que Juan estuviera en prisión (Mt. 4:12; Mr. 1:14; cp. Lc. 3:19-20 con 4:14). El Evangelio de Juan los complementa con el registro de estos primeros acontecimientos del ministerio de Jesús, simultáneos con el de Juan el Bautista en Samaria. El apóstol Juan aclara aquí el tiempo para que sus lectores no se confundan. Cuando Juan escribió su Evangelio, los sinópticos ya habían estado en circulación por muchos años. Esta nota explicativa deja claro que la franja de tiempo no entra en conflicto con las de Mateo, Marcos o Lucas.

Este pasaje se puede dividir en dos secciones: Juan el Bautista y el final de la edad antigua, seguido por Jesús y el comienzo de una nueva etapa de la historia.

JUAN EL BAUTISTA Y EL FIN DE LA ERA ANTIGUA

Entonces hubo discusión entre los discípulos de Juan y los judíos

acerca de la purificación. Y vinieron a Juan y le dijeron: Rabí, mira que el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, bautiza, y todos vienen a él. Respondió Juan y dijo: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido. Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe. (3:25-30)

En algún momento de los ministerios concurrentes pero separados de Jesús y Juan, **hubo discusión entre los discípulos de Juan** y un judío (se prefiere el singular *judío*, en lugar del plural *judíos*, como está en la RVR-1960) **acerca de la purificación** ritual judía (cp. 2:6). No está claro si el judío era un seguidor de Jesús. Sin embargo, la reacción de los discípulos de Juan revela que los discípulos de Juan sentían que había un asunto más profundo en juego: los méritos relacionados del ministerio bautismal de Juan en comparación con el de Jesús.

La disputa sacó a la superficie un asunto que, sin duda, había inquietado a los discípulos de Juan por algún tiempo. Durante el tiempo prolongado (véase más arriba la explicación del v. 22) que Juan había ministrado cerca de Jesús, el seguimiento a Juan había disminuido gradualmente. Atribulados por el descenso en la popularidad de su maestro (cp. 4:1), resaltada en su disputa con el judío, los discípulos de Juan **vinieron a él y le dijeron: “Rabí, mira que el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, bautiza, y todos vienen a él”**. Al parecer, los discípulos envidiosos de Juan veían a Jesús como un competidor, ni siquiera querían mencionar su nombre, y Él obtenía popularidad a expensas de su maestro (su uso exagerado de *todos* revela el tamaño de su sesgo). Increíblemente, ellos tampoco captaron el propósito del ministerio de Juan: señalarle el Mesías a la nación (cp. 1:19ss.).

Juan, a diferencia de sus seguidores exageradamente celosos, no estaba preocupado en lo más mínimo con su popularidad en declive. A pesar de su tremenda influencia inicial, siempre había estado centrado en el propósito de su ministerio, conocido para él desde pequeño: testificar de Cristo (cp. 1:27, 30). Ahora, cuando el ministerio de Juan empezaba a bajar, su propósito no tambaleó. Su respuesta humilde debió haber dejado atónitos a sus discípulos: **“No puede el hombre recibir nada, si no le**

fuere dado del cielo". De esta forma, él afirmó y aceptó su papel subordinado como el heraldo del Mesías. Dios, soberanamente, le había concedido su ministerio (cp. Ro. 1:5; 1 Co. 4:7; 15:10; Ef. 3:7; 1 Ti. 2:7); si ahora Dios elegía cambiarlo o finalizarlo, Juan estaba conforme. Todo lo que rodea a los siervos de Dios, aun los ministerios populares, es un regalo misericordioso de Dios, no algo que la persona tenga titulado. Por lo tanto, no hay lugar para los celos, como queda claro de la modesta respuesta de Juan (nótese la reacción opuesta de los fariseos en 12:9).

El recordatorio enfático de Juan a sus discípulos envidiosos —**“Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo (cp. 1:8, 20), sino que soy enviado delante de él”**—era una reprensión por su torpeza. Juan no había dicho nada que pudiera explicar el malentendido sobre su papel; al contrario, siempre había dicho que era el precursor del Mesías, no el Mesías. Luego, a Juan no le preocupaba la popularidad creciente de Jesús, sino que la veía como el cumplimiento de su propio ministerio. Lejos de molestarlo, lo llenaba de alegría.

La medida del éxito de cualquier ministerio no es cuántas personas sigan al ministro, sino cuántas personas siguen a Cristo a través del ministro. Los revoltosos corintios se alineaban con orgullo bajo las banderas de sus héroes espirituales: Pablo, Apolos, Cefas (Pedro) y los súper piadosos bajo Cristo (1 Co. 1:12). Pero al enfocarse en su filiación con aquellos líderes, no estaban siguiendo del todo al Señor (aun la llamada facción de Cristo no lo seguía con la actitud correcta, sino con un sentido falso de la superioridad espiritual). Pablo los reprendió duramente: “¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?” (v. 13). Más adelante Pablo reclamó: “Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales? ¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios” (3:4-6). Así, todo ministerio genuino es cristocéntrico, “porque nadie puede poner un fundamento diferente del que ya está puesto, que es Jesucristo” (v. 11).

Juan el Bautista ilustró su papel de siervo con la conocida imagen de una boda (cp. Mt. 22:2-14; 25:1-13; Mr. 2:19-20; Lc. 12:36; 14:8-10; Ap. 19:7-9). Él no asume el papel del **esposo** sino el del **amigo del esposo**, una posición semejante al padrino de bodas en los matrimonios modernos. El **amigo del esposo** supervisa muchos detalles de la fiesta, oficia como maestro de ceremonias (en las bodas judías; las bodas en

Galilea eran un poco diferentes [D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Gran Rapids: Eerdmans, 1991], p. 211]). Incluso era el responsable de entregar la mano de la novia al comienzo de la ceremonia. Habiendo hecho eso, su tarea estaba completa; el enfoque ahora cambiaba, con toda razón, al novio.

Hay buena evidencia de que, según la ley de la antigua Mesopotamia, el amigo del novio tenía prohibido casarse con la novia en todas las circunstancias, aun si el novio la rechazaba (Carson, p. 212; Homer A. Kent Jr., *Light in the Darkness: Studies in the Gospel of John* [Luz en la oscuridad: Estudios en el Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Eerdmans, 1974], p. 67; J. D. Douglas, ed., *Nuevo diccionario bíblico* [Grand Rapids: Desafío], buscar “Amigo del esposo”). Eso explica la furia de Sansón cuando su prometida fue entregada a su compañero (Jue. 14:20—15:3). Si ese seguía siendo el caso en los días de Juan, su descripción personal de amigo del novio reforzaba el hecho de que no se veía él un rival de Jesús. La culminación del ministerio de Juan como precursor de Cristo era entregarle el remanente fiel de Israel (descrito en el Antiguo Testamento como la novia del Señor; cp. Is. 54:5-6; 62:4-5; Jer. 2:2; 31:32; Os. 2:16-20).

Para Juan, a diferencia de sus discípulos celosos, era motivo de alegría su retiro paulatino para que el ministerio de Jesús pudiera recibir toda la atención de Israel. Una vez ha entregado la novia, el fiel **amigo del esposo se goza grandemente de la voz del esposo** que expresa su alegría por la novia. Así, el **gozo** de Juan **está cumplido** cuando ve que las multitudes lo dejan a él y siguen a Jesús: “Esta es la alegría que Juan reclama para sí, la alegría del amigo del esposo, quien organiza el matrimonio, y este gozo se alcanza en la bienvenida de Cristo a las personas que Juan había preparado y dirigido hacia Él” (Marcus Dods, “John” [Juan] en W. Robertson Nicoll, ed., *The Expositors’ Bible Commentary* [Comentario del expositor bíblico] [Reimpresión; Peabody: Hendrickson, 2002], p. 1:720).

Juan resumió su percepción de sí mismo en relación con Jesús con la que tal vez es la declaración más humilde pronunciada por cualquier personaje bíblico: “**Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe**”. Leon Morris observa: “No es particularmente fácil en este mundo reunir seguidores alrededor de uno para un propósito serio. Pero cuando se reúnen es infinitamente más difícil separarse de ellos e insistir firmemente que vayan en pos de otro. Que Juan lo haya hecho es una medida de su

grandeza” (*Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 242 del original en inglés).

Es necesario habla de una necesidad divina. Era la voluntad de Dios que Juan le diera vía libre a Jesús; no había razón para que las multitudes se agolparan alrededor del heraldo una vez había llegado el rey. Como él lo entendía así, aceptaba con gozo el plan de Dios para su ministerio.

JESÚS Y EL COMIENZO DE UNA NUEVA ETAPA DE LA HISTORIA

El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la tierra, es terrenal, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos. Y lo que vio y oyó, esto testifica; y nadie recibe su testimonio. El que recibe su testimonio, éste atestigua que Dios es veraz. Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él. (3:31-36)

Los comentaristas no se ponen de acuerdo en si es Juan el Bautista quien continúa hablando en estos versículos o si estos constituyen un comentario editorial del apóstol Juan (los escritores del siglo I no usaban comillas). Pero como en el texto no se indica una ruptura en el pensamiento o la continuidad, es mejor ver estos pasajes como la continuación de las palabras de Juan el Bautista a sus discípulos. Juan da cinco razones para que sus discípulos (y por extensión, todo el mundo) aceptaran la supremacía absoluta de Jesucristo.

CRISTO TENÍA UN ORIGEN CELESTIAL

El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la tierra, es terrenal, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos. (3:31)

El adverbio *anōthen* (**de arriba**) es la misma palabra traducida “naciere de nuevo” en 3:3, 7, donde refleja el origen celestial del nuevo nacimiento. Aquí se refiere a Cristo como el único que “descendió del cielo” (3:13; cp. 6:33, 38, 50-51, 58; 8:42; 13:3; 16:28; 17:8; 1 Co. 15:47;

Ef. 4:10). Como tal **es sobre todos**; Cristo es soberano sobre el universo en general y sobre el mundo de los hombres en particular.

Juan el Bautista, en contraste, se declaró **de la tierra, terrenal**, uno que **cosas terrenales habla**. A diferencia de *kosmos* (“mundo”), *gē* (“tierra”) no conlleva implicaciones morales negativas; tan solo se refiere aquí a las limitaciones humanas. La predicación de Juan era audaz, poderosa, persuasiva, pero era “un hombre enviado de Dios” (1:6). En contraste, Jesús era el Dios encarnado (1:1, 14) y su testimonio de la verdad era infinitamente mayor que el de Juan (cp. 5:33-36). Debido al origen celestial de Jesús, Él tenía que crecer mientras Juan tenía que menguar.

CRISTO CONOCÍA LA VERDAD DE PRIMERA MANO

Y lo que vio y oyó, esto testifica; y nadie recibe su testimonio. (3:32)

En el antiguo pacto, Dios habló “muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas” (He. 1:1), siendo Juan el Bautista el último y el más grande de todos. Pero en el nuevo pacto, Dios “nos ha hablado por el Hijo” (v. 2). La enseñanza de Jesús es superior a la de cualquier otro porque su conocimiento no es de segunda mano. Él es la fuente de la revelación divina. **Testifica** con certidumbre (cp. Mt. 7:28-29; Mr. 1:22, 27) **lo que vio y oyó** en el reino celestial (cp. v. 31), Jesús le dijo a Nicodemo: “De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos” (Jn. 3:11). Después enseñó: “El que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo” (8:26). Les declaró a los discípulos: “Todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (15:15; cp. 8:40). Aun los enemigos de Jesús reconocieron que “jamás hombre alguno ha hablado como [Él]” (Jn. 7:46).

Trágicamente, Juan se lamentaba, a pesar de la proclamación poderosa y autoritativa de la verdad, **nadie** recibía **su testimonio**. Haciendo eco a las palabras de Jesús sobre el mismo asunto (3:11; cp. 5:43; 12:37), la declaración hiperbólica del Bautista enfatizaba que el mundo en general rechaza a Jesús y su enseñanza. El apóstol Juan habló ese rechazo en el prólogo de su Evangelio:

[Jesús], aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los

suyos no le recibieron (1:9-11).

Pablo escribió a los corintios: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14). Los incrédulos rechazan voluntariamente el testimonio de la verdad de Jesús porque están muertos en sus delitos y pecados (Ef. 2:1) y cegados por Satanás (2 Co. 4:4).

EL TESTIMONIO DE CRISTO SIEMPRE ESTÁ DE ACUERDO CON DIOS

El que recibe su testimonio, éste atestigua que Dios es veraz. (3:33)

Habiendo declarado la regla general, Juan dio la excepción. Aunque la mayoría de las personas rechaza el mensaje de Jesús, no todo el mundo lo hace. Hay quienes aceptan **su testimonio** y creen en Él para vida eterna. En el mundo antiguo, las personas ponían su sello a algo (a menudo con un anillo de firmar; Gn. 41:42; Est. 3:10, 12; 8:2, 8, 10; Dn. 6:17) como señal de aceptación y aprobación total. Quienes reciben el **testimonio** de Cristo, **atestiguan** de este modo **que Dios es veraz** cuando habla por medio de su Hijo, como siempre (cp. Jn. 17:17; Ro. 3:4; Tit. 1:2) [N.T.: En la versión inglesa de la Biblia usada para escribir el libro, la NASB, hay una referencia al sello en Juan 3:33. Por eso la menciona aquí].

A diferencia de los maestros humanos, cuyas palabras a veces concuerdan con la verdad divina y a veces no, Jesús siempre habló en completa armonía con el Padre. Por eso, están engañados quienes profesan creer en Dios pero rechazan a Cristo. Jesús es uno con el Padre (10:30). “El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (5:23) y el Padre dijo del Hijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mt. 17:5). Él es “el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por [Él]” (14:6). Rechazar a Jesús es tachar de mentiroso al Padre (1 Jn. 5:10) y morir eternamente (Jn. 8:24).

CRISTO EXPERIMENTÓ SIN LIMITACIÓN EL PODER DEL ESPÍRITU SANTO

Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida. (3:34)

Los profetas de antaño que hablaron por Dios eran guiados, inspirados y recibían poder del Espíritu Santo; Juan el Bautista estaba “lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre” (Lc. 1:15). Con todo, la capacidad del Espíritu para darles poder estaba limitada por su naturaleza humana, caída y pecadora. Pero Cristo, **el que Dios envió** (3:17; 4:34; 5:24, 30, 36-38; 6:29, 38, 39, 44, 57; 7:16, 28-29, 33; 8:16, 18, 26, 29, 42; 9:4; 10:36; 11:42; 12:44-45, 49; 13:20; 14:24; 15:21; 16:5; 17:3, 8, 18, 21, 23, 25; 20:21; Mt. 10:40; Mr. 9:37; Lc. 4:18; 10:16), hablaba infaliblemente **las palabras de Dios** porque **Dios** le dio el **Espíritu sin medida** (1:32-33; cp. Is. 11:2; 42:1; 61:1). No hay límites al poder del Espíritu que obra por medio suyo porque “en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9).

CRISTO RECIBIÓ TODA LA AUTORIDAD DEL PADRE

El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él. (3:35-36)

Este último punto declara explícitamente lo que los primeros cuatro implican. Por causa del amor del **Padre** por el **Hijo**, le **ha entregado** autoridad suprema sobre **todas las cosas** en la tierra y en el cielo (Mt. 11:27; 28:18; 1 Co. 15:27; Ef. 1:22; Fil. 2:9-11; He. 1:2; 1 P. 3:22). Esa supremacía es un indicador claro de la deidad del Hijo.

La afirmación de Juan sobre la autoridad absoluta demostró su actitud humilde, aun cuando su ministerio heráldico se desvanecía en el fondo. Juan se dio cuenta de que su obra terminaría pronto y habría cumplido su misión en esta tierra. De hecho, poco tiempo después, Herodes Antipas, gobernante de Galilea, lo arrestó y le decapitó (Mt. 14:3-11).

Pero antes de salir de escena, Juan el Bautista hizo una invitación y una advertencia que no solo logran llevarnos al clímax de este capítulo, sino al de todo su ministerio. Como ya lo habían hecho Moisés (Dt. 11:26-28; 30:15-20), Josué (Jos. 24:15), Elías (1 R. 18:21) y Jesús (Jn. 3:18) antes, Juan estableció las dos únicas opciones disponibles para los pecadores perdidos: “**El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él**”.

La verdad bendita de la salvación es que **el que cree en el Hijo tiene vida eterna** como una posesión presente, no solo como una esperanza

futura. Jesús dijo: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (5:24; cp. 1:12; 3:15-16; 6:47; 1 Jn. 5:10-13).

Pero, por otra parte, **el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida**. La yuxtaposición de la creencia y la desobediencia es un recordatorio de que el Nuevo Testamento describe la creencia en el evangelio como obediencia a Dios, un elemento esencial de la fe salvadora (cp. Hch. 6:7; Ro. 1:5; 15:18; 16:26; 2 Ts. 1:8; He. 5:9; 1 P. 1:2; 4:17). La aterradora realidad es que **la ira de Dios** (su desagrado establecido por el pecado) **está sobre** los pecadores desobedientes que se niegan a creer en Jesucristo. Tal como la vida eterna es la posesión presente de los creyentes, la condenación es la condición presente de los incrédulos. Aquí la idea no es que Dios condenará un día a los pecadores por su incredulidad desobediente; ellos ya están en estado de condenación (3:18; 2 P. 2:9) y solo la fe en Jesucristo los puede librar de ella. La consecuencia final por negarse a creer será experimentar la ira de Dios por la eternidad en el lago de fuego (Ap. 20:10-15). Pero fue para eso que Dios envió a su Hijo como Salvador del mundo: para salvar de este destino aterrador a los pecadores indefensos y perdidos (1:29; 3:17; 4:42; Mt. 1:21; Ro. 5:9; 1 Ts. 1:10; 1 Jn. 4:14).

De esta manera, Juan el Bautista declaró sin ambages la soberanía y supremacía de Jesucristo, recalcando que solo Él es capaz de salvar a los pecadores de las consecuencias de la desobediencia. Y lo que Juan proclamó con sus labios, lo mostró en su vida, promocionando activamente el ministerio de Jesús, aun a expensas del suyo. Así, el peso del testimonio de Juan se puede sentir aún hoy; es una advertencia para que los incrédulos se arrepientan y sigan a Cristo, y un ejemplo para que los creyentes busquen la gloria del Salvador en vez de la suya propia.

11 El agua viva

Cuando, pues, el Señor entendió que los fariseos habían oído decir: Jesús hace y bautiza más discípulos que Juan (aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos), salió de Judea, y se fue otra vez a Galilea. Y le era necesario pasar por Samaria. Vino, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José. Y estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo. Era como la hora sexta. Vino una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dijo: Dame de beber. Pues sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer. La mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? Porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí. Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva. La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados? Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de este agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna. La mujer le dijo: Señor, dame ese agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla. Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido, y ven acá. Respondió la mujer y dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad. Le dijo la mujer: Señor, me parece que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar. Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraráis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad;

porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren. Le dijo la mujer: Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas. Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo. (4:1-26)

La esperanza del Mesías es el eje del Antiguo Testamento. Desde el tercer capítulo de Génesis (Gn. 3:15), hasta el tercer capítulo de Malaquías (Mal. 3:1), las Escrituras hebreas proclaman repetidamente que el Salvador viene. De hecho, las tres partes del canon veterotestamentario —la ley, los salmos y los profetas— hacen predicciones precisas sobre Él y su ministerio (cp. Lc. 24:25-27, 44-45).

Las generaciones de Israel se apropiaban de estas promesas a medida que conocían estos pasajes. Aunque habían esperado con ansias, año tras año, la venida de su Salvador, su sentido de la expectativa solo se incrementaba con el paso de los siglos. Así, al tiempo del nacimiento de Jesús, la esperanza por la venida el Mesías era muy alta.

Pero entonces ocurrió lo impensable. El Mesías vino e Israel lo rechazó. El pueblo, bajo la influencia de sus líderes religiosos, se negó a aceptar a Aquel que había estado esperando y, en vez de eso, lo mataron.

No es que la evidencia no fuera clara. De hecho: “El Antiguo Testamento, escrito en un período de mil años, contiene cerca de trescientas referencias al Mesías que vendría. Todas estas se cumplieron en Jesucristo y establecen una confirmación sólida de sus credenciales como Mesías” (Josh McDowell, *Nueva evidencia que demanda un veredicto* [El Paso: Mundo hispano, 2005], p. 164 del original en inglés). Pero las autoridades religiosas de Israel se sentían amenazadas por el ministerio de Jesús; Él retaba su autoridad y confrontaba su hipocresía.

La respuesta de los fariseos fue negarse tercamente a creer la verdad sobre Él (7:48). Contradecían abiertamente sus enseñanzas y desdeñaban a todo el que lo siguiera. Cuando oían que las multitudes pasmadas se preguntaban sobre Jesús: “¿Será éste aquel Hijo de David? [es decir, el Mesías]” (Mt. 12:23), los fariseos respondían indignados: “Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios” (v. 24). El solo hecho de expulsar demonios era evidencia poderosa de su autenticidad. Aun así, los líderes religiosos eran tan obstinados en su incredulidad que hasta eso lo intentaban volver en contra de Él.

Finalmente, en el acto más atroz y apóstata de la historia de Israel, el pueblo entregó a su Mesías en “manos de inicuos” y lo crucificaron (Hch.

2:23):

Pero los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud que pidiese a Barrabás, y que Jesús fuese muerto. Y respondiendo el gobernador, les dijo: ¿A cuál de los dos queréis que os suelte? Y ellos dijeron: A Barrabás. Pilato les dijo: ¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo? Todos le dijeron: ¡Sea crucificado! Y el gobernador les dijo: Pues ¿qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aún más, diciendo: ¡Sea crucificado! Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá vosotros. Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos (Mt. 27:20-25).

Pero las multitudes estaban completamente equivocadas sobre Él. Aunque habían aparecido y desaparecido docenas de falsos Mesías, el examen cuidadoso del Antiguo Testamento apunta inequívocamente a Jesucristo como el Mesías verdadero.

Por ejemplo, la línea ancestral del Mesías está claramente delineada en el Antiguo Testamento. Dios prometió que el Salvador sería descendiente de Abraham (Gn. 12:7; cp. Gá. 3:16), de Jacob (Dt. 18:18; cp. Hch. 3:22-23), de Judá (Gn. 49:10), de Isaí (Is. 11:1-2; cp. v. 10; Ro. 15:12), y de David (Jer. 23:5-6; cp. 33:15-16; 2 S. 7:12-14; He. 1:5). El linaje de Jesucristo satisfizo cada uno de estos requisitos (Mt. 1:1, 5-6; Ro. 9:3-5; He. 7:14; cp. Lc. 1:32; 3:31-33; Ro. 1:3; 2 Ti. 2:8; Ap. 5:5; 22:16).

Más aún, el Mesías debía ser descendiente no de uno, sino de dos hijos de David. La monarquía pasaba por su hijo Salomón, quien lo sucedió en el trono. Pero el Señor maldijo a uno de los descendientes de Salomón, el malvado rey Jeconías (también llamado “Conías” o “Joacim”): “Así dice el Señor: ‘Anoten a este hombre como si fuera un hombre sin hijos; como alguien que fracasó en su vida. Porque ninguno de sus descendientes logrará ocupar el trono de David, ni reinar de nuevo en Judá’” (Jer. 22:30, NVI). Jeconías se quedaría sin hijos en el sentido de que ninguno de sus herederos se sentaría jamás en el trono de Israel. Con todo, Dios prometió que el Mesías reinaría sobre Israel en el trono de David (2 S. 7:12; Jer. 23:5-6; cp. Lc. 1:32). Este aparente acertijo se

resolvió en Jesucristo. Él era descendiente de la línea real y salomónica por medio de su padre legal (aunque no biológico), José (Mt. 1:11-12). Pero su descendencia física de David venía de otro de los hijos de David, Natán, ancestro de María, su madre (Lc. 3:31). Así, el nacimiento virginal le permitía ser su descendiente biológico y el heredero legal del trono de David (como Dios había prometido; cp. Hch. 13:22-23), mientras evitaba la maldición sobre la línea familiar de Jeconías.

La identidad del Mesías puede estrecharse aún más por las predicciones específicas sobre su nacimiento.

Primero, tenía que nacer en un lugar específico: “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Mi. 5:2; cp. Mt. 2:1-6). La Biblia registra que “Jesús nació en Belén de Judea” (Mt. 2:1; cp. Lc. 2:4-15).

Segundo, el Mesías tenía que nacer dentro de un marco específico de tiempo. Como debía provenir de la tribu de Judá (cp. Gn. 49:10), tenía que llegar antes de que las tribus perdieran su identidad, cosa que ocurrió después que los romanos destruyeron el templo y todos sus registros genealógicos. De hecho, la profecía de Daniel sobre las setenta semanas predecía que, en efecto, al Mesías lo matarían antes de la destrucción del templo (Dn. 9:26). Esa profecía increíble también señaló el día exacto, casi cinco siglos en el futuro, que el Mesías se presentaría a la nación (9:25). En ese mismo día, Jesús entró a Jerusalén adulado por las multitudes que lo aclamaban como el Mesías (Mt. 21:1-11).

Finalmente, el Mesías nacería bajo circunstancias únicas y particulares para cualquier persona: “Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Is. 7:14). En toda la historia, Jesucristo es el único que nació de una virgen:

Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, Y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros. Y despertando

José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESÚS (Mt. 1:20-25).

El Antiguo Testamento también hizo predicciones específicas sobre el ministerio terrenal del Mesías. Tendría un precursor que le serviría de heraldo (Is. 40:3). Ministraría en Galilea (9:1-2), realizaría milagros (35:5-6). De nuevo, Jesús satisfacía todos estos criterios perfectamente (Jn 1:23; Mt. 4:12-16; 9:35).

La muerte del Mesías también se predijo en gran detalle y Jesús cumplió cada profecía. El Antiguo Testamento predijo que el Mesías iba a ser traicionado por alguien cercano a Él. Dice el Salmo 41:9: “Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar”. Esa profecía se cumplió en Judas, de quien dijo Jesús: “No hablo de todos vosotros; yo sé a quiénes he elegido; mas para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar” (13:18; cp. Lc. 22:3-4). Y estaba predicha hasta la cantidad de plata que Judas recibiría: treinta piezas de plata (Zac. 11:12; Mt. 26:14-15).

En el Antiguo Testamento se profetizó que el Mesías iba a ser ejecutado con malhechores: “Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores” (Is. 53:12). Cuando crucificaron a Cristo, “crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha, y otro a la izquierda” (Mt. 27:38). Aunque no se rompería ninguno de sus huesos (Sal. 34:20), al Mesías habrían de traspasarlo (Zac. 12:10), que es exactamente lo que le ocurrió a Jesús (Jn. 19:33-34; 36-37). Finalmente, al Mesías habrían de sepultarlo en el sepulcro de un rico (Is. 53:9), como ocurrió con el Señor, en efecto (Mt. 27:57-60).

Entonces, la evidencia de que Jesús de Nazaret es el Mesías es abrumadora y carente de ambigüedades. Solo Él cumplió estas—y otras—profecías mesiánicas del Antiguo Testamento.

Obviamente, el apóstol Juan entendía el peso de la evidencia confirmatoria sobre la autenticidad de Jesús. De hecho, la razón por la cual escribió su Evangelio era para confirmar lo obvio: “Que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios” (Jn. 20:31). Es en el cumplimiento de ese propósito que Juan narra el encuentro de Jesús con la mujer samaritana.

Como lo menciona el relato de Juan, la reacción de la mujer sugiere fuertemente que ella lo aceptó como su Señor y Salvador. Pero su conversión no es el punto principal de este pasaje. La verdad central de esta sección se encuentra en la revelación que Jesús hace de sí mismo como el Mesías (v. 26). Aquí lo declara por primera vez y ante la persona más improbable: alguien no judío.

Pero, ¿por qué no decidió declarar por primera vez que era el Mesías al grupo más influyente y políticamente correcto: los líderes religiosos judíos? ¿Por qué escogió revelar esa verdad monumental a una mujer samaritana inmoral, oscura y menospreciada? La respuesta está en la verdad dramática de que en asuntos de salvación, “Dios no hace acepción de personas” (Hch. 10:34; cp. Dt. 10:17; 2 Cr. 19:7; Ro. 2:11; 10:12; Gá. 2:6; 3:28; Ef. 6:9; Col. 3:11).

Por ejemplo, el contraste entre la mujer samaritana y Nicodemo era fortísimo. Él era un judío religioso devoto, ella una samaritana inmoral. Él era un teólogo erudito, ella una mujer campesina sin educación. Él reconocía a Jesús como un maestro enviado por Dios, ella no tenía ni idea de quién era Él. Él era rico, ella pobre. Él era un miembro de la élite social judía, ella la escoria de la sociedad samaritana, paria entre los parias, pues los judíos consideraban parias impuros a los samaritanos.

La revelación de Jesús a esta mujer demuestra que el amor salvador de Dios no conoce límites; trasciende todas las barreras de razas, géneros, etnicidad y tradición religiosa. A diferencia del amor humano, el amor divino es indiscriminado y abarca a todos (cp. 3:16). La elección de una persona samaritana, aún más, de una mujer para que Jesús se diera a conocer por primera vez era una reprensión punzante a los miembros de la élite religiosa de Israel, quienes lo habían rechazado aun cuando Él se reveló a ellos.

La historia del encuentro del Señor con la mujer en el pozo se da en cuatro escenas: las circunstancias, el contacto, la convicción y el Cristo.

LAS CIRCUNSTANCIAS

Cuando, pues, el Señor entendió que los fariseos habían oído decir: Jesús hace y bautiza más discípulos que Juan (aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos), salió de Judea, y se fue otra vez a Galilea. Y le era necesario pasar por Samaria. Vino, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José. Y estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús,

cansado del camino, se sentó así junto al pozo. Era como la hora sexta. (4:1-6)

La noticia sobre la popularidad creciente de Jesús llegó hasta **los fariseos**, quienes **habían oído** que Él hacía y bautizaba **más discípulos que Juan**. La nota parentética, que **Jesús no bautizaba sino sus discípulos**, es imposible de reconciliar con la doctrina de la regeneración bautismal, la enseñanza falsa según la cual el bautismo es necesario para salvarse. Con toda seguridad, el Señor Jesucristo, quien “vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10), habría hecho lo que fuera necesario para llevar la salvación a los pecadores.

Como había sucedido con Juan (cp. 1:19-25), las autoridades judías (particularmente **los fariseos**; cp. 1:24-25) veían a Jesús con sospecha. Él también proclamaba el reino de Dios, llamaba al arrepentimiento (Mt. 4:17) y bautizaba (a través de sus discípulos) a quienes se arrepentían (véase la explicación de 1:26 en el cap. 4 de esta obra). Como indicamos en el capítulo anterior, a algunos de los discípulos de Juan también les perturbaba la popularidad creciente de Jesús a expensas de su maestro. Aunque Juan confirmó que su ministerio estaba dando paso al ministerio de Jesús (3:30), todavía no era el tiempo para que el precursor desapareciera por completo de la escena. Su obra no estaba terminada.

Por lo tanto, el Señor **salió de Judea, y se fue otra vez a Galilea**. No quería que se desatara una rivalidad pública entre sus discípulos y los de Juan. También sabía que la confrontación pública con las autoridades judías todavía era prematura en el plan soberano de su Padre (cp. 7:30; 8:20).

En el regreso a Galilea, **le era necesario pasar por Samaria**. No era una necesidad geográfica lo que lo impulsaba, aunque sí era la más directa entre varias rutas. El camino a través de Samaria era más corto que el camino por la costa o el camino por el lado oriental del Jordán; esa era la razón por la cual muchos judíos viajaban por aquí, especialmente en tiempos de las grandes fiestas religiosas. Pero el desprecio por los samaritanos era tan grande que los judíos más estrictos evitaban de cualquier forma viajar por Samaria. En lugar de eso, preferían profanarse con un mal menor como cruzar el Jordán y viajar por la ribera oriental, a través de la gran región gentil de Perea. Entonces volvían a cruzar a Galilea por el norte de Samaria. Jesús fácilmente podría haber tomado esta ruta.

Pero el Señor se sintió impulsado a pasar por Samaria y parar en

cierta villa, no para ahorrar tiempo y pasos, sino porque tenía una cita divina allí. Con frecuencia, Juan usa el verbo *dei* (**era necesario**) para hablar de Jesús en el cumplimiento de la misión que el Padre le había encomendado (3:14; 9:4; 10:16; 12:34; 20:9). Siempre fue consciente de hacer la voluntad del Padre, la razón por la cual Él vino a la tierra (6:38; cp. 4:34; 5:30; 17:4; Mt. 26:39).

Camino al norte hacia Galilea, **Jesús fue a una ciudad de Samaria llamada Sicar** (probablemente la villa moderna de Ascar), localizada en la pendiente del monte Ebal, opuesto al monte Gerizim (cp. Dt. 11:29; Jos. 8:33). **Samaria** era la capital del reino del norte, llamado Israel. La nación se dividió en dos después del reino de Salomón. El rey Omri la nombró capital del reino del norte (1 R. 16:24). El nombre llegó a denotar toda la región y a veces todo el reino del norte, que cayó cautivo en el 722 a.C. (2 R. 17:1-6) a manos de los asirios. **Sicar** era un pueblo en el distrito de Samaria, **junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José**. Cuando Jacob regresó de la tierra de Canaán, después de veinte años en Harán (Gn. 27:43; 31:38), compró un terreno cerca de la antigua ciudad de Siquem (33:18-19), no muy lejos de Sicar. Entonces, poco antes de su muerte, legó esa propiedad a su hijo José (Gn. 48:22, *parte* [heb. *shechem*] lit. significa “hombro” o “cresta”). Muchos años después, José fue enterrado allí después que Israel conquistó la tierra bajo el mando de Josué (Jos. 24:32). De modo que era un lugar importante para los judíos y para los samaritanos.

De acuerdo con una tradición antigua bien verificada, **el pozo de Jacob** estaba a casi un kilómetro al sur de Sicar. La tradición ha ubicado bien el lugar preciso y el pozo hoy se encuentra cerca de una iglesia ortodoxa no terminada (la palabra *pozo* en los vv. 11-12 se refiere a una cisterna o pozo excavado, mientras que la palabra aquí usada denota una fuente o manantial). **La hora sexta**, según los cálculos judíos, habría sido la sexta hora después de la salida del Sol, cerca de las 6:00 de la mañana; o sea, el mediodía. **Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo**. Jesús, como Verbo divino encarnado (1:14), no tenía pecado (8:46; 2 Co. 5:21; 1 P. 2:22; 1 Jn. 3:5), pero aun así estaba sujeto a limitaciones físicas por su humanidad completa. Como observa Gerald L. Borchert,

Es absolutamente crucial reconocer que todos los escritores del Evangelio eran muy conscientes de la humanidad de Jesús. La estratégica doctrina cristiana de la encarnación no es solo una afirmación teológica sobre la deidad de Jesús; también es una

afirmación sobre su humanidad. Las tendencias herejes resultan cuando alguno de los elementos es omitido o ignorado. Jesús fue realmente un mortal que experimentó la debilidad corporal del ser humano, aunque no sufriera la maldición humana del pecado (cp. He. 4:15; *John 1—11* [Juan 1—11], *The New American Commentary* [Nuevo comentario estadounidense] [Nashville: Broadman & Holman, 2002], p. 201).

El escenario estaba montado; Jesús estaba en el lugar preciso, en el tiempo preciso, para un encuentro según la voluntad de Dios. En realidad estaba cumpliendo una cita que había preparado desde antes de la fundación del mundo.

EL CONTACTO

Vino una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dijo: Dame de beber. Pues sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer. La mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? Porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí. Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva. La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados? Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de este agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna. La mujer le dijo: Señor, dame ese agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla. (4:7-15)

Ese día, mientras Jesús estaba sentado junto al pozo, cansado y con sed por su viaje, **vino una mujer de Samaria a sacar agua**. Las mujeres solían hacer esta labor en la frescura de la noche (Gn. 24:11). Pero esta mujer vino en pleno día, tal vez porque deseaba evitar la vergüenza pública. Además, también era inusual que anduviera una distancia tan larga hasta este pozo, cuando había otras fuentes de agua cercanas a la villa. Pero ella era una paria por razones que pronto se harían evidentes.

Prefería caminar la distancia extra a la hora más calurosa del día que enfrentar la hostilidad y el desprecio de las otras mujeres en el pozo más cercano, a horas más tempranas o tardías.

La petición sencilla del Señor fue una ruptura impresionante en esa cultura, dadas las costumbres de la época: “**Dame de beber**”. Los hombres no hablaban en público con las mujeres (cp. Lc. 7:39). Y lo más importante de toda la situación: los judíos no acostumbraban tener nada que ver con los samaritanos (véase la explicación del v. 9 más abajo). Pero Jesús derribó todas esas barreras. La nota parentética, que los **discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer**, explica por qué Jesús estaba sentado en el pozo solo. También indica que nuestro Señor no les prestaba atención a los tabúes de los judíos estrictos, quienes no comían nada que los samaritanos les entregaran.

Estupefacta porque Jesús le hablara, **la mujer samaritana le dijo: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?”**. Como ya se anotó, era culturalmente incorrecto que un hombre, sobre todo un rabí, hablara con una mujer, particularmente una paria inmoral. Pero su pregunta revela que a ella le sorprendía más que Jesús, **siendo judío**, le hablara a ella, una **mujer samaritana**, pues, como Juan lo explica sin concederle importancia, **judíos y samaritanos no se trataban entre sí**. Todavía más sorprendente era su disposición a contaminarse bebiendo agua del cántaro de ella, pues Él no tenía un recipiente del cual pudiera beber (v. 11; la palabra que traduce *tratan* en la explicación de Juan, quiere decir literalmente “usar los mismos utensilios”). Pero Jesús era el Dios infinitamente santo en carne humana. No podía contaminarse por usar el cántaro de una samaritana. No importa qué tocara—incluso cadáveres (Lc. 7:12-15) o leprosos (Mt. 8:2-3)—, las cosas a Él no lo contaminaban, más bien Él las purificaba.

La rivalidad implacable entre **judíos y samaritanos** había existido por siglos. Después de la caída del reino del norte a manos de los asirios...

El Señor arrojó a [las diez tribus de] Israel de su presencia... Así, pues, fueron desterrados y llevados cautivos a Asiria... Para reemplazar a los israelitas en los poblados de Samaria, el rey de Asiria trajo gente de Babilonia, Cuta, Ava, Jamat y Sefarvayin. Éstos tomaron posesión de Samaria y habitaron en sus poblados (2 R. 17:23-24).

Los extranjeros no judíos se casaron con la población judía que no había

sido deportada, formando así una raza mixta conocida como los samaritanos (el nombre deriva de la región y de su ciudad capital, las dos llamadas Samaria). Los nuevos habitantes llevaron su religión idólatra con ellos (2 R. 17:29-31), que se entrelazó con la adoración a Jehová (vv. 25-28, 32-33, 41). Sin embargo, con el tiempo, los samaritanos abandonaron sus ídolos y solo adoraban a Jehová a su manera (por ejemplo, aceptaban solo el Pentateuco como Escrituras canónicas y adoraban a Dios en el monte Gerizim, no en Jerusalén).

Cuando los exiliados judíos regresaron a Jerusalén, bajo Esdras y Nehemías, su primera prioridad fue reconstruir el templo. Los samaritanos ofrecieron su ayuda, profesando así lealtad al Dios de Israel (Esd. 4:1-2). El rechazo franco de los judíos (Esd. 4:3) airó a los samaritanos, quienes luego se convirtieron en sus enemigos implacables (Esd. 4:4ss.; Neh. 4:1-3, 7ss.). Rechazados en su intento de adorar en Jerusalén, los samaritanos construyeron su propio templo en el Monte Gerizim (ca. 400 a.C.). Los judíos después destruyeron ese templo durante el período intertestamentario, empeorando aún más las relaciones entre los dos grupos.

Después de siglos de desconfianza, la animosidad era profunda entre judíos y samaritanos. El escritor del libro apócrifo de Eclesiástico expresó el desprecio y el desdén que los judíos sentían por los samaritanos. Afirmando que Dios detestaba a los samaritanos, se refirió a ellos como “el pueblo estúpido que vive en Siquem” (50:25-26). Los líderes judíos de los tiempos de Jesús manifestaban el mismo prejuicio. De hecho, cuando querían insultar a Jesús, la peor forma en que lo hacían era llamándolo samaritano (8:48). Por supuesto, los samaritanos devolvían la hostilidad judía, como queda claro cuando en una de sus villas se negaron a recibir a Jesús porque iba de camino a Jerusalén (Lc. 9:51-53).

En respuesta al interrogante de la mujer, **Jesús le dijo: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva”**. La respuesta del Señor centró el diálogo en ella. Cuando la conversación empezó, Él era quien tenía sed y ella quien tenía el agua. Ahora Él hablaba como si tuviera agua y ella tuviera sed. La respuesta de la mujer reflejó su confusión. Le respondió todavía pensando en términos del agua: **“Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo** (véase la explicación anterior del v. 6). **¿De dónde, pues, tienes el agua viva?”**. No entendía que Jesús le estaba hablando de realidades espirituales. El **agua viva** que Él le ofrecía era la salvación en toda su plenitud, inclusive el perdón de pecados y la

capacidad de desear y vivir una vida obediente que glorificara a Dios.

El Antiguo Testamento usa la metáfora del agua viva para describir la limpieza espiritual y la nueva vida que viene con la salvación, a través del poder transformador del Espíritu Santo. Los israelitas desobedientes “dejaron [al Señor], fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua” (Jer. 2:13). Más tarde, Jeremías les advirtió que “todo el que abandona [al SEÑOR] quedará avergonzado. El que se aparta [del SEÑOR] quedará como algo escrito en el polvo, porque abandonó al SEÑOR, al manantial de aguas vivas” (17:13, NVI). Los dos pasajes enfatizan que Dios es la única fuente de la salvación; solo en Él “está el manantial de la vida” (Sal. 36:9) y en Él los redimidos “sacarán... agua de las fuentes de la salvación” (Is. 12:3; cp. Is. 1:16-18). Isaías 55:1 se hace eco de la oferta misericordiosa de Dios para la salvación: “¡Vengan a las aguas todos los que tengan sed!”, y esta invitación se reitera en el libro de Apocalipsis (21:6; 22:17). Dios prometió lo siguiente sobre el nuevo pacto:

Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra (Ez. 36:25-27; cp. Is. 44:3).

Juan aplica estos temas a Jesús como el agua viva, símbolo de la vida eterna (v. 14; 6:35; 7:37-39).

La pregunta de la mujer espera una respuesta negativa: “**¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados?**”. Era escéptica de la capacidad del extraño para proporcionar el agua viva que Él le ofrecía. Aun el venerado patriarca **Jacob** no pudo proporcionar agua sin hacer el esfuerzo de cavar un pozo. Y ciertamente, en la mente de ella, este viajero judío no era mayor que Jacob. Pero como D. A. Carson dice: “La mala interpretación se combina con la ironía de que la mujer estuviera equivocada dos veces: el ‘agua viva’ que Jesús ofrece no provenía de un pozo común y corriente y Jesús, de hecho, es mucho más grande que Jacob el patriarca” (*The Gospel According to*

John [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 219).

Con paciencia **respondió Jesús** a su pregunta escéptica y **le dijo: “Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”**. A Jacob le reconocían correctamente un lugar de honor tanto los judíos como los samaritanos. Con todo, como lo señaló Jesús, **cualquiera que bebiere del agua** de su pozo **volverá a tener sed**. Una medida de la grandeza incomparable de Jesús es **que quien bebiere del agua que Él le dará, no tendrá sed jamás; sino que el agua que Él le dará será en él una fuente de agua que salte para vida eterna** (cp. Is. 12:3). Aquí estaba el agua de vida espiritual (cp. 7:38) que tanto necesitaba su alma sedienta y desesperada (cp. Sal. 143:6).

Todavía pensando principalmente en el nivel físico, replicó ansiosa: **“Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla”**. Su respuesta es paralela a la de la multitud galilea, que respondió a la enseñanza de Jesús sobre el pan del cielo así: **“Señor, danos siempre este pan”** (6:34; cp. v. 26). Si el agua viva traía algo más, ella estaba lista para recibirlo con tal de que eliminara su viaje diario al pozo y le diera también la vida eterna.

En este punto, la mujer no parecía tener claro el asunto de la transformación espiritual. Jesús le había hablado sobre el agua de vida eterna y ella parecía dispuesta a aceptarla, pero no se habían establecido las condiciones. Esta mujer, como cualquier pecador perdido, necesitaba entender dos asuntos cruciales antes de poder recibir el agua de vida eterna; a saber, la realidad del pecado de ella y la identidad de Él como Salvador. En estos dos últimos puntos, Jesús trató estos dos asuntos.

LA CONVICCIÓN

Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido, y ven acá. Respondió la mujer y dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad. Le dijo la mujer: Señor, me parece que tú eres profeta. (4:16-19)

Como la mujer no entendió la naturaleza del agua de la cual Jesús

hablaba, Él llevó la conversación a la necesidad de arrepentimiento y salvación del pecado en ella. La petición del Señor expuso la situación de la mujer, su pecado: **“Ve, llama a tu marido, y ven acá”**. Quienes realmente tienen sed de la justicia que Dios entrega en la salvación, confesarán y abandonarán sus malos caminos (Is. 55:6-7). Las Escrituras no saben nada de la salvación sin arrepentimiento, y eso siempre ha requerido alejarse del pecado (Hch. 26:19-20; 1 Ts. 1:9). Jesús no vino a asegurar la perfección de los pecadores en la vida futura, mientras deja que sigan pecando en esta (cp. Jer. 7:9-10; Ro. 3:5-8; 6:1-2). Al contrario, “se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tit. 2:14; cp. Hch. 3:26; Ef. 5:25-27; Col. 1:20-23). El resultado es que quienes vienen a Él y reciben verdaderamente el agua viva de la salvación eterna han sido “libertados del pecado, [y se hicieron] siervos de la justicia..., siervos de Dios” (Ro. 6:18, 22; cp. Ef. 6:6; Col. 3:24; 1 P. 2:16). Jesús respondió al interés de la mujer ofreciéndole la oportunidad de confesar sus pecados, recibir el perdón para purificarse y pasar de la iniquidad a la justicia.

Sobresaltada y avergonzada al darse cuenta de que Jesús conocía toda su vida moralmente degradada, respondió con evasivas: **“No tengo marido”**. Aunque no estaba mintiendo, tampoco estaba diciendo toda la verdad. Pero su intento desesperado de ocultarle a Jesús su pecado era inútil. La respuesta devastadora del Señor la forzó a enfrentarlo: **“Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad”**. Mientras Jesús la felicitaba por su sinceridad (hasta donde había llegado), también desenmascaraba su pecado. Debe observarse que al negarse a llamar marido al hombre con quien estaba viviendo, Jesús rechazó la noción de que el simple hecho de vivir juntos constituye un matrimonio. La Biblia ve al matrimonio como un pacto público, formal y legal entre un hombre y una mujer (Mt. 19:5-6).

La mujer, sacudida por el conocimiento sorprendentemente preciso que tenía Jesús de su vida pecaminosa, le dijo: **“Señor, me parece que tú eres profeta”**. Al llamarlo *profeta*, afirmaba que su conocimiento de su vida sórdida era preciso. No siguió ella intentando ocultar su pecado; en lugar de eso, esta declaración constituía una confesión por medio de la cual le daba la espalda a la espera de recibir el agua de vida eterna.

EL CRISTO

Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar. Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren. Le dijo la mujer: Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas. Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo. (4:20-26)

Convicta de su pecado y su necesidad de perdón, habiéndose arrepentido y aceptado la acusación de Jesús, la mujer se preguntaba dónde debía ir para encontrarse con Dios y buscar su gracia y salvación. Como Jesús obviamente era un profeta de Dios, razonó ella, Él sabría responderle, luego le dijo: “**Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar**”. Su comentario resaltaba uno de los grandes puntos de la disputa entre judíos y samaritanos. Ambos creían que bajo el antiguo pacto, Dios dirigió la adoración de su pueblo a un lugar específico (cp. Dt. 12:5; 16:2; 26:2). Los samaritanos, que aceptaban solo los libros del Pentateuco, escogieron el monte Gerizim. Cerca de Siquem, Abraham construyó el primer altar para Dios (Gn. 12:6-7) y en el monte Gerizim los israelitas proclamaron las bendiciones de la obediencia a los mandamientos de Dios (Dt. 11:29). Los judíos, que aceptaban todo el canon del Antiguo Testamento, reconocieron que Dios había escogido a Jerusalén como el lugar donde debía adorarse (2 Cr. 6:6; cp. Sal. 48:1-2; 78:68-69; 132:13).

La respuesta inesperada de Jesús fue que el asunto pronto sería irrelevante. En el futuro cercano la verdadera adoración no ocurriría **ni en el monte Gerizim ni en Jerusalén**. Pocas décadas después (70 d.C.), durante la rebelión judía contra Roma, el templo de Jerusalén sería destruido y miles de samaritanos morirían también en el monte Gerizim. Más importante aún, el nuevo pacto haría obsoletas todas las ceremonias y rituales externos, fueran estos judíos o samaritanos.

Sin embargo, en tiempos del diálogo de Jesús con la mujer, los judíos estaban en lo cierto y los samaritanos no, puesto que el nuevo pacto aún no había comenzado. Entonces Jesús dijo: “**Vosotros adoráis lo que no**

sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos". Como los samaritanos habían rechazado la mayor parte del Antiguo Testamento, carecían del total de la revelación allí contenida. Hay un sentido doble en **la salvación viene de los judíos**; primero, la revelación de la salvación vino antes a ellos y después al resto del mundo (Ro. 3:1-2; 9:3-5); segundo, la fuente de la salvación—a saber, el Mesías—era judío (Ro. 9:5).

La enseñanza de Jesús es que la naturaleza de la adoración sería lo importante bajo el nuevo pacto, no el lugar de adoración. **"Mas la hora viene, y ahora es—le dijo Jesús—, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad"**. El **espíritu** no hace referencia aquí al Espíritu Santo sino al espíritu humano. La adoración debe ser interna, no es la conformidad externa con las ceremonias y los rituales. Debe salir del corazón. La **verdad** llama a que esta adoración de corazón sea consecuente con la enseñanza de las Escrituras y esté centrada en el Verbo encarnado. Ni la adoración de los samaritanos ni la de los judíos podía caracterizarse como adoración **en espíritu y en verdad**, aunque los judíos tenían mayor comprensión de la **verdad**. Los dos grupos estaban enfocados en factores externos. Se conformaban externamente con las regulaciones, rituales observados y sacrificios ofrecidos. Pero desde la llegada del Mesías había llegado el tiempo en que los verdaderos adoradores no se volverían a identificar por el lugar donde adoraban. Los verdaderos adoradores serían quienes **adorarán al Padre en espíritu y en verdad**. Pablo los llama "la circuncisión, los que en espíritu [sirven] a Dios y [se glorían] en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne" (Fil. 3:3). **El Padre tales adoradores busca que le adoren**, y a estos los acerca a Él (6:44, 65).

La frase ***Dios es Espíritu*** es la definición clásica de la naturaleza de Dios. A pesar de la enseñanza herética de los cultos falsos, Dios no es un hombre exaltado (Nm. 23:19), "un espíritu no tiene carne ni huesos" (Lc. 24:39). Él es "Dios invisible" (Col. 1:15; cp. 1 Ti. 1:17; He. 11:27), quien "habita en luz inaccesible [cp. Sal. 104:2]; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver" (1 Ti. 6:16; cp. Éx. 33:20; Jn. 1:18; 6:46). Dios sería completamente incomprensible si no se hubiera revelado en las Escrituras y en Jesucristo.

Como Dios es espíritu, **es necesario que** quienes lo **adoren** verdaderamente, lo hagan **en espíritu y en verdad**. La adoración verdadera no consiste en la sola conformidad externa con las normas y deberes religiosos (Is. 29:13; 48:1; Jer. 12:1-2; Mt. 15:7-9), sino que

emana del **espíritu** interno. También debe ser consecuente con la **verdad** que Dios ha revelado sobre Él en su Palabra. Deben evitarse los extremos de ortodoxia muerta (verdad y nada de espíritu) y heterodoxia celosa (espíritu y nada de verdad).

Incapaz aún de entender lo que Jesús le decía, **le dijo la mujer: “Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas”**. Todavía estaba confundida, pero expresó su esperanza en que un día el Mesías (cuya venida también anticipaban los samaritanos, con base en Dt. 18:18), aclararía todas esas preguntas religiosas desconcertantes.

La historia llegó a su punto dramático más alto y poderoso con la respuesta de Jesús: **“Yo soy, el que habla contigo”**. Había evitado semejante declaración tan directa al pueblo judío (cp. Mt. 16:20), debido a las insensibles expectativas militares y políticas que ellos tenían del Mesías; esperaban a alguien que liderara una rebelión para quitarse el yugo de los odiados romanos (cp. Jn. 6:15). Por otra parte, la fe de esta mujer samaritana no estaba obstruida por esas interpretaciones erradas y autoconcebidas (como lo indica la respuesta de ella en el v. 29). La palabra *Él* [*ese* en la NVI, v. 26] no está en el texto original. Nuestro Señor en realidad dijo: “Yo, quien habla contigo, soy”. He aquí una de las declaraciones *Yo soy* tan comunes en este Evangelio (cp. 8:58). Nuestro Señor dice veintitrés veces “Yo soy” y siete veces agrega ricas metáforas (cp. 6:35, 41, 48, 51; 8:12; 10:7, 9, 11, 14; 11:25; 14:6; 15:1, 5).

Las palabras de Jesús debieron haber sacudido a la mujer hasta el fondo de su ser. Hacía unos minutos este hombre le había pedido un poco de agua y ahora afirmaba ser el Mesías esperado. Ella, a diferencia de Nicodemo, no tenía ni idea de las señales y milagros que Jesús había realizado. Pero como Él la conocía, ella no cuestionó su afirmación. Esa confianza grande provenía de Dios. De hecho, ella fue y la proclamó en su villa; un hecho que sugiere con fuerza que en verdad había llegado a la fe salvadora.

La conversación con la mujer en el pozo ilustra tres verdades no negociables sobre la salvación. La primera, la salvación solamente llega para quienes reconocen su necesidad desesperada de la vida espiritual que no poseen. Segunda, la salvación solo llega a quienes confiesan sus pecados, se arrepienten y desean el perdón. Esta mujer promiscua tuvo que reconocer todo el peso de su iniquidad antes de poder abrazar al Señor. Y tercera, la salvación solo llega a quienes aceptan a Jesús como su Mesías y quien paga por sus pecados. Después de todo, en nadie más

hay salvación (cp. 14:6; Hch. 4:12).

12 El salvador del mundo

En esto vinieron sus discípulos, y se maravillaron de que hablaba con una mujer; sin embargo, ninguno dijo: ¿Qué preguntas? o, ¿Qué hablas con ella? Entonces la mujer dejó su cántaro, y fue a la ciudad, y dijo a los hombres: Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo? Entonces salieron de la ciudad, y vinieron a él. Entre tanto, los discípulos le rogaban, diciendo: Rabí, come. Él les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis. Entonces los discípulos decían unos a otros: ¿Le habrá traído alguien de comer? Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra. ¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega. Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega. Porque en esto es verdadero el dicho: Uno es el que siembra, y otro es el que siega. Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores. Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo: Me dijo todo lo que he hecho. Entonces vinieron los samaritanos a él y le rogaron que se quedase con ellos; y se quedó allí dos días. Y creyeron muchos más por la palabra de él, y decían a la mujer: Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo. (Jn. 4:27-42)

Israel es una nación única bendecida por Dios. Solo de Israel dice que Él “los [ha] escogido entre todas las familias de la tierra” (Am. 3:2, NVI). O, como Moisés les recordó a los israelitas, “para el Señor tu Dios tú eres un pueblo santo; él te eligió para que fueras su posesión exclusiva entre todos los pueblos de la tierra” (Dt. 7:6; cp. 10:15; 14:2; 26:18-19; 28:9-10; 32:9; Éx. 19:5-6; Lv. 20:26; Lc. 1:54; Jn. 4:22; Ro. 1:16; 3:1-2).

A los israelitas, como pueblo escogido de Dios, se les había

garantizado bendiciones y promesas singulares. Por ejemplo, Dios le aseguró a Abraham que sus descendientes serían una gran nación y que a través de ellos serían “benditas... todas las familias de la tierra” (Gn. 12:1-3; cp. Hch. 3:25). Dios también los llevó “a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel” (Éx. 3:8; cp. 6:7-8; Gn. 13:14-17; 15:18; 17:8; 35:9-12; Dt. 30:5). El Señor prometió incluso defenderlos de sus enemigos si le obedecían fielmente: “¡Sonríele a la vida, Israel! ¿Quién como tú, pueblo rescatado por el SEÑOR? Él es tu escudo y tu ayuda; él es tu espada victoriosa. Tus enemigos se doblegarán ante ti; sus espaldas te servirán de tapete” (Dt. 33:29, NVI; cp. 20:1-4; 23:14; 28:7; Gn. 49:8; Éx. 23:22; Nm. 10:9; Jos. 10:24-25).

Tristemente, la desobediencia de Israel provocó que la nación fuera oprimida por sus enemigos (cp. Lv. 26:15-17; Dt. 4:27; 28:64-66; Jue. 2—16; Is. 1:7-8; 5:5-7), conquistada en algún momento y enviada al exilio (Lv. 26:33-37; Dt. 4:27; 2 R. 17:6-23; 18:11; 25:21; Sal. 44:11; Jer. 9:16; Lm. 1:3; Ez. 12:15; 20:23-24; 22:15; 36:19; Am. 5:27; 7:11, 17; Zac. 7:14). Pero las promesas de Dios de bendecir a la nación seguían vigentes y hoy todavía lo están (Jer. 33:20-26; Ro. 9:4-5; 11:1-26). A pesar de la desobediencia continua de Israel y la derrota consiguiente, la promesa de Dios nunca ha fluctuado:

Así dice el SEÑOR, cuyo nombre es el SEÑOR Todopoderoso, quien estableció el sol para alumbrar el día, y la luna y las estrellas para alumbrar la noche, y agita el mar para que rujan sus olas: “Si alguna vez fallaran estas leyes—afirma el SEÑOR—, entonces la descendencia de Israel ya nunca más sería mi nación especial”. Así dice el SEÑOR: “Si se pudieran medir los cielos en lo alto, y en lo bajo explorar los cimientos de la tierra, entonces yo rechazaría a la descendencia de Israel por todo lo que ha hecho—afirma el SEÑOR—(Jer. 31:35-37, NVI).

Israel tenía todas las ventajas al ser el pueblo escogido por Dios. Dice el apóstol Pablo a los romanos: “¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿o de qué aprovecha la circuncisión? Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la palabra de Dios” (Ro. 3:1-2). También son a quienes pertenecen “la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios

sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén” (Ro. 9:4-5). Por su gracia y bondad, Dios le otorgó a Israel privilegios que ninguna otra nación había disfrutado.

El Señor Jesucristo resumió el privilegio más importante que Israel recibió cuando dijo a la samaritana que la salvación venía de los judíos (4:22). Como hemos indicado en el capítulo anterior, esto tiene un doble significado: que el evangelio se predicaría primero a los judíos (Mt. 10:5-7; 15:24; Lc. 24:47; Hch. 1:8; 3:26; Ro. 1:16) y que el Mesías provenía de la nación de Israel (Gn. 49:10; Is. 11:1-5; cp. Mt. 1:1; Ro. 9:5; 2 Ti. 2:8).

Pero como Dios “[no es] solamente Dios de los judíos... también [es Dios] de los gentiles” (Ro. 3:29), la Biblia también promete salvación para ellos. Isaías 45:22 registra la invitación misericordiosa de Dios: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más”. Después, Dios le dijo proféticamente al Mesías: “Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra” (49:6; cp. 42:6; Lc. 2:32). El apóstol Pablo tomó este versículo en Hechos 13:47 como su mandato para predicar el evangelio a los gentiles. Y Jesús declaró después de su resurrección que “se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lc. 24:47; cp. Hch. 1:8).

En un avance de su plan de evangelismo global, Jesús se reveló abiertamente como el Mesías a la mujer samaritana del pozo de Jacob, cercano a la villa de Sicar (v. 26). La mujer había ido en busca de agua física, pero lo que encontró era mucho más grande: agua viva de la fuente que la produce. Tras haber reconocido su pecado y su necesidad del Salvador, confirmó ella la autenticidad de su fe atestiguando inmediatamente a otros en su villa (v. 29).

Los versículos 27-42 hablan de lo que sucedió después de la conversación de Jesús y la mujer. Este pasaje se constituye en la primera instancia registrada de evangelismo transcultural en el Nuevo Testamento. Presagia el esparcimiento del evangelio a los samaritanos y a los gentiles después que Israel rechazara la salvación y al Salvador (cp. Mt. 22:1-14; Lc. 14:16-24). En tiempos de Elías y Eliseo, la incredulidad y la impenitencia de los judíos les quitó la bendición divina e hicieron que la bendición y el poder de Dios fuera a parar a los parias (Lc. 4:25-30). La misma incredulidad los puso en contra de su único Salvador.

La historia que se desarrolla en esta sección revela cinco pruebas sutiles e inequívocas que corroboran la afirmación de Jesús de ser el Mesías: su control perfecto de las circunstancias, su efecto en la mujer, su intimidad con el Padre, su capacidad de ver el alma de los hombres y la impresión que causó en los samaritanos.

CRISTO Y SU CONTROL IMPECABLE DE LAS CIRCUNSTANCIAS

En esto vinieron sus discípulos, y se maravillaron de que hablaba con una mujer; sin embargo, ninguno dijo: ¿Qué preguntas? o, ¿Qué hablas con ella? (4:27)

La frase griega *epi toutō* (**En esto**; o “en aquel instante”) capta el completo dominio que Jesús tenía de la situación. **Vinieron sus discípulos** de comprar comida en Sicar (v. 8) en el momento exacto en que Jesús le revelaba a la samaritana que era el Mesías. Si hubieran vuelto más temprano, habrían interrumpido la conversación antes de llegar a la conclusión dramática; si hubieran regresado después, no habrían oído la declaración de Jesús. La providencia divina estaba obrando.

Los discípulos **se maravillaron** al ver que Jesús **hablaba con una mujer**; una infracción escandalosa de las normas sociales, como ya se dijo en el capítulo anterior. En el judaísmo creían que si un rabino hablaba con una mujer era, en el mejor de los casos, una pérdida de tiempo, y en el peor, una distracción para el estudio de la Torá, algo que podría derivar en la maldición eterna. Más sorprendente aún es que fuera con una samaritana. Y de haber sabido el trasfondo inmoral de la mujer, estarían completamente atónitos. ¿Cómo podía relacionarse su Maestro con semejante persona? ¿Por qué escogió revelarle precisamente a ella su identidad mesiánica? No obstante, como respetaban tanto a Jesús, sabían que lo mejor era no interrumpir la conversación. Por lo tanto, aunque estaban pensando decirle a ella **¿Qué preguntas?**, o a Él **¿Qué hablas con ella?**, ninguno lo hizo. Ya habían aprendido que Jesús no se sujetaba a las expectativas, tradiciones y prejuicios judíos, y que tenía buenas razones para hacer lo que hacía.

Aquí había una lección importante para los discípulos. Aunque el evangelio habría de predicarse primero a Israel (Mt. 10:5-6; 15:24), no sería exclusivamente para ellos (Is. 59:20—60:3; Ro. 1:16). El evangelio

cruzaría todas las barreras religiosas, algo difícil de aceptar para muchos judíos. La inolvidable historia de Jonás, con su rechazo dramático a obedecer cuando el Señor lo llamó a predicar en Nínive, demuestra la actitud antimisionera judía. De hecho, Jonás se fue en la dirección opuesta. Su desobediencia no derivaba del miedo a su propia seguridad, sino a su falta de disposición para ver que sus enemigos (los odiados asirios) experimentarían la misericordia de Dios. El profeta admitió que ese era su motivo: “¡Oh SEÑOR! ¿No era esto lo que yo decía cuando todavía estaba en mi tierra? Por eso me anticipé a huir a Tarsis, pues bien sabía que tú eres un Dios bondadoso y compasivo, lento para la ira y lleno de amor, que cambias de parecer y no destruyes” (Jon. 4:2, NVI). Al igual que Jonás, los discípulos necesitaban sacudirse del provincialismo rígido de su prejuicio cultural. Necesitaban reconocer que las buenas nuevas del evangelio son para todas las personas (Ro. 10:12; Gá. 3:28).

La conversación del Señor con la mujer no fue forzada, afanada o manipuladora. En cambio, Jesús orquestó soberanamente el cumplimiento de estos acontecimientos para que los discípulos llegaran en el momento oportuno. No sorprende el control providencial de Jesús, como Dios en carne humana, sobre la situación, pues Dios manejaba soberanamente todos los acontecimientos.

La historia está bajo el control absoluto de Dios, prescrita desde el pasado eterno. Pablo dijo a los filósofos paganos atenienses que Dios determinó el cumplimiento de los tiempos para cada nación (Hch. 17:26; cp. 1:7). Así, Jesús siempre actuó de acuerdo con el programa divino. En las bodas de Caná dijo a su madre que su hora todavía no había llegado (2:4). En 7:6 dijo a sus hermanos escépticos lo mismo (cp. v. 8). El versículo 30 del mismo capítulo dice que sus enemigos “procuraban prenderle; pero ninguno le echó mano, porque aún no había llegado su hora” (cp. 8:20). El prólogo de Juan al discurso en el aposento alto señala que Jesús sabía “que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre” (13:1). El Señor comenzó su oración sacerdotal con las palabras: “Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a tí” (17:1).

En esta situación, en un pozo de Samaria, como muchas veces ocurrió en su vida, su control soberano de los acontecimientos abre una ventana por medio de la cual puede verse su deidad.

CRISTO Y SU EFECTO EN LA MUJER

Entonces la mujer dejó su cántaro, y fue a la ciudad, y dijo a los hombres: Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo? Entonces salieron de la ciudad, y vinieron a él. (4:28-30)

No se dice por qué **la mujer dejó su cántaro**. Puede ser que en su afán de contar a los demás su conversación con Jesús se le olvidara. Quizá fuera que no lo había llenado y no quería cargarlo de vuelta a la villa. O puede ser que lo dejara lleno por si acaso Jesús quisiera beber. Cualquiera que sea la razón, los detalles le dan un toque de realismo e indican que el autor de este Evangelio fue un testigo ocular del incidente.

Habiendo dejado su cántaro en el pozo, la mujer **fue a la ciudad**, reunió a la multitud y le **dijo** emocionada: “**Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho**”. Un extraño que conociera todo sobre su pasado difícilmente podía ser alguien común y corriente. El efecto de Jesús en ella fue tan profundo que no titubeó en dar a conocer la noticia sobre Él; aun a quienes conocían su mala reputación. La mujer ya había reconocido su necesidad (4:15), su pecado (4:19), su condición verdadera (4:26) y que Él era la fuente de la vida eterna. Ahora deseaba con ansias comunicar a los demás su descubrimiento. Su celo y entusiasmo aportan la evidencia final de la autenticidad de su conversión.

La mujer fue sabia al no declararles que Jesús era el Mesías. Homer Kent explica la razón de su enfoque indirecto y precavido:

La mujer quiso dar a otros el testimonio inmediato de lo que había encontrado. Pero lo hizo con sumo tacto. Habría sido impropio, presuntuoso y probablemente ineficaz que esta mujer intentara enseñar la verdad espiritual a los hombres de esta ciudad. Su trasfondo difícilmente la calificaba para hablar con autoridad sobre asuntos religiosos o espirituales. Por lo tanto, va a hablarles con una precaución deliberada, para no producir antagonismo (Homer A. Kent Jr., *Light in the Darkness: Studies in the Gospel of John* [Luz en la oscuridad: Estudios en el Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Baker, 1974], pp. 79-80).

Con prudencia y respeto, preguntó con tacto a los hombres: “**¿No será éste el Cristo?**”. La construcción griega de la pregunta implica una respuesta negativa o al menos dubitativa. La mujer describió su conversación con Jesús y humildemente pasó a los hombres la pregunta

sobre la identidad de Él. Estaban ellos tan impresionados por su emoción y sinceridad que **salieron de la ciudad, y vinieron a él** (durante la conversación de Jesús con los discípulos en los vv. 31-38) para investigar la situación por sí mismos. Aunque no se da un número específico, se deduce que el testimonio de la mujer agitó un grupo considerable.

CRISTO Y SU INTIMIDAD CON EL PADRE

Entre tanto, los discípulos le rogaban, diciendo: Rabí, come. Él les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis. Entonces los discípulos decían unos a otros: ¿Le habrá traído alguien de comer? Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra. (4:31-34)

Entre tanto, mientras la mujer fue a la villa y regresó con los hombres, **los discípulos le rogaban** a Jesús, **diciendo: “Rabí, come”**. Habían traído la comida de Sicar sabiendo que Él tendría hambre después del largo día de viaje. De nuevo hay una vislumbre de la humanidad del Señor (véase la explicación del v. 6 en el capítulo anterior).

Hasta este momento el interés principal de los discípulos era la comida, una preocupación expresada porque **le rogaban** a Jesús que comiera. Sin embargo, Él tenía una prioridad mucho más alta, como lo deja claro su respuesta: **“Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis”**. Al igual que la mujer samaritana (4:11; cp. 2:20-21; 3:4), **los discípulos** no entendieron las palabras de Jesús y se **decían unos a otros** con duda (de nuevo, la construcción griega espera una respuesta negativa): **“¿Le habrá traído alguien de comer?”**. Estaban seguros de que nadie le había llevado comida.

Jesús les respondió enseñándoles una verdad espiritual clave. En palabras que recordaban una declaración de Moisés—“No solo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del SEÑOR” (Dt. 8:3, NVI)—, palabras que Él le había citado a Satanás durante la tentación (Mt. 4:4), **Jesús les dijo: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra”**. Hacer la voluntad de Dios (cp. 5:30; 6:38; 8:29; Sal. 40:8; Mt. 26:39; Ro. 15:3) por la proclamación de la verdad a un pecador perdido satisfacía más al Señor (cp. Lc. 15:10; 19:10) que cualquier comida física (cp. Job 23:12). Jesús solía referirse al Padre como “el **que [lo] envió**” (5:24, 30, 36-37; 6:38-39, 44, 57; 7:16, 28, 29, 33; 8:16, 18, 26, 29, 42; 9:4; 11:42; 12:44-45, 49; 13:20; 14:24; 15:21;

16:5; 17:8, 18, 21, 23, 25; 20:21; Mt. 10:40; Mr. 9:37; Lc. 4:18; 9:48; 10:16). Su meta durante su ministerio terrenal era acabar **su obra** (cp. 5:17, 36; 9:4; 10:25, 32, 37-38; 14:10; 17:4) de salvación (6:38-40; Mt. 1:21; Lc. 5:31-32; 19:10; 1 Jn. 4:9). Jesús caminó en perfecta intimidad con su Padre a lo largo de su ministerio. Vivió en completa armonía con la voluntad del Padre hasta gritar triunfalmente en la cruz: “Consumado es” (19:30). Someterse al Padre era la devoción constante de Jesús, su alegría consumada y su verdadero sustento.

CRISTO Y SU CAPACIDAD DE VER EL ALMA DE LOS HOMBRES

¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega. Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega. Porque en esto es verdadero el dicho: Uno es el que siembra, y otro es el que siega. Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores. (4:35-38)

Algunos comentaristas consideran que la declaración inicial en esta sección era un proverbio del siglo I. Sin embargo, más probablemente indica que el incidente en el pozo ocurrió en diciembre, **cuatro meses** antes de **la siega** de primavera en abril. Un proverbio como ese no se ha registrado en ninguna otra parte y el tiempo normal entre plantar y segar era cercano a seis meses. El adverbio *eti* (**aún**) también parece fuera de lugar en el proverbio, que seguramente se leería “Faltan cuatro meses y luego viene la siega” (cp. William Hendriksen, *New Testament Commentary: The Gospel of John* [Comentario del Nuevo Testamento: Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Baker, 1979], p. 173).

Con el ejemplo del grano en crecimiento en los campos aledaños (véase el uso de ilustraciones similares en Mt. 9:37-38; 13:3-8, 24-32; Mr. 4:26-32), Jesús recalcó en los discípulos la idea de alcanzar a los perdidos. No había necesidad de esperar cuatro meses, los **campos** espirituales ya estaban **blancos para la siega**. Los discípulos solo tenían que alzar los **ojos** y ver que los samaritanos venían hacia ellos (v. 30); estos samaritanos, con sus ropas blancas, contrastaban con el verde brillante del grano en maduración y se veían como cabezas blancas en los

tallos que indicaban el tiempo de la siega.

Aunque los samaritanos todavía no habían llegado al pozo, Jesús conocía los corazones de los hombres, si estaban listos para la salvación (cp. 1:47-49; 2:24-25; 6:64), tal como conocía la historia de la mujer sin que se la contaran (vv. 16-18). Tal capacidad sobrenatural era una manifestación de su deidad (cp. 1 S. 16:7; Jer. 17:9-10). Cuando les dice a sus discípulos que **el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna**, el Señor resalta su responsabilidad en la siega de las almas. Ellos recibirían su **salario**, la recompensa de alegría de recoger el **fruto** para la eternidad (cp. Lc. 15:7).

En la agricultura, quien siembra por lo general es quien siega. Pero ese no suele ser el caso en el reino espiritual. No obstante, **el que siembra goza juntamente con el que siega. Porque en esto es verdadero el dicho: Uno es el que siembra, y otro es el que siega.** Como Pablo les recordó a los corintios: “Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios” (1 Co. 3:6). Otros habían sembrado la semilla en el corazón de los samaritanos (p. ej. Moisés, Juan el Bautista e incluso Jesús). Aun así, los discípulos tendrían el privilegio de tomar parte en la siega resultante. Aunque no habían tenido parte en la siembra, Jesús los había **enviado a segar lo que no labraron; otros labraron, y ellos habían entrado en sus labores.** Teniendo en mente los corazones preparados, Jesús les ordenó a sus seguidores así: “Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies” (Mt. 9:38).

CRISTO Y SU IMPRESIÓN EN LOS SAMARITANOS

Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo: Me dijo todo lo que he hecho. Entonces vinieron los samaritanos a él y le rogaron que se quedase con ellos; y se quedó allí dos días. Y creyeron muchos más por la palabra de él, y decían a la mujer: Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo. (4:39-42)

Después del intervalo entre los versículos 31-38, **los samaritanos** vuelven a la narración mientras la historia construye una conclusión poderosa. Muchos habitantes de la villa **creyeron en él por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo: “Me dijo todo lo que he**

hecho”. Con seguridad, podemos suponer que, más allá de este comentario resumido, ella dio detalles de su conocimiento sobrenatural. Para ellos, el conocimiento sobrenatural detallado del pasado de esta mujer determinaba que Jesús era el Mesías. Por lo tanto, cuando llegaron **los samaritanos a Jesús, en el pozo, le rogaron que se quedase con ellos; y se quedó allí dos días**. Durante ese tiempo, **creyeron muchos más por la palabra de él**. Aunque estaban influenciados por el testimonio de la mujer, oír a Jesús fue el argumento decisivo. **Y decían a la mujer: “Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo”**. Con estas palabras no querían denigrar el testimonio de ella, sino indicar que el tiempo que ellos pasaron con Jesús lo confirmaba.

La confesión de los samaritanos sobre Jesús como **el Salvador del mundo** era especialmente importante porque ellos no eran judíos. Si Él hubiera venido a salvar solo a Israel (y no a todo el mundo), como les gustaba pensar a los judíos, los samaritanos quedarían excluidos. Pero el Señor no vino a salvar solamente a Israel. Su misión salvadora se extendió mucho más allá de las fronteras de Judea y Galilea, abarcando a hombres y mujeres de todas las naciones de la tierra.

Por medio de la conversación con esta mujer no judía, Jesús le dio la oportunidad de recibir la salvación a toda una villa no judía. De este modo, sentó el precedente para el efecto mundial de su obra de salvación. Juan el Bautista, su predecesor, ya había exclamado antes: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (1:29).

13 La respuesta de Cristo a la incredulidad

Dos días después, salió de allí y fue a Galilea. Porque Jesús mismo dio testimonio de que el profeta no tiene honra en su propia tierra. Cuando vino a Galilea, los galileos le recibieron, habiendo visto todas las cosas que había hecho en Jerusalén, en la fiesta; porque también ellos habían ido a la fiesta. Vino, pues, Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Y había en Capernaum un oficial del rey, cuyo hijo estaba enfermo. Este, cuando oyó que Jesús había llegado de Judea a Galilea, vino a él y le rogó que descendiese y sanase a su hijo, que estaba a punto de morir. Entonces Jesús le dijo: Si no viereis señales y prodigios, no creeréis. El oficial del rey le dijo: Señor, desciende antes que mi hijo muera. Jesús le dijo: Ve, tu hijo vive. Y el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue. Cuando ya él descendía, sus siervos salieron a recibirle, y le dieron nuevas, diciendo: Tu hijo vive. Entonces él les preguntó a qué hora había comenzado a estar mejor. Y le dijeron: Ayer a las siete le dejó la fiebre. El padre entonces entendió que aquella era la hora en que Jesús le había dicho: Tu hijo vive; y creyó él con toda su casa. Esta segunda señal hizo Jesús, cuando fue de Judea a Galilea. (4:43-54)

El Evangelio de Juan es sobre todas las cosas el Evangelio de la fe. Él escribió su registro inspirado de manera tal que sus lectores “[crean] que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, [tengan] vida en su nombre” (20:31). El verbo *pisteuō* (“creer”) aparece cerca de cien veces en este Evangelio y la abrumadora mayoría se refiere a creer para salvación en el Señor Jesucristo (p. ej. 1:12; 6:29; 8:30; 12:44; 14:1; 17:20). Por creer en Él, las personas se hacen hijos de Dios (1:12; 12:36), obtienen vida eterna (3:15-16, 36; 6:40, 47), evitan el juicio (3:18; 5:24), toman parte en la resurrección de vida (11:25; cp. 5:29), el Espíritu Santo habita en ellos (7:38-39), se libran de la oscuridad espiritual (12:46) y encuentran poder para el servicio espiritual (14:12).

Más aún, Dios ordena que las personas crean en su Hijo. Cuando la multitud le preguntó a Jesús: “¿Qué debemos hacer para poner en práctica

las obras de Dios?” (Jn. 6:28), Él respondió: “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado” (v. 29; cp. 3:18; 14:1). Pero la trágica verdad es que la mayoría de las personas se niegan a creer en Jesucristo. Él advirtió en el Sermón del Monte: “Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mt. 7:13-14; cp. Lc. 13:23-30). Expresando la misma verdad desde la perspectiva de la soberanía divina, declaró: “Porque muchos son llamados, y pocos escogidos” (Mt. 22:14; cp. Jn. 10:26). A pesar de sus buenas obras o del celo religioso, los incrédulos nunca pueden agradar a Dios (Ro. 8:8), pues “sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonor de los que le buscan” (He. 11:6).

La incredulidad es el pecado condenatorio. Es el pecado por el cual se sentencia a las personas finalmente al infierno, pues todos los otros pecados tienen perdón para quienes se arrepienten y creen en Cristo. Por lo tanto, “el que no cree [en Cristo], ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Jn. 3:18). En Juan 16:8-9 Jesús dijo del Espíritu Santo que “cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí”.

El “corazón malo de incredulidad” (He. 3:12) caracteriza a las personas no regeneradas; es un corazón que ama las oscuridad del pecado y detesta la luz del evangelio (Jn. 3:19-20). El corazón de incredulidad es también agravado por Satanás, “el dios de este siglo [que] cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4). A veces Dios endurece los corazones de los incrédulos como acto de juicio por su incredulidad obstinada (Jn. 12:39-40). Por ejemplo, el Antiguo Testamento registra que cuando el faraón endureció su corazón (Éx. 8:15, 32; 9:34; 1 S. 6:6), Dios también endureció el corazón del faraón (Éx. 4:21; 7:3; 9:12; 10:1, 20, 27; 11:10; 14:4, 8).

En esencia, la incredulidad es un rechazo de la verdad salvadora divina contenida en las Escrituras. Por eso Jesús dijo a los judíos incrédulos: “Porque digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis?” (Jn. 8:45-46). La incredulidad es rechazo a Jesucristo, quien es la verdad de Dios encarnada (Jn. 14:6). Juan escribió: “Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; para que se

cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?” (12:37-38; cp. 5:38; 16:9; Ro. 11:20; He. 3:12). El pueblo de Israel rechazó las señales milagrosas del Señor, tal como había rechazado las obras poderosas de Dios a lo largo de su historia (Sal. 78:32; cp. v. 22; Nm. 14:11; Dt. 1:32; 9:23; 2 R. 17:14; Lc. 22:67; Hch. 14:2; He. 3:18-19).

Los relatos del Evangelio describen varios niveles de incredulidad. Primero, hay incredulidad debido a la falta de exposición. Esta era la incredulidad del corazón preparado y dispuesto, a la espera de la revelación de la verdad divina. Es el nivel más superficial de incredulidad, superarla solo requiere conocimiento de la majestad gloriosa de Cristo. Por ejemplo, cuando Juan el Bautista les señaló el Cristo a Andrés y Juan (1:35-37), ellos lo siguieron de inmediato; aun cuando Él no les había hablado. El conocimiento que tenían del Antiguo Testamento y su amor por Dios los tenía preparados.

Segundo, había incredulidad debido a la falta de información. Este tipo de incredulidad requería más que la sola exposición a Cristo; quienes estaban en este nivel estaban menos dispuestos y tenían que oír sus palabras para persuadirse. La mujer samaritana no estaba impresionada por la apariencia de Jesús ni había sido expuesta a sus milagros; a ella le parecía como otros rabinos judíos. Pero después de haber experimentado el conocimiento sobrenatural de Jesús sobre su pecado (4:16-19), al oírle decir que era el Mesías (4:26), se convenció. Las palabras de Jesús también persuadieron a muchos a creer en aquella ciudad (4:41-42).

Tercero, había incredulidad debido a la percepción de falta de evidencia. Quienes caían en esta categoría habían oído las afirmaciones de Cristo, pero deseaban evidencia que comprobara la veracidad de tales aseveraciones. Los Evangelios los describen como personas en necesidad de ver las obras de Cristo. Jesús ofreció sus milagros para probar que era el Mesías (Lc. 7:20-22; Jn. 5:36; 10:25, 37-38; 14:11; cp. Hch. 2:22). Aunque los milagros testimoniales que Cristo realizó no llevan a todo el que los observa a la fe (2:23-25; 12:37; cp. Lc. 4:23), sí convencen a algunos. Estos milagros fueron suficientes para persuadir a Nicodemo de que Jesús era el enviado de Dios (3:2) y de empezar a hacerlo descender por el camino de la fe (véase el cap. 8).

Pero había una cuarta clase de incredulidad, encontrada en personas muy religiosas y justas a sus propios ojos; a saber, la incredulidad por endurecimiento deliberado del corazón. Quienes estaban en este nivel se

negaban a creer en Cristo y en el evangelio de la gracia, no había evidencia que los convenciera de lo contrario. Sabían quién era Jesús, entendían sus enseñanzas, eran conscientes de la evidencia abrumadora pero rechazaban obstinadamente sus afirmaciones. Jesús advirtió las consecuencias de esta obstinación cuando dijo: “Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (8:24). Los fariseos fueron el ejemplo de este nivel final de incredulidad autosuficiente cuando concluyeron que Jesús “no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios” (Mt. 12:24). Decidieron que Jesús era satánico, exactamente todo lo opuesto a la verdad. Tal incredulidad deliberada es la más mortal de todas. Porque las personas que creen haber alcanzado la justificación, rechazan continuamente toda la evidencia a favor del evangelio que Dios les mostró y odian la realidad de ser espiritualmente pobres, ciegos, esclavos y oprimidos por el pecado (Lc. 4:16-30). Su incredulidad nunca dará paso al arrepentimiento y a la fe salvadora (cp. Mt. 12:31-32; He. 6:4-8).

Cuando Jesús comenzaba su ministerio en Galilea, se encontró con unas personas en el tercer nivel de incredulidad. Los galileos no se impresionaban con Él ni con sus palabras; Él había crecido en medio de ellos y ellos creían conocerlo (cp. Mt. 13:54-58). Ellos demandaban señales y maravillas (vv. 45, 48). Este pasaje narra la historia de cómo Jesús pasó a la fe a uno de los galileos en el tercer nivel de incredulidad.

Aunque algunos ven esta historia como una variación de la del hijo del centurión (Mt. 8:5-13; Lc. 7:2-10), las diferencias significativas entre los dos relatos anulan esta posibilidad. Por ejemplo, el personaje de esta historia es un oficial real, mientras que el centurión era un soldado; el oficial pedía sanidad para su hijo, mientras el centurión intercedía por su siervo; y Jesús no reconoció la fe del oficial (v. 48) pero sí lo hizo con la del centurión (Lc. 7:9).

El pasaje puede dividirse en tres secciones: incredulidad considerada, incredulidad confrontada e incredulidad conquistada.

INCREULIDAD CONSIDERADA

Dos días después, salió de allí y fue a Galilea. Porque Jesús mismo dio testimonio de que el profeta no tiene honra en su propia tierra. Cuando vino a Galilea, los galileos le recibieron, habiendo visto todas las cosas que había hecho en Jerusalén, en la fiesta; porque también ellos habían ido a la fiesta. (4:43-45)

Después de estar **dos días** en Sicar a solicitud de los nuevos convertidos samaritanos (4:40), Jesús siguió su viaje a **Galilea** (4:3). El breve ministerio del Señor en Samaria era un interludio profético que predecía el esparcimiento posterior del evangelio a samaritanos y gentiles (cp. Hch. 1:8). Como lo percibieron correctamente los samaritanos, Él era “el Salvador del mundo” (4:42). Pero las buenas nuevas del reino debían ofrecerse primero a Israel (cp. Lc. 24:47; Hch. 3:26; 13:46; Ro. 1:16). Los judíos eran el blanco principal del ministerio de Jesús (Mt. 10:5-6; 15:24).

El proverbio según el cual **el profeta no tiene honra en su propia tierra** (cp. Lc. 4:24) contrasta la aceptación que recibió de los samaritanos con el rechazo general que le dieron los judíos (1:11). También explica sus motivos para regresar a Galilea, su región (como lo indica la conjunción *gar* [*porque*]). A primera vista, es un poco desconcertante que **Jesús** fuera a Galilea porque, como Él **mismo dio testimonio**, allí no recibiría honor. Sin embargo, el punto es que a Jesús no le sorprendió que muchos lo rechazaran en su propia región. Fue allá a sabiendas de que lo recibirían con frialdad, especialmente en Nazaret, donde se había criado (Lc. 4:16ss.). Pero algunos galileos creerían y por lo tanto le darían honra.

La declaración “**Cuando vino a Galilea, los galileos le recibieron**” no quiere decir que creyeran en Jesús como Mesías. *Oun* (De modo que) nos devuelve a la declaración de Jesús en el versículo anterior y confirma que los galileos no le honraron por quien era realmente [N.T.: “De modo que cuando vino a Galilea”, se traduciría la cita bíblica al español, según aparece en el texto griego]. Al contrario, **habiendo visto todas las cosas que había hecho en Jerusalén, en la fiesta** (cp. 2:23), tan solo lo recibieron como un obrador de milagros. Eran buscadores de curiosidades, esperaban ávidos que Jesús realizara hazañas espectaculares. Así, el apóstol Juan escribe con sentido de ironía; la recepción de los galileos a Jesús no fue genuina sino superficial y plana.

INCREDULIDAD CONFRONTADA

Vino, pues, Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Y había en Capernaum un oficial del rey, cuyo hijo estaba enfermo. Este, cuando oyó que Jesús había llegado de Judea a Galilea, vino a él y le rogó que descendiese y sanase a su hijo, que estaba a punto de morir. Entonces Jesús le

dijo: Si no viereis señales y prodigios, no creeréis. El oficial del rey le dijo: Señor, desciende antes que mi hijo muera. (4:46-49)

El hecho de que Jesús se encontrara con un oficial real en **Caná de Galilea donde había convertido el agua en vino** (cp. 2:1-11), solo le añade ironía a la situación. Este era el lugar donde Jesús había realizado su primer milagro. Aun así, en lugar de mostrar verdadera fe en Él, dado su poder sobrenatural innegable, las personas solo manifestaban el deseo de ver más milagros. Como lo demuestra este incidente, la recepción de los galileos, al igual que la de la mayoría de judíos (2:23-25), era por interés superficial, curioso, en busca de emociones, no de salvación, y con base en las señales. La conjunción *oun* (**pues**) presenta la historia del **oficial del rey** y lo usa de ejemplo para los galileos que veían en Jesús a un obrador de milagros, no al Mesías (cp. abajo la explicación del v. 48).

El **oficial del rey** (*basilikos*) probablemente estaba al servicio de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea en los años 4-39 d.C. (Es improbable que estuviera al servicio del Emperador, pues Galilea no era parte de una provincia imperial). Antipas era hijo de Herodes el Grande, que gobernaba en Palestina cuando Cristo nació. Antipas fue rey de Galilea después de la muerte de su padre. Pese a que Roma le negaba el título real formal, a Antipas por lo general se le refiere como rey (Mt. 14:9; Mr. 6:14). Algunos han especulado que este **oficial del rey** era “Chuza intendente de Herodes” (Lc. 8:3), cuya esposa era una de las mujeres que acompañaba a Jesús. Otros creen que pudo haberse tratado de “Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca”, quien fue uno de los copastores de Pablo en Antioquía (Hch. 13:1). Sin embargo estas identificaciones son pura especulación.

La necesidad urgente llevó a este hombre a buscar a Cristo: su **hijo estaba enfermo en Capernaum**, unos 25 km más allá. **Cuando oyó que Jesús había llegado de Judea a Galilea, vino a él.** Tal vez había oído del milagro que Jesús realizó en las bodas de Caná hacía unos meses (2:1-11). Podría haber sido testigo de las señales que Jesús realizó en Jerusalén durante la pascua u oído de ellas por los peregrinos que habían estado allí (2:23-25). Cuando encontró a Jesús, **le rogó que descendiese** [a Capernaúm] **y sanase a su hijo.** El tiempo imperfecto del verbo *erōtaō* (**le rogó**) indica que le imploró repetidas veces a Jesús que curara a su hijo. Este miembro de la corte de Herodes, tragándose su orgullo, le suplicaba ayuda al hijo de un carpintero (cp. Mt. 13:55; Mr. 6:3).

En este punto, la fe del oficial era poco más que una esperanza

desesperada que lo había llevado a pedir la intervención de Jesús. Ciertamente, su ansiedad era entendible pues su hijo **estaba a punto de morir**. Pero su fe en Jesús aún no provenía del deseo de salvar su alma, sino del desespere por su hijo.

La debilidad de su fe en la capacidad de Jesús para sanar se subraya por dos suposiciones erradas que hizo él sobre el Señor. Primero, a diferencia del centurión (Lc. 7:6-7) y la mujer sirofenicia (Mr. 7:24-30), suponía que Jesús tenía que estar físicamente presente para sanar a su hijo. Segundo, esperaba que Jesús tuviera el poder para sanar a su hijo, pero no tenía esperanzas de que pudiera resucitarlo de los muertos. Estas dos suposiciones estaban detrás de la insistencia en que Jesús fuera al instante, antes de que fuera demasiado tarde. A diferencia del joven rico (Mr. 10:17-22), no estaba buscando la verdad espiritual, sino que lo impulsaba la necesidad emocional y física. Al ir a Jesús su meta no era obtener la salvación eterna, sino la sanidad física para su hijo agonizante.

Enfrentado a la fe imperfecta, débil y temerosa del oficial del rey, además de la incredulidad de los galileos en general, Jesús pronunció una fuerte reprensión: **“Si no viereis señales y prodigios, no creeréis”**. La reprensión de Jesús abarcaba al oficial real y a todos los galileos cuya fe endeble no prestaba atención al mensaje ni a la misión de salvación, y sí se enfocaba en los milagros sensacionales que realizaba a favor de ellos.

El oficial del rey ignoró la afirmación de Jesús sobre los otros galileos y sobre él. Con una sola cosa en su mente, abrió su corazón exclamando: **“Señor, desciende [a Capernaúm] antes que mi hijo [hijito en algunas traducciones, un término más afectuoso y cariñoso que hijo, vv. 46-47] muera”**. A pesar de la fuerte reprensión de Jesús por la clase de fe del centurión, el Señor en su misericordia hizo el milagro y llevó así la fe del oficial a un nivel superior. Por medio de la sanidad física del hijo, el Gran Médico sanó el espíritu del padre.

INCREULIDAD CONQUISTADA

Jesús le dijo: Ve, tu hijo vive. Y el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue. Cuando ya él descendía, sus siervos salieron a recibirle, y le dieron nuevas, diciendo: Tu hijo vive. Entonces él les preguntó a qué hora había comenzado a estar mejor. Y le dijeron: Ayer a las siete le dejó la fiebre. El padre entonces entendió que aquella era la hora en que Jesús le había dicho: Tu hijo vive; y creyó él con toda su casa. Esta segunda señal hizo Jesús, cuando fue de

Judea a Galilea. (4:50-54)

En lugar de descender con el oficial a Capernaúm como él le suplicaba, **Jesús tan solo le dijo: “Ve, tu hijo vive”**. En ese mismo instante (vv. 52-53) se sanó el joven. **El hombre creyó la palabra que Jesús le dijo**, aun cuando no tenía confirmación del hecho. Las palabras del Señor lo trasladaron del tercer nivel de incredulidad (el que necesita milagros) al segundo (el que cree la palabra de Cristo). Así, tomó en serio las palabras de Jesús **y se fue para su casa, sin pruebas tangibles de la sanidad de su hijo**.

Dejando la región montañosa galilea, el oficial descendió a Capernaúm, en la parte norte del lago de Galilea (un poco más de 200 m bajo el nivel del mar). En el camino **sus siervos salieron a recibirle**, habían salido del pueblo para encontrarse con él y darle las buenas noticias: **“Tu hijo vive”** (es decir, no solo no murió, sino que se había recuperado). Lleno de alegría, **les preguntó a qué hora había comenzado a estar mejor**. Los siervos **le dijeron: “Ayer a las siete le dejó la fiebre”**. **Las siete** sería el comienzo de la tarde, algún punto entre la 1:00 y las 3:00 de la tarde, en los cálculos más generosos. El momento en que salió de Caná y llegó a las cercanías de Capernaúm, fue después de la media noche (**ayer**). Es posible que la palabra de Jesús le hubiera quitado la ansiedad por su hijo, permitiéndole permanecer en Caná, tal vez para oír y ver más del Señor y entender su mensaje. Esto habría sido clave, pues por ello creyó en Jesús cuando sus siervos le hablaron de la sanidad completa de su hijo, confirmándole las palabras del Señor (v. 53).

El momento en que el hijo se recuperó fue lo que demostró al **padre** que había ocurrido un milagro, porque **entendió que** la sanidad de su hijo había sucedido en **aquella hora exacta en que Jesús le había dicho: “Tu hijo vive”**. Cuando el oficial oyó las noticias, **creyó él** y también **toda su casa** (cp. Hch. 11:14; 16:15, 31-34; 18:8; 1 Co. 1:16; 16:15).

Juan concluyó este relato con una nota al pie: **“Esta segunda señal hizo Jesús, cuando fue de Judea a Galilea”**. Este acto de sanidad es la segunda de ocho señales que Juan registra como prueba de que Jesús era el Mesías. También fue la segunda señal que realizó en Galilea (la primera fue en las bodas de Caná [2:1-11]). De 2:23 queda claro que este no fue el segundo milagro general de Jesús. En este caso, la asombrosa verificación del poder de Jesús llevó al oficial de la incredulidad que busca señales a la fe salvadora genuina.

14 Jesús perseguido

Después de estas cosas había una fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. Y hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos. En éstos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que esperaban el movimiento del agua. Porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque, y agitaba el agua; y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese. Y había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo: ¿Quieres ser sano? Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo. Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda. Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo. Y era día de reposo aquel día. Entonces los judíos dijeron a aquel que había sido sanado: Es día de reposo; no te es lícito llevar tu lecho. Él les respondió: El que me sanó, él mismo me dijo: Toma tu lecho y anda. Entonces le preguntaron: ¿Quién es el que te dijo: Toma tu lecho y anda? Y el que había sido sanado no sabía quién fuese, porque Jesús se había apartado de la gente que estaba en aquel lugar. Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor. El hombre se fue, y dio aviso a los judíos, que Jesús era el que le había sanado. Y por esta causa los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de reposo. (5:1-16)

El ministerio terrenal del Señor Jesucristo creó una sensación sin precedentes en Israel. Durante tres años y medio, realizó milagros que nunca se habían visto (Jn. 15:24; cp. Mt. 9:33; Mr. 2:12). Tales señales eran una autenticación de que Él era el Hijo de Dios y el Mesías (Mt. 11:2-5). Jesús, en su compasión y gracia, frecuentemente escogió milagros que aliviaran el sufrimiento de las personas. Sanó enfermos—

prácticamente eliminó las enfermedades de Israel durante el período de su ministerio—, resucitó muertos, expulsó demonios y alimentó grandes multitudes de personas con hambre.

Además, enseñó sobre el reino de Dios con audacia, confianza y autoridad. A diferencia de los escribas, los cuales citaban principalmente otras autoridades humanas, Jesús hablaba con el poder divino del Hijo de Dios (cp. Mt. 5:21-22, 27-28, 31-34, 38-39, 43-44). Como resultado, “la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mt. 7:28-29) y “todo el pueblo estaba suspenso oyéndole” (Lc. 19:48). Incluso sus enemigos lo reconocieron: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Jn. 7:46).

El pueblo, emocionado con los milagros asombrosos y predicación poderosa de Jesús, acudía a Él. Mateo 4:25 dice que “le siguió mucha gente de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán”. Después del Sermón del Monte, “cuando descendió Jesús..., le seguía mucha gente” (Mt. 8:1). En otra ocasión, “se le juntó mucha gente; y entrando él en la barca, se sentó, y toda la gente estaba en la playa” oyendo su predicación (Mt. 13:2). Al otro lado del Jordán, en la región de Perea, principalmente gentil, “le siguieron grandes multitudes, y los sanó allí” (Mt. 19:2; cp. 20:29; Jn. 6:2, 5). Lucas registra un tiempo en que, “[se juntó] por millares la multitud, tanto que unos a otros se atropellaban” para oír a Jesús (Lc. 12:1).

Pero la popularidad abrumadora experimentada por Jesús no era tan benéfica como parecía. Las multitudes que acudían a Él, lo hacían sobre todo por curiosidad. No eran devotos a Él como Señor y Mesías, solo lo seguían por la emoción, sanidades y la comida gratuita que les daba (cp. 6:26). En algún momento estuvieron tan entusiasmados con el programa de bienestar social y sobrenatural de Jesús, según lo percibían, que intentaron hacerlo rey (6:15). Pero como, en general, no estaban comprometidos con Él o su evangelio del reino, Jesús no se comprometía con ellos (2:24; 6:26, 64).

Al final, las multitudes veleidosas rechazaron a Jesús (6:66), siguiendo el ejemplo de sus líderes religiosos. Aquellos líderes, especialmente los fariseos (la secta religiosa más influyente del judaísmo), montaron una campaña implacable de mentiras contra Jesús y lo acusaron falsamente de ser un samaritano poseído por el demonio (8:48) en un nacimiento ilegítimo (8:41). Como se dijo antes, incluso atribuían sus señales milagrosas al poder de Satanás (Mt. 9:34; 10:25; 12:24; Mr. 3:22; Lc. 11:15). El rechazo final se produjo en el juicio de Jesús ante Pilato, la

multitud gritaba “¡Sea crucificado!... Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos” (Mt. 27:23-25). Cuando Jesús murió, tenía solo un puñado de verdaderos discípulos identificables: ciento veinte en Jerusalén (Hch. 1:15) y otros quinientos, probablemente en Galilea (1 Co. 15:6; cp. Mt. 28:7, 16).

Los Evangelios, en cuanto crónicas del ministerio de Jesús, registran la ola creciente de oposición que Él enfrentó (p. ej., Mt. 9:27-34; 11:20-30; 12:1-14; 22ss.; 13:54-58; 15:1-20; 16:1-4, 21; 21:15-16, 23-27; 22:15-46; 28:11-15; Lc. 4:16-31; 11:14-23; 13:10-17; Jn. 3:32; 7:30-52; 8:12-20, 31-59; 9:13-41; 10:19-39; 11:45-53). Juan resumió el rechazo de Israel a Jesús con esta observación: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (1:11). Los judíos eran hostiles con Él por el legalismo hipócrita de ellos y por sus ideas equivocadas sobre la misión de Jesús (buscaban un mesías político y militar, uno que los librara del yugo de Roma). Después de haber muerto, siguieron rechazándolo por la ofensa de la cruz (1 Co. 1:23; Gá. 5:11).

Los capítulos 5—7 del Evangelio de Juan muestran el comienzo en el cambio de actitud hacia Jesús; pasaron de la reserva (cp. 3:26; 4:1-3) al rechazo directo (resumido en 7:52). Los capítulos 5 y 7 describen la oposición que enfrentó en Judea, el capítulo 6 registra la oposición en Galilea. Los primeros dieciséis versículos del capítulo 5, donde se narra la controversia generada cuando Jesús sanó a un enfermo en sábado, marcan el comienzo de la hostilidad. Esta se intensificaría en el capítulo 6, cuando muchos de sus seguidores lo abandonaron por no estar dispuestos a aceptar que Él era el pan de vida (6:66). Finalmente, en el capítulo 7 se registra el endurecimiento de la oposición oficial con el intento infructuoso de las autoridades religiosas por arrestarlo (7:30-42).

El estallido de hostilidad hacia Cristo lo provocó un incidente en un estanque de Jerusalén llamado Betesda. Haber purificado el templo (2:13-22) le suscitó a Jesús un antagonismo que aumentó con la popularidad que su ministerio iba obteniendo (4:1-3). El rechazo de los judíos tan creídos de su propia justicia y la violación de las regulaciones tradicionales judías sobre el sábado avivaron las llamas de resentimiento a oposición abierta.

El pasaje se puede dividir en dos partes: la realización del milagro y la persecución al Maestro.

LA REALIZACIÓN DEL MILAGRO

Después de estas cosas había una fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. Y hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos. En éstos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que esperaban el movimiento del agua. Porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque, y agitaba el agua; y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese. Y había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo: ¿Quieres ser sano? Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo. Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda. Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo. (5:1-9a)

La frase *Después de estas cosas* indica que este incidente ocurrió en un tiempo no especificado después que el ministerio de Cristo en Galilea había terminado. Juan registró solo un acontecimiento de ese período: la sanidad del hijo del oficial del rey (4:43-54); pero los Evangelios sinópticos narran muchos más (p. ej., el rechazo de Jesús en Nazaret [Lc. 4:16-31]; su amplio recorrido de predicación [Mt. 4:23-24]; y las sanidades diversas que incluyen las de personas poseídas por demonios [Mr. 1:21-28], la suegra de Pedro [Mt. 8:14-17], un leproso [Lc. 5:12-16] y un paralítico [Mr. 2:1-12]). De hecho, Lucas 4:14—9:50 está completamente relacionado con su ministerio en Galilea, al igual que Marcos 1:14—9:50.

Juan se refiere a **una fiesta de los judíos** seis veces en su Evangelio (cp. 2:13; 6:4; 7:2; 10:22; 11:55); esta es la única que no identificó específicamente. Como **subió Jesús a Jerusalén** para esta fiesta, probablemente se trataba de una de las tres más importantes que se celebraban en la ciudad (la pascua, los tabernáculos o Pentecostés), que para los varones judíos era obligatorio asistir (Dt. 16:16; cp. Éx. 23:17; 34:23). Tal vez Juan no mencione esta fiesta particular porque las acciones de Jesús no están relacionadas con ella. Probablemente, la mención del apóstol es solo para explicar qué hacía Jesús en Jerusalén.

A los lectores que no conocían la ciudad, les explica Juan que **hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos** (entradas). Para algunos,

el hecho de que el apóstol usara el verbo *hay* en tiempo presente evidencia que Juan escribió su Evangelio antes de la destrucción de Jerusalén en el 70 d.C. Sin embargo, el uso del tiempo presente no es evidencia concluyente de que se haya escrito en una fecha temprana. Es obvio que el estanque no fue destruido cuando los romanos saquearon Jerusalén, pues un peregrino del siglo IV, dijo haberlo visto. Probablemente, Juan escribía aquí en “presente histórico”, usaba el tiempo presente para referirse al tiempo pasado; así habría sido coherente con su estilo de escritura en otras partes (cp. 4:5, 7; 11:38; 12:22; 13:6; 18:3; 20:1-2, 6, 18, 26; 21:13, donde los verbos que se traducen como “vino” en realidad están en presente. Véase la Introducción para una explicación de la fecha de escritura de este Evangelio).

Algunas versiones usan cursivas para la palabra *puerta* pues el nombre modificado por el adjetivo *probatikos* (“relativo o perteneciente a las **ovejas**”) no se expresa en el texto. Muy probablemente, la referencia fuese a la puerta de las ovejas mencionada en Nehemías 3:1, 32; 12:39, localizada cerca de la esquina nororiental del muro de la ciudad, no muy lejos del templo. **Betesda** es la transliteración griega de una palabra en **hebreo** o arameo con dos significados: “casa de los flujos” o “casa de misericordia”. En los **pórticos** cubiertos cercanos al estanque, donde los **enfermos** estaban un poco protegidos, **yacía una multitud** de ellos que incluía **ciegos, cojos y parálíticos**. Al parecer, al **estanque** lo alimentaba una fuente intermitente (cp. v. 7) y el pueblo se imaginaba que sus aguas tenían poderes curativos (textos antiguos indican que el agua del estanque tenía un color rojizo por los minerales que poseía).

Los manuscritos griegos más antiguos y confiables omiten la última frase del versículo 3 y todo el versículo 4. Otros incluyen el pasaje pero lo califican de espurio. A pesar de su brevedad, la sección omitida contiene más de media docena de palabras o frases ajenas a los escritos juaninos, inclusive tres que no se encuentran en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. Estos hechos, junto con la ausencia de cualquier mención específica de los ángeles en el resto del pasaje, indican que la sección no era parte del relato original de Juan. Al parecer, después que Juan escribió su Evangelio, los escribas agregaron este material como nota marginal para presentar la explicación popular al movimiento del agua (v. 7. Tertuliano, uno de los padres de la iglesia, se refirió al final del siglo II o al principio del siglo III a la superstición del ángel que movía el agua). Los manuscritos posteriores incorporaron el retoque de los escribas dentro del texto.

Entre quienes se reunían en el estanque esperando un milagro se encontraba allí **un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo**. No se declara la naturaleza exacta de su enfermedad, pero o estaba paralizado o demasiado débil para moverse libremente por sí mismo. Este hombre, con una enfermedad incurable por cerca de cuatro décadas, le dio la oportunidad a Jesús de mostrar su poder divino.

Jesús lo vio acostado cerca al estanque y **supo** (sobrenaturalmente) **que llevaba ya mucho tiempo así y le dijo: “¿Quieres ser sano?”**. La pregunta del Señor parece extraña, obviamente él quería sanidad o no estaría en primera fila en el estanque. Pero Jesús nunca se metió en conversaciones ligeras u ociosas. Su pregunta atendía varios propósitos: aseguraba toda la atención de aquel hombre, le ofrecía sanidad y le comunicaba la profundidad del amor y preocupación de Cristo.

Pero el hombre no captó el peso de la oferta de Jesús. En lugar de pedirle al Señor la sanidad, respondió expresando su fe en el poder sanador del estanque. Así, el enfermo le respondió: **“Señor no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo”**. Independientemente de si él creía que un ángel agitaba el agua (cp. la explicación anterior de los vv. 3b-4), sí creía que cuando el agua se agitaba (tal vez por alguna oleada de la fuente) solo se sanaba la primera persona en entrar al estanque. Como él no podía moverse muy rápido por sí mismo y nadie le ayudaba, nunca conseguía llegar el primero.

Nunca pensó que Jesús pudiera curarlo; de hecho, ni siquiera sabía quién era Jesús (v. 13). Su única preocupación era encontrar la forma de entrar al estanque cuando el agua comenzara a agitarse. Quizás creyó que Jesús podía ayudarlo si esperaba allí con él y lo llevaba al agua cuando fuera el momento preciso. Pero a la verdad, nunca consideró que, en resumen, Jesús pudiera sanarlo completamente. Sin duda, los años en que no había logrado entrar primero al agua le habían dejado amargado y frustrado. Así... “el v. 7 no es tanto una respuesta apta y sutil a la pregunta de Jesús, y sí es más un gruñido malhumorado de un viejo poco perceptivo que creía estar respondiendo a una pregunta estúpida” (D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan] en *The Pillar New Testament Commentary* [El comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 243). Como pasa con muchas personas, sus esperanzas de lo que Jesús pudiera hacer por él estaban limitadas por lo que creía posible.

Pero Jesús le dio más de lo que pudiera haber esperado; con autoridad

le ordenó: **“Levántate, toma tu lecho, y anda”** (cp. Mr. 2:11). Los tres verbos imperativos expresan la totalidad de la curación: el hombre debía levantarse, cargar la estera de paja sobre la cual estaba recostado e irse. De la misma manera en que Jesús habló y el mundo se creó (Gn. 1:3, 6, 9, 11, 14, 20, 24, 26; cp. Jn. 1:3; Col. 1:16; He. 1:2), así también sus palabras tenían el poder para crear un cuerpo nuevo (cp. Mt. 8:16; 9:6; Mr. 2:11; Lc. 6:10; 13:12). A diferencia de muchas supuestas sanidades de hoy, las sanidades de Jesús eran completas e instantáneas, con o sin fe. Esta sanidad demuestra ese punto porque el hombre no dio muestras de fe en Jesús en lo más mínimo. Aun así, se sanó instantánea y completamente. Juan registra que **al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo**.

Una de las mentiras más crueles de los “sanadores de la fe” contemporáneos es que las personas no se sanan porque son culpables de incredulidad, falta de fe o “confesión negativa”. En contraste, muchas de las sanidades de Jesús no siempre manifestaron fe de antemano (cp. Mt. 8:14-15; 9:32-33; 12:10-13, 22; Mr. 7:32-35; 8:22-25; Lc. 14:1-4; 22:50-51; Jn. 9:1-7), este hombre es un ejemplo excelente.

El incidente ilustra a la perfección la gracia soberana de Dios en acción (cp. v. 21). De todos los enfermos en el estanque, Jesús escogió a este. No había nada en él que lo hiciera más merecedor que los demás; tampoco andaba buscando a Jesús, fue Jesús quien se acercó a él. El Señor no lo escogió porque previera que él tenía la fe para creer en una sanidad, nunca expresó fe en que Jesús lo podría sanar. Así sucede con la salvación. De la raza caída de Adán, espiritualmente muerta, Dios seleccionó y redimió a sus escogidos por su elección soberana, no porque ellos hubieran hecho algo o lo merecieran, ni porque se haya visto en ellos de antemano la fe (6:37; Ro. 8:29-30; 9:16; Ef. 1:4-5; 2:4-5; 2 Ts. 2:13; Tit. 3:5). Aun la fe para creer era un regalo soberano (Ef. 2:8-9).

EL MAESTRO PERSEGUIDO

Y era día de reposo aquel día. Entonces los judíos dijeron a aquel que había sido sanado: Es día de reposo; no te es lícito llevar tu lecho. Él les respondió: El que me sanó, él mismo me dijo: Toma tu lecho y anda. Entonces le preguntaron: ¿Quién es el que te dijo: Toma tu lecho y anda? Y el que había sido sanado no sabía quién fuese, porque Jesús se había apartado de la gente que estaba en aquel lugar. Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, has

sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor. El hombre se fue, y dio aviso a los judíos, que Jesús era el que le había sanado. Y por esta causa los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de reposo. (5:9b-16)

La clave de este incidente está en la nota accesoria en apariencia de que la sanidad ocurrió en el **día de reposo**. Aquí se determina el escenario de hostilidad abierta que las autoridades judías manifestaron hacia Cristo. La furia de su oposición, alimentada en aquel estanque, solo se incrementaría por el resto del ministerio terrenal de Jesús para terminar en su muerte.

La negación de Jesús a observar las regulaciones legalistas humanas sobre el día de reposo, propias de la tradición rabínica, fue un punto importante de la discordia entre el liderazgo religioso judío y Él (cp. Mt. 12:1-14; Mr. 2:23—3:6; Lc. 6:1-11; 13:10-17; 14:1-6; Jn. 7:21-23; 9:14-16). De hecho, el Señor escogió deliberadamente sanar a este hombre en un día de reposo para confrontar la superficialidad y la bancarrota del legalismo judío. La condición del hombre no amenazaba su vida y estaba siempre en el estanque, luego fácilmente pudo haber escogido Jesús otro día para sanarlo. Pero el Señor no solo quería mostrar su misericordia a este hombre; también quería llamar a la nación al arrepentimiento, confrontando la auto-justificación del pueblo y las estipulaciones no bíblicas que llevaban a su vida espiritual ilusa. Se habían vuelto expertos en sustituir los mandamientos de Dios con sus tradiciones (Mt. 15:9).

Observar las regulaciones del día de reposo era central en el judaísmo legalista de los tiempos de Jesús. Gerald L. Borchert dice:

El día de reposo se había vuelto un tema dominante de la vida judía... Era tan importante que una parte considerable de la Mishná estaba dedicada a las reglas del día de reposo. De hecho, la obediencia al día de reposo se volvió escatológica, pues se creía, al menos mínimamente, que la venida del Mesías estaba ligada al cumplimiento perfecto del día de reposo. Entonces, los judíos con orientación al día de reposo consideraban que los actos de Jesús eran diametralmente opuestos a las expectativas de los rabinos que probablemente habrían categorizado a Jesús como un libertario antinómico. No parecía estar preocupado con las reglas preciosas de los rabinos.

No solo en Juan, sino en los sinópticos se retrata la poca preocupación de Jesús por las tradiciones rabínicas relativas al día de reposo... Las reglas de los rabinos malinterpretaban el designio de Dios para el día de reposo. Este no era el medio para obtener la aprobación de Dios, como parecen haber sugerido los rabinos. El día de reposo era más que una simple regla para los humanos, era *un regalo para ellos* (cp. Mr. 2:27). Debía usarse para honrar a Dios y beneficiar a su pueblo. Más importante aún, Jesús era el Señor del día de reposo (cp. Mr. 2:28). Por lo tanto, si alguien tenía el derecho de actuar en el día de reposo, ese era Jesús (*John 1—11*, The New American Commentary [Juan 1—11, Nuevo comentario estadounidense] [Nashville: Broadman & Holman, 2002], pp. 228-229, cursivas en el original).

El Antiguo Testamento prohibía trabajar en el día de reposo (Éx. 31:12-14; 35:2), pero no se especificó exactamente qué clase de trabajo estaba prohibido. Sin embargo, al parecer, lo que se consideraba era el trabajo normal de la persona. Los israelitas no debían participar en sus ocupaciones normales de la semana durante el día de reposo.

Pero la tradición rabínica fue mucho más allá: listó treinta y nueve categorías diferentes de trabajo, incluido transportar bienes. La prohibición rabínica de cargar cosas en el día de reposo tomaba como base ostensible pasajes tales como Nehemías 13:15-18 y Jeremías 17:21-22. Sin embargo, esos pasajes iban dirigidos a individuos que tenían sus propios negocios, su sustento u ocupación, en el día de reposo. Por eso, no lo aplicaban al hombre sanado porque él no se ganaba la vida cargando una estera.

No obstante, fue por la violación de la ley rabínica (no la bíblica) que **los judíos** (las autoridades religiosas) confrontaron a **aquel que había sido sanado**. “**Es día de reposo**—le dijeron indignados—; **no te es lícito llevar tu lecho**”. En lugar de alegrarse por la sanidad del hombre, lo castigaron por romper sus leyes triviales. Estaban más preocupados por las regulaciones legalistas que con el bienestar de la persona (cp. Mt. 23:4), actitud por la cual el Señor los reprendió con dureza (Mt. 23:13ss.). La falsa religión del judaísmo, como todos los sistemas falsos, no puede cambiar el interior; luego, solo le queda manipular la vida externa.

Atrapado en el acto de violar las regulaciones tradicionales del día de reposo, el hombre intentó defenderse pasándole la responsabilidad a

Jesús. Respondió: **“El que me sanó, él mismo me dijo: ‘Toma tu lecho y anda’”**. Su miedo a las autoridades marca un contraste fuerte con el ciego curado de Juan 9, quien los confrontó con audacia (Jn. 9:17, 24-33). Como observa con sarcasmo Leon Morris, “El hombre no estaba hecho del mismo material que los héroes” (*El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 306 del original en inglés).

Sin desconcertarse, las autoridades de inmediato **le preguntaron: “¿Quién es el que te dijo: ‘Toma tu lecho y anda?’”**. Exigían saber quién tenía la audacia de incitar a la violación del día de reposo y ostentar la autoridad de los rabinos. ¿Quién osaría violar la “tradición de los ancianos” (Mr. 7:3) que ellos igualaban con la ley de Dios? Semejante insolencia necesitaba tratarse de inmediato. Una vez más, probaron que estaban más preocupados por la minucia de la ley que por los asuntos importantes, como la misericordia que se había mostrado a aquel individuo necesitado (cp. Mt. 23:23).

Para su decepción, **el que había sido sanado no sabía quién había sido** el que le había dado la orden. El desconocido se le había acercado, lo había sanado y lo dejó ir sin darle su nombre. Tampoco pudo aquel hombre decirles a las autoridades quién era **porque Jesús se había apartado de la gente que estaba en aquel lugar** (cp. 8:59; 10:39; 12:36). Pero el Señor no lo abandonó. **Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: “Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor”**. La advertencia aleccionadora de nuestro Señor refleja una importante verdad bíblica: aunque las Escrituras son claras en que la enfermedad no siempre es un resultado inmediato del pecado personal (9:1-3), también enseña que algunas enfermedades están directamente relacionadas con la desobediencia deliberada. Por ejemplo, después que David cometió adulterio y homicidio, clamó así: “Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano” (Sal. 32:3-4; cp. Sal. 38:1-8). Moisés advirtió a Israel con la misma idea:

Si no te empeñas en practicar todas las palabras de esta ley, que están escritas en este libro, ni temes al Señor tu Dios, ¡nombre glorioso e imponente!, el Señor enviará contra ti y contra tus descendientes plagas terribles y persistentes, y enfermedades malignas e incurables. Todas las plagas de Egipto, que tanto horror te causaron, vendrán sobre ti y no te

darán respiro. El Señor también te enviará, hasta exterminarte, toda clase de enfermedades y desastres no registrados en este libro de la ley (Dt. 28:58-61, NVI; cp. Lv. 26:14-16).

Ya en tiempos de la iglesia, Pablo escribió a los corintios: “Por eso [por su pecado] hay entre ustedes muchos débiles y enfermos, e incluso varios han muerto” (1 Co. 11:30, NVI).

Entonces, la forma más natural de entender la advertencia del Señor es que muchas enfermedades del hombre eran el resultado de su pecado personal específico. Jesús advirtió que si el hombre insistía en su pecado sin arrepentirse, sufriría un destino infinitamente **peor** que los treinta y ocho años de una enfermedad debilitadora; a saber, el castigo eterno en el infierno.

La respuesta del personaje sugiere que no atendió las advertencias de Jesús, pues **se fue, y dio aviso a los judíos, de que Jesús era el que le había sanado**. Sorprende que, tras casi cuatro décadas de mucho sufrimiento, aceptara él su sanidad y luego se apartara de Jesús y mostrara lealtad a los judíos que lo odiaban. Este debe de ser uno de los grandes actos de ingratitud e incredulidad obstinada en las Escrituras. No pretendía con ello alabar o adorar a Jesús por haberlo sanado. Habría sido muy ingenuo creer que ahora reaccionarían positivamente, puesto que **los judíos** ya mostraban hostilidad abierta hacia el Señor (vv. 10-12). Identificar a Jesús solo ayudaba a promover la hostilidad de ellos. Más probablemente, los actos del hombre fueron otro intento de defenderse por haber incumplido las regulaciones del día de reposo; ahora podía responder la pregunta de las autoridades en el versículo 12 responsabilizando a Jesús (cp. la explicación anterior de los vv. 11-13).

Como siempre, los judíos ignoraron el milagro, de modo que el resultado era previsible: **los judíos perseguían** continuamente (como deja claro el tiempo verbal) **a Jesús porque hacía estas cosas en el día de reposo**. En sus mentes, Él no solo era culpable de violar el día de reposo, sino que, peor aún, había incitado a otros a violarlo. Así comenzó la oposición abierta a Jesús, persecución que terminaría con su muerte.

La suerte estaba echada. Jesús, además de confrontar el legalismo judío en su mismo eje por no haber guardado el sábado, también los retó con su identidad verdadera como el Hijo de Dios en quien “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9). Tan imposible como resulte imaginarlo, la oposición de los judíos contra su Mesías se

endurecería e intensificaría hasta satisfacer sus corazones malvados con la crucifixión del “Señor de gloria” (1 Co. 2:8).

15 La declaración más sorprendente jamás hecha

Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. Por esto los judíos aún más procuraban matarle, porque no solo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios. Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis. Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. (5:17-24)

A lo largo de los siglos, los eruditos y escépticos han respondido de modo diferente a la pregunta “¿Quién es Jesús?”. Su vida es la más influyente de todas las que han existido y su efecto continúa en escalada. Aun así, la verdadera identidad de Jesús sigue debatiéndose acaloradamente entre teólogos e historiadores modernos. Los intentos de los incrédulos para explicar la verdad sobre Él han producido opiniones incontables.

Los líderes judíos de los tiempos de Jesús, motivados por su celo amargo, lo acusaron de ser samaritano (8:48), estar poseído por el demonio (7:20; 8:52), de loco (10:20) y de ser hijo ilegítimo (8:41). Aunque no podían negar el poder sorprendente de Jesús, daban por descontado su origen satánico (Mt. 12:24). Sus sucesores también vilipendiaron al Señor como “transgresor de Israel, practicante de magia, quien trataba con desdén las palabras de los sabios [y] extraviaba a las personas” (F. F. Bruce, *New Testament History* [Historia del Nuevo

Testamento] [Garden City: Anchor, 1972], p. 165).

Los escépticos y liberales teológicos de los siglos XIX y XX tenían la intención de negar la deidad de Cristo. Veían en Él al maestro humano de la moral por excelencia en quien brillaba con más intensidad el destello de divinidad inherente a todas las personas. Para ellos, la vida sacrificial de Jesús servía de modelo para que todos los humanos lo siguieran, pero de ningún modo para que los humanos pudieran salvarse. Así, Él era “un ejemplo de fe, no el objeto de la fe” (J. Gresham Machen, *Christianity and Liberalism* [Cristianismo y liberalismo] [Reimpresión; Grand Rapids: Eerdmans, 1974], p. 85).

Para los existencialistas del siglo XX, como el muy influyente Rudolf Bultmann, el Jesús de la historia sí podía conocerse. Sin embargo, eso no le preocupaba a Bultmann, pues él creía que el “Cristo de la fe”, inventado por la Iglesia, podía servir de base para la experiencia religiosa genuina. Los teólogos neo-ortodoxos, como Karl Barth, no estaban dispuestos a ignorar por completo el significado real de la vida o deidad de Jesús. Aun así, no estaban dispuestos a aceptar y creer en el testimonio bíblico sobre Cristo en un sentido verdaderamente histórico.

Otras concepciones de Jesús están en un rango que abarca desde el revolucionario político-social de la teología de la liberación, pasando por el sabio cínico judío del seminario de Jesús, hasta el héroe contra-cultural de musicales de *rock* como *Godspell* y *Jesucristo Superstar*. Pero todos estos puntos de vista superficiales y blasfemos están lejos del Dios-hombre que se revela en las Santas Escrituras. Esas concepciones dicen más sobre la incredulidad obstinada y la imaginación pervertida de las personas que las crearon que sobre la identidad de Jesús.

Irónicamente, en todo el debate sobre Jesús, rara vez se considera su propio testimonio razonablemente. ¿Afirmó siempre ser Dios en carne humana, como lo ha dicho siempre el cristianismo histórico, o sus seguidores inventaron después esas afirmaciones y se las atribuyeron, como argumentan los escépticos? Toda esta pseudoerudición incrédula ignora el relato bíblico de su vida y ministerio, donde no queda duda legítima sobre quién declaró ser Jesús y sobre quién era.

Jesús habló con frecuencia de su origen único y extraterrenal, de haber preexistido en el cielo antes de venir al mundo. A los judíos hostiles les dijo: “Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo” (8:23). Les preguntó: “¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?” (6:62). En su oración sacerdotal habló de la gloria que tenía con el Padre antes de la

existencia del mundo (17:5). En Juan 16:28 dijo a sus discípulos: “Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre”.

Jesús asumió las prerrogativas de la deidad. Afirmó tener control sobre los destinos eternos de las personas (8:24; cp. Lc. 12:8-9; Jn. 5:22, 27-29); autoridad sobre la institución del día de reposo, cuyo orden es divino (Mt. 12:8; Mr. 2:28; Lc. 6:5); poder para responder las oraciones (Jn. 14:13-14; cp. Hch. 7:59; 9:10-17); y el derecho de recibir la adoración, fe y obediencia que solo le corresponde a Dios (Mt. 21:16; Jn. 14:1; cp. Jn. 5:23). También asumió el derecho de perdonar los pecados (Mr. 2:5-11), algo que solo Dios podía hacer, como lo entendieron correctamente sus oponentes anonadados (v. 7).

Además, Jesús llamó a los ángeles de Dios (Gn. 28:12; Lc. 12:8-9; 15:10; Jn. 1:51) sus ángeles (Mt. 13:41; 24:30-31), a los elegidos de Dios (Lc. 18:7; Ro. 8:33) sus elegidos (Mt. 24:30-31) y al reino de Dios (Mt. 12:28; 19:24; 21:31; Mr. 1:15; Lc. 4:43; Jn. 3:3) su reino (Mt. 13:41; 16:28; cp. Lc. 1:33; 2 Ti. 4:1).

Cuando la mujer samaritana le dijo: “Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas” (4:25), Jesús le respondió: “Yo soy, el que habla contigo” (4:26). En su oración sacerdotal al Padre se refirió a sí mismo como “Jesucristo, a quien has enviado” (17:3); “Cristo” es el equivalente griego de la voz hebrea que traduce “Mesías”. Cuando el sumo sacerdote le preguntó en su juicio si era el Cristo, el Hijo del Bendito (Mr. 14:61), Jesús simplemente le respondió: “Yo soy” (v. 62). También aceptó sin correcciones o precisiones los testimonios de Pedro (Mt. 16:16-17), Marta (Jn. 11:27) y otras personas (p. ej., Mt. 9:27; 20:30-31) que lo catalogaban como Mesías.

La descripción favorita del Señor era “Hijo del Hombre” (cp. Mt. 8:20; Mr. 2:28; Lc. 6:22; Jn. 9:35-37, etc.). Aunque el título parece enfatizar su humanidad, también habla de su deidad. El uso del término por parte de Jesús se deriva de Daniel 7:13-14, donde el Hijo del Hombre aparece de igual a igual con Dios Padre, el Anciano de días.

Los judíos se veían a sí mismos colectivamente como hijos de Dios por creación. Sin embargo, Jesús afirmó ser el Hijo de Dios por naturaleza. Dijo: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mt. 11:27). En Juan 5:25-26 dijo: “De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán.

Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo”. Después de oír que Lázaro estaba enfermo, dijo a sus discípulos: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (11:4). Cuando en su juicio le preguntaron si era el Hijo de Dios, Jesús respondió: “Vosotros decís que lo soy” (Lc. 22:70; cp. Mr. 14:61-62). En lugar de rechazar el título, el Señor lo aceptó sin apología o vergüenza (Mt. 4:3, 6; 8:29; Mr. 3:11-12; Lc. 4:41; Jn. 1:49-50; 11:27).

Las autoridades hostiles judías entendían claramente que el uso del título *Hijo de Dios* era una afirmación de deidad. De otra forma, no lo habrían acusado de blasfemia (cp. 10:36). De hecho, fue esta blasfemia la que llevó a los judíos a exigir su muerte: “Los judíos le respondieron [a Pilato]: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios” (19:7). Incluso cuando estuvo en la cruz, algunos se burlaban de Él y decían despectivamente: “Confió en Dios; libréle ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios” (Mt. 27:43).

Jesús airó aún más a los judíos incrédulos asumiendo para sí el nombre de Dios en el pacto: “Yo soy” (Yahveh). El nombre era tan sagrado que los judíos ni siquiera lo pronunciaban para evitar usarlo en vano y sufrir el juicio (cp. Éx. 20:7). En Juan 8:24 Jesús advirtió que quienes se negaran a creer que Él es Jehová perecerán eternamente: “Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis”. Más adelante, en el mismo capítulo, “Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy” (v. 58). A diferencia de quienes hoy niegan la deidad de Jesús, los judíos sabían exactamente lo que Él afirmaba, como lo deja claro el intento de lapidarlo por su blasfemia (v. 59). En Juan 13:19 Jesús les dijo a sus discípulos que cuando pasara lo que Él predijo, ellos creerían que Él era Jehová. Aun sus enemigos, al momento de arrestarlo en Getsemaní, estaban abrumados por su poder divino y cayeron al suelo cuando Jesús dijo “Yo soy” (18:5-8).

Todas las líneas de evidencia esgrimidas convergen a un punto ineludible: Jesucristo afirmó igualdad absoluta con Dios. Él podía decir: “Yo y el Padre uno somos” (10:30), “el que me ve, ve al que me envió” (12:45) y “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (14:9). Quienes nieguen que Jesús afirmó ser Dios deben negar la precisión y veracidad histórica de los registros en los Evangelios, erigiéndose así como fuentes superiores de la verdad. Dicen saber más sobre lo que era cierto hace dos

mil años que los testigos oculares inspirados. Sin embargo, tal forma de escepticismo está injustificada, pues el Nuevo Testamento es con mucho el documento mejor certificado del mundo antiguo (cp. F. F. Bruce, *The New Testament Documents: Are They Reliable?* [¿Son confiables los documentos del Nuevo Testamento?] [Downers Grove: InterVarsity, 1973]). Los escépticos también se ven obligados a explicar por qué, en caso de que Jesús no la hubiera afirmado, sus seguidores, monoteístas y judíos, habrían aceptado su deidad desde el comienzo de la historia de la iglesia. William Lane Craig dice:

En los veinte años que siguieron a la crucifixión ya existía una cristología completamente desarrollada que proclamaba a Jesús como el Dios encarnado. ¿Cómo se explica que los judíos monoteístas adoraran a uno de sus compatriotas como Dios si no es porque Jesús así lo había afirmado?... Si Jesús nunca hizo tales aseveraciones, esta creencia de los primeros cristianos no tiene explicación (*Apologetics: An Introduction* [Apologética: Una introducción] [Chicago: Moody, 1984], p. 160).

En esta sección se afirma la deidad de nuestro Señor, tal afirmación fluye directamente de la confrontación surgida cuando Jesús sanó al lisiado en un día de reposo (vv. 1-16). El Señor no violó la enseñanza del Antiguo Testamento sobre el sábado, sino las adiciones rabínicas a esa enseñanza. Aun así, no se defendió señalando las diferencias entre la Ley de Dios y las tradiciones humanas extrañas. Más bien, respondió de manera mucho más radical: afirmó ser igual a Dios, luego tenía el derecho a hacer lo que quisiera en el día de reposo. El resultado es uno de los discursos cristológicos más profundos de todas las Escrituras. En los versículos 17-24 Jesús hace cinco afirmaciones inequívocas de completa igualdad con Dios. Es igual al Padre en cuanto a persona, obras, poder soberano, juicio y honor debido.

JESÚS ES IGUAL AL PADRE EN CUANTO A PERSONA

Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. Por esto los judíos aún más procuraban matarle, porque no solo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios. (5:17-18)

Como indicamos en el capítulo anterior, la observancia del día de reposo estaba en el centro de la adoración judía en los tiempos de Jesús. La respuesta de Jesús a quienes lo retaron por haberla violado implica que el día de reposo no fue instituido para beneficio de Dios, sino del hombre (Mr. 2:27): **“Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”**. En otras palabras, la restricción de trabajar en el sábado no era para Dios; no se le exigía a Él descansar cada séptimo día. Ciertamente es que al final de la creación “reposó el día séptimo de toda la obra que hizo” (Gn. 2:2). Sin embargo, no fue porque estuviera cansado o porque recibiera algún beneficio, porque Él “no desfallece, ni se fatiga con cansancio” (Is. 40:28). En lugar de esto, lo hizo para darle al hombre el ejemplo divino de descansar un día por semana (Éx. 20:9-11). (Para una explicación de la relación de los creyentes del Nuevo Testamento con el día de reposo veterotestamentario véase John MacArthur, *Colosenses y Filemón*, Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Portavoz, 2003], pp. 118-119 del original en inglés).

La importancia del séptimo día se subraya en las tres referencias que hace Génesis 2:1-3 sobre el asunto. Según el versículo 3, Dios “santificó” (“separó”, “apartó”) ese día para diferenciarlo de los primeros seis, que no aparecen con la misma designación. Los tres verbos del pasaje, cada uno asociado con la obra de Dios, revelan por qué apartó solamente el día séptimo.

“Acabados” (v. 1) enfatiza que todo el trabajo del Señor en la creación había terminado al final del sexto día. En contraste con la teoría de la evolución (teísta o atea), la Biblia niega que el proceso de creación continúe hoy.

Dios “reposó” (vv. 2-3) porque había acabado su creación. Como ya dijimos, eso no implica debilidad alguna de su parte (Is. 40:28); el verbo tan solo indica que en el día séptimo Dios cesó de trabajar en la creación (cp. Éx. 20:11).

Finalmente, Dios “bendijo” el séptimo día (v. 3); es decir, lo separó como memorial. El sábado de todas las semanas sirve para recordar que Dios creó todo el universo en seis días y después descansó de su actividad creadora.

Pero, como los mismo rabinos lo reconocían, el reposo de Dios de su actividad creadora en el sábado (cp. He. 4:9-10) no obvia su obra providencial incesante para sostener el universo (He. 1:3). Cuando Jesús declaró que Él, como su Padre, trabajaba el sábado, estaba afirmando su deidad y su igualdad con Dios, “porque el Hijo del Hombre es Señor del

día de reposo” (Mt. 12:8). Sus palabras también servían para reprender al sistema legalista judío, bajo el cual se le acusaba de hacer el bien y mostrar misericordia en el sábado. Después de todo, el mismo Dios hace el bien y muestra misericordia el sábado. Por lo tanto, Jesús sostenía que es correcto hacer el bien en el sábado porque Dios lo hace. Irónicamente, hasta los judíos incrédulos realizaban obras de misericordia en el día de reposo (cp. 7:23; Lc. 14:5), aquello por lo cual reprendían a Jesús con toda hipocresía.

Los judíos hostiles entendieron al instante la importancia de las palabras de Jesús y por ello **aún más procuraban** (el tiempo verbal indica una acción continua) **matarle** (cp. v. 16). **No solo quebrantaba Jesús el día de reposo, sino que**, peor aún en sus mentes, **también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios** (cp. 10:30-33). En contraste con la referencia colectiva de los judíos a Dios como “nuestro Padre”, Jesús llamó a Dios **su propio Padre**. La implicación clara, que sus oponentes entendieron de inmediato, era que estaba afirmando ser completamente **igual a Dios** en su naturaleza (cp. 1:1; 8:58; 20:28; Fil. 2:6). En respuesta, ellos intensificaron sus esfuerzos por quitarle la vida (cp. 7:1, 19, 25; 8:37, 40, 59; 11:53), no solo porque Él expuso sus legalismos, sino porque ya tenían la justificación (en sus mentes), pues Jesús afirmó ser Dios.

JESÚS ES IGUAL A DIOS EN SUS OBRAS

Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis. (5:19-20)

Que un simple hombre afirmara ser Dios era un acto de blasfemia escandaloso para los judíos. Por lo tanto, si lo habían malinterpretado, con toda seguridad Jesús habría negado de inmediato y con vehemencia haber dicho lo que dijo (cp. Hch. 14:11-15; Ap. 19:10; 22:8-9). Pero en lugar de eso, su declaración fue más enfática y fuerte; introdujo su siguiente declaración con la afirmación solemne **De cierto, de cierto os digo** (véase la explicación de 3:3 en el capítulo 8). El Señor les aseguró a sus oyentes en los términos más fuertes posibles que era cierto lo que les

había dicho. Defendió aún más su acto de sanidad en el día de reposo, ligando sus actividades directamente con las del Padre. Jesús declaró: “**No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre**”. Siempre actuaba en armonía perfecta y subordinación a la voluntad del Padre. Así, sus obras eran paralelas a las del Padre en naturaleza y alcance, **porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente**. Obviamente, solo alguien que es igual al Padre podría hacer lo que Él hace. La declaración de Cristo, pues, era una afirmación de su propia divinidad.

La armonía perfecta que caracteriza la obra conjunta del Padre y el Hijo nace de la unidad de esencia absoluta de la que ambos participan (cp. 17:21). Como son uno en su ser, un Dios eterno (10:30), ver actuar a Cristo es ver actuar a Dios (Jn. 12:45; 14:9-10). En realidad, cuando los líderes religiosos acusaron a Jesús de malhechor, hicieron aquello de lo cual lo acusaban, impugnando la naturaleza santa de Dios.

En el versículo 20 Jesús describió la unidad del Padre y el Hijo como una unión de amor: “**El Padre ama al Hijo** [cp. 3:35; 17:26; Mt. 3:17; 17:5; 2 P. 1:17], **y le muestra todas las cosas que él hace**”. El verbo que se traduce “**ama**” no es *agapaō*, el amor de la voluntad y la elección, sino *phileō*, el amor de los sentimientos profundos, el afecto cálido que siente un padre por su hijo. Esta es la única vez que en el Nuevo Testamento se usa esta palabra para referirse al amor del Padre por el Hijo. El tiempo presente del verbo indica un amor concedor de todo, eternamente ininterrumpido y sin espacio para la ignorancia; por lo cual es imposible que Jesús no hubiera sido consciente de la voluntad de Dios sobre el sábado o cualquier otro asunto.

Luego, Jesús declaró que **el Padre les mostrará mayores obras**. Haber sanado al lisiado había producido asombro en las multitudes. Pero en obediencia al Padre, Jesús predijo que realizaría obras aún más espectaculares que incluían resurrección de muertos (v. 21) y juicio a todas las personas (v. 22). Por eso sus oyentes se maravillaban.

JESÚS ES IGUAL A DIOS EN SU PODER Y SOBERANÍA

Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. (5:21)

Cuando Jesús afirmó su igualdad con Dios, afirmó también que tenía poder paralelo con Él para levantar muertos, **como el Padre los levanta**

y les da vida. La Biblia enseña que solo Dios tiene el poder de dar vida a los muertos (Dt. 32:29; 1 S. 2:6; 2 R. 5:7; Hch. 26:8; 2 Co. 1:9; He. 11:19) y el Antiguo Testamento registra varias instancias en que así lo hizo (1 R. 17:17-24; 2 R. 4:32-37; 13:20-21). Como tiene el mismo poder del Padre, Jesucristo es capaz de levantar a quienes están físicamente muertos (11:25-44; Mt. 9:18-25; Lc. 7:11-15; cp. Jn. 6:39-40, 44). Más aún, tiene el poder para dar **vida** espiritual a quienes están espiritualmente muertos. Jesús prometió: “Mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (4:14). El Señor amonestó así a sus oyentes en Juan 6: “Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre” porque Él es “el pan de Dios... que descendió del cielo y da vida al mundo” (vv. 27, 33; cp. vv. 35, 48, 54; 1:4; 10:28; 11:25; 14:6; 17:2).

A diferencia de Elías (1 R. 17:22) y Eliseo (2 R. 4:34-35), Jesús no solo actuaba como representante de Dios cuando resucitaba a los muertos, sino como el mismo Dios. Es **el Hijo** quien **da** resurrección y **vida** espiritual **a los que quiere**. Tal como Dios es la fuente de toda la vida, también Jesucristo es la fuente de la vida. Como escoge Dios cuándo da vida, así también el Hijo escoge en perfecto acuerdo con el Padre, una verdad ilustrada por la salvación de los creyentes. Todos los que el Padre eligió entregar al Hijo antes de la fundación del mundo llegarán a Él y Él no los rechazará (6:37). Incluso la oración verdaderamente humana del Señor en Getsemaní da paso a la concordia perfecta entre las personas de la Deidad: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mt. 26:39).

JESÚS ES IGUAL A DIOS EN SU JUICIO

Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo,
(5:22)

La autoridad de Jesús para dar vida espiritual a quien Él elija es coherente con su autoridad para juzgar a todos los hombres en el día final (cp. 3:18-19; 12:48). La deidad de Cristo se avala aún más porque Dios es “el Juez de toda la tierra” (Gn. 18:25; cp. 1 S. 2:10; 1 Cr. 16:33; Sal. 82:8; 94:2; 96:13; 98:9), pero **el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo**. Como sus voluntades están en armonía perfecta, se le pueden

entregar todos los juicios a Cristo con la certidumbre de que estos serán los mismos juicios del Padre. Aunque el juicio no es el propósito principal de la primera venida de Cristo a la tierra (3:17; 12:47), sigue siendo el resultado final e ineludible de rechazar su salvación (3:18).

Dios “ha establecido un día [futuro] en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hch. 17:31). Así se manifestará “el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Ts. 1:7-8). En aquel día final, terrible y de juicio, Él dirá a quienes lo han rechazado: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mt. 7:23).

JESÚS ES IGUAL A DIOS EN SU HONOR

para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. (5:23-24)

El propósito del Padre al encomendar sus obras y el juicio a Jesús es **que todos honren al Hijo como honran al Padre**. Lo adecuado es que quienes son iguales en naturaleza (vv. 17-18), obras (vv. 19-20), poder, soberanía (v. 21) y juicio (v. 22), reciban el mismo honor. El honor del Padre no disminuye con el honor tributado a Cristo; al contrario, aumenta.

Aunque los judíos incrédulos creían estar adorando verdaderamente a Dios cuando rechazaron a su Hijo (cp. 16:2), así no eran las cosas porque **el que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió**. Tal afirmación de Jesús era increíble, como lo señala D. A. Carson:

En un universo teísta, tal declaración pertenece a alguien a quien se le debe tratar como Dios (cp. 20:28) o como a un loco completo. A quien dice tales cosas se le menospreciará con compasión o burla, o se le adorará como Señor. Las mismas opciones nos confrontan si, con toda la erudición actual, cesamos en ver en ese material algo menos en las afirmaciones del Hijo que lo que se ve en las creencias y testimonio del

evangelista y su iglesia. O Juan estaba supremamente engañado y debe tachársele de tonto o su testimonio es verdadero y a Jesús se le deben los honores que solo a Dios le corresponden. No hay punto medio racional (*The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario Pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 255).

Cuando le preguntaron a Jesús: “¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?”, Él respondió: “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado” (6:28-29). El Señor advirtió: “El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece” (15:23). Se engañan quienes se niegan a honrar al Hijo pero afirman honrar al Padre. John Heading escribe:

No le corresponde al hombre decidir si honrará al Uno o al Otro, es a los dos o a ninguno. En los círculos religiosos es demasiado fácil que los incrédulos contemplan a Dios pero no al Hijo. El conocimiento del Uno implica el conocimiento del Otro (Jn. 8:19); odio al Uno implica odio al Otro (15:23); negar al Uno implica negar al Otro (1 Jn. 2:23) (*What the Bible Teaches: John* [Qué enseña la Biblia: Juan] [Kilmarnock: John Ritchie, 1988], p. 93).

El hecho de que al Padre y al Hijo se les deba el mismo honor afirma con fuerza la deidad de Cristo y su igualdad con Dios, quien declaró por medio del profeta Isaías: “Yo soy el SEÑOR; ¡ése es mi nombre! No entrego a otros mi gloria, ni mi alabanza a los ídolos” (Is. 42:8, NVI; 48:11). Aun así, el Padre ha ordenado que **todos honren al Hijo**. Pablo escribió en Filipenses 2:9-11 lo siguiente:

Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

Lo quieran o no, todo el mundo obedecerá un día el mandamiento del Padre de honrar a Jesucristo.

Jesús cerró esta sección de su discurso reafirmando su autoridad para dar vida eterna a quien Él lo desee. El Señor subraya la importancia de semejante declaración monumental al abrirla con la fórmula solemne *amēn, amēn* (**De cierto, de cierto**). Él identifica a quienes reciben la vida eterna con quienes oyen su **palabra** (mensaje) y creen **al Padre que le envió**. Como siempre en las Escrituras, la soberanía divina no está desligada de la responsabilidad humana de arrepentirse y creer en el evangelio. La promesa bendita a quienes creen es que **no** llegarán a **condenación, mas** han **pasado de muerte a vida**. Como Pablo les escribió a los romanos, “ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1).

Las afirmaciones de Jesucristo nos confrontan a todos, fuerzan a todos a tomar una decisión a favor o en contra de Él. No hay terreno neutro, pues como dijo Jesús: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Lc. 11:23). Quienes lo aceptan por lo que Él es, Dios encarnado en carne humana, se salvarán de sus pecados por medio de Él (Mt. 1:21; 1 Ti. 1:15; He. 7:25). Pero quienes creen que Él es algo diferente a quien en realidad es, un día enfrentarán el juicio del Señor (Jn. 3:18; 9:39; 12:47-48; 16:8-9; Hch. 10:38-42; 17:31; 2 Ti. 4:1).

16 Las dos resurrecciones

De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación. (5:25-29)

A la vieja pregunta “Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?” (Job 14:14), la Biblia responde enfáticamente: Sí. Todas las personas, creyentes e incrédulas, resucitarán de los muertos un día. Todos vivirán para siempre, consciente e individualmente.

Hay dos aspectos de esa resurrección para el creyente: espiritual y física. En lo espiritual, los cristianos resucitan cuando Dios imparte la salvación a sus almas previamente muertas. Aunque estaban muertos en sus pecados (Ef. 2:1), ahora disfrutan la vida nueva en Cristo (v. 5; cp. Ro. 6:4).

En lo físico, los creyentes confían en que, aun cuando a la larga se debilitarán sus cuerpos terrenales, un día recibirán la resurrección de sus cuerpos que durarán para siempre. Recibirán nuevos cuerpos cuando el Señor Jesucristo “[transforme] el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil. 3:21). El resultado será que los creyentes estén preparados para disfrutar la resurrección durante el milenio en perfección sin pecado, así como ser adecuados para la existencia eterna en los cielos nuevos y en la tierra nueva (cp. Ap. 21—22).

La Biblia enseña que los incrédulos también experimentarán la resurrección física. Pero como nunca experimentaron la resurrección espiritual, resucitarán para enfrentar la sentencia final ante el gran trono blanco. De acuerdo con su condenación, la resurrección eterna de sus

cuerpos se adecuará al castigo eterno en el lago de fuego (Ap. 20:11-15).

Desde el libro de Génesis, la verdad de la resurrección se repite por todas las Escrituras. Cuando Abraham estaba a punto de sacrificar a su Hijo Isaac, “[dijo] a sus siervos: Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros” (Gn. 22:5). Abraham confiaba en que Isaac y él volverían del sacrificio y por eso estaba dispuesto a matar a su hijo, pues sabía que “Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos” (He. 11:17-19) y así lo haría si fuera necesario para cumplir su palabra.

La fe de Abraham se reflejaba en otros santos del Antiguo Testamento. Job responde su propia pregunta—“Si el hombre muere, ¿volverá a vivir?”—de la siguiente manera: “Todos los días de mi edad esperaré, hasta que venga mi liberación” (Job 14:14). Después amplía su creencia en la resurrección del cuerpo:

*Yo sé que mi Redentor vive,
y al fin se levantará sobre el polvo;
y después de deshecha esta mi piel,
en mi carne he de ver a Dios;
al cual veré por mí mismo,
y mis ojos lo verán, y no otro,
aunque mi corazón desfallece dentro de mí (Job 19:25-27).*

De igual forma, Daniel señaló que “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Dn. 12:2). Dios, a través del profeta Oseas, preguntó retóricamente: “De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol; la compasión será escondida de mi vista” (Os. 13:14; cp. 1 Co. 15:55). Pasajes del Nuevo Testamento como Mateo 22:29-32, Juan 11:24, Hechos 24:15 y Hebreos 11:35 también aluden a las enseñanzas del Antiguo Testamento sobre la resurrección.

Sobre ese fundamento, el nuevo Testamento amplía la verdad de la resurrección corporal y literal. En Lucas 14:14 el Señor habló sobre “la resurrección de los justos”, mientras en Juan 6:39 declaró: “Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero” (cp. vv. 44, 54). Antes de levantar a Lázaro de entre los muertos, Jesús dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”

(11:25).

Los apóstoles también predicaron la resurrección. Hechos 4:2 registra que las autoridades judías estaban resentidas “de que enseñasen al pueblo, y anunciasen en Jesús la resurrección de entre los muertos”. Pablo anunció con audacia la doctrina de la resurrección a los filósofos griegos escépticos de Atenas (Hch. 17:18, 32). Y ante el sanedrín, “alzó la voz en el concilio: Varones hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo; acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga” (Hch. 23:6; cp. 24:21).

Las epístolas continúan ampliando la enseñanza bíblica con respecto a la resurrección del cuerpo. Pablo dedicó todo un capítulo, 1 Corintios 15, a defender esa doctrina vital. En el versículo 21 escribió: “Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos”. En su segunda carta inspirada a los corintios les recordó: “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos” (2 Co. 5:1). Como ya se anotó, a los filipenses les declaró que Jesucristo “transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Fil. 3:21; cp. v. 11). En el momento del arrebatamiento, “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero” (1 Ts. 4:16). El apóstol Juan también tenía en mente la resurrección de los creyentes cuando escribió: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn. 3:2).

En la sección previa (vv. 17-24), Jesús sobresaltó y escandalizó a sus oponentes al afirmar que era Dios y por ello estaba exento de esas restricciones impuestas por los hombres al día de reposo. En gran parte, su afirmación se construía sobre dos realidades clave: Que tenía la autoridad para dar vida y que tenía la autoridad para juzgar (vv. 21-22). En el versículo 24 mostró cómo afectan esas prerrogativas divinas a los pecadores: quienes creen en Él reciben vida eterna; quienes lo rechazan serán juzgados. Los versículos 25-29 ilustran aún más esas verdades; presentan la resurrección corporal de los creyentes y la resurrección física que a todos les espera.

RESURRECCIÓN ESPIRITUAL

De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; (5:25-26)

La explicación de las resurrecciones física y espiritual puede dividirse en tres subpuntos: las personas resucitadas, el poder que los resucitó y el propósito de su resurrección.

LAS PERSONAS

De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. (5:25)

La frase solemne *amēn, amēn* (**De cierto, de cierto**) anticipa una declaración de Jesús enfática e incontrovertible. Comienza con la declaración paradójica en apariencia que **viene la hora, y ahora es**. La **hora** de la resurrección de los creyentes **ahora es**, en el sentido de que cuando estaban “muertos en [sus] delitos y pecados... [Dios les] dio vida juntamente con Cristo... y juntamente con él [los] resucitó” (Ef. 2:1, 5-6; cp. Col. 2:13). Aun así, **la hora** todavía está por venir en el sentido de que la resurrección de sus cuerpos físicos es futura (1 Co. 15:35-54; Fil. 3:20-21).

El sentido de “ya pero no todavía” en la frase también puede entenderse de otra manera. Mientras Cristo estuvo presente, ofreció vida espiritual a todos los que atendieran sus palabras (6:37; Mt. 7:24-27; cp. Jn. 14:6). Pero la expresión completa de la nueva era que Él inauguró no se vería hasta el día de Pentecostés (14:17). Tanto durante el ministerio terrenal de Cristo (p. ej., 4:39-42, 53) como en la plenitud del ministerio del Espíritu después de Pentecostés, **los muertos** espirituales que respondan a **la voz del Hijo de Dios vivirán** en el Espíritu (cp. Ro. 8:1-11).

El Nuevo Testamento describe a menudo a los incrédulos como **muertos**. Pablo les encomendó a los romanos que se presentaran “a Dios como vivos de entre los muertos” (Ro. 6:13). Les recordó a los efesios que cuando no se habían regenerado estaban “muertos en [sus] delitos y pecados” (Ef. 2:1, 5; cp. Mt. 8:22). Más adelante, Pablo expresó la

invitación evangélica en esa misma epístola: “Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo” (Ef. 5:14). A los colosenses les escribió: “Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados” (Col. 2:13). El apóstol Juan también describió la salvación como haber “pasado de muerte a vida” (1 Jn. 3:14).

Estar muerto espiritualmente es ser insensible a las cosas de Dios y estar en completa incapacidad de responderle (cp. 1 Co. 2:14; 2 Co. 4:3-4). Pablo lo describió vigorosamente como “[caminar] siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia... [viviendo] en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y [siendo] por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Ef. 2:2-3). De acuerdo con John Eadie, comentarista escocés del siglo XIX,

[La muerte espiritual] implica inestabilidad. Los muertos, tan poco susceptibles como el barro, no pueden ser atraídos ni devolver a la existencia. Las bellezas de la santidad no atraen al hombre en su insensibilidad espiritual, ni lo disuaden las miserias del infierno. El amor de Dios, los sufrimientos de Cristo, las conjuraciones más fervientes con todo lo que sea tierno y todo lo que sea terrible, no lo afectan... Implica incapacidad. El cadáver no puede levantarse del sepulcro y regresar a las escenas y a la sociedad del mundo viviente. La incapacidad es característica del hombre caído (*A Commentary on the Greek Text of the Epistle of Paul to the Ephesians* [Comentario sobre el texto griego de la epístola de Pablo a los efesios] [Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1979], pp. 120-121).

El tema central del Evangelio de Juan es que Cristo vino a dar vida eterna a quienes estaban muertos espiritualmente (1:4; 3:15-16, 36; 4:14; 5:39-40; 6:27, 33, 35, 40, 47-48, 51, 54; 8:12; 10:10, 28; 11:25; 14:6; 17:2-3; 20:31).

EL PODER

Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; (5:26)

El Hijo puede dar vida (v. 21) porque, como **el Padre**, Él **tiene vida en sí mismo**. Nadie puede dar aquello de lo que carece; entonces, ningún ser humano puede generar vida eterna para sí ni impartirla a los demás. Solo Dios la posee y la concede por medio de su Hijo a quien Él quiera.

Quienes niegan la deidad de Cristo, tergiversan su afirmación de que el Padre **ha dado** vida al Hijo; como si se tratara de una admisión de que el Hijo es criatura y está en inferioridad al Padre. Sin embargo, ese no es el caso. Juan ya había declarado en el prólogo a su Evangelio que el Hijo poseía vida en sí mismo desde toda la eternidad (1:4). Debe afirmarse de nuevo que cuando el Hijo se hizo hombre, entregó voluntariamente el uso independiente de sus atributos divinos (Fil. 2:6-7; cp. Jn. 5:19, 30; 8:28). Pero el Padre le concedió autoridad para dar vida (física y espiritual) aun con la condescendencia autoimpuesta de su ministerio terrenal.

EL PROPÓSITO

y los que la oyeren vivirán. (5:25b)

Quienes experimenten la resurrección espiritual recibirán vida eterna abundante (10:10). Por supuesto, el Señor no estaba enseñando que todo el que oiga la presentación del evangelio se salvará (cp. Ro. 10:9-10). Son solo **los que la oyeren** en el sentido de una fe y obediencia verdaderas al evangelio quienes **vivirán**. En otras palabras, quienes hayan oído para salvación, responderán en arrepentimiento y fe. “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen”, declaró Jesús (10:27). A Pilato afirmó: “Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz” (18:37). En la carta del Señor a las iglesias en el Apocalipsis, cada una termina con la exhortación “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22). Esa declaración identifica a los creyentes como aquellos que tienen la facultad y el deber espiritual de responder a la revelación divina. En contraste, los perdidos no oyen la voz de Cristo para salvación; no la entienden ni la obedecen (8:43, 47; 12:47; 14:24), por lo tanto no vivirán espiritualmente.

LA RESURRECCIÓN FÍSICA

y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación. (5:27-29)

Tal como con la autoridad para dar vida, el Padre le dio al Hijo encarnado y sumiso la **autoridad de hacer juicio**. Cristo recibió esa autoridad **por cuanto es el Hijo del Hombre**. Como Dios en carne humana, un hombre “que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (He. 4:15), Jesús es el único calificado para ser el juez de la humanidad. La frase *Hijo del Hombre*, el nombre favorito de Jesús para sí mismo, se deriva de la descripción mesiánica de Daniel sobre el Hijo del Hombre como aquel a quien “le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Dn. 7:14). Como Jesús es el Dios-hombre que entró por completo en la vida, experiencia y tentación humanas (He. 2:14-18; 4:14-16), Él es el juez último de toda la humanidad.

LAS PERSONAS

No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros (5:28a)

Los judíos incrédulos estaban atónitos y airados con la afirmación audaz de Jesús sobre ser el dador de la vida espiritual y el juez último de todos los hombres. Pero el Señor estaba por hacer otra afirmación sorprendente. Reprendiéndolos por su incredulidad—pues se maravillaban con sus enseñanzas—Jesús continuó revelando otra verdad que los sobresaltó: que un día levantaría a los muertos de sus tumbas. El Señor dijo que la **hora** de la resurrección corporal **vendría**, tal como lo hizo con la resurrección espiritual (v. 25). Pero, a diferencia de la resurrección espiritual, no dijo aquí que hay un aspecto presente de esa realidad. La resurrección de **todos los que están en los sepulcros** aún es futura. En aquel día, las almas de los muertos justos, ahora en el cielo con el Señor (2 Co. 5:6-8), y las de los muertos impíos, ahora atormentados en el Hades (Lc. 16:22-23), recibirán cuerpos resucitados que se ajusten a la eternidad.

Algunos argumentan a partir de este texto que la resurrección de los justos y los injustos ocurrirá al mismo tiempo. Pero aunque Jesús habló aquí sobre la resurrección general, no la describe. Al contrario, en el versículo 29 diferenció claramente entre la resurrección de la vida y la resurrección del juicio. Esa distinción también la hizo en Lucas 14:14, donde habló de la resurrección de los justos, lo cual implica que es un acontecimiento diferente. Apocalipsis 20:4-6 también menciona dos resurrecciones: la primera de los muertos justos antes del milenio y la segunda de los muertos injustos para el juicio del gran trono blanco, al final del milenio. (Para una explicación detallada de Apocalipsis 20:4-6 véase John MacArthur, *Apocalipsis 1-22*, [Grand Rapids: Portavoz, 2010], pp. 236ss. Del original en inglés; Robert L. Thomas, *Revelation 8—22: An Exegetical Commentary* [Apocalipsis 8—22: Un comentario exegético] [Chicago: Moody, 1995], pp. 412ss.).

La Biblia enseña que los muertos se van a levantar en un orden específico, no todos al mismo tiempo:

Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia (1 Co. 15:22-24).

El adjetivo *tagma* (“orden” o “turno”) enfatiza que los muertos resucitarán en tiempos diferentes: “Cristo, las primicias”, “los que son de Cristo, en su venida” y el resto al final, en la consumación de todas las cosas cuando resucitarán los impíos (los únicos no mencionados hasta ahora). Los adjetivos *epeita* (“después de esto”) y *eita* (“entonces”) casi siempre describen sucesiones de acontecimientos cronológicas (no lógicas).

Quienes pertenecen a Cristo resucitarán en conexión con su venida. Los creyentes de la era eclesial (desde Pentecostés hasta el arrebatamiento), resucitarán en el arrebatamiento (1 Ts. 4:16); los santos del Antiguo Testamento, junto con los que se salven durante la tribulación, resucitarán al final de la tribulación (Ap. 20:4; cp. Dn. 12:2). Aunque las Escrituras no los mencionan explícitamente, se cree que los creyentes que mueran durante el milenio recibirán la resurrección de sus cuerpos inmediatamente.

EL PODER

oirán su voz; (5:28b)

En este pasaje Jesús no delinea el orden de la resurrección porque no le interesaba aquí la cronología, sino mostrar su poder divino. En esta ocasión, la frase **oirán su voz** no describe el oír eficaz de la fe, como en el versículo 25, sino que se refiere a la orden soberana del Cristo. Cuando Él lo indique, los cuerpos de todos los que han vivido volverán a la vida. No sorprende, pues, que el apóstol Pablo anhelara “conocer a Cristo, experimentar el poder que se manifestó en su resurrección” (Fil. 3:10, NVI).

EL PROPÓSITO

y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación. (5:29)

La resurrección final llevará a los creyentes a las glorias y alegrías de la **vida** eterna y a los incrédulos a los sufrimientos interminables de la **condenación** final. Cuando Jesús caracteriza a los creyentes como **los que hicieron lo bueno** y a los incrédulos como **los que hicieron lo malo**, no está enseñando que la salvación es por obras. Jesús enseñó claramente a lo largo de su ministerio que la salvación “es la obra de Dios, que [las personas crean] en el que él ha enviado” (6:29; cp. Is. 64:6; Ro. 4:2-4; 9:11; Gá. 2:16; Ef. 2:8-9; 2 Ti. 1:9; Tit. 3:5). Las buenas obras son simplemente evidencia de la salvación; Jesús las llamó “fruto” en Lucas 6:43-45. El resultado de creer en el Hijo es hacer **lo bueno** (3:21; Ef. 2:10; Stg. 2:14-20), pero quienes rechazan al Hijo estarán caracterizados por hacer **lo malo** (3:18-19).

Aunque las obras no salvan, sí que proveen la base para el juicio divino. Las Escrituras enseñan que Dios juzga a las personas con base en sus obras (Sal. 62:12; Is. 3:10-11; Jer. 17:10; 32:19; Mt. 16:27; Gá. 6:7-9; Ap. 20:12; 22:12) porque ellas manifiestan la condición del corazón. Entonces Jesús dijo: “de la abundancia del corazón habla la boca” (Mt. 12:34). Más adelante, en el Evangelio de Mateo, enseñó: “Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (Mt. 15:18-19). En Lucas 6:45 Jesús les dijo a sus oyentes: “El hombre bueno,

del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo”. El apóstol Pablo también enseñó que las acciones de las personas reflejan su naturaleza interna. Escribió a los romanos:

[Dios] pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente y también el griego, pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego (Ro. 2:6-10).

Unos pocos capítulos más adelante, Pablo deja claro que quienes alcanzan la resurrección de los justos no lo hacen por sus propios méritos, sino por medio de su unión con Jesucristo, por medio de la fe:

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección (Ro. 6:3-5).

Entonces, las buenas obras revelan la presencia o ausencia de la salvación, pero no la producen. Son su efecto, no su causa.

La importancia de la doctrina de la resurrección no se puede exagerar: sin ella, no hay fe cristiana. Cuando Pablo escribió a los corintios que vacilaban sobre la doctrina de la resurrección, lo dijo bien claro:

Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres (1 Co. 15:16-19).

La gran esperanza del apóstol, como sucede con todos los creyentes, era que “llegase a la resurrección de entre los muertos” (Fil. 3:11), una referencia a la resurrección de los justos. Entendía esto: “Bienaventurado y santo [es] el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre [él], sino que [es sacerdote] de Dios y de Cristo, y [reinará] con él mil años” (Ap. 20:6). Y sabía que esta resurrección se alcanzaba solamente mediante la fe en Jesucristo (cp. Ro. 6:4-5).

Cuando Pablo concluye su excelente capítulo sobre la resurrección, escribe: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Co. 15:58). La doctrina de la resurrección otorga la esperanza para el futuro y a su vez da energía a la vida cristiana y al servicio a Dios en el presente.

17 Testigos de la divinidad de Cristo

No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre. Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Otro es el que da testimonio acerca de mí, y sé que el testimonio que da de mí es verdadero. Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él dio testimonio de la verdad. Pero yo no recibo testimonio de hombre alguno; mas digo esto, para que vosotros seáis salvos. Él era antorcha que ardía y alumbraba; y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz. Mas yo tengo mayor testimonio que el de Juan; porque las obras que el Padre me dio para que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado. También el Padre que me envió ha dado testimonio de mí. Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto, ni tenéis su palabra morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis. Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida. Gloria de los hombres no recibo. Mas yo os conozco, que no tenéis amor de Dios en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis. ¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único? No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras? (5:30-47)

Un asunto singularmente trágico en las Escrituras es el amor no correspondido de Dios hacia el Israel caprichoso. Su pueblo, el que Él escogió en su gracia para sí (Dt. 7:7-8), le correspondió repetidas veces con ingratitud e infidelidad. Después que Dios los libró de Egipto, los cuidó en el desierto y los llevó a la tierra prometida, “el pueblo sirvió al

Señor mientras vivieron Josué y los ancianos que le sobrevivieron, los cuales habían visto todas las grandes obras que el Señor había hecho por Israel” (Jue. 2:7).

Pero demasiado pronto comenzó a manifestarse la apostasía espiritual y la idolatría flagrante. Después que murieron Josué y sus contemporáneos...

Surgió otra [generación] que no conocía al SEÑOR ni sabía lo que él había hecho por Israel. Esos israelitas hicieron lo que ofende al SEÑOR y adoraron a los ídolos de Baal. Abandonaron al SEÑOR, Dios de sus padres, que los había sacado de Egipto, y siguieron a otros dioses—dioses de los pueblos que los rodeaban—, y los adoraron, provocando así la ira del SEÑOR... Pero tampoco escucharon a [sus] caudillos, sino que se prostituyeron al entregarse a otros dioses y adorarlos. Muy pronto se apartaron del camino que habían seguido sus antepasados, el camino de la obediencia a los mandamientos del SEÑOR (Jue. 2:10-12, 17, NVI; cp. 8:33; Sal. 106:34-39).

Con el paso de los siglos, el clima espiritual en Israel empeoró. Los tiempos de arrepentimiento genuino y refrigerio espiritual eran pocos y aislados. El profeta Isaías, quien escribió setecientos años después de Josué, describió la apostasía de Israel en una parábola:

Cantaré en nombre de mi amigo querido una canción dedicada a su viña. Mi amigo querido tenía una viña en una ladera fértil. La cavó, la limpió de piedras y la plantó con las mejores cepas. Edificó una torre en medio de ella y además preparó un lagar. Él esperaba que diera buenas uvas, pero acabó dando uvas agrias. Y ahora, hombres de Judá, habitantes de Jerusalén, juzguen entre mi viña y yo. ¿Qué más se podría hacer por mi viña que yo no lo haya hecho? Yo esperaba que diera buenas uvas; ¿por qué dio uvas agrias? Voy a decirles lo que haré con mi viña: Le quitaré su cerco, y será destruida; derribaré su muro, y será pisoteada. La dejaré desolada, y no será podada ni cultivada; le crecerán espinos y cardos. Mandaré que las nubes no lluevan sobre ella. La viña del SEÑOR Todopoderoso es el pueblo de Israel; los hombres de Judá son su huerto preferido. Él esperaba

justicia, pero encontró ríos de sangre; esperaba rectitud, pero encontró gritos de angustia (Is. 5:1-7, NVI).

Dios hizo la siguiente acusación a través del profeta Jeremías: “Pero como la esposa infiel abandona a su compañero, así prevaricasteis contra mí, oh casa de Israel” (Jer. 3:20; cp. 5:11-12). En lugar de servir al Señor con todo el corazón, la nación había “profanado el santuario que el Señor ama” (Mal. 2:11) y servido a otros dioses.

Las Escrituras hebreas describen con frecuencia a Israel como una prostituta que dejó a su marido y adulteró con los ídolos. De hecho, el término “prostituta” se usa más veces en el Antiguo Testamento para referirse al adulterio espiritual que para el adulterio físico. Por ejemplo, en Ezequiel 6:9 Dios le dijo a Israel: “Yo me quebranté a causa de su corazón fornicario que se apartó de mí, y a causa de sus ojos que fornicaron tras sus ídolos” (cp. 20:30). Más adelante en la profecía de Ezequiel hay dos capítulos gráficos y fascinantes dedicados a la infidelidad de Israel (16, 23); en ellos se describe a Israel como una esposa infiel que se convirtió en una “ramera desvergonzada” (16:30), se olvidó del Señor para cometer adulterio con otras naciones y sus ídolos.

Pero la apostasía y el adulterio espiritual de Israel nunca causó que Dios dejara de amar a su pueblo o se olvidara de sus promesas incondicionales a ellos. A pesar de la adoración blasfema a un becerro de oro, después del éxodo, el Señor no los abandonó en el desierto (Neh. 9:19). A pesar de la idolatría repetida durante el período de los jueces, en algún momento Dios “fue angustiado a causa de la aflicción de Israel” (Jue. 10:16) y los libró de sus opresores. A pesar de la rebelión porfiada durante la división del reino, Dios retuvo con paciencia el juicio que su pueblo merecía; “tuvo misericordia de ellos, y se compadeció de ellos y los miró, a causa de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob; y no quiso destruirlos ni echarlos de delante de su presencia hasta hoy” (2 R. 13:23).

Aunque Israel se llenó de soberbia, y no oyó sus mandamientos, sino que pecó contra sus juicios, se reveló, endureció su cerviz, y no escuchó, Dios por su gran misericordia no los consumió, ni los desamparó; porque es Dios clemente y misericordioso (Neh. 9:29, 31). “Muchas veces los libró; mas ellos se rebelaron contra su consejo, y fueron humillados por su maldad. Con todo, él miraba cuando estaban en angustia, y oía su clamor; y se acordaba de su pacto con ellos, y se arrepentía conforme a la muchedumbre de sus misericordias” (Sal. 106:43-45). Cuando su pueblo se lamentó atemorizado: “El SEÑOR me ha abandonado; el SEÑOR se ha

olvidado de mí” (Is. 49:14, NVI), Dios les respondió consolándolos: “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros” (vv. 15-16).

Tal vez la ilustración más vívida e inolvidable de la fidelidad de Dios se encuentre en el matrimonio del profeta Oseas con Gomer, su esposa infiel. Oseas muestra, por medio de la narración de su propia congoja, la historia dolorosa del continuo amor de Dios por su pueblo, a pesar de que su “espíritu de fornicaciones lo hizo errar, y dejaron a su Dios” (4:12; cp. 1:2; 3:1; 5:3-4; 6:10; 9:1).

En dos pasajes dramáticos de Jeremías, Dios dejó claro y sin equívocos que nunca abandonaría a Israel:

*Así dice el SEÑOR,
cuyo nombre es el SEÑOR Todopoderoso,
quien estableció el sol para alumbrar el día,
y la luna y las estrellas para alumbrar la noche,
y agita el mar para que rujan sus olas:
“Si alguna vez fallaran estas leyes
—afirma el SEÑOR—,
entonces la descendencia de Israel
ya nunca más sería mi nación especial”.*

*Así dice el SEÑOR:
“Si se pudieran medir los cielos en lo alto,
y en lo bajo explorar los cimientos de la tierra,
entonces yo rechazaría a la descendencia de Israel
por todo lo que ha hecho—afirma el SEÑOR—” (Jer. 31:35-37, NVI).*

“Así dice el SEÑOR: ‘Si ustedes pudieran romper mi pacto con el día y mi pacto con la noche, de modo que el día y la noche no llegaran a su debido tiempo, también podrían romper mi pacto con mi siervo David, que no tendría un sucesor que ocupara su trono, y con los sacerdotes levitas, que son mis ministros. Yo multiplicaré la descendencia de mi siervo David, y la de los levitas, mis ministros, como las incontables estrellas del cielo y los granos de arena del mar’ ... Así dice el SEÑOR: ‘Si yo no hubiera establecido mi pacto con el día ni con la noche, ni hubiera fijado las leyes que rigen el cielo y

la tierra, entonces habría rechazado a los descendientes de Jacob y de mi siervo David, y no habría escogido a uno de su estirpe para gobernar sobre la descendencia de Abraham, Isaac y Jacob. ¡Pero yo cambiaré su suerte y les tendré compasión!’” (33:20-22, 25-26, NVI).

En el Nuevo Testamento el apóstol Pablo hizo eco de esas promesas del Antiguo Testamento declarando de manera definitiva: “Digo, pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera... No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció... Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio... que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo” (Ro. 11:1-2, 25-26).

La parábola del propietario describe el acto final de apostasía de Israel: el rechazo del Hijo de Dios, el Señor Jesucristo:

Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores, para que recibiesen sus frutos. Mas los labradores, tomando a los siervos, a uno golpearon, a otro mataron, y a otro apedrearon. Envió de nuevo otros siervos, más que los primeros; e hicieron con ellos de la misma manera. Finalmente les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad. Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron (Mt. 21:33-39).

Pero ni siquiera eso hizo que Dios abandonara a Israel. La Iglesia siempre ha incluido a algunos creyentes judíos individuales. Más aún, viene el día en que toda la nación será salva (Ro. 11:26), cuando Dios declare “mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito” (Zac. 12:10) y “se abrirá una fuente para lavar del pecado y de la impureza a la casa real de David y a los habitantes de Jerusalén... Entonces ellos me invocarán y yo les responderé. Yo diré: ‘Ellos son mi pueblo’, y ellos dirán: ‘El SEÑOR es nuestro Dios’” (13:1, 9, NVI).

Incluso en los días más oscuros de la apostasía de Israel, siempre hubo un remanente de verdaderos creyentes (cp. 1 R. 19:14, 18) y así también ocurrió durante el ministerio terrenal de Cristo. Aquí y allá, como puestos de luz esparcidos en la oscuridad, estaban los que creían en Él y eran salvos. Juan ya había presentado a algunos de ellos: los discípulos (1:35-51; 2:11), unos pocos samaritanos (4:29, 39-42) y un oficial real con toda su casa (4:53). Sin embargo, la mayoría del pueblo judío no oyó la palabra de Cristo para salvación (5:24-25) y, por tanto, siguieron muertos en su pecado. De modo inevitable, para muchos, especialmente para los líderes religiosos, la ceguera y la sordera espiritual se expresaba en hostilidad activa con la confrontación incesante del ministerio de nuestro Señor. Y de hecho, no estar con Él era oponérsele. Como Él lo declaró: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Lc. 11:23).

Desde el versículo 17 hasta el final del capítulo, Jesús se defendió por sanar a un cojo en el día de reposo (5:1-16), algo que las autoridades judías consideraron una violación flagrante de la ley del sábado (5:16). Sin embargo, Jesús no violó la norma bíblica, sino las tradiciones rabínicas que se habían desarrollado alrededor de ese mandamiento. Aun así, el Señor no se defendió usando esa distinción. Más bien, Él afirmó su igualdad con el Padre y con ello su derecho a trabajar en el día de reposo como lo hace el Padre (v. 17). Los judíos, escandalizados por lo que consideraban una aseveración blasfema de deidad, se sintieron justificados para redoblar sus esfuerzos por matarle (v. 18). Jesús respondió con afirmaciones más fuertes de igualdad con Dios, pues los dos hacían las mismas obras, los dos son dadores de vida, los dos reciben el mismo honor y los dos ejecutan el juicio final sobre todos (vv. 19-29).

El versículo 30 resume la afirmación del Hijo sobre su igualdad con el Padre. Contra las acusaciones de sus oponentes, no actúa Él **por sí mismo**, sino siempre en completa conjunción con el Padre (cp. v. 19). Por lo tanto, cuando lo acusaron de ser un malhechor, los líderes judíos acusaron simultáneamente al Padre de las mismas cosas. Como en el contexto inmediato el Hijo actúa como juez (vv. 27-29), el Señor usó esto como ilustración y advertencia: “**Según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió**”. Puesto que Jesús siempre actúa en armonía perfecta con **la voluntad** del Padre **que lo envió**, su **juicio** siempre es **justo**. Y se ejecutará con justicia sobre quienes lo rechazan y se oponen.

Cuando el Señor dijo: “**Si yo doy testimonio acerca de mí mismo,**

mi testimonio no es verdadero”, no quería decir que su testimonio propio no era confiable (cp. 8:14). Su punto era que sus oponentes judíos afirmaban que su testimonio propio no era suficiente. El asunto no era si ese testimonio era verdadero, era si sus oponentes le creerían. Entonces Él ofreció más testimonio a manera de evidencia.

En los versículos 33-47 Jesús da confirmaciones adicionales a partir de cuatro fuentes incensurables que corroboran sus afirmaciones: el testimonio del precursor, las obras completadas, la palabra del Padre y los escritos fidedignos.

EL TESTIMONIO DEL PRECURSOR

Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él dio testimonio de la verdad. Pero yo no recibo testimonio de hombre alguno; mas digo esto, para que vosotros seáis salvos. Él era antorcha que ardía y alumbraba; y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz. (5:33-35)

El propósito del ministerio de Juan el Bautista era preparar a la nación para el Mesías (1:23) e identificarlo cuando llegara (1:31). Por lo tanto, “Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo” (1:15) y...

He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo. Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua. También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, éste es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios (1:29-34).

Las autoridades judías habían enviado una delegación a **Juan, y él dio testimonio de la verdad:**

Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntasen: ¿Tú, quién eres? Confesó, y no negó, sino confesó: Yo no soy el Cristo. Y le preguntaron: ¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No. Le dijeron: ¿Pues quién eres? para que demos respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? Dijo: Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías... Y le preguntaron, y le dijeron: ¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? Juan les respondió diciendo: Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado (1:19-23, 25-27).

El testimonio de Juan respaldaba las afirmaciones de Jesús sobre ser el Mesías. Como, en general, él era considerado un profeta de Dios por el pueblo (Mt. 21:26; Lc. 20:6)—el primero en cuatro siglos—, su testimonio tenía un peso considerable. Las autoridades reconocieron la importancia de Juan cuando enviaron una delegación a oírlo. Pero tal como sus padres habían rechazado a los profetas que Dios les envió (cp. 2 R. 17:13-14; 2 Cr. 24:19; Jer. 7:25-26; 25:4; 29:19; 44:4-5), ellos rechazaron el testimonio de Juan.

Por supuesto, Jesús no dependía del testimonio humano para determinar su afirmación de deidad, ni ante los ojos de los demás ni ante los suyos. Con toda certeza, no había deficiencia en el testimonio del Padre (v. 37) que necesitara complementarse con el testimonio humano. El **testimonio** de sus obras (v. 36) y de su Padre (v. 37) eran de mucha más importancia que el **de hombre alguno**. Por eso, Jesús no citó el testimonio de Juan el Bautista para llenar alguna carencia, sino para confirmar la verdad sobre Él, por medio de quien ya era reconocido como un profeta verdadero de Dios. Así lo hizo pensando en sus oyentes: **para que** ellos fueran **salvos** por cuenta del testimonio fidedigno de Juan (cp. 1:35-37).

Habiendo resaltado el testimonio de Juan sobre Él, Jesús a su vez da testimonio de Juan (cp. Mt. 11:7-14). Sus palabras eran un tributo al Bautista y una reprensión a los líderes judíos por rechazar su testimonio. Juan **era** (el tiempo pasado podría indicar que para este momento ya lo

habían encarcelado o ejecutado) **antorcha que ardía y alumbraba**. El celo interno que **ardía** en él **alumbraba** al mundo en oscuridad. A diferencia de Jesús, quien es la luz (*phōs*; la esencia de la luz) del mundo (8:12; cp. 1:4-9; 9:5; 12:35-36, 46), Juan era una **antorcha** (*luchnos*; una antorcha de aceite portátil y pequeña). No era la fuente de la luz sino un reflejo de ella (cp. 1:6-8). Juan alumbraba el camino hacia Jesús tal como una lámpara alumbraba el camino de las personas (1:31).

El Señor terminó su tributo a Juan con una reprensión a los líderes judíos, observando que ellos quisieron regocijarse solo **por un tiempo en su luz**. Como polillas en una antorcha, el pueblo se agolpó con emoción para oír a Juan, quien, como ya se dijo, era el primer profeta en casi cuatrocientos años. La emoción del pueblo alcanzó su apogeo cuando Juan proclamó la llegada inminente del tan anhelado Mesías (Mr. 1:7-8). Pero su llamada severa al arrepentimiento personal (Mt. 3:1-2), su denuncia punzante de la hipocresía nacional (Mt. 3:7; Lc. 3:7) y su práctica escandalosa de bautizar judíos (los judíos bautizaban a los prosélitos gentiles, pero consideraban a los otros judíos como parte del reino de Dios, luego el bautismo era innecesario para ellos), alejó a muchos. Con el tiempo, la condena valiente de Juan del matrimonio ilegal de Herodes Antipas (Mr. 6:17-18) llevó a su arresto y ejecución. Quienes buscaban emociones podrían haberse alegrado temporalmente con el ministerio de Juan, pero no captaron su propósito: señalar que Jesús era el Mesías. Se sentían atraídos superficialmente hacia Juan (cp. con aquellos que también se sentían atraídos a Jesús en 2:23-25), pero carecían del arrepentimiento genuino. Al final, se alejaron de la luz verdadera que Juan reflejaba porque amaban más las malas obras de la oscuridad (3:19).

LAS OBRAS COMPLETADAS

Mas yo tengo mayor testimonio que el de Juan; porque las obras que el Padre me dio para que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado. (5:36)

El testimonio de Juan el Bautista tenía un peso considerable; después de todo, fue el hombre más grande que había vivido hasta ese momento (Lc. 7:28). **Mas el testimonio que Jesús estaba a punto de presentar era mucho mayor testimonio que el de Juan. Las obras que Cristo hacía eran más convincentes que el testimonio del más grande de los profetas** (cp. Hch. 2:22). Por ejemplo, los milagros de Jesús llevaron a la

confesión de Nicodemo: “Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él” (3:2). Juan 7:31 registra que “muchos de la multitud creyeron en él, y decían: El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?”. Hasta los enemigos más enconados de Jesús, “los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y dijeron: ¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales” (11:47). Como lo hizo aquí, el Señor apuntó a sus obras milagrosas como confirmación de que era el Hijo de Dios y el Mesías (cp. 10:25, 37-38; 14:11; Mt. 11:3-5). Los Evangelios registran al menos tres docenas de milagros y Jesús realizó otros muchos que las Escrituras no mencionan (20:30).

El hecho de que Cristo hiciera solo **las obras que el Padre le dio para que cumpliera**, no implica en modo alguno que sea inferior al Padre (1:1; 5:18; 10:30; cp. Fil. 2:6; Col. 2:9). Como dijimos en la explicación de 5:26 en el capítulo 16, Jesús se despojó voluntariamente de sus atributos divinos durante la encarnación. Este despojarse a sí mismo incluía someterse a la voluntad del Padre y al poder del Espíritu. A lo largo de todo su ministerio terrenal, Jesús fue consciente de llevar a cabo la misión que el Padre le había dado en el poder del Espíritu (Lc. 4:14). En Juan 4:34 les dijo a sus discípulos: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” mientras en 14:31 añade: “Como el Padre me mandó, así hago”. En su oración sacerdotal al Padre declara triunfalmente: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera” (17:4).

Puesto que las obras de Jesús estaban en armonía perfecta con la voluntad del Padre, ellas daban testimonio de **que el Padre le ha enviado**. Sus obras no solo eran sobrenaturales, sino que cumplían exactamente los deseos de Dios. Aun así, a pesar de las obras increíbles del Señor, inigualables por cualquier otro (15:24) e inexplicables en ausencia del poder de Dios, muchos lo seguían rechazando (cp. 1:11).

LA PALABRA DEL PADRE

Otro es el que da testimonio acerca de mí, y sé que el testimonio que da de mí es verdadero... También el Padre que me envió ha dado testimonio de mí. Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto, ni tenéis su palabra morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis. (5:32, 37-38)

Además del testimonio de Juan el Bautista y la evidencia de las obras de Jesús, **otro es el que da testimonio acerca de** que Él es el Hijo de Dios y el Mesías. Más aún, el testimonio **que da acerca** del Señor es infaliblemente **verdadero**. El hecho de que **el Padre que envió** a Jesús **ha dado testimonio de Él** es de una importancia infinitamente mayor que cualquier testimonio humano. Los Evangelios registran dos instancias específicas en las cuales el Padre dio testimonio verbal del Hijo: en su bautismo y en su transfiguración, cuando salió una voz de los cielos y dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mt. 3:17; 17:5; cp. 2 P. 1:17).

La declaración de Jesús, “**Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto**”, es otra reprensión a los judíos incrédulos. Nadie puede ver a Dios en toda la gloria de su esencia santa e infinita (Éx. 33:20; Jn. 1:18; 1 Ti. 6:16; 1 Jn. 4:12). No obstante, hubo momentos en la historia de Israel en los cuales Dios se relacionó con su pueblo de modo audible o visible. Por ejemplo, habló con Moisés (Éx. 33:11; Nm. 12:8), los israelitas del éxodo (Dt. 4:12, 15; 5:5) y los profetas (He. 1:1). También se apareció, en alguna manifestación física de su presencia, a Jacob (Gn. 32:30), Gedeón (Jue. 6:22), Manoa (Jue. 13:20) y otros (Gn. 16:13; Éx. 24:9-11; Is. 6:5). Aun así, los judíos incrédulos de los tiempos de Jesús, que tenían el Antiguo Testamento y la revelación total de Dios en Jesucristo (1:18; 14:9; cp. Col. 2:9; He. 1:3), no tenían **su palabra morando en ellos, porque** no creyeron **a quien** Dios envió. No quisieron oír a Jesús, la revelación final de Dios para la humanidad (He. 1:2). Y así, mostraron completa ignorancia sobre Dios, pues quienes rechazan a Jesús no pueden conocer al Padre (cp. 5:23; 8:19; 14:6; 15:23).

Por otra parte, quienes aman al Hijo tienen el testimonio interno de Dios en sus corazones en cuanto a quién es Jesús. Pablo les escribió a los romanos: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Ro. 8:16; cp. 1 Co. 2:6-15). Juan también escribió en su primera carta sobre este testimonio interno:

Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo (1 Jn. 5:9-10).

LOS ESCRITOS FIDEDIGNOS

Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida. Gloria de los hombres no recibo. Mas yo os conozco, que no tenéis amor de Dios en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis. ¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único? No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras? (5:39-47)

Conocer las Escrituras, sin aceptarlas de corazón (Jos. 1:8; Sal. 1:2; 119;11, 15, 97) y actuar basados en ellas, no traerá las bendiciones de la salvación. En palabras de Aelfric, un teólogo inglés del siglo x, “Entonces, feliz aquel que lee las Escrituras, si convierte las palabras en acciones”.

Aunque el verbo griego que se traduce *escudriñad* podría ser imperativo o indicativo, se entiende mejor en el segundo sentido. Jesús no les estaba ordenando escudriñar **las Escrituras**, sino señalando que ya lo estaban haciendo en una búsqueda inútil por encontrar la clave de la **vida eterna** (cp. Mt. 9:16; Lc. 10:25). Irónicamente, a pesar de todo el laborioso esfuerzo de ellos, fracasaron por completo en entender que **son las mismas Escrituras las que dan testimonio de Jesús** (1:45; Lc. 24:27, 44; Ap. 19:10). En particular, los fariseos eran fanáticos en su preocupación con las Escrituras, estudiaban cada línea, cada palabra e incluso las letras en un esfuerzo vacío por entender la verdad.

La Biblia no se puede entender apropiadamente sin la iluminación del Espíritu Santo o una mente transformada. El celo de los judíos por las Escrituras era encomiable (cp. Ro. 10:2), pero como **no** querían **venir** a Jesús (cp. 1:11; 3:19), la única fuente de la **vida eterna** (14:6; Hch. 4:12), ese celo no acababa en salvación. Al aferrarse a su sistema superficial de justificarse a sí mismos mediante obras, en su incredulidad porfiada, se volvieron ignorantes de “la justicia de Dios, y [procuraron] establecer la suya propia” (Ro. 10:3). Pero la justicia propia no puede salvar a nadie, pues “todas nuestras justicias [son] como trapo de inmundicia” (Is. 64:6) y “cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se

hace culpable de todos” (Stg. 2:10). Por tanto, la salvación no proviene de tener la “propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Fil. 3:9; cp. Ro. 3:20-30).

Los líderes religiosos se negaron a reconocer su completa injusticia, su incapacidad de hacer algo al respecto y de clamar por la misericordia y la gracia de Dios reveladas por medio del Señor Jesús. Se aferraban a su engaño de lo que era necesario para entrar al reino de la salvación de Dios. Más aún, como Jesús no se ajustaba a las expectativas mesiánicas de los líderes judíos, le dieron la espalda. El Señor entendía sus corazones a la perfección; cuando declara “**gloria de los hombres no recibo**” vuelve a ilustrar su conocimiento omnisciente de los pensamientos y motivaciones de los humanos (cp. 2:25; 21:17). No quería la alabanza pública ni el honor hipócrita de aquellos que lo repudiaban en privado (cp. Mt. 22:16). El Señor sabía que cualquier forma de respeto en ellos no tenía valor porque no tenían el **amor de Dios en ellos**. Citando al profeta Isaías, Jesús expresó toda la aversión de Dios ante tal espiritualidad falsa: “Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres” (Mt. 15:8-9).

El hecho de que Jesús viniera **en nombre del Padre, y** aun así ellos no lo recibieran expuso más la dureza de corazón de sus oyentes. Irónicamente, como lo señaló el Señor, **si otro** hubiera venido **en su propio nombre**, ellos estarían muy dispuestos a recibirlo. En todos los siglos ha habido muchos falsos mesías; hasta sesenta y seis, según algunos historiadores judíos (Leon Morris, *El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 333 n. 122 del original en inglés). Josefo, historiador judío del siglo I, notó un incremento de los falsos mesías en los años que siguieron a la rebelión judía contra Roma (66-70 d.C.). Sesenta años después apareció otro pretendiente a Mesías, Simón Bar-Kojba. Incluso el rabí Akiba, el rabí más estimado de su tiempo, creía que Bar-Kojba era el Mesías; hasta que los romanos aplastaron su revuelta, con resultados catastróficos para el pueblo judío. Los mesías falsos proliferarán cuando se acerque la Segunda Venida (Mt. 24:23-24); esto culminará con el mesías falso final, el anticristo (2 Ts. 2:3-12).

La pregunta inteligente del Señor ofrece una razón crucial para que ellos lo rechazaran: “**¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?**”. En efecto, Jesús les dijo: “¿Cómo puedo recibir gloria por ser su Señor si ustedes están buscando gloria?”. La pregunta es retórica;

obviamente, quienes están enfrascados en buscar **gloria los unos de los otros** no se humillan a **creer** en el glorioso Señor Jesús, quien es el único camino para buscar **la gloria que viene del Dios único**. Pablo explicó más esta idea a los corintios:

En los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (2 Co. 4:4-6).

La gloria que es de Dios alumbra en el rostro de Jesucristo. Este es el “evangelio de la gloria de Cristo”.

Quien no busque el honor y la gloria que vienen de Dios en Jesucristo, se hace culpable por su ignorancia y será juzgado con severidad. Pero Jesús no necesita acusarlos **delante del Padre**; alguien más lo hará. El Señor los sorprendió cuando dijo que su acusador sería **Moisés**, el mismo **en quien** ellos habían puesto su **esperanza**. Es difícil imaginar la sorpresa y la ira de los líderes judíos con esta declaración de Jesús. En la mente de ellos era completamente incomprensible pensar que Moisés, a quien llamaban con orgullo su líder y maestro (9:28; cp. Mt. 23:2), los fuera a acusar algún día delante de Dios. Pero si de verdad creyeran a **Moisés**, habrían creído en Jesús, **porque de Jesús escribió Moisés**. Probablemente, Cristo no tenía ningún pasaje particular en mente (tal como Dt. 18:15), sino todo el Pentateuco que, junto con el resto del Antiguo Testamento, apuntaba sin equívocos hacia Él (cp. Lc. 24:27).

Los oponentes de Jesús ignoraron la evidencia clara del Antiguo Testamento según la cual Jesús era el Mesías. Pero en un nivel más profundo, tampoco entendían el propósito de la ley mosaica. La consideraban como un medio para la salvación, pero esa nunca fue su intención. La ley se dio para revelar el pecado del hombre y su completa incapacidad de salvarse a sí mismo. Como escribió Pablo en Gálatas 3:24, “la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe”. No podría salvar esta ley, pues cualquier violación deja a las personas en condenación (Gá. 3:10; cp. Ro. 3:19-20).

No debe sorprender que quienes no creían los **escritos** de Moisés, tampoco creyeran en las **palabras** de Cristo. Si habían rechazado las verdades que Moisés les enseñaba, y ellos reverenciaban a Moisés, difícilmente se esperaba que aceptaran la enseñanza de Jesús, a quien injuriaban. Leon Morris escribe:

Si éstos, quienes decían ser discípulos de Moisés, quienes honraban sus escritos como Escrituras sagradas, quienes tenían una reverencia casi supersticiosa por la letra de la ley; en realidad, no creían las cosas que Moisés había escrito y que eran el objeto constante de su estudio, ¿hay alguna posibilidad de que creyeran... las palabras habladas por Jesús? (*El Evangelio según Juan*, pp. 334-335 del original en inglés).

La realidad aleccionadora es que quienes rechazan las enseñanzas de Moisés sobre Jesús, enfrentarán el juicio eterno; una verdad que se enseñó en la historia del joven rico y Lázaro. El hombre rico, desesperado porque sus hermanos se librarán de los tormentos que estaba soportando, le imploró a Abraham:

Tè ruego, pues, padre, que... envíes [a Lázaro] a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos (Lc. 16:27-31).

Los maestros y autoridades religiosas judías expresaron su rechazo final a Moisés y a Jesús cuando usaron su conocimiento pervertido de la ley para justificar la ejecución de Jesús: “Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios” (Jn. 19:7). Habían rechazado el cuádruple testimonio de Juan el Bautista, las obras de Jesús, el Padre y las Escrituras, sobre la deidad de Cristo. Como resultado, en el acto más abyecto de apostasía en la historia, crucificaron a su propio Mesías (Hch. 2:23).

18 Una comida milagrosa

Después de esto, Jesús fue al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberias. Y le seguía gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos. Entonces subió Jesús a un monte, y se sentó allí con sus discípulos. Y estaba cerca la pascua, la fiesta de los judíos. Cuando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos? Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos? Entonces Jesús dijo: Haced recostar la gente. Y había mucha hierba en aquel lugar; y se recostaron como en número de cinco mil varones. Y tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; asimismo de los peces, cuanto querían. Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada. Recogieron, pues, y llenaron doce cestas de pedazos, que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido. Aquellos hombres entonces, viendo la señal que Jesús había hecho, dijeron: Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo. Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo. (6:1-15)

El Nuevo Testamento ofrece numerosas líneas de evidencia para la deidad de Jesucristo y sus muchos milagros no son la menos importante de tales líneas (cp. Hch. 2:22). Estos demuestran su gloria divina de una manera única y poderosa (Jn. 2:11). El mismo Señor los usó para respaldar sus afirmaciones memorables: “Las obras que el Padre me dio para que cumpliera, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado” (5:36). En respuesta a la solicitud exasperada de sus críticos: “¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú

eres el Cristo, dínoslo abiertamente” (10:24), Jesús les respondió: “Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí” (v. 25). El Señor también reprendió a Corazín, Betsaida y Capernaúm porque, a pesar de los numerosos milagros que había realizado en esas ciudades, se negaban porfiadamente a arrepentirse (Mt. 11:20-24).

Cuando Juan el Bautista envió a sus discípulos a preguntarle a Jesús “¿Eres tú el que había de venir, o esperamos a otro?” (Lc. 7:20), Jesús les respondió señalando sus obras milagrosas:

En esa misma hora sanó a muchos de enfermedades y plagas, y de espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista. Y respondiendo Jesús, les dijo: Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio (vv. 21-22).

Y cuando sus propios discípulos no captaron la verdad de su unión con el Padre, les dijo: “Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras” (Jn. 14:11).

A través de todo su ministerio, Jesús podía haber emocionado a las multitudes con sus demostraciones espectaculares de poder divino, como levantar el templo y dejarlo suspendido en el aire o volar por el cielo a velocidades supersónicas. Pero en lugar de eso, escogió mostrar la compasión divina por medio de milagros que liberaban a las personas de sus necesidades. Sanó enfermos (Mt. 4:23-24; 8:2-3, 5-13, 14-16; 9:2-7, 20-22, 27-30, 35; 12:9-13, 15, 14:14; 15:30; 19:2; 20:30-34; 21:14; Mr. 6:5; 7:31-35; Lc. 5:15; 6:17-19, 9:11; 14:1-4; 17:11-14; 22:51; Jn. 4:46-53; 5:1-9; 6:2; 9:1-7), resucitó muertos (Mt. 9:23-25; Lc. 7:11-15; Jn. 11:43) y expulsó demonios (Mt. 4:24:8:16, 28-33; 9:32-33; 12:22; 15:21-28; 17:14-18; Mr. 1:39; Lc. 11:14; 13:32). Ni siquiera los milagros creadores del Señor era trucos mágicos sensacionales. Como indicamos ya en el capítulo 6 de esta obra, cuando Jesús creó el vino en las bodas de Caná (Jn. 2:1-11), satisfizo una necesidad de los invitados y salvó a los novios de una situación embarazosa en lo social. La alimentación milagrosa de los cinco mil fue un gran acto de compasión a favor de las personas que se habrían ido con hambre.

Aunque las autoridades judías no podían negar los milagros de Jesús,

rechazaban vehementemente sus afirmaciones (5:16-47). Pero ese rechazo no lo disuadía ni hacía su mensaje más suave. No obstante, el Señor dejó Judea porque los líderes judíos procuraban matarlo antes del tiempo señalado (5:18; cp. 7:1, 30; 8:20). Entonces, en el capítulo 6 lo encontramos en Galilea, la parte norte de Israel. Este capítulo tiene una estructura semejante a la del capítulo 5; los dos mencionan un milagro de Jesús que lleva a un discurso sobre su deidad. Y los dos cuentan la respuesta del pueblo que, en las dos ocasiones, fue de completo rechazo a su mensaje.

La alimentación de los cinco mil es la cuarta señal que Juan registra para probar que Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios (cp. 2:11; 4:54; 5:1-17). Es el único milagro (sin contar la resurrección de Cristo) que encontramos en Juan y también en los sinópticos (Mt. 14:13-20, Mr. 6:30-44; Lc. 9:10-17), un hecho que enfatiza su importancia, pues la mayoría de lo que Juan escribió complementa a los otros Evangelios, aportando material que estos no incluían. Aunque todos los milagros del Señor fueron asombrosos, la alimentación de los cinco mil demostró su poder creador con más claridad y de modo más impresionante que cualquier otro milagro. De hecho, en términos del número de personas afectadas, fue el más grande de sus milagros (excedió su alimentación posterior de cuatro mil, registrada en Mt. 15:32-39; Mr. 8:1-9). La alimentación de los cinco mil también prepara el escenario para el discurso siguiente del Señor sobre el pan de vida (vv. 22ss.).

La narración se despliega en cuatro escenas: la multitud inconstante, los discípulos sin fe, la comida que calmó su apetito y la coronación falsa.

LA MULTITUD INCONSTANTE

Después de esto, Jesús fue al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberias. Y le seguía gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos. Entonces subió Jesús a un monte, y se sentó allí con sus discípulos. Y estaba cerca la pascua, la fiesta de los judíos. (6:1-4)

La frase *meta tauta* (“**Después de esto**” [cp. 5:1]) no quiere decir necesariamente que los acontecimientos registrados en el capítulo 6 siguen inmediatamente a los del capítulo anterior. Es obvio que hubo un lapso de tiempo importante entre los capítulos 5 y 6. De acuerdo con el versículo 4, los sucesos del capítulo 6 ocurrieron poco antes de la pascua. Si la

fiesta cuyo nombre no se menciona en 5:1 es la fiesta de los tabernáculos, habrían pasado alrededor de seis meses entre los dos capítulos; si fuera la pascua, el intervalo sería de un año. Durante ese intervalo, Jesús estuvo ministrando en Galilea, como lo indican claramente los acontecimientos de Mateo 5:1—8:1; 8:5-13, 18, 23-24; 9:18—11:30; 12:15—14:12; Marcos 3:7—6:30 y Lucas 6:12—9:10. El aumento de su fama en esos seis o doce meses ayuda a explicar el gran tamaño de la multitud que se había reunido en esta ocasión.

La alimentación de los cinco mil ocurrió **al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberias**. Como el área mayor de Galilea se encuentra al occidente del lago, el **otro lado** indicaría el área oriental del lago, más remota y menos populosa. El **mar de Galilea** también se conoce en las Escrituras como el mar de Cineret (Nm. 34:11; Jos. 13:27) y lago de Genesaret (Lc. 5:1). Cuando Juan escribió su Evangelio, se había vuelto comúnmente conocido como Mar de Tiberias (cp. 21:1). Se llamaba así por la ciudad de Tiberias, ubicada en la costa occidental del lago, fundada por Herodes Antipas y llamada así en honor al emperador Tiberio (cp. Lc. 3:1).

Los Evangelios sinópticos sugieren dos razones para que Jesús y sus discípulos se apartaran hacia la región oriental del lago. Primera, los doce acababan de regresar de una misión de predicación (Mr. 6:7-13, 30) y Jesús también había estado ministrando intensamente mientras ellos no estaban (Mt. 11:1). El Señor sabía que los discípulos necesitaban un tiempo de descanso y de instrucción, para hablar de sus experiencias después de completar la misión (Mr. 6:31-32). Mateo 14:13 revela que la noticia sobre la muerte de Juan el Bautista aportó otra razón para que se retiraran: “Oyéndolo Jesús [que Herodes había ejecutado a Juan; 14:1-12], se apartó de allí en una barca a un lugar desierto y apartado”.

Sin embargo, Jesús y sus discípulos no encontraron el retiro tranquilo que buscaban. De acuerdo con Marcos 6:32, cruzaron el mar de Galilea en una barca, pero una **gran multitud** de las ciudades alrededor (Mt. 14:13) **le seguía** a pie por la playa (Mr. 6:33). Cuando llegaron a su destino, había mucha gente esperándolos (Mt. 14:14) y más venían en camino. La multitud no estaba motivada por la fe, el arrepentimiento o el amor genuino hacia Él. Al contrario, lo seguían **porque veían las señales que hacía en los enfermos** (cp. 2:1-11; 4:46-54); Mt. 8:2-4, 5-13, 14-17, 28-34; 9:1-8, 18-26, 27-33; 12:9-13; Mr. 1:21-28). Eran buscadores de emociones que no veían la importancia verdadera de las señales milagrosas de Jesús (cp. v. 26): señalarlo sin equívocos como el Hijo de

Dios y el Mesías. Como tales, eran la contraparte de los falsos creyentes de Judea descritos en 2:23-25. Se agolpaban para ver sus obras, pero al final se negaban a aceptar sus palabras (cp. v. 66). Buscaban los beneficios de su poder en sus vidas físicas, no en sus vidas espirituales.

Después de haber llegado a la costa oriental del lago, **subió Jesús a un monte, y se sentó allí con sus discípulos**. A pesar de la multitud reunida, el Señor quería un tiempo a solas con los doce. Las montañas proporcionaron el escenario para muchas de las escenas importantes en la vida y el ministerio de Cristo: en parte de cuando el diablo lo tentó (Mt. 4:8), el Sermón del Monte (Mt. 5:1; 8:1), la elección de los doce (Mr. 3:13), la práctica de su ministerio de sanidad (Mt. 15:29-30), la transfiguración (Mt. 17:1) el discurso de los Olivos (Mt. 24:3), su encuentro con los discípulos después de la resurrección (Mt. 28:16) y su ascensión (Hch. 1:12). Este **monte** particular probablemente estaba localizado en la región conocida como los Altos del Golán, el lugar de una gran batalla entre sirios e israelitas, durante la guerra de los seis días en 1967.

Como ya se dijo, el hecho de que estuviera **cerca la pascua, la fiesta de los judíos**, ubica este incidente varios meses después de los acontecimientos del capítulo 5. También sugiere que la enorme multitud podría haber estado compuesta, al menos en parte, por peregrinos que se preparaban para viajar a Jerusalén para **la fiesta**. Más aún, fue en **la pascua**, cuando se conmemora la liberación de la nación del dominio egipcio, cuando los sentimientos nacionalistas judíos alcanzaban su apogeo. Esto puede ayudar a explicar el celo de la multitud que intentó hacer rey a Jesús (v. 15).

LOS DISCÍPULOS SIN FE

Cuando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos? Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos? (6:5-9)

Después de pasar un tiempo en la montaña con los doce, Jesús **vio que**

había venido a él gran multitud. Los Evangelios sinópticos dicen que “sanó a los que de ellos estaban enfermos” (Mt. 14:14) y “les hablaba del reino de Dios” (Lc. 9:11). Marcos dice que Jesús “tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas” (Mr. 6:34; cp. Nm. 27:17; 1 R. 22:17; Mt. 9:36). El Señor conocía los motivos superficiales de la multitud que lo seguía (v. 26), pero era tal su misericordia abundante que de todas maneras satisfizo sus necesidades.

Cuando ya era tarde (Mr. 6:35) o cuando el día se estaba acabando (Lc. 9:12) y “anochecía, se acercaron a él sus discípulos, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya pasada; despide a la multitud, para que vayan por las aldeas y compren de comer” (Mt. 14:15). Sin embargo, Jesús tenía en mente una solución diferente. **Le dijo a Felipe: “¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?”**. No se revela por qué destacó el Señor a Felipe. Puede ser que fuera el administrador de los doce, el responsable de organizar las comidas y encargarse de los detalles logísticos. La pregunta pretendía mostrar la imposibilidad de encontrar un lugar donde se pudiera conseguir tal cantidad de pan.

Jesús no intentaba descubrir qué estaba pensando Felipe, Él ya sabía eso (cp. 2:25; 21:17). Tampoco necesitaba las ideas de Felipe para ayudarlo a concebir un plan. Sabía que Felipe no conocía ningún lugar para obtener ese pan y que no tenía un plan para conseguirlo. Cuando el Señor le hace la pregunta a Felipe (y por extensión al resto de los discípulos, cp. Lc. 9:12), su propósito era **probarle; porque él sabía lo que había de hacer**; y no estaba relacionado con comprar pan. Tal como lo hace con todas las personas, el Señor planteó un dilema a manera de prueba a sus discípulos, para fortalecer su fe. Santiago escribió: “Tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna” (Stg. 1:2-4). Igualmente, el apóstol Pedro declaró: “En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque percedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1 P. 1:6-7).

La fe de Felipe (y la del resto de los doce) demostró ser poca y exclamó sin esperanza: “**Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco**”. A Felipe le pareció que no

tenía sentido explicar dónde podrían obtener el pan, pues claramente no tenían el dinero suficiente para comprarlo, de haberlo encontrado. Un denario equivalía a un día de pago para un trabajador común (Mt. 20:2), de modo que **doscientos denarios** serían aproximadamente el pago de ocho meses para un trabajador promedio. La respuesta de Felipe enfatizaba la imposibilidad de la situación ante sus ojos y revelaba la insuficiencia de su fe. Ya había visto a Cristo realizar muchos milagros, incluido el de convertir el agua en vino (2:1-11). También le eran conocidos los relatos del Antiguo Testamento sobre la provisión divina y milagrosa de comida (Éx. 16; Nm. 11:31-32; 1 R. 17:9-16; 2 R. 4:1-7). Y aun así, “en lugar de fijarse en Jesús, la computadora mental de Felipe comenzó a trabajar como una caja registradora y todo lo que podía pensar era el total de efectivo que se necesitaría para proveer a cada persona con solo un poco de pan” (Gerald L. Borchert, *John 1—11*, The New American Commentary [Juan 1—11, Nuevo comentario estadounidense] [Nashville: Broadman & Holman, 2002], p. 253).

Al menos **Andrés**, a diferencia de Felipe, intentó hallar una solución (aunque bien pudo haber estado corroborando el pesimismo de Felipe). Le dijo a Jesús que su búsqueda lo había llevado a un muchacho con **cinco panes de cebada y dos pececillos**. Marcos 6:38 registra que Jesús ordenó a los discípulos ir a buscar cuánta comida tenía la multitud. Al parecer, Andrés comentaba los resultados de esa búsqueda. O, tal vez, la búsqueda ocurrió después del informe y confirmaba aún más la triste realidad. En cualquier caso, la fe de Andrés también se terminó cuando consideró la enormidad del problema logístico. Después de hacer el recuento de qué había encontrado, añadió con escepticismo: “**Mas ¿qué es esto para tantos?**”. La respuesta de Andrés mostró que él, como Felipe y los demás, no pasaron la prueba de la fe. Ninguno respondió afirmando el poder de Jesús para proveer.

LA COMIDA QUE CALMÓ EL APETITO

Entonces Jesús dijo: Haced recostar la gente. Y había mucha hierba en aquel lugar; y se recostaron como en número de cinco mil varones. Y tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; asimismo de los peces, cuanto querían. Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada. Recogieron, pues, y llenaron

doce cestas de pedazos, que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido. (6:10-13)

Como los discípulos estaban paralizados, Jesús se hizo cargo de la situación. En lugar de reprenderlos por su fe débil, los puso a trabajar, les dijo que hicieran **recostar la gente**. Puede que su fe hubiera fallado, pero no su obediencia y, a pesar de las dudas, siguieron las instrucciones del Señor. El recuerdo personal de Juan, de que **había mucha hierba en aquel lugar**, es el tipo de detalles que un testigo ocular recuerda. Confirma además que la alimentación de los cinco mil ocurrió en la primavera (la pascua [v. 4] era en marzo o abril), antes de que la hierba se secara bajo el sol abrasador del verano. Marcos añade que los discípulos sentaron a las personas en grupos de cincuenta y de cien (Mr. 6:40), para poder distribuir más fácil la comida, sin duda. Los cuatro Evangelios afirman que había **cinco mil** hombres presentes, sin contar las mujeres y los niños (Mt. 14:21). Si se permite un número razonable de mujeres y niños, el número total de personas probablemente estuviera entre quince mil y veinte mil.

Con sencillez y sin hacer fanfarria, **tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; asimismo de los peces**. El Señor no creó una gran cantidad de comida en un instante; más bien, continuamente “partió los panes, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y repartió los dos peces entre todos” (Mr. 6:41). La multitud atónita, sentada en la ladera verde aquella noche, fue testigo del Dios Creador en acción.

Mateo, Marcos y Lucas registran que el Señor **repartió** la comida a la multitud a través de sus discípulos. Por supuesto, Jesús no necesitaba usarlos; con la misma facilidad podría haber distribuido la comida para la multitud por medios sobrenaturales. Sin embargo, Dios suele obrar por medio de humanos débiles y falibles. Usó a Moisés, quien era “muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra” (Nm. 12:3), para liberar a su pueblo de la atadura egipcia; usó a Gedeón, el hijo menor de la familia menos importante de Manasés (Jue. 6:15), para liberar a Israel de los madianitas; y usó a David, un pastorcillo desconocido, para matar a Goliat, poderoso guerrero, y librar a Israel de los filisteos. Pablo recordó a los corintios orgullosos y arrogantes: “Lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte” (1 Co. 1:27).

El Señor no hace las cosas a medias. En lugar del poco del que habló Felipe con sus dudas (v. 7), todos comieron **cuanto querían** hasta que **se hubieron saciado**. Después, Jesús les ordenó a **sus discípulos**: **“Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada”**. La provisión abundante de Dios no era excusa para desperdiciar los recursos (cp. Pr. 25:16). Los discípulos **recogieron** la comida que quedó, **y llenaron doce cestas** (del tipo usado para llevar comida) **de pedazos, que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido**. Lo que quedó excedía con mucho **los cinco panes de cebada** originales, era una demostración sorprendente de la gracia abundante de Dios. Algunos creen que las doce cestas simbolizan la provisión de Dios para los doce tribus de Israel. Una explicación más simple es que había doce cestas porque había doce apóstoles recogiendo los sobrantes. Cristo no proveyó sólo comida suficiente para satisfacer el hambre de la multitud, también proveyó a los discípulos la comida del día siguiente.

LA CORONACIÓN FALSA

Aquellos hombres entonces, viendo la señal que Jesús había hecho, dijeron: Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo. Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo. (6:14-15)

Impresionados por **la señal que Jesús había hecho, dijeron**: **“Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo”**. La referencia es a la profecía mesiánica de Moisés en Deuteronomio 18:15-19 (cp. Hch. 3:20-22). Sin duda, la provisión milagrosa de comida por parte de Jesús les recordó a Moisés y el maná que Dios proveyó para Israel en el desierto. Alimentar una multitud tan grande era un verdadero milagro de creación; no un relato de cómo manipuló Jesús a la multitud para que dividieran su almuerzo, según han argumentado algunos escépticos. Si fuera eso lo ocurrido, difícilmente la multitud habría visto en ello una señal milagrosa que señalara a Jesús como el Cristo. Era un milagro sobrenatural y probaba que Jesús era el Mesías; el pueblo se dio cuenta correctamente de ello, pero sacaron conclusiones incorrectas sobre el significado de dicha identificación.

La declaración del pueblo, hecha a continuación de que Jesús sanara a los enfermos y llenara sus estómagos, reveló qué buscaban ellos en un mesías. Querían un libertador terrenal, alguien que satisficiera sus

necesidades físicas—comida y salud estaban en la parte superior de la lista—, además de librarlos del odiado yugo de la opresión romana. Por eso, **iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey**. Teniéndolo por proveedor, nunca les faltaría comida y tendrían la posibilidad de ser sanados de toda enfermedad. Podían ir a Jerusalén, derrotar a los romanos y establecer el mejor sistema de bienestar social. Sin embargo, Jesús se negó a que lo hicieran rey por la fuerza en esos términos egoístas (y carentes de arrepentimiento). Por consiguiente, envió a los discípulos en barca (Mt. 14:22; Mr. 6:45), dispersó la multitud (Mt. 14:23; Mr. 6:45-46) y **volvió a retirarse al monte él solo**.

Jesús no consiente caprichos o fantasías. Él no vino a los hombres en esos términos humanos. Las personas no pueden manipularlo para sus fines egoístas. Algunos evangelistas modernos, en un intento de ser “buscadores amistosos”, presentan a Jesús ante los incrédulos como una solución rápida de necesidades básicas de salud, riqueza y autoestima; presentándole en un mercadeo superficial de proveedor de todo lo que quieren los incrédulos. Pero ese es el mensaje del evangelio al revés. Las personas no llegan a Cristo en esos términos; no para que restaure sus relaciones rotas, no para tener éxito en la vida, no para ayudarlos a sentirse bien con ellos mismos. En su lugar, deben ir a Él en los términos de Él. Jesús ama a los creyentes con misericordia y les concede un legado rico en gozo (Jn. 15:11), paz (Jn. 14:27) y consuelo (2 Co. 1:3-7). Pero al mismo tiempo hace un llamamiento a los pecadores para que lloren su pecado (Mt. 5:4), se arrepientan (Mt. 4:17) y le reconozcan como el Señor soberano (Ro. 10:9; cp. Fil. 2:9-11), a quien le deben completa obediencia (Jn. 14:15, 21; 1 Jn. 5:3). También hoy sigue alejándose de quienes lo buscan para sus fines egoístas, tal como lo hizo con la multitud que lo buscó para hacerlo rey en los términos de ellos. Y, como quedará claro más adelante en el capítulo 6, aleja a otros con las duras exigencias del evangelio (v. 66).

19 Características de los discípulos falsos y verdaderos

Al anochecer, descendieron sus discípulos al mar, y entrando en una barca, iban cruzando el mar hacia Capernaum. Estaba ya oscuro, y Jesús no había venido a ellos. Y se levantaba el mar con un gran viento que soplabá. Cuando habían remado como veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba a la barca; y tuvieron miedo. Mas él les dijo: Yo soy; no temáis. Ellos entonces con gusto le recibieron en la barca, la cual llegó en seguida a la tierra adonde iban. El día siguiente, la gente que estaba al otro lado del mar vio que no había habido allí más que una sola barca, y que Jesús no había entrado en ella con sus discípulos, sino que éstos se habían ido solos. Pero otras barcas habían arribado de Tiberias junto al lugar donde habían comido el pan después de haber dado gracias el Señor. Cuando vio, pues, la gente que Jesús no estaba allí, ni sus discípulos, entraron en las barcas y fueron a Capernaum, buscando a Jesús. Y hallándole al otro lado del mar, le dijeron: Rabí, ¿cuándo llegaste acá? Respondió Jesús y les dijo: De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre. Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado. (6:16-29)

Uno de los monumentos más conocidos de Hawai es *Diamond Head*, un volcán inactivo en la isla de Oahu. Los primeros exploradores occidentales le dieron ese nombre por las piedras brillantes que vieron incrustadas en sus pendientes, no por su forma. Cuando los marineros observaron esas piedras a la distancia, se imaginaron emocionados que habían descubierto diamantes. Pero para su desilusión, un examen más

cercano reveló que los “diamantes” eran cristales de calcita sin valor.

En un sentido similar, hay muchos que se ven en la distancia cual discípulos del Señor, pero la investigación cercana los muestra diferentes a lo que dicen ser. Tales personas brillan exteriormente como si fuesen diamantes brillantes, pero por dentro no son más que piedras sin valor. El Nuevo Testamento los describe como cizaña en medio del trigo (Mt. 13:25-30); peces malos que deben echarse (13:48); cabras condenadas al castigo eterno (25:33, 41); los que se quedan afuera cuando el padre de familia cierra la puerta (Lc. 13:25-27); vírgenes insensatas que se quedan fuera de la fiesta (Mt. 25:1-12); y siervos inútiles que entierran la riqueza de su señor (25:24-30). Son apóstatas que a la larga abandonarán la comunidad de creyentes (1 Jn. 2:19), manifestarán su corazón malo e incrédulo porque abandonarán al Dios vivo (He. 3:12), continuarán pecando voluntariamente después de recibir el conocimiento de la verdad (He. 10:26) y caerán de la verdad a la destrucción eterna (v. 39). Aunque puedan pensar que van camino al cielo, en realidad van por el camino ancho que lleva al infierno (Mt. 7:13-14).

A la luz del serio peligro de engañarse, la Biblia hace hincapié en el coste de ser un discípulo auténtico de Jesucristo. Cuando un candidato a seguidor le dijo: “Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre” (Mt. 8:21)—una forma de hablar cuyo significado es “Espera hasta que reciba mi herencia”—, Jesús le respondió: “Sígueme; deja que los muertos [espirituales] entierren a sus muertos” (v. 22). Cuando otro le dijo: “Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa” (Lc. 9:61), Jesús le respondió: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (v. 62). Lucas 14:27-35 registra la advertencia aleccionadora del Señor sobre contar cuidadosamente el coste de seguirlo:

Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. ¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está

todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. Buena es la sal; mas si la sal se hiciere insípida, ¿con qué se sazonará? Ni para la tierra ni para el muladar es útil; la arrojan fuera. El que tiene oídos para oír, oiga.

Jesús advirtió que ser su discípulo significa amarlo sobre todas las cosas, aun sobre la propia familia:

No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí (Mt. 10:34-37; cp. 19:29).

También significa amarlo más que a la vida. En Lucas 9:23-24 Jesús dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará” (cp. Mt. 10:38-39; Lc. 14:27; 17:33; Jn. 12:25; 1 Co. 15:31). Jesús no hablaba de las pruebas generales de la vida con su referencia a la cruz en esta ocasión. Tampoco se refería al Calvario, pues no había sufrido allí aún. Sus oyentes captaron el significado inmediatamente: la cruz significa muerte. Solo los discípulos verdaderos están dispuestos a someterse al señorío de Cristo en todo; incluso si eso significa persecución y ejecución. No hay precio demasiado alto por el don de la vida eterna.

Los falsos discípulos, por otro lado, se deshacen cuando las cosas se ponen difíciles. Cuando viene “la aflicción o la persecución por causa de la palabra” o “el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra” (Mt. 13:21-22), muestran quiénes son en realidad. Como veremos más adelante en el capítulo 6, después de oír al Señor enseñando que Él es el pan de vida, “muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?... Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (Jn. 6:60, 66). Esta clase de falsos discípulos no viene a Cristo para inclinarse ante Él como Señor y

Salvador; vienen buscando su ganancia personal. Cuando no se materializan sus deseos egoístas, lo abandonan por completo.

Este capítulo muestra que no todos los *discípulos* son creyentes verdaderos (v. 66), pero todos los creyentes son *discípulos*; es decir, seguidores devotos de Cristo. Debe notarse que los *discípulos* no son una clase especial de cristianos que buscan activamente la santificación, a diferencia de los *creyentes* que tan solo han creído en Cristo y han recibido la justificación. La Biblia deja claro que todos los cristianos son discípulos verdaderos (*discípulo* es sinónimo de *creyente* en el libro de Hechos; p. ej., 6:1-2, 7; 9:1, 19, 26, 36, 38; 11:26, 29; 13:52; 15:10; 18:23, 27; 19:9, 30; 20:1; 21:4, 16), y que todos los cristianos verdaderos van en pos de la santificación (1 Co. 1:30; Ef. 2:10; Stg. 2:14-26; cp. 1 Co. 6:11). (Para mayor explicación sobre este asunto, véase mi libro *El evangelio según Jesucristo* [El Paso: Mundo Hispano, 2003]).

Los versículos 16-29 abarcan dos pasajes que montan el escenario para el discurso del Señor sobre el pan de vida. También describen el contraste marcado entre los verdaderos discípulos y los falsos. El primer relato cuenta que Jesús caminó sobre el agua hacia los doce, que estaban atrapados en una tormenta en el lago de Galilea. Aquí se ilustra la respuesta que tienen los verdaderos discípulos hacia el Señor. El segundo relato, en el que la misma multitud que había sido alimentada (6:1-15) busca a Jesús para obtener más comida gratis, revela cómo responden los falsos discípulos ante el Señor. Jesús realizó una señal sobrenatural para los dos grupos. Pero las respuestas en cada uno de ellos fueron completamente diferentes.

LA RESPUESTA DE LOS DISCÍPULOS VERDADEROS

Al anochecer, descendieron sus discípulos al mar, y entrando en una barca, iban cruzando el mar hacia Capernaum. Estaba ya oscuro, y Jesús no había venido a ellos. Y se levantaba el mar con un gran viento que soplaba. Cuando habían remado como veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba a la barca; y tuvieron miedo. Mas él les dijo: Yo soy; no temáis. Ellos entonces con gusto le recibieron en la barca, la cual llegó en seguida a la tierra adonde iban. (6:16-21)

Caminar sobre el agua (véanse las narraciones de este milagro en Mt. 14:24-33; Mr. 6:47-52) es la quinta (cp. Jn. 2:11; 4:54; 5:1-17; 6:1-15)

señal milagrosa de Jesús registrada por Juan en su Evangelio (20:30-31). De acuerdo con el propósito de Juan, este milagro demuestra la deidad de Cristo al revelar su poder sobre las leyes de la naturaleza. Y, a diferencia de los discípulos falsos de los versículos 22-29, aquí se expone la respuesta reverente de los verdaderos seguidores de Jesús.

LA SEÑAL SOBRENATURAL

Al anochecer, descendieron sus discípulos al mar, y entrando en una barca, iban cruzando el mar hacia Capernaum. Estaba ya oscuro, y Jesús no había venido a ellos. Y se levantaba el mar con un gran viento que soplaba. Cuando habían remado como veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba a la barca; y tuvieron miedo. (6:16-19)

Cuando Jesús despidió a la multitud (frustrando así su intento de hacerlo rey por la fuerza; 6:14-15), también despachó a sus discípulos (Mt. 14:22). Sin duda, estaban emocionados por la respuesta del pueblo. Finalmente, parecía que su maestro recibía el honor debido. Jesús les había enseñado a orar por la venida del reino (Mt. 6:10) y podría parecer que esa oración estaba a punto de responderse. El Señor alejó a los discípulos de esta situación, pues conocía sus corazones y no quería que fueran arrastrados por el entusiasmo superficial de la multitud. Probablemente, no entendieron por qué el Señor los estaba despidiendo, pero aun así le obedecieron.

De acuerdo con Marcos 6:45, su destino inicial era Betsaida, no muy lejos de donde había alimentado a los cinco mil. Al parecer, planeaban encontrarse con Jesús allí, antes de cruzar el lago hacia la costa occidental (Mt. 14:34; Mr. 6:53). **Al anochecer, descendieron sus discípulos al mar, y entrando en una barca, iban cruzando el mar hacia Capernaum.** *Al anochecer* se refiere a la segunda noche (cp. Éx. 12:6, donde se lee lit. “entre las dos tardes”), desde la puesta del Sol hasta cuando oscurecía. Esperaron en Betsaida hasta que **estaba ya oscuro**. Entonces, como **Jesús no había venido a ellos**, regresaron con renuencia a la barca y emprendieron el viaje hacia Capernaum, en la costa noroccidental.

El lago de Galilea está a poco más de doscientos metros bajo el nivel del mar en el valle del Jordán, mientras que los montes de alrededor se levantan abruptamente a más de seiscientos metros sobre el nivel del mar.

La caída a pique desde la cima de los montes hasta la superficie del lago, de más de ochocientos metros, crea las condiciones ideales para las violentas tormentas repentinas por las que es notorio el lago de Galilea (cp. Mt. 8:23-27). El aire frío baja deprisa por las pendientes, golpea la superficie del lago con gran fuerza, bate el agua y crea olas que generan situaciones peligrosas para las barcas pequeñas.

Cuando los discípulos cruzaban el lago en dirección a Capernaum, se vieron atrapados en uno de estos chubascos repentinos. Juan recordó que **se levantaba el mar con un gran viento que soplaba**. El viento era tan poderoso que sacó de curso la pequeña barca de los discípulos “bastante lejos de la tierra” (Mt. 14:24, NVI), “en medio del mar” (Mr. 6:47). A pesar de que la barca era “azotada por las olas” (Mt. 14:24), los discípulos se dedicaron a “remar con gran fatiga” (Mr. 6:48) intentando desesperadamente alcanzar la costa occidental (aunque la barca hubiera estado preparada con una vela, habría servido de poco porque los discípulos remaban contra el viento [Mt. 14:24]). Pero su progreso era dolorosamente lento. Los discípulos habían salido de Capernaum en algún momento entre las 6:00 y las 9:00 de la noche (Jn. 6:16) y de acuerdo con Mateo 14:25 y Marcos 6:48 ahora era la cuarta vigilia de la noche (entre 3:00 y 6:00 a.m.). Durante esas horas largas, oscuras, agotadoras y estresantes, **habían remado solamente como veinticinco o treinta estadios** [N.T.: Alrededor de dos o tres kilómetros].

Mientras tanto, Jesús estaba solo en la montaña orando (6:15; Mt. 14:23; Mr. 6:46). Sin embargo, el Pastor Fiel (Jn 10:11-14) nunca se había olvidado de sus discípulos. Con su sabiduría infinita, planeaba ayudarlos en su tiempo perfecto. La soberanía, omnipotencia y omnisciencia divinas nunca actúan con prisa. Por supuesto, los discípulos no podrían haber imaginado jamás de qué forma vendría esa ayuda.

De repente, a través de la oscuridad, con el viento arremolinado, el escozor de las salpicaduras y el furor de las olas, **vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba a la barca**. Habían luchado por horas pero habían avanzado poco. Sin embargo, él caminaba sin esforzarse hacia los dientes del vendaval. De hecho, Jesús se movía tan rápido que a los discípulos les pareció que quería adelantárseles (Mr. 6:48). Los discípulos no reconocieron la figura misteriosa que venía caminando hacia su barca, por causa de la oscuridad y de la bruma agitada por el viento.

Muchos discípulos eran pescadores de profesión (tal vez hasta siete de ellos) y estaban acostumbrados a estar en el lago de noche con climas

difíciles (cp. 21:3; Lc. 5:5). Aunque sin duda estaban preocupados (cp. Mt. 8:23-27; Mr. 4:36-41; Lc. 8:22-25) porque las olas amenazaban con volcar la barca (Mr. 4:37; Lc. 8:23), estaban acostumbrados a este tipo de tormentas. Con toda certeza, a lo que no estaban acostumbrados era a ver figuras humanas caminando sobre el agua. No sorprende que **tuvieron miedo** y que gritaron aterrorizados: “¡Un fantasma!” (Mt. 14:26; Mr. 6:49).

Algunos escépticos incrédulos han sugerido que en realidad Jesús caminaba a lo largo de la playa y que los discípulos aterrorizados creyeron erradamente que estaba caminando sobre el agua. Pero la barca de los discípulos estaba demasiado lejos de la tierra (Mt. 14:24 dice lit. “muchos estadios”, un estadio son 135 metros) para que ellos pudieran haber visto a través de la oscuridad de la tormenta a una persona que caminaba en la playa. La idea de que estos pescadores experimentados creyeran que alguien caminaba en la playa no es sino un intento desesperado por negar los hechos sobrenaturales descritos claramente en los Evangelios. Como todos los milagros de Jesús, caminar sobre el agua no era un truco mágico frívolo suyo. Al haber suspendido la ley de la gravedad, les dio a sus discípulos una prueba visible y dramática de ser el Creador y controlador del universo físico (1:3; Col. 1:16; He. 1:2).

LA RESPUESTA

Mas él les dijo: Yo soy; no temáis. Ellos entonces con gusto le recibieron en la barca, la cual llegó en seguida a la tierra adonde iban. (6:20-21)

Como ya se dijo, y como sería de esperar, los doce respondieron ante la aparición milagrosa de Jesús con puro terror. No había explicación natural para lo que estaban viendo. Para sumarle a su miedo, al principio los discípulos no reconocieron a Jesús. Pero el Señor los tranquilizó al decirles: “¡Tened ánimo! [Mt. 14:27; Mr. 6:50]. **Yo soy; no temáis**”. Cuando finalmente reconocieron a Jesús, felices y **con gusto le recibieron en la barca**.

Los doce anhelaban la presencia de Jesucristo, como todos sus verdaderos discípulos. Habían sido reacios a dejarlo cuando Él los despidió junto con la multitud (el verbo que se traduce “hizo” en Mt. 14:22 y Mr. 6:35 significa lit. “obligar” o “forzar” a las personas a hacer algo que no quieren hacer; véase su uso en Lc. 14:23; Hch. 26:11; 28:19;

2 Co. 12:11; Gá. 2:3, 14; 6:12). Sin duda, se decepcionaron cuando Jesús no apareció antes de comenzar el viaje por el lago (vv. 16-17). Ahora, para su asombro y alivio, había regresado a ellos de la manera más inesperada y estaban contentos.

Pedro, tan impetuoso y audaz como siempre, no pudo esperar a que el Señor llegara a la barca. Estaba tan deseoso de estar cerca de Jesús que saltó al agua para encontrárselo antes:

Entonces le respondió Pedro, y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús. Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame! Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste? (Mt. 14:28-31).

El relato de cuando Jesús caminó sobre el agua en realidad incluye cuatro milagros, no uno. No solo caminó Jesús sobre el agua, también lo hizo Pedro (al menos por unos instantes). Mateo y Marcos registran un tercer milagro. Cuando Jesús (y Pedro, empapado y escarmentado) subió a la barca, el viento paró inmediatamente (Mt. 14:32; Mr. 6:51). Por último, Juan registra un cuarto milagro: después que Jesús subió a la barca y calmó la tempestad, **la barca llegó en seguida a la tierra adonde iban**. Milagrosamente, la barca atravesó en un instante la distancia faltante para llegar a la costa occidental.

Completamente asombrados (cp. Mr. 4:41), “los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios” (Mt. 14:33). La única respuesta apropiada ante Jesucristo es caer delante de Él en adoración, como lo hicieron los sabios en su nacimiento (Mt. 2:11), la mujer cananea (15:25), el ciego a quien Jesús sanó (Jn. 9:38), la mujer que fue a la tumba después de la resurrección (Mt. 28:9), Tomás (Jn. 20:28) y los otros once discípulos (Mt. 28:17; Lc. 24:52). Aunque los doce estaban maravillados con el milagro de Jesús, respondieron como verdaderos adoradores de Jesucristo: con adoración.

LA RESPUESTA DE LOS FALSOS DISCÍPULOS

El día siguiente, la gente que estaba al otro lado del mar vio que no

había habido allí más que una sola barca, y que Jesús no había entrado en ella con sus discípulos, sino que éstos se habían ido solos. Pero otras barcas habían arribado de Tiberias junto al lugar donde habían comido el pan después de haber dado gracias el Señor. Cuando vio, pues, la gente que Jesús no estaba allí, ni sus discípulos, entraron en las barcas y fueron a Capernaum, buscando a Jesús. Y hallándole al otro lado del mar, le dijeron: Rabí, ¿cuándo llegaste acá? Respondió Jesús y les dijo: De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre. Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado (6:22-29)

El relato de Juan sigue contrastando la respuesta de los doce con la de la multitud a la que Jesús había alimentado. Ellos también habían sido testigos de su poder creador divino; pero, en lugar de responder con adoración sincera, respondieron con egoísmo y avaricia.

LA SEÑAL SOBRENATURAL

El día siguiente, la gente que estaba al otro lado del mar vio que no había habido allí más que una sola barca, y que Jesús no había entrado en ella con sus discípulos, sino que éstos se habían ido solos. Pero otras barcas habían arribado de Tiberias junto al lugar donde habían comido el pan después de haber dado gracias el Señor. Cuando vio, pues, la gente que Jesús no estaba allí, ni sus discípulos, entraron en las barcas y fueron a Capernaum, buscando a Jesús. (6:22-24)

Habiendo Jesús cruzado el lago durante la noche, junto con sus discípulos, hacia la playa occidental, la escena del **día siguiente** volvió al lado oriental del lago. Al menos parte de **la gente que** había atestiguado las sanidades de Jesús (v. 2) y se había alimentado con un milagro (vv. 3-13), **estaba al otro lado del mar** (al Oriente) a la mañana siguiente. Habían pasado allí la noche (Mt. 14:22; Mr. 6:45) y en la mañana habían ido a buscarlo, con la esperanza de obtener más comida gratuita (v. 26),

tal vez aún con la intención de hacerlo rey por la fuerza, de modo que Él fuera una fuente permanente de provisión milagrosa (v. 15).

Poco a poco se dieron cuenta de que algo extraño había ocurrido. Recordaron que el día anterior **no había habido allí más que una sola barca**, la que usaron los discípulos. También sabían **que Jesús no había entrado en ella con sus discípulos, sino que éstos se habían ido solos**. Entonces, el misterio era ¿dónde estaba Jesús si no había partido con los discípulos? Por supuesto, la multitud no sabía qué había ocurrido en realidad, no lo habían visto caminar sobre el agua.

El versículo 23 es un paréntesis, explica de dónde provenían las **otras barcas** que transportaron a la multitud de vuelta a Capernaúm. **Tiberias** era una ciudad importante en la costa occidental del lago de Galilea (véase la explicación de 6:1 en el capítulo 18). No está claro por qué llegó la flota **junto al lugar donde miles habían comido el pan después de haber dado gracias**. Tal vez los dueños de las barcas supieron de la alimentación milagrosa y fueron a investigar. O podrían haber ido a recoger a sus amigos o seres queridos. O actuar como taxis acuáticos, en busca de dinero a sabiendas de que un gran número de personas necesitaba viajar. Puede que hubieran tenido que buscar refugio de la misma tormenta en que los discípulos estuvieron atrapados la noche anterior.

Después de buscar a Jesús sin éxito, **la gente** finalmente se dio cuenta de **que Jesús no estaba allí, ni sus discípulos**. Así, **entraron en las barcas y fueron a Capernaum**, la ciudad donde Jesús moraba (Mt. 4:13), el lugar lógico donde podrían buscarlo. Algunas de las personas también pudieron haber oído cuando el Señor les dijo a sus discípulos que navegaran para allá (Mt. 14:22).

Aunque la multitud buscaba a Jesús (v. 24), lo hacía por las razones erróneas. Lo seguían por lo que podían obtener de Él; no estaban interesados en adorarlo u obedecerle. La noche anterior habían experimentado su poder y su provisión milagrosa (con las sanidades y la alimentación); todos habían experimentado y se habían beneficiado de esa señal sobrenatural. Pero en lugar de responder con adoración humilde (como los doce), querían más de Él. No tenían un interés distinto con Jesús. Querían que Él les sirviera. Las multitudes superficiales siempre son blanco fácil de las falsas promesas de prosperidad personal.

LA RESPUESTA

Y hallándole al otro lado del mar, le dijeron: Rabí, ¿cuándo llegaste acá? Respondió Jesús y les dijo: De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre. Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado. (6:25-29)

Cuando la multitud encontró a Jesús en Capernaúm, le dijeron sorprendidos: “**Rabí, ¿cuándo llegaste acá?**”. Como ya se dijo, ellos sabían que Jesús no había partido en la barca con los discípulos. Tampoco podía haber caminado (por el suelo) hasta Capernaúm, sin que le hubieran visto. Aunque lo habían encontrado, el misterio de cómo había llegado allí seguía vigente.

Jesús no les respondió adrede. Justo el día anterior habían intentado hacerlo rey por la fuerza, después que los alimentó milagrosamente; decirles de otro milagro aún más espectacular solo habría aumentado su fervor mesiánico equivocado. Por otro lado, el Señor no se comprometía con los falsos discípulos buscadores de emociones (2:24; cp. Sal. 25:14; Pr. 3:32; Mt. 13:11). Ignoró entonces su pregunta superficial e irrelevante y trató el asunto, más profundo, de sus motivos pecaminosos.

Como ocurre por todo el Evangelio de Juan (p. ej., 1:51; 3:3, 5; 5:24; 6:47, 53; 8:51, 58; 13:21), la afirmación solemne *amēn, amēn (De cierto, de cierto)* expone una verdad importante a la cual Jesús quería que sus oyentes prestaran atención. La reprensión del Señor puso al descubierto sus corazones egoístas y materialistas: “**Me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis**”. Estaban tan ciegos por su deseo superficial de comida y milagros que no vieron la importancia espiritual verdadera de Cristo y su misión. “No los movía la llenura de sus corazones sino la llenura de sus barrigas” (Leon Morris, *El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 358 del original en inglés). Aunque habían sido testigos de **las señales** que Jesús había realizado (v. 14), no captaron las implicaciones espirituales de esas señales. De forma sorprendente, después de alimentar a la multitud, ni siquiera los doce “habían entendido lo de los panes, por cuanto estaban endurecidos sus corazones” (Mr. 6:52). No comprendieron la realidad total de tener a Dios en medio de ellos, sino hasta después que Él caminó

sobre las aguas. Entonces dijeron: “Verdaderamente eres Hijo de Dios” (Mt. 14:33). Antes el Señor ya había calmado otra tempestad en el mismo lago y ellos solo se habían preguntado “¿Qué hombre es éste?” (Mt. 8:27). Así, nuestro Señor los llamó “hombres de poca fe” (Mt. 8:26).

Jesús reprendió a la multitud por su materialismo insensible. En lugar de trabajar **por la comida que perece**, la comida física que buscaban, Jesús los exhortó a ir en pos de **la comida que a vida eterna permanece** (que es Jesús, el pan de vida, vv. 35, 54). Aunque ciertamente Él era consciente de la necesidad del alimento físico (cp. vv. 10-12), le interesaba mucho más el bienestar espiritual. Tal como antes había diferenciado el agua física del “agua que salte para vida eterna” (4:14), aquí Jesús apartó a sus oyentes de la comida literal y los llevó al pan de vida (vv. 33, 35, 48, 51). En lugar de fijarse en el hombre externo que decae (2 Co. 4:16), necesitaban buscar el alimento espiritual que **el Hijo del Hombre** puede dar. Después de todo, de nada sirve ganar el mundo entero si se pierde el alma (Mt. 16:26; Lc. 12:16-21). Como aquel a quien **señaló Dios el Padre**, Jesús tenía la autoridad para ofrecer la comida espiritual que viene de Dios y satisface el hambre de justicia (Mt. 5:6).

En respuesta al mandamiento de Jesús en el versículo 27 (ir tras la comida imperecedera de vida eterna), el pueblo le dijo: “¿**Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?**”. Filtraban las palabras de Jesús por medio de sus mentes retorcidas y creían que les hablaba de la necesidad de las obras para obtener la vida eterna. ¿Qué era aquello que debían hacer?, se preguntaban. De modo semejante a cuando el joven rico le preguntó “Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?” (Mt. 19:16) y en Lucas 10:25, cuando “un intérprete de la ley se levantó y dijo, para probarle: Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?”. Los judíos conocían aquello de buscar la vida eterna por medio de su religión, luego era una pregunta usual.

Por supuesto, la verdadera salvación no es por obras (Tit. 3:5). Así, Jesús les respondió su pregunta mostrándoles que la única **obra** aceptable para Dios era creer **en el que él ha enviado**. La salvación es solo por gracia (Ef. 2:8-9) solo por medio de la fe (Ro. 3:28) y solo en Cristo (Hch. 4:12), “ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Ro. 3:20; Gá. 2:16). La salvación es un regalo de Dios (Jn. 4:10; Ro. 5:15; 6:23; Ef. 2:8). Jesús llamó **obra** a la fe puesto que...

Por un lado, una persona no puede hacer nada para ser

aceptada por Dios. Por otro lado, la aceptación de Dios no puede ser el soporte de una “creencia” meramente teológica sobre Dios... Por lo tanto, la aceptación de Dios es una relación que Dios da ([Ro.] 6:27), y creer y obedecerle son formas paralelas de reconocer la dependencia de Él (Gerald L. Borchert, *John 1—11* [Juan 1—11], *The New American Commentary* [Nuevo comentario estadounidense] [Nashville: Broadman & Holman, 2002], p. 263).

Así pues, la salvación no viene por esfuerzos humanos ni por logros u obras morales; viene de la fe que inevitablemente produce buenas obras (Ef. 2:10; cp. Mt. 3:10; 7:16-20; 12:33; 13:23; Lc. 6:43-46; Ef. 5:8-9; Col. 1:10). La *fe* que no produce frutos está muerta, lo cual quiere decir que no tiene nada de fe bíblica (Stg. 2:14-26).

El resto del capítulo 6 desarrolla la enseñanza de Jesús sobre la comida que permanece a vida eterna. Jesús se ofreció a sus oyentes como su libertador eterno señalando que Él era el pan de vida. Sin embargo, al final, la multitud no estaba interesada. Estaban intrigados por las sanidades anteriores y temporalmente satisfechos con la comida milagrosa, pero su entusiasmo inicial ante las señales sobrenaturales (v. 15) se desvaneció rápidamente cuando Jesús no satisfizo sus superficialidades. La multitud respondió primero con curiosidad pero sin disposición para abandonar su falsa justicia y arrepentirse, al final solo les quedó el rechazo; mientras que los doce respondieron al poder de Jesús con alabanza. Aunque los primeros siguieron a Cristo por un poco de tiempo, incluso cruzaron el lago de Galilea para encontrarlo, a la larga mostraron que no eran verdaderos seguidores.

20 El pan de vida—Primera parte: Jesús, el verdadero pan del cielo

Le dijeron entonces: ¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obra haces? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer. Y Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo. Le dijeron: Señor, danos siempre este pan. Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás. Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis. Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Murmuraban entonces de él los judíos, porque había dicho: Yo soy el pan que descendió del cielo. Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido? Jesús respondió y les dijo: No murmuréis entre vosotros. Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero. Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí. No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre. De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera. (6:30-50)

Los anales de la historia de la Iglesia están llenos de predicadores

notables, hombres que Dios llamó para evangelizar a los perdidos y edificar a los redimidos. Comenzando con el sermón de Pedro en Pentecostés (Hch. 2:14-40), la predicación poderosa de los apóstoles (5:42; 14:7, 15, 21; 15:35; 16:10) y sus contemporáneos (7:1-56; 8:4, 12, 35, 40; 11:20; 15:35) alimentó la propagación del cristianismo por todo el imperio romano. En los siglos posteriores, oradores dotados como Basilio, Juan Crisóstomo (“la boca de oro”) y Agustín tomaron la antorcha de la explicación y la exhortación. Mil años más tarde, cuando la luz del evangelio estaba envuelta en confusiones, la reforma estalló con el testimonio audaz de Martín Lutero, Juan Calvino, Juan Knox y otros. De igual forma, el movimiento puritano del siglo XVII se alimentó de una predicación bíblica clara, mientras hombres como Richard Baxter, John Owen y John Bunyan exponían fielmente la Palabra de Dios. El gran avivamiento de Estados Unidos en el siglo XVIII recibió energía de la misma forma: a través de los sermones apasionados de líderes piadosos como Jonathan Edwards, George Whitefield y John Wesley. Los siglos XIX y XX también vieron muchos predicadores dotados como Charles Spurgeon y D. Martyn Lloyd-Jones.

Pero el predicador más noble y poderoso que haya existido fue el Señor Jesucristo. Al concluir el Sermón del Monte, “la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mt. 7:28-29). Lucas 4:22 registra que “todos daban buen testimonio de él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca”. Incluso sus enemigos se asombraron por el poder de sus palabras. Cuando los oficiales del templo no pudieron arrestarlo, como se les había ordenado (Jn. 7:32), su informe ante los fariseos y los principales sacerdotes fue: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (v. 46).

La predicación estaba en el corazón de la misión de Cristo. En la sinagoga de Nazaret, su pueblo, declaró:

El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha unguido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de

vosotros (Lc. 4:18-21).

Al inicio de su ministerio terrenal, “comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt. 4:17). Mateo 11:1 registra que “cuando Jesús terminó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí a enseñar y a predicar en las ciudades de ellos”. En ese mismo capítulo, más adelante, Jesús apuntó a su ministerio de predicación como prueba de que era el Mesías: “Respondiendo Jesús [a los discípulos de Juan el Bautista], les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio” (vv. 4-5). Después de una noche exitosa de ministerio en Capernaúm...

Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba. Y le buscó Simón, y los que con él estaban; y hallándole, le dijeron: Todos te buscan. Él les dijo: Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido. Y predicaba en las sinagogas de ellos en toda Galilea, y echaba fuera los demonios (Mr. 1:35-39).

Lucas 1:8 describe el hábito de Jesús de ir “por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios”. El Señor predicó fielmente el evangelio hasta el mismo final de su ministerio terrenal: “Sucedió un día [durante la semana de la pasión], que enseñando Jesús al pueblo en el templo, y anunciando el evangelio, llegaron los principales sacerdotes y los escribas, con los ancianos” (Lc. 20:1).

Los Evangelios registran varios sermones de Jesús, incluido el Sermón del Monte (Mt. 5—7), el nombramiento de los doce apóstoles (Mt. 10), las parábolas del reino (Mt. 13), el creyente como niño (Mt. 18), el discurso de los Olivos (Mt. 24—25), la enseñanza sobre la igualdad del Hijo con el Padre (Jn. 5:19-47) y el discurso del aposento alto (Jn. 14—17). Juan 6:22-59 describe otro de los sermones más famosos y amados de Jesús; en este se presenta como el pan de vida. Los versículos 22-29, junto con el relato de la alimentación milagrosa de los cinco mil (vv. 1-21), sirve de escenario para el discurso del pan de vida, mientras que los versículos 60-71 describen lo que vino después.

La perspectiva de Juan en su Evangelio era registrar brevemente los

milagros de Jesús, realmente, sin fanfarrias, explicaciones o defensas. Por ejemplo, el apóstol describe el milagro sorprendente de alimentar a los cinco mil en palabras simples, directas y nada pretenciosas: “Y tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; asimismo de los peces, cuanto querían” (6:11). Juan describió el milagro, igualmente sorprendente, de caminar sobre el agua en términos igual de modestos: “Cuando habían remado como veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba a la barca; y tuvieron miedo” (v. 19).

Pareciera que el autor se apresuraba a contar los milagros de Cristo para pasar a sus palabras. Aunque sus milagros revelan su poder divino, son las palabras de Cristo las que definen correctamente quién es Él. Jesús es más que un obrador de maravillas; es el Hijo de Dios y el Mesías. Sus milagros autentican que Él y su mensaje vienen de Dios. Pero las señales y las maravillas solas no son suficientes para la salvación (cp. 12:37; 15:24; Mt. 11:20-24; Lc. 16:31; Hch. 6:8-14; 14:3-6; Ro. 1:18-32), porque “la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Ro. 10:17). La multitud a la que alimentó Cristo es un ejemplo perfecto. Aunque el pueblo nunca cuestionó el poder de Jesús y disfrutó personalmente de sus beneficios, su predicación del Evangelio les era indiferente o se mostraban hostiles.

La primera sección (vv. 30-50) de este magnífico sermón del Señor en la sinagoga de Capernaúm (6:59) se explicará bajo tres encabezados: el contraste, la confusión y la queja.

EL CONTRASTE

Le dijeron entonces: ¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obra haces? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer. Y Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo. (6:30-33)

Increíblemente, a pesar de los milagros que habían visto (6:2), la comida impresionante del día anterior inclusive, estas personas **le dijeron** a Jesús: “¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué

obra haces?”. Con todo el descaro, estaban pidiendo las credenciales de Jesús en respuesta a lo que Él había afirmado en el versículo 29 de ser el enviado de Dios. Esa petición tan necia mostró su torpeza y su curiosidad egocéntrica; eso ilustra la ceguera espiritual que devora a los no redimidos. Juan Calvino observó: “Esta pregunta mala demuestra a las claras la verdad que se dice en otra parte: ‘La generación mala y adúltera demanda señal’ (Mt. 12:39)” (Alister McGrath y J. I. Packer, eds., *John [Juan], The Crossway Classic Commentaries [Comentarios clásicos Crossway]* [Wheaton: Crossway, 1994], p. 156). La alimentación milagrosa del Señor a la gran multitud el día anterior era prueba suficiente de su deidad.

Sin embargo, la incredulidad nunca está satisfecha, no importa cuánta evidencia se tenga. Lucas 16:31 dice que quienes rechazan la verdad de la Palabra de Dios “tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos”. Al momento de la crucifixión, los judíos incrédulos le dijeron con sorna: “El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos” (Mr. 15:32). Aun así, cuando Jesús se levantó de los muertos—milagro mucho mayor que bajarse de la cruz—seguían negándose a creer en Él. En vez de admitir la verdad, intentaban desesperadamente cubrir la realidad de su resurrección (Mt. 28:11-15; Hch. 4:1-3).

Jesús había exhortado a la multitud a creer (6:29), ellos por su parte exigían otra señal (cp. 2:18; Mt. 12:38; 16:1; Lc. 11:16; 1 Co. 1:22). Específicamente, querían que les repitieran el espectáculo de la alimentación milagrosa que habían experimentado hacía poco. Esto es obvio por su declaración: “**Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito** (cp. Éx. 16:4, 15; Neh. 9:15; Sal. 78:24; 105:40): **‘Pan del cielo les dio a comer’**” (cp. v. 26). En lugar de adorarlo como Mesías y Salvador, querían que les dieran continuamente **pan del cielo** para **comer** con la boca, no con los corazones, como había hecho Moisés cuando proveyó **el maná en el desierto** para toda la nación durante cuarenta años. En efecto, eso era lo que los judíos de aquella época esperaban del Mesías cuando viniera (Colin Kruse, *The Gospel According to John [El Evangelio según Juan]*, The Tyndale New Testament Commentaries [Comentarios Tyndale del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 2003] pp. 168-169; Leon Morris, *El Evangelio según Juan* [Terrassa: Clie, 2005], p. 363 del original en inglés). Entonces la multitud retó a Jesús a probar que si era el Mesías, les supliera comida por siempre (v. 34).

Sin embargo, Jesús no tenía intención de gratificar los caprichos materialistas del pueblo. Hacerlo habría significado asumir el papel político y social de Mesías que acababa de rechazar (6:14-15). Por medio de la frase *amēn, amēn* (**De cierto, de cierto**), para resaltar la importancia de lo que estaba por decir, les reprendió por su mala interpretación del maná en el desierto, manifiesta en cuatro formas.

Primero **no** fue **Moisés** quien les **dio el pan del cielo**, fue el **Padre**. En Éxodo 16:4 “el SEÑOR le dijo a Moisés: ‘Voy a hacer que les llueva pan del cielo’” (NVI; cp. v. 15; Dt. 8:3, 16; Neh. 9:20; Sal. 78:24-25; 105:40). Moisés tan solo confió en las instrucciones de Dios sobre reunir maná para los israelitas (Éx. 16:15-30).

Segundo, el maná no era el pan verdadero del cielo. Jesús les dijo: “**Mi Padre les da ahora el verdadero pan del cielo**”. El tiempo presente de *didōmi* (“**da**”) indica que el pan verdadero no era el maná del pasado, sino el que el Padre les estaba dando en ese momento. Más aún, *alēthinos* (“**verdadero**”) quiere decir “genuino” o “real”. Aunque el maná era pan verdadero suplido por Dios, tan solo era una clase de pan que presagiaba el **verdadero pan**, el final, **que descendió del cielo** (vv. 38, 50-51, 58; 3:13; cp. 1:9, 14; 8:42): el Señor Jesucristo.

Tercero, el maná daba vida física, pero el **pan de Dios** (la frase es sinónima de “pan del cielo” en el v. 32, como “reino de Dios” y “reino del cielo” lo son en los Evangelios), **aquel que descendió del cielo, da vida espiritual al mundo**. Como ocurre siempre en el Evangelio de Juan, *zōē* (“**vida**”) no se refiere a la vida temporal y física que el maná sustentaba, sino a la vida espiritual que solo venía de Jesucristo (cp. 1:4; 5:29, 40; 6:53; 10:10; 14:6; 20:31).

Por último, a diferencia del maná, dado solamente a Israel, el pan verdadero del cielo es para el **mundo**. Dios ofrece la salvación por medio de Jesucristo a todo el que crea (vv. 40, 47, 3:15-16, 18, 36; 5:24; 11:25-26; 20:31), sin importar la nacionalidad, raza o etnia (1:29; 3:17; 4:39-42; 10:16; Mt. 12:18-21; Lc. 2:25-32; Hch. 8:5-8, 14-17, 25; 11:18; 13:46-48; 14:27; 15:3, 7, 14-17; 26:23; 28:28; Ro. 1:5, 16; 11:13; 1 Co. 12:13; Gá. 3:8, 28; Ef. 3:4-6; 1 Jn. 2:1-2; 4:14).

De modo que Jesús era el pan verdadero, enviado del cielo por Dios y, por lo tanto, infinitamente superior a Moisés (cp. He. 3:3). El anhelo de la multitud por ver más pruebas expuso sus malas motivaciones y su ignorancia de las Escrituras veterotestamentarias y de las palabras del Hijo de Dios.

LA CONFUSIÓN

Le dijeron: Señor, danos siempre este pan. Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás. Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis. Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. (6:34-40)

La segunda petición de las personas (cp. vv. 30-31) revela de nuevo su ceguera espiritual. Sin entender en absoluto el punto de Jesús en los versículos 32-33, se apresuraron a decirle: “**Señor, danos siempre este pan** (físico)”. Su deseo continuo de usar a Jesús para satisfacer sus necesidades físicas es evidente en este requerimiento y es un indicador claro de su interés superficial. Todavía marca a los seguidores superficiales y temporales de Jesús que llenan los templos buscando satisfacer sus deseos y necesidades. Siempre hay iglesias que los acomodan. Hoy día suelen ser los lugares que atraen grandes multitudes pero tienen el porcentaje más pequeño de verdaderos creyentes. Habiéndole insistido primero que probara sus afirmaciones, ahora insistían en que les diera lo que querían. *Kurios* (**Señor**) se entendería mejor como su forma de decir “señor” (como en 4:11, 15, 19, 49; 5:7; 12:21; 20:15; Mt. 13:27; 21:30; 27:63; Lc. 13:8), pues es claro del versículo 36 que no creían en Jesús. Seguían empeñados en satisfacer sus necesidades físicas (cp. 4:15), como con la provisión del maná (Éx. 16:35). En su torpeza, mostraron que “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14).

Su estupidez y falta de entendimiento llevó al Señor a declararles sin ambigüedades: “**Yo soy el pan de vida**”. El Señor no se había referido al pan real, como ellos pensaron erradamente, sino a sí mismo; Él es el pan que antes había prometido darles (v. 27). No había pan, maná, ni pan ni peces como los que el Señor había creado la noche anterior (6:1-13) que pudieran satisfacer de modo permanente su hambre física. Entonces,

cuando el Señor les declaró que quienes vinieran a Él nunca volverían a tener **hambre** ni **sed**, no podía estar hablando del cuerpo, sino del alma. Aquí, como en Mateo 5:6, la necesidad humana de saber se expresa metafóricamente como hambre y sed (cp. Sal. 42:1-2; 63:1).

Los dos verbos simples del versículo 35 definen la parte del hombre en el proceso de salvación: **viene** y **cree**. Ir a Cristo es olvidar la vieja vida de pecado y rebelión y someterse a Él como Señor. Aunque Juan no usa el término “arrepentimiento” en su Evangelio, el concepto está implícito en la idea de ir a Cristo (cp. 1 Ts. 1:9). En palabras de Charles Spurgeon, “Usted y su pecado deben separarse o Dios y usted nunca estarán juntos” (“Rightly Dividing the Word of Truth” [Interpretar correctamente la palabra de verdad] en *The Metropolitan Tabernacle Pulpit* [El púlpito del tabernáculo metropolitano] vol. 21, [Pasadena: Pilgrim, 1980], p. 88). Creer en Cristo es confiar completamente en Él como Mesías e Hijo de Dios y reconocer que la salvación viene solo por medio de la fe en Él (14:6; Hch. 4:12). El arrepentimiento y la fe son los dos lados de la misma moneda; arrepentirse es darle la espalda al pecado y creer es mirar al Salvador. Son inseparables.

Esta es la primera de siete declaraciones muy importantes en el Evangelio de Juan donde “Yo soy” se une con metáforas para expresar la obra de Cristo como Salvador. Además del pan de vida Jesús también usó la expresión “Yo soy” para describirse como “la luz del mundo” (8:12), “la puerta de las ovejas” (10:7, 9), “el buen pastor” (10:11, 14), “la resurrección y la vida” (11:25), “el camino, y la verdad, y la vida” (14:6) y “la vida verdadera” (15:1, 5). Jesús también usó *egō eimi* (“Yo soy”) en un sentido absoluto y sin calificativos (4:26; 8:24, 28, 58; 13:19; 18:5-8) para apropiarse del nombre de Dios en el Antiguo Testamento (Éx. 3:14).

Después de declarar que Él es el pan de vida, Jesús reprendió a sus oyentes por su incredulidad (véase una reprensión semejante a la gente de Judea en 5:38-40) con esta acusación adicional: “**Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis**”. La reprensión específica a la que Jesús se refería (cuando les dijo eso antes) no se conoce, pero claramente la incredulidad de ellos estaba en la propia revelación que Jesús hizo de Él, luego su rechazo era inexcusable. *Alla* (**mas**) indica un contraste fuerte entre la respuesta real de la multitud y la que Jesús deseaba (cp. Mt. 23:37). Aunque le habían **visto**, no captaron la importancia de sus milagros, ni tampoco la intención de su enseñanza. Como sucedió con sus antepasados en el desierto, “no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron” (He. 4:2). Los milagros que

vieron tan solo estimulaban su apetito por más milagros; estaban intrigados por qué podía hacer Jesús para aminorar las dificultades de sus vidas, pero no estaban dispuestos a **creer** en Él como su Señor y Mesías.

A pesar de la respuesta de la multitud, Jesús no se desalentó. Su confianza en el éxito de su misión estaba firmemente arraigada en la soberanía omnipotente de Dios. Sabía que **todo** aquel que **el Padre le da** (cp. v. 39; 10:29; 17:2, 6, 9, 24) **vendrá a Él**. La forma singular neutra de *pas* (**todo**) ve a quienes Dios le entrega al Señor como un cuerpo colectivo, los escogidos por Él antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4). Esta realidad profunda nos enseña que todos los que se salvan son un regalo amoroso del Padre al Hijo. Toda la historia de la redención tiene que ver con reunir al cuerpo redimido, o el llamamiento de la novia para el Hijo como un regalo de amor del Padre. El Hijo ve toda alma que el Padre le da como una expresión del amor irresistible del Padre, de modo que todo el que Él le dé **vendrá** a Cristo.

Desde el punto de vista de la responsabilidad humana, “Dios... ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (Hch. 17:30; cp. Mt. 3:2; 4:17; Mr. 6:12) y “todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Ro. 10:13; cp. Jn. 3:15-16). Aun así, la salvación no depende de la voluntad humana. Los redimidos son los que “no son engendrados... de voluntad de varón, sino de Dios” (Jn. 1:13). La salvación “no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Ro. 9:16). Dios concede el arrepentimiento (Hch. 11:18; 2 Ti. 2:25) y la fe (Ef. 2:8-9; Fil. 1:29; cp. Hch. 16:14). De otra manera nadie podría venir a Él, pues “no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios” (Ro. 3:11; cp. 8:7-8; 1 Co. 2:14; 2 Co. 4:4; Ef. 2:1-3).

El hecho de que Dios sea absolutamente soberano en la salvación es un fundamento de la fe cristiana. Los sistemas teológicos errados (p. ej., pelagianismo, semi-pelagianismo y arminianismo) que hacen a la salvación dependiente de la voluntad humana le quitan a Dios el trono y son contrarios a las declaraciones diáfanas de las Escrituras:

Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero (v. 44).

Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre (v. 65).

Porque muchos son llamados, y pocos escogidos (Mt. 22:14).

Y si el Señor no hubiese acertado aquellos días, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos que él escogió, acertó aquellos días (Mr. 13:20).

Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna (Hch. 13:48).

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó (Ro. 8:28-30).

Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él (Ef. 1:4).

Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia (Col. 3:12).

Hermanos amados de Dios, sabemos que él los ha escogido (1 Ts. 1:4, NVI).

Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad (2 Ts. 2:13).

Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos (2 Ti. 1:9).

Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para

que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna (2 Ti. 2:10).

Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo, conforme a la fe de los escogidos de Dios y el conocimiento de la verdad que es según la piedad (Tit. 1:1).

Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? (Stg. 2:5).

Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas (1 P. 1:1-2).

Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 P. 2:9)

La incredulidad de los pecadores, espiritualmente muertos (Ef. 2:1) no puede frustrar la obra salvadora de Dios. Después de haberlos escogido en el pasado eterno, ahora los llama de forma irresistible y misericordiosa.

Las almas que lo buscan no deben tener miedo de no estar entre los elegidos, Jesús describió a aquel que el Padre entrega al Hijo precisamente como el **“que a mí viene”**. Desde la perspectiva de Dios, hemos sido entregados por su poder soberano al Hijo. Desde nuestra perspectiva, vamos a Cristo. Y, por supuesto, nuestro Señor nunca rechazará al que venga a Él como un regalo del Padre. Por eso Jesús añade: **“A aquel no le echo fuera”**. La doble negativa fuerte *ou mē* declara enfáticamente que Cristo no rechazará a quien lo busque con sinceridad y humildad. La verdadera fe salvadora no puede ejercerse en vano, sino solo por motivación del Padre (v. 44).

De nuevo, aquí está la interacción incomprensible (a la mente humana) entre la soberanía divina y la responsabilidad humana: solo llegarán al Hijo quienes el Padre le entregó; aun así, “el que tiene sed, [que] venga; y el que quiera, [que] tome del agua de la vida

gratuitamente” (Ap. 22:17). Aunque estas dos verdades parecen difíciles de armonizar, en la mente de Dios no hay conflicto entre ellas (Dt. 29:29). (La soberanía de Dios no niega la responsabilidad del creyente para evangelizar a los perdidos: Mt. 24:14; 26:13; 28:19; Mr. 13:10; cp. Hch. 8:25, 40; 14:7, 15, 21; 16:10; Ro. 1:15; 15:19-20; 1 Co. 1:17; 9:16, 18; 15:1; 2 Co. 10:16; 11:7; Gá. 1:8-9, 11; 2:2; Fil. 4:15; 1 P. 1:12).

Con toda certeza el Hijo no rechazaría nunca alguna parte del regalo que le dio el Padre. Semejante falta de unidad dentro de la Trinidad es completamente inconcebible, como lo deja clara la siguiente declaración de Jesús: **“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”**. El Señor vino a la tierra con un propósito: obedecer a la perfección **la voluntad del Padre** que lo envió. Jesús les dijo a sus discípulos: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (4:34). Después añadió: “No puedo yo hacer nada por mí mismo... porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (5:30; cp. Mt. 26:39). En 14:31 afirmó: “Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago”. En su oración sacerdotal le dijo al Padre: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (17:4).

Que Jesús haya venido a hacer **la voluntad del Padre que lo envió** (vv. 39-40) garantiza la salvación de los elegidos y su seguridad eterna. La voluntad del Padre es **que de todo lo que le diere al Hijo, no pierda el Hijo nada, sino que lo resucite en el día postrero**. Como en el versículo 37, la forma neutra del pronombre *pas* (**todo**) ve a los elegidos como una unidad colectiva. No se perderá ninguna parte del grupo asignado a Cristo desde el pasado eterno, y entregada a Él en su momento; la promesa cuádruple según la cual el Hijo lo resucitará intacto **en el día postrero** (40, 44, 54) constituye una garantía acorazada de salvación eterna para todos los creyentes. Jesús reiteró esa verdad en los términos más fuertes cuando declaró en Juan 10:27-30:

Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos.

En la oración sacerdotal le dijo al Padre: “Cuando estaba con ellos en el

mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición [Judas Iscariote, el cual no estaba entre quienes el Padre le entregó a Cristo; cp. 6:64, 70-71], para que la Escritura se cumpliera” (17:12).

El resto del Nuevo Testamento se hace eco de la enseñanza del Señor sobre la perseverancia y la protección de los santos. El apóstol Pablo escribió en Romanos 8:29-30:

Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.

La palabra repetida “también” enlaza todo el proceso de la salvación desde el pasado eterno hasta la eternidad futura en una cadena irrompible. Dios predestinó a todo el que conocía de antemano, lo llamó, lo justificó y lo glorificó; nadie se perderá en el camino (cp. 8:31-39). En Filipenses 1:6 Pablo expresó su confianza en que “el que comenzó en [los creyentes] la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”. Les escribió a los colosenses: “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Col. 3:3-4). Quienes están unidos con Cristo en su muerte, regresarán con Él en gloria (cp. Ap. 19:14). Pedro escribió en su primera epístola:

[Quienes son] elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo... [obtendrán] una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para [ellos], que [son] guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero (1 P. 1:2, 4-5).

Judas describió así a los creyentes en la introducción a su epístola: “Los llamados..., guardados en Jesucristo” (Jud. 1). Concluyó él su carta con la siguiente bendición maravillosa: “Y a aquel que es poderoso para

guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén” (vv. 24-25).

La bendición de la seguridad eterna o de preservación y la perseverancia de los creyentes nunca está separada de la fe y el arrepentimiento personal; así, nuestro Señor afirma que el cielo le pertenece a **todo aquel que ve al Hijo, y cree en Él**. Estos son los que tienen **vida eterna** (vv. 47, 54; 3:15-16, 36; 5:24; 10:28), que por definición no puede terminar (3:16; 10:28; Mt. 25:46). El hecho refuerza aún más la protección y la seguridad de los creyentes enseñada en los versículos 37-39. La **vida eterna** que viene a través de Jesús, el pan de vida, debe buscarse con más celo que el pan físico buscado por la multitud con tanto egoísmo.

LA QUEJA

Murmuraban entonces de él los judíos, porque había dicho: Yo soy el pan que descendió del cielo. Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido? Jesús respondió y les dijo: No murmuréis entre vosotros. Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero. Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí. No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre. De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera. (6:41-50)

Como la incredulidad de **los judíos** (el término *judíos* tiene una connotación negativa aquí, como es frecuente en el Evangelio de Juan [cp. 1:19; 2:18-20; 5:10, 15-16, 18; 7:1; 8:48, 52, 57; 9:18, 22; 10:24, 31, 33; 19:7, 12, 14, 20-21, 38; 20:19]) no les permitía entender, **murmuraban entonces de Jesús** (como sus ancestros lo habían hecho de Dios; Éx. 16:2, 8-9; Nm. 11:4-6). Específicamente, les molestaban dos cosas que Él había dicho. La primera era su afirmación de ser la fuente de la vida eterna (v. 35). El verbo que traduce **murmuraban** (*gogguzō*) es

una palabra onomatopéyica que significa y suena como quejas entre dientes y susurros de inconformidad. Estaban airados en exceso porque Jesús declaró haber descendido **del cielo**. Solo lo consideraban en un nivel absolutamente humano, como un galileo más, **el hijo de José, cuyo padre y madre** conocían (cp. 4:44; 7:27; Mt. 13:55-57). También sabían que venía del menospreciado pueblo de Nazaret (cp. 1:46). Y así, al igual que los judíos de Judea (5:18), los galileos endurecieron sus corazones contra su Mesías, quien los llamó a la fe y al arrepentimiento como prerrequisito para entrar a su reino (Mt. 4:17) y quien, para colmo de males, según ellos, afirmaba ser igual a Dios.

Quienes rechazan continuamente la verdad pueden encontrarse con que Dios endurecerá sus corazones a modo de juicio. Jesús, por medio de parábolas, hizo más oscura la verdad para quienes se niegan a creer en sus enseñanzas. Cuando sus discípulos le preguntaron: “¿Por qué les hablas por parábolas?” (Mt. 13:10), el Señor les respondió:

Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane (vv. 11-15; cp. Is. 6:10).

Juan 12:37-40 dice así de quienes lo rechazaron después de ser testigos de sus milagros:

Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Por esto no podían creer; porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los

sane.

Al final de los tiempos, quienes “no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2 Ts. 2:10) encontrarán que “Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira” (v. 11). En el presente hay un endurecimiento parcial de Israel (Ro. 11:25) que lleva a la salvación de los gentiles (v. 11). Pero un día futuro, en tiempos de tribulación, Dios removerá la ceguera de Israel y el remanente creyente del pueblo judío será salvo (v. 26; cp. Zac. 12:10—13:1).

En lugar de responder a la confusión de los judíos, Jesús les dio una orden: “**No murmuréis entre vosotros**”. Los llamó a dejar de mascullar las quejas que reflejaban sus corazones rebeldes y endurecidos. Había dicho y hecho suficiente para quien estuviera abierto y dispuesto a verlo. Así las cosas, no había razón para responder a sus murmuraciones de descontento y de falta de respeto con una defensa detallada. Habían endurecido sus corazones voluntariamente, y si Él hubiera explicado más la verdad de su origen celestial, ellos la habrían rechazado.

Entonces Jesús pronunció unas de sus palabras más solemnes: “**Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere**”. Con ellas Él enfatizaba la inutilidad y completa incapacidad humana para responderle, en ausencia del llamamiento soberano de Dios. Los incrédulos son incapaces de ir a Jesús por su propia iniciativa (véase la explicación del v. 37 ya dada). Si Dios no atrajera irresistiblemente a los pecadores cerca de Cristo, **ninguno** podría ir a Él.

Algunos teólogos exponen el concepto de gracia preveniente para explicar cómo han perdido los pecadores el derecho de aceptar o rechazar el evangelio por su propio albedrío. Millard J. Erickson explica:

Como se entiende en general, la gracia preveniente es aquella que Dios da a todos los hombres sin discriminar. Se ve en la lluvia y el sol que Dios envía para todos. También es la base de toda la bondad en todos los hombres. Más allá de eso, se da universalmente para contrarrestar el efecto del pecado... Todo el mundo está en capacidad de aceptar la oferta de la salvación porque Dios ha dado su gracia a todos; en consecuencia, no hay necesidad de alguna aplicación especial de la gracia de Dios a individuos particulares (*Christian Theology* [Teología cristiana] [Grand Rapids: Baker, 1985], p. 3:920).

Pero la Biblia indica que el hombre caído es incapaz, por su propia voluntad, de venir a Jesucristo. Quienes no han sido regenerados están muertos en el pecado (Ef. 2:1; Col. 2:13), son sus esclavos (Jn. 8:34; Ro. 6:6, 17, 20), son extraños para Dios (Col. 1:21) y le son hostiles (Ro. 5:10; 8:7). Son ciegos espirituales (2 Co. 4:4), están cautivos (2 Ti. 2:26), atrapados en el reino de Satanás (Col. 1:13), no tienen poder para cambiar su naturaleza pecaminosa (Jer. 13:23; Ro. 5:6), son incapaces de agradar a Dios (Ro. 8:8) y de entender la verdad espiritual (1 Co. 2:14; cp. Jn. 14:17). Aunque la voluntad humana participa cuando el hombre viene a Cristo (pues nadie se salva si no cree el evangelio; Mr. 1:15; Hch. 15:7; Ro. 1:16; 10:9-15; Ef. 1:13), los pecadores no pueden ir a Él por su propio libre albedrío (aún más, una comparación del v. 44 con el v. 37 muestra que el acercamiento de Dios no puede aplicarse a todos los no regenerados, como argumentan los proponentes de la gracia preveniente, porque el v. 37 limita los redimidos a aquellos que el Padre entregó a Cristo). Irresistible y eficientemente, Dios acerca a Cristo solo a aquellos que escogió para salvación en el pasado eterno (Ef. 1:4-5, 11).

Una vez más, Jesús repitió la promesa maravillosa según la cual se acercarán los que el Padre ha escogido, irán, se les recibirá y Él los resucitará **en el día postrero** (vv. 39-40, 54). Cristo guardará a todo el que vaya a Él; no hay ninguna posibilidad de que se pierda siquiera una persona que el Padre le haya dado (véase la explicación anterior del v. 39).

En el versículo 45 el Señor parafraseó Isaías 54:13 para enfatizar que su enseñanza es consecuente con el Antiguo Testamento. Lo que **está escrito en los profetas** repite lo dicho en el versículo 44 en términos diferentes: **“Y serán todos enseñados por Dios”**. Quienes llegan a la fe salvadora lo hacen porque Dios los instruyó de manera sobrenatural a ello. El acercamiento y la enseñanza tan solo son aspectos diferentes del llamamiento soberano de Dios para salvación; a través de la verdad de su Palabra, Dios acerca a las personas a su Hijo (Ro. 10:14, 17; cp. 1 P. 1:23-25). Como resultado, **todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de Él, viene a Cristo**. La declaración de Jesús también era una repreensión sutil a sus oponentes judíos, quienes se enorgullecían de su conocimiento de las Escrituras. Pero si hubieran entendido verdaderamente el Antiguo Testamento, habrían aceptado a Jesús con prontitud (5:39).

Jesús pasó a decirles, como único camino a Dios (Jn 14:6), que nadie ha **visto al Padre** (1:18; 5:37; Éx. 33:20; 1 Ti. 6:16), **sino aquel que vino de Dios**. El Hijo puede hablar con autoridad sobre el Padre (He.

1:2) porque fue uno con Él en el cielo por toda la eternidad. Nadie más puede decir lo mismo. Así, solo el Hijo está calificado para hablar de primera mano sobre las expectativas del Padre y la verdad de la salvación.

La declaración solemne del Señor—“**De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna**” (cp. v. 40; 3:15-16, 36; 5:24)— resume la importancia de confiar en la revelación de Dios dada en Cristo. Quienes creen en Jesús tienen la esperanza de la vida eterna en el futuro y disfrutan la posesión de esa vida desde ahora, como lo indica el tiempo presente de *pisteuō* (**cree**).

El Señor concluyó esta sección de su sermón volviendo a declarar que Él es el **pan de vida** (cp. v. 35). Entonces se contrastó Él, como el verdadero pan del cielo (cp. v. 33), con el **maná** que los **padres** hebreos **comieron en el desierto**. Aunque el **maná** fue provisión milagrosa del Señor para sustentar la vida física de los israelitas, no podía este impartirle vida eterna, pues los **padres** lo **comieron y murieron** (He. 3:17; cp. Jud. 5). Sin embargo, Jesús es el **pan** verdadero **que desciende del cielo** (vv. 33, 35), **para que el que de él come, no muera**. *Come* es una metáfora a creer en Jesús para salvación, lo único que rescata a los pecadores de la muerte eterna (cp. 3:16; 11:26). Apropiarse de Jesús como el pan de vida es el tema de la siguiente sección de este sermón.

21 El pan de vida—Segunda parte: Apropiación del pan de vida

Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo. Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente. Estas cosas dijo en la sinagoga, enseñando en Capernaum. (6:51-59)

Vivimos en un mundo con hambre espiritual, desesperado por significado y esperanza en la vida. Desde el principio, Dios creó a los humanos para servirle y estar en comunión con Él (cp. Gn. 1:26; 3:8). Dios iba a ser su meta y sentido de realización. Pero al rechazarlo quedaron con un vacío doloroso en lo profundo de su alma. En sus intentos fallidos de llenar ese vacío, como el antiguo Israel, se han olvidado del Señor, “fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua” (Jer. 2:13). Mas los hombres caídos no encuentran la libertad estimulante que buscan dejando a Dios a un lado. En lugar de eso, descubren solo la horrorosa falta de significado de una vida impía. William Lane Craig, apologista cristiano explica:

El hombre se pregunta “¿Quién soy yo?”, “Por qué estoy aquí?”, “¿Adónde voy?”. Desde la Ilustración, cuando el hombre se quitó los grillos de la religión, ha estado intentando responder estas preguntas sin referencia a Dios. Pero las

respuestas que llegaban no eran estimulantes, sino oscuras y terribles. Se le dice: “Usted es un producto accidental de la naturaleza; un resultado de la materia más tiempo más azar”. Su existencia no tiene razón de ser. Muerte es todo lo que usted enfrenta.

El hombre moderno pensaba que, cuando se librara de Dios, se habría liberado de todo lo que lo reprimía y lo sofocaba. En lugar de ello, descubrió que al matar a Dios también se había matado a sí mismo.

Porque si no hay Dios, la vida del hombre se vuelve absurda...

La humanidad, [separada de Dios], es una raza condenada en un universo moribundo. Y al final no hace diferencia si la raza humana existió porque, al fin y al cabo, dejará de existir. Así, la humanidad no es más importante que un enjambre de mosquitos o un corral de cerdos, porque todos tienen el mismo final. El mismo proceso cósmico que al principio los tosió, se los volverá a tragar a fin de cuentas (*Apologetics* [Apologética] [*Apologetics: An Introduction*] [Chicago: Moody, 1984], pp. 39, 41).

Por supuesto, la falta de esperanza en la vida sin Dios no es un descubrimiento reciente. Mucho antes de que el racionalismo moderno llevara a la desesperación nihilista, Agustín, gran padre de la Iglesia, clamó al Señor: “Nos hiciste para ti y nuestros corazones no encuentran paz hasta que descansan en ti” (*Confesiones*, 1.1). Siglos antes de Agustín, el hombre más sabio que ha vivido también reconoció la vanidad de vivir lejos de Dios. A pesar de la sabiduría de Salomón, él buscó la felicidad y la satisfacción lejos del Señor. En *Eclesiastés* resume su búsqueda inútil, en la cual se incluye su persecución del placer (vv. 1-3, 8c), la productividad (vv. 4-6), las posesiones (vv. 7-8), el poder político (vv. 9-10) e incluso de la sabiduría (vv. 12-14). Aun así, al final de todo esto, se dio cuenta de que nada tenía sentido (vv. 11, 15-23). Solo en Dios podían hallarse el propósito y el significado, “porque ¿quién puede comer y alegrarse, si no es por Dios?” (v. 25, NVI; cp. 12:13-14).

Por todo el resto de *Eclesiastés* advirtió Salomón sobre el peligro de seguir la sabiduría humana que probó ser tan vacía. El término clave en este libro es “vanidad” (que se traduce “absurdo” en la NVI) y que aparece casi tres docenas de veces. El término expresa el absurdo de la vida

“debajo del sol” (una frase usada tan seguido como la palabra anterior) alejados de Dios. Salomón quería decir que ir tras las metas terrenales como fines (sin verlas como medio para glorificar a Dios) solo lleva al vacío y a la desesperación (1:2-3, 8-11, 14; 2:12-23; 3:9; 4:2-3; 5:10-11, 16; 6:7, 12; 7:1; 9:2-3; 12:8).

A este mundo caído de decepciones, desánimo y desespero, vino el Señor Jesucristo. Él es el pan de vida, el único que puede satisfacer los anhelos más profundos del alma humana. Solo a través de Él (Hch. 4:12) los pecadores pueden obtener perdón (Mt. 26:28; Hch. 5:30-31; 10:43; Ef. 4:32), obtener restauración para una relación correcta con Dios (Jn. 14:6; 1 P. 3:18) y recibir la vida eterna (Jn 3:15-16, 36; 5:24; 17:2; 1 Jn. 5:11-12).

Jesús se presentó como la comida espiritual para el alma hambrienta en la primera sección de su sermón sobre el pan de vida (6:30-50). En la sección concluyente (vv. 51-59), urgió a las personas a apropiarse de Él por la fe. El pasaje incluye el pronunciamiento de Jesús, la perplejidad de los judíos y las promesas de Jesús.

EL PRONUNCIAMIENTO

Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo. (6:51)

Por quinta vez en este discurso Jesús afirmó ser **el pan vivo que descendió del cielo** (cp. vv. 33, 35, 48, 50). Luego añadió la promesa: **“Si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre”**. Aquí, al igual que en los versículos 35 y 40, se está considerando la responsabilidad humana de creer en Cristo (la soberanía de Dios en la salvación se enseña en los vv. 37, 39, 44, 65).

El Señor usó siempre la rutina diaria y simple de comer para comunicar su verdad espiritual profunda. La analogía de comer sugiere cinco paralelos para apropiarse de esta verdad espiritual.

Primero, tal como la comida es inútil a menos que se coma, la verdad espiritual tampoco hace bien alguno si no se interioriza. Solo conocer la verdad, sin actuar en ella, no aprovecha nada (He. 4:2) y no le permite a uno ser neutral (Lc. 11:23). De hecho, resultará en un juicio más severo (Lc. 12:47-48; He. 10:29).

Segundo, comer es un impulso producido por el hambre; a quienes

están llenos no les interesa comer. De igual forma, los pecadores que están saciados con su pecado no tienen hambre de las cosas espirituales (cp. Lc. 5:31-32; 6:21). Sin embargo, cuando Dios los despierte de su condición perdida, el hambre de perdón, liberación, paz, amor, esperanza y alegría, los lleva al pan de vida.

Tercero, cuando las personas consumen la comida, esta se hace parte de ellas por la operación del sistema digestivo del cuerpo. Así ocurre espiritualmente. Las personas pueden admirar a Cristo, estar impresionadas con su enseñanza y hasta lamentar su muerte en la cruz como una gran tragedia; pero mientras no se apropien de Él por la fe, no se harán uno con Él (17:21; 1 Co. 6:17; 2 Co. 4:10; Gá. 2:20; Ef. 3:17).

Cuarto, comer requiere confianza. Nadie come conscientemente comida dañada o contaminada; comer implica fe en que la comida es comestible (cp. Mr. 7:15). Así, la metáfora del pan de vida implica creer en Jesús.

Finalmente, comer es personal. Nadie puede comer por otro; no hay tal cosa como comer por medio de un apoderado. Tampoco hay salvación por medio de apoderados. En el Salmo 49:7 el salmista escribió: “Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate”. Los pecadores deben apropiarse del pan de vida como individuos para recibir la salvación y vivir **para siempre** (vv. 50, 58; 3:16; 8:51; 11:26; Ro. 8:13).

El Señor continúa definiendo el **pan** de vida como el que Él da voluntariamente (10:18) **por la vida del mundo**; su **carne** (cp. 1:14). En el Nuevo Testamento es repetitivo el concepto de que Jesús se dio en sacrificio por los pecadores (p. ej., Mt. 20:28; Gá. 1:4; 2:20; Ef. 5:2, 25; 1 Ti. 2:6; Tit. 2:14). El Señor se refirió aquí proféticamente a su muerte en la cruz (2 Co. 5:21; Gá. 3:13; 1 P. 2:24), una entre muchas predicciones registradas en los Evangelios (Jn. 2:19-22; 12:24; Mt. 12:40; 16:21; 17:22; 20:18; Mr. 8:31; 9:31; 10:33-34; Lc. 9:22, 44; 18:31-33; 24:6-7). El precio de la redención es el ofrecimiento que Jesús hace de su **carne**. Si Cristo tan solo hubiera venido y proclamado las normas de Dios, la humanidad habría quedado en un aprieto desesperanzado. Como nadie puede vivir de acuerdo a tales normas, no habría forma de que los pecadores tuvieran relación con Dios. Pero “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 P. 3:18; cp. 2:24; Is. 53:4-6; Ro. 3:21-26; 2 Co. 5:21), a fin de hacer posible la reconciliación entre el hombre pecador y el Dios santo.

Cristo se hizo el sacrificio final por el pecado, “el Cordero de Dios,

que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29), porque “la paga del pecado es muerte” (Ro. 6:23) y “sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (He. 9:22). Dios aceptó su muerte como el pago total del pecado (Ro. 3:25-26; 4:25; He. 2:17; 1 Jn. 2:2; 4:10), por todos los que creyeron y todos los que creerían, de modo que se otorgó perdón completo por los pecados de todos los fieles penitentes (Hch. 10:43; 13:38-39; Ef. 1:7; Col. 1:14; 2:13-14; 1 Jn. 1:9; 2:12).

La muerte de Cristo fue la satisfacción real y genuina de la justicia divina. Fue el pago verdadero y la expiación total—real, no potencial—hecha por Cristo a Dios, en favor de todos los que creen, porque a estos Dios los eligió y redimió por su poder. La muerte de Cristo fue definitiva, particular, específica y real, a favor del pueblo escogido de Dios, limitada en su alcance por los propósitos divinos soberanos, pero ilimitada en sus efectos para todos por los que se ofreció.

La redención es la obra de Dios. Cristo murió para alcanzarla, no solo para hacerla posible y alcanzarla al final, cuando el pecador creyera. La Biblia no enseña que Jesús murió potencialmente por todos y por nadie en realidad. Por el contrario, Cristo procuraba la salvación de todo aquel que Dios llamara y justificara; Él pagó de verdad la pena por todos los que crean. Los pecadores no limitan la expiación por su falta de fe; Dios lo hace en su designio soberano.

Cristo ofreció su **carne** como sacrificio no solo por Israel, sino por todo el **mundo** (cp. 1:29; 4:42; 1 Jn. 4:14). Murió por las personas de todas las razas, culturas, grupos étnicos y estratos sociales (cp. Gá. 3:28; Col. 3:11). Así, Dios dijo en Isaías 45:22: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra” y Jesús comisionó a la Iglesia a hacer “discípulos a todas las naciones” (Mt. 28:19). El Señor también declaró: “como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn 3:14-15) y “yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (12:32). Él es el único Salvador para el mundo de pecadores perdidos.

LA PERPLEJIDAD

Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? (6:52)

Obviamente el Señor no estaba hablando de canibalismo cuando habló de

comer su carne. Antes bien, estaba dando una ilustración física de una verdad espiritual. Una vez más, sin embargo, **los judíos** antagonistas malinterpretaron completamente la importancia de la declaración de Jesús. Como resultado, **contendían entre sí**. *Contendían* es una traducción del verbo *machomai*, que quiere decir “pelear” o “reñir” (cp. Hch. 7:26; 2 Ti. 2:24; Stg. 4:2) e indica una disputa acalorada. La conversación se centró en la pregunta *¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?* Cegados por la ignorancia de su propia incredulidad, no eran capaces de entender la importancia espiritual de lo que Jesús dijo (cp. v. 42; 3:4, 9; 4:11-12; 9:16; 12:34).

Debe indicarse que la Iglesia Católica Romana apela a este pasaje como prueba de la doctrina de la transustanciación, la enseñanza falsa según la cual el cuerpo y la sangre de Cristo están literalmente presentes en el pan y el vino de la misa. El teólogo católico Ludwig Ott escribe: “El cuerpo y la sangre de Cristo, junto con su alma y su divinidad, y por lo tanto todo Cristo, están verdaderamente presentes en la Eucaristía” (*Fundamentals of Catholic Dogma* [Fundamentos del dogma católico] [St. Louis: B. Herder, 1954], p. 382). Sin embargo, sugerir que Jesús se refería a la eucaristía (la Comunión o la Santa Cena) es un fundamento falso para una falsa doctrina, pues Él usó la palabra *sarx* (**carne**). En los pasajes sobre la Comunión se usa una palabra diferente: *sōma* (“cuerpo”. Mt. 26:26; Mr. 14:22; Lc. 22:19, 1 Co. 10:16; 11:24, 27). Hay dos consideraciones adicionales que refuerzan el hecho de que este pasaje no se refiere a la Comunión: Primero, la Santa Cena no se había instituido todavía, los judíos no habrían entendido de qué estaba hablando Jesús si estuviera hablando de la Comunión. Segundo, Jesús dijo que cualquiera que participara de su carne tiene vida eterna. Si esto es una referencia a la Santa Cena, querría decir que la vida eterna se podría obtener por participar en la Comunión. Sin embargo, esto es claramente ajeno a las Escrituras, donde se enseña que la Comunión es para quienes ya son creyentes (1 Co. 11:27-32) y que la salvación es por la fe sola (Ef. 2:8-9). (Para argumentos adicionales contra la interpretación sacramental de comer la carne de Cristo y beber su sangre véase D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], pp. 296-298; para una crítica de la doctrina católica de la misa véase James G. McCarthy, *El evangelio según Roma* [Grand Rapids: Portavoz, 1996], caps. 6—7).

Los católicos romanos y los judíos que se oponían a Jesús no

captaron la intención. Como ya se dijo en la explicación del versículo 51, el Señor no hablaba literalmente, sino metafóricamente; los animaba a apropiarse de Él por la fe.

LAS PROMESAS

Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente. Estas cosas dijo en la sinagoga, enseñando en Capernaum (6:53-59)

Aunque se enfrentaba a su incredulidad intencional, Jesús no bajó el tono, suavizó o aclaró sus palabras. En lugar de eso, hizo sus enseñanzas más difíciles de tragar agregando el concepto escandaloso de beber su **sangre**. Beber sangre o comer algo que todavía tuviese sangre estaba estrictamente prohibido por la ley en el Antiguo Testamento:

Si cualquier varón de la casa de Israel, o de los extranjeros que moran entre ellos, comiere alguna sangre, yo pondré mi rostro contra la persona que comiere sangre, y la cortaré de entre su pueblo. Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona. Por tanto, he dicho a los hijos de Israel: Ninguna persona de vosotros comerá sangre, ni el extranjero que mora entre vosotros comerá sangre. Y cualquier varón de los hijos de Israel, o de los extranjeros que moran entre ellos, que cazare animal o ave que sea de comer, derramará su sangre y la cubrirá con tierra. Porque la vida de toda carne es su sangre; por tanto, he dicho a los hijos de Israel: No comeréis la sangre de ninguna carne, porque la vida de toda carne es su sangre; cualquiera que la comiere será cortado (Lv. 17:10-

14; cp. 7:26-27; Gn. 9:4; Dt. 12:16, 23-24; 15:23; Hch. 15:29).

Por supuesto, Jesús no estaba hablando de beber literalmente el fluido de sus venas, como no estaba hablando de comer su carne literalmente. Las dos metáforas se refieren a la necesidad de aceptar el sacrificio de Cristo. En el Nuevo Testamento el término *sangre* es con frecuencia una metonimia gráfica de la muerte de Cristo en la cruz como sacrificio supremo por el pecado (Mt. 26:28; Hch. 20:28; Ro. 3:25; 5:9; 1 Co. 11:25; Ef. 1:7; 2:13; Col. 1:20; He. 9:12, 14; 10:19, 29; 13:12; 1 P. 1:2, 19; 1 Jn. 1:7; Ap. 1:5; 5:9; 7:14; 12:11). Su sacrificio era al que apuntaban todos los sacrificios del Antiguo Testamento.

Pero el concepto de Mesías crucificado era un gran obstáculo para Israel. Cuando el Señor dijo: “Yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Jn. 12:32), “le respondió la gente: Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre?” (v. 34). El Cristo resucitado reprendió en el camino a Emaús a dos de sus discípulos por su vacilación para aceptar la necesidad de su muerte: “Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” (Lc. 24:25-26). El apóstol Pablo escribió a los corintios: “Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero” (1 Co. 1:23) y en Gálatas 5:11 se refirió al “tropiezo de la cruz”. Así, el mayor ímpetu en el mensaje de Pablo a los judíos de Tesalónica estaba en “[declarar] y [exponer] por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio, decía él, es el Cristo” (Hch. 17:3).

Debería notarse que los verbos traducidos *coméis* y *bebéis* son aoristos, no tiempos verbales presentes. Eso sugiere una apropiación de una única vez para la salvación de Cristo, no comer ni beber continuamente su cuerpo y su sangre, como se representa en la misa católica (véase la explicación anterior sobre el v. 52).

En los versículos 53-56 Jesús hizo cuatro promesas para quienes comieran su carne y bebieran su sangre. La primera viene dada de forma negativa: quienes rechacen a Jesús **no** tendrán **vida** en ellos. Por el lado opuesto, quienes se apropian por fe, tienen esa **vida**. El Señor les garantiza desde ahora la vida abundante (5:24; 10:10).

La segunda promesa es que quien **come su carne y bebe su sangre, tiene vida eterna**. La vida abundante que experimentan los creyentes en el presente no terminará con la muerte, se expandirá hasta su plenitud y durará para siempre. Es obvio que este versículo no describe un acto ritual cuando se compara con el versículo 40. Los resultados en los dos versículos son los mismos: vida eterna y resurrección. Pero en el versículo 40 esos resultados vienen de ver y creer en el Hijo, mientras que en el versículo 54 vienen de comer su carne y beber su sangre. Entonces, se sigue que comer y beber en el versículo 54 son paralelos con ver y creer en el versículo 40.

La tercera promesa, que Cristo resucitará **en el día postrero** a todos los que comen su carne y beben su sangre, se repite por cuarta vez en este pasaje (vv. 39-40, 44). La resurrección para vida eterna es la gran esperanza del creyente (Hch. 23:6; 24:15; cp. Tit. 2:13; 1 P. 1:3); sin ella, el evangelio cristiano no significa nada. Pablo escribió a algunos de los corintios que cuestionaban la resurrección:

Pero si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado de Dios que él resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres (1 Co. 15:12-19).

Jesús presentó la cuarta y última promesa declarando que su **carne es verdadera comida, y su sangre es verdadera bebida**; el sustento que da la vida de Dios en el creyente. En vista de esto, el Señor declaró: “**El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él**”. Aquí la promesa es la unión con Cristo. En Juan 14:20 Jesús les prometió a los discípulos: “En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros”. En 15:5 el Señor declaró: “Yo soy la

vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”. Pablo escribió: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17). Más adelante, en esa misma epístola, el apóstol Pablo exhortó así a los corintios: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” (2 Co. 13:5). A los gálatas escribió: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20). A los colosenses les recordó: “Es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Col. 1:27). Juan escribió en su primera epístola: “Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna” (1 Jn. 5:20; cp. 2:24; 3:24; 4:13; Jn. 17:21; Ro. 6:3-8; 8:10; 1 Co. 1:30; 6:17; Ef. 3:17; Col. 2:10).

En el versículo 57 Jesús declaró la fuente de su autoridad para hacer estas promesas: “**Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí**”. Antes había declarado: “Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” (5:26). Por lo tanto, quien cree en Jesús **vivirá por él**. Jesús tiene la vida en sí mismo y los creyentes también tienen vida en Él.

El Señor concluyó su magnífica enseñanza repitiendo los pensamientos de los versículos 49 y 50. La invitación es tan clara hoy como en aquel día memorable **en la sinagoga de Capernaum**. Quien se afana por las cosas materiales morirá como murieron los israelitas rebeldes en el desierto. Pero quien come **el pan que descendió del cielo, vivirá eternamente**.

22 El pan de vida—Tercera parte: Respuesta al pan de vida

Al oírlas, muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír? Sabiendo Jesús en sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: ¿Esto os ofende? ¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero? El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar. Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre. Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él. Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso irnos también vosotros? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Jesús les respondió: ¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo? Hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón; porque éste era el que le iba a entregar, y era uno de los doce. (6:60-71)

La predicación del evangelio que no transmite con precisión la Palabra de Dios y demanda obediencia se queda corta de la norma bíblica. Tanto Juan el Bautista (Mt. 3:2) como Jesús (4:17) responsabilizaron a sus oyentes de actuar en la verdad que se les dio, exhortándolos a “[arrepentirse], porque el reino de los cielos se [había] acercado” y después a mostrar frutos verdaderos de arrepentimiento (3:8). La predicación retadora de Juan el Bautista dio este resultado:

La gente le preguntaba, diciendo: Entonces, ¿qué haremos? Y respondiendo, les dijo: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo. Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos? Él les dijo: No exijáis más de lo que

os está ordenado. También le preguntaron unos soldados, diciendo: Y nosotros, ¿qué haremos? Y les dijo: No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario (Lc. 3:10-14).

El sermón de Pedro en el día de Pentecostés también demandaba un respuesta:

Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo (Hch. 2:37-38).

En general, quienes oigan la predicación poderosa de la Palabra responderán de tres maneras (cp. Mt. 13:3-9, 18-23). Algunos se mofarán y reaccionarán con rechazo total. Estos eran los escribas y los fariseos, quienes respondían al Señor oponiéndose constantemente a su enseñanza y despreciándolo. Su rechazo culminó en Mateo 12:24, cuando atribuyeron los milagros de Jesús a Satanás: “Mas los fariseos, al oírlo [que el pueblo se preguntaba si Jesús era el Mesías, v. 23], decían: Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios”. Deliberadamente escogieron rechazar la evidencia abrumadora con respecto a la verdadera identidad de Jesús.

Algunos respondieron con fe temporal o superficial. Estos discípulos falsos son los buscadores de curiosidades, quienes se sienten atraídos superficialmente a Cristo. Pero cuando Él les pide algo o hay un coste a pagar, desaparecen y se niegan a abandonar el mundo o a negarse a sí mismos (cp. Lc. 9:23-25). Juan 2:23-25 explica a tales personas:

Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre.

Juan los describió en su primera epístola: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no

todos son de nosotros” (1 Jn. 2:19). En sus filas se incluían hombres como Demas (2 Ti. 4:10), Simón el mago (Hch. 8:18-21) y, sobre todo, Judas Iscariote (Hch. 1:25).

Finalmente, algunos responderán con fe verdadera. Este núcleo pequeño de discípulos verdaderos es la “manada pequeña” que el Padre ha escogido para entregarles el reino (Lc. 12:32), habiéndolos acercado a su Hijo (Jn. 6:37, 44). Creen para salvación que Jesús es el Hijo de Dios y el Mesías.

El sermón del pan de vida, junto con la respuesta a este, es el punto culminante de todo el ministerio de Jesús en Galilea. La reacción de la multitud era típica, no solo en los judíos de aquella época, sino en todas las personas confrontadas con la verdad. Quienes oyen su mensaje muestran cada una de las tres respuestas indicadas anteriormente. Algunos rechazaron a Jesús antes de que el sermón terminara, lo interrumpieron: “Murmuraban entonces de él los judíos, porque había dicho: Yo soy el pan que descendió del cielo. Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido?” (vv. 41-42).

Tristemente, esa era la respuesta característica de la mayoría de galileos. Aunque Jesús había enseñado en sus ciudades y villas (Mt. 4:23) y realizado muchos milagros en medio de ellos (Jn. 2:1-11; 4:46-54; 6:4-13; Mt. 8:2-4, 5-13, 14-17, 28-34; 9:1-8, 18-26; 12:9-14; 14:34-36; Mr. 8:22-26; Lc. 7:11-17), seguían rehusando creer en Él. Su rechazo voluntario era inexcusable y Jesús reprendió fuertemente a dos pueblos galileos, Corazín y Betsaida, por la dureza de su corazón:

Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido, diciendo: ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras. Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta hoy día. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti (Mt. 11:20-24).

Cuando Jesús concluyó sus palabras, quienes lo rechazaban directamente se fueron, solo quedaron quienes afirmaban ser sus discípulos (algunos tenían una fe genuina y otros no). Los versículos 60-71 describen la reacción de estos dos grupos (los discípulos verdaderos y los falsos) al discurso del pan de vida.

LA REACCIÓN DE LOS FALSOS DISCÍPULOS

Al oírlas, muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír? Sabiendo Jesús en sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: ¿Esto os ofende? ¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero? El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar. Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre. Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él. (6:60-66)

Llamar **discípulos** a las personas aquí presentadas no implica que fueran verdaderos seguidores de Cristo. El término *mathētēs* (discípulo) se refiere a alguien que se pega a un maestro como estudiante o aprendiz, pero no implica nada sobre la sinceridad o devoción del discípulo. Además de los discípulos de Jesús, el Nuevo Testamento también habla sobre los discípulos de Juan el Bautista (Mt. 9:14), los fariseos (22:15-16), Pablo (Hch. 9:25) y Moisés (Jn 9: 28).

Aunque a Jesús lo seguían grandes multitudes (cp. Mt. 4:25; 8:1; 19:2; Mr. 4:1; Lc. 12:1), especialmente al comienzo de su ministerio, la mayoría estaba fascinada por los milagros que Él realizaba; sobre todo por la curación de enfermedades y la alimentación en al menos dos ocasiones. Buscaban emociones, no la verdad.

Los **discípulos** que aparecen en el versículo 60 no eran diferentes. Se sentían atraídos superficialmente a Jesús por los milagros que habían visto (v. 2), la comida que les dio (vv. 3-13) y la esperanza de que los liberara de los romanos (vv. 14-15). No estaban dispuestos a aceptarlo como Mesías, pero aún no habían decidido abandonarlo. Sin embargo, eso estaba por cambiar. Cuando Jesús pidió que le reconocieran como el pan de vida (vv. 33, 35, 48, 50-51) e insistió en que la vida eterna solo se

encuentra en un compromiso completo con Él (vv. 51, 53-58), exigía más de lo que ellos querían dar. En consecuencia, decidieron darle la espalda a Él y su salvación.

Incapaces de seguir digiriendo la enseñanza de Jesús, estos **discípulos dijeron**: “**Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?**”. Finalmente, se dieron cuenta de que seguir a Jesús significaba más que estar a la espera de ver y experimentar los beneficios físicos de su poder. El adjetivo *sklēros* (**dura**) quiere decir literalmente “áspera”, “marchita” o “fuerte”. Describe, en sentido figurado, algo severo, desagradable, o difícil de aceptar (cp. Mt. 25:24; Hch. 26:14; Jud. 15). Aquí, como en la declaración paralela *¿quién la puede oír?*, no se dice que la **palabra** de Jesús sea incomprensible, sino inaceptable. Rechazaron sus palabras porque eran ofensivas y objetables. Al igual que quienes ya habían rechazado de tajo las enseñanzas de Jesús, estos estaban escandalizados por la afirmación de Jesús de haber venido del cielo (vv. 33, 38, 41-42, 50-51), de ser la única respuesta a la necesidad espiritual del hombre (vv. 33, 35, 40) y por llamarlos a comer su carne y beber su sangre (51-57). Sin embargo, lo que en realidad los alejó del reino no fue la enseñanza inaceptable de Jesús, fue la incredulidad de ellos y que no lo aceptaran.

La reacción es típica de los falsos discípulos: mientras los discípulos egoístas percibían en Jesús una fuente de sanidad, comida gratis y liberación de la opresión enemiga, se agolpaban alrededor de Él. Pero cuando Él les exigía reconocer su bancarrota espiritual, confesar sus pecados y comprometerse con Él como la única fuente de la salvación, se ofendían y se apartaban. Seguían a Jesús por lo que podían obtener de Él, como tantos otros falsos discípulos en la historia de la Iglesia. Por otra parte, los discípulos verdaderos, vienen a Cristo con pobreza de espíritu (Mt. 5:3), lamentando su pecado (5:4) y con hambre y sed de justicia que solo Él puede satisfacer (5:6). Nuestro Señor no dejó lugar a la duda cuando identificó los elementos del discipulado verdadero:

Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará. Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo? (Lc. 9:23-25; cp. Mt. 10:34-39).

Los falsos discípulos no siguen a Cristo por quién Él es, lo siguen por

lo que quieren de Él. No tienen problema en verlo como un bebé en el pesebre navideño; un reformador social con un mensaje amplio de amor y tolerancia; el ser humano ideal que todos los demás debemos imitar; la fuente de salud, riqueza y felicidad terrenal. Pero no están dispuestos a aceptar al Jesús bíblico: el Dios-hombre que reprendió sin miedo a los pecadores, quien advirtió sobre el infierno eterno, y que la salvación del infierno viene solo por creer en sus palabras (Jn. 5:24). Quienes se resistan o rechacen la enseñanza de Jesús pierden la prueba del discipulado verdadero que Él puso en Juan 8:31: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (cp. 15:8). La obediencia continua a las palabras de Jesucristo siempre es una marca de los verdaderos discípulos (cp. 1 Jn. 2:3-5).

Jesús entendía el corazón de cada persona (2:25; cp. Mt. 12:25; Lc. 5:22), era consciente de **que sus discípulos murmuraban** (cp. Jn. 6:41; Éx. 16:2) **de su enseñanza**, así que **les dijo**: “**¿Esto os ofende?**”. El verbo que traduce *ofende* es una forma del verbo *skandalizō*, que puede significar “molestarse” (p. ej., Mt. 13:57; 15:12) o “dejar de creer” (p. ej., 13:21; 24:10). Los dos significados son apropiados aquí; los falsos discípulos se molestaron con la enseñanza de Jesús y eso les hizo abandonar su fe superficial en Él.

A sabiendas de que la razón principal del rechazo era su afirmación de que había bajado del cielo, Jesús les preguntó: “**¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?**”. Parece estar queriendo decir: “Si me vieran irme al cielo, ¿no se convencerían de mi origen celestial?” (la referencia a su ascensión también desecha cualquier interpretación literal de comer su carne y beber su sangre, pues Él ascendería corporalmente al cielo [cp. Hch. 1:3-11]). Debe anotarse que algunos comentaristas ven la referencia de Jesús a **subir** como una referencia implícita a su crucifixión (3:14; 12:32, 34), que llevó a su resurrección y después a su ascensión. De acuerdo con esta perspectiva, el Señor estaba diciendo algo crucial: Si los falsos discípulos se escandalizaban por su enseñanza, ¿cuánto más los ofendería su realización (cp. 1 Co. 1:23)? De cualquier forma, Jesús dejó abierta la pregunta, porque la respuesta dependía de sus oyentes.

Como hizo en 3:6, Jesús contrastó al **Espíritu que da vida** con la **carne que para nada aprovecha**. La vida espiritual solo viene cuando el Espíritu Santo imparte la vida de Cristo en el creyente (Gá. 2:20; Col. 3:3-4). No viene “de voluntad de carne” (1:13) que, como indica R. V. G. Tasker, “significa lo externo a exclusión de lo interno, lo visible sin contar

lo invisible, lo material sin relacionarlo con lo espiritual y lo humano disociado de lo divino” (*The Gospel According to St John* [El Evangelio según San Juan], *The Tyndale New Testament Commentaries* [Comentarios Tyndale del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1975], p. 96). El Señor exhortó a quienes discrepaban de comer su carne (v. 52) a participar de su Espíritu (vv. 53-58).

Por supuesto, nadie puede hacer esto sin oír y obedecer **las palabras que** Jesús habló, de las cuales declaró que **son espíritu y son vida**. Son las palabras de Jesús las que revelan quién es Él en realidad. Como ya dijimos, aceptar o rechazar esas palabras separa a los discípulos verdaderos de los falsos. Los verdaderos discípulos continúan en su Palabra (8:31), que permanece en ellos (15:7; cp. Jer. 15:16; Col. 3:16; 1 Jn. 2:14); los falsos discípulos a la larga rechazan su palabra (8:37, 43, 47). Aceptar las palabras de Jesús significa recibirlo, porque ellas revelan quién es Él. Así, la Biblia enseña que la salvación viene por medio de la acción de la Palabra de Dios:

Esta es, pues, la parábola: La semilla es la palabra de Dios... la [semilla] que cayó en buena tierra... son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia (Lc. 8:11, 15).

Él entonces respondiendo, les dijo: Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen (Lc. 8:21).

Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas (Stg. 1:18).

Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas (Stg. 1:21).

Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre (1 P. 1:23).

Entonces Jesús dijo: “**Pero hay algunos de vosotros que no creen**”. Como pasa siempre con quienes rechazan la oferta de la salvación, el asunto no era falta de información, sino falta de fe. El Señor hizo a estos discípulos personalmente responsables de rechazarlo, no porque no

pudieran entenderlo, sino porque no le creían.

Aunque seguramente el Señor estaba triste por la incredulidad de esos falsos discípulos, no le tomó por sorpresa; **Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían**. Incluso supo todo el tiempo **quién le había de entregar**: Judas Iscariote, el ejemplo supremo de un falso discípulo que no creyó (véase la explicación anterior de los vv. 70-71). Las palabras de despedida de Jesús para con los falsos discípulos refuerzan su enseñanza anterior sobre la soberanía absoluta de Dios en la salvación (vv. 37, 39, 44-45): “**Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre**”. Los versículos 64-65 mantienen la tensión entre la soberanía divina y la responsabilidad humana presente en todas las Escrituras. Por un lado, a los incrédulos los condena su incredulidad (v. 64); por otro lado, están perdidos porque el Padre no los acercaba (v. 65).

Tristemente, pero de modo predecible, **desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y ya no andaban con él**. Dejando a un lado cualquier otra pretensión de ser sus discípulos, lo dejaron y se unieron a los burladores que lo negaban con franqueza. *Ek toutou* es la expresión que traduce **desde entonces** o “como resultado de esto”. Las dos traducciones son correctas. Los falsos discípulos abandonaron a Jesús del todo después de este punto, “como resultado de” su enseñanza en el sermón en general (especialmente los vv. 48-58) y su condenación a la incredulidad de ellos en particular (v. 64). “Él no les daría lo que ellos querían; ellos no recibirían lo que Él les ofrecía” (F. F. Bruce, *The Gospel of John* [El Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Eerdmans, 1983], p. 164).

LA REACCIÓN DE LOS VERDADEROS DISCÍPULOS

Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso irnos también vosotros? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Jesús les respondió: ¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo? Hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón; porque éste era el que le iba a entregar, y era uno de los doce. (6:67-71)

Esta es la primera vez que la expresión *los doce* aparece en el Evangelio

de Juan, que en los Evangelios sinópticos se llaman apóstoles (p. ej., Mt. 10:2; 20:17; Mr. 4:10; 9:35; Lc. 8:1; 18:31). Juan no registró el llamamiento de los doce y, excepto por los versículos 70-71, usó el término solo en 20:24. Puede ser que los doce quedaran después que se fueron los discípulos temporales. O puede que Jesús les hablara después en privado. En el texto griego la pregunta de Jesús espera una respuesta negativa, por eso la traducción de la RVR-1960: “**¿Queréis acaso iros también vosotros?**”. Jesús usó la deserción de los falsos discípulos para contrastar la fe de los doce.

Como en muchas otras ocasiones, **Simón Pedro** actuó como vocero de los doce (cp. 13:36-37; Mt. 14:28; 15:15; 16:16, 22; 17:4; 18:21; 19:27; 26:33, 35; Mr. 11:21; Lc. 5:8; 8:45; 12:41). Su declaración recuerda su confesión sobre Jesús como Mesías en Cesarea de Filipo (Mt. 16:16; cp. 14:33): “**Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente**”. Aunque la multitud solo estaba dispuesta a aceptar a Jesús como una especie de segundo Moisés, a la espera de que supliera sus necesidades materiales, los doce veían en Él a quién realmente es. No había otro maestro a quien pudieran buscar, dijo Pedro, porque solo Cristo tiene **palabras de vida eterna** (cp. v. 63).

Aun así, ni siquiera todos los doce habían creído y conocido verdaderamente a Jesús, como el Señor se apresuró a señalar. Debieron de quedar horrorizados cuando Jesús declaró que había un traidor en sus filas: “**¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?**”. Aquí no se refiere a la elección para salvación, sino a la elección para el apostolado. Él escogió a los doce, uno de los cuales iba a calumniarlo de la forma menos pensada. Después de haber despedido a Judas del aposento alto, el Señor les dijo a los once restantes que los había escogido para salvación. Les dijo: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, Él os lo dé” (15:16). Su elección soberana, para salvación y apostolado, desechaba toda pretensión o importancia propia que ellos pudieran haber sentido.

El **diablo** en medio de ellos era, por supuesto, **Judas Iscariote, hijo de Simón**. *Iscariote* se deriva de una frase hebrea cuyo significado es “hombre de Queriot” (Jos. 15:25), aunque también había un pueblo moabita con el mismo nombre (Jer. 48:24, 41; Am. 2:2). A pesar del privilegio espiritual de Judas, **uno de los doce**, el Señor sabía que al final

era el que le iba a entregar (Judas, como el traidor más notorio de la historia, siempre se presenta en los Evangelios como el traidor de Jesús [cp. 12:4; 13:2; 18:2; Mt. 10:4; Mr. 3:19; Lc. 6:16]). *Diabolos* (**diablo**) significa “calumniador” (cp. 1 Ti. 3:11; 2 Ti. 3:3; Tit. 2:3, donde la forma plural del nombre traduce “chismes maliciosos”) o “acusador falso”. Traducir la frase como “uno de ustedes es *el* diablo” reflejaría con precisión la intención del Señor. Satanás, el adversario supremo de Dios, usó a Judas para oponerse a la obra divina (13:2, 27). Como en el incidente en que Pedro intentó reprender presuntuosamente a Jesús (Mt. 16:23), el Señor identificó a Satanás como la fuente detrás de Judas.

Eso no exonera o excusa a Judas por su acción atroz. El Nuevo Testamento pone en Judas toda la responsabilidad de la traición de Jesús. En las escalofriantes palabras de Jesús: “A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido” (Mt. 26:24).

La afirmación de Pedro en los versículos 68-69 expresó dos características de los discípulos verdaderos: fe (“**hemos creído**”)—que marca su nacimiento espiritual—y fidelidad (“**Señor, ¿a quién iremos?**”)—que marca su carácter—. El tiempo perfecto de los verbos que traducen *hemos creído* y *conocemos* lleva la idea de un acto completado en el pasado pero con resultados que siguen en el presente. La fe inicial de los verdaderos discípulos resulta en un compromiso continuo de lealtad a Cristo. A diferencia de los falsos discípulos, quienes tomaron la decisión final de abandonar a Jesús, los doce (excepto Judas) habían hecho el compromiso permanente de seguirlo. De esta forma, Juan contrastó la diferencia marcada entre inconstantes y fieles.

23 En el calendario divino

Después de estas cosas, andaba Jesús en Galilea; pues no quería andar en Judea, porque los judíos procuraban matarle. Estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los tabernáculos; y le dijeron sus hermanos: Sal de aquí, y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo. Porque ni aun sus hermanos creían en él. Entonces Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto. No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas. Subid vosotros a la fiesta; yo no subo todavía a esa fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido. Y habiéndoles dicho esto, se quedó en Galilea. Pero después que sus hermanos habían subido, entonces él también subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto. Y le buscaban los judíos en la fiesta, y decían: ¿Dónde está aquél? Y había gran murmullo acerca de él entre la multitud, pues unos decían: Es bueno; pero otros decían: No, sino que engaña al pueblo. Pero ninguno hablaba abiertamente de él, por miedo a los judíos. (7:1-13)

Desde el punto de vista del mundo incrédulo, la historia es una sucesión inexplicable de acontecimientos al parecer aleatorios, una cadena de causas y efectos sin significado. En contraste, la Biblia dice que la historia es algo completamente opuesto: la ejecución del plan eterno de Dios con un propósito. Como “el que gobierna a todas las naciones” (2 Cr. 20:6; cp. 1 Cr. 29:11-12; Sal. 47:2, 8) y “el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores” (1 Ti. 6:15; cp. Ap. 17:14; 19:16), Dios está en control completo de toda la situación, obrando todas las cosas para su gloria y el bien de sus hijos (cp. Ro. 8:28; 11:36).

Nabucodonosor, el gobernante arrogante del imperio babilónico, aprendió la soberanía de Dios de la forma más humillante. Aunque se le advirtió en un sueño que “el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere” (Dn. 4:25; cp. v. 17; 2:21),

Nabucodonosor se quedó pensando: “¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?” (v. 30). El juicio de Dios sobre la jactancia de Nabucodonosor fue rápido y devastador:

Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo: A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti; y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu habitación, y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere. En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fue echado de entre los hombres; y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves (vv. 31-33).

Después de vivir como un animal por siete años, Nabucodonosor reflexionó humillado sobre las lecciones que había aprendido:

Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces? (vv. 34-35).

Años antes, Senaquerib, rey del temible imperio asirio, también había necesitado aprender la misma lección. Las conquistas de su nación, de las que se jactaba con tanto orgullo (cp. Is. 10:12-14), no resultaron de su propia fuerza militar, sino del designio soberano de Dios:

¿No has oído decir que desde tiempos antiguos yo lo hice, que desde los días de la Antigüedad lo tengo ideado? Y ahora lo he hecho venir, y tú serás para reducir las ciudades fortificadas a montones de escombros. Sus moradores fueron

de corto poder; fueron acobardados y confusos, fueron como hierba del campo y hortaliza verde, como heno de los terrados, que antes de sazón se seca. He conocido tu condición, tu salida y tu entrada, y tu furor contra mí (Is. 37:26-28).

Pero el intento de Senaquerib por conquistar Jerusalén, la ciudad santa de Dios, fracasó por completo; su ejército terminó destruido (Is. 37:36) y después sus propios hijos lo asesinaron (v. 38). Más aún, cuando hubo terminado el tiempo asignado para Asiria en el programa de Dios, la nación recibió su juicio y destrucción (Is. 10:12-19; 30:31-33; 31:8-9; Ez. 31:3-17; Nah. 1:1—3:19); tal como sucedió con Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma, después de ella (Dn. 2:31-45; 7:1-23). Desde entonces, a través de todos los milenios, han surgido naciones prominentes, tuvieron su momento debajo del sol y se desvanecieron de la escena; todo de acuerdo con el “orden de los tiempos” que Dios había determinado (Hch. 17:26).

La soberanía y providencia de Dios se extiende más allá de las naciones y los pueblos para incluir a todas las personas y sucesos. Todo ocurre de acuerdo con su calendario divino. En la cima de ese calendario están el nacimiento, muerte y resurrección de Jesucristo; los acontecimientos más importantes de la historia. Jesús nació “cuando vino el cumplimiento del tiempo [y] Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gá. 4:4). Su muerte ocurrió de acuerdo con el tiempo perfecto de Dios. Pablo nos dice que Cristo “a su tiempo murió por los impíos” (Ro. 5:6), habiéndose entregado “en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo” (1 Ti. 2:6). De igual forma, el Señor regresará en el tiempo preciso escogido por Dios; Pablo le recordó a Timoteo “la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores” (1 Ti. 6:14-15; cp. Mr. 13:33; Hch. 1:6-7).

A lo largo de todo su ministerio terrenal, Jesús siempre fue consciente de hacer la voluntad del Padre de acuerdo a su plan divino; una verdad que está en los trece primeros versículos del capítulo 7 (cp. v. 6). Los capítulos 7—8 dan inicio a una sección nueva, más volátil, del Evangelio de Juan; aquí el resentimiento ardiente con que se encontró Jesús en los capítulos 1—6 finalmente explotó en un infierno abrasador de odio. Incluso el capítulo 8 termina en un intento fallido de matar a Jesús: “Tomaron entonces piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y

salió del templo; y atravesando por en medio de ellos, se fue” (8:59). El odio que enfrentó Jesús alcanzó su punto máximo en 11:45-47, cuando las autoridades judías tomaron la decisión final de matarlo; una trama que culminaría con su crucifixión.

Al comenzar el capítulo 7, Jesús está todavía en Galilea, pero se prepara a regresar a Jerusalén en el tiempo predeterminado por el plan de Dios. La sección se divide obviamente en dos elementos: el tiempo incorrecto y el tiempo correcto.

EL TIEMPO INCORRECTO

Después de estas cosas, andaba Jesús en Galilea; pues no quería andar en Judea, porque los judíos procuraban matarle. Estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los tabernáculos; y le dijeron sus hermanos: Sal de aquí, y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo. Porque ni aun sus hermanos creían en él. Entonces Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto. No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas. Subid vosotros a la fiesta; yo no subo todavía a esa fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido. Y habiéndoles dicho esto, se quedó en Galilea. (7:1-9)

Estos versículos relatan la decisión de Jesús de permanecer en Galilea hasta que llegara el momento oportuno de ir a Jerusalén. La petición de sus hermanos, partir antes del tiempo señalado, y la respuesta de Jesús a esa solicitud.

LOS RESTANTES

Después de estas cosas, andaba Jesús en Galilea; pues no quería andar en Judea, porque los judíos procuraban matarle. (7:1)

La frase *Después de estas cosas* hace referencia a los acontecimientos descritos en el capítulo 6, ocurridos cerca del tiempo de la pascua, en abril (6:4). Como el capítulo 7 abre cerca de la fiesta de los tabernáculos, en octubre (7:2), hay un espacio de unos seis meses entre los capítulos 6

y 7. Juan no registra nada sobre este intervalo, excepto que Jesús **andaba** (viajaba y ministraba) **en Galilea**. El propósito del apóstol al escribir el Evangelio no era hacer una biografía exhaustiva de Jesucristo, sino presentarlo como Hijo de Dios y Mesías (20:21). Los otros evangelistas anotan que durante estos seis meses Jesús viajó por toda Galilea, desde Tiro y Sidón en el noroeste de Galilea (Mt. 15:21-28) hasta Decápolis en el sureste (Mr. 7:31-37). En este tiempo Jesús realizó milagros como sanidades (Mt. 15:29-31; Mr. 8:22-26), expulsión de demonios (Mt. 15:21-28; 17:14-18) y la alimentación de los cuatro mil (Mt. 15:32-38).

Sin embargo, la mayoría de los seis meses los pasó instruyendo a los doce. Les enseñó muchas cosas (Mt. 16:13-27; 17:19-23; 18:1-35), les habló por primera vez de su rechazo inminente, crucifixión y resurrección (Mt. 16:21; cp. 17:22-23). También reveló a su círculo íntimo—Pedro, Jacobo y Juan—un vistazo de su gloria divina (Mt. 17:1-8).

Es muy significativo que Jesús sólo pasó dos días con la multitud grande (tal vez más de veinte mil personas) mencionada en el capítulo 6, pero estuvo seis meses con los doce. Esto muestra que el enfoque del ministerio del Señor no estaba en las reuniones masivas, sino en el discipulado. Le dedicó su tiempo y esfuerzo al grupo de hombres que llevaría a cabo su ministerio después de su partida. La Iglesia cristiana es en gran medida el legado de esos once hombres (más Matías [Hch. 1:26] y Pablo [1 Co. 9:11]), quienes hicieron discípulos que hicieron otros discípulos, y así sucesivamente por todos los siglos hasta nuestros días.

El discipulado debe ser una prioridad también para la Iglesia. La comisión del Señor para la Iglesia no fue la de atraer a grandes multitudes, sino la de ir y hacer discípulos (Mt. 28:19). Del mismo modo, Pablo le encargó al joven pastor Timoteo: “Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (2 Ti. 2:2). La medida del éxito de una iglesia no es el tamaño de su congregación, sino la profundidad de su discipulado.

Además de instruir a los doce, Jesús también se quedó en Galilea y **no quería andar en Judea, porque los judíos constantemente procuraban matarle**. Al menos en **Judea** los sentimientos de hostilidad hacia el Señor ya habían llegado al punto en que los líderes judíos lo querían muerto (cp. 5:18). Por lo tanto, Jesús **no quería andar** (esto es, vivir y ministrar) abiertamente allí, porque no había llegado el tiempo determinado en el plan de Dios para los acontecimientos que llevaran a su muerte. Por supuesto, Él estaba dispuesto a morir, esa es la razón por la cual vino al mundo (Jn. 12:27; cp. Mt. 20:28). Como escribió Juan Calvino, “Aunque

Cristo evitó los peligros, no se apartó ni un cabello del curso de su deber” (*John* [Juan], *The Crossway Classic Commentaries* [Comentarios clásicos Crossway], Alister McGrath y J. I. Packer, eds. [Wheaton: Crossway, 1994], p. 180). Jesús no probaría a Dios antes de que llegara su hora (Mt. 4:5-7).

LA SOLICITUD

Estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los tabernáculos; y le dijeron sus hermanos: Sal de aquí, y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo. Porque ni aun sus hermanos creían en él. (7:2-5)

La **fiesta de los tabernáculos**, también llamada fiesta de las enramadas o de la cosecha, duraba siete días durante el mes judío de tishri (septiembre-octubre) y el octavo día había una fiesta especial (Lv. 23:33-36; Neh. 8:18). Durante la fiesta, las personas construían refugios hechos con ramas y vivían en ellos (Lv. 23:42), como lo habían hechos sus ancestros tras salir de Egipto (v. 43). Los habitantes de la ciudad construían sus enramadas en las azoteas de sus casas, en las calles y en las plazas (Neh. 8:14-17). De acuerdo con Josefo, historiador judío del siglo I, la fiesta de los tabernáculos era la más popular de las tres grandes festividades judías. Había celebraciones y fiestas y se llevaban a cabo rituales de esparcir agua y alumbrar con faroles (cp. Jn. 7:37-38; 8:12). En el reino milenario se volverá a celebrar la fiesta de los tabernáculos, en honor al Mesías, quien habita en medio de su pueblo y de las naciones partícipes de su reino (Zac.14:16-19).

Como la fiesta estaba cerca y era una de las tres en que se pedía que todos los hombres judíos asistieran (Dt. 16:16; cp. Éx. 23:14-17; 34:22-24), los **hermanos** de Jesús supusieron que Él saldría de Galilea e iría a **Judea** para celebrarla. Los hermanos de Jesús eran medio-hermanos, los hijos de María y José. Mateo 13:55 menciona sus nombres: Santiago, José, Simón y Judas. Aunque en aquel momento no creían en Él (véase la explicación anterior, del v. 5), después sí lo harían (Hch. 1:14). Dos de sus hermanos escribieron las epístolas que llevan sus nombres (Santiago y Judas) y Santiago se convirtió en la cabeza de la iglesia de Jerusalén (Hch. 12:17; 15:13; 21:18; cp. Gá. 1:19; 2:9).

Los hermanos de Jesús lo retaron a realizar sus milagros abiertamente en ese escenario grande en que se convertía Jerusalén durante la fiesta de los tabernáculos. Razonaban ellos que entonces los **discípulos** de Jesús, de Galilea y Judea, verían **las obras que Él hacía**; obras que demostraban que, en efecto, Él era el Mesías. Más aún, podían recuperarse algunos de los discípulos que lo habían abandonado recientemente (6:66). Los hermanos del Señor no sentían celo porque Jesús mostrara su gloria, como podrían algunos pensar erradamente. Todo lo contrario, ni siquiera creían en Él aún (v. 5).

Sus comentarios parecen tener una motivación doble. Primero, quizás quisieran ver a Jesús realizando milagros, de modo que pudieran decidir por sí mismos si sus obras eran auténticas. Segundo, probablemente esperaban un Mesías político, como pasó con la multitud que Jesús alimentó (6:14-15). Por eso, en la mente de ellos, la prueba definitiva estaría en Jerusalén, el centro político de Israel, no en Galilea. Si las autoridades de Jerusalén avalaban a Jesús, sus hermanos también aceptarían que Él era el Mesías.

La siguiente declaración de ellos habría tenido perfecto sentido si Jesús fuera el Mesías político que buscaban: **“Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto”**. Permanecer relativamente aislado en Galilea parecía inconsecuente con sus afirmaciones mesiánicas. Pero los hermanos de Jesús, como la multitud que quería hacerlo rey (6:14-15), no entendían en absoluto la misión del Señor, algo que Él les señalaría pronto. El reto final revela la duda y la incredulidad que sentían: **“Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo”**. La palabra *si* presagia la incredulidad burlesca que enfrentó Jesús en la cruz (Mt. 27:40) y recuerda el reto de Satanás (4:3, 6) durante la tentación de Cristo.

La nota explicativa de Juan—**“Porque ni aun sus hermanos creían en él”**—indica por qué hablaban así. En una parte anterior del ministerio del Señor, sus hermanos incrédulos creyeron que estaba loco (cp. Mr. 3:21, 31-34). Hasta entonces el Señor no había hecho nada que calara en sus duros corazones. Fue necesaria su resurrección de los muertos para persuadirlos de que Él era el Hijo de Dios (Hch. 1:14).

LA RESPUESTA

Entonces Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto. No puede el mundo aborreceros a

vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas. Subid vosotros a la fiesta; yo no subo todavía a esa fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido. Y habiéndoles dicho esto, se quedó en Galilea. (7:6-9)

En respuesta al intento equivocado de sus hermanos por forzar su mano, **Jesús les dijo: “Mi tiempo aún no ha llegado”**. Él no permitiría que el escepticismo de sus hermanos dictará sus acciones. Su curso de acción estaba determinado por el Padre soberano, quien todo lo orquestó en su tiempo.

Así le había respondido el Señor a su madre en las bodas de Caná: “Aún no ha venido mi hora” (véase la exposición de 2:4 en el capítulo 6). Allí también rechazó Cristo la presión de su familia por revelarse prematuramente. Él no se manifestaría antes del tiempo justo, el momento elegido por el Padre.

En el sentido más completo, el tiempo divino no vendría hasta la próxima gran fiesta, la pascua, en la primavera siguiente. Aunque ministraría en Judea durante la mayor parte de este intervalo (cp. Lc. 9:51—19:11), antes de aquel momento el Señor no entraría a Jerusalén públicamente para declarar allí abiertamente que era el Mesías (Mt. 21:1-11; cp. Lc. 19:37-40). Y tal como lo había predicho Jesús (Mt. 16:21; 17:22-23; 20:17-19; 26:2), esa manifestación final llevaría a su muerte.

En cambio, el **tiempo** de sus hermanos **siempre** estaba **presto**. No les preocupaba operar en el tiempo de Dios porque eran parte del mundo incrédulo (v. 7). Nada sabían de su plan y sus propósitos y su providencia les era indiferente. Para ellos estaba bien ir a la fiesta en cualquier momento. Leon Morris observó: “Los hermanos se unieron al mundo en este aspecto. Todos los tiempos eran iguales para ellos porque el mundo (y ellos) estaban desligados del ‘tiempo’ divino señalado” (Leon Morris, *El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 398 del original en inglés).

A diferencia de Jesús, ellos no enfrentarían la hostilidad de las autoridades judías en Jerusalén. **El mundo** no los podía aborrecer porque eran parte del mundo y este ama a lo suyo (15:19). Pero el mundo, como Jesús les recordó a sus hermanos, aborrecía a Jesús **porque** Él testificaba de **él** (o en su contra), **que sus obras son malas** (cp. 2:14-16; 3:19-20; 5:30-47; 12:48; 15:22-25). Como Satanás controla al mundo (1 Jn. 5:19), las actividades y prioridades del mundo son inherentes de pecado. Cuando los creyentes testifican contra el mundo y confrontan su maldad,

como Jesús, despiertan el antagonismo y el odio de este (cp. 15:18-19; 17:14; Mt. 10:22; 24:9; Lc. 6:22; 1 Jn. 3:13; 2 Ti. 3:12; Stg. 4:4).

Jesús rechazó la petición de sus hermanos porque el tiempo no era el apropiado. Les dijo: “**Subid vosotros a la fiesta**”. Por las razones ya expuestas, el Señor decidió no ir con ellos en lo que tal vez sería una gran caravana de personas (cp. Lc. 2:44). Semejante viaje público habría sido arriesgarse a que lo hicieran rey por la fuerza (como en 6:14-15) o tal vez habría producido una entrada triunfal prematura. O podría haber provocado una confrontación con las autoridades judías que llevara a la muerte de Jesús antes del tiempo apropiado, que era precisamente en la pascua.

Los manuscritos griegos están divididos más o menos igualmente entre la lectura *ouk* (“no”) y *oupō* (“**aún no**”). Posiblemente la correcta es *ouk*, pues no es probable que alguien remplazara *ouk* por *oupō*, exponiendo con ello una aparente contradicción en el texto (cp. v. 10). De otro lado, hay una razón obvia para que los escribas reemplazaran *oupō* por *ouk*: hacerlo elimina la contradicción aparente con el versículo 10. Sin embargo, en cualquier caso es claro el significado del Señor. No decía Él que no iba a asistir a la fiesta, decía que no iría con sus hermanos como ellos esperaban. Tampoco permitiría que los líderes judíos lo mataran **porque su tiempo aún no había llegado**. El momento que Dios había predeterminado era seis meses después, cuando Jesús entregó su vida (cp. v. 30; 8:20). Así, habiendo **dicho esto** a sus hermanos, **se quedó en Galilea** por un poco más de tiempo.

EL TIEMPO CORRECTO

Pero después que sus hermanos habían subido, entonces él también subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto. Y le buscaban los judíos en la fiesta, y decían: ¿Dónde está aquél? Y había gran murmullo acerca de él entre la multitud, pues unos decían: Es bueno; pero otros decían: No, sino que engaña al pueblo. Pero ninguno hablaba abiertamente de él, por miedo a los judíos. (7:10-13)

Al irse **después que sus hermanos habían subido**, Jesús podía ir a Jerusalén **no abiertamente, sino como en secreto**. La precaución del Señor marca un contraste con la forma en que sus hermanos querían que actuase, inconsecuente con su papel de Mesías. De acuerdo con el

versículo 14, Jesús no llegó a Jerusalén hasta la mitad de la fiesta. Cuando salió de Galilea la mayoría de las personas ya habría llegado a Jerusalén y los caminos estarían relativamente despejados. El Señor también se fue por Samaria (los eruditos del Nuevo Testamento creen que este fue el viaje por Samaria descrito en Lc. 9:51-56), cosa que pocos judíos estaban dispuestos a hacer. Hacerlo le permitía a Jesús evitar cualquier fanfarria y publicidad innecesaria; tal atención habría podido llevar a una confrontación prematura con los líderes judíos.

Mientras tanto, los sucesos de Jerusalén confirmaban la sabiduría en la precaución del Señor. Juan anota que **le buscaban los judíos en la fiesta, y decían: “¿Dónde está aquél?”**. La frase *los judíos* no se refiere a las personas del pueblo, los cuales componían las multitudes (v. 11), sino a los líderes judíos que **buscaban** matarlo (5:18).

Pero los líderes judíos no eran los únicos que debatían sobre Jesús en su ausencia; **había gran murmullo** y desacuerdo **acerca de él entre la multitud** de adoradores. Por un lado, **unos decían: “Es bueno”**; **pero otros decían: “No, sino que engaña al pueblo”**. En realidad, las dos perspectivas sobre Jesús eran incorrectas. Él no era simplemente un hombre **bueno**, porque los **buenos** no afirman ser Dios (5:18; cp. 8:24, 28, 58; 10:33). Tampoco engañaba **al pueblo**, porque los engañadores no realizan los milagros genuinos y sobrenaturales que hizo Jesús (10:25, 37-38; 14:10-11; cp. 3:2; 5:36).

Tristemente, fue esta segunda perspectiva de Jesús—que era un engañador—la que prevaleció en la mayoría del pueblo judío. Justino Mártir, apologista del siglo II, escribió que los judíos “osaban llamarlo mago y engañador del pueblo” (*Diálogo con Trifón*, 69, cp. 108). **Pero ninguno hablaba abiertamente de él**, independientemente de si pensaban que era bueno o un engañador, **por miedo a los judíos** (cp. 9:22; 12:42; 19:38; 20:19). Aunque era evidente que las autoridades rechazaban a Jesús, el sanedrín todavía no había decretado un juicio formal sobre Él. Así, las personas eran cuidadosas con sus palabras, no hablaban ni a favor ni en contra de Jesús hasta no saber cuál era la respuesta oficial sobre Él. En cualquier caso, cierto es que las multitudes no querían contradecir en público a sus líderes religiosos. Las consecuencias eran severas y podían incluir la excomunión de la sinagoga. (9:22; cp. 16:2). Este castigo tan temido eliminaría a una persona de la vida judía.

Como lo ilustra este relato del Evangelio de Juan, Jesús siguió el plan divino a la perfección. Siempre realizó la voluntad de Dios, como lo

deseaba el Padre. Quienes siguen de verdad a Cristo, también tienen la capacidad de seguir la voluntad de Dios porque han recibido su Palabra y su Espíritu. Su Palabra informa a los creyentes de su voluntad (Sal. 40:8) y su Espíritu les da el poder para obedecerla con alegría (143:10; cp. 119:111).

Los incrédulos no tienen la capacidad de entender la Palabra de Dios (1 Co. 2:14) ni de obedecer a su Espíritu (Ro. 8:5-9). No obstante, es el tiempo oportuno para que vengan a Él quienes no lo han hecho, “porque dice: En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (2 Co. 6:2).

24 Verificación de las afirmaciones de Cristo

Mas a la mitad de la fiesta subió Jesús al templo, y enseñaba. Y se maravillaban los judíos, diciendo: ¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado? Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta. El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia. ¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué procuráis matarme? Respondió la multitud y dijo: Demonio tienes; ¿quién procura matarte? Jesús respondió y les dijo: Una obra hice, y todos os maravilláis. Por cierto, Moisés os dio la circuncisión (no porque sea de Moisés, sino de los padres); y en el día de reposo circuncidáis al hombre. Si recibe el hombre la circuncisión en el día de reposo, para que la ley de Moisés no sea quebrantada, ¿os enojáis conmigo porque en el día de reposo sané completamente a un hombre? No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio. (7:14-24)

La afirmación más desconcertante de Jesús era la de ser Dios (véase el capítulo 15 de esta obra). Pero Él hizo muchas otras declaraciones que dejaron perplejos a los que le oían. Por ejemplo, afirmó:

- haber descendido del cielo (Jn 3:13; 6:38, 62; 8:23);
- haber sido enviado al mundo por el Padre (Mt. 10:40; Mr. 9:37; Lc. 10:16; Jn. 3:17; 4:34; 5:23-24, 30, 36-38; 6:29, 39, 44, 46, 57; 7:16, 18, 28-29, 33; 8:16, 18, 26, 29, 42; 9:4; 10:36; 11:42; 12:44-45, 49; 13:20; 14:24; 15:21; 16:5; 17:3, 8, 18, 21, 23, 25; 20:21);
- ser el Salvador del mundo (Mt. 20:28; Lc. 9:56; 19:10; Jn. 3:17; 12:47; cp. 1:29; 4:42; Mt. 1:21; 1 Jn. 4:14);
- ser quien determina el destino eterno de las personas (Mt. 16:27; 25:31-46; Jn. 5:22-27, 30; cp. Lc. 12:8-9; Jn. 8:24);
- ser la fuente de la vida eterna (Mr. 10:29-30; Jn. 3:16; 4:14; 5:39-40);

- 6:27, 40, 47, 54; 10:28; 11:25; 14:6; 17:2);
- ser el único camino a Dios (Jn 14:6; cp. Hch. 4:12);
 - tener el derecho de recibir la misma honra que el Padre (Jn. 5:23; cp. Mt. 21:15-16);
 - ser uno con el Padre (Jn. 10:30; cp. 1:1; 12:45; 14:9; 17:21);
 - tener el poder de levantar a los muertos (Jn. 5:28-29; 6:39-40, 44, 54) e incluso levantarse Él de los muertos (Mt. 16:21; 17:9, 22-23; 20:17-19; 26:32; 27:63; Lc. 24:6-7; Jn. 2:19-22)
 - ser aquel a quien apuntaban las Escrituras del Antiguo Testamento (Jn. 5:39, 46; cp. Mt. 5:17; Lc. 24:27, 44);
 - ser el juez supremo que un día regresará en gloria (Mt. 16:27; 24:30; cp. Hch. 1:11; 2 Ts. 1:7);
 - no tener pecado (Jn. 8:46; cp. 2 Co. 5:21; He. 4:15; 1 P. 2:22);
 - tener toda la autoridad en el cielo y en la tierra (Mt. 11:27; 28:18; Jn. 17:2; cp. Jn. 3:35; 13:3; 1 Co. 15:27; He. 1:2);
 - tener la autoridad para perdonar pecados (Mt. 9:6);
 - tener autoridad sobre el sábado (Mt. 12:8);
 - tener autoridad para responder oraciones (Jn. 14:13-14);
 - tener la autoridad para autorizar orar en su nombre (Jn. 15:16; 16:23-24, 26);
 - ser mayor que el templo (Mt. 12:6), Jonás (12:41), Salomón (12:42), Jacob (Jn. 4:12-14) y Abraham (8:51-58);
 - ser el pan de vida, la única fuente de sustento espiritual (Jn. 6:33, 35, 48, 51; véanse los capítulos 20—22);
 - ser la luz del mundo (Jn. 3:19; 8:12; 9:5; 12:35-36, 46; cp. 1:4-5, 7-9);
 - ser la resurrección y la vida (Jn. 11:25);
 - ser el Mesías (Mt. 16:20; 26:63-64; Jn. 4:25-26; cp. 1:41);
 - ser el Hijo de Dios (Mt. 11:27; 27:43; Lc. 22:70; Jn. 3:18; 5:19-20, 25-26; 6:40; 10:36; 11:4; 19:7) quien se sentaría a la diestra de Dios en gloria (Mt. 22:44; 26:64; Lc. 22:69; cp. Hch. 2:33-34; 5:31; 7:55-56; Ro. 8:34; Ef. 1:20; Col. 3:1; He. 1:3; 8:1; 10:12; 12:2; 1 P. 3:22).

Solo hay tres explicaciones posibles para las afirmaciones sorprendentes que Jesús hacía. O Jesús estaba loco de remate o era un engañador diabólico o era exactamente quien afirmó ser. No existe la posibilidad de que solo haya sido un buen maestro de la moral, porque esas personas no hacen tales afirmaciones. Como señala C. S. Lewis:

Un hombre que solo fuera un hombre y dijera la clase de cosas que Jesús dijo no sería un gran maestro de la moral. Sería un lunático—al mismo nivel que quienes afirman ser un huevo cocido—o sería el diablo del infierno. Usted debe elegir. O este hombre era, y es, el Hijo de Dios o era un loco o algo peor. Usted puede callarlo por necio, puede escupirlo y matarlo como un demonio o puede caer a su pies y llamarle Señor y Dios. Pero no vengamos con condescendencias afirmando solo que era un gran maestro humano. No nos ha dejado esa posibilidad. No pretendía hacerlo (*Mero cristianismo* [Nueva York: Rayo, 2006], p. 56 del original en inglés).

Las afirmaciones de Jesús polarizaban a quienes la oían. Por un lado, algunos le creían. Por ejemplo, Juan el Bautista proclamó que era “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (1:29). Felipe dijo que era “aquél de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas... Jesús, el hijo de José, de Nazaret” (1:45). Natanael le dijo: “Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel” (1:49). En la ciudad samaritana de Sicar muchos creyeron en Él (4:39, 41) y afirmaron: “Sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo” (v. 42). Incluso un oficial real gentil creyó en Él junto con toda su casa (4:53). Pedro dijo, en nombre de los doce: “Nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (6:69; cp. 1:49; Mt. 14:33; 16:16). Tomás (Jn. 20:28), Zaqueo (Lc. 19:8-9), Marta (Jn. 11:27), un hombre que había sido ciego (9:35-38), Nicodemo (7:50-51; 19:39) y José de Arimatea (19:38) también creyeron en Él.

Sin embargo, la mayoría rechazaba las afirmaciones de Jesús. Juan escribió en el prólogo de su Evangelio: “En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (1:10-11). Jesús le dijo a Nicodemo antes de su conversión:

De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? (3:11-12).

Juan el Bautista dijo de Cristo: “Lo que vio y oyó, esto testifica; y nadie recibe su testimonio” (3:32). Jesús les dijo a sus opositores judíos: “[No]

tenéis su palabra morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis... Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis” (5:38, 43). Cristo reprendió a sus oyentes en la sinagoga de Capernaúm por su incredulidad: “Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis” (6:36). En Mateo 23:37 el Señor se lamentó:

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!

Aun en su juicio, cuando se acababa ya su ministerio terrenal, el sanedrín le increpó: “¿Eres tú el Cristo? Dínoslo”. Pero él les respondió: “Si os lo dijere, no creeréis” (Lc. 22:67).

Jesús dijo a sus seguidores al final del capítulo 6: “Hay algunos de vosotros que no creen” (6:64; cp. v. 66). Entonces, el capítulo 7 abre con el dicho trágico que “ni aun sus hermanos creían en él” (v. 5). A Jesús no lo disuadía la incredulidad que encontró; en su lugar, continuaba confrontando sin cesar a los incrédulos con sus afirmaciones y promesas. Por eso se incrementaba constantemente la hostilidad de sus enemigos, hasta que terminó en su crucifixión.

Los trece primeros versículos del capítulo 7 relatan la negación del Señor a ir abiertamente a la fiesta de los tabernáculos y declararse el Mesías, a pesar de la insistencia de sus hermanos. Sin embargo, después que las multitudes se habían ido para Jerusalén, él subió a la ciudad en privado (v. 10) **a la mitad de la fiesta**; esto es, en el punto medio (el participio *mesousēs* [“**en medio**”] viene del verbo *mesoō*, que significa literalmente “estar en el medio” o “faltando la mitad”). En esta ocasión, la hostilidad en escalada se hizo verbal en tanto la multitud lo acusaba de estar endemoniado.

Jerusalén debía estar abarrotada de peregrinos de todo Israel y de los asentamientos judíos fuera de Palestina. Con temeridad, **subió Jesús al templo** (el lugar usual donde los rabinos instruían), **y enseñaba**. Su aparición pública inesperada tomó de sorpresa a las autoridades judías y frustró cualquier plan para detenerlo sin alboroto cuando llegara a Jerusalén (cp. v. 11). Todavía muchos judíos tenían una perspectiva favorable de Jesús (v. 12) y eso complicaba un arresto público por parte de las autoridades (cuando intentaron provocar el momento en el v. 32,

las cosas no les salieron bien porque las palabras de Jesús impidieron que la policía del templo lo arrestara [vv. 44-46]).

A pesar de la gran oposición que enfrentaba, Jesús proclamaba sin temor la verdad sin censura de su identidad y su misión. El diálogo resultante en los versículos 15-24 aporta cinco características que llevaron a que escépticos y dudosos creyeran en sus afirmaciones sorprendentes: su fuente de conocimiento, su seguridad, su falta de egoísmo, su sentencia y sus señales, todas las cuales probaban que Él es el Hijo de Dios.

SU FUENTE DE CONOCIMIENTO

Y se maravillaban los judíos, diciendo: ¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado? Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. (7:15-16)

En tanto los **judíos** oían la enseñanza sin igual de Jesús, **se maravillaban**. Seguramente los sorprendía su dominio de las Escrituras, como ya había sucedido con quienes oyeron el Sermón del Monte (Mt. 7:28-29), los de su pueblo Nazaret (13:54) y los de Capernaúm (Mr. 1:22). Incluso su predicación sorprendió a los guardias del templo enviados para arrestarlo (vv. 45-46).

Probablemente fueron las autoridades judías, hostiles e indignadas, que a menudo se sentían amenazadas por Jesús, quienes dirigieron el ataque hacia Él cuestionando sus credenciales. Exclamaron: “**¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?**” (Más adelante también los sorprendería la predicación poderosa de Pedro y Juan, “hombres sin letras y del vulgo” [Hch. 4:13]). No estaban diciendo que Jesús fuera un ignorante, sino que no había recibido educación formal en las escuelas rabínicas prescritas. En términos de hoy, no había pasado por el seminario ni había sido ordenado por algún cuerpo eclesiástico formal. Como no podían refutar la enseñanza de Jesús, cuestionaban sus credenciales y autoridad para enseñar porque carecía de educación autorizada y del derecho legítimo a enseñar. Esto implicaba que las palabras de Jesús no deberían tomarse en cuenta porque eran solo la opinión de un intruso pretencioso que no tenía relación verdadera con la fraternidad de maestros establecida y autorizada.

La respuesta del Señor fue directa y devastadora: “**Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió**”. Ciertamente era que su conocimiento no se

derivaba de ninguna institución humana y que su enseñanza era opuesta a la de los maestros del judaísmo. Pero eso no quería decir que se tratara solamente de su opinión personal, como implicaban las autoridades; de hecho, venía directamente de Dios Padre, **aquel que lo envió** (Jesús siempre fue consciente de que el Padre lo había enviado; cp. vv. 28-29, 33; 3:17; 4:34; 5:24, 30, 36-37; 6:38-39, 44, 57; 8:16, 18, 26, 29, 42; 9:4; 11:42; 12:44-45, 49; 13:20; 14:24; 15:21; 16:5; 17:8, 18, 21, 23, 25; 20:21; Mt. 10:40; Mr. 9:37; Lc. 4:18; 10:16). Jesús declaró en Juan 8:28: “Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo”. Y en 12:49-50 añadió: “Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho” (cp. 8:26, 38, 40; 14:10, 24; 17:8, 14). Los líderes judíos también resultaron acusados porque la enseñanza de Jesús era directa e inmediata de Dios (8:47).

Puesto que solo Jesús tenía un conocimiento perfecto del Padre (Mt. 11:27; cp. Jn. 10:15), solo Él podía hablar directamente por Él. La **doctrina** del Señor, enviada directamente por Dios, era radicalmente diferente de la de los otros rabinos, cuya fuente de autoridad en general provenía a su vez de las enseñanzas de otros rabinos. Mateo lo registra así en la conclusión del Sermón del Monte: “La gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mt. 7:28-29). Jesús también era diferente a los profetas del Antiguo Testamento, aunque Él, como ellos, era un enviado de Dios para proclamar su verdad. Pero donde ellos decían “Así dice el Señor” (p. ej., Is. 7:7; Jer. 2:2; Ez. 2:4; Am. 1:3; Abd. 1:1; Mi. 2:3; Nah. 1:12; Hag. 1:2; Zac. 1:3; Mal. 1:4), Jesús declaraba con autoridad: “[Yo] os digo” (p. ej., Jn. 5:24; 6:32, 53; 8:51, 58; Mt. 5:18, 20, 22, 28, 32, 34, 39, 44; 6:2, 5; 8:11; 10:15; 11:22, 24; 17:12; 19:9; 21:43; 23:36; Mr. 10:15; 11:24; Lc. 13:35; 18:17, 29-30).

SU SEGURIDAD

El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta. (7:17)

A través de todo el ministerio de Jesús, solían pedirle que hiciera señales

adicionales e innecesarias para probar su autenticidad, como si esta estuviera abierta al escrutinio sincero (cp. Mt. 16:1; Jn. 2:18). Aun así, una vez tras otra, se negó a tales solicitudes porque sabía que provenían de incrédulos con el corazón endurecido. No importaba la cantidad de milagros que realizara el Señor, Él entendía que ellos se negarían a creer.

No obstante, Jesús prometió que el que busque sinceramente la verdad revelada por Dios, **el que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá** si la verdad de **la doctrina** de Cristo es de Dios, o si no lo es. El reto del Señor a las multitudes era simple: si se humillaban ante la Palabra de Dios (donde se revela su voluntad) para conocerla y obedecerla, llegarían a la certeza de que su enseñanza era cierta. El mismo reto continúa hoy, dos milenios después. La certeza prometida en este versículo está disponible para todos los creyentes genuinos. Tal confianza viene del Espíritu Santo, quien confirma la verdad sobre Cristo al corazón dispuesto (1 Jn. 2:20, 27) tanto internamente, por medio de su testimonio (1 Co. 2:10-15; cp. Ro. 8:16), como externamente, a través de las manifestaciones que demuestran la verdad del evangelio (Jn. 3:2; 5:36; 10:38; Hch. 2:22).

El reto de Jesús era audaz, pero tenía precedentes. En el Antiguo Testamento hubo promesas similares. En el libro de Deuteronomio, Dios le prometió a Israel: “Pero si desde allí buscas al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, lo encontrarás” (Dt. 4:29, NVI). David le dio este consejo a Salomón: “Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele de todo corazón y con buena disposición, pues el SEÑOR escudriña todo corazón y discierne todo pensamiento. Si lo buscas, te permitirá que lo encuentres; si lo abandonas, te rechazará para siempre” (1 Cr. 28:9, NVI). En el Salmo 119:2 escribió el salmista: “Bienaventurados los que guardan sus testimonios, con todo el corazón le buscan”. Dios dijo a través del profeta Jeremías: “Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón” (Jer. 29:13).

En Proverbios 1:20-33 la personificación de la sabiduría ilustra el reto claro que Jesús hizo en este versículo, un reto que ningún falso mesías se atrevería a hacer. Quienes obedecen el llamamiento de la sabiduría, quienes están dispuestos a hacer la voluntad de Dios, recibirán más conocimiento:

*Clama la sabiduría en las calles
en los lugares públicos levanta su voz.
Clama en las esquinas de calles transitadas;*

a la entrada de la ciudad razona:

*“¿Hasta cuándo, muchachos inexpertos,
seguirán aferrados a su inexperiencia?*

*¿Hasta cuándo, ustedes los insolentes,
se complacerán en su insolencia?*

*¿Hasta cuándo, ustedes los necios,
aborrecerán el conocimiento?*

*Respondan a mis reprensiones,
y yo les abriré mi corazón;*

les daré a conocer mis pensamientos” (vv. 20-23, NVI).

Pero los versículos 24-33 revelan el destino de quienes endurecieron sus corazones y no están dispuestos a volverse a Dios:

*“Como ustedes no me atendieron cuando los llamé,
ni me hicieron caso cuando les tendí la mano,
sino que rechazaron todos mis consejos*

*y no acataron mis reprensiones,
ahora yo me burlaré de ustedes
cuando caigan en desgracia.*

*Yo seré el que se ría de ustedes
cuando les sobrevenga el miedo,
cuando el miedo les sobrevenga como una tormenta
y la desgracia los arrastre como un torbellino.*

*Entonces me llamarán, pero no les responderé;
me buscarán, pero no me encontrarán.*

*Por cuanto aborrecieron el conocimiento
y no quisieron temer al SEÑOR;*

*por cuanto no siguieron mis consejos,
sino que rechazaron mis reprensiones,
cosecharán el fruto de su conducta,*

*se hartarán con sus propias intrigas;
¡su descarrío e inexperiencia los destruirán,
su complacencia y necedad los aniquilarán!*

*Pero el que me obedezca vivirá tranquilo,
sosegado y sin temor del mal” (NVI).*

Aceptar o rechazar las afirmaciones de Cristo nunca es una decisión puramente intelectual; también están relacionadas las implicaciones

morales y espirituales ineludibles. Quienes buscan la verdad y la obedecen con disposición, la encontrarán y se librarán de su esclavitud a la ignorancia y el pecado (Jn 8:32). Pero quienes rechazan la verdad demuestran ser hijos “de su padre, el diablo, cuyos deseos quieren cumplir. Desde el principio éste ha sido un asesino, y no se mantiene en la verdad, porque no hay verdad en él” (v. 44, NVI). A menos que se arrepientan, participarán del destino del diablo.

SU FALTA DE EGOÍSMO

El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia. (7:18)

Hay al menos dos características de todo falso maestro y supuesto mesías. Primero, **habla por su propia cuenta**; esto es, por su propia autoridad, no la de Dios (cp. Jer. 14:14; 23:16, 21, 26, 32; 27:15; 28:15; 29:9, 31; Neh. 6:10-12; Ez. 13:2, 6). Segundo, **su propia gloria busca**, no la de Dios. Los falsos profetas siempre proclaman sus propias reflexiones para atraer seguidores y asegurar la ganancia personal. Su meta no es alimentar al rebaño, sino despojarlo. El profeta Miqueas describió gráficamente la avaricia de los falsos profetas de su época: “Esto es lo que dice el SEÑOR contra ustedes, profetas que descarrían a mi pueblo: ‘Con el estómago lleno, invitan a la paz; con el vientre vacío, declaran la guerra’” (Mi. 3:5, NVI). En el versículo 11 denunció a los “profetas [que] predican por dinero”. Isaías los llamó perros comilones insaciables (Is. 56:11). Y advirtió Ezequiel: “Así dice el SEÑOR omnipotente: ‘¡Ay de ustedes, pastores de Israel, que tan solo se cuidan a sí mismos! ¿Acaso los pastores no deben cuidar al rebaño? Ustedes se beben la leche, se visten con la lana, y matan las ovejas más gordas, pero no cuidan del rebaño’” (Ez. 34:2-3, NVI).

El apóstol Pablo dijo que los falsos maestros “no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres” (Ro. 16:18), “[su] dios es el vientre” (Fil. 3:19), “toman la piedad como fuente de ganancia” (1 Ti. 6:5), “[enseñan] por ganancia deshonesto lo que no conviene” (Tit. 1:11). Pedro advirtió que explotan a las personas por su avaricia (2 P. 2:3; cp. Hch. 8:18-19) porque “tienen el corazón habituado a la codicia... se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad” (2 P. 2:14-15; cp. Jud. 11).

En lugar de buscar honrar a Dios, los falsos maestros buscan honra para sí. Jesús reprendió a los escribas y fariseos así: “Ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí” (Mt. 23:5-7), y “Por pretexto hacen largas oraciones” (Lc. 20:47). Los falsos maestros son “los que quieren agradar en la carne” (Gá. 6:12) y “se glorían según la carne” (2 Co. 11:18). Les gusta tener el primer lugar, como a Diótrefes (3 Jn. 9). Pero para aquellos cuya meta es “ser alabados por los hombres... ya tienen su recompensa” (Mt. 6:2; cp. vv. 5, 16).

Sin embargo, Jesús nunca buscó su propia gloria (cp. 5:41; 8:50), porque “el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mt. 20:28), porque es “manso y humilde de corazón” (Mt. 11:29; cp. 2 Co. 10:1). “Siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:6-8; cp. 2 Co. 5:21; 1 P. 2:24). Los falsos maestros son materialistas, pero “el Hijo del Hombre no [tenía] dónde recostar la cabeza” (Lc. 9:58); los falsos maestros son egoístas y exigentes; pero Jesús realizó una tarea de importancia ínfima, reservada normalmente para los esclavos más bajos: “Se levantó de [una] cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido” (Jn. 13:4-5).

El hecho de que Jesús vino en **busca de la gloria del que le envió**, en lugar de glorificarse a sí mismo, verificaba su afirmación de ser el Mesías **verdadero** y mostraba que **no** había **en Él injusticia** (cp. 8:46; 2 Co. 5:21; He. 4:15; 7:26; 1 P. 2:22). No sorprende que los líderes judíos rechazaran a quien buscaba la gloria de Dios, pues eran ellos quienes “[recibían] gloria los unos de los otros, y no [buscaban] la gloria que viene del Dios único” (5:44).

SU SENTENCIA

¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué procuráis matarme? Respondió la multitud y dijo: Demonio tienes; ¿quién procura matarte? (7:19-20)

Consciente del odio venenoso de las autoridades judías y del deseo de matarlo (cp. 5:18; 7:1), Jesús pronunció un juicio directo sobre las personas con una pregunta retórica: “**¿No os dio Moisés la ley**—a lo cual ellos habrían respondido con un “sí” enfático, por supuesto (cp. Ro. 2:17-20)—, **y ninguno de vosotros cumple la ley?**”. Esa era la declaración más precisa que el Señor pudiera hacer en cuanto a la verdad del pecado humano. Nadie puede guardar la ley; una realidad para todos los seres humanos. Nadie ha entrado jamás al reino por obedecer la ley; aunque los judíos reverenciaban la ley de Moisés, buscaban guardarla y adquirir la salvación mediante esfuerzos cuidadosos por obedecerla y honrarla. Esa es la enseñanza inequívoca del Nuevo Testamento. Considere el siguiente pasaje del Nuevo Testamento, apoyada en la misma enseñanza en el Antiguo Testamento:

¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito:

No hay justo, ni aun uno;

No hay quien entienda,

No hay quien busque a Dios.

Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;

No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.

Sepulcro abierto es su garganta;

Con su lengua engañan.

Veneno de áspides hay debajo de sus labios;

Su boca está llena de maldición y de amargura.

Sus pies se apresuran para derramar sangre;

Quebranto y desventura hay en sus caminos;

Y no conocieron camino de paz.

No hay temor de Dios delante de sus ojos.

Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado (Ro. 3:9-20).

Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no

permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas. Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá... ¿Luego la ley es contraria a las promesas de Dios? En ninguna manera; porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley. Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes. Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe (Gá. 3:10-11, 21-24). Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído. Pues nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia; porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor (Gá. 5:3-6).

El objetivo de la ley de Moisés era revelar el pecado, no salvar. Los judíos la habían pervertido para hacerla un medio para obtener la salvación y se negaban a ser culpados por ella y dirigidos a la misericordia de Dios en Jesús, el Mesías. No importaba cuánto estudiaran la ley o se esforzaran en aplicarla, era claro que habían fracasado. Se negaban a aceptar que la ley hiciera la labor para la cual fue dada: convencerlos, humillarlos y llevarlos al arrepentimiento y a la fe en Jesús. Él era el final de la ley (Ro. 10:4). Pero estaban tan lejos de entender el propósito de la ley que rechazaron al único que podía librarlos de la condenación de la ley y buscaban matarlo.

La sentencia de nuestro Señor vino en forma de pregunta: “**¿Por qué procuráis matarme?**”. Se enorgullecían de ser discípulos de Moisés (9:28; cp. 5:45; Mt. 23:2), pero su tratamiento hacia Jesús era una afrenta al Dios que dio la ley y envió a su Hijo para librarlos de la maldición (cp. Mt. 23:2-4; Ro. 2:23-24). Específicamente, buscaban matar al Señor y probaron ser blasfemos, descendientes indignos de Moisés y también de Abraham (8:40). Eran ciegos a la verdad de sus propias Escrituras, como lo indicó Jesús en varias ocasiones (cp. Jn. 5:39; Lc. 16:29; 24:27).

La multitud afirmaba la precisión de la acusación al mostrar su

corazón sin gracia. **Respondió** con incredulidad ignorante: “**Demonio tienes** (cp. 8:48, 52; 10:20); **¿quién procura matarte?**”. Les molestó su argumento y lo acusaron de estar poseído por un espíritu maligno, después de paranoia irracional. Aunque las personas comunes y corrientes no estaban de acuerdo con las intenciones asesinas de sus líderes en aquella época, al final rechazaron a Jesús con el mismo entusiasmo cuando los líderes los manipularon para pedir a gritos su crucifixión (Mr. 15:11). La sentencia de culpa por violar la ley se confirma por el odio hacia el Hijo de Dios, quien cumplió la ley sin faltas (Mt. 3:17; He. 7:26).

SUS SEÑALES

Jesús respondió y les dijo: Una obra hice, y todos os maravilláis. Por cierto, Moisés os dio la circuncisión (no porque sea de Moisés, sino de los padres); y en el día de reposo circuncidáis al hombre. Si recibe el hombre la circuncisión en el día de reposo, para que la ley de Moisés no sea quebrantada, ¿os enojáis conmigo porque en el día de reposo sané completamente a un hombre? No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio. (7:21-24)

Tras ignorar el comentario ofensivo de la multitud, Jesús les dijo: “**Una obra hice, y todos os maravilláis**”. Como lo dejan claro los versículos 22-23, Jesús se refería a la sanidad del enfermo en el estanque de Betesda (5:2-9). Solo ese milagro ofrecía suficiente prueba de que Él era quien afirmaba (cp. 3:2; 5:36; 7:31; 9:16, 30-33). Pero en lugar de responder con fe, la reacción de las autoridades judías fue planear el asesinato de Jesús (5:16, 18). Juan 12:37 registra esta verdad trágica: “A pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él”. Quienes vieron las señales pero no creían solo agravaban su culpa. “Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre” (15:24).

En el diálogo anterior con los líderes judíos, Jesús había defendido su derecho a sanar en el día de reposo dada su igualdad absoluta con el Padre (5:16ss.). Ahora defendía esa sanidad señalando la mala interpretación que daban a las regulaciones del día de reposo. El Señor comenzó recordándoles que **Moisés** les había dado **la circuncisión** (así lo creían ellos). En realidad, la nota parentética de Jesús indica que la circuncisión precedía a **Moisés**. Se instituyó durante el tiempo **de los**

padres, el período de los patriarcas (Gn. 17:10-14) y después se incluyó en la ley mosaica. Todo judío varón se circuncidaba al cumplir ocho días (Gn. 17:12; Lv. 12:3; Lc. 1:59; 2:21). Si el octavo día caía en **día de reposo**, de todas maneras los judíos circuncidaban al bebé; a pesar de la prescripción legal contra el trabajo en el sábado (Éx. 20:10). Así, la circuncisión precedía a la ley de Moisés.

Lo absurdo de la acusación de los judíos contra Jesús resultaba ahora evidente: “**Si recibe el hombre la circuncisión en el día de reposo, para que la ley de Moisés no sea quebrantada, ¿os enojáis conmigo porque en el día de reposo sané completamente a un hombre?**”. Su argumento de lo pequeño a lo grande era irrefutable. Si quebraban la ley del día de reposo para circuncidar a los niños, ¿cómo podían objetar sanar **completamente a un hombre en el día de reposo**? Si no objetaban la limpieza ceremonial de una parte del cuerpo en el día de reposo, ¿cómo podían objetar la sanidad completa de un hombre en sábado? De esta forma, Jesús no solo exponía la grosera hipocresía de ellos (cp. Mt. 12:11-12; Lc. 13:10-16), también demostraba que era permisible hacer el bien en el día de reposo.

El Señor concluye con una exhortación: “**No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio**”. Esta era una acusación y una declaración de su falta de discernimiento teológico y moral. Para Dios siempre es inaceptable el juicio censorador y duro del legalismo que busca la autojustificación (Mt. 7:1), pero también lo es el juicio superficial **según las apariencias** (cp. 1 S. 16:7). En el contexto, Jesús urgía a sus oyentes a abandonar sus malas interpretaciones sobre Él y a juzgar sus afirmaciones **con justo juicio**. Quienes lo hicieran así, encontrarían que Él era quien decía ser, tal como les había prometido (Jn. 7:17).

25 Reacciones a las afirmaciones de Cristo

Decían entonces unos de Jerusalén: ¿No es éste a quien buscan para matarle? Pues mirad, habla públicamente, y no le dicen nada. ¿Habrán reconocido en verdad los gobernantes que éste es el Cristo? Pero éste, sabemos de dónde es; mas cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde sea. Jesús entonces, enseñando en el templo, alzó la voz y dijo: A mí me conocéis, y sabéis de dónde soy; y no he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero, a quien vosotros no conocéis. Pero yo le conozco, porque de él procedo, y él me envió. Entonces procuraban prenderle; pero ninguno le echó mano, porque aún no había llegado su hora. Y muchos de la multitud creyeron en él, y decían: El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace? Los fariseos oyeron a la gente que murmuraba de él estas cosas; y los principales sacerdotes y los fariseos enviaron alguaciles para que le prendiesen. Entonces Jesús dijo: Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió. Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir. Entonces los judíos dijeron entre sí: ¿Adónde se irá éste, que no le hallemos? ¿Se irá a los dispersos entre los griegos, y enseñará a los griegos? ¿Qué significa esto que dijo: Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir? (7:25-36)

Cuando el Señor fue a Jerusalén para la fiesta de los tabernáculos (7:2), solo quedaban seis meses antes de que volviera a la ciudad para su crucifixión (en la pascua de la primavera siguiente). De ahí en adelante, Jesús caminaría bajo la sombra de la cruz.

Cuando la fiesta de las tabernáculos se acercaba, sus hermanos lo instaron a hacer una gran entrada en la ciudad para declarar así que era el Mesías (vv. 3-5). Pero Jesús no aceptó y decidió ir en secreto a la fiesta (v. 10); llegó cuando ya ésta iba por la mitad (v. 14). Cuando entró a Jerusalén, fue de inmediato al templo y comenzó a enseñar (v. 14), allí su aparición inesperada y su autoridad sin precedentes causaron revuelo (vv. 45-46). Como era de predecir, los líderes judíos respondieron con

hostilidad (vv. 15-19) e incluso intentaron arrestarlo (v. 32). Por otro lado, el pueblo estaba dividido en cuanto a Jesús: unos se le oponían con violencia (v. 30), otros creían en Él con entusiasmo (v. 31).

En los seis meses siguientes, esa hostilidad se intensificaría aún más, mientras Él predicaba en los pueblos y aldeas de Judea, oponiéndose al judaísmo diabólico que dominaba la esencia del pueblo. Como lo declaró Juan al comienzo de su Evangelio, “a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (1:11). La realidad de este conflicto se manifestó al inicio de su ministerio. Después que el Señor limpió el templo los judíos le dijeron airados: “¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás?” (2:18-20). Más adelante, cuando Jesús se dio cuenta de que “los fariseos habían oído decir: Jesús hace y bautiza más discípulos que Juan... salió de Judea, y se fue otra vez a Galilea” (4:1, 3). Después de haber sanado al enfermo, “los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de reposo” (5:16). Y cuando el Señor se defendió aseverando ser igual al Padre, “los judíos aún más procuraban matarle, porque no solo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (v. 18). La multitud en la sinagoga de Capernaúm le increpó: “¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obra haces?” (6:30); una demostración de incredulidad sorprendente pues justo el día anterior Jesús había alimentado a miles (vv. 1-13). En reacción a su afirmación de ser el pan de vida, “muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?” (v. 60), cosa que llevó a Jesús a decir con tristeza: “Hay algunos de vosotros que no creen” (v. 64). El trágico resultado fue que muchos de quienes decían seguirlo, “volvieron atrás, y ya no andaban con él” (v. 66).

Juan comenzó este capítulo con esta nota sombría: “Andaba Jesús en Galilea; pues no quería andar en Judea, porque los judíos procuraban matarle” (v. 1). Se registra aquí su diálogo con sus hermanos incrédulos (vv. 3-8), en el cual dijo: “El mundo... a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas” (v. 7). El capítulo continúa revelando la controversia profunda que rodeaba a Jesús, con las multitudes divididas en Jerusalén (v. 12), aun antes de que Él llegara a la ciudad. Mas ya fuera de los líderes judíos, de las multitudes en Jerusalén o de sus propios hermanos, la hostilidad que el Señor enfrentaba siempre provenía de la misma fuente: la incredulidad.

A pesar de la oposición, Jesús jamás mitigó o moderó su afirmación de ser el enviado de Dios (cp. vv. 16-18; cp. 5:30; 6:38-39, 44). Esta sección vuelve a registrar la respuesta de las multitudes. Revela su confusión densa, la convicción dividida y el desprecio burlón.

LA DENSA CONFUSIÓN

Decían entonces unos de Jerusalén: ¿No es éste a quien buscan para matarle? Pues mirad, habla públicamente, y no le dicen nada. ¿Habrán reconocido en verdad los gobernantes que éste es el Cristo? Pero éste, sabemos de dónde es; mas cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde sea. Jesús entonces, enseñando en el templo, alzó la voz y dijo: A mí me conocéis, y sabéis de dónde soy; y no he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero, a quien vosotros no conocéis. Pero yo le conozco, porque de él procedo, y él me envió. (7:25-29)

A diferencia de los peregrinos que visitaban la ciudad (v. 20), **unos de Jerusalén** eran conscientes de las intenciones asesinas de sus líderes hacia Jesús (la gramática griega de la pregunta *¿No es éste a quien buscan para matarle?* espera una respuesta afirmativa). Aun así, esos mismos líderes habían escuchado en silencio paralizante cómo condenaba Jesús su hipocresía (vv. 19, 21-24). Tal vez las autoridades temían debatirlo en público, pues sabían que terminarían perdiendo (cp. 15:18). O puede haberlos asustado su presencia autoritativa que les recordaba cómo limpió el templo con tanta audacia (2:14-16). También podrían ser conscientes de que arrestar a Jesús en público podría causar un alboroto (por el que los romanos los harían responsables; cp. 11:48), pues muchos aún tenían una impresión favorable de Él (cp. v. 12).

Atónitos por el silencio de sus gobernantes y la valentía del Señor, los residentes de Jerusalén exclamaron: “**Mirad, habla públicamente, y no le dicen nada**” (el término *parrēsia* [**públicamente**] también puede significar “con audacia” o “confiadamente”). En contraste con el silencio de los líderes, la proclamación autoritativa de Cristo cautivó a las personas.

Isaías 50:7-9, una de las cuatro canciones del Siervo (soliloquios mesiánicos) en la profecía de Isaías, describe la confianza audaz que poseía Cristo. En aquella canción dice el Mesías:

*Por cuanto el SEÑOR Omnipotente me ayuda,
no seré humillado.
Por eso endurecí mi rostro como el pedernal,
y sé que no seré avergonzado.
Cercano está el que me justifica;
¿quién entonces contendrá conmigo?
¡Comparezcamos juntos!
¿Quién es mi acusador?
¡Que se me enfrente!
¡El SEÑOR Omnipotente es quien me ayuda!
¿Quién me condenará?
Todos ellos se gastarán;
como a la ropa, la polilla se los comerá (NVI).*

Al igual que Jesús, la iglesia primitiva, llena del Espíritu, también demostró una audacia sobrenatural. Hechos 4:31 registra que “cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios”. El sanedrín estaba sorprendido por la confianza audaz de Pedro y Juan (Hch. 4:13). Inmediatamente después que Pablo se convirtió, habló “valerosamente en el nombre de Jesús” en Damasco (Hch. 9:27) y en Jerusalén (v. 28). Hechos 13:46 registra: “Pablo y Bernabé [hablaban] con denuedo, [diciendo]: A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la deseáis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles”. Los dos misioneros “se detuvieron [en Iconio] mucho tiempo, hablando con denuedo, confiados en el Señor” (Hch 14:3). Hechos 18:26 anota que Apolos “comenzó a hablar con denuedo en la sinagoga”. Cuando Pablo llegó a Éfeso, “[entró] en la sinagoga, habló con denuedo por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios” (Hch. 19:8). No obstante estar preso en Roma, Pablo “[predicaba] el reino de Dios y [enseñaba] acerca del Señor Jesucristo, abiertamente [*parrēsia*] y sin impedimento” (Hch. 28:31). Después pidió a los efesios: “Oren también por mí para que, cuando hable, Dios me dé las palabras para dar a conocer con valor el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas. Oren para que lo proclame valerosamente, como debo hacerlo” (Ef. 6:19-20, NVI). A los filipenses expresó el mismo deseo: “[Mi] anhelo y esperanza [es] que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en

mi cuerpo, o por vida o por muerte” (Fil. 1:20). En su primera carta a los tesalonicenses, Pablo les recordó lo siguiente: “Habiendo antes padecido y sido ultrajados en Filipos, como sabéis, tuvimos denuedo en nuestro Dios para anunciaros el evangelio de Dios en medio de gran oposición” (1 Ts. 2:2). Pablo no solo era audaz en persona, (cp. 2 Co. 3:12) sino en sus cartas a las iglesias (cp. Ro. 15:15; 2 Co. 10:1).

El pueblo estaba asombrado porque **los gobernantes no** respondían **nada** a Jesús, a pesar de que Él los estaba humillando en público. Había quienes estaban tan sorprendidos que comenzaron a preguntarse lo impensable: “**¿Habrán reconocido en verdad los gobernantes que éste es el Cristo?**”. Tal vez los líderes habían recibido más información sobre Jesús y habían decidido (en privado) que sí era el Cristo. Tal vez eso explicara por qué no lo arrestaban. Pero la idea parecía tan inverosímil que la rechazaron de inmediato (en esta ocasión, la construcción griega indica que la pregunta esperaba una respuesta negativa).

El versículo 27 explica por qué algunas personas rechazaban la posibilidad de que Jesús fuera el Mesías: “**Éste, sabemos de dónde es; mas cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde sea**”. Su argumento era una combinación de mala información y leyenda popular. A pesar de su aseveración confiada, realmente no sabían **de dónde** era Jesús; creían que era de Nazaret (cp. 1:45-46; 6:42; Mt. 21:11), donde lo habían criado (Lc. 4:16). Al parecer, no sabían que en realidad había nacido en Belén (Mt. 2:1).

La declaración *cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde sea* expresaba una creencia popular. Con base en una mala interpretación de pasajes como Isaías 53:8 (“Su generación, ¿quién la contará?”) y Malaquías 3:1 (“Vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis”), decía la tradición que el Mesías no se conocería hasta que apareciera de repente y redimiera a Israel. El autor del libro apócrifo del Apocalipsis de Esdras escribió: “Me dijo: ‘Tal como nadie puede explorar o conocer lo que está en lo profundo del mar, así también no hay persona en la tierra que pueda ver a mi Hijo o a los que están con él, excepto cuando llegue su día’” (Apocalipsis de Esdras 13:52; cp. 7:28; 13:32). Trifón, el oponente judío de Justino Mártir, apologista cristiano del siglo II, le dijo a Justino: “Pero Cristo, si de verdad hubiera nacido y existiera, es desconocido y ni siquiera Él sabe quién es; no tiene poder hasta que Elías venga a ungirlo y lo manifieste a todos” (*Diálogo con Trifón*, 8). Como conocían el trasfondo de Jesús (cp. Mt. 13:55-56), supusieron que por eso no podía ser el Mesías.

Sin embargo, esta creencia popular era por completo contraria al Antiguo Testamento, que claramente predecía que el Mesías nacería en Belén (Mi. 5:2; cp. Mt. 2:4-6), algo que otros de la multitud reconocieron más tarde (Jn. 7:42). Aunque la idea era obviamente falsa, Jesús no dedicó tiempo a mostrar por qué contradecía eso al Antiguo Testamento. Tampoco protestó que, aun cuando había sido criado en Nazaret, había nacido en Belén. En lugar de eso, respondió confrontando directamente la incredulidad de sus corazones endurecidos. Así se demuestra por qué Jesús **alzó la voz**; es decir, gritó para que lo oyeran todos; cosa que enfatiza la importancia de lo que iba a decir (cp. v. 37; 1:15; 12:44).

Comparar las palabras del Señor—**“A mí me conocéis, y sabéis de dónde soy”**—con su declaración en 8:19—**“Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre”**—revela que este comentario era irónico. Sus oponentes lo conocían, pero no conocían a su Padre (cp. 5:23; 8:19; 15:23; 16:3). Difícilmente hubiera dicho Él que quienes lo consideraban impostor y charlatán, de verdad lo conocían. De hecho, Jesús estaba afirmando que no lo conocían; les dijo: **“¡Con que saben quién soy y de dónde vengo!”**. Era otra suposición falsa de conocimiento espiritual por parte de ellos.

Había evidencia amplia de que Jesús no era el falso profeta y el pseudo mesías que los líderes decían. En realidad, como Él lo declaró, no había venido por sí mismo, había sido enviado por el Dios **verdadero**: **“No he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero”**. Pero a la multitud incrédula y, peor aún, a los líderes religiosos, Jesús dijo: **“No conocéis al Dios que profesáis”** (cp. Jn. 8:41-47).

Esa declaración fue una acusación devastadora y una fuerte reprensión, especialmente para los escribas y los fariseos. Ellos, la élite religiosa de Israel, habían dedicado sus vidas al estudio del Antiguo Testamento. Se enorgullecían de su conocimiento de Dios. Como lo expresó Pablo, eran **“la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas;”** (Ro. 9:4; cp. 2:17-20).

Pero a pesar de todos esos privilegios, lamentablemente desconocían al Dios a quien profesaban conocer con tanto orgullo. Ellos, como los hijos de Elí, **“eran unos perversos que no tomaban en cuenta al SEÑOR”** (1 S. 2:12, NVI). Eran como aquellos de quienes escribió Jeremías: **“Nunca preguntaron los sacerdotes: ‘¿Dónde está el SEÑOR?’**. Los expertos en la ley jamás me conocieron” (Jer. 2:8, NVI; cp. 8:8-9). Dios se lamentó así por medio del profeta Oseas: **“Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento”** (Os. 4:6) y Pablo escribió: **“Yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia”** (Ro. 10:2). Tristemente,

su preocupación por las minucias del legalismo que se justificaba a sí mismo, además de su devoción por las tradiciones rabínicas, los había hecho ciegos al conocimiento verdadero de Dios (cp. Mt. 12:7; 23:23; Mr. 7:10-13). Eran “ciegos guías de ciegos” (Mt. 15:14; cp. 23:16, 24), hacían a sus seguidores el doble de hijos del infierno de lo que ellos ya eran (23:15). No sorprende que Jesús los denunciara en repetidas ocasiones por hipócritas incrédulos (cp. Mt. 15:7; 22:18; 23:13-15, 23, 25, 27, 29; Lc. 12:56) e incluso por hijos de Satanás (Jn. 8:44).

Por otro lado, Jesús conoce al Padre, hace parte de la misma esencia y omnisciencia eterna **porque**, como Él lo declaró, procede **de Él y Él lo envió**. Como se indicó en la explicación de 7:16 del capítulo anterior, es fundamental para el evangelio que el Padre haya enviado a Jesús.

LA CONVICCIÓN DIVIDIDA

Entonces procuraban prenderle; pero ninguno le echó mano, porque aún no había llegado su hora. Y muchos de la multitud creyeron en él, y decían: El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace? Los fariseos oyeron a la gente que murmuraba de él estas cosas; y los principales sacerdotes y los fariseos enviaron alguaciles para que le prendiesen. (7:30-32)

Enfurecidos por lo que consideraban una blasfemia, sus enemigos **procuraban prenderle**. Evidentemente, fue un esfuerzo espontáneo de algunos en la multitud, distinto al intento oficial de arrestarlo que se describe en el versículo 32. No se dice en el texto por qué fallaron, pero probablemente se debió a que muchas personas lo protegían (v. 31).

Juan dio rápidamente el aspecto divino cuando declaró que **ninguno le echó mano, porque aún no había llegado su hora**. Como ya se dijo en el capítulo 23, Jesús siempre operaba de acuerdo con el cronograma soberano del Padre. Nada, ni siquiera la violencia de la muchedumbre, podría precipitar su muerte antes de la **hora** señalada. Como siempre, la historia de la redención estaba en el punto en que debía estar; el propósito soberano de Dios no se frustraría (cp. Job 23:13; Sal. 33:10-11; Pr. 19:21; 21:30; Is. 14:24, 27; 46:10; Ef. 1:11).

El tiempo soberano de la muerte de Cristo—cuya ocurrencia sería en la hora exacta que Dios escogió—es un tema repetido en este Evangelio. En 8:20, como en este pasaje, sus enemigos no le pudieron echar mano “porque aún no había llegado su hora”. Cuando se acercaba el tiempo de

su muerte, Jesús dijo a sus discípulos: “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado” (12:23; cp. 13:1), y oró: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora” (12:27; cp. 17:1). Jesucristo moriría en el tiempo señalado (cp. 1 Co. 5:7), de la manera señalada (como se decía en el Antiguo Testamento [Mt. 26:24; Lc. 24:25-26]), no durante la fiesta de los tabernáculos, a mano de una muchedumbre ingobernable.

Las afirmaciones exaltadas de Jesús forzaban una decisión en las personas y el resultado era división. Exactamente lo que dijo Cristo que traería. En Mateo 10:34-36 así lo previno:

No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa (cp. Lc. 12:49-53).

Así fue en esta ocasión. Algunos rechazaron a Jesús con rabia y querían capturarlo (v. 30). Por otro lado, **muchos de la multitud creyeron en él**. Su pregunta retórica (la pregunta en el texto griego espera una respuesta negativa) explica por qué se convencieron de la autenticidad de Jesús: “**El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?**”. Conocían la profecía del Antiguo Testamento, allí se decía que el Mesías realizaría milagros (p. ej., Is. 29:18; 35:5-6; cp. Mt. 11:2-5) y no podían imaginar que **el Cristo** (Mesías) hiciera **más señales que las que** Jesús hacía (Jn. 2:23; 3:2; 6:2). Tal vez los peregrinos de Galilea recordaron la boda en que Jesús convirtió el agua en vino (2:1-11) y la vez en que alimentó a miles con un milagro (6:1-13). Tal vez los de Judea supieran del enfermo a quien Jesús sanó en el estanque de Betesda (5:1-9). Además, tal vez todos fueran conscientes de muchos otros milagros que Jesús realizó (cp. 2:23; 3:2; 6:2).

Cuando **los fariseos oyeron a la gente que murmuraba de él estas cosas** se alarmaron. Ni siquiera querían que las personas hablaran de Jesús (v. 13); aun así, algunos sugerían que podría ser el Mesías. Les molestaba tanto la popularidad de Jesús que unieron fuerzas con los saduceos, sus archirrivalos. Aunque por historia los dos grupos estaban en extremos opuestos del espectro teológico, los unía el odio mutuo que sentían hacia Jesús (cp. v. 45; 11:47, 57, 18:3; Mt. 21:45-46; 27:62).

Después de mutuas consultas (posiblemente en una reunión formal del

sanedrín), **los principales sacerdotes** (saduceos que habían sido sumos sacerdotes y miembros de familias sacerdotales prestigiosas) y **los fariseos enviaron alguaciles** para prender a Jesús. Los **alguaciles** (guardias del templo) eran una especie de fuerza policial compuesta por levitas, los cuales eran los responsables de mantener el orden en los terrenos congestionados del templo (especialmente en las festividades), aunque el sanedrín también podía emplearlos en otras partes, para asuntos no relacionados con la política romana.

Esta sección ilustra llamativamente la división de la nación en cuanto a Jesús. Aunque algunos eran propensos a saludarlo como Mesías—y así lo harían al comienzo de la semana de la pasión (Lc. 19:37-39)—, otros buscaban callarlo desesperadamente. Y los líderes, que debieron ser los primeros en reconocerlo, encabezaban el esfuerzo por eliminarlo.

EL DESPRECIO BURLÓN

Entonces Jesús dijo: Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió. Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir. Entonces los judíos dijeron entre sí: ¿Adónde se irá éste, que no le hallemos? ¿Se irá a los dispersos entre los griegos, y enseñará a los griegos? ¿Qué significa esto que dijo: Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir? (7:33-36)

Como se haría evidente después en la narración (vv. 45-46), los guardias del templo no pudieron cumplir su misión de arrestar al Señor. **Entonces Jesús** continuó proclamando con audacia la verdad sobre Él: “**Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió**”. En pocos meses, en la pascua de la primavera siguiente, crucificarían a Jesús. Después resucitaría de los muertos y ascendería **al Padre que lo envió**.

Jesús continuó advirtiendo solemnemente a sus oyentes: “**Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir**”. Quienes rechazan a Jesús nunca llegarán adonde Él iba cuando ascendió, donde está hoy, en el cielo y a la diestra del Padre, porque morirán en sus pecados (8:21). (Jesús diría más tarde a sus discípulos que ellos no lo podrían seguir de inmediato al cielo [13:33] pero que después sí lo harían [v. 36]).

En lugar de atender la advertencia del Señor, **los judíos** incrédulos solo lo ridiculizaron. “**¿Adónde se irá éste, que no le hallemos? ¿Se irá**

a los dispersos entre los griegos, y enseñará a los griegos?”, se mofaban. Les parecía absurda la idea de que el Mesías ministrara a los gentiles. Con *los griegos* probablemente se referían a los prosélitos gentiles del judaísmo. (Irónicamente, fue por la ceguera espiritual de Israel, con su rechazo al Mesías, que el evangelio alcanzó a los gentiles sin interés en el judaísmo [cp. Ro. 11:7-11]). Vieron que la afirmación del Señor—**“Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir”**—era un respaldo para lo que burlonamente sugerían.

Lamentablemente, estos mofadores no entendieron en absoluto lo que Jesús dijo. Como Isaías, el cual escribió: “Busquen al SEÑOR mientras se deje encontrar, llámenlo mientras esté cercano” (Is. 55:6, NVI), Jesús advertía a sus oponentes que no demoraran su conversión hasta que fuera demasiado tarde. Como escribió Pablo a los corintios: “Porque dice: En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (2 Co. 6:2). Y el escritor de Hebreos suplicó: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (He. 4:7; cp. 3:15). Jesús prometió: “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás... Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera” (Jn. 6:35, 37).

26 Respuesta a la pregunta más importante de la vida

En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado. Entonces algunos de la multitud, oyendo estas palabras, decían: Verdaderamente éste es el profeta. Otros decían: Este es el Cristo. Pero algunos decían: ¿De Galilea ha de venir el Cristo? ¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo? Hubo entonces disensión entre la gente a causa de él. Y algunos de ellos querían prenderle; pero ninguno le echó mano. Los alguaciles vinieron a los principales sacerdotes y a los fariseos; y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? Los alguaciles respondieron: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre! Entonces los fariseos les respondieron: ¿También vosotros habéis sido engañados? ¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes, o de los fariseos? Mas esta gente que no sabe la ley, maldita es. Les dijo Nicodemo, el que vino a él de noche, el cual era uno de ellos: ¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho? Respondieron y le dijeron: ¿Eres tú también galileo? Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta. (7:37-52)

La pregunta final que cada persona enfrentará en algún momento, el asunto más crucial que determinará su destino eterno es: ¿Qué haré con Jesús, el Cristo?

Irónicamente, quien sentenció a muerte al Señor se planteó la misma pregunta. Las autoridades judías habían arrestado a Jesús y después de un juicio de mentiras lo llevaron ante Pilato, el gobernador romano de Judea. Su razón para hacer partícipes a los romanos era simple: querían muerto a Jesús, pero los ocupantes romanos no les habían dado el

derecho de aplicar la pena capital (18:31). Por lo tanto, necesitaban que una autoridad romana aprobara el asesinato.

Después de examinar a Jesús, Pilato declaró: “Ningún delito hallo en este hombre” (Lc. 23:4) y quería liberarlo (Jn. 19:12). El deseo del gobernador se intensificó cuando “su mujer le mandó decir: No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él” (Mt. 27:19). Dado que Pilato tenía la costumbre de soltar el preso que le pidiesen durante la pascua (Mr. 15:6), el gobernador ofreció a la muchedumbre escoger entre Jesús y Barrabás, “un preso famoso” (Mt. 27:16). Supuso que pedirían la libertad de Jesús, pero “los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud que pidiese a Barrabás, y que Jesús fuese muerto” (Mt. 27:20). Fue en ese momento que Pilato, frustrado, hizo la pregunta trascendental: “¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?” (Mt. 27:22).

La multitud frenética, agitada por los principales sacerdotes (Mr. 15:11), gritaba: “¡Fuera con éste, y suéltanos a Barrabás!” (Lc. 23:18). Pero “les habló otra vez Pilato, queriendo soltar a Jesús” (Lc. 23:20) y les dijo: “¿Pues qué mal ha hecho?” (Mr. 15:14). Tras haber pronunciado oficialmente la inocencia de Jesús (tres veces; Lc. 23:22), Pilato debía haberlo liberado. Pero cuando se dio cuenta de que “nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá vosotros” (Mt. 27:24). Capituló porque el pueblo instaba “a grandes voces, pidiendo que fuese crucificado” (Lc. 23:23) y porque los líderes judíos amenazaron con informar al emperador de nuevo de que era un líder inepto: “Si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone” (Jn. 19:12). Así, “queriendo satisfacer al pueblo” (Mr. 15:15), “Pilato sentenció que se hiciese lo que ellos pedían” (Lc. 23:24) y “lo entregó a ellos para que fuese crucificado” (Jn. 19:16).

Pilato no respondió bien su propia pregunta sobre Jesús. Aunque temía que Jesús tuviera poderes sobrenaturales (19:7-9), no lo reconoció como Hijo de Dios. Al final, Pilato se condenó solo, porque sentenció a muerte al Salvador inocente.

La multitud que exigía la ejecución de Jesús también trajo juicio sobre sí. El pueblo de Israel había anhelado por generaciones a su Mesías. Pero cuando finalmente vino, rechazaron su mensaje y usaron a las autoridades romanas para ejecutarlo (cp. Hch. 2:22-23). En su rabia ciega, aceptaron la responsabilidad por la ejecución de Jesús, incluso pronunciaron sobre ellos una maldición atemorizante: “Su sangre sea sobre nosotros, y sobre

nuestros hijos” (Mt. 27:25). A menos que se arrepintieran y creyeran después, estaban eternamente condenados.

De la misma forma, a lo largo de los siglos, millones incontables de personas han tomado la decisión equivocada en lo que respecta a Jesucristo. Los líderes judíos y la multitud habían rechazado a Jesús como el único Salvador del mundo, al igual que lo hizo Pilato. Pero solo hay una respuesta correcta ante Él: “[Confesar] con [la] boca que Jesús es el Señor, y [creer] en [el] corazón que Dios le levantó de los muertos” (Ro. 10:9); reconocer que “en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12; cp. Jn. 14:6); confesar los pecados (1 Jn. 1:9) a quien “tiene potestad en la tierra para [perdonarlos]” (Mt. 9:6) y se inclina sumiso ante Él como Señor soberano (Fil. 2:10-11). Quienes así lo hagan, serán salvos (Ro. 10:9; cp. 5:1; 8:1; 1 Ts. 5:9; 2 Ti. 2:10; 3:15; He. 2:10; 5:9). Pero quienes no lo hagan enfrentarán el juicio eterno (Sal. 2:12; Lc. 13:3, 5; Jn. 3:36; Ro. 1:18; 2:12; Gá. 3:10; Ef. 5:6; 2 Ts. 2:10; He. 10:29).

Israel tuvo muchas oportunidades de responder correctamente a Jesús, el Cristo. Los versículos 37-52 describen una situación típica del rechazo de Israel, ocurrida seis meses antes de su crucifixión. El escenario era Jerusalén en el último día de la fiesta de los tabernáculos (7:2, 37). Jesús planteó la pregunta sobre su identidad con autoridad y precisión, en forma de una invitación a creer en Él. La reacción de las personas las separaba en cuatro grupos: los convencidos, los contrarios, los confundidos y los contemplativos. Estas respuestas comprenden el patrón universal de reacciones a Jesucristo desde el primer siglo hasta el presente.

LA INVITACIÓN

En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado. (7:37-39)

No era la primera invitación pública de Jesús a creer en Él (cp. 3:12-18; 5:24, 38-47; 6:29, 35-36, 40, 47) ni la primera vez que describía la

salvación como agua viva (4:10-14; 6:35). (El Señor también había usado una metáfora similar para describirse como el pan de vida [6:30-59]). Apoyándose en las imágenes del profeta Isaías (12:3; 55:1), comparar la salvación con el agua viva era algo conocido para sus oyentes. En la tierra relativamente seca de Israel, la sed era una imagen apta para la necesidad de salvación personal.

Jesús hizo esta invitación **en el último y gran día de la fiesta** de los tabernáculos. No está claro si en el séptimo u octavo día ocurrió una asamblea especial en el festival (Lv. 23:36). En cualquier caso, fue un día diferente al de los acontecimientos en los vv. 14-36 (cp. v. 14). Como ya había sucedido antes, (v. 28) Jesús **alzó la voz** e instó a oír su invitación. La importancia del mensaje se enfatiza porque Jesús **se puso de pie** para ofrecerlo (los rabinos estaban sentados, normalmente, cuando enseñaban; cp. Mt. 5:1; 13:2; 26:55; Lc. 4:20; 5:3).

Usar agua para ilustrar la verdad sobre Él era capitalizar una ceremonia de mucha prominencia durante la fiesta. La característica más importante de la fiesta de los tabernáculos eran las cabañas (refugios) que las personas preparaban (Lv. 23:42; Neh. 8:14). Pero cada día había también un ritual importante con agua. La ceremonia no estaba prescrita en el Antiguo Testamento pero se había vuelto tradición en los siglos anteriores al tiempo de Jesús. Conmemoraba la provisión milagrosa de agua durante los años de Israel en el desierto (Éx. 17:6; Nm. 20:8-11; Dt. 8:15; Neh. 9:15; Sal. 105:41; 114:8; Is. 48:21) y anticipaba las bendiciones de la era mesiánica (cp. Is. 30:25; 35:6-7; 43:19-20; 44:3-4; 49:10; Ez. 47:1-9; Jl. 3:18; Zac. 14:8). También era una oración simbólica por la lluvia.

Cada día de la fiesta el sumo sacerdote sacaba agua del estanque de Siloé y la llevaba, en procesión, hasta el templo. En la puerta del Agua (al sur del atrio interno del templo) se tocaba tres veces el shofar (una trompeta hecha con el cuerno de un carnero) para marcar la alegría de la ocasión. También se recitaba Isaías 12:3 (“Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación”). En el templo los sacerdotes marchaban alrededor del altar mientras el coro del templo cantaba el *Hallel* (Sal. 113—118). Entonces el agua se derramaba como ofrenda a Dios.

Fue en el contexto de esta ceremonia que Jesús dijo las impresionantes palabras “**Si alguno tiene sed, venga a mí y beba**”. Si hizo esta invitación en el séptimo día de la fiesta, habría coincidido con la ceremonia final del agua (en el séptimo día los sacerdotes marchaban siete veces alrededor del altar antes de derramar el agua). Nuestro Señor estaba

invitando a las almas sedientas a venir a Él por agua espiritual, dadora de vida, en lugar de ir por el agua física y temporal de la ceremonia. Si fue al octavo día (cuando no había ceremonia), puede que el anuncio no hubiera sido tan dramático, pero las personas aún podían hacer la conexión con la extracción del agua cada día del ritual. En cualquier caso, Jesús cambió el enfoque; pasó de la necesidad de las bocas secas en el desierto a la necesidad espiritual de agua viva en las almas sedientas.

Tres palabras clave resumen la invitación de Jesús al evangelio. Primero, el que **tiene sed** es aquel que reconoce su sed espiritual (cp. Is. 55:1; Mt. 5:6). Segundo, si quieren encontrar alivio, tales individuos deben venir a Jesús, la única fuente de agua viva. Pero no todos los que reconocen su necesidad y se acercan a Él calman su sed. Aunque el joven rico vino “corriendo, [hincó] la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?”, al final “se fue triste” (v. 22) sin saciar su sed. Habiéndose acercado a Cristo, no estaba dispuesto a dar el tercer paso crítico de beber; esto es, apropiarse de Él por la fe.

Solo quien lo haga recibirá el agua viva en Cristo; todos los otros serán falsos discípulos (6:53), cuyo arrepentimiento no es sincero ni completo. El “arrepentimiento para vida” (Hch. 11:18) que culmina en “el perdón de pecados” (Lc. 24:47) requiere más que el simple remordimiento. Quienes manifiestan el arrepentimiento genuino reconocen ante el Dios santo la sed profunda de su culpa personal, se dan cuenta de que no pueden hacer nada para evitar el juicio que les es adverso. Así, confían en el sacrificio de Jesucristo (como pago por sus pecados) y afirman que Él es el único Salvador (Jn. 14:6; Hch. 4:12) y Señor de sus vidas (Ro. 10:9-10). De esta forma, beben el agua viva que Él provee y llega a ser en ellos “una fuente de agua que [salta] para vida eterna” (Jn. 4:14). Como dice *I Heard the Voice of Jesus* [Oigo la voz de Jesús], el himno de Horacio Bonar:

Oigo la voz de Jesús decir
 “He aquí que yo doy gratuitamente
 el agua viva; sediento,
 inclínate, para beber, para vivir”.
 Vine a Cristo y bebí
 de aquella fuente que daba vida
 mi sed se calmó, mi alma revivió
 y ahora vivo en Él.

Pero Dios no pretendía que los creyentes fueran charcas donde se estancara el agua de salvación. En su lugar, Jesús declaró: **“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”**. Las palabras del Señor no eran una cita directa de un texto específico del Antiguo Testamento, pero reflejaban pasajes como Proverbios 11:25, Ezequiel 47:1-9 y Zacarías 13:1. Los creyentes son los canales a través de los cuales se envían a otros los **ríos de agua viva**. Leon Morris escribe: “El creyente no es egocéntrico. Pasa a otros el don de Dios de la misma forma en que lo recibe. O para expresarlo de otra manera: cuando un hombre cree, se hace siervo de Dios y Dios los usa como medio de bendición a los demás” (Leon Morris, *El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 426 del original en inglés). Al evangelizar a los perdidos (el objetivo principal aquí) y edificar a los santos (1 Co. 12:4-11; 1 P. 4:10-11), los creyentes permiten que la vida espiritual en ellos salte y afecte a quienes están cerca.

Como lo indica la nota inspirada del apóstol Juan, Jesús hablaba **del Espíritu**, por medio de quien se imparte vida a los que creen (3:5-8; 6:63; Ro. 8:9; 1 Co. 6:11; 1 P. 1:1-2). El Espíritu también los facultó para traer el agua viva de salvación a otras almas sedientas (cp. Hch. 4:31; Ro. 15:18-19; Ef. 4:11). Cuando el Señor habló, la promesa **del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él** era futura, **pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado**.

Este comentario necesita una explicación para no malinterpretar la obra del Espíritu. Nuestro Señor no dijo que el Espíritu Santo no estuviera presente o activo en su momento o en la historia redentora pasada. Decía que el don del Espíritu vendría para los creyentes y por medio de Él recibirían un poder único para el ministerio y el evangelismo.

Son útiles las palabras de Jesús en Juan 14:17 sobre esta materia: “[Al] Espíritu de verdad... vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros”. Claramente, en la cena del aposento alto Jesús prometió la venida futura del Espíritu Santo (14:16, 20, 26; 15:26-27; 16:13-14). Pero el comentario de 14:17—“mora con vosotros”—afirma el hecho de que sin la presencia del Espíritu nadie, en ninguna era de la historia de la redención, podría salvarse, recibir poder para servir, testificar, guiar a la comprensión de las Escrituras u orar.

Hay referencias al ministerio del Espíritu en el Antiguo Testamento como las siguientes:

Pero el SEÑOR dijo: «Mi espíritu no permanecerá en el ser humano para siempre, porque no es más que un simple mortal; por eso vivirá solamente ciento veinte años» (Gn. 6:3, NVI).

No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu (Sal. 51:11).

*¿A dónde me iré de tu Espíritu?
¿Y a dónde huiré de tu presencia?
Si subiere a los cielos, allí estás tú;
y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás.
Si tomare las alas del alba
y habitare en el extremo del mar,
aun allí me guiará tu mano,
y me asirá tu diestra.
Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán;
aun la noche resplandecerá alrededor de mí.
Aun las tinieblas no encubren de ti,
y la noche resplandece como el día;
lo mismo te son las tinieblas que la luz (Sal. 139:7-12).*

*Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios;
tu buen espíritu me guíe a tierra de rectitud (Sal. 143:10).*

Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra (Ez. 36:27).

Antes de Pentecostés, fue el Espíritu el autor del arrepentimiento (cp. Jn. 16:8-11) y el poder detrás de la regeneración (Jn. 3:4-5). También iluminó a los creyentes cuando enfrentaban persecuciones (Mr. 13:11; Lc. 12:11). Después de Pentecostés, todos los creyentes recibieron el Espíritu de manera total y normativa desde ese momento (Ro. 8:9; 1 Co. 12:13).

Jesús no había sido aún glorificado (cp. 12:16; 17:4-5) se refiere a su ascensión a la gloria celestial (Hch. 1:9-11), momento en el cual el Padre envió al Espíritu Santo. Enviar al Espíritu después del regreso de Cristo al cielo hizo posibles las obras mayores que los creyentes harán (Jn. 14:12).

Quienes respondieron a la invitación de Cristo recibieron el agua viva de la salvación que Él ofrecía ese mismo día. Pero el **Espíritu** solo lo **habían de recibir** completamente después de varios meses, en el día de Pentecostés; después de la muerte, resurrección y ascensión de Jesús (16:7; Hch. 1:4-5, 8; 2:1-4). Sin embargo, a partir del cierre del período de transición en el libro de Hechos, todos los cristianos reciben al Espíritu Santo en el momento de la salvación.

LAS RESPUESTAS

Entonces algunos de la multitud, oyendo estas palabras, decían: Verdaderamente éste es el profeta. Otros decían: Este es el Cristo. Pero algunos decían: ¿De Galilea ha de venir el Cristo? ¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo? Hubo entonces disensión entre la gente a causa de él. Y algunos de ellos querían prenderle; pero ninguno le echó mano. Los alguaciles vinieron a los principales sacerdotes y a los fariseos; y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? Los alguaciles respondieron: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre! Entonces los fariseos les respondieron: ¿También vosotros habéis sido engañados? ¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes, o de los fariseos? Mas esta gente que no sabe la ley, maldita es. Les dijo Nicodemo, el que vino a él de noche, el cual era uno de ellos: ¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho? Respondieron y le dijeron: ¿Eres tú también galileo? Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta. (7:40-52)

Como ya se ha dicho, la respuesta de las personas a Jesucristo la separa en cuatro grupos: los convencidos, los contrarios, los confundidos y los contemplativos. Todos están representados en este pasaje.

LOS CONVENCIDOS

Entonces algunos de la multitud, oyendo estas palabras, decían: Verdaderamente éste es el profeta. Otros decían: Este es el Cristo. (7:40-41a)

Cuando **algunos de la multitud** oyeron las **palabras** misericordiosas de

Jesús en los versículos 37-39, se convencieron de que era **el profeta** de quien escribió Moisés (Dt. 18:15-18). Como se dijo en la explicación de 1:21 en el capítulo 4 de esta obra, algunos identificaban al **profeta** con el Mesías (la interpretación correcta; cp. Hch. 3:22-23; 7:37). Otros lo consideraban como un precursor del Mesías. Como mínimo, estas personas vieron a Jesús como un gran profeta. (cp. Mt. 21:11, 46; Mr. 6:15; Lc. 7:16; 24:19; Jn. 4:19; 6:14; 9:17). Así, aunque puede que su conocimiento no fuera completo, al menos estaban convencidos de que Él era el enviado de Dios.

Otros tenían una comprensión más clara de quién era Jesús y **decían: “Este es el Cristo”**. Antes estaban intimidados por miedo a las autoridades judías (7:13; cp. 9:22; 12:42; 19:38; 20:19). Pero ahora, convencidos de la identidad de Jesús, lo proclamaban con audacia. Estos individuos eran parte del remanente de Israel (2 R. 19:30-31; Is. 10:20-22; 28:5; 37:31-32; 46:3; Jer. 23:3; 31:7; 50:20; Mi. 2:12; 5:7-8; Ro. 9:27; 11:1-5); los miembros de la “manada pequeña” (Lc. 12:32), que entran por la puerta angosta que lleva a la vida eterna (Mt. 7:13-14), sedientos que aceptaron la invitación de Cristo de venir a Él y beber del agua viva que Él entrega.

LOS CONTRARIOS

Pero algunos decían: ¿De Galilea ha de venir el Cristo? ¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo? Hubo entonces disensión entre la gente a causa de él. Y algunos de ellos querían prenderle; pero ninguno le echó mano. (7:41b-44)

Sin embargo, no toda la multitud estaba convencida de la autenticidad de Jesús. Mientras unos estaban dispuestos a aceptarlo como el gran profeta que Moisés prometió, e incluso el Mesías, **algunos** seguían siendo escépticos. “**¿De Galilea ha de venir el Cristo?**”, preguntaban burlonamente. La pregunta esperaba una respuesta negativa; que el Mesías pudiera venir de esas lejanías de Galilea parecía absurdo para la gente sofisticada de Judea (cp. v. 52; 1:46). Por otra parte, insistían ellos, “**¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo?**”. Para mérito de ellos, esos dos puntos eran válidos. **La Escritura** del Antiguo Testamento revela que **el Cristo** vendría **del linaje de David** (2 S. 7:12; Sal. 89:3-4;

132:10-11; Is. 11:1, 10; Jer. 23:5; 33:15; cp. Mt. 22:42) y que el Mesías saldría **de Belén** (Mi. 5:2; cp. Mt. 2:3-6).

Sin embargo, quienes se mofaban con su incredulidad orgullosa no examinaron la situación por completo. De haberlo hecho, habrían descubierto que Jesús satisfacía esos dos criterios. Descendía de David (Mt. 1:1; Lc. 1:32; 3:23, 31; cp. Mt. 1:20; Lc. 1:27; 2:4) y nació en Belén (Mt. 2:1; Lc. 2:4-7, 11, 15). Precipitadamente supusieron que, como Jesús se había criado en Nazaret (Mt. 2:21-23; Lc. 2:39, 51; 4:16; cp. Mt. 21:11; 26:71; Lc. 18:37; Jn. 1:45), debía haber nacido allí. No les interesaba investigar sus credenciales mesiánicas.

Obviamente, el resultado de las opiniones divergentes sobre Jesús fue de **disensión entre la gente** (cp. 9:16; 10:19). Este incidente ilustra que Jesús divide a las personas. Él advirtió en Lucas 12:51-53 lo siguiente:

¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión. Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres. Estará dividido el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra.

Él divide a las personas entre creyentes e incrédulos (3:18, 36; 1 Jn. 5:10), entre quienes caminan en la luz y quienes caminan en la oscuridad (Jn. 8:12; 12:35, 46; Ef. 5:8; 1 Ts. 5:5; 1 P. 2:9; 1 Jn. 2:9), entre ovejas y cabras (Mt. 25:32-33; cp. Jn. 10:26) y entre hijos de Dios e hijos del diablo (1 Jn. 3:10; cp. v. 8; Jn. 8:44). Todos están o a favor o en contra de él, no hay campo medio (Mt. 12:30).

Es la tercera vez que **querían prenderle** sin lograrlo desde que llegó a Jerusalén (cp. vv. 30, 32). Como pasó antes con algunos de la multitud (v. 30), **ninguno le echó mano** porque no era el tiempo correcto en el plan de Dios (véase la explicación del v. 30 en el capítulo 25).

LOS CONFUNDIDOS

Los alguaciles vinieron a los principales sacerdotes y a los fariseos; y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? Los alguaciles respondieron: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre! Entonces los fariseos les respondieron: ¿También vosotros habéis sido engañados? ¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes,

o de los fariseos? Mas esta gente que no sabe la ley, maldita es. (7:45-49)

A diferencia de quienes creían o rechazaban a Cristo, **los alguaciles** del templo estaban confundidos. Varios días antes (cp. vv. 14, 32, 37) **los principales sacerdotes y los fariseos** los habían enviado para arrestar a Jesús (v. 32). Cuando llegaron con las manos vacías, sus superiores les inquirieron: “**¿Por qué no le habéis traído?**”. Es interesante que los **alguaciles** no hayan afirmado que la multitud lo impidió, aunque así pudo haber sido (cp. vv. 31, 40-41, 43). En lugar de eso, expresaron desconcierto y sorpresa: “**¿Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre?**” (cp. Mt. 7:28; Mr. 1:22; 12:17; Lc. 4:32; 20:26). Eran levitas entrenados en lo religioso y las palabras de Jesús los asombraron. Aunque no creían que era el Mesías, tampoco lo rechazaban abiertamente. No sabían qué hacer con Él. Atrapados entre el poder y la gracia de su mensaje y el odio de sus líderes, estaban paralizados e inactivos.

Los fariseos, enfurecidos porque los **alguaciles** no arrestaron a Jesús, **les respondieron**: “**¿También vosotros habéis sido engañados?**”. Este regaño en forma de pregunta no buscaba reprender a los **alguaciles** por su falta de profesionalidad (pues eran miembros de la guardia del templo), sino por su supuesta falta de discernimiento espiritual (como levitas). Era una acusación por su ingenuidad ante un charlatán religioso y con cierta condescendencia los pusieron a la altura de la multitud ignorante (cp. v. 49). En contraste, los fariseos se autojustificaron preguntando: “**¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes, o de los fariseos?**”. La arrogante implicación es que si Jesús fuera de verdad el Mesías, los expertos religiosos habrían sido los primeros en reconocerlo.

Los filisteos continuaron ridiculizando a las personas comunes y corrientes, a la “**gente que no sabe la ley**” (la ley se refiere al Antiguo Testamento y especialmente a las tradiciones rabínicas). Los fariseos se consideraban la élite espiritual; hombres por encima del error en asuntos religiosos. En sus cabezas, Jesús podía engañar a los crédulos, sin educación, las personas de mente simple. La plebe era **maldita**, de acuerdo a la perspectiva farisaica, por ignorar la ley de Dios.

Con la ridiculización de la multitud, los fariseos apelaron al orgullo y deseo de prestigio de los alguaciles. Estos debían tomar una decisión crucial. Podían rechazar a Jesús y ganarse el aplauso del liderazgo

religioso apóstata o creer en Él, recibir el castigo y recibir la redención. Juan no dice cuál fue la decisión de los alguaciles.

LOS CONTEMPLATIVOS

Les dijo Nicodemo, el que vino a él de noche, el cual era uno de ellos: ¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho? Respondieron y le dijeron: ¿Eres tú también galileo? Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta. (7:50-52)

No era cierta la afirmación de los fariseos según la cual los gobernantes religiosos habían rechazado de manera unánime a Jesús (cp. 12:42). **Nicodemo**, un rabí prominente (el mismo que **vino de noche** a Jesús [3:1-2]), quizás el maestro más preeminente en Israel (cp. 3:10), era la excepción más notable. Probablemente no fuera discípulo de Jesús en ese instante (aunque después se volvió uno [19:39]), pero su mente estaba abierta a las afirmaciones del Señor. Nicodemo no defendió abiertamente a Jesús pero abrió una puerta de procedimiento legal cuando les recordó a sus colegas: “**¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho?**”. Ni siquiera los romanos despreciables condenaban a las personas sin oírlas (Hch. 25:16).

Pero sus colegas del sanedrín, con sus mentes cerradas en cuanto a Jesús, no tenían la intención de ser imparciales. Más bien, atacaron con fiereza a Nicodemo: “**¿Eres tú también galileo?**”, le dijeron con provocación. Comparar a Nicodemo con los galileos provincianos y rechazados era el insulto más degradante que podían hacerle.

Después lo invitaron burlescamente a escudriñar y ver **que de Galilea nunca se había levantado profeta**; pasaron por alto, de modo muy conveniente, el hecho de que Jonás (el cual era de una ciudad cercana a Nazaret en la región de Zabulón, 2 R. 14:25; cp. Jos. 19:10) era galileo (algunos eruditos creen que Nahum, Oseas y quizás otros profetas eran de Galilea). Querían decir que Él ignoraba las verdades teológicas más básicas. Pero en realidad, tal declaración exponía la falta de conocimiento en ellos, pues algunos profetas habían salido de Galilea y Jesús había nacido en Belén. No obstante, sus mentes ya habían tomado una decisión en cuanto a Él. No veían la necesidad de buscar la verdad.

A pesar de las burlas de ellos, Nicodemo siguió buscando la verdad (cp. 7:17) y a la larga la encontró en Cristo. Tristemente, no puede

decirse lo mismo de muchos colegas suyos, los otros miembros del sanedrín que al final mataron a su propio Mesías.

27 Jesús confronta la hipocresía

Cada uno se fue a su casa; y Jesús se fue al monte de los Olivos. Y por la mañana volvió al templo, y todo el pueblo vino a él; y sentado él, les enseñaba. Entonces los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices? Mas esto decían tentándole, para poder acusarle. Pero Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo. Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra. Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio. Enderezándose Jesús, y no viendo a nadie sino a la mujer, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más. (7:53—8:11)

Aunque este conocido pasaje se suele citar y enseñar, es probable que no haya sido una parte original del Evangelio de Juan. Junto con Marcos 16:9-20, es uno de los textos más largos, famosos y cuestionados del Nuevo Testamento. Se deben considerar dos líneas de evidencia para determinar si estaba en el manuscrito original inspirado: el testimonio interno (del pasaje en cuestión) y el externo (del texto griego, las primeras versiones y los padres de la Iglesia).

El pasaje contiene varios indicadores internos que dejan dudas sobre su autenticidad. La ubicación en este lugar interrumpe el flujo de pensamiento en esta sección. En 7:37-52, Jesús se refirió a uno de los rituales asociados con la fiesta de los tabernáculos: la ceremonia de verter agua (véase la explicación de esos versículos en el capítulo 26 de esta obra). En 8:12 el Señor hizo alusión al segundo gran ritual asociado con la fiesta: la ceremonia de las lámparas encendidas (véase la exposición de

8:12-21 en el capítulo siguiente). La afirmación de Jesús sobre ser la luz del mundo sigue lógicamente después de afirmar ser la fuente de agua viva en 7:37-52 (las palabras “otra vez” en el versículo 12 también implican continuidad entre 7:37-52 y 8:12-21). La afirmación de ser la luz del mundo también puede ser una alusión a Isaías 9:1-2 (cp. Mt. 4:12-16) y así ser una respuesta indirecta a la acotación despectiva de los fariseos en el versículo 52, que “de Galilea nunca se ha levantado profeta”. Interponer el relato de la mujer adúltera oscurece la reprensión del Señor a la falsa afirmación de los fariseos (cp. Philip Comfort, “The pericope of the Adulteress” [El pasaje de la adúltera], *The Bible Translator* 40 [enero de 1989], pp. 145-147).

Como la historia no parece encajar aquí, algunos manuscritos la insertan en otras partes. Aunque la mayoría la ubica después de Juan 7:52, algunos la localizan después de 7:36; 7:44, 21:25 e incluso después de Lucas 21:38. Como lo anota James R. White: “Semejante forma de mover el texto es evidencia firme de su origen tardío y del intento de los escribas por encontrar un lugar donde ‘encajara’” (*The King James Only Controversy* [La controversia sobre usar solo la versión *King James*] [Minneapolis: Bethany House, 1995], p. 262). D. A. Carson añade: “La diversidad de las ubicaciones confirma la falta de autenticidad de los versículos” (D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], *The Pillar New Testament Commentary* [El comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 333).

El vocabulario y estilo de la historia ofrece más evidencia a favor de que Juan no lo escribió (Carson, *Juan*, p. 34; Leon Morris, *El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 883, n. 3 del original en inglés; B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John* [El Evangelio según San Juan] [Reimpresión; Grand Rapids: Eerdmans, 1978], p. 142). Por ejemplo, los escribas y fariseos (8:3), por lo general juntos en los Evangelios sinópticos (Mt. 5:20; 12:38; 15:1; 23:2, 13-15, 23, 25, 27, 29; Mr. 2:16; 7:1, 5; Lc. 5:21, 30; 6:7; 11:53; 15:2), no aparecen juntos en ninguna otra parte del Evangelio de Juan. El pasaje también sugiere que Jesús pasó la noche en el Monte de los Olivos (8:1-2). Sin embargo, los Evangelios sinópticos registran que esto solo ocurrió durante la semana de la pasión (Lc. 21:37; cp. 22:39), seis meses después de este momento (por supuesto, es posible que Jesús pasara noches en el Monte de los Olivos en visitas anteriores a Jerusalén no registradas por los Evangelios sinópticos). Y aunque los Evangelios sinópticos se refieren al Monte de los Olivos (Mt. 21:1; 24:3; 26:30; Mr. 11:1; 13:3; 14:26; Lc. 19:29, 37;

21:37; 22:39), Juan no lo hace (excepto en este pasaje).

La evidencia externa también deja dudas sobre la autenticidad de estos versículos. Los manuscritos más antiguos y confiables, entre varias tradiciones textuales, los omiten. Otros que sí los incluyen, los señalan para indicar que había preguntas relativas a su autenticidad. Muchas de las versiones antiguas más importantes (traducciones de la Biblia en otros idiomas) también omiten esta sección. Ninguno de los padres de la Iglesia —ni siquiera los que estudiaron Juan versículo a versículo—comentaron este pasaje. El primero en hacerlo fue Euthymius Zigabenus en el siglo XII, y aun así reconoció que los manuscritos más precisos no lo contenían.

Algunos (Agustín, el más notable de ellos) han especulado que los escribas celosos hasta el extremo podrían haber quitado el pasaje de los manuscritos porque temían que fuera demasiado permisivo con el adulterio. Pero esta sería la única instancia en que los escribas borran tan gran extensión textual con base en argumentos morales (Bruce M. Metzger, *A Textual Commentary on the Greek New Testament* [Comentario textual sobre el Nuevo Testamento griego] [Nueva York: United Bible Societies, 1975], p. 221). Si esa fue la razón por la cual se borró la sección, ¿por qué borraron los escribas 7:53—8:2? Esos tres versículos no tienen nada que ver con el adulterio y sí estarían relacionados con 8:12. ¿Y por qué borrar este pasaje pero dejar en el texto de Juan la historia de la mujer samaritana? Ella también era culpable de inmoralidad sexual (4:17-18) y la reprensión que Jesús le hizo fue más suave y menos directa que la de la mujer adúltera (cp. 8:11).

Entonces este pasaje muy probablemente no fue parte del texto original del Evangelio de Juan. Aun así, “más allá de toda duda es un fragmento auténtico de la tradición apostólica” (Wescott, *Juan*, p. 125) que describe un acontecimiento histórico real de la vida de Cristo. No contiene enseñanzas que contradigan al resto de las Escrituras. Describe a Jesucristo como el Salvador amoroso, sabio y perdonador, coherente con la imagen bíblica de Jesucristo. Tampoco es la clase de historia que la Iglesia primitiva habría inventado sobre Él. “Ningún monje asceta [la mayoría de los escribas y copistas de los primeros manuscritos eran monjes] se habría inventado una historia que cierra con solo una reprensión blanda de parte de Jesús” (Bruce M. Metzger, *The Text of the New Testament* [El texto del Nuevo Testamento] [Nueva York: Oxford, 1982], p. 223).

Probablemente, el relato es historia real, parte de una tradición oral que circuló en partes de la Iglesia occidental (la mayor parte del respaldo

temprano a favor de su autenticidad viene de los manuscritos y versiones occidentales; de padres de la Iglesia en Occidente como Jerónimo, Ambrosio y Agustín). A la larga, quedó escrito y se abrió camino en los manuscritos posteriores. Como no es posible tener certeza absoluta de que esta historia se añadiera después, este comentario incluye su exposición.

El pasaje no trata principalmente la historia de una adúltera o de los líderes hipócritas religiosos que la usaron con cinismo para atacar a Jesús. La figura central en este drama apasionante de inmoralidad, hipocresía y perdón, como en todo el Evangelio de Juan, es el Señor Jesucristo. En el pasaje emergen cuatro características sobre Él: su humildad, su sabiduría, su acusación y su perdón.

SU HUMILDAD

Cada uno se fue a su casa; y Jesús se fue al monte de los Olivos. Y por la mañana volvió al templo, y todo el pueblo vino a él; y sentado él, les enseñaba. (7:53—8:2)

Obviamente, debido a la autenticidad debatible de este incidente, es imposible saber con certeza dónde podría encajarse este relato en la cronología de la vida de Cristo. Como estos tres versículos tienen un paralelo cercano con Lucas 21:37-38, el acontecimiento pudo haber ocurrido durante la semana de la pasión. Es evidente que Jesús estaba en Jerusalén, pues cuando **cada uno se fue para su casa**, Él se fue al **monte de los Olivos** a pasar la noche. No se sabe si el Señor pasó la noche en el monte o se quedó en la casa de María, Marta y Lázaro en Betania (en el lado oriental del Monte de los Olivos).

La humillación y condescendencia de Jesús en la encarnación quedan demostradas en que, siendo el creador de todas las cosas, no tenía un lugar para quedarse. “Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:7-8).

Cuando nació, su madre “lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón” (Lc. 2:7). Durante su ministerio le dijo a un prospecto de seguidor: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza” (Mt. 8:20). Jesucristo, Dios en carne humana,

no tuvo la recepción que habría obtenido el más pequeño de los dignatarios humanos (cp. 1:11).

El texto indica, con sencillez y sin fanfarria, que **por la mañana volvió al templo** para enseñar. No hubo ningún heraldo angélico que anunciara la llegada de Jesús, tampoco hizo milagros sensacionales para atraer a la multitud. Pero era tal su poder de enseñanza (cp. 7:46; Mt. 7:28-29; Lc. 4:22) que **todo el pueblo iba a él** (cp. Mr. 2:13; Lc. 21:38). En su humildad, Jesús no usó trucos para venderse o promoverse, pero sí ofreció su enseñanza gratuitamente a quien quisiera oírlo. Siguiendo el típico sistema rabínico, se sentó en alguna parte del complejo del templo y **enseñaba** a las personas.

Jesús exhibió esta clase de humildad a lo largo de todo su ministerio. Marca esto un fuerte contraste con su segunda venida, que estará marcada por su exaltación y gloria. Cuando regrese, lo hará “con poder y gran gloria” (Mt. 24:30; cp. 16:27; Mr. 8:38; Lc. 9:26), “en las nubes del cielo” (Mt. 26:64) y “todo ojo le verá” (Ap. 1:7). “Se sentará en su trono de gloria” (Mt. 25:31; cp. 19:28) y regirá a las naciones con majestad y poder (cp. Ap. 19:15)

SU SABIDURÍA

Entonces los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices? Mas esto decían tentándole, para poder acusarle. Pero Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo. Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra. (8:3-8)

De repente, **los escribas y los fariseos** interrumpieron la enseñanza del Señor. Como ya se dijo, los dos grupos aparecen juntos con frecuencia en los Evangelios sinópticos pero no en otras partes del Evangelio de Juan (Juan no menciona a los escribas). Los **escribas** (algunas veces llamados abogados) eran los expertos en la interpretación de la ley. Lo más usual es que fueran **fariseos**, pero no siempre lo eran, y junto con los saduceos, zelotes y esenios, eran una de las cuatro sectas principales del judaísmo

del siglo I. Los fariseos eran sobre todo conocidos por su adherencia estricta a la ley mosaica y sus tradiciones orales. Aunque eran pocos (cerca de seis mil en los tiempos de Herodes el Grande, de acuerdo con Josefo, historiador judío del siglo I), eran la influencia religiosa dominante entre el pueblo judío.

Con la excepción de Nicodemo (3:1ss., 7:50-51; 19:39-40), los fariseos siempre fueron hostiles con Jesús en el Evangelio de Juan (4:1; 7:32, 45-52; 8:13; 9:13-16, 40-41; 11:46-53, 57; 12:19, 42; 18:3). (Después algunos creerían en Él [cp. Hch. 15:5], el más notable de ellos sería el celoso Saulo de Tarso [Hch. 23:6; Gá. 1:14]). Los fariseos veían con preocupación la popularidad de Jesús. Temían perder influencia ante el pueblo y temían la retaliación de los romanos si los seguidores de Jesús comenzaban una revuelta (Jn. 11:47-48; cp. 6:15. Para mayor información sobre los fariseos véase la exposición de 3:1 en el capítulo 8 de esta obra).

Los escribas y los fariseos se abrieron paso entre la multitud para llevarle **una mujer sorprendida en adulterio** y la pusieron **en medio**. Con formalidad burlona se dirigieron a Él como “**Maestro**” (o rabí) y exclamaron: “**Esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio**”. Demandaban un juicio de parte de Él: “**Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices?**”. La última cláusula es enfática en el griego y se podría traducir “¿qué dices tú?” o “¿Cuál es tu opinión sobre esto?”.

El séptimo mandamiento prohíbe el adulterio (Éx. 20:14; Dt. 5:18) y Levítico 20:10 prescribe la pena de muerte para quienes lo practiquen: “Si un hombre cometiere adulterio con la mujer de su prójimo, el adúltero y la adúltera indefectiblemente serán muertos”. Jesús mantuvo la condenación al adulterio del Antiguo Testamento (Mt. 5:27; 19:18). De hecho, hizo más fuerte la prohibición, pues no solo condenaba el acto físico, sino la actitud lujuriosa que lo concebía (Mt. 5:28).

Desde el punto de vista puramente legal, estos hombres estaban en lo correcto al decir que la mujer merecía morir. Pero las circunstancias sugieren que tenían algo más en mente. El adulterio, por su misma naturaleza, es un pecado que implica a dos personas; sin embargo, los fariseos solo estaban acusando a la mujer. ¿Dónde estaba el hombre? Ciertamente, quienes atraparon a la mujer, también lo habían visto porque a ella la habían sorprendido **en el acto mismo**. ¿Por qué no le había arrestado y llevado ante Jesús, dado que la ley demandaba la ejecución de las dos partes culpables (Lv. 20:10)? Y si era justicia lo que buscaban,

¿por qué llevar la mujer ante el Señor? ¿Por qué no llevarla a sus propios tribunales, donde tales casos se oían normalmente? Jesús no era juez (cp. Lc. 12:13-14) ni un miembro del sanedrín. Tampoco había necesidad de que se consultara el caso con un rabí; era un caso fácilmente resuelto.

Los motivos de los fariseos eran obvios: usaban a la mujer para intentar tenderle una trampa a Jesús. Había algo más importante para ellos que ver la justicia cumplida; **esto decían tentándole, para poder acusarle**. Como solía ser el caso, intentaban forzar a Jesús a decir algo que pudieran usar para destruirlo (cp. Mt. 12:10; 16:1; 19:3; 22:34-40; Mr. 8:11; Lc. 10:25; 11:53-54; 20:20-40).

Los acusadores de la mujer creían que tenían al Señor entre la espada y la pared. Si se oponía a apedrearla, lo acusarían de violar la ley mosaica y con ello desacreditarían su afirmación de ser el Mesías. Por otra parte, si aceptaba, como los acusadores, que debían apedrearla, su reputación de compasión hacia los pecadores (cp. Mt. 9:11; Lc. 7:34; 15:2; 19:7) se iría por la borda. Más aún, los líderes judíos podían decírselo a los romanos por instigar una ejecución que retara la autoridad romana (cp. Jn. 18:31).

El reto planteado por los escribas y fariseos también sacaba a la luz un asunto más profundo, a saber: cómo podían armonizarse la misericordia y la justicia divinas. Dios es Santo (Lv. 11:44-45; 19:2; 1 S. 2:2; Sal. 99:9; 1 P. 1:15-16) y su “ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Ro. 7:12). La ley no sabe nada del perdón (Ro. 3:20; 8:3; Gá. 2:16; 3:11; Stg. 2:10). Declara: “El alma que pecare, esa morirá” (Ez. 18:4), porque “todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados” (Ro. 2:12), “pues la ley produce ira” (4:15). Entonces, ¿cómo perdona Dios los pecados sin violar su ley santa?

La respuesta es: por medio del Señor Jesucristo. El sacrificio de su muerte satisfizo completamente las exigencias de justicia divina; así lo dijo Pablo a los romanos: “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Ro. 8:3). Como “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida [fuimos] sanados” (1 P. 2:24; cp. 3:18; Is. 53:4-6, 10; Mt. 20:28; Jn. 10:11; Ro. 4:25; 5:8-10; 1 Co. 15:3; 2 Co. 5:14-15, 21; Gá. 1:4; 2:20; 3:13; Ef. 1:7; 5:2; 1 Ti. 2:5-6; Tit. 2:14; He. 9:28; 10:11-12; 1 Jn. 2:2; 3:16; 4:9-10; Ap. 1:5; 5:9), a quienes depositemos la fe en Él aplica lo siguiente: “[Seremos] justificados gratuitamente por su gracia,

mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Ro. 3:24-25).

En Jesucristo se armonizan la misericordia y la justicia divinas. El sacrificio de su muerte pagó la pena por el pecado de todo aquel que en Él crea, Dios puede ser “justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Ro. 3:26); en Él “la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron” (Sal. 85:10). Dios derramó en Jesús su ira contra el pecado, de modo que ahora Jesús pueda derramar su gracia y misericordia sobre todos los que creen. Él era el “Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Ap. 13:8), no solo en sentido profético, sino en el sentido aplicado. A lo largo de toda la historia de la redención, el sacrificio futuro del Hijo de Dios se aplicaba a los pecados de todos aquellos a los que se les perdonaron y recibieron la vida eterna.

La escena dramática en el patio del templo había llegado a su punto máximo. La mujer estaba humillada, aterrorizada, habían expuesto públicamente su pecado y estaban a punto de apedrearla. Los escribas y los fariseos estaban llenos de júbilo, pensaban que habían atrapado a Jesús en un dilema imposible. La multitud estaba en silencio, miraban con atención para ver cómo reaccionaría Jesús. Pero, sorpresivamente, Él no hizo nada en ese momento.

En apariencia desentendido de lo que ocurría, **Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo.** Como el texto no dice qué escribía, algunos especulan que estaba exteriorizando Jeremías 17:13: “El que se aparta de ti quedará como algo escrito en el polvo, porque abandonó al Señor, al manantial de aguas vivas” (NVI). Otros sugieren que escribió las palabras que diría en el versículo 7 o parte de la ley (como la prohibición de ser testigo falso en Éx. 23:1). La perspectiva más popular dice que hizo una lista de los pecados de los acusadores de la mujer. Sin embargo, lo que Jesús escribió no es esencial para el relato, obviamente, pues no está registrado; todas esas sugerencias son especulaciones.

Sin duda, los escribas y fariseos estaban confundidos con el silencio de Jesús. Tal vez pensaron que no sabía cómo responder y que lo habían atrapado en un dilema, luego los escribas y fariseos insistían **en preguntarle.** Jesús, siempre dueño de la situación, siguió callado y les permitió revelar sin equívocos su odio e hipocresía con su insistencia en atacarlo.

Al final, **se enderezó;** sin duda clavó la mirada en sus oponentes y **les**

dijo: “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella”. Después de hacer semejante comentario tan inesperado e impresionante, se inclinó con calma **de nuevo, siguió escribiendo en tierra** y no dijo nada.

La respuesta del Señor fue simple pero profunda. Mantenía la ley, porque no negó la culpa de la mujer, y la ampliaba, porque expuso los pecados de sus acusadores. También evitaba la acusación de instigar una ejecución que violaría la ley romana pues el Señor les devolvió la responsabilidad a los acusadores. Y en un acto de misericordia evitó que la mujer fuera lapidada por su pecado.

Jesús sabía que, de acuerdo con la ley, los testigos de un delito de pena capital deberían ser los primeros en lanzar piedras a la persona culpable (Dt. 13:9; 17:7). Obviamente, no podían ser partícipes del delito o también podían ser ejecutados. Jesús no estaba haciendo de la perfección impecable un requisito para hacer cumplir la ley (de lo contrario nadie podría hacerla cumplir). Entonces, puede ser que los acusadores de la mujer fueran los mismos culpables del adulterio (si no del acto físico, al menos sí de la lujuria del corazón [Mt. 5:28]).

La respuesta magistral de Jesús no minimizaba la culpa de la mujer ni negaba la santidad de la ley. Pero con su revelación les quitaba a los escribas y fariseos el fundamento por el cual eran jueces y ejecutores, no se ajustaban a ello. Eran culpables de la hipocresía que el apóstol Pablo condenó en Romanos 2:1: “Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo” (cp. Mt. 7:1-5).

SU ACUSACIÓN

Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; (8:9a)

Al oír la respuesta devastadora del Señor, los escribas y fariseos, atónitos, salieron **uno a uno**. Algunos manuscritos añaden que **acusados por su conciencia**, lo cual ciertamente está implícito. Es una revelación interesante de la naturaleza humana que los acusadores se fueran **comenzando desde los más viejos hasta los postreros**. Puede ser que fueran los primeros en notar que sufrieron una derrota humillante y que no había razón para continuar. Pero también puede ser que fueran mucho

más conscientes de sus pecados y de la imposibilidad de satisfacer el reto de Jesús. Los más viejos tenían más pecados para recordar.

Irónicamente, quienes querían avergonzar a Jesús se fueron avergonzados; quienes venían a condenar a la mujer se fueron condenados. Es lamentable que la acusación y su sentido de culpa no les hizo arrepentirse y tener fe en Cristo. Como muchos de los que oyen y sienten la verdad acusadora de la ley, endurecieron sus corazones y se alejaron de Jesús, sin siquiera abrirse al perdón del evangelio.

SU PERDÓN

y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio. Enderezándose Jesús, y no viendo a nadie sino a la mujer, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más. (8:9b-11)

Después que los escribas y fariseos se fueron, Jesús se **quedó solo** con la **mujer**, quien seguía **en medio**. El texto no dice si la multitud que había oído la enseñanza de Jesús (v. 2) también se fue. Independientemente de eso, el enfoque de la narración está en el Señor y la mujer.

Por primera vez alguien se dirige a la mujer. **Enderezándose** de su posición cuando escribía, Jesús **le dijo**: “**Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?**”. El término *mujer* es una formalidad, una forma respetuosa de hablar (cp. Mt. 15:28; Lc. 13:12; 22:57), el mismo que Jesús usó con su madre (Jn. 2:4; 19:26), la mujer samaritana en el pozo (4:21) y María Magdalena (20:13, 15). Habiendo partido sus acusadores, **ninguno** quedaba para condenarla. Usando su prerrogativa divina para perdonar pecados (Mt. 9:6; cp. Jn 3:17; 12:47), **Jesús le dijo**: “**Ni yo te condeno; vete, y no peques más**”.

El perdón no implica licencia para pecar. Jesús no la condenó pero le ordenó abandonar su vida pecaminosa. Gerald L. Borchert escribe:

Sin embargo, el veredicto de Jesús—“ni yo te condeno”—no era una absolución ni falta de condenación. De hecho, el veredicto era una imposición para que viviera de manera diferente a partir de ese momento (*apo tou nun*), para que no pecara más (*mēketi hamartane*). La obra liberadora de Jesús no era una excusa del pecado. El encuentro con Jesús siempre

ha exigido la transformación de la vida, de alejarse del pecado... Jesús no trataba el pecado con ligereza, pero ofrecía a los pecadores la oportunidad de comenzar una vida nueva (*John 1—11* [Juan 1—11], *The New American Commentary* [Nuevo comentario estadounidense] [Nashville: Broadman & Holman, 2002], p. 376).

Como Pablo escribió en Romanos 6:1-2: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?”.

Esta historia es mucho más que un campo de batalla para los críticos textuales. Describe un cuadro maravilloso del Señor Jesucristo; aquí los temas centrales son su humildad misericordiosa, su sabiduría infinita, su discurso convincente y su perdón sensible. Todos los cristianos deben estar agradecidos porque Dios en su soberanía la preservó.

28 Jesús: La luz del mundo

Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. Entonces los fariseos le dijeron: Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero. Respondió Jesús y les dijo: Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a dónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie. Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre. Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí. Ellos le dijeron: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais. Estas palabras habló Jesús en el lugar de las ofrendas, enseñando en el templo; y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora. Otra vez les dijo Jesús: Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir. (8:12-21)

Vivimos en un mundo oscuro; un mundo eclipsado por la gran sombra del pecado. Las personas perdidas a nuestro alrededor buscan con afán la verdad y no les es fácil encontrarla. Debido a su ceguera espiritual, tropiezan cada vez más en su penumbra desesperanzada de pecado; están totalmente atrapados en los lazos de la inmoralidad, idolatría y “en las obras infructuosas de las tinieblas” (Ef. 5:11).

Para la Biblia los pecadores son los “que dejan los caminos derechos, para andar por sendas tenebrosas” (Pr. 2:13); en consecuencia, “el camino de los impíos es como la oscuridad; no saben en qué tropiezan” (4:19). Pero no tienen excusa quienes con necedad “hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz” (Is. 5:20), “pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido” (Ro. 1:21); tienen “el entendimiento entenebrecido, [son]

ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (Ef. 4:18). Como resultado de esta ignorancia, “el necio anda en tinieblas” (Ec. 2:14) y “el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va” (Jn. 12:35).

Jesucristo vino a este mundo como “la luz en las tinieblas [que] resplandece” (1:5), la “luz verdadera, que alumbra a todo hombre” (v. 9). Cuando Él era niño, Simeón lo llamó “luz para revelación a los gentiles, y gloria [del] pueblo Israel” (Lc. 2:32), aunque Mateo registra que su ministerio en Galilea era cumplir “lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; el pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, luz les resplandeció” (Mt. 4:14-16). Jesucristo es la luz del mundo, como Él lo declaró (v. 12; cp. 3:19-21; 9:5; 12:35-36, 46).

Se creería que los pecadores, perdidos sin esperanza en la oscuridad, se juntarían en la luz. Pero hay una paradoja extraña: las personas aman la oscuridad que los ata. Como un enfermo terminal que quiere su enfermedad, así ellos quieren el pecado que les produce muerte espiritual y eterna. En 3:19 Jesús explicó: “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”.

Pero quienes, por medio del arrepentimiento y la fe en Jesucristo, “se [convierten] de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios... [reciben], por la fe que es en [Dios], perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hch. 26:18). Se han “librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Col. 1:13), volviéndose “hijos de luz e hijos del día; no... de la noche ni de las tinieblas” (1 Ts. 5:5). Porque Dios los “llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 P. 2:9), quienes eran “tinieblas... ahora [son] luz en el Señor” (Ef. 5:8).

En 7:37-38 Jesús se presentó como la fuente de agua viva (véase la explicación de esos versículos en el capítulo 26 de esta obra). Aquí hace Jesús otra afirmación asombrosa sobre Él: es la luz del mundo. Como antes, sus palabras generaron gran oposición, especialmente de los líderes religiosos judíos.

Se pueden explicar estos versículos bajo cinco encabezados: el lugar donde ocurrió el conflicto, la aseveración del Señor, la acusación de los líderes, la respuesta del Señor a esa acusación y su anuncio de un juicio inminente.

EL LUGAR

Estas palabras habló Jesús en el lugar de las ofrendas, enseñando en el templo; y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora. (8:20)

El escenario para la confrontación del Señor con los líderes religiosos fue **el lugar de las ofrendas** del templo. La referencia no es a un edificio, sino a los trece receptáculos con forma de trompeta o cajas de las ofrendas, ubicadas en la sección del templo llamada patio de las mujeres (el segundo patio de adentro hacia afuera). Se llamaba así porque era la parte del templo más interna a la que podían acceder las mujeres normalmente. Cada caja de las ofrendas tenía una designación para saber cómo se usaría el dinero en ella (para los impuestos del templo y las ofrendas varias). Fue en este lugar en que Jesús observó después a una viuda pobre dando su ofrenda de un centavo (Mr. 12:41-44; Lc. 21:1-4).

El patio de las mujeres era un lugar ideal para la enseñanza de Cristo porque era público y ocupado. El sanedrín se reunía en un salón cercano, casi a una distancia donde la voz del Señor era audible, pero **nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora**. Jesús siempre estuvo bajo el control soberano de su Padre y en su calendario divino, de modo que sus enemigos no podían hacerle daño antes del momento señalado (véase la explicación de este asunto en los capítulos 23 y 25 de esta obra).

LA ASEVERACIÓN

Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andaré en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. (8:12)

Como ya se indicó en el capítulo anterior, la frase **otra vez** aparece para ligar este pasaje con 7:32-52; no con 7:53—8:11, que probablemente no estaba en el original. Más importante aún, esta es el segunda de las siete declaraciones “Yo soy” en el Evangelio de Juan que revelan las diferentes facetas de la naturaleza de Cristo como Dios y su obra como Salvador (véase la explicación de 6:35 en el capítulo 20). Juan había usado ya la metáfora de la luz para describirlo (1:4, 8-9; cp. Ap. 21:23) y en el Antiguo Testamento había abundantes alusiones a ella (cp. Éx. 13:21-22; 14:19-20; Neh. 9:12, 19; Sal. 27:1; 36:9; 43:3; 44:3; 104:2; 119:105, 130; Pr. 6:23; Is. 60:19-20; Ez. 1:4, 13, 26-28; Mi. 7:8; Hab. 3:3-4; Zac.

14:5b-7).

Cuando Jesús decía ser **la luz del mundo**, claramente afirmaba ser Dios (cp. Sal. 27:1; Is. 60:19; 1 Jn. 1:5) y el Mesías de Israel enviado por Dios como la “luz de las naciones” (Is. 42:6; cp. 49:6; Mal. 4:2).

Solo Jesucristo trae la luz de la salvación al mundo maldito por el pecado. Él es la luz de la verdad para la oscuridad de la falsedad, es la luz de la sabiduría para la oscuridad de la ignorancia, es la luz de la santidad para la oscuridad del pecado, es la luz de la alegría para la oscuridad del lamento, y la luz de la vida para la oscuridad de la muerte.

La analogía de la luz, como la anterior metáfora del agua viva (7:37-39), era muy relevante en la fiesta de los tabernáculos. La ceremonia diaria de verter agua tenía su contrapartida nocturna en la ceremonia de alumbrar con lámparas. En el mismo patio de las mujeres en que Jesús hablaba, alumbraban cuatro grandes candelabros para iluminar el cielo nocturno como un reflector. Su luz era tan brillante que una fuente judía antigua declaró: “No había un patio en Jerusalén que no reflejara su luz” (citado en F. F. Bruce, *The Gospel of John* [El Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Eerdmans, 1983], p. 206, n. 1). Servía como un recordatorio de la columna de fuego por la cual guió Dios al pueblo de Israel en el desierto (Éx. 13:21-22). El pueblo—incluso los líderes de mayor dignidad—danzaba exuberante alrededor de los candelabros durante la noche, sostenían antorchas ardientes en sus manos y cantaban canciones de alabanza. Fue en este trasfondo de la ceremonia cuando Jesús hizo el anuncio sorprendente de ser la verdadera luz del mundo.

Pero a diferencia de los candelabros fijos y temporales, Jesús es una luz que nunca se apaga, una luz para ser seguida. Tal como Israel siguió la columna de fuego en el desierto (Éx. 40:36-38), así Jesús llamó a los hombres a seguirlo (Jn. 1:43; 10:4, 27; 12:26; 21:19, 22; Mt. 4:19; 8:22; 9:9; 10:38; 16:24; 19:21). El que **sigue** a Jesús, como Él lo prometió, **no andará en las tinieblas** del pecado, el mundo y Satanás, **sino que tendrá la luz** que produce **vida** espiritual (cp. 1:4; Sal. 27:1; 36:9; Is. 49:6; Hch. 13:47; 2 Co. 4:4-6; Ef. 5:14; 1 Jn. 1:7). Los creyentes iluminados por Jesús reflejan su luz en el mundo oscuro (Mt. 5:14; Ef. 5:8; Fil. 2:15; 1 Ts. 5:5). “Al encender ellos sus antorchas y su llama brillante, mostraban algo de luz para el mundo” (Leon Morris, *El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 438 del original en inglés).

Akoloutheō (**sigue**) se usa a veces en un sentido general para hablar de las multitudes que seguían a Jesús (p. ej., 6:2; Mt. 4:25; 8:1; 12:15;

Mr. 2:15; 3:7; Lc. 7:9; 9:11). Pero también puede referirse más específicamente a seguirlo como un discípulo verdadero (p. ej., 1:43; 10:4, 27; 12:26; Mt. 4:20, 22; 9:9; 10:38; 16:24; 19:27; Mr. 9:38). En ese contexto, tiene la connotación de sumisión completa a Jesús como Señor. Dios no acepta corazones a medias para seguir a Cristo: recibirlo como Salvador pero no seguirlo como Señor. La persona que viene a Jesús lo hace en los términos de Él, o no lo hace; una verdad que ilustró Jesús en Mateo 8:18-22:

Viéndose Jesús rodeado de mucha gente, mandó pasar al otro lado. Y vino un escriba y le dijo: Maestro, te seguiré adondequiera que vayas. Jesús le dijo: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza. Otro de sus discípulos le dijo: Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre. Jesús le dijo: Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos.

Una ilustración aún más llamativa de este principio se encuentra en el diálogo de Jesús con el joven rico:

Un hombre principal le preguntó, diciendo: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino solo Dios. Los mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre. Él dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. Jesús, oyendo esto, le dijo: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme. Entonces él, oyendo esto, se puso muy triste, porque era muy rico. Al ver Jesús que se había entristecido mucho, dijo: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. Y los que oyeron esto dijeron: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Él les dijo: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Lc. 18:18-27).

En contradicción chocante con los principios del evangelismo

contemporáneo, en realidad Jesús alejó a un afanado posible discípulo. El Señor no estaba interesado en hacer la salvación artificialmente fácil para las personas, quería que fuera genuina. Quería lealtad absoluta, obediencia y sumisión. En Lucas 9:23-24 dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará”. (Para una explicación de la perspectiva bíblica sobre el señorío de Cristo, véase John MacArthur, *El evangelio según Jesucristo* [El Paso: Mundo Hispano, 2003] y *The Gospel According to the Apostles* [El Evangelio según los apóstoles] [Nashville: Thomas Nelson, 1993]).

Seguir a Cristo no es difícil, como lo ilustra caminar en la luz. Es mucho más fácil que dar tumbos en la oscuridad (cp. Jer. 13:16).

LA ACUSACIÓN

Entonces los fariseos le dijeron: Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero. (8:13)

Como era de esperar, **los fariseos** reaccionaron de modo negativo a la afirmación de Jesús. En lo que probablemente era una referencia burlona a las palabras de Señor en 5:31—“Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero”—, **le dijeron: “Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero”**. De acuerdo con la ley del Antiguo Testamento, cada hecho de un asunto legal debía establecerse con el testimonio de dos o más testigos (Nm. 35:30; Dt. 17:6; 19:15; cp. Mt. 18:16; 2 Co. 13:1; 1 Ti. 5:19; He. 10:28). Como era típico, los fariseos rehusaron considerar la posibilidad de que la afirmación de Jesús pudiera ser cierta. En su lugar, lo despreciaron arbitrariamente con un tecnicismo legal.

En realidad, había otros que podían testificar la veracidad de las afirmaciones de Jesús (p. ej., Juan el Bautista [1:7-8, 19-27, 34, 36; 3:26; 5:33], los doce [1:49; 6:69; Mt. 14:33; 16:16], la mujer samaritana [Jn. 4:39], Marta [11:27], quienes testificaron la resurrección de Lázaro [12:17], las obras de Jesús [5:36; 10:25], las Escrituras [5:39] y, sobre todos los demás, el Padre [véase la explicación posterior de los vv. 17-18]). Así que, no hay contradicción entre las palabras de Jesús aquí y en 5:31; no era el único testigo que podía verificar sus afirmaciones, como alegaban los fariseos.

La respuesta escéptica de los fariseos ilustra cuán obtusa es la incredulidad; nunca se convence no importa la cantidad de evidencia. Jesús hizo milagros sin parangón en la historia humana (15:24). Aun así, “a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él” (12:37; cp. Mt. 11:20-24). No obstante, Jesús prometió a quienes buscan sinceramente la verdad: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta” (Jn 7:17).

LA RESPUESTA

Respondió Jesús y les dijo: Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a dónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie. Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre. Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí. Ellos le dijeron: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais. (8:14-19)

En respuesta al asunto de un único testimonio, **respondió Jesús y les dijo: “Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero”**. Obviamente, el testimonio de una persona puede ser cierto, aun si nadie más lo corrobora. La exigencia de dos o tres testigos pretendía establecer la verdad en una corte legal. Lo que Jesús dijo era la verdad en completa perfección, pues Dios es verdadero (Ro. 3:4; Tit. 1:2; He. 6:18). Aun así, dio tres evidencias que respaldaban la veracidad de su testimonio a sus enemigos, cada una relacionada con su deidad, lo que más los escandalizaba.

Primero, Jesús respaldó su afirmación refiriéndose a su origen y destino divinos, dos cosas que ignoraban los fariseos. Por lo tanto, estaba calificado para testificar sobre Él, pero ellos no. Les dijo: **“Porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a dónde voy”**. El Señor siempre fue consciente de su origen y destino celestiales; en 16:28 dijo: “Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre” (cp. 3:11-13; 5:36-37; 6:38;

7:28-29, 33; 8:42; 10:36; 13:3; 14:28; 16:5; 17:5, 8, 13, 18). Su conocimiento y omnisciencia divinos (cp. 2:25; 16:30; 21:17) confirmaban completamente su testimonio.

Por otro lado, sus oponentes no tenían ese conocimiento; no sabían de dónde venía ni a dónde iba. Al igual que la multitud (7:27) creían que sabían, pero estaban terriblemente equivocados. De hecho, si no sabían dónde había nacido aquí en la tierra (7:41-42, 52), ni hablar del origen celestial.

Jesús expuso la ignorancia de ellos cuando les declaró: “**Vosotros juzgáis según la carne**”, de acuerdo con las normas terrenales; como hombres pecadores en un mundo caído. No solo no entendían nada de su origen celestial, tampoco era correcto lo que creían saber de Él. Así, su juicio era limitado, superficial y errado. Orgullosos, arrogantes y con pretensiones de superioridad moral, no atendieron la admonición anterior del Señor: “No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio” (7:24). Ellos, como los paganos de los que Pablo escribió en 1 Corintios 1:21, “no [conocieron] a Dios mediante la sabiduría”. Jesús era para los judíos “un tropezadero” (1 Co. 1:23; cp. 2:14). Eran lo opuesto al apóstol Pablo, quien les escribió a estos mismos corintios: “De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así” (2 Co. 5:16). Vemos a Cristo por quien Él es en realidad porque los creyentes tenemos comprensión espiritual, incluso vemos la eternidad y la espiritualidad en las almas de las otras personas.

Hay dos maneras de entender la declaración *yo no juzgo a nadie*. Podría significar que a nadie juzga según la carne (superficial o externamente) como lo hacían los fariseos (cp. D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 339). O el Señor habría querido decir que no juzgaba a nadie pues “no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Jn. 3:17; cp. 12:47; Lc. 9:56). Sin embargo, Jesús juzgará en el futuro, “porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo” (5:22; cp. v. 27; 9:39; Mt. 16:27; 25:31-46; Hch. 10:42; 17:31; Ro. 2:16; 2 Ti. 4:1).

El segundo respaldo a la credibilidad del testimonio de Jesús tiene base en su naturaleza divina, de la cual es partícipe con el Padre. El Señor prosiguió diciendo: “**Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre**”. Afirmaba igualdad

esencial con el Padre al insistir que era uno con Él. En 5:17 hizo una aseveración similar: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”. Airados, “los judíos aún más procuraban matarle, porque no solo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (v. 18). El testimonio de Jesús era verdadero porque Él tenía la misma naturaleza del Dios vivo y verdadero (10:30).

La vindicación final de su testimonio propio fue una refutación al falso alegato de los fariseos según el cual Él era su único testigo (v. 13). **En la ley a la cual apelaban y se aferraban ellos estaba escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero** (Dt. 17:6; 19:15). Reforzando la afirmación que más airaba a sus enemigos, el Señor aportó dos testigos con su declaración: **“Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí”**. En perfecto acuerdo, el Padre y el Hijo dan testimonio de la veracidad de las afirmaciones de Jesús (cp. v. 29 y la explicación de 5:31-32, 37-38 en el capítulo 17). Llamó a Dios como testigo de la validez de sus afirmaciones, pues, “si en realidad Jesús está en la relación que dice estar con Dios, ningún hombre está en la posición de dar testimonio. Ningún testigo humano puede autenticar la relación divina” (Morris, *El Evangelio según Juan*, p. 443 del original en inglés).

Como era predecible, ni siquiera eso satisfizo a los fariseos. Pensando en términos humanos, **ellos le dijeron: “¿Dónde está tu Padre?”**. ¿Le pedían ver a José, quien probablemente había muerto para este momento, para probar que Jesús tenía un padre terrenal? A la luz del versículo 41, ¿estaban intentando insultarlo por ilegítimo? Cualquiera que fuera el caso, lo rechazaron. La respuesta de Jesús fue simple y devastadora: **“Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais”**. El solo hecho de pensar como lo hacían probaba que no conocían al Padre. En Mateo 11:27 Jesús dijo: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”. Quienes rechazan al Hijo dan prueba incontrovertible de no conocer al Padre eterno (cp. 1:18; 14:6-9). Aunque los fariseos se enorgullecían de conocerlo, en realidad eran ignorantes de la realidad espiritual, estaban ciegos por la dureza de sus corazones (Mt. 15:14; 23:16, 24).

EL ANUNCIO

Otra vez les dijo Jesús: Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir. (8:21)

En 7:33-34 Jesús le había advertido a la multitud: “Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió. Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir”. Aquí volvió a decirles que se iba (una referencia a su muerte, resurrección y ascensión inminentes). Pero esta vez añadió la advertencia que quien lo rechazara, moriría en su **pecado** y no estaría con Él en la presencia del Padre y la gloria del cielo. Más adelante repetiría esta advertencia en términos aún más fuertes (v. 24). La realidad de esta verdad aleccionadora, repetida por todas las Escrituras, es que quienes rechazan a Cristo sufrirán las consecuencias de su pecado: la separación eterna de Dios. Se condenaban a la oscuridad eterna del infierno por rechazar la luz del mundo (Mt. 8:12; 22:13; 25:30).

29 Cómo morir en sus pecados

Decían entonces los judíos: ¿Acaso se matará a sí mismo, que dice: A donde yo voy, vosotros no podéis venir? Y les dijo: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis. Entonces le dijeron: ¿Tú quién eres? Entonces Jesús les dijo: Lo que desde el principio os he dicho. Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo. Pero no entendieron que les hablaba del Padre. Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo. Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada. Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él. (8:22-30)

La vida en el mundo caído está llena de oportunidades perdidas y pesares personales; son las consecuencias dolorosas, y a veces devastadoras, de decisiones malas y pecaminosas. La oportunidad perdida original, aquella de la cual fluyen las demás, ocurrió en el huerto del Edén. Cuando Adán (y Eva) probó la fruta que Dios le había prohibido, violó directamente el mandato de Dios. Su pecado le costó (y a toda la raza humana) perder el privilegio de continuar en comunión ininterrumpida con Dios (Gn 3:6-8). “Entonces Dios el SEÑOR expulsó al ser humano del jardín del Edén, para que trabajara la tierra de la cual había sido hecho. Luego de expulsarlo, puso al oriente del jardín del Edén a los querubines, y una espada ardiente que se movía por todos lados, para custodiar el camino que lleva al árbol de la vida” (vv. 23-24, NVI).

Moisés y Aarón también experimentaron las consecuencias dolorosas de su decisión pecaminosa. Su desobediencia en Meriba les costó la oportunidad de entrar en la tierra prometida:

Y el SEÑOR le dijo a Moisés: “Toma la vara y reúne a la

asamblea. En presencia de ésta, tú y tu hermano le ordenarán a la roca que dé agua. Así harán que de ella brote agua, y darán de beber a la asamblea y a su ganado”. Tal como el SEÑOR se lo había ordenado, Moisés tomó la vara que estaba ante el SEÑOR. Luego Moisés y Aarón reunieron a la asamblea frente a la roca, y Moisés dijo: “¡Escuchen, rebeldes! ¿Acaso tenemos que sacarles agua de esta roca?”. Dicho esto, levantó la mano y dos veces golpeó la roca con la vara, ¡y brotó agua en abundancia, de la cual bebieron la asamblea y su ganado! El SEÑOR les dijo a Moisés y a Aarón: “Por no haber confiado en mí, ni haber reconocido mi santidad en presencia de los israelitas, no serán ustedes los que lleven a esta comunidad a la tierra que les he dado” (Nm. 20:7-12, NVI).

Salomón también enfrentó las consecuencias de las malas decisiones. Aunque fue el rey más rico y sabio de Israel, desperdió la oportunidad de disfrutar a plenitud las bendiciones que Dios le había concedido. “En efecto, cuando Salomón llegó a viejo, sus mujeres le pervirtieron el corazón de modo que él siguió a otros dioses, y no siempre fue fiel al SEÑOR su Dios como lo había sido su padre David” (1 R. 11:4, NVI). La consecuencia para Salomón fue que la vida se volvió vana y nada más (Ec. 1:2).

Judas Iscariote tuvo la oportunidad invaluable de ser uno de los doce más cercanos al Señor Jesucristo durante su ministerio terrenal. Pero desperdió tal privilegio por “treinta piezas de plata” (Mt. 26:15) y traicionó a Jesús (26:47-50). Judas condenó su alma para siempre porque nunca se arrepintió de su traición horrible (Hch. 1:25; cp. Mt. 26:24).

Judas es el ejemplo más notorio de quien vio las obras del Señor, oyó sus palabras, observó su vida sin pecado, pero aun así lo rechazó. Pero, por supuesto, no fue el único. Cuando el diálogo de este pasaje ocurrió, Israel era bien consciente del ministerio de Jesús. Durante los tres años anteriores había realizado milagros incontables. Había casi erradicado las enfermedades de Israel, alimentado milagrosamente a miles de personas, expulsado demonios con autoridad y calmado una tempestad furiosa en el lago de Galilea (y después incluso caminó sobre ese mar). Esos milagros maravillosos y sin precedentes (15:24; cp. 9:32; Mt. 9:33; Mr. 2:12) demostraban claramente que Jesús era el Hijo de Dios (Jn. 10:25; cp. v. 38; 3:2; 5:36; 7:31; 14:11; Hch. 2:22), como también lo hacían sus

declaraciones asombrosas (Jn. 4:25-26; 5:18) y su enseñanza profunda (cp. Mt. 7:28-29; 13:54; Lc. 4:32; 19:48; Jn. 7:46).

A la luz de la evidencia abrumadora, la incredulidad en Jesús no tiene excusa. Quienes oyen el evangelio y lo rechazan recibirán el castigo eterno; sin nadie a quien culpar excepto a ellos mismos. (Debe notarse que incluso quienes no han oído el evangelio son culpables de rechazar la verdad que se les ha dado. Tal verdad incluye aspectos de la existencia y el carácter de Dios, como se revela en el orden de la creación [Ro. 1:18-21] y la consciencia [Ro. 2:14-15]). Por tanto, quienes rechazan a Jesucristo son completamente responsables de escoger morir en sus pecados (Jn. 3:19).

Este pasaje revela cuatro formas en que las personas pueden asegurarse una muerte tan trágica y eterna: por buscar la propia justicia, ser mundanos, incrédulos o ignorantes voluntariamente.

AUTOJUSTIFICARSE

Decían entonces los judíos: ¿Acaso se matará a sí mismo, que dice: A donde yo voy, vosotros no podéis venir? (8:22)

Según 8:21, Jesús había advertido a los líderes religiosos que la falta de voluntad para creer en Él significaba que morirían en sus pecados. No tenían perdón, redención y no estaban preparados para conocer a Dios; habían acumulado toda una vida de culpabilidad que daría como resultado un castigo eterno. El Señor repitió lo que había dicho antes a la multitud (7:33-34), que iba a un lugar donde no podían ir quienes rehusaran creer en Él. En respuesta, sus enemigos habían especulado que podría estar planeando irse de Israel para la diáspora (7:35). Sin embargo, aquí sugirieron algo más siniestro.

Frente a la sorprendente declaración de Jesús en el versículo 21, la respuesta de **los judíos** (se consideran aquí particularmente los líderes) fue hacer un chiste venenoso de su advertencia calmada. “**¿Acaso se matará a sí mismo?**”, preguntaron con sarcasmo. Irónicamente, quienes planeaban matarlo se preguntaban si se suicidaría. Entendieron que cuando Jesús dijo “**A donde yo voy, vosotros no podéis venir**”, se refería a su muerte. Los judíos aborrecían el suicidio y creían que quienes se suicidaban iban al área más oscura del infierno. Josefo, el historiador judío del siglo I, reflexionó sobre esta creencia convencional: “El Hades recibirá en sus lugares más oscuros las almas de aquellas manos que han

actuado con locura contra sí mismas” (*Las guerras de los judíos*, III. VIII. 5). Como suponían que iban para el cielo, sugerían burlonamente que Jesús hablaba de matarse, en cuyo caso iría al infierno.

Con confianza soberbia en su propia justicia, no eran tan solo sordos a las palabras de Jesús, también retorcían de modo blasfemo lo que Él decía. Es cierto que Jesús daría su vida voluntariamente, pero no se suicidaría. En Juan 10:17-18 dijo:

Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre (cp. 6:51; Mt. 20:28).

Pero no moriría por su propia mano, sino a manos de los hombres que se burlaban de Él (Hch. 2:23). Y el lugar al que se refería—donde ellos no podrían ir—no era el infierno, sino el cielo.

La autojustificación es el engaño mortal, completamente contrario a la salvación auténtica. El judaísmo de los días de Jesús era un sistema legal intrincado de salvación por logros humanos. Las personas ponían su esperanza de salvación en la realización de buenas obras, la observancia de ceremonias y rituales y, sobre todas las cosas, cumplir la ley (al menos externamente). Como escribió el apóstol Pablo: “Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios” (Ro. 10:3). Trágicamente, no entendieron lo que Pablo, quien había sido criado como un fariseo zelote (Hch. 23:6; Gá. 1:13-14), entendió después: “Que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de [Dios]” (Ro. 3:20), porque quien quiebra algún punto de la ley, una vez, es culpable de quebrarla toda (Stg. 2:10).

No debe sorprender a ningún conocedor del Antiguo Testamento que la salvación no se pueda obtener a través de la propia justicia. En el Salmo 14:2-3 David escribió: “Desde el cielo el SEÑOR contempla a los mortales, para ver si hay alguien que sea sensato y busque a Dios. Pero todos se han descarriado, a una se han corrompido. No hay nadie que haga lo bueno; ¡no hay uno solo!” (NVI). Salomón dijo que “el SEÑOR juzga los motivos” (Pr. 16:2, NVI), y en 20:9 añadió: “¿Quién podrá decir: Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado?”. Proverbios 30:12 advierte: “Hay generación limpia en su propia opinión, si bien no se

ha limpiado de su inmundicia”. Dios le declaró al extraviado Israel: “Yo publicaré tu justicia [externa y falsa] y tus obras, que no te aprovecharán” (Is. 57:12). Pocos capítulos después, Isaías expresaría la incapacidad total de los pecadores para salvarse: “Pecamos... ¿podremos acaso ser salvos? Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia” (Is. 64:5-6).

El Nuevo Testamento también enseña que nadie puede salvarse por su propia justicia. En Mateo 5:20 Jesús dijo a sus oyentes: “Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”. La conformidad externa con la ley no salvará a nadie; la salvación solo viene por la justicia de Cristo impartida a quienes creen (2 Co. 5:21). Esa justicia auténtica sobrepasa de lejos la justicia legalista y externa de los escribas y fariseos. Aunque la segunda impresiona a los hombres, no produce la salvación (Mt. 6:1; cp. Ro. 3:20). El Señor denunció duramente a los fariseos que “por fuera, a la verdad, [se muestran] justos a los hombres, pero por dentro [están] llenos de hipocresía e iniquidad” (Mt. 23:28; cp. vv. 23, 25).

En Mateo 9:11 los fariseos cuestionaron a los discípulos de Jesús: “¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?”. No aprobaban su interacción con la chusma de la sociedad judía. La respuesta del Señor fue devastadora: “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento” (vv. 12-13; cp. Lc. 15:7). Jesús criticó a los fariseos: “Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación” (Lc. 16:15). Más adelante, en el Evangelio de Lucas...

A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste

descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido (Lc. 18:9-14).

Pablo escribió a los filipenses que la salvación no viene de la “propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Fil. 3:9; cp. Gá. 2:16-21). En Tito 3:5 añadió: “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”. Los judíos debían saber por las Escrituras lo que Pablo escribió a las iglesias de Galacia:

Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham. Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones. De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham. Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas. Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá; y la ley no es de fe, sino que dice: El que hiciere estas cosas vivirá por ellas. Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu (Gá. 3:6-14).

Los escribas y fariseos eran la epítome de los humanos que buscaban justificarse a sí mismos. Quienes siguen su ejemplo y confían en las buenas obras, moralidad y actividades religiosas para salvarse; quienes se niegan a admitir su incapacidad para contribuir en algo a su salvación, claman: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lc. 18:13); también morirán en sus pecados. Los que procuran su propia justificación nunca verán el cielo.

SER MUNDANOS

Y les dijo: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. (8:23)

Jesús no prestó atención a la sugerencia burlona de los judíos sobre suicidarse y luego condenarse en el infierno (cp. 1 P. 2:23). En lugar de ello, desarrolló su advertencia del versículo 21, que morirían en su pecado y no irían adonde Él iba (al cielo). El Señor señaló que el origen y destino de ellos era muy diferente al suyo. Eran de un reino completamente diferente; ellos eran **de abajo**; esto es, eran parte **de este mundo**.

Kosmos (**mundo**) es un término importante en el Nuevo Testamento. En este contexto se refiere al sistema espiritual invisible del mal, opuesto al reino de Dios, comprende “toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios” (2 Co. 10:5) y está controlado por Satanás (Jn. 12:31; 14:30; 16:11; 1 Jn. 5:19). El mundo no reconoce la verdadera identidad de Jesús (1:10) o la de los creyentes (1 Jn. 3:1). También desconoce al Espíritu que Jesús envió (14:17). Quienes están inmersos en el mundo “[aman] más las tinieblas que la luz, porque sus obras [son] malas” (Jn. 3:19). Esto provoca su completa ceguera a la verdad espiritual (2 Co. 4:4; Mt. 13:11; Jn. 12:39-40; Ro. 8:5; 1 Co. 2:14); están llenos de odio a Jesús (y sus seguidores; Jn. 15:18-19; 17:14; 1 Jn. 3:13) por confrontar su pecado (Jn. 7:7; 15:18). Como el mundo odia a Dios, se regocija en la muerte de su Hijo (16:20; cp. Mt. 21:37-39).

El materialismo, el humanismo, la inmoralidad, el orgullo y el egoísmo —“los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1 Jn. 2:16)—son el sello del mundo. Este se opone completamente a la verdad divina, la justicia, la virtud y la santidad. Sus opiniones son erróneas, sus intenciones son egoístas, sus placeres son pecaminosos, sus influencias son desmoralizantes, sus políticas son corruptas, sus honores son vanos, sus sonrisas son falsas, su amor es falso y veleidoso.

La fuente del antagonismo y hostilidad de los judíos para con Cristo era el mismo infierno; eran, como lo declaró Jesús con fuerza en el versículo 44, hijos del diablo, caminaban “siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Ef. 2:2). La “amistad [la palabra griega podría traducirse ‘afecto’, ‘amor’] del mundo es enemistad contra Dios”, porque quien “quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Stg. 4:4). Juan añadió: “Si alguno ama al mundo, el amor del

Padre no está en él” (1 Jn. 2:15).

En marcado contraste con sus oponentes, Jesús es **de arriba** (del cielo), luego **no** es parte **de este mundo**. Como se dijo en la explicación de 8:14 en el capítulo 28 de esta obra, el Señor siempre fue consciente de su origen celestial (3:11-13; 5:36-37; 6:33, 38, 50-51, 58; 7:28-29, 33; 8:42; 10:36; 13:3; 14:28; 16:5, 28; 17:5, 8, 13, 18; 18:36; cp. 1 Co. 15:47; Ef. 4:10).

Aunque los creyentes anduvieron alguna vez “sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12), ya no forman parte de ese sistema (cp. Col. 1:13; 1 Jn. 4:5-6). Jesús dijo a sus discípulos: “Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Jn. 15:19). Ellos “no son del mundo, como tampoco [Jesús es] del mundo” (17:14, 16). Cuando obtuvieron la redención, huyeron “de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 P. 1:4). Por otra parte, “los sensuales” son los que “no tienen al Espíritu” (Jud. 19), y por eso mueren en sus pecados y terminan en el infierno.

SER INCRÉDULO

Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis. (8:24)

Aquí Jesús pasó de la justificación propia y la mundanalidad que condena al último asunto: la incredulidad. Repitiendo la advertencia del versículo 21, Jesús declaró que quienes lo rechazan morirán en sus **pecados** porque rechazan creer que Él es. El uso de la frase absoluta y sin calificativos **Yo soy** no es menos que una afirmación directa de deidad total. Cuando Moisés le preguntó a Dios el nombre, Él respondió “YO SOY EL QUE SOY” (Éx. 3:14). En la Septuaginta (LXX; la traducción griega del Antiguo Testamento), corresponde a la misma frase (*egō eimi*) que Jesús usó aquí (la LXX también usa *egō eimi* para Dios en Dt. 32:39; Is. 41:4; 43:10, 25; 45:18; 46:4). Jesús estaba aplicando para sí el tetragrámaton (YHWH, que en la versión hispana RVR-1960 aparece transliterado como Jehová), el nombre tan sagrado de Dios que los judíos no pronunciaban. A diferencia de sectas modernas (como los Testigos de Jehová), los judíos de la época entendieron perfectamente que Él afirmaba ser Dios. De hecho, estaban tan estupefactos con el uso que Él hizo de ese nombre para referirse a sí mismo (cp. vv. 28, 58) que intentaron lapidarlo por

blasfemia (v. 59).

Sin lugar a dudas, el Señor dijo que quienes lo rechazan no se pueden salvar, sino que morirán en sus **pecados**. Para ser cristiano debe creerse toda la revelación bíblica sobre Jesús: que es la segunda persona eterna de la Trinidad, que entró en el espacio y el tiempo como Dios encarnado, que nació de una virgen, que vivió una vida sin pecado, que su muerte en la cruz fue un sacrificio expiatorio y suficiente por los pecados de quienes creen en Él, que se levantó de los muertos y ascendió al cielo con el Padre, que ahora intercede por su pueblo redimido y que un día regresará en gloria. Rechazar esas verdades es extraviarse “de la sincera fidelidad a Cristo” (2 Co. 11:3), adorar “a otro Jesús” (v. 4), estar bajo la maldición de Dios (Gá. 1:8-9, NVI) y oír decir al Señor al final: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mt. 7:23).

Las palabras **si no** presentan la única esperanza de escapar a la ira y al juicio de Dios por el pecado. R. C. H. Lenski anota:

Los pecados de estos hombres los destruirían, pues les robarían la vida eterna solo si no creían en Jesús. La cláusula “si” es evangelio puro, extiende aquí su invitación bendita de nuevo. Pero sigue estando combinada con la advertencia de morir en los pecados. Esta nota de advertencia con su aterradora amenaza persiste porque dichos judíos habían escogido el camino de la incredulidad. Aun así, el “si” abre la puerta de la vida en el muro del pecado (*The Interpretation of St. John's Gospel* [La interpretación del Evangelio de San Juan] [Reimpresión; Peabody: Hendrickson, 1998], pp. 145-146).

La falta de voluntad persistente para creer la verdad sobre Jesucristo excluye por naturaleza la posibilidad de perdón, pues la salvación viene solo a través de la fe en Él (3:15-16, 36; 6:40, 47; Hch. 16:31; Ro. 10:9-10; Gá. 3:26; 1 Jn. 5:10-13). Quienes siguen en la incredulidad, negándose a aceptar por fe todo lo que Jesús ha hecho, morirán en sus pecados para siempre (cp. 3:18, 36; He. 2:3). Sin el conocimiento del evangelio de Jesucristo nadie puede salvarse. Por lo tanto, a los creyentes se les encomienda ir por el mundo y predicar a Cristo para todas las personas (Mr. 16:15-16; Lc. 24:47; Hch. 1:8).

SER IGNORANTE VOLUNTARIAMENTE

Entonces le dijeron: ¿Tú quién eres? Entonces Jesús les dijo: Lo que desde el principio os he dicho. Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo. Pero no entendieron que les hablaba del Padre. Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo. Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada. Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él. (8:25-30)

El carcelero que los tenía cautivos en la incredulidad era su ignorancia obstinada. “¿Tú quién eres?”, la pregunta incrédula de los judíos era sorprendente a la luz de todas las señales milagrosas que Jesús había realizado (5:36; cp. Mt. 11:4-5) y las afirmaciones repetidas que había hecho (cp. 5:17ss.; 6:35ss.; 7:28-38; 8:12). Podría haber existido una corriente subyacente de más burla en la pregunta: “¿Tú quién eres para decirnos que vamos a morir en nuestros pecados?”. Pero el cuestionamiento refleja en cualquier caso su ignorancia terca y voluntaria (cp. Mt. 15:14; 23:16-26). La evidencia abrumadora hacía patente quién era Jesús, de modo que Él solo les respondió que era quien les había dicho **desde el principio** de su ministerio. No tenía más que decir a la ignorancia voluntaria de la incredulidad endurecida.

No obstante, Jesús tenía **muchas cosas que decir y juzgar de ellos**. Habían recibido una revelación más que suficiente para hacerlos responsables; su ignorancia era inexcusable. Su juicio a ellos estaría en perfecta armonía con la voluntad del Padre, porque **el que lo envió** fue el Padre y Jesús solo hablaba **lo que oía de Él** (cp. vv. 28, 40; 3:32, 34; 5:30; 7:16; 8:16; 15:15; 17:8).

Increíblemente, a pesar de que Jesús les habló con tanta claridad, aún **no entendían que les hablaba del Padre**. Tal era el poder engañoso de su incredulidad tozuda. No tenían oídos para oír.

Sin embargo, llegaría el día en que la verdad de las afirmaciones de Jesús se confirmaría, hasta el punto de hacerse innegable. Por lo tanto, **Jesús les dijo: “Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre** (una referencia a su crucifixión, que implicaba su resurrección; 3:14; 12:32-33), **entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo”** (cp. 3:34; 5:19, 30; 6:38). La muerte y la resurrección de Cristo vindicaron todas las

afirmaciones que los profetas y los apóstoles hicieron de Jesús, y además eliminaron toda duda sobre su deidad en cualquier mente abierta. Esa obra grande y gloriosa probaba que Él de verdad habló **según le enseñó el Padre**, que el Padre estaba con Él, no lo **ha dejado solo** y que Él **siempre** hacía **lo que le agrada** al Padre, porque no podría hacer otra cosa en su perfección divina (He. 7:26).

Algunos de los judíos que rechazaron a Jesús se darían cuenta después del error tan terrible que habían cometido. Solamente el día de Pentecostés, lo recibieron como Mesías cerca de tres mil judíos (Hch. 2:36-37, 41, 47). Incluso en aquella ocasión, seis meses antes de la cruz, sus palabras fueron tan poderosas que **hablando él estas cosas, muchos creyeron en él**, al menos externamente (véase la exposición de 8:31-35 en el capítulo 30 de esta obra). Pero, a pesar de la evidencia, la mayoría no quiso creer; escogieron su propia justicia, la mundanalidad, la incredulidad y la ignorancia voluntaria hasta el final. De modo que se condenaron a sí mismos a morir en sus pecados y no ver nunca el cielo, sino sufrir la ira eterna.

30 La verdad los hará libres

Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres? Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres. (8:31-36)

A lo largo de toda la historia hemos buscado saber la verdad sobre la realidad, sobre lo que está bien y lo que está mal, sobre lo que tiene sentido y propósito en la vida. Por ello han surgido filosofías interminables, cosmovisiones y sistemas religiosos en todos los siglos, cada uno se propone enseñar la verdad absoluta y todos, a su vez, anulan las verdades “absolutas” de las que vinieron antes.

La creencia en que la humanidad por sí sola pueda formular el sistema filosófico perfecto—uno que explique completamente toda la realidad—alcanzó su cumbre en la Ilustración. La razón humana, se creía, a la larga descubriría las respuestas a las preguntas de la vida y así solucionaría todos los problemas de la sociedad. Se suponía que los logros intelectuales y el conocimiento científico creciente traerían en algún momento la utopía. Por lo tanto, no había necesidad de la religión que por siglos había tenido a las personas en oscuridad sofocante. No había interés en la revelación divina o la salvación, pues el hombre creía que podía salvarse a sí mismo de sus problemas.

Pero el optimismo de la ilustración se desvaneció en tiempos recientes. La matanza inimaginable de las dos guerras mundiales, el mal insondable del holocausto y la realidad aterradora de la guerra nuclear sacudieron rápidamente el idealismo irreal de los siglos XVIII y XIX. En su lugar, el escepticismo y el pesimismo comenzaron a tomar fuerza, mientras los sentimientos de incertidumbre (sobre la vida y la realidad) se esparcían. El concepto de verdad comenzó a cuestionarse cada vez más,

especialmente la posibilidad de conocer la verdad absoluta. Los pecadores quieren hacer el mal y no sentirse culpables, por eso la falta de absolutos se acomoda al corazón humano tan perversamente malo (Jer. 17:9). Como lo expuso Francis Schaeffer, toda la cultura occidental—incluyendo filosofía, arte, música, literatura, educación y teología modernas—cayó bajo la línea del desespero cuando rechazó las Escrituras (véanse especialmente sus libros *The God Who Is There* [El Dios que está allí] y *Huyendo de la razón*). Las personas se imaginaban que serían verdaderamente libres con negar la existencia de la verdad absoluta y con abrir los grillos de la moral bíblica. En su lugar, solo descubrieron que estaban más vacíos y esclavos de las pasiones destructivas.

El escepticismo del siglo XIX culminó con el surgimiento de la posmodernidad, una cosmovisión que sigue en boga. En contraste con la modernidad, cuyo optimismo racionalista surgió de la Ilustración, los posmodernistas rechazan la noción de que la verdad final sea conocible o que siquiera exista. En su lugar, defienden que las “verdades” de las personas son solo normas sociales creadas por la cultura en que vivimos. Así, no hay verdades atemporales sino preferencias efímeras. Lo que funcione para las personas es bueno para ellas; el reinado supremo del pragmatismo y el relativismo. (Irónicamente, la única certeza absoluta de los posmodernistas es que nada es absolutamente cierto. Luego, se ven forzados a defender una posición ilógica: la verdad universal y exhaustiva de la no existencia de verdades universales y exhaustivas).

Como los posmodernistas quieren pecar libremente (al parecer, sobre todo en lo sexual), necesitan que cada verdad esté determinada por la cultura y argumentan la inexistencia de una moral o ley suprema. Por lo tanto, la virtud más noble es la tolerancia con las otras perspectivas. Tal cosa es especialmente cierta en la moral, donde imponer los valores parece una ofensa notoria. Así, el cristianismo bíblico se convierte en la creencia más intolerable. Al rechazar la posibilidad de la verdad absoluta, la posmodernidad comete un suicidio eterno porque rechaza el único camino verdadero a la libertad: el mensaje verdadero del evangelio, universal, exclusivo y absoluto. Ni siquiera la Iglesia contemporánea cree ya que el evangelio sea el único camino al cielo; el 85 por ciento de los “cristianos” estadounidenses cree que hay otros caminos para llegar al cielo. El 91 por ciento de los católicos está de acuerdo (*Newsweek*, agosto de 2005). Obviamente, la tolerancia posmoderna redefine al evangelio y las misiones de modo desastroso y denigra el amor en la doctrina y el dogmatismo, con lo cual destruyen las verdades fundamentales,

necesarias para la salvación.

A diferencia de las especulaciones transitorias de los hombres, la Biblia enseña la verdad atemporal—verdad absoluta para todas las personas de todas las culturas y épocas—sobre Dios y el hombre, el bien y el mal, la vida y la muerte y especialmente el camino a la salvación (Jn. 14:6; Hch. 4:12). Por tanto, el cristianismo bíblico rechaza el sesgo antisobrenatural de la modernidad y el escepticismo y relativismo de la posmodernidad.

Mientras el mundo se aferra a su propia sabiduría incierta, “terrenal, animal, diabólica”, según la Biblia (Stg. 3:15), los creyentes tienen en las Escrituras la roca sólida de la verdad divina. Nos declaran que Jehová es “Dios de verdad” (Sal. 31:5; Is. 65:16), que Jesús está “lleno... de verdad” (Jn. 1:14; cp. v. 17; Ef. 4:21) y es “el camino, y la verdad, y la vida” (Jn. 14:6), que el Espíritu Santo es “el Espíritu de verdad” (Jn. 14:17; 15:26; 16:13; 1 Jn. 5:6). La Biblia es “la palabra de verdad” (2 Ti. 2:15); tal como Jesús oró al Padre: “Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Jn. 17:17; cp. 2 S. 7:28; Sal. 119:43, 142, 151, 160). La verdad de Dios, como Él, es eterna (Sal. 117:2) y no cambia (Sal. 119:89).

La salvación viene por la “fe en la verdad” (2 Ts. 2:13; cp. 1 Ti. 2:4; 2 Ti. 2:25), luego, los redimidos son “los creyentes y los que han conocido la verdad” (1 Ti. 4:3). En contraste, los incrédulos están “privados de la verdad” (1 Ti. 6:5), “se desviaron de la verdad” (2 Ti. 2:18), “siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad” (2 Ti. 3:7), “resisten la verdad” (v. 8) y “apartarán de la verdad el oído” (2 Ti. 4:4; cp. Tit. 1:14).

Por otra parte, los creyentes adoran a Dios en verdad (Jn. 4:23-24), están comprometidos con la verdad (Sal. 23:23), obedecen la verdad (1 P. 1:22; cp. Ro. 2:8; Gá. 5:7), aman la verdad (cp. 2 Ts. 2:10), hablan la verdad en amor (Ef. 4:15) y caminan en la verdad (Sal. 26:3; 86:11; 2 Jn. 4; 3 Jn. 3-4). De hecho, la verdad es parte central de la existencia y misión de la Iglesia, que es “columna y baluarte de la verdad” (1 Ti. 3:15). El mandamiento repetido de Pablo a Timoteo (“Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado”, “Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros” [1 Ti. 6:20; 2 Ti. 1:14]) refleja la responsabilidad eclesial de proteger las verdades preciosas de las Escrituras.

El tema de este pasaje breve, pero poderoso, es la verdad que trae libertad espiritual. El diálogo ocurrió en los meses finales del ministerio

terrenal de Cristo, Jesús había reafirmado varias veces ser el Hijo de Dios y el Mesías, había realizado milagros incontables para probar su afirmación (cp. 10:25, 37-38; 14:11; 15:24). Aun así, el pueblo y los líderes lo rechazaban. La hostilidad creciente resultó también en creciente oposición que culminó en un complot para matarlo (cp. 5:18; 7:1, 19, 25); un complot que terminaría en la cruz en menos de seis meses.

Pero no todos eran hostiles a Jesús. El versículo 30 afirma que cuando dijo estas cosas “muchos creyeron en él” (cp. 4:39, 41, 50, 53; 7:31). Como evidenciará pronto, su creencia no era fe salvadora, sino el primer paso hacia ella. Así, el objetivo del Señor en esta sección era señalar a la fe salvadora y total en Él; el tipo de fe que los haría verdaderamente libres del pecado, la muerte, Satanás y el infierno. Luego expuso la pretensión de libertad: las nociones falsas que engañaban a estos judíos a creer que eran salvos de verdad. Por último, extendió la promesa de libertad: la garantía absoluta de libertad verdadera para todos los que vienen a la fe salvadora.

EL CAMINO A LA LIBERTAD

Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. (8:31-32)

La respuesta de Jesús a quienes profesaban fe en Él, delineó el programa que lleva a la libertad espiritual: creer en Él, permanecer en su Palabra, conocer la verdad y ser libre.

CREER EN CRISTO

Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: (8:31a)

Leon Morris escribe: “Esta sección del discurso está dirigida a quienes creen, no a quienes no creen. Claramente, estas personas se inclinaban a pensar que las palabras de Jesús eran verdad. Pero no estaban preparados para la lealtad de largo alcance que implica la verdadera confianza en Él... Este es un estado espiritual muy peligroso. Reconocer que la verdad está en Jesús y no hacer algo al respecto significa que nos ubicamos con los enemigos del Señor” (Leon Morris, *El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 454 del original en inglés).

Creer es el punto inicial de contacto con Cristo. Pero la Biblia advierte que no toda fe salva. Más adelante Jesús describiría a estos **judíos que habían creído** como esclavos del pecado (v. 34). No amaban en realidad a Jesús (v. 42), todavía eran hijos del diablo (vv. 38, 41, 44) que rechazaban creer en Él (vv. 45-46), blasfemaban de Él (vv. 48, 52) y buscaban matarlo (vv. 37, 40, 59). Juan ya había dicho en su Evangelio esto:

Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre (2:23-25).

En el capítulo 6, muchos de los que con emoción querían hacer rey a Jesús (vv. 14-15), poco después “volvieron atrás, y ya no andaban con él” (v. 66; cp. v. 60). Juan 12:42 registra las noticias alentadoras que “aun de los gobernantes, muchos creyeron en él”. Sin embargo, su creencia no alcanzó para salvarlos pues “a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga” (cp. Ro. 10:9-10). Jesús describió en la parábola del sembrador a quienes están “sobre la piedra” como aquellos que “reciben la palabra con gozo; pero... no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan” (Lc. 8:13).

Igualmente, el apóstol Pablo advirtió sobre creer en vano (1 Co. 15:2) y exhortó a sus lectores: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos” (2 Co. 13:5). Dios declaró en Hebreos 10:38 esto: “Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agrada a mi alma” con lo cual hizo una distinción clara entre “los que retroceden para perdición” y “los que tienen fe para preservación del alma” (v. 39). Santiago 2:17 dice que la fe “si no tiene obras, es muerta en sí misma” (cp. v. 20). El solo asentimiento de los hechos no es igual a la fe salvadora, incluso los demonios tienen esa clase de fe (v. 19). Pero la fe genuina se manifiesta en la vida cambiada de la persona (v. 18), además del amor duradero y la devoción hacia Cristo. Hablando de esta perseverancia, escribió el apóstol Juan: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros” (1 Jn. 2:19).

La fe salvadora está compuesta por tres elementos, comúnmente

referidos por los teólogos con los términos latinos *notitia*, *assensus* y *fiducia*. *Notitia* (conocimiento) es el componente intelectual de la fe. Requiere comprender los hechos bíblicos básicos sobre la salvación. *Assensus* (asentimiento) va un paso más allá de *notitia* y afirma con confianza que esos hechos son verdad. *Fiducia* (confianza) actúa en ellos por la apropiación de que Jesucristo es la única esperanza para la salvación.

La definición bíblica clásica de la fe en Hebreos 11 comprende los tres elementos: *notitia* (“por la fe entendemos”, v. 3); *assensus* (“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera”, v. 1) y *fiducia* (“[fe es] la convicción de lo que no se ve” v. 1). En la fe salvadora toda la persona—intelecto (conocimiento), emociones (asentimiento) y voluntad (confianza)—abraza a Jesucristo como Señor y Salvador. En la parte restante del capítulo 11, el escritor de Hebreos da ejemplos de personas cuya fe no flaqueó a pesar del sufrimiento, la persecución y la muerte. El patrón en sus vidas refuerza la verdad de que la fe salvadora auténtica requiere confianza y compromiso, no solo conocimiento y asentimiento (para una mayor explicación de la naturaleza de la fe salvadora véanse mis libros *El evangelio según Jesucristo* [El Paso: Mundo Hispano, 2003], *The Gospel According to the Apostles*, ed. rev., [El evangelio según los apóstoles] [Nashville: Thomas Nelson, 1993, 2000] y *Difícil de creer* [Nashville: Caribe Betania, 2004]).

PERMANECER EN LA PALABRA

Si vosotros permanecieris en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; (8:31b)

Quienes tienen la fe cuya confianza es real y salvadora, quienes son **verdaderamente** (en realidad) **discípulos** de Jesucristo permanecerán (seguirán, mantendrán) **en** la fe y en obediencia a su **palabra**. El tiempo presente del verbo *eimi* (traducido *seréis*) sugiere que Jesús no les estaba diciendo los requerimientos para llegar a ser un discípulo; no dijo “si permanecen en mi palabra, *llegarán a ser* mis discípulos auténticos”. En su lugar, declaró que la naturaleza del verdadero discipulado consiste en la obediencia continua a su Palabra. Las Escrituras afirman reiteradamente que solo quienes obedecen a Jesucristo son su discípulos verdaderos:

Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está

en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre (Mt. 12:50).

Si me amáis, guardad mis mandamientos (Jn. 14:15).

El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él... El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió (Jn. 14:23-24).

Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor (Jn. 15:10).

Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando (Jn. 15:14).

El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo (1 Jn. 2:4-6).

Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él (1 Jn. 3:24).

Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos (1 Jn. 5:3).

Tales pasajes dejan claro que no puede haber una dicotomía entre aceptar verdaderamente a Cristo como Salvador y obedecerlo como Señor. “Rendirse al señorío de Cristo no es un apéndice a los términos bíblicos de la salvación; el llamamiento a la sumisión está en el corazón mismo de la invitación al evangelio a lo largo de todas las Escrituras” (*El evangelio según los apóstoles*, p. 23). No es posible ser salvo sin confesar a Cristo como Señor y someterse a su señorío.

Discípulos es traducción del plural del nombre *mathētēs*. La palabra se refiere principalmente al aprendiz, que se adhiere a la enseñanza de un líder espiritual (cp. Mt. 11:29). El Nuevo Testamento menciona a los discípulos de Juan el Bautista (Mt. 9:14; 11:2; 14:12; Jn. 3:25), los fariseos (Mt. 22:15-16; Mr. 2:18), Moisés (Jn. 9:28) y Pablo (Hch. 9:24-25), además de los de Jesús. Todos los cristianos son discípulos (“discípulos” se usa como sinónimo de “creyentes” en Hch. 6:1-2, 7; 9:1, 19, 38; 11:26; 13:52; 14:20-22, 28; 15:10; 18:23, 27; 19:9; 20:1; 21:4, 16); no obstante, no todos los discípulos son cristianos (Jn. 6:66; 1 Jn. 2:19; cp. Mt. 13:20-21; Jn. 15:2; 2 Jn. 9).

Los verdaderos discípulos están orientados por la Palabra. Reconocen que ella “tiene poder para edificarlos y darles herencia entre todos los santificados” (Hch. 20:32, NVI). Entienden la importancia de ser “hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores” que se engañan a sí mismos (Stg. 1:22). Los creyentes verdaderos son “como niños recién nacidos, [que desean] la leche espiritual no adulterada, para que por ella [crezcan] para salvación” (1 P. 2:2). Poseen el mismo deseo del salmista cuando escribió “¡Oh, cuánto amo yo tu ley!” (Sal. 119:97), “mas yo guardaré de todo corazón tus mandamientos” (v. 69), “tu ley es mi delicia” (v. 77) y “mejor me es la ley de tu boca que millares de oro y plata” (v. 72).

CONOCER LA VERDAD

y conoceréis la verdad, (8:32a)

La bendición inevitable de creer en Jesús y continuar en obediencia a su Palabra es conocer **la verdad**. “La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (1:17), Él es “el camino, y la verdad, y la vida” (v. 14:6) y “la verdad... está en Jesús” (Ef. 4:21). Tal conocimiento es revolucionario en el mundo posmoderno, donde se ha abandonado la esperanza de descubrir la verdad absoluta. Como Pilato, que hizo la pregunta cínica “¿Qué es la verdad?” (18:38), los escépticos modernos se quedan solo con su ignorancia y desesperación, que es el fruto de su búsqueda inútil de la verdad sin Dios.

La verdad no viene solo de conocer la revelación de las Escrituras en cuanto a Cristo, viene también de la instrucción del Espíritu Santo, el “Espíritu de verdad” (14:17; 15:26; 16:13; 1 Jn. 5:6). El apóstol Juan se refirió a la enseñanza del Espíritu a los creyentes en 1 Juan 2:27 cuando

escribió: “Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él”.

Las Escrituras son la revelación de la verdad divina. En ellas, Jesucristo, la verdad encarnada, se revela y el Espíritu Santo enseña por medio de ella la verdad a los creyentes. Entonces Jesús oró: “Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Jn. 17:17; cp. Sal. 119:142, 151, 160). La Escritura, completamente suficiente, “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Ti. 3:16-17). Y no solo “el hombre de Dios”, el predicador, sino todos los que por él son instruidos.

SER LIBRE

y la verdad os hará libres. (8:32b)

Crear en Jesús, obedecer su Palabra y conocer la verdad trae libertad espiritual. Tal libertad es multifacética e incluye la libertad de las ataduras de la falsedad, de Satanás (Jn. 17:15; 2 Co. 4:4; 1 Jn. 5:18), condenación (Ro. 8:1), juicio (Jn. 3:18; 5:24), la ignorancia espiritual (8:12), la muerte espiritual (8:51) y, lo más importante en este contexto (v. 34), del pecado (Ro. 6:18, 22).

Jesús vino al mundo para liberar a los pecadores perdidos (Lc. 19:10). En la sinagoga de Nazaret, su pueblo, el Señor aplicó las siguientes palabras de Isaías a su ministerio: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos” (Lc. 4:18). Quienes son libres en Cristo deben atender la admonición de Pablo a los gálatas: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gá. 5:1).

LA PRETENSIÓN DE LIBERTAD

Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres? Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo

es del pecado. (8:33-34)

De modo indignante, los judíos insistieron en que ya eran libres y rechazaron la oferta de salvación de Jesús. **Le respondieron: “Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?”**. Seguramente se referían a la libertad espiritual, no la política, porque habían sido esclavos en Egipto, Asiria, Medo-Persia, Grecia, Siria y por último en Roma. La seguridad en su identidad de **linaje de Abraham**, les daba confianza en que aun cuando tenían una atadura pagana, eran espiritualmente libres en lo nacional.

Pero la libertad a la que Jesús se refería no se derivaba de la identidad racial y religiosa (cp. vv. 39-44). Pablo escribió: “Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios” (Ro. 2:28-29; cp. Lc. 3:8; Ap. 2:9).

La respuesta del Señor a esa aseveración fue simple y devastadora: **“De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado”**. Como lo hace por todo el Evangelio de Juan (cp. 1:51; 3:3, 5, 11, 5:19, 24-25; 6:26, 32, 47, 53; 8:52, 58; 10:1, 7; 12:24; 13:16, 20-21, 38; 14:12; 16:20, 23; 21:18), la frase solemne *amēn, amēn* (**De cierto, de cierto**) presenta una declaración de gran importancia. El tiempo presente del participio que traducido es *hace* considera al pecado como un principio de vida, impiedad esencial y caída innata, no solo como actos individuales. A pesar de su orgullo y sus pretensiones de libertad en superioridad moral, los judíos eran realmente esclavos del pecado, pues “el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció” (2 P. 2:19). Ser **esclavo** es estar totalmente bajo el control de otro y ser incapaz de liberarse a uno mismo. El pecado, como un capataz cruel, controla cada aspecto de la vida del incrédulo, esclaviza a la persona a “concupiscencias y deleites diversos” (Tit. 3:3) “en prisión de maldad” (Hch. 8:23). Aunque estos judíos creían que la religión y la relación con Abraham los unía con Dios, Jesús señaló que no tenían relación con Dios. Como esclavos del pecado y engañados por este, necesitaban desesperadamente librarse de su atadura espiritual.

El único camino para liberar a los pecadores de la garra y el castigo del pecado es unirse a la fe en Jesucristo, quien provee liberación en su muerte y resurrección (Ro. 6:1-7). Habiendo muerto al pecado en Cristo (Ro. 6:2; cp. 7:4; Gá. 2:19-20; 1 P. 2:24), ya no es este su maestro (Ro.

6:14, 18, 20, 22; cp. 8:2). En su lugar, se hacían libres para ser siervos de Dios y de la justicia (Ro. 6:22; 1 P. 2:16).

LA PROMESA DE LA LIBERTAD

Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres. (8:35-36)

El Señor usó de nuevo la analogía de la esclavitud en estos dos versículos, pero con propósitos diferentes. Su declaración, según la cual **el esclavo no queda en la casa para siempre pero el hijo sí queda para siempre**, sí era una advertencia. El **hijo** tiene derechos permanentes en la casa; el **esclavo** no. Aunque los judíos eran descendientes de Abraham (y así parte de una nación escogida) eran como esclavos, no como hijos, y estaban en peligro de perder para siempre los privilegios recibidos. En Mateo 8:11-12 el Señor advirtió:

Y os digo que vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.

Solo quienes reciben a Jesucristo como el Hijo de Dios (desciendan o no de Abraham) son los verdaderos hijos de Dios (1:12; Ro. 8:14; Gá. 3:26; 4:6; 1 Jn. 3:1-2).

En el versículo 36 Jesús reiteró su promesa del versículo 32, declaró que a quienes **el Hijo libertare**, serán **verdaderamente libres**. Como el Hijo que gobierna en la casa de Dios (He. 3:6), Jesús tiene la autoridad para liberar a quienes depositan su fe en Él, liberarlos del pecado y hacerlos hijos de Dios. Él los “ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Ro. 8:2). Y no solo los libera, también los adopta y los lleva a la casa de Dios (1:12; Ro. 8:15; Gá. 4:5; Ef. 1:5), los lleva de una posición de esclavitud a una condición de hijo (cp. Ro. 8:17). Como lo resume muy bien el himno “Cómo en su sangre pudo haber”, de Charles Wesley,

Mi alma, atada en la prisión, anhela redención y paz.
De pronto vierte sobre mí la luz radiante de su faz.
¡Cayeron mis cadenas, vi mi libertad y le seguí!

¿Hay maravilla cual su amor? ¡Morir por mí con tal dolor!

31 ¿Hijos de Abraham o de Satanás?

Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros. Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre. Respondieron y le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais. Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios; no hizo esto Abraham. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Entonces le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios. Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira. Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis? El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios. (8:37-47)

En un mundo lleno de problemas y agitación, con la realidad inevitable de la muerte y la vida futura, las personas anhelan seguridad. Buscan comodidad, estabilidad, perspectiva de futuro y esperanza después de la muerte. También, sean conscientes o no de ello, anhelan hacer más liviana la aplastante carga de pecado que domina la vida. La Palabra de Dios instruye ampliamente sobre la locura de buscar la seguridad en las cosas erradas. La consideración general de este asunto establecerá el escenario de nuestro texto para la única seguridad verdadera.

Algunos buscaban que las posesiones y la riqueza les dieran seguridad y eliminaran la ansiedad. Pero “las riquezas no duran para siempre” (Pr. 27:24); por eso, Proverbios 23:4-5 aconseja: “No te afanes por hacerte

rico; sé prudente, y desiste. ¿Has de poner tus ojos en las riquezas, siendo ningunas? Porque se harán alas como alas de águila, y volarán al cielo”. En Mateo 6:19-21 Jesús dijo:

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

En Lucas 12:15 advirtió: “Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”. Luego, en los versículos 16-21, el Señor contó una parábola que ilustra la locura de buscar seguridad en las riquezas:

La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios (cp. 16:25; Job 21:13; Sal. 52:7).

Pablo escribió a Timoteo: “A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos” (1 Ti. 6:17). Puesto que “no aprovecharán las riquezas en el día de la ira” (Pr. 11:4; cp. Ez. 7:19; Sof. 1:18), “el que confía en sus riquezas caerá” (Pr. 11:28; cp. Stg. 1:11). Y, por supuesto, la riqueza material no tiene conexión con la eternidad ni puede contribuir a obtenerla.

Otros, con la misma falta de visión, buscan seguridad en el poder personal. Job preguntó: “¿Por qué viven los impíos, y se envejecen, y aún crecen en riquezas?” (Job 21:7). Pero ese poder es efímero, provee una esperanza falsa de estabilidad. Como dijo David: “Vi yo al impío sumamente enaltecido, y que se extendía como laurel verde. Pero él pasó,

y he aquí ya no estaba; lo busqué, y no fue hallado” (Sal. 37:35-36). La muerte horrible de Herodes Agripa demuestra cuán vulnerables e inseguras pueden ser las personas poderosas:

Y un día señalado, Herodes, vestido de ropas reales, se sentó en el tribunal y les arengó. Y el pueblo aclamaba gritando: ¡Voz de Dios, y no de hombre! Al momento un ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios; y expiró comido de gusanos (Hch. 12:21-23).

Quienes creen que pueden calmar la angustia de sus corazones con su posición social y prestigio también saldrán desilusionados. Los escribas y fariseos amaban “los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas” (Mt. 23:6), además de “las saluciones en las plazas” (Lc. 11:43; cp. 20:46). Ignoraban el consejo sabio de Salomón: “No te alabes delante del rey, ni estés en el lugar de los grandes; porque mejor es que se te diga: Sube acá, y no que seas humillado delante del príncipe a quien han mirado tus ojos” (Pr. 25:6-7; cp. Lc. 14:7-11). A pesar de su imagen religiosa impresionante, los fariseos de los tiempos de Jesús eran en realidad hijos del infierno (Mt. 23:15).

También están quienes con narcisismo buscan su seguridad en la apariencia física, no se dan cuenta de que “engañosa es la gracia, y vana la hermosura” (Pr. 31:30; cp. 11:22). Por ejemplo, Saúl era “joven y hermoso. Entre los hijos de Israel no había otro más hermoso que él” (1 S. 9:2). Aun así, fue un fracaso como rey y al final se suicidó tras una derrota en una batalla (1 S. 31:1-6). Absalón, el hijo de David, también era atractivo. 2 Samuel 14:25-26 dice:

Y no había en todo Israel ninguno tan alabado por su hermosura como Absalón; desde la planta de su pie hasta su coronilla no había en él defecto. Cuando se cortaba el cabello (lo cual hacía al fin de cada año, pues le causaba molestia, y por eso se lo cortaba), pesaba el cabello de su cabeza doscientos siclos de peso real.

Pero a pesar de su bella apariencia, Absalón también sufrió una muerte vergonzosa, quedó atrapado sin amparo en las ramas de un árbol por el mismo cabello que había valorado tan vanamente (2 S. 18:9-14). Como lo ilustran Absalón y Saúl, la apariencia física no puede dar seguridad

duradera porque “nuestro hombre exterior se va desgastando” (2 Co. 4:16) y, lo más importante, “La gente se fija en las apariencias, pero [Dios se fija] en el corazón” (1 S. 16:7, NVI).

Si alguien hubiera podido darle descanso y paz a su corazón con las cosas terrenales, ese era Salomón. Como lo registra Eclesiastés, él lo intentó todo: sabiduría humana (1:12-18), hedonismo (2:1-3, 10), entretenimiento (2:8*a*), sexo (2:8*b*), trabajo (2:18-23) y riqueza (2:8; 4:8; 5:10). Pero después de experimentarlo todo, su conclusión era que tales búsquedas no son más que un “absurdo, ¡es correr tras el viento!” (1:14). Al final, Salomón se dio cuenta de que la seguridad viene de estar relacionado correctamente con Dios: “El fin de este asunto es que ya se ha escuchado todo. Teme, pues, a Dios y cumple sus mandamientos, porque esto es todo para el hombre” (12:13).

Como Salomón descubrió, cualquier intento de ubicar la seguridad y esperanza en las cosas temporales y terrenales, en lugar de Dios, está condenado al fracaso. Solo por medio de la salvación en Jesucristo se puede encontrar la seguridad eterna y verdadera. Quienes tienen la fe en el Salvador no tienen temor porque “Ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación, podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor” (Ro. 8:38-39).

Por supuesto, Satanás reconoce el anhelo humano innato de seguridad y sabe que el único en proveerlo es el evangelio. Por lo tanto, ofrece la fuente última de esperanza mentirosa: la religión falsa. La religión falsa es su estrategia mortal (cp. 2 Co. 4:3-4; 11:13-15) porque hace pensar a las personas que están bien con Dios cuando en realidad no lo están. Ese sentido artificial de seguridad miente y nubla sus conciencias, los ciega a la necesidad espiritual de la verdad del evangelio.

En esta sección, donde sigue el diálogo que comenzó en el versículo 31, el Señor confrontó la seguridad falsa que buscaban los judíos en su legalismo de justicia propia. Mientras lo hacía, los líderes judíos a los que Él se dirigía aumentaban su hostilidad hacia Él. De hecho, su odio era tan intenso que ya estaban planeando matarlo (vv. 37, 40; 5:16-18; 7:1, 19, 25). Pero en lugar de retractarse o suavizar su mensaje, el Señor se hizo más directo y fuerte en su condenación, al punto de identificar a sus enemigos como hijos del diablo (v. 44; cp. vv. 38, 41).

Jesús demolió la falsa seguridad de los judíos sobre la vida eterna con Dios, refutó cada una de las tres afirmaciones: la de ser hijos físicos de

Abraham, la de ser hijos espirituales de Abraham y la de ser hijos de Dios.

LA AFIRMACIÓN DE SER HIJOS FÍSICOS DE ABRAHAM

Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros. Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre. (8:37-38)

Jesús reconoció la validez de la afirmación de los judíos hecha en el versículo 33, eran **descendientes** físicos de **Abraham** (cp. Lc. 13:16; 19:9; Hch. 3:25; 7:2; 13:26; Ro. 11:1; 2 Co. 11:22). También sabían que su seguridad estaba basada principalmente en ese hecho; creían que solo por ser descendientes de Abraham tenían garantizada la entrada en el reino de Dios. Justino Mártir, apologista cristiano del siglo II, dijo a sus oponentes judíos: “[Los maestros judíos] seducen a otros y a ellos mismos, suponen que quienes están en la dispersión y son de Abraham según la carne recibirán con seguridad el reino eterno, aunque sean pecadores, infieles y desobedientes para con Dios” (*Diálogo con Trifón*, 140).

Pero el Nuevo Testamento sacude esas falsas esperanzas de seguridad:

He aquí, tú tienes el sobrenombre de judío, y te apoyas en la ley, y te glorías en Dios y conoces su voluntad, e instruido por la ley apruebas lo mejor... Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios? Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros. Pues en verdad la circuncisión aprovecha, si guardas la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión. Si, pues, el incircunciso guardare las ordenanzas de la ley, ¿no será tenuta su incircuncisión como circuncisión? Y el que físicamente es incircunciso, pero guarda perfectamente la ley, te condenará a ti, que con la letra de la ley y con la circuncisión eres transgresor de la ley. Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo

interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios (Ro. 2:17-18, 23-29).

Los descendientes étnicos de Abraham y la descendencia física no cuentan para nada si no se circuncida el corazón (cp. Dt. 10:16; 30:6; Jer. 4:4; Col. 2:11), la limpieza del pecado efectuada “por el Espíritu” en la salvación. Sin eso, todas las bendiciones y ventajas prometidas a los judíos, que son muchas (cp. Ro. 3:1-2; 9:4-5), finalmente no significan nada.

En Romanos 9:6 Pablo anotó que “no todos los que descienden de Israel son israelitas”. Nadie se salva tan solo por tener a Abraham de ancestro. Solo se salvará el remanente de creyentes (comprendido por los judíos que vienen a la fe verdadera en Jesucristo), como lo apuntó en el versículo 27: “También Isaías clama tocante a Israel: Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, tan solo el remanente será salvo” (cp. 11:5; Is. 10:22). A los gálatas escribió: “Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham... De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham” (Gá. 3:6-7, 9).

Sin embargo, las acciones de los oponentes de Jesús mostraban que no estaban entre el remanente de creyentes. Jesús les dijo: “Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó” (v. 56; cp. He. 11:13). Abraham anhelaba la venida del Mesías, quien sería el cumplimiento final de las promesas que Dios le hizo. **Pero** los judíos buscaban matar a Jesús, el Mesías que Abraham había esperado. Y a diferencia de Abraham, quien creía en la palabra de Dios (Gn. 15:6), la **palabra no hallaba cabida** en ellos; rechazaban su enseñanza (cp. vv. 31, 43, 45, 47; Mt. 13:19; 1 Co. 2:14). El término *chōreō* (**no halla cabida**) puede significar “avanzar”, “progresar” o “seguir adelante”. Aunque oían la palabra de Jesús, no la atendían, por ello nunca producían fruto. No penetraba en sus corazones más profundamente que la semilla junto al camino en la parábola del sembrador (Mt. 13:4, 19). En contraste, la palabra de Dios actúa en los creyentes (1 Ts. 2:13).

El Señor continuó con la explicación de lo que implicaba lógicamente la dureza del corazón: “**Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre**”. Jesús les hablaba de las realidades celestiales, de la verdad divina que solo podría revelarse porque Él la había oído del **Padre** (cp. v. 26; 3:11, 31-32, 34;

6:46; 12:49; 14:10, 24; 15:15; 17:8). Pero rechazaron las palabras de Jesús y en su lugar hicieron lo que habían **oído** de su **padre**. De la misma forma, la conducta de Jesús probaba que su Padre era Dios; la conducta de los enemigos probaba que su padre no era Dios, sino el diablo (cp. v. 44).

Por lo tanto, ellos no lo conocían verdaderamente, tampoco entendían sus palabras. Y como no lo conocían, tampoco conocían a su Padre. Como Jesús les dijo antes: “Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais” (8:19).

LA AFIRMACIÓN DE SER HIJOS ESPIRITUALES DE ABRAHAM

Respondieron y le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais. Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios; no hizo esto Abraham. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. (8:39-41a)

La respuesta de los judíos indica que una vez más no captaron la importancia de las palabras de Jesús: “**Nuestro padre es Abraham**”. Insistían amargamente en que también eran hijos espirituales de Abraham; esto es, que seguían el patrón abrahámico de fe en Dios. La respuesta del Señor así lo revela, pues los llama a mostrar la justicia característica de Abraham. El cuestionamiento de Jesús señalaba la gran discrepancia entre sus actos y los de su patriarca: “**Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais**”.

Abraham era un hombre de fe extraordinaria. Génesis 15:6 registra que él “creyó al SEÑOR, y el SEÑOR lo reconoció a él como justo” (NVI). El Nuevo Testamento enfatiza repetidamente la fe de Abraham; de hecho, Pablo dedica todo un capítulo (Ro. 4) a mostrar que Abraham se salvó por la fe; no por las obras (v. 2), la circuncisión (vv. 10-12) o la ley (vv. 13-16). Escribió así para los gálatas:

Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham. Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las

naciones. De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham. Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas. Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá; y la ley no es de fe, sino que dice: El que hiciere estas cosas vivirá por ellas. Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu (Gá. 3:6-14).

El escritor de Hebreos también alabó la fe de Abraham y lo puso como ejemplo a seguir (He. 11:8-12, 17-19).

Sin embargo, a diferencia de Abraham, los oponentes de Jesús intentaban obtener el favor de Dios por sus propias obras de justicia. No seguían el ejemplo del patriarca, pues “los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham” (Gá. 3:9). La salvación no tiene su base en esfuerzos legalistas, afiliaciones religiosas o trasfondo étnico (cp. Fil. 3:1-7). Más bien, la salvación viene solamente por la fe en Jesucristo. Solo Él es “el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por [Él]” (Jn. 14:6); “en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12) y “hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Ti. 2:5).

Si de verdad hubieran sido hijos de Abraham, los oponentes de Jesús habrían hecho las mismas obras que él hizo. El testimonio de Dios relativo a Abraham era este: “oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes” (Gn. 26:5; cp. 22:18). Pero los oponentes de Jesús procuraban matarlo (cp. v. 37), a un **hombre** que les hablaba **la verdad** que había **oído de Dios**. Tales intenciones asesinas estaban lejos de la obediencia de Abraham. La desobediencia y el rechazo que mostraban para con Dios Hijo probó de modo concluyente que no eran hijos espirituales de Abraham; no es necesario decirlo, **no hizo esto Abraham**.

El contraste entre Abraham y los oponentes de Jesús era agudo: Abraham no era un asesino, ellos buscaban matar a Jesús; Abraham

obedecía y amaba la verdad, ellos lo rechazaban con vehemencia; Abraham le dio la bienvenida a Dios (Gn. 18:1ss.), ellos lo rechazaron (He. 1:1-2). No sorprende que Jesús les volviera a decir: **“Vosotros hacéis las obras de vuestro padre”**. La implicación clara, como en el versículo 38, era que su padre no era ni Dios ni Abraham, era Satanás (v. 44).

LA AFIRMACIÓN DE SER HIJOS DE DIOS

Entonces le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios. Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira. Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis? El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios. (8:41b-47)

Los judíos, enfurecidos por la insistencia continua de Jesús de que no eran descendientes espirituales de Abraham, arremetieron contra Él con insultos feroces. La declaración burlona **“Nosotros no somos nacidos de fornicación”** sin duda era una referencia de menosprecio a la controversia que rodeó el nacimiento de Jesús. En otras palabras, implicaban que el nacimiento de Cristo, a diferencia del de ellos, era ilegítimo (cp. v. 48).

Los líderes judíos insistieron: **“Un padre tenemos, que es Dios”**. Sin duda, tenían en mente pasajes del Antiguo Testamento como Éxodo 4:22: “Israel es mi hijo, mi primogénito” y Jeremías 31:9: “Soy a Israel por padre, y Efraín es mi primogénito” (cp. 3:19; Dt. 32:6; 1 Cr. 29:10). Es cierto que Dios era el Padre de todo Israel en el sentido nacional. Pero hablando espiritualmente, solo era el Padre de quienes habían llegado verdaderamente a la fe salvadora (véase la explicación anterior del v. 37).

Tal vez en este punto los oponentes de Jesús comenzaron a captar lo que Jesús iba a decir pronto: que eran hijos de Satanás (vv. 38, 41). En

respuesta, sostenían que su religión era pura, impoluta por las falsas religiones idólatras. Por lo tanto, no podían ser hijos de Satanás, porque él era el padre espiritual de los paganos. Así, aseveraban con confianza que eran hijos de Dios.

Pero su orgullo era claramente falso; como Jesús les dijo: “**Si vuestro padre fuese Dios** (de lo cual se deduce que no lo era), **ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió**”. Quienes profesan amor a Dios pero rechazan a quien de Dios ha salido, y ha venido, no pueden ser verdaderos hijos de Dios. Por rehusarse a aceptar a Jesús, los líderes judíos socavaron completamente su afirmación de que Dios era su Padre. Como Jesús les había dicho antes, “El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (5:23); después les advirtió: “El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece” (15:23). Los verdaderos hijos de Dios se caracterizan por el amor a su Hijo.

Luego el Señor les hizo una pregunta retórica: “**¿Por qué no entendéis mi lenguaje?**”. La respuesta obvia, Jesús pasó a señalarlo, era que no podían **escuchar** su **palabra**. Como ya se anotó antes en la exposición del versículo 38, su incapacidad para **escuchar** y entender a Jesús probaba que no eran hijos de Dios. En su lugar, esto demostraba que verdaderamente eran hijos **de su padre el diablo**. Ahora Jesús declara sin rodeos lo que implicaba en los versículos 38 y 41: sus oponentes eran hijos de Abraham físicamente, pero espiritual y moralmente eran hijos de Satanás (cp. Mt. 13:38; Hch. 13:10; 1 Jn. 3:12). Por lo tanto, no sorprende que quisieran **hacer los deseos de su padre**. De la misma forma en que los hijos físicos se parecen a sus padres terrenales, estos individuos se asemejaban a Satanás. Como dice el adagio popular, “de tal palo, tal astilla”.

Hay dos **deseos** particulares que caracterizan a Satanás: el homicidio y la mentira. **Desde el principio** fue un **homicida**, dijo Jesús. Aquí se refiere a la caída, cuando Satanás tentó a Adán y Eva y trajo muerte espiritual a toda la raza humana (Gn. 2:17; Ro. 5:12; 1 Co. 15:21-22). La referencia también puede comprender el primer homicidio de la historia, el de Caín y Abel (Gn. 4:1-8). A partir de la caída, el odio de Satanás hacia la humanidad lo ha llevado a merodear “como león rugiente... buscando a quien devorar” (1 P. 5:8). Ni siquiera le importan los hombres más malos, los más devotos a su servicio. Solo son peones que intenta usar contra Dios. El intento que hicieron de matarlo demuestra quién era el padre espiritual de los enemigos de Jesús.

Satanás no solo es homicida, también es mentiroso. **No ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira.** La convincente mentira a Eva—“No moriréis” (Gn. 3:4; cp. 2 Co. 11:3)—llevó a la ruina espiritual de la raza humana. Hasta hoy día sigue engañando a las personas (2 Co. 4:4), claramente “Satanás se disfraza como ángel de luz” (2 Co. 11:14; cp. Ap. 12:9; 20:2-3, 10). El rechazo de los líderes judíos a la verdad encarnada (1:17; 14:6; Ef. 4:21), los marca indiscutiblemente como hijos de Satanás. Jesús declaró: **“Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis?”**. Como hijos de su padre de mentiras, no eran capaces de recibir la verdad.

Por supuesto, estos judíos incrédulos no eran los únicos miembros de la familia espiritual de Satanás; Juan escribió en su primera epístola que quien “practica el pecado es del diablo” (1 Jn. 3:8). Y a menos que el Señor abra el corazón del incrédulo para responder a la verdad (Jn. 6:44; Hch. 16:14; 2 Co. 3:14-16), no la escuchará. En su lugar, “teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas” (2 Ti. 4:3-4). Habiendo sido embaucados por las estratagemas de Satanás (2 Co. 2:11; 4:4; Ef. 6:11) y habiendo participado en su obra, todos los pecadores que no se arrepientan participarán de la condenación de su padre (1 Ti. 3:6).

Cuando el Señor concluía esta sección, retó a sus oponentes con dos preguntas retóricas. La primera—“**¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?**”—es una afirmación audaz a la cual muchos teólogos se refieren como impecabilidad de Cristo; esto es, su completa santidad y separación del pecado. Segunda Corintios 5:21 dice que “no conoció pecado”; Hebreos 4:15 dice que “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”; Hebreos 7:26 lo describe así: “Santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos” y 1 Pedro 2:22 afirma que “no hizo pecado”. Solo el Santo, en comunión íntima con el Padre, se atrevería a lanzar ese reto. Aunque sus enemigos creían erróneamente que él era culpable de pecado, no pudieron probarlo culpable de nada. Delante de Anás, durante su juicio, Jesús lanzó un reto semejante: “Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?” (18:23). Allá, como aquí, el reto no tuvo respuesta.

La segunda pregunta retórica del Señor presionaba implacablemente: **“Si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis?”**. Si no era culpable de pecado, debía estar diciendo la verdad. Por lo tanto, ¿con qué

argumentos lo rechazaban?

Cuando sus oponentes atónitos no le respondieron, Jesús respondió a su propia pregunta: “**El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios**”. El silogismo es claro; la lógica del Señor era irrefutable: **el que es Dios** oye las palabras de Dios; ellos no las oyen; luego ellos **no** son de **Dios**.

Como lo había hecho Juan el Bautista antes de Jesús (Lc. 3:8), Él demolió la falsa esperanza de seguridad que los judíos buscaban por ser descendientes de Abraham. Aunque afirmaban ser hijos de Abraham (en linaje y en fe), Jesús les dejó claro que en lo espiritual eran hijos de Satanás. A menos que se arrepintieran, estaban destinados a participar del castigo del diablo en el infierno. Lo mismo es cierto para quien pone su esperanza en algo diferente a la persona y la obra de Jesucristo.

32 Jesús confronta a sus enemigos

Respondieron entonces los judíos, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio? Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, antes honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis. Pero yo no busco mi gloria; hay quien la busca, y juzga. De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte. Entonces los judíos le dijeron: Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas; y tú dices: El que guarda mi palabra, nunca sufrirá muerte. ¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? ¿Y los profetas murieron! ¿Quién te haces a ti mismo? Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios. Pero vosotros no le conocéis; mas yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco, y guardo su palabra. Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó. Entonces le dijeron los judíos: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy. Tomaron entonces piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo; y atravesando por en medio de ellos, se fue. (8:48-59)

Desde la rebelión inicial de Satanás (cp. Is. 14:12-14; Ez. 28:12-16; Lc. 10:18), él ha intentado sin descanso hacerle la guerra a Dios y sus siervos. El conflicto, que se inició en la esfera angélica (Dn. 10:13, 20; Ef. 6:12; Ap. 12:4, 7-9), llegó a la tierra cuando Satanás tentó a Adán y Eva en el huerto del Edén (Gn. 3:1-19). Desde entonces, el diablo ha hecho todo en su poder, amplio pero limitado, para menoscabar los propósitos de Dios y oscurecer su mensaje. Aunque hay absoluta certeza de la victoria total y completa de Dios (1 Co. 15:24-25; Ap. 20:10), en el presente la batalla espiritual continua desarrollándose (2 Co. 4:3-4; Ef. 6:12-18).

En tanto la guerra cósmica de todas las épocas ha tenido como escenario la historia humana, los hombres de Dios han confrontado sistemáticamente a los enemigos satánicos de la verdad divina; hombres

como Moisés, quien exigió que el faraón dejara ir a su pueblo (Éx. 5:1; 6:27); Micaías, quien reprendió con audacia al rey Acab (1 R. 22:6-28); Elías, quien retó a los profetas de Baal (1 R. 18:19-40); Juan el Bautista, quien reprobó a los fariseos y saduceos corruptos (Mt. 3:7-10); Esteban, quien confrontó al sanedrín y pago por ello con su vida (Hch. 7:51-53); Pedro y Juan, quienes denunciaron a Simón el mago (Hch. 8:9-24) y Pablo y Bernabé, quienes condenaron a Barjesús, el falso profeta (Hch. 13:9-11).

Pero sobre todos los héroes humanos de la fe, el Señor Jesucristo confrontó las huestes del infierno. Juan escribió en 1 Jn 3:8 así: “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (cp. Gn. 3:15; Mr. 1:24; Col. 2:15; He. 2:14). Jesús advirtió que su misión traería conflicto: “No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada” (Mt. 10:34).

Los Evangelios sinópticos están repletos de enfrentamientos entre Cristo y las fuerzas de Satanás, tanto las demoníacas (p. ej., Mt. 8:31; 17:14-18; Mr. 7:25-30; Lc. 4:33-35, 41; 9:42; 11:14; 13:32) como las humanas. En el nivel humano, el liderazgo religioso judío (compuesto principalmente por falsos maestros justos en su propia opinión) recibió sus ataques más fuertes. Los líderes judíos—hipócritas apóstatas—eran en realidad los enemigos del Dios a quien decían servir; y Jesús estuvo presto a exponer esa condición espiritual.

Cuando los escribas y fariseos insistieron en que realizara una señal para ellos (Mt. 12:38; cp. 16:1-4), Jesús “respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás” (Mt. 12:39). Cuando exigieron saber por qué sus discípulos no guardaban las tradiciones de los ancianos (Mt. 15:1-2), Jesús los denunció por hipócritas (v. 7), con corazones alejados de Dios (v. 8), adoración vana (v. 9) y enseñanzas falsas (v. 9). Cuando cuestionaron su enseñanza sobre el divorcio (Mt. 19:3), Jesús los reprendió por ser adúlteros y duros de corazón (vv. 8-9). Cuando los saduceos permitieron que los mercaderes avaros corrompieran el templo santo de Dios, Jesús los echó físicamente (Mt. 21:12-13). Cuando los líderes religiosos refunfuñaron porque Él comía con los pecadores y publicanos (Lc. 5:30), Jesús condenó con sarcasmo su arrogante justificación de sí mismos (vv. 31-32). Cuando expresaron sorpresa porque el Señor no se lavaba ceremoniosamente antes de comer (Lc. 11:37-38), los acusó de ser justos externamente, pero impíos en el interior (vv. 39-40). Cuando un oficial de la sinagoga se indignó porque Jesús

sanó en el día de reposo (Lc. 13:14), el Señor expuso su hipocresía por preocuparse más por el bienestar de los animales que de las personas (vv. 15-16; cp. 14:1-6). Y “a unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros” (Lc. 18:9), Jesús les contó una parábola que contrastaba la arrogante justicia propia de un fariseo con la penitencia humilde de un publicano (vv. 10-14). El Señor quería decir que “cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (v. 14) y a quien Dios justificó fue al publicano, no al fariseo (v. 14).

El juicio y la condenación del Señor de los líderes religiosos falsos llegó a su punto máximo durante la semana de la pasión. En Mateo 23, Jesús pronunció sobre ellos una retribución séptupla por ser hijos del infierno (v. 15), por excluir del reino de Dios a los demás con su enseñanza falsa (v. 13), por incumplir sus juramentos (v. 16), por dar el diezmo con diligencia, pero ignorar los aspectos más importantes de la ley (vv. 23-24), por observar la ley externamente, pero estar llenos de impiedad internamente (v. 25), por parecer justos, pero estar contaminados en realidad (vv. 27-28) y por distanciarse de sus ancestros homicidas de profetas (vv. 29-30), pero planear al mismo tiempo el homicidio del Mesías.

En este Evangelio también se describe la confrontación activa de Jesús con los siervos del enemigo; en particular, como en los sinópticos, al liderazgo apóstata de Israel. Cuando limpió el templo (el incidente registrado en Juan 2:13-17 y ocurrido al inicio de su ministerio público, a diferencia del de los sinópticos que ocurrió cerca del final), enfureció a las autoridades judías, que demandaron una señal para probar su autoridad (v. 18). Cuando los líderes religiosos lo persiguieron por sanar a un hombre en día de reposo (5:16), Jesús aseveró con audacia su deidad e igualdad con el Padre (5:17-23). Después de sanar a un ciego de nacimiento, Jesús declaró: “Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados” (9:39). “¿Acaso nosotros somos también ciegos?”, protestaron algunos fariseos ofendidos (v. 40) “Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece”, replicó Jesús (v. 41). Los judíos exasperados lo arrinconaron en el templo “y le dijeron: ¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente” (10:24). La respuesta de Jesús fue reprenderlos por su incredulidad porfiada frente a la evidencia abrumadora (v. 25) y declararles que no creían porque no eran de su rebaño (v. 26).

Los versículos 48-59 del capítulo 8 registran otra escaramuza en la batalla continua entre el Señor y los líderes religiosos judíos hostiles. El pasaje marca el final del diálogo entre Jesús y los líderes, cuyo comienzo estaba en el versículo 12. A medida que la conversación continuaba, los líderes crecían en agitación y eran más ofensivos. Cuando Jesús declaró en los versículos 31-32 que la libertad espiritual viene solo por ser discípulos de Él, “le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?” (v. 33). Cuando insinuó que Dios no era el padre de ellos (vv. 38, 41), le dijeron burlescamente: “Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios” (v. 41). La acusación de Jesús llegó a su punto máximo en el versículo 44, donde les declaró abiertamente que eran hijos de Satanás. Eran mentirosos, asesinos y enemigos de Dios, como su padre.

Esta porción final del diálogo se puede explicar bajo cuatro encabezados: la deshonra, la duda, el reto y la desaparición.

LA DESHONRA

Respondieron entonces los judíos, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio? Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, antes honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis. Pero yo no busco mi gloria; hay quien la busca, y juzga. De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte. (8:48-51)

Los judíos, airados por el pronunciamiento de Jesús que los hacía hijos de Satanás (v. 44), arremetieron contra Él y le dijeron: “**¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio?**”. Probablemente lo llamaron samaritano en parte porque Él, como los samaritanos, cuestionaba las afirmaciones de ser hijos verdaderos de Abraham. También podían estar repitiendo el insulto del versículo 41, donde cuestionaron la legitimidad del nacimiento de Jesús en cuanto a judío de pura sangre (para una exposición mayor de estos dos casos véase el capítulo anterior de esta obra, de 8:37-47).

En cualquier caso, obviamente, los judíos eran incapaces de contradecir la aguda sabiduría de Jesús. Por lo tanto, se apoyaron en ataques *ad hominem* y le ponían apodosos en vez de refutar sus argumentos. En este caso, con sorna lo denunciaron por **samaritano**, el

insulto mayor que podían lanzarle un judío a otro. Las palabras de Jesús (en los vv. 37-47) habían tocado un nervio. Pero en lugar de responder con arrepentimiento, los judíos lo ridiculizaban.

Los judíos despreciaban el mestizaje físico y espiritual de los samaritanos. Recuérdese que los samaritanos eran descendientes de los judíos que permanecieron en el reino del norte después de su caída y se casaron con paganos que los asirios ubicaron allí (2 R. 17:23-24). Cuando los samaritanos ofrecieron su ayuda para reconstruir el templo, después del exilio, los judíos los rechazaron y los samaritanos se sintieron insultados (Esd. 4:1-3). La rivalidad aguda entre los dos grupos se intensificó durante el período intertestamentario. Pero en los tiempos de Jesús la animosidad era tan grande que los judíos evitaban por todos los medios el trato con los samaritanos (Jn. 4:9), incluso algunos se negaban a viajar por Samaria. Algunos samaritanos les devolvían la atención negando a los judíos la hospitalidad cuando viajaban por su región (Lc. 9:51-53). Sin embargo, Jesús no respetaba las barreras religiosas. La primera vez que reveló ser el Mesías fue ante una mujer samaritana (Jn. 4:25-26) y también usó a un samaritano para ilustrar al buen prójimo (Lc. 10:33-35). Para una explicación mayor de los samaritanos, véase la exposición de 4:9 en el capítulo 11 de esta obra).

Cuando le decían samaritano a Jesús, los líderes religiosos judíos en efecto lo etiquetaban como falso maestro (porque obviamente no estaba de acuerdo con su interpretación de la ley) y traidor de Israel (porque se ubicaba del lado de los samaritanos, los peores enemigos de Israel). Confiaban ellos, en su ceguera, que Él debía ser un enemigo de Dios.

Guiados por la rabia, llevaron sus acusaciones un paso más allá, hasta el punto de afirmar que Jesús también estaba poseído por un **demonio**; la misma acusación difamatoria que le habían endilgado ya a Juan el Bautista (Mt. 11:18). No era la primera vez que hacían tan indignante alegato contra Él. En Marcos 3:22, “los escribas que habían venido de Jerusalén decían que tenía a Beelzebú, y que por el príncipe de los demonios echaba fuera los demonios” (cp. 3:30; Mt. 10:25). En Juan 7:20 leemos “Respondió la multitud [a Jesús] y dijo: Demonio tienes; ¿quién procura matarte?”. Más adelante, en el Evangelio de Juan, la acusación se haría de nuevo: “Muchos de ellos [judíos] decían: Demonio tiene, y está fuera de sí; ¿por qué le oís?”(10:20). Decir que alguien estaba poseído por el demonio era equivalente a decir que estaba loco, porque una persona poseída no actuaba racionalmente (p. ej., Lc. 8:27, 29, 35; 9:38-39). En clara demostración de su ceguera espiritual, procesaban todo lo

que Jesús decía y los llevaba a concluir que un demonio lo había vuelto loco. Esta clase de decisión ante la revelación total se describe en Hebreos 6:4-8:

Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio. Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada.

Pero Jesús no respondió igual a sus acusaciones maliciosas; “cuando le maldecían, no respondía con maldición” (1 P. 2:23; cp. Pr. 15:1). Más bien, calmadamente **respondió**: “**Yo no tengo demonio**”. De hecho, lo cierto era lo contrario: “**antes honro a mi Padre**” (cp. v. 29; 4:34; 5:19, 30; 6:38; 14:31; 15:10; 17:4; Mt. 3:17; 17:5). Así, Él no podía estar poseído porque ninguna persona en este estado tendría posibilidad de honrar a Dios.

Irónicamente, al deshonar a Jesús, deshonoraban al mismo Dios a quien llamaban Padre. Ya les había dicho el Señor: “Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió” (v. 42). “El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (5:23; cp. 15:23; 1 Jn. 2:23). Por eso, el Padre solo honra a quienes honran a su Hijo (12:26; cp. 1 Co. 12:3).

A diferencia de sus oponentes, quienes se exaltaban a sí mismos (5:44; cp. 7:18; 12:43; Mt. 23:5; Lc. 16:15). Jesús **no** buscaba su **gloria**. Si este hubiera sido su deseo, habría permanecido en el cielo y continuado en la gloria divina que le pertenecía desde toda la eternidad (Jn. 17:5, 24). Sin embargo, Cristo no vino a la tierra para buscar elogios, sino “a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10); “para llevar los pecados de muchos” (He. 9:28; cp. Is. 53:11-12) y a salvar “a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21). Como dice Charles Wesley, del Creador omnipotente (Jn. 1:3; Col. 1:16; He. 1:2) y sustentador del universo (Col.

1:17; He. 1:3):

Nada retiene al descender, excepto su amor y su deidad;
 Todo lo entrega: gloria, prez, corona, trono, majestad.
 Ver redimidos es su afán los tristes hijos de Adán.
 ¿Hay maravilla cual su amor? ¡Morir por mí con tal dolor!
 (Charles Wesley, “Cómo en su sangre pudo haber”)

Aunque Jesús no buscaba su propia gloria, **hay quien** busca honrar al Hijo: el Padre. A diferencia de los pecadores, Él **juzga** correctamente y ha determinado que su Hijo es digno de gloria. Tanto en el bautismo de Cristo (Mt. 3:17) como en su transfiguración (Mt. 17:5), el Padre dijo del Hijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”.

Y estando [el Hijo] en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Fil. 2:9-11).

En un pasaje paralelo del Antiguo Testamento, el salmista describe la glorificación del Hijo por el Padre:

*“He establecido a mi rey
 sobre Sión, mi santo monte”.
 Yo proclamaré el decreto del SEÑOR:
 “Tú eres mi hijo”, me ha dicho;
 “hoy mismo te he engendrado.
 Pídeme,
 y como herencia te entregaré las naciones;
 ¡tuyos serán los confines de la tierra!
 Las gobernarás con puño de hierro;
 las harás pedazos como a vasijas de barro”.
 Ustedes, los reyes, sean prudentes;
 déjense enseñar, gobernantes de la tierra.
 Sirvan al SEÑOR con temor;*

con temblor ríndanle alabanza.

*Bésenle los pies, no sea que se enoje
y sean ustedes destruidos en el camino,
pues su ira se inflama de repente.*

¡Dichosos los que en él buscan refugio! (Sal. 2:6-12, NVI).

Siguiendo el mismo patrón, el Salmo 110:1 dice: “Así dijo el SEÑOR a mi Señor: ‘Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies’” (NVI). Y en Isaías 52:13 el Padre declaró del Hijo: “He aquí que mi siervo será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto”. Después de la muerte y resurrección de Cristo, Él ascendió al lugar de honor supremo, a la mano derecha del Padre (Mt. 26:64; Hch. 2:33-35; 5:31; 7:55-56; Ro. 8:34; Ef. 1:20; Col. 3:1; He. 1:3; 8:1; 10:12; 12:2; 1 P. 3:21-22).

Jesús hizo esta promesa a quienes le honran y le glorifican por obediencia a su llamamiento de salvación: “**De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte**”. *Amēn, amēn (De cierto, de cierto)*, como ocurre siempre en el Evangelio de Juan (cp. vv. 34, 58; 1:51; 3:3, 5, 11; 5:19, 24-25; 6:26, 32, 47, 53; 10:1, 7; 12:24; 13:16, 20-21, 38; 14:12; 16:20, 23; 21:18), presenta una declaración de importancia mayor. **El que guarda su palabra** (es decir, la obedece; cp. v. 55; 14:15, 21, 23-24; 15:10, 20; Mt. 5:19) es un verdadero hijo de Dios (Jn. 1:12), está en su reino (3:3-5), es su verdadero discípulo (8:31) y nunca experimentará la separación eterna de Dios (Ap. 2:11; 20:6; cp. 20:14; 21:8). Jesús declaró a Nicodemo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16). En 5:24 reiteró esa verdad: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”. Jesús es “el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera” (6:50). Cuando confortaba a Marta después de la muerte de su hermano Lázaro, el Señor declaró: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?” (11:25-26).

Aquí la declaración de Jesús solo es otra manera de expresar la verdad de que la vida eterna es el resultado de creer con humildad y obediencia en su Palabra y seguirlo (Mt. 19:29; 25:46; Jn. 3:15-16, 36; 4:14; 5:24; 6:27, 40, 47, 54, 63, 68; 10:10, 28; 17:2-3; Ro. 5:21; 6:23; 1 Ti. 1:16; 1

Jn. 5:11-12). Aun a quienes rechazaban con desdén su Evangelio y lo deshonraban, Jesús ofrecía con misericordia la vida eterna; otra oferta que intensificaba la severidad del juicio eterno si lo rechazaban (Lc. 12:47-48).

LA DUDA

Entonces los judíos le dijeron: Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas; y tú dices: El que guarda mi palabra, nunca sufrirá muerte. ¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? ¡Y los profetas murieron! ¿Quién te haces a ti mismo? Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios. Pero vosotros no le conocéis; mas yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco, y guardo su palabra. Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó. Entonces le dijeron los judíos: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy. (8:52-58)

Al oír las palabras de Jesús en un sentido terrenal y estrictamente literal, los judíos incrédulos replicaron: **“Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas; y tú dices: El que guarda mi palabra, nunca sufrirá muerte. ¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? ¡Y los profetas murieron! ¿Quién te haces a ti mismo?”**. Ni el venerado patriarca Abraham ni ninguno de los profetas tenía el poder para derrotar a la muerte, pues todos ellos murieron. Lanzando a Jesús sus propias palabras de vuelta—**“el que guarda mi palabra, nunca sufrirá muerte”**—los líderes judíos exigieron indignados: **“¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham o los profetas que murieron? ¿Quién te haces a ti mismo?”**. O **“¿Quién te crees que eres?”**. El tono de su pregunta es ofensivo, obviamente; estaban seguros de que solo una persona endemoniada podía hacer una afirmación tan descabellada.

Con calma y paciencia, Jesús les repitió la verdad que había declarado en los versículos 49 y 50: **“Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica”**. No buscaba Él su propia gloria, pero estaba seguro sabiendo que el Padre lo glorifica. Las

afirmaciones de Jesús no eran las de un maniaco o endemoniado, porque su gloria no es maligna ni satánica, es divina. Le pertenecía por su relación eterna con el Padre (17:24); Aquel de quien los líderes judíos decían **que** era su **Dios**. Era absurdo que ellos piadosamente afirmaran conocer a Dios mientras blasfemaban y rechazaban a su Hijo. Por lo tanto, Jesús volvió a señalar lo obvio, les dijo claramente: **“Vosotros no le conocéis”**. A pesar de su pretensión externa, no conocían a Dios; eran hijos de Satanás (v. 44). Se engañaban creyendo que eran hijos de Dios y que Jesús estaba aliado con el diablo (cp. Mt. 12:24).

A pesar de la oposición fiera de sus oponentes y del resultado, Jesús se negó firmemente a retractarse o rechazar que Él conociera al Padre. Afirmó: **“Yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco, y guardo su palabra”**. Eran mentirosos porque afirmaban conocer a Dios pero no era así; Jesús habría sido mentiroso si negara conocer a Dios, a quien conocía en unidad profunda y eterna (cp. 1:18; 7:29; 10:15; Mt. 11:27). El Señor sostuvo la verdad del conocimiento divino que tenía de su Padre en unidad natural con Él, aunque este asunto fuera el tema por el que buscaban matarlo (cp. Jn. 19:6-7).

En contraste con el rechazo de ellos, el Señor les dijo: **“Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó”**. Hebreos 11:13 registra que Abraham vio y le dio la bienvenida al día de Cristo. Vio en su hijo Isaac el comienzo del cumplimiento del pacto de Dios con él (Gn. 12:1-3; 15:1-21; 17:1-8) que culminaría en la venida del Mesías. Una vez más (cp. vv. 39-40), Jesús contrastó el comportamiento de sus oponentes con el del patriarca, probando así que no eran hijos espirituales de Abraham. Querían matar a Aquel en quien Abraham se había regocijado (cp. v. 37).

Los judíos, persistiendo con terquedad en la mala interpretación de las palabras de Jesús, le dijeron: **“Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?”**. Abraham había vivido hacía más de dos milenios, no era posible que Jesús lo hubiera visto. También torcían las palabras de Jesús; el Señor no dijo que Él había visto a Abraham, sino que Abraham lo había visto a Él (proféticamente). Debe notarse que la declaración de los judíos no es que Jesús tuviera **cincuenta años**, sino que le calculaban el máximo. El Señor debía estar al comienzo de sus treinta, pues tendría treinta años cuando comenzó su ministerio (Lc. 3:23).

El punto culminante de la respuesta de Jesús no era menos que una afirmación de deidad. El Señor buscaba una vez más apropiarse del

nombre sagrado de Dios (véase la explicación de 8:24 en el capítulo 29 de esta obra). Obviamente, como Dios eterno (Jn. 1:1-2) existía antes de Abraham. Homer Kent lo explica: “Usando el atemporal ‘Yo soy’ en lugar del ‘Ya era’, Jesús no solo transmitía la idea de ser anterior a Abraham, sino de ser atemporal; la misma naturaleza de Dios (Éx. 3:14)” (*Light in the Darkness* [Luz en la oscuridad] [Grand Rapids: Baker, 1974], pp. 128-129).

EL RETO

Tomaron entonces piedras para arrojárselas; (8:59a)

Los líderes judíos entendían perfectamente la afirmación de Jesús. En respuesta, su odio ardió hasta la violencia. Enfurecidos por lo que consideraron una blasfemia (cp. 10:33), se hicieron jueces y **tomaron entonces piedras para arrojárselas** (cp. Lv. 24:16).

He aquí el poderoso puño de la incredulidad: ni siquiera frente a la evidencia irrefutable estaban dispuestos a aceptar que Jesús, Dios en carne humana, era incapaz de blasfemar; más bien, todas sus afirmaciones, sin importar lo sorprendentes que parecían, eran verdad absoluta. ¡Cuán irónico que los líderes religiosos judíos, al parecer apasionados por la honra de Dios, que estaban listos para lapidar a un blasfemo, estaban acusando al mismo Dios de blasfemar a Dios!

LA DESAPARICIÓN

pero Jesús se escondió y salió del templo; y atravesando por en medio de ellos, se fue. (8:59b)

Es importante notar que el Señor no protestó que lo hubieran malinterpretado. Claramente, afirmaba ser Dios. Como aún no había llegado su hora (Jn. 7:30; 8:20; 13:1), **Jesús** no permitiría que lo mataran; sin embargo, de modo sobrenatural, **se escondió y salió del templo** (Lc. 4:30; la descripción breve y directa de este escape milagroso recuerda cómo registra otros sucesos sobrenaturales en su Evangelio; cp. Jn. 6:11, 19). Así finaliza este diálogo trágico entre Jesús y los líderes religiosos judíos condenados.

Como sucedió en esta ocasión, siempre hay solo dos opciones posibles para responder a las afirmaciones de Jesús. La primera es aceptar

que son ciertas e inclinarse ante Él en fe humilde y arrepentida, confesándolo como Señor y Salvador. La otra respuesta, ilustrada por los oponentes de Jesús en este pasaje, es el rechazo amargo y endurecido. El resultado trágico y espantoso de tal respuesta será la condenación eterna en el infierno. Como lo advirtió el Señor: “Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (8:24).

33 Jesús abre los ojos del ciego

Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él. Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar. Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo. Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo. Entonces los vecinos, y los que antes le habían visto que era ciego, decían: ¿No es éste el que se sentaba y mendigaba? Unos decían: Él es; y otros: A él se parece. Él decía: Yo soy. Y le dijeron: ¿Cómo te fueron abiertos los ojos? Respondió él y dijo: Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos, y me dijo: Ve al Siloé, y lávate; y fui, y me lavé, y recibí la vista. Entonces le dijeron: ¿Dónde está él? Él dijo: No sé. (9:1-12)

La enfermedad es un efecto universal de la caída, cuyo resultado, a raíz del pecado, es muerte y decaimiento de la existencia en un mundo imperfecto. Aflige a todos los seres humanos y nos recuerda a todos de tanto en tanto que “somos polvo” (Sal. 103:14) “y al polvo [volveremos]” (Gn. 3:19) un día. No importa cuán cuidadosas o conscientes de su salud intenten ser las personas, la enfermedad a la larga es inevitable.

A lo largo de toda la historia los brotes masivos de enfermedad han destruido las vidas de millones. En el siglo XIV, la infame “muerte negra” (la peste bubónica) mató entre un tercio y la mitad de la población europea. En el siglo XIX, en la guerra civil de Estados Unidos murieron el doble de soldados por enfermedad que por bajas en combate. Y en el siglo XX, la epidemia de influenza de 1918-1919 reclamó entre treinta y cincuenta millones de vidas, haciendo diminuto el número de muertos por la primera guerra mundial. Aun hoy, cuando muchas enfermedades ya no son una amenaza, el virus del SIDA sigue matando a miles, al igual que

las heridas, el cáncer y los problemas del corazón. Quienes se dedican a investigar y tratar las enfermedades tienen la más alta consideración en la sociedad. Y está bien, pues ellos aportan la primera línea de defensa de la sociedad contra los males físicos ubicuos.

A pesar de todas las tecnologías sofisticadas que utilizan, los profesionales médicos modernos tienen limitaciones en la cantidad de curaciones que a la larga pueden ofrecer. Los avances científicos de los tiempos recientes son de verdad impresionantes, pero lo máximo que pueden hacer es retrasar la muerte. Por otro lado, Dios no tiene ninguna limitación en su capacidad para sanar. Como con todas las cosas en la vida, Él es soberano sobre la enfermedad y la sanidad (cp. Dt. 32:39). Tiene poder para hacer lo que quiera (Sal. 115:3) y, en ciertos momentos históricos, ha decidido sanar de maneras sobrenaturales.

En el Antiguo Testamento hay constancia de ejemplos de sanidades milagrosas divinas, aunque son raros y están confinados a tiempos limitados. Dios sanó a Naamán el leproso (2 R. 5:1-14); a Ezequías en una enfermedad terminal (2 R. 20:1-11); a los israelitas de las mordeduras venenosas de las serpientes (Nm. 21:6-9); a Sara, Lea y Raquel de infertilidad (Gn. 21:1-2; 29:31; 30:22) y a Job de una enfermedad debilitadora (Job 42:10). Además se habla de tres muertos resucitados: la viuda de Sarepta (1 R. 17:17-24), el hijo de la mujer sunamita (2 R. 4:18-37) y un hombre cuyo cuerpo había sido lanzado a la tumba de Eliseo (2 R. 13:21).

En el Nuevo Testamento, el libro de Hechos también registra ejemplos de sanidades divinas. Dios sanó por medio de los apóstoles, y para autenticarlos como mensajeros de la verdad divina (cp. 2 Co. 12:12), a paralíticos en Jerusalén (Hch. 3:6) y Listra (14:8-10), a los enfermos sobre quienes pasaba la sombra de Pedro (5:15-16), a muchos paralíticos en Samaria (8:7), a quienes tocaron los paños o delantales de Pablo (19:11-12) y al padre de Publio en la isla de Malta (28:8-9). Además, Dorcas (9:36-43) y Eutico (20:9-12) resucitaron. Más allá del ministerio apostólico en el registro de Hechos, los milagros están ausentes de las Escrituras hasta el regreso del Señor profetizado en Apocalipsis.

Con mucho, la más grande manifestación de sanidades milagrosas en la historia se dio durante el ministerio terrenal del Señor Jesucristo. No ha ocurrido nunca nada ni remotamente parecido al despliegue milagroso que se dio por medio de Él y así debía ser. Se ha dicho que Él casi acabó con las enfermedades en Palestina durante aquella época, en una explosión de sanidades milagrosas (cp. Mt. 4:23-25; 8:16; 9:35; 12:15; 14:35-36;

15:30; Lc. 6:17-19; 7:21; 9:11; Jn. 21:25) a favor de varias razones y propósitos vitales: llevar a cabo su ministerio profético (Mt. 8:17), autenticar su ministerio mesiánico (11:2-5; cp. Jn. 20:30-31; Hch. 2:22), dar la gloria a Dios (Jn. 9:3; 11:4) y, lo más importante, demostrar su deidad (Mr. 2:7, 10).

Hay al menos seis características principales del ministerio de sanidades de Jesús. Primera, Jesús sanaba solo con una palabra o un toque (Mt. 8:5-13, 15; 9:6, 20-22; 14:35-36; 20:34; Mr. 5:24-29; Lc. 13:10-13; Jn. 5:1-9).

Segunda, Jesús sanaba instantáneamente (Mt. 8:3, 13, 15; 9:6-7, 28-30; 15:28, 30-31; 17:18; 20:34; Mr. 3:1-5; 5:29; 7:33-35; Lc. 13:10-13; 17:14; Jn. 4:53; 5:9); a diferencia de algunos sanadores de fe modernos, ninguna de sus sanidades era progresiva o gradual. Así, no hay duda de que eran milagros genuinos, no recuperaciones naturales con el tiempo.

Tercera, Jesús sanaba completamente. Por ejemplo, después de sanar a la suegra de Pedro, “levantándose ella al instante, les servía” (Lc. 4:39). Cuando Jesús sanó a cierto paralítico, el hombre también “se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos” (Mr. 2:12; cp. Jn. 5:9). Como resultado inmediato de las sanidades de Jesús, el ciego vio, el cojo caminó, los leprosos se limpiaron y los sordos oyeron; todos se restauraron físicamente por completo (3:2; 7:31; 9:16; 11:47; Hch. 2:22).

Cuarta, Jesús sanó a todos los que acudieron a Él. A diferencia de los sanadores de fe contemporáneos, no desilusionó a los enfermos a su paso. Lucas 4:40 dice: “Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los traían a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba” (cp. 9:11).

Quinta, Jesús sanó las enfermedades físicas y orgánicas; no males invisibles como dolor de espalda, pálpitos del corazón y dolores de cabeza. Restauró y reemplazó las piernas de los lisiados (Mt. 11:5), las manos secas (12:10-13), las columnas encorvadas (Lc. 13:10-13), los ojos ciegos (Mt. 9:28-30) y los oídos sordos (Mr. 7:32-37). No había enfermedades más allá de su poder, luego sanó “toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mt. 4:23).

Por último, a diferencia de los embaucadores modernos, Jesús resucitaba muertos (Mr. 5:22-24, 35-43; Lc. 7:11-16; Jn. 11:43-44; cp. Mt. 11:5).

En este pasaje, la sanidad del ciego no puede explicarse como otra cosa diferente a su poder milagroso y divino. (La Biblia dice que la autoridad del Padre le concedió a Jesús el poder [Mt. 12:28; Lc. 5:17;

11:20; Jn. 5:19; Hch. 2:22; 10:38], entregado por el Espíritu Santo [Lc. 4:14; Mt. 12:22-32], porque en su encarnación Él entregó voluntariamente el ejercicio independiente de sus atributos divinos). No podía ser una recuperación natural de la visión porque el hombre era ciego de nacimiento (9:1) y vio inmediatamente (v. 7). No podría ser el resultado de un tratamiento médico porque la cura de la ceguera estaba mucho más allá del conocimiento médico limitado de la época.

El flujo del relato tiene cuatro elementos: el problema, el propósito, el poder y la perplejidad.

EL PROBLEMA

Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. (9:1)

Algunos relacionan la frase *Al pasar* con la narración previa, y ubican este acontecimiento a continuación de que Jesús saliera del templo (8:59). Sin embargo, la redacción es lo suficientemente general como para determinar el tiempo y la ubicación de la sanidad. El incidente debió haber ocurrido en Jerusalén porque Jesús envió al ciego a lavarse en el estanque de Siloé (v. 7). El templo era la ubicación principal de los mendigos (cp. Mt. 21:14; Hch. 3:1-10), pues era más probable que les dieran limosnas quienes iban a adorar a allí. El templo también era el lugar donde se reunían las multitudes. Entonces, posiblemente, el Señor se encontró con este hombre en las cercanías del templo.

La ceguera era también algo muy frecuente en el mundo antiguo (cp. Lv. 19:14; 21:18; Dt. 27:18; 28:29; 2 S. 5:6, 8; Job 29:15) y los ciegos a quienes nadie cuidaba quedaban reducidos a la mendicidad (cp. Mr. 10:46). Como predijo Isaías 42:7 que haría el Mesías, Jesús les dio vista a los ciegos en repetidas ocasiones (Mt. 9:27-28; 11:5; 12:22; 15:30-31; 20:30-34; 21:14; Mr. 8:22-25; Lc. 4:18).

El texto no dice cómo supieron los discípulos que este hombre había **nacido ciego** (v. 2). Se supone que era alguien muy conocido y su historia era de conocimiento público. O tal vez se la había explicado el ciego. En cualquier caso, esta es la única vez en que los Evangelios registran la sanidad de alguien con una enfermedad congénita.

EL PROPÓSITO

Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o

sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él. Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar. Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo. (9:2-5)

La condición del ciego creó un dilema teológico en la mente de los **discípulos**. Plantearon una pregunta que suponía la doctrina popular judía según la cual el sufrimiento físico de una persona es resultado directo del pecado personal: “**Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?**”. Por lo tanto, veían dos explicaciones posibles para esta condición: la ceguera había sido provocada por los pecados de este hombre o los de **sus padres**.

Pero este hombre, siendo ciego de nacimiento, no podría ser responsable a menos que hubiera pecado antes de nacer. Tal vez los discípulos consideraban esa posibilidad, pues en el judaísmo de la época era amplia la creencia de que los niños podían pecar desde el vientre. Además, algunos judíos helenos, influenciados por la filosofía griega, argumentaban la preexistencia del alma (por supuesto, la Biblia rechaza estas perspectivas). Por otro lado, si los padres eran los responsables, es muy poco justo que su hijo recibiera el castigo por su pecado.

Aunque el razonamiento de los judíos no era ilógico del todo, tenía su base en una premisa falsa. Ciertamente, es verdad que el sufrimiento en general es a la larga resultado del pecado. También es cierto que una enfermedad específica puede ser consecuencia directa de un pecado específico. Por ejemplo, María se enfermó de lepra por rebelarse contra la autoridad de Moisés (Nm. 12:10). Jesús antes le había advertido al que sanó en el pozo de Betesda: “Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor” (Jn. 5:14). El apóstol Pablo también dijo a los corintios que estaban participando indignamente de la Sana Cena: “Por [esto] hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen” (1 Co. 11:30).

Trágicamente, también hay ocasiones en que los hijos se ven forzados a sufrir las consecuencias naturales de los pecados de los padres. Por ejemplo, los ojos de los bebés de madres con gonorrea se pueden infectar cuando están naciendo. Si no hay un tratamiento médico después del nacimiento, el resultado puede ser la ceguera. La salud de un bebé también puede afectarse por las madres fumadoras, y por el abuso de

drogas y alcohol durante el embarazo.

Los discípulos también podrían estar pensando en ciertos pasajes del Antiguo Testamento en que Dios parece prometer castigo sobre los hijos de los padres pecadores. En Éxodo 20:5 Dios le dijo a Israel: “Visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen”. Éxodo 34:7 repite la advertencia: Dios “de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (cp. Nm. 14:18; Dt. 5:9).

Sin embargo, tales pasajes deben entenderse en un contexto nacional o de su sociedad. El asunto es que el efecto corruptor de una generación impía se filtra en las generaciones siguientes. Esta realidad es obvia y axiomática. La idea de que un niño reciba el castigo por los pecados de sus padres es un concepto ajeno a las Escrituras. Deuteronomio 24:16 ordena: “Los padres no morirán por los hijos, ni los hijos por los padres; cada uno morirá por su pecado” (cp. 2 Cr. 25:4). Dios declaró a través de Jeremías: “En aquellos días no dirán más: Los padres comieron las uvas agrias y los dientes de los hijos tienen la dentera, sino que cada cual morirá por su propia maldad; los dientes de todo hombre que comiere las uvas agrias, tendrán la dentera” (Jer. 31:29-30). Ezequiel 18:20 añade: “El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él”.

Sin embargo, las generaciones siguientes (“la tercera y la cuarta” [Éx. 34:7]) de hijos han sufrido las consecuencias de la desobediencia en generaciones previas. Por ejemplo, los hijos hebreos del éxodo, sufrieron cuarenta años en el desierto por los pecados de sus padres. Siglos después, cuando los reinos del sur y del norte estuvieron cautivos, las generaciones de hijos sufrieron los pecados de sus ancestros.

La respuesta de Jesús expuso el error del razonamiento de los discípulos: “**No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él**”. No siempre hay un enlace directo entre el sufrimiento y el pecado personal. Cuando los supuestos consejeros de Job apoyaron la argumentación que dieron al sufrimiento de este en tal suposición errada, le causaron una aflicción innecesaria (cp. Job 13:1-13; 16:1-4) y al final recibieron una reprensión divina (42:7). En otra ocasión, Jesús enseñó que ni los galileos que Pilato había matado en el templo ni quienes murieron cuando la torre de Siloé les cayó encima (Lc. 13:1-5) habían sufrido así por ser pecadores muy malvados; como

sus oyentes suponían. En su lugar, el Señor usó esos dos incidentes para advertir que todos los pecadores, incluyéndolos a ellos, enfrentan la muerte, y cuando esta venga, ellos perecerán, a menos que se arrepientan y confíen en Él.

La verdad era que, como Job (Job 1—2), el ciego sufrió aflicción **para que las obras de Dios se manifiesten en él**. Como lo explica F. F. Bruce:

Esto no quiere decir que Dios deliberadamente provoque que los niños nazcan ciegos para que, después de muchos años, su gloria se manifieste al eliminar la ceguera; pensar así volvería a ser una difamación del carácter de Dios. Quiere decir que Dios invalidó el desastre de la ceguera del niño de forma tal que, cuando se hiciera adulto, al recuperar la visión, pudiera ver la gloria de Dios en la cara de Cristo, y que otros, al ver esta obra de Dios, se volvieran a la verdadera luz del mundo (F. F. Bruce, *The Gospel of John* (El Evangelio de Juan) (Grand Rapids: Eerdmans, 1983), p. 209).

Dios escogió en su soberanía usar la aflicción de este hombre para su gloria.

Después de aclarar la interpretación errónea de sus discípulos y de presentar el asunto de la obra de Dios, Jesús afirmó que esa era la prioridad, diciéndoles: “**Me es necesario hacer las obras del que me envió**”. El enfoque de ellos estaba en el pasado, en analizar cómo el ciego llegó a serlo; la preocupación del Señor era hacia el futuro, en mostrar el poder de Dios para beneficio de este hombre. Como indicamos en la explicación de 4:4 en el capítulo 11 de esta obra, Juan usaba frecuentemente el verbo *dei* (**es necesario**) para describir el cumplimiento activo de la misión de Jesús que el Padre le dio (cp. 3:14; 10:16; 12:34; 20:9). Aquí el pronombre plural [N.T.: otras versiones como la NVI dicen en 9:4: “tenemos que llevar a cabo la obra del que me envió”] incluye a los discípulos, quienes también tenían el poder para hacer **las obras** del Padre, quien **envió** a Jesús.

La frase ***entre tanto que el día dura*** conlleva un sentido de urgencia (cp. 7:33; 11:9-10; 12:35; 13:33). Se refiere al tiempo breve (solo unos meses antes de la crucifixión) que Jesús estaría presente físicamente con los discípulos. Después de eso dijo: “**La noche viene, cuando nadie puede trabajar**”; una referencia a separarse de sus discípulos en la

muerte. Entonces la oscuridad los alcanzaría (cp. 12:35) y no podrían **trabajar** (cp. 20:19; Mt. 26:56) hasta la venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, cuando Él les volvería a dar poder para ministrar.

Pero **entre tanto** Jesús estaba **en el mundo**, Él era la **luz** en el **mundo**. Por supuesto, el Señor no dejó de ser **luz** en el **mundo** después de su muerte, pues Él realizó su ministerio a través de sus discípulos (Mt. 28:18-20). Aun así, la luz brillaba más claramente durante su ministerio terrenal. Lo que Jesús dijo a sus discípulos, se aplica a todos los creyentes. Deben servir a Dios con sentido de urgencia, “aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos” (Ef. 5:16; cp. Col. 4:5). Richard Baxter, conocido pastor puritano, captó el sentido de la urgencia cuando escribió: “Siempre predico sin la seguridad de saber cuándo volveré a hacerlo, como si estuviera moribundo hablándole a moribundos” (citado en I. D. E. Thomas, *A Puritan Golden Treasury* [El tesoro dorado puritano] [Edinburgh: Banner of Truth, 1977], p. 223).

EL PODER

Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo. (9:6-7)

Aquel que es la luz espiritual del mundo también proporcionaría luz física a este hombre que había vivido siempre en la oscuridad. Entonces la sanidad es una parábola de vida que ilustraba el ministerio de Jesús: la luz que brilla en un mundo oscurecido espiritualmente (cp. 1:5).

Después de haber terminado su diálogo con los discípulos, el Señor **escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: “Ve a lavarte en el estanque de Siloé”**. Antes Jesús ya había usado su saliva para sanar a un sordomudo (Mr. 7:33) y un ciego (8:23), pero solo aquí hizo **lodo con la saliva**. No se declara por qué. Algunos padres de la Iglesia interpretaban este acto del Señor a la luz de Génesis 2:7. En ese caso, el lodo simbolizaría que el Señor creaba un par de ojos nuevos y útiles para remplazar los anteriores. Pero como anota Leon Morris: “Jesús realizó sus milagros con su mano soberana y no podía limitarse a normas de procedimiento. Curaba como le placía” (*El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 480 del original en inglés).

El **estanque de Siloé**, que se descubrió hace poco (para un reportaje sobre eso, véase “The Pool of Siloam Revealed” [El estanque de Siloé revelado], www.bibleplaces.com/poolofsiloam.htm), estaba ubicado en la esquina suroriental del muro de la ciudad. Ezequías había construido un túnel, temiendo un asedio de los asirios (2 Cr. 32:4), desde la fuente de Gihón hasta el estanque de Siloé (2 R. 20:20) para asegurar el suministro continuo de agua. El estanque de Siloé era donde el sumo sacerdote sacaba el agua en la fiesta de los tabernáculos (véase la explicación de 7:37 en el capítulo 26).

La nota parentética de Juan llama la atención sobre la importancia del nombre **Siloé**, cuya traducción es “**Enviado**”. Probablemente, el nombre se originara por el agua enviada al estanque (por el túnel de Ezequías) desde la fuente de Gihón. Pero como lo sugiere su uso en la fiesta de los tabernáculos, el nombre también simbolizaba las bendiciones de Dios enviadas a Israel. Aquí simboliza la bendición final de la nación: Jesús el Mesías, el Enviado de Dios (5:24, 30, 36-37; 6:38-39, 44, 57; 7:16, 28-29, 33; 8:16, 18, 26, 29, 42; 12:44-45, 49; 13:20; 14:24; 15:21; 16:5; 17:8, 18, 21, 23, 25; 20:21; Mt. 10:40; Mr. 9:37; Lc. 4:18; 9:48; 10:16). Tristemente, tal como sus ancestros “[desecharon] las aguas de Siloé” (Is. 8:6), sus padres también rechazaron a Jesús, el Siloé verdadero, aquel enviado de Dios para salvar a los pecadores perdidos (Lc. 19:10).

El ciego hizo en obediencia lo que Jesús le instruyó: fue **y se lavó** en el estanque **y regresó viendo**. Su respuesta a la orden del Señor simboliza la obediencia que marca la fe salvadora genuina (Ro. 1:5; 15:18; 16:26; He. 5:9); fe que se manifestaría en poco tiempo (véase la explicación de los vv. 35-38 en el capítulo 35 de esta obra).

LA PERPLEJIDAD

Entonces los vecinos, y los que antes le habían visto que era ciego, decían: ¿No es éste el que se sentaba y mendigaba? Unos decían: Él es; y otros: A él se parece. Él decía: Yo soy. Y le dijeron: ¿Cómo te fueron abiertos los ojos? Respondió él y dijo: Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos, y me dijo: Ve al Siloé, y lávate; y fui, y me lavé, y recibí la vista. Entonces le dijeron: ¿Dónde está él? Él dijo: No sé. (9:8-12)

La curación del ciego, era comprensible, provocó sensación entre **los vecinos** y todos los que **antes le habían visto**. La transformación fue tan

sorprendente que algunos **decían**: “**¿No es éste el que se sentaba y mendigaba?**”. Unos decían con confianza: “**Él es**”; otros sin creer que había ocurrido un milagro (cp. v. 32), decían: “**A él se parece**”. Les parecía más fácil creer en una confusión de identidad que en una sanidad milagrosa. Los fariseos especularían después la misma cosa (v. 18). La discusión se acabó cuando el antiguo ciego aseveró enfáticamente: “**Yo soy**”.

Al menos algunos estaban convencidos de que este era, en efecto, el hombre que había sido ciego y le decían: “**¿Cómo te fueron abiertos los ojos?**”. Sin intentar explicar cómo, dijo en forma sucinta lo que pasó: “**Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos, y me dijo: Ve al Siloé, y lávate; y fui, y me lavé, y recibí la vista**”. La multitud, queriendo conocer a quien había realizado el milagro, le dijo: “**¿Dónde está él?**”. Pero el hombre no sabía dónde estaba Jesús y, como nunca lo había visto, de todas maneras no podría haberlo identificado. El Señor había desaparecido de la narración después del versículo 7, dejando en el centro del escenario al antiguo ciego. Jesús solo reapareció en el versículo 35.

Este relato de la curación que Jesús hizo a un ciego, ilustra bellamente el proceso de la salvación. Los pecadores perdidos, ciegos por el pecado (12:40; 2 Co. 4:4), no tienen capacidad para reconocer al Salvador ni para encontrarlo por su cuenta (Ro. 3:11; 8:7). El ciego no se habría sanado si Jesús no lo hubiera buscado y se le hubiera revelado. Así es en la salvación; si Dios no alcanzara a los pecadores, ciegos espirituales, nadie se salvaría (Ro. 5:6; cp. Jn. 6:44, 65). Y tal como el ciego se sanó sólo cuando obedeció la orden de Jesús—lavarse en el estanque de Siloé—, los pecadores también solo se salvan cuando en humildad y obediencia aceptan la verdad del evangelio (Ro. 1:5; 15:18; 16:26; He. 5:9; cp. 2 Ts. 1:8; 1 P. 4:17).

34 Los incrédulos investigan un milagro

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Y era día de reposo cuando Jesús había hecho el lodo, y le había abierto los ojos. Volvieron, pues, a preguntarle también los fariseos cómo había recibido la vista. Él les dijo: Me puso lodo sobre los ojos, y me lavé, y veo. Entonces algunos de los fariseos decían: Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el día de reposo. Otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales? Y había disensión entre ellos. Entonces volvieron a decirle al ciego: ¿Qué dices tú del que te abrió los ojos? Y él dijo: Que es profeta. Pero los judíos no creían que él había sido ciego, y que había recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista, y les preguntaron, diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora? Sus padres respondieron y les dijeron: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; pero cómo vea ahora, no lo sabemos; o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos; edad tiene, preguntadle a él; él hablará por sí mismo. Esto dijeron sus padres, porque tenían miedo de los judíos, por cuanto los judíos ya habían acordado que si alguno confesase que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadle a él. Entonces volvieron a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador. Entonces él respondió y dijo: Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo. Le volvieron a decir: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? Él les respondió: Ya os lo he dicho, y no habéis querido oír; ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos? Y le injuriaron, y dijeron: Tú eres su discípulo; pero nosotros, discípulos de Moisés somos. Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos de dónde sea. Respondió el hombre, y les dijo: Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea, y a mí me abrió los ojos. Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es

temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye. Desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego. Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer. Respondieron y le dijeron: Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros? Y le expulsaron. (9:13-34)

La nación de Israel, el pueblo elegido de Dios (Éx. 19:5; Dt. 4:37; 7:6-8; 10:15; 26:18; 32:9; Am. 3:2), heredó sus promesas únicas y misericordiosas (Dt. 15:6; Ro. 9:4; Ef. 2:12): la promesa básica terrenal de un lugar (cp. Gn. 50:24; Éx. 12:25; Dt. 6:3; 12:20; 19:8; 27:3; Jos. 23:5) y el compromiso celestial de la salvación por medio del Mesías prometido (Gn. 3:15; 49:10; Dt. 18:18; Is. 7:14; 9:6; 11:1-2; 52:13—53:12; Jer. 23:5-6; Mi. 5:2; Jn. 4:22; Gá. 3:16).

Lamentablemente, Israel se perdió estas dos promesas. Aunque vivían en la tierra prometida, nunca poseyeron todo el territorio que Dios les prometió. Tampoco pudieron quedarse de modo permanente en la tierra, pues por su pecado e idolatría los conquistaron los asirios y los babilonios en algún momento y los llevaron al exilio. Aunque en los días de Esdras y Nehemías volvió un remanente, pronto cayeron bajo el yugo de griegos, sirios y romanos. Y solo unas décadas después de rechazar a Jesús (del 70 d.C. en adelante), fueron masacrados y expulsados de su tierra por segunda vez, para no regresar a formar una nación independiente hasta dos mil años después.

La desobediencia de Israel, que los privó de experimentar completamente las bendiciones prometidas por Dios, estuvo motivada por la incredulidad persistente. La incredulidad comenzó aun antes de que la nación entrara en la tierra prometida. Poco después de que los israelitas salieran de Egipto, Dios dijo a Moisés: “¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos?” (Nm. 14:11). Por causa de la falta de fe obstinada de toda la generación de israelitas adultos, Dios no los dejó entrar a Canaán (excepto a Caleb y Josué; Nm. 14:30, 38; 26:65). Como lo explica el autor de Hebreos: “¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de su incredulidad” (He. 3:18-19). Judas agregó: “El Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron” (Jud. 5; cp. Nm. 14:26-30; Dt. 1:32, 34-35; 9:23). En el Salmo 78, el salmista se lamentó por la incredulidad de aquella generación:

*Murmuraron contra Dios, y aun dijeron:
 “¿Podrá Dios tendernos una mesa en el desierto?
 Cuando golpeó la roca,
 el agua brotó en torrentes;
 pero ¿podrá también darnos de comer?
 ¿podrá proveerle carne a su pueblo?”.
 Cuando el SEÑOR oyó esto, se puso muy furioso;
 su enojo se encendió contra Jacob,
 su ira ardió contra Israel.
 Porque no confiaron en Dios,
 ni creyeron que él los salvaría (vv. 19-22, NVI; cp. v. 32; 106:24).*

Incluso Moisés y Aarón sucumbieron a la tentación y se les prohibió entrar a la tierra prometida (Nm. 20:12).

Desafortunadamente, las generaciones siguientes no aprendieron de la incredulidad de sus ancestros. Segundo Reyes 17:14 explica que Asiria destruyó el reino del norte (Israel) porque “no hicieron caso, sino que fueron tan tercos como lo habían sido sus antepasados, que no confiaron en el SEÑOR SU DIOS” (NVI). Después, el reino del sur también se alejó de Dios por la incredulidad, y Babilonia lo llevó cautivo. Usando la metáfora del olivo, que simboliza la riqueza de las bendiciones en el pacto divino, Pablo escribió que los israelitas “por su incredulidad fueron [desgajados]” (Ro. 11:20).

El Evangelio de Juan, que enfatiza la fe en Cristo, también documenta la negación de Israel a creer (Jn. 1:11). Eran como el Señor los caracterizó: una “generación incrédula” (Mr. 9:19). Jesús dijo a Nicodemo: “Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?” (3:12) y previno: “El que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (v. 18). En la respuesta de Jesús a la curiosidad débil de un galileo noble y basada en señales, Él le reprendió (y a otros como él): “Si no viereis señales y prodigios, no creeréis” (4:48). El Señor dijo a los líderes religiosos judíos hostiles: “[No] tenéis [la palabra de Dios] morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis... ¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?” (5:38, 44; cp. 7:48). Jesús dijo a la multitud de Capernaúm, que con afán buscaba otro milagro de alimentación: “Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis” (6:36). La incredulidad era característica incluso en algunos que se

llamaban seguidores suyos (v. 64). Juan registra que “ni aun sus hermanos creían en él” (7:5). No obstante, Jesús continuó hablando la verdad con audacia, confrontando a sus oponentes con lógica irrefutable y evidencia innegable. Retando una multitud hostil en Jerusalén, preguntó sin rodeos: “Si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis?” (8:46). Y cuando los líderes judíos lo abordaron en el templo y le inquirieron: “¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente” (10:24), Jesús respondió: “Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho” (10:25-26). La triste realidad es que “a pesar de que [Jesús] había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él” (12:37; cp. 16:9). Como lo hicieron sus ancestros en el desierto, la mayoría de los judíos de los tiempos de Jesús no creyó. Sin embargo, debe anotarse que en el futuro, antes del regreso de Cristo a la tierra para su reinado milenar, se hará una purga de los rebeldes de Israel y la nación finalmente creará en el Mesías. En aquella época, los judíos experimentarán continuamente todas las bendiciones prometidas de Dios, inclusive la posesión de la tierra prometida renovada y la salvación eterna a través de su Salvador prometido (Ro. 11:25-26; cp. Is. 45:11-17; Ez. 20:36-44; Os. 14:1-9; Am. 9:11-15; Zac. 12:1—14:21). Vivirán por siempre con todos los santos en el cielo nuevo y la tierra nueva de los que hablaron Isaías (65:17; 66:22) y Juan (Ap. 21:1—22:5).

La sanidad asombrosa del ciego de nacimiento no fue suficiente para suavizar los corazones endurecidos de los fariseos. Los versículos 13-34 exponen el carácter de su incredulidad obstinada y registran la primera discrepancia pública entre los seguidores de Jesús y el liderazgo religioso judío. El ciego es la primera persona conocida que fue expulsada de la sinagoga por su lealtad a Cristo (cp. 16:2).

Hay cuatro características de la incredulidad que emergen en este pasaje: la incredulidad es inconsecuente, intratable, irracional e insolente.

LA INCREULIDAD ES INCONSECUENTE

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Y era día de reposo cuando Jesús había hecho el lodo, y le había abierto los ojos. Volvieron, pues, a preguntarle también los fariseos cómo había recibido la vista. Él les dijo: Me puso lodo sobre los ojos, y me lavé, y veo. Entonces algunos de los fariseos decían: Ese hombre no

procede de Dios, porque no guarda el día de reposo. Otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales? Y había disensión entre ellos. (9:13-16)

Algunos que supieron de la sanidad del ciego, incapaces de entender la sanidad sorprendente, lo **llevaron ante los fariseos**. Era natural buscar una explicación de las autoridades religiosas sobre este hecho sin precedentes (v. 32). Sin embargo, es probable que no lo llevaran el día de la sanidad, porque **era día de reposo cuando Jesús había hecho el lodo y abierto los ojos** del ciego. Los fariseos exigentes no habrían hecho estas averiguaciones en sábado.

Más allá de buscar una explicación, quienes llevaron el ciego a los fariseos tal vez quisieran ver la reacción de sus líderes ante esta violación rampante de las restricciones del día de reposo. No queda claro si esto era un interrogatorio formal, aunque el hecho de que los fariseos expulsaran al hombre de la sinagoga (v. 34) sugiere que se reunieron con capacidad oficial. Tal vez el sanedrín los delegó para investigar el incidente. Fuera cual fuera la naturaleza técnica del enclave, tuvo efectos oficiales.

Como quienes escoltaron al hombre (v. 10), los fariseos **volvieron, pues, a preguntarle también... cómo había recibido la vista**. Repitió todo lo que sabía; qué hizo el Señor y qué hizo él, declaró sucintamente: “Jesús **me puso lodo sobre los ojos, y me lavé, y veo**”.

La reacción inmediata y predecible de **algunos de los fariseos que decían: “Jesús no procede de Dios, porque no guarda el día de reposo”** revela el enfoque sesgado que controlaba su investigación. A ojos de ellos, Jesús había quebrantado el día de reposo, no porque hubiera violado alguna regulación de las Escrituras, sino porque había ignorado las restricciones y aplicaciones extrabíblicas de los rabinos. Por ejemplo, el Señor había hecho lodo de su saliva y el polvo, lo cual violaba la prohibición de amasar en el día de reposo. Las regulaciones rabínicas también prohibían los tratamientos médicos en día de reposo, a menos que la vida de la persona estuviera en peligro inmediato, cosa que no era el caso con el ciego. Además, algunos rabinos enseñaban que no estaba permitido untar los ojos con medicina (se creía que la saliva tenía cualidades medicinales) en el día de reposo, aunque la opinión estaba dividida en este aspecto.

No era esta la primera vez que Jesús deliberadamente violaba las regulaciones tradicionales del día de reposo. En Mateo 12:1-8 defendió a sus discípulos por arrancar espigas en el sábado, violando así la ley

rabínica. Poco después, sanó un hombre con la mano seca en día de reposo (Mt. 12:9-13; cp. Lc. 13:10-16; 14:1-6). Antes, en el Evangelio de Juan, Jesús había sanado a un hombre en el estanque de Betesda en día de reposo, airando con esto a las autoridades judías que buscaban matarlo (5:9-18).

¿Por qué provocaba deliberadamente a los líderes violando las prohibiciones del día de reposo? Primero y más importante, porque mostró su autoridad divina como Señor del sábado (Lc. 6:5). Pero también lo hizo para mostrar que tales normas extrabíblicas no eran necesarias y ponían una carga opresiva en las personas. Los líderes judíos habían pervertido el propósito divino para este día de descanso y agradecimiento a Dios haciéndolo fastidioso y gobernado por docenas de reglas nimias y triviales; después de todo, señaló Jesús, “El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo” (Mr. 2:27). Los líderes religiosos se enorgullecían de guardar la minucia de las normas legalistas sobre el sábado y al mismo tiempo ignoraban asuntos mucho más importantes como mostrar misericordia (cp. Mt. 12:11-12; Mr. 3:4; Lc. 13:15-16). No sorprende que el Señor los condenara por “[atar] cargas pesadas y difíciles de llevar, y [ponerlas] sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo [querían] moverlas” (Mt. 23:4). Corrompían el sábado, no lo hacían un día de glorificación a Dios, sino un medio legalista de glorificación personal.

Parecía obvio a este primer grupo de fariseos, cegados por su sistema de justificación propia, que Jesús no podía venir de Dios. Quienes son de Dios, razonaban, guardan el sábado; Jesús no observó las regulaciones del sábado; por lo tanto no puede venir de Dios (cp. Dt. 13:1-5). Pero **otros** no estaban tan convencidos; se preguntaban: “**¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales?**”, en contraposición al razonamiento del primer grupo, con un silogismo propio: Solo quienes vienen de Dios pueden abrir los ojos de los ciegos; por lo tanto, Jesús viene de Dios. Como resultado, **había disensión entre ellos**, como ya la había habido entre la multitud (7:40-43).

LA INCREDELIDAD ES INTRATABLE

Entonces volvieron a decirle al ciego: ¿Qué dices tú del que te abrió los ojos? Y él dijo: Que es profeta. Pero los judíos no creían que él había sido ciego, y que había recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista, y les preguntaron,

diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora? Sus padres respondieron y les dijeron: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; pero cómo vea ahora, no lo sabemos; o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos; edad tiene, preguntadle a él; él hablará por sí mismo. Esto dijeron sus padres, porque tenían miedo de los judíos, por cuanto los judíos ya habían acordado que si alguno confesase que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadle a él. Entonces volvieron a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador. (9:17-24)

Era indiscutible que Jesús había realizado el milagro; literalmente, este milagro estaba allí mirando a los fariseos en su cara. Sin embargo, con toda la terquedad, no estaban dispuestos a aceptar la evidencia y seguían sin convencerse de la verdad. Eran como aquellos que Dios describió como “una generación perversa, hijos infieles” (Dt. 32:20).

Continuando su interrogatorio, los fariseos le dijeron al ciego: “**¿Qué dices tú del que según tú [v. 18] te abrió los ojos?**”. Los fariseos arrogantes preguntaban la opinión de un pordiosero humilde, lo cual refleja que se estaban burlando del hombre o que estaban confundidos y divididos (v. 16). La respuesta enfática y audaz del hombre—“**Que es profeta**” (cp. 4:19; 6:14; 7:40)—muestra que él captó la realidad que los fariseos, ciegos espiritualmente, se negaban a ver: que Jesús era enviado de Dios. Sus palabras reflejan una comprensión creciente sobre la verdadera identidad de “aquel hombre que se llama Jesús” (v. 11). Como lo explica un comentarista: “Los ojos del hombre se abren cada vez más: comienza a ver más claramente, mientras los ojos de sus jueces se oscurecen con niebla teológica cegadora” (D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 368). Sin embargo, el conocimiento que tenía del Señor aún no era completo (cp. vv. 35-38).

A pesar de la evidencia y del testimonio claro e inequívoco del hombre, **los judíos no creían que él había sido ciego, y que había recibido la vista**. Como aquellos en el versículo 9 que decían “a él se parece”, **los judíos** (título que Juan usa con frecuencia para denotar a quienes eran hostiles a Jesús, especialmente entre la élite religiosa; cp.

2:18, 20; 5:16, 18; 6:41, 52; 7:1, 15, 35; 8:22, 48, 52, 57-59; 10:24, 31, 33; 19:38; 20:19) decidieron que este era tal vez un caso de confusión de identidades. Por lo tanto, **llamaron a los padres del que había recibido la vista**. Aunque otros pudieran estar errados acerca de la identidad de este personaje, los padres sabrían si era su hijo.

Cuando los padres del hombre llegaron, los fariseos **les** interrogaron, evidentemente en ausencia de su hijo (v. 24). Tenían tres preguntas relacionadas: “**¿Es éste vuestro hijo?**”, “**¿nació ciego?**” y “**¿cómo, pues, ve ahora?**”. Por razones que pronto se harán claras (v. 22), los padres del hombre respondieron con cautela. Lo identificaron como su **hijo** y afirmaron que **nació ciego**. Pero aunque él ya les había comentado el milagro, evadieron cuidadosamente la última pregunta y dijeron a los fariseos: “**Cómo vea ahora, no lo sabemos; o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos**”. Entonces, en un esfuerzo por evitar más interrogatorios y represalias, sugirieron que los fariseos le preguntaran a su hijo por la explicación, pues él ya era responsable y podía hablar **por sí mismo**.

La nota parentética de Juan da la razón para la vacilación de los padres a involucrarse. Juan explica: **Esto dijeron sus padres, porque tenían miedo de los judíos, por cuanto los judíos ya habían acordado que si alguno confesase que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadle a él**. Contrariamente a lo que dijeron a los fariseos, los padres sabían evidentemente que Jesús había sanado a su hijo. De no haberlo sabido, no habría razones para tener miedo de que **los judíos** los expulsaran **de la sinagoga** por culpa de Jesús. El término *apsosunagōgas*, desconocido en los escritores seculares, significaba la excomunión o una prohibición y una maldición, un destierro que significaba la eliminación de la vida social y religiosa de Israel; por lo tanto, era un castigo temido (cp. 12:42; 16:2).

Los fariseos no estaban dispuestos a creer las afirmaciones de Jesús, aun después de haber identificado al hijo positivamente y de no tener excusas legítimas para negar la ocurrencia de un milagro auténtico. Querían que el hombre se uniera en su incredulidad, de modo que **volvieron a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: “Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador”**. Insistían en que le diera el mérito a Dios, exigiendo que no le diera mérito a Jesús por su sanidad. La exhortación de dar la **gloria a Dios** también se puede entender como una imposición a dejar de mentir diciendo que

Jesús lo había sanado y a que dijera la verdad; de la misma manera en que Josué le dijo a Acán: “Hijo mío, honra y alaba al Señor, Dios de Israel. Cuéntame lo que has hecho. ¡No me ocultes nada!” (Jos. 7:19). Tal confesión de parte del hombre habría sido igual a concordar con los líderes en que Jesús era **pecador** y no tenía el poder de Dios (cp. Jn. 8:52).

LA INCREDELIDAD ES IRRACIONAL

Entonces él respondió y dijo: Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo. Le volvieron a decir: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? Él les respondió: Ya os lo he dicho, y no habéis querido oír; ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos? Y le injuriaron, y dijeron: Tú eres su discípulo; pero nosotros, discípulos de Moisés somos. Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos de dónde sea. Respondió el hombre, y les dijo: Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea, y a mí me abrió los ojos. (9:25-30)

Impávido ante el pronunciamiento de los fariseos sobre Jesús, el antiguo ciego respondió: “**Si es pecador, no lo sé**”. Dejó la determinación de esto a los “expertos” religiosos. Pero se aferró tercamente a la realidad innegable de su visión y declaró: “**Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo**”. Ignoraba el dilema sesgado de ellos y declaró la verdad simple: Jesús definitivamente lo había sanado.

Frenados en seco por el testimonio indiscutible del hombre y sin forma de continuar con su débil argumento, los fariseos comenzaron a volver sobre cosas que ya habían tratado. Ya habían hecho las preguntas **¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?** en el versículo 15. Tal vez esperaban que esta vez el hombre se contradijera o dijera algo más que pudieran usar contra Jesús.

Exasperado, como era comprensible, por el interrogatorio de los fariseos y el sesgo obvio, el hombre sanado **les respondió**: “**Ya os lo he dicho, y no habéis querido oír; ¿por qué lo queréis oír otra vez?**”. No veía cuál era la idea de repetir su testimonio, porque, obviamente, ellos no le creerían de ninguna forma. Al entender la animosidad hacia Jesús, les preguntó con sarcasmo si sus preguntas repetidas sobre Jesús implicaban que querían tener la verdad clara para hacerse también **sus**

discípulos.

Su reprensión audaz e ingenio mordaz les sacó de quicio. Indignados por la insolencia, los fariseos explotaron de ira, **le injuriaron, y dijeron: “Tú eres su discípulo; pero nosotros, discípulos de Moisés somos”**. Se respaldaron en la seguridad de su supuesta lealtad a Moisés, elevándose en su autosuficiencia y reaccionando a la burla del hombre. Si un mendigo sin educación quería seguir a un pecador desechado como Jesús, era su decisión; ellos seguirían a Moisés. Después de todo, como le dijeron en repetidas ocasiones: **“Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos de dónde sea”**. Para ellos Jesús era un loco (véase la explicación de 8:48 en el capítulo 32) sin formación (7:15) y blasfemo (19:7), de una familia insignificante en el pueblo olvidado de Nazaret (cp. 1:46).

La respuesta del mendigo fue devastadora: **“Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea, y a mí me abrió los ojos”**. Jesús podía hacer lo que solo podía hacer el poder de Dios: sanar la ceguera de nacimiento y crear unos ojos nuevos y útiles; aun así, las autoridades religiosas afirmaban su completa ignorancia respecto al origen del Señor. Tal locura irracional procedía del rechazo obstinado de los hechos. Así ha ocurrido desde entonces con quienes conocen la verdad del evangelio y se aferran a su pecado e incredulidad.

LA INCREDULIDAD ES INSOLENTA

Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye. Desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego. Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer. Respondieron y le dijeron: Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros? Y le expulsaron. (9:31-34)

Este mendigo humilde procedió ahora a dar una conferencia teológica a los líderes de su nación, insolentes y arrogantes. Respondió al silogismo de los fariseos (véase la explicación del v. 16 anteriormente) con otro silogismo. Su premisa principal era que **Dios no oye a los pecadores** (Job 27:9; Sal. 66:18; Is. 1:15), **pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye** (Sal. 34:15; Pr. 15:8, 29; 1 P. 3:12). Su premisa secundaria era que Dios obviamente oía a Jesús porque le dio el poder para hacer cosas de las que no se había oído **desde el principio,**

como abrir **los ojos a uno que nació ciego**. Su conclusión irrefutable era: “**Si Jesús no viniera de Dios, nada como esto podría hacer**”.

Los fariseos, incapaces de responder a la lógica irrefutable del hombre y enfurecidos porque él presumiera que podía enseñarles, recurrieron a gran cantidad de ofensas personales contra él. Le dijeron con desprecio: “**Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros?**”. Con sarcasmo y burlas, devolvieron ataques *ad-hominem*, con los que buscaban decir que él o sus padres eran culpables de alguna iniquidad grave (o posiblemente sus padres; cp. v. 2) para que él hubiera sido ciego de nacimiento. Irónicamente, a pesar de sus palabras de menosprecio, admitieron el hecho de que quien ahora veía, había nacido ciego; un punto que antes habían negado (v. 18). Entonces **le expulsaron** de la sinagoga; le extendieron la excomunión que sus padres habían evitado por poco.

Como este pasaje ilustra, cuando los escépticos incrédulos investigan los milagros de Cristo u otro suceso sobrenatural registrado en la Biblia, solo puede haber un resultado. A menos que el Espíritu Santo abra sus ojos ciegos, negarán la veracidad de tales relatos, no importa cuál sea la evidencia. A los fariseos de este pasaje se les presentó una prueba viva del poder divino de Jesús. Y aun así, cubiertos en incredulidad, intentaron negar lo innegable y refutar lo irrefutable. Así lo explicaría después un antiguo fariseo (el apóstol Pablo): “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14; cp. Jn. 6:44).

35 ¿Visión espiritual o ceguera espiritual?

Oyó Jesús que le habían expulsado; y hallándole, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? Respondió él y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Le dijo Jesús: Pues le has visto, y el que habla contigo, él es. Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró. Dijo Jesús: Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados. Entonces algunos de los fariseos que estaban con él, al oír esto, le dijeron: ¿Acaso nosotros somos también ciegos? Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece. (9:35-41)

La curación milagrosa de Cristo del ciego de nacimiento fue un despliegue impresionante de su poder divino, un suceso que transformó la vida al otrora ciego. Pero la visión física no era todo lo que el Señor planeaba dar a este mendigo. Jesús estaba a punto de hacer algo aún más impresionante: darle visión espiritual.

Por todas las Escrituras se usa la ceguera metafóricamente para representar la incapacidad del hombre caído para comprender la verdad divina. Isaías se refirió al “pueblo ciego que tiene ojos, y a los sordos que tienen oídos” (Is. 43:8), mientras Jeremías describió al “pueblo necio y sin corazón, que tiene ojos y no ve, que tiene oídos y no oye” (Jer. 5:21). Isaías también retrató a los líderes espirituales corruptos de Israel como atalayas, ciegos, todos ignorantes (56:10). Siglos después, Jesús denunciaría de modo parecido a los fariseos: “ciegos” y “guías de ciegos” (Mt. 15:14; 23:16-17, 19, 24, 26). Como sus líderes, las personas del tiempo de Jesús carecían también de entendimiento espiritual, aun teniendo las Escrituras.

Después de su resurrección y ascensión, Cristo envió al apóstol Pablo a los gentiles para abrirles los ojos “para que se [convirtieran] de las tinieblas a la luz” (Hch. 26:18), algo necesario porque ellos también tenían “el entendimiento entenebrecido” (Ef. 4:18). En Apocalipsis, el Señor resucitado también advirtió sobre la ceguera espiritual, incluso en la Iglesia. Reprendió a la congregación tibia de Laodicea con estas palabras: “Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa

tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo” (Ap. 3:17). De modo que ni los judíos muy religiosos, ni las naciones paganas, ni quienes profesan ser cristianos, están exentos de esta ceguera.

Como si no fuera suficientemente mala la ceguera pecaminosa de quienes aman “más las tinieblas que la luz” (Jn. 3:19), “el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4). Quienes continúan voluntariamente caminando en la oscuridad espiritual también pueden encontrarse con que Dios los ciega en juicio, entregándolos a la oscuridad que aman (cp. Ro. 1:21-25). Por lo tanto, en juicio aun mayor, el Señor hablaba a la multitud en parábolas:

Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane (Mt. 13:13-15; cp. Is. 6:9-10; 29:9-10; Jn. 12:40; Hch. 28:26-27; Ro. 11:8).

Isaías, escribiendo sobre quienes adoraban a los ídolos, dijo: “No saben ni entienden; porque cerrados están sus ojos para no ver, y su corazón para no entender” (Is. 44:18). Quienes con persistencia rehusaban creer en Jesús, en algún momento “no podían creer, porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane” (Jn. 12:39-40). Y Pablo escribió sobre la incredulidad de Israel: “Dios les dio espíritu de estupor, ojos con que no vean y oídos con que no oigan, hasta el día de hoy” (Ro. 11:8).

Como pecadores espiritualmente ciegos, quienes no son salvos están condenados a la oscuridad, incapaces de ver la luz de la verdad divina. Caminan “por sendas tenebrosas” (Pr. 2:13; cp. 4:19; Ec. 2:14); “hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz” (Is. 5:20); andan a tientas sin sentido de dirección (cp. Hch. 17:27), pues “el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va” (Jn. 12:35; 1 Jn. 2:11); participan “en las obras

infructuosas de las tinieblas” (Ef. 5:11); pertenecen a “la potestad de las tinieblas” (Col. 1:13) y no tienen comunión con Dios, el cual es la luz (1 Jn. 1:6; cp. 2:9).

La única cura para la ceguera espiritual es la fe salvadora en el Señor Jesucristo. El Antiguo Testamento predijo que el Mesías traería visión espiritual a su pueblo (cp. Is. 42:7). Isaías escribió: “El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos... los ojos de los ciegos verán en medio de la oscuridad y de las tinieblas” (Is. 9:2; 29:18). En Isaías 49:6 Dios dijo del Mesías: “Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra”.

Zacarías, el padre de Juan el Bautista, dijo que el Mesías da “luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte” (Lc. 1:79). Jesús aplicó para sí las palabras de la profecía de Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos” (Lc. 4:18). Mateo también citó la profecía de Isaías concerniente al ministerio del Mesías: “El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, luz les resplandeció” (Mt. 4:16). Jesús dijo: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn. 8:12) y “yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas” (12:46).

En la salvación, Dios nos libró “de la potestad de las tinieblas, y [trasladó] al reino de su amado Hijo” (Col. 1:13). Los creyentes “en otro tiempo [eran] tinieblas, mas ahora [son] luz en el Señor” (Ef. 5:8; cp. 2 Co. 4:6). “No [estamos] en tinieblas..., porque todos [nosotros somos] hijos de luz e hijos del día” (1 Ts. 5:4-5), porque Dios nos “llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 P. 2:9).

Este pasaje, conclusión de la historia del ciego a quien sanó Jesús, revela las características de la visión espiritual (por parte del hombre) y la ceguera espiritual (por parte de los fariseos).

VISIÓN ESPIRITUAL

Oyó Jesús que le habían expulsado; y hallándole, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? Respondió él y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Le dijo Jesús: Pues le has visto, y el que habla contigo, él

es. Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró. (9:35-38)

El relato de Juan sobre este incidente revela las cuatro características de la visión espiritual; requiere iniciativa divina, respuesta en fe, reconoce a Cristo y acaba en adoración.

LA VISIÓN ESPIRITUAL REQUIERE LA INICIATIVA DIVINA

Oyó Jesús que le habían expulsado; y hallándole, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? (9:35)

Después de haber sanado al ciego (9:1-7), Jesús desapareció del relato. Entonces habían interrogado al hombre (primero los vecinos sorprendidos [vv. 8-12] y luego los fariseos hostiles [vv. 13-34]), los padres lo habían abandonado (vv. 21-22; cp. Sal. 27:10) y finalmente lo habían excomulgado de la sinagoga (v. 34). Cuando Jesús oyó **que le habían expulsado** de la sinagoga, fue a buscarlo. Tal como sucedió al darle la vista física, el Señor tomó la iniciativa para abrir sus ojos espirituales. Aunque rechazado por los líderes religiosos, el Redentor lo había buscado.

Si Dios no tomara la iniciativa en la salvación, nadie se habría salvado, pues los pecadores no pueden buscarlo por su cuenta. Romanos 3:10-12 resume la completa incapacidad del pecador: “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”. Jesús dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero” (Jn. 6:44; cp. v. 65). A sus discípulos dijo: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Jn. 15:16). Tal como los ciegos no tienen la capacidad para restaurar su propia visión, así también los muertos y ciegos espirituales no pueden vivir o ver por su propia voluntad o poder. La salvación depende de la iniciativa de Dios, de su poder y de su gracia soberana (cp. 1:12-13). (Para una explicación sobre la Soberanía de Dios en la salvación, véase la exposición de 6:37 en el capítulo 20 de esta obra).

Después de encontrar al que había sido ciego, Jesús le hizo una pregunta crucial: “**¿Crees tú en el Hijo de Dios?**”. Jesús enfatizaba la necesidad de la respuesta al usar el pronombre **tú**, además del verbo; la pregunta podría traducirse: “Tú... ¿Crees en el Hijo del Hombre?” no

solo como un obrador de milagros con poder de Dios, sino como Mesías. De esta manera, el hombre se enfrentaba a la necesidad de poner su confianza en el perdón y la salvación en Cristo como Señor y Salvador. El título *Hijo del Hombre* (cp. 1:51; 3:13; 6:27, 62; 8:28) es mesiánico y se extrajo de Daniel 7:13-14, donde se profetiza su venida y reino eterno (para una mayor explicación del título *Hijo del hombre*, véase la explicación de 1:51 en el capítulo 5 de esta obra).

LA VISIÓN ESPIRITUAL RESPONDE EN FE

Respondió él y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? (9:36)

La respuesta del hombre reveló el corazón preparado por Dios para creer en Jesús. Ya lo consideraba el profeta (v. 17), enviado de Dios (v. 33) y había experimentado su poder sobrenatural en la curación milagrosa. Sin saber del todo quién era el Mesías, pero convencido de que Jesús sí sabía y era el mensajero de Dios, confió en Él para que lo guiara implícitamente hacia Aquel en quien había de creer. Su confianza ilustra que aun cuando la salvación es iniciada por Dios, nunca está separada de la respuesta en fe. Jesús declaró al inicio de su ministerio público que a los pecadores perdidos les era necesario arrepentirse y creer en el evangelio (Mr. 1:15). Juan escribió en el prólogo de su Evangelio: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (1:12). El versículo más conocido del Nuevo Testamento promete que todo aquel que cree en Jesús no se pierde, mas tiene vida eterna (Jn. 3:16; cp. vv. 15, 36; 5:24). Jesús dijo: “Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero” (6:40). Más adelante, en ese mismo discurso, afirmó con solemnidad: “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna” (6:47). El apóstol Juan escribió su Evangelio “para que [las personas crean] que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, [tengan] vida en su nombre” (20:31). Pedro dijo a Cornelio y a los otros gentiles: “todos los que en [Jesús] creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hch. 10:43). Cuando el carcelero de Filipos preguntó a Pablo y Silas “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?”, ellos dijeron: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hch. 16:30-31). A los romanos Pablo les explicó que el evangelio es “poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Ro. 1:16). Después, en la misma epístola, escribió: “Que si confesares con tu

boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Ro. 10:9-10). Pablo también dijo a Timoteo que Jesucristo le había mostrado misericordia para mostrar “toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna” (1 Ti. 1:16).

Hechos 13:48 resume la interacción de la soberanía divina y la responsabilidad humana en la salvación: “Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna”. En otras palabras, la soberanía de Dios escogió a quienes despertó y capacitó para responder en fe (cp. Ef. 2:8-9).

LA VISIÓN ESPIRITUAL RECONOCE A CRISTO

Le dijo Jesús: Pues le has visto, y el que habla contigo, él es. Y él dijo: Creo, Señor; (9:37-38a)

Cuando la mujer samaritana hizo referencia a la venida del Mesías, “Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo” (4:26). Aquí, en respuesta a la solicitud del que había sido curado sobre conocer la identidad del Hijo del Hombre, **le dijo Jesús: “Pues le has visto, y el que habla contigo, Él es”**. El Señor se presentó como el objeto de la fe salvadora, tal como lo había hecho antes en Capernaúm. “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado” (6:29). “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (3:36; cp. vv. 15-16, 18; 6:35, 40; 7:38; 8:24; 11:25-26; 12:36, 46; 17:20; 20:31).

El hombre **dijo** sin dudarle: “**Creo, Señor**”. El Espíritu de Dios había abierto su corazón a la verdad (cp. 3:5-8), le había revelado la verdadera identidad de Jesús (cp. Mt. 16:16-17). Ejemplificó el principio del que habló Jesús en 7:17: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta”. Jesús nunca aleja a quienes el Padre le da; Él mismo lo dijo: “Al que a mí viene, no le echo fuera” (6:37).

LA VISIÓN ESPIRITUAL ACABA EN ADORACIÓN

y le adoró. (9:38b)

Mientras desaparecían los últimos vestigios de oscuridad espiritual, los

ojos del corazón de aquel hombre se abrieron y vio con claridad quién era Jesús. El resultado inevitable de tal revelación siempre es la adoración (Mt. 14:33; Lc. 24:45, 52; Fil. 2:10). Charles Spurgeon, predicando sobre este pasaje, resumió la alegría y deleite que debió de haber sentido este hombre en ese momento:

Entonces, aún más, *él actuó como creyente*: porque “le adoró”. Esto prueba que su fe había crecido. Me gustaría preguntar a ustedes quién es el pueblo de Dios cuando usted se siente muy feliz... Mis momentos más felices son cuando estoy adorando a Dios, cuando adoro realmente al Señor Jesucristo... Es lo más aproximado a cómo será en el cielo, donde, en los días sin noche, el pueblo le ofrecerá adoración perpetua al que está sentado en el trono y al Cordero. Por lo tanto, ¡qué momento memorable hubo de ser para este hombre cuando adoró a Cristo! Ahora, si Cristo no era Dios, el hombre era un idólatra, un adorador de hombres... Si Cristo no era Dios, nosotros no somos cristianos, somos incautos engañados, somos idólatras, tan malos como los paganos por quienes sentimos compasión. Si Cristo no es Dios es hacer Dios a un hombre. Pero, bendito sea su santo nombre, Él es Dios y sentimos que el deleite supremo de nuestra vida es adorarle. No podemos taparnos la cara con nuestras alas, porque no las tenemos; pero podemos tapárnosla con su propio manto de justicia, cuando sea que nos acerquemos a Él. No podemos cubrir nuestros pies con nuestras alas, como lo hacen los ángeles; pero tenemos su sangre y su justicia como cobertura para nuestros pies y como alas con las que podemos volar hacia Él. Y, aunque no tenemos coronas que podamos arrojar a sus pies, si tenemos algo digno de honra, un poco de buena reputación, gracia, algo atractivo, algo honesto, lo ponemos a sus pies y clamamos: “La gloria, Señor, no es para nosotros; no es para nosotros, sino para tu nombre, por causa de tu amor y tu verdad” (“A Pressed Man Yielding to Christ” [Un hombre en apuros se rinde ante Cristo] en *The Metropolitan Tabernacle Pulpit* [El púlpito del tabernáculo metropolitano], [Pasadena; Texas: Pilgrim, 1977], p. 46:142, cursivas en el original).

CEGUERA ESPIRITUAL

Dijo Jesús: Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados. Entonces algunos de los fariseos que estaban con él, al oír esto, le dijeron: ¿Acaso nosotros somos también ciegos? Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece. (9:39-41)

A modo de contraste, hay cuatro características de la ceguera espiritual, también reconocibles en este pasaje, ilustradas por los fariseos en los versículos finales del capítulo: recibe juicio, se niega a admitir su condición, rechaza la visión espiritual y acaba en condenación.

LA CEGUERA ESPIRITUAL RECIBE JUICIO

Dijo Jesús: Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados. (9:39)

“**Para juicio he venido yo a este mundo**”. Estas palabras de Jesús, a primera vista parecen contradecir que “no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (3:17). También parece oponerse a la revelación sin ambigüedades de 5:22, 27: “Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo... y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre”. Pero lejos de ser contradictorias, estas dos verdades son complementarias; son los dos lados de la misma realidad. Rechazar la paz de Jesús es recibir su castigo, rechazar su gracia es recibir su justicia, rechazar su misericordia es recibir su ira, rechazar su amor es recibir su enojo, rechazar su perdón es recibir su juicio. Aunque Jesús vino a salvar, no a condenar (cp. 12:47; Lc. 19:10), se condenan quienes rechazan su evangelio y se hacen sujetos de **juicio** (Jn. 3:18, 36). La vista espiritual solo viene para **los que reconocen que no ven**, quienes confiesan su ceguera espiritual y su necesidad de la luz del mundo. Por otro lado, **los que creen que ven** por su cuenta, separados de Cristo, se engañan y seguirán **cegados**. No llegarán a la luz porque aman la oscuridad y no quieren que sus malas obras se expongan (3:19).

Ese fue precisamente el asunto en la sinagoga de Nazaret, donde Jesús ofreció la salvación del evangelio solo a aquellos que eran conscientes de su pecado: los pobres espirituales penitentes, prisioneros,

ciegos y oprimidos (Lc. 4:29). La respuesta de ellos fue de autocondenación.

Como ya se dijo, el peligro que enfrentan quienes creen que ven es que su rechazo e incredulidad es irreversible y pueden quedar **cegados** por siempre. La verdad aleccionadora es que a quienes rechazan la luz de la salvación en Cristo, Dios los puede dejar anclados en su condición (cp. 12:39-40; Is. 6:10; Mt. 13:13-15; Hch. 28:26-27; Ro. 11:8-10). Las Escrituras no solo registran que el faraón endureció su corazón hacia Dios (Éx. 8:15, 32; 9:34; 1 S. 6:6), también resaltan que, por esta causa, Dios endureció el corazón del faraón (Éx. 4:21; 7:3; 9:12; 10:1, 20, 27; 11:10; 14:4, 8). Algunos de los fariseos alcanzaron esa misma situación cuando rechazaron la luz de la revelación de Dios en Cristo y atribuyeron su poder divino a Satanás (Mt. 12:24-32).

LA CEGUERA ESPIRITUAL SE NIEGA A ADMITIR SU CONDICIÓN

Entonces algunos de los fariseos que estaban con él, al oír esto, le dijeron: ¿Acaso nosotros somos también ciegos? (9:40)

Es obvio que Jesús no estaba solo cuando encontró al ciego; **algunos de los fariseos** todavía **estaban con él; al oír** las cosas que dijo Jesús en el versículo 39, **le dijeron** indignados: “**¿Acaso nosotros somos también ciegos?**”. La forma de su pregunta espera en el griego una respuesta negativa. Con seguridad, Jesús no estaba proponiendo que ellos fueran **ciegos** espiritualmente, como las personas comunes y corrientes que no conocían la ley (7:49). Después de todo eran la élite, expertos autoproclamados en la ley y discípulos devotos de Moisés (9:28). Como líderes religiosos reconocidos de Israel, estaban confiados en que no carecían de percepción espiritual. Pero en realidad eran ciegos a la verdad espiritual, aunque no lo sabían. Y al negarse a admitir su ceguera, confirmaban la condición entenebrecida de sus corazones e incrementaban su odio hacia aquel que podía salvarlos de su pecado condenatorio y de Satanás.

LA CEGUERA ESPIRITUAL RECHAZA LA VISIÓN ESPIRITUAL

Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; (9:41a)

La respuesta del Señor debió de haber sorprendido a los fariseos que, sin

duda, esperaban una respuesta más directa a su pregunta. Pero Jesús quería decir que **si** los fariseos confesaban que eran **ciegos** espirituales (y con ello admitían su necesidad de Cristo, la luz verdadera), **no** tendrían **pecado** porque se les perdonaría (Sal. 32:5; Pr. 28:13; 1 Jn. 1:9).

Como lo explicó Juan Calvino:

Es *ciego* quien, consciente de su propia ceguera, busca un remedio para curar su enfermedad. De esta forma, el significado sería: “Si usted reconoce su enfermedad, no sería del todo incurable; pero ahora como cree tener perfecta la salud, continúa usted en un estado desesperado”. Cuando dice que *si fueran ciegos no tendrían pecado*, no excusa a la ignorancia, como si fuera inofensiva y se ubicara fuera del alcance de la condenación. Solo quiere decir que la enfermedad puede curarse fácilmente, cuando de verdad se siente; porque cuando un *ciego* desea obtener liberación, Dios está listo a ayudarlo; pero quienes son insensibles a la enfermedad, a pesar de la gracia de Dios, no tienen cura (*Commentary on the Gospel According to John* [Comentario al Evangelio según Juan], traducido [al inglés] por William Pringle [Grand Rapids: Baker, 2003], p. 393. Cursivas en el original).

Desgraciadamente, los fariseos eran como aquellos de quienes dijo Salomón: “¿Has visto hombre sabio en su propia opinión? Más esperanza hay del necio que de él” (Pr. 26:12; cp. 12:15; Is. 5:21). Muchos se condenan para siempre a la oscuridad, rehusando admitir su ceguera.

LA CEGUERA ESPIRITUAL ACABA EN CONDENACIÓN

mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece. (9:41b)

Como los fariseos no estaban dispuestos a reconocer su ceguera, mas afirmaban ver, seguían siendo culpables y no tenían perdón por todo su **pecado**. No podían alegar ignorancia o falta de oportunidad. En particular, el **pecado** aquí considerado, el que siempre condena, es la incredulidad. El pronunciamiento de Jesús según el cual el **pecado permanece** (cp. Mt. 12:32; He. 6:4-6; 10:29-31) lleva un sentido de finalidad. Puede ser que en ese momento los confirmara en su ceguera espiritual voluntaria, como lo hizo con otros fariseos en Mateo 15:13-14.

En aquella ocasión, cuando algunos de sus discípulos le dijeron que unos fariseos estaban ofendidos por sus palabras, Jesús les respondió: “Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada. Dejadlos; son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo”. Esa palabra sorprendente—*Dejadlos*—, revela que a veces Dios juzga directamente a los pecadores que no se arrepienten abandonándolos (e incluso endureciéndolos) en su incredulidad (cp. Os. 4:17; Ro. 1:18, 24, 26, 28).

Jesucristo, como Rey de reyes y Señor de señores (Ap. 19:16), es el determinante del destino humano. Simeón dijo proféticamente sobre Él: “He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha” (Lc. 2:34). El Señor dijo de su ministerio:

¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión. Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres. Estará dividido el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra (Lc. 12:51-53).

Aquellos que, como el ciego mendigo, reconocen su ceguera espiritual y se vuelven a la luz, “no [andarán] en tinieblas, sino que [tendrán] la luz de la vida” (Jn. 8:12). Pero aquellos que, como los fariseos, persisten en amar más la oscuridad que la luz (3:19), continuarán vagando sin rumbo en la penumbra (12:35; 1 Jn. 2:11), privados de toda visión espiritual (Mt. 6:23). El primer grupo está destinado a pasar la eternidad en la luz gloriosa del cielo (Ap. 22:5), el segundo está condenado a la oscuridad horrorosa del infierno eterno (Mt. 8:12; 22:13; 25:30).

36 El buen pastor

De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es. A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. Esta alegoría les dijo Jesús; pero ellos no entendieron qué era lo que les decía. Volvió, pues, Jesús a decirles: De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores; pero no los oyeron las ovejas. Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas. Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebatá las ovejas y las dispersa. Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas. También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor. Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre. Volvió a haber disensión entre los judíos por estas palabras. Muchos de ellos decían: Demonio tiene, y está fuera de sí; ¿por qué le oís? Decían otros: Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos? (10:1-21)

La Biblia se refiere a Jesucristo con muchos títulos. Se le llama el Amén

(Ap. 3:14; cp. 2 Co. 1:20), el Alfa y la Omega (Ap. 22:13), el Abogado (1 Jn. 2:1), el Apóstol (He. 3:1), el Autor y perfeccionador de la fe (He. 12:2), el Autor de la salvación (He. 2:10), el Principio (fuente, origen) de la creación de Dios (Ap. 3:14), el Renuevo (Jer. 23:5), el Pan de vida (Jn. 6:35), la Piedra del ángulo (Ef. 2:20), la Consolación de Israel (Lc. 2:25), Consejero (Is. 9:6), Libertador (Ro. 11:26), la Puerta de las ovejas (Jn. 10:7), Padre Eterno (Is. 9:6), el Testigo fiel (Ap. 1:5), el Primero y el último (Ap. 1:17), el Primogénito (el preeminente) de los muertos (Ap. 1:5) y sobre toda la creación (Col. 1:15), el Precursor (He. 6:20), el Gran sumo sacerdote (He. 4:14), el Bendito de Dios por los siglos (Ro. 9:5), Obispo de las almas (1 P. 2:25), la Cabeza de la Iglesia (Col. 1:18), el Santo de Dios (Jn. 6:69, NVI), YO SOY (Jn. 8:58), Emanuel (Is. 7:14), el Rey de Israel (Jn. 1:49; cp. Zac. 9:9), Rey de reyes y Señor de señores (1 Ti. 6:15), el Último Adán (1 Co. 15:45), el Cordero de Dios (Jn. 1:29), la Luz del mundo (Jn. 8:12), el León de la tribu de Judá (Ap. 5:5), Señor (Jn. 13:13), el Señor de la gloria (1 Co. 2:8), el Mediador (1 Ti. 2:5), el Mensajero del pacto (Mal. 3:1, NVI), el Mesías (Jn. 1:41; 4:25-26), Dios fuerte (Is. 9:6), la Estrella de la mañana (Ap. 22:16), el Unigénito (el único) del Padre (Jn. 1:14), Nuestra pascua (1 Co. 5:7), el Autor de la vida (Hch. 3:15), Príncipe de Paz (Is. 9:6), la Resurrección y la Vida (Jn. 11:25), el Justo (Hch. 7:52), la Roca (1 Co. 10:4), la Raíz y el linaje de David (Ap. 22:16), la Raíz de Isaí (Is. 11:10), el Señor de Israel (Mi. 5:2; Mt. 2:6), el Soberano de los reyes de la tierra (Ap. 1:5), Salvador (Lc. 2:11; Tit. 1:4), el siervo (Is. 42:1), Siloh (Gn. 49:10), el Hijo del Bendito (Mr. 14:61), el Hijo de David (Mt. 12:23; 21:9), el Hijo de Dios (Lc. 1:35), el Hijo del Hombre (Jn. 5:27), Hijo del Altísimo (Lc. 1:32), Sol de justicia (Mal. 4:2), lo Alto de la aurora (Lc. 1:78), el Verdadero Dios (1 Jn. 5:20), la Vid verdadera (Jn. 15:1), el Camino, la Verdad y la Vida (Jn. 14:6), el Verbo (Jn. 1:1, 14), el Verbo de Dios (Ap. 16:13) y el Verbo de vida (1 Jn. 1:1).

Pero tal vez su título más cautivador e íntimo es el de *Pastor*. Siglos antes de que el Mesías viniera, el Antiguo Testamento había predicho que Él habría de pastorear a su pueblo. En Ezequiel 34:23 Dios dijo: “Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David [una referencia al Mesías, el descendiente de David], él las apacentará, y él les será por pastor” (cp. 37:24). Miqueas profetizó que el Mesías “surgirá... para pastorearlos con el poder del SEÑOR, con la majestad del nombre del SEÑOR su Dios” (Mi. 5:4, NVI). Zacarías 13:7 dice, prediciendo la muerte del Mesías: “¡Despierta, espada, contra mi pastor, contra el

hombre en quien confío!—afirma el SEÑOR Todopoderoso—. Hiere al pastor para que se dispersen las ovejas y vuelva yo mi mano contra los corderitos” (NVI).

El Nuevo Testamento también describe a Cristo como un pastor. Cuando Herodes preguntó a los principales sacerdotes y escribas dónde iba a nacer el Mesías, ellos citaron Miqueas 5:2: “Y tú, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un guiador, que apacentará a mi pueblo Israel” (Mt. 2:6). Jesús cito Zacarías 13:7 prediciendo que los discípulos lo abandonarían cuando lo arrestaran: “Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas” (Mt. 26:31). El apóstol Pedro describió a Jesús como el Pastor de las almas de los creyentes (1 P. 2:25) y después como el Príncipe de los pastores (5:4). El escritor de Hebreos cerró su epístola con una bendición: “Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén” (He. 13:20-21). Aun después de esta vida, Jesús continuará pastoreando a su pueblo por la eternidad en el cielo: “porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida, y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (Ap. 7:17).

En ninguna parte de las Escrituras se describe a Cristo más claramente como pastor de su pueblo que en el capítulo 10 del Evangelio de Juan. Este discurso en que se presenta como el buen pastor fluye directamente de los sucesos en el capítulo anterior; no hay un vacío de tiempo o una interrupción de pensamiento entre los capítulos 9 y 10 (cp. 10:21). El Señor seguía hablando a las mismas personas: sus discípulos, el antiguo mendigo, los fariseos hostiles y a otros en la multitud siempre presente.

Esta sección de apertura del capítulo 10 presenta cuatro distintivos de la obra pastoral del buen pastor. Es un ministerio pastoral marcado por el contraste con los falsos pastores, por la preocupación por el rebaño, por la conformidad con el Padre y por la controversia en el mundo caído.

UN MINISTERIO MARCADO POR EL CONTRASTE CON LOS FALSOS PASTORES

De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil

de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es. A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. Esta alegoría les dijo Jesús; pero ellos no entendieron qué era lo que les decía. Volvió, pues, Jesús a decirles: De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores; pero no los oyeron las ovejas. Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. (10:1-10)

Por toda la historia de Israel, el pastoreo siempre había sido parte conocida de la vida agraria cotidiana. Y todas las personas sabían que las ovejas son los animales más desamparados, indefensos, extraviados y sucios. Requieren supervisión, dirección, rescate y limpieza constante o se mueren. Ser pastor era buen entrenamiento para dirigir personas. De hecho, los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob habían sido pastores (Gn. 13:1-11; 26:12-14; 46:32; 47:3), como lo fueron los más grandes líderes de Israel: Moisés (Éx. 3:1) y David (1 S. 16:11; 17:28, 34; 2 S. 7:8). Entonces no sorprende que los escritores del Antiguo Testamento usaran frecuentemente la imagen del pastoreo para describir a Israel como el rebaño de Dios (Sal. 74:1; 77:20; 78:52; 79:13; 80:1; 95:7; 100:3; Ez. 34:12-16), a Dios como pastor (Gn. 48:15; 49:24; Sal. 23:1; 28:9; 80:1; Is. 40:11; Jer. 23:3; Ez. 34:11-12; Mi. 7:14) y a los líderes como los pastores ayudantes de Dios (Nm. 27:16-17; 2 S. 5:2; 1 Cr. 17:6; Sal. 78:70-72; Jer. 3:15; 23:4). Los escritores del Nuevo Testamento también usaron esa misma terminología conocida para describir a la Iglesia (Hch. 20:28-29; 1 P. 5:2-3).

Pero aunque la metáfora de un pastor sugiere cuidado tierno, también puede describir un gobierno autocrático, maltratador y duro. Como se verá abajo en la explicación del versículo 1, la Biblia llama pastores a los falsos líderes espirituales, como también lo hace con los verdaderos. En los versículos 1-10 Jesús se contrastó con los falsos pastores de Israel por medio de dos imágenes: Él es el pastor verdadero de las ovejas y él es la única puerta al redil.

JESÚS ES EL PASTOR VERDADERO DE LAS OVEJAS

De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es. A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. Esta alegoría les dijo Jesús; pero ellos no entendieron qué era lo que les decía. (10:1-6)

Como ya hemos dicho anteriormente (véase la explicación de 8:34 en el capítulo 30), la frase *amēn, amēn* (**De cierto, de cierto**) anticipa una declaración de gran importancia. Jesús comenzó su discurso identificándose como el verdadero pastor, en contraste agudo con los falsos pastores. Todas las aldeas de las regiones pastoriles de Palestina tenían un **redil** donde **las ovejas** pasaban la noche. Los pastores apacentaban sus ovejas en los campos de los alrededores durante el día y las llevaban de regreso al redil comunal en la noche. Allí los pastores paraban a cada oveja en la entrada y la inspeccionaban cuidadosamente con su vara antes de permitirle entrar al redil (cp. Ez. 20:37-38). Una vez en el redil, la oveja quedaba al cuidado del **portero** (un pastor contratado, v. 12) que las cuidaba durante la noche. Solo él daba acceso al redil a los pastores; por lo tanto, **el que no** pudiera entrar **por la puerta en el redil de las ovejas, sino** que trepaba **por otra parte**, era **ladrón y salteador**. Puesto que el portero no permitiría el ingreso de extraños, los posibles ladrones trepaban el muro del redil para llegar a las ovejas. Solo **el que** entraba **por la puerta** era **el pastor de las ovejas**.

Cada uno de esos elementos corrientes en la vida cotidiana tenían un significado simbólico en la metáfora del Señor. Aunque algunos argumentan que el **redil** representa a la Iglesia o al cielo, el contexto (v. 16) indica que representa a Israel. Además, es difícil ver cómo podrían irrumpir los ladrones en la Iglesia o el cielo para robar una oveja (cp. vv. 27-29). La **puerta** es Jesús (vv. 7, 9), el único con autoridad para sacar del redil a sus ovejas elegidas. Los ladrones y salteadores representan a los líderes religiosos judíos, nombrados por ellos mismos (cp. Mt. 23:2) los cuales, haciendo la obra del diablo, no la de Dios, trepaban los muros del redil para lucrarse espiritualmente y matar al pueblo.

Esos líderes fueron los últimos en un linaje largo de pastores falsos de Israel. Isaías describió a estos hipócritas en términos gráficos: “Perros mudos, no pueden ladrar; soñolientos, echados, aman el dormir... perros comilones... insaciables; y los pastores mismos no saben entender; todos ellos siguen sus propios caminos, cada uno busca su propio provecho, cada uno por su lado” (Is. 56:10-11). Jeremías escribió: “Los pastores se han vuelto necios, no buscan al SEÑOR; por eso no han prosperado, y su rebaño anda disperso” (Jer. 10:21, NVI). En 12:10 el Señor dijo por medio de Jeremías: “Muchos pastores han destruido mi viña, hollaron mi heredad, convirtieron en desierto y soledad mi heredad preciosa”. En 50:6 Dios se lamentó: “Ovejas perdidas fueron mi pueblo; sus pastores las hicieron errar, por los montes las descarriaron; anduvieron de monte en collado, y se olvidaron de sus rediles”.

Pero los falsos pastores de Israel no escaparían al juicio de Dios. En Jeremías 23:1-2 Dios advirtió:

“¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan el rebaño de mis praderas!”, afirma el Señor. Por eso, así dice el Señor, el Dios de Israel, a los pastores que apacientan a mi pueblo: “Ustedes han dispersado a mis ovejas; las han expulsado y no se han encargado de ellas. Pues bien, yo me encargaré de castigarlos a ustedes por sus malas acciones”, afirma el Señor.

En una acusación devastadora de los falsos pastores y lo que el Señor podría pensar para promover su enseñanza, declaró Dios por medio de Ezequiel:

“Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel; profetiza y adviérteles que así dice el SEÑOR omnipotente: ‘¡Ay de ustedes, pastores de Israel, que tan solo se cuidan a sí mismos! ¿Acaso los pastores no deben cuidar al rebaño? Ustedes se beben la leche, se visten con la lana, y matan las ovejas más gordas, pero no cuidan del rebaño. No fortalecen a la oveja débil, no cuidan de la enferma, ni curan a la herida; no van por la descarriada ni buscan a la perdida. Al contrario, tratan al rebaño con crueldad y violencia. Por eso las ovejas se han dispersado: ¡por falta de pastor! Por eso están a la merced de las fieras salvajes.

Mis ovejas andan descarriadas por montes y colinas, dispersas por toda la tierra, sin que nadie se preocupe por buscarlas.

“Por tanto, pastores, escuchen bien la palabra del SEÑOR: Tan cierto como que yo vivo—afirma el SEÑOR omnipotente—, que por falta de pastor mis ovejas han sido objeto del pillaje y han estado a merced de las fieras salvajes. Mis pastores no se ocupan de mis ovejas; cuidan de sí mismos pero no de mis ovejas. Por tanto, pastores, escuchen la palabra del SEÑOR. Así dice el SEÑOR omnipotente: Yo estoy en contra de mis pastores. Les pediré cuentas de mi rebaño; les quitaré la responsabilidad de apacentar a mis ovejas, y no se apacentarán más a sí mismos. Arrebataré de sus fauces a mis ovejas, para que nos les sirvan de alimento” (Ez. 34:2-10, NVI).

Los profetas mentirosos, a menudo posando de pastores verdaderos, también amenazaron a la Iglesia primitiva (como lo hacen aún hoy). Jesús previno: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (Mt. 7:15). Pablo advirtió a los ancianos de la iglesia de Éfeso así: “Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño” (Hch. 20:29). Pedro escribió: “Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina” (2 P. 2:1). Juan previno así en su primera epístola: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Jn. 4:1). (Para mayor explicación de los falsos maestros en la iglesia véase *2 Peter and Jude* [2 Pedro y Judas], *The MacArthur New Testament Commentary* [Comentario MacArthur del Nuevo Testamento], especialmente los capítulos 5—7, 11—13).

Las Escrituras también predicen la venida de un último pastor falso, el anticristo final. Zacarías 11:16-17 revela parte de su juicio divino sobre Israel (y el mundo):

[Dios levantará] en la tierra a un pastor que no visitará las perdidas, ni buscará la pequeña, ni curará la perniquebrada,

ni llevará la cansada a cuestras, sino que comerá la carne de la gorda, y romperá sus pezuñas. ¡Ay del pastor inútil que abandona el ganado! Hiera la espada su brazo, y su ojo derecho; del todo se secará su brazo, y su ojo derecho será enteramente oscurecido (cp. Dn. 11:36-45; 2 Ts. 2:3-10; Ap. 13:3-10).

Siguiendo con la figura del lenguaje, Cristo dijo que sus **ovejas oyen su voz** cuando las llama de Israel para entrar en su redil mesiánico. La imagen retrata la respuesta humana al llamamiento divino y eficiente a la salvación (Jn. 6:44, 65; 17:6, 9, 24; 18:9; Ro. 1:7; 8:28-30; 9:24; 1 Co. 1:2, 23-24; Gá. 1:6, 15; Ef. 4:1, 4; Col. 3:15; 1 Ts. 4:7; 2 Ts. 2:13-14; 1 Ti. 6:12; 2 Ti. 1:9; 1 P. 1:15; 2:9, 21; 5:10; 2 P. 1:3; Jud. 1). Jesús **a sus ovejas llama por nombre**, porque son suyas. Sus nombres “estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Ap. 13:8; cp. 3:5; 17:8; 20:12, 15; 21:27; Fil. 4:3) y el Padre se los había entregado (Jn. 6:37).

Después de llamar a sus ovejas, Cristo **las saca** del redil a pastar, **va delante de ellas; y las ovejas le siguen**. En el Cercano Oriente el pastor iba adelante del rebaño, pendiente de los posibles peligros, asegurándose de que el sendero fuera seguro y pasable y alimentando a las ovejas en verdes pastos que ya había explorado. Así es en la salvación. Jesús llama a sus ovejas para salvación y las saca del redil en que estaban, las lleva a los “delicados pastos” y las “aguas de reposo” de la verdad y la bendición de Dios (Sal. 23:2).

La razón por la cual las **ovejas siguen** al pastor es porque **conocen su voz**. Las ovejas reales reconocen la voz de su pastor y no responderán a otro. Philip Keller escribe:

La relación que se desarrolla rápidamente entre el pastor y la oveja bajo su cuidado depende en grado definido de la voz del pastor. Las ovejas se acostumbran rápidamente a la voz particular del propietario. Conocen su tono único. Conocen sus sonidos e inflexiones peculiares. Pueden distinguirla de la de cualquier otra persona.

Si llegara un extraño en medio de ellas, no lo reconocerían ni responderían a su voz del mismo modo en que lo harían con el pastor. Aun si el visitante usara las mismas palabras y frases del propietario, no reaccionarían

ellas igual. En realidad, es un caso de condicionamiento con los matices conocidos y el acento personal del llamamiento de su pastor (*A Shepherd Looks at the Good Shepherd and His Sheep* [Un pastor mira al buen pastor y sus ovejas] [Grand Rapids: Zondervan, 1979], pp. 39-40).

Por otra parte, **al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.** Los creyentes verdaderos no abandonarán a Cristo, el buen pastor, para seguir a los pastores falsos. Los creyentes verdaderos reconocen la verdad revelada por Dios (8:31-32, 47, 51-52) y rechazan el error. Juan expresó esto en su primera epístola:

Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo. Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye. Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error (1 Jn. 4:1-6).

Ninguno que es de verdad salvo se alejará final y completamente de Jesucristo. La advertencia de Jesús, que “se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos” (Mt. 24:24), implica claramente que tal engaño es imposible. Quienes abandonan su profesión de fe en la verdad prueban que ni la fe ni la salvación que tenían eran auténticas. Juan escribió: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros” (1 Jn. 2:19). Entonces Juan contrasta esa salida de la verdad, de la voz del Pastor, con la fidelidad a su voz. De las ovejas verdaderas escribe:

Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad. ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre (1 Jn. 2:20-24).

Quienes son de Cristo no lo dejan para irse tras aquellos que niegan la verdad.

El apóstol Juan concluyó esta primera metáfora con una nota explicativa: ***Esta alegoría les dijo Jesús; pero ellos no entendieron qué era lo que les decía.*** La palabra griega que se traduce ***alegoría*** (*paroimia*) describe el lenguaje enigmático y velado que oculta un significado simbólico. Aunque la ***alegoría*** se presentó con suficiente claridad a los líderes religiosos, ellos no captaron su importancia. Su creencia era tan arraigada en que, como descendientes de Abraham, eran parte del rebaño de Dios, que no entendieron en absoluto la acusación de Jesús cuando les declaró que Él era el verdadero pastor y ellos eran los falsos pastores a quienes las ovejas no oírían. Como con sus parábolas (Mt. 13:10-16), esta ***alegoría*** tenía un propósito doble: Revelaba la verdad espiritual a sus seguidores y la escondía a quienes lo rechazaban.

JESÚS ES LA ÚNICA PUERTA AL REDIL

Volvió, pues, Jesús a decirles: De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores; pero no los oyeron las ovejas. Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. (10:7-10)

Aquí Jesús cambió ligeramente la metáfora. En la primera alegoría Él era el pastor, aquí es la puerta de las ovejas. Esta es la tercera de siete declaraciones en el Evangelio de Juan donde “YO SOY” está seguido de

un predicado nominal (v. 11; 6:35; 8:12; 11:25; 14:6; 15:1, 5).

Puesto que los líderes religiosos no entendieron la primera alegoría, **volvió, pues, Jesús a decirles: “De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas”**. A veces el pastor duerme a la intemperie del redil para cuidar a las ovejas. Nadie puede entrar o salir sino a través de él. En la metáfora de Jesús, Él es **la puerta** a través de la cual **las ovejas** entran a la seguridad del redil divino y salen a los pastos ricos de su bendición. Por medio de Él, los pecadores perdidos pueden acercarse al Padre y apropiarse de la salvación que Él les da; solo Jesús es “el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por [Él]” (14:6; cp. Hch. 4:12; 1 Co. 1:30; 3:11; 1 Ti. 2:5). Solo Jesús es la fuente verdadera del conocimiento de Dios y la salvación, la base de la seguridad espiritual.

La aseveración del Señor—“**Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores**”—por supuesto, no incluye a los verdaderos líderes espirituales de Israel (tales como Moisés, Josué, David, Salomón, Esdras, Nehemías, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, entre otros). Jesús se refería a los falsos pastores de Israel: sus reyes impíos, sus sacerdotes corruptos, sus falsos profetas y sus falsos mesías. Sin embargo, **las ovejas** verdaderas **no los oyeron**; no les prestaron atención y no se extraviaron por ellos (véase la explicación anterior de los vv. 4 y 5).

Entonces Jesús reiteró la verdad vital del versículo 7: “**Yo soy la puerta**”. Y añadió la promesa: “**El que por mí entrare, será salvo**” del pecado y del infierno. Las ovejas de Cristo experimentarán el amor, el perdón y la salvación divinos; entrarán y saldrán con libertad; siempre teniendo acceso a la bendición y protección de Dios y nunca temiéndole al daño o al peligro. Les parecerá satisfactorio hallar **pastos** en tanto el Señor los alimenta (cp. Sal. 23:1-3; Ez. 34:15) en su Palabra (cp. Hch. 20:32). En contraste completo con los falsos pastores y ladrones que, como su padre el diablo (8:44), solo vienen **para hurtar y matar y destruir** a las ovejas, Jesús vino **para que tengan vida** espiritual y eterna (cp. Jn. 5:21; 6:33, 51-53, 57; Ro. 6:4; Gá. 2:20; Ef. 2:1, 5; Col. 2:13) **y para que la tengan en abundancia**. *Perisos* (**en abundancia**) describe algo que va mucho más allá de lo necesario. El regalo incomparable de la vida eterna excede toda expectativa (cp. Jn. 4:10; con 7:38; véase también Ro. 8:32; 2 Co. 9:15).

UN MINISTERIO MARCADO POR LA PREOCUPACIÓN POR EL REBAÑO

Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas. Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa. Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas. También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor. (10:11-16)

Esta sección revela tres bendiciones que el buen pastor da a su ovejas porque se preocupa de verdad por ellas (cp. v. 13): muere por ellas, las ama y las une.

EL BUEN PASTOR MUERE POR SUS OVEJAS

Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas. Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa. Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas. (10:11-13)

La identificación que Jesús hace de sí mismo como el **buen pastor** apunta de nuevo al pastor verdadero descrito en los versículos 2-5. Es la cuarta declaración “YO SOY” en el Evangelio de Juan (véase la explicación anterior del v. 7). El texto griego dice literalmente: “El pastor, el bueno”, con lo cual separa a Cristo, el buen pastor, de los otros pastores. *Kalos* (**bueno**) se refiere a su carácter noble (cp. 1 Ti. 3:7; 4:6; 2 Ti. 2:3; 1 P. 4:10). Él es el pastor auténtico y perfecto, el único en su clase, preeminente sobre todos los demás.

Ser un pastor fiel implicaba voluntad para poner la vida en juego con tal de proteger a las ovejas. Los ladrones y animales salvajes como lobos, leones y osos, eran un peligro constante (cp. 1 S. 17:34; Is. 31:4; Am. 3:12). Pero Jesús, **el buen pastor**, fue mucho más allá de estar dispuesto a arriesgar la vida—o arriesgarla de verdad—; en realidad, **su vida dio por las ovejas** (cp. v. 15; 6:51; 11:50-51; 18:14). La frase **su vida da** es única a los escritos juaninos y se refiere siempre a la muerte voluntaria en sacrificio (vv. 15, 17-18; 13:37-38; 15:13; 1 Jn. 3:16). Jesús dio su vida

por sus ovejas porque eran las escogidas para ser parte de su rebaño. La preposición *hyper* (**por**) se usa con frecuencia en el Nuevo Testamento para referirse a la expiación sustitutiva de Cristo por los elegidos (cp. v. 15; 6:51; 11:50-51; 18:14; Lc. 22:19; Ro. 5:6, 8; 8:32; 1 Co. 11:24; 15:3; 2 Co. 5:14-15, 21; Gá. 1:4; 2:20; 3:13; Ef. 5:2, 25; 1 Ts. 5:9-10; 1 Ti. 2:6; Tit. 2:14; He. 2:9; 1 P. 2:21; 3:18; 1 Jn. 3:16). Su muerte fue una expiación real en propiciación por los pecados de todos los que creyeran, en tanto fueran llamados y regenerados por el Espíritu, porque tales eran los escogidos del Padre.

En oposición al buen pastor, quien da su vida por las ovejas, está el **asalariado** (como el portero del v. 3) y **que no es el pastor; de quien no son propias las ovejas, quien ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebatara las ovejas y las dispersa** (cp. Mt. 9:36; Mr. 6:34). El **asalariado** simboliza a los líderes religiosos judíos y, por extensión, a todos los pastores falsos. Son siempre mercenarios, no ministran por amor a las almas de los hombres, ni siquiera por amor a la verdad, sino por dinero (Tit. 1:10-11; 1 P. 5:2; 2 P. 2:3). Por lo tanto, huyen ante la primera señal de amenaza a su bienestar, porque no les importan las ovejas. Su prioridad es la preservación personal y lo último que les preocupa es sacrificarse por alguien.

EL BUEN PASTOR AMA A SUS OVEJAS

Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las más me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas. (10:14-15)

El Señor dio su vida por los suyos porque les ama. La palabra **conozco** se usa aquí para denotar esa relación de amor. En Génesis 4:1, 17, 25; 19:8; 24:16; 1 S. 1:19 el término *conocer* describe la relación de amor íntimo entre el esposo y la esposa (la NASB traduce el verbo *conocer* en esos versículos como “tener relaciones con”). En Amós 3:2 Dios dijo a Israel: “A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra”, no hablaba como si no fuera consciente de las otras naciones, sino de su relación única de amor con su pueblo. Mateo 1:25 dice literalmente que José “no... conoció” a María hasta después del nacimiento de Jesús. En el día del juicio, Jesús alejará a los incrédulos porque no los conoce; esto es, no tiene una relación de amor con ellos (Mt. 7:23). En estos versículos, *conocer* tiene esa misma connotación de relación amorosa. La

verdad simple aquí es que Jesús conoce en amor a los suyos, ellos lo conocen en amor a Él, el Padre conoce en amor a Jesús y Él conoce en amor al Padre. Los creyentes están atrapados entre el afecto íntimo y profundo que se expresan Dios Padre y el Señor Jesucristo (cp. 14:21, 23; 15:10; 17:25-26).

EL BUEN PASTOR UNE A SUS OVEJAS

También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor. (10:16)

Las **otras ovejas** en perspectiva aquí son los gentiles, quienes **no son del redil** de Israel. Ellos también **oirán la voz** de Jesús llamándolos a la salvación (cp. Is. 42:6; 49:6; Ro. 1:16) y los judíos y gentiles redimidos se harán **un rebaño con un pastor**. Sugerir que los judíos y los gentiles se unirían en un rebaño era un concepto revolucionario. Los judíos despreciaban a los gentiles y la animosidad era recíproca. Hasta los creyentes judíos estaban tan condicionados por el prejuicio que eran lentos para aceptar la igualdad entre los miembros de la Iglesia (cp. Hch. 10:9-16, 28; 11:1-18; 15:1-29). Pero como profetizó Caifás sin darse cuenta:

Ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos (Jn. 11:50-52).

Pablo escribió a los efesios:

Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de

ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades (Ef. 2:11-16).

La unidad entre judíos y gentiles define a la Iglesia porque ambos son ovejas que pertenecen al mismo pastor.

UN MINISTERIO MARCADO POR LA CONFORMIDAD CON EL PADRE

Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre. (10:17-18)

Dos actitudes definen la relación del Cristo encarnado con el Padre: amor y obediencia. Las dos están ligadas de modo inseparable, pues es imposible amar a Dios sin obedecerle (Jn. 15:9; 1 Jn. 2:3-5; 5:3). **El Padre** ama al Hijo **porque** pone su **vida** por las ovejas, por todos aquellos a quienes el Padre escogió en el pasado eterno y los entregó al Hijo a su tiempo; el Hijo demostró su amor al Padre “haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). Lo hizo voluntariamente; **nadie** le quitó su vida, **sino** que él la puso **de sí mismo**. Jesús en su juicio le dijo a Pilato, el cual ordenaría su ejecución: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene” (Jn. 19:11; cp. Mt. 26:53-54). La declaración del Señor, repetida dos veces, que **volvería a tomar** su vida, apunta a su resurrección, que es la demostración final de su carácter mesiánico y deidad (Ro. 1:4). Cristo, como con todo lo que hacía, ejercía su autoridad para poner su vida y volverla a tomar en conformidad voluntaria y obediencia amorosa al **mandamiento** que recibió del **Padre**. Él, por el poder de su resurrección, levantará a todo su rebaño para la gloria eterna (Jn. 6:39-40, 44).

UN MINISTERIO MARCADO POR LA CONTROVERSIA EN EL

MUNDO CAÍDO

Volvió a haber disensión entre los judíos por estas palabras. Muchos de ellos decían: Demonio tiene, y está fuera de sí; ¿por qué le oís? Decían otros: Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos? (10:19-21)

Como siempre, la enseñanza de Jesús creó una controversia acalorada entre quienes le oían, **volvió a haber disensión entre los judíos por estas palabras** (cp. 7:12, 43; 9:16). **Muchos de ellos** reiteraban las acusaciones conocidas y **decían**: “**Demonio tiene, y está fuera de sí; ¿por qué le oís?**” (7:20; 8:48, 52; cp. Mt. 9:34; 10:25; 12:24). Sin siquiera considerar lo que Jesús decía, **muchos** desecharon arbitrariamente sus palabras, le respondieron ridiculizándolo en lugar de arrepentirse y mostrar fe en su propio Mesías. Habiendo ya rechazado a Jesús (y su afirmación de deidad), se mantuvieron en su posición obstinadamente y atribuyeron su ministerio a los demonios. Semejante conclusión blasfema y engañosa es condenatoria.

Sin embargo, otros sin tanto prejuicio cegador pudieron concluir lo obvio, lo que indicaban las palabras de Cristo, lúcidas, majestuosas y claras: “**Estas palabras no son de endemoniado**”. Entonces, llegando a la misma conclusión del ciego a quien Jesús había sanado (9:30-33), añadieron: “**¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos?**”. Como el ciego, se dieron cuenta de que el poder milagroso de Jesús era prueba innegable de que verdaderamente fue autorizado y enviado por Dios (cp. 7:31).

37 Rechazo a las afirmaciones de Cristo

Celebrábase en Jerusalén la fiesta de la dedicación. Era invierno, y Jesús andaba en el templo por el pórtico de Salomón. Y le rodearon los judíos y le dijeron: ¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. Jesús les respondió: Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos. Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios. Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre. Procuraron otra vez prenderle, pero él se escapó de sus manos. Y se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde primero había estado bautizando Juan; y se quedó allí. Y muchos venían a él, y decían: Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste, era verdad. Y muchos creyeron en él allí. (10:22-42)

Este pasaje marca el final de la presentación que hace Juan del ministerio público de Cristo. Jesús había viajado por más de tres años a todo lo largo y ancho de Israel, predicando el evangelio, llamando al arrepentimiento, denunciando la religión falsa e hipócrita, instruyendo a sus discípulos y

realizando incontables señales y maravillas para confirmar que Él era el Mesías. Por medio de palabras y obras, Jesús había demostrado claramente su deidad e igualdad con Dios.

Lamentablemente, la nación de Israel, guiada por sus líderes religiosos, rechazó al Mesías; tal como lo predijo el Antiguo Testamento (cp. Sal. 22:6-8; Is. 49:7; 50:6; 53:3). Al final de su vida, Jesús tan solo tenía un puñado de seguidores auténticos; la Biblia menciona 120 en Jerusalén (Hch. 1:15) y varios cientos más, probablemente en Galilea (1 Co. 15:6; cp. Mt. 28:7, 16). En lugar de acogerlo como el Rey Redentor esperado por largo tiempo, los judíos “por medio de gente malvada... lo mataron, clavándolo en la cruz” (Hch. 2:23, NVI). Como se ha indicado en los capítulos anteriores, el rechazo de Jesús por la nación es un tema frecuente en el Evangelio de Juan (cp. 1:10-11; 3:32; 4:1-3; 5:16-18; 6:41-43, 66; 7:1, 20, 26-27, 30-52; 8:13-59; 9:16, 24, 29, 40-41; 10:20; 11:46-57; 12:37-40).

Siguiendo con ese tema, en la sección final del capítulo 10, Juan recalca la larga presentación del ministerio público de nuestro Señor (iniciado en 1:35) con otra confrontación entre Jesús y los líderes religiosos judíos. El diálogo entre ellos se da a conocer en cinco escenas: la confrontación, la afirmación, la acusación, el reto y las consecuencias.

LA CONFRONTACIÓN

Celebrábase en Jerusalén la fiesta de la dedicación. Era invierno, y Jesús andaba en el templo por el pórtico de Salomón. Y le rodearon los judíos y le dijeron: ¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. (10:22-24)

La nota de Juan sobre la celebración de **la fiesta de la dedicación** establece el escenario para el siguiente episodio. Hay un intervalo de aproximadamente dos meses entre el versículo 21 (que aún se da en el tiempo de las fiesta de los tabernáculos [7:2, 10, 37]) y el versículo 22. Algunos comentaristas creen que Jesús se fue durante este período de dos meses, pues el versículo 22 vuelve a llamar la atención sobre **Jerusalén** como escenario del diálogo. Otros creen que el Señor se quedó en los alrededores pues el versículo no dice que subió a Jerusalén (la expresión usual para ir a la ciudad desde otra región [cp. 2:13; 5:1; 11:55; Mt. 20:17-18; Lc. 2:22; 19:28; Hch. 11:2; 15:2; 21:12, 15; 24:11; 25:1, 9; Gá. 1:17-18]). Ambas perspectivas no son sino especulaciones, pues los

Evangelios no dicen dónde estaba Jesús en esos dos meses.

Hoy conocida como *Hanukkah* o la fiesta de las luminarias (llamada así por las luces y velas que alumbraban en las casas judías como parte de la celebración), **la fiesta de la dedicación** se celebraba el día veinticinco del mes judío *Kislev* (nov.-dic.). No era una fiesta prevista en el Antiguo Testamento, pero se originó durante el período intertestamentario. La fiesta conmemoraba la victoria de los israelitas sobre el infame rey sirio Antíoco Epífanes (175-164 a.C.). Antíoco, devoto de la cultura griega, buscaba imponerla a sus súbditos (un proceso conocido como helenización) mediante un decreto que promulgó en el 167 a.C. Antíoco capturó Jerusalén y profanó el templo (170 a.C.) sacrificando un cerdo en el altar, estableciendo un altar pagano en su lugar y erigiendo una estatua de Zeus en el lugar santísimo. En su intento de erradicar sistemáticamente el judaísmo, Antíoco oprimió brutalmente a los judíos, quienes se aferraban tenazmente a su religión. Bajo su dirección despótica, a los judíos se les exigía ofrecer sacrificios a los dioses paganos; no se les permitía poseer o leer sus sagradas Escrituras y los ejemplares de estas se destruían; se les prohibía realizar prácticas religiosas obligatorias como observar el día de reposo y circuncidar a los niños. Antíoco fue el primer rey pagano en perseguir a los judíos por su religión (cp. Dn. 8:9-14, 23-25; 11:21-35).

La persecución salvaje de Antíoco produjo una revuelta de los judíos piadosos, liderados por un sacerdote llamado Matatías y sus hijos. Después de tres años de guerrillas bajo la brillante dirección militar de Judas Macabeo (el hijo de Matatías), los judíos pudieron retomar Jerusalén. El 25 de *Kislev* del 164 a.C., liberaron el templo, lo rededicaron y establecieron la fiesta de la dedicación. El libro apócrifo de 2 Macabeos hace un recuento de la versión histórica:

Macabeo y los suyos, guiados por el Señor, recuperaron el Templo y la ciudad, destruyeron los altares levantados por los extranjeros en la plaza pública, así como los recintos sagrados. Después de haber purificado el Templo, hicieron otro altar; tomando fuego de pedernal del que habían sacado chispas, tras dos años de intervalo ofrecieron sacrificios, el incienso y las lámparas, y colocaron los panes de la Presencia. Hecho esto, rogaron al Señor, postrados sobre el vientre, que no les permitiera volver a caer en tales desgracias, sino que, si alguna vez pecaban, les corrigiera con benignidad, y no los entregara a

los gentiles blasfemos y bárbaros. Aconteció que el mismo día en que el Templo había sido profanado por los extranjeros, es decir, el veinticinco del mismo mes que es Kisléu, tuvo lugar la purificación del Templo. Lo celebraron con alegría durante ocho días, como en la fiesta de las Tiendas, recordando cómo, poco tiempo antes, por la fiesta de las Tiendas, estaban cobijados como fieras en montañas y cavernas. Por ello, llevando tirsos, ramas hermosas y palmas, entonaban himnos hacia Aquél que había llevado a buen término la purificación de su lugar. Por público decreto y voto prescribieron que toda la nación de los judíos celebrara anualmente aquellos mismos días (10:1-8).

La fiesta de la dedicación, que celebraba la revuelta exitosa, tenía lugar en el **invierno**, lo cual puede explicar por qué **Jesús**, que **andaba en el templo**, estaba específicamente en el **pórtico de Salomón**. Probablemente hacía frío y podía estar lloviendo, pues el invierno es la temporada lluviosa en Palestina. **El pórtico de Salomón** les proporcionaría protección de los elementos; era una columnata techada apoyada en pilares, localizadas al lado oriental del templo y con vista al valle de Cedrón. Muchas personas frecuentaban el sitio, especialmente en el tiempo inclemente. Algunos caminaban allí para meditar y los rabinos a veces enseñaban allí a sus estudiantes. Después, los primeros cristianos se reunían en el pórtico de Salomón para proclamar el evangelio (Hch. 3:11; 5:12).

Algunos ven en la referencia de Juan al **invierno** una metáfora del estado espiritual de los judíos: no solo describía la temporada del año, sino la frialdad espiritual de Israel. “El lector atento del Evangelio entiende que las anotaciones del tiempo y la temperatura en Juan son reflejo de la condición espiritual de las personas en el relato” (cp. 3:2; 13:30; 18:18; 20:1, 19; 21:3-4) (*John 1—11* [Juan 1—11], The New American Commentary [Nuevo comentario estadounidense] [Nashville: Broadman & Holman, 2002], pp. 337-338).

Los judíos hostiles rodearon al Señor (esa es una expresión fuerte y habla de su actitud [cp. Lc. 21:20; Hch. 14:20; He. 11:30]) y le increparon: “**¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente**”. Los judíos estaban haciendo la pregunta correcta interrogando a Jesús sobre si era el Mesías; de hecho, es la pregunta más importante que alguien puede hacer (cp. Mt. 16:15-16). Pero dada la

revelación que habían visto y oído y la hostilidad hacia Jesús en el curso de esa revelación, su motivo era sospechoso. Lejos de ser una petición sincera de información, su increpación en realidad no era sino otro intento de tenderle una trampa a Jesús con la idea de librarse de Él. Como era la amenaza más grande a su poder y prestigio, buscaban sin parar la forma de desacreditarlo y desecharlo por completo. Estaban desequilibrados por las señales milagrosas que Él realizaba (11:47); estaban cansados de las divisiones que causaba (Lc. 12:51-53), aun entre sus filas (cp. 9:16); temían una posible revuelta que pudiera producirse contra Roma, cosa que afectaría su estatus político privilegiado (11:48); estaban enojados por las reprensiones públicas que les hacía por su hipocresía (p. ej., Mt. 23:1-36) y, por encima de todo, los enfurecía su afirmación no apologética de ser Dios (5:18; 10:33; 19:7). La estrategia de las autoridades judías era hacerlo declarar en público (el verbo que se traduce *abiertamente* también se puede traducir “públicamente” [7:4, 13, 26; 11:54; 18:20]) que Él era el Mesías, de modo que tuvieran un pretexto para arrestarlo.

LA AFIRMACIÓN

Jesús les respondió: Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos. Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle. (10:25-31)

Pero Jesús ya les *había dicho* abiertamente quién era (cp. 5:17ss.; 8:12, 24, 58); de hecho, había pasado los últimos tres años haciéndolo. No solo eso, **las obras que hizo en el nombre del Padre** también demostraban que Él era el Mesías; el Hijo de Dios; Dios en carne humana (cp. vv. 32, 38; 3:2; 5:36; 7:31; 11:47; 14:11; Hch. 2:22). La declaración ***vosotros no creéis***, repetida dos veces por el Señor, indica que el problema no se debía a ambigüedad alguna en la revelación de la verdad, sino a la ceguera espiritual de ellos. Carecían del entendimiento, no porque les faltara información, sino porque carecían del arrepentimiento y la fe. Su incredulidad no se debía a exposición insuficiente a la verdad, sino a su

odio por la verdad y el amor a las mentiras (Jn. 3:19-21). Cualquiera que esté dispuesto a buscar la verdad, la encontrará (7:17); pero Jesús se negó a comprometerse con quienes rechazaban voluntariamente la verdad. Igual, si de nuevo les hubiera dado la respuesta que le pedían, ellos no habrían creído (cp. 8:43; Mt. 26:63-65; Lc. 22:66-67).

Desde la perspectiva de la responsabilidad humana, los judíos hostiles no creían porque habían rechazado deliberadamente la verdad. Pero desde el punto de vista de la soberanía divina, **no creían porque no eran ovejas** del Señor, las que el Padre le había dado (v. 29; 6:37; 17:2, 6, 9). La comprensión total de cómo obran juntas estas dos realidades, la responsabilidad humana y la soberanía divina, está más allá de la comprensión humana; pero en la mente infinita de Dios no hay dificultad con ellos. Es significativo que la Biblia no intenta armonizarlas, ni disculpa la tensión lógica entre ellas. Por ejemplo, en Lucas 22:22, cuando Jesús habló de la traición de Judas Iscariote, dijo: “A la verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado”. En otras palabras, la traición de Judas concordaba con el propósito eterno de Dios. Mas entonces Jesús añadió: “Pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!”. El hecho de que la traición de Judas fuera parte del plan de Dios no mitigaba su responsabilidad en el delito. En Hechos 2:23 Pedro dijo que Jesús fue “entregado [a la cruz] por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios”. Con todo, también responsabilizó a Israel por haber prendido y matado a Jesús “por manos de inicuos, crucificándole”. La soberanía de Dios nunca excusa el pecado humano. (Para una explicación más amplia de la interacción entre la soberanía divina y la responsabilidad humana véase la exposición de 6:35-40 en el capítulo 20 de esta obra).

Repitiendo lo que dijo en el discurso del buen pastor (véase la exposición de los vv. 3-5 en el capítulo anterior de esta obra), Jesús dijo: “**Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen**”. Los elegidos atenderán el llamamiento de Cristo para la salvación y continuarán en fe y obediencia para la gloria eterna (cp. Ro. 8:29-30).

El Señor siguió articulando la verdad maravillosa de que quienes son sus ovejas no necesitan temer perderse. Jesús declaró: “**Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre**”. En ninguna otra parte, las Escrituras afirman más fuertemente la seguridad absoluta y eterna de todos los cristianos verdaderos. Jesús enseñó claramente que la seguridad

del creyente en la salvación no depende de esfuerzos humanos, sino que tiene su base en la gracia, elección soberana, promesa y poder de Dios.

Las palabras de Cristo revelan siete realidades que atan a todo verdadero cristiano para siempre con Dios. Primera, los creyentes son sus **ovejas** y el deber del buen pastor es proteger a su rebaño. Jesús dijo: “Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero” (6:39). Insistir que un cristiano verdadero puede perderse de alguna manera es negar la verdad de esa declaración. También es difamar el carácter del Señor Jesucristo; hacerlo un pastor incompetente, incapaz de sostener a quienes el Padre le confió.

Segunda, las ovejas de Cristo sólo oyen su **voz** y lo **siguen** sólo a Él. Como no oirán o seguirán a un extraño (10:5), no es posible que deambulen por ahí, lejos de Él y se pierdan eternamente.

Tercera, las ovejas de Cristo tienen **vida eterna**. Hablar del final de la vida eterna es una contradicción en los términos.

Cuarta, Cristo da vida eterna a sus ovejas. Puesto que no hicieron nada para obtenerla, no pueden hacer nada para perderla.

Quinta, Cristo prometió que sus ovejas **no perecerán jamás**. Si eso le pasara a una, Él sería un mentiroso.

Sexta, nadie—ni los falsos pastores (los ladrones y salteadores del v. 1) ni los falsos profetas (simbolizados por el lobo del v. 12), ni siquiera el diablo—es lo suficientemente poderoso como para arrebatarse las ovejas de Cristo de su **mano**.

Y por último, las ovejas de Cristo no solo están en su mano, sino en la mano del Padre, quien es **mayor que todos**, luego **nadie las puede arrebatar de su mano** tampoco. La vida del creyente, infinitamente segura, “está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3).

El Padre y el Hijo garantizan conjuntamente la seguridad eterna de los creyentes porque Jesús declaró: “**Yo y el Padre uno somos**” (la palabra griega para **uno** es neutra, no masculina; habla de una sustancia, no de “una persona”). Así, la unidad de ellos en propósito y acción para salvaguardar a los creyentes se apoya en la unidad de su naturaleza y esencia. Todo el asunto de la seguridad se resume en las propias palabras de nuestro Señor en Juan 6:39-40:

Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado:

Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.

Los judíos, enfurecidos por lo que percibían inequívocamente como otra afirmación blasfema sobre la deidad de Jesús, justos en su opinión, explotaron en un ataque de pasión y **volvieron a tomar piedras para apedrearle**; es la cuarta vez que intentaban matarlo en el Evangelio de Juan (5:16-18; 7:1; 8:59). Aunque los romanos habían privado a los judíos del uso de la pena capital (18:31), esta turba airada y asesina estaba lista para tomar el asunto con sus propias manos.

LA ACUSACIÓN

Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios. (10:32-33)

Mostrando una calma majestuosa frente a la ira asesina de sus oponentes, Jesús les dijo deliberadamente: “**Muchas buenas** (el adjetivo *kalos* significa “noble”, “excelente”, “bello”) **obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?**”. El Señor no suavizó ni retiró su afirmación de ser igual a Dios. En su lugar, los forzó a enfrentar y lidiar con sus buenas obras milagrosas, hechas con la dirección del **Padre** (cp. 5:19-23). Esas obras eran prueba visible, tangible e inescapable de su unidad con Dios (cp. 5:36). La pregunta del Señor también metió a los líderes judíos en la posición incómoda de oponerse a las cosas buenas, populares y públicas que había hecho al sanar a los enfermos, alimentar la multitud, liberar a los poseídos e incluso resucitar a los muertos (cp. Lc. 7:14-15; 8:52-56; Jn. 11).

Pero a **los judíos** enfurecidos no los disuadía ningún milagro. A diferencia del antiguo ciego, quien había llegado a la conclusión apropiada a partir de las obras milagrosas de Jesús (cp. 9:33), la turba enfurecida simplemente echó a un lado sus obras. Los judíos **le respondieron: “Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios”**. Como ya dijimos, las señales que Jesús realizaba demostraron su unidad con el Padre y probaron que no era culpable de **blasfemia**. Pero la apelación del Señor a sus obras poderosas se perdió entre la multitud. Ellos ya estaban decididos y su amor por el

pecado los hacía cautivos de Satanás, la muerte y el juicio.

En contraste con quienes niegan que Cristo haya afirmado ser Dios, los judíos hostiles entendieron perfectamente que Jesús decía eso. Pero se negaban a considerar la posibilidad de que su afirmación fuera cierta. Para ellos, Jesús era culpable del acto último de blasfemia porque, como le dijeron: Él, **siendo** hombre, se hacía **Dios**. Como sucedió con las primeras afirmaciones de deidad que hizo Cristo, su reacción final fue un plan para matarlo (5:16-18; 8:58-59). Irónicamente, su acusación de blasfemia era verdad en el sentido opuesto. Lejos de ser tan solo un hombre que se promovía como Dios con arrogancia, Jesús de hecho era el Dios todopoderoso, quien se había humillado por amor, haciéndose hombre para morir por el mundo (1:14; cp. Fil. 2:5-11).

EL RETO

Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre. (10:34-38)

Es importante notar que **Jesús**, habiendo sido acusado de blasfemia porque sus oponentes sabían bien qué estaba diciendo, no reclamó que lo habían malinterpretado. Su negación a hacerlo deja claro que la declaración *Yo y el Padre uno somos* (v. 30), era lo que ellos sabían que era, una afirmación de ser Dios.

Jesús sabía la seriedad con que ellos se tomaban la palabra **Dios**, de modo que trató ese asunto citando un pasaje del Antiguo Testamento: “**¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?**”. La misma **ley** (aquí una referencia a todo el Antiguo Testamento, no solo al Pentateuco) que los judíos valoraban tanto usaba el término **dioses** para referirse a otros que no fueran Dios. La referencia es al Salmo 82:6, donde Dios reprendió a los jueces injustos de Israel llamándolos **dioses**

(en un sentido muy inferior) porque regían como representantes y portavoces de Dios (cp. Éx. 4:16; 7:1). Los líderes judíos no podían disputar el hecho de que a esos jueces se les llamara **dioses**, porque **la Escritura no puede ser quebrantada**; una declaración clara y sin ambigüedad de la veracidad y autoridad absolutas de la Biblia. La Biblia no se puede anular ni dejar a un lado (véase la explicación de Mt. 5:17-19 en *Matthew 1—7* [Mateo 1—7], *The MacArthur New Testament Commentary* [Comentario MacArthur del Nuevo Testamento] [Chicago: Moody, 1985], pp. 249-273), aunque los judíos lo intentaban con frecuencia (cp. Mr. 7:13).

Si Dios llamó **dioses** a los jueces injustos, argumentó Jesús, ¿Cómo podían decir sus oponentes **al que el Padre santificó y envió al mundo**: “**Tú blasfemas**”, porque dijo: “**Hijo de Dios soy**”? Si simples mortales, malos, podían llamarse en algún sentido dioses, ¿Cómo podría ser inapropiado que Jesús, **al que el Padre santificó y envió al mundo**, se autodenominara **Hijo de Dios** (cp. 5:19-27)? No se trata de añadir evidencia de su deidad; simplemente es una reprensión al nivel de su reacción exagerada con el uso de la palabra **Dios** en referencia a Jesús. Él había probado tener el derecho a ese título en todo el sentido divino, como lo afirmaría otra vez en los versículos 37-38. Ellos tan solo eran **aquellos a quienes vino la palabra de Dios**; Jesús era la Palabra de Dios encarnada (1:1, 14). Como un comentarista explicó:

Este pasaje se malinterpreta a veces, como si Jesús sólo se estuviera igualando a los hombres en general. El razonamiento es así: Jesús apela al salmo que habla de los hombres como dioses y entonces justifica autodenominarse Hijo de Dios. Es dios en el mismo sentido de los otros. Pero esto no es tomar muy en serio lo que Cristo dijo en realidad. Está argumentando de menos a más. Si la palabra *dios* se podía usar para personas que no eran sino jueces, ¿cuánto más podría usarlo con mayor dignidad, mayor importancia y significado que cualquier otro juez, el “que el Padre santificó y envió al mundo”? No se ubica Él en el nivel de los hombres, se está apartando de ellos (Leon Morris, *Reflections on the Gospel of John* [Reflexiones sobre el Evangelio de Juan] [Peabody: Hendrickson, 2000], p. 396).

La apelación del Señor al Antiguo Testamento fue un nuevo reto a los líderes judíos para que abandonaran sus conclusiones sesgadas sobre Él y

consideraran la evidencia objetiva. En el mismo sentido, Jesús continuó diciendo: **“Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre”**. Como ya lo había hecho muchas otras veces, con una paciencia irritante (cp. vv. 25, 32; 5:19-20, 36; 14:10-11), el Señor apeló a sus **obras** para probar su unión indivisible con **el Padre** (v. 30). Pero de modo increíble, los líderes religiosos de Israel eran tan ciegos espiritualmente que no podían reconocer las buenas obras de Dios. **Si** Jesús no hiciera **las obras del Padre**, habrían estado ellos en lo correcto al negarse a creer. De otro lado, si Él las hacía, ellos debieran haber puesto de lado su renuencia a creer sus palabras, debían haber escogido creer el testimonio claro de sus **obras**. Como supuestos hombres de Dios, debieran haber estado dispuestos a seguir la evidencia a su conclusión lógica.

LAS CONSECUENCIAS

Procuraron otra vez prenderle, pero él se escapó de sus manos. Y se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde primero había estado bautizando Juan; y se quedó allí. Y muchos venían a él, y decían: Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste, era verdad. Y muchos creyeron en él allí. (10:39-42)

Como era previsible, el reto del Señor a sus oponentes cayó en oídos sordos. En lugar de considerar la evidencia, los líderes judíos respondieron como ya lo habían hecho: **procuraron otra vez prenderle**. Tal vez planeaban arrastrarlo fuera del templo antes de lapidarlo (cp. Hch 21:30-32), pero es más probable que quisieran arrestarlo y asegurarlo para juzgarlo ante el sanedrín. No importa qué hayan pretendido, su hora no había llegado aún (7:30; 8:20); por eso, Jesús **se escapó de sus manos**. Dejó Jerusalén y no regresó hasta tres o cuatro meses después para resucitar a Lázaro de los muertos (Jn. 11:1ss.) y entrar en triunfo a Jerusalén (12:12ss.).

Pero como siempre, en la multitud había algunos que creían y lo aceptaban (cp. vv. 19-21; 7:12, 43; 9:16; 11:45). Después de dejar Jerusalén, el Señor **se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde primero había estado bautizando Juan** (Betania, más allá del Jordán; véase la exposición de 1:28 en el capítulo 4 de esta obra). Mientras estuvo allí, **muchos iban a Él, y decían: “Juan, a la verdad,**

ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste, era verdad". Allí las personas lo recordaron e iban a él como lo habían hecho antes alrededor de Juan el Bautista. Aunque **Juan, a la verdad, ninguna señal hizo** (esto es, no hizo milagros), fue el testigo preeminente de Jesús; como lo observaron las personas, **todo lo que Juan dijo de Jesús, era verdad**. No sorprende que **muchos creyeron en Él allí**.

Así, el ministerio público de Jesús concluyó con un último rechazo de los mismos líderes que debieran haberlo saludado como Mesías. El rechazo de ellos previó el rechazo final unos meses después, cuando el pueblo, bajo la influencia de tales líderes (Mt. 27:20), gritó: "¡Fuera, fuera, crucifícale!" (Jn. 19:15).

Aun hoy hay muchos que, como la nación judía hostil, permiten que sus ideas preconcebidas sobre la religión y su amor por el pecado les ciegue a la verdad salvadora de Jesucristo. No obstante, quienes se acercan a Él en arrepentimiento y fe, llegarán a la verdad de quién es Él (7:17). A ellos se les dará la "potestad de ser hechos hijos de Dios" (1:12).

38 La resurrección y la vida—Primera parte: Enfermedad para la gloria de Dios

Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos.) Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: Señor, he aquí el que amas está enfermo. Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba. Luego, después de esto, dijo a los discípulos: Vamos a Judea otra vez. Le dijeron los discípulos: Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá? Respondió Jesús: ¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él. Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él. Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él. (11:1-16)

El tema más importante del universo es la gloria de Dios. Es la razón subyacente de todas las obras divinas; desde la creación del mundo, pasando por la redención de los pecadores perdidos y el juicio de los incrédulos, hasta la manifestación de su grandeza por toda la eternidad en el cielo.

Como la gloria de Dios es intrínseca a su naturaleza, la Biblia se refiere a Él como el Dios de gloria (Sal. 29:3; Hch. 7:2), la Gloria de Israel (1 S. 15:29), el Rey de la gloria (Sal. 24:7-10) y el Alto y Sublime

(Is. 57:15; cp. 33:5). Dios Padre se llama Padre de gloria (Ef. 1:17; cp. 2 P. 1:17); Jesucristo, el Señor de gloria (1 Co. 2:8) y el Espíritu Santo, el glorioso Espíritu de Dios (1 P. 4:14). La gloria intrínseca de Dios es únicamente suya y no participará de ella nadie más (Is. 42:8; 48:11).

La Palabra de Dios, exalta consecuentemente la grandeza de su gloria. En el Salmo 57:11 David exclamó: “Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios, y sobre toda la tierra sea enaltecida tu gloria” (cp. 108:5.). Haciéndose eco del pensamiento de su padre, Salomón escribió: “Bendito su nombre glorioso para siempre, y toda la tierra sea llena de su gloria” (Sal. 72:19). El Salmo 113:4 describe “sobre los cielos” la gloria de Dios; el Salmo 138:5 proclama que la gloria del Señor es grande; y el Salmo 148:13 añade que “su gloria es sobre tierra y cielos”.

La gloria de Dios se revela en formas infinitas, una de las cuales es su creación. En el Salmo 19:1 David escribió: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos”. Isaías 6:3 declara: “Toda la tierra está llena de su gloria”; es el estuche de prueba en el cual “las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo” (Ro. 1:20). Todo lo que Dios creó le da gloria; excepto los ángeles caídos y los hombres caídos. E incluso ellos, en sentido negativo, le dan gloria, porque Él muestra su santidad al juzgarlos (cp. Éx. 14:4, 17-18).

La gloria de Dios también se ve en la redención. Salvó a los pecadores “para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria” (Ro. 9:23). En 2 Corintios 4:4 Pablo llamó el mensaje de la salvación, el “evangelio de la gloria de Cristo” y afirmó que “abundando la gracia [salvadora] por medio de muchos, la acción de gracias [sobreabundará] para gloria de Dios” (v. 15). Pablo escribió a los efesios: “[Dios], en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia... nos hizo aceptos en el Amado” (Ef. 1:5-6; cp. vv. 12, 14, 18). La salvación transforma a los creyentes, los llena “de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios” (Fil. 1:11; cp. Jn. 15:8).

En varios momentos de la historia de la redención, Dios manifestó visiblemente su gloria a su pueblo. Moisés, abrumado con la responsabilidad de liderar a Israel, clamó a Dios:

—*Déjame verte en todo tu esplendor—insistió Moisés.*

Y el SEÑOR le respondió:

—Voy a darte pruebas de mi bondad, y te daré a conocer mi nombre. Y verás que tengo clemencia de quien quiero tenerla, y soy compasivo con quien quiero serlo. Pero debo aclararte que no podrás ver mi rostro, porque nadie puede verme y seguir con vida.

”Cerca de mí hay un lugar sobre una roca—añadió el SEÑOR—. Puedes quedarte allí. Cuando yo pase en todo mi esplendor, te pondré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi mano, hasta que haya pasado. Luego, retiraré la mano y podrás verme la espalda. Pero mi rostro no lo verás (Éx. 33:18-23, NVI).

Durante su peregrinación por el desierto, la gloria de Dios apareció muchas veces al pueblo de Israel, principalmente en forma de una columna de nube o fuego (Éx. 13:21-22; 16:10; 24:16-17; Lv. 9:23-24; Nm. 14:10; 16:19, 42). Una manifestación visible de la gloria de Dios también apareció en las ceremonias dedicatorias del tabernáculo (Éx. 40:34-35) y del templo de Salomón (1 R. 8:10-11).

En la preparación de Isaías para su ministerio profético, Dios también le dio una visión abrumadora de su santidad majestuosa y gloriosa:

El año de la muerte del rey Uzías, vi al Señor excelso y sublime, sentado en un trono; las orlas de su manto llenaban el templo. Por encima de él había serafines, cada uno de los cuales tenía seis alas: con dos de ellas se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. Y se decían el uno al otro: “Santo, santo, santo es el SEÑOR Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria”. Al sonido de sus voces, se estremecieron los umbrales de las puertas y el templo se llenó de humo. Entonces grité: “¡Ay de mí, que estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros y vivo en medio de un pueblo de labios blasfemos, ¡y no obstante mis ojos han visto al Rey, al SEÑOR Todopoderoso!” (Is. 6:1-5, NVI).

Pero la manifestación más gloriosa y misericordiosa de la gloria de Dios vino en la persona del Señor Jesucristo, el “Verbo [que] fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14). Explicando

la importancia del primer milagro del Señor, Juan escribió: “Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él” (2:11). Aunque la gloria divina de Jesús estaba velada en la carne humana, en una ocasión reveló su verdadera majestad a tres de sus discípulos: “Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz” (Mt. 17:1-2; cp. 2 P. 1:16-18).

El capítulo 11 registra la última y más poderosa señal en el Evangelio de Juan (cp. 2:1-11; 4:46-54; 5:1-17; 6:1-14; 6:15-21; 9:1-41): la resurrección de Lázaro, cuatro días después de haber muerto. Sin embargo, el propósito principal del milagro no era restaurarle la vida o aliviar la pena de sus hermanas. Jesús resucitó a Lázaro de los muertos, primero y sobre todo, para que el Padre y Él fueran glorificados (vv. 4, 40).

La gloria de Jesucristo brilla en este pasaje, sobre el trasfondo del rechazo y odio de los líderes judíos. Como ya se indicó en el capítulo anterior de esta obra, la confrontación del Señor con las autoridades judías en el pórtico de Salomón (10:22-39) marcó el final del relato de Juan del ministerio público de Cristo; los capítulos 11 y 12 sirven de puente entre su ministerio público y su pasión, registrada en los capítulos 13—21. Después del enfrentamiento, Jesús se fue al otro lado del río Jordán (10:40) a la región de Perea, donde permaneció y ministró durante unos meses, antes de regresar a Jerusalén para la semana de la pasión. Fue en medio de su ministerio en Perea que regresó brevemente a las inmediaciones de Jerusalén para resucitar a Lázaro. Aun así, a pesar del milagro innegable que Jesús realizaría, el odio de las autoridades judías hacia Él solo se había intensificado (11:46-53). Por lo tanto, después de resucitar a Lázaro, el Señor se volvió a alejar de los alrededores de Jerusalén (v. 54), para no regresar hasta su entrada triunfal.

La resurrección de Lázaro evidenció la gloria de Cristo en tres formas: señalaba sin equívocos su deidad (11:25-27), fortalecía la fe de los discípulos (11:15) y llevaba directamente a la cruz (11:53). El relato del capítulo 11 se puede dividir en cuatro secciones, a medida que va avanzando: la preparación para el milagro (11:1-16), la llegada de Jesús (11:17-36), el milagro en sí (11:37-44) y las consecuencias (11:45-57).

La primera sección aporta el trasfondo del milagro, introduce tres tipos de personajes: el crítico, las hermanas preocupadas y los discípulos cautelosos.

EL CRÍTICO

Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos.) (11:1-2)

La presentación sin adornos de **Lázaro—Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro**—enfatisa que él no es el enfoque primario de la historia. Como ya dijimos, el énfasis principal es que Jesús y el Padre se glorificaran con su resurrección. **Lázaro** es una forma corta del nombre hebreo Eleazar, cuyo significado es “Dios ha ayudado” o “ayudado por Dios”; un nombre que se ajusta a esta historia. Como el nombre era común, Juan lo identificó por la aldea donde vivía, **Betania**. No era esta la Betania al otro lado del Jordán, donde Juan el Bautista había ministrado (véase la exposición de 1:28 en el capítulo 4 de esta obra) y donde Jesús estaba ministrando en aquel momento (véase la explicación de 10:40 en el capítulo anterior). Esta era la **Betania** de Judea (v. 18).

Más aún, Juan identificó Betania como **la aldea de María y de Marta su hermana**. El apóstol, sin dar detalles adicionales, evidentemente esperaba que sus lectores conocieran a las dos hermanas (de quienes también se habla en el Evangelio de Lucas [Lc. 10:38-42]). Por eso, pudo escribir: “**María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos**”; aunque no relataría la historia de esa unción hasta el capítulo 12, sus lectores ya sabían de eso por los Evangelios sinópticos (Mt. 26:6-13; Mr. 14:3-9).

Por medio de la resurrección de Lázaro, Jesús y el Padre recibirían gloria, la fe de los discípulos se fortalecería y sería la gota que rebosaría la copa de hostilidad de los líderes judíos para llevar a cabo la ejecución de Jesús.

LAS HERMANAS PREOCUPADAS

Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: Señor, he aquí el que amas está enfermo. Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días

más en el lugar donde estaba. (11:3-6)

Como es comprensible, **las hermanas** estaban muy preocupadas con la condición de su hermano. Le mandaron **decir a Jesús**: “**Señor, he aquí el que amas está enfermo**”. No se especificó cuál era la enfermedad de Lázaro, pero su muerte era inminente. Marta y María creían que Jesús estaba dispuesto a sanar a su hermano porque lo amaba y confiaban también en que Él tenía el poder para hacerlo (vv. 21, 32).

Como el Señor estaba al otro lado del Jordán (10:40), un mensajero desde Betania habría necesitado al menos un día para avisarle. (Por supuesto, el Señor ya sabía por su omnisciencia de la seria enfermedad de Lázaro [cp. vv. 11, 13-14]). Debido a la gravedad de la condición de Lázaro, pudo haber muerto aun antes de que el mensajero llegara a Jesús, pues había muerto hacía cuatro días para cuando Jesús llegó a Betania (vv. 17, 39). (El viaje del mensajero habría demorado un día y el Señor se demoró dos días [v. 6] antes de tomar un día más para ir camino a casa de Lázaro. Eso hace que el número total de días sea cuatro).

El mensaje de las hermanas es bello por su tierna sencillez. No explicaron los detalles de la condición de Lázaro ni le pidieron específicamente al Señor que hiciera algo. (Se daban cuenta de que era muy peligroso para Él viajar cerca de Jerusalén en aquel momento; cp. v. 8). Tampoco intentaron manipular a Jesús recordándole el afecto de Lázaro hacia Él. Solo apelaron al amor del Señor (*phileō*; el amor de amistad y afecto) por su hermano, con humildad y confianza le hicieron consciente de su necesidad (cp. Sal. 37:5; 46:1; 55:22; 1 P. 5:7).

Cuando **Jesús** oyó el mensaje, **dijo**: “**Esta enfermedad no es para muerte**”. Obviamente, el Señor no quería decir que Lázaro no moriría, sino que la muerte no sería el resultado final. Como con el ciego (9:3), la enfermedad, muerte y resurrección de Lázaro eran **para la gloria de Dios**. Contrariamente a las enseñanzas de algunos, la respuesta de Cristo muestra que la enfermedad y hasta la muerte pueden ser a veces la voluntad de Dios para su pueblo (cp. 21:19; Éx. 4:11; Job 1—2). En este caso, las circunstancias de Lázaro la darían **la gloria a Dios** porque a través de ellas **el Hijo de Dios** sería **glorificado** (cp. 12:23, 28).

La nota de Juan—que **amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro**—hace explícito lo que se implica en toda la historia. El Señor era cercano a esta familia, seguramente había pasado mucho tiempo en su casa durante sus visitas a las cercanías de Jerusalén (cp. Mt. 21:17; Mr. 11:11-12 y la explicación de 8:1 en el capítulo 27 de esta obra). Juan

interpuso aquí esa idea para mostrar que el acto siguiente del Señor no reflejaba falta de amor o de compasión por su parte.

La relación cercana del Señor con Lázaro, María y Marta hace parecer aún más misterioso lo que ocurrió a continuación. En lugar de apresurarse a ir a Betania para responder al mensaje de las hermanas, **cuando Jesús oyó que Lázaro estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba.** El Señor no se demoró para hacer que Lázaro muriera, pues, como se dijo antes, probablemente ya hubiera muerto antes de la llegada del mensajero. La demora tenía varios propósitos: fortalecía la fe de las hermanas, forzándolas a confiar en Él; dejaba claro que Lázaro estaba verdaderamente muerto (véase la explicación del v. 17 en el capítulo 39 de esta obra), por lo tanto la resurrección que Jesús obraría en efecto era un milagro; y, como siempre, Jesús operaba de acuerdo a los tiempos de Dios, no de los hombres.

LOS DISCÍPULOS CAUTELOSOS

Luego, después de esto, dijo a los discípulos: Vamos a Judea otra vez. Le dijeron los discípulos: Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá? Respondió Jesús: ¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él. Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él. Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él. (11:7-16)

Después de terminada la demora de dos días, Jesús dijo a los discípulos: “Vamos a Judea otra vez”. Atónitos y horrorizados, **los discípulos** protestaron: **“Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte (8:59; cp. 10:31), ¿y otra vez vas allá?”.** ¿Por qué, pensaban ellos, dejar un ministerio fructífero (10:41-42) por un viaje amenazante en las cercanías de Jerusalén? La situación no parecía requerir la atención o presencia inmediata del Señor; Él dijo que Lázaro no iba a morir (v. 4). Y si Jesús necesitaba sanar a Lázaro, ¿por qué no hacerlo a distancia como ya lo

había hecho (cp. 4:46-53)?

El Señor respondió con un dicho proverbial con la intención de eliminar los temores de los discípulos: **“¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él”**. Los judíos dividían el período de luz del día en doce horas que, a diferencia de las horas modernas, variaban en duración en distintas épocas del año. Las **doce horas** del día simbolizaban la duración del ministerio terrenal del Señor, como el Padre le asignó. Así como nadie puede alargar ni acortar un día, la preocupación de los judíos tampoco podía extender el tiempo asignado a Jesús, ni la hostilidad de los judíos podía acortarla. **El que anda de día** no necesita temer a los tropiezos; luego Jesús estaba perfectamente a salvo del tiempo prescrito para su vida (7:30; 8:20). La **noche**, el fin de su ministerio terrenal (cp. 12:35), vendría en el tiempo preciso determinado en el plan eterno de Dios y solo entonces el Señor tropezaría con la muerte (véase la explicación de 9:4 en el capítulo 33 de esta obra).

La frase *Dicho esto, les dijo después* sugiere que Jesús hizo una pausa para permitir que calara la verdad dicha en los versículos 9 y 10. Entonces explicó a los discípulos por qué necesitaba regresar a Judea: **“Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle”**. *Duerme* se usa por toda la Biblia como eufemismo para la muerte, particularmente la de los creyentes (véase el uso repetido de la frase “durmió con sus padres” en 1 y 2 Reyes y 2 Crónicas; 1 R. 2:10; 11:43; Sal. 13:3; Dn. 12:2; Mt. 9:24; 27:52; Hch. 7:60; 13:36; 1 Co. 11:30; 15:6, 18, 20, 51; 1 Ts. 4:13-15; 5:10; 2 P. 3:4); por lo tanto, al decir Jesús que iba **para despertarle**, hablaba metafóricamente de resucitar a Lázaro de los muertos.

Aliviados de oír que Lázaro se estaba recuperando (o así lo creyeron), **dijeron entonces sus discípulos: “Señor, si duerme, sanará”**. ¿Por qué no dejarlo descansar, entonces? No veían la necesidad de que su maestro arriesgara su vida regresando a Judea. Pero su razonamiento se basaba en una mala interpretación de las palabras de Jesús; **Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño**. El error de los discípulos provino de malentender las palabras de Jesús en el versículo 4; aún creían que la condición de Lázaro era de mejoría y que continuaría esa tendencia si él descansaba.

En ese momento Jesús terminó con su confusión, **les dijo claramente: “Lázaro ha muerto”**. He aquí un indicador inequívoco de

la omnisciencia de Dios, pues el mensajero solo le había dicho a Jesús que Lázaro estaba enfermo (v. 3) y no había modo de que Jesús hubiera oído que Lázaro ya había muerto.

La siguiente declaración de Jesús no quiere decir que Él se alegrara de la muerte de su amigo querido (cp. vv. 33, 35, 38): “**Me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis**”. El Señor quería decir que la resurrección de Lázaro haría mucho más por fortalecer la fe de los discípulos que la sola curación. El tiempo de Jesús en la tierra se acercaba rápidamente a su fin y, ante la inminencia de la cruz, los discípulos necesitaban un respaldo poderoso para su fe.

Viendo que Jesús estaba determinado a regresar a Judea, **Tomás, llamado Dídimos** (los dos nombres, *Tomás* [hebreo] y *Dídimos* [griego] significan “gemelo”) **dijo** con resignación **a sus condiscípulos**: “**Vamos también nosotros, para que muramos con él**”. Tomás es conocido en la historia como “Tomás el incrédulo” (cp. Jn. 20:24-28), pero había mucho más en Él, como lo reflejan sus palabras de amor, devoción y aliento, a pesar de su pesimismo. Su negativismo lo hizo creer que moriría si iban a Jerusalén. Por otro lado, su amor por Jesús era tan fuerte que estaba dispuesto a morir **con Él**.

Tomás era sincero en sus intenciones. Aun así, en el momento crucial en Getsemaní (un poco de tiempo después), su fe, como la del resto de los discípulos, iba a mostrarse carente. Cuando arrestaron a Jesús en el huerto, “todos los discípulos, dejándole, huyeron” (Mt. 26:56). Sin embargo, aquí Tomás fue un ejemplo de aliento y fortaleza para los discípulos tambaleantes. Siguiendo su ejemplo, todos fueron con Jesús a Betania, a pesar de sus dudas (vv. 8, 12).

39 La resurrección y la vida—Segunda parte: La llegada del Salvador

Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios; y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano. Entonces Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; pero María se quedó en casa. Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero. Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo. Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: El Maestro está aquí y te llama. Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y vino a él. Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta le había encontrado. Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo: Va al sepulcro a llorar allí. María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, se postró a sus pies, diciéndole: Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano. Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dijeron: Señor, ven y ve. Jesús lloró. Dijeron entonces los judíos: Mirad cómo le amaba. (11:17-36)

Uno de los aspectos más inquietantes de la muerte es que el hombre no tiene control sobre esta. Así como “no hay hombre que tenga potestad sobre el espíritu”, tampoco hay hombre con “potestad sobre el día de la

muerte” (Ec. 8:8). Cuando viene ese día, “su confianza será arrancada de su tienda, y al rey de los espantos será conducido”, una referencia poética a la muerte (Job 18:14).

La realidad aleccionadora de que esta vida puede terminar en cualquier momento solo resalta su brevedad. Job se lamentó: “El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores, sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece” (Job 14:1-2). Moisés escribió: “Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos” (Sal. 90:10).

La verdad expresada en la declaración frívola “¡No te lo puedes llevar!” indica que todo lo hecho en esta vida (con excepción de servir a Dios) al final no tiene sentido. Cuando Salomón se dio cuenta de ello redujo todo lo logrado a vanidad:

Asimismo aborrecí todo mi trabajo que había hecho debajo del sol, el cual tendré que dejar a otro que vendrá después de mí. Y ¿quién sabe si será sabio o necio el que se enseñoreará de todo mi trabajo en que yo me afané y en que ocupé debajo del sol mi sabiduría? Esto también es vanidad (Ec. 2:18-19).

Job exclamó: “Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo he de partir. El SEÑOR ha dado; el SEÑOR ha quitado. ¡Bendito sea el nombre del SEÑOR!” (Job 1:21, NVI). Pablo escribió: “Porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar” (1 Ti. 6:7). Dios declaró a un hombre avaro, consumido por sus posesiones terrenales: “Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?” (Lc. 12:20). Como se ha señalado con ironía, no hay bolsas en las mortajas, y nunca nadie vio un coche fúnebre tirando de un remolque. Tristemente, las personas pasan todas sus vidas acumulando posesiones que la muerte les arrebatara en un instante.

Pero la verdad maravillosa es que la muerte no tiene por qué ser el final de todos los sueños y esperanzas del hombre. Los creyentes pueden enfrentarla con alegre anticipación, en lugar de un temor ansioso, porque Jesucristo la ha conquistado. Como lo prometió a sus seguidores: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (11:25-26) y “porque yo vivo, vosotros también viviréis” (14:19; cp. 1 Co. 15:20-23). La muerte marca el inicio de la vida verdadera, en perfección gloriosa y

comunión perfecta con Cristo para quienes ponen su fe en el Señor. Él los levantará en el día postrero (6:39-40, 44) y vivirán para siempre en su presencia.

La resurrección de Lázaro por Cristo demuestra vívidamente su poder sobre la muerte (cp. Lc. 7:11-15; 8:52-56). El milagro tendió un puente entre su ministerio público a la nación y su ministerio privado a los discípulos en preparación para su partida. Así, este milagro fortaleció la fe de los discípulos (cp. v. 15) y aportó evidencia innegable a Israel de que Jesús era quien afirmaba ser. Más aún, el milagro dio credibilidad a las afirmaciones repetidas de Jesús, según las cuales Él se levantaría un día de los muertos (cp. 2:19; Mr. 8:31; 9:31; Lc. 24:7).

Como dijimos en el capítulo anterior de esta obra, el capítulo 11 del Evangelio de Juan se divide en cuatro escenas. Los versículos 1-16 registran la enfermedad de Lázaro y el mensaje de sus hermanas a Jesús, los versículos 17-36 describen la llegada de Jesús a Betania, los versículos 37-44 narran el milagro mismo y los versículos 45-57 hablan de las consecuencias.

En esta segunda escena del drama, Jesús, la figura central de la historia, llega a Betania. Los versículos 17-36 montan el escenario para el milagro y revelan tres demostraciones visibles del cuidado auténtico de Jesús: su llegada, su afirmación y su compasión.

SU LLEGADA

Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios; y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano. (11:17-19)

Después de su viaje desde Perea, la región al otro lado del río Jordán (10:40), **Jesús** llegó a las afueras de Betania. Los escritos rabínicos sugieren una razón posible para que Juan señalara que **hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro** (véase la explicación de 11:6 en el capítulo anterior de esta obra). Los judíos creían que el alma se quedaba cerca del cuerpo por tres días después de la muerte, esperando retornar a él. Pero en el cuarto día, tras notar que el cuerpo estaba comenzando a descomponerse (cp. v. 39), el alma partía. Solo en ese momento podía considerarse la muerte completamente irreversible. Lázaro llevaba **cuatro días** muerto y su cuerpo ya se había comenzado a

descomponer (v. 39). Por lo tanto, los judíos habrían reconocido que solo un milagro divino podía devolverle la vida.

La explicación de Juan según la cual **Betania estaba cerca de Jerusalén, como a** tres kilómetros de la ciudad en el camino a Jericó, sirve un propósito doble. Resalta el riesgo que corrió Jesús al estar tan cerca de **Jerusalén**, un semillero de oposición asesina. También implica que **muchos de los judíos** que **habían** ido a **Marta y a María**, lo hicieron desde Jerusalén. El hecho de que tantos **judíos** de la capital fueran **para consolarlas por su hermano** sugiere que la familia era prominente y tal vez rica (cp. 12:1-3). Desde la perspectiva humana, los dolientes estaban allí para consolar a las hermanas en su pérdida. Pero desde la perspectiva divina, estaban allí para presenciar el milagro sorprendente de Jesús. La resurrección de Lázaro se haría en público, ante muchos observadores, varios hostiles al Señor. Como resultado, ni siquiera los enemigos de Jesús podrían negar lo que hizo (v. 47).

La costumbre era enterrar al muerto un día después de su muerte (cp. Hch. 5:5-6, 10) pues el clima era cálido y los judíos no embalsamaban. Los hombres y las mujeres caminaban separados en la procesión funeral, después, solo las mujeres regresaban del sepulcro para comenzar un período de duelo de treinta días. Los primeros siete días del duelo eran los más intensos y muchos de los dolientes acompañaban a la familia durante toda la semana. Eso explica por qué **los judíos** que habían ido a consolar a Marta y María seguían con ellos cuatro días después del entierro.

SU AFIRMACIÓN

Entonces Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; pero María se quedó en casa. Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero. Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo. (11:20-27)

Cuando **Marta** supo que **Jesús** iba a la aldea, **salió a encontrarle; pero**

María se quedó en casa. Las acciones de las dos hermanas son acordes con lo visto en Lucas 10:38-42. Marta era la activa y animada (“Se preocupaba con muchos quehaceres” [Lc. 10:40]), María era la callada y analítica (“Sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra” [v. 39]). De acuerdo con las costumbres judías, quienes sufrían la pérdida de un ser amado se quedaban sentados mientras los dolientes los consolaban. Pero Marta, de acuerdo con su personalidad fuerte, salió de la casa y fue al encuentro de Jesús cuando Él se acercaba.

Cuando Marta alcanzó a Jesús, la idea inquietante que había dominado su pensamiento (y el de su hermana; v. 32) en los últimos días salió brotando: **“Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto”**. Aunque tenía roto el corazón, obviamente no estaba reprendiendo al Señor por no haber evitado la muerte de Lázaro. Como se indicó en el capítulo anterior de esta obra, el mensaje de las hermanas había llegado demasiado tarde, humanamente hablando, para que Jesús volviera a tiempo a Betania para curar a Lázaro. Las palabras de Marta eran simplemente una expresión dolorosa de duelo mezclado con la fe que expresó en la declaración siguiente: **“Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará”**. Sin embargo, es evidente que esa confianza no se extendía a la capacidad de Jesús para resucitar a su hermano, como lo dejó claro su vacilación al abrir la tumba (v. 39). Parece haber tenido fe en el poder del Señor para sanar, pero no en su poder para levantar muertos (tal vez la posibilidad ni había pasado por su cabeza). No obstante, Marta reconocía que Jesús tenía una relación especial con Dios. Por lo tanto, confiaba en que por medio de sus oraciones resultaría algo bueno de esta tragedia.

Jesús respondió asegurándole: **“Tu hermano resucitará”**. Lázaro iba a resucitar inmediatamente, eso quería decir, pero Marta no lo entendió. Supuso que Jesús, como los otros dolientes, estaba consolándola con la resurrección de Lázaro al final de los tiempos. Sin embargo, Marta ya conocía esa verdad, luego respondió: **“Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero”**. En el Antiguo Testamento se enseñaba la resurrección del cuerpo (p. ej., Job 19:25-27; Sal. 16:10; Dn. 12:2) y los fariseos la afirmaban (no así los saduceos; Mt. 22:23; Hch. 23:6-8). Como Marta sabía, esa era también la enseñanza de Jesús (cp. 5:21, 25-29; 6:39-40, 44, 54). Irónicamente, aunque ella creía que Jesús tenía el poder para resucitar a su hermano en el futuro lejano, no pensó que podía hacerlo en ese momento.

Retando a Marta a ir más allá de la creencia abstracta en la

resurrección final para completar su fe en Él, **le dijo Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida”**. Esta es la quinta de las siete afirmaciones de deidad “YO SOY” en el Evangelio de Juan (6:35; 8:12; 10:7, 9, 11, 14; 14:6; 15:1, 5). El enfoque de Marta estaba en el final de los tiempos, pero el tiempo no es obstáculo para Aquel que tiene el poder de **la resurrección y la vida** (cp. 5:21, 26). Jesús levantará a los muertos en la resurrección futura de la que hablaba Marta. Pero también iba a resucitar a su hermano inmediatamente. El Señor la llamó a confiar en Él como el único que tiene poder sobre la muerte.

Las dos siguientes declaraciones de Jesús no son redundantes: **“El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente”**. Estas enseñan dos verdades separadas, aunque relacionadas. **El que cree en Jesús aunque esté muerto** físicamente, **vivirá** porque Él lo levantará en el día postrero (5:21, 25-29; 6:39-40, 44, 54). Y como **todo aquel que vive y cree en Él** tiene vida eterna (3:36; 5:24; 6:47, 54), **no morirá eternamente** en lo espiritual (véase la explicación de 8:51 en el capítulo 32 de esta obra) pues la muerte física no puede extinguir la vida eterna. De aquí que quien confíe en Cristo pueda decir exultante: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Co. 15:55).

Con el reto de Jesús a Marta—**¿Crees esto?**—, no le estaba preguntando si creía que estaba a punto de resucitar a su hermano. El Señor la estaba llamando personalmente a creer que solo Él era la fuente del poder de la resurrección y la vida eterna. R. C. H. Lenski escribe:

Crear “esto” es creer lo que Él dice de sí mismo; luego, es creer “en Él”. Una cosa es oír, razonar y argumentar sobre algo; otra bien diferente es creerlo, aceptarlo, confiar en ello. Creer es recibir, asir, disfrutar la realidad y el poder, con todo lo que implica en alegría, consuelo, paz y esperanza. La medida de nuestra creencia—que no la medida de nuestras posesiones—sigue siendo la medida para disfrutar la resurrección y la vida, porque la fe más pequeña tiene completamente a Jesús, quien es estas cosas (*The Interpretation of St. John’s Gospel* [Interpretación del Evangelio de San Juan] [Reimpresión; Peabody: Hendrickson, 1998], p. 803).

Dado su amor infinito por el alma de Marta, Jesús le señaló la única fuente de la vida espiritual y bienestar: Él.

La afirmación de Marta, de fe en Jesús, está al mismo nivel que otras grandes confesiones de su identidad en los Evangelios (1:49; 6:69; Mt. 14:33; 16:16). Anticipa el propósito declarado de Juan al escribir su Evangelio: “Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (20:31). Marta declaró enfáticamente (el texto griego tiene el pronombre personal, además del verbo) tres verdades vitales sobre Jesús: como Andrés (1:41), confesó que Él era **el Cristo** o Mesías; como Juan el Bautista (1:34), Natanael (1:49) y los discípulos (Mt. 14:33), afirmó que era **el Hijo de Dios**; finalmente, como lo predecía el Antiguo Testamento (cp. Is. 9:6; Mi. 5:2), se refirió a Él como el que ha **venido al mundo**, el libertador enviado por Dios (Lc. 7:19-20; cp. Jn. 1:9; 3:31; 6:14).

SU COMPASIÓN

Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: El Maestro está aquí y te llama. Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y vino a él. Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta le había encontrado. Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo: Va al sepulcro a llorar allí. María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, se postró a sus pies, diciéndole: Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano. Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dijeron: Señor, ven y ve. Jesús lloró. Dijeron entonces los judíos: Mirad cómo le amaba. (11:28-36)

Habiendo afirmado su fe en Jesús, Marta **fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: “El Maestro está aquí y te llama”**. María seguía en la casa, recibiendo consuelo de los dolientes. Aunque el texto no lo dice, evidentemente Jesús envió a Marta por ella. Probablemente, le dio el mensaje a María **en secreto**, esperando que ella también pudiera tener un encuentro privado con Jesús antes de que la multitud de dolientes lo identificara. Puesto que Marta aún no había percibido que el Señor pretendía resucitar a su hermano, también podría estar intentando mantenerlo lejos de los judíos hostiles (especialmente los líderes) que estaban en la casa.

Sea cual fuera el motivo de Marta, su intento de privacidad fracasó. **Cuando** María oyó el mensaje de su hermana, **se levantó de prisa** y fue al encuentro de Jesús. **Él todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba** a las afueras, **en el lugar donde Marta le había encontrado**. Pero la salida apresurada de María no pasó inadvertida para **los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban** (v. 19). **Cuando** ellos vieron que **María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron**. Suponiendo que iba **al sepulcro a llorar**, como era la costumbre (cp. 2 S. 3:32), sintieron que su deber de consoladores era ir con ella. Una vez más, Dios orquestó en su soberanía las circunstancias para ajustarlas perfectamente a sus propósitos, asegurando que el milagro de Jesús fuera atestiguado por todo el grupo.

María parece haber sido más emocional que su hermana; **cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, se postró a sus pies**. Le dijo: **“Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano”**. Como con su hermana, María no pretendía reprochar a Jesús (véase la explicación anterior del v. 21); su declaración solo fue un reflejo de su pena.

Comprensiblemente, la escena es intensa en pena y dolor. María no era la única que estaba **llorando** (una forma del verbo *klaio*; “gemir”, o “llorar a gritos”), **los judíos que la acompañaban** también lloraban y gemían fuertemente. De acuerdo con la costumbre judía, hasta de las familias más pobres se esperaba la contratación de al menos dos flautistas y una plañidera. Como María, Marta y Lázaro eran una familia prominente, probablemente tuvieran aún más dolientes profesionales, además de quienes habían venido a presentar sus respetos (v. 19).

Al observar la escena caótica, Jesús **se estremeció en espíritu y se conmovió**. *Se estremeció en espíritu* es una mala traducción del verbo *embrimaomai*, cuyo significado literal es “resoplar como un caballo”. Además de su uso en el versículo 38, solo aparece otras tres veces en el Nuevo Testamento (Mt. 9:30; Mr. 1:43; 14:5), donde se traduce “encargar rigurosamente” o “murmurar contra”. Luego incluye la connotación de ira, enfado o indignación. Jesús parece haberse enfadado no solo por la dolorosa realidad del pecado y la muerte, sino por los dolientes que actuaban cual paganos sin esperanza (cp. 1 Ts. 4:13). *Tarassō* (**se conmovió**) enfatiza aún más la intensidad con que el Señor reaccionó. El término también se usa en otras partes para describir emociones fuertes, como la reacción de Herodes a la llegada de los magos (Mt. 2:3), el terror de los discípulos cuando vieron a Jesús caminar sobre

el agua (14:26), el miedo de Zacarías cuando vio al ángel en el templo (Lc. 1:12), el asombro de los discípulos al ver a Jesús resucitado (24:38), la reacción de Jesús ante la cercanía de su muerte (Jn. 12:27) y su respuesta a la traición inminente de Judas (13:21).

Entonces Jesús preguntó: “**¿Dónde le pusisteis?**”. Y **le dijeron: “Señor, ven y ve”**. No está definido a quién se refiere la expresión plural **le dijeron**, pero evidentemente se refiere a algunos en la multitud favorables a Jesús, pues respetuosamente lo llamaron **Señor**.

Jesús lloró, como los demás. Pero el verbo griego no es *klaīō*, como en el versículo 33, sino *dakruō*, una palabra rara que solo se usa aquí en el Nuevo Testamento. En contraste con el lamento fuerte que implica *klaīō*, *dakruō* tiene la connotación de romper a llorar en silencio, a diferencia de los dolientes típicos de los funerales. Las lágrimas de Jesús las generaban su amor por Lázaro y su pena por los efectos mortales e incesantes del pecado en el mundo caído. Aunque el versículo 35 es el más corto de la Biblia, es rico en significado. Enfatiza la humanidad de Jesús; era un verdadero “varón de dolores, experimentado en quebranto” (Is. 53:3). Pero, aunque **los judíos** estaban en lo cierto al ver amor por Lázaro en el dolor de Jesús, estaban equivocados al pensar que sus lágrimas reflejaban la misma desesperanza que ellos sentían.

Ahora el escenario estaba preparado para que el Salvador compasivo mostrara de forma visible su afirmación de ser la resurrección y la vida. En la próxima sección demostraría de modo convincente su poder sobre la muerte al resucitar a Lázaro.

40 La resurrección y la vida—Tercera parte: La resurrección de Lázaro

Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera? Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días. Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor; para que crean que tú me has enviado. Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir. (Jn. 11:37-44)

Durante su ministerio terrenal, el Señor Jesucristo hizo muchas afirmaciones asombrosas sobre sí mismo (véase la lista en el capítulo 24 de esta obra). Aun así, también dio evidencia poderosa y convincente, por medio de las señales milagrosas que realizó, para respaldar la veracidad de tales afirmaciones. Cuando sus enemigos exigieron saber si era o no el Mesías, Jesús se refirió a esas señales para probar su autenticidad. Dijo:

Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí... Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre (Jn. 10:25, 37-38).

Ya había declarado antes en el Evangelio de Juan: “Las obras que el Padre me dio para que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado” (5:36). Y en la noche anterior a su muerte, dijo a sus discípulos: “El Padre que mora en mí, él

hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras” (14:10-11).

Jesús probó que “el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados” (Mt. 9:6) cuando sanó a un paralítico, demostró que el reino de Dios había llegado a sus oyentes cuando expulsó demonios (Lc. 11:20). Cuando Juan el Bautista envió mensajeros a preguntarle: “¿Eres tú el [Mesías] que había de venir, o esperamos a otro?”, Jesús respondió: “Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio” (Lc. 7:19, 22).

Cuando las autoridades judías, airadas, exigieron saber con qué autoridad había limpiado el templo, Jesús les respondió: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré” (Jn. 2:19). Como indica Juan, “hablaba del templo de su cuerpo” (v. 21). El Señor dijo en repetidas ocasiones a sus discípulos que se levantaría de los muertos (Mt. 16:21; 17:22-23; 20:18-19; Lc. 24:6-7) y su resurrección—la mayor evidencia de todas—probó que Él era quien decía. En palabras del apóstol Pablo, Jesús “fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Ro. 1:4).

Tal como la alimentación de los cinco mil ilustró la afirmación de Jesús sobre ser el pan de vida (6:35), la resurrección de Lázaro ilustró la afirmación de ser la resurrección y la vida (11:25). Este último milagro es el más espectacular de los siete registrados en el Evangelio de Juan (para los otros véase 2:1-11; 4:46-54; 5:1-17; 6:1-14; 6:15-21; 9:1-41). Era un poderoso incentivo a la fe de sus discípulos y una reprensión poderosa a los judíos incrédulos por la dureza de su corazón al rechazarlo.

Todo el capítulo 11 del Evangelio de Juan gira alrededor de la afirmación de Cristo de ser la resurrección y la vida (vv. 25-26). Él, no Lázaro, es el objetivo principal del pasaje. La resurrección de Lázaro no era un fin en sí misma (ni siquiera para Lázaro, quien volvería a morir); la meta era que Jesús y el Padre fueran glorificados (vv. 4, 40). Este pasaje es el tercero de cuatro secciones en las que puede dividirse el relato de la resurrección de Lázaro: los versículos 1-16 hablan de su enfermedad y el mensaje de sus hermanas a Jesús, los versículos 17-36 describen la llegada de Jesús a Betania y los versículos 45-57 relatarán las repercusiones del milagro.

El relato dramático de la resurrección de Lázaro, en los versículos 37-44, se desenvuelve en cinco escenas: la perplejidad, el problema, la

promesa, la oración y el poder.

LA PERPLEJIDAD

Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera? (11:37)

Jesús polarizó a las personas durante todo su ministerio (cp. 7:12, 43; 9:16; 10:19) y este incidente no fue la excepción. Después de verlo llorar (v. 35), algunos dolientes exclamaron: “Mirad cómo le amaba” (v. 36). Sin embargo, había quienes no estaban tan seguros y, recogiendo la actitud de las hermanas, preguntaron: “**¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?**” La sanidad de quien nació ciego (9:1-41), el último gran milagro que había realizado en las cercanías de Jerusalén, había causado tanta sensación entre las personas que aún estaba vivo en el recuerdo varios meses después. Los dolientes probablemente se burlaban, pero estaban confundidos; sabían por experiencia que Jesús tenía el poder para sanar, como lo indica su referencia a aquella situación previa. Pero si Jesús de verdad amaba tanto a Lázaro como parecía, ¿por qué se había tardado?, ¿por qué no había hecho un mayor esfuerzo para llegar a Betania mientras Lázaro estaba vivo?

La respuesta es que Él “hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11) y “no da cuenta de ninguna de sus razones” (Job 33:13; cp. 40:2; Dt. 29:29). Jesús se demoró porque su propósito no era sanar a Lázaro, era resucitarlo y así dar gloria al Padre y a Él (vv. 4, 40).

EL PROBLEMA

Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días. (11:38-39)

Las dudas expresadas por algunos de los dolientes en el versículo 37 motivaron que, **otra vez, Jesús se conmovió profundamente** (*embrimaomai*; véase la explicación del v. 33 en el capítulo anterior de esta obra) y fue **al sepulcro**. El **sepulcro**, como era común en Israel, **era una cueva** (cp. Gn. 23:19). Al parecer esta era una cueva natural (la

palabra que traduce *cueva* se usa en otras partes para describir las cuevas naturales, no las hechas por el hombre; He. 11:38; Ap. 6:15), aunque a veces las tumbas se labraban artificialmente en las rocas (Mt. 27:60). En cualquier caso, el piso debía estar nivelado y en las paredes debía haber estantes para los cuerpos. La tumba estaba localizada fuera de la aldea, de modo que los vivos no se contaminaran ritualmente por el contacto con el cadáver (Nm. 19:16; cp. Mt. 23:27; Lc. 11:44). También estaba sellada por una **pedra** redonda y grande, ubicada frente a la entrada para proteger el sepulcro de ladrones y animales.

La orden concisa del Señor asustó a Marta (quien en este momento ya se había unido a María y los otros dolientes): “**Quitad la piedra**”. Aún no entendía que el Señor pretendía resucitar a Lázaro. Su preocupación era que el cuerpo de su hermano, después de **cuatro días** en la tumba, habría comenzado a descomponerse. Los judíos no embalsamaban, usaban especias aromáticas para disimular temporalmente el olor del decaimiento. Sin embargo, después de cuatro días, el hedor proveniente del sepulcro y el cadáver putrefacto habría sofocado el aroma de las especias.

Evidentemente, Marta supuso que Jesús quería darle una última mirada al cuerpo de su amigo. Sin embargo, le horrorizaba el pensamiento de ver (y oler) el cuerpo de su hermano en estado de descomposición, o que el cuerpo fuera visto públicamente en esa condición. Según ella, era demasiado tarde para que Jesús hiciera algo por Lázaro; Él no había llegado a tiempo (v. 21). Dado que su hermano había muerto hacía ya **cuatro días** (el tiempo perfecto del participio indica que ella creía que Lázaro ya había entrado en estado de muerte permanente), Marta había perdido toda la esperanza.

LA PROMESA

Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?
(11:40)

El desespero de Marta suscitó una respuesta de **Jesús**, en parte para darle esperanza y en parte como una reprensión suave. El texto no registra al Señor haciéndole a Marta esta declaración exacta en su conversación previa (vv. 20-28). Por lo tanto, podría estarse refiriendo a una acotación anterior que no aparece en las Escrituras o puede ser que la declaración pretendiera ser una composición del versículo 4 (sin duda, ya le habían

explicado sus palabras a María y Marta) y los versículos 23-26.

En cualquier caso, el recordatorio de Jesús fue un reto a Marta para que dejara de preocuparse por el cuerpo de su hermano y comenzara a centrarse en Él. El Señor le prometió que **si** ella creía, vería **la gloria de Dios** revelada. Por supuesto, eso no hace al milagro dependiente de la fe de Marta. Era un acto soberano de Cristo, diseñado para glorificarse Él y glorificar al Padre, haciendo manifiesto su poder de resurrección. En consecuencia, habría ocurrido independiente de la respuesta de Marta. Pero aunque todos los presentes verían el milagro, solo quienes tenían fe en Cristo verían la totalidad de la gloria de Dios allí reflejada. Leon Morris lo explica:

Para [Jesús] la “gloria de Dios” era lo importante. Esto significa que el significado real de lo que haría sólo sería accesible por la fe. Todos lo que allí estaban, creyentes e incrédulos, verían el milagro. Pero Jesús le promete a Marta una visión de la gloria. La multitud vería el milagro, pero solo los creyentes percibirían el significado real, la gloria (*El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 560 del original en inglés).

LA ORACIÓN

Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. (11:41-42)

Calmada por la promesa del Señor, Marta consintió quitar **la piedra** de la entrada de la tumba y así lo hicieron algunos de los presentes. Por supuesto, Jesús no necesitaba su ayuda; una piedra no es obstáculo para Aquel que tiene el poder de resucitar muertos. Puede ser, como creía Crisóstomo, padre de la Iglesia (Morris, *Juan*, p. 360 n. 79 del original en inglés), que Jesús hizo partícipes a los transeúntes para que no hubiera duda de que fue Lázaro el resucitado (cp. 9:9).

Jesús no le estaba pidiendo al Padre que resucitara a Lázaro, sino dándole gracias porque Él ya le había **oído** y le había concedido su petición, como **siempre** lo hacía. A diferencia de la práctica judía de la época, Jesús llamaba directamente **Padre** a Dios (p. ej., 12:28; 17:1, 5,

11, 21, 24-25; Mt. 11:25-26; 26:39, 42; Lc. 23:34, 46). La oración no fue para el beneficio de Jesús, sino **por causa de la multitud que está alrededor, para que creyeran que el Padre había enviado a Jesús** (cp. 4:34; 5:23-24, 30, 36-38; 6:29, 38-39, 44, 57; 7:16, 18, 28-29, 33; 8:16, 18, 26, 29, 42; 9:4; 10:36; 12:44-45, 49; 13:3, 20; 14:24; 15:21; 16:5, 27; 17:3, 8, 18, 21, 23, 25; 20:21; Mt. 10:40; Mr. 9:37; Lc. 4:43; 10:16). Era una afirmación pública de la misión de Jesús y su unidad con el Padre, que pronto recibiría autenticación por la resurrección de Lázaro.

EL PODER

Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir: (11:43-44)

Habiendo concluido su oración, Jesús llamó a Lázaro de vuelta a la vida. El texto enfatiza la fuerza de su orden; el verbo *kraugazō* (**clamó**) significa “gritar” o “hablar fuerte”, aun sin la frase **a gran voz**. No se declara expresamente por qué Jesús **clamó a gran voz**. Puede haber simbolizado el poder necesario para levantar a los muertos. O puede haber sido para distanciarse de los murmullos de hechiceros y magos (cp. Is. 8:19). En todo caso, su voz captó inmediatamente la atención total de todos los presentes.

Suele decirse que el poder del Señor es tan grande que si no hubiera llamado a **Lázaro** por su nombre, todos los muertos de las otras tumbas habrían salido. En algún día futuro eso es precisamente lo que va a suceder. Jesús había dicho antes en el Evangelio de Juan: “No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (5:28-29). Que Jesús resucitara a Lázaro fue una anticipación del poder divino que mostrará cuando, al final de los tiempos, resucite a todos los muertos.

La expresión real de la orden de Jesús fue sucinta, breve, casi abrupta en su simplicidad. El texto griego dice literalmente: “¡Lázaro! ¡Aquí! ¡Afuera!”. Tropezando a ciegas fue hacia la voz amada y conocida que lo llamaba, **el que había muerto salió**. A diferencia de la atmósfera circense que marca todas las actuaciones de los “sanadores modernos”

(quienes de todas maneras no pueden resucitar muertos) no hubo aquí dirección de espectáculos, histrionismo ni bombos publicitarios. Jesús se contentaba con que su poder divino hablara por sí mismo. Ante su orden, el rey de los espantos (Job 18:14) liberó a su cautivo legal; se le robó al sepulcro la victoria (1 Co. 15:55); Aquel que tiene las llaves (Ap. 1:18) quitó el seguro a la puerta de la muerte y del Hades.

Los observadores quedaron en perplejo asombro mientras aparecía el extraño, **atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario** (cp. 20:7), arrastrándose hasta la puerta de la tumba. (Cumpliendo con la costumbre funeral judía, el cuerpo de Lázaro estaba vendado sin mucha fuerza, lo cual le permitía caminar con torpeza por su cuenta). Probablemente, algunos de los transeúntes huyeran con pánico, desconcertados y nerviosos por la escena sorprendente.

Después del milagro, Jesús dio de inmediato la orden de desatarlo y dejarlo **ir** (nótese la orden práctica semejante de darle algo de comer a la hija de Jairo cuando la resucitó [Mr. 5:43]). “Jesús nunca se dejó llevar por la maravilla de sus milagros para olvidarse de las necesidades de las personas” (Morris, *Juan*, p. 562 del original en inglés).

Y allí bajó Juan la cortina de la escena. No describió la reunión emotiva de Lázaro con Marta y María, ni las reacciones sorprendidas de la multitud. Tampoco narra la experiencia de Lázaro después de la resurrección. Todo ello habría desmerecido las razones para narrar el milagro: poder glorificar al Señor Jesucristo (v. 4) y que los lectores del Evangelio de Juan puedan creer que Él es quien decía ser (20:31).

Es importante que Jesús hiciera partícipes a los espectadores para tocar y desatar a Lázaro. “Los dolientes que dudaban [de Jesús] fueron agentes para completar el milagro. Los dolientes, con su participación, se hicieron parte de la señal y por ello eran testigos innegables del poder de Jesús” (Gerald Borchert, *John 1—11* [Juan 1—11], The New American Commentary [Nuevo comentario estadounidense] [Nashville: Broadman & Holman, 2002], p. 363).

Aunque este fue el milagro cumbre del ministerio terrenal de Jesús, la resurrección de Lázaro “puede ser una anticipación pálida de lo porvenir” (D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 419). Poco tiempo después, el mismo Jesús resucitaría de los muertos (Mt. 28:1-8; Mr. 16:1-8; Lc. 24:1-11; Jn. 20:1-10; Hch. 2:30-33; 1 Co. 15:1-11). Lázaro resucitó en un cuerpo mortal y corruptible que un día volvería a morir,

pero Jesucristo resucitó como el conquistador de la muerte, quien es “primicias de los que durmieron... Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Co. 15:20-22). Por causa de su resurrección, todos los creyentes (incluido Lázaro) recibirán un día cuerpos glorificados e incorruptibles. Entonces, escribe Pablo: “Cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Co. 15:54).

41 La resurrección y la vida—Cuarta parte: Reacciones a la resurrección de Lázaro

Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él. Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho. Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y dijeron: ¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. Así que, desde aquel día acordaron matarle. Por tanto, Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, sino que se alejó de allí a la región contigua al desierto, a una ciudad llamada Efraín; y se quedó allí con sus discípulos. Y estaba cerca la pascua de los judíos; y muchos subieron de aquella región a Jerusalén antes de la pascua, para purificarse. Y buscaban a Jesús, y estando ellos en el templo, se preguntaban unos a otros: ¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta? Y los principales sacerdotes y los fariseos habían dado orden de que si alguno supiese dónde estaba, lo manifestase, para que le prendiesen. (11:45-57)

El Evangelio de Juan ha sido llamado correctamente el evangelio de la fe. En sus páginas se enfatiza claramente la fe salvadora auténtica en el Señor Jesucristo (p. ej., 1:12; 3:15-16, 18, 36; 5:24; 6:29, 35, 40, 47; 7:38; 8:24; 11:25-26; 14:1, 12; 17:8, 20-21; 19:35). Como Juan lo declaró, su propósito al escribir el libro era “que [sus lectores creyeran] que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, [tengan] vida

en su nombre” (20:31).

En aras de ese propósito, con toda coherencia, Juan presentó la afirmación de que Jesucristo es Dios en carne humana (p. ej., 5:17-47; 8:24, 58; 10:30). Por ejemplo, las siete declaraciones “YO SOY” del Señor no son nada menos que declaraciones enfáticas de su deidad y carácter de Mesías (6:35; 8:12; 10:7, 9; 10:11, 14; 11:25; 14:6; 15:1, 5). Como lo indica la respuesta de los judíos incrédulos (querían lapidar a Jesús por blasfemia), claramente estaban enfurecidos porque entendían muy bien quién afirmaba ser Él (5:18; 8:59; 10:31).

Para autenticar sus afirmaciones, Jesús realizó muchas señales milagrosas (21:25), de las cuales se caracterizan siete en el Evangelio de Juan (2:1-11; 4:46-54; 5:1-18; 6:1-15; 6:16-21; 9:1-41; 11:1-57). Estas siete señales culminaron con la demostración espectacular de poder divino del Señor al resucitar a Lázaro de los muertos. Como ya se indicó en los capítulos anteriores de esta obra, mientras el milagro fortalecía a los creyentes (11:15) y daba sustancia a la afirmación de divinidad de Jesús, su propósito era que todo el que supiera de este diera gloria a Jesús y al Padre (11:4, 40).

Tal aseveración radical (que Jesús es Dios) siempre lleva a las personas a tomar una decisión: o pueden reconocer que su afirmación es cierta o rechazarla por falsa. En esencia, esas son las dos respuestas posibles, creer o no creer. Como Juan lo declaró en su Evangelio: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (3:36). No hay una tercera posición, neutral, hacia Cristo; quienes afirman indiferencia en realidad se le oponen. En las palabras de Jesús: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Lc. 11:23).

Durante el ministerio de Jesús, algunos judíos reaccionaron con hostilidad abierta. Por ejemplo, las personas de su pueblo, Nazaret, lo rechazaron e incluso intentaron matarlo (Mt. 13:54-58; Lc. 4:16-31). Otros, como las autoridades religiosas (8:48, 52), lo acusaron de estar poseído por el demonio (Jn. 7:20; 10:20). Esos mismos líderes atribuyeron su poder milagroso directamente a Satanás (Mt. 9:34; 12:24; Lc. 11:15), lo acusaron de violar la tradición de los ancianos (Mt. 15:1-9), lo acusaron de ser blasfemo (Lc. 5:21), lo degradaron asociándolo con los parias de la sociedad (5:30; 7:36-50) y lo abordaron por violar las regulaciones del día de reposo hechas por el hombre (6:1-11). Cuestionaron su autoridad (Mt. 21:23; Jn. 2:18), retaron sus enseñanzas (Mt. 22:15-33; Lc. 11:53-54) y finalmente planearon con éxito quitarle la

vida (Mt. 26:3-5; Jn. 7:1).

Otros, tal vez la mayoría de las personas, reaccionaban a Jesús con aparente indiferencia. Eran buscadores de emociones (6:22-31), seguidores tibios (cp. Mt. 4:25; 8:1; 13:2; Mr. 5:24; Lc. 5:15) y falsos creyentes (Jn. 2:23-25; 6:60-66; 8:30-31). Pero Jesús condenó tal indiferencia y frialdad espiritual (cp. Ap. 3:15-16). En una ocasión, declaró que la indiferencia de Corazín, Betsaida y Capernaúm—tres ciudades que habían sido testigos de sus milagros—eran peores que las paganas Tiro y Sidón, e incluso más inmorales que Sodoma (Mt. 11:20-24).

Pero en contraste con los incrédulos hostiles e indiferentes, también había un “rebaño pequeño” (Lc. 12:32) formado por aquellos con verdadera fe en Jesucristo. Entre ellos estaban los doce (menos Judas Iscariote), quienes lo habían “dejado todo” por seguirlo (Mt. 19:27), creído en Él (Jn. 2:11; cp. 1:35-51) y afirmado que era “el Hijo de Dios” (Mt. 14:33; cp. 16:16; Jn. 6:69; cp. 20:28-29); Zaqueo, el publicano (Lc. 19:1-10); algunos samaritanos en la pequeña aldea de Sicar (Jn. 4:5ss.); un oficial real (y su casa), cuyo hijo Jesús sanó (4:53); un ciego a quien Cristo le restauró la vista (9:35-38); y muchos a quienes Él ministró al otro lado del Jordán, en Perea (10:42).

Las reacciones diversas del pueblo judío hacia Jesús después de haber resucitado a Lázaro son las respuestas típicas. En los versículos 45-57 se representan las respuestas de fe, hostilidad e indiferencia. Vemos a muchos judíos que mostraron fe, los asesinos que mostraron hostilidad y las multitudes que mostraron indiferencia.

MUCHOS DE LOS JUDÍOS

Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él. (11:45)

No está claro por qué se menciona solamente a **María**. Tal vez, siendo ella la más emocional de las hermanas (cp. vv. 31-33), requería más consuelo que Marta. O tal vez tuviera un mayor círculo de conocidos que su hermana o se le consideraba más “espiritual”. Cualquiera que fuese la razón por la que fueran a ella, la resurrección de Lázaro provocó que **muchos de los judíos**, testigos del milagro, creyeran en **Él**. No solo lo **vieron** con sus ojos, también lo analizaron, captaron la importancia y sacaron la única conclusión válida de ello.

La declaración *creyeron en él* es sencilla pero crucial, porque la fe salvadora siempre se pone en el Señor Jesucristo y en nadie más, como lo recalcó Juan por todo su Evangelio (1:12; 2:11; 3:16, 18, 36; 4:39; 6:29, 35, 40; 7:31, 38-39; 9:35-36; 10:42; 11:25-26; 12:44, 46; 14:1, 12; cp. 1 Jn. 3:23; 5:10, 13). Solo Cristo es “el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por [Él]” (Jn. 14:6), porque “en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12).

Sin embargo, también es cierto que no todo el que creía en Jesús manifestó verdadera fe salvadora (cp. 2:23-25; 6:66; 8:30-31; Stg. 2:19). No obstante, la fe de estos individuos (en 11:45) parece haber sido genuina por varias razones. Primera, los versículos 49-52 hablan de que la muerte de Cristo dio como resultado la salvación para su pueblo; una salvación que, en el contexto, parece incluir el grupo de judíos que creyó en Él. Segunda, la razón principal por la cual Jesús resucitó a Lázaro fue su glorificación y la del Padre (vv. 4, 40) y el Señor se glorifica cuando las personas creen verdaderamente y se salvan (2 Co. 4:15). Tercera, evidentemente las autoridades judías veían seguidores auténticos de Jesucristo en estas personas (v. 48); las consideraban una amenaza legítima a su autoridad religiosa hipócrita. Cuarta, se contrasta a aquellos de quienes se dice que creen, con los incrédulos que narraron el incidente a los fariseos (v. 46); el apóstol Juan deja clara la distinción entre los dos grupos. Finalmente, aunque la fe cuya base estaba solo en los milagros de Jesús no era auténtica (2:23), este milagro era tan poderoso y convincente que no era probable que produjera creyentes superficiales.

LOS ASESINOS

Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho. Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y dijeron: ¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los

hijos de Dios que estaban dispersos. Así que, desde aquel día acordaron matarle. Por tanto, Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, sino que se alejó de allí a la región contigua al desierto, a una ciudad llamada Efraín; y se quedó allí con sus discípulos. (11:46-54)

Las palabras y hechos de Jesús causaban con frecuencia división entre quienes las oían y atestiguaban (cp. vv. 36-37; 7:12, 43; 9:16; 10:19-21); como Él dijo: “¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión” (Lc. 12:51). Aunque muchos creyeron en Jesús cuando vieron el verdadero significado de la resurrección de Lázaro (v. 45), **algunos** no creyeron. En su lugar, **fueron a los fariseos** a decirles **lo que Jesús había hecho**.

Algunos comentaristas argumentan que esos individuos **fueron a los fariseos** porque estaban perplejos, o para intentar convencer a los líderes judíos. Pero como son contrastados con los muchos que creyeron (v. 45) y seguramente sabían del odio profundo de los fariseos hacia Jesús (cp. 7:13), lo más probable es que su intención fuera hostil. Eran incrédulos antes del milagro e, increíblemente, seguían siéndolo después. Homer Kent observa:

Esta respuesta de incredulidad frente a la prueba más clara confirma la enseñanza de Cristo en Lucas 16:31: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos”. La causa principal de la incredulidad no era información inadecuada sino un corazón en rebeldía a la autoridad de Dios y su palabra (*Light in the Darkness: Studies in the Gospel of John* [Luz en la oscuridad: Estudios en el Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Baker, 1977], p. 152).

Haber contado a los fariseos **lo que Jesús había hecho** confirma aún más su hostilidad hacia Él, porque “quienes creían sin duda querían estar con Jesús, pero los escépticos desearían decir a las autoridades religiosas lo ocurrido para que pudieran actuar según se necesitara” (Merrill C. Tenney, “The Gospel of John” [El Evangelio de Juan] en Frank E. Gaebelin, ed., *The Expositor’s Bible Commentary* [Comentario bíblico del expositor] [Grand Rapids: Zondervan, 1981], pp. 9:121-122).

No sorprende que buscaran a los fariseos en lugar de los saduceos.

Los fariseos, en su papel de expertos en la ley y líderes de la sinagoga, tenían más contacto con las personas comunes y corrientes que los saduceos aristócratas. No obstante, los saduceos pronto se unirían a los fariseos para encontrar la forma de silenciar a Jesús (vv. 47-52). Estos incrédulos evidenciaron la dureza de su corazón al informar a los fariseos de los actos de Jesús. Su respuesta muestra que no importa la cantidad de evidencia, ni siquiera algo tan espectacular como la resurrección de un muerto, puede convencer a algunos pecadores de abandonar su hipocresía y pecado para seguir al Salvador.

Los fariseos tuvieron que actuar; alarmados por la noticia del milagro más sorprendente que hubiera realizado Cristo, entendían el efecto público. No tenían la autoridad para actuar por sí mismos (pues los saduceos eran el partido mayoritario y dominaban el sanedrín), de modo que, junto con **los principales sacerdotes** (antiguos sumos sacerdotes y miembros de importantes familias sacerdotales), **los fariseos reunieron todo el concilio** (el sanedrín). El sanedrín era el cuerpo gobernante de Israel y tenía autoridad amplia en los asuntos civiles, delictivos y religiosos (aunque los romanos se reservaban el derecho de la pena capital [18:31]). (Para mayor información sobre el sanedrín, véase la explicación de 3:1 en el capítulo 8 de esta obra).

Los fariseos y los saduceos normalmente no se llevaban bien, pues tenían poco en común. Los fariseos eran devotos a la ley (tanto a Escrituras inspiradas como a sus tradiciones humanas); los saduceos solo aceptaban la autoridad del Pentateuco. Los fariseos afirmaban la resurrección de los cuerpos y la existencia de los ángeles, los saduceos rechazaban las dos cosas (Mt. 22:23; Hch. 23:8). Los fariseos eran ultranacionalistas y el yugo de Roma les escocía, los saduceos eran oportunistas políticos entregados. Los fariseos eran sobre todo clase media de la sociedad judía, los saduceos tendían a ser aristócratas ricos. (Para más información sobre los fariseos y los saduceos, véase la exposición de 3:1 en el capítulo 8 de esta obra). Pero a pesar de sus diferencias, su odio mutuo hacia Jesús los llevó a actuar conjuntamente contra Él. Lo que los unió fue la amenaza que Jesús representaba para su poder e influencia.

Solo había un punto en la agenda de la reunión: ¿Qué hacer con Él? La pregunta para abrir la reunión,—“**¿Qué haremos?**” o “¿Qué vamos a hacer?” (NVI)—también podría traducirse “¿Qué debemos hacer?”. Los dos significados son apropiados; si la pregunta se toma en el primer sentido, la respuesta era “¡No mucho!”, a la luz de la popularidad del

Señor (cp. 12:19). Y en cuanto a lo que debían hacer, pronto oirían la propuesta siniestra de su líder (vv. 49-53).

La preocupación del sanedrín era que Jesús hacía **muchas señales**, si ellos **le** dejaban **así**, **todos** creerían en **Él** (cp. 12:19) y **los romanos** irían y **destruirían** el **lugar santo** (el templo [cp. Hch. 6:13-14; 21:28], símbolo de su autoridad, poder y privilegio) y la **nación** (el pueblo judío). El hecho de que ni siquiera los enemigos más acérrimos de Jesús negaran sus milagros es prueba convincente de su autenticidad. Pero a pesar de admitir que **Él** hacía **muchas señales**, rehusaban creer que **Él** era el Mesías y Señor, escogieron en su lugar su hipocresía condenatoria y eliminarlo. Eran maestros en ignorar deliberadamente la evidencia, como ya lo habían hecho cuando Jesús sanó a quien nació ciego (9:1-41). En su caso era cierto el viejo adagio según el cual no hay nadie más ciego que aquel que no quiere ver (cp. 9:39-41).

Para el sanedrín, Jesús amenazaba el estatus quo. Sus miembros no juzgaban la situación con base en criterios objetivos de cierto o falso, sino por cómo los afectaba. Si los milagros de Jesús encendían las pasiones mesiánicas fervientes de los judíos (cp. 6:15), el sanedrín podría perderlo todo. El peligro era especialmente grave, lo sabían, porque se acercaba la pascua y Jerusalén estaría llena de visitantes y peregrinos fervientes. Si el gobernador romano descubría un posible levantamiento, su respuesta sería rápida y dura; Pilato ya había demostrado su capacidad despiadada (Lc. 13:1). Roma no toleraba la insurrección (como aprenderían los judíos unas décadas después, cuando los romanos aplastaron su revuelta y saquearon Jerusalén); cualquier levantamiento sería acabado brutalmente. Pero en esto, como en todo lo demás, los oponentes de Jesús lo juzgaron mal; no había venido **Él** a incitar una revolución (cp. 18:36; Mt. 22:21), sino “a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10). (Solo cuando regrese a la tierra en su segunda venida, vencerá a todos los gobernantes, erigirá su ministerio terrenal y gobernará como Rey de reyes y Señor de señores [Ap. 20:1-6]).

Con el sanedrín inseguro de su siguiente movimiento, **Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año**, propuso una directriz radical. A José Caifás lo designó sumo sacerdote el prefecto romano Valerio Grato en el 18 d.C. Continuaría en el cargo hasta que lo depusieron en el 36 d.C. Era yerno de Anás, quien fue sumo sacerdote del 6-15 d.C., y aún gozaba de mucho poder e influencia (cp. 18:22; Lc. 3:2). La nota de Juan, que **Caifás era sumo sacerdote aquel año**, no implica que él creyera erradamente que el servicio de los sumos sacerdotes era por un año. Tan

solo significa que Caifás era sumo sacerdote en ese momento. Teóricamente, un sumo sacerdote servía de por vida. Sin embargo, para el siglo I, la posición se había politizado bastante y los romanos echaban con frecuencia a los sumos sacerdotes que no les gustaban. La tenencia de Caifás en el sumo sacerdocio fue en realidad una de las más largas del siglo I, un tributo a su perspicacia política y a su naturaleza oportunista y confabuladora.

Su comentario de apertura no estaba diseñado para hacer amigos o halagar a su colegas: “**Vosotros no sabéis nada**”. Tipificaba la clase de comportamiento rudo y grosero con el cual Josefo, historiador judío del siglo I, caracterizó a los saduceos. “El comportamiento de los saduceos entre ellos es salvaje en algún grado—escribió—y su conducta con los de su propio partido es tan bárbara como con los ajenos a él” (*Las guerras de los judíos* 2.166. Sin embargo, debe recordarse que Josefo era fariseo, luego difícilmente se trataba de un observador imparcial). Caifás estaba frustrado por la indecisión del resto del sanedrín; en respuesta a su vacilación propuso una solución radical e implacable, una acorde con su carácter.

Su propuesta fue la muerte. Les dijo: “**Nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca**”. Les presentó un dilema falso tipo “esto o lo otro”, les dio dos alternativas extremas como si no hubiera más opciones. Caifás argumentó así: o Jesús muere o la nación se acaba. Su apariencia externa de preocupación patriótica escondía su odio y celos enconados hacia Jesús. Tal hipocresía de piedad alcanzaría su punto máximo durante el juicio de Jesús. Caifás rasgaría sus vestiduras con pena y escándalo fingidos por la “blasfemia” de Jesús, mientras se deleitaba secretamente en encontrar la forma de condenarlo (Mt. 26:64-65). Irónicamente, aunque el sanedrín tuvo éxito en crucificar a Jesús, la nación no se escapó. **La nación** pereció a manos de los romanos en la masacre del 70 d.C., y los años siguientes.

La nota sorprendente según la cual **esto no lo dijo Caifás por sí mismo** no quiere decir que lo obligaron a actuar contra su voluntad; él no era una marioneta y sí era responsable de sus palabras impías. Pero Dios invistió providencialmente esas palabras con un significado que él no pretendía. En su oficio de **sumo sacerdote**, era técnicamente el vocero de Dios (cp. Nm. 27:21; 2 S. 15:27), Él decretó un significado opuesto cuando Caifás **profetizó que Jesús había de morir por la nación**. Dijo palabras cínicas de conveniencia política, afirmó que Jesús debía morir para preservar el poder del sanedrín y la existencia de la nación. Sin

embargo, involuntariamente, profetizó la muerte de Cristo en sacrificio (cp. 2 Co. 5:21; 1 P. 2:24). La soberanía de Dios hizo que resultaran verdad sus palabras blasfemas e impías (cp. Gn. 50:20; Sal. 76:10; Pr. 16:9; 19:21; Hch. 4:27-28).

Aunque Caifás pensó solo en términos de Israel, la muerte de Jesús tenía un alcance mucho mayor. **No era solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos.** Desde una perspectiva puramente judía, *los hijos de Dios que estaban dispersos* se refería a los judíos de la diáspora, quienes vivían fuera de Palestina. Ellos también se reunirían en el cuerpo de los redimidos de Cristo (cp. Hch. 2:5, 41; 11:19). Pero en un sentido más amplio, se refería a la salvación de los gentiles (cp. 10:16; 12:32; Is. 42:6; 49:6; 56:6-8; Hch. 9:15; 10:1—11:18; Ro. 1:16) y su unión con los judíos en la Iglesia (1 Co. 12:13; Gá. 3:28; Ef. 2:11-18; 3:6; Col. 3:11).

Ejecutar a Jesús, la propuesta maliciosa del sumo sacerdote, recibió la aprobación del sanedrín, **así que, desde aquel día acordaron matarle.** Su decisión, tomada mucho antes de haber arrestado a Jesús, hizo que el juicio posterior fuera una farsa total. Solo fue una formalidad para confirmar la sentencia que ya se había aprobado.

Como consecuencia de la decisión del sanedrín de matarlo, **Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, sino que se alejó de allí a la región contigua al desierto, a una ciudad llamada Efraín; y se quedó allí con sus discípulos.** Fuera porque usó su omnisciencia en esta ocasión o porque alguien del sanedrín que simpatizaban con Él le dio la noticia, Jesús supo de la decisión y tomó las medidas apropiadas. El Señor permanecía en control absoluto de las circunstancias y no permitiría que lo capturaran antes del tiempo señalado en el plan de Dios (7:8, 30, 44; 8:20; 11:9-10). “A quienes tuvieran ojos para ver, Él estaba haciendo una declaración teológica: ninguna corte humana podría obligarlo a la cruz” (D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 423).

La **ciudad llamada Efraín**, donde Jesús fue y **se quedó** junto con **sus discípulos**, probablemente pueda identificarse con la ciudad de Efrón en el Antiguo Testamento (2 Cr. 13:19). Estaba localizada a más de seis kilómetros al noreste de Betel, al borde del **desierto** y a poco menos de veinte kilómetros de Jerusalén. Desde allí Jesús haría una visita corta a Samaria y Galilea (Lc. 17:11—19:28) antes de regresar a Jerusalén para la

pascua, en el tiempo señalado para su pasión (Jn. 12:23).

LAS MULTITUDES

Y estaba cerca la pascua de los judíos; y muchos subieron de aquella región a Jerusalén antes de la pascua, para purificarse. Y buscaban a Jesús, y estando ellos en el templo, se preguntaban unos a otros: ¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta? Y los principales sacerdotes y los fariseos habían dado orden de que si alguno supiese dónde estaba, lo manifestase, para que le prendiesen. (11:55-57)

Esta es la tercera y última **pascua** mencionada en el Evangelio de Juan (2:13; 6:4). Como la ley lo requería (cp. Nm. 9:6), **muchos subieron de aquella región a Jerusalén antes de la pascua, para purificarse**. Jerusalén estaba repleta mucho antes de que la pascua comenzara; algunos estiman que había más de un millón de personas agrupadas en la ciudad durante las tres fiestas principales (Andreas J. Köstenberger, *John [Juan] Exegetical Commentary on the New Testament [Comentario exegético del Nuevo Testamento]* [Grand Rapids: Baker, 2004], p. 354). Es extremadamente irónico que el pueblo se purificara celosamente, “mientras sus líderes se habían manchado indeleblemente porque tramaron de modo implacable la muerte del inmaculado Hijo de Dios” (Gerald L. Borchert, *John 1—11 [Juan 1—11]*, The New American Commentary [Nuevo comentario estadounidense] [Nashville: Broadman & Holman, 2002], p. 368).

Las grandes multitudes que se reunieron en Jerusalén **buscaban afanosamente a Jesús, y estando ellos en el templo, se preguntaban unos a otros: ¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?** Se preguntaban si se atrevería a mostrarse en Jerusalén, pues **los principales sacerdotes y los fariseos habían dado orden de que si alguno supiese dónde estaba, lo manifestase, para que le prendiesen**. Mostraban interés en Jesús, pero no compromiso. De hecho, al final fueron indiferentes con Él; muchos de los que anticiparon con afán su llegada y que pronto lo saludarían como Mesías gritarían pronto “¡Fuera, fuera, crucifícale!” (19:15). Su devoción veleidosa demostró que, en realidad, a pesar de su preocupación superficial, su corazón era tan duro como el de los líderes hostiles.

La resurrección de Lázaro, como el resto de la vida y ministerio de Cristo, forzó a las personas a tomar una decisión con respecto a Él.

Muchos respondieron con fe, otros fueron indiferentes y algunos fueron mortalmente hostiles. Con la cercanía de la última pascua de Jesús, no pasaría mucho tiempo antes de que los hostiles y los indiferentes se unieran para crucificar al Señor de la gloria (1 Co. 2:8).

42 La culminación del odio y del amor

Seis días antes de la pascua, vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, el que había estado muerto, y a quien había resucitado de los muertos. Y le hicieron allí una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él. Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume. Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote hijo de Simón, el que le había de entregar: ¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres? Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella. Entonces Jesús dijo: Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto. Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, mas a mí no siempre me tendréis. Gran multitud de los judíos supieron entonces que él estaba allí, y vinieron, no solamente por causa de Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado de los muertos. Pero los principales sacerdotes acordaron dar muerte también a Lázaro, porque a causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús. (12:1-11)

La encarnación del Señor Jesucristo marca el cenit de la historia. Su vida no solo divide el calendario (*a.C.* significa “antes de Cristo” y *a.d.* [*anno Domini*] significa “en el año del Señor”), sino también el destino humano. Como Jesús advirtió a quienes lo rechazaban: “Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (Jn. 8:24). Y en otra ocasión les dijo: “¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión” (Lc. 12:51; cp. Lc. 2:34). Jesucristo evoca, como nadie más, los extremos antitéticos de amor y odio, devoción y rechazo, adoración y blasfemia, fe e incredulidad. La respuesta de las personas las divide en ovejas y cabras, en trigo y cizaña, en salvos y perdidos.

Juan escribió su Evangelio para presentar a Jesús como Hijo de Dios y Mesías (20:31). Así, también registró cómo reaccionaban las personas a las afirmaciones mesiánicas y a las señales milagrosas. Con esa intención,

el apóstol cita varios ejemplos de quienes creyeron en Jesús (1:35-51; 2:11; 4:28-29, 41-42, 53; 6:69; 9:35-38; 10:42; 11:27, 45; 12:11; 16:27, 30; 17:8; 19:38-39; 20:28-29) y de quienes lo rechazaron (1:10-11; 2:20; 3:32; 5:16-18, 38-47; 6:36, 41-43, 64, 66; 7:1, 5, 20, 26-27, 30-52; 8:13-59; 9:16, 29, 40-41; 10:20, 25-26; 11:46-57; 12:37-40).

En este pasaje, donde se relata la historia de cuando María ungió a Jesús, son particularmente claros los temas de creer y no creer. El acto de adoración de María tipifica la fe y el amor; la respuesta de Judas, fría, calculada y cínica, tipifica la incredulidad y el odio. La sección también registra otras reacciones hacia Jesús; incluyendo el servicio devoto de Marta, la indiferencia de la multitud y la hostilidad de los líderes religiosos.

La resurrección de Lázaro provocó una oposición asesina de parte de los líderes judíos (11:46-53). Decidieron que debían matar a Jesús y a Lázaro. Jesús dejó las cercanías de Jerusalén porque su hora aún no había llegado (7:30; 8:20; 12:23; 13:1) y se fue para la aldea de Efraín (11:54), a unos veinte kilómetros al norte, en el borde del desierto. Desde allí hizo una visita breve a Samaria y Galilea (Lc. 17:11—19:28) y, **seis días antes de la pascua**, fue una vez más a **Betania**. Su llegada debió de haber sido el sábado anterior a la Pascua. (Como la distancia que se podía viajar en día de reposo era limitada [cp. Hch. 1:12], el Señor pudo haber llegado el viernes, después de la puesta del sol. Según los cálculos judíos, eso habría sido después del comienzo del día de reposo). Juan describe **Betania** como la aldea **donde** vivía **Lázaro**, quien ahora era el residente más famoso porque Jesús le **había resucitado de los muertos**.

Según el relato de la cena que allí dieron en su honor, vemos cinco reacciones diferentes a Jesús: Marta respondió con un servicio sincero, María con un sacrificio humilde, Judas con un interés personal hipócrita, las personas con superficialidad y los líderes religiosos con una confabulación hostil.

EL SERVICIO SINCERO DE MARTA

Y le hicieron allí una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él. (12:2)

El sanedrín había decretado que todo aquel que supiera dónde estaba Jesús debía pasarles la información (11:57). Pero en lugar de entregarlo cual criminal, los amigos del Señor en Betania hicieron **una cena** en su

honor. El propósito de la reunión era expresarle su amor, sobre todo su gratitud por haber resucitado a Lázaro. Como *deipnon* (**cena**) se refiere a la comida principal del día, pudo haber sido larga, diseñada con mucho tiempo libre para conversar. Con seguridad los invitados **estaban sentados**, inclinados sobre un codo y con la cabeza hacia una mesa baja en forma de U. No se sabe cuántas personas había, pero al menos estaban Jesús, los doce, Marta, María, Lázaro y probablemente Simón el leproso.

Lucas registra una visita de Jesús a casa de Marta y María varios meses antes, allí se ve la disposición de Marta al servicio, aun cuando no era una prioridad:

Aconteció que yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada (Lc. 10:38-42).

Incluso después de la reprensión, siendo coherente con su interés, **Marta servía** la comida (describir a Lázaro como **uno de los** invitados **que estaban sentados a la mesa**, sugiere que la fiesta no fue en su casa ni en la de sus hermanas), Mateo 26:6 y Marcos 14:3 van más allá de sugerirlo y afirman específicamente que la cena ocurrió en la casa de Simón el leproso. Aunque el apodo se quedó con él, obviamente había sido sanado de esa enfermedad porque las personas nunca se reunirían en la casa de alguien con un caso activo de lepra. No solo temían el contagio, también habrían quedado ceremonialmente impuros para socializar, pues la lepra era impura (Lv. 13:45). Tampoco es probable que Simón hubiera tenido una casa o sido anfitrión de una cena si aún estuviera enfermo, pues los leprosos eran marginados de la sociedad (Nm. 5:2). Como la curación de la lepra estaban más allá del conocimiento médico de la época, se cree que Jesús lo habría sanado antes.

Aunque a los demás también los sirvieron, el servicio de Marta estaba dirigido sobre todo a Jesús y esto era encomiable por dos razones

relacionadas: Estaba motivado por la gratitud amorosa hacia Él y por un deseo de honrarlo generosamente en la forma en que mejor sabía hacerlo ella. No hubo reprensión como en una ocasión anterior. Como ella, todos los cristianos deben comprometerse con el servicio desinteresado (Ro. 12:11; cp. Gá. 5:13; Col. 3:24; He. 9:14). Jesús dijo: “El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo” (Mt. 23:11) y declaró sobre Él: “Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lc. 22:27) y “el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir” (Mt. 20:28). Pablo se describió en repetidas ocasiones como un siervo de Jesucristo (Ro. 1:1; 2 Co. 4:5; Gá. 1:10; Fil. 1:1; Tit. 1:1; cp. 1 Co. 3:5; 4:1; 2 Co. 3:6; 6:4; 11:23); Santiago (Stg. 1:1), Pedro (2 P. 1:1), Judas (Jud. 1) y Juan (Ap. 1:1) también lo hicieron. En Juan 12:26 el Señor prometió a quienes le sirven con fidelidad: “Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará”. Aunque este tiende a verse opacado por la acción dramática de adoración de María, el servicio humilde de Marta en esta ocasión no fue menos encomiable y agradable al Señor.

EL SACRIFICIO HUMILDE DE MARÍA

Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume. (12:3)

De acuerdo a como se le describe en otras partes de los Evangelios (cp. 11:32-33; Lc. 10:39), María vuelve a aparecer como la reflexiva, pensativa y emocional entre las dos hermanas. En un desborde sorprendente y espontáneo de amor por Él, ella **tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús**. Una **libra** (una medida romana equivalente a medio litro, según la norma de hoy) era una gran cantidad de **perfume**. El **nardo** era un aceite fragante extraído de la raíz de una planta nativa de las montañas del norte de India. El perfume de **nardo** era **de mucho precio** debido a la gran distancia del lugar de donde se importaba. El **nardo** de María era **puro** en calidad, lo cual lo hacía más valioso. Algunos creían que valía “más de trescientos denarios” (Mr. 14:5) y Judas estaba de acuerdo con esa tasa (Jn. 12:5). Como se anotará en el versículo 5, tal cantidad sería el salario de un año de trabajo. El frasco de alabastro en el que estaba envasado también le añadía valor (Mt. 26:7). Ella rompió el frasco (Mr. 14:3) para

ofrecerlo todo: contenedor y contenido. Probablemente, el perfume fuera una porción considerable de la riqueza neta de María. Pero, al igual que David (2 S. 24:24), ella se negó a ofrecerle al Señor algo que no le costara nada. Actuó con amor irrefrenable.

Los relatos paralelos de Mateo (26:7) y Marcos (14:3) dicen que María derramó el perfume en la cabeza de Jesús, Juan dice que ella le **ungió los pies**. Los tres relatos están en perfecta armonía. Debido a que el Señor estaba reclinado sobre una mesa baja, con sus pies extendidos lejos de la mesa, María fácilmente pudo haber vertido el perfume primero en su cabeza, después en su cuerpo (Mt. 26:12) y, por último, en sus pies. Luego, en un acto que escandalizó a los espectadores aún más que la utilización del perfume costoso, ella **enjugó los pies de Jesús con sus cabellos**. Los judíos consideraban degradante lavar los pies de otra persona, una tarea necesaria llevada a cabo solo por los siervos más humildes (cp. Jn. 1:27). En la futura cena de Pascua del aposento alto, ninguno de los doce estuvo dispuesto a servir a los otros lavándoles los pies; por eso, en un acto supremo y un ejemplo de humildad, Jesús lo hizo (cp. 13:1-15). Pero entonces, más escandalizador que lavar con humildad los pies de Jesús a tan alto precio, María rebajó su cabello. Era indecente, quizás hasta inmoral, que una mujer judía respetable hiciera eso en público. Pero a María no le preocupaba la vergüenza que pudiera experimentar después. Tan solo estaba centrada en derramar su amor y honrar a Cristo, no se percibía ningún pensamiento de vergüenza en ella.

“**La casa se llenó del olor del perfume**”, dice Juan; esta es la clase de detalles que un testigo ocular recordaría. También muestra la extravagancia del acto de devoción humilde de María. Ella hizo caso omiso del coste, tanto el financiero como el de la reputación. La medida de su amor fue el abandono total a Jesucristo. En consecuencia, como el Señor lo declaró, el acto noble de María sería recordado en todo lugar donde se predicara el evangelio (Mr. 14:9).

Debe indicarse aquí que Lucas registra una situación muy similar:

Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los unguía con

el perfume. Cuando vio esto el fariseo que le había convidado, dijo para sí: Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora (Lc. 7:36-39).

Este caso es completamente diferente porque ocurrió en Galilea, no en Betania; caracteriza a una mujer pecadora (probablemente, una prostituta), no a María; y ocurrió mucho antes, no durante la semana de la pasión. También fue un suceso en la casa de un fariseo, no en la de Simón el leproso.

EL INTERÉS PERSONAL E HIPÓCRITA DE JUDAS

Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote hijo de Simón, el que le había de entregar: ¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres? Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella. Entonces Jesús dijo: Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto. Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, mas a mí no siempre me tendréis. (12:4-8)

El silencio de asombro que debió haber seguido al acto sorprendente e inesperado de María se rompió por una voz de protesta. La conjunción *de* (**pero**) introduce un contraste marcado entre el desinterés de María y el egoísmo de Judas. Como ocurre siempre en los Evangelios, la descripción que Juan hace de **Judas Iscariote** enfatiza dos hechos. Primero, era **uno de los discípulos** del Señor (Mt. 10:4; 26:14, 47; Mr. 14:43; Lc. 22:3, 47; Jn. 6:71); segundo, era **el que le había de entregar** (Mt. 26:25; 27:3; Mr. 3:19; 14:10; Lc. 6:16; 22:4, 48; Jn. 6:71; 13:2, 26-29; 18:2, 5; cp. Hch. 1:16). La traición de Judas fue tan espeluznante y definitiva que los evangelistas no podían pensar o referirse a él sin mencionar el hecho. La traición es más abyecta dado que pertenecía al círculo íntimo del Señor, no era un simple seguidor. Fue el hecho más despreciable en toda la historia humana; mereció el castigo más severo. En las escalofriantes palabras del Señor Jesucristo, “¡Ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido” (Mt. 26:24).

Esperando parecer filántropo, Judas aparentó indignación ante tal

despilfarro de dinero y exclamó: “**¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?**”. Cronológicamente, este es el primer registro de palabras de Judas en el Nuevo Testamento. Ellas exponen la avaricia, ambición y egoísmo que dominaban su corazón. Le había apostado a Jesús, a la espera de que avanzara en su reinado mesiánico terrenal y político que buscaba la mayoría de los judíos. Por su pertenencia al círculo íntimo, Judas había anticipado afanosamente una posición exaltada en el reino. Pero ahora, para él, ese sueño se había desbaratado. Jesús había sido tan antagónico a los líderes judíos que estaban intentando matarlo (Jn. 7:1; 11:53). No solo eso, el Señor había advertido a los discípulos que su muerte era inevitable (p. ej., Mr. 8:31; 9:31; 10:33). Y cuando las multitudes galileas buscaron coronarlo como el rey terrenal que Judas creía, el Señor se negó a cooperar con ellos (Jn. 6:14-15).

Judas, desilusionado, enfrentando el final de sus ambiciones, decidió obtener al menos algo de compensación económica por los tres años gastados en Jesús. Juan no lo vio en el momento, pero escribiendo años después en retrospectiva, hizo el comentario inspirado apropiado sobre los motivos reales de Judas: “**Dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella**”. Como ya dijimos, el perfume de María costaba mucho dinero; si un denario equivalía al salario diario de un trabajador común (Mt. 20:2), **trescientos denarios** equivalían al salario de un año (permitiendo días de reposo y otros días santos en que no se trabajaba). Al ver que tan gran suma eludía su alcance, Judas se enfureció y se fue contra María. “La desaprobación de Judas al acto de María no se relaciona con perder la oportunidad de hacer más por los pobres, sino con la de robar del fondo común” (Colin Kruse, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Tyndale New Testament Commentaries [Comentarios Tyndale del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 2003], p. 263). Su aparente indignación justa fue tan persuasiva que otros se le unieron en la protesta (Mt. 26:8-9; Mr. 14:4-5).

Aunque algunos han intentado atribuir a Judas motivos nobles (es decir, argumentan que fue un patriota equivocado al intentar empujar a Cristo a promover su reino), el Nuevo Testamento lo retrata como un ladrón avaro y un traidor asesino; incluso un diablo (Jn. 6:70-71; cp. 13:2, 27). Judas es el mayor ejemplo en la historia de una oportunidad malograda. Vivió un día tras otro con Jesucristo, el Dios encarnado, durante tres años. Aun así, al final lo rechazó, lo traicionó, la culpa lo

venció (pero no el arrepentimiento genuino), se suicidó y se fue “a su propio lugar” (Hch. 1:25); esto es, al infierno (Jn. 17:12) en su forma más potente.

El Señor defendió inmediatamente a María y reprendió a Judas (el verbo que traduce **Déjala** está en segunda persona del singular y significa “tú”) ordenándole: “**Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto**”. Obviamente, Jesús no quería decir que María guardaría el perfume (o parte de este) hasta su funeral, pues ella ya lo había regado todo (cp. Mr. 14:3). Aunque los comentaristas no están de acuerdo en la interpretación de estas palabras, la solución más satisfactoria es tratarlo como una omisión de lo obvio en la declaración del Señor. Al poner las palabras restantes, el sentido sería: “Déjala; ella no vendió el perfume [como tú querías] para guardarlo hasta el día de mi funeral” (cp. D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], pp. 429-430; cp. Andreas J. Köstenberger, *John* [Juan], Baker Exegetical Commentary on the New Testament [Comentario exegético Baker sobre el Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Baker, 2004], pp. 363-364).

María abrió su corazón en amor y devoción a Cristo en ese acto. Aun así, como Caifás profetizó sin quererlo (11:49-52), el acto tenía mayor significado. En Mateo 26:12, Jesús dijo: “Porque al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura” (cp. Mr. 14:8). La **sepultura** de la cual habló Jesús proféticamente no era el lugar donde pondrían su cadáver, sino de la unción que María llevó a cabo y en la cual Jesús vio un símbolo de su muerte y sepultura próximas. Parte de los gastos excesivos asociados con muchos funerales del siglo I era el coste de los perfumes para disimular el hedor del decaimiento (cp. Jn. 11:39). Esta acción de María, como en el caso de Caifás (11:49-52), reveló una realidad mucho más grande de la que ella percibió en su momento. Su unción prefiguró la de José de Arimatea y Nicodemo en el cuerpo de Jesús tras su muerte (Jn. 19:38-40).

Si Judas de verdad hubiera querido ayudar a los pobres, habría tenido oportunidad, porque como Jesús recordó a todos (el verbo y el pronombre de la frase son plurales), **a los pobres siempre los tendrían con ellos** (cp. Mr. 14:7). El Señor no era despectivo con dar a los pobres (cp. Dt. 15:11), pero retó a los discípulos a tener en orden las prioridades. La oportunidad de hacer el bien a Jesús, como María, no duraría mucho

porque Él **no siempre** estaría físicamente con ellos. De nuevo aquí las palabras del Señor eran una predicción de su muerte futura, a menos de una semana.

Ahora Judas estaba en una encrucijada. Desenmascarada su hipocresía, pretendiendo preocupación por los pobres mientras en realidad quería desfalcar la bolsa común, se enfrentó a la decisión final. Podía caer a los pies de Jesús en humildad, en arrepentimiento penitente, confesar su pecado y buscar el perdón. O podía endurecer su corazón con orgullo, rehusar el arrepentimiento, rendirse a la influencia de Satanás y traicionar al Señor. Trágicamente, en su pecado escogió la segunda opción, se quedó con toda la culpa con sus consecuencias, aunque cumpliera el propósito de Dios en el sacrificio de su Hijo (cp. 13:18-19). Inmediatamente después de este incidente, “Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregárselo. Ellos, al oírlo, se alegraron, y prometieron darle dinero. Y Judas buscaba oportunidad para entregarle” (Mr. 14:10-11).

LA SUPERFICIALIDAD DE LAS PERSONAS

Gran multitud de los judíos supieron entonces que él estaba allí, y vinieron, no solamente por causa de Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado de los muertos. (12:9)

Después del día de reposo, **gran multitud de los judíos** que estaban en Jerusalén para la Pascua **supieron** que Jesús **estaba** en Betania (Aquí el término *judíos* no se refiere a los líderes religiosos, sino a las personas del pueblo [cp. 11:55-56]). Fueron a Betania **no solamente por causa de Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado de los muertos**. Las noticias del milagro sensacional se habían esparcido y la multitud curiosa quería ver al obrador del milagro y al resucitado.

Estas personas no eran hostiles abiertamente a Jesús, como Judas y los líderes religiosos, pero tampoco estaban comprometidas con Él, como Marta y María. Buscaban emociones, seguían la última sensación, se interesaban superficialmente en Jesús, pero espiritualmente eran indiferentes y al final antagónicos de Él. Como los miembros de la iglesia de Laodicea, eran tibios, ni fríos ni calientes (Ap. 3:16). En la entrada triunfal lo ovacionaron, le gritaron: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!” (Jn. 12:13). Pero a los pocos días gritarían: “¡Fuera, fuera, crucifícale!” (Jn. 19:15) y algunos hasta se

burlarían cuando estuviera colgado en la cruz (Mt. 27:39-40).

LA CONFABULACIÓN HOSTIL DE LOS LÍDERES RELIGIOSOS

Pero los principales sacerdotes acordaron dar muerte también a Lázaro, porque a causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús. (12:10-11)

Sin lugar a dudas, las autoridades judías observaron a las multitudes que acudieron en manadas a Betania para ver a Jesús y a Lázaro. Los **principales sacerdotes** despiadados ya habían planeado matar a Jesús (11:53); pero ahora ampliaron el plan y **acordaron dar muerte también a Lázaro**, quien como prueba viviente del poder milagroso de Jesús, representaba una gran amenaza para los saduceos porque **a causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús** (cp. 11:48). Él era un testimonio innegable de las afirmaciones mesiánicas del Señor. No solo eso, un resucitado era una vergüenza para los saduceos de otras maneras: ellos negaban la resurrección de los muertos (Mt. 22:23) y él era prueba irrefutable de ese error. Incapaces de contrarrestar el testimonio incontrovertible de Lázaro vivo, buscaron destruir la evidencia matándolo. Su red enmarañada de engaños se expandía, como señala Leon Morris: “Es interesante reflexionar en lo que dijo Caifás, ‘nos conviene que un hombre muera por el pueblo’ (11:50). Pero uno no era suficiente. Ahora debían ser dos. Así crece el mal” (*El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 582 del original en inglés).

Nadie es neutral en cuanto a Jesucristo, como Él lo advirtió: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Lc. 11:23). Ya sea amarlo o servirlo, como María y Marta; ser indiferente y vacilante hacia Él, como la multitud; u odiarlo y oponérsele, como Judas y los principales sacerdotes; todo el mundo asume una posición en algún punto. Cuál sea la posición es lo que determina el destino eterno de cada persona, pues “en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12).

43 El Rey vino a morir

El siguiente día, grandes multitudes que habían venido a la fiesta, al oír que Jesús venía a Jerusalén, tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor; el Rey de Israel! Y halló Jesús un asnillo, y montó sobre él, como está escrito: No temas, hija de Sion; he aquí tu Rey viene, montado sobre un pollino de asna. Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho. (12:12-16)

Los siglos pasados han visto falsos mesías y cada uno afirmando ser el esperado por el pueblo judío. De estos libertadores autoproclamados, algunos simplemente se engañaban a sí mismos, mientras otros se aprovechaban de los demás a propósito; algunos buscaban prestigio personal, otros rescatar al pueblo de la opresión; algunos defendían la violencia, otros la oración y el ayuno; algunos profesaban ser libertadores políticos, otros reformadores religiosos. Pero aunque variaran sus métodos, motivos y afirmaciones, todos tenían algo en común: eran falsificaciones satánicas del verdadero Mesías, Jesús de Nazaret.

En el año 44 d.C., Teudas (no el mismo mencionado en Hch. 5:36) prometió a sus oyentes que dividiría el río Jordán. Pero antes de que lo intentara, las tropas romanas atacaron y masacraron a muchos de sus seguidores. El egipcio con el que confundieron a Pablo (Hch. 21:38) se ufanaba de que ordenaría a los muros de Jerusalén que cayeran. Pero, al igual que con Teudas, los soldados romanos acabaron con sus planes. Aunque el egipcio logró escapar de quienes lo atacaron, cientos de sus seguidores fueron capturados o matados (Josefo, *Antigüedades* 20.8.6; *Las guerras de los judíos* 2.13.5). En el siglo II, Simón Bar-Kojba (“Hijo de una estrella”; cp. Nm. 24:17), a quien el rabí líder de su tiempo identificó como Mesías, lideró una insurrección contra Roma y conquistó Jerusalén durante tres años, donde se le llamó rey y mesías. Los romanos aplastaron la rebelión, retomaron Jerusalén y masacraron a Bar-Kojba y a seiscientos mil seguidores suyos. En el siglo V, en la isla de Creta, un falso

mesías prometió dividir el mar Mediterráneo en dos para que sus seguidores pudieran caminar hasta Palestina por tierra seca. Pero el mar no quiso dividirse y algunos de sus seguidores se ahogaron. En el siglo XVII, Sabbethai Zebi se autoproclamó “rey de los reyes de la tierra” y atrajo una gran cantidad de seguidores entre los judíos de Europa occidental. Zebi se convirtió después al islam y a la larga lo ejecutaron (para mayor explicación de los falsos mesías en la historia véase J. E. Rosscup, “False Christs” [Falsos Cristos] en Merrill C. Tenney, ed., *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible* [Enciclopedia ilustrada de la Biblia Zondervan] [Grand Rapids: Zondervan, 1977], p. 2:495; James Orr, ed., *The International Standard Bible Encyclopedia* [Enciclopedia bíblica internacional], primera edición, ver “Christ, False” [Cristo, Falsos]).

Jesús advirtió que cuando su Segunda Venida se acercara, “muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos” y “se levantarán falsos Cristos” (Mt. 24:11, 24). Estos terminarán con el último falso mesías engañador, el anticristo:

El hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios... aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos (2 Ts. 2:3-4, 8-10; cp. Ap. 13:1-18).

Pero las afirmaciones falsas de tales pretenciosos se quedan cortas ante las calificaciones bíblicas del Mesías. Solo Jesucristo posee las credenciales del Mesías verdadero: las palabras que pronunció, los milagros que realizó y las profecías que cumplió prueban que Él era quien dijo ser (Mt. 26:63-64; Jn. 4:25-26).

Cuando Juan el Bautista envió a sus discípulos a preguntarle si Él era el Mesías esperado o debían esperar a alguien más (Mt. 11:3), Jesús le señaló los milagros para probar que sí era el Mesías: “Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a

los pobres es anunciado el evangelio” (vv. 4-5). En lugar de proezas extravagantes, como la que Satanás lo retó a realizar (Mt. 4:5-6), el Salvador compasivo escogió mostrar su poder divino sanando a los enfermos (Mt. 4:23-24; 8:2-3, 5-16; 9:2-7, 20-22, 27-30, 35; 12:9-13, 15; 14:14; 15:30; 19:2; 20:30-34; 21:14; Mr. 6:5; 7:31-35; Lc. 5:15; 6:17-19; 9:11; 14:1-4; 17:11-14; 22:51; Jn. 4:46-53; 5:1-9; 6:2; 9:1-7), resucitando muertos (Mt. 9:23-25; Lc. 7:11-15; Jn. 11:43) y expulsando demonios (Mt. 4:24; 8:16, 28-33; 9:32-33; 12:22; 15:21-28; 17:14-18; Mr. 1:39; Lc. 11:14; 13:32).

Los residentes de Corazín, Betsaida y Capernaúm habían sido testigos de los milagros indiscutibles de Jesús, luego no tenían excusa para no arrepentirse y creer que Él era el Señor y Mesías (Mt. 11:20-24). Como ellos, todo el que viera sus señales milagrosas y se negara a creer, era culpable (Jn. 12:37-41). En el día de Pentecostés, Pedro con audacia recordó al pueblo de Israel: “Jesús nazareno [fue] varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis” (Hch. 2:22). No podían alegar ignorancia.

Además de haber “hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho” (Jn. 15:24), Jesús cumplió las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento. Entre las predicciones más notables se encuentran su nacimiento virginal (Is. 7:14), su muerte en sacrificio (Is. 52:13—53:12) y su resurrección (Sal. 16:10; cp. Hch. 13:35). (Para una lista de más profecías mesiánicas cumplidas en Jesús, véase John MacArthur, *The MacArthur Bible Commentary* [Comentario bíblico MacArthur] [Nashville: Thomas Nelson, 2005], pp. 78-79, 145, 156, 667, 828-829, 1084, 1236).

En esta sección se describe el suceso conocido usualmente como entrada triunfal, la presentación oficial de Jesús a Israel como el Mesías e Hijo de Dios. Al hacerlo, puso en movimiento la cadena de sucesos que llevarían rápidamente a su muerte en el tiempo preordenado por Dios. Cuando el Rey vino a morir, lo hizo en el momento apropiado, con la multitud apasionada, de la manera predicha y ante la perplejidad de sus hombres. De acuerdo con el asunto de su Evangelio (20:31), Juan resalta en todo su relato el cumplimiento, en Jesús, de las profecías del Antiguo Testamento.

EN EL MOMENTO APROPIADO

El siguiente día, (12:12a)

El siguiente día fue la mañana del lunes, el día después de la cena en Betania (12:1-11). En la noche, Judas se había reunido con los principales sacerdotes y había acordado con ellos traicionar a Jesús (Mt. 26:14-16). Pero Jesús no estaba a merced de las intrigas de sus enemigos, Él siguió en control absoluto de las circunstancias. Había llegado para Jesús el tiempo de morir, ordenado divinamente (v. 23; cp. 13:1), pero lo haría en sus términos. Los líderes judíos, temerosos de cómo pudieran reaccionar las grandes multitudes volátiles, querían matar a Jesús, pero no durante la celebración de la Pascua (Mt. 26:3-5; cp. Lc. 22:2) El plan de ellos era prenderlo y ejecutarlo después de la fiesta, cuando el pueblo se hubiera dispersado.

Pero sin importar los deseos de sus enemigos, el Señor moriría en el momento preciso preordenado por Dios en el plan eterno (cp. 10:17-18; 19:10-11; Hch. 2:23; 4:27-28; Gá. 4:4-5); de modo adecuado, el Cordero de Dios se sacrificaría el mismo día en que se sacrificaban los corderos de Pascua, “porque nuestra pascua... es Cristo” (1 Co. 5:7). Por lo tanto, Jesús se preparó para entrar públicamente a Jerusalén y así forzar el asunto de su muerte. Sabía que los elogios de la multitud harían enfurecer a los líderes judíos, y ellos estarían aun más desesperados por matarlo. Como siempre, Dios usaría la necedad e impiedad de los malos para llevar a cabo sus propósitos (cp. Gn. 50:20; Sal. 76:10; Hch. 4:26-28).

Hasta este momento el Señor no permitió que sus enemigos acabaran con su vida. Por lo tanto, evitaba provocar enfretamientos públicos innecesarios con las autoridades judías hostiles. Cuando “los fariseos, tuvieron consejo contra Jesús para destruirle... Sabiendo esto Jesús, se apartó de allí” (Mt. 12:14-15; cp. 8:4; 16:20; Jn. 4:1-3; 7:1; 11:53-54). Cuando ocurrieron confrontaciones y sus enemigos buscaron matarlo, se evadió de ellos. Las personas de Nazaret, su pueblo, quisieron echarlo por un precipicio, pero Jesús “pasó por en medio de ellos, y se fue” (Lc. 4:30). En otra ocasión, los judíos hostiles, enfurecidos por su afirmación de ser Dios (Jn. 8:58), “tomaron... piedras para arrojárseles; pero Jesús se escondió y salió del templo” (v. 59; cp. 10:39). La presencia imponente de Jesús también evitó que sus enemigos lo arrestaran antes del tiempo predeterminado (Jn. 7:44-46).

El día exacto escogido por el Señor para entrar a Jerusalén cumplió una de las profecías más notables del Antiguo Testamento. La profecía de Daniel de las setenta semanas (Dn. 9:24-26). Por medio de Daniel, el

Señor predijo que desde el tiempo del decreto de Artajerjes en que se ordenaba la reconstrucción del templo (en 445 a.C.) hasta la venida del Mesías transcurrirían “siete semanas, y sesenta y dos semanas” (Dn. 9:25; cp. Neh. 2:6); esto es, sesenta y nueve semanas en total. La traducción literal es “siete sietes y sesenta y dos sietes”, donde *siete* es el nombre usual de la semana. En el contexto del pasaje, la idea es sesenta y nueve semanas de años o sesenta y nueve veces siete años, lo cual equivale a 483 años judíos (conformados por trescientos sesenta días cada uno, como era usual en el mundo antiguo). Hay varios sistemas de conteo que han surgido para determinar la cronología de los 483 años posteriores al decreto de Artajerjes; estos ubican la fecha en el 30, 32 o 33 d.C., dependiendo de la fecha real del decreto y de los cálculos complejos a través de esos años. De tales explicaciones, las más detalladas son las de Sir Robert Anderson, *The Coming Prince* [El Príncipe que viene] y la de Harold Hoehner, *Chronological Aspects of the Life of Christ* [Aspectos cronológicos de la vida de Cristo]. Con base en toda la información histórica, lo mejor es entender que la entrada triunfal ocurrió el 9 de Nisán del 30 d.C. Pero aun las otras fechas ofrecidas por los autores (32 o 33 d.C.) dejan una cosa clara e innegable: no importa cuál sea la cronología precisa, Jesucristo es el único cumplimiento posible del tiempo profético de Daniel.

CON LA MULTITUD APASIONADA

grandes multitudes que habían venido a la fiesta, al oír que Jesús venía a Jerusalén, tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel! (12:12b-13)

Cuando el Señor salió de Betania, iba acompañado por la “gran multitud de los judíos” (v. 9) que habían venido a verlo a Él y a Lázaro (v. 17). Pronto se les unirían otros de las **grandes multitudes** de peregrinos **que habían venido a Jerusalén para la fiesta** (Pascua). **Al oír que Jesús venía a Jerusalén**, salieron en desbandada de la ciudad para recibirle. Las dos grandes olas de personas, exacerbadas por la resurrección de Lázaro, se volvieron una para formar una muchedumbre masiva (algunas historias estiman que debía de haber un millón de personas allí en la fiesta de la Pascua) que escoltaron a Jesús hasta Jerusalén. (Los relatos de la entrada triunfal en los Evangelios sinópticos también sugieren que dos

multitudes convergieron alrededor de Jesús [Mt. 21:9; Mr. 11:9]).

La multitud emocionada cortó **ramas** de las palmeras datileras que había en abundancia en los alrededores de Jerusalén (aún hoy crecen allí). El Antiguo Testamento no asocia las ramas de palmeras con la Pascua, sino con la fiesta de los tabernáculos (Lv. 23:40). Sin embargo, en el período intertestamentario las ramas de palmera se volvieron un símbolo general de victoria y celebración. Cuando los judíos, liderados por Simón Macabeo, recuperaron Jerusalén de manos de los sirios, entraron “con vítores y palmas” (1 Macabeos 13:51; cp. 2 Macabeos 10:7). Tal vez muchas personas de la multitud tenían en mente aquel suceso cuando batían sus ramas de palma. Quizás, esperaban ellos, Jesús demostraría ser el gran Rey mesiánico y el conquistador militar que los libraría del yugo romano y establecería las promesas a Abraham y David (Gn. 12:1-3; 2 S. 7:1-16).

La multitud, arrastrada por el fervor del momento, gritaba: “**¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!**” . *Hosanna*, un término de aclamación o alabanza, es la transliteración de una palabra hebrea cuyo significado literal es “Oro por ayuda” u “Oro por salvación” (cp. Sal. 118:25). Era un término conocido por todos los judíos, pues venía del grupo de salmos conocido como *Hallel* (Sal. 113—118). El coro del templo cantaba todas las mañanas los *Hallel* durante las principales fiestas judías. La multitud también gritaba: “**Bendito el que viene en el nombre del Señor**”, citando el Salmo 118:26. Con el uso de la frase, el pueblo afirmaba su esperanza en que Jesús fuera el Mesías esperado. (Sin embargo, el pueblo de Israel será verdaderamente capaz de decir esas palabras a Jesús solo en su Segunda Venida [Mt. 23:39]). Esa creencia se expresó aún más al saludarle como **Rey de Israel** (cp. v. 15; 1:49; 19:15, 19). Mateo dice que la multitud también llamó a Jesús “Hijo de David” (Mt. 21:9, 15; 22:42), otro título mesiánico.

En el pasado el Señor se había negado a recibir el saludo como rey y conquistador militar que, según el pueblo, sería el Mesías. De hecho, Él dispersó la multitud que buscaba hacerlo rey (cp. Jn. 6:14-15). Pero esta vez aceptó su aclamación, lo cual dejó frenética de emoción a la multitud. Finalmente, pensaban ellos, Él estaba aceptando el papel que ellos querían darle, el de libertador político y militar. Pero Jesús aceptó la alabanza en sus propios términos. Como aquel que venía a salvar (Mt. 1:21), aquel que venía en el nombre del Señor (Jn. 5:43) y el Rey justo de Israel (Mt. 27:11; Jn. 1:49), merecía la alabanza de la multitud. Mateo registra que

cuando Jesús llegó a Jerusalén y entró al templo, “los principales sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que hacía, y a los muchachos aclamando en el templo y diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! se indignaron” (Mt. 21:15). El Señor respondió afirmando el derecho que tenía a recibir esa alabanza: “Sí; ¿nunca leísteis: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza?” (v. 16).

Pero en lugar de euforia por los gritos jubilosos de la multitud aturdida, Jesús sentía dolor por la actitud superficial de las personas hacia Él, pues sabía que muchos de quienes lo saludaban como Mesías ese día, pedirían a gritos su muerte el viernes siguiente. Por lo tanto,

Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitián, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación (Lc. 19:41-44).

DE LA FORMA PREDICHA

Y halló Jesús un asnillo, y montó sobre él, como está escrito: No temas, hija de Sion; he aquí tu Rey viene, montado sobre un pollino de asna. (12:14-15)

Los Evangelios sinópticos describen la forma en que **Jesús** encontró al **asnillo**. Cuando el Señor y quienes estaban con Él llegaron a las afueras de Jerusalén, Jesús envió dos discípulos y les dijo: “Id a la aldea que está enfrente de vosotros [probablemente Betfagé; cp. Mt. 21:1], y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella; desatadla, y traédmelos. Y si alguien os dijere algo, decid: El Señor los necesita; y luego los enviará” (Mt. 21:1-3). Los discípulos hicieron lo que Jesús les ordenó y regresaron con un pollino y su madre, probablemente para mantener dócil al pollino (Mt. 21:6-7). Sin saber cuál de los animales pretendía montar el Señor, pusieron sus mantos sobre los dos (Mt. 21:7). Luego, después que Jesús indicó que montaría al pollino, lo ayudaron a subirse (Lc. 19:35). A medida que la procesión continuaba, ahora con Jesús subido en el asnillo, “la multitud, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino; y

otros cortaban ramas de los árboles [solo el relato de Juan especifica que eran ramas de palma], y las tendían en el camino” (Mt. 21:8). Extender prendas en el camino de alguien era un homenaje reservado a los reyes (cp. 2 R. 9:13) y expresaba la creencia de la multitud, que Jesús era el Rey de Israel (Jn. 12:13; cp. Lc. 19:38).

El Señor eligió un monte a propósito para cumplir Zacarías 9:9: “**No temas** (las palabras “**No temas**” se agregaron de Is. 40:9), **hija de Sion** (una referencia a Jerusalén [cp. 2 R. 19:21; Is. 10:32; Zac. 9:9] y por extensión a toda la nación); **he aquí tu Rey viene, montado sobre un pollino de asna**”. Si Jesús hubiera sido el guerrero conquistador esperado por el pueblo, montar un caballo de guerra habría sido más apropiado (cp. Ap. 19:11). Pero, al escoger un asno, Jesús entró a Jerusalén como el Príncipe de paz humilde (Zac. 9:9; Mt. 21:5). Solo cuando regrese la segunda vez en juicio, montará en el caballo blanco del conquistador (Ap. 19:11). Sin embargo, el simbolismo de su humillación se perdió en la multitud que lo continuó aclamando como el Rey conquistador por todo su recorrido en la ciudad (cp. Mt. 21:15). Como observa Leon Morris: “El significado de los sucesos en la vida de Jesús no salta a la vista de todo aquel que no ha sido regenerado. Eso solo lo revela el Espíritu de Dios” (*El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], pp. 587-588 del original en inglés).

ANTE LA PERPLEJIDAD DE SUS HOMBRES

Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho. (12:16)

Las personas de la multitud no fueron las únicas que fallaron en ver la importancia de lo que estaba ocurriendo. La nota parentética de Juan (cp. 2:22) indica que ni siquiera los **discípulos** en ese momento **entendieron** el significado de la entrada triunfal; no pudieron entender que Jesús no venía en su primera venida como conquistador, sino como Salvador. Aun después de la resurrección, los discípulos preguntaron esperanzados: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” (Hch. 1:6). Fue solo cuando vino el Espíritu Santo, después de que **Jesús fue glorificado** (cp. Jn. 7:39), que los discípulos **se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho**. Jesús

prometió a los doce: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn. 14:26). Y añadió: “Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir” (16:13).

Jesús fue un Rey como ningún otro. En lugar de la pompa y las circunstancias asociadas con los reyes terrenales, Él era dócil y humilde (Mt. 11:29); en vez de derrotar a sus enemigos por la fuerza, los conquistó con la muerte (He. 2:14; cp. Ef. 1:19-22; Col. 2:15). Pero aunque lo rechazaron y lo despreciaron en su primera venida (Is. 53:3), Jesucristo regresará un día como el gran conquistador, Rey de reyes y Señor de señores (Ap. 19:11-16), hará añicos a sus enemigos y los destruirá con un juicio final feroz (Sal. 2:9; Ap. 19:15). Tal como cumplió perfectamente todas las profecías del Antiguo Testamento acerca de su primera venida, así también vendrá de nuevo de la manera en que las Escrituras lo predijeron.

44 El evangelio se extiende: Un anticipo de la salvación de los gentiles

Y daba testimonio la gente que estaba con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro, y le resucitó de los muertos. Por lo cual también había venido la gente a recibirle, porque había oído que él había hecho esta señal. Pero los fariseos dijeron entre sí: Ya veis que no conseguís nada. Mirad, el mundo se va tras él. Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús. Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús. Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará. (12:17-26)

Dios ordenó claramente que el evangelio se predicara a todas las personas de todas las naciones y todas las etnias (Mt. 24:14; Mr. 13:10; cp. Mt. 26:13; 28:19-20; Col. 1:23; Ap. 14:6).

Aun así, el deseo de Dios fue que el evangelio se ofreciera primero a su pueblo escogido, Israel (Am. 3:2; cp. Dt. 7:6-8; 10:15; 14:2; 1 R. 3:8; 1 Cr. 16:13; Sal. 105:6; 135:4; Is. 41:8-9; 44:1-2; Ez. 20:5). Jesús le dijo a la mujer samaritana que “la salvación viene de los judíos” (Jn. 4:22); esto es, no solo tiene su origen en ellos (pues Jesús el Mesías era judío), también se les ofrece a ellos primero. Cuando el Señor envió a predicar a los doce en una misión, les encargó: “Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mt. 10:5-6). Y cuando una mujer gentil (Mr. 7:26) le rogó que sanara a su hija poseída por un demonio, Jesús probó su fe diciéndole con brusquedad: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de

la casa de Israel” (Mt. 15:24). Solo después de su muerte y resurrección, Jesús ordenó a sus discípulos “que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lc. 24:47). Pablo y Bernabé declararon ante los judíos hostiles de Antioquía de Pisidia esto: “A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la deseáis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles” (Hch. 13:46; cp. 18:5-6). Del evangelio, Pablo dijo a los romanos, “es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego” (Ro. 1:16).

A diferencia de los privilegios y bendiciones que Israel disfrutaba (cp. Ro. 9:4-5), los gentiles estaban “alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12; cp. 1 Ts. 4:5). Ignoraban la revelación propia de Dios en las Escrituras (Ro. 2:14; cp. Sal. 147:19-20), lo cual los llevaba a la esclavitud de la idolatría (1 Co. 12:2; cp. 10:20; 1 Cr. 16:26; Sal. 96:5; Jer. 2:11) y sus resultantes inutilidad (Ef. 4:17-18) y corrupción (Ef. 4:19; 1 Ts. 4:5; 1 P. 4:3-4).

Los judíos, por ser receptores de las promesas del pacto divino en el Antiguo Testamento, se consideraban superiores a los gentiles paganos porque su Dios no estaba interesado en dejar entrar a los gentiles. Por ejemplo, Jonás huyó en otra dirección, en lugar de proclamar el mensaje de Dios a los gentiles en la ciudad de Nínive, como se le había encargado. Le molestaba mucho la idea de que los gentiles pudieran conocer a su Dios. Después de que fue (con renuencia) y proclamó el juicio inminente de Dios en la ciudad, el pueblo ninivita se arrepintió. Como era de esperar, en lugar de alegrarse...

Esto disgustó mucho a Jonás, y lo hizo enfurecerse. Así que oró al SEÑOR de esta manera:

—¡Oh SEÑOR! ¿No era esto lo que yo decía cuando todavía estaba en mi tierra? Por eso me anticipé a huir a Tarsis, pues bien sabía que tú eres un Dios bondadoso y compasivo, lento para la ira y lleno de amor, que cambias de parecer y no destruyes (Jon. 4:1-2, NVI).

El prejuicio de los judíos hacia los gentiles era tan acentuado que hasta los creyentes judíos fueron lentos para aceptar a los gentiles como “coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa

en Cristo Jesús por medio del evangelio” (Ef. 3:6). Pedro recordó a los gentiles reunidos en la casa de Cornelio lo siguiente: “Vosotros sabéis cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero” (Hch. 10:28). Se requirió una visión de Dios (10:9-20, 34-35) para convencerlo de predicar el evangelio a los gentiles. Cuando Cornelio y los otros gentiles oyeron el mensaje de Pedro, creyeron y recibieron al Espíritu Santo “y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo” (10:45). Cuando Pedro regresó a Jerusalén, “disputaban con él los que eran de la circuncisión, diciendo: ¿Por qué has entrado en casa de hombres incircuncisos, y has comido con ellos?” (Hch. 11:3). Pedro, en su defensa, relató su visión y la salvación de los gentiles (demostrada porque recibieron al Espíritu Santo [vv. 15-17]) en la casa de Cornelio (vv. 4-17). Solo entonces sus acusadores “callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!” (v. 18).

Pero las bendiciones de la salvación nunca pretendieron limitarse exclusivamente a Israel. El día en que llevaron a Jerusalén el arca del pacto, se cantó una canción de acción de gracias que incluía una reiteración del deber de Israel de declarar la verdad de Dios a las naciones:

¡Alaben al SEÑOR, proclamen su nombre, testifiquen de sus proezas entre los pueblos!... Anuncien su gloria entre las naciones, y sus maravillas a todos los pueblos. Porque el SEÑOR es grande, y digno de toda alabanza; ¡más temible que todos los dioses! Nada son los dioses de los pueblos, pero el SEÑOR fue quien hizo los cielos; esplendor y majestad hay en su presencia; poder y alegría hay en su santuario. Tributen al SEÑOR, familias de los pueblos, tributen al SEÑOR la gloria y el poder; tributen al SEÑOR la gloria que corresponde a su nombre; preséntense ante él con ofrendas, adoren al SEÑOR en su hermoso santuario. ¡Que tiemble ante él toda la tierra! Él afirmó el mundo, y éste no se moverá (1 Cr. 16:8, 24-30, NVI).

La actitud estrecha y provincial de los judíos pasó por alto las promesas del Antiguo Testamento y su mandato nacional de proclamar la salvación de Dios a los gentiles. Dios, en su pacto con Abraham, le prometió: “Serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Gn 12:3;

cp. 22:18; 26:4; 28:14). Al comentar esa promesa, Pablo escribió: “Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones” (Gá. 3:8). En Deuteronomio 32:21 Dios dijo a Israel: “Ellos me movieron a celos con lo que no es Dios; me provocaron a ira con sus ídolos; yo también los moveré a celos con un pueblo que no es pueblo, los provocaré a ira con una nación insensata”. En Romanos 10:19, el apóstol Pablo apeló a este pasaje para probar que el evangelio se extendería a los gentiles. David escribió en el Salmo 22:27: “Se acordarán del SEÑOR y se volverán a él todos los confines de la tierra; ante él se postrarán todas las familias de las naciones” (NVI); en el Salmo 102:15 el salmista añadió: “Las naciones temerán el nombre del SEÑOR; todos los reyes de la tierra reconocerán su majestad (NVI)”. Isaías predijo que Dios haría al Mesías “luz de las naciones, para que [Él fuera su] salvación hasta lo postrero de la tierra” (Is. 49:6; cp. 42:6). En Isaías 45:22 Dios llamó en misericordia a los pecadores: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más”.

En Romanos 15:8-12, Pablo enfatizó que el plan de Dios había sido siempre llevar a los gentiles a su reino:

Pues os digo, que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres, y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia, como está escrito: Por tanto, yo te confesaré entre los gentiles, y cantaré a tu nombre. Y otra vez dice: Alegraos, gentiles, con su pueblo. Y otra vez: Alabad al Señor todos los gentiles, y magnificadle todos los pueblos. Y otra vez dice Isaías: Estará la raíz de Isai, y el que se levantará a regir los gentiles; los gentiles esperarán en él.

En ese pasaje breve, Pablo citó de cada parte del Antiguo Testamento (cp. Lc. 24:44): la ley (Dt. 32:43), los profetas (Is. 11:10) y los salmos (18:49; 117:1), demostrando a los judíos, con sus propias Escrituras, la verdad del plan de Dios para la salvación de los gentiles.

En este mismo orden de ideas, Juan 12:17-26 ilustra tres perspectivas sobre Jesús: la de los fariseos, la de los gentiles y la del mismo Señor.

RECHAZO DE LOS FARISEOS

Y daba testimonio la gente que estaba con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro, y le resucitó de los muertos. Por lo cual también había venido la gente a recibirle, porque había oído que él había hecho esta señal. Pero los fariseos dijeron entre sí: Ya veis que no conseguís nada. Mirad, el mundo se va tras él. (12:17-19)

Como dijimos en la explicación de 12:12-13, algunas personas acompañaron a Jesús desde Betania, pero otras salieron de Jerusalén a encontrarlo. Los dos grupos formaron una multitud grande que escoltó a Jesús hasta la ciudad. En el camino, **daba testimonio la gente que estaba con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro, y le resucitó de los muertos**. Su testimonio entusiasta a la gente de Jerusalén que salió a recibirle, **porque había oído que él había hecho esta señal**, amplificó el efecto poderoso del milagro a las masas que llegaron por la Pascua (11:45; cp. 5:36; 10:38).

La nota de Juan de que **la gente** se agolpó sobre Jesús **porque había oído que Él** resucitó a Lázaro de los muertos, revela la naturaleza superficial de su fe. Su deseo era que Jesús aceptara el papel del gobernante político y libertador militar que esperaban del Mesías (cp. Jn. 6:14-15; 12:13). Probablemente, razonaron, si Él tenía el poder para devolverle la vida a quien había estado muerto por cuatro días, con seguridad podría usar ese poder para liberarlos del yugo opresor romano. Como sucedió con muchas otras multitudes que siguieron a Jesús (cp. 2:23-25; 6:2, 14-15, 26, 60, 66; 12:42-43), ésta estaba compuesta principalmente por buscadores de emociones. Al final de la semana, cuando se hiciera obvio que Jesús no iba a ser el Mesías político esperado, el pueblo lo rechazaría, siguiendo el mandato de los fariseos y de otros líderes. Muchas de las voces que gritaron “Hosanna” en la entrada triunfal iban a gritar “¡Crucificalo!” en el Viernes Santo.

A diferencia del vínculo efímero y superficial de la multitud con Jesús, cuyo fin fue el rechazo, sus verdaderos discípulos perseveraron en creerle. El Señor dijo: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Jn. 8:31). El escritor de Hebreos advirtió a los verdaderos creyentes: “Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma” (He. 10:39). Una fe profesada que no da “frutos dignos de arrepentimiento” (Mt. 3:8), está muerta, no salva (Stg. 2:14-26). El

apóstol Juan anotó: “Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo” (2 Jn. 9). Para el verdadero creyente es imposible abandonar a Jesucristo permanente y completamente. Quienes lo hacen demuestran que su fe nunca fue auténtica. Juan escribió sobre tales personas: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros” (1 Jn. 2:19).

Mientras tanto, **los fariseos** miraban la escena tumultuosa con frustración y alarma crecientes. Les parecía que los sucesos se salían peligrosamente de control; si Jesús lideraba a esta multitud rabiosa en una rebelión contra Roma, todo se perdería. (A diferencia de los saduceos, los fariseos rehusaban comprometerse con los romanos; pero, a diferencia de los zelotes, no los asaltaban físicamente). Más aún, habían ordenado que quien conociera dónde estaba Jesús se lo dijera para que lo arrestaran (11:57). Irónicamente, ahí, a plena vista, estaba el que tantas ganas tenían de prender, rodeado por miles de personas. Pero en lugar de delatar a Jesús ante las autoridades, la multitud lo saludaban como Mesías. Temiendo la reacción de la multitud si arrestaban abiertamente a Jesús, los fariseos solo podían ver la escena con frustración y consternación. No sorprende que se hayan ido unos contra otros diciéndose **entre sí**: “**Ya veís que no conseguís nada**”. A pesar de sus mejores esfuerzos para silenciarlo, confrontados con la increíble popularidad de Jesús, comenzaron a culparse entre ellos. Deberían haber sido más sabios, como aconsejara después al sanedrín Gamaliel, un rabí eminente, para no haberse “hallado luchando contra Dios” (Hch. 5:39), quien anula los planes de los hombres para lograr sus propósitos (cp. Gn. 50:20; 1 R. 12:15; Jer. 10:23; Dn. 4:25-35).

La exclamación de los fariseos “**Mirad, el mundo se va tras él**” expresa la profundidad de su consternación. La declaración es una hipérbole, el término *mundo* se refiere a las personas en general, no a cada una en particular (cp. v. 47; 1:29; 3:17; 4:42; 14:22; 17:9, 21; 18:20; 21:25; Hch. 17:6; 19:27). Como sucedió con la profecía de Caifás (11:49-52), probablemente Juan pretendía que la declaración de los fariseos se entendiera como una predicción inconsciente del esparcimiento del evangelio por el mundo (Mt. 24:14; 26:13; 28:19-20; Lc. 24:47; Hch. 1:8). A la larga tendrían éxito en volver a las personas en contra de Jesús, con tal hostilidad que exigirían su ejecución, en un hecho de rechazo final

por toda la nación.

ATENCIÓN DE LOS GENTILES

Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús. Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús. (12:20-22)

Como si quisiera ilustrar de modo pequeño y simbólico la forma en que la verdad del evangelio se extiende por el mundo, Juan introdujo a **ciertos griegos** que estaban **entre los que habían subido a adorar en la fiesta**. En su mayoría eran gentiles prosélitos del judaísmo (o al menos temerosos de Dios [Hch. 10:22; 17:4, 17; cp. 8:27]; gentiles que habían abandonado su religión pagana y ahora adoraban a Dios), que habían ido a Jerusalén para celebrar la Pascua. Su intención de **ver a Jesús** (es decir, tener una audiencia con Él) estaba en contraste directo con la hostilidad abierta de los líderes religiosos judíos, además del interés superficial de la multitud veleidosa. Pocos días antes de que el propio pueblo de Jesús expresara su rechazo final en el grito de crucifixión, los gentiles buscaban conocerlo más; algo a considerar. El rechazo voluntario de Israel quedaría sellado con el juicio divino, cuando Dios dejara la nación a un lado y mirara al resto del mundo (cp. 10:16; 11:52) con el evangelio y la comisión de ser testigos para su pueblo.

El rechazo de Israel se anunció en el Antiguo Testamento. En Romanos 9:25-27 Pablo citó a Oseas e Isaías para mostrar que, al final, Israel sería restaurado a Dios. Eso implica necesariamente su alienación de Él. Más adelante, en esa misma epístola, Pablo declaró explícitamente que Israel había sido endurecido por Dios en juicio: “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles” (Ro. 11:25). Temporalmente, Dios dejó a un lado a la nación para favorecer a la Iglesia, compuesta por gentiles y el remanente de Israel convertido (cp. Ro. 9:27; 11:5, 17). Así, que Dios haya puesto a un lado a la nación como un todo, no excluye la salvación de los individuos judíos (cp. Ro. 10:1). Tampoco es esto el abandono final de Israel. Pablo es claro al afirmar la salvación y restauración futura de Israel:

Y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados. Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios (Ro. 11:26-29).

Esta es una garantía absoluta con base en la elección soberana de Dios y la fidelidad de sus pactos incondicionales, unilaterales e irrevocables y de las promesas mesiánicas del reino a Israel (el pacto abrahámico, Gn. 12, 15, 17; el pacto davídico, 2 S. 7; y el nuevo pacto, Jer. 31).

El texto no declara quiénes eran estos griegos, de dónde eran, por qué querían ver a Jesús o por qué **se acercaron a Felipe**. Tal vez Jesús estaba en la parte del templo donde no se les permitía ir (los gentiles no podían ir más allá del patio de los gentiles). En ese caso, pueden haber visto a Felipe pasar por el patio de los gentiles, reconocieron que era discípulo de Jesús y se le acercaron. No es determinante que Felipe y Andrés sean nombres griegos, pues muchos judíos también tenían nombres griegos. Cuando Juan dice que Felipe **era de Betsaida de Galilea** puede sugerir que los griegos lo escogieron por esa razón. **Betsaida** estaba cerca de la región gentil llamada Decápolis (Mt. 4:25; Mr. 5:20; 7:31) y quizás fueran de esa región. Más aún, siendo nativo de Galilea, Felipe probablemente hablaba griego.

Inseguro de cómo manejar a estos gentiles, **Felipe fue y se lo dijo a Andrés**. Tal vez Felipe dudó si llevarlos directamente a Jesús porque recordaba la admonición del Señor (“Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis” [Mt. 10:5]) y su declaración de haber sido enviado solo a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt. 15:24). Sin duda, el Señor también era difícil de alcanzar dada la multitud y Felipe pudo haberse preguntado si era posible o apropiado interrumpirlo. Más aún, con los enemigos de Jesús vigilando cada movimiento, Felipe pudo haber supuesto que sería peligroso que los judíos vieran a Jesús con los gentiles. Era natural que se acercara a Andrés, pues los dos eran de Betsaida (Jn. 1:44) y Andrés era de los más íntimos entre los dos (junto con Pedro, Jacobo y Juan). Juntos, **Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús**.

Surge la pregunta de por qué se incluyó tal incidente con un final abierto. Como no consta si Jesús habló con ellos, lo mejor que podemos

decir es que representan el interés de los gentiles; la ola del futuro cercano, cuando el Señor llamara a la Iglesia, un pueblo nuevo compuesto por judíos y gentiles, a ser sus testigos en el mundo.

LA PROVISIÓN DEL SALVADOR, UNA INVITACIÓN PARA TODOS

Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará. (12:23-26)

La respuesta de Jesús parece una respuesta extraña a los apóstoles. A primera vista no parece responder la solicitud de reunión con los griegos. De hecho, Juan ni siquiera los vuelve a mencionar (aunque pudieron estar entre la multitud que oyó hablar a Jesús [v. 29]). La respuesta del Señor no estaba dirigida ni a los judíos ni a los gentiles, sino a quienes escogieron seguirlo. Aun así, la venida de estos gentiles provocó la declaración del Señor **“Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado”** (cp. 13:31-32; 17:1, 5; Is. 52:13). Es importante notar que es la primera vez que Jesús habló de su **hora** en tiempo presente; en todas las referencias previas del Evangelio de Juan, la **hora** aún no había llegado (2:4; 7:30; 8:20; cp. 7:6, 8). De aquí en adelante el Señor dijo que era inminente (v. 27; 13:1; 16:32; 17:1).

En el contexto de la entrada triunfal, sin duda, la multitud interpretó las palabras de Jesús en el sentido de derrocar a los romanos y establecer su reino terrenal. Tal vez recordaron la profecía de Daniel 7:13-14 sobre el **Hijo del Hombre** (sin lugar a equivocaciones, un título mesiánico para quienes conocían la profecía) y el establecimiento de su reino:

Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será

destruido.

Sin embargo, la siguiente declaración de Jesús acabó con las ilusiones de los dos hombres, cambió sus sueños de conquista en una visión de muerte. El Señor comenzó con la frase solemne “**De cierto, de cierto os digo**” (cp. 1:51; 3:3, 5, 11; 5:19, 24-25; 6:26, 32, 47, 53; 8:51, 58; 10:1, 7; 13:16, 20-21, 38; 14:12; 16:20, 23; 21:18), subrayando su importancia. El Hijo del Hombre no sería glorificado por conquistar a los romanos y establecer su reino de inmediato—como ellos lo anticiparon precipitadamente—, sino por su muerte. Jesús usó una ilustración de la agricultura, seguramente conocida para sus oyentes (cp. 4:35-38; Mr. 4:1-32; Lc. 17:6): “**Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto**”. El Señor quiso decir que sí sería glorificado pero por su muerte y su resurrección. Nunca podría establecerse su reino glorioso, con todas sus características prometidas en las Escrituras, sin la cruz. Quien piense que Jesús vino a ofrecer el reino a Israel sin la cruz, y crea que la cruz fue solamente una reacción provocada por la incredulidad de Israel es un necio. En el camino a Emaús, dijo a sus discípulos:

¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían. (Lc. 24:25-27)

Jesús sabía que después de la cruz, el evangelio se esparciría mucho más allá de los límites de Israel, hasta todas las naciones del mundo. Por eso, respondió a la solicitud de entrevista con los griegos señalando la inminencia de su muerte. Los griegos querían verlo. Pero Jesús sabía que la única forma en que ellos podrían disfrutar de comunión verdadera con Él era por medio de su sacrificio expiatorio. Como **el grano de trigo que cae en la tierra y muere** para producir una cosecha rica, también la muerte de Cristo produciría **mucho fruto**, aportaría la salvación a muchos de toda tribu y lengua (Mt. 20:28; 26:28; He. 9:28; Ap. 5:9). Ese fruto incluye a incontables gentiles como los griegos que deseaban conocerlo.

Sin importar la raza, toda persona que recibe la vida eterna por medio

de la fe en Jesucristo es parte de la cosecha espiritual que resultó de su muerte. La obediencia de Jesús, “hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8) fue la manifestación final de su sumisión al Padre (Jn. 4:34; 5:19, 30; 6:38) y la negación a buscar su propia gloria (Jn. 5:41; 7:18; 8:50).

Entonces Jesús aplicó esa verdad con una invitación general que ilustraba la actitud del corazón requerida de quien recibe su regalo de la salvación. **El que ama su vida** en este mundo (cp. 1 Jn. 2:15-17), por preferirlo sobre los intereses del reino de Dios, al final **la perderá**. Por otra parte, **el que aborrece su vida en este mundo**, y hace de Cristo—no de sí mismo—su primera prioridad, **para vida eterna la guardará**. Odiar la vida propia es una expresión semítica que tiene la connotación de dar preferencia a una cosa sobre otra (cp. Gn. 29:31; Dt. 21:15 [la palabra traducida “a quien no ama” en la NVI en estos versículos, quiere decir literalmente “aborrecida”]; Lc. 16:13; Ro. 9:13). En este contexto se refiere a preferir a Cristo sobre la familia, las posesiones, las metas, los planes y los deseos; incluso sobre la vida propia (Lc. 14:27). Este llamamiento a venderlo todo para comprar la perla, para adquirir el tesoro, (Mt. 13:44-46) es la exigencia inequívoca y constante de los Evangelios.

Jesús advirtió repetidamente a quienes lo seguían del coste extremo que ello implicaría:

El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará (Mt. 10:37-39).

Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. ¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y

considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Lc. 14:26-33)

En Lucas 9:23-24: “Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará (cp. 17:33). Por lo tanto, “el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Mt. 23:12; cp. Lc. 14:11; 18:14). En Lucas 9:26 Jesús advirtió: “Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles”. Aunque tal vez no se requiera, estar dispuesto a rendirlo todo para seguir a Cristo es lo que separa a los verdaderos discípulos de quienes falsamente profesan creer. Jesús no identifica la verdadera fe salvadora por su perfección, sino por su afecto. Quienes vienen de verdad a Cristo lo aman sobre todas las cosas: sobre todo pecado, toda justificación propia, toda relación y toda voluntad propia.

Quien **sirve** a Jesús debe seguirlo; “el que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6; cp. 1:7; 3:24; 4:15; 1 Co. 11:1; Ef. 5:1; 1 Ts. 1:6). Así, la salvación verdadera no es solo afecto sino dirección. Jesús hizo dos promesas finales y gloriosas a quienes lo siguen. Primera, **donde Él está, allí también** estarán sus servidores. Esto no es otra cosa que la promesa del cielo eterno. En Juan 14:3 Jesús dijo a sus discípulos: “Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (cp. 17:24). En contraste, sus enemigos no sabían adónde iba Él (Jn. 8:14; 9:29) y no podían ir allá (Jn. 7:34; 8:21).

La segunda promesa de bendición para quien **sirve** a Jesús es que el **Padre le honrará**. Todos los honores humanos palidecen de insignificancia ante el honor eterno que Dios impartirá sobre quienes aman y sirven a su Hijo. Quienes “obten gan la salvación que es en Cristo Jesús [ganan] gloria eterna” (2 Ti. 2:10). Por medio de la muerte de Jesucristo, Dios buscaba “llevar muchos hijos a la gloria” (He. 2:10). Aunque el mundo odie a quienes sirven al Señor Jesucristo (Jn. 15:18-19; 16:2; 17:14; 1 Jn. 3:13; cp. Mt. 10:22; 24:9; Lc. 6:22; 21:17), la promesa de Dios sigue siendo cierta: “yo honraré a los que me honran” (1 S. 2:30).

Esa promesa, dada originalmente a los judíos del Antiguo Testamento, se extiende ahora, por medio de la cruz, a todos los que creen verdaderamente.

Menos de una semana después de que Jesús pronunció estas palabras, moriría como el sacrificio completo y perfecto, una sola vez y para siempre, por los pecados de los escogidos de Dios. Mediante ese sacrificio Él aboliría las barreras sociales y culturales que antes había separado a los judíos de los gentiles. Pablo escribió en Efesios 2:14-16 lo siguiente:

Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades.

Como resultado, “los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio” (Ef. 3:6) y “no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos” (Col. 3:11; cp. Ro. 3:29; 4:11-12; 9:24; 10:11-13; 1 Co. 12:13; Gá. 3:28).

De la tragedia del rechazo de Israel a su Mesías vino algo bueno, de acuerdo con el plan eterno de Dios. Pablo explicó: “por [la] transgresión [de los judíos] vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos” (Ro. 11:11). La pérdida de Israel fue la ganancia de los gentiles, por cuanto las bendiciones de la salvación se extendieron para alcanzarlos. Y en el futuro, la salvación de los gentiles provocará, en el tiempo perfecto de Dios, los celos y la salvación de los judíos. Pablo lo explicó con detalle:

Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos. Y si su transgresión es la riqueza del mundo, y su defección la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plena restauración? Porque a vosotros hablo, gentiles. Por cuanto yo soy apóstol a los gentiles, honro mi ministerio, por si en alguna manera

pueda provocar a celos a los de mi sangre, y hacer salvos a algunos de ellos. Si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos? (Ro. 11:11-15)

Esto ocurrirá cuando Él actúe sobre los judíos, según el propósito de Dios, como se describe en Zacarías:

Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito... En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia (Zac. 12:10; 13:1).

45 Frente a la cruz

Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez. Y la multitud que estaba allí, y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado. Respondió Jesús y dijo: No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros. Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir. Le respondió la gente: Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre? (12:27-34)

De todas las verdades de la fe cristiana, la muerte de Jesucristo, junto con su resurrección, es la más preciosa. Si Él no hubiera muerto, no habría sustituto por el pecado. Si no hubiera sustituto, no habría oferta de salvación. Si no hubiera salvación, no habría esperanza. Y si no hubiera esperanza, el único futuro sería el infierno.

Entonces, no sorprende que la fe cristiana se centre en la muerte, sepultura y resurrección del Señor Jesucristo. La verdad gloriosa de que el Hijo de Dios vino a la tierra para morir en sacrificio por el pecado es el eje del plan redentor de Dios. La Biblia enseña que su muerte estaba predeterminada por Dios en el pasado eterno. Cristo es el “Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Ap. 13:8). Su muerte en sacrificio se predestinó “desde antes de la fundación del mundo” (1 P. 1:20). Desde el comienzo hasta el final, las Escrituras hacen hincapié en la importancia crucial del sacrificio de Cristo en ofrenda por los pecados de todos los que alguna vez creerían; una ofrenda sustitutiva que satisficiera o aplacara la ira de Dios a favor de todos los elegidos (cp. Is. 53:4-6; 2 Co. 5:21; 1 P. 2:24).

Primero, su muerte cumplió la profecía. Aunque Israel no lo entendió (1 Co. 1:23; cp. Lc. 24:25-27), el Antiguo Testamento enseñaba

claramente que el Mesías vendría a morir. De acuerdo con la profecía de las setenta semanas de Daniel, después de sesenta y nueve semanas, (siete más sesenta y dos), “se quitará la vida al Mesías” (Dn. 9:25-26). En Zacarías 12:10 Dios dijo:

Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito.

Como resultado de la muerte del Mesías, “habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia” (Zac. 13:1).

La profecía más detallada del Antiguo Testamento sobre la muerte del Mesías está en Isaías 52:13—53:12. Allí se predice que el Mesías “herido fue por nuestras rebeliones” y “molido por nuestros pecados” (53:5); que “por cárcel y por juicio fue quitado... cortado de la tierra de los vivientes” (53:8); que “se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte” (53:9); que “el SEÑOR quiso quebrantarlo y hacerlo sufrir”; que “ofreció su vida en expiación” (53:10, NVI) y que Dios lo bendeciría porque “derramó su vida hasta la muerte” (53:12, NVI).

El Antiguo Testamento también dio detalles específicos relativos a la muerte del Mesías y todos se cumplieron en la muerte de Jesucristo. El Salmo 41:9 predijo que alguien cercano lo traicionaría (cp. Jn. 13:18), Zacarías 11:12-13 dio la cantidad de dinero exacta que recibiría el traidor (cp. Mt. 26:15). Isaías 50:6 predijo el abuso físico que sufriría Cristo en su juicio (cp. Mt. 26:67; 27:26; Mr. 15:16-19). El Salmo 22 describió gráficamente la muerte de Cristo por la crucifixión, una forma de ejecución ajena a los judíos:

Pero yo, gusano soy y no hombre; la gente se burla de mí, el pueblo me desprecia. Cuantos me ven, se ríen de mí; lanzan insultos, meneando la cabeza: “Éste confía en el SEÑOR, ¡pues que el SEÑOR lo ponga a salvo! Ya que en él se deleita, ¡que sea él quien lo libre!” (vv. 6-8, NVI; cp. Mt. 27:39-43).

He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en

medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte. Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos; entre tanto, ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes (vv. 14-18; cp. Jn. 19:23-24, 37).

El Salmo 69:21 predecía otro detalle de la crucifixión de Cristo: “Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre” (cp. Mt. 27:34, 48). El Salmo 31:5 dio las palabras que Cristo habló cuando entregó su vida: “En tu mano encomiendo mi espíritu” (cp. Lc. 23:46), mientras el Salmo 34:20 describió con precisión el hecho de que ninguno de sus huesos se rompería (cp. Jn. 19:32-36).

Todos los sacrificios del Antiguo Testamento apuntaban al futuro, al sacrificio final de Jesucristo. El holocausto (Lv. 1:3-17; 6:8-13) simbolizaba su expiación; la ofrenda por el pecado (Lv. 4:1-5, 13; 6:24-30), su propiciación; y las ofrendas expiatorias (Lv. 5:14—6:7; 7:1-10), la redención proporcionada por su muerte. En el libro de Hebreos también es tema importante que Cristo es el cumplimiento de los sacrificios del Antiguo Testamento (cp. 9:11—10:18).

Nuestro Señor profetizó con precisión el cumplimiento de estas predicciones y dio aún más detalles de su muerte antes de que hubieran ocurrido a manos de los judíos que lo rechazaron y de los romanos ignorantes:

Tomando Jesús a los doce, les dijo: He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre. Pues será entregado a los gentiles, y será escarnecido, y afrentado, y escupido. Y después que le hayan azotado, le matarán; mas al tercer día resucitará. Pero ellos nada comprendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que se les decía (Lc. 18:31-34; cp. Mt. 20:17-19; Mr. 10:32-34).

Segundo, la muerte de Cristo es el tema del Nuevo Testamento. En términos generales, una quinta parte del material en los relatos del evangelio se dedica a los eventos de los últimos días de su vida. La muerte y la resurrección del Señor Jesucristo es el punto culminante al

que lleva todo el material previo sobre su vida y desde el cual fluyen los Hechos y las epístolas.

Tercero, la muerte de Cristo fue el principal propósito de la encarnación. Jesús declaró: “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mr. 10:45). El escritor de Hebreos anotó esa misma verdad:

Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre (He. 2:14-15).

El apóstol Juan dijo de Jesús: “Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él... Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Jn. 3:5, 8). Resumiendo la importancia de la muerte de Cristo en conexión con la encarnación, Henry C. Thiessen escribió:

Cristo no vino principalmente a darnos un ejemplo, enseñarnos o adoctrinarnos, sino a morir por nosotros. Su muerte no fue una idea tardía o un accidente, sino el cumplimiento de un propósito definitivo en conexión con la encarnación. La encarnación no es un fin en sí mismo; solo es un medio para el fin, y ese fin es la redención de los perdidos por medio de la muerte del Señor en la cruz (*Lectures in Systematic Theology* [Conferencias en teología sistemática] [Grand Rapids: Eerdmans, 1949], p. 314).

Cuarto, la muerte de Jesús fue un tema constante en su propia enseñanza. Inmediatamente después de la confesión de Pedro de que Él era “el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mt. 16:16), Jesús comenzó a hablarle a sus discípulos “que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día” (v. 21; cp. 17:22-23; 20:17-19; 26:2). Jesús declaró a Nicodemo: “como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado” (Jn. 3:14; cp. 8:28; 18:32); mientras en Juan 6:51 dijo: “El pan que yo daré es mi carne, la

cual yo daré por la vida del mundo”. Después de haber resucitado, Jesús reprendió a dos discípulos suyos por no entender la necesidad de su muerte: “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” (Lc. 24:25-26). Poco después, recordó a los once apóstoles esto: “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día” (v. 46). En Apocalipsis 1:18 el Cristo glorificado proclamó: “Estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos”.

Quinto, la muerte de Jesucristo fue el tema central de la predicación apostólica. Pablo escribió a los corintios: “Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras” (1 Co. 15:3). En el primer sermón cristiano que fue predicado, Pedro declaró a Israel: “A [Jesús], entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella” (Hch. 2:23-24). Los otros predicadores y él repetirían ese tema durante los primeros años de la Iglesia (Hch. 3:13-15, 18; 4:10; 5:30; 7:52; 10:39; 13:27-29; 17:3; 26:23).

Sexto, las epístolas del Nuevo Testamento también instruyen en la teología de la muerte de Cristo. En Romanos 5:8-10 Pablo afirmó que la cruz demuestra el amor de Dios por los pecadores arrepentidos, los justifica y los reconcilia con Dios:

Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida (cp. 6:9-10; 8:34; 14:9; 2 Co. 5:14; Gá. 2:21; Fil. 2:8; Col. 1:22).

Pedro declaró que “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu” (1 P. 3:18), mientras el escritor de Hebreos añadió que “Jesús, [fue] coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos” (He. 2:9; cp. v. 14).

Séptimo, la muerte de Cristo es de interés supremo en el cielo. En la transfiguración con Moisés y Elías, “quienes aparecieron rodeados de gloria... hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén” (Lc. 9:31). Los “sufrimientos de Cristo” son algo que “anhelan mirar los ángeles” (1 P. 1:11-12). Después de la resurrección, en la tumba vacía, los dos ángeles dijeron a las mujeres: “[Jesús] no está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os habló, cuando aún estaba en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día” (Lc. 24:6-7). En la visión inspirada del apóstol Juan sobre la adoración en el cielo, él vio: “[A] cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero... y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Ap. 5:8-9). Incontables miles de ángeles hacían eco a ese coro poderoso y “decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (v. 12).

Por último, la muerte de Cristo es el centro de las ordenanzas de la Iglesia. El bautismo describe la unión del creyente con Cristo en su muerte (Ro. 6:1-4; Col. 2:12) y en la Santa Cena los creyentes recuerdan y anuncian “la muerte del Señor... hasta que él venga” (1 Co. 11:26; cp. Lc. 22:19-20).

En el pasaje previo (vv. 23-26; véase la exposición de tales versículos en el capítulo 44 de esta obra), Jesús habló de su muerte inminente. En los versículos 27-34 vemos al Dios-hombre enfrentando las implicaciones de esa muerte. El pasaje revela la angustia de Jesús, la respuesta del Padre, la anticipación de la victoria y el abandono del pueblo.

LA ANGUSTIA DE JESÚS

Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. (12:27-28a)

Sabiendo que su muerte era parte central del plan redentor de Dios, “por el gozo puesto delante de él [Jesús] sufrió la cruz” (He. 12:2). Pero hubo otro lado de la cruz, aludido por el escritor de Hebreos cuando dijo en el mismo versículo que el Señor menospreció el oprobio. La anticipación de

cargar con el oprobio del pecado, experimentar la ira de Dios y separarse del Padre, provocó que el **alma** de Cristo se turbara. *Turbada* traduce una forma del verbo *tarassō*, que literalmente quiere decir “agitada” o “revuelta” (cp. Jn. 5:7, donde describe la agitación del agua en el estanque de Betesda). Es una palabra fuerte, usada en sentido figurado para hablar de una agitación espiritual o mental severa; de estar perturbado, molesto, inestable u horrorizado (cp. Mt. 2:3; 14:26; Lc. 1:12; 24:38; Jn. 11:33; 13:21; 14:1, 27; Hch. 15:24). El tiempo perfecto del verbo sugiere que para el Salvador sin pecado era una lucha continua, mientras rehuía en repulsa las implicaciones de cargar el juicio divino por el pecado (2 Co. 5:21; 1 P. 2:24).

Cristo no fue a la cruz con indiferencia, sin sentirlo. “El Jesús en el Evangelio de Juan no es un actor doceta en un drama a punto de representar una parte que puede observar sin apasionamientos, porque en realidad no lo involucra” (F. F. Bruce, *The Gospel of John* [El Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Eerdmans, 1983], p. 265). Jesús, en su humanidad, sintió todo el dolor asociado con cargar con la maldición del pecado (Gá. 3:13). Por causa de ese dolor, ofreció “ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente” (He. 5:7).

Algunos comentaristas no relacionan las frases “**¿Y qué diré?**” y “**¿Padre, sálvame de esta hora?**”, haciendo de la primera una interrogación y de la segunda una petición al Padre. Sin embargo, parece mejor adoptar la puntuación de la NVI y la RVC y ver las dos frases como expresiones de un pensamiento hipotético (cp. Andreas J. Köstenberger, *John* [Juan], Baker Exegetical Commentary on the New Testament [Comentario exegético Baker del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Baker, 2004], p. 381). Aquí, como en Getsemaní, Jesús agonizaba por la muerte vergonzosa, cruel e injusta que le esperaba.

El Señor entregó su vida voluntariamente, según lo declaró en Juan 10:17-18:

Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.

Cuando reprendió a Pedro por atacar a quienes lo arrestaron, Jesús dijo: “¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me

daría más de doce legiones de ángeles?” (Mt. 26:53). En otras palabras, Jesús no fue una víctima; podía haber llamado al Padre para rescatarlo en cualquier momento.

Pero Cristo no desvió el plan eterno de Dios para redención, en el cual se le llamaba a morir en sacrificio por el pecado (1 Jn. 2:2; 4:10). Por lo tanto, inmediatamente respondió a su pregunta hipotética de manera negativa: “**Mas para esto he llegado a esta hora**”. En vista de la alegría eterna, Jesús iba a completar la misión asignada por el Padre (cp. Jn. 4:34; 5:30; 6:38; 18:37; He. 10:7).

Resuelto a cumplirlo, Jesús oró: “**Padre, glorifica tu nombre**” (cp. Mt. 6:9; Lc. 11:2), en esencia la misma oración que haría en Getsemaní: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc. 22:42). La petición de nuestro Señor indica que, tal cual lo había hecho durante toda su vida (Jn. 7:18; 8:29, 50; 17:4; cp. Lc. 2:49), en su muerte también glorificaría el **nombre** del Padre. Dios recibe gloria cuando se manifiestan sus atributos (cp. Éx. 33:18-19; 34:5-8) y en ninguna parte se ve más claramente su amor magnánimo por los pecadores impotentes (Ro. 5:8), su ira santa contra el pecado (Ro. 5:9), su justicia perfecta (Ro. 3:26), su gracia redentora (He. 2:9), su misericordia perdonadora (Col. 2:13-14) o su sabiduría infinita (1 Co. 1:22-24) que en la muerte propiciatoria de su Hijo.

LA RESPUESTA DEL PADRE

Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez. Y la multitud que estaba allí, y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado. Respondió Jesús y dijo: No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros. (12:28b-30)

Por tercera vez durante el ministerio terrenal de Cristo, la **voz** del Padre **vino** audiblemente **del cielo**. En otras ocasiones (el bautismo de Jesús [Mt. 3:17] y la transfiguración [Mt. 17:5]) la voz del Padre afirmó estar complacido con su Hijo. Ahora, cuando la cruz se acercaba, el Padre de nuevo autenticó a su Hijo y así dio seguridad a los discípulos de que la muerte inminente de Cristo no significaba de modo alguno que lo desaprobaba. Al contrario, como ya había **glorificado** su nombre por medio de la vida y ministerio de Jesús, lo glorificaría **otra vez** por medio de su muerte. El sacrificio de Cristo en la cruz y su resurrección no solo

marcarían la culminación exitosa de la misión encomendada por el Padre (“El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” [Lc. 19:10] y “para dar su vida en rescate por muchos” [Mr. 10:45]), sino su regreso a la gloria completa en la presencia del Padre. Fue esto último lo que Jesús oró en su oración sacerdotal:

Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorificame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese (Jn. 17:1-5).

La voz audible del Padre confirmando que había oído y respondido la oración de Jesús fue obvia para todos, aunque **la multitud** desconcertada **que estaba allí, y había oído la voz** no pudo entender su importancia real. Algunos buscaron entender la voz poderosa como un fenómeno natural, decían **que había sido un trueno**. En el Antiguo Testamento solía asociarse el trueno con la voz de Dios (p. ej., Éx. 19:16, 19; 2 S. 22:14; Job. 37:2-5; 40:9; Sal. 18:13; 29:3) mientras que en Apocalipsis emanaba del cielo (Ap. 4:5; 11:19; 14:2). Otros, aunque no entendieron las palabras, al menos reconocieron una voz en el sonido. **Un ángel le había hablado** a Jesús, especulaban (con frecuencia, los ángeles hablaban a las personas en el Antiguo Testamento; p. ej., Gn. 19:1-22; 1 R. 13:18; 19:5; Dn. 4:13-17; 10:4ss.; Zac. 1:9, 14ss.; 2:3; 3:1; 4:1). Las dos teorías eran incorrectas; el sonido no era ni de un trueno ni de un ángel. Como quienes acompañaban a Pablo en el camino a Damasco, la multitud oyó el sonido de la voz, pero no entendió el significado de las palabras (Hch. 9:7; 22:9).

La incapacidad de la multitud para entender la voz de Dios ilustra la dureza del corazón típica de las personas, quienes tampoco habían oído la voz de la palabra de Dios (Mr. 4:15) y de su Hijo (Jn. 8:43). El asunto no es que Dios no hable, sino que los pecadores caídos son sordos. Esta realidad es el resultado de la caída en el pecado y del juicio divino soberano (cp. Is. 6:9-10; Mt. 13:14-15; Jn. 12:40; Hch. 28:26-27). Por eso, “viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden” (Mt. 13:13). Los

incrédulos, muertos en sus pecados (Ef. 2:1), miembros del reino de Satanás (Col. 1:13) y cegados por él a la verdad del evangelio (2 Co. 4:4), no están capacitados para entender la Palabra de Dios. Como Pablo escribió a los corintios, “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14).

La **voz** celestial, dijo Jesús a la multitud, **no** vino **por causa** de él, **sino por causa de ellos**. A primera vista, la declaración del Señor parece confusa. Si la voz fue una respuesta a su oración (“Padre, glorifica tu nombre”) ¿Cómo podía Él decir que no era por su causa? De acuerdo con el modismo hebreo (cp. R. V. G. Tasker, *The Gospel According to St. John* [El Evangelio según San Juan] [The Tyndale New Testament Commentaries] [Comentarios Tyndale del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1975], pp. 152-153), el significado parece ser que la voz no vino exclusivamente por causa de Jesús (pues no necesitaba oír la voz audible del Padre para saber que Él había respondido su oración [cp. 11:42]). La voz vino para fortalecer la fe de quienes estaban cerca (véanse expresiones semejantes en v. 44; 4:21).

Esta respuesta milagrosa fue para los discípulos, para que pudieran oír directamente que el Padre de verdad le respondía a Jesús y cuál era la respuesta. Fue otra comprobación del Padre, de las más fuertes y claras, de que Jesús era su muy amado Hijo (R. C. H. Lenski, *The Interpretación of St. John's Gospel* [Interpretación del Evangelio de San Juan] [Reimpresión; Peabody: Hendrickson, 1998], p. 873).

Aunque los observadores no entendieron las palabras, la respuesta audible del Padre a la oración de Jesús les dio una afirmación divina de que Él era el Hijo.

LA ANTICIPACIÓN DE LA VICTORIA

Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir. (12:31-33)

Cuando Jesús anticipaba el triunfo en la cruz, se alegraba en las tres

victorias que ello alcanzaría. Primera, su muerte traería el **juicio de este mundo**. Como ocurre con frecuencia en los escritos de Juan, el término **mundo** designa el sistema maligno y satánico y todos los que son parte de él, quienes están en rebelión contra Dios (cp. Jn. 7:7; 8:23, 44; 14:17; 15:18-19; 17:9, 14-16; 1 Jn. 2:15-17; 3:13; 4:4-5; 5:4-5, 19). La aparente victoria del mundo sobre Cristo en la cruz, en realidad fue su propia sentencia de muerte; la condenación del **mundo** incrédulo se selló con su rechazo de Jesucristo (cp. Hch. 17:31). Aunque Jesús vino a salvar, no a juzgar (v. 47; 3:17; cp. Lc. 19:10), quienes lo rechacen a partir de aquel momento de la historia se condenan al juicio eterno del infierno (3:18, 36; 9:39; 12:48).

Pero la muerte de Cristo no solo traería juicio sobre el sistema maligno del mundo, también lo traería sobre su **príncipe** impío, Satanás (cp. 14:30; 16:11; Lc. 4:5-6; 2 Co. 4:4; Ef. 2:2; 1 Jn. 5:19). Las Escrituras revelan varias veces cuándo **será echado fuera** Satanás. Aquí es echado fuera en el sentido de que pierde su autoridad e influencia. Si se juzga y destruye su dominio (el mundo), no tendrá lugar para ejercer su principado. En la tribulación se expulsará a Satanás del cielo para siempre, al cual ha tenido acceso para acusar a los creyentes (Ap. 12:10). Al final de la tribulación, Satanás será lanzado al abismo por todo el reino milenar (Ap. 20:1-3). Por último, al final del milenio, se lanzará a Satanás al lago de fuego, donde permanecerá en castigo por toda la eternidad (Ap. 20:10). Como ocurrió con el mundo, la victoria aparente de Satanás en la cruz marcó en realidad su completa derrota. En palabras del escritor de Hebreos, Jesús “[destruyó] por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (He. 2:14; cp. 1 Co. 15:25-26; Ap. 12:11).

En contraste con las dos primeras, la victoria final que Cristo alcanzó en la cruz se expresa en términos positivos. Cuando Él sea **levantado de la tierra** (una referencia a su crucifixión, así lo entendieron todos, como indica la nota de Juan en el versículo 33: “**Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir**”) declaró Jesús, por medio de ese sacrificio por el pecado, **a todos** atraerá a sí mismo. Por supuesto, eso no significa que **todos** los humanos recibirán la redención, como creen algunos universalistas. La palabra **todos** se refiere específicamente a quienes acuden a Él (El “mucho fruto” de 12:24; cp. 6:44). **Todos** son aquellos escogidos para salvación entre toda clase y tipo de personas. La frase también enfatiza que todos los salvos obtienen la salvación al creer en la obra de Cristo en la cruz. No hay acceso a Dios sin la cruz porque

solo por medio de la muerte de Cristo hay expiación satisfactoria del pecado (Mt. 20:28; Ro. 3:24-25; He. 9:12; 10:4-12; 1 P. 1:18-19; 2:24; 3:18; 1 Jn. 2:2; 4:10; Ap. 5:9) y se concede el perdón divino (Mt. 26:28; Ef. 1:7; Col. 1:13-14).

EL ABANDONO DE LA GENTE

Le respondió la gente: Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre? (12:34)

Incapaz de aceptar la verdad de que el Mesías iba a morir, **le respondió la gente** a Jesús: “**Nosotros hemos oído de la ley** (una referencia a todo el Antiguo Testamento, no solo al Pentateuco), **que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado?**”. Con base en pasajes tales como Isaías 9:7, Ezequiel 37:25 y especialmente Daniel 7:13, donde se llama al Mesías “hijo del hombre” (cp. Dn. 2:44), supusieron que vendría a derrotar a los enemigos de Dios y a establecer un reino eterno de paz y justicia. Por supuesto, el Señor Jesucristo hará eso en la Segunda Venida. Sin embargo, la multitud pasó por alto la enseñanza clara del Antiguo Testamento según la cual el Mesías venía la primera vez a morir en sacrificio por los pecados (véase tal explicación más arriba, en este mismo capítulo). A la luz de esa interpretación errónea, la pregunta burlona de la multitud, “**¿Quién es este Hijo del Hombre?**” (es decir, “¿De qué clase de Hijo del Hombre estás hablando?”) solo puede señalar que no creían que Jesús fuera Él. No podían reconciliar la predicción de Jesús sobre su muerte (12:23-26) con la creencia en que el Mesías iba a ser el conquistador triunfante (cp. Jn. 6:14-15).

Resistiendo toda la tentación de dejar a un lado (sobre todo en Getsemaní) la agonía de la cruz, Jesús completó la misión para la cual vino al mundo: morir para Dios (cp. He. 10:5-9). Así lo hizo de varias formas. Primera, la muerte de Cristo fue un sacrificio para Dios, pagó el precio por la violación de los pecadores a su ley santa (Is. 53:10; He. 7:27; 9:26, 28; 10:10, 19). Segunda, la muerte de Cristo fue un acto de sumisión a Dios (Ro. 5:19; Fil. 2:8; He. 5:8; 10:5-10). Tercera, la muerte de Cristo se ofreció en sustitución para Dios a favor de los pecadores (Is. 53:4-6, 11-12; 2 Co. 5:14, 21; He. 9:28; 1 P. 2:24). Cuarta, la muerte de

Cristo fue para poner fin a la ira de Dios contra el pecado a favor de los elegidos (Ro. 3:25; He. 2:17; 1 Jn. 2:2; 4:10). Como resultado, ya no hay condenación para los creyentes (Ro. 8:1; cp. Jn. 5:24). Por último, la muerte de Cristo redimió a los creyentes para Dios (Mt. 20:28; Hch. 20:28; Ro. 3:24; 1 Co. 1:30; Gá. 3:13; Ef. 1:7; Col. 1:14; 1 Ti. 2:6; Tit. 2:14; He. 9:12; 1 P. 1:18-19) y los reconcilió con Él (Ro. 5:10-11; 2 Co. 5:18-20; Ef. 2:16; Col. 1:20-22) como hijos suyos (Mt. 5:9, 45; Jn. 12:36; Ro. 8:14-15, 19; 2 Co. 6:18; Gá. 3:26; 4:5-6; Ef. 1:5; He. 12:5-8).

Por eso, como lo declaró el escritor de Hebreos, “convenía que Dios, para quien y por medio de quien todo existe, perfeccionara mediante el sufrimiento al autor de la salvación de ellos” (He. 2:10, NVI). Los creyentes disfrutarán de gloria y vida eternas porque Jesucristo soportó la muerte que Dios requería por el pecado.

46 El día en que se fue la luz

Entonces Jesús les dijo: Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz. Estas cosas habló Jesús, y se fue y se ocultó de ellos. Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Por esto no podían creer; porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane. Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él. Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios. Jesús clamó y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; y el que me ve, ve al que me envió. Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas. Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero. Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho. (Jn. 12:35-50)

Aunque los seres humanos suelen perder el control de sus emociones, Dios nunca lo hace. Esto se ve más claramente en su paciencia con los impíos que ofenden continuamente la santidad divina. Él podría destruir justamente a todos los pecadores en el momento de transgredir su ley y en todas las transgresiones posteriores. En su lugar, Él los soporta

pacientemente, les extiende la esperanza de la salvación. Aun cuando lo han ofendido, su paciencia es infinitamente perfecta. Stephen Charnock, el devoto predicador puritano, describió la paciencia de Dios con estas palabras:

Los hombres grandes del mundo son rápidos en sus pasiones, pero no son tan veloces para perdonar las ofensas o consideran de menor rango al ofensor. Es el deseo [o falta] de poder sobre el hombre lo que lo lleva a hacer cosas inapropiadas cuando lo provocan. El príncipe que puede refrenar su pasión, es rey sobre sí mismo y sobre sus súbditos. Dios es lento para la ira *porque* [es] grande en poder: No tiene menos poder sobre Él que sobre sus criaturas (*The Existence and Attributes of God* [Existencia y atributos de Dios] [Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1979], p. 2.474. Cursivas añadidas).

Dios es “lento para la ira” (Sal. 103:8; cp. 86:15; 145:8; Éx. 34:6; Nm. 14:18; Neh. 9:17; Jl. 2:13; Jon. 4:2; Nah. 1:3) porque es “misericordioso y clemente” (Sal. 103:8; cp. 111:4; 112:4; 116:5; Éx. 34:6; 2 Cr. 30:9; Neh. 9:17, 31; Jl. 2:13; Jon. 4:2). La lentitud de la ira de Dios, o su paciencia, se manifiesta sobre todo al demorar el juicio por el pecado; Él “es paciente... no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 P. 3:9), porque “la paciencia de nuestro Señor es para salvación” (v. 15). La paciencia continua de Dios ha producido que los santos piadosos de todos los siglos se maravillen en su sufrimiento. En palabras de Arthur W. Pink:

Cuán maravillosa es hoy la paciencia de Dios con el mundo. Las personas están pecando arbitrariamente por todas partes. La ley divina está pisoteada y se ha despreciado abiertamente al mismo Dios. Realmente sorprende que no haya acabado de una vez con quienes lo desafían tan descaradamente. ¿Por qué no corta repentinamente al ateo altanero y al blasfemo patente, como hizo con Ananías y Safira? ¿Por qué no hace que la tierra se abra y devore a quienes persiguen a su pueblo, de modo que, como Datán y Abiram, desciendan vivos al abismo? ¿Y qué con el cristianismo apóstata, donde se tolera y practica toda forma posible de pecado, bajo la cobertura del nombre santo de Cristo? ¿Por qué no termina con estas abominaciones la ira

justa del Cielo? Solo hay una respuesta posible: porque Dios soporta “con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción” (Arthur W. Pink, *The Attributes of God* [Los atributos de Dios] [Grand Rapids: Baker, 1975], p. 64).

Dios manifestó inicialmente su paciencia en el huerto del Edén. Cuando Adán y Eva pecaron por primera vez, pudo haber terminado la raza humana juzgándolos inmediatamente a los dos. En cambio, los perdonó, incluso permitió que Adán viviera novecientos treinta años (Gn. 5:5). Eso estableció su patrón duradero con los pecadores.

Antes de juzgar a toda la humanidad en el diluvio, el Señor vio “que la maldad del ser humano en la tierra era muy grande, y que todos sus pensamientos tendían siempre hacia el mal” (Gn. 6:5). La raza humana se había vuelto tan malvada que Dios “se arrepintió de haber hecho al ser humano en la tierra, y le dolió en el corazón” (6:6, NVI) y dijo: “Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho” (6:7). Aun así, frente a tan extrema provocación, Dios siguió demorando su juicio. Declaró: “No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años” (6:3). Este fue el período “cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé” (1 P. 3:20), mientras Noé predicaba continuamente la justicia de Dios, llamando a las personas a reconocer su pecado, a arrepentirse, confiar y someterse a Dios (2 P. 2:5).

A través de toda la historia humana Dios ha mostrado una tolerancia notable con todas las naciones que lo han rechazado. En Génesis 15:16 le dijo a Abraham que demoraría largamente su juicio contra los cananeos porque “aún no [había] llegado a su colmo la maldad del amorreo”. De igual forma, Dios demoró el juicio sobre Asiria, profetizado en Nahum, por más de una generación. Pablo dijo a los paganos de Listra: “En las edades pasadas él ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos; si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones” (Hch. 14:16-17). El apóstol declaró a los filósofos griegos en Atenas que Dios había “pasado por alto los tiempos de esta ignorancia” (Hch. 17:30); esto es, había contenido toda la medida de su juicio por un cierto período de tiempo (cp. Ro. 3:25).

Israel experimentó la paciencia de Dios más que ninguna otra nación.

A lo largo de su historia, el pueblo de Israel fue como Esteban caracterizó al sanedrín: “¡Tercos, duros de corazón y torpes de oídos!... ¡Siempre resisten al Espíritu Santo!” (Hch. 7:51, NVI; cp. Dt. 10:16; 2 R. 17:14; 2 Cr. 30:8; Neh. 9:29; Jer. 7:26; 17:23; 19:15). En Jeremías, Dios reprendió así a Israel: “Este fue tu camino desde tu juventud, que nunca oíste mi voz... Porque los hijos de Israel y los hijos de Judá no han hecho sino lo malo delante de mis ojos desde su juventud; porque los hijos de Israel no han hecho más que provocarme a ira con la obra de sus manos” (Jer. 22:21; 32:30). Aun así, a pesar de la continua provocación de Israel, Dios, “misericordioso, perdonaba la maldad, y no los destruía; y apartó muchas veces su ira, y no despertó todo su enojo” (Sal. 78:38). Dios dijo al Israel extraviado: “Por amor de mi nombre diferiré mi ira, y para alabanza mía la reprimiré para no destruirte” (Is. 48:9; cp. 57:11). En Lucas 13:6-9 Jesús contó una parábola que ilustraba la paciencia de Dios con su pueblo:

Dijo también esta parábola: Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? Él entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después.

Dios es también paciente con los pecadores individuales. En Romanos 2:4 Pablo preguntó: “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?”. Después añadió en esa misma epístola: “Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción” (Ro. 9:22). Las palabras del apóstol a Timoteo resumen su autobiografía espiritual: “Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna” (1 Ti. 1:16). Pedro recordó a sus lectores que Dios es “paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 P. 3:9; cp. Ez. 18:23).

A su paciencia se debe que Él no haya regresado en juicio final. Como declaró Charles Spurgeon, renombrado predicador, en un sermón sobre la

paciencia de Dios:

Hemos esperado la venida [de nuestro Señor] cuando muere la noche, lo hemos buscado en la entrada de la mañana, lo hemos esperado en el calor del día y creído que podía venir antes de la próxima caída del sol; ¡pero no estaba allí! Él espera. Espera mucho, mucho tiempo. ¿No vendrá?

La paciencia es la razón por la cual no ha venido. Está soportando a los hombres. ¡El relámpago aún no llega! ¡Aún no se desgarran los cielos ni se enrolla la tierra! ¡Aún no llega el gran trono blanco y el día del juicio porque Él es compasivo y soporta por largo tiempo a los hombres! No tiene afán para responder ni siquiera las peticiones de sus elegidos, quienes claman ante Él día y noche, porque es paciente, lento para la ira y grande en misericordia (“God’s Longsuffering: An Appeal to Conscience” [La paciencia de Dios: Apelación a la consciencia] en *The Metropolitan Tabernacle Pulpit* [Púlpito del tabernáculo metropolitano] [Pasadena, TX: Pilgrim Publications, 1985], p. 33:678).

No obstante, el hecho de que Dios sea lento para la ira, no quiere decir que sea incapaz de airarse, aunque los pecadores piensen de otra manera. Salomón escribió: “Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal” (Ec. 8:11). Segundo Crónicas 36:15 describe la paciencia de Dios con el Israel rebelde: “Por amor a su pueblo y al lugar donde habita, el SEÑOR, Dios de sus antepasados, con frecuencia les enviaba advertencias por medio de sus mensajeros” (NVI). Pero en algún momento la paciencia de Dios se acabó. Cuando los israelitas “se burlaban de los mensajeros de Dios, tenían en poco sus palabras, y se mofaban de sus profetas... el Señor desató su ira contra el pueblo, y ya no hubo remedio” (v. 16; cp. Neh. 9:30; Jer. 44:22). La paciencia de Dios con los pecadores al final se agotará, lo que es una advertencia aleccionadora para quienes abusan de esta.

El tiempo de la paciencia [de Dios] tiene un límite... Aunque es paciente con la mayoría, no está Él en el mismo nivel con todos; todo pecador tiene su tiempo para pecar, más allá del cual no debe proceder... y para las personas particulares, el

tiempo de vida, sea corto o largo, es el único tiempo de paciencia... el tiempo de la paciencia termina cuando el alma se separa del cuerpo. Solo este tiempo [presente] es el “día de la salvación” (Charnock, *The Existence and Attributes of God* [Existencia y atributos de Dios], pp. 2:509-511).

Los versículos 35-50 registran el llamamiento final de Cristo a Israel; son un resumen de todo su ministerio público. Durante más de tres años, Jesús se había presentado al pueblo de Israel como su Mesías y proclamado el evangelio del reino. Había corroborado sus afirmaciones enseñando con poder y autoridad sin parangón (Mt. 7:28-29; Mr. 1:22; Lc. 4:32; Jn. 7:46). También había realizado milagros que nadie había hecho (Jn. 15:24). Aun así, Jesús se enfrentó en todo su ministerio con la incredulidad, el odio, la hostilidad y el rechazo, sobre todo de los líderes religiosos de Israel. Tal incredulidad y rechazo pronto alcanzaría su cenit en la cruz.

Este pasaje conmovedor registra el llamamiento final a la fe, descubre las causas fatales de la incredulidad y expone las consecuencias fatídicas de creer y no creer.

EL LLAMAMIENTO FINAL A CREER

Entonces Jesús les dijo: Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz. Estas cosas habló Jesús, y se fue y se ocultó de ellos. (12:35-36)

En la entrada triunfal, la momentáneamente frenética multitud había saludado a Jesús como Mesías y Rey. Pero veían al Mesías cual rey terrenal, un líder militar poderoso que derrocaría a los romanos (véanse los capítulos 43 y 44 de esta obra). Sin embargo, Jesús rechazó sus intentos de forzarlo a ser un libertador político y militar (Jn. 6:14-15). Y cuando comenzó a hablar de morir (Jn. 12:24), el pueblo lo abandonó totalmente; no fueron capaces de entender el concepto de Mesías asesinado (cosa que hasta sus discípulos tardaron en aceptar; cp. Mt. 16:21-23). Sus esperanzas se deshicieron y dieron su veredicto final sobre Jesús: era un impostor, no el Hijo del Hombre real (véase la exposición de 12:34 en el capítulo anterior de esta obra).

Pero a pesar de su rechazo, Jesús les extendió, en su amor intenso e insistente por ellos, una invitación final a reconocerlo como Señor y Salvador. Esa invitación no solo expresaba el clamor de su corazón por la salvación de Israel (cp. Mt. 23:37; Lc. 13:34; 19:41), sino que también enviaba una advertencia (cp. Mt. 23:38-39; Lc. 13:35; 19:42-44). Al hablar de su muerte inminente, Jesús advirtió a sus oyentes que **aún por un poco** estaría **la luz**, una referencia a Él mismo como luz del mundo (cp. v. 46; 1:4-9; 3:19-21; 8:12; 9:5), **entre** ellos. Pablo describió así a Cristo: “[la] iluminación del conocimiento de la gloria de Dios” que brilla en la oscuridad (2 Co. 4:6). En poco tiempo se iría y las personas a las que había venido quedarían de vuelta en la oscuridad (cp. 2 Co. 3:14-16).

Jesús usó repetidas veces la frase **un poco** para enfatizar la brevedad de su tiempo restante en la tierra. Antes había dicho a los judíos incrédulos: “Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió”. En la noche anterior a su muerte, en el aposento alto, Jesús dijo a sus discípulos: “Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir” (13:33), y “todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque yo voy al Padre” (16:16). El Señor sabía que solo quedaba un tiempo breve para que las personas le oyeran y le respondieran. El “día de salvación” (2 Co. 6:2) se desvanecía y la oscuridad se acercaba. Quienes no se apropiaran de la luz, la perderían.

Por lo tanto, Jesús exhortó a sus oyentes a andar **entre tanto que** tenían **luz, para que no los sorprendan las tinieblas**, porque quien **anda en tinieblas, no sabe a dónde va** (cp. 1 Jn. 2:11). Antes de que existiera la energía eléctrica, las personas solo viajaban a la luz del día, cuando podían ver con claridad y caminar con seguridad. El Señor comparó a quienes no atendieron su advertencia con los viajeros que aún estaban fuera cuando caía la noche. La única forma para evitar perderse en la oscuridad espiritual era, **entre tanto que** tenían **la luz, creer en la luz**. La promesa gloriosa para quienes así lo hacen es **que serán hijos de luz** (cp. 1 Ts. 5:5; 1 Jn. 1:5-7) e irradiarán la luz de la gloria de Dios en Cristo al mundo en oscuridad (Mt. 5:14-16; Ef. 5:8; Fil. 2:15).

La verdad aleccionadora es que cuando los pecadores persisten en rechazarlo, Dios puede negarles al final su gracia y juzgarlos. Nehemías registra la paciencia extraordinaria de Dios con Israel: “Les soportaste por muchos años, y les testificaste con tu Espíritu por medio de tus profetas” (9:30a). Pero cuando “no escucharon... [Dios los entregó] en mano de

los pueblos de la tierra” (9:30*b*; cp. Jue. 10:13; 2 R. 17:13-18; 2 Cr. 15:2; 24:20). En el Salmo 81:11-12 Dios se lamentó así: “Pero mi pueblo no oyó mi voz, e Israel no me quiso a mí. Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón; caminaron en sus propios consejos”. Oseas registra una declaración divina espeluznante: “Efraín [un nombre simbólico para el reino del norte, Israel] es dado a ídolos; déjalo”. Dios abandonó al pueblo a las consecuencias de su pecado por la dureza del corazón de ellos. Cuando Israel se rebeló e hizo enojar al Espíritu Santo, Dios “se les volvió enemigo, y él mismo peleó contra ellos” (Is. 63:10). Pablo habló tres veces en Romanos 1:18-32 sobre el juicio de la ira de Dios para dejar a los pecadores con las consecuencias de su pecado (vv. 24, 26, 28). A quienes pecan voluntariamente, rechazando el arrepentimiento, advierte Hebreos 10:26-27: “Después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios”.

Inevitablemente, quienes rechazan a Jesucristo y nunca acogen la fe salvadora, enfrentarán la venganza, ira y juicio de Dios en el castigo eterno.

La declaración de Juan, “**estas cosas habló Jesús, y se fue y se ocultó de ellos**”, marca el clímax trágico del ministerio público del Señor en Israel. El sol de la oportunidad se había puesto, la paciencia de Dios se terminaba y las advertencias solemnes del Señor (“Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir” [Jn. 8:21] y “no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor” [Mt. 23:39]), estaban a punto de cumplirse. A diferencia de las situaciones anteriores (5:13; 8:59; 10:39; 11:54; Lc. 4:30), esta vez, “al retraerse, al esconderse conscientemente de las personas, [Jesús] estaba ejecutando la advertencia judicial que pronunció” (D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 991], p. 447).

A pesar de la evidencia masiva e incontrovertible, los judíos concluyeron que Jesús no era el Mesías y debían ejecutarlo por impostor. En la sección siguiente, Juan da la explicación bíblica para el rechazo de Jesús el Cristo por Israel, mostrando cómo pudo ser que “los suyos no le recibieron” (1:11).

LAS CAUSAS FATALES DE LA INCREDELIDAD

Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane. Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él. Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios. (12:37-43)

A veces los escépticos argumentan que el rechazo de Israel a Jesucristo arroja dudas sobre sus afirmaciones. Les parece increíble que la mayoría del pueblo judío, especialmente los líderes religiosos, expertos en el texto del Antiguo Testamento, pudieran haber pasado por alto las implicaciones obvias de sus milagros. Sin embargo, tal falta de perspectiva, ignora el poder del pecado (Jn. 3:19-20) y Satanás (Jn. 8:44; 2 Co. 4:4) para cegar las personas a la verdad. Así, como lo recuerda Juan a sus lectores, **a pesar de que Jesús había hecho tantas señales delante de los judíos, no creían en él.** Los milagros de Jesús eran inequívocamente legítimos y no dejan excusas para la incredulidad de Israel; el pueblo había endurecido su corazón contra la verdad. Lejos de cuestionar la veracidad de la evidencia, tal incredulidad revelaba cuán profunda era su depravación (1 Co. 2:14). Es significativo que, aun cuando los oponentes de Jesús atribuían sus milagros al poder satánico (Mt. 12:24), a diferencia de los escépticos modernos, nunca negaron que sucedieran (cp. Jn. 11:47). El hecho de no creer frente a tal evidencia poderosa e irrefutable deja claras las limitaciones de la apologética. Aunque puedan darse evidencias para la verdad del evangelio, la respuesta del pecador no está limitada a la mente y la razón humanas; la salvación requiere regeneración del corazón, la obra del Espíritu Santo (véase la explicación de Juan 3:1ss., en los capítulos 8 y 9 de esta obra).

Juan menciona dos causas para la incredulidad de Israel, una divina y la otra humana. Tomadas juntas, ilustran la interrelación entre la soberanía divina y la responsabilidad humana.

Por supuesto, la incredulidad y el rechazo de Israel a Jesucristo no

eran ajenos al plan de Dios. Por el contrario, sucedieron **para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías** de la frase subordinada (presentada por la conjunción griega *hina*) que comienza en el versículo 38. Prediciendo la incredulidad de Israel, en Isaías 53:1 el profeta dijo: “**Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?**”. La respuesta es: Muy pocos (cp. Mt. 7:13-14; Lc. 13:23-24). Lo increíble es que esto fue cierto aun cuando **el brazo del Señor** se reveló al pueblo de Israel por medio de los milagros que Cristo realizó. La razón por la cual **no podían creer**, como **también dijo Isaías** (Is. 6:10), fue porque Dios **cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y Él los sane** (cp. Ro. 9:18). No solo estaba previsto el rechazo de Cristo por Israel, sino que era parte del plan soberano de Dios (cp. Ro. 9—11); fue un juicio de su parte.

Dios, en su gracia soberana, ha traído bien de ese rechazo. Como lo escribió Pablo en Romanos 11:11, por la transgresión de Israel “vino la salvación a los gentiles”. El plan de Dios no puede frustrarse por acto alguno de los pecadores (Gn. 50:20 [cp. 45:5]; Sal. 76:10).

Antes de pasar a la segunda causa de la incredulidad de Israel, Juan insertó un pie de página importante: “**Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él**”. Aquí se revelan varias verdades importantes. Primero, Isaías 6:10, recientemente citado por Juan, se refería a la visión divina de Isaías (cp. Is. 6:5). Es testimonio de la deidad de Cristo que el apóstol la aplicara a Él. La declaración de Juan también muestra que la incredulidad profetizada de Israel era específicamente incredulidad a Cristo. Más aún, revela que Jesús, de acuerdo con su papel de juez (cp. Jn. 5:22, 27, 30; 9:39) es quien endureció a Israel en juicio. Juan, inspirado por el Espíritu Santo, atribuyó las dos citas a Isaías (6:10; 53:1). Esto deja claro que él fue el autor de todo el libro (a diferencia de la erudición crítica moderna, que atribuye Isaías a múltiples autores).

El rechazo de Cristo por Israel fue la culminación de años de rebelión, de privilegios mal usados y de abandono de la verdad divina. El resultado terrible fue que cuando vino la verdad en la persona de Jesucristo, muchos no pudieron creer. Creían que podían ver pero eran ciegos espiritualmente (cp. Mt. 15:14; 23:16, 17, 19, 24, 26; Jn. 9:40-41).

Pero el endurecimiento de Israel, un acto soberano de Dios, no niega la culpa de quienes se negaron a creer en Cristo. Como lo indica Leon Morris: “Cuando Juan cita ‘cegó los ojos de ellos’... no quiere decir que la ceguera ocurrió sin la voluntad, o contra la voluntad, de estas

personas... Ellos escogieron el mal, fue su elección propia y deliberada, su propia falta. No se equivoque con esto” (*El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 582 del original en inglés). D. A. Carson añade: “El endurecimiento de los corazones en juicio divino no se presenta como la manipulación caprichosa de un potentado arbitrario que maldice seres moralmente neutrales—o incluso moralmente puros—; es una condenación santa de un pueblo culpable, condenado a ser y hacer lo que han escogido” (*John* [Juan], pp. 448-449 del original en inglés).

La realidad aleccionadora es que quienes persisten en endurecer su corazón con Dios, pueden encontrarse con que han sido endurecidos por Él. El testimonio histórico del trato de Dios con el faraón ilustra ese principio, donde se dice diez veces que él endureció su propio corazón (Éx. 7:13, 14, 22; 8:15, 19, 32; 9:7, 34, 35; 13:15) y diez veces que Dios endureció su corazón (Éx. 4:21; 7:3; 9:12; 10:1, 20, 27; 11:10; 14:4, 8, 17). En uno de los textos evangelísticos más claros del Antiguo Testamento, Isaías exclamó: “Busquen al SEÑOR *mientras se deje encontrar*, llámenlo *mientras esté cercano*” (Is. 55:6, NVI, cursivas añadidas). Dios endureció los corazones de quienes se negaron a creer en Jesús (v. 40) para que no pudieran creer (v. 39).

La elección personal en el rechazo a Jesucristo se ilustra por **los gobernantes** que **creyeron en Él**. Su fe era inadecuada, irresoluta y espuria, como lo indica la nota de Juan: “**A causa de los fariseos no lo confesaban** (cp. Mt. 10:33), **para no ser expulsados de la sinagoga**”. Las autoridades religiosas ya habían decretado el temido castigo, que eliminaría a la persona de la vida social y religiosa judía, para quien confesara a Jesús como Mesías (9:22; cp. 7:13). El hecho de que amaran **más la gloria de los hombres que la gloria de Dios** aporta evidencia adicional de que estos **gobernantes** solo poseían una religión superficial. Jesús preguntó mordazmente a los líderes religiosos: “¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?” (5:44). Trágicamente, amaban tanto su religión de exaltación propia y su posición de prestigio en la sinagoga y el sanedrín que rechazaron a Cristo. Tal amor por el mundo mostró que no amaban a Dios (Stg. 4:4; 1 Jn. 2:15). Jesús preguntó: “¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiera su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Mt. 16:26). En contraste, Jesús prometió a los creyentes verdaderos: “Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará” (Jn. 12:26). La parábola del fariseo y del publicano

muestra cuán lejos estaban de Dios y de la verdadera justicia los justos en su propia opinión (cp. Lc. 18:9-14).

LAS CONSECUENCIAS FATÍDICAS DE CREER Y NO CREER

Jesús clamó y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; y el que me ve, ve al que me envió. Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas. Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero. Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho. (12:44-50)

Como Jesús ya se había retirado (v. 36), las palabras registradas en los versículos 44-50 no se hablaron en esta ocasión. Juan las incluyó aquí para resumir el ministerio público de Cristo a Israel, que ya había terminado. Las verdades contenidas en ellas enfatizan la importancia del ministerio del Salvador y el error fatal al negarse a creer en Él. También revelan varias consecuencias de creer y no creer.

La declaración de Jesús, **“El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió”**, recuerda declaraciones semejantes en 5:24; 8:19 y 10:38 (cp. 13:20; 14:6). Enfatiza la imposibilidad de creer en el Padre si no se cree en Jesucristo. En el discurso del aposento alto, Jesús reiteró la declaración **“El que me ve, ve al que me envió”**, en las conocidas palabras **“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”** (Jn. 14:9; cp. 15:24; Col. 1:15; He. 1:3). Las dos primeras frases revelan que quien cree en Cristo disfruta el conocimiento personal del Padre y del Hijo (cp. Jn. 14:23).

En pasajes como Juan 8:12; 9:5 y 12:35-36, Jesús enseñó que Él, **la luz, ha venido al mundo, para que todo aquel que cree en Él no permanezca en tinieblas**. A quienes crean en Él los **“ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo”** (Col. 1:13). Como se anotó en la explicación de los versículos 35 y 36, se convierten en **“hijos de luz”**.

Las palabras del Señor, **“Al que oye mis palabras, y no las**

guarda”, cambian el enfoque de las bendiciones de creer, a las consecuencias funestas de no creer. No obedecer a Jesús caracteriza a los incrédulos (3:36; cp. Ro. 2:8; 11:30-32; 15:31; 2 Ts. 1:8; Tit. 1:16; 3:3; 1 P. 4:17); así, Pablo dice que son “los hijos de desobediencia” (Ef. 2:2; 5:6; Col. 3:6). Cristo no juzga a estas personas en su primera venida, **porque no vino a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo** (cp. 3:17; Lc. 9:56; 19:10; 1 Ti. 1:16; 1 Jn. 4:14). Aun así, Jesús juzgará a los pecadores irredentos en el futuro (Hch. 17:31; Ro. 2:16; cp. He. 9:27; Ap. 20:11-15). El Señor quería decir que **el que lo rechaza, y no recibe sus palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que Él ha hablado, ella le juzgará en el día postrero**. Quienes rechazan las verdades enseñadas por Jesús, se condenan (cp. 8:37, 43, 47; 14:24; Mt. 7:24-27; 13:19-22); quienes rechazan su salvación recibirán su juicio. Como advirtió el escritor de Hebreos: “Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos” (He. 12:25).

Las palabras de Jesús determinan el destino eterno de las personas, no solo por quien Él es, sino porque habla por el Padre (cp. 4:34; 5:30; 6:38). Por lo tanto, nadie puede rechazar sus palabras con impunidad. Él dijo: **Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho**. Aunque era completamente igual en su naturaleza con el Padre (Fil. 2:6; Col. 1:15; 2:9), Jesús asumió un papel sumiso durante la encarnación (Fil. 2:7; He. 5:8). Sólo habló las palabras que el Padre le dio (cp. 3:34; 7:16; 8:26-28, 40; 14:10, 24; 17:8, 14), inmutables y absolutas (Mt. 5:18; 24:35; 1 P. 1:25).

Israel, como pueblo escogido por Dios (Am. 3:2), había recibido muchas bendiciones, algunas de las cuales enumeró Pablo en Romanos 9:4-5: “La adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas”. Pero sobre todas las cosas, el Mesías provenía del pueblo judío (v. 5). Trágicamente, cuando vino, lo rechazaron. Se negaron a aceptar su llamado a creer en Él; ignoraron sus advertencias de las consecuencias por no creer. Por último, Dios los endureció y quienes no estaban dispuestos a creer se volvieron incapaces de creer. Israel era responsable de muchas cosas porque se le confiaron grandes privilegios (cp. Lc. 12:48). Por lo tanto, Jesús pronunció el juicio

a la nación con palabras escalofriantes: “He aquí, vuestra casa os es dejada desierta; y os digo que no me veréis, hasta que llegue el tiempo en que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor” (Lc. 13:35). Una generación después, la condenación de Israel vendría de manos de los romanos. Ellos destruirían Jerusalén y el templo; se esparciría y atormentaría al pueblo bajo la disciplina divina, aun hasta hoy día. Pero la historia no termina ahí. Dios, por causa del gran amor a su pueblo, redimirá un día al remanente de su pueblo escogido “y luego todo Israel será salvo” (Ro. 11:26).

47 La humildad del amor

Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase, sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ceñió. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido. Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos. Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris. (13:1-17)

La sociedad contemporánea está obsesionada con el amor. Desde las películas románticas, pasando por las canciones populares y las novelas baratas, el romance es un tema importante en el entretenimiento y en las conversaciones diarias. También es un gran negocio, como lo dejan ver los columnistas, presentadores de programas de televisión y las páginas de

internet que dan consejos pertinentes a los despechados. Pero a pesar de hablar tanto sobre el amor, pocos en el mundo entienden de qué se trata.

La versión moderna del amor es descaradamente narcisista, totalmente enfocada en el yo y desvergonzadamente manipuladora. Tan solo ve a los demás como medio de gratificación personal. No es de extrañar, pues, que las relaciones entre las personas egoístas no duren. Si la pareja actual no vive al nivel de las expectativas (o encuentran a alguien más emocionante), se van. Las personas son receptoras, no dadoras; la humildad se considera como una debilidad y el egoísmo es una virtud.

En contraste marcado con ese amor egocéntrico, la Biblia enseña que la esencia del amor es el sacrificio personal. En lugar de derribar a los demás, el amor bíblico nos enseña a edificarlos (1 Co. 8:1); en lugar de procurar el bien propio, procura el bien y el interés de los demás (1 Co. 10:24); en lugar de buscar satisfacer sus necesidades, busca satisfacer las necesidades del otro (Gá. 5:13; He. 6:10).

La enseñanza bíblica del amor alcanza su cumbre en 1 Corintios 13:4-8, la descripción más hermosa del amor jamás escrita:

El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará.

Amar de esta manera requiere humildad sobre todas las cosas, porque solo las personas humildes pueden poner los intereses de los demás por delante de los propios (Fil. 2:3-4). Así, Pablo exhortó a los efesios a actuar “con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor” (Ef. 4:2). Jesús enseñó que serán exaltados quienes aman humildemente a los demás, no quienes se promueven a sí mismos (Lc. 14:11; 18:14). La humildad, no el orgullo, es la marca de la grandeza verdadera (Mt. 18:4; 20:26; 23:11) y trae la bendición de Dios (Sal. 25:9; Pr. 3:34; 22:4; Is. 57:15; 66:2; 1 P. 5:5).

Aunque 1 Corintios 13 es la descripción suprema del amor, el Señor Jesucristo es el ejemplo supremo del amor. Por supuesto, la forma más significativa en que lo mostró fue su muerte en sacrificio por los pecados, cuando “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y

muerte de cruz” (Fil. 2:8). Como el Señor dijo, “nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Jn. 15:13). Pablo recordó a los efesios esto: “Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante... Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Ef. 5:2, 25). Juan escribió: “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros” (1 Jn. 3:16).

Cristo exhibió su amor humilde durante todo su ministerio terrenal porque Él es por naturaleza “manso y humilde de corazón” (Mt. 11:29; cp. Zac. 9:9; 2 Co. 10:1). Ese amor se ejemplifica notablemente en el hecho descrito en este pasaje: el lavado de los pies de los discípulos. Es una introducción adecuada a la nueva sección del Evangelio de Juan, donde se caracteriza la muerte de Cristo en sacrificio.

Juan había informado a sus lectores en el prólogo de su Evangelio que habría dos reacciones al Señor Jesucristo. Muchos de entre los suyos (Israel) no lo aceptarían; aunque “a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (1:11). En los doce primeros capítulos Juan registró la historia trágica del rechazo de Israel a su Mesías. Pero, aunque la nación como un todo rechazó a Cristo, algunos individuos lo recibieron (1:12). A esa “manada pequeña” (Lc. 12:32) se dedica Jesús en las últimas horas de su ministerio terrenal.

Al inicio del capítulo 13, el ministerio público de Jesús para Israel había terminado. Después de hacerles una invitación final a creer en Él, Jesús “se ocultó de ellos” (12:36; véase la exposición de este versículo en el capítulo previo de esta obra). En los capítulos 13 al 17, Jesús pasa del ministerio público de quienes lo habían rechazado al ministerio privado y quienes lo recibieron. Él hizo una demostración práctica de su amor por los discípulos (13:1-17), les aseguró la esperanza del cielo (14:1-3), les garantizó poder para el ministerio (14:12) y provisión para sus necesidades (14:13-14), y les prometió el Espíritu Santo (14:16-17; 15:26; 16:7), la verdad divina en la Palabra de Dios (14:26; 16:13), paz (14:27) y gozo (15:11; 16:22). El tema común en estos cinco capítulos es el amor de Cristo por los suyos. En tanto su ministerio terrenal llegaba a su fin en la noche antes de su crucifixión, Jesús procuró reafirmarlos con el amor perdurable que tenía por ellos.

El relato de esta primera expresión de su amor, el lavado de los pies de los discípulos, puede explicarse bajo cuatro encabezados. Vemos las riquezas sublimes del amor de Cristo, el rechazo satánico de su amor, la revelación impresionante de su amor y la respuesta adecuada a su amor.

LAS RIQUEZAS SUBLIMES DEL AMOR DE CRISTO

Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. (13:1)

La **fiesta de la pascua** era el festival anual judío que conmemoraba la liberación divina de Israel de la esclavitud egipcia. El nombre se derivaba del ángel de la muerte que pasó sobre las casas de los hebreos cuando mató a los primogénitos egipcios (Éx. 12:7, 12-13). Esta Pascua sería la última con autorización divina. De ahí en adelante habría un nuevo memorial: no para recordar la sangre del cordero en los dinteles, sino la sangre del Cordero de Dios (1:29, 36; Ap. 5:6; 6:9; 7:10, 17; 14:4, 10; 15:3; 19:9; 22:1, 3) “que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mt. 26:28). La Santa Cena, celebrada por el Señor y sus discípulos, le dio la oportunidad de usar los elementos de la cena de Pascua para formar la transición entre la Pascua del viejo pacto y la Santa Cena del nuevo pacto (1 Co. 11:23-26).

Existe una discrepancia aparente en este punto entre la cronología de Juan y la de los Evangelios sinópticos. Los segundos declaran que la Santa Cena fue la cena de Pascua (Mt. 26:17-19; Mr. 14:12-16; Lc. 22:7-15). Sin embargo, Juan 18:28 registra: “[Los líderes judíos] llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era de mañana [el viernes, el día de la crucifixión], y ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua”. Más aún, de acuerdo con Juan 19:14 el juicio y crucifixión de Jesús ocurrió en “la preparación de la pascua”, no el día después de comer la cena de Pascua. Así, la crucifixión del Señor ocurrió al tiempo que se sacrificaban los corderos de Pascua (cp. 19:36; cp. Éx. 12: 46; Nm. 9:12). Entonces, el desafío es explicar cómo Jesús y los discípulos pudieron haber comido la cena de Pascua el jueves por la noche si los líderes judíos aún no la habían comido la mañana del viernes.

La respuesta está en entender que los judíos tenían dos métodos diferentes para contar los días. Las fuentes antiguas judías sugieren que los judíos del norte de Israel (inclusive Galilea, de donde eran oriundos Jesús y la mayoría de los doce) contaban los días de salida del Sol a salida del Sol. Al parecer, la mayoría de los fariseos también usaba ese método. Por otra parte, los judíos de la región sur contaban los días de ocaso a ocaso. Esto incluiría a los saduceos (quienes vivían por necesidad en los alrededores de Jerusalén por su relación con el templo). Sin duda, aunque

a veces es confuso, el método dual de contar los días habría tenido beneficios prácticos en la Pascua, pues permitía celebrar la fiesta en dos días consecutivos. Eso habría facilitado las condiciones de la Jerusalén abarrotada, especialmente en el templo, donde no tendrían que matarse todos los corderos el mismo día.

Así, no hay contradicción entre Juan y los sinópticos. Como Jesús y los doce eran galileos, habrían considerado que el día de Pascua era desde la salida del Sol del jueves hasta la salida del Sol del viernes. Habrían comido su cena de Pascua el jueves en la noche. Sin embargo, los líderes judíos (los saduceos) la habrían tenido desde el ocaso del jueves hasta el ocaso del viernes. Habrían comido su cena de Pascua el viernes por la noche. (Para más explicación sobre este asunto, véase Harold W. Hoehner, *Chronological Aspects of the Life of Christ* [Aspectos cronológicos de la vida de Cristo] [Grand Rapids: Zondervan, 1977], pp. 74-90; Robert L. Thomas y Stanley N. Gundry, *A Harmony of the Gospels* [La armonía de los Evangelios] [Chicago: Moody, 1979], pp. 321-322).

Juan repitió la declaración del Señor, que **su hora había llegado** (12:23); ya no era futuro como en 2:4; 7:30 y 8:20 (cp. 7:6, 8). El Señor sabía que le había llegado el tiempo **para que pasase de este mundo al Padre**. Él controlaba todo lo que estaba ocurriendo y nunca fue víctima de las circunstancias o de las confabulaciones del hombre.

Aunque Él anhelaba regresar a toda su gloria en la presencia del Padre (cp. 17:5), Jesús nunca flaqueó en su enfoque de amar **a los suyos** (cp. 10:29), los **que estaban en el mundo**. El Señor **los amó hasta el fin**. *Telos (fin)* significa “perfección” o “estar completos” y quiere decir que Jesús amó a los suyos con toda la medida del amor. Hay un sentido general en el cual Dios ama al mundo (Jn. 3:16) de los pecadores perdidos (Mt. 5:44-45; Tit. 3:4); pero a los suyos los ama con amor perfecto, eterno y redentor; un amor “que excede a todo conocimiento” (Ef. 3:19). Las palabras del escritor del siguiente himno captan el amor maravilloso del Señor por los creyentes:

Amado con amor eterno,
Llevado al conocimiento por la gracia de ese amor;
Espíritu misericordioso de lo alto,
¡Me has enseñado que es así!
¡Ah, esta paz perfecta y completa!
¡Ah, conlleva todo lo divino!

En un amor que no puede cesar,
Soy suyo y Él es mío.

En Romanos 8:35-39 Pablo dijo jubiloso:

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

Ni siquiera la llegada inminente de su propia muerte podía alejar a los discípulos de su amor. Esa realidad se hace cada vez más clara en su oración del capítulo diecisiete.

EL RECHAZO SATÁNICO DEL AMOR DE CRISTO

Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase, (13:2)

La atención cambia abruptamente de la luz brillante del amor de Cristo a la oscuridad satánica del corazón de Judas. Aun antes de esta cena final, **el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase.** El contraste entre el amor de Cristo y el odio de Judas es marcado; el segundo aporta un trasfondo negro contra el cual el primero aparece mucho más glorioso.

En el momento en el cual Jesús lava los pies de Judas, algo que ocurriría dentro de poco, Jesús recibiría el insulto y la injuria inimaginable más grande con amor humilde. Consecuente con su orden de amar a los propios enemigos (Mt. 5:44), así lo hizo. Pero trágicamente, a Judas no le conmovió la manifestación amorosa del Señor hacia él; el mismo hecho que atrajo a los otros discípulos repelió a Judas.

La ambición y avaricia de Judas hacía tiempo que habían abierto la puerta a la influencia del diablo (cp. 12:4-6). Aunque Satanás inspiró su

traición a Cristo, Judas era completamente responsable por su abyección. Su propio corazón malo deseó lo mismo que Satanás: la muerte de Jesús. Satanás y Judas estaban en acuerdo completo; eran cómplices en el complot para matar a Jesucristo. Pronto Judas estaría bajo el control completo de Satanás (v. 27) y ejecutaría su plan de traicionar al Hijo de Dios (v. 30; cp. Mt. 26:24). (Para mayor información sobre Judas, véase el capítulo 48 de esta obra).

LA REVELACIÓN IMPRESIONANTE DE SU AMOR

sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido. Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos. (13:3-11)

La declaración de Juan de que Jesús sabía que **el Padre le había dado todas las cosas en las manos** (cp. 3:35; 17:2; Mt. 11:27; 28:18), **y que había salido de Dios** (cp. 3:13; 5:37; 6:46, 57; 7:29; 8:18, 42; 12:49; 16:27-28; 17:8), **y a Dios iba** (cp. 6:62; 7:33; 14:12, 28; 16:5, 10, 17, 28; 17:11, 13), reitera y amplía la anterior declaración del apóstol de que Jesús estaba cerca de regresar al Padre (v. 1). Juan reveló la profundidad de la humildad de Jesús cuando enfatizó la exaltación de Él. El Creador y Gobernante del Universo estaba a punto de lavar humildemente los pies sucios de los discípulos; una tarea sin importancia reservada solo para los siervos del más bajo rango (ni siquiera a los esclavos judíos se les obligaba a hacerlo, solo a los gentiles). “Con tanto poder y estatus a su disposición, podríamos haber esperado que derrotara al diablo en una confrontación llamativa e inmediata y que dejara devastado a Judas con una ráfaga imparable de la ira divina” (D. A. Carson, *The Gospel*)

According to John [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 462).

Los pies de los discípulos, protegidos solo por unas sandalias, habiendo caminado por las calles sucias de Jerusalén al aposento alto, estarían sucios con seguridad; algo ofensivo pues se estaban recostando para la cena. Como no había siervos allí para hacerlo, uno de los doce debiera haber sido voluntario para lavar los pies de los demás. Pero la admonición del Señor (“El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo”, [Mt. 23:11]) había caído en oídos sordos. En lugar de humillarse, los discípulos continuaban su debate sobre cuál de ellos era el más grande (Lc. 22:24; cp. Mr. 9:34) a la pesca de posiciones prominentes en el reino (Mt. 20:20-24). En ese caso, la última cosa que harían sería la tarea del siervo más bajo (aunque, sin duda, habrían estado felices de lavar los pies del Señor).

Y así, la cena comenzó sin que alguien hubiera lavado los pies, pues cada uno de los doce esperaba que alguien más lo hiciera. Finalmente, en una muestra sorprendente de humildad, que también fue una fuerte reprensión de la ambición orgullosa de los discípulos, el Hijo de Dios encarnado **se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido.** Los discípulos, reprendidos, avergonzados y escarmentados, vieron en silencio doloroso e incómodo cómo el Señor, vestido de siervo, se arrodilló ante cada uno de ellos, uno por uno, y lavó sus pies polvorosos.

No sorprende que **Simón Pedro**, que siempre tenía algo por decir, fuera el primero en protestar. Cuando Jesús llegó donde él estaba, Pedro preguntó con incredulidad, mostrando la vergüenza de todos: “**Señor, ¿tú me lavas los pies?**”. Los discípulos aún esperaban fervientemente la inauguración del reino (cp. Hch. 1:6) y Pedro estaba consternado con este acto de humillación propia por parte del Rey divino. No se había oído en la cultura romana ni judía que un superior lavara los pies de un inferior. Pero el arrebató de Pedro reflejó su ignorancia, como lo indica la respuesta del Señor: “**Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después**”. Solo después de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo entendería Pedro que, en la encarnación, “el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mt. 20:28). Muchos años después, Pedro escribiría:

Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación (1 P. 1:18-19).

Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados (1 P. 2:24).

Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu (1 P. 3:18).

Como ya lo había hecho antes (Mt. 16:22), Pedro supuso precipitadamente que podía decir al Señor qué hacer cuando declaró con firmeza (hay una doble negación en el texto griego): “**No me lavarás los pies jamás**”. Aunque la modestia de Pedro puede parecer digna de elogio, el Señor desea obediencia sobre todas las cosas (cp. 1 S. 15:22). Una vez más el Señor **le respondió** con paciencia: “**Si no te lavare, no tendrás parte conmigo**”. La respuesta de Jesús cumplía dos propósitos. Primero, corregir el concepto erróneo que Pedro (y los otros doce) tenía de la misión mesiánica del Señor. En su primera venida, el Señor no venía como Rey conquistador, sino como sacrificio por los pecados de su pueblo (Is. 53:4-6, 10-12; Ef. 5:2; He. 9:26; 10:12), “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). Pedro necesitaba aceptar la realidad de la humillación del Señor.

Pero las palabras del Señor también significaban que solo tienen relación con Él aquellos que Él limpió. El lavado es una metáfora bíblica común para la limpieza espiritual (cp. Nm. 19:17-19; Sal. 51:2; Is. 4:4; Ez. 36:24-27; Zac. 13:1; Hch. 22:16; 1 Co. 6:11; Ef. 5:26; Tit. 3:5; He. 10:22), y Jesucristo solo lava y une a Él en vida eterna a quienes depositan su fe en Él como Señor y confiesan sus pecados (Jn. 15:3; 1 Jn. 1:7-9).

De acuerdo con su naturaleza impulsiva, Pedro saltó inmediatamente al extremo opuesto (cp. Mt. 14:28 con 14:30; 16:16 con 16:22; 26:33, 35 con 26:69-75) y exclamó: “**Señor, no sólo mis pies, sino también las**

manos y la cabeza”. Aunque tal vez Pedro no entendió a qué se refería Jesús y pensó que le estaba hablando de lavarse físicamente, él quería todo lo que fuera que el Señor le estaba ofreciendo. Continuando su aplicación espiritual del principio de lavarse, **Jesús le dijo** a Pedro: “**El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies**”. En términos físicos, quien ya **está lavado** no necesita bañarse de nuevo cada vez que se ensucie los pies. **No necesita sino lavarse los pies** porque ya **está todo limpio**. Del mismo modo, la limpieza completa de los redimidos en la salvación nunca necesita repetirse. Dios ha justificado con su misericordia e impartido la justicia de Cristo a los creyentes (2 Co. 5:21; Fil. 3:8-9) y su muerte expiatoria aporta el perdón completo de todos sus pecados (Col. 2:13; Tit. 2:14; 1 Jn. 1:7, 9). Pero aún necesitan la limpieza diaria para santificarse de la profanación del pecado que continúa en ellos (Fil. 2:12; 3:12-14).

Entonces Jesús aseguró a los discípulos que estaban limpios, porque ya habían experimentado la limpieza de la redención. **Aunque** tal cosa **no** era cierta para **todos** ellos; había una excepción notoria. Como el Señor **sabía quién le iba a entregar** (aunque en ese momento los discípulos no lo sabían; cp. 13:21-22), **por eso dijo**: “**No estáis limpios todos**”. Por supuesto, quien no estaba limpio era Judas Iscariote, **quien le iba a entregar**. Las palabras del Señor también fueron un último llamamiento y advertencia para Judas, quien estaba a punto de ejecutar su plan malévolo. Pero Judas no se disuadió.

A Jesús no le tomó por sorpresa la traición de Judas. Mucho antes de aquella noche ya había dicho sobre él: “¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?” (Jn. 6:70). Todos los aspectos de la muerte de Cristo—la traición de Judas inclusive—eran parte del plan predeterminado de Dios (Hch. 2:23). Sin embargo, como ya se indicó, esto no excusaba a Judas de su responsabilidad personal por sus actos impíos (Mt. 26:24).

LA RESPUESTA ADECUADA AL AMOR DE CRISTO

Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto,

de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor; ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris (13:12-17)

Habiendo **lavado los pies** de los discípulos, **tomó su manto, volvió a la mesa** y les enseñó una lección que quería que aprendieran. Las verdades teológicas descritas en los versículos 7-11 (la humillación de Jesús en su primera venida y la limpieza permanente de la justificación frente a la limpieza diaria de la santificación), aunque de gran importancia, no eran las verdades principales que el Señor buscaba comunicar. El principio más importante que Jesús quería enseñar a sus discípulos era la trascendencia de la humildad y el servicio en amor. Esto es claro porque **les dijo: “¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros”**. Esta era una lección crucial para los discípulos, que reñían constantemente sobre quién era el más grande. Si el Señor de la gloria estaba dispuesto a humillarse y asumir el papel del siervo más bajo, ¿cómo podían hacer menos los discípulos? Una vez Jesús les preguntó: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” (Lc. 6:46); aquí estaba diciendo en realidad “¿Por qué me llaman, Señor, Señor, y no siguen mi ejemplo?”.

A partir de este pasaje, algunos argumentan que lavar los pies de los discípulos es una ordenanza de la Iglesia, junto con el Bautismo y la Santa Cena (la Comunión). Pero Jesús dijo: “**Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis**”, no dice “lo que yo os he hecho”. Más aún, “los teólogos y expositores sabios siempre han sido renuentes a elevar a rito universal algo que solo aparece una vez en las Escrituras” (Carson; *Juan*, p. 468). (La única otra referencia a lavar los pies, 1 Ti. 5:10, no está en el contexto de rito eclesial, sino de las buenas obras practicadas por los individuos).

Elevar el hecho externo de lavar los pies al estado de ordenanza es minimizar la lección importante que Jesús estaba enseñando. El Señor dio un ejemplo de humildad, no de lavar los pies; su preocupación era con la actitud interna, no con el rito externo. El segundo carece de importancia sin el primero.

Negarse a seguir el ejemplo de Jesús sobre el servicio humilde es elevarse sobre Él en orgullo, pues **el siervo no es mayor que su señor; ni el enviado es mayor que el que le envió** (véanse frases similares en

15:20; Mt. 10:24; Lc. 6:40; 22:27). Ningún siervo se atreve a considerar que su tarea está por debajo de él cuando su maestro la ha realizado.

El pensamiento con el cual concluye el Señor: “**Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris**”, refleja la verdad bíblica según la cual la bendición sigue a la obediencia. Las palabras de apertura de los Salmos enfatizan esa verdad:

*Dichoso el hombre
que no sigue el consejo de los malvados,
ni se detiene en la senda de los pecadores
ni cultiva la amistad de los blasfemos,
sino que en la ley del Señor se deleita,
y día y noche medita en ella.
Es como el árbol
plantado a la orilla de un río
que, cuando llega su tiempo, da fruto
y sus hojas jamás se marchitan.
¡Todo cuanto hace prospera! (Sal. 1:1-3, NVI).*

El Salmo 119:1 declara: “Dichosos los que van por caminos perfectos, los que andan conforme a la ley del SEÑOR” (NVI; cp. Sal. 128:1). En Proverbios 16:20 Salomón declaró: “El que atiende a la palabra, prospera. ¡Dichoso el que confía en el SEÑOR!” (NVI). Jesús declaró: “Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen” (Lc. 8:21). Más adelante, en el Evangelio de Lucas, afirmó: “Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan” (Lc. 11:28).

Este pasaje revela una forma especial en que los creyentes pueden obedecer a Dios y recibir su bendición: siguiendo el ejemplo de su Hijo. “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6). Servir a otros en la humildad del amor es imitar a Jesucristo (cp. Fil. 2:5).

48 Se desenmascara al traidor

No hablo de todos vosotros; yo sé a quiénes he elegido; mas para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar. Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy. De cierto, de cierto os digo: El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. Habiendo dicho Jesús esto, se conmovió en espíritu, y declaró y dijo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar. Entonces los discípulos se miraban unos a otros, dudando de quién hablaba. Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado de Jesús. A éste, pues, hizo señas Simón Pedro, para que preguntase quién era aquel de quien hablaba. Él entonces, recostado cerca del pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? Respondió Jesús: A quien yo diere el pan mojado, aquél es. Y mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón. Y después del bocado, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo más pronto. Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué le dijo esto. Porque algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diese algo a los pobres. Cuando él, pues, hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya de noche. (13:18-30)

La palabra *traidor* es fea en cualquier idioma. Hay pocos más despreciados que quienes traicionan a su país, causa o responsabilidad. Las naciones en general han reservado el castigo más severo—la pena de muerte, usualmente—para quienes cometen actos de traición.

La historia ha conocido muchos traidores notorios. Durante la guerra del Peloponeso, el general ateniense Alcibíades, amigo de infancia de Sócrates y sobrino de Pericles, el famoso estadista griego, entregó los planes de Atenas al rival más enconado de la ciudad: Esparta. Con ello, los espartanos derrotaron en la guerra a los atenienses. Jenofonte, soldado ateniense e historiador, discípulo de Sócrates, también se hizo traidor y luchó por Esparta en contra de su ciudad nativa. El rey Leónidas de

Esparta y su ejército, muy inferior en número, tomó el paso de las Termópilas contra los persas hasta que un traidor les mostró a los persas la forma de flanquearlos. Leónidas y sus hombres, atacados por la retaguardia, pelearon con valentía hasta el último hombre, en una de las batallas más famosas en la que todos ellos murieron.

Durante la revolución estadounidense, Simon Girty, un desertor del ejército continental, lideró el asalto de los nativos contra los colonizadores. Girty era muy temido por su brutalidad, tanto que lo apodaban “el gran renegado”. Pero el traidor más infame de la guerra revolucionaria (de toda la historia estadounidense, de hecho), fue Benedict Arnold. Enojado porque no se le tuvo en cuenta a la hora de una promoción y buscando dinero para pagar su estilo de vida extravagante, Arnold ofreció entregar el fuerte clave de West Point a los británicos. Cuando se capturó a John André, mayor británico, el enlace entre Arnold y el general británico Sir Henry Clinton, se conoció la trama de Arnold. Él desertó a favor de los británicos y luchó en contra de los suyos. Murió en el exilio en Inglaterra, desdeñado por estadounidenses y británicos por igual.

A Henri Pétain, general francés, se le saludó como salvador de Verdún en la primera guerra mundial. Pero después de que Francia cayó en manos alemanas durante la Segunda Guerra Mundial, él presidió el gobierno Vichy, que colaboraba con los nazis. Vidkun Quisling, cuyo nombre se ha hecho sinónimo de *traidor*, encabezó el régimen de paja establecido por los nazis en Noruega. William Joyce (“*Lord Haw Haw*”), el traidor inglés y los traidores estadounidenses Iva Ikuko Toguri D’Aquino (“*La rosa de Tokio*”) y Mildred Elizabeth Gillars (“*Axis Sally*”) prestaron su voces a las emisoras de propaganda nazi y japonesa.

La Biblia también contiene su lista de traidores que incluyen a Absalón, que buscó usurpar el trono de su padre David (2 S. 15:10-13); Ahitofel, antiguo consejero de David que se unió a la rebelión de Absalón (2 S. 15:31); Seba, que lideró una sublevación de las tribus del norte poco después de que la rebelión de Absalón fuera aplastada (2 S. 20:1-2); Jeroboam, cuya rebelión contra Salomón acabó en la división de Israel en dos reinos: Israel y Judá (1 R. 11:26ss.); Baasa, que asesinó a Nadab, hijo de Jeroboam, y reinó en su lugar (1 R. 15:25-28); Zimri, que asesinó a Ela, hijo de Baasa y tomó su lugar (1 R. 16:8-20); Atalía, la única reina de Israel, que se apoderó del trono después de la muerte de su hijo, el rey Ocosías (2 R. 11:1-16); los siervos de Joás, que conspiraron contra él y lo mataron (2 R. 12:20-21); los conspiradores anónimos que asesinaron al

rey Amasías (2 R. 14:18-20); Salum, cuya conspiración dio fin al reinado breve del rey Zacarías (2 R. 15:8-10); Manahem, que también asesinó y reemplazó a Salum (2 R. 15:14); Peka, que derrocó y mató a Pekaía, hijo de Manahem (2 R. 15:23-25); Oseas, que mató a Peka y fue el último rey del reino del norte (2 R. 15:30); los siervos de Amón, los cuales conspiraron contra él y lo mataron (2 R. 21:23); y Bigtán y Teres, cuyo complot contra el rey Asuero fue descubierto por Mardoqueo (Est. 2:21-23).

Pero el traidor más notorio—en la Biblia y en toda la historia humana—fue Judas Iscariote. Judas tuvo el gran privilegio de ser uno de los doce seguidores más próximo al Señor Jesucristo durante su ministerio terrenal. No obstante, de modo increíble, después de convivir tres años con el Jesús incomparablemente perfecto, de observar sus milagros y oír sus enseñanzas, Judas lo traicionó. El relato trágico y oscuro de la historia de Judas revela las profundidades del mal en las que puede hundirse el corazón humano, aun en la mejor de las circunstancias.

La iglesia primitiva detestaba y desdeñaba a Judas. Por ejemplo, su nombre aparece el último en la lista de los apóstoles, excepto en Hechos 1, donde no aparece en absoluto. Además, siempre que los evangelistas mencionan a Judas, lo identifican con el que traicionó a Jesús (cp. Mt. 10:4; 26:25, 48; 27:3; Mr. 3:19; 14:44; Lc. 6:16; Jn. 6:71; 12:4; 18:2).

Poco se sabe de la vida de Judas antes de convertirse en apóstol. Su padre era Simón Iscariote (Jn. 6:71; 13:2, 26). Su apellido se deriva de dos palabras hebreas cuyo significado es “hombre de Queriot”. Esto sugiere que Judas era de la villa de Queriot, o de Moab (Jer. 48:24, 41) o más probablemente de Judá al sur de Hebrón (Jos. 15:25). Por eso, Judas posiblemente era el único de los doce que no era galileo, aunque no parece que los otros apóstoles lo excluyeran o menospreciaran por ello. No obstante, siendo de fuera, eso con seguridad le facilitó la justificación de su traición para sus adentros. También le hizo más fácil ocultar su hipocresía, pues los otros once podrían haber conocido poco de él y su trasfondo. No obstante, los otros discípulos confiaban en Judas implícitamente, incluso le hicieron su tesorero (Jn. 12:6; 13:29). Ninguno de ellos sospechó de Judas cuando Jesús anunció en el aposento alto: “De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar” (Jn. 13:21).

La Biblia no revela cuándo y dónde conoció Judas a Jesús. Pudo haber estado entre los habitantes de Judea que se amontonaban para oír a Juan el Bautista dar testimonio de Cristo (Mt. 3:1-5). O pudo haber

conocido al Señor al principio de su ministerio, cuando fue “Jesús con sus discípulos a la tierra de Judea, y estuvo allí con ellos, y bautizaba” (Jn. 3:32). Tampoco se dice en las Escrituras cuándo llamó el Señor a Judas para seguirlo. Después de que el Señor pasó una noche en oración, lo nombró apóstol, junto con los otros once (Lc. 6:12-16). En ese momento (si no lo había hecho antes), Judas dejó su ocupación anterior y se hizo seguidor de Cristo a tiempo completo. Incluso se quedó con Él cuando muchos otros falsos discípulos lo abandonaron (Jn. 6:66-71). Pero aunque Judas acompañó de cerca a Jesús, nunca le entregó su alma.

Si Judas al parecer no se sentía atraído por Cristo espiritualmente, ¿por qué lo seguía? Por un lado, Judas, como muchos de sus compatriotas judíos, esperaba que Jesús derrocará a los romanos y restaurara la soberanía política de Israel. Pero a Judas también le motivaba la avaricia, el deseo de poder y la ambición mundana. Sin duda, por su pertenencia al círculo íntimo de seguidores de Jesús, esperaba una posición importante en el reino restaurado (como los otros discípulos al principio; cp. Mt. 20:20-24). A Judas no le interesaba el reino por causa de la salvación, sino por lo que podía obtener de este; esto es: riqueza, poder y prestigio.

Con el paso del tiempo, la desilusión de Judas se incrementó. Jesús no mostró señales de hacerse el político conquistador y el mesías militar que tan fervientemente él esperaba. De hecho, Cristo había rechazado el intento del pueblo de hacerlo rey (Jn. 6:14-15). El Señor enfatizaba la dimensión espiritual del reino, mientras Judas anticipaba la dimensión terrenal, política y económica. Pero ocultó su desencanto creciente tras una fachada de hipocresía.

Sin embargo, pocos días antes de la Santa Cena, ocurrió un hecho que al parecer fue la gota que rebosó la copa para Judas. En una cena en Betania, ofrecida en honor de Jesús, María, la hermana de Marta y Lázaro, ungió a Jesús con gran cantidad de un perfume costoso. Indignado y enfurecido, Judas protestó: “¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?” (Jn. 12:5). Por supuesto, a Judas no le interesaban los pobres; “dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella” (v. 6). Perder la oportunidad de malversar tan gran cantidad de dinero (trescientos denarios equivalían al salario de todo un año del empleado promedio) enfureció a Judas. Pero su muestra de piedad hipócrita fue tan convincente que el resto de los discípulos se unieron a la propuesta (Mt. 26:8-9).

El desagrado latente de Judas llegó entonces a su colmo, inmediatamente después de este incidente se acercó a los principales sacerdotes, y les dijo: “¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata. Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarle” (Mt. 26:15-16). Equivalía esto a decir a los líderes dónde estaría Jesús en la noche, lejos de las multitudes. Judas no pudo seguir conteniendo su desilusión y amargura, que se volvieron en traición secreta.

Pero la traición de Judas no seguiría oculta por mucho tiempo porque Jesús la expondría. El ambiente elegido por el Señor para desenmascarar a su traidor fue en la última cena con los discípulos, la noche anterior a su muerte. Jesús les enseñó la importancia del servicio humilde con su ejemplo de lavarles los pies (Jn. 13:1-17). Entonces concluyó la lección al proclamar: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris” (v. 17). Ahora, en los versículos 18-30 el diálogo da un giro hacia el traidor. Jesús contrasta a los once discípulos leales, benditos eternamente, con Judas, el traidor miserable para siempre. El pasaje puede dividirse en cuatro secciones: La traición anticipada (en el Antiguo Testamento), la traición anunciada (por Cristo), la sorpresa de los doce (por la noticia) y Jesús se dirige al traidor.

LA TRAICIÓN ANTICIPADA

No hablo de todos vosotros; yo sé a quiénes he elegido; mas para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar. (13:18)

Jesús quería asegurarse de que el resto de los discípulos entendiera que cuando ocurrieran la traición y el arresto, Él no sería una víctima sorprendida por Judas. Quizás ellos se preguntaran por qué escogió Jesús a Judas y cómo podían haberse engañado tanto con él. Por lo tanto, el Señor aclaró su afirmación anterior en cuanto a que los discípulos estaban limpios (13:10). Sin embargo, **no** hablaba **de todos**; en su omnisciencia (cp. 2:24-25), “sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos” (v. 11); solo lo estaban **quienes** había **elegido** (cp. 15:16).

A Jesús no lo atraparon por sorpresa, “no fue una víctima impotente y engañada de una traición insospechada; fue el enviado de Dios para efectuar su propósito sin prisa y sin miedo, para hacer lo que Dios había planeado que hiciera” (Leon Morris, *El Evangelio según Juan*

[Barcelona: Clie, 2005], p. 623 del original en inglés). El Señor escogió a Judas a propósito **para que se cumpliera la Escritura** (cp. 17:12). **La Escritura** que citó el Señor que se cumpliría específicamente con la traición de Judas fue: “**El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar**” (Sal. 41:9). David lamentó la traición de un compañero confiable y cercano (uno que se sentó a la mesa con él; un símbolo de comunión), posiblemente Ahitofel (2 S. 15:31), como sugieren las fuentes rabínicas. Otro Salmo que tal vez se refiera a la traición a David durante los días oscuros de la revolución de Absalón es el Salmo 55. David escribió en los versículos 12-14:

*Porque no me afrentó un enemigo,
lo cual habría soportado;
ni se alzó contra mí el que me aborrecía,
porque me hubiera ocultado de él;
sino tú, hombre, al parecer íntimo mío,
mi guía, y mi familiar;
que juntos comunicábamos dulcemente los secretos,
y andábamos en amistad en la casa de Dios.*

En ambos Salmos, la experiencia de David señala a la traición del Mesías. Zacarías 11:12-13 también predice la traición de Judas; incluso da la cantidad exacta de dinero que recibiría y lo que haría después (cp. Mt. 27:3-10):

Les dije: “Si les parece bien, páguenme mi jornal; de lo contrario, quédense con él”. Y me pagaron sólo treinta monedas de plata. ¡Valiente precio el que me pusieron! Entonces el SEÑOR me dijo: “Entrégaselas al fundidor”. Así que tomé las treinta monedas de plata y se las di al fundidor del templo del SEÑOR (NVI).

Así, mucho antes del nacimiento de Judas, su duplicidad se predijo y se diseñó en el plan eterno de Dios.

Pero el papel de Judas en el plan divino no era ajeno a su propio deseo; no fue un robot, programado para traicionar a Jesús contra su voluntad. Judas escogió hacer lo que hizo libremente, era completamente responsable de sus actos. La misma tensión entre la soberanía divina y la elección humana se hace evidente cuando Judas se vuelve discípulo. Él

escogió seguir a Cristo; aun así, se hizo seguidor de Jesús solo porque Cristo lo escogió (cp. Jn. 15:16); aunque claramente no fue así para salvación. La traición de Judas estaba predeterminada, pero ello no contradice la verdad de que él actuó según su propia voluntad. Jesús afirmó las dos verdades cuando dijo en Lucas 22:22: “A la verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado [Soberanía de Dios]; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado [responsabilidad de Judas]!”. El Dios Soberano “que hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11) usó los planes del corazón malvado de Judas para traer el bien de la redención (cp. Gn. 50:20; Sal. 76:10).

Judas tuvo todas las oportunidades para darle la espalda a su pecado. Gran parte de la enseñanza de Cristo se aplicaba a él directamente, como las parábolas del mayordomo infiel (Lc. 16:1-13) y del vestido de boda (Mt. 22:11-14); Jesús predicó contra el amor al dinero (Mt. 6:19-34), la avaricia (Lc. 16:13) y el orgullo (Mt. 23:1-12). Judas también escuchó esta declaración cándida a los doce: “¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?” (Jn. 6:70), y su advertencia del juicio temido que le esperaba al traidor: “¡Ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido” (Mt. 26:24). Y hacía poco había oído al Señor declarar que no todos los discípulos estaban limpios espiritualmente (v. 10). Pero nada de eso conmovió a Judas. Endureció su corazón y se negó a arrepentirse.

LA TRAICIÓN ANUNCIADA

Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy. De cierto, de cierto os digo: El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. Habiendo dicho Jesús esto, se conmovió en espíritu, y declaró y dijo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar. (13:19-21)

Como se indicó en el punto anterior, Jesús quería asegurar que la traición de Judas no perturbara la fe de los otros discípulos en Él. Al decirles **antes que suceda**, aseguraba que en el futuro pudieran mirar atrás y saber que Él conocía todo lo que iba a suceder. Entonces **cuando** la traición ocurriera, aunque los discípulos estarían asustados y dispersos, reconocerían su presciencia omnisciente (cp. 2:25) y creerían en su deidad. Como ya lo había hecho antes en el Evangelio de Juan (p. ej.,

8:24, 28, 58), Jesús tomó para sí el nombre divino de Dios en Éxodo 3:13-14, **Yo soy**.

A primera vista, la declaración de Jesús, “**De cierto, de cierto os digo: El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió**” (cp. Mt. 10:40; Mr. 9:37; Lc. 10:16) no parece relacionada con el contexto. Aun así, después de reflexionar, la conexión se hace evidente. Los discípulos (once) estarían horrorizados por la predicción de Jesús según la cual uno de ellos lo iba a traicionar. Tal vez creyeran que tener un traidor en medio de ellos destruiría su credibilidad como grupo y acabaría su misión. Más aún, si traicionaban a muerte al Señor, la esperanza de ellos de establecer inmediatamente el reino mesiánico terrenal moriría con Él.

Pero el Señor, habiendo lanzado su declaración en medio de las referencias a Judas, aseguró a los apóstoles que la traición de Judas no acabaría con su misión; Él iba a enviarlos como sus representantes en el mundo. El mismo nombre que Cristo les dio (Lc. 6:13) recalca esa verdad; la palabra griega que se traduce “apóstol” (*apostolos*) se refiere a quien es enviado con toda la autoridad de quien lo envió, semejante a un embajador de hoy día. Pero aunque los apóstoles tenían una autoridad única y no transferible (cp. Ef. 2:20), todos los creyentes representan a Jesucristo en el mundo. Pablo se lo recordó a los corintios: “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2 Co. 5:20; cp. Ef. 6:20). Los creyentes, como ciudadanos del cielo (Fil. 3:20), representan a su Rey en el mundo de los pecadores perdidos, entre los cuales viven como “extranjeros y peregrinos” (1 P. 2:11).

Tras haber preparado a los discípulos asegurándoles que ellos continuarían siendo sus representantes, Jesús **se conmovió en espíritu, y declaró y dijo: “De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar”**. *Conmovió* es una traducción del verbo *tarassō*, una palabra fuerte usada en sentido figurado para hablar de una agitación espiritual o mental severa. Describe el terror de los discípulos al ver que el Señor caminaba sobre el agua (Mt. 14:26), el espanto de Zacarías cuando el ángel Gabriel se le apareció en el templo (Lc. 1:12), el miedo de los discípulos cuando Jesús se les apareció después de la resurrección (Lc. 24:38), la angustia profunda en el alma de Jesús en la tumba de Lázaro (Jn. 11:33) y su aflicción ante la perspectiva de la cruz (Jn. 12:27).

Al Señor lo conmovían muchas cosas: el amor no correspondido por

Judas; la ingratitud de Judas ante toda la bondad que Él le había mostrado; la presencia malévolamente de Satanás, quien en poco tiempo poseería a Judas (v. 27); el destino terrible que le esperaba a Judas en el infierno y saber que la traición lo llevaría a la cruz, donde cargaría los pecados (2 Co. 5:21) y se separaría del Padre (Mt. 27:46). “En el pasaje presente, las emociones de Jesús se muestran en estado de agitación, todo su ser interior se convulsionaba al pensar que uno de sus seguidores más cercanos lo traicionaría entregándolo a sus enemigos” (Andreas J. Köstenberger, *John* [Juan], Baker Exegetical Commentary on the New Testament [Comentario exegético Baker sobre el Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Baker, 2004], p. 413). Tales serían las consecuencias terribles de la traición declarada ahora abiertamente por Jesús.

LA SORPRESA DE LOS DOCE

Entonces los discípulos se miraban unos a otros, dudando de quién hablaba. Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado de Jesús. A éste, pues, hizo señas Simón Pedro, para que preguntase quién era aquel de quien hablaba. Él entonces, recostado cerca del pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? (13:22-25)

Sorprendidos por el anuncio de Jesús, los discípulos (con la excepción de Judas, por supuesto) quedaron confundidos; como lo sugiere D. A. Carson:

Los doce ya estaban desorientados con las alusiones de Jesús a su sufrimiento y muerte, categorías que no encajaban en su convicción de que Él era el Mesías prometido. Sin duda, las referencias a la traición les parecían igual de oscuras. Tal vez algunos se preguntaran si Jesús se refería a los discípulos externos al círculo de los doce; otros podrían haberse preguntado si la traición sería involuntaria. Tal vez la noción de traición no les pareciera tan amenazante, pues su maestro podía calmar tormentas, levantar muertos, alimentar hambrientos y curar enfermos. ¿Qué desastre podría caer sobre Él que no pudiera rectificar? (*The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand

Rapids: Eerdmans, 1991], p. 472).

Obviamente, al estar solos en el cuarto con Jesús (cp. Mt. 26:20; Mr. 14:17-20; Lc. 22:11, 14-15), sabían que uno de los suyos—uno con el cual habían vivido y ministrado durante más de tres años, uno cuyos pies Jesús había lavado, uno de los elegidos para ser embajador—haría lo impensable y lo traicionaría. Pero, ¿quién? Que nadie haya descubierto a Judas es un tributo a la hipocresía de Judas (y a Jesús por no haberlo tratado de modo distinto a los otros discípulos). En lugar de acusar a Judas inmediatamente, **los discípulos se miraban unos a otros, dudando de quién hablaba**. Marcos registra que “ellos comenzaron a entristecerse, y a decirle uno por uno: ¿Seré yo? Y el otro: ¿Seré yo?” (Mr. 14:19); incluso “Judas, el que le entregaba, dijo: ¿Soy yo, Maestro?” (Mt. 26:25), manteniendo su hipocresía engañosa hasta el final. Lucas añade: “ellos comenzaron a discutir entre sí, quién de ellos sería el que había de hacer esto” (Lc. 22:23). Solo cabe preguntarse qué diría Judas.

Dado que los discípulos no tenían idea de quién podría ser el traidor, lo cual demuestra la capacidad hipócrita de Judas, finalmente Pedro tomó la iniciativa para averiguarlo. Pero en vez de preguntárselo al Señor directamente, se dirigió a quien **estaba recostado al lado de Jesús, aquel al cual Jesús amaba**. El discípulo amado era Juan, que nunca se menciona en su Evangelio. Su amor profundo por Jesús marca un contraste agudo con el odio intenso de Judas. (Para evidencia de que el discípulo amado era el apóstol Juan, véanse las pp. 17-18 de esta obra). Suponiendo que Juan sabía quién era el traidor, a él le **hizo señas Simón Pedro** para atraer su atención y **preguntase quién era aquel de quien hablaba**. Pero Juan tampoco lo sabía, entonces **recostado cerca del pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es?**

JESÚS SE DIRIGE AL TRAIADOR

Respondió Jesús: A quien yo diere el pan mojado, aquél es. Y mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón. Y después del bocado, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo más pronto. Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué le dijo esto. Porque algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diese algo a los pobres. Cuando él, pues, hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya de noche. (13:26-30)

Evidentemente, **Jesús** habló tan bajito que solo Juan lo oyó cuando respondió: “**A quien yo diere el pan mojado, aquél es**” (véase la explicación en los vv. 28-29 más abajo). **El pan** era sin levadura y se mojaba en una mezcla de hierbas amargas, vinagre, agua, sal, dátiles machacados, higos y pasas. Recibir **el pan mojado** del anfitrión era ser elegido para un honor especial. Jesús tuvo, pues, un gesto de honor con Judas, mostrándole su bondad hasta el final (cp. Ro. 2:4). Pero él había ido tan lejos en su apostasía que aun después de haber mojado **el pan** y habérselo dado **a Judas**, el corazón malvado del traidor siguió igual de duro. Judas rechazó el gesto final de amor de Cristo hacia él, tal como lo había hecho todas las veces anteriores durante tres años.

En ese momento acabó el día de salvación para Judas; el infierno llegó cuando **Satanás entró en él** (evidentemente, el diablo ganó el control directo sobre Judas en dos ocasiones: antes de organizar la traición [Lc. 22:3] y ahora, cuando estaba a punto de ejecutarse). La misericordia divina dio paso al juicio divino y, en esencia, se entregó a Judas en manos de Satanás (cp. 1 Co. 5:5; 1 Ti. 1:20). Había despreciado el amor de Cristo por última vez y se selló su condenación eterna.

F. F. Bruce escribe:

La acción de Jesús, escoger a Judas para un favor especial, puede haber sido un intento final para que abandonara su plan de traición y cumpliera su parte como verdadero discípulo. Hasta ese momento, no se había lanzado el dado de la suerte de modo irrevocable. Si Judas titubeó por un momento, solo fue para armarse de valor al ejecutar su decisión fatal de volverse el instrumento voluntario de Satanás, mientras podría haber sido el seguidor libre y mensajero de su Maestro. Satanás no podría haber entrado en él si él no lo hubiera aceptado. De haber estado dispuesto a decirle “no” al adversario, todo el poder de intercesión de su Maestro habría estado disponible para él y lo fortalecería. Pero cuando la voluntad de un discípulo se vuelve traidora, cuando se rechaza la ayuda espiritual de Cristo, la condición de esa persona de verdad es desesperada (*The Gospel of John* [El Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Eerdmans, 1983], p. 290).

Una vez que Judas cruzó la línea de modo irrevocable, Jesús lo dejó ir y le dijo: “**Lo que vas a hacer, hazlo más pronto**” (cp. Mt. 26:50).

Jesús controlaba cada detalle de su muerte, con lo cual probó la verdad de su declaración: “Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Jn. 10:18). Cristo estaba a punto de instituir la Santa Cena y no la iba a estropear por la presencia de Judas (y la de Satanás). Evidentemente, como ya se indicó, solo Juan oyó a Jesús decir que iba a señalar al traidor (y tal vez ni él hubiera notado que la traición era inminente). Por lo tanto, **ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué le dijo esto** a Judas. Solo podían especular, **puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: “Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diese algo a los pobres”** (algo tradicional en la Pascua).

Cuando Judas, pues, hubo tomado el bocado, luego salió de inmediato. Ahora que su traición había quedado expuesta, sabía que debía actuar rápidamente antes de que todo su complot se frustrara. Salió y fue directo al sanedrín y les dijo que la oportunidad (cp. Mr. 14:11) para arrestar a Jesús “a espaldas del pueblo” (Lc. 22:6) finalmente había llegado. Judas sabía que, después de la comida, “como solía” (Lc. 22:39) iría al Monte de los Olivos. Sabía la ubicación exacta de Getsemaní “porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos” (Jn. 18:2). La nota de pie de página de Juan, que **era ya de noche**, es más que el recuerdo de un testigo ocular; tiene un significado más profundo. La oscuridad no había descendido solamente sobre Jerusalén, también sobre el corazón de Judas. Ahora estaba bajo el completo dominio del poder de la oscuridad (cp. Lc. 22:53; Hch. 26:18; 2 Co. 6:14-15; Ef. 6:12; Col. 1:13). La siguiente vez que aparece Judas en la narración es a la cabeza de quienes van a arrestar a Jesús (Lc. 22:47; Jn. 18:3-5).

Emergen varias lecciones del relato trágico de esta traición de Judas. Primera, Judas es el mayor ejemplo en la historia de la oportunidad perdida y del privilegio desperdiciado. Él oía las enseñanzas de Jesús día tras día. Más aún, tuvo la oportunidad de relacionarse personalmente con Él. Fue testigo ocular de los milagros realizados por Jesús, los que probaban que era Dios en carne humana. Aun así, Judas rechazó la invitación de Cristo a cambiar la carga opresiva del pecado por el yugo fácil de la sumisión a Él (Mt. 11:28-30).

Segunda, Judas es la más importante ilustración del peligro de amar al dinero (1 Ti. 6:10). El dinero significaba más para él que la salvación eterna.

Tercera, Judas tipifica la vileza de la traición espiritual. En todas las

épocas ha habido Judas que profesan seguir a Cristo, pero se vuelven contra Él. La vida de Judas también es un recordatorio aleccionador sobre la necesidad del examen propio (2 Co. 13:5).

Cuarta, Judas fue la prueba viviente de la paciencia, misericordia y bondad amorosa de Cristo. Aun cuando llegó con la turba a Jesús, el Señor lo llamó “amigo” (Mt. 26:50).

Quinta, el ejemplo de Judas muestra que el diablo siempre estará obrando entre el pueblo de Dios. Jesús ilustró esa verdad en la parábola del trigo y la cizaña (Mt. 13:24-30, 36-43).

Sexta, Judas demostró el colmo de la hipocresía. Fue una rama infructuosa, se le lanzó al fuego eterno del infierno (Jn. 15:6).

Por último, lo demuestra Judas, no hay nada que los hombres pecadores puedan hacer para frustrar la voluntad soberana de Dios. A partir de la tragedia aparente de la cruz vino el triunfo de la redención; la victoria aparente de Satanás en realidad fue su derrota final (He. 2:14; 1 Jn. 3:8; cp. Gn. 3:15). Dios usó la traición de Judas para su propia gloria (cp. Gn. 50:20).

De hecho, cuando Judas vendió a Jesús a sus enemigos, estaba vendiendo su alma al diablo. En palabras del poeta:

Hoy como ayer
los hombres se ponen su precio;
por treinta monedas no vendió a Cristo,
por treinta monedas se vendió él.

49 La norma suprema del amor sacrificial

Entonces, cuando hubo salido, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará. Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir. Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros. Le dijo Simón Pedro: Señor, ¿a dónde vas? Jesús le respondió: A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después. Le dijo Pedro: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti. Jesús le respondió: ¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces. (13:31-38)

A lo largo de la historia las personas se han identificado como seguidores de Jesucristo por medio de varias señales externas que incluyen vestimenta especial y hasta diferentes cortes de cabello. En tiempos más recientes, algunos han usado collares, cruces u otras joyas, usan ropa con temática cristiana, pegan etiquetas cristianas en sus autos o beben el café en tazas adornadas con logos cristianos.

Tales muestras de lealtad externa no son de por sí malas y a veces pueden ser útiles para llamar la atención al testimonio cristiano propio. Pero esos símbolos superficiales y externos no son los que caracterizan a los seguidores verdaderos de Jesucristo; son las actitudes internas del corazón (Mt. 5:8; Lc. 8:15; Hch. 15:9; 16:14; Ro. 2:29; 10:9-10; 2 Co. 4:6; 2 Ti. 2:22; He. 10:22). Solo son sus hijos aquellos cuyos corazones han sido transformados por la gracia redentora de Dios (Jn. 3:3-8; 2 Co. 5:17; Tit. 3:5; 1 P. 1:3, 23).

Esa transformación interna produce vidas cambiadas cuyo fruto se hace visible en el comportamiento del creyente, en actitudes y acciones. En Gálatas 5:22-23, Efesios 5:9 y Colosenses 3:12-15 (cp. Lc. 6:43-45) se detalla este fruto que, en su nivel más básico, puede resumirse en una

palabra: *amor*. Los cristianos son quienes de verdad aman a Dios y al prójimo (cp. Ro. 12:9-21; 1 Co. 13:3-8; 1 P. 1:22-25; 1 Jn. 4:7-11) porque han sido regenerados por el poder del Espíritu (Tit. 3:5-7). Son quienes están capacitados para obedecer los mandamientos más grandes: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos” (Mr. 12:30-31). A diferencia de los irredentos, que odian a Dios y se aman a sí mismos (cp. Ef. 2:1-3), los cristianos aman al Señor (cp. Jn. 8:42) y aman al prójimo (cp. Fil. 2:1-5).

El amor por el Dios trino se demuestra más claramente con la obediencia, no con el servicio de labios. Jesús lo explicó así a sus discípulos: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Jn. 14:15) y después les dijo: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Jn. 15:14). Dijo a una multitud de judíos que supuestamente había creído en Él: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn. 8:31-32). La obediencia es la demostración genuina del amor a Cristo. Así, escribió Juan en su primera epístola:

Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo (1 Jn. 2:3-6).

La Biblia advierte repetidas veces sobre quienes dicen ser discípulos de Cristo, pero no lo son (cp. Jn. 2:23-24; 6:60-66; 12:25-26).

Jesús dijo que los falsos discípulos eran semejantes a la semilla que cae a la vera del camino, en el suelo rocoso o entre las espinas (Mt. 13:3-7); a la cizaña que crece junto con el trigo (Mt. 13:24-30); a los peces malos que se echan fuera (Mt. 13:47-48); a las cabras condenadas al castigo eterno (Mt. 25:33, 41); a las vírgenes necias que se van en el día de la boda (Mt. 25:1-12); a los siervos inútiles que entierran el talento de su amo (Mt. 25:24-30; cp. Lc. 19:11-27) y a quienes se quedan fuera cuando el padre de familia cierra la puerta (Lc. 13:25-27). El escritor de Hebreos dice que ellos tienen un corazón malo e incrédulo para apartarse

de Dios (He. 3:12), que continúan pecando voluntariamente después de recibir el conocimiento de la verdad (He. 10:26) y quienes caen de la verdad a la condenación eterna (He. 10:39). Juan llamó apóstatas en su primera epístola a quienes abandonan la comunidad de creyentes (1 Jn. 2:19). Al igual que Demas, profesan amor a Cristo, pero en realidad aman este mundo presente (2 Ti. 4:10; cp. 1 Jn. 2:16-17).

Lo que hace tan difícil detectar a los falsos discípulos es que suelen tener la apariencia externa de los discípulos auténticos, como la moralidad visible, el conocimiento intelectual de la Biblia e incluso algún nivel de participación en la vida externa de la iglesia.

Pero esas cosas son neutrales; ni prueban ni muestran la falsedad en la fe de la persona. El joven rico tenía una moral externa (Mt. 19:16-21), pero se fue de su encuentro con Jesucristo apenado y sin la salvación (v. 22). Jesús denunció a los fariseos así: “Semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia” (Mt. 23:27). Siguió diciendo: “Así también vosotros [los fariseos] por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad” (v. 28). Pablo indicó que tanto gentiles (Ro. 1:21) como judíos (Ro. 2:17ss.) pueden conocer intelectualmente al Dios de la verdad y aun así no ser salvos. La participación en un ministerio tampoco es un indicador confiable de la fe salvadora. En Mateo 7:22-23 Jesús advirtió: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”. Judas (Mt. 27:3) y Félix (Hch. 24:25) experimentaron la convicción del pecado, pero seguían sin ser salvos. Tomar la decisión de seguir a Cristo tampoco es de por sí una señal de la fe salvadora y auténtica. El suelo rocoso de la parábola describe a “los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero éstos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan” (Lc. 8:13). Igualmente, la semilla que cayó entres espinos “son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto” (v. 14).

Juan el Bautista retó a sus oyentes a dar “frutos dignos de arrepentimiento” (Mt. 3:8) y Pablo predicó que las personas debían realizar “obras dignas de arrepentimiento” (Hch. 26:20); demostrar el amor a Dios (Lc. 10:27; Ro. 8:28) que se evidencia al darle la espalda al pecado (Pr. 28:13; 2 Co. 7:10), al representar la humildad auténtica (Sal.

51:17; Mt. 5:3), al comprometerse a la oración (Lc. 18:1; 1 Ts. 5:17), al no exhibir egoísmos (1 Jn. 2:9-10; 3:14-18), al apartarse del mundo (Stg. 4:4; 1 Jn. 2:15-17), al crecer espiritualmente (Lc. 8:15; Jn. 15:1-2), al ser obediente (Mt. 7:21; 1 Jn. 2:3-5) y al cultivar el deseo por la Palabra de Dios (1 P. 2:1-3).

Desde el versículo 13:31 y hasta el final del capítulo 16, Jesús pronunció un discurso de despedida para sus once apóstoles (Judas ya había sido despachado [13:27, 30]). La responsabilidad final que dio el Señor a quienes ejecutarían su obra incluía instrucción, promesas, advertencias y mandamientos. En esta sección de apertura de ese discurso, el Señor resaltó la marca principal de quienes son sus discípulos verdaderos; a saber, el amor sincero y no egoísta.

Este pasaje enfatiza la norma suprema de ese amor al centrarse en la persona y obra de Cristo. En estos versículos se muestran la expresión profunda, el ejemplo preeminente y el alcance poderoso del amor sacrificial. Ilustran la calidad del amor que debe caracterizar a quienes se llaman sus discípulos.

LA EXPRESIÓN PROFUNDA DEL AMOR DE CRISTO

Entonces, cuando hubo salido, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará. Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir. (13:31-33)

La expresión más alta del amor es el sacrificio de uno mismo. Como dijo el Señor después a los discípulos, “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Jn. 15:13; cp. 10:11). De acuerdo con esas mismas líneas, el apóstol Juan escribió en su primera epístola: “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (1 Jn. 3:16). Por lo tanto, Jesús señaló su crucifixión inminente para subrayar lo que estaba a punto de enseñar a los discípulos sobre el amor.

En este pasaje, Jesús vio su muerte en términos de la glorificación que resultaría de esta. Aunque la crucifixión fue el momento de mayor humillación (Fil. 2:8), también era el suceso por el cual recibiría más gloria (cp. Jn. 17:4-5; Fil. 2:9-11). Todo su ministerio apuntaba a la cruz

(Mr. 10:45), esta era la cúspide de la vida en acuerdo perfecto con la voluntad del Padre.

Una vez Judas se comprometió irrevocablemente a traicionarlo, Jesús lo dejó ir (v. 30). Solo entonces, **cuando él hubo salido**, comenzó el Señor su discurso de despedida con los once apóstoles restantes. Con la cruz a solo unas pocas horas, los pensamientos de Jesús viraron a la plenitud de la gloria que le esperaba en la presencia del Padre (Jn. 17:5). Hizo tres declaraciones al respecto de esta gloria que pronto reasumiría.

La primera declaración, “**Ahora es glorificado el Hijo del Hombre**” (cp. Dn. 7:13-14), se refiere a su muerte en la cruz al día siguiente. La cruz parecía ser una derrota desastrosa y vergonzosa para Jesús. Aun así, a través de la cruz, donde dio su vida por los pecadores, la gloria de Cristo se mostró con toda claridad. En Hechos 3:13, Pedro declaró así al mismo pueblo que crucificó al Señor: “El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, cuando éste había resuelto ponerle en libertad”.

Jesús recibió gloria por medio de la cruz de varias maneras. Primera, su muerte obtuvo la salvación porque satisfizo las exigencias de la justicia divina para todos los que creerían en Él. Pablo escribió a los colosenses que Dios anuló “el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz” (Col. 2:14; cp. 1:19-22; Ro. 3:25; 5:8-9; Ef. 2:16; He. 2:17; 1 Jn. 2:2; 4:10). La muerte de Jesucristo también destruyó el poder del pecado; “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Ro. 8:3; cp. 6:6). Por último, su muerte destruyó el poder de Satanás y acabó con el reino de poder a quien “tenía el imperio de la muerte” (He. 2:14; cp. Is. 25:8; Os. 13:14; 1 Co. 15:54-57; 2 Ti. 1:10; 1 Jn. 3:8).

Aparte de recibir gloria por medio de su muerte, **Dios** también se glorificó **en Él**. Por medio de la cruz, la naturaleza gloriosa de Dios se mostró de manera suprema.

Primero, la muerte de Cristo mostró el poder de Dios. El odio diabólico de Satanás y la impiedad desesperada del mundo intentaron destruir a Jesús con todas las fuerzas, pero fallaron. Dios manifestó su poder resucitándolo de los muertos (Hch. 3:15; 4:10; 13:30; Ro. 10:9; Gá. 1:1; Col. 2:12; 1 P. 1:21) y destruyó así el poder de Satanás, el pecado y la muerte.

Segundo, la muerte de Cristo declaró la justicia de Dios. La pena por

la violación de los pecadores a su ley santa debía pagarse, y como “la paga del pecado es muerte” (Ro. 6:23), alguien debía morir. Por lo tanto, “el SEÑOR hizo recaer sobre Él la iniquidad de todos nosotros” (Is. 53:6, NVI; cp. v. 11; He. 9:28; 1 P. 2:24). Dios solo podía ser “justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Ro. 3:26) a través del sacrificio de su Hijo.

Tercero, la muerte de Cristo reveló la santidad de Dios. Dios nunca manifestó tan claramente su odio por el pecado como en el sufrimiento y muerte de su Hijo. El Padre ama al Hijo con amor infinito. Aun así, cuando Jesús se hizo maldición en la cruz por los creyentes (Gá. 3:13), el Padre, que es “muy limpio... de ojos para ver el mal [y no puede] ver el agravio” (Hab. 1:13), se alejó de Él. Esto provocó un grito agónico de Jesús: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46).

Cuarto, la muerte de Cristo expresó la fidelidad de Dios. Él prometió un redentor desde el primer momento en que la desobediencia de Adán y Eva hundió a la humanidad en el pecado (Gn. 3:15; cp. Is. 52:13—53:12; Mt. 1:21). Y cumplió su promesa aunque le costara su único Hijo.

Finalmente, de acuerdo con el tema general del pasaje, la muerte de Cristo fue la demostración más poderosa del amor de Dios en toda la historia. Pablo escribió a los romanos: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8). Juan añadió: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:10; cp. vv. 9, 14; Gá. 4:4-5).

La última declaración de Cristo en cuanto a su glorificación va más allá de la cruz, hasta su exaltación a la derecha del Padre: “**Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo**” (Mt. 26:64; Hch. 2:33; 5:31; 7:55-56; Ro. 8:34; Ef. 1:20; Col. 3:1; He. 1:3, 13; 8:1; 10:12; 12:2; 1 P. 3:22). Pablo tenía en mente este aspecto de la gloria de Dios cuando escribió así a los filipenses: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Fil. 2:9; cp. Hch. 2:33; 7:55; Ro. 8:34; Col. 3:1; He. 1:3; 10:12). A esta gloria anhelaba regresar Jesús (Jn. 17:5). El Señor podía decir que el Padre **en seguida le glorificaría** porque su resurrección y ascensión seguirían poco tiempo después de la cruz. Su coronación cuando “se sentó a la diestra del trono de Dios” era “el gozo puesto delante de él”, por el cual de buen agrado “sufrió la cruz, menospreciando el oprobio” (He. 12:2).

Pero la glorificación de Jesús significaba que Él debería dejar a los discípulos; una verdad difícil de entender y aceptar para ellos (cp. 14:1; 16:16-18; Mt. 16:21-22; Hch. 1:9-11). Pocos días antes le había oído advertir a los judíos: “Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz” (12:35-36). Ahora, con gentileza, usando el término afectivo *teknia* (“hijitos”), el Señor les recordó esa realidad a los discípulos, diciéndoles: “**Aún estaré con vosotros un poco**”. Después de que Él se fuera, anhelarían su presencia visible, pero **como** dijo a los judíos, así les decía **ahora** a ellos (cp. 7:34; 8:21): “**A donde yo voy, vosotros no podéis ir**”. El Señor no solo dejaba a los discípulos, además iba donde ellos no podrían seguirlo inmediatamente. Sin embargo, a diferencia de los judíos incrédulos, los discípulos volverían a ver a Jesús un día (v. 36; 16:16).

Los discípulos amaban a Cristo profundamente y dependían por completo de Él. Saber que los iba a dejar en poco tiempo era doloroso y temible. De cierto, su muerte inminente no era lo que habrían escogido. Aun así, era el acto más necesario y amoroso que Cristo podía hacer por ellos. Como ya les había enseñado el Señor: “Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas” (Jn. 10:11). Había venido a morir por ellos y por todos los que creyeran en Él.

En la cruz, por medio de Cristo, se hizo manifiesto el amor insuperable y eternamente único de Dios (cp. Jn. 3:16). Antes, en este mismo capítulo, el Señor había ilustrado su amor humilde y sacrificial al lavar los pies de los discípulos (13:5-15). Ahora señalaba una demostración mucho mayor de ese amor: la cruz. En esta expresión de amor infinita se apoya el mandamiento siguiente del Señor.

EL EJEMPLO PREEMINENTE DEL AMOR DE CRISTO

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros. (13:34-35)

En un sentido, la responsabilidad dada por el Señor a los doce no era nueva. El Antiguo Testamento prescribía el amor a Dios (Dt. 6:5) y a las personas (Lv. 19:18), como lo había afirmado Jesús (Mt. 22:34-40). Pero

era **un mandamiento nuevo** (cp. 1 Jn. 2:7-8; 3:11; 2 Jn. 5) en el sentido de presentar una norma de amor más alta, con base en el ejemplo del Señor Jesucristo. Los creyentes enfrentaban el reto enorme de amarse **unos a otros; como** Él los había **amado** (cp. 15:12-13, 17). Desde luego, amar de ese modo es imposible sin el poder transformador del nuevo pacto (Jer. 31:31-34). Los creyentes pueden amar como Jesús lo ordenó solamente porque “el amor de Dios ha sido derramado en [sus] corazones por el Espíritu Santo que [les] fue dado” (Ro. 5:5; cp. Gá. 5:22).

El ejemplo de Cristo con su amor sacrificial y desinteresado, determina la norma suprema que los creyentes deben seguir. D. A. Carson escribe:

El nuevo mandamiento es lo suficientemente simple para que lo memorice y aprecie un niño pequeño, lo suficientemente profundo para que la mayoría de los creyentes maduros se avergüencen una vez tras otra de cuán poco lo entienden y lo practican... Cuanto más reconocemos la profundidad de nuestro propio pecado, más reconocemos el amor de nuestro Salvador; cuanto más apreciamos el amor de nuestro Salvador, más altas parecen sus normas; cuanto más altas parecen sus normas, más reconocemos nuestro egoísmo, nuestro egocentrismo innato, la profundidad de nuestro pecado. Con una norma como esta, ningún creyente pensativo puede decir a este lado de la parousia “Yo cumplo perfectamente las estipulaciones básicas del nuevo pacto” (*The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], *The Pillar New Testament Commentary* [Comentario Pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], pp. 429-430; cp. Andreas J. Köstenberger, *John* [Juan], *Baker Exegetical Commentary on the New Testament* [Comentario Exegético Baker sobre el Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Baker, 2004], p. 484. Cursivas en el original).

En Efesios 5:2 Pablo exhortó: “Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros”. Tal clase de amor es: “Sufrido, es benigno... no tiene envidia... no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo

lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Co. 13:4-7). Si la iglesia amara siempre del mismo modo, tendría un impacto poderoso en el mundo.

Francis Schaeffer mencionó en el libro *The Mark of a Christian* [La marca de un cristiano] dos maneras prácticas en que los cristianos pueden manifestarse amor unos a otros. Primera, pueden hacerlo al estar dispuestos a disculparse y buscar el perdón de aquellos a quienes han ofendido. No son las diferencias doctrinales lo que provoca las disputas más amargas y agudas en el cuerpo de Cristo, es la carencia de amor con que se tratan esas diferencias. La disposición a disculparse ante quienes han ofendido es crucial para preservar la unidad del cuerpo de Cristo. Jesús enseñó en el Sermón del Monte que la reconciliación con el prójimo es prerequisite de la adoración a Dios: “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mt. 5:23-24).

La segunda forma práctica de demostrar amor es perdonando. A la luz del perdón eterno que viene por medio de la cruz, los cristianos deben estar prestos a perdonar la ofensas temporales cometidas contra ellos (Mt. 18:21-35; cp. 6:12, 14-15). Los creyentes pueden extender ese amor a otros en el perdón porque el amor de Dios ha transformado sus corazones. Juan escribió en su primera epístola: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros” (1 Jn. 4:10-11). En Lucas 17:3-4 Jesús ordenó: “Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale”. En Efesios 4:32 Pablo escribió: “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (cp. Col. 3:13).

El mandamiento del Señor a amar se extiende más allá de la Iglesia, hasta abarcar a todas las personas. La oración de Pablo por los tesalonicenses era que el Señor los hiciera “crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos” (1 Ts. 3:12). Y exhortó a los gálatas a hacer “bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gá. 6:10). El escritor de Hebreos dio esta responsabilidad a sus lectores: “No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo,

hospedaron ángeles” (He. 13:2).

La declaración del Señor **“En esto conocerán todos que sois mis discípulos”** revela el efecto cuando los creyentes tienen **amor los unos con los otros**: El mundo sabrá que pertenecemos a Él. La Iglesia puede ser ortodoxa en su doctrina y vigorosa en su proclamación de la verdad, pero eso no persuadirá a los incrédulos a menos que los creyentes se amen unos a otros. De hecho, Jesús entregó al mundo el derecho a juzgar si alguien es cristiano o no basándose en el amor sincero de esa persona hacia los otros cristianos. Francis Schaeffer escribe:

La Iglesia debe ser amorosa en una cultura moribunda... En medio del mundo, en medio de nuestra cultura presente moribunda, Jesús le da un derecho a ese mundo. Bajo su autoridad, el mundo tiene derecho a juzgar si usted y yo somos cristianos nacidos de nuevo, con base en el amor observable hacia todos los cristianos.

Eso causa mucho respeto, Jesús se vuelve al mundo y le habla: “Tengo algo que decirles. Según mi autoridad, les doy un derecho: Pueden juzgar si un individuo es cristiano o no de acuerdo con el amor que muestra hacia todos los cristianos”. En otras palabras, si la gente se nos acerca y juzga que no somos cristianos porque no mostramos amor hacia los otros cristianos, debemos entender que solo están usando la prerrogativa que Jesús les otorgó (*The Mark of a Christian* [La marca de un cristiano] [Downers Grove: InterVarsity, 1970], pp. 12-13).

El amor que tenga un creyente por los otros creyentes le asegura que su fe es auténtica. Como Juan escribió: “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte” (1 Jn. 3:14; cp. 2:10; 4:12).

EL ALCANCE PODEROSO DEL AMOR DE CRISTO

Le dijo Simón Pedro: Señor, ¿a dónde vas? Jesús le respondió: A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después. Le dijo Pedro: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti. Jesús le respondió: ¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas

negado tres veces. (13:36-38)

El diálogo de Jesús con Pedro ilustra doblemente el alcance del amor de Cristo, hecho posible mediante su sacrificio en la cruz. Por un lado, su conversación demostró la importancia del amor de Cristo, porque garantizó la vida eterna de sus discípulos. Por otra parte, también evidenció el poder del amor de Cristo, porque demostró ser más grande que la cobardía desleal de Pedro (y los otros discípulos).

Inquieto porque el Señor declaró que los dejaría (véase la explicación del v. 33 ya expuesta), Pedro preguntó: “**Señor, ¿a dónde vas?**”. Su pregunta ansiosa refleja la incapacidad continua de los discípulos y lo poco dispuestos a aceptar que Jesús los iba a dejar. No mucho tiempo después de la confesión magnífica de Pedro sobre que Jesús es “el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mt. 16:16), enseguida lo llevó aparte, “comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera [la muerte; v. 21] te acontezca” (v. 22). Los discípulos eran incapaces de armonizar las declaraciones repetidas de Jesús sobre su muerte (p. ej., Mt. 16:21; 17:22-23; 20:17-19; Mr. 9:31-32; Lc. 18:31-34; 24:6-7, 26) con su concepto preconcebido del reino, del cumplimiento de los pactos del Antiguo Testamento y las promesas del Mesías.

Jesús había dicho a los judíos incrédulos: “Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir” (8:21; cp. 7:34). En contraste, su respuesta a Pedro ofrecía esperanza para los discípulos: “**A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después**”. Aún no era el tiempo en el plan eterno de Dios para que Pedro (luego los otros once) siguiera a Jesús; ese tiempo vendría **después** (cp. 21:18-19).

El poder de Cristo se mostró en su respuesta, aunque Pedro no se quedó satisfecho (como indica su réplica rápida). Los discípulos se unirían un día con Él en su gloria celestial (cp. Jn. 14:2), porque Él había puesto su amor en ellos, los había hecho sus discípulos (cp. Jn. 15:16) y los había amado hasta morir por ellos (cp. Jn. 13:1). Nada—ni su deserción, ni su negación, ni su muerte futura—los separaría del amor de su Señor. Como lo explicó Pablo en Romanos 8:38-39: “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”.

Poco dispuesto a dejar pasar el asunto, Pedro insistió: “**Señor, ¿por**

qué no te puedo seguir ahora?”. A continuación, sobreestimando su fuerza añadió: **“Mi vida pondré por ti”**. Los relatos paralelos de los Evangelios sinópticos revelan la vehemencia de la presunción de Pedro: “Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré” (Mt. 26:33); “mas él con mayor insistencia decía: Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré” (Mr. 14:31); “él le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo no solo a la cárcel, sino también a la muerte” (Lc. 22:33). Siguiendo la batuta de Pedro, “también todos [los otros discípulos] decían lo mismo” (Mr. 14:31). La historia demostraría que se estaban sobreestimando en demasía (Mt. 26:56, 69-75); trágicamente, la predicción solemne del Señor se cumpliría: **“¿Tu vida pondrás por mí?** (una declaración irónica; fue el Señor quien dio su vida por Pedro). **De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces”**. “Tristemente, las buenas intenciones expresadas en un cuarto seguro después de una buena comida son menos atractivas en un jardín oscuro con una turba hostil. En este punto del peregrinaje de Pedro, sus intenciones y su valoración propias sobrepasaban ampliamente su fuerza” (Carson, *Juan*, p. 486). Evidentemente, las palabras de Cristo sometieron a Pedro, quien de modo extraño se quedó callado durante el resto del discurso de despedida del Señor (Pedro no vuelve a aparecer en la narración hasta el 18:10).

La presunción necia, aunque bien intencionada, de Pedro fue lo primero que lo llevó a perder la prueba de lealtad a Cristo. Otro factor contribuyente fue no velar y orar para no entrar en tentación (Mt. 26:41). Esas dos manifestaciones de su orgullo y confianza desmedida lanzaron a Pedro en las profundidades de la cobardía y del desespero (Lc. 22:61-62).

Pero ese no fue el final de la historia para Pedro. El amor de Cristo por él no lo dejaría escapar (cp. Jn. 6:37, 39; 10:28-29). Después de ser restaurado por Jesús (Jn. 21:15-17; nótese el énfasis en el amor para la restauración de Pedro) y lleno del Espíritu (Hch. 2:1-4), Pedro se convirtió en líder de la naciente iglesia. Predicó con intrepidez el evangelio (Hch. 2:14-36; 3:12-26) y escribió dos epístolas en las cuales destila algunas lecciones dolorosas aprendidas (cp. 1 P. 4:7; 5:5).

Antes del final de sus días, Pedro entendió la norma suprema que estableció el amor de Cristo para él y para todos los que aman al Señor. Murió voluntariamente por su Señor (21:18-19). Impactado profundamente por el ejemplo de Cristo, siendo el directo beneficiario de su sacrificio, Pedro instruyó a sus lectores a amarse “unos a otros entrañablemente, de corazón puro” (1 P. 1:22), pues ya habían sido

redimidos “con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1:19). Ellos eran quienes habían “gustado la benignidad del Señor” (2:3) y quienes tenían a Cristo por “ejemplo, para [seguir] sus pisadas” (2:21). Así, “ante todo, [tener] entre [ellos] ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados” (4:8).

Cristo, mediante su muerte en la cruz, no solo dio un ejemplo perfecto de amor, también hizo posible que quienes alguna vez habían sido pecadores fueran justificados ante Dios. Solo los regenerados y quienes han recibido el Espíritu Santo pueden amar como Él amó (cp. 1 P. 1:22-23; 1 Jn. 2:7-9; 4:7-11). Para quienes son creyentes, el amor de Cristo es la norma suprema de cómo se ve el amor. Es la marca de sus discípulos verdaderos, la garantía de su salvación futura y de su santificación presente. El amor de Cristo es de cierto una verdad gloriosa. Como escribió de forma apropiada el escritor de este himno:

El profundo amor de Cristo
Es inmenso, sin igual;
Cual océano sus ondas
En mí fluyen, gran caudal.
Me rodea y protege
La corriente de su amor,
Siempre guiando, impulsando,
Hacia el celestial hogar.

El profundo amor de Cristo
Digno es de loor y prez,
¡Cuánto ama, siempre ama,
Nunca cambia, puro es!
¡Cuánto ama a los suyos,
Por salvarlos el murió!
Intercede en el cielo
Por aquellos que compró.

El profundo amor de Cristo,
Grande, sin comparación,
Es refugio de descanso,
Es un mar de gran bendición.
El profundo amor de Cristo
Es un cielo para mí;

Me levanta hasta la Gloria,
Pues me lleva hacia Ti.
El profundo amor de Cristo
Es inmenso sin fin.

50 Consuelo para corazones angustiados

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino. Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conociereis, también a mi Padre conoceréis; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras. De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieris en mi nombre, yo lo haré. (14:1-14)

La vida en este mundo caído y maldito por el pecado está envuelta en problemas y pruebas. En lugar de pretender que no existen, las Escrituras enfrentan las dificultades de la vida directamente. Job, que no fue ajeno al sufrimiento, declaró: “El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores” (Job 14:1). Elifaz, uno de los aspirantes a consejero de Job, manifestó que “como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción” (Job 5:7). En Jeremías 20:18 el profeta se lamentó: “¿Para qué salí del vientre? ¿Para ver trabajo y dolor, y que mis días se gastasen en afrenta?”. Sabiendo que sus seguidores enfrentarían problemas en esta vida, el Señor Jesucristo les

ordenó: “Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal” (Mt. 6:34). En Juan 16:33 Él reiteró esta realidad: “En el mundo tendréis aflicción”. Pablo y Bernabé recordaron esto a los creyentes en Asia Menor: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hch. 14:22).

Pero la promesa bendita de las Escrituras es que Dios, “Padre de misericordias y Dios de toda consolación” (2 Co. 1:3; cp. Is. 51:12), consolará a sus hijos. Pablo continuó escribiendo: “[Él] nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios. Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación” (vv. 4-5). Dios nos consuela porque es “misericordioso y piadoso” (Éx. 34:6; cp. Dt. 4:31; 2 Cr. 30:9; Neh. 9:17, 31; Sal. 78:38; 103:8; 111:4; 116:5; Lm. 3:22; Dn. 9:9; Jl. 2:13; Jon. 4:2; Stg. 5:11).

Inicialmente, Dios consuela a su pueblo concediéndole perdón, salvación y el Espíritu Santo, el cual es el Consolador (14:16, 26). Jesús prometió que quienes lloran por sus pecados recibirán consolación (Mt. 5:4; cp. Is. 12:1-2; 40:1-2; 51:11-12; 52:9). Ese consuelo decretado (2 Ts. 2:16) culminará en la paz perfecta y la dicha eterna del cielo (Is. 25:8; Ap. 7:17; 21:4).

Dios no solo prometió consolar a los creyentes en el futuro, también prometió hacerlo en las pruebas y dificultades de la vida presente. En el más amado de los Salmos, David escribió confiadamente: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento” (Sal. 23:4). En el Salmo 86:17 exultó: “Porque tú, SEÑOR, me has brindado ayuda y consuelo” (NVI). Hablando por experiencia propia, Pablo escribió: “Dios... consuela a los humildes” (2 Co. 7:6). El apóstol les recordó a los tesalonicenses que Dios “[conforta los] corazones, y [los confirma] en toda buena palabra y obra” (2 Ts. 2:17).

Dios consuela a su pueblo cuando este clama a Él en oración. El salmista oró: “Sea ahora tu misericordia para consolarme... Desfallecieron mis ojos por tu palabra, diciendo: ¿Cuándo me consolarás?” (Sal. 119:76, 82). La Palabra también es una fuente de consuelo: “Éste es mi consuelo en medio del dolor: que tu promesa me da vida... Me acuerdo, SEÑOR, de tus juicios de antaño, y encuentro consuelo en ellos” (Sal. 119:50, 52;

NVI). El Espíritu Santo, el Consolador divino (Jn. 14:16, 26; 15:26; 16:7), también consuela a los cristianos: “Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo” (Hch. 9:31).

En la noche anterior a su muerte, el Señor Jesucristo se dirigió a los once discípulos restantes (excepto Judas) en el aposento alto. Aunque la cruz, con su carga de pecados (2 Co. 15:21) y la separación del Padre (Mt. 27:46), era inminente, el enfoque de Jesús no estaba en su situación terrible. En su lugar, se preocupaba por los discípulos, cuyo mundo iba a ser zarandeado. Ya estaban confundidos, heridos y angustiados por la pérdida inminente de su amado Maestro. Él pronto se iría y ellos llorarían y se lamentarían (16:20). Jesús buscaba consolarlos por su partida, debido a su amor perfecto y completo por los discípulos (véase la explicación de 13:1 en el capítulo 47 de esta obra). Los primeros catorce versículos del capítulo 14 establecen el fundamento de este consuelo; no solo para los discípulos reunidos en el aposento alto sino también para todos los creyentes. El consuelo viene de confiar en la presencia, preparación, proclamación, persona, poder y promesa de Jesucristo.

EL CONSUELO VIENE DE CONFIAR EN LA PRESENCIA DE CRISTO

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí.
(14:1)

Los últimos días habían sido una montaña rusa emocional para los discípulos. Sus esperanzas mecánicas fervientes habían llegado al máximo durante la agitación vertiginosa de la entrada triunfal; solo para que se hiciera añicos cuando Jesús anunció públicamente su muerte inminente: “De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Jn. 12:24) y repetir luego en privado esa predicción para ellos: “Hijos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir” (13:33).

Al igual que los judíos, los discípulos veían en el Mesías a un rey conquistador. Él, creían ellos apasionadamente, liberaría a Israel de la opresión romana, restauraría su soberanía y gloria y la extendería por el mundo. El concepto de un Mesías moribundo no cabía en su teología (cp. Lc. 24:21). En una nota más personal, los discípulos lo habían dejado

todo por seguir a Jesús (Mt. 19:27); ahora, al parecer, Él los dejaba a ellos.

Otros sucesos de esa noche en el aposento alto se habían sumado a la confusión emocional que sentían los discípulos. Estaban avergonzados por su negación orgullosa a lavarse los pies unos a otros, lo cual llevó a Jesús a hacer humildemente lo que ellos se habían negado a hacer (13:3-5). Estaban estupefactos al oír a Jesús predecir que uno de ellos lo iba a traicionar (13:21-22) y consternados por la noticia de que Pedro, su líder fiel y al parecer el más fuerte y audaz de todos, negaría cobardemente a Cristo (13:38). Sin duda, también estaban inquietos porque sentían que el Señor mismo estaba angustiado (13:21).

Así, cuando Jesús les dijo “**no se turbe vuestro corazón**” (cp. Gn. 15:1; 26:24; 46:3; Éx. 14:13; Nm. 21:34; Dt. 1:21, 29; 20:1; 31:6; Jos. 1:9; 11:6; 1 Cr. 22:13; 28:20; Pr. 3:25; Is. 37:6; 41:10, 13, 14; 43:1, 5; 44:2, 8; 51:7; Jer. 1:8; 42:11; 46:27-28; Lm. 3:57; Jl. 2:21; Hag. 2:5; Zac. 8:13, 15; Mt. 10:31; Hch. 18:9; 27:24; 1 P. 3:14; Ap. 2:10), no les estaba diciendo que no comenzaran a sentirse turbados. Ellos ya lo estaban; les estaba diciendo que pararan. **Turbe** traduce una forma del verbo *tarassō* (“sacudir” o “agitar”). Se usó para describir el movimiento literal en el estanque de Betesda (5:7) y, en sentido figurado, para la agitación espiritual o mental severa (Mt. 2:3; 14:26; Lc. 1:12; 24:38; Jn. 11:33; 13:21; Hch. 15:24). Como siempre, Jesús conocía el corazón de sus discípulos; entendía su confusión y sus preocupaciones. El siempre compasivo Salvador simpatizaba con su pena y dolor (Is. 53:3-4; He. 4:15). Aunque los discípulos obviarán el dolor de Jesús, Él sentía el de ellos y buscaba consolarlos.

Entonces el Señor añadió otro mandamiento. Tal como los discípulos creían **en Dios**, debían **también** creer **en Jesús**. Cristo afirmó su deidad, se ubicó a la par del Padre como objeto apropiado de la fe. Al llamarlos a esperar en Dios, Jesús estaba llamando a sus discípulos a poner su esperanza en Él.

A pesar de lapsos ocasionales en idolatría, Israel tenía una herencia de fe y confianza en Dios. Abraham “creyó al SEÑOR, y el SEÑOR lo reconoció a él como justo” (Gn. 15:6, NVI). Cuando Moisés le dice a la nación “Escucha, Israel: El SEÑOR nuestro Dios es el único SEÑOR” (Dt. 6:4, NVI), se capta la esencia de la fe en el Antiguo Testamento. “A ti, SEÑOR, elevo mi alma; mi Dios, en ti confío”, dijo David (Sal. 25:1-2, NVI; cp. 42:5, 11). En otro salmo escribió: “Pero yo, SEÑOR, en ti confío, y digo: ‘Tú eres mi Dios’” (Sal. 31:14, NVI). En un pasaje especialmente apropiado

para la situación de los discípulos, David declaró con confianza: “Cuando siento miedo, pongo en ti mi confianza” (Sal. 56:3; cp. vv. 4, 11). Ezequías recibió elogios porque “puso su confianza en el SEÑOR, Dios de Israel. No hubo otro como él entre todos los reyes de Judá, ni antes ni después” (2 R. 18:5, NVI). En resumen, “En [Dios] confiarán los que conocen [su] nombre” (Sal. 9:10; cp. 21:7; 22:4, 5, 9; 26:1; 28:7; 31:6, 14; 32:10; 33:21; 37:3, 5; 40:4; 52:8; 55:23; 62:8; 84:12; 86:2; 91:2; 112:7; 115:9-11; 125:1; 143:8; Pr. 3:5; 16:20; 22:19; 28:25; 29:25; Is. 12:2; 26:3-4; 50:10; Jer. 17:7; Dn. 6:23).

Muchos israelitas creían en Dios a pesar de no haberlo visto nunca. Incluso Moisés “se sostuvo como viendo al Invisible” (He. 11:27), por eso Dios le dijo: “No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá” (Éx. 33:20; cp. Dt. 4:12; Jn. 1:18; 6:46; 1 Ti. 6:16). Los discípulos necesitaban tener la misma clase de fe en Jesús cuando Él ya no estuviera visiblemente presente entre ellos. El Señor no llamaba a los discípulos a creer en Él para salvación; ellos ya lo habían hecho (13:10-11). El tiempo presente del verbo *pisteuō* (**creed**) se refiere, en su lugar, a una confianza continua en Él. Aunque los discípulos creían de verdad en Jesús, su fe estaba comenzando a tambalearse. Pronto, cuando Él fuera quitado de entre ellos y enfrentaran los acontecimientos dramáticos de la traición, arresto y crucifixión de Cristo, esa fe alcanzaría su punto más bajo.

Pero Cristo no necesitaba estar presente de modo visible para que los discípulos recibieran consuelo y fuerza de Él. De hecho, Jesús elogió la fe de quienes no lo habían visto (Jn. 20:29; cp. 1 P. 1:8). Aunque no volvería a estar presente de forma visible con los discípulos, Cristo hizo una promesa que seguía siendo cierta: “No te desampararé, ni te dejaré” (He. 13:5; cp. Gn. 28:15; Dt. 31:6, 8; Jos. 1:5; 1 S. 12:22; 1 Cr. 28:20; Sal. 37:25, 28; Is. 41:10).

El ministerio del Espíritu Santo después de Pentecostés es hacer a los cristianos conscientes de la presencia consoladora de Cristo. En este capítulo, más adelante, Jesús prometió:

Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros (vv. 16-18).

En 15:26 dijo a los discípulos: “Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (cp. 16:7, 13-14).

La presencia de Cristo es suficiente para calmar el corazón creyente, sea cual sea la situación desconcertante y problemática en que se encuentre. Como lo indicó John Owen, un puritano piadoso: “El sentido de la presencia de Dios en amor es suficiente para reprender toda la ansiedad y miedo; y no solo eso, sino para dar, en medio de esas cosas, consolación y alegría sólidas” (*The Forgiveness of Sin* [El perdón del pecado] [Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1977], p. 17).

EL CONSUELO VIENE DE CONFIAR EN LA PREPARACIÓN DE CRISTO

En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. (14:2-3)

Otro ofrecimiento para consolar a los discípulos fue la revelación de que su separación de Él no sería permanente. Estas palabras de Jesús aseguraban a los discípulos que les estaba diciendo la verdad: “**Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho**”. En parte, se iba **a preparar lugar para ellos**, donde se reunirían con Él en su gloria celestial (Jn. 17:24).

La casa del Padre es otro nombre para el cielo, descrito en varias partes como un país (He. 11:6) debido a su amplitud, una ciudad (He. 12:22) para enfatizar su gran número de habitantes, un reino (2 Ti. 4:18) porque Dios es su Rey (Dn. 4:37; cp. Mt. 11:25; Hch. 17:24), el paraíso (Lc. 23:43; 2 Co. 12:4; Ap. 4:1-11) por su belleza indescriptible y un lugar de descanso (cp. He. 4:1-11) donde los redimidos están libres del conflicto agotador con el pecado, Satanás y el sistema maligno del mundo que odia a quienes aman a Cristo (Jn. 15:19; 17:14).

Las **moradas** mencionadas por el Señor no deben entenderse como edificios separados, como si el cielo fuera una extensión gigante de casas. Más bien, la descripción se parece más a la de la casa familiar con habitaciones añadidas para sus hijos y sus familias, como solía ocurrir en Israel. En términos modernos, las **moradas** podrían describirse como cuartos o apartamentos en la casa espaciosa del Padre. El énfasis está en la intimidad del cielo; “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y

él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Ap. 21:3). El hecho de que haya **muchas** de tales moradas quiere decir que habrá espacio para todos los que Dios, en su infinito amor y misericordia, ha escogido para redención. Apocalipsis 21:16 dice: “La ciudad [la Nueva Jerusalén] era cuadrada; medía lo mismo de largo que de ancho. El ángel midió la ciudad con la caña, y tenía dos mil doscientos kilómetros: su longitud, su anchura y su altura eran iguales” (NVI). En términos de las medidas modernas, solamente la base de la ciudad tiene poco menos de cinco millones de metros cuadrados; más de la mitad del tamaño de Estados Unidos. Su altura incrementa exponencialmente el espacio habitable.

El lugar que está preparando el Señor Jesucristo para los creyentes es de una belleza inexpresable y deslumbrante:

Se acercó uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas con las últimas siete plagas. Me habló así: “Ven, que te voy a presentar a la novia, la esposa del Cordero”. Me llevó en el Espíritu a una montaña grande y elevada, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios. Resplandecía con la gloria de Dios, y su brillo era como el de una piedra preciosa, semejante a una piedra de jaspe transparente. Tenía una muralla grande y alta, y doce puertas custodiadas por doce ángeles, en las que estaban escritos los nombres de las doce tribus de Israel. Tres puertas daban al Este, tres al Norte, tres al Sur y tres al Oeste. La muralla de la ciudad tenía doce cimientos, en los que estaban los nombres de los doce apóstoles del Cordero. El ángel que hablaba conmigo llevaba una caña de oro para medir la ciudad, sus puertas y su muralla. La ciudad era cuadrada; medía lo mismo de largo que de ancho. El ángel midió la ciudad con la caña, y tenía dos mil doscientos kilómetros: su longitud, su anchura y su altura eran iguales. Midió también la muralla, y tenía sesenta y cinco metros, según las medidas humanas que el ángel empleaba. La muralla estaba hecha de jaspe, y la ciudad era de oro puro, semejante a cristal pulido. Los cimientos de la muralla de la ciudad estaban decorados con toda clase de piedras preciosas: el primero con jaspe, el segundo con zafiro, el tercero con ágata, el cuarto con esmeralda, el quinto con ónice, el sexto con cornalina, el

séptimo con crisólito, el octavo con berilo, el noveno con topacio, el décimo con crisoprasa, el undécimo con jacinto y el duodécimo con amatista. Las doce puertas eran doce perlas, y cada puerta estaba hecha de una sola perla. La calle principal de la ciudad era de oro puro, como cristal transparente. No vi ningún templo en la ciudad, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo. La ciudad no necesita ni sol ni luna que la alumbren, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Las naciones caminarán a la luz de la ciudad, y los reyes de la tierra le entregarán sus espléndidas riquezas. Sus puertas estarán abiertas todo el día, pues allí no habrá noche. Y llevarán a ella todas las riquezas y el honor de las naciones. Nunca entrará en ella nada impuro, ni los idólatras ni los farsantes, sino solo aquellos que tienen su nombre escrito en el libro de la vida, el libro del Cordero (Ap. 21:9-27).

La promesa de Jesús se refiere al arrebatamiento de la iglesia: **“Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”** (1 Co. 15:51-54; 1 Ts. 4:13-18; Ap. 3:10). La ausencia de cualquier referencia al juicio indica que el Señor no se refería aquí a su segunda venida a la tierra para juzgar y establecer su reino (Mt. 13:36-43, 47-50; 24:29-44; 25:31-46; Ap. 19:11-15), sino al encuentro con los creyentes en el cielo (cp. 1 Ts. 4:13-18; 1 Co. 15:51-57). Más aún, las diferencias entre los dos eventos refuerzan tal verdad. En la segunda venida, los ángeles reunirán a los elegidos (Mt. 24:30-31), pero aquí Jesús dice a los discípulos que vendrá personalmente a por ellos. En la segunda venida, los santos regresarán con Cristo (Ap. 19:8, 14) cuando Él venga a establecer su reino terrenal (Ap. 19:11—20:6); aquí promete regresar a por ellos. Entre el arrebatamiento y la segunda venida, la Iglesia celebrará la cena de las bodas del Cordero (Ap. 19:7-10), los creyentes recibirán sus recompensas (1 Co. 3:10-15; 4:5; 2 Co. 5:10). Cuando regrese en juicio y en la gloria del reino, los santos vendrán con Él (Ap. 19:7, 11-14).

EL CONSUELO VIENE DE CONFIAR EN LA PROCLAMACIÓN DE CRISTO

Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino. Le dijo Tomás: Señor, no

sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. (14:4-6)

Como ya les había dicho que regresaría al Padre (p. ej., 7:33; 13:1, 3), Jesús esperaba que los discípulos supieran **a dónde** iba Él. Pero en aquel momento sus mentes repicaban tanto (véase la explicación del v. 1 más arriba) que no estaban seguros de nada. **Tomás** vocalizó la perplejidad de todos cuando **dijo**: “**Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?**” (véase la pregunta similar de Pedro en 13:36). En este punto entendían que Jesús iba a morir. Pero su conocimiento se paraba en la muerte; no tenían experiencia de primera mano sobre qué había más allá del sepulcro. Más aún, Jesús les había dicho que esta vez no podían ir a donde Él iba (13:33, 36). Si no sabían a dónde iba el Señor, ¿cómo podían saber el camino?

La respuesta de Jesús es la sexta declaración “YO SOY” en el Evangelio de Juan (cp. 6:35; 8:12; 10:7, 9, 11, 14; 11:25; la séptima está en 15:1, 5): “**Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí**”. Solo Jesús es **el camino** hacia Dios (10:7-9; Hch. 4:12) porque solo Él es **la verdad** (Jn. 1:14, 17; 18:37; Ap. 3:7; 19:11) sobre Dios y solo Él posee **la vida** de Dios (Jn. 1:4; 5:26; 11:25; 1 Jn. 1:1; 5:20). El propósito de este Evangelio es hacer que estas cosas se conozcan, de modo que se repiten por todo el libro para llevar a las personas hacia la fe y la salvación (20:31).

La Biblia enseña que solo es posible acercarse a Dios mediante su Hijo unigénito. Jesús es “la puerta de las ovejas” (10:7); todos los demás son ladrones y salteadores (v. 8); solo quien “por [Él] entrare, será salvo” (v. 9). El camino de la salvación es estrecho y entra por una puerta pequeña y angosta que pocos encuentran (Mt. 7:13-14; cp. Lc. 13:24). Pedro afirmó con audacia: “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12). Así, “el que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn. 3:36) y “nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Co. 3:11), porque “hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Ti. 2:5).

La creencia posmoderna de que hay muchos caminos a la verdad religiosa es una mentira satánica. F. F. Bruce escribe:

Él [Jesús] es, en efecto, el único camino por el cual los hombres y las mujeres pueden llegar al Padre; no hay otro camino. Si parece una exclusión ofensiva, téngase en cuenta que quien hace esta afirmación es la Palabra encarnada, el revelador del Padre. Si Dios no tiene otra vía de comunicación con la humanidad aparte de su Palabra... la humanidad no tiene otra vía para acercarse a Dios sino esa misma Palabra que se hizo carne y habitó entre nosotros para proporcionar tal vía de acercamiento (*The Gospel of John* [El Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Eerdmans, 1983], p. 298).

Solo Jesús revela a Dios (Jn. 1:18; cp. 3:13; 10:30-38; 12:45; 14:9; Col. 1:15, 19; 2:9; He. 1:3) y quien rechace su proclamación de la verdad no puede afirmar con legitimidad que conoce a Dios (Jn. 5:23; 8:42-45; 15:23; Mt. 11:27; 1 Jn. 2:23; 2 Jn. 9). Al cristianismo se le llamó “el Camino” porque los cristianos enseñaron que Jesucristo era el único camino a la salvación (Hch. 9:2; 19:9, 23; 22:4; 24:14, 22).

EL CONSUELO VIENE DE CONFIAR EN LA PERSONA DE CRISTO

Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras. (14:7-11)

Para levantar la fe tambaleante de los discípulos, vocalizada por Tomás (v. 5), Jesús los devolvió a la verdad de ser el Dios encarnado. Los reprendió (los verbos en el v. 7 son plurales, lo cual indica que El Señor ya no se dirigía solamente a Tomás, como en el v. 6, sino a todos los discípulos): “**Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais**”. Si los discípulos hubieran entendido completamente quién era Jesús, también habrían conocido al Padre.

La declaración del Señor no era menos que una afirmación de completa deidad e igualdad con el Padre. Él es el camino hacia Dios (v. 6) porque Él es Dios. No solamente es una manifestación de Dios, es Dios manifestado. Esa verdad, tema constante en el Evangelio de Juan (p. ej., 1:1-3, 14, 17-18; 5:18; 8:58; 10:30-33; 19:7; 20:28-29), es la línea divisoria entre las perspectivas ciertas y falsas sobre Cristo. Muchos a lo largo de la historia han considerado que Jesús solamente es un hombre bueno; un maestro religioso o de la moral, virtuoso y ejemplar. Pero eso es imposible. Si alguno afirmara ser Dios encarnado y su aseveración fuera falsa, ese sería un engañador malo. Mas la evidencia muestra de modo concluyente que Cristo ni era mentiroso ni estaba loco. Más bien, Él era Dios, tal cual dijo que era. (Para una mayor defensa de esta verdad véanse los capítulos 7, 15 y 24 de esta obra). La reacción de cada persona ante esta afirmación de Cristo determina su destino eterno (Jn. 8:24).

La frase “**desde ahora le conocéis, y le habéis visto**” puede interpretarse como referencia a ese mismo instante en el aposento alto. Sin embargo, la pregunta de Felipe en el versículo 8, donde se sugiere que los discípulos aún no entendían qué quería decir Jesús, es un argumento contra el cumplimiento inmediato de sus palabras. Solo fue después de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo, y la venida del Espíritu Santo en Pentecostés (Jn. 14:17, 26; 15:26; 16:13), que los discípulos entendieron por fin la deidad de Jesús y su relación con el Padre (Jn. 20:28; Hch. 2:22ss.; 3:12ss.; 4:8-12; 5:29-32). Jesús les habló como si fuera una realidad presente porque así lo entenderían en el futuro.

La respuesta de Jesús silenció a Tomás, pero **Felipe** aún no estaba satisfecho. **Felipe le dijo: “Señor, muéstranos el Padre”**. No estaba contento con el conocimiento indirecto de Dios, ni siquiera el dado por Jesús. En su lugar, quería una manifestación visible de la presencia del Padre para dar sustento a su fe. Tal vez tuviera en mente las experiencias de Jacob (Gn. 32:30), los padres de Sansón (Jue. 13), Moisés (Éx. 33:18-23; 34:6-7), los ancianos de Israel (Éx. 24:9-10), Isaías (Is. 6:1-4) y Ezequiel (Ez. 1:1ss.). Tal teofanía, añadió Felipe, bastaría para darles tranquilidad (el pronombre plural en *muéstranos* sugiere que Felipe hablaba por todos).

La respuesta del Señor, “**¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?**”, era una repreensión a Felipe por su fe incrédula y, por extensión, al resto de los discípulos por su fe tambaleante. Reiterando la verdad de su deidad y unicidad con el Padre

(v. 7), Jesús dijo claramente a Felipe y los otros: “**El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?**” (cp. v. 20; 1:18; 10:38; 12:45; 15:24; 17:11, 21-23).

Las palabras de Cristo tienen un matiz de tristeza. Tal ignorancia por parte de los incrédulos (cp. 1:10; 8:19; 16:3) era deplorable, aunque esperada. Pero el Señor había invertido su vida en estos hombres. Habían vivido un día tras otro con “la imagen del Dios invisible” (Col. 1:15; cp. 2 Co. 4:4); aquel en quien “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9); “el resplandor de [la gloria de Dios], y la imagen misma de su sustancia” (He. 1:3). Aun así, a pesar de estar con Jesús por tanto tiempo, los discípulos no entendían completamente la verdad sobre Él y su unión con el Padre. Esta confusión parece relacionarse con que Jesús no vivió de acuerdo con las expectativas mesiánicas de ellos. Algunos aún tenían preguntas después de la resurrección (Hch. 1:6). Eso era inexcusable de parte de ellos y decepcionante para Jesús.

La otra pregunta del Señor en el versículo 10, “**¿No crees que yo soy en el Padre?**”, y su mandamiento en el versículo 11, “**Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí**”, sugieren la cura para la confusión y el desconcierto de los discípulos. La fe no solo es el medio para apropiarse de la salvación (Ef. 2:8; cp. Hch. 15:9; 20:21; 26:18; Ro. 3:22, 25-28, 30; 4:5; 5:1; Gá. 2:16; 3:7-9, 24, 26; Fil. 3:9; 2 Ts. 2:13; 2 Ti. 3:15), también es la esencia misma del sustento para la vida cristiana (Hch. 6:5; 11:24; 2 Co. 5:7; Gá. 2:20; Ef. 6:16; 1 Ts. 5:8; 1 Ti. 4:12; 6:11; 2 Ti. 2:22; He. 13:7).

Pero la fe cristiana no es un “salto en el vacío” ciego e irracional, ni una fe mística y vaga en la fe misma. La fe cristiana se apoya en el fundamento sólido de la evidencia abrumadora. Jesús apuntaló la fe decaída de los discípulos recordándoles primero sus **palabras**, que **no las habló por su propia cuenta**, sino por el poder perenne del **Padre**. Juan el Bautista testificó así de Cristo: “Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida” (Jn. 3:34). En Juan 7:16 Jesús declaró: “Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió”. En 12:49 añadió: “Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar”. Las palabras del Señor eran tan poderosas que en la conclusión del Sermón del Monte, “cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mt. 7:28-29). Cuando los enviados a arrestar a Jesús fallaron en su intento de prenderlo, dijeron

intimidados a sus superiores: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!”. Las palabras divinas y poderosas de Jesucristo, que penetran el corazón y la mente, son la respuesta al clamor de los redimidos: “Aumentanos la fe” (Lc. 17:5; cp. 2 Co. 10:15).

La fe no tiene su base solamente en las palabras de Cristo, también en las obras milagrosas sin precedentes (Jn. 15:24; cp. 9:32; Mt. 9:33; Mr. 2:12) e innegables (Jn. 3:2; 7:31; 11:47) que realizó. Por lo tanto, retó así a sus discípulos: “**Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras**”. En Juan 5:36 Jesús declaró: “Las obras que el Padre me dio para que cumpliera, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado”; mientras en 10:25 añadió: “Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí” (cp. vv. 32, 37-38; Mt. 11:2-5; Hch. 5:22-23). Su afirmación de igualdad con Dios (cp. Jn. 5:18) no estaba establecida solo por su testimonio personal (y el de Juan el Bautista [5:31-34] junto con las Escrituras del Antiguo Testamento [5:39-46]), también estaba confirmado por la multitud de obras poderosas y sobrenaturales que el Espíritu le permitía realizar en la voluntad del Padre (Jn. 5:36-37).

EL CONSUELO VIENE DE CONFIAR EN EL PODER DE CRISTO

De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. (14:12)

La promesa sorprendente para quien **cree** en Cristo es que **las obras que Él hace, quien cree las hará también; y aun mayores hará**. Las obras **mayores** a las cuales se refería Jesús no eran mayores en poder que las realizadas por Él, sino mayores en alcance. En efecto, los discípulos realizarían **obras** milagrosas, como Jesús (cp. Hch. 5:12-16; He. 2:3-4). Pero tales milagros físicos no eran lo principal para Jesús, pues los apóstoles no harían milagros más poderosos que Él. Cuando el Señor habló a sus seguidores de realizar obras **mayores** se refería al alcance del milagro espiritual de la salvación. Jesús nunca predicó fuera de Palestina, pero sus seguidores esparcirían el evangelio por el mundo. Jesús sólo tuvo un alcance limitado con los gentiles (cp. Mr. 7:26ss.), pero los discípulos (particularmente Pedro y Pablo) alcanzarían al mundo gentil con el evangelio. El número de creyentes en Cristo también crecería mucho más

por encima de los cientos (Hch. 1:15; 1 Co. 15:6) que se contaron durante su tiempo de vida.

El poder de realizar esas obras mayores estaba disponible solamente **porque** Jesús iba **al Padre**. Solo entonces enviaría el Espíritu Santo (Jn. 7:39; cp. 14:16-17, 26; 15:26; 16:13; Hch. 1:5) para habitar en los creyentes (Ro. 8:9-11) y darles poder para el ministerio (Hch. 1:8; 1 Co. 12:4-11; cp. Ef. 3:20).

La promesa de Cristo de enviar al Espíritu Santo ofrecía mayor consolación a los discípulos. Aunque Jesús ya no seguiría presente de forma visible entre ellos, el Espíritu les proporcionaría todo el poder necesario para ampliar la obra que el Señor había comenzado (cp. Hch. 1:8).

EL CONSUELO VIENE DE CONFIAR EN LA PROMESA DE CRISTO

Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré. (14:13-14)

Como si la promesa del Señor de enviar el Espíritu Santo para darles poder no fuera suficiente, dio otra promesa increíble a los discípulos. Durante su tiempo con Él, habían dependido de Jesús para suplir todas sus necesidades (cp. Lc. 22:35). Les había provisto comida (Lc. 5:4-6; Jn. 21:5-12) y en una ocasión llegó a pagar los impuestos de Pedro (Mt. 17:24-27). Ahora estaba a punto de dejarlos, y ellos, habiendo dejado todo para seguirlo (Mt. 19:27), debían estarse preguntando de dónde vendrían sus recursos.

Anticipando su preocupación, Jesús les prometió que aun después de que se fuera continuaría supliendo las necesidades de los discípulos desde el cielo. Al repetirlo dos veces para darle énfasis, el Señor les dio tranquilidad: **“Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre... Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré”**. La oración tendería un puente entre las necesidades de ellos y los recursos abundantes, ilimitados e inagotables del Señor (cp. Fil. 4:19). El propósito final de la provisión misericordiosa de Cristo, como sucede con todo lo que Dios hace, es **que el Padre sea glorificado en el Hijo**.

Pedir **en el nombre** de Jesús no quiere decir que se agreguen con frivolidad las palabras “en el nombre de Jesús” al final de cada oración.

No es una fórmula mágica que obliga a Dios a conceder toda solicitud egoísta que las personas hagan. Orar en el nombre de Jesús tiene un significado mucho más profundo y serio.

Primero, significa hacer peticiones acordes con la voluntad de Dios y los propósitos de su reino. Jesús enseñó a sus seguidores a orar en su modelo de oración: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mt. 6:10).

Segundo, es reconocer la pobreza espiritual, la falta de autosuficiencia y la falta de merecimiento total para recibir algo de Dios con base en los méritos propios (Mt. 5:3). Es acercarse a Dios por los méritos de Jesucristo (cp. Jn. 16:26-28) y reconocer una dependencia completa en Él para suplir todas las necesidades (Mt. 6:25-32; Fil. 4:19).

Finalmente, es expresar un sincero deseo de que Dios reciba la gloria con su respuesta. Es alinear las peticiones personales con el objetivo supremo del Padre de glorificar al Hijo. Cuando los creyentes oran de este modo, oran de acuerdo al **nombre** de Jesús; su persona, sus propósitos y su preeminencia.

Por eso, al preparar a los discípulos para su partida, el Señor hizo hincapié en su cuidado total por ellos, en que se preocuparía por consolarlos aún frente a su propio sufrimiento inminente. Les dio razones tangibles y confiables para confiar basadas en su amor profundo por ellos y por todos los que los siguieran en la fe.

El mensaje de consuelo y esperanza ofrecido por Cristo es tan aplicable hoy como lo fue en el aposento alto hace dos milenios. Este mundo está lleno de falsas esperanzas. Pero todas las fuentes de consuelo y esperanza no son más que “cisternas rotas que no retienen agua” (Jer. 2:13) sin la tranquilidad que da el Espíritu sobre la continua presencia de Cristo, la confianza en que Él está preparando un lugar en el cielo, la convicción en que Él es el único camino a Dios, la comprensión de que Él es el Dios encarnado, el reconocimiento de su poder sustentador y la expectativa cierta de que cumplirá sus promesas perfectamente con regularidad y en suministro continuo. Ellos al final decepcionarían, mientras que Jesús nunca falla.

51 El legado de Jesús

Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él. Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió. Os he dicho estas cosas estando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho. (Jn. 14:15-26)

A medida que las personas se hacen mayores, por naturaleza comienzan a pensar cada vez más en el legado que dejarán. Comienzan a considerar cómo se les recordará y qué herencia van a dejar a los que vienen después de ellos. Reflexionan, como nunca antes, en la herencia que han construido toda su vida.

En el frente financiero, muchos planean la distribución de los bienes acumulados, queriendo asegurar que vaya a los herederos de su elección y no al gobierno o a un tercero inaceptable. No sorprende que tratar con tales preocupaciones se haya vuelto un negocio tan grande. Hay innumerables profesionales para planear las sucesiones, consejeros de inversión y abogados que ofrecen los medios para alcanzar los distintos objetivos de las personas. Los comerciales de televisión acechan con seguros de vida y exhortan a los adultos mayores a no cargar a sus

familias con los elevados gastos fúnebres. Las bibliotecas locales están llenas de libros de autoayuda y programas de computadora que tratan con la planeación de sucesiones. Se ofrecen con frecuencia seminarios especiales para manejar los testamentos. Todo esto se hace fundándose en el deseo de preservar los bienes y pasarlos a la generación siguiente.

Tales preocupaciones son válidas. La Biblia habla de la importancia de la mayordomía sabia (cp. Pr. 27:23-27; Mt. 25:14-30; Lc. 16:11) y supone que las personas dejarán herencia a quienes les siguen (Pr. 13:22; 17:2; 19:14; 20:21; Mt. 21:38; Lc. 12:13; 15:11-12). Pero de mucha más importancia que la herencia terrenal y corruptible que ellos dejan es la herencia celestial e incorruptible que tiene Dios para cada uno de sus hijos. Esa herencia es “incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros” (1 P. 1:4; cp. Ef. 1:11). Esta herencia está mucho más allá del entendimiento humano y llevó a Pablo a escribir: “Pido también que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan a qué esperanza él los ha llamado, cuál es la riqueza de su gloriosa herencia entre los santos” (Ef. 1:18, NVI).

Ningún mérito humano puede calificar a los pecadores perdidos para recibir las riquezas del cielo; solo quienes “se [convierten] de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; [reciben], por la fe que es en [Cristo], perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hch. 26:18; cp. 20:32). Ellos, “justificados por su gracia, [llegaron] a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tit. 3:7; cp. He. 9:15). Los creyentes reciben su herencia de los tres miembros de la Trinidad. El Padre “nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Col. 1:12); somos “coherederos con Cristo” (Ro. 8:17; cp. Col. 3:24); y “el Espíritu Santo... es las arras de nuestra herencia” (Ef. 1:13-14).

Pero esa herencia no es solo para después de la muerte. Dios provee ricas bendiciones para sus hijos en esta vida, un anticipo de las riquezas completas que les esperan en el cielo. En la noche antes de su muerte, el Señor Jesucristo reveló esas bendiciones a sus discípulos, los cuales tenían gran necesidad de recibir consuelo y aliento. Como ya dijimos en el capítulo anterior, los discípulos estaban consternados por la pérdida inminente del Maestro a quien amaban y de quien dependían. Jesús, preocupado por la angustia de ellos, aun frente a su propia muerte, buscó amorosamente aliviar sus temores con promesas impresionantes y misericordiosas que les aportaban todo lo que necesitaban.

Esas promesas del Señor no están restringidas a los apóstoles y sus

colaboradores. Son para todos los creyentes verdaderos, para los que prueban la sinceridad de su amor a Cristo mediante la obediencia a sus **mandamientos** (vv. 21-24; 15:10, 14; cp. 8:31; 12:48). Esos **mandamientos** incluyen más que los dados en el contexto inmediato (vv. 21-24; 13:34-35). Comprenden toda la revelación de Cristo sobre la voluntad del Padre (Jn. 3:11-13, 32-34; 7:16; 8:26, 28, 38, 40; 12:49; 14:10; 15:15; 17:8, 14).

La obediencia es el sello de la fe salvadora y el amor auténtico por Dios. Quienes son verdaderamente salvos, solo por gracia, responderán invariablemente con una vida de sumisión y servicio. Los cristianos genuinos, con sus corazones regenerados (Jn. 3:5; Tit. 2:4-7; Ef. 2:4-10) y sus mentes renovadas (cp. Ro. 12:2; Ef. 4:23), no pueden evitar reflejar externamente quiénes son en su interior: nuevas criaturas en Cristo (2 Co. 5:17).

A lo largo de todo su ministerio, Jesús recalcó a menudo la obediencia que caracteriza a todos los que creen para salvación. Jesús preguntó: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” (Lc. 6:46). Quien “rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn. 3:36). “Ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia” (Ro. 2:8). El privilegio de Pablo mediante la Gracia de Dios era “persuadir a todas las naciones que obedezcan a la fe” (Ro. 1:5; cp. 15:18; 16:26; Hch. 6:7). En su segunda venida, Jesús dará “retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Ts. 1:8). “[Jesús] vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (He. 5:9). Los elegidos se escogieron “para obedecer” a Jesucristo (1 P. 1:2), mientras que los no regenerados son “aquellos que no obedecen al evangelio de Dios” (1 P. 4:17).

Juan hizo hincapié en el vínculo inseparable entre el amor y la obediencia en su primera epístola:

Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él (1 Jn. 2:3-5).

Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y

Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado (1 Jn. 3:24).

En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos (1 Jn. 5:2-3).

Así, el Señor pronuncia estas palabras de promesa y provisión a los once discípulos y, por extensión, a todos los fieles. Aunque ya no estaría presente entre ellos de forma visible, no se quedarían solos. Jesús les prometió (y a todos los creyentes posteriores) cuatro fuentes permanentes de poder y consuelo: la presencia del Espíritu, la presencia del Hijo, la presencia del Padre y la presencia de la verdad.

LA PRESENCIA DEL ESPÍRITU

Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. (14:16-17)

En el versículo 15 Jesús había hablado del amor de los discípulos por ellos; aquí Él revela su amor por ellos. De acuerdo con su obra intercesora del gran Sumo Sacerdote, Jesús prometió rogar **al Padre** que enviara a su pueblo **otro Consolador**: el Espíritu Santo. *Paraklētos* (**Consolador**) es un término cuyo significado no puede agotarse con una sola palabra, cualquiera que sea. Significa, literalmente, “alguien llamado a estar a tu lado para ayudar” y tiene la connotación de un ayudador, consolador, exhortador, intercesor, alentador y abogado (defensor).

Allos (**otro**) se refiere específicamente a otra persona de la misma clase. Por ejemplo, en Mateo 13:24, 31 y 33, cada una de las parábolas sucesivas se llama “otra” (*allos*) en la misma categoría (todas son parábolas sobre la naturaleza del reino). En Marcos 4:36 *allos* describe “otras” barcas de estilo semejante, en Marcos 12:4 a “otro” siervo del propietario de la viña, en Juan 12:29 a “otros” de la multitud y en Juan 18:15-16 (cp. 20:2, 3, 4, 8) al “otro” discípulo (el apóstol Juan) del mismo grupo que Pedro.

Aunque en español solo hay una palabra para “otro”, en el griego hay

otra palabra usada con frecuencia en el Nuevo Testamento. La palabra es *heteros* que, a diferencia de *allos*, describe otra cosa de una naturaleza completamente diferente (cp. la palabra española *heterodoxia*). En Hechos 7:18 Esteban habló de “otro [*heteros*] rey que no conocía a José” en Egipto. Aquel faraón, además de pertenecer a una dinastía diferente, también tenía una actitud diametralmente opuesta hacia los hijos de Israel. En Romanos 7 Pablo usó *heteros* para diferenciar “la ley del pecado” (v. 23) de la “ley de Dios” (v. 22), completamente opuesta. Tal vez, la ilustración más fuerte de la diferencia entre *allos* y *heteros* esté en Gálatas 1:6-7. Allí Pablo reprendió a quienes seguían “otro [*heteros*] evangelio” diferente al recibido. Este falso evangelio no es “otro [*allos*] evangelio” de la misma clase del evangelio verdadero, pues solo hay un evangelio verdadero.

Para resumir la diferencia entre *allos* y *heteros*, Richard C. Trench, conocido erudito del griego, escribió:

Allos... es sobre diferencia numérica. Pero *heteros...* se sobrepone a la noción de diferencia cualitativa. Una cosa es “variar” y otra es “diverger”. No son pocos los pasajes del N.T. cuya interpretación correcta, o su comprensión total, dependen en alguna medida de la distinción precisa que se haga de estas palabras. (*Synonyms of the New Testament* [Sinónimos del Nuevo Testamento] [Reimpresión; Grand Rapids: Eerdmans, 1983], p. 357).

Por consiguiente, la promesa de Jesús fue enviar **otro** (*allos*) **Consolador** exactamente como Él, una persona que pudiera tomar adecuadamente su lugar y darle poder para su obra. El Espíritu Santo es el sustituto perfecto del Señor Jesucristo; el **Consolador** original (cp. 1 Jn. 2:1; donde “abogado” es traducción de *paraklētos*). Como Jesús, el Espíritu Santo enseñaría (Jn. 14:26), fortalecería (Ef. 3:16) e intercedería por los discípulos (Ro. 8:26). Aunque la partida del Señor era inminente, Él prometió **que** el Espíritu Santo iba a estar con ellos **para siempre**.

A diferencia de las enseñanzas falsas de sectas como los Testigos de Jehová y las suposiciones de muchos que se hacen llamar cristianos, el Espíritu Santo no es una fuerza o poder impersonal. La Biblia enseña claramente que Él es una persona y tal cosa es cierta porque Él es Dios.

Las Escrituras revelan que el Espíritu Santo posee los atributos de una persona: Intelecto (conoce los pensamientos de Dios [1 Co. 2:11] y tiene

mente [Ro. 8:27]); emociones (puede contristarse [Ef. 4:30; cp. Is. 63:10] y voluntad (distribuye los dones espirituales en la Iglesia de acuerdo a su voluntad [1 Co. 12:11]). También hace cosas que solo una persona puede hacer, como enseñar (Lc. 12:12; Jn. 14:26), testificar (Jn. 15:26; Ro. 8:16), conducir y dirigir (Mt. 4:1; Hch. 13:4; 16:6-7; Ro. 8:14), guiar (Mr. 13:11; Hch. 15:28), convencer (Jn. 16:7-8), hablar (Hch. 8:29; 10:19; 13:2; 20:23; 21:11; 1 Ti. 4:1; Ap. 22:17), interceder (Ro. 8:26) y revelar (Mr. 12:36; Lc. 2:26; 1 Co. 2:10; Hch. 1:16; 4:25; 28:25; He. 3:7; 10:15-17; 2 P. 1:21; cp. 2 S. 23:2; Ez. 11:5). Tampoco se puede mentir a una fuerza impersonal (Hch. 5:3), ni blasfemar (Mt. 12:31) o insultar (He. 10:29). Más aún, el Nuevo Testamento se refiere al Espíritu Santo mediante el uso de pronombres masculinos, aunque el sustantivo griego *pneuma* (espíritu) es neutro.

La Biblia también enseña la deidad del Espíritu Santo. Por ser la tercera persona de la Trinidad, se le asocia con Dios Padre y Dios Hijo. Se le llama Espíritu de Dios (Ez. 11:24; Mt. 3:16) y Espíritu de Jesús (Hch. 16:7; Gá. 4:6; Fil. 1:19; 1 P. 1:11) y se le menciona junto con ellos en la fórmula trinitaria bautismal de Mateo 28:19 (cp. Is. 48:16; 2 Co. 13:14). El Espíritu Santo posee atributos divinos que incluyen la eternidad (He. 9:14), omnisciencia (1 Co. 2:10-11), omnipresencia (Sal. 139:7), omnipotencia (como lo demuestra su poder creador en Gn. 1:2; Job 33:4), veracidad (1 Jn. 5:6) y el poder de dar vida (En Ro. 8:2 se le llama “Espíritu de vida”).

El Espíritu Santo hace obras que solo Dios puede hacer: crear el Universo (cp. Gn. 1:2 y Sal. 33:6-9), inspirar las Escrituras (cp. 2 P. 1:21 y 2 Ti. 3:16), regenerar a los pecadores perdidos (Jn. 3:6; Tit. 3:5) y santificar a los creyentes (2 Ts. 2:13; 1 P. 1:2).

Finalmente, las Escrituras declaran sin equívocos que el Espíritu Santo es Dios. Hechos 5:3 dice que Ananías mintió al Espíritu Santo, mientras el versículo 4 dice que le mintió a Dios. La declaración de Pablo en 2 Corintios 3:17 también afirma la deidad del Espíritu Santo sin lugar a errores.

Jesús llamó “**Espíritu de verdad**” al Espíritu Santo (cp. 15:26; 16:13) para enfatizar su obra al revelar la verdad espiritual a los creyentes. En particular, el Espíritu Santo iba a ser el revelador para los apóstoles de la verdad inspirada neotestamentaria (Jn. 14:26; 16:13) tal como había revelado el Antiguo Testamento (2 P. 1:19-21). (Para mayor explicación de este punto, véase más abajo la explicación del v. 26). **El mundo**, por otra parte, **no puede recibir** al Espíritu Santo **porque no le ve, ni le**

conoce. Al igual que el mundo no reconoció a Jesucristo (Jn. 1:10; Hch. 13:27), tampoco reconocería al Espíritu Santo.

Quienes no han sido regenerados no pueden entender la verdad espiritual. Pablo escribió: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14; cp. vv. 7-13; 1 Jn. 2:20, 27). No sorprende que el día de Pentecostés algunos transeúntes acusaran con desdén a los creyentes llenos del Espíritu de estar borrachos (Hch. 2:13). Jesús advirtió a los discípulos con anticipación que a pesar de la obra del Espíritu en y por medio de ellos, enfrentarían la hostilidad y rechazo del mundo incrédulo (cp. 15:19; 16:33).

Aunque el mundo no reconocería al Espíritu, los discípulos **le** conocen, **porque mora con** ellos, y **estará en** ellos, les dijo Jesús. La promesa del Señor según la cual el Espíritu habitará en los discípulos más adelante, no quiere decir que el Espíritu Santo no estuviera presente o activo antes de Pentecostés (cp. Gn. 6:3; 1 Cr. 12:18; Sal. 51:11; 139:7-12; 143:10; Ez. 36:27). Nadie en ningún momento en la historia de la redención podría salvarse, santificarse, recibir poder para el servicio y para testificar o recibir guía para entender las Escrituras y orar en la voluntad de Dios, sin la obra del Espíritu en el alma de esa persona. Está claro que ya estaba presente con los discípulos antes de la cruz porque el verbo **mora** está en presente. Un autor explica con estas palabras el ministerio del Espíritu Santo antes de la era eclesial:

Los santos del Antiguo Testamento debían regenerarse por el Espíritu para experimentar las bendiciones espirituales. El Espíritu efectuaba esta regeneración cuando la persona depositaba su fe en el Dios Jehová y se hacía parte genuina de la comunidad del pacto. En esencia, la regeneración requería un “corazón circuncidado” que se demostraba en su participación sincera en el sistema de sacrificios, más una vida de obediencia a la revelación de Dios... Teológicamente, parecería que algún ministerio del Espíritu debía aplicarse constantemente al creyente del antiguo pacto. Para distinguirlo de la intimidad de su presencia en el creyente del nuevo pacto, tal vez se denote mejor este ministerio por “morada”. En palabras del profeta Hageo: “Según el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto, así mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis” (Hag. 2:5). El Espíritu habitaba “con” los santos del

Antiguo Testamento a través de la comunidad, pero no estaba “en” ellos individualmente y en intimidad (Jn. 14:17) [pues] los santos del Antiguo Testamento no podrían haber disfrutado los beneficios del nuevo pacto antes de que este comenzara (Larry Pettegrew, *The New Covenant Ministry of the Holy Spirit* [El ministerio del nuevo pacto del Espíritu Santo] [Grand Rapids: Kregel, 2001], pp. 27-28).

Bajo el antiguo pacto, el Espíritu estaba presente con los creyentes en un sentido general. Pero pronto, como Cristo se lo prometió a los discípulos, el Consolador habitaría en quienes creían, personal y permanentemente, como nunca había ocurrido. Los creyentes estaban por recibir un don del Espíritu que les daría poder único para el ministerio y el evangelismo. Esto ocurrió en el día de Pentecostés, cuando los creyentes recibieron el Espíritu en una nueva plenitud que se volvió la norma para todos los creyentes que siguieran (Ro. 8:9; 1 Co. 12:13).

LA PRESENCIA DEL HIJO

No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. (14:18-20)

Como un padre moribundo preocupado por sus hijos (cp. 13:33; 21:5; Mr. 10:24), Jesús prometió a los discípulos que **no** los dejaría **huérfanos**. La referencia a su partida es una referencia velada a su muerte y expresa gráficamente el sentido de pérdida que experimentarían los discípulos. Tan premonitoria como parecía la pérdida, solo era temporal; así lo indica la promesa del Señor: “**Vendré a vosotros**”. La referencia primaria es a su resurrección, después de la cual lo volverían a ver (cp. Jn. 20:19-29; Hch. 1:3; 1 Co. 15:3-8). Pero por causa de su unión con el Espíritu Santo en la Divinidad, Jesús también moraría en ellos por medio de su Espíritu, quien sería derramado en Pentecostés (cp. 16:16; Mt. 28:20; Ro. 8:9; Fil. 1:19; 1 P. 1:11; 1 Jn. 4:13).

Todavía un poco—solo unas pocas horas quedaban hasta la crucifixión—y Jesús moriría, luego **el mundo no** lo vería **más**. El mundo no lo vería físicamente después de su resurrección (al parecer solo se apareció a sus discípulos [cp. 1 Co. 15:1-11] ni podría conocer la

presencia de Cristo por medio del Espíritu Santo que habita en los creyentes (pues en el mundo están muertos espiritualmente [Ef. 2:1] y “no tienen al Espíritu” [Jud. 19]). En contraste con el mundo incrédulo, el Señor prometió a sus discípulos: **“Vosotros me veréis; porque yo vivo (cp. 1:4; 6:48, 57; 14:6), vosotros también viviréis”** (cp. 3:15, 16; 3:36; 4:14; 5:24, 39-40; 6:27, 58; 11:25). En su calidad de testigos del Salvador resucitado, los discípulos serían prueba visible de que ellos también resucitarían un día (1 Co. 15:20-21, 35-58). Más aún, al estar vivos espiritualmente por la resurrección de Cristo y porque el Espíritu habita en ellos, los creyentes pueden percibir la presencia de Jesús en sus vidas (cp. He. 13:5-6).

El Hijo no solo está en unidad con el Espíritu, también con el **Padre**. Jesús dijo: **“En aquel día (después de la resurrección y la venida del Espíritu) vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre”**. Aunque ninguna mente humana puede entender por completo esa unión, oculta en las profundidades misteriosas de la Trinidad (cp. Job 11:7; Ro. 11:33), los discípulos y todos los creyentes han reconocido esta realidad. Pronto entenderían la verdad que los desconcertaba en el presente (cp. 14:8-9).

Entonces Jesús les hizo una promesa profunda. Los discípulos no solo conocerían que Él está **en el Padre**, también entenderían, procedió a decirles, que ellos estaban **en Él** y **Él en ellos**. Los creyentes están unidos con Jesús por medio del Espíritu que habita en ellos. (Por supuesto, esa unión no es de esencia; los creyentes no se hacen parte de la Divinidad). Varias metáforas del Nuevo Testamento describen la naturaleza de esa unión. Jesús es la vid y los creyentes son las ramas (Jn. 15:5); son el cuerpo del cual Él es cabeza (1 Co. 12:27; Ef. 1:22-23; 4:15-16; 5:23; Col. 1:18; 2:19); son las piedras en la casa espiritual de la cual Él es cabeza del ángulo (Ef. 2:20-22; 1 P. 2:4-6); son la esposa y Él es el esposo (2 Co. 11:2; Ef. 5:22-24; Ap. 19:7).

Para expresar más esa unión, la Biblia enseña que los creyentes están “en Cristo”. En Romanos 8:1 Pablo declaró: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”. A los corintios escribió: “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Co. 1:30) y “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17; cp. Ro. 16:7; Fil. 4:21; Col. 1:2, 28; 2 Ti. 3:12; 1 P. 3:16; 5:14).

No es solo que los creyentes estén en Cristo, Él también mora en ellos (cp. Jn. 6:5; 14:20, 23; 15:4-5; 17:23, 26). Pablo escribió: “Si Cristo está

en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia” (Ro. 8:10). El apóstol retó así a los creyentes: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” (2 Co. 13:5). En Gálatas 2:20 confirmó: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Pablo oró para que en los efesios “habite Cristo por la fe en [sus] corazones” (Ef. 3:17) y recordó a los colosenses “las riquezas de la gloria de este misterio... que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Col. 1:27).

Entonces Jesús informó a los discípulos preocupados que su muerte no terminaría la relación con Él. La unión de ellos con Él era indisoluble, como lo es para todos los creyentes. Nada puede separar a los suyos de su presencia o de su amor (Ro. 8:38-39).

LA PRESENCIA DEL PADRE

El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él. Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió. (14:21-24)

Solo quienes obedecen sus **mandamientos** (véase la explicación del v. 15 más arriba) entra a la unión con Cristo. Su obediencia no es la causa de su salvación, “ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Ro. 3:20; cp. v. 28; 4:13; 5:1; Gá. 2:16; 3:11; Ef. 2:8-9; Tit. 3:5); más bien, ellas son resultado de la justificación. La obediencia que fluye de un corazón transformado por el poder regenerador del Espíritu Santo (cp. Stg. 2:14-16) es la marca de quien **ama** con sinceridad a Jesucristo. Tal amor obediente es la manifestación externa del amor que derrama el Espíritu Santo en el corazón de los redimidos en el momento de ser salvos (Ro. 5:5; Gá. 5:22).

Solamente **el que a Cristo ama, será amado por el Padre** (cp. 16:27;

17:23). Jesús dijo: “El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (Jn. 5:23) y “el que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece” (Jn. 15:23). Ninguna persona que rechace al Señor Jesucristo puede conocer, amar u honrar verdaderamente a Dios, porque “el Padre ama al Hijo” (Jn. 3:35; 5:20) y “nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mt. 11:27). Jesús, junto con el Padre, amará a quien lo ama (cp. Jn. 13:1, 34; 15:9; Ef. 5:25; Ap. 1:5) y se manifestará a él.

Expresando la perplejidad que los otros sin duda sentían, **le dijo Judas (no el Iscariote): “Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?”**. Como lo indica la nota parentética de Juan, **no** era Judas **Iscariote**, sino Judas el hijo de Jacobo (Lc. 6:16, NVI). En Mateo 10:3 también se le llama Tadeo (algunos manuscritos griegos añaden un tercer nombre: Lebeo). Judas supuso que Jesús estaba hablando de regresar físicamente a establecer su reino terrenal (cp. Hch. 1:6). No podía entender cómo, si así era el caso, Jesús se manifestaría a los discípulos **y no al mundo**. Después de todo, Jesús era el Salvador del mundo (Jn. 4:42), el heredero legal de la tierra (He. 1:2), el Rey de reyes y Señor de señores (Ap. 19:16). Las buenas nuevas de perdón y salvación que Él traía se debían proclamar por todo el mundo (Mt. 28:19). Entonces, se preguntaba Judas, ¿Jesús no se iba a dar a conocer a todos?

La respuesta de Jesús explicó que Él no se revelaría a quienes se niegan a aceptarlo y obedecerlo: **“El que me ama, mi palabra guardará”** (cp. 17:6). Es la tercera vez en esta sección (cp. vv. 15, 21) que Cristo liga la obediencia con el amor auténtico por Él (cp. 8:31). Y no solo Él ama a quien le ama (cp. 1 P. 1:1-2), el **Padre** también **le amará**. Más aún, tanto el Padre como el Hijo vendrán a **Él** y harán **morada con Él**. Esta declaración del Señor vuelve a enfatizar, esta vez en sentido negativo, la relación inseparable entre amor por Él y obediencia a Él. Jesús no se dará a conocer entre quienes lo rechazan (cp. Jn. 7:17; 8:47). Tales personas tampoco conocen al Padre, pues el mensaje de Jesús no era suyo, **sino del Padre que lo envió** (cp. v. 10; 3:34; 7:16; 8:28, 38, 40; 12:49; 17:8). Por lo tanto, rechazar a Jesús es también rechazar al Padre (cp. 5:23; 15:23). Tener a Jesús es tener al Padre.

LA PRESENCIA DE LA VERDAD

Os he dicho estas cosas estando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os

enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.
(14:25-26)

Jesús fue la fuente de verdad para los discípulos durante todo su ministerio (cp. v. 6). Les recordó: “**Os he dicho estas cosas** (la palabra del Padre; v. 24) **estando con vosotros**”. Pero de igual forma que no los dejaría sin una fuente de consuelo, tampoco dejaría a los discípulos sin una fuente de verdad. Enviaría al Espíritu Santo, “el Espíritu de verdad” (v. 17) a guiarles y enseñarles. Sin su revelación, no hay forma de conocer la verdad espiritual. Como “el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría” (1 Co. 1:21), los humanos caídos “siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad” (2 Ti. 3:7). Solo cuando las personas son salvas, vienen “al conocimiento de la verdad” (1 Ti. 2:4).

Aun a los discípulos, antes de Pentecostés, les parecía difícil entender todo lo que Jesús les enseñó. De acuerdo con Juan 2:22, solo después de su resurrección, ellos entendieron la enseñanza del versículo 19. Tampoco captaron todo el significado de la entrada triunfal hasta después de la glorificación de Jesús (Jn. 12:16). Debido a su torpeza, Jesús les dijo: “Aún tengo muchas cosas que decirlos, pero ahora no las podéis sobrellevar” (16:12). Necesitaban instrucción, por eso Jesús les prometió: “**El Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre** (cp. Hch. 2:33), **él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho**” (cp. 16:13). La frase *en mi nombre* quiere decir “de mi parte”, como también ocurre en el versículo 13. Tal como Jesús vino en el nombre del Padre (5:43), el Espíritu viene en el nombre de Jesús. En su calidad de otro Consolador como Jesús, el Espíritu actuará siempre en armonía perfecta con los deseos, propósitos y voluntad de Cristo. Después, Jesús diría a los discípulos: “Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (16:14). En el plan divino, el ministerio del Espíritu Santo es dar testimonio de Cristo (15:26), no llamar la atención hacia sí mismo (cp. 16:13).

El Espíritu es el maestro de la verdad que reside en el creyente (1 Jn. 2:20, 27); al iluminar la Palabra de Dios en la mente de los cristianos, les otorga el conocimiento que lleva a la madurez espiritual.

Pero la promesa de Cristo, que el Espíritu les **recordará todo lo que Él les ha dicho**, era una promesa a los apóstoles sobre la inspiración divina. La guía sobrenatural del Espíritu Santo les daría la comprensión infalible sobre Jesucristo y su enseñanza. Los apóstoles (y sus

colaboradores) dejaron constancia de esa verdad inspirada divinamente en los Evangelios y en el resto del Nuevo Testamento.

Pedro describió el proceso de inspiración en 2 Pedro 1:20-21: “Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”. El apóstol Pablo declaró: “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (lit. “Respirada por Dios”, 2 Ti. 3:16). El Espíritu Santo inspiró las palabras de las Escrituras, no solo los pensamientos de los escritores (1 Co. 2:13). Por lo tanto, la Biblia es infalible y autoritativa, luego es la única regla infalible de fe y práctica. Solo la Biblia contiene “las Sagradas Escrituras, las cuales [nos pueden hacer sabios] para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Ti. 3:15). Para los redimidos, la Biblia es “la espada del Espíritu” (Ef. 6:17) y es “útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Ti. 3:16-17).

Los discípulos y sus contemporáneos, armados con la verdad y acompañados por la presencia de Dios, serían en poco tiempo quienes trastornarían “el mundo entero” (Hch. 17:6). Pero en este momento de angustia, a solo unas horas de la cruz, la situación se veía completamente desesperanzadora. Jesús, consciente de la angustia de los discípulos, les señaló la fuente segura y final de esperanza: el Dios trino. De la misma forma en que la promesa de la presencia de Dios los animó hace dos milenios, aún hoy brinda confianza y aliento pues aporta consuelo ahora (2 Co. 1:3-4; cp. Sal. 23:4; 86:17; Mt. 5:4; Hch. 9:31) y para siempre (Is. 25:8; 2 Ts. 2:16; Ap. 7:17; 21:4).

52 Paz sobrenatural

La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. (14:27)

La agitación pública y personal es una realidad que marca a este mundo caído. Tal vez, esa inquietud se vea con más claridad en el ámbito internacional, con los conflictos y guerras entre las naciones. Hace muchos años, los historiadores calcularon que en los tres mil quinientos años anteriores se han visto menos de trescientos años de paz (cp. Will y Ariel Durant, *The Lessons of History* [Las lecciones de la historia] [Nueva York: Simon & Schuster, 1968], p. 81). También se ha estimado que en los últimos cinco milenios y medio, se han roto más de 8.000 tratados de paz y se han peleado más de 14.000 guerras con un total cercano a 4.000 millones de bajas. Aunque siempre ha habido ilusiones de paz global, este mundo continúa fracasando en el esfuerzo por alcanzar esa meta evasiva.

Por supuesto, el concepto de paz es mucho más amplio que el solo reino de la armonía social internacional. Las personas quieren paz en sus vidas personales, alivio de las presiones y problemas implacables que cada día trae. El lenguaje de la paz llena las conversaciones. Las personas buscan refrescarse con “paz y tranquilidad” del estruendo de la vida; se les dice que “hagan las paces” con su pasado, esperan que la policía local “mantenga la paz” y detenga a los que la perturban. Aun cuando termina esta vida, el concepto de “descansar en paz” es un lugar tan común que se ha vuelto sinónimo de la muerte.

Tristemente, aunque las personas la persiguen toda la vida, no tienen ni idea de cómo encontrar la paz verdadera por sí mismos. Quienes la buscan en las cosas temporales, como el cambio social, la estabilidad económica o alguna experiencia recreativa, siempre se desilusionan. Solo la Palabra de Dios puede hablarnos con autoridad de la relación que produce paz duradera.

El Antiguo y el Nuevo Testamentos subrayan la fuente y carácter divinos de la paz verdadera. Uno de los términos teológicos más importantes en el Antiguo Testamento es la palabra *shalom* (“paz”). La

palabra, que aparece unas doscientas cincuenta veces, se usaba en ocasiones para saludar (Jue. 19:20; 1 S. 25:6, 35), como en el hebreo moderno. *Shalom* puede también referirse a la ausencia de disputas entre personas (Gn. 26:29), naciones (1 R. 4:24) y entre Dios y el hombre (Sal. 85:8). En este sentido final, será el sello del reino mesiánico futuro (Sal. 29:11; Is. 2:4; 9:6-7; 52:7; 54:13; 57:19; 66:12; Ez. 37:26; Hag. 2:9). Pero *Shalom* también se puede referir a la paz personal. No solo en el sentido negativo de ausencia de problemas o conflictos, sino positivamente en el sentido de integridad, plenitud, contentamiento, bienestar, salud, prosperidad, armonía y realización. La paz es una de las bendiciones que vienen de una relación correcta con Dios.

La verdadera paz bíblica no depende de las circunstancias de la vida, está por encima de esas cosas. Un léxico griego define así la palabra para paz del Nuevo Testamento (*eirēnē*): “El estado tranquilo de la mente, de un alma confiada en su salvación por medio de Cristo, luego no teme nada de Dios y está contenta con sus posesiones terrenales, cualesquiera que sean”. Este tipo de paz caracterizaba al apóstol Pablo, quien escribió: “No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad” (Fil 4:11-12). Pablo seguía calmado y en paz en medio de las circunstancias más complicadas, como estar encarcelado (Hch. 16:23-25), ser atacado por una turba violenta (Hch. 21:30-39) o estar atrapado en una tormenta en medio del mar (Hch. 27:21-25).

La humanidad define la paz principalmente en términos negativos. Por ejemplo, en algunos idiomas la palabra paz significa “no tener problemas”, “no tener preocupaciones”, “reposo del corazón”. La paz, para la mayoría de las personas, significa ausencia de guerras, contiendas, riñas, desacuerdos, hostilidades o disturbios. La consideran liberación o ausencia de algún conflicto externo y de toda confusión interna, cuyo resultado sea perturbar la tranquilidad del estado mental. Pero tal comprensión de la paz es incompleta, porque la paz verdadera es mucho más que la sola ausencia de conflicto. Los incrédulos no pueden encontrar la paz porque no cuentan con una definición no adecuada. No entienden qué buscan y por ello no buscan en el lugar adecuado.

Solo hay una fuente de paz verdadera, como lo revela esta verdad simple y profunda (27a-b). El escenario donde se produce esta promesa magnífica es el aposento alto en la noche antes de la muerte de Cristo. El

Señor, sabiendo que sus discípulos estaban con el corazón hecho pedazos porque Él los dejaba, les dio un mensaje de despedida consolador y esperanzador. Como se indicó en el capítulo anterior, Jesús les prometió que por la morada del Espíritu Santo en ellos, Él continuaría estando con ellos y así también el Padre y la verdad. Ese legado maravilloso cambiaría en gozo eterno el pesar temporal de los discípulos por la muerte del Señor. También sería la base de la paz sobrenatural que les prometió.

Esta declaración breve refleja cuatro características de la paz divina: su naturaleza, fuente, contraste y resultado.

LA NATURALEZA DE LA PAZ

La paz os dejo, (14:27a)

Objetivamente, **la paz** en el Nuevo Testamento tiene que ver con la situación de la persona ante Dios; subjetivamente, con la experiencia resultante de paz en la vida diaria del creyente. Por supuesto, la paz con Dios es el cimiento sobre el cual tienen base las demás formas de paz. Si no hay paz con Dios, entonces no puede haber paz verdadera en esta vida. Así, la paz objetiva es un prerequisite para la paz subjetiva y la persona no salva no puede disfrutar ninguna de las dos.

Desde la rebelión de Adán y Eva (cp. Gn. 3), la raza humana ha estado en guerra con Dios. Todos violan su ley santa y le niegan la gloria, por lo tanto son sus enemigos. La Biblia llama pecado a esta rebelión y declara que todos los seres humanos (con la excepción del Señor Jesucristo) son pecadores (Ro. 3:23). Desde el nacimiento, todo hombre o mujer se opone a Dios, tanto por herencia (Ro. 5:18; cp. Sal. 51:5; 58:3) como por elección personal (cp. Ro. 3:10-18). Nadie es neutral porque como Jesús dijo: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Lc. 11:23). En Génesis 8:21, el comentario de Dios sobre su creación caída fue: “[el] hombre es malo desde su juventud” (cp. Job 15:14). De este modo, habiéndose opuesto a la ley de Dios, los humanos enfrentan inevitablemente su ira y la pena del castigo eterno.

La humanidad odia a Dios (cp. Jn. 15:18-19; 1 Jn. 2:16-17) y todos los que son parte del sistema del mundo no pueden estar en paz con Él: “¡Oh, almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye en enemigo de Dios” (Stg. 4:4).

La buena noticia es que los enemigos de Dios pueden reconciliarse para disfrutar la paz eterna con Él por medio de la fe en Jesucristo; porque a través de Él Dios ha escogido “reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Col. 1:20; cp. Hch. 10:36; Ef. 2:14-17). En Romanos 5:1 Pablo escribió: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Quienes confían en Cristo están “reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” porque Él pagó la pena por el pecado en la cruz (Ro. 5:10; cp. v. 11; 2 Co. 5:18-21; Col. 1:22). En el momento de la justificación, la rebelión termina, se perdonan todos los pecados y los enemigos se vuelven hijos de Dios (cp. Ro. 8:12-17).

Como resultado, quienes antes se ocupaban de la carne que “es muerte”, ahora se ocupan del Espíritu que “es vida y paz” (Ro. 8:6). Así, Pablo llamó al evangelio, el “evangelio de la paz” (Ef. 6:15) porque es las buenas noticias de cómo pueden, por medio de Cristo, estar en paz con Dios los pecadores rebeldes.

El sacrificio de Jesucristo para satisfacer la santidad de Dios era necesario para establecer la paz entre los hombres pecadores y el Dios Santo, pues la justicia y la paz están ligadas de modo inseparable (cp. Sal. 85:10). Dios requiere el pago del castigo cuando los pecadores violan su ley porque Él es santo y justo. Dios puede ser “el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Ro. 3:26) porque el sacrificio de Cristo satisfizo plenamente las exigencias de la justicia divina. Aunque Cristo era perfectamente justo, recibió el castigo en lugar de todos los que creen, como si Él fuese el pecador, de modo que quienes creen en Él por medio de la fe se pueden tratar como si fueran perfectamente justos. Así, por medio de la expiación sustitutiva de Cristo y la imputación de su justicia sobre los pecadores humanos (2 Co. 5:21), los enemigos de Dios pueden convertirse en sus amigos (Stg. 2:23).

Esa paz objetiva de la justificación produce una paz experimentada. No es paz con Dios, sino “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento”, lo cual quiere decir que trasciende la comprensión, el análisis y la perspicacia humana. Esta paz “guardará [los] corazones y [los] pensamientos [de los creyentes] en Cristo Jesús” (Fil 4:7). La palabra griega que se traduce por *guardar* es un término militar cuyo significado es “mantenerse vigilante”. La paz de Dios protege a los creyentes de la ansiedad, la duda, el miedo y la aflicción. No es pasiva, es activa; está lejos de permitir ser afectada por las circunstancias, triunfa

sobre ellas, vuelve en alegrías los pesares, en audacia la cobardía y en confianza la duda. Esta es la paz que Jesús prometió a sus seguidores.

La paz experimentada es parte esencial de la vida cristiana. Pablo escribió: “El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Ro. 14:17). Después, el apóstol añadió esta bendición: “Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (15:13). También dio una bendición semejante al final de 2 Tesalonicenses: “Y el mismo Señor de paz os dé siempre paz en toda manera. El Señor sea con todos vosotros” (2 Ts. 3:16). La paz es uno de los frutos del Espíritu (Gá. 5:22); dada por el Consolador que Cristo envió para habitar en su pueblo (véase la explicación de Juan 14:16-17 en el capítulo anterior). Esta paz no se manifiesta solamente en la tranquilidad privada, sino en la armonía con los otros creyentes (Mr. 9:50; Ro. 14:19; 2 Co. 13:11; Ef. 4:3; 1 Ts. 5:13; 1 Ti. 3:3; Tit. 3:2).

LA FUENTE DE LA PAZ

mi paz os doy; (14:27b)

Dios es la única fuente de toda la paz verdadera porque Él es “el Dios de paz” (Ro. 15:33; 16:20; Fil. 4:9; 1 Ts. 5:23; He. 13:20; cp. Jue. 6:24; Is. 9:6; 1 Co. 14:33; 2 Co. 13:11; 2 Ts. 3:16); de ahí que Jesús haya dicho: “**Mi paz os doy**”. Como ocurre con toda bendición de la vida cristiana, la paz viene de las tres personas de la Trinidad. El saludo comúnmente repetido en las epístolas del Nuevo Testamento, “Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo” (Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Gá. 1:3; Ef. 1:2; Fil. 1:2; Col. 1:2; 2 Ts. 1:2; cp. Ef. 6:23; 1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; Tit. 1:4; Flm. 3; 2 Jn. 3), indica que Dios Padre y Jesucristo son la fuente de la paz. El ministerio del Espíritu Santo es impartir esa paz a los creyentes (Gá. 5:22). Como el resto del legado de Jesús a los discípulos, la **paz** que prometió darles llegaría a su plenitud el día de Pentecostés.

Cristo llamó su **paz** a esa paz. Es la misma paz que lo mantuvo en calma frente a la burla, al desdén, la hostilidad, el odio, la traición y la muerte (cp. 1 P. 2:23). La paz de Cristo provee a los creyentes de serenidad y libertad frente a la preocupación y ansiedad que no queda afectada por las circunstancias difíciles de la vida, sino que triunfa sobre ellas. En medio de las dificultades y tentaciones de la vida, los creyentes

hacen bien en fijar “los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (He. 12:2). Solo cuando miramos a Cristo podemos encontrar paz y tener confianza en medio de cualquier dificultad.

EL CONTRASTE DE LA PAZ

yo no os la doy como el mundo la da. (14:27c)

En el sentido más verdadero, la paz real no se encuentra en el **mundo**. Las personas impías de un mundo impío son enemigas de Dios por naturaleza y están en un estado de confusión resultante. El **mundo** solo ofrece una experiencia de tranquilidad momentánea y fugaz por medio de la indulgencia propia, el materialismo, el amor, el romance, el abuso de drogas, las falsas religiones, la psicoterapia o una hueste de otros placebos. Pero la paz falsa del mundo en realidad es la dicha de la ignorancia. Si los incrédulos entendieran la ira de Dios y el tormento eterno, agonizante y sin alivio que les espera en el infierno, no disfrutarían nunca ni un momento de paz en su vida.

La Biblia enfatiza repetidas veces que la paz del mundo es inadecuada. “No hay paz para el malvado”, dice el SEÑOR” en Isaías 48:22 (NVI). En Isaías 57:21 el profeta se hizo eco de las palabras del Señor: “No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos”. En Jeremías 6:14 Dios censuró a los falsos profetas que “curan la herida de [su] pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz” (cp. 8:11; Ez. 13:10, 16). Jesús se lamentó sobre Jerusalén: “¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos” (Lc. 19:42). El apóstol Pablo escribió sobre los incrédulos que “no conocieron camino de paz” (Ro. 3:17). Al final de los tiempos, “cuando [los incrédulos] digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán” (1 Ts. 5:3). El rebelde Israel admitió al final: “Esperamos paz, y no hubo bien; día de curación, y he aquí turbación” (Jer. 8:15). La paz del mundo solo es una ilusión. La paz basada en las circunstancias positivas temporales o el escapismo ignorante no es paz auténtica en absoluto. La razón por la cual las personas carecen de paz no es emocional, psicológica o circunstancial, sino teológica. Como ya se dijo en este capítulo, solo quienes conocen a Jesucristo pueden tener paz con

Dios y, por ende, experimentar la paz verdadera en esta vida.

EL RESULTADO DE LA PAZ

No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. (14:27d)

Después de prometer paz a sus discípulos, Jesús repitió su mandamiento de no permitir que **se turbe su corazón, ni tenga miedo** (véase la exposición del v. 1 en el capítulo 50 de esta obra). Sin embargo, no hay incongruencia entre la promesa de Cristo y su mandamiento. La Biblia enseña que los cristianos son responsables de apropiarse de las promesas de Dios. El Espíritu Santo habita en los creyentes y les da poder, pero ellos por su parte deben llenarse del Espíritu (Ef. 5:18) y caminar en Él (Gá. 5: 16, 25). A los cristianos se les ha dado vida eterna; en respuesta, ellos deben considerarse “muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Ro. 6:11), y presentarse “[ellos] mismos a Dios como vivos de entre los muertos” (v. 13). El Espíritu Santo es su maestro sobrenatural (1 Jn. 2:20, 27); aun así, eso no anula la responsabilidad que tienen los creyentes de estudiar las Escrituras con diligencia (2 Ti. 2:15). El mismo apóstol Pablo que escribió “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gá. 2:20), también escribió: “Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Co. 9:26-27).

Entonces, como ocurre con todas las promesas de Dios, es responsabilidad de los creyentes apropiarse de la promesa de paz de Cristo. El Salmo 34:14 manda al pueblo de Dios buscar la paz y seguirla (cp. 1 P. 3:11), mientras el Salmo 119:165 declara: “Mucha paz tienen los que aman [la ley de Dios], y no hay para ellos tropiezo”. De modo semejante, Isaías 26:3 revela que Dios guarda en completa paz a quienes confían en Él categóricamente, e Isaías 32:17 enlaza la experiencia de la paz con vivir una vida justa. Pablo instruyó a Timoteo a ir en pos de la paz (2 Ti. 2:22) y Pedro exhortó así a sus lectores: “Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz” (2 P. 3:14). Santiago también relacionó la paz con una vida piadosa cuando escribió: “Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica... Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz” (Stg.

3:17-18). De hecho, una forma en que Dios produce paz en nuestras vidas es cuando nos amonesta: “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados” (He. 12:11).

Cuando confiamos en su bondad, fidelidad y provisión, Dios nos llena “de todo gozo y paz en el creer” (Ro. 15:13). Vivir en angustia por el pasado, ansioso por las preocupaciones del presente o con aprensión por el futuro es no apropiarse de la paz. Como ya se dijo antes: Los creyentes no deben “por nada [estar] afanosos, sino [hacer] conocidas [sus] peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará [sus] corazones y [sus] pensamientos en Cristo Jesús” (Fil. 4:6-7).

En el Sermón del Monte, Jesús señaló la locura pecaminosa de permitir que el temor y la preocupación corroan la experiencia de la paz divina en el creyente:

Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal (Mt. 6:25-34).

Dios ha perdonado el pasado, ha provisto para el presente y garantiza el

futuro, quitando así todo lo que trastoque legítimamente la paz del creyente. Aplicando este principio a las circunstancias más difíciles del apóstol Pablo, él mismo escribió a los corintios:

Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos... Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas (2 Co. 4:8-9, 17-18).

Las buenas nuevas del evangelio son que la guerra entre Dios y el pecador puede terminar, pues el tratado que acabó dicha guerra se compró con la sangre del Señor Jesucristo. La paz experimentada resultante se vuelve un principio que controla y guía la vida de todo creyente. En Colosenses 3:15 Pablo exhortó así a los cristianos: “Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos”. *Brabeuō* (“gobierne”) se usaba para describir la decisión de un árbitro sobre el resultado de un evento atlético. Haciéndose dos preguntas los creyentes pueden permitir que la paz de Cristo arbitre sus elecciones. Primera, deben preguntarse si lo que están considerando es consecuente con la realidad de estar ahora en paz con Cristo, luego ser parte de su reino (cp. Col. 1:13). Debe rechazarse todo lo que perturbe la unidad y armonía que disfrutan con Él. Pablo ilustró ese principio en 1 Corintios 6:17-18 cuando escribió: “Pero el que se une al Señor se hace uno con él en espíritu. Huyan de la inmoralidad sexual” (NVI). La unión de los cristianos con Cristo obliga a su pureza.

La segunda consideración concierne a cómo afectará esa elección la paz de la mente que proviene de una conciencia tranquila (cp. Ro. 14:22-23; 1 Co. 8:12). Los pensamientos, palabras y obras consecuentes con la paz de Cristo darán como resultado una conciencia clara, buena y sin tacha (Hch. 23:1; 24:16; 2 Co. 1:12; 1 Ti. 1:5, 19; 3:9; 2 Ti. 1:3; He. 13:18; 1 P. 3:16); los que no lo son producirán una conciencia acusadora y atribulada (1 S. 24:5). Los cristianos que viven en pecado y sin arrepentirse pierden el derecho a experimentar la paz y la tranquilidad del legado de Cristo a su pueblo. David declaró a Dios, recordando sus

pecados con Betsabé:

*Mientras guardé silencio, mis huesos se fueron consumiendo
por mi gemir de todo el día.
Mi fuerza se fue debilitando
como al calor del verano,
porque día y noche
tu mano pesaba sobre mí.
Pero te confesé mi pecado,
y no te oculté mi maldad.
Me dije: “Voy a confesar mis transgresiones al SEÑOR”,
y tú perdonaste mi maldad y mi pecado (Sal. 32:3-5, NVI).*

La conciencia intranquila y llena de culpa se hace íntegra cuando el creyente confiesa su pecado ante Dios y se arrepiente (cp. 2 Co. 7:10; 1 Jn. 1:9). Cuando el creyente sabe que su pecado ha sido perdonado (mediante la cruz) y que su comunión personal con Dios ha sido restaurada (mediante la confesión y el arrepentimiento), puede volver a experimentar la paz profunda que Dios ofrece a todos sus hijos.

La noche antes de la muerte del Señor, Él prometió paz sobrenatural a sus discípulos atribulados. Al apuntar hacia Él como dador de la paz, no a las circunstancias aterradoras que enfrentaban en su ausencia, Jesús ofreció a sus seguidores una paz incommovible por los sucesos de este mundo y que perdura para siempre. Esta paz es la que lo caracterizó a lo largo de sus sufrimientos, y sería también lo que caracterizaría a sus seguidores a través de las persecuciones que enfrentarían por causa de su nombre.

Charles Wesley, el famoso autor de himnos, resumió la naturaleza de la paz cristiana, enfocada en Dios, con estas palabras adecuadas:

Descanso bajo la sombra del Todopoderoso,
Mis penas expiran, mis problemas cesan;
Tú, Señor, en quien mi alma reposa,
Me mantendrás calmado en tu paz perfecta.

53 Significado de la muerte de Jesús para Él

Habéis oído que yo os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo. Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis. No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí. Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago. Levantaos, vamos de aquí. (14:28-31)

La muerte y la resurrección del Señor Jesucristo son las verdades centrales de la fe cristiana. Según lo declaró J. C. Ryle hace más de ciento cincuenta años, la muerte de Cristo es: “La *peculiaridad magna de la religión cristiana*. Otras religiones tienen leyes y preceptos morales— formas y ceremonias—, recompensas y castigos. Pero las otras religiones no pueden hablarnos de un Salvador que murió. No nos pueden mostrar la cruz. Esta es la corona y gloria del evangelio” (J. C. Ryle, *The Cross: A Call to the Fundamental of Religion* [La cruz: Un llamamiento a los fundamentos de la religión] [Reimpresión; Pensacola: Chapel Library, 1998], p. 18, cursivas en el original). La cruz está en el centro de todo lo que importa a los creyentes. En palabras de John F. Walvoord:

Ningún evento del tiempo o la eternidad se compara con la importancia trascendente de la muerte de Cristo en la cruz. Las otras empresas importantes de Dios, como la creación del mundo, la encarnación de Cristo, su resurrección, la Segunda Venida y la creación de cielos nuevos y tierra nueva, carecen de importancia si Cristo no murió...

Cuando se estudia a Cristo en sus sufrimientos y muerte, se está en el lugar santísimo, el lugar de misericordia regado con sangre al que solo tiene acceso la mente instruida por el Espíritu. De modo supremo, Cristo reveló en su muerte la santidad y la justicia de Dios, así como el amor divino que produjo el sacrificio. De manera similar, la sabiduría infinita de Dios se revela en semejante forma de salvación que nunca

hubiera concebido mente humana alguna; solo el Dios infinito estaría dispuesto a sacrificar a su Hijo (*Jesus Christ Our Lord* [Jesucristo nuestro Señor] [Chicago: Moody, 1974], p. 153).

La muerte de Cristo en sacrificio era el objetivo final de la encarnación. La razón por la cual Él vino (Jn. 12:27) fue para “dar su vida en rescate por muchos” (Mr. 10:45), de modo que mediante su muerte pudiera reconciliar a los pecadores con Dios (2 Co. 5:18-21). La cruz no fue un trastorno del plan divino, tampoco fue un accidente; fue exactamente lo que Dios había diseñado desde antes del inicio de los tiempos (2 Ti. 1:9). Se hace evidente en las predicciones repetidas del Señor sobre su muerte a manos de hombres impíos (Mt. 12:40; 16:4, 21; 17:12, 22-23; 20:17-19, 28; 26:2, 28, 31; Mr. 9:9; Lc. 17:25; 22:15; 24:6-7, 25-26; Jn. 2:19-21; 3:14; 8:28; 10:11, 17-18; 12:27, 32-33; 15:13; 18:11, 32). Los profetas del Antiguo Testamento también predijeron su sufrimiento (cp. Sal. 22:1, 16, 18; Is. 52:13—53:12; Dn. 9:26; Zac. 12:10), así como Juan el Bautista (Jn. 1:29, 36) y Moisés y Elías en la transfiguración (Lc. 9:30-31).

Por supuesto, el sacrificio de Cristo, una sola vez y para siempre, es el eje de la vida de su Iglesia verdadera. El bautismo describe la unión de los creyentes con Él en su muerte (cp. Ro. 6:3); cuando celebran la comunión, “proclaman la muerte del Señor hasta que él venga” (1 Co. 11:26, NVI); cuando anuncian el evangelio, predicán “a Cristo crucificado” (1 Co. 1:23).

La muerte de Cristo da vida a todas las bendiciones ricas de la salvación. Los creyentes reciben justificación—un término legal cuyo significado es “declarar justo”—por medio de su muerte. Pablo escribió que quienes depositan su fe en Cristo están “justificados en su sangre... justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús... el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Ro. 5:9; 3:24; 4:25). Dios declara justos a los pecadores arrepentidos porque la muerte de Cristo pagó la pena por los pecados de ellos, y ellos se hacen beneficiarios de su justicia (Ro. 5:19; 1 Co. 1:30; 2 Co. 5:21; Fil. 3:9).

La muerte de Cristo también redime a su pueblo de la esclavitud del pecado. Pablo declaró: “En [Cristo] tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Ef. 1:7; cp. Ro. 3:24; Gá. 3:13). “No [fue] por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino

por su propia sangre, [que Cristo] entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (He. 9:12). Jesús dijo: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mt. 20:28; cp. 1 Ti. 2:6; Tit. 2:14; 1 P. 1:18; 2:24; Ap. 1:5; 5:9).

Cristo pudo rescatar a los elegidos porque su muerte fue propiciación (apaciguó, satisfizo) a la ira de Dios contra el pecado. En Romanos 3:25 Pablo escribió: “Dios puso como propiciación [a Cristo] por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados”. Cristo pudo “expiar los pecados del pueblo” (He. 2:17) porque “él es la propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 2:2; cp. 4:10).

Era esencial que Cristo muriera para obtener el perdón de los pecados, pues Dios determinó que “sin derramamiento de sangre no se hace remisión” de pecados (He. 9:22). Jesús dijo en la noche anterior a su muerte: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mt. 26:28). “Tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” mediante el sacrificio del “amado Hijo” de Dios (Col. 1:13-14). En esa misma epístola, Pablo escribió más adelante:

Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz (Col. 2:13-14).

Juan recordó a sus lectores: “Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:7; cp. Ap. 7:14).

La muerte de Cristo reconcilia a todos los pecadores creyentes con Dios. Pablo escribió a los romanos: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación” (Ro. 5:10-11). En 2 Corintios 5:19 afirmó que “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados”. A los colosenses

dijo que el Padre se complació en reconciliar consigo todas las cosas por medio de Cristo, “haciendo la paz mediante la sangre de su cruz... en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para [presentarlos] santos y sin mancha e irreprochables delante de él” (Col. 1:20, 22).

Leon Morris resumió en la lista siguiente lo que significa la muerte de Cristo para los creyentes. Por su muerte:

1. Recibimos redención (Ef. 1:7; 1 P. 1:19).
 2. Nos podemos acercar a Dios (Ef. 2:13).
 3. Nos reconciamos con Dios (Col. 1:20-21; Ro. 5:10).
 4. Los judíos y los gentiles son ahora uno solo (Ef. 2:16).
 5. Estamos limpios (He. 9:14; 1 Jn. 1:7).
 6. Recibimos justificación (Ro. 5:9).
 7. Recibimos santificación (He. 10:10; 13:12).
 8. Somos perfeccionados para siempre (He. 10:14).
 9. Dios nos ha comprado (Ap. 5:9).
 10. El acta que había contra nosotros se quedó clavada en la cruz (Col. 2:14).
 11. Tenemos libertad para entrar al lugar santísimo (He. 10:19).
 12. Estamos liberados de nuestros pecados (Ap. 1:5).
 13. Podemos vencer por la sangre del Cordero (Ap. 12:11).
 14. Por su cruz tenemos asegurada la paz con Dios (Col. 1:20).
 15. Su sangre establece un nuevo pacto (1 Co. 11:25).
 16. Fuimos redimidos de toda iniquidad (Tit. 2:14)
- (*The Cross in the New Testament* [La cruz en el Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1965], pp. 425-426).

Cuando Pablo pensó en todo el significado de la muerte de Cristo para los creyentes, solo pudo exclamar: “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gá. 6:14) y también: “Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Co. 2:2). Dada la importancia suprema de la muerte de Cristo para los creyentes, no sorprende que se hayan escrito palabras incontables para exponer su significado amplio y rico.

Lo que no se suele considerar es el significado de la muerte de Cristo para Él. Ni siquiera sus once seguidores más cercanos, en la noche de la crucifixión, pudieron captar la importancia de la muerte de Jesús desde la perspectiva divina. Todas las esperanzas, sueños y ambiciones de los

apóstoles se centraban en su Maestro. Lo habían dejado todo por seguir a Jesús, creían correctamente que Él era el Mesías de Israel, esperado por tanto tiempo. Los discípulos esperaban que Él derrocaria a los romanos, restaurara la soberanía y la gloria de Israel y les concediera posiciones importantes en el reino restaurado (Mt. 19:27; 20:20-21). Pero estaban comenzando a entender lentamente que cuando Él predijo su muerte (véanse las referencias arriba), había querido decir exactamente eso.

El Señor había suplido todas las necesidades físicas, emocionales y espirituales de los discípulos. En consecuencia, ellos lo amaban profundamente y no podían imaginar la vida sin su amado Maestro. Reaccionaron a la muerte inminente de Jesús con miedo y terror, debido a la pérdida incomparable. Como el Señor sabía qué estaban pensando, pasó gran parte de su última noche con los discípulos consolándolos y animándolos. Les aseguró que, aun cuando no estaría ya visiblemente con ellos, seguiría cuidándolos. El Espíritu Santo, el Consolador que Cristo enviaría, vendría a morar en ellos, les daría poder y los guiaría.

Pero a pesar de las promesas del Señor, incluida la garantía de su resurrección, los discípulos estaban aún demasiado perturbados, lo cual provocó su mandamiento en 14:27: “No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”. En parte, los discípulos estaban atribulados porque su fe era débil (cp. Mt. 6:30; 8:26; 14:31; 16:8; 17:20). Pero más allá de eso, su ansiedad se derivaba de su visión corta y egoísta. Vieron la muerte del Señor en términos de qué perderían ellos, no de qué ganaría Él.

El egoísmo de los discípulos provocó la reprensión del Señor: “**Habéis oído que yo os he dicho: Voy** (cp. 7:33; 8:21; 13:33, 36; 14:2-4, 12; 16:7, 10), **y vengo a vosotros** (14:3, 18, 23; 16:22). **Si me amarais, os habríais regocijado**”. Como el amor más noble “no busca lo suyo” (1 Co. 13:5), sino lo mejor de quien es objeto, Jesús expuso la debilidad del amor de los discípulos y los llamó a ver la cruz desde su perspectiva.

Este pasaje revela cuatro facetas del significado que tuvo la muerte de Jesús para Él, cada una de las cuales refleja un aspecto importante de su obra. Por medio de su muerte, su ministerio recibiría vindicación, su mensaje recibiría verificación, su misión sería victoriosa y su motivación recibiría validación.

SU MINISTERIO RECIBIRÍA VINDICACIÓN

porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo.

(14:28b)

Después de su humillación en la encarnación, Jesús anhelaba ir **al Padre**. La referencia es a su restauración y exaltación a la diestra del Padre (Mt. 26:64; Hch. 2:33; 5:31; 7:55-56; Ro. 8:34; Ef. 1:20; Col. 3:1; He. 1:3; 8:1; 10:12; 12:2; 1 P. 3:22). El Hijo de Dios dejó la gloria indescriptible del cielo, donde experimentaba comunión perfecta con el Padre (Jn. 1:1; cp. 3:35; 10:17; Mt. 3:17; 17:5; Ef. 1:6; Col. 1:13), y se hizo hombre (cp. Ro. 8:3-4; Fil. 2:5-8; 1 Jn. 4:2-3). Aunque fue sin pecado, experimentaba debilidades humanas tales como la fatiga (Mt. 8:24), el hambre (Mt. 4:2) y la sed (Jn. 4:7). Ahora regresaba a la plenitud de la gloria que había experimentado desde toda la eternidad en la presencia del Padre. Jesús expresó su anhelo por esa gloria cuando oró: “Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti... Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn. 17:1, 5; cp. v. 24).

Cuando Cristo fuera exaltado a la diestra del Padre (Sal. 110:1; Lc. 22:69; Hch. 7:55ss.; Ro. 8:34; Ef. 1:20; Col. 3:1; He. 1:3; 8:1; 10:12; 12:2; 1 P. 3:22), su ministerio sería vindicado eternamente por Dios; su exaltación sería la culminación de la aprobación del Padre a su vida y muerte en la tierra. Cristo anhelaba con ardor la presencia celestial del Padre, donde regresaría a la gloria total, porque había satisfecho a la perfección la voluntad de Dios. Aunque la cruz sería espantosa, Jesús sabía que el Padre le resucitaría de los muertos y le sentaría a su diestra en los lugares celestiales, “sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero” (Ef. 1:20-21; cp. Is. 53:10). Como escribe un erudito:

Cuando la humillación del Señor alcanzó profundidades absolutas con su muerte ignominiosa, Dios Padre intervino decisivamente. Para vindicar y aprobar la humillación del Hijo, el Padre lo exaltó en magnificencia hasta el lugar más alto del universo. Claramente, el Padre recompensó a su Hijo por su vida y muerte en perfecta obediencia... Cuando Dios Padre exaltó a Jesucristo, lo vindicó (David J. MacLeod, “The Exaltation of Christ: An Exposition of Philippians 2:9-11” [La exaltación de Cristo: Exposición de Filipenses 2:9-11], *Bibliotheca Sacra* 158/632 [octubre de 2001]: 439, 441).

La afirmación de Jesús “**El Padre mayor es que yo**” ha sido tergiversado por grupos heréticos para aseverar de manera incorrecta la inferioridad del Señor ante el Padre. Jesús no iba a retractarse y negar la completa igualdad con el Padre después de haberla afirmado repetidamente junto con su deidad (p. ej., Jn. 5:17-18; 8:58; 10:30; 14:9). Por lo tanto, el Señor no hablaba aquí de su naturaleza esencial divina, sino de su papel sumiso durante su ministerio terrenal. En ser y esencia el Padre y el Hijo son eternamente iguales; pero en papel y función, el Hijo se sometió a la voluntad del Padre en la encarnación. La declaración de Cristo refleja la perspectiva de un siervo humilde, el papel que asumió durante su tiempo en la tierra. Ya había dicho antes en el Evangelio de Juan: “De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente” (5:19; cp. v. 30; 4:34; 6:38; 8:29, 42; 12:49; 14:10).

En la encarnación...

Cristo Jesús..., siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil. 2:5-8).

“Fue hecho un poco menor que los ángeles”, pero ahora fue “coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte” (He. 2:9; cp. Fil. 2:9-11). Habiéndose sometido al Padre en la muerte, ha sido vindicado por el Padre desde entonces.

D. A. Carson capta la esencia de lo que significaba para Jesús retornar al Padre cuando escribe:

Si los discípulos de Jesús lo amaban realmente, estarían felices por su retorno al Padre, *porque* regresaba a la esfera que pertenecía, a la gloria que tenía con el Padre antes del comienzo del mundo (17:5), al lugar donde el Padre no disminuye en gloria, sin duda más grande que el Hijo en su estado encarnado. En este punto, los discípulos habían respondido emocionalmente, en total acuerdo con su percepción de *su propia* ganancia o pérdida. Si hubieran

amado a Jesús, habrían percibido que su partida a su “casa” era *su* ganancia y se habrían alegrado con Él ante la noticia. Tal como estaban las cosas, su pena era un indicador de su egocentrismo (*The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 508, cursivas en el original).

SU MENSAJE QUEDARÍA VERIFICADO

Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis. No hablaré ya mucho con vosotros; (14:29-30a)

Como se indicó antes, los discípulos creían que Jesús era el Mesías y el Hijo de Dios. De hecho, al menos en dos ocasiones habían afirmado enfáticamente esa creencia. Cuando el Señor les preguntó: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”; Pedro, quien usualmente era el vocero del resto, respondió: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (v. 16).

[Después] muchos de sus discípulos [superficiales] volvieron atrás, y ya no andaban con él. Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso irs también vosotros? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente (Jn. 6:66-69; cp. 1:41, 45-49; Mt. 14:33).

Pero a pesar de sus testimonios confiados, aún luchaban con la duda. Esto llevó a que Jesús los reprendiera varias veces por su falta de fe y que ellos le imploraran: “Auméntanos la fe” (Lc. 17:5).

Como lo había hecho hacía un momento (13:19), Jesús fortaleció la fe tambaleante al recordarles esto: “**Ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis**”. Los discípulos entendían del Antiguo Testamento que solo Dios puede predecir el futuro. En Isaías 42:9 Dios dijo: “He aquí se cumplieron las cosas primeras, y yo anuncio cosas nuevas; antes que salgan a la luz, yo os las haré notorias”. En 46:9-10 añadió: “Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que

quiero”. Más adelante en Isaías, Dios le recordó esto a la Israel idólatra: “Lo que pasó, ya antes lo dije, y de mi boca salió; lo publiqué, lo hice pronto, y fue realidad... te lo dije ya hace tiempo; antes que sucediera te lo advertí”. Luego explica que lo hizo “para que no [dijera Israel]: Mi ídolo lo hizo, mis imágenes de escultura y de fundición mandaron estas cosas” (48:3, 5).

En contraste, la falsedad de los ídolos de Israel quedaba expuesta por la incapacidad para predecir el futuro; no podían responder el desafío de Dios para anunciar “lo que ha de venir; [para decir] lo que ha pasado desde el principio... para [saber que son] dioses” (Is. 41:22-23). Como los dioses falsos, inútiles e inertes, no pueden predecir el futuro, Dios dijo con desdén de ellos: “He aquí que vosotros sois nada, y vuestras obras vanidad; abominación es el que os escogió” (v. 24).

Por lo tanto, cuando las predicciones de Jesús se cumplieron, la fe de los discípulos en Él se incrementó grandemente. Por ejemplo, Juan 2:19-21 registra la predicción de su muerte y su resurrección. Entonces el versículo 22 dice que “cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho”. En 16:1-3 Jesús predijo que los discípulos enfrentarían persecuciones. Entonces en el versículo 4 les dijo: “Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho”. Pero a pesar de las múltiples predicciones del Señor sobre su resurrección, los discípulos no creyeron totalmente hasta después de que todo ocurrió. Juan registra que solo fue cuando Pedro y él encontraron la tumba vacía, que él “vio, y creyó. Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos” (20:8-9). El cumplimiento de sus predicciones ayudó a convencer a los discípulos de la deidad de Jesús; tal como Él lo había pretendido (cp. 13:19 donde se indica que Jesús asumió para sí el nombre de Dios [Éx. 3:14; cp. Jn. 8:24, 28, 58; 18:5-6]).

Las palabras del Señor “**No hablaré ya mucho con vosotros**” no señalan el final del discurso, que en realidad continúa hasta el final del capítulo 16. Más bien, son un recordatorio a los discípulos de que se estaba acabando su tiempo con ellos en la tierra. Jesús era consciente de todo lo que le iba a ocurrir, no fue nunca por sorpresa. Sabía con exactitud cuánto tiempo le quedaba con los once antes de que llegaran los siervos del Enemigo a prenderlo.

SU MISIÓN SERÍA VICTORIOSA

porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí.
(14:30b)

Esta es la segunda de tres referencias a Satanás como **príncipe de este mundo** en el Evangelio de Juan (12:31; 16:11; cp. Lc. 4:5-6; 2 Co. 4:4; Ef. 2:2; 1 Jn. 5:19). Por supuesto, el diablo no es el gobernante legítimo del mundo, es un usurpador con permiso divino. Es el **príncipe** del sistema maligno del **mundo** que está en rebelión contra Dios (cp. 7:7; 8:23; 14:17; 15:18-19; 17:14-16; 1 Jn. 2:15-17; 3:1, 13; 4:4-5; 5:4-5, 19). Jesús veía que Satanás venía en las personas de Judas, los líderes judíos y los soldados romanos que lo arrestarían en Getsemaní.

Jesús había estado en conflicto con Satanás durante toda su vida. Cuando era niño, Satanás incitó a Herodes para intentar matarlo, junto con otros niños varones en los alrededores de Belén (Mt. 2:16). Cuando el ministerio de Jesús comenzaba, estaba “en el desierto cuarenta días, y era tentado por Satanás” (Mr. 1:13). Pero las tentaciones de Satanás no se limitaron a aquel primer encuentro; persistieron durante todo el ministerio terrenal del Señor (Lc. 4:13; He. 4:15) y culminaron en Getsemaní (Lc. 22:39-46). Satanás intentó en repetidas ocasiones matar a Jesús, antes de la cruz, incitando a hombres malos contra Él (p. ej., Mr. 14:1; Lc. 4:28-30; Jn. 5:18; 7:1; 8:59; 10:39; 11:53-54; cp. Mt. 21:38).

Finalmente, en pocas horas, el conflicto de toda una vida entre Jesús y Satanás alcanzaría su clímax triunfal. Por fin, Satanás tendría éxito en matarlo, pero hacerlo acarrearía su propia destrucción. Lejos de ser la víctima de Satanás, “el Hijo de Dios [apareció], para deshacer las obras del diablo” (1 Jn. 3:8), “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (He. 2:14). La cruz marcó la derrota final de Satanás, aunque la sentencia final contra él no se ejecutará sino hasta el fin del milenio. En ese punto, su asalto final contra el pueblo de Dios se frustrará y él será arrojado al lago de fuego, donde recibirá castigo por toda la eternidad (Ap. 20:10).

La declaración enfática de Jesús (hay una doble negación en el texto griego) explica por qué el diablo no puede detenerlo en la muerte: “**él nada tiene en mí**”. La frase es un modismo hebreo cuyo significado es que el diablo no puede hacer reclamaciones legales contra Jesús. D. A. Carson se pregunta:

¿Cómo podría? Jesús no es de este mundo (8:23) y nunca ha pecado (8:46). El diablo podía retener a Jesús solamente si había una acusación justificable contra Él. Entonces la muerte del Señor sería el pago y el triunfo al diablo (*The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan}, p. 509).

SU MOTIVACIÓN RECIBIRÍA VALIDACIÓN

Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago. Levantaos, vamos de aquí. (14:31)

Lejos de que marcara su derrota a manos de Satanás, la muerte de Cristo fue la prueba final para **el mundo** de su amor **al Padre**. Jesús acababa de enfatizar que la prueba esencial del amor es la obediencia (vv. 15, 21, 23). Él demostraría su amor por el Padre haciendo todo **como el Padre le mandó**.

La frase “**Levantaos, vamos de aquí**” señala una transición obvia en la narrativa. Evidentemente, en este momento Jesús y los discípulos salieron del aposento alto y caminaron por Jerusalén, saliendo hacia Getsemaní. Mientras caminaban, Jesús continuó enseñándoles (Jn. 18:1 no describe la salida del aposento alto del Señor y los discípulos, como algunos creen. Se refiere a su salida de Jerusalén para cruzar el valle de Cedrón, al este de la ciudad. Getsemaní se ubicaba al otro lado del valle, en las pendientes del Monte de los Olivos).

La suma de todo lo que significaba la muerte de Jesús para Él era gozo; “por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (He. 12:2). El camino al gozo eterno atraviesa el sendero del sufrimiento. John Piper escribe: “Primero la agonía de la cruz, entonces el éxtasis del cielo. No hay otro camino... y la corona era el precio. Murió para obtenerla” (*Fifty Reasons Why Jesus Came to Die* [Cincuenta razones por las que Jesús vino a morir] [Wheaton: Crossway, 2006], pp. 114, 116-117).

Después de triunfar sobre la muerte, Jesús regresó a la gloria que había tenido desde la eternidad en el cielo (Lc. 24:26; Jn. 13:31-32; 17:1, 5; Fil. 2:8-9; He. 2:9) a la diestra del Padre (Ro. 8:34; Ef. 1:20; Col. 3:1; He. 1:3; 8:1; 1 P. 3:22). Allí recibe para siempre la alabanza constante y sin merma “de los seres vivientes, y de los ancianos” (Ap. 5:11), quienes claman “a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el

poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (v. 12).

54 La vid y los pámpanos

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido. (15:1-11)

La Biblia usa muchas analogías para describir la relación de Dios con su pueblo. Él es su Padre (Mt. 6:9; Ro. 1:7), ellos son sus hijos (Jn. 1:12; Ro. 8:16-17, 21; Fil. 2:15; 1 Jn. 3:1-2; cp. Ro. 8:14, 19; Gá. 3:26; 4:6; He. 12:7) y miembros de su hogar (Ef. 2:19; 1 Ti. 3:15; 1 P. 4:17); Él es su Rey, ellos sus súbditos (Mt. 25:34); Él es el Creador, ellos sus criaturas (Sal. 24:1; 95:6; 100:3; 119:73; 139:13; Ec. 12:1; Ef. 2:10); Él es el pastor, ellos sus ovejas (Sal. 23:1; 28:9; 79:13; 95:7; 100:3; Is. 40:11; Jn. 10:11, 14, 26; He. 13:20; 1 P. 2:27; 5:4); Él es el constructor, ellos el edificio (Ef. 2:20-22; He. 3:4); Él es el amo, ellos los siervos (Mt. 10:24-25; Ro. 14:4; Ef. 6:9; Col. 4:1; 2 Ti. 2:21; Jud. 4); Cristo es el Esposo, ellos la esposa (2 Co. 11:2; Ap. 19:7; 21:9; cp. Is. 54:5; Jer. 31:32); Él es la Cabeza, ellos su cuerpo (Ef. 1:22-23; 4:15; Col. 1:18; 2:19).

La relación vital de los creyentes con Jesucristo se describe en este

pasaje con otra analogía conocida. Así como las ramas dependen completamente de la vid para la vida, el sustento, el crecimiento y el fruto, los creyentes también dependen completamente del Señor divino como fuente de su vida y efecto espiritual. Y tal como las ramas no pueden dar fruto si no están injertadas en la vid, los creyentes tampoco producen fruto espiritual si están separados de la unión vivificadora en Cristo. Como Él dijo en el versículo 5: “Separados de mí nada podéis hacer”.

Jesús presentó esta analogía a sus discípulos en el aposento alto, la noche antes de su muerte. Era un momento de drama intenso. Uno de los doce hombres más cercanos a Él, Judas Iscariote, ya había salido para vender al Señor a las autoridades judías y poner en movimiento los sucesos que llevaron al arresto y asesinato de Jesús (13:26-30). El Señor y los otros once discípulos estaban a punto de salir del aposento alto para Getsemaní, donde Cristo agonizaría en oración al Padre y donde luego lo arrestarían.

La verdad central que Él quería comunicar mediante esta simbología es la importancia de permanecer en Él (vv. 4-7, 9-10). En el sentido más básico, la permanencia o no de una persona en Cristo revela si es, o no, salvo (vv. 2, 6). Debe anotarse que esta premisa simple y, al parecer, obvia rescata el texto de muchas malas interpretaciones innecesarias. Y es según el grado en que los redimidos permanezcan en Cristo que pueden dar fruto espiritual. Esos principios se desarrollarán con más amplitud en la exposición siguiente.

Menō (“permanecer”) describe algo que sigue donde está, continúa en un estado fijo o perdura. En este contexto, la palabra se refiere a mantener una comunión ininterrumpida con Jesucristo. “Permaneced en mí”, el mandamiento de Jesucristo, es sobre todo una petición a los falsos discípulos para que se arrepientan y expresen fe verdadera en Él. También sirve para animar a los creyentes genuinos a permanecer en Él en el sentido más completo, profundo y total.

Jesús, siempre narrador experto, tejió en su analogía todas las figuras clave de los eventos en aquella noche: Él es la vid, el Padre es el labrador, las ramas que permanecen ilustran a los once y a los otros discípulos verdaderos y las ramas que no permanecen describen a Judas y a todos los discípulos falsos como él. Una última vez, antes de su muerte, Jesús advertía sobre seguir el patrón de Judas. Retó a todos los que creían en Él a demostrar cuán auténtica era su fe mediante una fe duradera en Él.

LA VID

Yo soy la vid verdadera... Yo soy la vid (15:1a, 5a)

Dicha a solo unas pocas horas de su muerte, esta es la última de las siete declaraciones “YO SOY” del Evangelio de Juan en las que se afirma la deidad de Cristo (6:35; 8:12; 10:7, 9, 11, 14; 11:25; 14:6; cp. 8:24, 28, 58; 13:19; 18:5-6). Jesús, siendo Dios en carne humana, señaló hacia Él como la fuente de la vida, vitalidad, crecimiento y productividad espiritual.

La figura es antigua pues el Antiguo Testamento retrata a Israel como la **vid** de Dios. En el Salmo 80:8 el salmista escribió: “Hiciste venir una vid de Egipto; echaste las naciones, y la plantaste”. Dios dijo a Israel por medio del profeta Jeremías: “Te planté de vid escogida, simiente verdadera toda ella” (Jer. 2:21). Israel era el canal mediante el cual las bendiciones del pacto de Dios fluían para el mundo.

Pero Israel demostró ser una vid infiel e infructuosa. El Antiguo Testamento lamenta el fracaso de Israel para producir buen fruto y advierte sobre el juicio inminente de Dios. En Jeremías 2:21 Dios increpa a la nación: “¿Cómo, pues, te me has vuelto sarmiento de vid extraña?”. En Oseas se lamentó así: “Israel es una frondosa viña, que da abundante fruto para sí mismo; conforme a la abundancia de su fruto multiplicó también los altares, conforme a la bondad de su tierra aumentaron sus ídolos” (Os. 10:1; cp. Is. 27: 2-6; Jer. 12:10-13; Ez. 15:1-8; 19:10-14).

En ninguna otra parte del Antiguo Testamento es más conmovedor la descripción del rechazo infiel de Israel del cuidado amoroso de Dios que en Isaías 51:1-7:

Cantaré en nombre de mi amigo querido una canción dedicada a su viña. Mi amigo querido tenía una viña en una ladera fértil. La cavó, la limpió de piedras y la plantó con las mejores cepas. Edificó una torre en medio de ella y además preparó un lagar. Él esperaba que diera buenas uvas, pero acabó dando uvas agrias. Y ahora, hombres de Judá, habitantes de Jerusalén, juzguen entre mi viña y yo. ¿Qué más se podría hacer por mi viña que yo no lo haya hecho? Yo esperaba que diera buenas uvas; ¿por qué dio uvas agrias? Voy a decirles lo que haré con mi viña: Le quitaré su cerco, y será destruida; derribaré su muro, y será pisoteada. La

dejaré desolada, y no será podada ni cultivada; le crecerán espinos y cardos. Mandaré que las nubes no lluevan sobre ella. La viña del SEÑOR Todopoderoso es el pueblo de Israel; los hombres de Judá son su huerto preferido. Él esperaba justicia, pero encontró ríos de sangre; esperaba rectitud, pero encontró gritos de angustia (NVI).

En Mateo 21:33-43 Jesús contó una parábola similar para ilustrar el rechazo de Israel a los mensajeros de Dios que culminaría con la muerte del Señor:

Oíd otra parábola: Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a sus siervos a los labradores, para que recibiesen sus frutos. Mas los labradores, tomando a los siervos, a uno golpearon, a otro mataron, y a otro apedrearon. Envió de nuevo otros siervos, más que los primeros; e hicieron con ellos de la misma manera. Finalmente les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad. Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron. Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? Le dijeron: A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo. Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos? Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él.

La apostasía de Israel la convirtió en una vid vacía y la descalificó por largo tiempo como canal de las bendiciones divinas. Ahora esas bendiciones solo vienen por la unión con Jesucristo, **la vid verdadera**. “Teológicamente, la idea de Juan es que Jesús desplaza a Israel en cuanto al enfoque del plan de salvación divino; lo cual implica que la fe en Jesús se vuelve la característica decisiva para la membresía en el pueblo de

Dios” (Andreas J. Köstenberger, *John* [Juan], Baker Exegetical Commentary on the New Testament [Comentario exegético Baker sobre el Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Baker, 2004], p. 448).

Alēthinos (“**verdadera**”) se refiere a lo que es real, no a un tipo (cp. He. 8:2; 9:24); a lo perfecto, diferenciado de lo imperfecto o a lo genuino a diferencia de lo falsificado (cp. 1 Ts. 1:9; 1 Jn. 5:20; Ap. 3:7, 14; 6:10; 19:11). Jesús es la vid verdadera en el mismo sentido en que es la luz verdadera (Jn. 1:9), la revelación final y completa de la verdad espiritual y el pan verdadero del cielo (Jn. 6:32), la fuente final y única del sustento espiritual.

EL LABRADOR

y mi Padre es el labrador. (15:1b)

El que Jesús designara al **Padre** como el **labrador** mientras Él se asignaba el papel de la vid, en ninguna manera niega la deidad de Jesús y su igualdad completa con el Padre. Durante la encarnación, sin que disminuyera un ápice su deidad, Jesús asumió voluntariamente un papel subordinado al Padre (véase la explicación de 14:28 en el capítulo 53 de esta obra). Más aún, la idea de la analogía no es definir la relación del Padre y el Hijo, sino enfatizar el cuidado del Padre por la vid y las ramas.

Geōrgos (“**labrador**”) se refiere a quien labra la tierra; por lo tanto un granjero (2 Ti. 2:6; Stg. 5:7) o un viñador (Mt. 21:33-35, 38, 40-41; Mr. 12:1-2, 7, 9). Jesús lo usó aquí en el último sentido. Además de plantar, fertilizar y regar la vid, el viñador tenía dos responsabilidades principales al cuidarla. Primera, cortaba las ramas que no daban fruto. Segunda, podaba las que daban fruto para que dieran más fruto. A estos dos tipos de ramas se dirige primordialmente el resto de la analogía del Señor.

LAS RAMAS DE LA VID

Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque

separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido. (15:2-11)

Como ya se ha dicho, los dos tipos de ramas representan las dos clases de discípulos que profesan externamente adherencia a Jesús: las ramas auténticas que permanecen en Él y las que no.

LAS BENDICIONES DE LAS RAMAS QUE PERMANECEN

y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer... Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido. (15:2b-5, 7-11)

Hay tres marcas distintivas de las ramas verdaderas en esta analogía. Primera, producen **fruto** (vv. 2, 4-5, 8). Esta característica las separa más claramente de las ramas falsas (cp. vv. 2, 8). Segunda, también permanecen **en el amor** de Cristo (v. 9). Por último, funcionan en cooperación completa con la fuente de vida, guardan sus mandamientos

siguiendo el ejemplo perfecto del Señor Jesucristo, quien siempre obedeció al Padre (v. 10). Jesús ya había dicho a quienes profesaban fe en Él: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Jn. 8:31). La obediencia prueba que el amor de una persona por Cristo es auténtico (Jn. 14:15, 21, 23), algo que Juan deja claro en su primera epístola: los creyentes confiesan sus pecados (1:9), los incrédulos los niegan (1:8, 10); los creyentes obedecen los mandamientos de Dios (2:3), los incrédulos, no (2:4); los creyentes viven en modelos de justicia (3:6), los incrédulos, no (3:9).

Pero eso no quiere decir que quienes aman a Cristo siempre le obedecen a la perfección; hay ocasiones en que incurrimos en desobediencia y no permanecemos completamente en Cristo. Pablo amonestó así a los corintios:

De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? (1 Co. 3:1-3).

Jesús reprendió a la iglesia de Éfeso por su reducida devoción hacia Él: “Pero tengo contra tí, que has dejado tu primer amor” (Ap. 2:4). Después de hacer esta declaración absoluta: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis”, añadió inmediatamente: “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Jn. 2:1-2). Por lo tanto, la exhortación del Señor a permanecer en Él no solo es apropiada para los incrédulos, sino también para recordar y advertir a los creyentes que no están permaneciendo en Él en el sentido más completo.

El Padre tomará a **todo aquel que lleva fruto y lo limpiará, para que lleve más fruto** porque quiere que sea productivo espiritualmente.

Limpiar [podar] era... parte esencial de la viticultura del siglo I, como hoy día. La primera limpieza ocurría en primavera, cuando las vides estaban en la etapa floreciente. Esto requería cuatro operaciones: (1) eliminar los brotes en los extremos vigorosos para que no crecieran tan rápido; (2) cortar entre

treinta y sesenta centímetros del final de los brotes para evitar que todos los brotes se quebraran con el viento; (3) eliminar algunas flores o racimos de uvas de forma tal que los restantes pudieran producir más y mejor fruto; (4) eliminar los brotes que surgían de la tierra o del tronco y las ramas principales para que no le quitaran la fuerza a la vid (Colin Kruse, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Tyndale New Testament Commentaries [Comentarios Tyndale del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 2003], p. 315).

El Padre limpia las ramas verdaderas eliminando todo lo que debilite su energía espiritual y dificulte su perfecta fructificación. Su limpieza requiere extirpar cualquier cosa que limite la justicia, para lo cual contribuye la disciplina que viene de las dificultades, el sufrimiento y la persecución. Saber que el Padre usa el dolor que soportan los cristianos para finalmente beneficiarlos, elimina todo miedo, autocompasión y queja. El texto clásico de Hebreos es un recordatorio para quienes están pasando por la poda dolorosa de la disciplina del Señor:

Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados (He. 12:7-11; cp. 1 Co. 11:32).

En la sabiduría infinita del Padre y en su control absoluto de todas las circunstancias de la vida, hace que todas las cosas ayuden a bien de los que aman a Dios, “esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28; cp. 5:3-5; Gn. 50:20; Dt. 8:16; 2 Co. 4:16-18; Stg. 1:2-4).

Pero el sufrimiento es solamente el mango del cuchillo del Padre; la

hoja es la Palabra de Dios. Jesús dijo a los once discípulos: **“Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”**. Los once ya habían sido regenerados por el Espíritu Santo porque habían aceptado el evangelio mediante la enseñanza de Jesucristo (cp. Jn. 3:3-8; Tit. 3:4-7). Ese mismo evangelio se encuentra hoy en las Escrituras, “la palabra de Cristo” (Col. 3:16). La Palabra es instrumental en la limpieza inicial y la salvación del creyente (cp. Ro. 1:16); además los purga, poda y limpia.

Dios usa su Palabra como el cuchillo de podar, porque ella es: “Viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (He. 4:12). Pero usa la aflicción para preparar a su pueblo para la poda que hace la Palabra. El salmista afirmó la relación entre la aflicción y la obra de la Palabra en su vida cuando escribió: “Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra... Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos” (Sal. 119:67, 71). El Salmo 94:12 también establece esa conexión: “Dichoso aquel a quien tú, SEÑOR, corriges; aquel a quien instruyes en tu ley” (NVI).

Las palabras del Señor enfatizan dos verdades importantes al respecto de la conducta espiritual: **Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.**

La primera, puesto que todos los creyentes verdaderos, los cuales permanecen en Cristo y Él en ellos, producirán fruto espiritual, no existe tal cosa como un cristiano infructuoso. Juan el Bautista retó a sus oyentes a dar “frutos dignos de arrepentimiento” (Mt. 3:8) y les advirtió que “todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego” (v. 10). Cuando Jesús contrastó los maestros verdaderos con los falsos dijo: “Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis” (Mt. 7:17-20). En Lucas 6:43 añadió: “No es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto”.

La segunda, los creyentes no pueden dar fruto por sí mismos, porque Él declaró tajantemente: **Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no**

permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer (cp. Os. 14:8). Puede haber ocasiones en que los creyentes tengan deslices, cuando no sean fieles a su vida en Cristo. Pero las ramas verdaderas, por quienes fluye la vida de la vid, no pueden dejar de producir fruto a la larga (cp. Sal. 1:1-3; 92:12-14; Pr. 11:30; 12:12; Jer. 17:7-8; Mt. 13:23; Ro. 7:4; Gá. 5:22-23; Ef. 5:9; Fil. 1:11; Col. 1:10; Stg. 3:17).

Un error popular iguala el fruto con el éxito externo. Por ese estándar usual, se considera fructífera la religión externa, la justicia superficial, tener una iglesia grande, un ministerio popular o un programa exitoso. Pero la Biblia no iguala por ninguna parte el fruto con los resultados o el comportamiento externo, imitable por los hipócritas y engañadores, así como por los cultos y religiones no cristianas. En su lugar, las Escrituras definen el fruto en términos de calidad espiritual. Pablo recordó esto a los gálatas: “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley” (Gá. 5:22-23). Tales rasgos a semejanza de Cristo son la marca de aquellos por quienes fluye su vida.

La alabanza ofrecida a Dios también es fruto. El escritor de Hebreos exhorta así a sus lectores: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre” (He. 13:15; cp. Is. 57:19; Os. 14:2).

La Biblia dice también que el amor sacrificial para satisfacer las necesidades de los demás es fruto. Con referencia a la ofrenda monetaria que Pablo estaba recolectando para los creyentes necesitados en Jerusalén, escribió a los romanos: “Así que, cuando haya concluido esto, y les haya entregado este fruto, pasaré entre vosotros rumbo a España” (Ro. 15:28). Pablo dijo a los filipenses, reconociendo el apoyo económico a su ministerio: “No es que busque dádivas, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta” (Fil. 4:17). Apoyar a otros cuando están en necesidad es una expresión tangible de amor, que es parte del fruto del Espíritu (Gá. 5:22).

También puede definirse el fruto en general como el comportamiento santo, justo y que honra a Dios. Tal conducta es un fruto digno de arrepentimiento (cp. Mt. 3:8), el fruto que produce la buena tierra (Mt. 13:23) de una vida transformada; “el fruto del Espíritu [que] es en toda bondad, justicia y verdad” (Ef. 5:9), los “frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios” (Fil. 1:11), el “fruto

apacible de justicia” (He. 12:11). Pablo oró pidiendo que los colosenses estuvieran “llevando fruto en toda buena obra” porque los cristianos fueron “creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Ef. 2:10).

Por último, la Biblia define el fruto como los conversos al evangelio; no el fruto artificial de los “creyentes” superficiales, sino los discípulos auténticos que permanecen en la vid verdadera. Jesús dijo en referencia con los samaritanos que fueron a Él desde la villa de Sicar, muchos de los cuales creerían en Él para salvación (Jn. 4:39, 41): “Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega” (v. 36). De su muerte en sacrificio declaró: “De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Jn. 12:24). Pablo expresó su deseo a los cristianos romanos de ganar conversos en la capital del Imperio: “No quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros (pero hasta ahora he sido estorbado), para tener también entre vosotros algún fruto, como entre los demás gentiles” (Ro. 1:13). Al final de su carta, Pablo saludó a “Epeneto, amado mío, que es el primer fruto de Acaya para Cristo” (16:5). En 1 Corintios 16:15 el apóstol se refirió a “la familia de Estéfanos” como “las primicias de Acaya”, mientras en Colosenses 1:6 se alegró de que “a todo el mundo [ha llegado el evangelio; v. 5], y lleva fruto y crece”. Juan escribió sobre 144.000 evangelistas que serán redimidos durante la tribulación: “Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero” (Ap. 14:4).

Hay otra bendición que viene en esta promesa del Señor: “**Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho**”. Esa promesa radical, que todo lo abarca, presupone que se satisfacen tres condiciones. Primera, la oración que Jesús promete responder es la que se hace en su nombre; esto es, consecuente con Él y con su voluntad de modo que puede manifestar su gloria al responderla (véase la exposición de 14:13-14 en el capítulo 50 de esta obra).

Segunda, la promesa es solo para quienes permanecen **en** Jesucristo (quienes tienen unión permanente con Él). Dios no está obligado a responder las oraciones de los incrédulos, aunque puede decidir hacerlo si se ajusta a sus propósitos soberanos.

La condición final es que las **palabras** de Cristo permanezcan **en** la persona que hace la petición. **Palabras** traduce la forma plural del

sustantivo *rhēma* y se refiere a las palabras individuales de Cristo. La promesa de la oración respondida solo se da para aquellos cuyas vidas están controladas por los mandamientos específicos de la Palabra de Dios (cp. Sal. 37:4). De otra parte, tanto el Salmo 66:18 como Santiago 4:3 advierten que a quienes están controlados por los deseos egoístas y pecaminosos, no se les responderán las oraciones.

Las ramas verdaderas también tienen el privilegio de vivir glorificando a Dios. Jesús dijo a los discípulos: **“En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos”**. El tema más grande del Universo es la gloria de Dios; llevar una vida que dé gloria a Dios es el privilegio y deber más grande del creyente. Solo quienes están en unión con Cristo pueden glorificar a Dios. Pablo escribió: “Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí” (Ro. 15:18; cp. 1 Co. 15:10; Gá. 2:20; Col. 1:29).

Jesús prometió además que quienes permanecen en Él experimentarán su amor. Dijo: **“Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor”**. La forma de hacerlo es guardar sus **mandamientos, así como Él guardó los mandamientos del Padre y permanece en su amor**. La obediencia en justicia es la clave para experimentar la bendición de Dios.

La bendición suprema, a la cual contribuyen todas las otras, es el gozo completo. El Señor prometió impartir a los creyentes su **gozo**; el gozo que comparte en la comunión íntima con el Padre. Jesús dijo a los once: **“Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido”**. El Señor prometió que su propia alegría permanecería y controlaría la vida de quienes caminan en comunión con Él. Poco tiempo después, Jesús reiteraría esta promesa en su oración sacerdotal al Padre: “Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos” (Jn. 17:13). Tal gozo viene sólo para los obedientes, como David lo aprendió en su dolor. Después del pecado terrible con Betsabé, clamó: “Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente” (Sal. 51:12). Pero el obediente recibe “gozo inefable y glorioso” (1 P. 1:8).

LA QUEMA DE LAS RAMAS QUE NO PERMANECEN

Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará... El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden (15:2a, 6)

Un destino muy diferente aguarda a toda rama que **no lleva fruto**. El labrador cortará las ramas secas, marchitas y sin vida porque van en detrimento de la salud de la vid. En la analogía del Señor, el labrador (el Padre) desprende las ramas falsas y no regeneradas de su unión superficial a la vid y las echa **fuera**.

Aquí la referencia no es a verdaderos cristianos que pierden la salvación, como algunos imaginan, ni a los cristianos auténticos pero que no dan fruto (una imposibilidad, como hemos visto). El hecho de que estas ramas no den fruto indica que son discípulos falsos e incrédulos pues, como dijimos con anterioridad, todos los cristianos verdaderos dan fruto. Más aún, Jesús prometió que Él no arrojaría a ningún discípulo verdadero: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera” (Jn. 6:37).

En este caso, la frase *en mí* no tiene la connotación paulina de la unión de los creyentes con Cristo; tan solo describe a quienes se adhieren externamente a Él (cp. Mt. 13:20-22; Ro. 9:6-8; 11:16-24; 1 Jn. 2:19). Tales personas estarán siempre presentes con la Iglesia verdadera. El Nuevo Testamento las describe como cizaña en medio del trigo (Mt. 13:25-30); malos pescados que deben echarse fuera (Mt. 13:48); cabras condenadas al castigo eterno (Mt. 25:33, 41); los que se quedan fuera cuando el padre de familia cierra la puerta (Lc. 13:25-27); las vírgenes insensatas a quienes expulsan de la fiesta de bodas (Mt. 25:1-12); apóstatas que a la larga dejan la comunidad de los creyentes (1 Jn. 2:19) y manifiestan un corazón malo e incrédulo al abandonar al Dios vivo (He. 3:12), quienes continúan pecando voluntariamente después de recibir el conocimiento de la verdad (He. 10:26) y caen de la verdad a la destrucción eterna (He. 10:39). Aunque ellos crean estar de camino al cielo, en realidad están en el camino ancho que lleva al infierno (Mt. 7:13-14).

Justo delante de ellos estaba el ejemplo supremo de una rama falsa: Judas Iscariote. Exteriormente no se distinguía de los otros once apóstoles; tanto era así que cuando al comienzo de la noche Jesús anunció la traición de uno de ellos (Jn. 13:21), los otros discípulos “se miraban unos a otros, dudando de quién hablaba” (v. 22). Al final tuvieron que pedirle que señalara al traidor (vv. 23-26). Pero Judas nunca había sido salvo. En Juan 6:70-71 Jesús dijo a los apóstoles: “¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?” Hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón; porque éste era el que le iba a entregar, y era uno de los doce”.

El destino final que espera a las ramas falsas es que serán echadas **fuera, en el fuego**, y arderán. En Mateo 13:49-50, Jesús advirtió: “Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes” (cp. Mt. 3:10-12; 7:19; 25:41; Mr. 9:43-48; Lc. 3:17). Cuando protesten angustiados “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?” (Mt. 7:22); provocarán la perturbadora respuesta del Señor: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (v. 23).

La elección que enfrenta toda persona es clara. Permanecer en Cristo como un discípulo auténtico producirá el comportamiento justo y dará como resultado el gozo y la bendición eterna. Pero aquellos cuya profesión de fe es falsa, como Judas, no darán fruto y al final serán arrojados al tormento eterno del infierno. El pronunciamiento aleccionador del Señor sobre Judas se aplica a todos los discípulos falsos: “¡Ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido” (Mt. 26:24). En palabras de Pedro:

Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado (2 P. 2:20-21).

55 Los amigos de Jesús

Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer. No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé. (15:12-16)

En un mundo inundado de relativismo, la Biblia es única en su claridad y autoridad. Donde muchos ven grises, la Palabra de Dios habla en términos de blanco y negro. La Biblia es absoluta, definitiva, provocativa, no le preocupa la corrección política y, por lo tanto, no teme confrontar a las personas con la realidad de su condición. Como resultado, las Escrituras marcan un contraste agudo entre quienes son salvos y quienes están perdidos (Lc. 19:10) entre quienes están con Jesús y quienes están contra Él (Lc. 11:23), entre quienes están en el mundo y quienes no lo están (Jn. 15:19; 17:14, 16; cp. 1 Jn. 2:15-17), entre quienes son hijos de Dios y quienes son hijos del diablo (1 Jn. 3:10), entre quienes pertenecen al reino del Amado Hijo de Dios y quienes pertenecen al reino satánico de la oscuridad (Col. 1:13).

En este pasaje Jesús introduce otro aspecto de este contraste: entre quienes son sus amigos y quienes son amigos del mundo. La amistad con Jesucristo resulta en una íntima relación con Dios y trae “gozo inefable y glorioso” (1 P. 1:8). Por otra parte, “la amistad del mundo es enemistad contra Dios”. Así las cosas, “cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Stg. 4:4) y es objeto de su ira (Nah. 1:2).

La Biblia da muchos nombres y títulos a quienes conocen y aman al Señor Jesucristo. Tales títulos incluyen: creyentes (Hch. 5:14; 1 Ts. 1:7; 2:10), “amados de Dios” (Ro. 1:7), hermanos amados (1 Co. 15:58; Fil. 4:1; Stg. 1:16), llamados (Ro. 1:6), hijos de Dios (Jn. 1:12; 11:52; Fil.

2:15; 1 Jn. 3:1-2), hijos de la promesa (Gá. 4:28), hijos de luz (Ef. 5:8; cp. 1 Ts. 5:5), hijos de la resurrección (Lc. 20:36), cristianos (Hch. 11:26; 1 P. 4:16), discípulos (Hch. 6:1-2; 11:26), escogidos (Mt. 24:22, 24, 31; Lc. 18:7; Ro. 8:33), piadosos (2 P. 2:9), herederos de Dios (Ro. 8:17; Gá. 4:7; cp. Stg. 2:5; 1 P. 3:7), herederos según la promesa (Gá. 3:29; He. 6:17), herederos de la salvación (He. 1:14), justos (Hab. 2:4; Mt. 13:43; 25:46; Lc. 14:14; Ro. 1:17; He. 12:23), luminares en el mundo (Fil. 2:15; cp. Mt. 5:14), piedras vivas (1 P. 2:5), miembros del cuerpo de Cristo (Ef. 5:30), pueblo de Dios (He. 11:25; 1 P. 2:10), linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios (1 P. 2:9), sal de la tierra (Mt. 5:13), esclavos de Cristo (1 Co. 7:22; Ef. 6:6), esclavos de la justicia (Ro. 6:18), instrumento para honra (2 Ti. 2:21), vasos de misericordia (Ro. 9:23) y santos (Hch. 9:13; Ro. 1:7; 1 Co. 1:2; Col. 1:12). Pero “amigo” capta un aspecto único de comunión con el Señor.

Este pasaje breve revela cuatro características de los amigos de Jesús: Son quienes se aman unos a otros, le obedecen, conocen la verdad divina y han sido escogidos especialmente por el Señor.

LOS AMIGOS DE JESÚS SE AMAN UNOS A OTROS

Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. (15:12-13)

Era la segunda vez en la noche del aposento alto que Jesús daba a sus seguidores el **mandamiento** de amarse **unos a otros** (cp. 13:34). El amor es el cumplimiento de los mandamientos a los que Jesús se refirió en 15:10. Pablo expresó ese mismo principio a los cristianos en Roma:

No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor (Ro. 13:8-10).

Solo quienes permanecen en Él tienen la capacidad de amar divinamente, como amó Jesús. En el nuevo nacimiento, “el amor de Dios [fue]

derramado en [sus] corazones por el Espíritu Santo que [les] fue dado” (Ro. 5:5; cp. Gá. 5:22). Lo que Pablo escribió para los tesalonicenses es válido para todos los cristianos: “Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros” (1 Ts. 4:9). El amor por los demás creyentes caracteriza a los redimidos, como Juan hizo hincapié repetidas veces en su primera epístola:

El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos (2:9-11).

En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios (3:10).

Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él (3:14-15).

Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor (4:7-8)

Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? (4:20).

Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él (5:1).

La norma más elevada de amor entre los creyentes quedó establecida en las palabras de Jesús: “**Como yo os he amado**”. Han de amarse unos

a otros como el Señor Jesucristo los amó. Por supuesto, eso no quiere decir que los creyentes puedan amar sin límites o de la manera perfecta como Él lo hace. Pero deben hacerlo tal como el Señor amó con sacrificio. En Efesios 5:2 Pablo escribió: “Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”. El amor entre los creyentes está marcado por la devoción desinteresada para satisfacer las necesidades de los demás; no es solo sentimiento o apego superficial. De hecho, el amor de Cristo por el prójimo es la apologética más poderosa de la iglesia para el mundo incrédulo (Jn. 13:35).

La muerte del Señor, a punto de ocurrir en pocas horas, era la evidencia suprema de su amor, como lo indica su declaración “**Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos**”. Jesús no murió por Él, murió para que los demás pudieran vivir. En Romanos 5:6-8 Pablo escribió:

Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.

En una declaración maravillosamente concisa—solo quince palabras en el texto griego—, Pablo resumió la expiación sustitutiva de Cristo por los creyentes: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21). Pedro recordó esto a los creyentes: “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu” (1 P. 3:18). Haciéndose eco de las palabras del Señor en este pasaje, Juan escribió: “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (1 Jn. 3:16). Entonces el apóstol expresó las implicaciones prácticas de esa verdad: “Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (vv. 17-18). Los amigos de Jesucristo muestran su amor entre ellos al satisfacer en humildad las necesidades de los otros.

LOS AMIGOS DE JESÚS LE OBEDECEN

Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. (15:14)

La esencia del pecado es la rebelión contra la ley de Dios. Samuel reprendió a Saúl por no hacer lo que Dios le ordenó: “¿Qué le agrada más al SEÑOR: que se le ofrezcan holocaustos y sacrificios, o que se obedezca lo que él dice? El obedecer vale más que el sacrificio, y el prestar atención, más que la grasa de carneros” (1 S. 15:22, NVI). Entonces Samuel igualó la rebelión con el pecado: “La rebeldía es tan grave como la adivinación, y la arrogancia, como el pecado de la idolatría” (v. 23, NVI). El Nuevo Testamento también define el pecado como rebelión. Juan escribió: “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley” (1 Jn. 3:4; cp. Mt. 7:23; 13:41; 23:28; 2 Co. 6:14).

Alejarse del pecado implica necesariamente obediencia a Dios porque todo pecado es rebelión contra Dios. Una persona no se puede someter a Dios mientras esté al mismo tiempo en rebelión abierta contra Él; la misma vida no puede caracterizarse por la iniquidad y la obediencia (1 Jn. 3:6; 5:18). Así, la obediencia y la fe están íntimamente relacionadas a lo largo de todas las Escrituras. La conversión ocurre cuando quienes eran “esclavos del pecado” se hacen obedientes “de corazón” (Ro. 6:17). Cuando Hechos 6:7 describe la salvación de “muchos de los sacerdotes” dice que “obedecían a la fe”. Quienes “sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Ts. 1:9), son los que no “obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (v. 8). Pedro también definió así a los incrédulos: “Aquellos que no obedecen al evangelio de Dios” (1 P. 4:17). Pablo declaró que el objetivo de su ministerio apostólico era “la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre” (Ro. 1:5; cp. 15:18; 16:26). Los héroes de la fe en Hebreos 11 demostraron la realidad de su fe con su obediencia. La obediencia está tan estrechamente ligada a la fe salvadora que Hebreos 5:9 la hace sinónimo de fe: “[Jesús] habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen”. Pedro escribió que los creyentes fueron “elegidos... para obedecer [a Jesucristo]” (1 P. 1:1-2). Juan 3:36 también iguala la fe con la obediencia: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”. Cuando le informaron a Jesús que su madre y sus hermanos lo buscaban, Él

respondió: “¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre” (Mr. 3:33-35).

W. E. Vine señala otro enlace entre la fe y la obediencia:

Peithō [obedecer] y *pisteuō*, “confiar”, tienen una estrecha relación etimológicamente. La diferencia de significado es que lo primero implica la obediencia producida por *pisteuō*; cp. He. 3:18-19, donde se dice que la desobediencia de los israelitas era evidencia de la incredulidad de ellos... Cuando una persona obedece a Dios, da con ello la única evidencia posible de que en su corazón cree en Dios... *Peithō*, en el NT, sugiere un resultado real y externo de la persuasión interna y de la fe que sigue a esta persuasión (*Diccionario expositivo de palabras del Antiguo y Nuevo Testamento* [Nashville: Grupo Nelson, 1999], p. 594).

Por supuesto, la obediencia no obtiene la salvación. La salvación es únicamente “por gracia... por medio de la fe... no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:8-9). Dios “nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tit. 3:5). Pablo, quien recalcó con tanto énfasis la relación entre la fe y la obediencia, también escribió: “Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él... concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Ro. 3:20, 28; cp. Gá. 2:16). La base de su esperanza de salvación estaba solamente en “ser hallado en él, no teniendo [su] propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Fil 3:9).

La obediencia no es el medio para la salvación, sino su resultado inevitable. Es la prueba de que una persona tiene una relación salvadora con Jesucristo. Las ramas que permanecen en Cristo, la vid verdadera, llevarán fruto inevitablemente (véase la exposición de 15:1-11 en el capítulo anterior); sus ovejas oyen su voz y lo siguen (Jn. 10:27); los discípulos verdaderos obedecen su Palabra (Jn. 8:31). Las buenas obras no salvan a nadie, pero una fe desprovista de ellas está muerta y no puede salvar (Stg. 2:14-26; cp. Ef. 2:10).

LOS AMIGOS DE JESÚS CONOCEN LA VERDAD DIVINA

Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer. (15:15)

El término *esclavos* no tenía en la cultura judía muchas de las connotaciones negativas que tiene hoy. De hecho, algunos de los personajes más nobles del Antiguo Testamento fueron descritos como esclavos (hebreo *ʿebed*) de Dios; la lista incluye a Moisés (Nm. 12:7), Caleb (Nm. 14:24), Josué (Jos. 24:29), Job (Job 1:8), David (2 S. 7:5), Isaías (Is. 20:3) e incluso el Mesías (Is. 42:1). En el Nuevo Testamento Pablo (Ro. 1:1), Santiago, (Stg. 1:1), Pedro (2 P. 1:1), Judas (Jud. 1) y Juan (Ap. 1:1) también se autodenominan esclavos (*doulos*) de Jesucristo. El término reflejaba su dedicación y dependencia total de su Señor. La palabra *doulos* y el verbo relacionado *douleuō*, siempre se refieren únicamente a la esclavitud. *Doulos* es la palabra correspondiente a *kurios* (señor). Jesús es el Señor, los creyentes son sus esclavos. Sin embargo, *doulos* se traduce usualmente “siervo” o “sirviente”. Pero sus casi ciento cincuenta usos en el Nuevo Testamento deben entenderse con referencia a la esclavitud. El esclavo era comprado, sometido, sustentado y protegido por su amo (*kurios*). Vivía en sumisión total a la voluntad de su amo.

Por lo general, los esclavos no solían tener relación íntima con sus amos terrenales; normalmente, el esclavo **no sabía lo que hacía su señor**; esto es, no conocía sus planes. Los amos no revelaban sus metas y propósitos a sus esclavos; tan solo los instruían para que hicieran lo que ellos querían.

Aunque es cierto que los seguidores de Jesús también se designan esclavos, no es eso suficiente para transmitir por completo nuestra relación con el Señor. Increíblemente, también se nos llama **amigos**; un título más elevado aún que “discípulos”. En el Antiguo Testamento, solo Abraham tuvo el privilegio de ser llamado el amigo de Dios (2 Cr. 20:7; Is. 41:8; Stg. 2:23). Una costumbre de los tiempos bíblicos arroja luz sobre el gran honor que tenían los creyentes al ser amigos de Jesucristo. William Barclay escribe:

Esta frase se ilumina con la costumbre que se seguía en las cortes del emperador romano y de los reyes orientales. En ellas

había un grupo muy selecto de personas que se llamaban *los amigos del rey*, o *los amigos del emperador*. En cualquier momento tenían acceso al magnate; hasta se les permitía ir a su dormitorio al amanecer. Hablaba con ellos antes que con sus generales, gobernadores o consejeros políticos. Los amigos del rey eran los que tenían la más estrecha e íntima relación con él (*Comentario al Nuevo Testamento* [Barcelona: Clie, 1999], p. 467. Cursivas en el original).

Es ése el acceso íntimo que Jesús concede por su gracia a sus amigos.

Jesús prometió compartir con los creyentes **todas las cosas que** había oído **de su Padre**. “[Conocerían] la verdad, y la verdad [los haría] libres” (Jn. 8:32). En Juan 17:6-8 Jesús oró así al Padre:

He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti; porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste.

Cuando los discípulos preguntaron “¿Por qué les hablas [a las multitudes] por parábolas?” (Mt. 13:10), Jesús les respondió: “Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado” (v. 11). En Lucas 10:23-24 les dijo:

Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.

Los amigos de Jesús entienden “el misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe” (Ro. 16:25-26). El término *misterio* en el Nuevo Testamento se refiere a las cosas ocultas en el pasado, pero reveladas ahora por Jesús a los apóstoles y, por medio de ellos, a todos los creyentes. El Nuevo Testamento revela los misterios del reino de los cielos (Mt. 13:11), el misterio del endurecimiento de Israel (Ro. 11:25), el misterio del evangelio (Ef. 6:19),

el misterio del arrebatamiento (1 Co. 15:51), el misterio de la voluntad de Dios (Ef. 1:9), el misterio según el cual los judíos y los gentiles serían un solo cuerpo en Cristo (Ef. 3:4-6), el misterio de la unión de Cristo y la Iglesia (Ef. 5:32), el misterio de Cristo y su morada en los creyentes (Col. 1:26-27), el misterio según el cual el Mesías sería Dios encarnado (Col. 2:2), el misterio de la iniquidad que se revelará completamente en el anticristo (2 Ts. 2:7), el misterio de la fe (1 Ti. 3:9) y el misterio de la piedad (1 Ti. 3:16).

La capacidad de los amigos para entender las verdades espirituales que Él revela separa a sus amigos de los no redimidos, quienes no tienen tales privilegios:

Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo (1 Co. 2:12-16).

LOS AMIGOS DE JESÚS HAN SIDO ESCOGIDOS ESPECIALMENTE POR ÉL

No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé. (15:16)

Al contrario de la práctica usual judía (normalmente, los discípulos se acercaban al rabí al cual querían seguir), los discípulos no eligieron a Jesús, **sino que** Él los eligió a ellos. Saber que Jesús los escogió (y a todos los creyentes, por extensión) para salvación, sin que mediara mérito alguno de su parte (v. 19; Jn. 6:44, 65; Hch. 13:48; Ro. 8:28-30; Gá. 1:15; Ef. 1:4; 2 Ts. 2:13; 2 Ti. 1:9; 2:10; 1 P. 1:1-2), elimina cualquier

pretensión de orgullo espiritual que los cristianos pudieran sentir (cp. Ro. 3:27; 4:2; 1 Co. 1:26-31; Gá. 6:14; Ef. 2:9).

Además de haber escogido a los discípulos para salvación, Jesús también los comisionó para servir. La palabra que se traduce *puesto* es una forma del verbo *tithēmi*, cuya connotación aquí es la de estar separado u ordenado para un servicio especial (véase su uso similar en Hch. 20:28; 1 Co. 12:28; 1 Ti. 1:12; 2:7; 2 Ti. 1:11).

Después de elegir y formar a sus discípulos, Jesús les ordenó ir al mundo, proclamar las buenas nuevas sobre Él y llevar **fruto**. La vida cristiana no es un deporte para espectadores; Jesús no eligió a los creyentes para que se queden quietos mientras el mundo continúa su camino al infierno. Al contrario, su mandamiento explícito es: “Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:19-20; cp. Lc. 14:23).

Cuando los creyentes proclaman el evangelio, quienes responden para salvación llegan a ser **fruto** que permanece para siempre (cp. 4:36; Lc. 16:9). El hecho de que el Señor repitiera su promesa del versículo 7 (véase la exposición de ese versículo en el capítulo 54 de esta obra), “**Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé**”, enfatiza el enlace esencial entre la oración y el evangelismo (cp. Lc. 10:2; 2 Ts. 3:1).

Los privilegios que caracterizan a los amigos de Jesucristo conllevan las responsabilidades correspondientes. Su naturaleza es amarse unos a otros, no obstante, la Biblia les manda amarse “unos a otros entrañablemente, de corazón puro” (1 P. 1:22). Conocen la verdad divina, mas deben estudiarla con diligencia (2 Ti. 2:15). Jesús llamó a sus amigos a que salieran del mundo, de modo que deben tener cuidado en no amarlo (1 Jn. 2:15). A los que se les ha concedido el privilegio de llevar fruto deben someterse a la limpieza del Padre, para dar aún más fruto (15:2). La promesa del Señor sobre la oración respondida exige que los creyentes oren con eficacia (Stg. 5:16) y sin cesar (1 Ts. 5:17). En resumen, quienes han recibido el privilegio inestimable de ser amigos de Jesucristo deben andar “como es digno de la vocación con que [fueron] llamados” (Ef. 4:1).

56 Aborrecidos por el mundo

Esto os mando: Que os améis unos a otros. Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado. El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece. Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre. Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron. (15:17-25)

Desde su nacimiento en el día de Pentecostés, la Iglesia de Jesucristo siempre ha enfrentado oposición. Después de que Pedro y Juan sanaran a un hombre paralítico de nacimiento (Hch. 3:1-11) y de que Pedro predicara un mensaje evangelístico poderoso (3:12-26), dice Hechos 4:1-3: “Vinieron sobre ellos los sacerdotes con el jefe de la guardia del templo, y los saduceos, resentidos de que enseñasen al pueblo, y anunciasen en Jesús la resurrección de entre los muertos. Y les echaron mano, y los pusieron en la cárcel hasta el día siguiente, porque era ya tarde”. Poco después, con el escozor del crecimiento fenomenal de la naciente iglesia, dice Hechos 5:17-18: “Levantándose el sumo sacerdote y todos los que estaban con él, esto es, la secta de los saduceos, se llenaron de celos; y echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la cárcel pública”. A Esteban lo acusaron falsamente por su audacia en la predicación del evangelio, lo arrestaron, lo juzgaron ante el sanedrín y lo lapidaron (6:8—7:60). Después de su muerte, se desató una persecución general contra la Iglesia, encabezada por Saulo de Tarso, fariseo ferviente

(8:1-4). El primer apóstol en morir mártir fue Santiago, el hermano de Juan, ejecutado por el malvado rey Herodes (12:1-2). Herodes también encarceló a Pedro, solo para ver que un ángel lo liberó milagrosamente (12:3-11). De acuerdo con la tradición, el resto de los doce (excepto Juan, el cual estuvo exiliado en Patmos [Ap. 1:9]) se enfrentaron al martirio en algún momento.

Después de su dramática conversión en el camino a Damasco, Pablo pronto se enfrentó a una oposición feroz. Su predicación audaz y valiente del evangelio sorprendió y enardeció a los judíos de Damasco, quienes buscaron matarlo. El apóstol tuvo que huir para salvar su vida y lo bajaron por el muro de la ciudad en una canasta (Hch. 9:20-25). Este incidente trazó el curso del resto de la vida y ministerio de Pablo. Lucas dice en el libro de Hechos que, en el curso de sus viajes misioneros, Pablo tuvo que huir de Iconio a la fuerza (Hch. 14:5-6); lo apedrearon y creyeron que estaba muerto en Listra (Hch. 14:19-20); lo golpearon y encarcelaron en Filipos (Hch. 16:16-40); le obligaron a salir de Tesalónica después de que su predicación provocó un revuelo (Hch. 17:5-10); lo forzaron a huir de Berea después de que judíos hostiles de Tesalónica lo siguieran hasta allá (Hch. 17:13-14); fue ridiculizado y se burlaron de él los filósofos griegos en Atenas (Hch. 17:16-34); sus adversarios judíos lo llevaron ante el procónsul romano en Corinto (Hch. 18:12-17); enfrentó la hostilidad de judíos (Hch. 19:9; cp. 20:18-19) y gentiles (Hch. 19:21-41; cp. 1 Co. 15:32) en Éfeso. Cuando estaba a punto de navegar de Grecia a Siria, los judíos tramaron contra su vida obligándole a cambiar sus planes de viaje (Hch. 20:3). De camino a Jerusalén, se encontró en Mileto con los ancianos de la iglesia de Éfeso y les declaró: “Ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer; salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones” (Hch. 20:22-23). En Jerusalén, unos judíos de Asia Menor lo reconocieron en el templo y provocaron una turba que lo golpeó salvajemente. Solo se salvó de una muerte segura porque los soldados romanos llegaron al lugar y lo arrestaron (Hch. 21:27-36). Cuando Pablo estaba en custodia en Jerusalén, los judíos planearon otro complot contra su vida, provocando que el tribuno romano lo enviara al gobernador de Cesarea fuertemente escoltado (Hch. 23:12-35).

Al final, después de un viaje tortuoso por mar y de un naufragio (Hch. 27:1—28:14), Pablo llegó a Roma, aún bajo la custodia romana. Allí encontró la oposición de los líderes locales judíos (Hch. 28:17-29). Aunque los romanos lo soltaron después de dos años de prisión (Hch.

28:30), Pablo a la larga fue arrestado y ejecutado durante la persecución de Nerón.

Como Pablo antes de su conversión (Hch. 26:9; Gá. 1:13-14; Fil. 3:6; 1 Ti. 1:13), los judíos consideraban herejes a los cristianos. Así, creían que perseguir a la Iglesia era honrar a Dios. Jesús lo dijo a sus discípulos: “Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios” (Jn. 16:2). Más aún, algunos de los judíos, especialmente entre los líderes, temían que la lealtad de los cristianos a Jesús como rey sobre el César pudiera provocar la ira de Roma contra la nación (cp. Jn. 11:47-48; 19:12, 15).

Los romanos perseguían a los cristianos por varias razones. Al principio, veían el cristianismo solo como otra secta judía. Como el judaísmo era una religión tolerada legalmente (*religión lícita*), los romanos dejaron tranquilos a los cristianos. Así, cuando los judíos de Corinto acusaron a Pablo ante Galión, el procónsul romano, él se negó a intervenir y consideró que el asunto era una disputa interna del judaísmo (Hch. 18:12-15).

Con el tiempo, la hostilidad de los judíos hacia los cristianos y la entrada de gentiles en la Iglesia llevaron a que los romanos reconocieran al cristianismo distinto del judaísmo. Entonces el cristianismo se convirtió en una religión ilegal, proscrita por el gobierno romano. Además de la situación ilegal del cristianismo, varios factores impulsaron la persecución romana. Políticamente, la lealtad de los cristianos a Cristo, sobre el César, levantó suspicacias de deslealtad al Estado. Para que los romanos pudieran mantener el control de su vasto imperio, requerían que la lealtad última de sus súbditos fuera al emperador, como personificación del Estado romano. Y, como “en la antigua Roma había unión entre la religión y el Estado... el rechazo a adorar a la diosa Roma o al emperador divino, constituía una traición” (Howard F. Vos, *Exploring Church History* [Exploración de la historia de la Iglesia] [Nashville, Thomas Nelson, 1994], p. 26). Los romanos consideraban traidores a los cristianos porque éstos se negaban a hacer los sacrificios requeridos, ofrecidos al César en adoración. También proclamaban el reino de Dios, lo cual hizo a los romanos suponer que planeaban el derrocamiento del gobierno. Para evitar el acoso de las autoridades, los cristianos solían reunirse en secreto durante la noche. Eso aumentaba las sospechas romanas de que estaban incubando un complot contra el gobierno. El hecho de que los cristianos se negaran a servir en el ejército romano, también provocaba la percepción de deslealtad.

Los romanos perseguían también a los cristianos por razones religiosas. Ellos permitían que sus súbditos adoraran al dios que quisieran, mientras adoraran también a los dioses romanos. Pero los cristianos predicaban un mensaje exclusivo de un solo Dios y un camino único a la salvación. Eso, junto con los esfuerzos evangelísticos por ganar conversos de otras religiones, iba contra la atmósfera prevaleciente de pluralismo religioso. A los cristianos se les denunciaba por ateos porque rechazaban el panteón romano de dioses, porque adoraban a un Dios invisible, no a un ídolo. Las reuniones cristianas secretas llevaban a comentarios morbosos y falsos de inmoralidad grotesca. Los malentendidos sobre el significado de comer y beber la Santa Cena llevaron a acusaciones de canibalismo. La práctica cristiana de saludarse con un beso santo (Ro. 16:16; 1 Co. 16:20; 2 Co. 13:12; 1 Ts. 5:26; cp. 1 P. 5:14) dio pie a acusaciones de incesto y otras perversiones sexuales.

Socialmente, los líderes de la sociedad romana temían la influencia de los cristianos en las clases bajas, de cuyas filas la Iglesia atrajo a muchos de sus miembros (cp. 1 Co. 1:26). Angustiados por el espectro, siempre presente de las revueltas de esclavos, los aristócratas ricos se sentían especialmente amenazados por las enseñanzas de igualdad en el cristianismo (Gá 3:28; Col. 3:11; véase la carta de Pablo a Filemón), aunque la Iglesia no se oponía abiertamente a la esclavitud. Los cristianos también se distanciaban de la vida pública de la época. Por razones obvias, no participaban en la adoración idólatra del templo, parte muy importante de la vida pública en aquel tiempo. Pero aun los eventos deportivos y de teatro tenían sacrificios a deidades paganas en los que los cristianos no podían participar. La pureza de sus vidas era una reprensión a los estilos de vida depravados de ricos y pobres por igual y provocaba aún más hostilidad (cp. 1 P. 4:3-4).

Los factores económicos jugaban un papel que se suele pasar por alto en la persecución de los primeros creyentes. El exorcismo de Pablo a una joven que predecía la suerte en Filipos hizo que sus amos, indignados por la pérdida de sus ingresos, fomentaran la hostilidad contra él (Hch. 16:16-24). Los factores económicos también jugaron un papel importante en la provocación del disturbio en Éfeso (Hch. 19:23-27). Al principio del siglo II Plinio, gobernador romano de Bitinia, se lamentó en una carta al emperador Trajano porque el alza del cristianismo había causado el abandono de los templos paganos, y las ventas de animales para sacrificios se habían desplomado. En esa época supersticiosa, las personas atribuían también las plagas, las hambrunas y los desastres naturales a los

cristianos, por olvidar a los dioses tradicionales; esto hizo que Tertuliano, apologista cristiano, comentara con sarcasmo: “Si el Tíber llega hasta los muros, si el Nilo no llega a los campos, si el cielo no se mueve o si la tierra lo hace, si hay hambre, si hay plagas, el grito es a una: “¡Cristianos, al león!”. ¿Cómo? ¿Todos a un solo león?” (*Apología* 40.2, como se cita en M. A. Smith, *From Christ to Constantine* [Desde Cristo hasta Constantino] [Downers Grove: InterVarsity, 1973], p. 86).

Por estas y otras razones, el cristianismo se convirtió en una secta religiosa odiada y despreciada en el Imperio Romano. Plinio se refirió con desdén al cristianismo en su carta al emperador Trajano, diciendo: Una “superstición extravagante y depravada”. Luego pasó a quejarse de que “el contagio de esta superstición [el cristianismo] no solo se había esparcido por las ciudades, sino también en las villas y distritos rurales” (citado en Henry Bettenson, ed., *Documents of the Christian Church* [Documentos de la iglesia cristiana] [Londres: Oxford University Press, 1967], p. 4). El historiador romano Tácito, contemporáneo de Plinio, describió a los cristianos como “una clase odiada por sus abominaciones” (citado en Bettenson, *Documentos*, p. 2); mientras Suetonio, otro contemporáneo de Plinio, los desestimó como “un conjunto de hombres que se adhieren a una superstición nueva y maliciosa” (citado en Bettenson, *Documents* [Documentos], p. 2).

La primera persecución oficial contra los cristianos por parte del gobierno romano llegó durante el reino del emperador Nerón. En julio del 64 d.C., un incendio azotó Roma y destruyó o dañó gran parte de la ciudad. Los rumores populares culpaban a Nerón del incendio. Aunque probablemente los rumores no fueran ciertos, Nerón buscó chivos expiatorios para quitarse de encima las sospechas. Por lo tanto, culpó a los cristianos, ya despreciados por el pueblo (como indican las citas en el párrafo anterior) y comenzó a perseguirlos salvajemente. Los cristianos fueron arrestados, se les torturó con crueldad, los arrojaron a animales salvajes, los crucificaron, y los quemaron como antorchas para alumbrar los jardines de Nerón por la noche. Al parecer, la persecución oficial estaba confinada a la vecindad romana. Pero sin duda los ataques a los cristianos se esparcieron, sin supervisión de las autoridades, a otras partes del Imperio. Según la tradición, Pedro y Pablo murieron mártires durante la persecución de Nerón.

Tres décadas después, durante el reino del emperador Domiciano, se desató otra persecución contra los cristianos patrocinada por el gobierno. Pocos detalles se conocen, pero se extendió hasta la provincia de Asia (la

Turquía moderna). Al apóstol Juan lo desterraron de Éfeso a la isla de Patmos, y entre los mártires se contó un hombre (probablemente un pastor) llamado Antipas (Ap. 2:13).

En el siglo II y la primera mitad del siglo III, la persecución oficial de los cristianos fue esporádica. Durante el reino del emperador Trajano, al principio del siglo II, Plinio le preguntó a Trajano, en la ya mencionada carta, cómo lidiar con los cristianos de su región. Trajano le respondió que no deberían salir a buscarlos, pero si los acusaban (Trajano mandó a Plinio que ignorase las acusaciones anónimas), debían llevarlos a juicio. Quienes se negaran a retractarse debían recibir castigo. Aunque la política de Trajano no llevó a una persecución extendida, sí resultó en el martirio de algunos, cuyo exponente más notable fue Ignacio, el famoso padre de la Iglesia. La política de Trajano permaneció vigente por varias décadas, hasta el reino de Marco Aurelio. Bajo su gobierno, el Estado asumió un papel más activo en descubrir a los cristianos. Durante su reinado se ejecutó a Justino Mártir, el famoso apologista cristiano, y se desató la persecución contra los cristianos en Lion y Vienne en la Galia (la moderna Francia).

La primera persecución por todo el Imperio se dio bajo el emperador Decio en el 250 d.C. En aquella época Roma enfrentaba problemas internos serios (una crisis económica y varios desastres naturales). Decio estaba convencido de que esas dificultades provenían del descuido a los dioses antiguos de Roma. Entonces publicó un edicto exigiendo que todos ofrecieran un sacrificio a los dioses y al Emperador para obtener un certificado donde se atestiguara que lo habían hecho. Quienes se negaran, serían arrestados, encarcelados, torturados y ejecutados. Gracias a Dios, la persecución de Decio a la Iglesia fue breve porque él murió en batalla en julio del 251 d.C.

La persecución final y más violenta por todo el Imperio comenzó en el 303 d.C., durante el reinado de Diocleciano. Esta persecución no fue menos que un intento a fondo por exterminar la fe cristiana. Diocleciano promulgó una serie de edictos ordenando la destrucción de las iglesias, la quema de todos los ejemplares de la Biblia y que todos los cristianos ofrecieran sacrificios a los dioses romanos so pena de muerte. La persecución amainó cuando Constantino y su coemperador Licinio promulgaron el edicto de Milán (313 d.C.) otorgando libertad de culto a los miembros de todas las religiones. Pero Licinio incumplió el acuerdo y la persecución continuó en algunas partes del Imperio. Solo cuando Constantino llegó a ser el único emperador, en el 324 d.C., la persecución

romana a los cristianos terminó permanentemente.

Bajo la Iglesia Católica Romana, que reemplazó al Imperio Romano como poder dominante durante la Edad Media, la persecución se volvió a desatar. Irónicamente, en esta ocasión la persecución contra los creyentes verdaderos vino de quienes se decían “cristianos”. Los horrores de la Inquisición, la masacre del día de San Bartolomé y el martirio de muchos creyentes fueron el epítome de los esfuerzos de la Iglesia Romana por suprimir el evangelio verdadero de Jesucristo. Más recientemente, los creyentes están siendo brutalmente reprimidos por los regímenes comunista e islámico. De hecho, la misma Iglesia Católica estima que cerca de setenta millones de cristianos han muerto por profesar su fe, dos tercios de ellos en martirios posteriores al inicio del siglo xx (Antonio Socci, *I Nuovi Persequitati* [La nueva persecución] [Casale Monferrato: Edizione Piemme, 2002]). El número real probablemente es mucho mayor. El periodista católico citado en este artículo estima que, desde 1990, han matado a cien mil cristianos por año.

En este pasaje, el Señor Jesucristo continuó su discurso de despedida a los discípulos en la noche anterior a su muerte. Hasta este momento, su mensaje había sido de consuelo y esperanza. Había asegurado a sus discípulos su amor continuo por ellos (cap. 13) y les había hecho varias promesas magníficas (cap. 14). Pero los discípulos aún tendrían que enfrentar al mundo hostil, rebelde y que rechaza a Cristo. El mundo los odiaría y los perseguiría como odió y persiguió a su Maestro; enfrentar la hostilidad es el coste de ser su discípulo (Mr. 13:9-13; Hch. 14:22; 2 Ti. 3:12). La noche anterior en el Monte de los Olivos les había dicho exactamente que esto sería así todo el tiempo entre su primera venida y su segunda venida (cp. Mt. 24:9-14; Mr. 13:9-13; Lc. 21:12-19).

Jesús equilibró las promesas de consuelo y bendición con la advertencia de la hostilidad que esperaba a los discípulos. Frente al odio del mundo, los discípulos se necesitarían desesperadamente unos a otros. Por lo tanto, el Señor repitió su instrucción anterior: “**Esto os mando: Que os améis unos a otros**” (cp. v. 12; 13:34-35). Ese mandamiento es una transición entre las promesas del Señor a sus discípulos y su advertencia del odio del mundo; una advertencia que también debía motivarlos a amarse unos a otros.

Este pasaje revela tres razones por las cuales el mundo odia a los creyentes: porque el mundo rechaza a quienes no son parte de él, porque el mundo odia a Jesús y porque el mundo no conoce a Dios.

EL MUNDO RECHAZA A QUIENES NO SON PARTE DE ÉL

Si el mundo os aborrece... Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. (15:18a-19)

Kosmos (“**mundo**”) se refiere en este contexto al sistema caído y maligno del mundo, compuesto por personas no regeneradas y controladas por Satanás (Jn. 12:31; 14:30; 16:11; 1 Jn. 5:19; cp. Ef. 2:1-3). Satanás odia al pueblo verdadero de Dios porque odia a Dios. Ellos son el blanco de su ira cuando “como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 P. 5:8; cp. Ef. 6:11). Difícilmente sorprende que el mundo aborrezca a los creyentes **porque no son del mundo**, dado que su gobernante los aborrece. El mundo le guarda rencor a los creyentes porque sus vidas piadosas condenan sus malas obras; “Abominación es a los justos el hombre inicuo; y abominación es al impío el de caminos rectos” (Pr. 29:27). En 1 Juan 3:12, Juan ilustró ese principio con la historia del primer asesinato de la historia humana: “Caín, que era del maligno... mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas”. Por otra parte, el mundo aplaude a quienes practican el mal (Ro. 1:32).

Aunque los creyentes viven en el mundo (cp. 1 Co. 5:9-10), están separados de él y lo acusan. Pablo dejó esta responsabilidad a los filipenses: “Para que sean intachables y puros, hijos de Dios sin culpa en medio de una generación torcida y depravada. En ella ustedes brillan como estrellas en el firmamento” (Fil. 2:15, NVI). También amonestó así a los efesios: “No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas” (Ef. 5:11).

Aunque las personas del mundo odian a quienes siguen a Jesucristo, se aman unos a otros. Los incrédulos están cómodos y se respaldan entre ellos. Jesús dijo: “**Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo**”. La cláusula condicional del versículo 18 (“**Si el mundo os aborrece**”) expresa que la condición se supone cierta. Sin embargo, esta cláusula condicional expresa una condición que se supone falsa; la declaración del Señor podría traducirse: “Si fueran del mundo (pero no lo son)...”. Si los discípulos hubieran sido parte del mundo, habrían experimentado el amor imperfecto que tiene éste para los suyos. *Amaría* viene de *phileō*, que se refiere a la “pasión y afecto natural; no a [*agapaō*], el amor resuelto, alto e inteligente del estado ético” (R. C. H. Lenski, *The Interpretación of St.*

John's Gospel [Interpretación del Evangelio de San Juan] [Reimpresión; Peabody: Hendrickson, 1998], p. 1055).

Los cristianos no son parte del mundo porque Jesús los eligió **del mundo** (cp. Hch. 26:18; Col. 1:13; 2 Ti. 2:26; He. 2:14-15). El uso enfático del pronombre *egō* (**yo**) y el sentido reflexivo de la voz verbal media que se traduce ***elegí*** muestran que Jesús mismo los eligió por su propia cuenta. Todo el crédito por la salvación de los discípulos le pertenece a Él (cp. Jn. 15:16).

La doctrina de la elección silencia el orgullo humano. Pablo recordó a los efesios: Dios “nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” (Ef. 1:4, 6). Escribió a los romanos: “¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe. Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Ro. 3:27-28). En el capítulo siguiente añadió: “Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios” (4:2).

EL MUNDO ODI A LOS CREYENTES PORQUE ODI A JESUCRISTO

sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros... Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. (15:18b, 20)

Los cristianos no deben sorprenderse con la hostilidad del mundo hacia ellos, pues el mundo aborreció a Jesús (cp. 7:7) **antes que** a ellos (cp. 17:14). Ese odio se manifestó en todo el Evangelio de Juan. En 5:16 “los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de reposo”. En el versículo 18 “los judíos aún más procuraban matarle, porque no solo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios”. En 7:1 “los judíos procuraban matarle”. En el versículo 32 “los principales sacerdotes y los fariseos enviaron alguaciles para que le prendiesen”. En 8:59 y 10:31 “tomaron... piedras para arrojárselas”. En 11:47-53 planearon matarlo; al final lo arrestaron, lo golpearon, lo azotaron y lo crucificaron. No

sorprende entonces que el escritor de Hebreos llamara a sus lectores a “[considerar] a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar” (He. 12:3).

La palabra que Jesús había dicho antes a los discípulos, que **el siervo no es mayor que su señor**, se refiere a la declaración en 13:16. Sin embargo, el Señor estaba hablando del servicio más humilde de un esclavo. Él, “el Señor y el Maestro” (v. 14) humildemente había lavado sus pies y los discípulos debían seguir su ejemplo (v. 15). Cristo quería decir aquí que los discípulos debían esperar seguir su ejemplo de sufrimiento (cp. 1 P. 2:21); no tenían el derecho a esperar mejor tratamiento del mundo que el recibido por Él. Jesús reiteró: **“Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán”**. Jesús les había dicho antes en su ministerio: “El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?” (Mt. 10:24-25). Los creyentes se identifican con Jesucristo siendo semejantes en “la participación de sus padecimientos” (Fil. 3:10; cp. 2 Co. 1:5; Gá. 6:17; Col. 1:24).

Pero la imagen no es del todo lóbrega; el Señor añadió también: **“Si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra”**. Como ya ocurrió con Jesús, la mayoría rechazaría la enseñanza de los discípulos y los perseguiría. Pero siempre habría una minoría (cp. Mt. 7:14; 22:14; Lc. 13:24) que aceptaría el mensaje de los discípulos. La alegría de ver a esos pocos acercándose a la fe en Cristo sobrepasa por mucho el dolor producido por el odio y la hostilidad de los muchos que rechazan el evangelio.

EL MUNDO ODIA A LOS CREYENTES PORQUE NO CONOCE A DIOS

Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado. El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece. Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre. Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron. (15:21-25)

Todo lo que el mundo hostil hará a los seguidores de Cristo no está dirigido solamente contra ellos; al final, la persecución que enfrentan es **por causa de su nombre**. Jesús dijo en las Bienaventuranzas: “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo” (Mt. 5:11). En el discurso de los Olivos advirtió: “Os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre” (Mt. 24:9; cp. Mr. 13:9; Lc. 21:12). Sobre Pablo, Jesús le declaró a Ananías: “Le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre” (Hch. 9:16). Pedro escribió: “Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros” (1 P. 4:14). El sufrimiento por el nombre de Jesús es un asunto repetitivo en el Nuevo Testamento (véase también Mt. 10:18, 22, 39; Mr. 8:35; 13:9-13; Lc. 6:22; 21:12-17; Ro. 8:36; 2 Co. 4:11; Ap. 2:3).

Al final, el mundo odia a Jesús y sus seguidores porque **no conoce al que le ha enviado**. “Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Ro. 8:8) porque “los designios de la carne son enemistad contra Dios” (v. 7). Los incrédulos están “muertos en [sus] delitos y pecados” (Ef. 2:1), “extraños y enemigos en vuestra mente” (Col. 1:21) y “[tienen] el entendimiento entenebrecido, [son] ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (Ef. 4:18). Todas las personas son pecadoras por naturaleza, nacieron en estado de rebelión contra Dios. Ellos “detienen con injusticia la verdad” (Ro. 1:18) y “habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido” (v. 21). Por lo tanto, en juicio, Dios “los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones” (v. 24), “a pasiones vergonzosas” (v. 26) y “a una mente reprobada” (v. 28). Todos son responsables por su pecado “porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (vv. 19-20; cp. Jn. 1:9).

Pero quienes oyeron a Jesús tienen una responsabilidad aun mayor por rechazar la verdad. Jesús dijo: **Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado... Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado**. Aquí el Señor no hablaba

del pecado en general, sino del pecado específico de rechazarlo voluntariamente frente a la revelación completa. Este es el pecado más serio de todos porque es el único imperdonable. Habiendo sido testigos de primera mano de los milagros de Jesús y habiendo oído sus enseñanzas— las dos cosas testimonio inequívoco de su deidad (cp. Mt. 7:28-29; Jn. 7:46; 10:25, 37-38; 14:10-11)—, la conclusión de los fariseos fue: “Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios” (Mt. 12:24). Jesús les dijo que su pecado era imperdonable porque atribuyeron sus obras milagrosas a Satanás y no al Espíritu Santo:

Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero (Mt. 12:31-32).

Aunque ese pecado específico no se puede volver a cometer, pues Jesús ya no está presente físicamente en la tierra, el principio sigue siendo el mismo. El rechazo total frente a la revelación total es imperdonable, no hay nada más que Dios pueda mostrarle a tales personas. Estas son las palabras aleccionadoras del escritor de Hebreos:

Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio (He. 6:4-6).

A pesar de su celo extremo (cp. Ro. 10:2), los oponentes judíos de Jesús habían **visto y han aborrecido a Jesús y al Padre**. La verdad es que quienes rechazan a Cristo no conocen a Dios. Esto no se aplica menos a quien es religioso en lo externo que a quien es un ateo endurecido. Toda religión falsa es de origen demoníaco. Pablo escribió a los corintios: “Lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios” (1 Co. 10:20; cp. Lv. 17:7; Dt. 32:17; Sal. 106:37). Jesús dijo a los más religiosos de su época: “Vosotros sois de vuestro padre el

diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer” (Jn. 8:44).

Jesús enfatizó en repetidas ocasiones la verdad de que quien lo **aborrece a Él, también al Padre aborrece**. A quienes se enfurecían porque Él llamara Padre a Dios, les respondió: “El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (5:23). Juan 7:28 registra: “Jesús entonces, enseñando en el templo, alzó la voz y dijo: A mí me conocéis, y sabéis de dónde soy; y no he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero, a quien vosotros no conocéis”. En Juan 8:19 dijo a sus oponentes judíos: “Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si a mí me conociereis, también a mi Padre conoceríais”. Y añadió en el versículo 42: “Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió”. Después dijo: “Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios. Pero vosotros no le conocéis; mas yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco, y guardo su palabra” (Jn. 8:54-55). Después de advertir a los discípulos que serían perseguidos, dijo de los perseguidores: “Harán esto porque no conocen al Padre ni a mí” (Jn. 16:3). Y oró al Padre así: “Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido” (Jn. 17:25). Haciéndose eco de las palabras del Señor, Juan escribió en su primera epístola: “Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre” (1 Jn. 2:23). La verdad, si los hombres hubieran entendido quién era Jesús, “nunca habrían crucificado al Señor de gloria” (1 Co. 2:8).

Aunque el odio del mundo a Jesús sea reprehensible e inexcusable, no estaba fuera del plan de Dios. Jesús declaró: “**Esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron**”. El Señor citó dos salmos davídicos, el 35:19 y el 69:4. Quería decir que si a David, tan solo un hombre, podían odiarlo tanto sus enemigos, ¡cuánto más al Hijo de Dios sin pecado! El mundo odió a Jesús porque expuso su pecado y los confrontó con la realidad de quién era Él. Pero a la luz de las palabras del Señor, no había y no hay **causa** para odiarlo. Es revelador de la vileza del pecado del mundo que así lo siga haciendo.

Pero para quienes por el poder de la cruz se han librado del pecado y quienes encuentran después oposición por su compromiso con el Salvador, hay gozo supremo en la promesa del Señor:

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de

la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros (Mt. 5:10-12).

57 El Espíritu Santo: Testigo poderoso

Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio. (15:26-27)

Cuando Jesús estaba reunido con los discípulos en la noche antes de su muerte, sabía que estaban llenos de dolor y temor. Su amor por Él era tan intenso que estaban convencidos que era mejor morir con Él que vivir sin Él. Cuando Jesús predijo que en realidad ellos lo abandonarían (Mt. 26:31), Pedro respondió: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré” (v. 33) y después “Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo” (v. 35).

Pero Jesús predijo que los discípulos lo abandonarían pronto; los vencería el temor y el dolor (cp. Jn. 16:32). Aun en ese momento, su sentido de pérdida inminente era abrumador. Como resultado, el Señor pasó esa noche última con los discípulos dándoles consuelo. Es sorprendente que, aunque era Él quien iba a soportar el sufrimiento inimaginable, estaba preocupado desinteresadamente con las aprensiones de ansiedad en sus seguidores atemorizados.

Jesús comenzó tranquilizándolos con su amor continuo (cap. 13), ilustrado gráficamente por el lavado de sus pies. Después, en el capítulo 14 hizo una serie de promesas magníficas, donde les aseguró que no les faltarían los recursos necesarios después de que Él partiera. Pero a pesar de su amor por los discípulos y de los recursos prometidos, el Señor sabía que todavía tendrían que enfrentar la hostilidad del mundo. Entonces sus promesas a los discípulos estaban bien equilibradas con advertencias sobre la persecución que enfrentarían en su nombre (15:18-25).

Pero los discípulos no tendrían que enfrentar la oposición del mundo en sus propias fuerzas. En estos dos versículos Jesús reiteró su promesa anterior (14:16-17, 26): les enviaría el Espíritu Santo para morar en ellos y darles poder. La venida del Espíritu haría que todas las promesas de Jesús se cumplieran. El resto del Nuevo Testamento se hace eco de esta

misma verdad: las promesas de Cristo a sus discípulos (y a todos los creyentes, por extensión) estarían aseguradas y posibilitadas por medio del ministerio del Espíritu Santo.

Por ejemplo, Jesús prometió regresar y llevar a los suyos con Él al cielo (14:1-6). Entonces, los creyentes pueden esperar confiadamente la vida eterna con Cristo en la gloria de la resurrección. Al describir esta misma realidad, Pablo escribió en 2 Corintios 5:1: “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos”. Para garantizar que hará lo prometido, Dios “nos ha dado las arras del Espíritu” (2 Co. 5:5). En palabras de Efesios 1:13-14:

En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.

En esa misma noche el Señor ya había prometido a los discípulos: “De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre” (14:12). En las palabras finales, antes de su ascensión, Jesús reveló la fuente de poder que permitiría a los creyentes hacer estas obras: “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo” (Hch 1:8). La morada del Espíritu Santo en los creyentes les permite “hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que [piden] o [entienden], según el poder que actúa en nosotros” (Ef. 3:20).

En Juan 14:13-14, Jesús prometió que él satisfaría las necesidades de los creyentes cuando oraran en su nombre. Mas como no saben “pedir como conviene... el Espíritu mismo intercede por [ellos] con gemidos indecibles” (Ro. 8:26; cp. Ef. 6:18).

Otra promesa confortante del Señor a los discípulos era que Él y el Padre residirían en ellos:

No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése

es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él. Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él (Jn. 14:18-23).

Tal promesa se cumplió con la venida del Espíritu Santo, el cual, dijo Jesús a los discípulos, “mora con [ellos], y estará en [ellos]” (Jn. 14:17), pues es “el Espíritu de Dios” y “el Espíritu de Cristo” (Ro. 8:9). Más aún, es el Espíritu quien confirma a los creyentes la relación de salvación con Dios. Como escribió Pablo en Romanos, “el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo” (8:16-17). A los creyentes se les ha prometido un legado de paz (Jn. 14:27), amor (Jn. 13:1, 34) y gozo (Jn. 15:11) porque están en comunión con Jesucristo y con su Padre (cp. 1 Jn. 1:3); estos frutos se producen en sus vidas por el Espíritu Santo (Gá. 5:22).

El legado de Cristo a la Iglesia también incluye el poder para evangelizar al mundo. Este también proviene del Espíritu. Como ya se dijo, poco antes de ascender al cielo, Jesús prometió a sus discípulos: “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hch. 1:8). No puede haber testimonio cristiano sin el Espíritu; su ministerio es convencer al mundo de pecado (Jn. 16:8) y presentarle a Jesucristo (Jn. 15:26). Nadie puede salvarse sin confesar a Jesús como Señor (Ro. 10:9-10) y nadie puede hacerlo sin el Espíritu Santo (1 Co. 12:3).

En este pasaje está en perspectiva el poder del Espíritu Santo para el testimonio cristiano ante el mundo perdido. En estos dos versículos, emergen cuatro verdades importantes sobre la naturaleza del testimonio cristiano: Es para el mundo, viene del Padre, es sobre el Hijo, y es a través de los creyentes.

EL TESTIMONIO CRISTIANO ES PARA EL MUNDO

Aunque no se declara explícitamente en los versículos 26-27, el objeto implicado del testimonio de los creyentes sobre Jesucristo, obviamente es el mundo de los pecadores perdidos. El contexto inmediato de estos dos

versículos lo deja claro; tanto en el pasaje precedente (vv. 18-25) como en la sección siguiente (16:1-11) se explican el mundo y su hostilidad. Esto puede parecer trillado y obvio, pero muchos cristianos nunca confrontan al mundo con el evangelio. No se atiende el mandamiento de Jesús: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:19-20). Los cristianos deben ser audaces con la verdad del mensaje del evangelio, cuyo contenido se centra en Jesucristo y su obra (tema que se desarrollará más abajo).

En la era del relativismo y la ambigüedad posmoderna, nada es más necesario que la presentación clara al mundo incrédulo de la verdad absoluta de Dios, centrada en el evangelio de Jesucristo. Por cierto, en general, este mensaje enfrentará oposición y hostilidad. Jesús dijo que así sería. Aun así, la fidelidad a Cristo exige que los creyentes sean audaces y convencidos al hablar (cp. 2 Co. 4:13-14), lo cual les permite el poder del Espíritu. Pablo dijo así a los efesios:

[Oren] en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu... y [oren] por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar (Ef. 6:18-20).

Por supuesto, si los creyentes van a enfrentar con eficacia el sistema del mundo, no pueden ser parte de este. Aunque están en el mundo, no deben ser “del mundo” (cp. Jn. 15:19; 17:14). Santiago advirtió: “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Stg. 4:4), y Juan dijo en su primera epístola: “Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Jn. 2:15). No puede haber compromisos con el sistema satánico del mundo, irrevocable e inalterablemente opuesto al reino de Dios. Jesús lo declaró: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Lc. 11:23).

Sin embargo, a pesar de la hostilidad del mundo, los cristianos deben confrontar a los perdidos con compasión y amor evangélico. Pablo aconsejó así a su compañero Timoteo:

Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él (2 Ti. 2:24-26).

El apóstol Pedro se hizo eco de este mismo pensamiento cuando escribió estas palabras de instrucción: “Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 P. 3:15).

EL TESTIMONIO CRISTIANO VIENE DEL PADRE

Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, (15:26a)

El testigo último de Jesucristo es Dios **Padre** (cp. 5:37; 6:27; 8:18), quien dio testimonio del Hijo de varias formas. Primera, Dios habló en las Escrituras hebreas (He. 1:1-2) y el asunto de su revelación es el Señor Jesucristo. En Juan 5:39 Jesús dijo a sus oponentes: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí”; mientras en Lucas 24:44 dijo a los discípulos: “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos”. Apocalipsis 19:10 anota: “El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía”.

La segunda forma en que el Padre dio testimonio del Hijo fue a través de las obras divinas realizadas por Jesús. En Juan 5:36 Jesús dijo a sus adversarios: “Las obras que el Padre me dio para que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado”. En 10:25 declaró: “Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí”. En el versículo 37 retó a sus oponentes: “Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis”. Pedro afirmó que Jesús fue “aprobado por Dios... con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo... por medio de él” (Hch. 2:22; cp. 10:38).

Las declaraciones directas del Padre también dieron testimonio de Jesús. En el bautismo de Cristo—y otra vez en la transfiguración—“hubo

una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mt. 3:17; 17:5). Pedro escribiría después, al reflexionar sobre su impresionante experiencia en la transfiguración:

Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo (2 P. 1:16-18).

Por último, el Padre da testimonio del Hijo al enviar al **Consolador, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre**. Juan escribió en su primera epístola: “El Espíritu es el que da testimonio [de Jesucristo]; porque el Espíritu es la verdad” (1 Jn. 5:6). En Hechos 5:32 los apóstoles declararon al sanedrín: “Nosotros somos testigos [de Cristo] de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen”.

El escritor de Hebreos también liga el testimonio de los apóstoles sobre Cristo con el Espíritu Santo:

¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad (He. 2:3-4).

EL TESTIMONIO CRISTIANO ES SOBRE EL HIJO él dará testimonio acerca de mí. (15:26b)

El ministerio principal del Espíritu Santo al mundo perdido es dar **testimonio de Jesús**. Así también, el mensaje de la Iglesia no es de activismo político, reforma social o realización psicológica, sino de Jesucristo. Pedro declaró con audacia el día de su sermón en Pentecostés: “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos”

(Hch. 2:32); una verdad que repitió en su segundo sermón registrado (3:15). Los apóstoles declararon con temeridad al sanedrín:

El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen (Hch. 5:30-32; cp. 10:38-41; 13:31; 22:15, 20; 23:11; 26:16).

Pablo escribió a los corintios: “Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Co. 2:2; cp. 15:15) y Pedro dijo que era “testigo de los padecimientos de Cristo” (1 P. 5:1). El apóstol Juan estaba exiliado “en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo” (Ap. 1:9). El Señor reconoció en Antipas a un “testigo fiel” (Ap. 2:13) y llamó a los santos de la tribulación “los mártires de Jesús” (Ap. 17:6).

Pero a pesar del énfasis bíblico claro en ser testigos de Jesucristo, gran parte de la metodología evangelística de hoy se centra en satisfacer las necesidades sentidas por las personas. Esto también minimiza el énfasis bíblico esencial en la gloria de Salvador y su obra, así como la importancia crucial de confrontar a los incrédulos con el pecado y sus consecuencias, a menos que sean redimidos por la fe en la obra expiatoria de Jesucristo. La presentación inadecuada de Cristo y su muerte por el pecado puede hacer permanecer al pecador en su amor por la iniquidad y en la ignorancia de la verdad de la justificación por la fe, además de producir una confesión temporal y falsa. El evangelismo es tan básico e inmutable como cuando Pablo escribió esto:

Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1 Co. 2:1-5).

La predicación de Cristo y de la cruz aún es el poder de Dios para salvación (1 Co. 1:18-25).

Además de la verdad de Cristo, el arrepentimiento está en el centro del mensaje bíblico de la salvación. Juan el Bautista, el precursor de Cristo, retó a sus oyentes a arrepentirse porque el reino de los cielos estaba cerca, a dar “frutos dignos de arrepentimiento” y les dijo: “os bautizo en agua para arrepentimiento” (Mt. 3:2, 8, 11). El mensaje de Jesús, desde el comienzo de su ministerio fue: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt. 4:17). Reprendió a los pueblos de Corazín y Betsaida por negarse a arrepentirse (Mt. 11:20-21) y recordó a los ninivitas porque sí se arrepintieron (Mt. 12:41). Cuando el Señor envió a los doce, “predicaban que los hombres se arrepintiesen” (Mr. 6:12). Cuando los escribas y fariseos lo reconvinieron por juntarse con la chusma de la sociedad, les respondió Jesús: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lc. 5:32). El Señor sorprendió a quienes le contaron la masacre de Pilato a algunos galileos con esta respuesta franca:

¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente (Lc. 13:2-5).

Cristo también describió el gozo que hay en el cielo cuando se arrepienten los pecadores (Lc. 15:7, 10). Después de su resurrección, declaró que “se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lc. 24:47).

La naciente iglesia obedeció el mandamiento del Señor y predicó un mensaje de arrepentimiento. En la conclusión del primer sermón de la historia de la Iglesia, Pedro exhortó así a sus oyentes: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hch 2:38). Luego tocó el mismo tema en su segundo sermón que conocemos: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio” (3:19). Ante el sanedrín, los apóstoles dijeron con audacia de Jesús: “A éste, Dios ha

exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (5:31). Después de oír el informe de Pedro sobre lo ocurrido en la casa de Cornelio, los creyentes de Jerusalén “glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!” (11:18). Pablo declaró a los filósofos paganos de Atenas: “Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (17:30). El apóstol describe su ministerio así: “testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (20:21), y su mensaje fue que las personas “se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento” (26:20).

La Biblia exige que los creyentes rompan con su pecado y lo dejen todo por seguir a Cristo (Lc. 9:23-24; 14:26-33). Sin embargo, muchos métodos de evangelismo contemporáneo, con su énfasis en la satisfacción de las necesidades, hacen parecer que seguir a Jesús sea fácil (algunos proponentes de la ahora popular perspectiva de la “misericordia amplia” argumentan incluso que las personas no deben conocer el evangelio o creer en Jesús para ser salvas. Pero la Biblia enseña sin lugar a equívocos que la salvación viene por la fe en Jesucristo [Jn. 3:36; 14:6; Hch. 4:12; 1 Co. 3:11; Gá. 1:8-9; 1 Ti. 2:5; 1 Jn. 5:11-12; 2 Jn. 9-11]). En contraste, Jesús enseñó que para los pecadores es difícil creer. Incluso dijo que, humanamente hablando, la salvación es imposible (Lc. 18:27).

Una ilustración memorable de la metodología evangelística del Señor en acción es su encuentro con el joven rico en Lucas 18:18-27. Este hombre parecía el prospecto ideal para evangelizar. Aunque era devoto externamente, un hombre religioso, sabía que algo faltaba en su vida. Eso lo llevó a preguntar: “Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?” (v. 18). No era una pregunta teológica abstracta; no solo reconocía él su necesidad, también la sentía profundamente. Además, era diligente en la búsqueda de la respuesta. Haciendo caso omiso de lo que pudiera pensar la multitud, Marcos dice, fue “corriendo, e [hincó] la rodilla delante de [Jesús]” (Mr. 10:17). También fue a la fuente correcta, pues Cristo es la única fuente de vida eterna (Jn. 14:6; 1 Jn. 5:20). Por último, hizo la pregunta correcta: ¿cómo podría obtener él personalmente la vida eterna?

Pero para su pesar (Mt. 19:22) y para sorpresa de la multitud (v. 25), este éxito asegurado se fue sin la salvación. Orgulloso y creyendo en su propia justicia, valoraba sus posesiones terrenales más que la promesa de

las riquezas celestiales. Su fe superficial no fue suficiente para que confesara su pecado y lo dejara todo por entrar al reino de los cielos; quería la vida eterna en sus propios términos, pero esos no eran los términos de Dios.

Según revela este relato, lejos de querer eliminar los obstáculos que puedan impedir a los perdidos llegar ante Él, Cristo erigía unos nuevos. El Señor se negó a ignorar los asuntos espirituales aunque convinieran. La Iglesia tampoco los debe ignorar. Las personas son pecadoras y enfrentarán el juicio eterno de Dios a menos que se arrepientan y crean, en sumisión, únicamente en Jesucristo para salvación. Tales verdades no pueden menguarse; el tropiezo de la cruz no puede quitarse (Gá. 5:11). Quienes alteran de alguna forma la realidad del pecado, así como de Cristo y su obra, son portadores de un falso evangelio (Gá. 1:8-9).

EL TESTIMONIO CRISTIANO ES POR MEDIO DE LOS CREYENTES

Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio. (15:27)

Los creyentes son el eslabón final en la cadena de testigos. Así, Jesús, después de describir el testimonio del Espíritu Santo, dijo a los discípulos: **“Vosotros daréis testimonio también”**. Los dos están ligados inseparablemente, pues es el Espíritu quien permite que los creyentes sean testigos efectivos de Jesucristo ante el mundo. El poder del Espíritu en el testimonio cristiano es tan vital que el Señor instruyó a los discípulos a permanecer en Jerusalén hasta la venida del Espíritu en el día de Pentecostés (Lc. 24:49). “En el poder del Espíritu de Dios”, Pablo “todo lo [llenó] del evangelio de Cristo” (Ro. 15:19).

Los apóstoles estaban calificados para dar testimonio de Cristo porque habían **estado** con Él **desde el principio** de su ministerio terrenal. Cuando la iglesia primitiva buscó remplazar a Judas para completar a los apóstoles, Pedro dijo a quienes estaban reunidos:

Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección (Hch 1:21-

22).

Los cristianos de hoy no son testigos oculares de Jesucristo, como lo fueron los apóstoles, pero están llamados a mostrar a los demás las verdades de aquel que está revelado en la Biblia. También pueden demostrar el poder de su resurrección en sus vidas (cp. Ro. 6:4; Fil. 3:10).

Dios ha escogido a su pueblo como medio para alcanzar a los elegidos entre los perdidos. La verdad bendita es que “todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Ro. 10:13). Pero esto solo puede ocurrir cuando los creyentes les proclaman la verdad salvadora del evangelio:

*¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído?
¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas! Mas no todos obedecieron al evangelio; pues Isaías dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios (vv. 14-17).*

58 El Espíritu Santo convence al mundo

Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho. Esto no os lo dije al principio, porque yo estaba con vosotros. Pero ahora voy al que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. (16:1-11)

Los seguidores de Jesucristo siempre han enfrentado la hostilidad del mundo (tema tratado en detalle en el capítulo 56 de esta obra). Desde el principio de la Iglesia, los apóstoles y quienes estaban cerca de ellos soportaron persecución intensa. Los ridiculizaron, los desdeñaron, los denunciaron, los acosaron, los arrestaron, los golpearon y los martirizaron. Muchos pagaron incluso el precio final: dar su vida como mártires (transliteración de una palabra griega cuyo significado es “testigos”) por causa de su Salvador. Un repaso breve de la tradición cristiana antigua revela que a Pedro, Andrés y Santiago hijo de Alfeo los crucificaron; a Santiago, el hijo de Zebedeo, lo decapitaron, como a Pablo; a Tomás lo atravesaron con lanzas; a Marcos lo arrastraron hasta morir en las calles de Alejandría; y a Santiago, el medio hermano de Jesús, lo apedreó el sanedrín. Felipe también murió lapidado. Otros, cuya lista incluye a Mateo, Simón el Zelote, Tadeo, Timoteo y Esteban, también murieron por su compromiso inquebrantable con el Señor. Como observó Clemente, un contemporáneo de los apóstoles que murió en el 100 d.C.: “Por medio de la envidia y los celos se ha perseguido y matado

a los pilares más grandes y justos [de la iglesia]” (*Primera epístola de Clemente a los corintios*, 5).

La persecución continuó en las generaciones que siguieron. Bajo el dominio de los emperadores romanos de los tres primeros siglos se arrestó, torturó y asesinó a miles de creyentes fieles. Un ejemplo notable es Policarpo, el anciano obispo de Esmirna. Lo arrestaron cerca del 160 d.C. por ser cristiano, luego lo amarraron a una estaca y lo quemaron. Cuando se le pidió negar a Cristo, Policarpo se plantó con firmeza y dijo: “Le he servido ochenta y seis años y nunca me hizo daño. ¿Cómo puedo entonces blasfemar de mi Rey y Salvador?” (*El martirio de Policarpo, obispo de Esmirna*, 9). (Se puede encontrar mucho más sobre la hostilidad del Imperio Romano con la Iglesia en el capítulo 56 de esta obra).

La persecución de la Iglesia verdadera volvió a alcanzar un punto álgido durante la Reforma Protestante. Consternados por la corrupción moral y doctrinal de la Iglesia Católica Romana y estimulados por las enseñanzas claras de las Escrituras, los reformadores denunciaron el sistema católico de indulgencias y el falso evangelio de la salvación por obras. La respuesta de Roma fue vitriólica y violenta. Según John Dowling, historiador protestante, la Iglesia Católica Romana mató más de cincuenta millones de “herejes” entre el 606 d.C. (el nacimiento del papado) y mediados del siglo XIX (*History of Romanism* [Historia del romanismo] [Nueva York: Edward Walker, 1845], p. 8:541). Martín Lutero dijo, comentando sobre las tácticas asesinas de Roma: “Si el arte de convencer a los herejes por fuego fuera el correcto, entonces los ejecutores serían los doctores más instruidos de la tierra” (*Address to the Christian Nobility of the German Nation* [Discurso a la nobleza cristiana de la nación alemana] en Henry Clay Vedder, *The Reformation in Germany* [La reforma en Alemania] [Nueva York: Macmillan, 1914], p. 119).

Líderes piadosos como Juan Huss (ca. 1369-1415), Hugh Latimer (ca. 1485-1555), William Tyndale (1495-1536) Patrick Hamilton (1504-1528) y George Wishart (1513-1546), estuvieron entre los mártires de la fe. Cuando se puso la cadena alrededor de Juan Huss para asegurarlo a la estaca donde lo quemarían, dijo con una sonrisa: “Mi Señor Jesucristo estuvo atado con un cadena más dura que ésta por amor a mí, ¿Por qué, entonces, debo avergonzarme de esta [cadena] oxidada?”. Cuando se le pidió retractarse Huss declinó y dijo: “Lo que he enseñado con mis labios lo sellaré ahora con mi sangre” (John Fox, *El libro de los mártires*

[Barcelona: Clie, 1991], p. 175). Murió cantando un himno mientras las llamas consumían su cuerpo.

Hoy día, en muchos lugares del mundo, los creyentes siguen enfrentando persecución intensa. Los países controlados por los musulmanes son especialmente hostiles con el cristianismo (actualmente, en Oriente Medio y África, en especial), aunque otras naciones, como los estados comunistas, siguen siendo antagónicos. Aunque el número exacto es difícil de calcular, los historiadores estiman que la cantidad total de mártires cristianos en el último siglo está en los diez millones. Un artículo de 1997 en el *New York Times* informaba que “en este siglo han muerto más cristianos por el simple hecho de ser cristianos que en los primeros diecinueve siglos posteriores al nacimiento de Cristo” (A. M. Rosenthal, “Persecuting the Christians” [Persecución a los cristianos], *New York Times*, 11 de febrero de 1997; cita información de Nina Shea, *In the Lion’s Den* [En la guarida del león] [Nashville: Broadman & Holman, 1997]). Además se ha arrestado, golpeado o perseguido hasta cerca de la muerte a un número incalculable de fieles; todo a causa de su lealtad a Jesucristo.

El tema de la persecución, introducido por Jesús en 15:18-25, continúa en la sección de apertura del capítulo 16. Pero, como lo hizo en el versículo 15:26-27, el Señor recordó rápidamente a los discípulos que no enfrentarían solos la hostilidad del mundo. Sus testigos ante el mundo estarían acompañados y recibirían poder del Espíritu Santo. El Espíritu confrontaría al mundo; no solo daría testimonio de Jesús, también convencería a los pecadores de la verdadera condición en sus corazones. Los discípulos podían seguir confiados, sabiendo que aunque el sistema del mundo siempre se les opondría, muchas personas de ese sistema se liberarían de la oscuridad y serían transferidas al reino de la luz (cp. Col. 1:13), porque el Consolador estaba con ellos.

Aunque el contenido de esta sección es semejante al del capítulo 15, hay una diferencia sutil en el énfasis. En el capítulo 15, Jesús dio instrucciones a los discípulos sobre qué hacer (p. ej., vv. 4, 9-10, 12, 14, 17-20). Pero en el capítulo 16 se centró en qué haría Dios por ellos a través del poder del Espíritu Santo que habita en ellos (p. ej., vv. 1-4, 7, 13-15). Él consolaría, fortalecería y ayudaría a los discípulos en medio de sus conflictos con el mundo. Como escribe Leon Morris:

La obra del Espíritu Santo en la Iglesia se hace en el contexto de la persecución. El Espíritu no es guía y consolador para

quienes van por un camino derecho, perfectamente capaces de administrar sus vidas. Él viene a ayudar a los hombres atrapados en el fragor de la batalla, quienes son probados más allá de sus fuerzas. Jesús deja perfectamente claro que el camino ante sus oyentes es duro y difícil (*El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 692 del original en inglés).

La misión del Espíritu Santo y los creyentes es dar testimonio de Jesús (cp. 15:26-27). El Espíritu testifica a los creyentes que el evangelio es verdad (1 Jn. 2:20-21, 27; cp. 14:26; 16:13-14) y les da poder para proclamarlo al mundo (Hch. 1:8). Aunque Dios usa a los cristianos para proclamar el evangelio, solo el Espíritu Santo puede redimir a los pecadores perdidos (Tit. 3:5). Solo Él puede convencer a los incrédulos de su pecado y necesidad del Salvador.

En estos versículos, Jesús advirtió a los discípulos que enfrentarían conflictos con el mundo. Pero les consoló con la venida prometida del Espíritu Santo y les explicó que el Espíritu los ayudaría, pero también obraría en los incrédulos para convencerlos de pecado. Así, el pasaje puede delimitarse alrededor de tres secciones diferentes pero relacionadas: el conflicto con el mundo, el consuelo a los discípulos y el convencimiento por el Espíritu.

EL CONFLICTO CON EL MUNDO

Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho. Esto no os lo dije al principio, porque yo estaba con vosotros. (16:1-4)

La frase *estas cosas* se refiere a la advertencia anterior del Señor sobre la hostilidad del mundo (15:18-25). Él había **hablado** estas palabras a los discípulos **para que** pudieran evitar un **tropiezo**. *Tropiezo* es una traducción del verbo *skandalizō*; el sustantivo relacionado se refiere literalmente a la carnada sujeta en la trampa. Aquí el término hace referencia, en sentido figurado, a los discípulos que han bajado la guardia, como el animal que cae en una trampa. Si Jesús no les hubiera advertido de la persecución que enfrentarían inevitablemente, los discípulos podrían

haberse sorprendido y desilusionado, luego su fe podría haber decaído.

Los sucesos que tuvieron lugar después en esa noche mostraron cuán oportuna fue la advertencia del Señor. A pesar de que Jesús dijo a los discípulos que esperaran persecuciones, ellos se apocaron a la primera señal de una; aunque no estuviera dirigida a ellos sino a Él. Jesús les dijo en el camino del aposento alto a Getsemaní: “Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas” (Mt. 26:31). Aquella misma noche, más adelante, cuando arrestaron a Jesús, su predicción se hizo cierta:

En aquella hora dijo Jesús a la gente: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día me sentaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis. Mas todo esto sucede, para que se cumplan las Escrituras de los profetas. Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron (Mt. 26:55-56).

Alguien podría preguntarse por qué el Señor advirtió a los discípulos de que no tropezaran cuando sabía que en poco tiempo harían eso precisamente. En su omnisciencia, es cierto, Jesús sabía qué iba a ocurrir. Pero los discípulos eran responsables de sus acciones. Se les dieron los recursos necesarios para estar firmes y no tropezar, incluida una advertencia de la persecución inminente. Aun así, no usaron esos recursos y, cuando vino el momento de la verdad, capitularon ante la presión y huyeron. Su fracaso frente a la verdad que se les dijo era inexcusable. Pero es fácil ver cuán difícil fue para ellos la transición de cambiar la expectativa del reino prometido y la gloria (cp. Lc. 19:11) a la promesa de rechazo y hostilidad. Solo era una más en la lista de cosas que les costaba creer.

El Señor continuó describiendo algunas persecuciones específicas que los discípulos enfrentarían en **la hora** por venir (un término en el Evangelio de Juan que se refiere especialmente a los eventos relacionados con la muerte, resurrección y exaltación de Jesús [cp. 2:4; 4:21, 23; 5:25, 28; 7:30; 8:20; 12:23, 27; 13:1; 16:25; 17:1]). Que los **expulsarán de las sinagogas** significaba mucho más que prohibirles la asistencia a los servicios religiosos. A quienes excomulgaban de la sinagoga, les cortaban todos los aspectos religiosos, sociales y económicos de la sociedad judía. Se les catalogaba de traidores a su pueblo y a su Dios, enfrentaban la

consecuencia probable de perder su familia y su trabajo. No sorprende, pues, que perder la sinagoga produjera gran temor (cp. 9:22; 12:42).

Algunos seguidores de Cristo pagarían con sus vidas (como ya se dijo), algo peor que la mencionada excomunión. En una ironía amarga, los enemigos de Cristo piensan a veces que, al matar cristianos, rinden **servicio a Dios** (la palabra traducida *servicio* se usa en las Escrituras para hablar del servicio religioso o la adoración [cp. Ro. 9:4; 12:1; He. 9:1, 6]). Tal cosa es cierta, aun hoy, en naciones donde los militantes del islam hacen oposición violenta al cristianismo en nombre de Alá. La locura de intentar servir a un dios falso matando al pueblo de Dios revela la profundidad en que la oscuridad pecaminosa cubre la mente de los inconversos.

Pablo, ni más ni menos, antes de su conversión, era un perseguidor celoso de los cristianos. Cuando los soldados romanos lo rescataron a la salida del templo, dijo a la turba que intentó matarlo: “Perseguía yo este Camino hasta la muerte, prendiendo y entregando en cárceles a hombres y mujeres” (Hch. 22:4). En la defensa de Pablo ante Herodes Agripa, elaboró esa declaración:

Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret; lo cual también hice en Jerusalén. Yo encerré en cárceles a muchos de los santos, habiendo recibido poderes de los principales sacerdotes; y cuando los mataron, yo di mi voto. Y muchas veces, castigándolos en todas las sinagogas, los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extranjeras (26:9-11).

Al escribir a las iglesias de Galacia, el apóstol explicó qué había motivado su persecución violenta de la Iglesia: “Porque ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios, y la asolaba; y en el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres” (Gá. 1:13-14; cp. Fil. 3:6; 1 Ti. 1:12-13).

Después de la conversión de Pablo, quien odiaba se convirtió en el odiado, el cazador en el cazado y el perseguidor en el perseguido. Pablo enfrentó la oposición de judíos, gentiles, o los dos, y cumplió así la predicción del Señor acerca de él: “Yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre” (Hch. 9:16). En 2 Corintios 11:22-27 el apóstol

resumió cómo recibió “las marcas del Señor Jesús” (Gá. 6:17) que llevaba con tanto orgullo:

¿Son hebreos? Yo también. ¿Son israelitas? Yo también. ¿Son descendientes de Abraham? También yo. ¿Son ministros de Cristo? (Como si estuviera loco hablo.) Yo más; en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez.

¿Cómo podían cometer personas aparentemente religiosas tales atrocidades con el disfraz de la adoración a Dios? Jesús explicó: “**Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí**”. Lejos de servir a Dios, estas personas no conocen en abosulto al Dios verdadero; ninguno que odia a Jesucristo o sus discípulos (1 Jn. 4:20; 5:1) conoce al Padre (Jn. 8:19; 1 Jn. 3:1; cp. Jn. 5:23; 14:7; 15:21). No conocer a Dios es ignorancia voluntaria e inexcusable (Ro. 1:18-32), y los que la manifiestan no tienen vida eterna (cp. Ro. 10 :2-3).

En el versículo 4, Jesús dio otra razón más para su advertencia a los discípulos. “**Os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho**”. La persecución llegaría con seguridad, pues “También todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Ti. 3:12; cp. Hch. 14:22). Años después, en su primera epístola, Pedro se hizo eco de la predicción del Señor:

Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría (1 P. 4:12-13).

Pero esa hostilidad que enfrentaron, en lugar de hacer tambalear la fe de los discípulos, logró profundizar y fortalecer su resolución pues vieron el cumplimiento de la predicción del Señor (cp. 14:29).

Al principio, Jesús no necesitó advertir con **esto** a los discípulos **porque Él estaba con ellos**. No solo protegió el Señor a sus discípulos durante su ministerio, también sufrió los ataques del mundo; algo que volvería a hacer pronto por última vez (18:8-9). Los discípulos no habían experimentado toda la fuerza de la oposición que enfrentarían ahora en ausencia de Jesús, porque Él había estado ahí para recibir los asaltos y protegerlos... En pasajes tales como Mateo 5:10-12 y 10:24-25, Jesús se refirió a la persecución en términos generales. Pero ahora que su muerte estaba a unas cuantas horas, quedarían los discípulos para enfrentarse a toda la furia del odio del mundo. Esa realidad fue la causa de esta advertencia explícita.

Jesús nunca le restó importancia a la verdad cuando se trataba del coste de ser su discípulo. En Lucas 9:23-24 dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará”. Contó también una parábola para ilustrar esta verdad:

Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. ¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Lc. 14:28-33).

Cristo no ofrece a sus seguidores un camino de comodidad y facilidad, sino uno difícil y duro. Aunque la puerta es pequeña y el camino angosto, el viaje agotador bien vale la pena, pues solo este “lleva a la vida” y a la gloria eterna (Mt. 7:13-14). Así, escribió Pablo, en medio de sus múltiples pruebas, “porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros

un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Co. 4:17).

EL CONSUELO A LOS DISCÍPULOS

Pero ahora voy al que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes, porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. (16:5-7)

Estos versículos presentan un contraste marcado entre la falta de egoísmo en Cristo y el egoísmo total en los discípulos. A medida que la cruz se hacía más grande, ellos debían haberlo consolado a Él. Él debía haber sido el objetivo, pues le había llegado el momento de realizar su misión y regresar al Padre **que le envió**.

Pero **ninguno** de ellos estaba siquiera lo suficientemente preocupado por el Señor para preguntarle “¿A dónde vas?”. Aunque Pedro (13:36) y Tomás (14:5) le habían preguntado a dónde iba, el Señor quería que sus preguntas reflejaran preocupación por ellos, no por Él. Tales interrogaciones tenían más que ver con el abandono a ellos que con expresiones de interés genuino en lo que Él estaba a punto de experimentar. Como lo explica R. C. H. Lenski:

La pregunta de Pedro en 13:36 era de un tipo diferente; solo era una exclamación egoísta que no entendería si Jesús se iba solo. Y la afirmación de Tomás en 14:5 no era sino una expresión de desaliento y opacidad de la mente al pensar que Jesús se iba y dejaba a los discípulos para seguirlo después en un camino que Tomás no sentía conocer (*The Interpretación of St. John's Gospel* [Interpretación del Evangelio de San Juan] [Reimpresión; Peabody: Hendrickson, 1998], pp. 1078-1079; cp. D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], *The Pillar New Testament Commentary* [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], pp. 532-533).

La **tristeza** llenó el **corazón** de los discípulos **porque** Jesús les dijo **estas cosas**. Sus pensamientos no se centraban en el significado de este momento para Jesús, sino únicamente en el significado para ellos. Pero en

lugar de que los consumiera la ansiedad, debían haberse alegrado al saber que la misión terrenal de Jesús estaba casi completa y su retorno a la gloria celestial estaba cerca. Ya antes los había reprendido así: “Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre” (14:28).

En realidad, la tristeza de los discípulos no tenía ningún asidero. **La verdad**, les convenía que Jesús se fuera. Obviamente, sin la muerte sacrificial de Jesús en la cruz, propiciatoria y en sacrificio, no habría expiación por los pecados de ellos. Pero más allá de eso, **si** Jesús no se fuera, **el Consolador no** vendría a ellos. **Mas si** el Señor se iba, **lo** enviaría a ellos. Jesús prometió que cuando llegara el Espíritu Santo, les daría vida eterna (7:37-39), habitaría en ellos (14:16-17), los instruiría (y por medio de ellos a todos los creyentes [14:26]), les daría poder en el testimonio y activaría para ellos las promesas de Dios (véase 15:26-27 y el comentario sobre esos versículos en el capítulo 57 de esta obra).

Hay, al menos, dos razones por las cuales el Espíritu Santo no vino hasta después de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo. Primera, el ministerio del Espíritu es revelar a Cristo y su obra. Esto no era posible hasta completar la obra redentora de Cristo en la cruz y su ascensión a la gloria completa en el cielo. Segunda, el Padre dio el Espíritu a la Iglesia para vindicar la fidelidad de su Hijo, completando la obra de salvación en su muerte y resurrección (cp. Jn. 7:39; Gá. 3:14). Pedro, después de referirse, en su sermón del día de Pentecostés, a la muerte y resurrección de Cristo (Hch. 2:23-32), declaró: “Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís” (v. 33).

EL CONVENCIMIENTO POR EL ESPÍRITU

Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. (16:8-11)

El Espíritu Santo no ministra solo a los creyentes, también lo hace al mundo perdido. El ministerio de convicción por el Espíritu es muy positivo. Su objetivo es llevar a los pecadores al conocimiento salvador de Jesucristo.

Nadie puede salvarse sin la obra regeneradora y de convencimiento

del Espíritu. La Biblia enseña que, por naturaleza, todas las personas son rebeldes a Dios y hostiles a Jesucristo. Están “muertos en [sus] delitos y pecados” (Ef. 2:1), son “por naturaleza hijos de ira” (v. 3). Tienen “el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza” (Ef. 4:18-19). Son “enemigos en [su] mente, [hacen] malas obras” (Col. 1:21); están cegados por Satanás de modo que no pueden entender la verdad espiritual (2 Co. 4:4; cp. Lc. 8:5, 12). Están indefensos en esa condición, son incapaces de creer la verdad e incluso son culpables de suprimirla (Ro. 1:18-32). En Juan 6:44 Jesús declaró: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere”. En una descripción gráfica de la completa incapacidad del hombre caído para buscar a Dios por sí mismo, Pablo escribió:

Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos (Ro. 3:10-18).

El mundo odia a Jesús porque el pecado odia la justicia, la imperfección odia la perfección y “la potestad de las tinieblas” odia el “reino de su amado Hijo” (Col. 1:13; cp. Jn. 3:19). El ministerio del Espíritu Santo es penetrar los corazones en pecado, vencer la resistencia de los pecadores al evangelio y llevarlos, por medio de la fe salvadora en el Señor Jesucristo, a la comunión con Dios.

Para ello, el Espíritu debe romper el poder del pecado que esclaviza a las personas (Jn. 8:34) y el amor a la iniquidad que los mantiene en rebelión contra Dios. Jesús ya había dicho a los discípulos que el Espíritu testificaría de él ante el mundo (15:26). Además de dicho testimonio externo, el Espíritu también convencería los corazones de los pecadores. **Cuando** viniera en el día de Pentecostés, dijo Jesús, el Espíritu convencería **al mundo de pecado, de justicia y de juicio**.

El principio del ministerio de salvación del Espíritu Santo a los

perdidos se revela en la palabra *convencerá*. La palabra puede describir la convicción en sentido judicial, como cuando un delincuente es convicto por sus fechorías (véase su uso en Stg. 2:9 y Jud. 15). Al final, los convictos en este sentido recibirán la sentencia del castigo eterno en el infierno. Pero en este contexto, la palabra probablemente se refiera más al convencimiento de la realidad del pecado y la necesidad de salvación en Cristo (cp. 1 Co. 14:24). La misión del Espíritu es presentar la verdad sobre Jesucristo al mundo (15:26); quienes rechacen la verdad serán hallados culpables y serán juzgados por el Padre y el Hijo (5:22, 27, 30).

El Espíritu Santo convence **al mundo** de tres cosas: **De pecado, de justicia y de juicio**. La forma singular de *hamartias* (“**pecado**”) no se refiere al pecado en general, sino específicamente al pecado último de negarse a creer en Jesucristo. Este es el pecado que finalmente condena a las personas, pues todos los otros se perdonan cuando las personas creen en Él para salvación (cp. Mt. 12:31-32). En Juan 3:18 dijo Jesús: “El que en [Cristo] cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios”. En 5:40 reprendió a quienes no querían ir a Él para tener vida. A los judíos incrédulos advirtió con solemnidad: “Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (Jn. 8:24). Lo único que determina el destino eterno de las personas es su reacción ante el ministerio de convencimiento del Espíritu sobre el pecado de ellas y la provisión de perdón por la Gracia mediante Jesucristo.

Segundo, Jesús dijo a los discípulos: “El Espíritu Santo convence al mundo **de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más**”. Aquí la justicia es la perteneciente por naturaleza a Jesucristo como Hijo Santo de Dios. Es el otro lado de la moneda del asunto anterior; el Espíritu no solo convence a los incrédulos de su pecado, también los convence de su necesidad de tener la justicia perfecta de Cristo (cp. Mt. 5:20, 48). Cuando comparan su impiedad con la santidad de Cristo sin pecado, sus pecados se ven más claramente como el mal detestable que es. Y el pecador se enfrenta cara a cara con la imposibilidad de la salvación por algún esfuerzo, obra o logro de su parte.

“**Por cuanto voy al Padre, y no me veréis más**”, provee la evidencia suprema de la justicia del Señor: su aceptación en la presencia del Padre. Habacuc 1:13 dice de Dios: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio”. Cuando el Padre “le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Fil. 2:9), Él mismo dio testimonio de la justicia de Cristo. Quienes atienden el testimonio de

Cristo sobre su completo pecado, la justicia perfecta de Cristo y responden al evangelio con fe auténtica, se visten instantáneamente con su justicia. Sus pecados están ubicados totalmente en Él y, en su muerte a manos de la justicia santa de Dios, Él pagó la pena en su totalidad (Fil. 3:9; cp. Ro. 3:21-22; 4:5, 13; 5:21; 10:10; 1 Co. 1:30; 2 Co. 5:21). Dios justifica a los pecadores cuando contabiliza el pago de sus pecados en la muerte de Cristo y la justicia de Cristo se les atribuye solo por su gracia.

Por último, el Espíritu Santo convence al mundo **de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado**. Los juicios del mundo son erróneos y malos, como quedó claramente demostrado por su rechazo del Hijo de Dios. Pero mientras el mundo es incapaz de juzgar con justicia (cp. 7:24), el Espíritu sí puede. Él convence al mundo de su falsa valoración de Jesucristo.

El **príncipe de este mundo** es Satanás (12:31; 14:30; 1 Jn. 5:19). Él **ha sido ya juzgado** y expulsado del cielo, junto con el resto de los ángeles que se rebelaron con él (Ap. 12:7-9; cp. Lc. 10:18). Fue derrotado por completo en la cruz (Col. 2:15; He. 2:14; 1 Jn. 3:8), cuando lo que parecía ser su momento de triunfo, en realidad era la hora de su perdición. Aunque Satanás ya está derrotado y juzgado, la sentencia final en su contra solo se ejecutará al final del milenio (Ap. 20:10). Mientras tanto, va como el dios de este siglo, en busca de almas para apresar y devorar. La advertencia aleccionadora para quienes aceptan el sistema del mundo es que si su príncipe no escapará al juicio, tampoco lo harán ellos, a menos que se arrepientan. El destino del diablo garantiza el juicio de todos los pecadores que no se arrepientan.

Solo hay dos respuestas posibles a la obra de convencimiento del Espíritu: el arrepentimiento o el rechazo. Los cristianos recibirán hostilidad de quienes rechacen la convicción del Espíritu. El fin de ellos es que “sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Ts. 1:9). Quienes se arrepientan cuando el Espíritu los convenza pasarán la eternidad en gloria y alegría celestiales e inexpressables. Pero en esta vida enfrentarán pruebas ardientes de persecución sin abandono fatal porque “mayor es el que está en [ellos], que el que está en el mundo” (1 Jn. 4:4).

59 El Espíritu Santo revela la verdad

Aún tengo muchas cosas que decir, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber. (16:12-15)

Aunque Salomón vivió en una época en que los libros se escribían y copiaban con gran esfuerzo, dijo: “No hay fin de hacer muchos libros” (Ec. 12:12). En la era moderna de las impresoras de alta velocidad, el flujo de libros publicados cada año se ha convertido en un torrente. Pero entre todos los millones de libros escritos, la Biblia sigue siendo verdaderamente única. Solo ella es la Palabra de Dios, inspirada por el Espíritu de Dios, revestida del poder y autoridad de Dios. Como tal, es infalible, inerrable, autoritativa, suficiente y efectiva. El Salmo 19:7-11 declara esto sobre la Palabra de Dios:

La ley del SEÑOR es perfecta: infunde nuevo aliento. El mandato del Señor es digno de confianza: da sabiduría al sencillo. Los preceptos del Señor son rectos: traen alegría al corazón. El mandamiento del Señor es claro: da luz a los ojos. El temor del Señor es puro: permanece para siempre. Las sentencias del Señor son verdaderas: todas ellas son justas. Son más deseables que el oro, más que mucho oro refinado; son más dulces que la miel, la miel que destila del panal. Por ellas queda advertido tu siervo; quien las obedece recibe una gran recompensa (NVI).

El valor de la Biblia es incomparable. Como Palabra de Dios debemos (Sal. 119:42), obedecerla (Sal. 119:11, 17, 67, 101, 105, 133), estudiarla (Sal. 119:169; 2 Ti. 2:15), honrarla (Sal. 119:38, 82, 140, 162) y defenderla (Fil. 1:16; 1 P. 3:15; Jud 3).

La Biblia afirma repetidas veces que está inspirada por Dios. El Antiguo Testamento dice ser la Palabra de Dios más de tres mil veces; la frase “la palabra del Señor” que describe la revelación de Dios a través de sus voceros, aparece más de doscientas cincuenta veces (p. ej., Nm. 30:1; 36:5; 1 Cr. 15:15; 2 Cr. 34:21; 35:6; Is. 1:10; 28:14; Jer. 1:1-2; Ez. 1:3; Dn. 9:2; Os. 1:1; Jl. 1:1; Am. 7:16; Jon. 1:1; Mi. 1:1; Sof. 1:1; Hag. 1:1, 3; Zac. 1:1; Mal. 1:1). No sorprende que el profeta Amós declarara: “En verdad, nada hace el SEÑOR omnipotente sin antes revelar sus designios a sus siervos los profetas” (Am. 3:7 NVI).

Los escritores del Nuevo Testamento también consideraban que el Antiguo Testamento estaba inspirado por Dios, lo citaron más de trescientas veces e indicaron claramente que eran las Escrituras (cp. Ro. 4:3 con Gn. 15:6; Ro. 9:17 con Éx. 9:16; Gá. 3:8 con Gn. 12:3). Pablo dijo a los cristianos de Roma: “Porque las cosas que se escribieron antes [el Antiguo Testamento], para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Ro. 15:4). Y Pedro dijo a los creyentes reunidos en el aposento alto: “Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús” (Hch. 1:16). Los apóstoles no solamente consideraban Escrituras al Antiguo Testamento (cp. 3:18; 4:25; 8:32, 35; 17:2, 11; 18:24, 28; Ro. 1:2; 4:3; 9:17; 10:11; 11:2; 15:4; 1 Co. 15:3-4; Gá. 3:8, 22; 4:30; 1 Ti. 5:18; 2 Ti. 3:16; Stg. 2:8, 23; 1 P. 2:6), también declaraban que el Espíritu Santo inspiró esos escritos. Así, Pedro escribió sobre la revelación del Antiguo Testamento: “Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21; cp. 2 S. 23:2; Neh. 9:30; Ez. 11:5; Zac. 7:12; Mr. 12:36; Hch. 28:25; He. 1:1; 3:7; 9:8; 10:15; 1 P. 1:10-11).

El Nuevo Testamento también da testimonio de su propia inspiración. En 1 Timoteo 5:18 Pablo escribió: “Pues la Escritura dice: No pondrás bozal al buey que trilla; y: Digno es el obrero de su salario”. La primera cita es del Antiguo Testamento (Dt. 25:4). Pero la segunda, a la cual Pablo también se refiere como Escrituras, está tomada de Lucas 10:7. Pedro escribió sobre las epístolas de Pablo: “Como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia

perdición” (2 P. 3:15-16). Entonces, Pedro declaró que los escritos de Pablo eran Escrituras.

Pablo era consciente de que sus palabras en las cartas inspiradas eran Escrituras. Desafió así a los corintios rebeldes e indisciplinados: “Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor” (1 Co. 14:37; cp. 2 Co. 13:2-3; 1 Ts. 2:13). Al comienzo de esa carta, escribió:

Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual (2:12-13).

El libro de Apocalipsis también afirma ser inspirado por Dios. En su versículo inicial declara ser “la revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan” (Ap. 1:1). En la carta a la iglesia de Éfeso, el Señor Jesucristo dice: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (2:7). En 19:9 el ángel declaró: “Estas son palabras verdaderas de Dios”, mientras en 21:5, Dios reiteró: “Estas palabras son fieles y verdaderas”.

La Biblia, en su totalidad, afirma ser la Palabra de Dios. Pero, ¿puede verificarse esa afirmación? ¿Qué hechos de respaldo se pueden organizar para demostrar que la Biblia es inspirada divinamente? Al responder tales preguntas, se pueden estudiar varias líneas de evidencia.

Primera, considérese la notoria unidad de la Biblia. Los críticos se deleitan en señalar los “vacíos de narración” (inconsistencias en la narración) de películas, programas de televisión y novelas. Pero aunque la Biblia se escribió en un período de aproximadamente mil seiscientos años, por más de cuarenta autores humanos con trasfondos de amplia diversidad—incluyendo reyes, sacerdotes, médicos, pescadores, pastores, teólogos, estadistas, recaudadores de impuesto, soldados, escribas y campesinos—, no contiene “vacíos de narración”. Los hechos y verdades específicos de la Biblia son perfectamente consecuentes desde el principio hasta el final, lo cual significa que es veraz cuando afirma que su autor es el Dios verdadero y omnisciente.

Un segundo argumento a favor de la veracidad de la Biblia es la precisión científica. Aunque no pretende ser un tratado científico, sus

descripciones de los hechos observables y de los procesos naturales son precisas. Por ejemplo, Isaías 55:10 describe el ciclo hidrológico: “Desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra” (cp. Job 36:27-28; Ec. 1:7). Solo en el siglo XVII descubrió William Harvey el significado vital del sistema circulatorio del cuerpo humano. Sin embargo, miles de años antes, la Biblia había declarado que la vida de la carne está en la sangre (Gn. 9:4). En el mundo de la Mesopotamia antigua creían que la tierra era plana. Pero Job 26:10 dice que Dios “ha trazado un círculo sobre la superficie de las aguas, en el límite de la luz y las tinieblas” (LBLA), luego describe la tierra como un globo circular. Igualmente, Job 38:14 asemeja la tierra con un sello cilíndrico, es como la arcilla bajo el sello; esto indica que gira sobre su eje. En Isaías 40:22 declara que Dios “está sentado sobre el círculo de la tierra”.

La Biblia también registra verdades desconocidas hasta el advenimiento de los descubrimientos científicos modernos. Génesis 22:17 compara el número de estrellas con el número de granos de arena en la playa, mientras Jeremías dijo que hay tantas estrellas que no pueden contarse (Jer. 33:22). Sin embargo, menos de cinco mil son visibles solo a ojo; difícilmente un número abrumador e incontable. Pero con el uso de potentes telescopios modernos, los astrónomos estiman que en nuestra galaxia hay al menos cien mil millones de estrellas y hay miles de millones más en otras galaxias incontables.

La primera y segunda ley de la termodinámica son fundamentales para toda la ciencia. Pero, aunque no se formularon sino hasta el comienzo de la revolución industrial, las dos se implican en las Escrituras. La primera ley determina que la energía se conserva; esto es, no puede crearse ni destruirse. Génesis 2:2-3 da la razón por la cual la energía no se puede crear: la actividad creadora de Dios ha cesado, pero su obra de preservación de la creación (Col. 1:17; He. 1:3) asegura que la energía no puede destruirse.

La Biblia también afirma la segunda ley de la termodinámica, el principio según el cual la entropía, el desorden, se incrementa constantemente. Así, todo lo que hay en el Universo se deteriora. El origen de la segunda ley está en la caída (Gn. 3:1-24). La desobediencia de Adán y Eva no solo zambulló a la raza humana en la ruina del pecado, también tuvo un efecto catastrófico en el universo físico. Pablo escribió: “Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza... Porque sabemos que toda

la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Ro. 8:20-22). (Para más ejemplos de la precisión científica de la Biblia véase Henry M. Morris, *The Biblical Basis for Modern Science* [La base bíblica de la ciencia moderna] [Grand Rapids: Baker, 1984]).

La precisión histórica de la Biblia, verificada repetidas veces por los descubrimientos arqueológicos, ofrece aún más evidencia de su veracidad. Uno de los “resultados asegurados” por la alta crítica bíblica racionalista del siglo XIX era que los hititas, mencionados cerca de quince veces en el Antiguo Testamento, nunca habían existido realmente. Sin embargo, los descubrimientos arqueológicos han revelado abundancia de información sobre su historia, cultura, religión e idioma. Del imperio hitita, centrado en Asia Menor, se sabe ahora que fue extenso y con el poder suficiente como para retar militarmente a Egipto.

Los escépticos incrédulos afirman que el libro de Daniel se escribió durante el período de los macabeos (siglo II a.C.), después de que muchos de los eventos profetizados ya habían ocurrido. Pero hay varias copias de Daniel entre los rollos del Mar Muerto (descubiertos en Qumrán), las más tempranas son solo de medio siglo después de la fecha en la cual los críticos alegan que Daniel se escribió. Luego, la fecha de dos siglos para el libro no puede defenderse, pues la comunidad que produjo los rollos del Mar Muerto consideraba claramente a Daniel como un profeta en sus propios escritos; algo que no hubieran hecho si solo hubieran pasado cincuenta años desde la escritura del libro. La única conclusión razonable es que el libro se escribió mucho antes (en el siglo VI a.C.). Al comentar sobre las profecías de Daniel, Gleason Archer, lingüista de Harvard, explica:

La evidencia lingüística de Qumrán hace que la explicación racionalista para Daniel no se pueda sostener [es decir, que su escritura es posterior, en el siglo II]. Es difícil ver cómo puede defender ningún erudito esta posición y mantener la respetabilidad intelectual (Gleason L. Archer, *Encyclopedia of Bible Difficulties* [Enciclopedia de dificultades bíblicas] [Grand Rapids: Zondervan, 1982], p. 24).

Resumiendo la contribución de la Arqueología a la sustanciación de la precisión histórica bíblica, escribe así el arqueólogo J. A. Thompson:

Es perfectamente cierto decir que la arqueología bíblica ha

hecho mucho por corregir la impresión que había en el exterior al final del siglo [diecinueve] y en la primera parte del siglo [veinte], que la historia bíblica era poco confiable en muchos lugares. Si hoy día hay una impresión que se erija más claramente que las otras es que en todas partes se admite la historicidad de la tradición del Antiguo Testamento. Pueden citarse en este sentido las palabras de W. F. Albright: “No puede haber duda de que la arqueología ha confirmado la historicidad sustancial de la tradición del Antiguo Testamento” (*The Bible and Archaeology* [La Biblia y la Arqueología] [Ed. rev., Grand Rapids: Eerdmans, 1987], pp. 4-5).

Una evidencia aún más convincente de que la Biblia es la Palabra de Dios es la profecía cumplida. Ningún humano puede predecir los sucesos futuros, sin embargo la Biblia predijo eventos futuros con precisión detallada, imposibles de atribuir a la simple capacidad humana, la anticipación o la coincidencia. La improbabilidad de que tales predicciones se cumplieran por azar es astronómica; aun así, las profecías bíblicas se cumplieron. Entre ellas están los cientos de predicciones del Antiguo Testamento que se cumplieron en la venida de Jesucristo (Para un estudio detallado de las profecías cumplidas en la Escrituras, véase Josh McDowell, *Evidencia que exige un veredicto*, [Miami: Vida, 1982]; John Ankerberg et al., *The Case for Jesus the Messiah* [El caso de Jesús el Mesías] [Eugene: Harvest House, 1989]; James E. Smith, *What the Bible Teaches about the Promised Messiah* [Nashville: Thomas Nelson, 1993] y Alferd Edersheim, *Comentario bíblico histórico* [Barcelona: Clie, 2009], pp. 2:710-741 del original en inglés).

Pero de toda la evidencia para demostrar que la Biblia es la Palabra de Dios, ninguna es más importante que el testimonio del Señor Jesucristo. Los documentos del Nuevo Testamento, portadores de su testimonio, son los más certificados de la antigüedad. Tenemos hoy muchos más manuscritos tempranos del Nuevo Testamento que de otro manuscrito antiguo, y el lapso entre ellos y los originales es mucho más corto. Entonces: “Ser escéptico del texto resultante de los libros del Nuevo Testamento es permitir que toda la antigüedad clásica se deslice a la oscuridad, porque ningún documento del período antiguo está más acreditado bibliográficamente que el Nuevo Testamento” (John Warwick Montgomery, *History and Christianity* [Downers Grove: InterVarsity, 1974], p. 29; cp. F. F. Bruce, *The New Testament Documents: Are They*

Reliable? [Downers Grove: InterVarsity, 1973]).

Jesús, el Dios encarnado que no puede errar y solo habla la verdad (cp. Jn. 5:18; 8:58; 10:30-33), estableció la veracidad y autoridad de las Escrituras. Enseñó que el Antiguo Testamento es Palabra de Dios infalible y autoritativa, citándolo más de sesenta veces. Declaró que “la Escritura no puede ser quebrantada” (Jn. 10:35) y que “más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que se frustre una tilde de la ley” (Lc. 16:17; cp. Mt. 5:18). Jesús tenía la certeza absoluta de que “se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre” (Lc. 18:31; cp. 24:44).

Cristo también confirmó la historicidad de numerosas personas y sucesos del Antiguo Testamento, incluyendo el encuentro de Moisés con Dios en la zarza ardiente (Mr. 12:26); la recepción de la ley por Moisés (Jn. 7:19); la provisión divina del maná para Israel (Jn. 6:31-32); la serpiente de bronce con la cual los israelitas se curaron de la mordedura de las serpientes (Jn. 3:14); la misión de Jonás en Nínive, incluyendo que se lo tragara un gran pez (Mt. 12:39-41), la visita de la reina de Saba a Salomón (Mt. 12:42), el ministerio de Elías con la viuda de Sarepta (Lc. 4:25) y la profecía de las setenta semanas de Daniel (Mt. 24:15). Jesús también creía que Génesis 1—11 era un registro de sucesos históricos, a diferencia de muchos en la actualidad, quienes consideran mito o alegoría esos capítulos. Enseñó que Adán y Eva fueron creados en el comienzo de la historia (Mr. 10:6), no hace miles de millones de años como algunos alegan. El Señor también afirmó la historicidad y universalidad del diluvio (Mt. 24:37-39), la destrucción de Sodoma (Lc. 17:29), la muerte de la esposa de Lot (Lc. 17:32) y la existencia de los patriarcas (Mt. 8:11; 22:32; Jn. 8:56).

O Jesús sabía que las Escrituras no tenían errores y así lo dijo, o no lo sabía y lo dijo sin ser cierto, o sabía que tenían errores y mintió. En el primer caso, Él es Dios; en el segundo caso, no es Dios; en el tercer caso, ¡es el diablo!

Pero Jesús hizo más que autenticar la revelación dada en el Antiguo Testamento. También prometió revelar una verdad nueva a los discípulos, mediante el Espíritu Santo, cuyo ministerio posterior a Pentecostés había estado explicando desde 15:26. Este pasaje, con su promesa de más revelación por parte del Espíritu, es la piedra angular de la sección. Revela la necesidad, alcance y objetivo de la revelación del Espíritu Santo.

LA NECESIDAD DE LA REVELACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. (16:12)

A primera vista, parece sorprendente que después de tres años de instrucción intensiva, Jesús tuviera **muchas cosas que** decir a los discípulos (cp. Jn. 21:25). Y si era así, ¿por qué no tomar esta oportunidad para decirles lo que necesitaban saber? La razón, el Señor pasa a explicar, era que no podían **sobrellevar** esas verdades en aquel momento. Parcialmente porque estaban abrumados por la tristeza pues Él los dejaba (16:6). Sin embargo, una razón más importante era la incapacidad de los discípulos para entender la importancia de la cruz, la resurrección y la ascensión, antes de que dichos sucesos ocurrieran.

Como la mayoría de los judíos, para los discípulos el Mesías era el libertador político y militar. Esperaban que expulsara a los odiados romanos, que restaurara la soberanía nacional de Israel y que llevara el reino mesiánico con el cumplimiento de todas las promesas del Antiguo Testamento. Ellos no podían entender el concepto de un mesías moribundo, que no vino a derrotar a los romanos, sino a conquistar el pecado y la muerte.

Por ejemplo, después de la transfiguración: “Descendiendo ellos del monte, [Jesús] les mandó [a Pedro, Jacobo y Juan] que a nadie dijese lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado de los muertos. Y guardaron la palabra entre sí, discutiendo qué sería aquello de resucitar de los muertos” (Mr. 9:9-10). Después, en ese mismo capítulo: “Enseñaba a sus discípulos, y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día. Pero ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle” (vv. 31-32). Camino a Jerusalén, por última vez...

Tomando Jesús a los doce, les dijo: He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre. Pues será entregado a los gentiles, y será escarnecido, y afrentado, y escupido. Y después que le hayan azotado, le matarán; mas al tercer día resucitará. Pero ellos nada comprendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que se les decía (Lc. 18:31-34).

Jesús predijo su resurrección en Juan 2:15-21. Pero solo “cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho” (v. 22; cp. 20:9). Juan 12:16 dice sobre la entrada triunfal: “Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho”.

Tampoco dio Jesús a sus discípulos más revelación porque, sin el Espíritu morando en ellos, carecían del poder para captar y vivir las implicaciones de tal revelación. Pero después de la venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, los discípulos estaban listos para recibir la revelación adicional necesaria.

EL ALCANCE DE LA REVELACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; (16:13a)

El agente de la revelación adicional de Cristo a los discípulos sería el **Espíritu de verdad**. Además de hacer efectivas las promesas de Cristo en ellos, de convencer al mundo de pecado y de consolar a los seguidores de Jesús, el Espíritu también guiaría a los discípulos **a toda la verdad**. Esa promesa, como la de 14:26, se refiere a la revelación sobrenatural del Espíritu sobre Cristo y su enseñanza. Sirve como autenticación previa de los escritores del Nuevo Testamento; el Espíritu Santo, que inspiró el Antiguo Testamento (véase la discusión anterior), también inspiraría el Nuevo. En 1 Corintios 2:9-10 Pablo escribió de la inspiración del Espíritu a los escritores del Nuevo Testamento:

Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.

Solo el Espíritu Santo, puesto que es Dios, conoce todo lo que Dios conoce, por eso está calificado para revelar la verdad divina al hombre.

La Biblia es infalible porque al **Espíritu de verdad** le es imposible inspirar error (cp. Jn. 17:17). Argumentar de otra forma es una afrenta a

la naturaleza santa del Dios que la inspiró. La inspiración incluye todas las Escrituras (2 Ti. 3:16) y se extiende incluso a las palabras usadas por los escritores (1 Co. 2:13; cp. 2 S. 23:2). Así, como lo ilustra R. C. Sproul, es absurdo afirmar que se cree en la inspiración de la Biblia, pero negar su infabilidad:

En numerosas ocasiones he interrogado a varios eruditos bíblicos y teológicos así:

—¿Sostiene usted la infabilidad de las Escrituras?

—No.

—¿Cree usted que la Biblia es inspirada por Dios?

—Sí.

—¿Cree que Dios inspira error?

—No.

—¿Toda la Biblia es inspirada por Dios?

—Sí.

—¿La Biblia tiene errores?

—¡No!

—¿Es infalible?

—¡No!

En ese momento usualmente me tomo una pastilla para el dolor de cabeza (“The Case for Inerrancy: A Methodological Approach” [El caso de la infabilidad: Un análisis metodológico] en John Warwick Montgomery, ed., *God’s Inerrant Word* [La palabra de Dios inerrante] [Minneapolis: Bethany, 1974], p. 257).

La inspiración de la Biblia también excluye todos los escritos extrabíblicos; solo los sesenta y seis libros de la Biblia comprenden la revelación completa y final de Dios para el hombre. La Biblia concluye con una advertencia solemne contra alterar o añadir algo a las Escrituras:

Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro (Ap. 22:18-19; cp.

Dt. 4:2; 12:32; Pr. 30:5-6).

Como Apocalipsis describe toda la Historia, desde el final de la era apostólica hasta el estado eterno, añadirle sería añadir a las Escrituras:

Las porciones predictivas se proyectan desde la vida de Juan hasta el estado eterno. Cualquier pronunciamiento profético se entrometería en el dominio de esta cobertura y se constituiría en adición o sustracción al contenido de Apocalipsis. Por tanto, el libro final de la Biblia también es el producto último de la profecía neotestamentaria. También marca el final del canon del Nuevo Testamento, pues el don profético fue el medio escogido divinamente para comunicar los libros inspirados del canon (Robert L. Thomas, *Revelation 8—22: An Exegetical Commentary* [Apocalipsis 8—22: Un comentario exegético] [Chicago: Moody, 1995], p. 517).

Las Escrituras se dieron “a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Ti. 3:17); por lo tanto, no hay necesidad de revelación adicional para suplantarla o suplementarla.

La promesa del Señor según la cual el Espíritu **guiará** a los creyentes **a toda la verdad** hace especial referencia a los escritores del Nuevo Testamento. Pero también se extiende en un sentido secundario a la obra de iluminación del Espíritu Santo (cp. 1 Co. 2:10-16). Él instruye y enseña a los creyentes a partir de las Escrituras inspiradas, como lo anota Juan:

Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas... Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él (1 Jn. 2:20, 27).

Por supuesto, eso no elimina la necesidad del estudio diligente, prerequisite para usar “bien la palabra de verdad” (2 Ti. 2:15), especialmente porque hay “algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen” (2 P. 3:16). Pero estudiar la Biblia sin estar lleno del Espíritu (Ef. 5:18) y caminar en Él (Gá. 5:16, 25) es

infructuoso.

EL OBJETIVO DE LA REVELACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber. (16:13b-15)

El Señor Jesús no actuó por su propia iniciativa durante su encarnación, sino siempre en la voluntad del Padre (cp. Jn. 5:19; 7:16; 8:26-29; 14:10). En la incommensurable unidad de la Trinidad, el Espíritu asimismo **no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere**. Como el Hijo, el Espíritu siempre actúa en armonía completa con el Padre (cp. Ro. 8:26-27). Así, la dirección del Espíritu Santo siempre va a ser consecuente con la voluntad de Dios revelada en la Biblia; nunca nos llevará a violar los principios de la Palabra de Dios. Cuando habla, habla a través de las Escrituras que inspiró. Después de todo, estar “lentos del Espíritu” (Ef. 5:18) comienza con permitir que “la palabra de Cristo more en abundancia en [nosotros]” (Col. 3:17; compárese Ef. 5:18—6:9 con Col. 3:16—4:1) pues la “espada del Espíritu... es la palabra de Dios” (Ef. 6:17).

Específicamente, el Espíritu Santo **hará saber** a los discípulos **las cosas que habrán de venir**. Esta frase, como la promesa anterior según la cual el Espíritu guiaría a los discípulos a toda la verdad, se refiere sobre todo al Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento comprende la historia completa desde Pentecostés hasta el estado eterno; además contiene “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad” (2 P. 1:3).

Habiendo prometido que el Espíritu revelaría la verdad a los discípulos, el Señor les dio el propósito final de la revelación del Espíritu Santo. Jesús dijo: “**Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber**”. El ministerio del Espíritu Santo es glorificar a Jesucristo haciendo saber la verdad sobre Él, tal como Cristo glorificó al Padre revelándolo. El Espíritu no apunta a Él sino hacia el Hijo; una verdad que algunos cristianos pasan por alto cuando se centran más en los dones y las bendiciones del Espíritu Santo que en Jesucristo y su obra. El Espíritu...

No presentará un mensaje independiente, diferente del que [los discípulos] ya habían aprendido de [Cristo]. Recibirían guía para entender de Jesús aún más y para desarrollar los principios que ya se habían establecido. También recibirían iluminación de los sucesos venideros. Él destaparía la verdad a medida que los discípulos crecieran en capacidad y comprensión espiritual (Merril C. Tenney, *The Gospel of John* [El Evangelio de Juan] en Frank E. Gaebelin, ed. *The Expositor's Bible Commentary* [Comentario bíblico del expositor] [Grand Rapids: Zondervan, 1981], p. 9:158).

La gloria de Cristo se revela en las páginas de las Escrituras que el Espíritu Santo usó para moldear a los creyentes a la imagen de Jesucristo: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Co. 3:18; Ro. 8:26-30).

Si el propósito del Espíritu es glorificar a Cristo en la revelación, ¿cómo puede ser menor nuestro propósito de glorificarle en la proclamación?

Por último, el testimonio del Espíritu es el que da el testimonio último de la veracidad de las Escrituras. Aunque la unidad coherente, la precisión científica, la verificación histórica y la profecía cumplida de la Biblia la hacen única (como ya dijimos al comienzo de este capítulo), al final, solo el Espíritu Santo puede convencer a los pecadores de su inspiración divina. Por lo tanto, el Espíritu da testimonio de la veracidad de las Escrituras en los corazones de los hombres. Tal como sucede en la regeneración (Jn. 3:5-8), el Espíritu debe obrar en las vidas de las personas para que cambien sus perspectivas de la Biblia (la Palabra escrita) y de Jesucristo (la Palabra encarnada). Esa obra soberana en el corazón y la mente convencen a hombres y mujeres de que la Biblia viene de Dios, que todas sus palabras son confiables y que su mensaje sobre Cristo es, en efecto, las buenas nuevas de la salvación.

El creyente verdadero ama la Palabra de Dios (cp. Jn. 8:31-32; 14:15; 2 Ts. 2:10; 1 Jn. 5:2-3) y la cree por la obra del Espíritu (1 Co. 2:4-5, 14-16; cp. Mt. 16:16-17; Jn. 6:64-70; Ro. 8:5-8; Gá. 1:15-16). Las evidencias confirman y validan ese don divino de la confianza en las Santas Escrituras.

60 De la tristeza al gozo

Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque yo voy al Padre. Entonces se dijeron algunos de sus discípulos unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Todavía un poco y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; y, porque yo voy al Padre? Decían, pues: ¿Qué quiere decir con: Todavía un poco? No entendemos lo que habla. Jesús conoció que querían preguntarle, y les dijo: ¿Preguntáis entre vosotros acerca de esto que dije: Todavía un poco y no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis? De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo. También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo. En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. (16:16-24)

La mayoría de las personas puede soportar una prueba si pueden ver el final. La falta de esperanza es la agonía última del sufrimiento, pues “la esperanza que se demora es tormento del corazón” (Pr. 13:12). Job se lamentaba así en medio de sus pruebas: “Y mis días fueron más veloces que la lanzadera del tejedor, y fenecieron sin esperanza... ¿Dónde, pues, estará ahora mi esperanza? Y mi esperanza, ¿quién la verá?... Me arruinó por todos lados, y perezco; y ha hecho pasar mi esperanza como árbol arrancado” (Job 7:6; 17:15; 19:10). Durante un tiempo de gran agitación personal, el salmista retó a su corazón con estas palabras: “¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío” (Sal. 42:5; cp. Sal. 86:17; 119:76).

Dios “consuela [a los suyos] en todas [sus] tribulaciones” porque es

“Dios de toda consolación” (2 Co. 1:3-4; cp. Sal. 23:4; 119:50, 52; Is. 12:1; 40:1; 49:13; 51:3, 12; 61:2; 66:13; Mt. 5:4; Hch. 9:31). Dios consuela a sus hijos deprimidos (2 Co. 7:6) cuando afirma que su sufrimiento es para crecimiento espiritual y para asegurarles que su tristeza solo será temporal. Proverbios 23:18 promete: “Porque ciertamente hay fin y tu esperanza no será cortada” (cp. 24:14). Tales promesas al final señalan al cielo. Aunque esta vida pueda estar llena de pruebas, los creyentes pueden esperar con confianza el descanso eterno que les espera después de la muerte (Ap. 2:1-4; cp. He. 4:9-11). A pesar de los múltiples sufrimientos padecidos por Pablo (2 Co. 11:23-28), él expresó su perspectiva esperanzadora con estas palabras: “Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Co. 4:17; cp. 1 Ti. 4:8-10).

En el año setenta del cautiverio en Babilonia (Jer. 29:10; Dn. 9:2), Dios recordó al pueblo de Israel que su prueba terminaría un día. “Porque yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes—afirma el SEÑOR—, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza” (Jer. 29:11, NVI). En Jeremías 31:17 añadió: “Se vislumbra esperanza en tu futuro: tus hijos volverán a su patria—afirma el SEÑOR—” (NVI). Durante la cautividad, recordar la compasión de Dios le dio esperanzas a Jeremías:

*Pero algo más me viene a la memoria,
lo cual me llena de esperanza:
El gran amor del SEÑOR nunca se acaba,
y su compasión jamás se agota.
Cada mañana se renuevan sus bondades;
¡muy grande es su fidelidad!
Por tanto, digo:
“El Señor es todo lo que tengo.
¡En él esperaré!” (Lm. 3:21-24, NVI).*

Durante la encarnación de Jesucristo, Él reflejó la compasión de Dios por las personas heridas y afligidas. Mateo 15:32 dice: “Jesús, llamando a sus discípulos, dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y enviarlos en ayunas no quiero, no sea que desmayen en el camino”. “Entonces Jesús, compadecido, les tocó los ojos, y en seguida recibieron la vista; y le siguieron” (Mt. 20:34). Marcos 1:41 registra de nuevo que “Jesús,

teniendo misericordia de [un leproso], extendió la mano y le tocó, y le dijo: Quiero, sé limpio”. Más adelante en el Evangelio de Marcos, “salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas” (6:34). Lucas 7:12-15 registra la reacción compasiva del Señor a la tragedia de una viuda que acababa de perder a su único hijo:

Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad. Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores. Y acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate. Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre.

Jesús, debido a su amor perfecto hacia los discípulos (13:1), desprovisto de egoísmo (cp. Fil. 2:3-8), pasó gran parte de su última noche con los discípulos consolándoles en su tristeza (cp. 14:1, 18-19, 27; 15:11). En realidad, ellos debían haberlo consolado a Él pues enfrentaba la prueba de la cruz, ahora a solo unas pocas horas. También debían haberse alegrado con Él, pues regresaba a su lugar de gloria a la diestra del Padre (Hch. 2:32-33; 5:31; 7:55-56; Ro. 8:34; Ef. 1:20; Col. 3:1; He. 1:3; 8:1; 10:12; 12:2; 1 P. 3:22). En su lugar, como los discípulos veían los sucesos desde su perspectiva egoísta, estaban abrumados con el dolor y el sentido de pérdida inminente (cp. 16:6).

Por supuesto, debían haberlo sabido. En múltiples ocasiones Jesús les había dicho que moriría y se levantaría de nuevo (Mt. 12:39-40; 16:21; 20:19; Mr. 8:31; 9:31; Lc. 9:22; 18:33; Jn. 2:18-22). Un día, “estando ellos en Galilea, Jesús les dijo: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; mas al tercer día resucitará” (Mt. 17:22-23). De camino a Jerusalén Jesús también dijo a sus discípulos: “He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará” (Mr. 10:33-34). Aunque Jesús equilibraba completamente la noticia de que iba a morir con el hecho de que resucitaría, los discípulos no entendieron del todo qué significaba la resurrección hasta después de haber ocurrido. Entonces, aunque predijo

su resurrección en Juan 2:19, solo “cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho” (Jn. 2:22; cp. Lc. 24:8).

Aunque habían oído sus predicciones repetidas (de su muerte y resurrección), los discípulos no estaban listos cuando el momento de la Pasión de Cristo llegó de verdad. Así, cuando llegaba el final de la noche, Jesús volvió a hablar palabras de consuelo a los discípulos. Les aseguró que su tristeza sería corta, predijo que pronto los volvería a ver. Cuando reaccionaron a esa predicción con perplejidad e incomprensión, Jesús ilustró su mensaje con una parábola. Entonces Jesús cerró la sección prometiendo a los discípulos plenitud de gozo.

LA PREDICCIÓN DEL SEÑOR

Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque yo voy al Padre. (16:16)

La clave para entender esta declaración está en interpretar correctamente los dos usos de la frase *todavía un poco*. Esa frase la encontramos antes en el Evangelio de Juan y hace referencia al tiempo que quedaba hasta la partida de Jesús, ya fueran varios meses (7:33) o varios días (12:35). La primera referencia en este versículo apunta a los sucesos que ocurrían por la muerte de Cristo, que no culminaría en su ascensión. Después de un período breve, los discípulos no lo verían.

Los intérpretes no están de acuerdo en el segundo significado de **todavía un poco**, después del cual los discípulos verían de nuevo a Jesús. Algunos lo ven como una referencia a la segunda venida, una conexión de la referencia del inicio de los dolores de una madre en un parto (v. 21) con su referencia a las contracciones que precederán su regreso (Mt. 24:8). Pero las dos referencias ilustran verdades diferentes. Los dolores del nacimiento asociados con la segunda venida se refieren metafóricamente a los eventos cataclísmicos de la tribulación. Por otra parte, el Señor usó un parto en este pasaje para mostrar que el mismo suceso capaz de producir dolor, al final puede resultar en alegría. Más aún, es difícil extender la frase **todavía un poco** de pocos días o meses en sus usos anteriores a más de dos mil años que han transcurrido desde que Cristo pronunció estas palabras.

Otros creen que el segundo uso de **todavía un poco** señala los tres días entre su muerte y resurrección (quienes sostienen esta perspectiva

limitan el primer uso de **todavía un poco** a la muerte de Cristo en la cruz). Por supuesto, los discípulos estaban jubilosos y muy consolados de volver a verlo vivo. Pero el Señor estuvo con ellos solamente cuarenta días (Hch. 1:3) después de su resurrección, antes de dejarlos en su ascensión. De acuerdo con esta perspectiva, el dolor de los discípulos se tornaría en alegría y luego otra vez en dolor al ver a Jesús irse de nuevo. Difícilmente es esa la alegría permanente que Jesús les prometió (v. 22).

Parece más preciso ver esta promesa del Señor como una referencia a la venida de su Espíritu en el día de Pentecostés (cp. 14:16-17, 26; 15:26; 16:7, 13). Después de lograr la obra de redención y de haber ascendido al cielo, Jesús envió su Espíritu para que estuviera con los discípulos (cp. 15:26 y la exposición de 16:5-7 en el capítulo 58 de esta obra). Cristo vino a ellos mediante el ministerio del Espíritu Santo, quien es el “Espíritu de Cristo” (Ro. 8:9; cp. Gá. 4:6; Fil. 1:19; 1 P. 1:11) y revela a Cristo (Jn. 16:13-15). La presencia del Señor con su pueblo por medio del Espíritu es permanente, como lo indica su promesa: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días” (Mt. 28:20). El envío del Espíritu Santo ocurriría después de que Cristo hubiera ascendido a la diestra del Padre; fue, dijo Él, “porque [Él iba] al Padre” (v. 17). Esto argumenta a favor de esta perspectiva.

LA PERPLEJIDAD DE LOS DISCÍPULOS

Entonces se dijeron algunos de sus discípulos unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Todavía un poco y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; y, porque yo voy al Padre? Decían, pues: ¿Qué quiere decir con: Todavía un poco? No entendemos lo que habla. Jesús conoció que querían preguntarle, y les dijo: ¿Preguntáis entre vosotros acerca de esto que dije: Todavía un poco y no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis? (16:17-19)

Los discípulos no se habían hecho esta pregunta desde la de Judas en 14:22; pero la declaración enigmática de Jesús en el versículo 16 los sacó de su letargo. Sin querer preguntarle directamente (cp. Mr. 9:31-32), tal vez porque acababa de decirles “tengo muchas cosas que decirlos, pero ahora no las podéis sobrellevar” (v. 12), **se dijeron algunos de sus discípulos unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Todavía un poco y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; y, porque yo voy al Padre?... ¿Qué quiere decir con: Todavía un poco? No entendemos**

lo que habla. Ellos habían tenido un momento difícil entendiendo que Jesús estaba a punto de morir (véase la exposición de 16:12 en el capítulo 59 de esta obra). Sus palabras (“**Todavía un poco y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis**”) los dejó completamente desconcertados. La declaración del Señor “**Porque yo voy al Padre**” parecía contradictoria e incrementó la confusión en ellos (cp. vv. 5, 10, 7:33; 14:12, 28). Frederic Louis Godet, comentarista suizo del siglo XIX, resumió bien la perplejidad de los discípulos: “Donde es claro para todos nosotros, para todos ellos era misterioso. Si Jesús desea fundar el reino mesiánico, ¿por qué se va? Si no lo desea, ¿por qué regresa?” (*Commentary on John’s Gospel* [Reimpresión: Grand Rapids: Kregel, 1978], p. 875).

Con su visión omnisciente de los corazones de los hombres (cp. 1:47-48; 2:24-25; 4:17-18; 6:64; 21:17; Mt. 12:25; Lc. 5:22; 6:8), **Jesús conoció que los discípulos querían preguntarle.** Buscando aliviar su ignorancia y de consolarlos en su dolor, Jesús **les dijo: ¿Preguntáis entre vosotros acerca de esto que dije: Todavía un poco y no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis?** El Señor tomó la iniciativa y consoló a los discípulos respondiendo sus preguntas no formuladas. Su acción recuerda las palabras de Dios por medio del profeta Isaías: “Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído” (Is. 65:24).

LA PARÁBOLA ILUSTRATIVA

De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo. También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo. (16:20-22)

La frase solemne *amēn, amēn* (“**De cierto, de cierto**”) subraya la importancia de lo que el Señor estaba a punto de decir a los discípulos (cp. v. 23; 1:51; 3:3, 5, 11; 5:19, 24-25; 6:26, 32, 47, 53; 8:34, 51, 58; 10:1, 7; 12:24; 13:16, 20-21, 38; 14:12; 21:18). Los seguidores de Jesús pronto llorarían y lamentarían su muerte (cp. 20:11; Lc. 24:17-21); pero **el mundo**, los líderes judíos y la nación apóstata que se habían opuesto

tan fuertemente a Él se alegrarían.

Pero la alegría de los enemigos de Cristo con su muerte sería corta. Los líderes judíos habían prometido con tono de burla creer en Jesús si Él descendía de la cruz (Mt. 27:42). Pero cuando hizo el milagro más grande de levantarse de los muertos, se negaron a creer. En su lugar, tramaron a las carreras un ardid para encubrir la resurrección, sobornando soldados y esparciendo la mentira de que el cuerpo de Jesús lo habían robado mientras dormían (Mt. 28:11-15). Entonces los líderes judíos intentaron desesperada, pero inútilmente, suprimir la predicación de los apóstoles sobre la resurrección (Hch. 4:1-21; 5:17-18, 27-42).

Mientras la alegría del mundo por la muerte de Cristo se volvería consternación, la situación de los discípulos sería completamente opuesta. Jesús les aseguró: **“Vuestra tristeza se convertirá en gozo”**. El Señor no estaba diciendo que el suceso que producía la tristeza sería remplazado por uno cuyo resultado fuera gozo; más bien, el mismo suceso (la cruz) que les producía dolor sería la causa de su gozo. Las tinieblas oscuras de la tristeza y el dolor arrojadas por la cruz huirían ante la luz brillante y gloriosa de la resurrección y la venida del Espíritu en el día de Pentecostés (Hch. 2:4-47). Esa luz llevaría también a los discípulos a ver la cruz desde la perspectiva apropiada, haciéndola la fuente inagotable de gozo para ellos (cp. v. 22; Hch. 13:52). Como dijo Pablo con alegría: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gá. 6:14). La cruz es fundamental para la alegría cristiana porque es la base de la redención.

Un ejemplo vívido de un suceso que causa dolor al comienzo, pero después trae alegría es el parto. El hecho de que **la mujer cuando da a luz, tiene dolor** se deriva de la maldición divina en el Edén sobre Eva después de la caída. Génesis 3:16 registra: “A la mujer dijo [Dios]: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos” (cp. Sal. 48:6; Is. 13:8; 21:3; 26:17; Jer. 4:31; 6:24; 22:23; 49:24; 50:43 Mi. 4:9-10; 1 Ts. 5:3). Sin embargo, **después de que la mujer ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia** por la cual pasó. La **angustia** intensa y el sufrimiento del parto se desvanecen frente a la alegría **de que haya nacido un hombre en el mundo**.

En el mismo sentido, aunque los discípulos tendrían **tristeza** a corto plazo, podrían consolarse en la promesa del Señor: **“Os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón”** En los versículos 16 y 19 Jesús dijo que los discípulos lo verían; aquí les dijo que Él los vería. Su conocimiento de los

creyentes es más importante y fundamental para que ellos lo conozcan a Él. Pablo escribió: “Conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios” (Gá. 4:9). La realidad según la cual **nadie** les **quitará** su **gozo** muestra que, más allá de ver a Jesús después de la resurrección, se está considerando algo más, pues verlo sólo duró cuarenta días. La referencia del Señor, como ya se dijo antes, es a la venida del Espíritu en el día de Pentecostés para habitar en ellos. La alegría de los discípulos, producida por el Espíritu (Gá. 5:22; cp. Ro. 14:17; 1 Ts. 1:6), sería permanente. Nada puede deshacer las obras de la gracia en las vidas de los creyentes, realizadas mediante el poder de la cruz.

LA PROMESA BENDITA

En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. (16:23-24)

El **día** en que los discípulos vean al Señor de nuevo (v. 23) y su tristeza se vuelva en gozo, **no** preguntarán **nada**. Eso sugiere aún más que el **día** no puede ser la resurrección (véase la explicación anterior del v. 16). Sin duda, los discípulos hicieron muchas preguntas durante los cuarenta días entre la resurrección y la ascensión, días en los cuales el Señor estuvo “hablándoles acerca del reino de Dios” (Hch. 1:3; una de las preguntas la encontramos en el v. 6). Pero después de la venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, no volverían a preguntar a Jesús.

Obviamente, Jesús, habiendo ascendido al cielo, no estaría presente para que le preguntaran. Pero, algo más importante, los discípulos tendrían al Espíritu Santo en ellos como residente y maestro de la verdad. Jesús acababa de decirles: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir” (v. 13; cp. 14:26). Juan escribió en su primera epístola:

Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas... Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado,

permaneced en él (1 Jn. 2:20, 27).

A la larga, los discípulos entenderían por qué debió morir Jesús (cp. Lc. 9:44-45): la relación de Cristo con el Padre se haría clara (cp. Jn. 14:8-9) y ellos se darían cuenta de que era para su provecho que Él se fuera y enviara al Espíritu (Jn. 16:7). Toda esta clarificación de la cruz y la resurrección por parte del Espíritu Santo está contenida en el resto del Nuevo Testamento inspirado.

La frase *de cierto, de cierto* presenta otra verdad importante (véase la explicación anterior del v. 20); a saber, **que todo cuanto** los discípulos pidieran **al Padre en el nombre** de Cristo, el Padre se lo daría. Es la tercera vez en la noche que el Señor declara tal verdad (cp. 14:13; 15:16), lo cual subraya su importancia inmensa. Como se anotó en la exposición de 14:13-14 en el capítulo 50 de esta obra, orar en el nombre de Jesús no es usar su nombre como fórmula, cual ritual clavado al final de la oración para asegurar su éxito. Más bien, es orar por lo que es conforme con Cristo y su voluntad, afirmar la dependencia total de Él para suplir todas las necesidades, con la meta de glorificarlo en la respuesta. Tal oración era nueva para los discípulos, quienes **hasta** ese momento no habían **pedido nada en el nombre** de Jesús. O lo habían pedido a Jesús directamente o habían orado al Padre. Pero ahora Jesús los urgía (“**Pedid, y recibiréis**”) y luego añadió la promesa bendita: “**Para que vuestro gozo sea cumplido**”. La oración respondida, con base en la obra terminada de Jesucristo y el surgimiento de la vida obediente (15:10-11), es una fuerza poderosa para convertir la tristeza en gozo.

Aun frente a sus sufrimientos inimaginables, Jesús contrarrestó compasivamente la ansiedad de sus discípulos con consuelo y esperanza. Les prometió que el dolor del momento daría como resultado su alegría profunda y les aseguró que, aun cuando Él se iba, lo volverían a ver pronto en la llegada del Espíritu Santo. Aunque en poco tiempo Él ascendería al Padre, estaría con ellos “**todos los días, hasta el fin del mundo**” (Mt. 28:20).

61 Tres virtudes cristianas fundamentales

Estas cosas os he hablado en alegorías; la hora viene cuando ya no os hablaré por alegorías, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre. En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. Le dijeron sus discípulos: He aquí ahora hablas claramente, y ninguna alegoría dices. Ahora entendemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte; por esto creemos que has salido de Dios. Jesús les respondió: ¿Ahora creéis? He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo. (16:25-33)

La palabra de Dios es verdadera y está libre de errores, es absolutamente correcta en todos sus mandamientos y precisa en sus descripciones (Sal. 119:42; Jn. 17:17), porque Dios es veraz (Jn. 3:33; Éx. 34:6; 2 S. 7:28) y no puede mentir. No solo es verdadera cuando habla de asuntos morales o espirituales, también cuando lo hace en temas de ciencia e historia. El Dios Creador de este universo (Gn. 1:1; Hch. 17:24-25) y quien orquestó la historia humana para sus propósitos (Is. 46:10; Hch. 17:26) es el mismo Dios que se ha revelado en las Escrituras. Por lo tanto, hay un campo de conocimiento unificado entre la revelación general del Dios Creador, encontrada en el mundo natural (cp. Sal. 19:1-6), y la revelación de su plan de salvación y juicio, encontrada en la Biblia (cp. Sal. 19:7-10). La Palabra revela la perfección de Dios y lleva su autoridad (es decir, la verdad revelada en ella es absoluta) porque Dios es su autor.

Pero el posmodernismo rechaza dicho concepto. Uno de los legados del racionalismo, resultado de los filósofos de la Ilustración, ha sido la división artificial del reino de la verdad en dos esferas completamente separadas. Por un lado, el mundo de los hechos, del conocimiento público, objetivo, que abarca todo lo verificable racionalmente. Por otro

lado, el reino de los valores; considerado por el posmodernismo como el de los asuntos privados, subjetivos, de preferencia personal, no necesariamente racional ni verificable. El primer reino comprende la ciencia, la historia y la razón humana autónoma. La religión, la moralidad, y las artes están relegadas al reino de los valores privados; no se ven como más que preferencias condicionadas por la cultura, sin derecho a considerarse objetivas o universalmente vinculante.

La perspectiva dividida de la verdad ha creado una esquizofrenia intelectual profunda en el hombre moderno. El naturalismo científico le dice no ser más sofisticado que una máquina bioquímica cuya mente no es sino “una computadora de tres libras hecha de carne”, según afirmó un científico. Pero esa noción no tiene resonancia en la mente humana, pues los hombres están hechos a la imagen de Dios y no pueden vivir de modo consecuente con esa perspectiva mecanicista y materialista de sí mismos. No pueden dejar de comportarse como si las personas tuvieran valor, dignidad, libertad para tomar decisiones; aunque esas creencias contradigan su cosmovisión naturalista. Nancy Pearcey lo explica así:

El dilema posmoderno se puede resumir diciendo que la ética depende de la *realidad* de algo que la ciencia materialista ha declarado *irreal*... Esta es la tragedia de la era posmoderna: Las cosas que más importan en la vida—la libertad, la dignidad, el significado y la importancia—se han reducido a simples ficciones útiles. Pensamiento deseable. Misticismo irreal (*Total Truth* [Wheaton: Crossway, 2005], pp. 107, 110. Cursivas en el original).

La consecuencia de todo esto es un mundo inhóspito de desesperanza y desespero. Las personas anhelan la importancia, el significado y el propósito en sus vidas que su cosmovisión no les puede ofrecer. Como resultado, se apoyan en “saltos de fe” irracionales, en búsqueda desesperada de alguna experiencia, sentimiento, intuición o idea en qué creer y por la cual vivir, para obtener esperanza y significado. Pero todo lo que logran es cavar para sí “cisternas rotas que no retienen agua” (Jer. 2:13). Los placeres del mundo que buscan infatigablemente no los pueden satisfacer (cp. Ec. 2:1-26). La esperanza real, la experiencia de amor auténtico y el sentido verdadero de propósito en la vida viene solo de creer en “el glorioso evangelio del Dios bendito” (1 Ti. 1:11).

Entonces la fe, la esperanza y el amor son centrales a la fe cristiana.

Dicha tríada de virtudes cristianas (1 Co. 13:13; 1 Ts. 1:3; 5:8) subyace en las palabras finales del Señor Jesucristo en su último momento de enseñanza a los discípulos. Al continuar dando consuelo a los discípulos, les recordó el amor del Padre por ellos, reforzó su fe decaída y les dio esperanza de la victoria final sobre las pruebas y tribulaciones que enfrentarían.

AMOR

Estas cosas os he hablado en alegorías; la hora viene cuando ya no os hablaré por alegorías, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre. En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, (16:25-27a)

Era usual que los discípulos no entendieran lo que Jesús les decía. Varias ilustraciones lo dejan claro. En una ocasión, después de que Él le dijo “No lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre” (Mt. 15:11), Pedro, hablando por el resto le dijo: “Explicanos esta parábola” (v. 15). Eso propició una reprensión del Señor: “¿También vosotros sois aún sin entendimiento?”. Mateo 16 nos da otro ejemplo en el cual no le entendieron. En aquella ocasión sus discípulos pasaron al otro lado del lago, pero se les olvidó llevar pan, un descuido que les hizo entender mal una advertencia del Señor: “Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos” (vv. 5-6). Sin entender nada, “pensaban dentro de sí, diciendo: Esto dice porque no trajimos pan” (v. 7). Jesús, reprendiéndolos por su torpeza, les dijo:

¿Por qué pensáis dentro de vosotros, hombres de poca fe, que no tenéis pan? ¿No entendéis aún, ni os acordáis de los cinco panes entre cinco mil hombres, y cuántas cestas recogisteis? ¿Ni de los siete panes entre cuatro mil, y cuántas canastas recogisteis? ¿Cómo es que no entendéis que no fue por el pan que os dije que os guardaseis de la levadura de los fariseos y de los saduceos? (vv. 8-11).

Solo entonces “entendieron que no les había dicho que se guardasen de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos” (v.

12).

En otra ocasión: “Descendiendo ellos del monte, les mandó que a nadie dijese lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado de los muertos. Y guardaron la palabra entre sí, discutiendo qué sería aquello de resucitar de los muertos” (Mr. 9:9-10) Hablando de su muerte inminente, dijo Jesús a sus discípulos: “El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día” (Mr. 9:31). Pero, como era usual, “ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle” (v. 32).

En el Evangelio de Juan hay otra ocasión en la cual los discípulos no captaron la importancia de una declaración del Señor. Él dijo: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré” (Jn. 2:19). Solo “cuando [Jesús] resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho” (v. 22). Además, no captaron el significado de la entrada triunfal, “pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho” (Jn. 12:16). Momentos antes, en esa misma noche, los discípulos quedaron desconcertados por las declaraciones de Jesús: “Todavía un poco y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; y, porque yo voy al Padre”. Luego ellos decían: “¿Qué quiere decir con: Todavía un poco? No entendemos lo que habla” (16:17-18).

En algunas ocasiones la falta inicial de entendimiento en los discípulos se debió al hecho de que el Señor les había **hablado en alegorías**. *Paroimia* (“**alegorías**”) se refiere a dichos o declaraciones veladas, puntuales, enigmáticas y crípticas, cuyo significado no es entendible inmediatamente, pero debe procurarse. El propósito de tales dichos era encubrir la verdad, con misericordia pero con juicio (cp. Lc. 12:47-48), a los incrédulos, quienes son ciegos espiritualmente como resultado de su propia incredulidad y rebelión (cp. Mt. 15:14; 23:16-26; Jn. 9:39-41; Ef. 2:1-3). Cuando los discípulos le preguntaron “¿Por qué les hablas por parábolas?” (Mt. 13:10), Jesús respondió:

Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo:

De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane (vv. 11-15; cp. vv. 34-35).

Como ya se dijo, ni siquiera los discípulos entendieron muchas de las enseñanzas de Jesús antes de que Él las explicara (cp. Mt. 13:36-43). Solo después de la muerte de Cristo y la venida del Espíritu, esas cosas difíciles de entender para los discípulos se hicieron claras. Realmente entendieron el ministerio y la enseñanza de Jesús mejor que cuando Él estaba con ellos. En su ministerio, posterior a Pentecostés y con el poder del Espíritu, desarrollaron las enseñanzas de Cristo y expusieron las ricas verdades sobre su vida y obra.

Entonces Jesús les prometió que venía **la hora cuando no** les hablaría **por alegorías**. Antes de la cruz, los discípulos no podían entender la importancia profunda de la obra redentora del Hijo. Tampoco entendían la profundidad del amor del Padre, expresado en el envío de su Hijo a morir en sacrificio por el pecado (véase la explicación de 16:12 en el capítulo 59 de esta obra). Mas en aquella **hora** futura (la venida del Espíritu en Pentecostés), se levantaría el velo y Jesús les anunciaría **claramente acerca del Padre**. Los discípulos entenderían mejor la relación completa de Jesús con el Padre (cp. Mt. 11:27; Jn. 1:1-2, 18; 3:35; 5:17-20, 36-37, 43; 6:27, 46, 57; 8:16-19, 28, 38, 42, 54; 10:15, 17-18, 25, 30, 38; 12:49-50; 13:1; 14:6-12, 20, 28, 31; 15:9-10, 15; 16:15; 17:5, 21, 24-25; 20:21) y el amor del Padre por ellos (cp. Jn. 14:21, 23; 16:27; Ro. 5:8; 8:15; Gá. 4:6; He. 1:1-3; 1 Jn. 3:1; 4:10).

Jesús prometió: “**En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado**”. Tal declaración aclara qué significa orar en el **nombre** de Jesús (véase la explicación de 14:13-14; 15:16 y 16:23-24 en capítulos anteriores de esta obra). No quiere decir que los creyentes le pidan a Jesús que ruegue **al Padre** por ellos, como si el Padre fuese indiferente a sus solicitudes. Si ese fuera todo el significado de orar en el nombre de Jesús, sería un privilegio inestimable. Pero el privilegio completo de los creyentes es pedir directamente al Padre aquello consecuente con la voluntad del Hijo. Ellos tienen ese privilegio porque **el Padre mismo** los ama, porque han **amado** a Cristo; amor

demostrado por su obediencia a Él (Jn. 3:36; 14:21, 23; He. 5:9; Stg. 2:14-26; 1 P. 1:1-2. Para una explicación completa de la relación entre la obediencia y la fe salvadora, véanse mis libros *El evangelio según Jesucristo* [El Paso: Mundo Hispano, 2005] y *The Gospel According to the Apostles* [El evangelio según los apóstoles] [Nashville: Thomas Nelson, 1993, 2000]).

Una de las falsedades horribles del catolicismo romano es que Dios es indiferente y duro, Jesús está comprometido con la justicia, pero María es compasiva, al igual que los santos menores. Así, es mejor apelar a ellos. Tal cosa es mentira, pues los creyentes tienen acceso directo a su Padre, quien los ama porque están en Jesucristo (1 Jn. 4:10, 19) y los ama con amor perfecto (Jn. 13:1). De acuerdo con Pablo, “en Cristo Jesús nuestro Señor, en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él..., por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Ef. 3:11-12; 2:18). El escritor de Hebreos exhortó así a sus lectores:

Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (He. 4:14-16).

Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura (He. 10:19-22).

La rasgadura del velo frente al lugar santísimo (Mt. 27:51) simbolizaba que el camino a la presencia de Dios se había abierto por la muerte de Cristo.

La doctrina bíblica del sacerdocio de todos los creyentes (1 P. 2:9; Ap. 1:6) elimina la necesidad de intermediarios—como María, los santos

o los sacerdotes humanos—para obtener acceso al Padre. Martín Lutero, el gran reformador, asaltó la falsedad romana cuando escribió: “En 1 Pedro 2:9 dice: ‘Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa’. Se sigue que todos los cristianos también son sacerdotes” (“The Pagan Servitude of the Church” [La servidumbre pagana de la Iglesia], en John Dillenberger, *Martin Luther: Selections from His Writings* [Martín Lutero: Selecciones de sus escritos] [Garden City: Anchor, 1961], p. 345). Sin embargo, el acceso sacerdotal directo de los cristianos ante el Padre no obvia la necesidad de la intercesión de Cristo a favor de ellos como su gran sumo sacerdote (Is. 53:12; Ro. 8:34; He. 7:25; cp. 1 Jn. 2:1-2).

Como ya se indicó, el motivo por el cual el Padre permite el acceso de los creyentes a Él es que los **ama**. *Ama* traduce una forma del verbo *phileō*, que es el amor del afecto profundo y bondadoso. Es el amor de la emoción, consecuente con *agapaō*, el amor de la voluntad. *Phileō* describe el amor de los padres por los hijos y de los hijos por los padres (Mt. 10:37) y el amor entre amigos (Jn. 11:3, 36). Dios ama (*agapaō*) a los pecadores (Jn. 3:16), pero expresa afecto especial, paternal (*phileō*) por sus hijos; tanto que envió a su Hijo a morir en sacrificio por sus pecados (Ro. 5:8; 1 Jn. 4:9-10). Por eso, pueden entrar con audacia y sin temor a su presencia, con completa confianza, como hijos a quienes Él cuida profundamente (cp. Ro. 8:15; Gá. 4:6).

FE

y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. Le dijeron sus discípulos: He aquí ahora hablas claramente, y ninguna alegoría dices. Ahora entendemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte; por esto creemos que has salido de Dios. Jesús les respondió: ¿Ahora creéis? He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo. (16:27b-32)

A pesar del escepticismo o pesimismo que las personas puedan tener sobre la verdad final, todas las personas ejercitan una gran medida de fe humana en los asuntos mundanos de la vida diaria. Las personas confían en que la comida, el agua y los medicamentos que consumen serán

seguros; que los aviones en los cuales vuelan no se estrellarán durante el vuelo, no aterrizarán en una ciudad errónea y que las casas en las que viven no se derrumbarán de un momento a otro. En niveles más altos, las personas creen en el amor, en sí mismas, en el dinero o incluso en alguna forma de poder superior nebuloso. La declaración ambigua de Oliver Wendell Holmes es el credo endeble de muchas personas, si no la mayoría, en esta cultura: “Es la fe en algo y el entusiasmo por algo que hace la vida digna de vivirse”.

Pero en contraste con tal fatuidad sin rumbo y sin contentamiento, la fe de los creyentes está firmemente arraigada en el amor de Dios, manifestado en Jesucristo y registrado en las Escrituras. Las palabras del Señor expresan las doctrinas centrales de la fe cristiana: “**Salí del Padre, y he venido al mundo**”. Haber salido **del Padre** (cp. Mt. 10:40; Mr. 9:37; Jn. 4:34; 5:24, 30; 6:38, 39, 44; 7:29, 33; 8:26, 29; 9:4; 12:44; 13:20; 16:5; 17:18, 21, 23) afirma la deidad de Cristo (Jn. 1:1, 14) y sin aferrarse a esa doctrina, nadie se puede salvar. (Para una defensa de la deidad de Cristo, véanse los caps. 1 y 15 de esta obra). Jesús advirtió así a quienes lo rechazaban: “Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy [es decir, Yahveh en el Antiguo Testamento; cp. Éx. 3:14], en vuestros pecados moriréis” (Jn. 8:24). Rechazar la verdad bíblica de que Jesucristo es Dios en carne humana es creer otro evangelio falso y maldito (Gá. 1:6-9). Es estar engañados por Satanás y “de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo” (2 Co. 11:3) y creer “a otro Jesús” de quien los apóstoles no predicaban (v. 4). Juan escribió en su primera epístola:

¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre... y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios (1 Jn. 2:22-23; 4:3).

En su segunda epístola añadió: “Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo” (2 Jn. 7). La Iglesia no debe acoger a quienes propagan tal enseñanza herética:

Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de

Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras (vv. 9-11).

En contraste con los discípulos, las autoridades judías se negaron con vehemencia a creer que el Padre envió a Jesús (cp. Jn. 8:14; 9:29) y quedaron bajo el juicio de Dios.

La razón por la cual vino Cristo **al mundo** fue para llevar a cabo la redención. Antes de su nacimiento, el ángel dijo a José, su padre terrenal: “[María] dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21). El Señor definió su misión cuando dijo: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10) y “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mt. 20:28). Pocos días antes de la entrada triunfal, Jesús había dicho: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora... Porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo” (Jn. 12:27, 47).

El resto del Nuevo Testamento reitera que Cristo vino a redimir a los pecadores perdidos. Juan escribió: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él... Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo” (1 Jn. 4:9, 14). Pablo afirmó: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Ti. 1:15). A los gálatas escribió: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijo” (Gá. 4:4-5).

La siguiente declaración del Señor completa el resumen conciso notable del evangelio en el versículo 28: “**Otra vez dejo el mundo, y voy al Padre**”. Jesús, Dios Hijo, fue enviado al mundo por el Padre para alcanzar la obra de redención y, habiéndolo logrado, regresó a su lugar de gloria completa con el Padre. Jesús anhelaba regresar al Padre y solía hablar de ello (p. ej., Jn. 7:33; 14:12, 28; 16:5, 10; 17:11, 13; cp. 13:3).

La respuesta de los **discípulos** sugiere que por fin habían comenzado a entender: “**He aquí ahora hablas claramente, y ninguna alegoría**

dices". El plan de redención estaba quedando claro; el tiempo en que el Señor les hablaría **claramente** (véase la explicación anterior sobre el v. 25) se acercaba. Ya les había hablado Jesús de su origen, su misión, su regreso al Padre, el amor del Padre por ellos y el acceso de ellos a Él. Lo había hecho directamente, sin **ninguna alegoría**. La aseveración confiada de ellos es mucho más que una afirmación de su aprecio por la enseñanza del Señor: "**Ahora entendemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte; por esto creemos que has salido de Dios**". No es menos que una afirmación completa de la omnisciencia de Cristo, luego de su deidad. Representa el ápice del reconocimiento de los discípulos a Jesús como miembro de la Divinidad.

Aun así, la noción audaz de los discípulos de tener todas las preguntas respondidas fue prematura, pues la revelación completa de Cristo y su obra esperaba la venida del Espíritu en Pentecostés. Juan Calvino escribe: "Ciertamente, los discípulos aún no entendían del todo lo que Cristo decía; pero aunque aún no eran capaces de ello, la sola fragancia los renovaba" (*John* [Juan], *The Crossway Classic Commentaries* [Comentarios clásicos Crossway] [Wheaton: Crossway, 1994], p. 386). William Hendriksen añade:

La luz está brillando ahora con fuerza, tal vez con más fuerza que en cualquier momento anterior. En pocas horas se oscurecería de nuevo, Sin embargo la confesión que se hace aquí permanecerá en la esfera del subconsciente, hasta que poco a poco, cuando el Señor se levante en triunfo de la tumba y (un poco después) derrame su Espíritu, produzca el fruto de calma y firme determinación, y este fruto permanecerá para siempre (*New Testament Commentary: The Gospel Of John*, vol. 2 [Comentario del Nuevo Testamento: El Evangelio de Juan, vol. 2] [Grand Rapids: Baker, 1954], p. 340).

Conociendo sus corazones, **Jesús les respondió: "¿Ahora creéis?"**. La pregunta dolorosa del Señor subrayaba que, aunque la fe de los discípulos era auténtica (cp. 17:8), aún era inmadura. La realidad triste es que en unas pocas horas lo abandonarían y serían **esparcidos cada uno por su lado**, y dejarían a Jesús **solo** (Mt. 26:56; cp. v. 31; Zac. 13:7). Pero después de la venida del Espíritu, los discípulos proclamarían la verdad sobre Jesucristo (p. ej., Hch. 2:22-36; 3:12-26) a pesar de la oposición encarnizada (p. ej., Hch. 4:1-21; 5:17-40).

Aunque los discípulos lo dejarían **solo**, Jesús **no** estaría **solo**, **porque el Padre** estaba con Él (cp. 8:29); excepto cuando cargó con el pecado en la cruz. El hecho de que “al que no conoció pecado, [el Padre] por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21) llevó a Cristo a exclamar: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46). En ese momento, “el SEÑOR quiso quebrantarlo” porque “Él ofreció su vida en expiación” (Is. 53:10, NVI). Así, justificó a muchos porque pagó la pena por sus iniquidades (v. 11) “habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores” (v. 12).

ESPERANZA

Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo. (16:33)

Entender el amor de Dios y depositar la fe en Él—las cosas que Cristo había **hablado** a los discípulos—trae **paz** a pesar de la hostilidad del **mundo** y la **aflicción** constante que infringe. El Señor les dijo estas palabras solo una noche después de haberles dicho cuánta aflicción habría en el mundo antes de su regreso:

Él entonces dijo: Mirad que no seáis engañados; porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y: El tiempo está cerca. Mas no vayáis en pos de ellos. Y cuando oigáis de guerras y de sediciones, no os alarméis; porque es necesario que estas cosas acontezcan primero; pero el fin no será inmediatamente. Entonces les dijo: Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos, y en diferentes lugares hambres y pestilencias; y habrá terror y grandes señales del cielo. Pero antes de todas estas cosas os echarán mano, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y ante gobernadores por causa de mi nombre. Y esto os será ocasión para dar testimonio. Proponed en vuestros corazones no pensar antes cómo habéis de responder en vuestra defensa; porque yo os daré palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan. Mas seréis entregados aun por vuestros padres, y

hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros; y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas. Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado. Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que estén en medio de ella, váyanse; y los que estén en los campos, no entren en ella. Porque estos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. Mas ¡ay de las que estén encinta, y de las que críen en aquellos días! porque habrá gran calamidad en la tierra, e ira sobre este pueblo. Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan (Lc. 21:8-24).

Aun así, en medio de todo esto, los creyentes disfrutarán de la **paz** divina. Esta es una razón más que suficiente para confiar y tener esperanza. La esperanza del creyente está en el Señor (Sal. 31:24; 38:15; 39:7; 42:5, 11; 43:5; 62:5; 71:5; 130:7; 146:5; Lm. 3:24; 1 Ti. 1:1), en su Palabra (Sal. 119:49; 130:5; Ro. 15:4), en la salvación que proporciona (Sal. 119:166; Ef. 1:18; 4:4; Tit. 1:2) y en la gloria eterna que les espera en el cielo (Col. 1:5, 27; 1 Ts. 5:8). Tal esperanza es posible porque Jesucristo ha **vencido al mundo** y conquistado el pecado (Jn. 1:29; He. 1:3; 9:26, 28; 1 P. 2:24; 1 Jn. 3:5; Ap. 1:5), la muerte (Jn. 14:19; 1 Co. 15:26; 54-55; 2 Ti. 1:10) y a Satanás (Gn. 3:15; Col. 2:15; He. 2:14; 1 Jn. 3:8). En él, los cristianos también son vencedores (Ro. 8:37; 1 Jn. 4:4; 5:4-5; Ap. 2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21; 21:7) para los cuales el Señor hace que todas las cosas obren a bien (Ro. 8:28).

Después de la resurrección y de la venida del Espíritu en el día de Pentecostés, los discípulos quedarían radicalmente transformados de hombres temerosos en hombres valerosos. Aunque abandonaron a Jesús en la noche de su arresto, en menos de dos meses se pararían con audacia frente a los líderes judíos. En Hechos 2, los doce (con Matías reemplazando a Judas Iscariote) “fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (v. 4). Precisamente Pedro, quien había negado a Cristo en tres ocasiones (Mr. 14:66-72), “poniéndose en pie con los once, alzó la voz y... habló” a las multitudes de Jerusalén que debían arrepentirse (v. 14;

cp. v. 42). Poco después, Juan y él sanaron a un hombre cojo en el templo (Hch. 3:6) y allí predicaron con audacia el evangelio (vv. 11-26). Los arrestaron rápidamente y los llevaron ante el sanedrín. Pero en lugar de acobardarse, proclamaron con valentía la verdad a los mismos líderes judíos que habían crucificado a Jesús. Pedro declaró de Cristo: “En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12). Al notar su confianza, los líderes judíos quedaron atónitos: “Entonces viendo el denuedo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús” (v. 13).

Esa misma confianza y audacia sobrenatural se refleja en los ejemplos de Esteban (Hch. 7:54-60), Felipe (8:5, 26-30), Ananías (9:10-19), Bernabé (13:46), Silas (16:25), Apolos (18:25-26) y Pablo (26:19-21). Llenos del Espíritu y marcados por la convicción personal, estos hombres ya no estaban intimidados por las amenazas del mundo. En su lugar, proclamaban con valentía la verdad del evangelio y se alegraban cuando los perseguían (cp. 5:41), confiaban en la promesa que “mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Jn. 4:4).

La paz y la esperanza que los caracterizaba es la misma que caracteriza a los verdaderos creyentes de todas las épocas. Al tener la seguridad de lo que creían y esperaban, y convencidos de lo que no se veía (He. 11:1), dice Hebreos de los santos de antiguo: “Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra” (vv. 37-38). Los creyentes de hoy pueden encontrar la misma confianza y convicción cuando la “fe y esperanza sean en Dios” (1 P. 1:21). No necesitan temer a la persecución ni a la muerte porque conocen al “Dios de esperanza” (Ro. 15:13) y a Jesucristo, “la esperanza de gloria” (Col. 1:27; cp. 1 Ti. 1:1). Habiendo confiado en la muerte y resurrección de Cristo, estaban seguros eternamente en su amor: “Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada [los] podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:38-39).

Es importante que las últimas palabras de Jesús a sus discípulos en el aposento alto, antes de orar por ellos y partir para Getsemaní, fueron

palabras de amor, fe y esperanza. Frente a la mayor prueba que afrontarían en pocos días, el Señor les recordó esas tres verdades fundamentales; verdades que marcarían sus ministerios en lo sucesivo, por el resto de sus vidas, y marcarían también a los santos posteriores. Habiendo hecho todo lo posible para prepararlos para lo que estaba a punto de ocurrir, Jesús ahora pasó a orar a su Padre, sabiendo que solo Él podía proteger a los discípulos en las horas siguientes.

62 La verdadera oración del Señor

Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti. (17:1)

Thomas Watson, puritano inglés del siglo xvii, escribió: “Un hombre piadoso no puede vivir sin la oración. Un hombre no puede vivir a menos que respire; ni el alma puede vivir a menos que respire sus deseos ante Dios” (*The Godly Man’s Picture* [Retrato del hombre piadoso] [Reimpresión; Edimburgo: Banner of Truth, 1992], p. 88). La oración expresa el anhelo del corazón ante Dios (Sal. 42:1-2; 63:1; 143:6); es el lamento (Sal. 34:15, 17; 86:3) del pueblo de Dios ante su Padre celestial (Mt. 6:6, 9; 7:11), misericordioso y compasivo (Éx. 34:6; 2 Cr. 30:9; Neh. 9:17; Sal. 103:8).

La Biblia ordena la oración (p. ej., Jer. 33:3; Mt. 6:5-13; Lc. 6:28; 18:1; Ro. 12:12; Ef. 6:18; Fil. 4:6; Col. 4:2; 1 Ts. 5:17; 1 Ti. 2:1, 8; 1 P. 4:7; Jud. 20) y contiene ejemplos de oraciones de personas piadosas.

En el Antiguo Testamento Abraham oró por su hijo Ismael (Gn. 17:18), por Abimelec (Gn. 20:17) y para que Dios perdonara a Sodoma (Gn. 18:23-32). El siervo de Abraham oró pidiendo guía para encontrar a la esposa de Isaac (Gn. 24:12-14). Cuando Rebeca era estéril, Isaac oró para que el Señor la hiciera fecunda (Gn. 25:21). Jacob oró para que Dios lo protegiera de Esaú (Gn. 39:9-12). Moisés oró para que Dios perdonara al Israel rebelde (Éx. 32:11-14, 31-32; Nm. 14:13-19; Dt. 9:26-29), por María (Nm. 12:13) y por Aarón (Dt. 9:20). Josué, sucesor de Moisés, oró después de la derrota de Israel en Hai (Jos. 7:7-9) y para que el Sol se parara de modo que Israel pudiera castigar aún más a sus enemigos (Jos. 10:12-14). Gedeón oró pidiendo una señal que revelara la voluntad de Dios (Jue. 6:36-40). Noemí (Rut 1:8) y Booz (Rut 2:12) oraron por Rut. Elcana oró pidiendo un hijo (1 S. 1:9-11) y Elí oró por Elcana (1 S. 1:17). Samuel, el hijo de Elcana, oró para que Dios perdonara al pueblo de Israel y los librara de sus enemigos (1 S. 7:5, 8) y prometió interceder por ellos después de que, con necedad, pidieran un rey (1 S. 12:19-23). Job oró en contrición humilde (Job 42:1-6) y para que Dios perdonara a sus

amigos por el consejo necio (vv. 8-10). David ofreció una oración de acción de gracias por las promesas divinas de bendición para él y su casa (2 S. 7:18-29), clamó a Dios para que librara al hijo de Betsabé después de su adulterio (2 S. 12:16), le imploró a Dios que librara a Israel del juicio (2 S. 24:17), alabó a Dios por sus bendiciones a la nación (1 Cr. 29:10-18) y oró por Salomón, su hijo y sucesor (1 Cr. 29:19). Salomón oró pidiendo la bendición de Dios sobre Israel (1 R. 8:22-53) y sabiduría para él (1 R. 3:5-9). Elías, cuando se enfrentó a los falsos profetas en el monte Carmelo, oró para que Dios se revelara como el único Dios verdadero (1 R. 8:36-37) y para que lloviera después de tres años y medio de sequía (vv. 41-45; cp. Lc. 4:25; Stg. 5:17-18). Eliseo oró y un niño muerto resucitó (2 R. 4:33-35). Ezequías oró y Dios liberó a su pueblo de la invasión asiria (2 R. 19:1-36). Dios también le dio más vida al rey en respuesta a que oró pidiendo misericordia (2 R. 20:1-6).

En las circunstancias tal vez más inusuales en las que alguien haya orado, Jonás clamó a Dios desde el estómago de un gran pez (Jon. 2:1-10). En los días menguantes del reino del sur (Judá), la oración de Jeremías produjo la promesa reconfortante de que un día Dios restauraría al pueblo de su cautividad (Jer. 32:17-25). Durante el exilio, Ezequiel clamó a Dios que tuviera misericordia de su pueblo (Ez. 9:8; 11:13), como lo hizo Daniel en la oración magnífica registrada en Daniel 9:3-19. Después del exilio, Esdras (Esd. 8:21; 9:5-15) y Nehemías (Neh. 1:4-11) oraron por el remanente que regresó a su tierra. Además de esas oraciones específicas, prácticamente todo el libro de los Salmos está constituido por oraciones de varios tipos (p. ej., de alabanza, adoración, petición y acción de gracias).

El Nuevo Testamento contiene también oraciones del pueblo de Dios. Después de la ascensión de Jesús, sus seguidores regresaron a Jerusalén, donde “perseveraban unánimes en oración y ruego” (Hch. 1:14; cp. 2:42). Cuando la naciente iglesia se enfrentó a la persecución de los líderes judíos, su respuesta fue orar (4:24-31). Los apóstoles definieron su ministerio cuando dijeron a la congregación: “Nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra” (6:4). Mientras “Pedro estaba custodiado en la cárcel... la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él” (12:5, 12). Pedro y Juan oraron por los creyentes de Samaria (8:14-15), Pedro oró antes de resucitar a Tabita (9:40) y antes de su visión y la llegada de los mensajeros de Cornelio (10:9); la iglesia de Antioquía oró antes de enviar a Pablo y Bernabé a su viaje misionero (13:1-3) y Epafras rogaba encarecidamente por los colosenses (Col. 4:12).

El ministerio de Pablo, desde su conversión (Hch. 9:11) hasta el final de su vida, estuvo marcado por la oración continua (p. ej., Hch. 14:23; 16:25; 20:36; 21:5; 22:17; 27:35; 28:8, 15; Ro. 1:8-10; 10:1; 1 Co. 1:4-8; 2 Co. 13:7, 9; Ef. 1:16-23; 3:14-19; Fil. 1:3-4, 9-11; Col. 1:3, 9-14; 1 Ts. 1:2; 3:10; 2 Ts. 1:11-12; 2 Ti. 1:3; Flm. 4-6). El apóstol también pidió con frecuencia a otros que oraran por él y su ministerio (p. ej., Ro. 15:30; 2 Co. 1:11; Ef. 6:18-19; Fil. 1:19; Col. 4:2-3; 1 Ts. 5:25; 2 Ts. 3:1; Flm. 22), como lo hizo el escritor de Hebreos (He. 13:18).

Pero el ejemplo supremo de oración en las Escrituras viene de la vida del Señor Jesucristo. Curtis C. Mitchell escribe: “Sin duda, los más grandes ejemplos de oración correcta que siempre se muestran provienen de la vida del Señor Jesucristo. Su vida de oración era tan diferente que, solo con observarla, los discípulos de nuestro Señor se motivaban a solicitar instrucción en el tema (cp. Lc. 11:1)” (*Praying Jesus' Way* [Orar al modo de Jesús] [Old Tappan: Revell, 1977], p. 15).

Desde el principio hasta el final, el ministerio terrenal de Jesús estuvo marcado por momentos frecuentes de oración. Oró en su bautismo (Lc. 3:21), durante su primera gira de predicación (Mr. 1:35; Lc. 5:16), antes de escoger a los doce apóstoles (Lc. 6:12-13), antes de alimentar a los 5.000 (Mt. 14:19), después de alimentarlos (Mt. 14:23), antes de alimentar a los 4.000 (Mt. 15:36), antes de la confesión de Pedro (Lc. 9:18), en la transfiguración (Lc. 9:28-29), por unos niños que le llevaron (Mt. 19:13), después del regreso de los setenta (Lc. 10:21), antes de enseñar la oración modelo (Lc. 11:1), antes de resucitar a Lázaro (Jn. 11:41-42), cuando enfrentó la realidad de la cruz (Jn. 12:28), en la última cena (Mt. 26:26-27), por Pedro (Lc. 22:31-32) en Getsemaní (Mt. 26:36-42), desde la cruz (Mt. 27:46; Lc. 23:34, 46), con los discípulos que encontró en el camino a Emaús (Lc. 24:30) y en la ascensión (Lc. 24:50-51).

Pero de todas las oraciones de Jesús, la registrada aquí en el capítulo 17 del Evangelio de Juan es la más profunda y magnífica. Sus palabras son claras pero majestuosas; simples pero misteriosas. Sumergen al lector en profundidades insondables de la comunicación intertrinitaria entre el Padre y el Hijo y abarcan toda la extensión de la historia redentora, desde la elección hasta la glorificación, incluyendo temas de regeneración, revelación, iluminación, santificación y preservación. El velo se corre y Jesús lleva al lector al lugar santísimo, al mismo trono de Dios.

El valor de su riqueza infinita se realiza por su singularidad. No hay otro capítulo como este en la Biblia. Como lo explica un comentarista:

Este capítulo abarca la oración conocida más larga de nuestro Señor mientras estuvo en la tierra. Sin duda, tuvo otras oraciones tan largas como esta porque sabemos que pasaba mucho tiempo en oración y en comunión con su Padre celestial; pero no le pareció a Dios usar estas otras oraciones para nosotros cuando el Espíritu Santo habló a los hombres santos. Tenemos muchos sermones de Jesús, muchas parábolas suyas; pero solo esta oración larga (Oliver Greene, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan] [Greenville: The Gospel Hour, 1966], p. 3:132).

El ambiente de esta oración (el consuelo de Jesús a sus discípulos inmediatamente antes de la cruz), el tema de la misma (una petición del corazón del Hijo al Padre), la extensión y el detalle, además de la riqueza teológica, contribuyen a su importancia insuperable y única.

EL AMBIENTE DE ESTA ORACIÓN

Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; (17:1a)

La oración de Jesús marca el final del tiempo de los discípulos con Cristo en el aposento alto. Durante las pocas horas previas, Jesús había servido, consolado e instruido a sus angustiados seguidores. Habían experimentado de primera mano la ajustada descripción de Juan sobre Jesús: “Había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (13:1). La noche comenzó con el lavado de los pies, en el cual Jesús “puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido” (13:5). Fue extraordinario que incluso lavara los pies de quien, Él sabía, lo iba a traicionar: Judas Iscariote.

Luego siguió la comida de la Pascua y la Santa Cena (cp. Mt. 26:26-29; Mr. 14:22-25; Lc. 22:19-20; 1 Co. 11:23-26), durante la cual Jesús reveló que Judas lo iba a traicionar (Jn. 13:26-27; cp. Mt. 26:20-25), que Él iba a morir (Jn. 13:31-35) y que Pedro lo negaría (Jn. 13:36-38; cp. Mt. 26:30-35). Comprensiblemente, los discípulos estaban conmocionados y consternados por lo que Jesús les dijo. Aun así, el Señor los consoló con presteza, los confortó con la promesa de la gloria futura. Les dijo: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no

fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros” (14:1-2). El Señor dio aún más confianza a sus seguidores con la promesa del Espíritu Santo, el Consolador que vendría después de que Él se fuera. Jesús declaró: “El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (14:26). Aunque el mundo los odiaría, tal como odió a Cristo (15:18—16:4), el Espíritu los fortalecería y guiaría en la verdad (15:26-27; 16:5-15).

Las palabras de Cristo en el aposento alto también enfatizan la relación salvadora y vital de sus discípulos (y, por extensión, todos los creyentes) con Él. Por medio de una alegoría con la vid y sus ramas, Jesús recalcó la naturaleza dadora de vida y perdurable de su amor (15:1). Quienes de verdad le creen, comparten ese amor; lo cual produce fruto espiritual (15:5), oración poderosa (15:7), una vida que exalta a Dios (15:8), obediencia de corazón (15:10; cp. 14:15), gozo sobrenatural (15:11) y amor sincero por el prójimo (15:12). Las palabras notables de Jesús consolaron a los discípulos al confirmar su relación salvadora y auténtica con Él: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé” (15:16).

Aunque se lamentarían por un tiempo breve, Jesús les aseguró que su tristeza solo sería temporal. Con certidumbre solemne les dijo: “De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo” (16:20). Por supuesto, los discípulos no entendieron que Jesús estaba hablando de resucitar tan solo tres días después de los sucesos horribles que habían de ocurrir (16:18; cp. Jn. 2:22). No se daban cuenta de que su muerte era parte necesaria del plan divino y estaba determinada para el Mesías desde siempre (cp. Is. 53:1-12; Dn. 9:26). Su pensamiento, acorde con la corriente principal judía de la época, no concedía lugar al Cristo crucificado (cp. 1 Co. 1:23). El Mesías, creían ellos, vendría, vencería a Roma y establecería su reino terrenal. Cuando Jesús entró triunfante en Jerusalén, pocos días antes de su muerte, los discípulos debieron de estar abrumados y encantados (12:12-19). Aunque su Maestro aún no gustaba a los líderes religiosos (11:16, 47-53), su popularidad con el pueblo parecía crecer (cp. 12:9-11). Las multitudes lo habían saludado como rey, incluso arrojaron palmas ante Él y le gritaban “¡Hosanna!” cuando entraba a la ciudad (12:12-18). Con seguridad, los

discípulos debieron razonar, finalmente el reino estaba cerca.

Ahora, tan solo unos días después, estaban conmocionados de oír a Jesús decir lo impensable: los iba a dejar (13:33; 14:18; 16:16). En lugar de conquistar Roma, se marchaba. En lugar de edificar un imperio, iba a entregar su vida (15:14). En las horas siguientes lo traicionarían (18:2), lo arrestarían (18:12), lo juzgarían (18:19), lo abandonarían (18:25-27; cp. 16:32), lo acusarían falsamente (18:38; 19:4), lo golpearían (19:1), se burlarían de Él (19:5) y lo crucificarían (19:16). Las grandes expectativas de los discípulos se volvieron rápidamente conmoción, dolor en el corazón y desespero.

Este es el contexto, después de que **Jesús** habló las **cosas** registradas en los tres capítulos previos, en el cual Él oró ferviente y amorosamente por sus discípulos. Cuando dejaron el aposento alto y comenzaron a caminar por la ciudad, a través del valle de Cedrón y hacia Getsemaní, los discípulos habrían sido incapaces de separar esta oración de la instrucción solemne que acababan de recibir en el aposento alto. De hecho, gran parte de lo que Jesús acababa de decirles se repite en su oración al Padre:

Claramente, esta oración pertenece a los discursos de despedida porque reitera y resume varios asuntos de tales discursos: (1) la partida de Jesús (vv. 11, 13); (2) la alegría de los discípulos (v. 13); (3) el odio del mundo (v. 14); (4) la división del mundo y los discípulos (v. 16); (5) la verdad (v. 17); (6) la habitación de Cristo en los creyentes (v. 23) (Ben Witherington III, *John's Wisdom* [Louisville: Westminster John Knox Press, 1995], p. 268).

El Señor había dicho a los discípulos qué esperar (14:29) y les advirtió sobre la persecución que enfrentarían por su causa (15:18). Los había consolado con la promesa del cielo (14:2) y la venida del Espíritu Santo (14:16-17). Les aseguró su amor por ellos y la relación salvadora que tenían con Él (15:1-11). Los instruyó sobre el amor mutuo (15:12, 17), e incluso modeló ese amor al lavarles los pies (13:1-20). Ahora volvería a modelar el amor sacrificial una vez más; esta vez, orando públicamente por ellos, confiando su cuidado al Padre.

El Señor les había prometido paz, gozo, fortaleza, provisión, oraciones respondidas, poder espiritual mediante el Espíritu Santo y comunión íntima con el Padre y con Él. Todas estas promesas culminaron en la promesa concluyente de Cristo sobre el triunfo de los

discípulos sobre el mundo: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (16:33). No es coincidencia que esta oración siguiera inmediatamente a esa declaración jubilosa. Habiendo declarado su victoria sobre el mundo, Jesús pasó inmediatamente a la dependencia sumisa en quien le aseguraba su triunfo. “Para transformar la victoria que estaba anunciada en la realidad presente, no se necesitaba menos que la acción omnipotente de Dios. A Él acude Jesús”. (Frederic Godet, *Commentary on John’s Gospel* [Reimpresión; Grand Rapids: Kregel, 1978], p. 883).

Ciertamente, las circunstancias eran sombrías desde la perspectiva humana, solo unas horas antes de la cruz. Aun así, la oración de Jesús era todo menos pesimista. En su lugar, era una declaración confiada de fe inmortal y certidumbre de gloria. En palabras de Leon Morris:

Solemos entender esta oración como si fuese sombría. No lo es. La pronuncia quien acababa de afirmar que había vencido al mundo (16:33) y surge de esa convicción. Jesús está mirando más allá de la cruz, pero con esperanza y alegría, no con desánimo (Leon Morris, *El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 634 del original en inglés).

Jesús comenzó esta oración **levantando los ojos al cielo**, una postura conocida (cp. 11:41; Sal. 123:1; Mr. 6:41; 7:34) para reconocer que el trono de Dios está en el cielo. También reflejaba la confianza de su corazón puro (Mt. 5:8; Ef. 3:12; véase la culpa que afectaba al publicano cuando no estaba dispuesto a levantar sus ojos al cielo [Lc. 18:13]). Al dirigirse a Dios como **Padre** (cp. vv. 5, 11, 21, 24-25; Mt. 11:25-26; 26:39, 42; Lc. 10:21; 23:34, 46; Jn. 11:41; 12:28), Jesús reconocía su sumisión y dependencia de Él, mientras que subrayaba al tiempo su igualdad con Dios como Hijo (cp. Jn. 5:18). En contraste con la práctica común judía de referirse a Dios en el pronombre plural “Padre nuestro”, Jesús se dirigía a Él como “mi Padre” (p. ej., Mt. 7:21; 10:32-33; 11:27; 12:50; 16:17; 18:10, 19; 20:23; 26:39, 42; Lc. 22:29; Jn. 5:17; 6:32, 40; 8:19, 38, 49, 54; 10:18, 29, 37; 14:7, 20-21, 23; 15:1, 8, 15, 23-24; 20:17). Gerald Borchert explica la importancia cultural de ese título personal:

Jesús vino a un mundo judío que había desarrollado una perspectiva remota de Dios, una que necesitaba ángeles para

llevar mensajes. El pueblo había dejado de usar el nombre de Dios por miedo a pronunciarlo en vano, tal como el hijo pródigo, quien podía hablar del “cielo” pero no usar el nombre de Dios (cp. Lc. 15:18, 21). En este contexto de hablar a Dios por medio de títulos sustitutos, Jesús vino y llamó a Dios su Padre (Gerald L. Borchert, *John 12—21* [Juan 12—21], *The New American Commentary* [Nuevo comentario estadounidense] [Nashville: Broadman & Holman, 2002], p. 187).

Al dirigir esta oración a su Padre, Jesús enfatizó la comunión íntima que tenía con Dios. Esa clase de relación familiar y personal con Dios era completamente ajena a los judíos contemporáneos de Jesús. Aun así, por medio de Cristo, a quien crea en Él se le concede la misma intimidad espiritual con Dios (17:20, 26).

La referencia de Jesús a Dios como su Padre es importante por otra razón. Por un lado, se hacía “igual a Dios” (Jn. 5:18) cuando afirmaba ser Hijo de Dios. Pero por otro lado, demostraba ser diferente al Padre, pues claramente no se oraba a sí mismo. Esa doble realidad resalta una verdad teológica importante: el Hijo es igual al Padre, pero diferente de Él. Así, aunque es igual al Padre en esencia e incluso comparte su gloria eterna (17:5), no es un simple modo o manifestación del Padre. Más bien, Jesús subrayó la realidad fundamental de la Trinidad.

Al comienzo del Evangelio de Juan se había hecho énfasis en que la hora de Cristo no había llegado aún (2:4; 7:6, 30; 8:20). Pero ahora abrió su oración con palabras dramáticas: “**La hora ha llegado**”. La frase hace referencia a la consumación de su ministerio terrenal y abarca su muerte, resurrección y ascensión.

El drama que se desenvuelve en la historia de la redención había alcanzado su auge. Los planes hechos desde el pasado eterno, culminaban en ese momento. Había venido la hora en que el Hijo del Hombre se ofrecería como la única expiación perfecta en sacrificio por el pecado. Llegó la hora en que quien no tenía pecado se haría pecado por los creyentes, “para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21). Esta era la hora en que Cristo cancelaría “el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz” (Col. 2:14). Era la hora en que las profecías sobre la muerte del Mesías en el Antiguo Testamento se cumplirían; cuando la cabeza de la serpiente sería herida (Gn. 3:15);

cuando el sufrimiento del Siervo, “varón de dolores, experimentado en quebranto” (Is. 53:3), sería “herido fue por nuestras rebeliones” y tendría “el castigo de nuestra paz... sobre él, [para que] por su llaga [fuéramos] nosotros curados” (v. 5). Era la hora en la cual las sombras de los sacrificios veterotestamentarios (cp. He. 10:1) darían paso a la realidad gloriosa del sacrificio final: el Cordero de Dios (Jn. 1:29; He. 10:14). Era la hora del triunfo sobre el príncipe de este mundo y del reino de las tinieblas (Jn. 12:31; 16:11; Col. 2:14; He. 2:14). Era la hora del clímax, cuando Dios, a través del sacrificio de Cristo, derrotaría el pecado, la muerte y a Satanás y redimiría a un pueblo para Él.

Con la hora del sufrimiento supremo y de la victoria aún mayor a la mano; con los discípulos, aterrorizados y el corazón de ellos herido, pero que todavía lo rodeaban (cp. 18:1), el Señor levantó los ojos al cielo y oró. Aunque las palabras de esta oración fueron magníficas desde cualquier contexto, la inminencia palpable de la cruz hace la petición de Cristo tan conmovedora como profunda.

LA SUSTANCIA DE SU ORACIÓN

glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti;
(17:1b)

Habiendo reconocido que el tiempo de su muerte estaba cerca, Jesús pidió que el Padre glorificara al **Hijo, para que también tu Hijo** glorificara al Padre. Esta frase corta (explicada en más detalle en el siguiente capítulo de este comentario) aporta un resumen adecuado de todo lo ocurrido en la vida y ministerio de Jesús, además de todo lo que habría de ocurrir en esta oración y los sucesos de la pasión. Su enfoque predominante había sido siempre glorificar a su Padre, someterse por completo a su voluntad en todo, incluso hasta el final.

A lo largo de todo su ministerio, buscó continuamente “la gloria del que le envió” (Jn. 7:18; cp. 13:31-32). Los sucesos de su nacimiento dieron gloria a Dios (Lc. 2:14, 20), como también su enseñanza (Mt. 5:16; Jn. 15:8), sus milagros (Mt. 9:8; 15:31; Mr. 2:12; Lc. 5:25-26; 7:16; 13:13; 17:15; 18:43) y su muerte y resurrección (Jn. 12:23-28). El Hijo se sometió a la voluntad del Padre en todo. Él explicó a las multitudes: “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Jn. 6:38; cp. Mt. 12:50; Jn. 4:34; 5:30). Aun durante sus oraciones en el tiempo de la Pasión en Getsemaní, cuando la

tentación de abandonar la cruz estaba en su punto más alto, Jesús se sometió al plan de Dios. Oró: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mt. 26:39; cp. v. 42).

Tal como el Hijo había glorificado al Padre, el Padre había glorificado al Hijo. Así, Jesús podía decir a sus oponentes: “El Padre que me envió ha dado testimonio de mí” (Jn. 5:37) y después: “Mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios” (Jn. 8:54). Durante el bautismo de Jesús, el Padre afirmó de modo audible su aprobación de Él (cp. Mt. 3:13-17). Esto sucedió por segunda vez en la transfiguración (cp. Lc. 9:35; 2 P. 1:17-18) y una tercera vez poco antes de la Pasión (Jn. 12:28). Aún más, el Padre demostró que Jesús verdaderamente era su Hijo mediante sus milagros (Jn. 2:11; 9:3; 10:38; 11:40); Jesús dijo sobre la muerte de Lázaro: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (Jn. 11:4). Incluso los eventos de la muerte y resurrección de Jesús darían como resultado la gloria del Hijo (Lc. 24:46; Jn. 12:23; 13:32); gloria que ha compartido con el Padre desde el pasado eterno (Jn. 1:1, 14) y que se mostrará visiblemente al mundo en su regreso futuro (Mt. 16:27; Mr. 8:38; Lc. 21:27).

Es apropiado que su ministerio llegara a su clímax en una oración majestuosa cuyo énfasis fuera aquello que caracterizó toda su vida. La gloria de Dios, declarada en el versículo 1, se hace eco por todo el pasaje. Tal como el Hijo glorificó al Padre mediante su fidelidad en la tierra (17:4), así también el Padre glorificaría al Hijo junto con Él, con la misma gloria que el Hijo había compartido con el Padre desde antes del inicio del tiempo (17:5). También los discípulos glorificarían al Padre al darle gloria al Hijo (17:10); ellos, junto con todos los creyentes en el Hijo, compartirían su gloria (17:22), le alabarían eternamente por la gloria que recibió del Padre (17:24). Aún más, ciertamente, el plan de salvación se cumpliría en la cruz, pues la reputación de la gloria de Dios, su nombre, estaba en juego (cp. 17:6, 11, 12, 26).

La oración se ajusta fácilmente en tres secciones: la oración de Jesús por Él (vv. 1-5), por sus discípulos (vv. 6-19) y por la Iglesia (vv. 20-26). Pero a lo largo de las tres secciones, el punto central es la gloria de Dios, manifestada por medio de la cruz. Frederic Godet explica:

Cuando Jesús ora por Él [vv. 1-5], no es Él lo que tiene en perspectiva, es *la obra de Dios...*; cuando ora por sus apóstoles [vv. 6-19], los encomienda a Dios como agentes y

continuadores de su obra; y cuando extiende su consideración a todos los creyentes, presentes o futuros [vv. 20-26], habla del *objeto* de su obra, en otros términos porque estas almas son el teatro donde ha de brillar la gloria de su Padre; porque su obra y la gloria de su Padre para Él son la misma cosa (*Commentary on John's Gospel* [Comentario al Evangelio de Juan], p. 883).

Irónicamente, fue por medio de la cruz, la más vergonzosa de las muertes, que el Hijo mostró su gloria infinita. Lo que parecía ser el peor resultado posible para Jesús, al menos en la mente de sus discípulos, en realidad era la victoria final. Al mirar a la cruz desde el punto de vista de la gloria divina, el Señor vio triunfo donde sus seguidores solo veían tragedia.

La oración de Cristo resalta su confianza absoluta y sumisión a la voluntad perfecta de Dios, aun cuando Él conociera perfectamente cuánto le costaría. Por lo tanto, oró para que se hiciera la voluntad del Padre, para que el plan maestro de la redención se completara y el Padre hiciera realidad las promesas hechas a los discípulos. Conocer la voluntad de Dios no llevó a Jesús a orar de modo fatalista. Al contrario, lo llevó a pedir al Padre que se hiciera como él había dicho (véase la oración de Daniel en Dn. 9:4-19, provocada por su comprensión de la profecía de Jeremías sobre los setenta años de duración de la cautividad de Israel [Dn. 9:2-3]). Jesús no solo impartió la verdad a sus discípulos, también oró para que el Padre la implementara en sus vidas. La enseñanza de la verdad debe acompañarse siempre de la oración; una lección que los discípulos pondrían en práctica después (Hch. 6:4).

La oración registrada en este capítulo también marca una transición entre el ministerio terrenal de Cristo y su ministerio celestial de intercesión (He. 7:25). El libro de Hebreos revela las ricas verdades teológicas sobre la obra intercesora del Señor en su papel de mediador de un nuevo pacto (cp. He. 4:14—10:25); aquí tenemos un vistazo personal de Él en su papel de gran sumo sacerdote intercediendo por su pueblo. (De hecho, esta oración suele ser llamada “Oración sacerdotal de Cristo”). Como ya dijimos antes, es importante que sea éste el único lugar de las Escrituras donde constan las palabras de una oración larga de Cristo. Aunque pueden encontrarse oraciones cortas (cp. Mt. 11:25-27), no hay nada semejante en las Escrituras a la oración que encontramos aquí.

Aun así, a pesar de su singularidad y profundidad, las palabras de Jesús son sencillas y directas. Ninguna cantidad de estudio puede agotar

las verdades reveladas en esta oración; y aun así, la comprensión y el aprecio por el texto llegan con tan solo leerlo y meditar sobre él. Se esperaría que las palabras de la oración intertrinitaria fueran completamente incomprensibles. Pero no es este el caso. James Montgomery Boice observa correctamente:

Esta oración está hecha de las oraciones más sencillas, aunque las ideas sean profundas. Eso prueba que nuestra dificultad para entender la verdad de Dios no está en la complejidad de la verdad o en el lenguaje en el que se expresa (como si fueran logaritmos o filosofía alemana), sino en nuestra propia ignorancia, pecado y letargo espiritual (James Montgomery Boice, *The Gospel of John* [El Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Zondervan, 1985], p. 1103).

Jesús veía la cruz desde la perspectiva eterna, como lo deja claro la sustancia de su oración, porque estaba consumido por la gloria de Dios. No era un estoico desapasionado (cp. Lc. 22:42), sino dependiente del cuidado de su Padre y sumiso a su voluntad. Tenía plena consciencia del dolor y sufrimiento que le esperaba, pero también de la gloria triunfante que resultaría. Así, “por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio”, sabiendo que pronto se sentaría victorioso “a la diestra del trono de Dios” (He. 12:2).

LA IMPORTANCIA DE ESTA ORACIÓN

La importancia de este pasaje, a tan solo unas cuantas horas de la cruz, es difícil de sobreestimar. Aquí están registradas las palabras del segundo miembro de la Trinidad, en tanto habla a su Padre sobre la naturaleza de su comunión, sobre la ejecución de su plan eterno de salvación y sobre la forma en que los discípulos y todos los creyentes se ajustaban en ese plan. Los discípulos, al oír esta oración, tuvieron acceso a la conversación más profunda y santa. Igualmente, cuando los creyentes leen hoy esta oración, se sienten transportados al lugar santísimo, donde se encuentran con su gran sumo sacerdote—incluso momentos antes de su muerte—intercediendo por ellos. Algunos se refieren a este como “el lugar santísimo de las Sagradas Escrituras”.

Aunque la Iglesia siempre ha amado y meditado en esta oración, aunque los cristianos individuales la han estudiado con gran detalle, sus

ricas verdades nunca se han agotado. Se han predicado cientos de sermones sobre ella, se han escrito miles de páginas sobre ella y ha cambiado millones de vidas. Y las palabras del Señor siguen siendo hoy tan relevantes como lo fueron cuando Él las pronunció.

Su primera característica es la *atemporalidad*. Aunque se pronunciaron a pocas horas del Calvario, contienen pensamientos y expresiones que deben ser usuales para nuestro Señor en cada momento de los siglos posteriores. Por lo tanto, a medida que las estudiamos, oímos palabras que se han pronunciado muchas veces a favor de nosotros y se pronunciarán hasta que estemos con Él, donde Él está, contemplando la gloria del Hijo divino, engrandecida a la del Siervo Perfecto (F. B. Meyer, *Gospel of John* [Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Zondervan, 1952], p. 292. Cursivas en el original).

Teniendo en cuenta que ésta es la más larga y, podría decirse, la más importante de las oraciones que tenemos de Jesús, es irónico que el título “La oración del Señor” se haya usado tradicionalmente en otra parte, en referencia a la instrucción de la oración en Mateo 6:9-13 (cp. Lc. 11:2-4). Aun así, en realidad Mateo 6:9-13 no registra una oración de Jesús, sino un modelo dado por Jesús a sus discípulos sobre cómo debían orar. *La oración del discípulo* habría sido un título mejor. (Después de todo, Jesús nunca podría haber pedido perdón a Dios; cp. Mt. 6:12). Si se desea leer una oración verdadera del Señor, al menos una oración larga, este pasaje es el correcto a buscar. Desde esa perspectiva, la oración registrada en Juan 17 es la verdadera oración del Señor.

Cuando Jesús hacía esta oración antes de la cruz, se alegró de saber que la redención predeterminada en el pasado eterno estaba a punto de concretarse en el tiempo y el espacio. Jesús entendía que finalmente había llegado la hora de cumplir lo que Dios había prometido desde el inicio del tiempo. Estaba listo para enfrentar la cruz; con triunfo y resolución. El coste sería inmenso, pero el resultado glorioso sería eterno.

63 La oración de Jesús y el plan eterno de Dios

Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorificame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese. (17:1b-5)

Aunque fuera impensable para los discípulos, la muerte del Mesías era parte esencial y deliberada del plan eterno de Dios. Aunque Jesús les había dicho claramente que “el Hijo del Hombre va [a Jerusalén a que lo maten], según lo que está determinado” (Lc. 22:22), no entendían del todo qué quería decir (Mr. 9:32; Lc. 9:45). Más aún, objetaban lo poco que entendían, como lo demuestra este pasaje extraordinario del Evangelio de Juan:

Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor; ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres (Mt. 16:21-23).

No fue hasta después de la resurrección que los discípulos entendieron al fin por qué era necesaria la muerte de Cristo: porque Él era el sustituto perfecto por el pecado para reconciliar a los pecadores con Dios por medio de la cruz (2 Co. 5:18-21). Solo entonces los discípulos se dieron cuenta de que su muerte había sido todo el tiempo el eje del

plan divino. En el día de Pentecostés, fue Pedro quien anunció que Jesucristo fue “entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios..., por manos de inicuos [le crucificaron]” (Hch. 2:23). Sus sentimientos hicieron eco en la oración apostólica de Hechos 4:27-28: “Porque verdaderamente se unieron en [Jerusalén] contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungió, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera”. De hecho, la razón por la cual los profetas del Antiguo Testamento habían podido predecir la muerte del Mesías con tan vívida precisión era porque era parte del plan divino desde el principio (Hch. 3:18; cp. Gn. 3:15; Is. 53:1-12; Dn. 9:26; 1 P. 1:20-21).

El plan de salvación divino se formuló en el pasado eterno, antes del inicio de los tiempos, cuando Él se propuso salvar un remanente de la raza humana que crearía y, que sabía, se rebelaría ante Él (Ef. 1:4-5; cp. Mt. 25:34). El plan estaba garantizado por la promesa de Dios. Como Pablo lo explica en Tito 1:2, la salvación es “la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos”. La frase “desde antes del principio de los siglos” quiere decir, literalmente, “antes del comienzo del tiempo”, indicando que la redención siempre ha sido parte del plan soberano de Dios (cp. He. 13:20). En el pasado eterno, hizo la promesa de salvar a quienes había escogido; el cumplimiento de esta es absolutamente cierto pues “es imposible que Dios mienta” (He. 6:18; cp. Nm. 23:19; 1 S. 15:29; Jn. 14:6, 17; 15:26). Pero, ¿a quién se hizo la promesa puesto que nadie había sino Dios antes del inicio del tiempo?

La respuesta a esa pregunta se da en 2 Timoteo 1:9, donde se declara: Dios “nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos”. (La frase “antes de los tiempos de los siglos” es idéntica en el griego a la frase “antes del principio de los siglos” en Tit. 1:2. En los dos casos, la traducción literal sería: “antes del inicio del tiempo”). La promesa divina de salvar a los suyos se hizo en el pasado eterno, “según el propósito suyo y la gracia”, independiente de cualquier influencia externa. Como no había nadie junto al Dios triuno, necesariamente hizo la promesa para sí.

Más específicamente, como lo indica la bella oración de Jesús en este capítulo, tal promesa divina la hizo un miembro de la Trinidad a otro: del Padre al Hijo. Como prueba tangible de su amor infinito por el Hijo, el Padre le prometió una esposa (cp. Ap. 19:7-8), la compañía de los

pecadores redimidos que honrarían y glorificarían al Hijo por siempre. En el pasado eterno, el padre registró sus nombres en el libro de la vida (Ap. 13:8; 17:8) y prometió hacerles un regalo de amor para su Hijo. Así, Jesús podía orar: “Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese. He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste” (17:5-6). Pocos versículos después, Jesús vuelve a subrayar que los creyentes son un regalo del Padre, entregados con amor y para el propósito de la gloria de su Hijo: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (v. 24).

Antes, en el Evangelio de Juan, Jesús ya había hecho referencia al hecho de que el Padre le da los creyentes. Después de haber alimentado a los cinco mil, dijo a las multitudes: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera... Esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero” (Jn. 6:37, 39). También enseñó: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (v. 44). De acuerdo con el diseño soberano de Dios, el Padre lleva al Hijo a quienes ha escogido para redención, de acuerdo con su promesa eterna. El hijo, a su vez, recibe y protege a quienes el Padre les lleva. Puesto que son un regalo del Padre para Él, nunca los rechazaría ni permitiría que se perdieran. Los resucitará para la gloria eterna.

Los pecadores, pues, no se salvan porque inherentemente sean dignos de la salvación o sabios para escogerla (cp. Ef. 2:1-10), sino porque el Padre los lleva con amor al Hijo, con el propósito de entregárselos como un regalo. En respuesta al amor del Padre, el Hijo no tarda en recibirlos, pues son el regalo de su amado Padre. El Hijo no abre sus brazos a los pecadores porque lo merezcan o lo busquen, sino porque está completamente feliz de recibir el presente que el Padre preparó para Él antes del inicio del tiempo, y luego son buscados y salvados.

Romanos 8:29-30 da una perspectiva adicional de los propósitos divinos en la salvación gloriosa: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”. En el pasado eterno, cuando el Padre decidió redimir a los creyentes, lo hizo con la

intención final de conformarlos a la imagen de su Hijo (cp. Fil. 3:20-21; 1 Jn. 3:2). Los redimidos siempre serían un tributo supremo al Hijo—reflejarían su bondad perfecta y proclamarían su grandeza eterna—porque serían como Él en su estado glorificado.

Primera de Corintios 15:24-28 predice la conclusión notable de los planes soberanos de Dios. Allí escribe Pablo:

Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte. Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas. Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.

Viene el día en que Jesucristo, el verdadero Señor de señores, reclamará el universo que le pertenece por derecho. Reinará con la autoridad del Padre hasta sujetar a todo enemigo, inclusive la muerte (vv. 25-26). Cuando eso ocurra, al final de los tiempos, el Hijo devolverá el reino a su Padre (v. 24) y “se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos” (v. 28). El Hijo lo entregará todo al Padre, incluyéndose a sí mismo y los que están con Él. De ese modo, el don de amor del Padre al Hijo será recíproco entre ellos, y los propósitos redentores de Dios, que fueron formados en la eternidad pasada, habrán llegado a su completa realización y finalización. Dios será “todo en todos”(v. 28) y se completará la historia de la salvación.

La aleccionadora aunque maravillosa realidad es que los creyentes son secundarios en el ámbito del plan eterno de Dios. La principal preocupación del Padre es el honor del Hijo que Él ama y desea ver glorificado. Por eso, en la eternidad pasada, prometió redimir a un segmento de la humanidad pecadora que le daría al Hijo para que le adorara y exaltara a Él para siempre.

Igualmente, la preocupación principal del Hijo es el honor y la gloria del Padre. Debido a que Él ama al Padre con amor perfecto, recibe su regalo con gozo infinito, acepta felizmente a todo pecador que el Padre le

da. Más aún, consideró tan precioso el regalo que se “despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:7-8) Lo hizo para cumplir los propósitos eternos de Dios en Él (cp. Ef. 3:11), propósito que finalmente culminará cuando le dé todas las cosas a su Padre de vuelta, al final de los tiempos (1 Co. 15:25-28). (Para mayor explicación de este asunto, véase mi prólogo “Inmutabilidad divina y las doctrinas de la gracia” en Steven J. Lawson, *Foundations of Grace* [Orlando: Reformation Trust, 2006], pp. 7-20).

Con estos propósitos eternos en mente, Jesús fue a su Padre en oración, la noche anterior a su muerte. Sabía que el Padre había predeterminado redimir un pueblo que le entregaría al Hijo como esposa. También sabía que los redimidos reflejarían su gloria (Jn. 17:22; Fil. 3:20-21; 1 Jn. 3:2), serían conforme a su imagen (Ro. 8:29), le alabarían, glorificarían y servirían por toda la eternidad. De igual manera, sabía que sus nombres estarían escritos en el libro de la vida (Fil. 4:3; Ap. 3:5; 13:8; 17:8; 20:15; 21:27) y que había venido al mundo a pagar el precio redentor para comprarlos en el mercado de esclavos del pecado (1 Co. 6:20; 7:23; Tit. 2:14; 1 P. 1:18; Ap. 5:9). Era consciente de que **la hora** había **llegado** para hacer todo lo planeado desde antes de la fundación del mundo.

Por eso, cuando Jesús dijo al Padre: “**Glorifica a tu Hijo**”, estaba pidiendo que el plan eterno de redención se consumara exactamente como se había determinado en su soberanía. Es importante notar que ésta fue la única petición de Jesús para sí en toda la oración (cp. v. 5): que el Padre le concediera la gloria que sería suya por medio de su muerte, resurrección, ascensión y coronación, como se había planeado en el pasado eterno. El hecho de que el Hijo comparta la gloria con el Padre afirma su deidad, pues Dios no da su gloria a otros (Is. 42:8; 48:11).

El ruego del Señor fue una afirmación sincera de la promesa que su Padre le hizo en el pasado eterno. El plan siempre fue que el Hijo se glorificara a través de la redención de los pecadores. Así, el ruego de glorificación de Jesús fue una oración por el cumplimiento de los propósitos eternos divinos en la cruz, tal como Dios lo había decretado. Irónicamente, lo que para los hombres parecía ser un momento de vergüenza suprema, en realidad era el momento del más grande honor para Cristo; el cumplimiento perfecto del plan maravilloso de redención divino. De hecho, por medio de la cruz son posibles todos los propósitos

de salvación de Dios. Jesús llevará por siempre las cicatrices de la cruz (Jn. 20:27), por lo tanto, siempre tendrá las marcas del honor por su logro.

Pero Jesús no buscaba sólo su propia gloria; su solicitud completamente justa, era que, con su sacrificio, el **Hijo** glorificara al Padre (cp. Ro. 6:4). Como lo explica Leon Morris:

De esta parte de la oración suele decirse que es la oración de Jesús por Él. Como Él ora por ser glorificado (vv. 1, 5), tal vez haya algo de eso. Pero no es una oración “por” él en el sentido en que usualmente lo entendemos. Puesto que su glorificación ha de verse en la cruz, más bien es una oración por que la voluntad del Padre se haga en Él. Si vamos a hablar de la oración de Jesús por Él, al menos debemos ser claros en que no buscaba nada para Él con ello (Leon Morris, *El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 635 del original en inglés).

La cruz mostró la gloria de Dios como ningún otro evento en la Historia, reveló su rectitud, justicia y santidad al requerir “la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 P. 1:19), en propiciación por su ira santa contra el pecado (Ro. 3:25). Al mismo tiempo, demostró dramáticamente su gracia, misericordia y amor, por enviar a su Hijo Santo a morir por los pecados de quienes en absoluto lo merecían (Ef. 2:1-10; cp. 1 Jn. 4:9-10). Thomas Schreiner dice: “Lo que logró Dios en Jesucristo muestra la justicia y el amor de Dios, porque la santidad divina se vindica en la cruz y al mismo tiempo se muestra su amor en el sacrificio feliz y voluntario de su Hijo” (Thomas R. Schreiner, “Penal Substitution View” [Perspectiva de la pena sustituta] en James Beilby y Paul R. Eddy, ed., *The Nature of the Atonement: Four Views* [La naturaleza de la expiación: Cuatro perspectivas] [Downers Grove: InterVarsity, 2006], p. 92). Más aún, la cruz mostró el poder de Dios en su derrota del pecado, la muerte y Satanás (He. 2:14; cp. 1 Co. 15:54-58). Por último, la cruz dejó clara la sabiduría del plan eterno de Dios para la redención; “la [sabiduría] que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria” (1 Co. 2:8).

En estas expresiones iniciales, Jesús hace referencia a cuatro facetas de los propósitos de salvación divinos; cada uno de ellos centrado en su

obra de redención, productora de gloria, en la cruz; el derecho que tiene (a ofrecer vida eterna); la relación que ofrece (que es vida eterna); el requisito que satisfizo (pagar por la vida eterna) y la reverencia que merece (por haber puesto a disposición la vida eterna). Como su oración indica, Jesús era completamente consciente de que, como todo lo demás, las próximas horas se habían determinado soberanamente desde la eternidad y tendrían ramificaciones infinitas en el futuro eterno.

EL DERECHO QUE POSEE

Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. (17:2)

De acuerdo con el plan eterno de Dios para la salvación, el Hijo recibió **potestad sobre toda carne** (la humanidad) para dar **vida eterna a todos los que** el Padre le dio. Esa autoridad, concedida a Él por su Padre, se hizo posible por medio de la cruz. Aunque se sometió a sus captores y permitió que hombres impíos le crucificaran, era Él quien en realidad tenía la autoridad. Al morir por los pecados de quienes creerían en Él, se le otorgó el derecho de darles vida eterna.

Jesús, el Hijo del Hombre a punto de ser glorificado, luego de cumplir su misión terrenal, anticipa aquí su posición exaltada y autoritativa, posterior a su crucifixión y resurrección. Esta autoridad le permite otorgar vida eterna a todos los que Dios le ha dado (cp. 6:39-40). La autoridad que Dios le da a Jesús (cp. 1:12; 5:27) marca la irrupción de una nueva era (cp. Is. 9:6-7; Dn. 7:13-14). A Jesús se le ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra (Mt. 28:18), inclusive la autoridad para juzgar (Jn. 5:27) (Andreas Köstenberger, *John* [Juan], Baker Exegetical Commentary on the New Testament [Comentario exegético Baker del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Baker, 2004], p. 486).

Aunque su autoridad se extiende sobre toda la creación (cp. Mt. 28:18), es claro que la redención se aplica solo a quienes el Padre ha escogido para el Hijo. Solo los que el Padre le ha dado (vv. 6, 9, 24; 6:37, 39; cp. Hch. 13:48; Ro. 8:29-30; Ef. 1:4-5; 2 Ts. 2:13; Tit. 1:1; 1 P. 1:1-2) recibirán la vida eterna. La autoridad de Cristo para darles vida es otro

aspecto de su victoria sobre el mundo por medio de su muerte (cp. 16:33). El tema central del Evangelio de Juan es que Jesucristo es la fuente de la vida eterna (cp. 3:15-16, 36; 4:14; 5:21, 24, 40; 6:27, 33, 35, 40, 47, 48, 51, 54, 68; 10:10, 28; 11:25; 14:6 y el propósito declarado del apóstol al escribir su Evangelio en 20:31) y lo reitera en su primera epístola (1 Jn. 5:20).

Cristo manifestó a través de su ministerio, en múltiples formas, la autoridad divina que el Padre le dio (cp. Mt. 11:27; 28:18). Su enseñanza se caracterizó por la autoridad divina (Mt. 7:29; Mr. 1:22; Lc. 4:32), así también sus sanidades (Mr. 5:38-43, Lc. 4:39; 9:1; Jn. 11:43), exorcismos (Mt. 10:1; Mr. 3:15; Lc. 4:36) y otros milagros (cp. Mr. 8:26-27; Mt. 21:19; Jn. 21:3-11). Afirmaba tener el derecho de violar las costumbres tradicionales judías (cp. Mt. 5:21-22, 27-28; 15:1-9; Lc. 6:1-11; Jn. 5:9-17), de limpiar el templo (cp. Mt. 21:12-13; Mr. 11:15-17; Jn. 2:14-16), de perdonar pecados y ofrecer salvación en su propio nombre (Mt. 9:6, 8; Mr. 2:10; Lc. 5:24), de recibir la adoración de otros (Mt. 14:33; 15:25; 28:9) e incluso de juzgar al mundo (Mr. 13:26-27; Jn. 5:22-23). El choque de su autoridad con la de los líderes religiosos judíos fue la razón por la cual ellos estaban tan enojados con Él y finalmente planearon su muerte.

Su muerte también fue bajo su propia autoridad. Como declaró en Juan 10:17-18: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre”. A medida que se acercaba el tiempo de su crucifixión, Jesús no renunció a la autoridad que le había dado el Padre. En su lugar, anticipó la autoridad completa que tendría como resultado de la cruz. Después de su resurrección, sabía que ascendería al cielo, donde su Padre lo sentaría “a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (Ef. 1:20-22).

El hecho de que solo Jesucristo tuviera la autoridad de conceder vida eterna, por medio de su muerte en la cruz, también subraya la exclusividad del mensaje del evangelio. Solo a través de Él puede recibirse la vida eterna. Como ya había dicho antes Jesús en esa noche: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn. 14:6). Aunque muchos puedan afirmar que ofrecen vida eterna (Mt. 7:13-

14; 24:5), en realidad solo el Hijo tiene autoridad para concederla. Juan el Bautista lo explicó: “El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn. 3:35-36).

LA RELACIÓN QUE OFRECE

Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. (17:3)

A diferencia de las afirmaciones pluralistas de la cultura religiosa contemporánea, la vida eterna solo se entrega a quienes **conozcan** (la palabra griega no solo implica conocimiento intelectual, sino una relación de amor íntima y profunda; cp. v. 25; 10:14-15, 27) al **único Dios verdadero** (Jer. 10:10; 1 Ts. 1:9; 1 Jn. 5:20; cp. 1 Co. 8:6), y eso solamente es posible a través de **Jesucristo, a quien** el Padre ha **enviado** (cp. 5:23, 36-37; 10:36; 1 Jn. 4:10, 14). Pedro declaró audazmente a los líderes judíos: “En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12; cp. 1 Ti. 2:5).

La esencia de **la vida eterna** es la participación en la vida de Cristo, bendita y eterna (cp. 1:4), mediante la unión con Él (Ro. 5:21; 6:4, 11, 23; 1 Co. 5:22; 2 Co. 5:17; Gá. 2:20; Col. 3:3-4; 2 Ti. 1:1, 10; Jud. 21). Es la vida de Dios en el alma del hombre (Gá. 2:20). Los creyentes poseen la paz (Jn. 14:27; 16:33; cp. Fil. 4:7), el amor (Jn. 15:10; cp. Ro. 5:5) y el gozo (Jn. 15:11) de Cristo, porque tienen la vida de Él en ellos. La vida predeterminada por Dios para los redimidos es una vida de comunión compartida con Él.

La vida eterna se refiere a la calidad de la vida, no solo a la cantidad. Es mucho más que vivir para siempre, es disfrutar la comunión íntima con Dios ahora y siempre. No se puede reducir a la simple existencia sin fin, pues los irredentos del infierno también vivirán para siempre (cp. Mt. 25:46, donde la misma palabra, *aiōnios*, describe la vida eterna de los justos y el castigo eterno de los impíos).

La vida eterna no es solo una posesión futura, sino una realidad presente, pues es calidad de vida. En Juan 5:24 Jesús dijo: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”.

Juan escribió: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios” (1 Jn. 5:13). Por lo tanto, los creyentes disfrutaban la vida eterna desde ahora cuando experimentan las bendiciones abundantes que vienen de la comunión íntima y personal con Cristo (Jn. 15:1-11; 1 Co. 1:9; Ef. 1:3; Fil. 3:8-11; 1 Jn. 1:3; 5:20). Por supuesto, no experimentarán esa vida hasta la era por venir (Ef. 2:6-7), cuando vean a Cristo cara a cara (1 Co. 13:12) y le adoren en la gloria y gozo, perfectos e interminables, del cielo (Ro. 8:19-23, 29; 1 Co. 15:49; Fil. 3:20-21; 1 Jn. 3:2; Ap. 22:3-4).

EL REQUISITO QUE SATISFACE

Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. (17:4)

En el plan perfecto de Dios y de acuerdo con su justicia perfecta, el Hijo ha venido a la tierra para salvar a quienes el Padre le dio (Lc. 19:10). Como ya se dijo antes, el regalo del Padre fue tan precioso para Cristo que estuvo dispuesto a hacer lo necesario para recibirlo (cp. Fil. 2:1-11).

El Señor Jesucristo glorificó al Padre durante su tiempo **en la tierra**, pues acabó por completo **la obra que** el Padre le encomendó (cp. 4:34; 5:30; 6:38; 15:10). Esa obra culminó en la cruz, que Él vio aquí con anticipación. Jesús tenía la certidumbre de que la promesa eterna de Dios se cumpliría perfectamente y nada podía evitar que los propósitos del Padre se llevaran a cabo. Pero su declaración iba más allá de revelar su propia confianza en los planes del Padre. También servía de ejemplo a los discípulos; les recordaba la confianza en el Dios soberano y les consolaba saber que Él lo controlaba todo.

Además, este versículo implica la impecabilidad de Cristo (la ausencia de pecado). Jesús retó a sus adversarios audazmente: “¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?” (Jn. 8:46). Pablo dijo de Él en 2 Corintios 5:21 que “no conoció pecado”. El escritor de Hebreos declaró que aun cuando “fue tentado en todo”, fue “sin pecado” (He. 4:15) y pasa a caracterizarlo como “santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores” (He. 7:26). Pedro lo llamó “cordero sin mancha y sin contaminación” (1 P. 1:19) y declaró que “no hizo pecado” (1 P. 2:22). Juan dijo simplemente: “no hay pecado en él” (1 Jn 3:5). La más importante fue la afirmación del Padre: “Este es mi Hijo amado, en quien

tengo complacencia” (Mt. 3:17; 17:5). Solo al vivir una vida sin pecado podía Jesús ser un sacrificio aceptable por el pecado.

Cuando Juan el Bautista vaciló en bautizar a Jesús, Él le dijo: “Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mt. 3:15). Le fue imperativo vivir una vida en perfecta obediencia, cumplir los requerimientos justos de Dios. Solo quien fuera perfectamente santo, tal como Dios es Santo (Lv. 19:2), podía ser el sacrificio final por el pecado (cp. He. 10:1-18). Jesús conquistó la muerte por medio de su muerte y resurrección y dio vida eterna a todo el que crea en Él. Pero además, su vida perfecta de obediencia, cuya expresión más completa se encuentra en su disposición a morir en la cruz (Lc. 22:42), se atribuye a los creyentes en la justificación (cp. Ro. 5:18-21). Aunque Jesús no tuvo pecado, Dios lo trató como si hubiera cometido los pecados de todo aquel que creería en Él, para que los creyentes, aunque injustos, pudieran tratarse como si hubieran vivido la vida perfecta de Cristo. De nuevo, 2 Corintios 5:21 resume sucintamente esa verdad gloriosa: “[El Padre] por nosotros lo hizo pecado [a Cristo], para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. La disposición de Cristo para ser el sacrificio que cargara con los pecados en la cruz fue la demostración final de su compromiso completo con la obediencia al Padre, además de la expresión final de su amor por los pecadores (cp. Jn. 15:13).

LA REVERENCIA QUE MERECE

Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese. (17:5)

Habiendo llevado todo a cabo, de acuerdo al plan predeterminado de Dios, Jesús sabía que sería exaltado al lugar donde había estado antes de la encarnación; a la diestra gloriosa de su Padre (cp. Mr. 16:19; Ef. 1:20). Con la exaltación a la vista, Jesús expresó su deseo de regresar a la gloria del cielo. Por lo tanto, le pidió al Padre glorificarlo a su **lado con aquella gloria** que habían compartido **antes que el mundo fuese**. El apóstol Juan describió la comunión íntima de Cristo con el Padre en el prólogo de su Evangelio: “En el principio era el Verbo [el Hijo], y el Verbo era con (lit. “cara a cara con”) Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios” (Jn. 1:1-2). Después de su vida terrenal de sumisión y humillación durante la encarnación, Jesús estaba listo para regresar a la gloria completa que le esperaba a la diestra del Padre. Era tiempo para su

coronación, descrita por Pablo en Filipenses 2:9-11:

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

Jesús miró más allá del sufrimiento y la humillación en obediencia de su muerte en la cruz (Fil. 2:5-8), vio la gloria que le esperaba tras su regreso al cielo. La gloria que le esperaba le pertenecía por derecho, tanto por su título divino (por ser el segundo miembro de la Trinidad) como por su sumisión perfecta (pues se había sometido al Padre a la perfección). Su muerte, también lo sabía, daría vida eterna a quien creyera en Él, lo cual produciría gozo en el cielo (Lc. 15:7, 10) y añadiría voces al coro eterno de quienes lo alabarán y adorarán por siempre. Pensar en estas realidades maravillosas le permitió regocijarse en la cruz, hasta el punto de menospreciar la vergüenza de cargar con el pecado (He. 12:2) y el horror de sufrir el abandono del Padre (Mt. 27:46).

Los creyentes que ahora están al otro lado de la cruz, alejados de esta por más de dos mil años, nunca deben perder de vista la gloria y el honor que Cristo merece por causa de su obra redentora. Lo que Él soportó en la cruz ahora es el himno de alabanza y adoración cristiana. Y lo será por toda la eternidad, pues los creyentes alabarán para siempre al Cordero que fue inmolado (Ap. 5:9). Aunque los Evangelios registran su vida y ministerio terrenal—incluida la agonía y el sufrimiento de su Pasión—, debe recordarse siempre que ya no está en la cruz o en la tumba. Ahora es el Hijo de Dios glorificado, sentado a la diestra del Padre en poder y gloria (Ap. 1:13-20; cp. Dn. 7:13-14). La alegría de verlo y alabarlo en triunfo espera a quienes lo aman, mientras quienes lo rechazan serán rechazados por Él (Mt. 7:23; 25:41).

La verdad gloriosa es que la cruz hizo posible la vida eterna para quienes crean sinceramente en Jesucristo (Ro. 10:9-10), e incluso para los que antes de la cruz se arrepintieron genuinamente de sus pecados y confiaron en que el perdón y la misericordia de Dios era su única esperanza (cp. Is. 55:6-7). De no haber sido por la cruz, no habría salvación por el pecado para nadie en ninguna época, no habría evangelio de la gracia, no habría esperanza en esta vida y el infierno sería el único destino eterno. Sin la cruz, el plan eterno de la salvación que Dios

prometió desde antes de los tiempos no habría producido fruto. Pensar en estas verdades debe llevar a quien ame y conozca al Señor Jesucristo a decir las palabras de Pablo: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gá. 6:14).

64 Jesús ora por sus discípulos—Primera parte: Como aquellos que el Padre le entregó

He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti; porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos. (17:6-10)

La doctrina de la soberanía divina (Dios eligió a los pecadores para salvación desde la eternidad) y la responsabilidad humana (los pecadores son responsables de su respuesta al evangelio) se enseñan claramente en las Escrituras y juegan un papel importante en este pasaje.

Sin excusas ni disculpas, la Biblia enseña que el Padre “escogió en [Jesucristo a los creyentes] antes de la fundación del mundo” (Ef. 1:4; cp. Col. 3:12; Tit. 1:1; 2 Jn. 1). Ellos fueron predestinados desde la eternidad para justificación (Ro. 8:29), adopción (Ef. 1:5) y para la herencia celestial (Ef. 1:11). A los creyentes Dios los “salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a [sus] obras [Ef. 2:8; Tit. 3:5], sino según el propósito suyo y la gracia que [les] fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Ti. 1:9). Por eso, son “amados por el Señor, [porque Dios los escogió] desde el principio para salvación” (2 Ts. 2:13). El mérito por la salvación se debe completamente a la elección misericordiosa del Padre, posible mediante la muerte del Hijo en sacrificio. La realidad es que seguirían “muertos en [sus] delitos y pecados” (Ef. 2:1) si Dios no les hubiera impartido vida espiritual (v. 4). El Señor fue quien declaró: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Jn. 6:44), resaltando la completa incapacidad del creyente para llegar a la fe salvadora, si Dios no inicia la obra en su corazón. La salvación nunca es el resultado de la moralidad, sabiduría o fuerza de voluntad humana, sino de los propósitos misericordiosos de

Dios. Como dijo Pablo a los romanos, la salvación “no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia... [Y] de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece” (Ro. 9: 16, 18). Aunque Pablo predicó el evangelio a miles, solo “creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna” (Hch. 13:48). Ninguna persona externa a los elegidos de Dios para la salvación se acercará a Jesucristo como Salvador (cp. Ro. 3:10-12; 9:11; 1 Ts. 1:3-4; 1 P. 1:2).

Al mismo tiempo, la Biblia contiene numerosos ruegos a todas las personas no salvas para que crean en el Señor (p. ej., Is. 55:1; Mt. 11:28-30; Jn. 5:40; 7:37-39; Ap. 22:17). El llamamiento del evangelio, “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hch. 16:31), es una invitación abierta a todo pecador. El ofrecimiento misericordioso es igual para cualquier persona en cualquier parte: “si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Ro. 10:9). De hecho, el deseo expreso de Dios (diferente a su decreto soberano) es “que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Ti. 2:4). Ese deseo se manifiesta en el llamamiento del evangelio, extendido a todas las personas (Mt. 28:19) y que revela la Gracia de Dios con su ofrecimiento de salvación a quien crea en Jesucristo (cp. Tit. 2:11). La verdad es que “muchos son llamados, y pocos escogidos” (Mt. 22:14), lo que quiere decir que, aun cuando el evangelio es una invitación para que todos los hombres de todos los lugares se arrepientan (Hch. 17:30), solo los elegidos aceptarán la fe. Sin embargo, quienes rechacen el evangelio, no tienen excusa (cp. Ro. 1:20), pues tuvieron una oportunidad grande para responder a su Creador y Juez paciente (2 P. 3:9; cp. Ap. 2:21). Sobre la base de sus propios pecados voluntarios (Ap. 20:12-13; cp. Mt. 16:27), evidencia de que su nombre jamás estuvo escrito en el libro de la vida (Ap. 20:15; cp. 13:8; 17:8), recibirán justa condenación y se les enviará a la destrucción eterna (cp. 20:14; Mt. 25:46; 2 Ts. 1:9).

De esta forma, las Escrituras presentan las realidades duales de la soberanía de Dios al escoger a quienes serán parte de su pueblo redimido y de los pecadores que rechazan la carga de responsabilidad personal del evangelio, rechazando la oferta divina de salvación. Con seguridad, hay un elemento de misterio (desde la perspectiva humana) en cuanto a cómo funcionan estas dos verdades en la mente de Dios. Pero los creyentes no deben ir más allá de lo revelado en las Escrituras para intentar reconciliar lo que sus mentes finitas son incapaces de comprender (cp. Dt. 29:29; 1

Co. 4:6); si las dos verdades se establecen en la Palabra de Dios, las dos han de aceptarse. Más aún, los seres humanos pecadores no deben atreverse a acusar a Dios de injusto por elegir solamente algunos pecadores para salvación; pues, si Dios fuera justo todos los pecadores experimentarían su ira (cp. Ro. 3:23; 6:23). Nadie tiene derecho a cuestionar los propósitos eternos divinos de la salvación. En anticipación a tales reacciones, Pablo respondió sin titubear con estas palabras:

Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad? Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria, a los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no solo de los judíos, sino también de los gentiles? (Ro. 9:19-24).

Los creyentes alabarán a Dios por toda la eternidad porque Él los escogió en su misericordia y los redimió por medio de la obra de su Hijo. No hicieron nada para obtener la salvación, por lo tanto toda la gloria es de Dios. Pero quienes rechazan el evangelio y se condenan en el infierno no pueden culpar a nadie, sino a ellos. Después de haber suprimido voluntariamente con injusticia la verdad, recibirán el castigo que con justicia merecen por su rebelión. Richard Baxter, puritano inglés del siglo XVII, ilustró este punto en su obra clásica, *The Saints' Everlasting Rest* [El reposo eterno de los santos]:

[La salvación] fue cara para Cristo, pero gratis para nosotros... Aquí está gratuitamente; si el Padre dio gratuitamente a su Hijo y el Hijo pagó gratuitamente la deuda; y si Dios acepta gratuitamente esa forma de pago, cuando habría podido pedirla al deudor principal; si el Padre y el Hijo nos ofrecen gratuitamente la vida comprada bajo nuestra aceptación cordial; si ellos envían gratuitamente el Espíritu Santo para permitirnos

aceptar. Entonces, ¿qué hay aquí que no sea gratuito? ¡Ah, la admiración eterna que debe sorprender a los santos cuando piensan en esta gratuidad!... ¡Qué idea asombrosa será pensar [en el cielo] en la diferencia inconmensurable entre nuestros merecimientos y lo que recibimos! ¡Entre el estado en el cual debíamos estar y el estado en el que estamos! ¡Mirar al infierno abajo y notar la gran diferencia entre ese lugar y donde fuimos adoptados! ¡Qué punzadas de amor nos causará en los adentros pensar “¡Allá era el lugar al que el pecado me habría llevado; pero es aquí donde Cristo me ha traído! ¡Allá la muerte era el pago por mi pecado, pero la vida eterna es el regalo de Dios, por medio de Jesucristo mi Señor!”... Pero no gracias a nosotros, ni a nuestros deberes o labores, mucho menos a nuestra negligencia o pereza; sabemos a quién se le debe la alabanza y debe recibirla por siempre... Entonces, que en la puerta del infierno aparezca escrito “MERECIDO”; pero en la puerta del cielo y de la vida, que aparezca REGALO GRATUITO (en *The Practical Works of Richard Baxter* [Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1981], pp. 14-15).

Los propósitos eternos y divinos de la salvación siempre habían sido la principal preocupación de Jesús durante su ministerio terrenal (Lc. 5:31-32; 19:10; Jn. 3:16-17; 4:34-38). Ahora, cuando la cruz se acercaba, el Señor articuló esos propósitos en esta oración magnífica al Padre y la hizo audible para que los discípulos pudieran oír. Lo planeado desde la eternidad, sabía el Señor, se cumpliría en unas pocas horas (cp. vv. 1-5). Sus discípulos, también lo sabía, lo abandonarían en el momento crítico (Jn. 13:36-38; 16:32); la fe de ellos se tambalearía (cp. Lc. 22:31-32) y sus corazones estarían con dolor profundo (Jn. 16:22). Aunque su sufrimiento personal sobrepasaba el de ellos con diferencia, Jesús les sirvió con sacrificio (como lo hizo durante todo su ministerio [cp. Mr. 10:44-45], incluyendo esa noche [Jn. 13:1, 12], y al final lo haría en la cruz [15:13]) orando por ellos. De hecho, de los veintiséis versículos que comprenden la oración de Jesús en Juan 17, catorce se centran específicamente en los discípulos (vv. 6-19), siete más se centran en quienes creerían en Cristo en el futuro por medio de los ministerios extendidos de ellos (vv. 20-26).

Habiendo orado que el Padre se glorificara en el Hijo (en vv. 1-5), Jesús intercedió por sus discípulos (vv. 6-19). Esta sección de su oración

sacerdotal puede explicarse bajo dos encabezados: su oración por quienes el Padre le había dado (vv. 6-10) y sus peticiones específicas por ellos a la luz de su partida inminente (vv. 11-19). El primero de esos encabezados se explicará más abajo, el segundo será tema del capítulo siguiente.

Darse cuenta de que Cristo los dejaba asustó y paralizó a los discípulos. Habían dependido de Él para todo. Él había sido su maestro (Jn. 13:13), su protector (Mt. 12:1-5) y quien suplía todas sus necesidades (cp. Lc. 22:35). Pero ahora, él se iba. Ellos estaban a punto de quedar solos y, desde su punto de vista, dejados a sí mismos. Entendiendo su temor, Jesús pasó gran parte de su tiempo con los discípulos, en la noche antes de su muerte, consolándoles. Les aseguró que continuaría amándolos y proveyendo para sus necesidades (véase la exposición de Juan 13—16 en capítulos anteriores de esta obra). Ahora, después de dar esas promesas maravillosas a sus discípulos, Jesús oró para que el Padre les confirmara esas promesas. Así lo explica un comentarista:

La mayor parte de la oración de Jesús está relacionada con los discípulos. Estaba mucho más preocupado por ellos que por Él. Estaba seguro de que el sufrimiento era inevitable y la victoria era cierta. Sin embargo, los discípulos eran una cantidad variable; por sí mismos probablemente fracasarían... No obstante, oró por ello con confianza en que el poder del Padre los guardaría y los fortalecería para un ministerio futuro (Merrill C. Tenney, *The Gospel of John* [El Evangelio de Juan] en Frank E. Gaebelin, ed. *The Expositor's Bible Commentary* [Comentario bíblico del expositor] [Grand Rapids: Zondervan, 1981], p. 9:163).

La confianza de Jesús no estaba en la resolución de los once, sino en la voluntad y el poder del Padre. Pero antes de hacer su petición específica por los discípulos (en vv. 11-19), el Señor explicó por qué sabía que el Padre honraría sus peticiones (en vv. 6-10).

El versículo 6 es una declaración importante de transición entre la oración de Cristo por su propia gloria (en vv. 1-5) y su oración por los discípulos (en vv. 6-19). Cabe destacar en este versículo la interacción entre el lado humano y el lado divino de la salvación. Posteriormente, Cristo ampliaría cada uno de los temas. Por un lado, establecería la

respuesta en fe de los discípulos (en vv. 7-8); por el otro, la elección soberana de Dios (en vv. 9-10). Este versículo proporciona casi una tesis sobre los versículos que siguen, presentando nuevas razones por las cuales Jesús sabía que el Padre aseguraría sus promesas previas a los discípulos (en los capítulos 13—16) y respondería sus peticiones siguientes sobre ellos (en vv. 11-19).

El Señor definió a aquellos por quienes oraba como aquellos a los que Él había **manifestado** el **nombre** del Padre. La frase se relaciona con el versículo 4 para indicar qué parte de la misión terrenal de Cristo debía dar a conocer el nombre del Padre a los discípulos. *Manifestado* traduce una forma del verbo *planeroō*, cuyo significado es “revelar”, “hacer conocido” o “mostrar”. El tiempo aoristo denota que fue un hecho cumplido, uno finalizado por Cristo de acuerdo al plan del Padre. El concepto del **nombre** de Dios abarca todo lo que Él es: su carácter, naturaleza y atributos. El Salmo 9:10 dice: “En ti confían los que conocen tu nombre, porque tú, SEÑOR, jamás abandonas a los que te buscan” (NVI). En el Salmo 20:7 David se regocijaba: “Éstos confían en sus carros de guerra, aquéllos confían en sus corceles, pero nosotros confiamos en el nombre del SEÑOR nuestro Dios” (NVI), mientras en el Salmo 22:22 declaró: “Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la congregación te alabaré” (cp. 5:11; 8:1; 48:10; 75:1; 115:1; 119:55; 1 R. 8:33, 35, 43-44, 48; 1 Cr. 17:24; 2 Cr. 6:20; Neh. 1:11; Is. 26:8, 13; Mi. 6:9).

La manifestación suprema del nombre de Dios fue el Señor Jesucristo, Dios en carne humana. Jesús revela tan perfectamente la naturaleza y el carácter de Dios que podía hacer declaraciones impactantes como “el que me ve, ve al que me envió” (Jn. 12:45) y “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn. 14:9; cp. 1:18). Los escritores del Nuevo Testamento declararon que era “la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación” (Col. 1:15), en quien “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (2:9), quien existió “en forma de Dios” (Fil. 2:6) y es “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” (He. 1:3).

El nombre de Dios era tan sagrado para los judíos que se negaban a pronunciarlo. En su lugar, tomaron las consonantes del tetragrámaton (YHWH; cp. Éx. 3:14-15) y añadieron las vocales de la palabra *adonai* (“Señor”). Cuando leían el texto hebreo del Antiguo Testamento, pronunciaban la palabra resultante (“Yahveh”, transformada en “Jehová” en traducciones como la RVR-1960 y otras) “Adonai” para evitar

pronunciar el nombre de Dios en voz audible. Sin embargo, Jesús no solamente manifestaba el nombre de Dios, también lo pronunciaba. Y, lo que era aún más escandaloso para los judíos, lo tomaba para sí (cp. Jn. 8:24, 58 y la exposición de tales versículos en la presente obra). Al hacerlo, enojó tanto a sus oponentes judíos, que lo consideraban blasfemia, que buscaban matarlo (Jn. 5:18; 8:59; 10:31-33) y a la larga lo lograron (Jn. 19:7).

No obstante, a través de su muerte, Jesucristo abrió el camino para la comunión personal y amorosa con Dios. Como Él lo dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn. 14:6). Y antes, usando la metáfora del aprisco, declaró: “Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos” (Jn. 10:9). Aquellos que ponen su fe en Él reciben el perdón de sus pecados y disfrutan de una relación íntima con el Padre, a quien tienen el privilegio de llamar *Abba* (Ro. 8:15; Gá. 4:6), cuyo tierno significado es “Papi” o “Papito”.

Cristo llegó a describir a los discípulos como **los hombres que del mundo** el Padre le dio (cp. 15:19). Ya se ha visto que en esta oración es importante el tema de los creyentes como regalo del Padre al Hijo (cp. vv. 2, 9, 24). El **mundo** es el sistema maligno, impío, gobernado satánicamente, compuesto por todos los irredentos y que se oponen a Dios y su reino (cp. 7:7; 12:31; 14:17, 19, 30-31; 16:11; 2 Co. 4:4; Ef. 6:12; 1 Jn. 5:19). Los cristianos ya no son parte del mundo, los “ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Col. 1:13). Antes, en esa misma noche, Jesús había dicho a los discípulos: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (15:18-19). Como ya no son parte de éste, de hecho están crucificados para el mundo (Gá. 6:14), los creyentes no deben conformarse al mundo (Ro. 12:2) o caminar en él como lo hicieron alguna vez (Ef. 2:2; cp. 1 Jn. 2:15-17). En su lugar, están llamados a vencerlo (1 Jn. 5:4-5), a mantenerse sin sus manchas (Stg. 1:27) y a evitar su amistad (Stg. 4:4).

“**Tuyos eran, y me los diste**” es una declaración de Cristo donde se afirma con fuerza que desde antes de la conversión, los discípulos pertenecían a Dios. Antes, en el Evangelio de Juan, el Señor había declarado: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera” (6:37; cp. v. 39; 17:2, 9, 24). Dios dijo al apóstol

Pablo que tenía “mucho pueblo” en Corinto, los cuales le pertenecían aunque aún no eran salvos (Hch. 18:10; cp. 13:48). Como se explicó antes, el Padre se los dio al Hijo como presentes de su amor (véase la explicación más completa de esta realidad gloriosa en el capítulo anterior de esta obra). Por lo tanto, como ya se demostró antes, los discípulos (y por extensión todos los creyentes; cp. v. 20) eran infinitamente preciosos para el Hijo, no porque hubiera en ellos algo intrínsecamente valioso, sino porque el Padre se los había prometido antes del comienzo del tiempo (cp. 2 Ti. 1:9; Tit. 1:1). Como lo probarían las horas siguientes, el Hijo consideró tan precioso el regalo del Padre que estuvo dispuesto a morir por él.

Además de reconocer que eran un regalo de su Padre, el Señor también describió a los discípulos como quienes **han guardado** la **palabra** del Padre. Tal declaración hace esencial el elemento de la obediencia en la salvación (cp. Fil. 2:12-13). Por supuesto, dicha obediencia no es una obra meritoria que contribuya en algo para la salvación (cp. Gá. 2:15-16); más bien, es el resultado inevitable de la fe salvadora auténtica (cp. Ef. 2:8-10). Así, decir que los discípulos habían obedecido la Palabra del Padre solo es otra forma de expresar que su fe era auténtica. El Nuevo Testamento une inseparablemente la fe con la obediencia (p. ej., Jn. 3:36; Hch. 6:7; Ro. 1:5; 16:26; 1 P. 1:2). También es señal segura del amor a Jesucristo (Jn. 14:15, 21, 24; 15:10, 14). (Es interesante que Jesús usó formas de esta misma palabra hebrea para “guardar” (*tereō*) en los vv. 11-12, 15, cuando pidió al Padre guardar a los discípulos. Así, el Señor pidió al Padre guardar a quienes guardan su Palabra).

Entonces, los discípulos estaban entre quienes guardaban la Palabra que se les había revelado. Habían respondido, desde lo profundo del corazón, con fe auténtica a la verdad que recibieron. Al mismo tiempo, las Escrituras reconocen que lo hicieron porque eran un regalo del Padre al Hijo, estaban entre quienes Él había escogido soberanamente desde la eternidad y había llamado con eficacia en el tiempo para salvación. El resto de esta sección (vv. 7-10) se basa en esas dos verdades gemelas e inseparables. Luego de resumirlas en el versículo 6, Jesús procedió a explicar por qué sabía que el Padre le concedería sus peticiones con respecto a los discípulos: porque ellos habían creído que Él era el Hijo (vv. 7-8) y ellos eran un regalo del Padre para Él (vv. 9-10).

PORQUE CREYERON QUE ÉL ERA EL HIJO

Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti; porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. (17:7-8)

Aunque habían estado con Jesús varios años, solo **ahora** empezaban a entender sus discípulos la misión que el Padre le había encomendado. Faltaban todavía unos días para que Cristo resucitara, entonces ellos comenzarían a captar completamente las razones de Jesús para morir. No obstante, claramente creían que Jesús era quien decía ser (Mt. 16:16; Mr. 8:29; Lc. 9:20), que vino del Padre y que solo Él hablaba palabras de vida eterna (cp. Jn. 6:68-69). Como ya lo había declarado Jesús en el versículo 6, ellos habían guardado su Palabra, por tanto habían probado ser verdaderos discípulos suyos (cp. Jn. 8:31).

El contenido de la fe de los discípulos ofrece pruebas adicionales de su autenticidad. Aunque antes de la crucifixión ellos no entendían muchas cosas, creían sinceramente las verdades que sí entendían (a diferencia de la fe falsa de muchos otros; cp. Jn. 2:23-25; 6:64, 66). Primero, los once habían **conocido**, como oró Jesús, **que todas las cosas que el Padre le ha dado, proceden** del Padre (una declaración que una vez más subraya su intimidad y dependencia del Padre). Los discípulos creían que Jesús obraba por el poder de Dios y hacía todo de acuerdo a la voluntad del Padre. Contrastaba esto con los líderes religiosos judíos, quienes acusaban a Jesús de funcionar mediante el poder de Satanás (Mt. 12:24). Tales conclusiones, como lo señaló Cristo, no eran solamente blasfemas e imperdonables (cp. Mt. 12:24-32), sino necias, pues Satanás no daría poder nunca a nadie para avanzar la obra de Dios (vv. 25-29). Por supuesto, los discípulos, conocían la verdad. Habían visto los milagros de Jesús, marcados por la compasión divina (Mt. 14:14; 15:32; 20:34; Mr. 1:41; 6:34; 9:35-36; Lc. 7:13-14); habían oído los sermones de Jesús que perforaban el corazón con autoridad divina (Mt. 7:29; 13:54; 22:33; Mr. 1:22; 6:2; 11:18; Lc. 4:32; Jn. 7:46); habían visto orar a Jesús, sabían que pasaba largas horas en comunión con su Padre (Mt. 14:23; Mr. 1:35; Lc. 5:16; 6:12; 9:18, 28; 11:1-4); habían visto a Jesús ministrar a los pecadores, y sin embargo Él no pecó nunca (Mt. 9:11; 11:19; Lc. 5:29-32; 15:2; 1 P. 2:22; 3:18; 1 Jn. 2:29; 3:5), habían sido testigos de la aprobación visible y audible del Padre al Hijo (Mt. 17:5; Mr. 9:7; Lc.

9:35; Jn. 12:28; cp. Mt. 3:17). Sabían que había venido de Dios y por eso lo seguían de todo corazón (Mt. 19:27; cp. Mr. 8:34; Lc. 9:57-62; Jn. 12:25-26).

Igualmente, los discípulos creían que **las palabras que** el Padre le dio a Jesús eran ciertas (cp. v. 14; 7:16; 8:28; 12:49; 14:10, 24). Jesús **les** había **dado** esas palabras **y ellos las recibieron**, tanto afirmándolas como actuando en consecuencia con ellas (cp. Stg. 1:22). Ellos habían **conocido verdaderamente** el origen divino de Cristo, **que** salió del Padre (cp. 16:30). También habían **creído** en su misión divina, **que** el Padre lo había enviado al mundo (cp. vv. 18, 21, 23, 25; 3:34; 4:34; 5:24, 30, 36-37; 6:38-39, 44, 57; 7:16, 28-29, 33; 8:16, 18, 26, 29, 42; 9:4; 11:42; 12:44, 45, 49; 13:20; 14:24; 15:21; 16:5; 20:21). Se habían dado cuenta de lo articulado en el prólogo: que Él es el Hijo de Dios (Jn. 1:1; cp. 16:30), igual en esencia y coexistente eterno con el Padre (1:1-2), el Creador de todas las cosas (1:3) y la fuente de toda la vida y la luz espiritual (1:4). Reconocieron la gloria de la Palabra hecha carne y supieron que era “gloria como del unigénito del Padre” (1:14). Pronto entendieron también las maravillas de su muerte y resurrección (cp. 16:20). Darse cuenta de esto fue revolucionario para los discípulos:

La respuesta de estos hombres no parecía gran cosa. Pero para ellos ver la fuente de estas cosas era un milagro espiritual más maravilloso que el milagro de un ciego de nacimiento con su visión restaurada, que ver por primera vez la maravilla de un árbol, la gloria de un atardecer, el misterio cambiante de una cara humana (John Phillips, *Exploring the Gospel of John* [Exposición del Evangelio de Juan] pp. 321-322).

Después de Pentecostés, la prueba de su fe se demostraría de maneras impresionantes, como la proclamación audaz del señorío de Jesús a quien oyera. Aunque sufrieron persecuciones intensas y (casi todos ellos) martirios, los discípulos no abandonarían lo que consideraban cierto. Ni siquiera la amenaza de muerte podría socavar la convicción perenne que Dios había puesto en ellos (cp. Hch. 4:13; 5:41). La fe salvadora que recibieron era perdurable en sí misma (cp. 1 P. 1:3-9; 1 Jn. 2:19).

Demostraron, por medio de su obediencia, que estaban entre quienes eligió el Padre para regalar amorosamente a su Hijo. Las palabras de ellos no los salvaron, pero eran evidencia cierta de la fe salvadora viva en sus

corazones. James Montgomery Boice planteó una pregunta:

¿Cómo se determina quiénes son los elegidos de Dios? ¿Cómo juzgamos quiénes son cristianos y quiénes no?... Solo hay una respuesta, dada por el Señor Jesucristo [hablando] de quienes verdaderamente son sus discípulos [en Jn. 17:6-8]. De acuerdo con estos versículos, la única forma de decir si se es cristiano o no es ver si se cree y se continúa en las palabras del Señor Jesucristo (*The Gospel of John* [El Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Baker, 1999], p. 1276).

La Biblia enseña con seguridad que Dios glorificará a quienes predestinó desde la eternidad (cp. Jn. 6:37, 39; 10:28; Ro. 8:29-30; Ef. 1:13-14; Fil. 1:6; 1 Ts. 5:23-24; 1 P. 1:5; Jud. 1, 24). También enseña que a quienes Dios ha escogido de verdad, responderán en fe al evangelio y también perseverarán en la verdad hasta el final (cp. Mt. 24:13; 1 Co. 15:1-2; Col. 1:21-23; He. 2:1; 3:14; 4:14; 6:11-12; 10:39; 2 P. 1:10). Por una parte, esta perseverancia requiere el esfuerzo diligente de los creyentes (Fil. 2:12; 1 Ti. 4:7-8; He. 5:9). Por otra, es una obra que Dios realiza en los creyentes (Fil. 2:31; He. 13:21). De hecho, toda la vida cristiana (inclusive el deseo de ir en pos de la santidad) es un resultado de la gracia de Dios (cp. 1 Co. 15:10; 2 Co. 3:5). (Nótese la explicación en el capítulo siguiente de este comentario con respecto al poder de Dios para proteger la fe de quienes son suyos).

Los discípulos, siendo quienes habían recibido, creído y perseverado en la verdad, demostraron estar entre los elegidos de Dios. De los doce, solo Judas Iscariote no era escogido, fue el traidor del Señor “para que la Escritura se cumpliera” (Jn. 17:12; cp. 13:21-30).

PORQUE ELLOS ERAN UN REGALO DEL PADRE PARA ÉL

Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos. (17:9-10)

Los discípulos mostraban evidencia de lo que Jesús siempre había dado por cierto en ellos y había dicho antes—que fueron escogidos del mundo por el Padre como regalo para el Hijo—, porque habían respondido con fe y demostrado la autenticidad de su fe por medio de su obediencia

continua. Entonces esto provee la segunda y última razón por la cual Jesús confiaba en que el Padre le concedería su oración por los discípulos; el Padre se aseguraría de protegerlos y purificarlos porque eran el regalo a su Hijo (cp. vv. 11, 15, 17). Reiterando que hablaba exclusivamente **por los que** el Padre le dio, Jesús dejó claro que **no** rogaba **por el mundo**. Más bien, pedía por los suyos, quienes seguirían en el mundo después de su partida (vv. 11-12).

Es cierto que Dios muestra una clase de amor a todas las personas del mundo (la gracia común, según la llaman los teólogos), incluso a quienes rechazan el evangelio (cp. Mr. 10:21). Él ruega a los pecadores que se arrepientan (Ez. 18:23, 32; Hch. 17:30), les extiende la invitación del evangelio (Is. 55:1; cp. Mt. 11:28-30), “hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mt. 5:45; cp. Sal. 145:9; Hch. 14:17). Pero la obra intercesora de Cristo como sumo sacerdote es solo para quienes le pertenecen eternamente, porque el Padre se los regaló. De hecho, la única instancia conocida en el Nuevo Testamento donde Cristo ora por los no regenerados es en su grito de la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34). Esa oración es un modelo para los creyentes, los cuales deben amar a los enemigos y bendecir a quienes los aborrecen (Mt. 5:44; 2 Ti. 2:26). Pero el mundo irredento no era de su interés en esa oración. Su atención estaba en quienes el Padre le había entregado, por quienes estaba a punto de morir en expiación; para que estuvieran protegidos del mundo, especialmente durante los eventos inmediatos que rodearon su arresto, juicio y crucifixión.

“**Tuyos son, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío**” subraya su confianza en que los once pertenecían a Dios. Como los discípulos, todos los creyentes pertenecen al Padre, habiendo sido adoptados en su familia por medio del Hijo (cp. Ro. 8:14-17; Gá. 3:26; 4:5-7) y están sellados y limpios por el Espíritu Santo (Ef. 1:13-14; 4:30; Tit. 3:5). Pablo escribió a los corintios: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Co. 6:19-20; cp. 7:23). Los cristianos son los escogidos de Dios (Mt. 22:14; Jn. 13:18; Col. 3:12; 2 Ts. 2:13; 2 Ti. 2:10; Tit. 1:1; 1 P. 1:1-2; 2:9), sus hijos (Jn. 1:12; Ef. 5:1; Fil. 2:15; 1 P. 1:14; 1 Jn. 3:1-2), sus súbditos (Lc. 6:20; Jn. 3:3, 5; Hch. 14:22; Col. 1:13; 1 Ts. 2:12), sus esclavos (Hch. 4:29; Ro. 1:1; 1 Co. 7:22; Fil. 1:1; Col. 4:12; 2 Ti. 2:24; 1

P. 2:16) y sus ovejas (Sal. 100:3; Jn. 10:7-16, 26-28; 1 P. 5:2-4).

La declaración de Cristo “**todo... lo tuyo mío**” no es menos que una afirmación de deidad y de igualdad total con el Padre. De nuevo enfatizaba la unidad íntima entre el Hijo y el Padre (vv. 3, 6-7, 21, 23-24, 26; cp. 16:15). Que una simple criatura afirmara que **todo** lo de Dios era suyo habría sido un atrevimiento blasfemo. Solo quien sea Dios podría afirmar legítimamente ser propietario y gobernante de todas las cosas. Martín Lutero captó la importancia de esta afirmación:

Todos podemos decir que todo lo nuestro es de Dios. Pero esto es mucho mayor, Él da la vuelta y dice “todo lo tuyo es mío”. Esto no lo puede afirmar ante Dios ninguna criatura... La expresión “todo lo tuyo es mío” no excluye nada. Si todas las cosas son tuyas, entonces la deidad eterna también es suya; de otra forma no podría ni se atrevería a usar esa expresión (citado en R. C. H. Lenski, *The Interpretación of St. John's Gospel* [Interpretación del Evangelio de San Juan] [Reimpresión; Peabody: Hendrickson, 1998], pp. 1133-1134).

Como el Padre y el Hijo tienen **todo** en común, los creyentes también le pertenecen a Cristo (1 Co. 3:23; 15:23; 2 Co. 10:7; Gá. 3:29; 5:24). Quienes pertenecen al Padre, pertenecen al Hijo, y viceversa.

Incluso el Señor dijo que había **sido glorificado en ellos**. Aun hoy, la fe en Él como Hijo de Dios le da gloria. Entonces aquí Cristo da testimonio de que el don de la fe dado a los discípulos les permitió reconocerlo y confesarlo en el estado de humillación propia de Jesús. Después de su ascensión, en su ausencia, la gloria de Cristo continuaría mostrándose en la Tierra por medio de sus seguidores. Tal petición estaba en armonía perfecta con el propósito del Padre: darle al Hijo una humanidad redimida que lo glorificara para siempre.

La meta suprema de todo lo hecho por un cristiano es darle gloria a Dios. Pablo exhortó así a los corintios: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Co. 10:31). En su segunda carta añadió: “Por tanto procuramos también, o ausentes [en la tierra] o presentes [en el cielo], serle agradables [a Dios]” (2 Co. 5:9; cp. Ro. 14:7-8). Jesús ordenó a sus seguidores: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt. 5:16; cp. Fil. 2:15). Los creyentes han de reflejar la gloria de Dios en un mundo de

tinieblas. Pablo dejó clarísima esa gloria cuando escribió: “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (2 Co. 4:6-7). El deseo de glorificar a Cristo continuará por la eternidad, cuando los creyentes se unan a los ángeles en magnificar y exaltar al Hijo para siempre (cp. Ap. 4:8-11; 5:11-14; 19:6; 22:3-4).

Que los discípulos cambiaran (y los demás creyentes) de amantes rebeldes del mundo a adoradores santificados y glorificadores de Dios es un milagro de la gracia de Dios en la salvación. Aunque la regeneración ocurre en un momento particular, es un milagro planeado desde la eternidad y con implicaciones interminables en la eternidad futura. El Padre escogió y reclamó a todos los creyentes (incluidos los once discípulos) antes del inicio del mundo y los prometió al Hijo como expresión tangible de su amor infinito. Ese es el lado divino de la salvación. El lado humano es la perseverancia en la fe y la obediencia, por la cual los discípulos habían demostrado pertenecer verdaderamente a Dios.

De igual forma, los creyentes de todos los tiempos pueden tener la seguridad de que son verdaderamente salvos. Objetivamente, la certeza de la salvación viene de la promesa bíblica según la cual quien acepte sinceramente a Jesucristo como Señor y Salvador será salvo (Ro. 10:9-10). Subjetivamente, esa confianza se deriva de permanecer en la fe y continuar en obediencia en la vida de la persona, no importa cuáles sean las tentaciones o pruebas. Vea las palabras poderosas de Pedro:

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza,

gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas (1 P. 1:3-9; cp. Jn. 10:27; 15:10, 14; 1 Jn. 3:21-24; 4:20; 5:4; cp. Ap. 14:12).

Los verdaderos discípulos de Cristo, como los once, permanecen en su Palabra (Jn. 8:31) y obedecen sus mandamientos en amor (Jn. 14:15). Tal comportamiento solamente es posible porque Dios ha cambiado sus corazones, los ha llevado al Hijo (Jn. 6:44) y los ha regenerado a través del Espíritu (Tit. 3:5). Así, el apóstol Juan podía escribir:

Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo (1 Jn. 2:3-6).

Asegurar la preservación de la fe de los discípulos es una obra divina que el Señor hace mediante su poder (cp. Jn. 6:37-40). Nada puede separar a los suyos de su amor (Ro. 8:31-39); está dispuesto y “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (He. 7:25).

Dada su ausencia por estar cargando con los pecados, aunque solo fuera por unas horas, Jesús procedió a pedir al Padre protección para quienes le había dado. Aun así, al hacer esta petición, Jesús expresó la certeza absoluta en que el Padre haría como él le había pedido. Su confianza no estaba en la firmeza o el ingenio de los discípulos, sino en el amor y el poder de su Padre (cp. Jn. 10:28-30). Sabía con seguridad que el Padre lograría y aseguraría en el presente lo prometido por Él desde la eternidad.

65 Jesús ora por sus discípulos—Segunda parte: Como aquellos que está por dejar

Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliese. Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. (Jn. 17:11-19)

A través de Cristo, todo creyente tiene acceso directo al trono de Dios. Pueden acercarse “confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (He. 4:16). Aunque antes eran sus enemigos, han sido reconciliados con Dios (2 Co. 5:17-18), habiendo sido adoptados en su familia “por la fe en Cristo Jesús” (Gá. 3:26; cp. 4:5-6; Ro. 8:15-17). Como son sus hijos, el Dios glorioso del universo responde a sus oraciones con misericordia, disposición y amor, sin importar cuán pequeños o débiles parezcan (véase la explicación de 16:26-27 en el capítulo 61 de esta obra).

Además de las oraciones personales, los creyentes también tienen las oraciones de los demás, quienes interceden por ellos. El apóstol Pablo enfatizó la necesidad de esa clase de intercesión en los párrafos finales de su epístola a los efesios:

Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca

me sea dada palabra para dar a conocer con desnudo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con desnudo hable de él, como debo hablar (Ef. 6:18-20).

Habiendo advertido a sus lectores sobre la realidad de la guerra espiritual (Ef. 6:10-17), Pablo enfatizó la importancia crítica de suplicar “por todos los santos” (v. 18). “Orad por nosotros” era una solicitud recurrente de Pablo en sus cartas (1 Ts. 5:25; 2 Ts. 3:1; He. 13:18; cp. Col. 4:2-3; 1 Ti. 2:7-8). Como Pablo, el venerable Spurgeon entendió con agudeza la importancia de la oración intercesora. Se dirigió a su congregación con estas palabras dramáticas:

¡Ah, que Dios me ayude si ustedes dejan de orar por mí! Déjenme saber de ese día, y yo dejaré de predicar. Déjenme saber cuando pretendan parar sus oraciones y yo clamaré: “Ah, mi Dios, dame en ese día la tumba y déjame dormir en el polvo” (Charles Spurgeon, “Prayer—The Forerunner of Mercy” [La oración; la predecesora de la misericordia] en *The New Park Street Pulpit* [Pasadena: Pilgrim, 1981]; pp. 3-255-256).

La intercesión de los cristianos unos por otros es elemento esencial de la vida espiritual de la Iglesia y el Nuevo Testamento contiene múltiples ejemplos de ello (p. ej., Hch. 12:5; 20:36; 21:5; 2 Co. 1:11; 9:14; Ef. 1:16; 6:18-19; Fil. 1:4; Col. 4:12).

Pero los otros cristianos no son los únicos en interceder a favor del creyente. El Espíritu Santo “nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Ro. 8:26). Las perspectivas distorsionadas, las imperfecciones humanas y las limitaciones espirituales que plagan a los cristianos en esta vida, evitan que oren como deberían hacerlo; en absoluta coherencia con la voluntad de Dios. Pero el Espíritu que mora en ellos intercede a favor de cada cristiano, y lleva sus necesidades ante Dios con fidelidad, aun cuando el cristiano esté confundido en cuanto a cuáles son sus verdaderas necesidades. Las oraciones del Espíritu siempre tienen respuesta “porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (v. 27).

Aun así, más allá de todo eso, alguien más intercede por los creyentes: el mismo Señor Jesucristo, el cual está “sentado a la diestra de Dios”

(Col. 3:1) y “siempre para interceder por ellos” (He. 7:25). Como el Espíritu, el Cristo bendito intercede continuamente por los suyos, a menudo en respuesta a las acusaciones de Satanás (1 Jn. 2:1; Ap. 12:10) y siempre de acuerdo con la voluntad de Dios. Su mediación e intercesión es tan real e indispensable como su expiación. La muerte del Señor Jesucristo dio vida eterna a los creyentes; su obra intercesora a favor de ellos sustenta esa vida, los lleva de la justificación a la santificación y a la glorificación (cp. Ro. 8:30). Su intercesión es la garantía que sostiene la promesa de Cristo: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera... Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero” (Jn. 6:37, 40).

La oración de Cristo en este capítulo proporciona una previsión invaluable de su obra actual de intercesión, que no comenzó formalmente hasta después de su ascensión. Al confiar al Padre sus seguidores e interceder por ellos a unas cuantas horas de la cruz, Jesús mostraba vívidamente la profundidad de su comunión con Dios y su compasión por los suyos. Como observa una comentarista, la magnificencia sublime de este aspecto de la oración...

Sobrepasa toda la literatura en establecer la identidad del ser, el poder y el amor en la personalidad doble del Dios-Hombre. Nos transporta al propiciatorio, a los cielos de los cielos, al mismo corazón de Dios; y encontramos allí una presentación del amor más misterioso e incomprensible por la raza humana, plasmado en la Persona, consagrada en las palabras, del Hijo Unigénito (H. R. Reynolds, *St. John* [San Juan] en H. D. M: Spence y Joseph S. Exell, eds., *The Pulpit Commentary* [Comentario del púlpito] [Grand Rapids: Eerdmans, 1981], p. 17:340).

Esta petición marca la transición de su ministerio terrenal a su ministerio celestial. Jesús ascendió al cielo después de completar su obra de redención en la cruz y de triunfar sobre el pecado, la muerte y las fuerzas del infierno. Allí continuó intercediendo por nosotros (Ro. 8:34), sentado “a la diestra de Dios” (Col. 3:1; He. 10:12; 1 P. 3:22; cp. Mt. 22:44; 26:64; Hch. 2:33-34; 5:31; 7:55-56; Ef. 1:20; He. 1:3; 8:1; 12:2).

La oración se ha dividido en tres secciones. En la primera (vv. 1-5), Jesús oró por su gloria; en la última (vv. 20-26), oró por todos los

creyentes. Pero entre las dos, el Señor oró específicamente por los once discípulos; por quienes el Padre le dio (vv. 6-10) y a quienes estaba a punto de despedir (vv. 11-19).

Los doce habían estado presentes en el aposento alto cuando Jesús lavó sus pies (13:5) y cuando comieron la última cena juntos (13:12). Pero no todos los doce eran verdaderos discípulos (cp. 6:66; 8:31). Uno de ellos, Judas el hijo de Simón Iscariote, era traidor (13:21); una característica que había ocultado a todos menos a Cristo (13:11). De hecho, cuando Jesús mencionó que alguien lo traicionaría, ningún otro discípulo sospechó de Judas (13:22). Después de exponer a Judas como traidor, le dijo: “Lo que vas a hacer, hazlo más pronto” (13:27). Pero ni siquiera entonces lo comprendieron los discípulos “porque algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diese algo a los pobres” (13:29).

Una vez Judas se fue, solo quedaron los once. (Después de la resurrección y la ascensión, seleccionarían a Matías como reemplazo de Judas [Hch. 1:26]). A ellos Jesús les habló las palabras profundas del discurso en el aposento alto (Juan 14—16). Y oró por ellos específicamente en los versículos 6-19.

Un vistazo rápido al comportamiento de aquellos once subraya la necesidad de la oración de Jesús por ellos. El primero entre los apóstoles era Pedro (Mt. 10:2-4; Mr. 3:16-19; Lc. 6:14-16; Hch. 1:13), cuya franqueza característica (cp. Mt. 16:21-23) le había valido una reprensión del Señor en esa noche. Después de prometer con ímpetu que moriría por Jesús, le oyó esta respuesta escalofriante: “¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces” (Jn. 13:38). Pedro, quien había estado preocupado por quién traicionaría a su Maestro (13:24), debió de quedar profundamente consternado por la predicción del Señor sobre él. Esto, con seguridad, además de darse cuenta de que Jesús se iba, pesó en su corazón mientras oía la intercesión del Señor por él.

Los otros discípulos también estaban consternados pensando en la ausencia de Cristo. Su propia debilidad y aparente falta de preparación habría sido la preocupación inevitable. Ninguno de ellos parecía muy inteligente o ingenioso. No eran altamente educados (Hch. 4:13), ni tenían muchos recursos materiales, pues lo habían dejado todo por seguir a Jesús (Mr. 10:28). Muchos eran pescadores comunes y corrientes (Pedro, Andrés, Jacobo y Juan, definitivamente lo eran [cp. Mt. 4:18-21]), posiblemente Tomás, Felipe y Natanael [Bartolomé] también lo eran [cp.

Jn. 21:2-3]). Los otros venían de trasfondos menos prestigiosos. Mateo había sido recaudador de impuestos (Mt. 9:9), luego despreciado por los judíos; mientras Simón había sido un político revolucionario (como lo indica “Zelote”, su nombre; Lc. 6:15; Hch. 1:13), luego despreciado por los romanos.

Eran hombres comunes y corrientes con debilidades comunes y corrientes. Pedro era impetuoso (como ya se dijo); Tomás era escéptico (Jn. 20:25) y Santiago y Juan eran exaltados, “hijos del trueno” (Mr. 3:17; cp. Mr. 9:38; Lc. 9:52-54). Como Felipe (Jn. 6:5-7; 14:8), el resto carecía de percepción espiritual. Como Tadeo (cp. Jn. 14:22), el resto no entendía el papel de Cristo en su primera venida (de siervo sufriente). Como los hijos de Zebedeo (Mt. 20:21-22), el resto evidenciaba orgullo y deseo de tener una posición preeminente (Mt. 20:24). Y como Pedro, (Jn. 13:38), cuyo nombre significaba “piedra” (Mt. 16:18), todos se volvieron cobardes cuando arrestaron al Señor (Jn. 16:32). De hecho, su resolución espiritual era tal que cuando deberían haber estado orando, en el momento de la agonía suprema de Cristo (Lc. 22:44), Jesús los encontró durmiendo (v. 46).

Desde la perspectiva humana, este grupo de seguidores era todo menos extraordinario o impresionante (cp. 1 Co. 1:16-31). Aun así, habiendo recibido la responsabilidad de llevar el evangelio por el mundo (Mt. 28:18-20; cp. Hch. 1:8) y de pastorear a la Iglesia con sus enseñanzas y supervisión (cp. Hch. 2:42; 6:4), ellos estaban llamados a continuar la obra de Jesús después de que Él se fuera. Jugaban un papel vital en el futuro de la fe cristiana, porque Dios los había escogido para contarle al mundo la redención por medio de su Hijo (cp. Ef. 2:20).

Entonces, no sorprende que Jesús intercediera por ellos y gran parte de su oración se concentrara en estos once hombres. La confianza de Jesús no estaba en la resolución de ellos (de la cual tenían poca), sino en el poder y amor de su Padre. Jesús sabía que el Padre oíría y respondería sus oraciones, no porque los once fueran capaces inherentemente, sino porque era parte de quienes el Padre le había prometido antes de la fundación del mundo. La realidad llamativa de la oración no está en que buscara cambiar la voluntad de Dios, sino en pedir su cumplimiento. Más aún, el Señor oró a propósito en voz alta, de modo que sus discípulos pudieran oírlo, recibir fortaleza y ánimo.

En poco tiempo Jesús **ya no** estaría **en el mundo** para proteger y cuidar a los discípulos, aunque ellos seguirían **en el mundo**. Su uso del tiempo presente es indicativo del hecho de que, después de lo que estaba

por acontecer, su misión terrenal estaría completa. Ya el tiempo no era futuro, había llegado. Él se iba mientras ellos se quedaban. Aunque seguramente ellos querrían irse con Él (cp. 14:1-6) era crucial que, mientras tanto, se quedaran y llevaran el evangelio por el mundo (cp. Mt. 28:18-20; Jn. 17:18; Hch. 1:7-8). Esta intercesión por ellos era importante puesto que, si los discípulos no se hubieran quedado como testigos del evangelio, en el plan de Dios no habría habido iglesia ni futuras generaciones de creyentes. Fue un medio de Dios para activar su voluntad.

Y **el mundo**, donde los discípulos permanecerían, era hostil con ellos. Después de todo, era un lugar de rebelión odiosa contra Dios y contra su Hijo (Jn. 1:11; 7:7; 15:18-19; 16:33; cp. Lc. 21:12-19). Una vez Jesús se fue, el antagonismo contra Él (bajo la dirección de Satanás; cp. Jn. 14:30; 16:11) se volvería contra los discípulos. Por lo tanto, necesitaban mucho la protección del Padre en el mundo que los rodeaba. El mundo, en oscuridad y confusión espiritual (Jn. 1:5; 3:19; 8:12; 9:39; 12:46), daba cabida a los pecados y tentaciones de todo tipo; desde las “doctrinas de demonios” (1 Ti. 4:1) hasta los actos abominables de los paganos, vergonzosos hasta para mencionarlos (cp. Ef. 5:12). De este modo, los discípulos también necesitarían el poder y la gracia santificadores y purificadores del Padre para proclamar el evangelio.

Habiendo determinado las razones por las cuales Jesús sabía que el Padre respondería su oración (en los vv. 6-10), hizo dos peticiones por los discípulos: Que recibieran la protección espiritual (en los vv. 11b-16) y la pureza santificadora (vv. 17-19) del Padre.

LA PETICIÓN DE PROTECCIÓN ESPIRITUAL

Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliese. Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. (17:11b-16)

Jesús comenzó las peticiones por sus discípulos dirigiéndose a Dios como “**Padre santo**” (un título para Dios que solo se encuentra aquí). El énfasis en la santidad de Dios determina el escenario en el resto de esta sección (en los vv. 11-19); enfoca la santidad de los discípulos en medio del mundo impío y hostil. Su relación con Dios era de santificación. No eran hombres santos, pero por medio del Hijo habían sido llevados a una relación de purificación con el Dios Santo.

La primera petición de Jesús, guardarlos (reiterada en el v. 15), es una petición por la seguridad espiritual de los discípulos. El **nombre** de Dios representa todo lo que es, en este caso con marcado acento a su santidad (pues Jesús acababa de referirse a Él como “Padre santo”). Jesús pidió al Padre guardar a los discípulos de acuerdo con su carácter santo y sus atributos. Esa petición es más abarcadora, se extiende a todos los creyentes. Así lo explica A. C. Gaebelein:

Ese guardar significa todo. Guardarlos de alejarse; de las malas doctrinas; de que los venza la pena, la tribulación o el sufrimiento; guardarlos en la vida y en la muerte. De esta primera petición de nuestro Señor aprendemos la seguridad absoluta del verdadero creyente. Si un creyente verdadero, uno que pertenece a Cristo, quien ha sido entregado al Hijo por el Padre, por quien el Hijo de Dios intercede, puede perderse, significaría la pérdida de la gloria de Cristo, la pérdida de una parte de las penas de su alma (*The Gospel of John* [El Evangelio de Juan] [Wheaton: Van Kampen Press, 1936], p. 320).

El Señor enfatizó de nuevo su unidad perfecta con el Padre señalando que el nombre del Padre también es el nombre que el Padre ha dado al Hijo [N.T.: Cp. Jn. 17:11*b* en la NVI]. El carácter santo de Dios se reflejaba perfectamente en Él. “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”, había escrito Juan antes en su Evangelio (1:18). Jesús había aportado a los discípulos la descripción perfecta de quién era Dios y qué espera.

La protección del Padre era esencial para los discípulos al menos por dos razones. Primera, aseguraba su glorificación, así como la de los demás creyentes. Los cristianos están “guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero” (1 P. 1:5). Según Romanos 8:29-30,

el cuidado providencial de Dios forja una cadena irrompible que va desde la eternidad y hasta la eternidad: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”.

Segunda, la protección del Padre también aseguraba la unidad entre ellos; **que fueran uno, así como** Cristo y el Padre. La unidad que el Señor tenía en mente es la unidad espiritual que todos los creyentes poseen; es decir, la vida de Dios en sus almas regeneradas, asegurándolos para siempre por su poder y presencia. El énfasis aquí no está en la unidad visible y fluctuante de la Iglesia, sino en la unidad constante, real e invisible. El Señor ora por la unidad esencial de los creyentes, compartida en la vida eterna común. Esta oración se responde cada vez que un pecador se regenera.

La unidad de la vida eterna invisible, implantada en los seguidores de Cristo, es el fundamento de la unidad visible que cruza todas las líneas organizacionales, que produce el evangelio y testimonio eficaz para los perdidos (véase la exposición de 13:35 en el capítulo 49 de esta obra). El Espíritu Santo, que mora en todos los creyentes (Ro. 8:9), la produce (Ef. 4:3). Prácticamente, esta unidad espiritual de la vida divina produce el amor común por el Señor (1 Jn. 4:19-21), el compromiso con su Palabra (Ef. 4:13), el afecto por su pueblo (Col. 3:14) y la separación de lo impío y lo mundano (1 Jn. 2:15-17).

Durante el ministerio terrenal de Jesús, **Él los guardaba en el nombre** del Padre. De hecho, guardó tan bien a los discípulos que **ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición**. El Señor les había enseñado, les había dado poder y los había protegido de los ataques de las autoridades judías hostiles (cp. Mt. 12:2-8; 15:2-9). En Getsemaní lo volvería a hacer en poco tiempo (Jn. 18:4-9). Jesús usó dos palabras griegas diferentes para “guardaba” (*tēreō*) y “guardé” (*phulassō*). La primera habla de protección por medio de la restricción y conlleva la idea de preservar o vigilar. Se usa a menudo en el Evangelio de Juan para referirse a guardar las palabras de Dios o los mandamientos. La segunda se refiere a protección de los peligros externos. Es un acto de salvaguardar, se usa en Lucas para describir al hombre fuerte que guarda su casa (Lc. 11:21). En conjunto, las palabras dan una descripción de la liberación completa de todos los peligros y de la seguridad eterna. El Hijo le pide al Padre que asegure sus discípulos sabiendo que esa es la

voluntad del Padre (Jn. 6:39). El Hijo omnisciente siempre oraba en acuerdo perfecto con su Padre (Jn. 5:30). La tarea de asegurar a su pueblo es la obra de toda la Trinidad. Juan 5:17-19 dice:

Jesús les respondió [a sus oponentes judíos]: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. Por esto los judíos aún más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios. Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente.

En Efesios 1:13-14 Pablo escribió:

En [Cristo] también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.

La pérdida de Judas, **el hijo de perdición**, no se debió a que Jesús no lo hubiera guardado. Todo el tiempo supo que era un discípulo falso (6:70-71). La apostasía de Judas estuvo lejos de tomar a Jesús por sorpresa, ocurrió **para que la Escritura se cumpliera** (véase la explicación de 13:18 en el capítulo 48 de esta obra; cp. Sal. 41:9; 109:8; Hch. 1:20). Por supuesto, Judas aún era personalmente responsable por sus acciones impías (cp. Mt. 26:24 y Mr. 14:21). Como Leon Morris escribe correctamente:

La referencia al cumplimiento de las Escrituras resalta el propósito divino. No quiere decir que Judas fuera un autómata. Era una persona responsable y actuó en libertad. Pero Dios usó las malas obras de este hombre para llevar a cabo su propósito. Hay una combinación entre las voluntades divina y humana, pero en este pasaje el énfasis está en el aspecto divino, no el humano. Al final, cuando entregó a Jesús para ser crucificado, se hizo la voluntad de Dios (Leon Morris, *El Evangelio según*

Juan [Barcelona: Clie, 2005], p. 645 del original en inglés).

(Para mayor explicación sobre la interacción entre la responsabilidad humana y la soberanía divina, véase la introducción al capítulo anterior de esta obra). Aun así, lo que Judas (y Satanás; Jn. 13:27) pretendieron para mal, Dios lo obró para bien en sus propósitos perfectos (cp. Gn. 50:20; Ro. 9:17). Dios usaría el acontecimiento más horrible de la historia humana—la muerte de su Hijo—como medio para expiar los pecados de sus elegidos.

Las Escrituras proféticas cumplidas en Jesús eran ciertamente mucho más amplias que aquellas referentes a Judas. El Antiguo Testamento predijo que Cristo sería descendiente de Abraham (Gn. 22:18), de la tribu de Judá (Gn. 49:10), de la familia de Isaí (Is. 11:1), del linaje de David (Jer. 23:5). Nacería en Belén (Mi. 5:2), tendría un precursor (Is. 40:3; Ma. 3:1), comenzaría su ministerio en Galilea (Is. 9:1; Cp. Mt. 4:12-17), el Espíritu lo ungiría (Is. 11:2; cp. Mt. 3:16-17), tendría un ministerio de milagros (Is. 35:5-6; cp. Mt. 9:35) y llevaría sanidad y vida a su pueblo (Is. 61:1-2; cp. Lc. 4:18). Al final de su ministerio entraría a Jerusalén en un asno (Zac. 9:9; Lc. 19:35-37). Luego, habiendo sido rechazado por los líderes judíos (Sal. 118:22; cp. 1 P. 2:7), lo acusarían falsamente (Is. 53:7; Mt. 27:12), lo harían sufrir (Is. 53:5-6; cp. Mt. 26:67) y lo crucificarían con ladrones (Is. 53:12; cp. Mt. 27:38). Más aún, se dividirían su ropa (Sal. 22:18; cp. Jn. 19:23-24), perforarían su costado (Zac. 12:10; cp. Jn. 19:34) y sepultarían su cuerpo en la tumba de un rico (Is. 53:9; cp. Mt. 27:57ss.). Todo esto ocurrió tal como se había predicho en el Antiguo Testamento.

Por lo tanto, después de su resurrección, Jesús reprendió a dos seguidores suyos en el camino a Emaús, por no entender lo revelado en las Escrituras sobre la necesidad de su sufrimiento y muerte (Lc. 24:25-26). Lucas registra: “Comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (v. 27). Jesús sabía que la traición de Judas había sido parte del plan divino desde siempre. Judas no desertó porque Jesús no lo hubiera protegido. Más bien, Judas cayó porque nunca fue un verdadero discípulo de Cristo y no tenía vida espiritual; y porque su papel en la muerte de Jesús era parte del plan predeterminado por Dios en su soberanía.

Confiado en el cuidado protector del Padre por los discípulos, el Señor contempló su regreso al Padre. Reconoció: **“Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí**

mismos". Por tercera vez en aquella noche, Jesús habló de la alegría de su legado para sus seguidores (cp. 15:11; 16:20-24). Inevitablemente, entender la protección del Padre (cp. Ro. 8:33-39) y la intercesión de Cristo, producía gozo en el corazón de los discípulos. Debió ser una experiencia maravillosa para los discípulos el oír la oración del Señor al Padre por ellos para garantizar su gloria eterna y quitar todo temor de que fracasaran o perecieran. En otra parte, Jesús ya había orado para que los discípulos compartieran la plenitud de su vida (Jn. 10:10; 11:25-26) y de su paz (14:27); ahora oraba por la plenitud de su gozo. Todo este cuidado y atención por los suyos es enriquecedor porque revela su amor por ellos (Jn. 13:1; Ro. 8:35-39).

El uso del adjetivo posesivo *mi* indica que no se trataba de cualquier clase de alegría. Era su gozo; aquel cuya base era Él y Él había experimentando. Era el gozo "puesto delante de él" (He. 12:2); gozo que no se encontraba en las circunstancias inmediatas, sino en los propósitos eternos de Dios. No era el gozo proveniente de la felicidad momentánea, sino de saber que el Padre estaba complacido con su obediencia perfecta (cp. 2 Co. 4:17-18). Los discípulos compartirían ese gozo al experimentar la vida eterna que Jesús hizo posible por medio de su muerte (cp. 16:22; 17:3, 18). Todos los creyentes de todas las generaciones posteriores a los once, han compartido la misma clase de gozo.

Habiendo hablado solamente la verdad divina, Jesús **les** había **dado** la **palabra** de Dios que el mundo rechazó (5:38). En el pasado, Dios había hablado mediante sus profetas; pero ahora había hablado mediante su Hijo (He. 1:1-2; cp. Jn. 1:1, 18). Aun así, tal como el mundo había rechazado antes el mensaje de los profetas, también rechazó el mensaje del Hijo (cp. Mr. 6:1-12). Juan escribió lo siguiente sobre Jesús: "A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron" (Jn. 1:11). El Señor reprendió a sus oponentes con estas palabras: "También el Padre que me envió ha dado testimonio de mí. Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto, ni tenéis su palabra morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis" (Jn. 5:37-38). Y después: "Si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?" (5:46-47).

A diferencia del mundo, que rechazó el mensaje de Cristo, los discípulos habían recibido y creído en su Palabra (Jn. 17:8). Por ello **el mundo los aborreció**, tal como aborreció a Jesús. Después de todo, **no eran del mundo, como tampoco** Jesús era **del mundo** (8:23). Puesto que los discípulos habían nacido de nuevo (3:3, 5), su ciudadanía ya no

estaba en el mundo, sino en los cielos (Fil. 3:20); por eso eran extranjeros y peregrinos en esta tierra (cp. 1 P. 1:1; 2:11).

A pesar de que no eran parte del mundo, Cristo no pidió al Padre que los quitara del mundo. Él le dijo claramente: “**No ruego que los quites del mundo**”. La promesa anterior de Jesús a ellos no fue quitarlos del mundo, sino triunfar sobre el mundo en Él (cp. 16:33). Los verdaderos creyentes de hoy, como los discípulos, están en el mundo sin ser parte de su sistema maligno. Santiago declaró con fuerza: “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Stg. 4:4; cp. 1:27). El apóstol Juan ordenó a los creyentes: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Jn. 2:15).

Pablo explicó a los corintios: “No [se trata de no juntarse] absolutamente con los fornicarios de este mundo, o con los avaros, o con los ladrones, o con los idólatras; pues en tal caso [les] sería necesario salir del mundo” (1 Co. 5:10). Por el contrario, los creyentes han de alcanzar el mundo perdido con la verdad del evangelio (cp. Mt. 5:13-16). Esa es la razón primaria para seguir aquí; es la única cosa que no podrían hacer mejor en el cielo. La verdad gloriosa es que quien “invocare el nombre del Señor, será salvo” (Ro. 10:13). Pero entonces Pablo procede a preguntarse: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” (v. 14). Lejos de llevarse del mundo a los creyentes, Dios “[les] encargó... la palabra de la reconciliación. Así que, [son] embajadores en nombre de Cristo” (2 Co. 5:19-20).

Aunque no pide sacarlos del mundo, reitera la petición básica del versículo 11, que mientras vivan en el mundo, el Padre **los guarde del mal**. No hay nada que Satanás (el príncipe de este mundo; Ef. 2:2) prefiriera mejor que destruir la fe salvadora; arrebatarse un alma de la seguridad de las manos de Cristo y del Padre (10:28-29) sería su deseo. Intentó destruir la fe de Job, pero después de todas las calamidades que Satanás le envió, la respuesta de Job mostró que la fe proporcionada por Dios no se puede destruir. La fe permanece por el poder divino:

Job respondió entonces al SEÑOR. Le dijo: “Yo sé bien que tú lo puedes todo, que no es posible frustrar ninguno de tus planes. ‘¿Quién es éste—has preguntado—, que sin conocimiento oscurece mi consejo?’. Reconozco que he

hablado de cosas que no alcanzo a comprender, de cosas demasiado maravillosas que me son desconocidas. ‘Ahora escúchame, que voy a hablar—dijiste—; yo te cuestionaré, y tú me responderás’. De oídas había oído hablar de ti, pero ahora te veo con mis propios ojos. Por tanto, me retracto de lo que he dicho, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:1-6, NVI).

Satanás también buscó destruir la fe de Pedro. Jesús le advirtió: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por tí, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lc. 22:31-32). Ciertamente es que Pedro falló miserablemente cuando negó al Señor, pero su fe permaneció. Pedro se arrepintió (cp. Mt. 26:75), Jesús lo restauró (Jn. 21:15-19) y fue un evangelista poderoso para Cristo en la iglesia naciente (Hch. 2—12). La intercesión del Señor por su pueblo garantiza que ninguno de ellos será reclamado por Satanás.

Cuando concluyó su primera petición por los discípulos, Jesús reiteró el hecho de que **no son del mundo, como tampoco Él era del mundo**. Por una parte, esto quería decir que enfrentarían la persecución del mundo; porque los tratarían de incrédulos, como sucedió con Cristo. Sin embargo, por otra parte, quería decir que disfrutarían la protección del Padre; porque el Padre los trataría del mismo modo que a Cristo. Por lo tanto, el versículo 16 es más que una simple redeclaración del versículo 14. Es una reiteración del Hijo, ante el Padre, de la solidaridad que compartía Él con quienes dejaba en el mundo.

LA PETICIÓN DE LA PUREZA SANTIFICADORA

Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. (17:17-19)

Habiendo orado por protección espiritual para ellos, Jesús continuó pidiendo al Padre la santificación y purificación de los discípulos en tanto se preparaban para predicar la verdad al mundo. No era suficiente salvaguardarlos de los males externos. También debían conformarse internamente más y más al Hijo. Aunque ya habían sido limpiados (en cuanto a la salvación; Jn. 15:3), aún necesitaban lavar sus pies

ocasionalmente de la mugre de este mundo (Jn. 13:10; cp. He. 12:1-2; 1 Jn. 2:1-2). El maligno intentaría activamente descarriar esta obra de santificación, pero el Padre la garantizaba mediante la Palabra de verdad (v. 17), por el poder del Espíritu de la verdad (14:17; 15:26; 16:13).

Por lo tanto, Jesús pidió a su Padre santificarlos **en su verdad**, para apartarlos del pecado. El instrumento de la santificación es la **palabra** de Dios revelada en las Escrituras, contenida en los Testamentos Antiguo y Nuevo, cuya totalidad **es verdad**. La Palabra de Dios y la verdad son sinónimos.

“Tu palabra es verdad” certifica la infalibilidad de la Palabra, sin ninguna excepción de ella. La prenda santa de la Palabra no tiene remiendos; no tiene roturas de error—entiéndase errores—que hoy deban coserse. “Tu palabra” quiere decir toda ella, la Palabra del Antiguo Testamento que Jesús aprobó una vez tras otra, más la revelación que Jesús añadió en persona, con la promesa de preservación perfecta a través del Paracleto (14:26; 16:13) (R. C. H. Lenski, *The Interpretación of St. John's Gospel* [Interpretación del Evangelio de San Juan] [Reimpresión; Peabody: Hendrickson, 1998], p. 1149).

A lo largo de todo su ministerio, Jesús dio preponderancia a la Palabra de Dios escrita. Consideraba palabra de Dios las Escrituras del Antiguo Testamento (cp. Mt. 15:6; 22:31) y afirmó repetidas veces su infalibilidad (Mt. 5:18; Jn. 10:35) y su precisión histórica (véase el testimonio de Jesús sobre la historicidad de varios personajes del Antiguo Testamento como Jonás [Mt. 12:40], Noé [Mt. 24:38], Moisés [Mr. 12:26], Abel [Lc. 11:51], Lot [Lc. 17:29] y la mujer de Lot [Lc. 17:32]). A los fariseos dijo: “Más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que se frustré una tilde de la ley” (Lc. 16:17). Hasta consideraba que el Antiguo Testamento se cumplía perfectamente en Él (Mt. 5:17; Lc. 24:27; Jn. 5:39; 13:18; cp. Hch. 13:27); de modo que quienes lo rechazaban a Él, rechazaban simultáneamente las Escrituras (Jn. 5:46-47). Durante su ministerio, Jesús consideró palabra de Dios sus propias palabras (Jn. 7:16; 8:26-28, 38; 12:49; 14:10, 24) pues revelaba al Padre mediante todo lo que decía o hacía (Jn. 1:18; 6:69; cp. He. 1:1-2; 1 Jn. 1:1-3). Cuando estaba a punto de partir, mientras estaba en el aposento alto con los discípulos, prometió a los once que por medio de ellos revelaría el resto de su palabra (Jn. 14:26; 15:26-27; 16:12-15). Esa promesa se cumplió en el Nuevo

Testamento.

Así, al referirse a la **palabra** que es **verdad**, Jesús no hablaba solamente de sus palabras inmediatas (como si las letras en rojo de las Escrituras fueran las únicas palabras verdaderas), sino de la totalidad de las Escrituras. Su revelación estaba en perfecta armonía con la del Antiguo Testamento y sus discípulos estaban autorizados por Él para dejar constancia de la revelación que les daría por medio de su Espíritu. Toda ella, desde Génesis hasta Apocalipsis, es verdad (cp. Sal. 19:7; 119:160). Y toda ella es necesaria para la santificación del creyente (cp. Ef. 5:26; 2 Ti. 3:16-17). Muchos años después, el apóstol Pedro instruiría así a los cristianos de Asia Menor: “Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 P. 2:2). El salmista escribió: “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Sal. 119:11). Pablo dijo a los ancianos de Éfeso: “La palabra de su gracia... tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados” (Hch. 20:32).

Solo los creyentes santificados están listos para ser enviados **al mundo**, tal **como** el Padre envió a Cristo al mundo. Estas palabras, dirigidas a los once, sirvieron de avance a la gran comisión que el Señor les daría a estos mismos discípulos después de su resurrección (Mt. 28:18-20; cp. Hch. 1:7-8). Una vez apartados del mundo y transformados por la gracia de Dios, los discípulos serían heraldos de esa gracia al mundo que los rechazaba. De la misma forma en la cual eran discípulos de Jesús, debían hacer discípulos en “todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que [Cristo les había] mandado” (Mt. 28:19-20). Tal como el Padre envió a Jesús al mundo, ahora Jesús enviaba a los discípulos al mundo. Por medio del testimonio de ellos, el mundo sería expuesto al evangelio y muchos llegarían a la fe salvadora.

Pero tal salvación no habría sido posible sin la muerte en sacrificio del Hijo. El Señor regresó a ese pensamiento en el versículo 19, lo que estaba por pasar en la cruz—reconoció—haría posible la salvación de los once y de quienes se salvarían por el ministerio extendido de ellos. **Por** los discípulos se santificaría Jesús; esto es, se apartaría para obedecer en justicia la voluntad del Padre, para morir en la cruz. Solo porque Él expió los pecados de los discípulos, podían ellos ser **santificados en la verdad** (cp. He. 10:10; 13:12). Habiendo sido justificados por medio de la fe en Él (cp. Rdo. 5:1, 8), se conformarían ellos más y más a su imagen perfecta (Ro 8:29; cp. Fil. 2:12-13; 3:21).

Como siempre, Jesús fue coherente en su oración con la voluntad del Padre. Le pidió hacer lo que había predeterminado desde la eternidad: derramar su amor, gracia, misericordia y poder sobre quienes había escogido y entregado a Jesús. Sobre esa base, Cristo apeló al Padre para proteger y asegurar a los discípulos. Estos hombres, junto con el apóstol Pablo (1 Co. 15:8), guardados por el Padre, con la intercesión de Cristo y la morada en ellos del Espíritu Santo, proporcionarían el fundamento sólido sobre el cual descansarían todos los creyentes de todas las épocas siguientes (Ef. 2:20).

66 Jesús ora por todos los creyentes— Primera parte: Que estén unidos en la verdad en el presente

Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. (17:20-23)

Como se indicó en el capítulo anterior, la unidad por la que Cristo oró no es externa, u organizacional, sino interna, espiritual, con base en la vida en Cristo de los creyentes. Por causa de esa unión con Jesucristo—pues “el que se une al Señor, un espíritu es con él” (1 Co. 6:17)—todos los creyentes son uno entre ellos también (Gá. 3:28). Así lo dice la Confesión de fe de Westminster: “La Iglesia católica o universal, que es invisible, está compuesta por el número total de elegidos que han sido, son o deben ser, reunidos a una, bajo Cristo, quien es su cabeza; y es la esposa, el cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo” (25.1)

¿Cómo se manifiesta la unidad espiritual en la práctica? En Filipenses 2:2 Pablo detalló cuatro señales de la unidad que caracteriza a la verdadera Iglesia.

Primera, la unidad motiva que los creyentes sientan “lo mismo”. No quiere eso decir que compartan todos los mismos gustos y desagradados. Tampoco implica completo acuerdo en los temas doctrinales secundarios en los cuales difieren los cristianos. Más bien, significa que los creyentes verdaderos están controlados por el conocimiento profundo de la Palabra de Cristo, que se activa en ellos por el poder del Espíritu (cp. Col. 3:16). Mantienen la misma actitud espiritual porque caminan en el Espíritu.

Segunda, la unidad produce creyentes que tienen “el mismo amor”; esto es, se aman igualmente entre ellos. Eso no quiere decir que tengan el

mismo compromiso emocional con todos, eso sería imposible. El amor en perspectiva aquí es amor *agapē*, no amor de atracción emocional, sino de la voluntad y la elección. Se expresa cuando los creyentes “[se aman] los unos a los otros con amor fraternal; [y] en cuanto a honra, [se prefieren] los unos a los otros” (Ro 12:10). Este ha sido “derramado en [sus] corazones por el Espíritu Santo que [les] fue dado” (Ro. 5:5).

Tercera, la unidad da como resultado creyentes “unánimes”. La palabra griega significa literalmente “de un alma”. Hace referencia al compromiso común y apasionado con los mismos objetivos espirituales. Por definición, excluye actitudes divisorias como ambición personal, egoísmo, odio, envidia, celos y las innumerables manifestaciones del mal fruto del amor propio.

Por último, la unidad produce creyentes que sienten “una misma cosa”. Al sentir lo mismo, se aman entre ellos y están unidos en espíritu, pueden tener un objetivo común: promover el reino de Dios. Pero los creyentes pueden interrumpir su unidad espiritual por comportamientos carnales y necesitan exhortación para tener “un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio” (Fil. 1:27).

Pero en nuestra época obsesivamente tolerante, el extremo opuesto plantea una amenaza mucho más seria a la verdadera unidad espiritual. En nombre del amor, muchos se esfuerzan en alcanzar una unidad superficial, falsa y pecaminosa, lo suficientemente amplia como para aceptar cristianos falsos e incluso a quienes niegan las verdades centrales de la fe cristiana. Sin embargo, el amor bíblico auténtico no se puede divorciar de la verdad bíblica (Ef. 4:15). Lejos de comprometerla, el pueblo de Dios está llamado a “ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Jud. 3). La Iglesia verdadera de Jesucristo no se puede unir con quienes niegan las verdades esenciales del evangelio (2 Jn. 7-11) o quienes afirman un evangelio falso (Gá. 1:6-9). Pablo ordenó así a los corintios: “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo?” (2 Co. 6:14-15). La unidad verdadera es real entre los cristianos verdaderos.

Cuando ya concluía el Señor Jesucristo su magnífica oración sacerdotal, la unidad de sus seguidores estaba en su corazón. Habiendo orado por su gloria (vv. 1-5) y por sus discípulos (vv. 6-19), el Salvador amplió su oración para incluir a todos los creyentes futuros; quienes vendrían a Él por el poder de su Palabra (v. 17), el testimonio de los

discípulos (v. 18) y el sacrificio en la cruz (v. 19). El Señor hizo dos peticiones por ellos: que estuvieran unidos en la verdad y que se reunieran con Él en la gloria eterna. La primera de esas peticiones es el tema de este capítulo.

La primera petición del Señor se puede examinar bajo cuatro encabezados: la raíz de la unidad verdadera, la petición por unidad verdadera, la representación de la unidad verdadera y el resultado de la unidad verdadera.

LA RAÍZ DE LA UNIDAD VERDADERA

Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, (17:20)

Las palabras iniciales del versículo 20 presentan la tercera cosa por la cual Cristo dijo no estar orando. En el versículo 9 dejó claro que no intercedía por el mundo incrédulo (véase la explicación sobre esto en el capítulo 64 de esta obra), mientras en el versículo 15 dijo que no pedía que los discípulos salieran del mundo. Las palabras “**No ruego solamente por éstos**” presenta otro grupo diferente al de los discípulos de aquella época y por quienes había orado (vv. 6-19). Jesús miró adelante, a través de los siglos, y oró por todos los creyentes que llegarían en el futuro. Aunque la amplia mayoría aún no había nacido, estaban y habían estado por siempre en el corazón del Salvador. Los conocía a todos, pues sus nombres “estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Ap. 13:8; cp. 3:5; 17:8; 20:12, 15; 21:27; Fil. 4:3). La intercesión de Cristo por nosotros, iniciada hace dos mil años con esta oración, continúa hasta hoy, pues vive “siempre para interceder por [nosotros]” (He. 7:25).

Jesús incluso identificó a los creyentes verdaderos como quienes creerían en Él (Jn. 1:12; 3:15-16, 36; 6:40, 47; 7:37-38; 11:25-26; 20:31; Hch. 13:38-39; 16:31; Ro. 10:9-10; Gá. 3:22), con lo cual recuerda que la salvación solo viene por la fe, “no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:9; cp. Ro. 3:20-30; Gá. 2:16; 3:8, 11-14, 24). La referencia del Señor a creer en Él vuelve a preservar el equilibrio bíblico relativo a la salvación. Por una parte, solo quienes el Padre dio al Hijo vendrán a Él (v. 6; cp. 6:44). Por otra, su salvación no ocurre sin la fe personal (cp. Ro. 10:9-10). En un sentido muy similar, la realidad según la cual el Señor acercará a quienes Él escogió (Jn. 6:44; Hch. 2:39; 11:18; 13:48;

16:14) no obvia la responsabilidad de la Iglesia para evangelizar a los perdidos (Mt. 28:19-20; Lc. 24:47; Hch. 1:8).

Los apóstoles y sus colaboradores fueron los autores humanos del Nuevo Testamento (Jn. 14:26; 16:13-15; cp. Ef. 2:20); por lo tanto, todos lo que fueran salvos en el futuro llegarían a Cristo **por la palabra de ellos**. Algunos oírían el mensaje directamente de la predicación apostólica (p. ej., Hch. 2:14-42; 3:11-26; 4:8-12; 5:30-32; 13:14-41; 16:11-14; 17:22-34; 18:4-11). Sin embargo, la mayoría oíría el mensaje apostólico mediante la Palabra de sus escritos inspirados por el Espíritu. La iglesia naciente leía las verdades de las Escrituras cuando leían “la doctrina de los apóstoles” (Hch. 2:42; cp. Jud. 17). A través de los siglos, quienes han predicado el evangelio verdadero, han predicado la palabra de los apóstoles. Pablo escribió en Romanos 10:17: “La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”: el mensaje apostólico de la salvación.

En ese momento, los discípulos difícilmente parecían listos para trastornar el mundo (cp. Hch. 17:6). Uno de ellos, Judas Iscariote, se había vuelto traidor y en ese momento se preparaba para dirigir a quienes arrestarían a Jesús en Getsemaní (18:1-3). Pedro, su líder extrovertido, audaz y al parecer tan valiente, pronto se acobardaría ante las acusaciones de una criada y negaría repetidas veces al Señor (Jn. 18:17; cp. vv. 25-27). El resto de los discípulos abandonaría a Jesús después de que lo arrestaran, y huirían (Mt. 26:56).

Pero la oración de Cristo aseguraba que el ministerio de los apóstoles tendría éxito. Jesús sabía en su omnisciencia que ellos cumplirían su papel en la historia de la redención. El evangelio prevalecería a pesar de la debilidad de los apóstoles, el odio del mundo y la oposición satánica. Estos primeros discípulos, con el poder del Espíritu Santo (Hch. 1:8; 2:1-4) comenzarían la cadena de testigos que continúa inquebrantable hasta hoy día (cp. 2 Ti. 2:2). Todo el éxito evangelístico de la Iglesia es el resultado de la petición del Señor en el versículo 20 por aquellos que creerían en el futuro. Esta petición garantizaba el establecimiento exitoso de la Iglesia y el éxito de su ministerio evangelístico desde los tiempos apostólicos hasta el presente. Jesús declaró: “Edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mt. 16:18).

LA PETICIÓN POR LA UNIDAD VERDADERA

para que todos sean uno; (17:21a)

A pesar de las diferencias denominacionales externas, todos los cristianos verdaderos están unidos espiritualmente por la regeneración en su creencia de que la salvación es por la sola gracia mediante solo la fe, solamente en Cristo, y por su compromiso con la autoridad absoluta de las Escrituras. Todos los que creen para salvación en el Señor Jesucristo son “un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros” (Ro. 12:5). D. A. Carson señala que “la unidad por la cual oró Cristo no se alcanza buscando con entusiasmo un bajo denominador común en lo teológico, sino por la adherencia común al evangelio apostólico, por un amor que se sacrifica con alegría, por el compromiso sin intimidaciones con los objetivos compartidos de la misión encomendada a los seguidores de Jesús” (*The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 568) Los creyentes, por el poder de Dios, unidos en la vida espiritual, también están unidos en su propósito, comparten la misma misión, proclaman el mismo evangelio y manifiestan la misma santidad.

El cumplimiento real de la oración de Cristo comenzó con el nacimiento de la Iglesia en el día de Pentecostés. De pronto, soberanamente, de forma sobrenatural, los creyentes estaban unidos por el Espíritu en el cuerpo de Cristo y se hicieron uno en cuanto a la posición (Hch. 2:4). Quienes desde entonces se han salvado, han recibido el bautismo del Espíritu Santo de inmediato y por medio de este se ubicaron en el cuerpo de Cristo (1 Co. 12:13). En consecuencia, hay unidad extraordinaria y sobrenatural en la Iglesia universal; es “la unidad del Espíritu”; no creada por los creyentes, sino preservada por ellos (Ef. 4:3). En Efesios 4:4-6 Pablo menciona siete características de dicha unidad creada por el Espíritu Santo.

Primera, hay “un cuerpo”, el cuerpo de Cristo, compuesto por todos los creyentes desde el inicio de la Iglesia en el día de Pentecostés.

Segunda, hay “un Espíritu”, el Espíritu Santo, sin el cual nadie puede creer en Jesucristo para salvación (1 Co. 12:3). El Espíritu también es el agente por el cual Cristo bautiza a los creyentes en su cuerpo (1 Co. 12:13; cp. Mt. 3:11).

Tercera, hay “una misma esperanza” en la herencia eterna prometida, garantizada a todo creyente por el Espíritu Santo (Ef. 1:13-14).

Cuarta, hay “un Señor”, Jesucristo, quien es la única cabeza del cuerpo (Col. 1:18; cp. Hch. 4:12; Ro. 10:12).

Quinta, hay “una fe”, la “fe que ha sido una vez dada a los santos”

(Jud. 3); el cuerpo de la doctrina revelada en el Nuevo Testamento.

Sexta, hay “un bautismo”. Probablemente se refiera al bautismo en agua, la confesión pública de fe en Jesucristo por parte del creyente (el bautismo del Espíritu Santo está implicado en el v. 5).

Por último, hay “un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos”. El único Dios verdadero es el Gobernante Soberano de todas las cosas, la Iglesia inclusive.

LA REPRESENTACIÓN DE LA UNIDAD VERDADERA

como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros... La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad. (17:21b-23a)

La unidad de naturaleza por la que Cristo oró refleja la unidad del Padre y el Hijo, expresada en sus palabras: “**Tú, oh Padre, en mí, y yo en ti**”. Por causa de su unidad con el Padre, Jesús afirmó en Juan 5:16ss. tener la misma autoridad, propósito, poder, honra, voluntad y naturaleza que el Padre. La sorprendente afirmación de deidad total e igualdad con Dios enfureció tanto a sus oponentes judíos que buscaban matarlo (5:18; cp. 8:58-59; 10:31-33; 19:7).

La relación única intra-trinitaria de Jesús con el Padre conforma el patrón de unidad de los creyentes en la Iglesia. Esta oración revela cinco características de la unidad que la Iglesia imita.

Primera, el Padre y el Hijo están unidos en motivación; están igualmente comprometidos con la gloria de Dios. Jesús comenzó su oración diciendo: “Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a tí” (v. 1), como lo había hecho durante todo su ministerio (v. 4). En el versículo 5 añadió: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”. Finalmente, en el versículo 24 Jesús expresó al Padre su deseo de que un día los creyentes estuvieran con Él donde Él está, de modo que puedan ver la gloria que el Padre le ha dado. En Juan 7:18 Jesús declaró que buscaba constantemente “la gloria del que le envió”. No necesitaba buscar su propia gloria (8:50) porque el Padre lo glorificaba (8:54). Jesús y el Padre recibieron gloria en la resurrección de Lázaro (11:4). Según Juan 12:28 Jesús oró “Padre, glorifica tu nombre” y se oyó una voz del cielo que decía: “Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez”.

Poco antes de la oración sacerdotal, Jesús había dicho a los discípulos: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará” (13:31-32). Jesús prometió responder las oraciones de su pueblo “para que el Padre sea glorificado en el Hijo” (14:13).

La Iglesia también está unida en el compromiso común de la gloria a Dios. Pablo escribió: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Co. 10:31).

Segunda, el Padre y el Hijo están unidos en la visión. Comparten la meta común de redimir a los pecadores perdidos y les conceden vida eterna, como Cristo ya lo había dejado claro en esta oración:

Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese... He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra (vv. 2-4, 6).

Dios escogió desde la eternidad dar a los creyentes a Cristo como regalo de su amor y Cristo vino a la tierra a morir en sacrificio por sus pecados y para redimirlos. La Iglesia vive para ir en pos del objetivo único de evangelizar a los perdidos, eso queda claro en las palabras de Jesús en el versículo 18: “Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo” (cp. Mt. 28:19-20).

Tercera, el Padre y el Hijo están unidos en la verdad. Jesús dijo: “Las palabras que me diste, les he dado”, mientras en el versículo 14 añadió: “Yo les he dado tu palabra”. Esa mismo noche Jesús había dicho a sus discípulos: “Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras” (14:10; cp. 3:32-34; 7:16; 8:28, 38, 40; 12:49).

La Iglesia también está unificada en su compromiso de proclamar la verdad singular de la Palabra de Dios. En Romanos 15:5-6 Pablo oró así: “Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (cp. Hch. 2:42, 46; Fil. 1:27). Lejos de dividir a la Iglesia, el compromiso con la sana doctrina es lo que la define.

Cuarta, el Padre y el Hijo están unidos en santidad. En el versículo 11 Jesús se dirigió al Padre como “Padre santo” y en el versículo 25 como “Padre justo”. Toda la santidad de Dios se expresa a lo largo de los dos Testamentos. La santidad de Dios es su separación absoluta del pecado. En Habacuc 1:13 el profeta declaró: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio”. En la visión divina de Isaías los seres angélicos exclamaban “Santo, santo, santo es el SEÑOR Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria” (Is. 6:3 (NVI); cp. Ap. 4:8). El escritor de Hebreos describió así a Jesús: “Santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos” (He. 7:26). En Apocalipsis 4:8 el coro celestial exclamaba sin cesar: “Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir”.

Cuando los incrédulos ven a los creyentes unidos en pos de la santidad, se verán atraídos a Cristo. En Hebreos 12:14 el autor exhorta así a sus lectores: “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”. Si la Iglesia tolera el pecado, no solo oscurece la gloria de Cristo que está llamada a irradiar, sino que enfrenta a la disciplina del Señor para ella (Ap. 2:14-16; 20-23).

Finalmente, el Padre y el Hijo están unidos en amor. En el versículo 24 Jesús afirmó que el Padre lo había “amado desde antes de la fundación del mundo”. En Juan 5:20 Jesús dijo: “Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace” (cp. 3:35). En el bautismo (Mt. 3:17) y en la transfiguración (Mt. 17:5), el Padre declaró que Jesús era su Hijo Amado. Del mismo modo, el amor es el pegamento que mantiene unidos a los creyentes (Col. 3:14; cp. 2:2) y ese amor mutuo es la apologética suprema de la Iglesia al mundo perdido (Jn. 13:34-35).

La vida espiritual y el poder pertenecientes a la Trinidad también pertenecen de algún modo a los creyentes—aunque no en la misma extensión divina e infinita—y son la base de la unidad de la Iglesia. Esto era lo que el Señor quería decir cuando dijo: **“La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad”**. Esa verdad sorprendente describe a los creyentes como a quienes el Hijo ha dado gloria; es decir, aspectos de la vida divina que pertenece a Dios. La tarea de la Iglesia es vivir de tal modo que no obstruya esa gloria (Mt. 5:16).

EL RESULTADO DE LA UNIDAD VERDADERA

para que el mundo crea que tú me enviaste... para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. (17:21c, 23b)

La unidad observable de la Iglesia autentica dos realidades importantes. Primera, da evidencia al **mundo** para que **crea que** el Padre envió al Hijo. Esa frase conocida resume el plan de la salvación, en el cual Dios envía a Jesús que “vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10). Así se usa a lo largo del Evangelio de Juan (p. ej., 3:34; 4:34; 5:23-24, 30, 36-38; 6:29, 38-39, 44, 57; 7:16, 18, 28-29, 33; 8:16, 18, 26, 29, 42; 9:4; 10:36; 11:42; 12:44-45, 49; 13:20; 14:24; 15:21; 16:5; 17:3, 8, 18, 25; 20:21). Jesús oró para que la unidad invisible de su Iglesia convenciera a muchos de su misión divina de redención. La unidad de la Iglesia es el fundamento de su evangelismo; demuestra que Cristo es el Salvador capaz de transformar vidas (cp. Jn. 13:35).

La unidad de la Iglesia también autentica el amor del Padre por los creyentes. Cuando los incrédulos ven que los creyentes se aman unos a otros, reciben prueba de que el Padre ha **amado** a quienes han creído en su Hijo. La unidad de la Iglesia en amor hecha visible es usada por Dios para producir deseo en los incrédulos por experimentar ese mismo amor. Por otra parte, cuando hay divisiones carnales, peleas, murmuraciones y riñas en la Iglesia, los incrédulos se alejan. ¿Por qué querrían ser parte de un grupo tan hipócrita, que está en contradicción con sí misma? La eficacia del evangelismo en la Iglesia sufre el efecto devastador de las disensiones y disputas entre sus miembros.

El objetivo de quien sea parte del Cuerpo de Cristo, por medio de la fe en Él, debe ser hacer su parte para mantener la visibilidad completa de la unidad que poseen los creyentes, como escribió Pablo:

Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor; solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Ef. 4:1-3).

67 Jesús ora por todos los creyentes— Segunda parte: Para que un día estén reunidos en la gloria

Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos. (17:24-26)

Una vez visité una ciudad aislada del este en la antigua Unión Soviética, donde conocí a mil quinientos cristianos pobres. Eran descendientes de exiliados, ellos y sus ancestros habían sufrido terriblemente la opresión soviética durante setenta y cinco años. Su pobreza era tan severa que debían trabajar duro todos los días para tener comida en sus mesas. Lo más anhelado por ellos era su futuro en la gloria del cielo. Tuve el privilegio de enseñarles sobre eso, a partir de las Escrituras, durante varias horas y muchos estaban tan abrumados que lloraban de alegría.

Su respuesta fue muy distinta a la de muchos cristianos en Occidente, los cuales tienen cosas tan buenas que no saben qué es anhelar el cielo. Así, viven como si ir al cielo fuera una intrusión en sus calendarios ocupados; una interrupción en su carrera o en los planes de vacaciones. No quieren ver el cielo hasta tanto no hayan disfrutado todos los placeres del mundo. Cuando los hayan visto y vivido todo, o cuando la edad dificulte su capacidad para disfrutarlos, entonces estarán listos para el cielo. Si bien es cierto que, como dijo un antiguo espiritual, “todos hablan del cielo pero nadie va para el cielo”, también es cierto que quienes van al cielo no hablan del cielo.

Cuando la Iglesia pierde su objetivo en el cielo, se vuelve espiritualmente complaciente, egocéntrica, materialista, mundana, débil y letárgica. Los placeres y comodidades del mundo presente consumen gran parte de su tiempo y energía. Los creyentes olvidan que este mundo no es

su hogar verdadero, que aquí son “extranjeros y peregrinos” (1 P. 2:11; cp. He. 11:13), que su “ciudadanía está en los cielos” (Fil. 3:20) y que “no [tienen] aquí ciudad permanente, sino que [buscan] la por venir” (He. 13:14). El peligro creciente de la Iglesia no es que tenga una mentalidad tan celestial que deja de ser terrenal, sino que tenga una mentalidad tan terrenal que deja de ser celestial.

Una iglesia centrada en lo mundano es resultado de la desobediencia. El Señor Jesucristo ordenó a sus seguidores: “Haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mt. 6:20-21). Pablo escribió: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Col. 3:1). El apóstol Juan advirtió así a los creyentes:

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre (1 Jn. 2:15-17).

Los hombres piadosos siempre han anhelado el cielo. En el Antiguo Testamento David expresó el deseo de su corazón por el cielo cuando escribió: “En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Sal. 16:11). En el Nuevo Testamento Pablo escribió a los filipenses sobre su “deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Fil. 1:23), mientras en 2 Corintios 5:8 declaró su preferencia por “estar [ausente] del cuerpo, y [presente] al Señor”. Pablo escribió a Timoteo en su epitafio triunfal:

Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida (2 Ti. 4:6-8).

Como David y Pablo, todos los cristianos deben añorar el cielo, pues

todo lo precioso para ellos está allá. Su Padre está allá. Jesús enseñó a orar así a los creyentes: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre” (Mt. 6:9; cp. vv. 1, 14, 32; 5:48; 18:14; 23:9; Lc. 11:13). Los creyentes que han muerto están allá. El escritor de Hebreos describió “la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos” (He. 12:23). Sus nombres están registrados allí. En Lucas 10:20 Jesús dijo a los discípulos: “No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (cp. Fil. 4:3; Ap. 3:5; 13:8; 17:8; 20:12, 15; 21:27). Como ya se anotó, su ciudadanía está allí (Fil 3:20). Su herencia está allí. Pedro la describió como “una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para [los creyentes]” (1 P. 1:4). Su santidad está allí (Ap. 21:27; 22:3, 14-15). Su recompensa eterna está allí. En Mateo 5:12 Jesús exhortó a los creyentes: “Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos”, mientras en 6:19-21 habló sobre el tesoro de los creyentes en el cielo.

Y lo más importante de todo, su Salvador está allá, “a la diestra de Dios” (Hch. 7:55-56; cp. Ro. 8:34; Col. 3:1; He. 1:3; 8:1; 10:12; 12:2; 1 P. 3:22). Se ha ido para prepararnos lugar allá (Jn. 14:1-3), de modo que puedan estar con Él por siempre, en comunión con Él y adorándole. Jesús es la gloria del cielo.

La realidad de que los creyentes se reunirán con Cristo en el cielo es el tema de la última parte de la oración sacerdotal del Señor. Los versículos 24-26 describen la comunión de la gloria futura, el objetivo de dicha gloria y una degustación de ella.

LA COMUNIÓN DE LA GLORIA FUTURA

Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, (17:24a)

La apasionada petición final en la oración de Cristo es que **aquellos que** el Padre le ha **dado** puedan estar con él en su gloria eterna celestial.

Humanamente hablando, no hay nada que garantice tan abrumador y asombroso privilegio. Como Pablo recordó a los corintios, los cristianos “no [son] muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles” (1 Co. 1:26). Peor aun, eran enemigos de Dios (Ro. 5:10)...

[Estaban] muertos en [sus] delitos y pecados, en los cuales [anduvieron] en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos [ellos vivían] en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y [eran] por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás (Ef. 2:1-3).

Estaban “sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12), “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Ro. 3:23).

Pero la verdad maravillosa de la redención es esta:

Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús (Ef. 2:4-7).

Pablo escribió esto a los cristianos de Roma:

Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida (Ro. 5:8-10).

Dios no solo perdona a los pecadores arrepentidos, también los adopta como hijos suyos (Ro. 8:15; Gá. 4:5; Ef. 1:5). Esa verdad llevó al apóstol Juan a exclamar maravillado: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él” (1 Jn. 3:1). La glorificación de los creyentes en el cielo es la meta final del plan de salvación: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos

conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó” (Ro. 8:29-30).

La petición de Jesús estaba en armonía perfecta con el propósito de Dios al escoger a los creyentes antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4), escribir sus nombres en el libro de la vida y dárselos al Hijo como regalo de su amor (Jn. 6:37, 39). La verdadera oración siempre es consecuente con la voluntad de Dios. Jesús enseñó a sus seguidores a orar a Dios así: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mt. 6:10).

Pero la petición del Señor era más que una simple súplica para que se hiciera la voluntad del Padre; también expresaba lo que Él quería (*thelō*; “desear”, “anhelar”, “querer”). No es difícil entender que los creyentes quieran estar con Él, pero llama la atención notar que Él quiera estar con ellos.

La frase **aquellos que me has dado** vuelve a expresar la razón por la cual los creyentes son especiales para Cristo: son un regalo de amor de su Padre. Es la forma más afectuosa en la cual se puede referir el Señor a los creyentes cuando se dirige al Padre (vv. 2, 6, 9; cp. 6:37, 39; 10:29; 18:9). La Iglesia es su esposa (Ap. 19:7; cp. 2 Co. 11:2; Ef. 5:22-24), prometida a Él en matrimonio por el Padre.

La petición específica de Cristo por quienes el Padre le ha dado, “**que donde yo estoy, también ellos estén conmigo**”, expresa además su deseo de comunión eterna con ellos. Él quiere que todos los escogidos desde la eternidad estén con Él donde está ahora: en el cielo. En Juan 14:3 Jesús reveló su propósito de llevar al cielo a los creyentes: “Si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”. En Juan 12:26 prometió: “Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor”.

Obviamente, el uso del tiempo presente por parte del Señor, “**donde yo estoy**”, no se refiere a su ubicación en Jerusalén, rumbo a Getsemaní. Esa petición no tendría sentido porque los discípulos estaban allí con Él. Más aún, en esta sección de la oración, el enfoque de Cristo estaba más allá de los once discípulos, estaba en todos los que en el futuro creerían en Él por el ministerio de ellos. Jesús no hablaba de donde se encontraba en aquel momento, sino de donde estaría en poco tiempo. Tal era su certeza de regresar al cielo que hablaba del futuro en tiempo presente,

como si ya hubiera ocurrido (cp. v. 11).

El cielo no será tan glorioso para los creyentes por sus puertas perladas o sus calles doradas, sino por la presencia del Cordero. La alegría suprema de ellos será morar por largos días en la casa del Señor (Sal. 23:6), experimentar la comunión perfecta, íntima y santa con Él y todos los santos para siempre.

EL OBJETIVO EN LA GLORIA FUTURA

para que vean mi gloria que me has dado; (17:24b)

Jesús también pidió que sus seguidores pudieran ver la **gloria** que el Padre le había **dado**. Ciertamente es que en la encarnación de Cristo “vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre” (Jn. 1:14). Pero esa gloria estaba velada en su carne (Fil. 2:5-8). Solamente en el cielo se manifestará por completo a su pueblo, cuando “le [vean] tal como él es” (1 Jn. 3:2; cp. 1 Co. 13:12; Fil. 2:9-11).

En el plan misericordioso de Dios los creyentes no solo ven la gloria de Cristo, también la comparten; Pablo escribió a los filipenses: “Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil. 3:20-21; cp. Ro. 8:29; 1 Co. 15:49; 1 Jn. 3:2). La canción de los redimidos por toda la eternidad, mientras observan la gloria del Señor Jesucristo, será: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza... Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Ap. 5:12-13).

Esta decisión complementa la anterior declaración del Señor en el versículo 22: “La gloria que me diste, yo les he dado”. Cristo, en la encarnación, ha manifestado “su gloria, gloria como del unigénito del Padre” (Jn. 1:14; cp. 2:11). Los creyentes también reciben la gloria de Cristo porque Él habita en ellos a través del Espíritu Santo (vv. 23, 26; 14:20, 23). En ese sentido tienen así su gloria—su esencia y atributos—dentro de ellos.

Pero Cristo habla aquí sobre la manifestación visible de la plenitud de su gloria que los creyentes verán un día en el cielo. La gloria de Cristo estaba parcialmente velada en la encarnación (cp. Fil. 2:7). Pero cuando

Jesús regresó al cielo, el Padre le restauró esa plenitud de la gloria, como lo había pedido en el versículo 5: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”.

Los creyentes entrarán en la plenitud de la presencia gloriosa de Cristo cuando mueren (o en el arrebatamiento, si están vivos en ese momento). Ver a Dios después de la muerte siempre ha sido la esperanza de los santos. En el Salmo 11:7 David expresó su confianza en que “el hombre recto mirará su rostro”, mientras que en el Salmo 17:15 escribió: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza”. Jesús declaró bienaventurados a los de corazón puro “porque ellos verán a Dios” (Mt. 5:8). Juan escribió que un día los creyentes lo verían “tal como él es” (1 Jn. 3:2) y en Apocalipsis 22:3-4 revela que en cielo “no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará [allí], y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes”. La manifestación de la gloria de Cristo será tan abrumadora que la única respuesta posible será alabar:

Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos (Ap. 5:11-14).

Todas las bendiciones que los creyentes experimentarán un día en el cielo fluyen de la realidad de que el Padre ha **amado** al Hijo desde **antes de la fundación del mundo**. Desde la eternidad, el Padre y el Hijo disfrutaban de comunión perfecta (Jn. 1:1), amor y gloria compartida (17:5). Como se indica a lo largo de esta oración, con base en ese amor mutuo, el Padre escogió un pueblo (Ef. 1:4), lo dio al Hijo y preparó un reino eterno para ellos (Mt. 25:34) donde contemplaran su gloria para siempre.

EL ANTICIPO DE LA GLORIA FUTURA

Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos. (17:25-26)

Los últimos versículos de esta magnífica oración rezuman la confianza de Cristo en que el **Padre justo** (cp. v. 11; Dt. 32:4; Sal. 7:9; 11:7; 50:6; 71:19; 116:5; Is. 5:16; 45:21; Ro. 3:22, 25; Ap. 15:3) le concedería sus peticiones (cp. Jn. 11:42). Dios es **justo** en todo lo que hace (Sal. 145:17); sus juicios (Sal. 19:9; 119:7; Ro. 2:5), obras (Sal. 103:6), ordenanzas (Sal. 199:62) y Palabra (Sal. 119:123) son justos.

Jesús reiteró lo que había planteado en el versículo 9. Sus peticiones no eran por **el mundo** que **no** había **conocido** al Padre, por lo tanto, no tenía derecho a recibir su cuidado especial o la intercesión del Hijo. Sin la fe en Jesucristo, los pecadores solo enfrentan juicio eterno. En Juan 3:18 Jesús advirtió: “El que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios”, mientras en 3:36 Juan el Bautista añadió: “El que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”.

No solo conocía Jesús al Padre desde toda la eternidad (Mt. 11:27; Jn. 1:1, 18; 7:29; 8:55; 10:15), sino que también ha **dado a conocer el nombre** del Padre a sus seguidores, los cuales conocieron que el Padre lo había enviado (v. 6; Mt. 11:27; Jn. 1:18; 15:15; 1 Ti. 2:5). La misión del Señor era llevar a los pecadores perdidos a una relación personal con Dios (Lc. 19:10), la cual solo viene por conocerle (Jn. 17:3; cp. 14:6). Inicialmente, Jesús hace conocido al Padre en el momento de la salvación, continúa haciéndolo conocido mediante el proceso de santificación y finalmente, cuando glorifica a los creyentes, los lleva a la presencia celestial del Padre. Su objetivo es **que** incluso ahora puedan experimentar **el amor con que** el Padre ha **amado** a Cristo y que al conocer “el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, [sean] llenos de toda la plenitud de Dios” (Ef. 3:19). El amor de Dios se derrama en los creyentes en la salvación (Ro. 5:5), continúa en ellos porque son morada de Cristo (cp. Jn. 14:23) y se cumple perfectamente para ellos en el cielo.

Las peticiones de Cristo en esta oración, la más grande de todas, se pueden resumir en siete palabras. El Señor oró por la preservación de los

creyentes (“Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre”, v. 11), por su gozo (“Que tengan mi gozo cumplido en sí mismos”, v. 13), liberación (“Que los guardes del mal”, v. 15), santificación (“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad”, v. 17), unificación (“Que todos sean uno”, v. 21), asociación (“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo”, v. 24) y glorificación (“Que vean mi gloria”, v. 24).

68 Traición y arresto de Jesús

Habiendo dicho Jesús estas cosas, salió con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró con sus discípulos. Y también Judas, el que le entregaba, conocía aquel lugar, porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos. Judas, pues, tomando una compañía de soldados, y alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos, fue allí con linternas y antorchas, y con armas. Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús nazareno. Jesús les dijo: Yo soy. Y estaba también con ellos Judas, el que le entregaba. Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra. Volvió, pues, a preguntarles: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús nazareno. Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos; para que se cumpliese aquello que había dicho: De los que me diste, no perdí ninguno. Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco. Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber? (18:1-11)

De todas las perspectivas falsas sobre la vida y ministerio terrenal del Señor, una de las más perniciosas es retratar su muerte como si fuese la de una víctima involuntaria, no dispuesta. Los falsos eruditos que defienden esta perspectiva consideran que Jesús era un simple filósofo y sabio judío, un maestro de la moral y la ética. Otros imaginan que era un revolucionario buscando derribar el gobierno romano. En cualquier caso, dice la historia, las cosas salieron horriblemente mal. Jesús entró en conflicto con las autoridades judías y romanas y sin proponérselo consiguió que lo ejecutaran. (Increíblemente, hay quienes, sin haber leído los relatos de los Evangelios o negándose a creer en ellos, argumentan que las autoridades judías intentaron salvar a Jesús de los romanos).

En realidad, Jesús no fue víctima. En Juan 10:17-18 declaró: “Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de

mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar”. Al contrario, su muerte era acorde con el plan y la voluntad de Dios. Isaías escribió lo siguiente sobre la muerte en sacrificio del Mesías: “El SEÑOR hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros... el SEÑOR quiso quebrantarlo y hacerlo sufrir” (Is. 53:6, 10, NVI). Pedro dijo en el sermón del día de Pentecostés que Jesús fue “entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hch. 2:23; cp. 3:18; 4:27-28; 13:27; Mt. 26:24; Lc. 22:22; 24:44-46).

Jesús, como Dios encarnado, siempre estuvo con el control absoluto de todos los eventos de su vida. Ese control se extendió incluso a las circunstancias que rodearon su muerte. Lejos de ser un accidente, la muerte sacrificial de Jesús fue la razón principal por la cual asumió la forma humana en primer lugar; es el pináculo de la historia redentora. Él ya había dicho antes en el Evangelio de Juan: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora” (12:27). En lugar de haber sido tomado por sorpresa con su ejecución, el Señor la predijo en repetidas ocasiones (p. ej., Mt. 16:21; 17:22-23; 20:17-19; Lc. 24:6-7, 26). Para resaltar la importancia de la muerte de Cristo, los Evangelios dedican cerca de un quinto de su contenido a los últimos días de su vida. Juan le dedica nueve capítulos (12—20)—casi la mitad del relato de su vida—a los sucesos de la semana de la Pasión.

Juan, acorde con su propósito de retratar a Jesús como el Hijo de Dios encarnado (20:31), describe su majestad y su gloria; incluso mientras lo traicionaban y arrestaban para ejecutarlo. El apóstol demuestra con habilidad que aquello vergonzoso y degradante que le hicieron a Cristo no le quitó méritos, sino que ofreció la prueba decisiva de su gloria. B. F. Westcott dice:

Al comparar la narración de San Juan con las narraciones paralelas de los sinópticos, debe observarse que aquí, como en todas partes, san Juan fija la atención del lector en las ideas que suscitan e ilustran varios de los sucesos. Para él, la Pasión y la resurrección son revelaciones de Cristo. El hecho objetivo es una “señal” de algo que hay más al fondo... [El relato de la Pasión y la resurrección] es... como el resto del Evangelio, una interpretación del significado interno de la historia que contiene (*The Gospel According to St. John* [El Evangelio según san

Juan] [Reimpresión; Grand Rapids: Eerdmans, 1978], p. 249).

Así, a diferencia de Mateo, Marcos y Lucas, Juan no menciona la oración agonizante de Jesús al Padre (cp. Mt. 26:39; Mr. 14:36; Lc. 22:42-44). El énfasis diferente de Juan no contradice la descripción de Cristo dada en los otros evangelios, pero sí la complementa (véase la explicación de este argumento en la Introducción al Evangelio de Juan, al principio de esta obra).

Juan, en su relato de la traición y arresto de Cristo, presenta cuatro características preeminentes que demuestran su majestad y gloria: su valentía, poder, amor y obediencia supremos.

LA VALENTÍA SUPREMA DE CRISTO

Habiendo dicho Jesús estas cosas, salió con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró con sus discípulos. Y también Judas, el que le entregaba, conocía aquel lugar, porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos. Judas, pues, tomando una compañía de soldados, y alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos, fue allí con linternas y antorchas, y con armas. Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó (18:1-4a)

El tiempo de la enseñanza final con los once restantes terminaba ahora y **habiendo dicho Jesús estas cosas** (caps. 13—17), **salió con sus discípulos**. Aquí no se habla de dejar el aposento alto, sino de salir de Jerusalén. Ya habían partido del aposento alto, luego la parte final del discurso de despedida de Jesús, y su oración sacerdotal, ocurrieron mientras ellos recorrían las calles de Jerusalén (véase la explicación de 14:31 en el capítulo 53 de esta obra). Cuando el grupo dejó la ciudad, cruzaron **al otro lado del torrente de Cedrón**, al oriente del monte del templo, unos metros más abajo. En realidad, el **torrente** era una rambla en la cual el agua fluía durante la época invernal de lluvias. La primera mención del valle de Cedrón en las Escrituras había sido parte de otra escena de traición: la huida de David de Jerusalén cuando Absalón se rebeló (2 S. 15:23). Asa (1 R. 15:13), Josías (2 R. 23:4-12) y Ezequías (2 Cr. 29:16; 30:14) habían quemado allí ídolos debido a sus reformas.

Al otro lado del conocido valle estaba la vertiente occidental del Monte de los Olivos (Lc. 22:39), **donde había un huerto**. Juan no

nombra aquel lugar, pero Mateo 26:36 y Marcos 14:32 lo llaman Getsemaní. El nombre quiere decir literalmente “lagar”, lo cual sugiere que era un olivar (tales olivares eran comunes en el Monte de los Olivos; de ahí su obvio nombre). El hecho de que Jesús entrara al huerto **con sus discípulos** y luego saliera (v. 4) sugiere que se trataba de un huerto identificable, incluso tal vez fuera privado, estuviera cercado y fuera propiedad de alguna familia adinerada de Jerusalén que le permitía al Señor usarlo.

Getsemaní era conocido para **Judas, el que lo entregaba**, pues **muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos**. El relato de Lucas declara que Jesús solía visitar el Monte de los Olivos (Lc. 22:39). Así había ocurrido durante todo su ministerio cuando estaba en Jerusalén (cp. Jn. 8:1). Fue allí donde Jesús impartió la enseñanza detallada sobre las señales de su regreso, conocida como el discurso de los Olivos (Mt. 24:3). También había pasado allí todas las noches anteriores de la semana de la Pasión (Lc. 21:37; cp. Mr. 11:19). Además, con frecuencia, el Señor visitaba Betania (Mt. 21:17; 26:6; Jn. 11:1; 12:1), ubicada a poco más de 3 kilómetros de Jerusalén (Jn. 11:18) en la ladera suroriental del Monte de los Olivos.

Cristo iba a Getsemaní porque era un lugar aislado donde podía abrir su corazón al Padre en privado. Pero, más importante, aquella noche Jesús fue porque sabía que era el lugar donde Judas lo buscaría. Todos los intentos previos de sus enemigos por capturarlo habían fallado porque su hora no había llegado (cp. Jn. 2:4; 7:30; 8:20). Pero ahora, en la ejecución del plan eterno de Dios, había llegado el tiempo para que Él ofreciera su vida (cp. Lc. 22:53).

El Señor tenía otra razón para escoger este lugar específico cuando sus enemigos lo arrestaron: Jerusalén estaba abarrotada de peregrinos, muchos de los cuales le habían proclamado fervientemente como el Mesías pocos días antes. Su arresto podía haber provocado una insurrección por parte de la multitud nacionalista. Eso era exactamente lo que temían los líderes judíos, por lo tanto “tuvieron consejo para prender con engaño a Jesús, y matarle. Pero decían: No durante la fiesta, para que no se haga alboroto en el pueblo” (Mt. 26:4-5; cp. 21:46; Lc. 19:47-48). Jesús tampoco quería ser el catalizador de una revuelta del pueblo, pues no había venido como conquistador militar para derrocar a los romanos (cp. Jn. 6:15); vino a morir en sacrificio por el pecado (Mt. 1:21; Jn. 1:29). Más aún, los discípulos podrían haber muerto en el tumulto subsiguiente y el Señor quería protegerlos (véase la explicación del v. 9

más abajo).

Mientras tanto, los planes malvados de Judas estaban por concretarse. Pocos días antes se había acercado a las autoridades judías y se había ofrecido a traicionar al Señor (véase el capítulo 42 de esta obra). Entonces, en un momento anterior de esa noche, Judas, tras ser despedido por Jesús, salió para preparar los detalles finales de la traición (véanse los capítulos 47 y 48 de esta obra). Ahora, **tomando una compañía de soldados, y alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos**, Judas llevó “mucha gente” (Mt. 26:47) a Getsemaní, donde él sabía que Jesús estaría esperando.

Una compañía de soldados completa constaba de entre 600 y 1000 hombres. Sin embargo, es improbable que se hubiera enviado la compañía completa acuartelada en Jerusalén para mantener el orden durante el tiempo de la Pascua para arrestar a Jesús. Probablemente se tratara de un destacamento más pequeño, conocido como *manípulo*, compuesto aproximadamente de 200 hombres. En cualquier caso, fueron tantos soldados que el oficial que los dirigía también los acompañó (v. 12). La referencia de Juan a la unidad mayor a la cual pertenecía este destacamento es una figura del lenguaje. De igual manera, si se dice que el cuerpo de bomberos apagó un incendio, no quiere decirse que todo el departamento participara. Para los romanos era usual enviar un destacamento tan grande para lidiar con un individuo potencialmente problemático; dedicaron 470 soldados para llevar a Pablo de Jerusalén a Cesarea (Hch. 23:23). Las autoridades romanas, como los judíos, temían que el arresto de Cristo produjera una revuelta. Los legionarios estaban allí para respaldar a los **alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos**. Evidentemente, tales miembros de la guardia del templo (cp. 7:32) fueron quienes hicieron el arresto (pues Jesús fue llevado primero ante las autoridades judías, no ante el gobernador romano). Según Lucas, algunos de los principales sacerdotes también estaban presentes; indudablemente, para supervisar a los guardias del templo (Lc. 22:52).

La gran procesión con Judas a la cabeza (Lc. 22:47), llegó **allí con linternas y antorchas, y con armas** para arrestar a Jesús. La mención de este detalle, aparentemente minúsculo, evidencia que el autor fue testigo ocular (véase la Introducción a Juan al principio de esta obra). Las **linternas y antorchas** no habrían sido necesarias para alumbrar el camino a Getsemaní, pues era la Pascua, celebrada cuando había luna llena, luego habría suficiente luz. Evidentemente, supusieron que Jesús intentaría huir y que deberían buscarlo por la ladera de la montaña.

Pero el Señor no tenía intención de esconderse o huir. En su lugar, con calma, dominio propio y valentía, **Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó** en el huerto y salió al encuentro de quienes venían a arrestarlo. La nota de Juan según la cual Jesús sabía **todas las cosas que le habían de sobrevenir**, enfatiza su omnisciencia y su dominio completo de la situación. La rendición voluntaria del Señor enfatiza una vez más que Él ofreció su vida espontáneamente (Jn. 10:17-18).

Aunque el apóstol Juan no lo registra, Judas, en el acto más cínico de hipocresía, se acercó a Jesús y lo besó (Mt. 26:49; Mr. 14:45; Lc. 22:47); era la señal acordada mediante la cual lo señalaría (Mr. 14:44). Nada simboliza más claramente la depravación del corazón de Judas y la profundidad de su pecado que el uso del beso del discípulo como señal de traición.

Además de un reconocido gesto de respeto y afecto, esta clase de beso era un homenaje en aquella cultura. Entre las variedades de besos (en los pies, las manos, la cabeza, el dobladillo de las prendas), Judas escogió el que declaraba el homenaje y amor más profundos. El beso en la mejilla, junto con un abrazo, era propio de un amigo íntimo. Así, la traición de Judas se hacía la más despreciable.

EL PODER SUPREMO DE CRISTO

y les dijo: ¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús nazareno. Jesús les dijo: Yo soy. Y estaba también con ellos Judas, el que le entregaba. Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra. (18:4b-6)

Jesús, la pretendida víctima, se hizo cargo de la situación **Y les dijo: “¿A quién buscáis?”**. **Le respondieron** (probablemente los líderes, quizás declarando las órdenes oficiales): **A Jesús nazareno**. El Señor **les dijo: “Yo soy”**. Como en ocasiones anteriores (p. ej., 8:24, 28, 58), Jesús tomó para sí el nombre de Dios en Éxodo 3:14: “YO SOY”.

Antes de narrar la sorprendente respuesta de la multitud a las palabras de Jesús, Juan inserta una declaración parentética: **“Y estaba también con ellos Judas, el que le entregaba”**. Este detalle, en apariencia insignificante, vuelve a enfatizar el dominio absoluto de Jesús sobre las circunstancias. Juan quiere dejar claro que Judas era tan solo uno de aquellos que experimentaron lo que estaba a punto de ocurrir. Judas no

tenía ningún poder sobre Jesús (cp. 19:11), cayó al suelo con el resto de los presentes.

Cristo demostró su dominio divino de manera sorprendente. Inmediatamente después de que **les dijo: “Yo soy”, retrocedieron, y cayeron a tierra**. Lo único que hizo Jesús fue decir su nombre—el nombre de Dios—y sus enemigos quedaron indefensos. Claramente, la demostración sorprendente de su poder revela que ellos no capturaron a Jesús. Él fue con ellos voluntariamente para ejecutar el plan divino de redención que requería su muerte en sacrificio.

Para ilustrar cuánta necedad hay en la incredulidad, algunos argumentan que aquí no hay poder sobrenatural. La aparición repentina de Jesús en las sombras, sostienen ellos, sorprendió a quienes estaban al frente de la columna. Luego se echaron para atrás y tumbaron a los que estaban detrás, quienes a su vez tumbaron a los de más atrás, hasta que toda la columna se fue al suelo. Pero la guardia del templo y los soldados romanos estaban preparados para los problemas (cp. Mt. 26:55). Con toda seguridad ellos se habían esparcido, tanto para defenderse contra ataques de los seguidores de Jesús como para cortar cualquier intento de escape de su parte. Pensar que cientos de guardias experimentados y soldados altamente entrenados estuvieran tan cerca que cayeran como fichas de dominó es ridículo.

La Biblia habla repetidas veces del poder de la palabra divina hablada. Él habló y los cielos y la tierra se crearon (Gn. 1:3, 6, 9, 11, 14, 20, 24, 26; cp. Sal. 33:6), se juzgó a Satanás y a la humanidad (Gn. 3:14-19), la generación de israelitas rebeldes murió en el desierto (Nm. 26:65) e Israel estuvo exiliado por setenta años (2 Cr. 36:21). Cuando el Señor Jesucristo regrese, ejecutará el juicio sobre sus enemigos “con la espada que salía de [su] boca” (Ap. 19:21; cp. v. 15; 1:16; 2:16). El relato de Juan resalta el poder divino de Cristo, pues por su palabra, sus enemigos cayeron de espaldas al suelo.

EL AMOR SUPREMO DE CRISTO

Volvió, pues, a preguntarles: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús nazareno. Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos; para que se cumpliese aquello que había dicho: De los que me diste, no perdí ninguno. (18:7-9)

Después de esta sorprendente muestra de poder divino, Jesús **volvió** a

preguntar a sus aturdidos pretendientes de captores: “**¿A quién buscáis?**”. Levantándose del suelo, repitieron como cotorras sus órdenes: “**A Jesús nazareno**”. Jesús les respondió: “**Os he dicho que yo soy**”, y luego les ordenó: “**Pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos**”. Al hacer declarar a sus captores dos veces que su orden era solamente arrestarlo a Él, el Señor los forzó a reconocer que no habían recibido autoridad de sus superiores para arrestar a sus discípulos. Su exigencia de dejar libres a los once estuvo respaldada por el impresionante poder que acababa de demostrar.

¿Por qué protegió Jesús a sus discípulos del arresto? El Señor es el Buen Pastor que protege a sus ovejas. No es como el asalariado que huía cuando veía al lobo acercarse (Jn. 10:12-13). Jesús protegió a los discípulos del arresto **para que se cumpliera aquello que había dicho: “De los que me diste, no perdí ninguno”** (cp. 6:39, 40, 44; 10:28; 17:12). Esta declaración es sorprendente y significa que evitó el arresto de ellos para que no se perdieran. Cada uno era un regalo del Padre al Hijo. Y Él ya lo había dicho:

Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero (Jn. 6:37-40).

¡Él no iba a perder a nadie! La implicación es que de haber sido arrestados, su fe habría decaído y habrían perdido la salvación. El Señor sabía que el trauma de un arresto y la prisión, incluso la misma ejecución, habría alterado la fe de los discípulos. Por lo tanto, se aseguró de que no los capturaran.

¿Significa eso que la salvación puede perderse? ¿Que la fe puede fallar? Si de nosotros depende, por supuesto. Pero nunca nos perderemos ni fallará nuestra fe precisamente porque nuestro Señor nos mantiene a salvo. Él nunca permite que venga algo sobre nosotros superior a lo que nuestra fe pueda soportar.

Los creyentes, como los discípulos, somos débiles y vulnerables en la ausencia de la protección del Señor. Martín Lutero, que no era ajeno al

conflicto espiritual, expresó esa verdad en su himno magnífico “Castillo fuerte es nuestro Dios”:

Nuestro valor es nada aquí,
 Con él todo es perdido;
 Mas con nosotros luchará
 De Dios el escogido.
 Es nuestro Rey Jesús,
 El que venció en la cruz,
 Señor y Salvador,
 Y siendo Él solo Dios,
 Él triunfa en la batalla.

Los creyentes pueden estar confiados en que Dios siempre cumplirá su promesa de no permitir tentaciones mayores a las que su capacidad pueda resistir (1 Co. 10:13). Su seguridad eterna no está en sus propias fuerzas, sino en la intercesión constante de Cristo (He. 7:25; 1 Jn. 2:1-2) y en su amor incesante por ellos (Ro. 8:35-39). Pablo escribió: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Ro. 5:10).

LA OBEDIENCIA SUPREMA DE CRISTO

Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco. Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber? (18:10-11)

Presintiendo lo que estaba a punto de ocurrir, los discípulos exclamaron: “Señor, ¿heriremos a espada?” (Lc. 22:49). Sin esperar la respuesta del Señor, **Simón Pedro**, envalentonado por el despliegue imponente del poder divino de Cristo recién visto, atacó para defender al Señor impulsiva e innecesariamente. Como **tenía una espada** (gr. *machaira*, espada corta o daga, de acuerdo con Lc. 22:38 los discípulos tenían una de las dos con ellos), **la desenvainó**. En lugar de permitir el arresto de Jesús, sintiéndose invencible por la “arrasadora” demostración de poder del Señor, intentó abrirse camino a golpes a través de todo el destacamento. Su primer blanco fue **Malco, siervo del sumo sacerdote**.

(Aunque los cuatro Evangelios mencionan el incidente, solo Juan anota que fue Pedro quien atacó a Malco. Tal vez, debido a que Pedro ya estaba muerto cuando Juan escribió el Evangelio, Juan ya no necesitaba protegerlo de las represalias). Pedro iba por la cabeza de Malco, pero falló (o Malco logró esquivarlo) y **le cortó la oreja derecha**. La acción temeraria de Pedro amenazó con iniciar una batalla que podría haber concluido en la muerte o arresto de los discípulos; precisamente lo que Jesús buscaba evitar.

El Señor actuó rápidamente para calmar la situación. Le **dijo a Pedro**, reprendiéndolo con dureza: “Basta ya; dejad [Lc. 22:51], **mete tu espada en la vaina**, porque todos los que tomen espada, a espada perecerán” (Mt. 26:52). Él no era un rey terrenal que necesitara que sus seguidores lucharan para protegerlo (Jn. 18:36). De haberlo escogido, Jesús podría haber llamado defensores más poderosos que los discípulos (Mt. 26:53).

Entonces el Señor “tocando [la oreja de Malco], le sanó” (Lc. 22:51). Esta fue otra demostración del poder divino de Cristo en un lapso de pocos minutos. Tras verlo crear una oreja, la multitud debiera haber caído a sus pies y adorarlo. Pero cegados y endurecidos por su pecado, le arrestaron (v. 12), demostrando otra vez la verdad de lo que ya había escrito Juan en su Evangelio: “Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él” (12:37).

La acción valiente pero impetuosa de Pedro reveló su continuo fracaso en entender la necesidad de la muerte de Jesús. Después de su sonora afirmación de que Jesús era el Cristo (Mt. 16:16), el Señor habló a los discípulos sobre su muerte (v. 21). Sobresaltado, “Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca” (v. 22). Ahora, cuando había llegado el momento, Pedro no lo captaba, luego Jesús se lo recordó (y al resto de los discípulos): “**La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?**”. La **copa** de la cual habla el Señor era la copa del juicio divino (cp. Sal. 11:6; 75:8; Is. 51:17, 22; Jer. 25:15; Ez. 23:31-34; Mt. 26:39; Ap. 14:10; 16:19), la vaciaría completamente en la cruz cuando Dios hizo pecado por nosotros al que no conoció pecado, “para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21). La valentía, poder, amor y obediencia supremos de Cristo llevarían a ese sacrificio de salvación.

69 Juicio de Jesús y negación de Pedro

Entonces la compañía de soldados, el tribuno y los alguaciles de los judíos, prendieron a Jesús y le ataron, y le llevaron primeramente a Anás; porque era suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año. Era Caifás el que había dado el consejo a los judíos, de que convenía que un solo hombre muriese por el pueblo. Y seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Y este discípulo era conocido del sumo sacerdote, y entró con Jesús al patio del sumo sacerdote; mas Pedro estaba fuera, a la puerta. Salió, pues, el discípulo que era conocido del sumo sacerdote, y habló a la portera, e hizo entrar a Pedro. Entonces la criada portera dijo a Pedro: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Dijo él: No lo soy. Y estaban en pie los siervos y los alguaciles que habían encendido un fuego; porque hacía frío, y se calentaban; y también con ellos estaba Pedro en pie, calentándose. Y el sumo sacerdote preguntó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le respondió: Yo públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído, qué les haya yo hablado; he aquí, ellos saben lo que yo he dicho. Cuando Jesús hubo dicho esto, uno de los alguaciles, que estaba allí, le dio una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al sumo sacerdote? Jesús le respondió: Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas? Anás entonces le envió atado a Caifás, el sumo sacerdote. Estaba, pues, Pedro en pie, calentándose. Y le dijeron: ¿No eres tú de sus discípulos? Él negó, y dijo: No lo soy. Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dijo: ¿No te vi yo en el huerto con él? Negó Pedro otra vez; y en seguida cantó el gallo. (18:12-27)

A lo largo de su Evangelio, Juan retrata la majestad y la gloria del Señor Jesucristo. El prólogo lo declara Hijo de Dios (1:1), quien disfruta comunión íntima con el Padre (1:2), tiene existencia propia (1:4), es Creador (1:3) y el Verbo que se hizo carne y manifestó la gloria de Dios

(1:14). Juan el Bautista, el hombre más grande que había existido hasta esa fecha (Mt. 11:11), reconoció que Jesús era superior él (1:15, 27). El apóstol Juan también registra la omnisciencia de Jesús (1:48; 2:24-25; 16:30), su impecabilidad (8:46), eternidad (1:1-2), unión con el Padre (10:30, 38; 12:45) y señales milagrosas (2:1-11; 4:46-54; 5:1-9; 6:1-13, 16-21; 9:1-7; 11:1-45; 21:6-11).

Incluso en el relato de la traición y arresto de Jesús, Juan describe la dignidad, valentía y completo dominio de la situación por parte de Jesús (véase la exposición de 18:1-11 en el capítulo anterior de esta obra). En este pasaje el Señor está custodiado por sus enemigos, en el juicio contra su vida. Pero incluso en tales circunstancias que pudieran parecer degradantes, Juan sigue exaltándolo. Lo hace por yuxtaposición de los relatos sobre la audiencia de Jesús ante Anás y las negaciones de Pedro. Ambas escenas ocurren en el mismo lugar, al mismo tiempo, y Juan, bajo la inspiración del Espíritu, los entrelaza en una narración dramática.

La interacción de los dos dramas muestra agudamente dos verdades opuestas fundamentales en toda la doctrina cristiana: la gloria de Cristo y la naturaleza pecaminosa del hombre. Tales verdades son evidentes del contraste entre la fidelidad de Cristo y la infidelidad de Pedro; la valentía del Señor y la cobardía de Pedro; el amor sacrificial de Jesús y las mentiras de Pedro para protegerse.

El drama se desarrolla en cuatro actos: Abre con el primer acto del juicio de Jesús, seguido por el acto de la negación de Pedro. Entonces la escena cambia al segundo acto del juicio de Jesús y concluye con la segunda y la tercera negación de Pedro.

JUICIO DE JESÚS: PRIMER ACTO

Entonces la compañía de soldados, el tribuno y los alguaciles de los judíos, prendieron a Jesús y le ataron, y le llevaron primeramente a Anás; porque era suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año. Era Caifás el que había dado el consejo a los judíos, de que convenía que un solo hombre muriese por el pueblo. (18:12-14)

Como dijimos en el capítulo anterior de esta obra, quienes arrestaron a Jesús eran judíos y gentiles. El destacamento de la **compañía de soldados** que estaba estacionado en Jerusalén durante la temporada de la Pascua iba acompañado del **tribuno** (gr. *Chiliarchos*; comandante de mil). **Los alguaciles de los judíos** (miembros de la fuerza policial del

templo) también estaban acompañados por algunos de sus superiores (Lc. 22:52). La presencia de oficiales de alto rango revela el carácter explosivo de la situación. Romanos y judíos temían que el arresto de Jesús pudiera iniciar un motín de los numerosos nacionalistas militantes que le habían declarado Mesías hacía tan solo unos días.

Jesús acababa de mostrar su poder sobrenatural al pronunciar su nombre divino (después de lo cual toda la multitud cayó al suelo) y sanar la oreja herida de Malco (18:6; Lc. 22:51). Increíblemente, los soldados y los guardias del templo actuaron como si no hubiera ocurrido milagro alguno y ejecutaron sus órdenes mecánicamente. Su torpeza terca ilustra gráficamente el poder terrible del pecado y de Satanás para cegar las mentes y endurecer los corazones de quienes no están regenerados (2 Co. 4:4). Literalmente, están “muertos en [sus] delitos y pecados” (Ef. 2:1).

Una vez que prendieron formalmente a Jesús, los guardias **le ataron**. Probablemente, ese era un procedimiento normal cuando hacían un arresto, pero también sugiere un significado más profundo. Tal como se ató a Isaac (Gn. 22:9) y se ataban los sacrificios del Antiguo Testamento (Sal. 118:27), se ató al Cordero de Dios, el sacrificio final.

Después de arrestar a Jesús, **le llevaron primeramente a Anás**. Esta audiencia preliminar, registrada únicamente por Juan, marcó el inicio de las tres fases del juicio religioso de Jesús ante las autoridades judías. La segunda fase fue ante Caifás y el sanedrín (Mt. 26:57-68; Mr. 14:53-65; Lc. 22:54). La tercera fue después del amanecer del día siguiente, cuando las autoridades confirmaron la decisión alcanzada en la audiencia anterior (Mt. 27:1; Mr. 15:1; Lc. 22:66-71). El juicio civil del Señor tuvo tres fases: ante Pilato (Mt. 27:2, 11-14; Mr. 15:1-5; Lc. 23:1-5; Jn. 18:28-38), ante Herodes (Lc. 23:6-12) y ante Pilato de nuevo (Mt. 27:15-26; Mr. 15:6-15; Lc. 23:13-25; Jn. 18:39—19:16). Para mayor información sobre los juicios de Jesús véase Robert L. Thomas y Stanley N. Gundry, *A Harmony of the Gospels* [La armonía de los Evangelios] [Chicago: Moody, 1979], pp. 329-337).

Aunque **Anás** ya no era sumo sacerdote en aquel momento, era una figura poderosa en la jerarquía judía. Lo fue entre los años 6-15 d.C., cuando Valerio Grato, el predecesor de Pilato, lo destituyó del cargo. No obstante, él podía seguir usando el título de sumo sacerdote (vv. 15-16, 19, 22), igual que los presidentes de Estados Unidos se siguen llamando presidentes tras haber dejado el puesto. Sin embargo, el título de Anás era algo más que una simple cortesía. Muchos judíos, resentidos por la intromisión de los romanos en sus asuntos religiosos, aún consideraban a

Anás como el verdadero poder (especialmente porque, según la ley mosaica, el oficio del sumo sacerdote era vitalicio; cp. Nm. 35:25).

Más aún, después de quitarle sus funciones, cinco de los hijos de Anás y uno de sus nietos fueron sumos sacerdotes por un año. Así, Leon Morris coincide: “Hay poca duda... aquel viejo astuto a la cabeza de la familia ejercía una buena cantidad de autoridad. Con toda probabilidad era el poder real de la tierra, fueran cuales fueran los tecnicismos legales” (*El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 749 del original en inglés). El Nuevo Testamento ubica el inicio del ministerio de Juan el Bautista cuando eran “sumos sacerdotes Anás y Caifás” (Lc. 3:2; cp. Hch. 4:6), como si los dos ostentaran el cargo conjuntamente.

Anás era orgulloso, ambicioso y avaro. Evidentemente, parte importante de sus ingresos provenía de las concesiones en el templo. Recibía una parte de lo recaudado por la venta de animales de sacrificio; con frecuencia, los que la gente llevaba eran rechazados y los que el templo tenía para la venta (a precios exorbitantes) se aprobaban. Anás se lucraba también por las tasas que los cambistas cobraban por el cambio de monedas extranjeras en moneda judía, la única que podía utilizarse para pagar el impuesto en el templo (cp. 2:14). Su avaricia era tan tristemente célebre que los patios externos del templo, donde se llevaban a cabo tales transacciones, se conocían como el bazar de Anás (véase Alfred Edersheim, *La vida y los tiempos de Jesús*, vol. 1 [Barcelona: Clie], pp. 371-372 del original en inglés).

Anás tenía un odio especial por Jesús, quien había interrumpido dos veces sus negocios cuando limpió el templo (Jn. 2:13-16; Mt. 21:12-13). Llevaron a Jesús ante él porque tal vez “quería ser el primero en regodearse en la captura de aquel perturbador galileo” (William, Barclay, *Comentario al Nuevo Testamento* [Barcelona: Clie; 1999], p. 478).

La nota parentética de Juan, que **era Caifás el que había dado el consejo a los judíos, de que convenía que un solo hombre muriese por el pueblo**, se refiere al incidente registrado en 11:49-52:

Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban

dispersos.

José **Caifás** recibió de Valerio Grato el cargo de sumo sacerdote en el 18 d.C., el mismo prefecto romano que había depuesto a su suegro Anás tres años antes. Ocupó tal posición hasta el año 36 d.C., cuando los romanos lo destituyeron. El sumo sacerdocio de Caifás fue uno de los más largos del primer siglo, lo cual revela su naturaleza oportunista y astuta. Haber propuesto matar a Jesús para preservar su poder y el del sanedrín (cp. 11:48) demuestra su crueldad implacable.

Con Jesús en la custodia de sus enemigos, la escena cambia ahora a Pedro.

NEGACIÓN DE PEDRO: PRIMER ACTO

Y seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Y este discípulo era conocido del sumo sacerdote, y entró con Jesús al patio del sumo sacerdote; mas Pedro estaba fuera, a la puerta. Salió, pues, el discípulo que era conocido del sumo sacerdote, y habló a la portera, e hizo entrar a Pedro. Entonces la criada portera dijo a Pedro: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Dijo él: No lo soy. Y estaban en pie los siervos y los alguaciles que habían encendido un fuego; porque hacía frío, y se calentaban; y también con ellos estaba Pedro en pie, calentándose. (18:15-18)

A pesar de su demostración de valentía cuando atacó e hirió a Malco, **Pedro** huyó con el resto de los discípulos después del arresto de Jesús (Mt. 26:56). Pero se las arregló para recuperar la compostura y ahora seguía **a Jesús** y a quienes lo arrestaron; aunque a distancia (Mt. 26:58; Mr. 14:54; Lc. 22:54). Pedro no estaba solo, **otro discípulo** también había controlado su miedo y volvió con él. Algunos identifican a este discípulo con José de Arimatea o Nicodemo, pero ninguno de los dos es buen candidato. Ninguno estaba con el Señor en el aposento alto (Mt. 26:20; Mr. 14:17-18; Lc. 22:14) y, por lo tanto, tampoco en Getsemaní (cp. Mt. 26:36; “ellos” en el contexto de los vv. 30-36 hace referencia a los once discípulos restantes que habían estado en el aposento alto). Es poco probable que José o Nicodemo hubieran tenido tiempo para saber del arresto de Jesús y haberse unido a Pedro. Más aún, José de Arimatea todavía no era discípulo de Jesús abiertamente (Jn. 19:38). Por eso, es poco probable que hubiera seguido a Jesús al patio del sumo sacerdote;

especialmente, no con Pedro, de quien se sabía que era uno de los discípulos de Cristo.

Probablemente el otro discípulo fue Juan, a quien nunca se menciona en su Evangelio pero se describe como el discípulo a quien Jesús amaba (véase la Introducción, “Autoría del Evangelio de Juan”). Dicha identificación se apoya en 20:2-8, el otro pasaje del Evangelio de Juan donde ocurre la frase “el otro discípulo”. Allí se identifica claramente al “otro discípulo” con aquel a quien Jesús amaba (20:2). El discípulo a quien Jesús amaba (Juan) también se asocia con Pedro en 13:23-24 y 21:20-21.

Algunos objetan que un simple pescador galileo como Juan pudiera ser **conocido** (la palabra griega sugiere más que un conocido casual) **del sumo sacerdote**. Pero debe recordarse que “los pescadores eran empresarios, no trabajadores comunes en el fondo del espectro social” (D. M. Smith, citado en Andreas J. Köstenberger, *John* [Juan], Baker Exegetical Commentary on the New Testament [Comentario exegético Baker sobre el Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Baker, 2004], p. 513 n. 14). El negocio de la pesca del padre de Juan era lo suficientemente grande para que él tuviera jornaleros que trabajaran para él (Mr. 1:19-20). Según el evangelio apócrifo de los Hebreos, el apóstol Juan solía llevar pescado a la casa del sumo sacerdote cuando todavía estaba trabajando para su padre (Köstenberger, *John*, 513 n. 14).

También es posible que Juan, a través de su madre, Salomé (cp. Mt. 27:56 con Mr. 15:40), fuera de descendencia sacerdotal. Parece ser que era hermana de María, la madre de Jesús (cp. Jn. 19:25 con Mr. 15:40). Como María estaba emparentada con Elisabet (Lc. 1:36; probablemente a través de su madre; ella era descendiente de David por medio de su padre [Lc. 3:23-38]), la cual era de familia sacerdotal (Lc. 1:5), Salomé también lo sería. Eusebio, historiador de la iglesia primitiva (*Historia eclesiástica* III.31.3) cita una carta de Polícrates, un obispo de Éfeso de finales del siglo II (donde Juan pasó sus últimos años), donde afirma que Juan fue sacerdote.

Cualquiera que fuera el caso, Juan era lo suficientemente conocido como para poder entrar **con Jesús al patio del sumo sacerdote**. Sin embargo, Pedro no lo era y se quedó afuera, **a la puerta**. Al darse cuenta de lo que había ocurrido, **salió, pues, el discípulo que era conocido del sumo sacerdote, y habló a la portera** (la forma femenina del sustantivo indica que se trataba de una mujer, como lo confirma el v. 17; el hecho de que una mujer trabajara en la entrada indica que el incidente no

ocurrió en el área del templo, donde solo había hombres) e **hizo entrar a Pedro**. Se vuelve a mostrar que Juan era bien conocido en la casa del sumo sacerdote en su capacidad para abogar por Pedro. El deseo de Pedro de estar con Jesús venció su miedo y Pedro entró al patio.

Pero cuando lo hizo, **la criada portera dijo algo a Pedro** que lo sobresaltó: “**¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?**”. La pregunta en el texto griego espera una respuesta negativa. Siguiendo el hilo marcado por ella, Pedro respondió secamente: “**No lo soy**”. No es aparente por qué debía negar que era discípulo de Jesús. Después de todo, Juan, de quien se sabía era discípulo de Jesús, fue admitido sin problemas. Puede ser que Pedro no estuviera acostumbrado al trato con los ricos y poderosos. Tal vez el desconocimiento del ambiente en que se encontraba lo llevó a perder el valor y dejar escapar una negación cobarde cuando una criada lo pilló desprevenido con su cuestionamiento inesperado. Fuera la razón que fuera, esta negación y las siguientes probaron que Jesús conocía a Pedro mejor que él mismo (cp. 13:37-38). La historia trágica de las negaciones múltiples de Pedro “es una advertencia para quien afirme que seguirá a Jesús ‘donde Él lo lleve’. Ufanarse de la capacidad propia es una invitación al fracaso. Exactamente lo que Pedro descubrió” (Gerald L. Borchert, *John 12—21* [Juan 12—21], The New American Commentary [Nuevo comentario estadounidense] [Nashville: Broadman & Holman, 2002], p. 230).

Sin duda, desesperado por evitar futuras preguntas, Pedro se apresuró a cruzar el patio hacia el lugar donde **estaban en pie los siervos y los alguaciles** de la guardia del templo (probablemente parte de quienes arrestaron a Jesús). El detalle según el cual **estaban en pie los siervos y los alguaciles que habían encendido un fuego; porque hacía frío, y se calentaban**, vuelve a reflejar el testimonio ocular. Más importante aún, muestra que esta audiencia inicial ocurrió en la noche, pues es poco probable que, durante la Pascua, hubiera hecho tanto frío en el día que se necesitara una fogata. Intentando mezclarse de la forma más discreta posible, **también con ellos estaba Pedro en pie, calentándose**. Corría el riesgo de que alguien más lo reconociera a la luz de la fogata (exactamente lo ocurrido; Mr. 14:66-67; Lc. 22:55-56). Pero aislarse en el patio solamente habría llamado más la atención; lo último que Pedro quería. Como sucedió con Judas poco antes en Getsemaní (18:5), Pedro terminó estando al lado de los enemigos de Jesús.

Con Pedro en una situación vulnerable, la escena ahora cambia al interior, a la confrontación dramática entre Anás y Jesús.

JUICIO DE JESÚS: SEGUNDO ACTO

Y el sumo sacerdote preguntó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le respondió: Yo públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído, qué les haya yo hablado; he aquí, ellos saben lo que yo he dicho. Cuando Jesús hubo dicho esto, uno de los alguaciles, que estaba allí, le dio una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al sumo sacerdote? Jesús le respondió: Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas? Anás entonces le envió atado a Caifás, el sumo sacerdote. (18:19-24)

El juicio de Jesús ante las autoridades judías fue una farsa, pues su destino ya había sido determinado. En Juan 11:47-48 dice: “los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y dijeron: ¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales” (vv. 47-48). La conclusión escalofriante (propuesta por Caifás; vv. 49-50) era que Jesús muriera, “así que, desde aquel día acordaron matarle” (v. 53). De este modo, ninguna de las tres fases del juicio del Señor ante las autoridades judías fue un intento imparcial para determinar verdaderamente su culpa o inocencia. En su lugar, su propósito era dar un viso de legalidad a su homicidio.

Esta audiencia informal ante Anás no fue la excepción. En lugar de presentar los cargos contra el Señor y producir evidencia para sustanciarlos en un procedimiento legal, Anás **preguntó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina**. Este intento patente de hacer que el Señor se incriminara era ilegal. Tal como hoy lo hace la Quinta Enmienda de la Constitución de Estados Unidos, la ley judía protegía al acusado de forzarlo a testificar contra él. Anás tenía la responsabilidad de informar a Jesús cuáles eran las acusaciones en su contra. En su lugar, hacía preguntas vagas y generales, con la esperanza de descubrir un delito que justificara la sentencia de muerte que ya se había decidido.

Sin embargo, Jesús conocía bien la ley. Por lo tanto, **le respondió: “Yo públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he hablado en oculto”**. El Señor no tenía segundas intenciones, planes secretos, motivos ocultos conocidos solo a un equipo cerrado de

seguidores. Había predicado abiertamente el Evangelio de la salvación del reino (Mt. 11:1-5; Mr. 1:14, 38-39; 4:17; Lc. 4:18-21, 43-44; 8:1; 20:1) y ofrecía la salvación a quienes la aceptaran (Mt. 11:28-30; Jn. 10:9; 14:6). El cuestionamiento de Jesús, “**¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído, qué les haya yo hablado; he aquí, ellos saben lo que yo he dicho**”, no fue un hecho retador e insolente, fue una exigencia para que se respetaran los requisitos de la ley sobre acusaciones y acusadores legítimos. El Señor destapó la hipocresía de Anás y lo retó a presentar su caso y llamar a sus testigos.

Uno de los alguaciles, que estaba allí, ofendido por la falta de respeto ante su señor (y probablemente en búsqueda del favor de Anás), **le dio una bofetada, diciendo: “¿Así respondes al sumo sacerdote?”**. Era ilegal golpear a un prisionero, especialmente a uno no acusado. Años después, cuando Pablo estuvo ante el sanedrín, también lo golpearon ilegalmente, en su caso por orden del sumo sacerdote (Hch. 23:2). Enfurecido por tal violación insultante de la ley, Pablo replicó: “¿Dios te golpeará a ti, pared blanqueada! ¿Estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y quebrantando la ley me mandas golpear?” (v. 3). Después de que uno de los presentes lo reprendió por criticar al sumo sacerdote (v. 4), Pablo se disculpó humildemente (v. 5).

Sin embargo, Jesús mantuvo una calma majestuosa; “cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 P. 2:23). El Señor **respondió** a quien lo golpeó: “**Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?**”. La lógica de Cristo era impecable. Si estaba mal en cuanto al procedimiento legal, debían haberlo corregido en lugar de golpearlo. Pero si hablaba correctamente (como era el caso), ¿qué razón había para golpearlo? Una vez más Jesús exigía un juicio justo; algo que sus opositores no tenían la intención de concederle.

Anás, al darse cuenta de que no iba a ninguna parte con su interrogatorio a Jesús, **le envió atado a Caifás, el sumo sacerdote**. Solamente **Caifás, el sumo sacerdote** del momento, podía hacer las acusaciones legales a Jesús ante Pilato.

En tanto se llevan a Jesús, el enfoque regresa al patio del templo, donde estaba por desarrollarse el acto final de la negación de Pedro.

NEGACIÓN DE PEDRO: SEGUNDO ACTO

Estaba, pues, Pedro en pie, calentándose. Y le dijeron: ¿No eres tú

de sus discípulos? El negó, y dijo: No lo soy. Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dijo: ¿No te vi yo en el huerto con él? Negó Pedro otra vez; y en seguida cantó el gallo. (18:25-27)

Mientras Anás interrogaba a Jesús, los subordinados de Anás interrogaban a Pedro, quien aún estaba **en pie, calentándose** cerca del fuego del patio. Sospechando del extraño, **le dijeron: “¿No eres tú de sus discípulos?”**. Era una oportunidad para que Pedro se redimiera y fuera valientemente sincero. Sin embargo, una vez más, **él negó, y dijo: “No lo soy”**. Pero las repetidas preguntas a Pedro habían despertado las sospechas de **uno de los siervos del sumo sacerdote**. Para empeorar la situación de Pedro mucho más, este individuo era **pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja** (Malco) poco antes en Getsemaní. Él cuestionó a Pedro con la acusación más específica (y peligrosa) de todas: **“¿No te vi yo en el huerto con él?”**. Ahí todavía no era crimen ser discípulos de Jesús, pero atacar a un hombre con una espada sí lo era. Lleno de pánico, Pedro **negó** enfáticamente, por tercera vez, conocer algo de Jesús.

En ese mismo instante ocurrieron dos cosas que incrementaron el drama de Jesús y Pedro. **En seguida**, tras la tercera negación de Pedro, **cantó el gallo**. En ese mismo instante, “vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces” (Lc. 22:61). Abrumado por la vergüenza, la culpa y el dolor por su pecado en la negación, “Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente” (v. 62).

70 Jesús ante Pilato—Primera parte: Primera fase del juicio civil

Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era de mañana, y ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua. Entonces salió Pilato a ellos, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Respondieron y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado. Entonces les dijo Pilato: Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Y los judíos le dijeron: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie; para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, dando a entender de qué muerte iba a morir. Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Jesús le respondió: ¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? Pilato le respondió: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz. Le dijo Pilato: ¿Qué es la verdad? Y cuando hubo dicho esto, salió otra vez a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ningún delito. (18:28-38)

Los juicios del Señor Jesucristo son los errores judiciales más atroces de la historia. En ellos el amigo de los pecadores (Lc. 7:34) enfrentó el odio de los pecadores, al Juez de toda la tierra (Gn. 18:25) lo juzgaron simples jueces humanos, al exaltado Señor de la gloria (1 Co. 2:8) lo humillaron con burlas, escupitajos y golpes, al Santo y Justo (Hch. 3:14) se le trató como a vil pecador, a quien es la Verdad (Jn. 14:6) lo impugnaron mentirosos malvados.

Pero la inocencia de Jesucristo brillaba en medio de la oscuridad

satánica de sus juicios. Los esfuerzos malignos de sus acusadores se cambiaron para confirmar la completa inocencia de Jesús. Durante su ministerio terrenal había retado a sus oyentes con estas palabras: “¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis?” (Jn. 8:46; cp. 14:30). En el Antiguo Testamento Isaías profetizó esto sobre Él:

*Y se dispuso con los impíos su sepultura,
mas con los ricos fue en su muerte;
aunque nunca hizo maldad,
ni hubo engaño en su boca (Is. 53:9).*

El ángel que predijo su nacimiento lo llamó “Santo Ser” (Lc. 1:35), su traidor se lamentó por haber “pecado entregando sangre inocente” (Mt. 27:4), uno de los malhechores crucificados con Él declaró: “Éste ningún mal hizo” (Lc. 23:41) y el centurión romano a cargo de su ejecución reconoció: “Verdaderamente este hombre era justo” (v. 47). Pablo dijo que Él “no conoció pecado” (2 Co. 5:21), el escritor de Hebreos afirmó que “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (He. 4:15) y que era “santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores” (7:26) y Pedro escribió que Jesús “no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 P. 2:22).

El reparto de personajes en los relatos del Evangelio sobre los juicios de Jesús incluye a la mayoría de gobernantes y hombres importantes de Israel. Anás, el antiguo sumo sacerdote, que aún era el poder real tras bambalinas, estuvo allí. También estaba Caifás, el sumo sacerdote del momento y yerno de Anás. Junto con ellos estaban todos los miembros del sanedrín, el órgano de gobierno de Israel (bajo los romanos). Pilato, el gobernador romano, jugó un papel importante; Herodes Antipas, el gobernador de la región galilea, de donde Jesús era oriundo, tuvo una actuación especial; y los extras incluían a varios testigos falsos sin nombre, junto con las multitudes que pedían su crucifixión. Pero a través de las seis fases de sus juicios (tres religiosas, tres civiles), el Señor Jesucristo ocupa el escenario central.

Juan no registra las fases segunda y tercera del juicio religioso del Señor, aunque mencionó que Anás envió a Jesús ante Caifás (18:24). El sanedrín se había reunido en la casa de Caifás durante la noche (Mt. 26:57-68) y había decidido que Jesús debía morir (Mt. 26:66). Entonces, en un dejo de legalidad (pues la ley judía no permitía hacer juicios

capitales en la noche), volvieron a convocar al sanedrín al otro día y dictaron formalmente la sentencia (Mt. 27:1). Juan recoge la historia en ese momento y dice que **llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio**, las oficinas de Pilato (probablemente en la Fortaleza Antonia o en el palacio de Herodes) cuando visitaba Jerusalén (el lugar permanente de Pilato estaba en Cesarea).

El motivo de los líderes judíos para llevar a Jesús ante Pilato era obvio. Debido a la envidia, celos y odio, habían planeado matarlo desde hacía tiempo (cp. 5:18; 7:1; 11:53). Sus intenciones asesinas se habían frustrado hasta ahora porque “aún no había llegado su hora” (7:30; 8:20). Al final, en el tiempo de Dios, con la ayuda de Judas Iscariote, el traidor, habían logrado arrestar a Jesús. Después de un simulacro de juicio, lo sentenciaron a muerte. Pero una vez hecho, no podían ejecutar la sentencia; los romanos no les permitían ejecutar a nadie (18:31). Esa era la política normal romana en todos los territorios que dominaban; no querían que los nacionalistas ejecutaran a quienes eran leales a Roma.

Las fuentes judías antiguas difieren en cuanto a cuándo Roma privó a los judíos del derecho a la pena capital. Josefo, historiador judío del siglo I, declara que fue en el año 6 d.C., cuando Judea se convirtió en provincia romana. Sin embargo, el Talmud (siglo II) lo data cuarenta años antes de la destrucción del templo (es decir, alrededor del 30 d.C.). Tal vez, como sugiere F. F. Bruce, “pudo ser que ocurrió alguna situación alrededor del año 30 d.C. en la cual esta privación tuvo una importancia especial” (*The Gospel of John* [El Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Eerdmans, 1983], p. 351).

Para mejor descripción del escenario, Juan dice que **era de mañana**. *Prōi*, “**de mañana**”, se refiere técnicamente a la cuarta vigilia de la noche (3:00-6:00 a.m.), aunque también puede usarse en sentido más general. Los funcionarios romanos comenzaban sus tareas al amanecer y terminaban al final de la mañana, de modo que no había razón por la cual los líderes judíos no pudieran llevar a Jesús ante Pilato antes de las 6:00 a.m. El objetivo de ellos era que Pilato autorizara su decisión de matar a Jesús y ejecutar la sentencia antes de que la gente fuera consciente de lo que estaba ocurriendo.

Cuando los líderes judíos llegaron a la sede de Pilato, se quedaron afuera y **no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la Pascua**. Se habían limpiado ceremonialmente para la cena de la Pascua de ese día (viernes; para una explicación de por qué Jesús y los discípulos pudieron haber tenido la cena de la Pascua el jueves

por la noche véase la exposición de 13:1 en el capítulo 47 de esta obra) y no podían arriesgarse a quedar impuros porque eso los eliminaría de aquella celebración importante. Lo más probable es que temieran contaminarse por un cuerpo muerto, cosa que los haría impuros durante siete días (Nm. 19:11, 14, 16). Dicha preocupación se derivaba de la creencia de los judíos en que los gentiles se deshacían de los abortos o de los niños nacidos muertos lanzándolos por las alcantarillas (Leon Morris, *El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 763, n. 59 del original en inglés). Por eso, la Mishná declaraba impuros todos los hogares gentiles (Morris, *Juan*, p. 763, n. 58 del original inglés). Sin embargo, entrar a la columnata o al patio externo de la residencia de Pilato no los contaminaría.

La devoción retorcida de los legalistas religiosos queda ilustrada: los líderes judíos esperaban agradar a Dios por medio de legalismos expresados en la separación física de una casa gentil, mientras asesinaban ilegalmente al Hijo de Dios. Evitaban fastidiosamente cualquier contaminación ceremonial superficial, pero no les importaba la contaminación moral profunda en la que incurrían al rechazar y condenar a muerte al Hijo de Dios. “Los judíos prevenían minuciosamente la contaminación ritual para poder comer la Pascua al mismo tiempo que manipulaban el sistema judicial para asegurar la muerte del único que es la verdadera Pascua” (D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], *The Pillar New Testament Commentary* [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 589).

El relato de Juan en esta fase del juicio de Jesús se da en tres actos: la acusación, el interrogatorio y la decisión.

LA ACUSACIÓN

Entonces salió Pilato a ellos, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Respondieron y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado. Entonces les dijo Pilato: Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Y los judíos le dijeron: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie; para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, dando a entender de qué muerte iba a morir. (18:29-32)

En deferencia a sus escrúpulos religiosos, **salió Pilato** de su residencia

para encontrarse con los judíos. La negación de ellos a entrar al pretorio le forzó a salir y entrar del edificio, desde dentro donde estaba Jesús, afuera donde estaban los acusadores.

Poncio **Pilato** fue nombrado quinto gobernador de Judea por el emperador Tiberio en el 26 d.C.; estuvo en el cargo durante diez años. Los Evangelios y las fuentes extrabíblicas lo describen como orgulloso, arrogante y cínico (cp. 18:38), pero dicen también que era débil y vacilante. Su posición de gobernador estuvo marcada por la insensibilidad y la brutalidad (cp. Lc. 13:1). Revirtiendo las políticas de sus predecesores, Pilato envió tropas a Jerusalén con estandartes que contenían imágenes consideradas ídólatras por los judíos. Cuando muchos de ellos protestaron con vehemencia contra lo que consideraban sacrilegio, Pilato les ordenó parar de importunarlo so pena de muerte. Pero ellos se dieron cuenta de que no era en serio y lo retaron a cumplir su amenaza. Poco dispuesto a masacrar a tantas personas, Pilato retiró los estandartes ofensivos. Este relato resalta su juicio pobre, su arrogancia y debilidad vacilante. Pilato airó aún más a los judíos cuando tomó el dinero del tesoro del templo para construir un acueducto útil para Jerusalén. Sus soldados golpearon y mataron a muchos judíos en las revueltas que se produjeron.

Pero en el incidente que llevó a la caída de Pilato no participaron solamente los judíos, sino también los samaritanos, sus odiados enemigos. Un grupo de ellos planeó escalar el monte Gerizim en busca de objetos de oro que Moisés supuestamente había ocultado allí. Pilato, considerando insurrectos a los samaritanos, ordenó que sus tropas atacaran y muchos peregrinos murieron. Los samaritanos se quejaron ante el gobernador de Siria, el superior inmediato de Pilato, por su brutalidad. Él lo destituyó del cargo y lo envió a Roma para que el emperador Tiberio lo juzgara. Pero Tiberio murió mientras Pilato iba rumbo a Roma. Nada se sabe con certidumbre acerca de qué ocurrió después con Pilato. Algunos relatos dicen que lo desterraron, otros que lo ejecutaron y otros que se suicidó.

La pregunta de Pilato abría oficialmente los procedimientos legales: “**¿Qué acusación traéis contra este hombre?**”. Sin duda, los líderes judíos ya le habían comunicado el caso, pues las tropas romanas tomaron parte en el arresto de Jesús. Evidentemente, esperaban su autorización sobre el juicio y la sentencia a muerte de Jesús. En su lugar, usando su prerrogativa de gobernador, ordenó una nueva audiencia que él presidiría. Pero lo último que querían los líderes judíos era un juicio. Ellos querían una sentencia de muerte; querían a Pilato de ejecutor, no de juez. Sabían

que su acusación contra Jesús—blasfemia porque afirmaba ser Dios encarnado—no prosperaría en un tribunal romano.

La respuesta perentoria de los judíos no solamente era insultante, también eludía el problema: “**Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado**”. Su afirmación falsa y blasfema sobre Jesús como **malhechor** era un asalto a su carácter, pero no una acusación de una violación legal específica. En contra de sus intenciones, la incapacidad total de ellos para ofrecer una acusación legítima contra Jesús afirmaba su inocencia. Aun así, dejaron claro que simplemente esperaban la confirmación de Pilato para ratificar su decisión y para sentenciar a muerte a Jesús.

Pilato, molesto por el tratamiento desdeñoso, irrespetuoso y altanero de parte de ellos, les devolvió una puya de su parte, les dijo burlonamente: “**Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley**”. Él sabía bien que ellos querían la ejecución de Jesús. Pero, como los judíos se vieron obligados a reconocer, no les estaba **permitido dar muerte a nadie**. Aunque en poco tiempo cedería a sus exigencias, inicialmente Pilato marcó su posición. “Si [los judíos] esperaban el permiso de una sentencia capital, iban a tener que opinar y convencerlo, pues, como ellos lo concedieron, no podían proceder legalmente sin él” (Carson, *Juan*, p. 591).

Pero había un significado más profundo del intercambio entre Pilato y los judíos. Las maquinaciones malvadas de los líderes judíos y el consentimiento cobarde de Pilato tan solo servía **para que se cumpliera la palabra que Jesús había dicho, dando a entender de qué muerte iba a morir**. Jesús había predicho que los gentiles participarían en su muerte. Dijo a los discípulos:

He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará (Mr. 10:33-34).

El Señor también había predicho la forma de su ejecución. En 3:14, 8:28 y 12:32 habló de ser “levantado”, lo que daba a entender “de qué muerte iba a morir” (12:33; cp. Sal. 22:6-18). Si los judíos lo hubieran ejecutado, lo habrían arrojado al suelo y apedreado (como hicieron con Esteban; Hch. 7:58-60). Pero la predicción del Señor estaba por cumplirse cuando

fuera “levantado” en la cruz, una ejecución distintiva de los romanos. Dios controló providencialmente los sucesos del juicio de Jesús para asegurar que sus palabras proféticas ocurrieran.

EL INTERROGATORIO

Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Jesús le respondió: ¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? Pilato le respondió: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz. Le dijo Pilato: ¿Qué es la verdad? (18:33-38a)

Dejando afuera a los líderes judíos, **Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús**. Lucas 23:2 aporta un trasfondo para la pregunta “¿Eres tú el Rey de los judíos?”. Dándose cuenta de que tenían una acusación que impresionaría al juez romano, los líderes judíos “comenzaron a acusarle, diciendo: A éste hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey”. Por supuesto, las acusaciones eran completamente falsas; en realidad, Jesús había dicho lo opuesto: “Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Mt. 22:21). Querían describirlo como insurrecto, empeñado en derrocar el gobierno romano para establecer el suyo.

Pilato no podía pasar por alto semejante amenaza al poder romano. Efectivamente, su pregunta a Jesús era si se declaraba culpable o inocente de la acusación de insurrección: “¿Eres tú el Rey de los judíos?”. “La pregunta de Pilato busca determinar si Jesús constituía una amenaza política para el poder imperial romano” (Andreas J. Köstenberger, *John [Juan], Baker Exegetical Commentary on the New Testament [Comentario exegético Baker sobre el Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Baker, 2004], p. 527*). En los relatos de los cuatro Evangelios esta es la primera pregunta que Pilato formula a Jesús y en los cuatro el pronombre

“tú” es enfático. En el texto griego dice literalmente: “Tú, ¿eres tú el rey de los judíos?”. Pilato no lo creía; desde la perspectiva humana, Jesús no parecía rey. Y si lo era, ¿dónde estaban sus seguidores y su ejército? ¿Cómo era Él una amenaza para Roma?

Jesús no podía responder la pregunta con un “sí” o un “no” desprovistos de calificativos sin definir exactamente qué implicaba su reinado. Su contrapregunta pretendía aclarar el asunto: “**¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?**”. Si Pilato lo decía **por sí mismo**, preguntaba si Jesús era rey en el sentido político (luego una amenaza para Roma). La respuesta de Jesús en ese caso sería no; no era un rey en el sentido de un líder político o militar. Ya había rechazado el intento de la multitud por hacerlo ese tipo de rey (6:15). Pero el Señor tampoco podía negar que, como Mesías, era el verdadero rey de Israel.

La respuesta cortante de Pilato refleja su desdén por el pueblo judío y su exasperación creciente con el caso étnico, enredado y frustrante ante él: “**¿Soy yo acaso judío?**”. Cuando sigue hablando, deja claro que el gobernador solo repetía la acusación de los líderes judíos contra Jesús: “**Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí**”; la acusación era de los judíos, no de Roma. Pilato no entendía exactamente por qué habían actuado así. Sabía bien que los judíos no le llevarían a alguien hostil a los romanos, a menos que obtuvieran alguna ganancia por hacerlo.

Intentando averiguar otra vez cuál era el fondo de las cosas, Pilato le preguntó lo que debió haber preguntado desde el principio: “**¿Qué has hecho?**”. A diferencia de la práctica judía (véase la explicación de 18:19 en el capítulo anterior de esta obra). El procedimiento legal romano permitía la interrogación con detalle del acusado (Köstenberger, *Juan*, p. 527). Pilato entendió que los líderes judíos le habían llevado a Jesús por envidia (Mt. 27:18). No entendía aún qué había hecho Jesús para provocar tan vehemente hostilidad de su parte y qué crimen había cometido, si es que cometió alguno.

Como ahora era claro que Pilato solamente repetía la acusación de los líderes judíos, **respondió Jesús** a su pregunta. Era rey, pero no un gobernante político con la intención de desafiar al gobierno de Roma. Declaró: “**Mi reino no es de (gr. *ek*; “en medio de”) este mundo**”. Su fuente no era el sistema del mundo, ni derivaba su autoridad de alguna fuente humana. Como ya se dijo antes, había rechazado el intento de la multitud por coronarlo rey. También dejó pasar la oportunidad de proclamarse rey en la entrada triunfal, cuando entró a Jerusalén a la

cabeza de decenas de miles de esperanzados frenéticos.

Para reforzar lo dicho, Jesús señaló que **si su reino fuera de este mundo, sus servidores pelearían para que Él no fuera entregado a los judíos**. Ningún rey terrenal habría permitido que lo apresaran tan fácilmente. Pero cuando uno de sus seguidores (Pedro) intentó defenderlo, Él lo reprendió. El reino mesiánico no tiene su origen en el esfuerzo humano, sino a través del Hijo del Hombre que conquista el pecado en las vidas de quienes pertenecen a su reino espiritual.

Hoy el reino de Cristo está espiritualmente activo en el mundo y un día Él regresará para reinar físicamente en la tierra en la gloria milenaria (Ap. 11:15; 20:6). Pero antes de eso su reino existe en los corazones de los creyentes, donde Él es Rey indiscutido y Señor soberano. Él no era en absoluto amenaza alguna a la identidad nacional de Israel o a la identidad militar y política de Roma.

Es significativo que el Señor haya hablado de su entrega en manos de los **judíos**. Lejos de llevarlos a una revuelta contra Roma, Jesús habló de los judíos (especialmente los líderes) como enemigos suyos. Él era rey, pero como repudiaba el uso de la fuerza y los enfrentamientos, no era amenaza para los intereses de Roma. Las declaraciones del Señor hacían absurdas las acusaciones de los judíos sobre su interés en derrocar a Roma.

La descripción de Jesús de su reino dejó a Pilato confundido. Si su reino no era terrenal, ¿era Jesús rey verdaderamente? Buscando aclarar el asunto, **le dijo entonces Pilato: “¿Luego, eres tú rey?”**. La respuesta de Jesús fue clara y sin ambigüedades: **“Tú dices que yo soy rey”**. Audazmente, el Señor “dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato” (1 Ti. 6:13). Sin embargo, a diferencia de los reyes terrenales, a Jesús no lo coronó rey ningún agente humano. Declaró: **“Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo”**. No solo había **nacido** como todos los otros humanos, también había **venido al mundo** de otro reino, el cielo (cp. 3:13, 31; 6:33; 8:23; 17:5). Las dos frases juntas son referencias indiscutibles a la preexistencia y encarnación del Hijo de Dios.

La misión de Jesús no era política, sino espiritual. Era **dar testimonio a la verdad** “predicando el evangelio del reino” (Mt. 4:23). Cristo proclamó la verdad sobre Dios, los hombres, el pecado, el juicio, la santidad, el amor, la vida eterna; en resumen, “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad” (2 P. 1:3). El destino eterno de las personas está determinado por lo que hagan ellas con este mensaje de

verdad proclamado por el Señor; como continúa Él diciendo: “**todo aquel que es de la verdad, oye** (la palabra griega incluye el concepto de obediencia; cp. Lc. 9:35) **mi voz**”. Jesús es “el camino, y la verdad, y la vida; nadie [va] al Padre, sino por [Él]” (14:6). En 10:27 añadió: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen”. Solo quienes continúan en su palabra son de verdad sus discípulos; solo quienes son sus verdaderos discípulos conocerán la verdad y serán libres por ésta (8:31-32).

Las palabras de Jesús son una invitación implícita para que Pilato oiga y obedezca la verdad sobre Él. Pero esas palabras se perdieron en el gobernador, quien terminó su interrogatorio abruptamente con la acotación cínica y pesimista “**¿qué es la verdad?**”. Como los escépticos de todas las épocas, inclusive los posmodernos contemporáneos, Pilato estaba desesperado por encontrar la verdad universal. Esta es la tragedia del rechazo de Dios por parte del hombre caído. Sin Dios no puede haber absolutos; sin los absolutos no puede haber verdades objetivas, universales y normativas. La verdad se vuelve subjetiva, relativa y pragmática; la objetividad da paso a la subjetividad; los principios universales atemporales se vuelven simples preferencias culturales o personales. Todo lo que la humanidad ha logrado olvidándose de Dios, la “fuente de agua viva”, es cavar “para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua” (Jer. 2:13). La respuesta frívola de Pilato demostró que él no estaba entre quienes el Padre había entregado al Hijo, quienes oyen y obedecen la voz de Cristo.

LA DECISIÓN

Y cuando hubo dicho esto, salió otra vez a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ningún delito. (18:38b)

Una vez Pilato terminó el interrogatorio a Jesús, pronunció su veredicto. **Salió otra vez a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ningún delito.** Entendía lo suficiente como para notar que Jesús no representaba una amenaza para el gobierno romano. Dejó claro que Jesús era inocente de las acusaciones de sedición e insurrección que los líderes judíos le imputaban (Lc. 23:2).

No hubo acusación válida sobre Él al principio; no hubo convicción sobre Él al final. El Señor de la gloria recibió calumnias, odio, falsas acusaciones, no obstante se le halló perfecto, sin falta e inocente.

71 Jesús ante Pilato—Segunda parte: Segunda fase del juicio civil

Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte uno en la pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos? Entonces todos dieron voces de nuevo, diciendo: No a éste, sino a Barrabás. Y Barrabás era ladrón. Así que, entonces tomó Pilato a Jesús, y le azotó. Y los soldados entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura; y le decían: ¡Salve, Rey de los judíos! y le daban de bofetadas. Entonces Pilato salió otra vez, y les dijo: Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él. Y salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: ¡He aquí el hombre! Cuando le vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron voces, diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Pilato les dijo: Tomadle vosotros, y crucifícadle; porque yo no hallo delito en él. Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios. Cuando Pilato oyó decir esto, tuvo más miedo. Y entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le dio respuesta. Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte? Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene. Desde entonces procuraba Pilato soltarle; pero los judíos daban voces, diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone. Entonces Pilato, oyendo esto, llevó fuera a Jesús, y se sentó en el tribunal en el lugar llamado el Enlosado, y en hebreo Gabata. Era la preparación de la pascua, y como la hora sexta. Entonces dijo a los judíos: ¡He aquí vuestro Rey! Pero ellos gritaron: ¡Fuera, fuera, crucifícale! Pilato les dijo: ¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los principales sacerdotes: No tenemos más rey que César. Así que entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado.

Tomaron, pues, a Jesús, y le llevaron. (18:39—19:16)

A través de los siglos ha habido intenso debate sobre quién fue responsable por la muerte de Jesucristo. Algunos culpan a los romanos, pues fueron quienes lo sentenciaron y ejecutaron (Mt. 20:19; Jn. 19:10, 16, 18). Otros argumentan que los judíos (sobre todo los líderes) fueron los responsables, pues “pidieron a Pilato que se le matase” (Hch. 13:28). Uno de los discípulos se lamentó en el camino a Emaús porque “le entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y le crucificaron” (Lc. 24:20). En el día de Pentecostés, Pedro dijo a las multitudes de Jerusalén: “A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole” (Hch. 2:23). Poco después, Pedro volvió a culpar a sus conciudadanos por la muerte de Cristo:

El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, cuando éste había resuelto ponerle en libertad. Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos (Hch 3:13-15).

Pedro y Juan declararon con audacia a los miembros del sanedrín que ellos lo crucificaron (Hch. 4:10) y añadieron: “El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros [los miembros del sanedrín] matasteis colgándole en un madero” (5:30; cp. 10:39). Esteban también acusó al sanedrín de ser “entregadores y matadores” de Cristo (Hch 7:52). Los judíos aceptaron la responsabilidad por la muerte de Cristo cuando gritaron: “Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos” (Mt. 27:25).

La verdad es que, humanamente hablando, los romanos tuvieron parte mientras los judíos fueron los instigadores con mayor culpa por la muerte de Cristo. Pero la responsabilidad real no recae solamente en ellos; Cristo murió por la propia determinación divina de castigar a su Hijo por los pecados de quienes fueran a obtener la salvación. Juan el Bautista lo saludó como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29). El escritor de Hebreos dijo que Cristo “se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado”

(He. 9:26). Juan escribió en su primera epístola que Cristo “es la propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 2:2) y que “apareció para quitar nuestros pecados” (3:5). Nuestros pecados lo subieron a la cruz.

Jesucristo no fue una víctima. Ni los romanos ni los judíos tenían el poder de quitarle la vida. De hecho, tampoco los pecadores por quienes murió. Él dijo: “Nadie me la quita [la vida], sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Jn. 10:18). Le dijo a Pilato: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba” (véase la explicación posterior del v. 11). Sus adversarios judíos buscaron matarlo, pero no tuvieron éxito “porque aún no había llegado su hora” (7:30; 8:20).

Al final, Cristo no murió porque esa fuera la intención, maquinación o acción de los humanos; murió por la voluntad de su Padre. En el mismo sermón en que Pedro culpó a los judíos por matar a Jesús, también afirmó que Él fue “entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hch. 2:23). En otro sermón Pedro recordó al pueblo que “Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer” (Hch. 3:18). La naciente iglesia oró así: “Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera” (Hch. 4:27-28). En un ejemplo de cómo Dios usa la ira de los pecadores para alabarlo (Sal. 76:10), Pablo declaró: “Porque los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes, no conociendo a Jesús, ni las palabras de los profetas que se leen todos los días de reposo, las cumplieron al condenarle” (Hch. 13:27). Isaías dijo en su profecía de la muerte de Cristo: “Pero el SEÑOR quiso quebrantarlo y hacerlo sufrir” (Is. 53:10, NVI). Jesús dijo sobre su muerte: “A la verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado” (Lc. 22:22; cp. Mt. 26:64). Pablo dijo en 2 Corintios 5:21: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado”.

Pero el control soberano y divino de los eventos no disminuye la responsabilidad de los individuos por sus acciones. Este pasaje relata la última fase del juicio civil a Cristo (Juan omite la audiencia ante Herodes Antipas [Lc. 23:7-12]). Como ocurrió en la primera fase (18:28-38), estuvo presidida por Poncio Pilato, el gobernador romano de Judea.

Juan presentó la majestad y dignidad de Cristo—como lo había hecho en todo el Evangelio—aun cuando lo golpeaban, lo sentenciaban a muerte

injustamente y lo llevaban a crucificarlo. El apóstol lo hace contrastándolo con el Pilato débil y vacilante, quien perdió la compostura, el control de la situación y se apresuró a sentenciar a un hombre inocente. La historia de la caída de Pilato revela sus propuestas fallidas de disponer del caso, su pánico fatal con los sucesos que se salían de control y cuyo resultado fue la sentencia de muerte del Señor Jesucristo.

PROPUESTAS FALLIDAS DE PILATO

Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte uno en la pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al rey de los judíos? Entonces todos dieron voces de nuevo, diciendo: No a éste, sino a Barrabás. Y Barrabás era ladrón. Así que, entonces tomó Pilato a Jesús, y le azotó. Y los soldados entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura; y le decían: ¡Salve, Rey de los judíos! y le daban de bofetadas. Entonces Pilato salió otra vez, y les dijo: Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él. Y salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: ¡He aquí el hombre! Cuando le vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron voces, diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Pilato les dijo: Tomadle vosotros, y crucifícale; porque yo no hallo delito en él. Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios. (18:39—19:7)

Pilato ya había intentado sin éxito librarse de este caso explosivo. En 18:31 había dicho con sorna a los líderes judíos: “Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley”. Los judíos se negaron pues, como se vieron forzados a admitir, no tenían permitido dar muerte a nadie. Entonces Pilato intentó transferir el caso a Herodes Antipas, quien gobernaba la región de Galilea, de donde Jesús era oriundo (Lc. 23:7). Pero Herodes solamente se burló de Jesús y lo devolvió a Pilato, dejándolo aún atrapado en medio del dilema. Por una parte, había declarado a Jesús inocente (18:38; cp. 19:4, 6). De acuerdo con la orgullosa tradición de la justicia romana, Pilato debía haberlo liberado. Pero hacerlo habría provocado la ira de los líderes judíos y posiblemente desatado un disturbio que le habría costado su posición de gobernador (véase la explicación del v. 12 más abajo).

Desesperado por liberarse de la situación tensa y peligrosa, Pilato concibió otro plan. Existía **la costumbre de que** el gobernador liberara **uno en la Pascua** (es decir, un prisionero de los romanos), como gesto de buena voluntad. No hay referencia clara de esta práctica fuera de las Escrituras (algunos eruditos ven una alusión a ésta en el Talmud), pero “la evidencia de los evangelistas es suficiente para la historicidad de la práctica” (F. F. Bruce, *The Gospel of John* [El Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Eerdmans, 1983], p. 355).

De acuerdo con esto, Pilato dijo a la multitud: “**¿Queréis, pues, que os suelte al rey de los judíos?**”. Al otorgarle ese título a Jesús, Pilato volvía a burlarse de los líderes judíos, que rechazaban con vehemencia a Jesús como su rey. La oferta del gobernador parecía ser una solución lógica a su problema. Pero ahora el pueblo se había enterado de lo que estaba pasando y se había reunido una gran multitud a la salida del pretorio (Mt. 27:17). Pilato sabía que muchos de la multitud habían aclamado a Jesús como su rey mesiánico en esa misma semana. Esperaba ponerlos en contra de sus líderes para forzarlos a acordar la liberación de Jesús.

Lamentablemente, Pilato subestimó la resolución de los principales sacerdotes y la inconstancia de la multitud. Ver a Jesús atado, prisionero impotente de los romanos, les dejó claro que Jesús no iba a satisfacer las expectativas mesiánicas ni expulsar a los opresores. Eso permitió que los principales sacerdotes manipularan con su persistencia a la multitud (mientras Pilato estaba preocupado sobre todo por un mensaje de su esposa; Mt. 27:19) para que gritaran: “**No a éste, sino a Barrabás**” (Mt. 27:20; Mr. 15:11). Como la nota de pie de página de Juan indica, **Barrabás era ladrón**. Sin embargo, no era un ladronzuelo común y corriente. Mateo dice que era “un preso famoso” (Mt. 27:16), mientras Marcos (15:7) y Lucas (23:19) dicen que era un asesino (cp. Hch. 3:14) e insurrecto. Se desconoce la insurrección específica de la cual formó parte, pero tales levantamientos precursores de la revuelta general de los años 66-70 d.C., eran comunes en aquella época. Irónicamente, los líderes judíos que exigían a Pilato la condena de Jesús por insurrecto exigían ahora la liberación de Barrabás, un insurrecto reconocido.

Pilato se estaba quedando sin opciones rápidamente. Con tono casi lastimero le preguntó a la multitud, “¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo? Todos le dijeron: ¡Sea crucificado!” (Mt. 27:22). En un intento final y desesperado para calmarlos (Lc. 23:16, 22), **tomó Pilato a Jesús, y le azotó**. Pilato se hundió más en el abismo de la injusticia al castigar

brutalmente a quien ya había declarado inocente.

Los azotes eran una forma horrible de castigo cruel. Desnudaban a la víctima, la ataban a un poste y varios torturadores lo golpeaban por turnos. La ley judía determinaba un máximo de cuarenta azotes (Dt. 25:3) y en la práctica los judíos daban un máximo de treinta y nueve (para evitar exceder por accidente los cuarenta; cp. 2 Co. 11:24). Sin embargo, los romanos no estaban obligados con tales restricciones. El castigo continuaba hasta que los torturadores estuvieran agotados, el alguacil decidiera parar o, como solía suceder, la víctima muriera. El látigo estaba hecho de un mango de madera al cual se sujetaban varias correas de cuero, con piezas óseas o metálicas ensartadas al final. Como resultado, el cuerpo podía quedar tan rasgado y lacerado que los músculos, huesos, venas o incluso los órganos internos, quedaban expuestos. El castigo era tan horrible que los ciudadanos romanos estaban exentos de él (cp. Hch. 22:25). Los azotes que Jesús soportó lo dejaron tan débil que no pudo cargar parte de su cruz hasta el lugar de su crucifixión (Mt. 27:32). Pilato esperaba que el trato brutal a Jesús satisficiera la sed de sangre de la turba.

No contentos **los soldados** de Pilato con haber golpeado salvajemente a Jesús, **entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza**. Tal indignidad adicional, una corona burlesca para imitar las coronas del César, sumó sufrimientos al Señor. Las espinas le habrían producido cortes profundos en la cabeza, incrementando su dolor y su sangrado. También le pusieron **un manto de púrpura** (quizá la capa de algún soldado) para imitar burlescamente los ropajes reales. Mateo dice que los soldados también le pusieron una caña en su mano derecha como si fuera el cetro de los soberanos. Habiendo equipado a Jesús como caricatura de un rey, continuaron el juego sádico “e hincando la rodilla delante de él, le escarnecían, diciendo: ¡Salve, Rey de los judíos!” (Mt. 27:29). En una fea burla y con desdén, **le daban bofetadas**. Mateo afirma que también le escupieron, le quitaron la caña de su mano y la usaron para golpearlo en la cabeza (Mt. 27:30).

Mientras tanto, **Pilato salió otra vez** del pretorio, lo cual implica que miró con aprobación mientras sus soldados maltrataban a Jesús y **dijo** a la multitud: “**Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él**”. Una vez más Pilato afirmó la inocencia de Jesús (cp. 18:38), con lo cual aumentaba la injusticia que acababa de permitir sobre el Señor. En ese punto **salió Jesús**, aún llevaba **la corona de espinas y el manto de púrpura** con los que los soldados lo habían vestido.

Teatral y sarcásticamente, **Pilato les dijo: “¡He aquí el hombre!”**. Sangrando por causa de los azotes y la corona de espinas, con la cara amoratada e hinchada por los golpes de los soldados de Pilato, Jesús parecía todo menos un rey. Pilato esperaba que esta imagen golpeada y patética saciara la sed de sangre y despertara simpatía en la multitud. Haber llamado a Jesús *el hombre* en lugar de *vuestro rey* como en el versículo 14 (cp. v. 15; 18:39) enfatizaba a los judíos que Jesús no representaba peligro para ellos ni para Roma.

Una vez más, Pilato juzgó mal la profundidad del desprecio de los líderes judíos hacia Jesús. Ver a Jesús amoratado y con el cuerpo sangrando sólo estimuló su apetito. Como tiburones que sienten la sangre en el agua, **cuando le vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron voces, diciendo: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!”**.

Eso fue suficiente para Pilato. Disgustado con la actitud insensible de los judíos y queriendo librarse de Jesús, **Pilato les dijo: “Tomadle vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo delito en él”**. Las expresiones enfáticas (*tomadle* y *vosotros*) subrayan la exasperación de Pilato. En efecto, les dijo: “Tómenlo a *Él* ustedes y crucifíquenlo; yo no quiero tener nada más que ver con *Él*”. La declaración no sigue una lógica; en realidad, el gobernador está diciendo: “Tomen a este hombre y crucifíquenlo porque no lo he encontrado culpable”. No está claro si Pilato les estaba concediendo oficialmente el derecho a ejecutar a Jesús o si tan solo se estaba burlando de ellos otra vez; tal vez sabía que los judíos no crucificaban a personas. Pero el solo hecho de que Pilato hubiera mencionado la concesión del derecho del castigo capital—una de las prerrogativas del gobierno romano más celosamente guardadas—es otra señal de que estaba perdiendo el control.

Pilato podía haber terminado con los judíos, pero ellos no habían terminado con él. Dándose cuenta de que ahora tenían la sartén por el mango, **los judíos le respondieron: “Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir”**. Sabían que Pilato todavía estaba intentando evadir el asunto y devolverles la pelota, pero ellos no la recibirían. Le recordaron a Pilato que ya habían juzgado a Jesús de acuerdo con la ley judía y lo hallaron culpable y merecedor de la muerte. Parte de la genialidad de la forma de ocupación romana a través de todo el Imperio era conceder autonomía en los asuntos civiles a las naciones conquistadas. Se esperaba que los gobernadores de las provincias romanas mantuvieran el control al tiempo que conservaban las leyes locales, mientras no hubiera conflicto con las prioridades de Roma. Los

judíos exigieron de nuevo que Pilato reconociera sus derechos legales y se ordenara la ejecución de Jesús.

La acusación específica de los judíos contra Jesús, que **se hizo a sí mismo Hijo de Dios**, revelaba finalmente sus motivos verdaderos. Habiendo intentado sin éxito hacer condenar a Jesús por motivos políticos como un insurrecto, querían ahora que Pilato lo sentenciara basándose en la ley religiosa judía. Evidentemente, tenían en mente Levítico 24:16: “Además, todo el que pronuncie el nombre del SEÑOR al maldecir a su prójimo será condenado a muerte. Toda la asamblea lo apedreará. Sea extranjero o nativo, si pronuncia el nombre del SEÑOR al maldecir a su prójimo, será condenado a muerte” (NVI). Los principales sacerdotes lo determinaron blasfemo porque rechazaron la afirmación de Jesús según la cual Él era Dios encarnado (cp. Mt. 26:63-65). Este asunto era especialmente delicado para Pilato, el cual había ofendido las sensibilidades de los judíos con respecto a la idolatría (véase la explicación de 18:29-32 en el capítulo anterior de esta obra). Hacerlo de nuevo provocaría un disturbio de los judíos o una queja a sus superiores. Ambos serían fatales para su futuro como gobernador.

EL PÁNICO FATAL DE PILATO

Cuando Pilato oyó decir esto, tuvo más miedo. Y entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le dio respuesta. Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte? Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene. Desde entonces procuraba Pilato soltarle; pero los judíos daban voces, diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone. (19:8-12)

A medida que la situación se deterioraba, el miedo de Pilato se incrementaba. Pero **cuando** él oyó a los líderes judíos **decir** que Jesús afirmaba ser el Hijo de Dios, **tuvo más miedo**. Pilato podría haber sido cínico (cp. 18:38) pero, como la mayoría de los romanos, también era supersticioso. Pensar que Jesús fuera un hombre con poderes divinos, tal vez un dios o el hijo de un dios en forma humana (cp. Hch. 14:11), lo llenó de miedo. Si así fuera, acababa de azotar y golpear a alguien que podía usar sus poderes sobrenaturales para vengarse de él. El sueño de la

esposa de Pilato sobre Jesús y la advertencia de ella a él (Mt. 27:19) alimentó el miedo supersticioso de Pilato de que pudiera haber provocado la ira de los dioses.

Tomando a Jesús con él, Pilato **entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: “¿De dónde eres tú?”**. Su pregunta no tenía nada que ver con la residencia terrenal de Jesús; Pilato ya sabía que Él era galileo (Lc. 23:6-7). La pregunta del gobernador estaba relacionada con la naturaleza de Jesús: ¿Pertenece al reino de la tierra o al reino de los dioses? **Mas Jesús no le dio respuesta**. Hay varias razones posibles para el silencio del Señor. Cumplía la profecía de Isaías sobre Él: “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (Is. 53:7). Más aún, Jesús ya le había dicho a Pilato que era rey de otro reino (18:36-37). Ciertamente, el silencio de Jesús era sentencioso en el sentido de que Pilato había oído la verdad y la había rechazado y ahora no recibiría más respuestas de Él. La Biblia enseña que cuando los hombres persisten en rechazar a Dios, Él los rechazará (cp. Jue. 10:13; 2 Cr. 15:2; 24:20; Sal. 81:11-12; Os. 4:17; Mt. 15:14).

Irritado por el silencio de Jesús, **le dijo Pilato: “¿A mí no me hablas?”**. Le ofendía la aparente falta de respeto del Señor por su dignidad y poder. Presumió: “**¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?**”. Podría tener el derecho, pero le faltaba el valor para hacer cualquiera de las dos. Sin embargo, como anota Leon Morris:

La pregunta es reveladora. Finalmente, era Pilato el único que podía decir que se le crucificara o soltara y tal reconocimiento no tenía sentido con todos los cambios que había tenido para evitar tomar la decisión. Al final no pudo evitar la responsabilidad y estas palabras muestran que en el fondo él se había dado cuenta de ello (*El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], pp. 796-797 del original en inglés).

La presunción arrogante de Pilato no era cierta. Rompiendo su silencio, **Respondió Jesús: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba”** (es decir, de Dios). Aunque él era un agente moral responsable por sus acciones, Pilato no tenía el control final sobre los sucesos relacionados con el Hijo de Dios. Nada de lo que ocurre—ni siquiera la muerte de Cristo—está fuera de la soberanía de Dios. Frente a

la oposición y el mal, Jesús se consoló en el control soberano del Padre sobre los acontecimientos (cp. 6:43-44, 65).

Aunque Pilato era culpable por sus acciones, había alguien con más culpa: **el que lo entregó a Pilato mayor pecado tiene**, declaró Jesús. No se refería a Judas, pues no fue él quien lo entregó a Pilato, sino a los judíos. Particularmente, la referencia es a Caifás, quien más que nadie era responsable de llevar a Jesús ante el gobernador romano. Él era como mínimo más culpable que Pilato por dos razones. Primera, había visto evidencia abrumadora de que Jesús era el Mesías y el Hijo de Dios; Pilato no. Más aún, fue Caifás quien, humanamente hablando, había puesto a Pilato en la posición que estaba. Como indica D. A. Carson: “Pilato seguía siendo responsable por su decisión judicial débil y motivada políticamente; pero él no inició el juicio ni ingenió la traición que llevó a Jesús ante el tribunal”. (*The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 602).

A pesar de la acusación adicional de blasfemia, el gobernador seguía sin convencerse de que Jesús fuera culpable de algo que mereciera la muerte. Por lo tanto, **procuraba Pilato soltarle**, ya fuera con nuevos intentos de razonar con la multitud o preparándose para declararlo inocente. Pero sus intentos tuvieron un abrupto fin. Cuando **los judíos** se dieron cuenta de que no habían convencido a Pilato de la culpa de Jesús, asustados porque el gobernador lo liberara, dieron **voces, diciendo**: “**Si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone**”. Aquí hay otra ironía hipócrita y corrupta, pues el odio de los judíos hacia el gobierno romano indicaba con certeza que eran de todo menos amigos del César.

Eso fue el colmo para Pilato; la amenaza implicada de los judíos finalmente lo abrumó. No podía arriesgarse a que dijeran al emperador que él había liberado a un revolucionario, especialmente uno **que se hace rey** en oposición al **César**. Varios de los actos necios de Pilato habían enfurecido ya a los judíos y provocado confusión en Palestina. Los ojos de Roma estaban sobre él y no se quería arriesgar a otra agitación. Tiberio, el emperador de ese tiempo, era conocido por su naturaleza suspicaz y disposición a castigar implacablemente a sus subordinados. Pilato temía por su posición, sus posesiones e incluso su vida. Sintió que ahora no tenía otra opción sino a ceder ante los deseos de los judíos y pronunció la sentencia que le exigían.

EL PRONUNCIAMIENTO FINAL DE PILATO

Entonces Pilato, oyendo esto, llevó fuera a Jesús, y se sentó en el tribunal en el lugar llamado el Enlosado, y en hebreo Gabata. Era la preparación de la pascua, y como la hora sexta. Entonces dijo a los judíos: ¡He aquí vuestro Rey! Pero ellos gritaron: ¡Fuera, fuera, crucificalo! Pilato les dijo: ¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los principales sacerdotes: No tenemos más rey que César. Así que entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado. Tomaron, pues, a Jesús, y le llevaron. (19:13-16)

Después de oír lo que los judíos le gritaban, Pilato **llevó fuera a Jesús**. Preparándose para dictar sentencia formalmente sobre Jesús, **se sentó en el tribunal en el lugar llamado el Enlosado, y en hebreo Gabata**. Irónicamente, Pilato juzgaba a quien el Padre había concedido todo juicio (Jn. 5:22), a quien un día lo sentenciaría por la eternidad.

El momento supremo al cual apuntaba toda la historia de la redención había llegado, de modo que Juan, cuidadosa y dramáticamente prepara la escena. **Era la preparación de la Pascua, y como la hora sexta** o el final de la mañana, cerca del mediodía. Esta declaración presenta una dificultad aparente porque, de acuerdo con el relato de Marcos, la crucifixión de Jesús fue en la hora tercera (9:00 de la mañana). Pero, como escribe Andreas Köstenberger: “Como las personas relacionaban el tiempo estimado con el punto más cercano de tres horas, cualquier momento entre las 9:00 a.m. y el mediodía habría llevado a una persona a decir que el acontecimiento ocurrió a la hora tercera (9:00 a.m.) o a la sexta (12:00 p.m.)” (*John* [Juan], Baker Exegetical Commentary on the New Testament [Comentario exegético Baker sobre el Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Baker, 2004], p. 538). D. A. Carson advierte que no se “insista en un alto grado de precisión de parte de Marcos y Juan, cosa que antes de los relojes no se habría podido lograr” (*Juan*, p. 605).

Pilato provocó a los judíos con un último comentario sarcástico; les dijo: “**¡He aquí vuestro Rey!**”. Esta era su forma de burlarse de ellos, sugería que este hombre golpeado, ensangrentado e indefenso era todo el rey que necesitaban. Furiosos, **ellos gritaron: “¡Fuera, fuera, crucificalo!”**. Ya fuera en burla continua o tal vez buscando un momento final para escapar a su dilema, **Pilato les dijo: “¿A vuestro Rey he de crucificar?”**. En un acto escalofriante de hipocresía atroz **respondieron**

los principales sacerdotes: “No tenemos más rey que César”. Aunque se dijo con duplicidad descarada, lo irónico era que su declaración era verdadera: Habiendo rechazado a su rey mesiánico, solo les quedaba el César como rey. En una ironía aún más amarga, quienes acusaron a Jesús de blasfemia cometieron un acto blasfemo, pues solo Dios era el verdadero Rey de Israel (cp. Jue. 8:23; 1 S. 8:7; Sal. 149:2; Is. 33:32).

Todas las opciones se habían agotado. Pilato reconoció la derrota y **entregó a Jesús a ellos para que fuese crucificado.** Juan no dice que los judíos asumieron la custodia física de Jesús; los soldados romanos realizarían la crucifixión. Más bien, el sentido es que Pilato “entregó a Jesús a la voluntad de [los judíos]” (Lc. 23:25).

El dilema de Pilato, expresado en su pregunta “¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?” (Mt. 27:22), lo enfrentan todas las personas. Solo hay dos alternativas: ponerse del lado de quienes lo rechazaron y crucificaron y enfrentar la condenación eterna (He. 6:6), o reconocerlo como Señor y Salvador (Ro. 10:9) y obtener la salvación. Los intentos inútiles de Pilato por evadir el asunto revela claramente que no hay terrenos medios, pues, como dijo Jesús, el que no es con Él, contra Él es; y quien con Él no recoge, desparrama” (Mt. 12:30). Al final, el orgullo y el miedo llevaron a la caída de Pilato, se alineó del lado de quienes crucificaron a Cristo para condenación de su alma. Figura en la historia como un personaje monumentalmente trágico. Teniendo el privilegio de la conversión en privado con el Señor, no valoró la oportunidad. Probablemente fue la peor experiencia de su vida. Está en la categoría de Judas.

72 La crucifixión de Jesucristo

Tomaron, pues, a Jesús, y le llevaron. Y él, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota; y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio. Escribió también Pilato un título, que puso sobre la cruz, el cual decía: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS. Y muchos de los judíos leyeron este título; porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad, y el título estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. Dijeron a Pilato los principales sacerdotes de los judíos: No escribas: Rey de los judíos; sino, que él dijo: Soy Rey de los judíos. Respondió Pilato: Lo que he escrito, he escrito. Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será. Esto fue para que se cumpliese la Escritura, que dice: Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes. Y así lo hicieron los soldados. Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena. Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa. Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliese: Tengo sed. Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca. Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu. (19:17-30)

La crucifixión del Señor Jesucristo es el clímax de la historia de la redención, el centro del plan de la salvación. Jesucristo fue a la cruz (Jn. 12:27) porque Dios “nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en

propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:10; cp. Jn. 15:13). Allí, como el Cordero de Dios (Jn. 1:29; cp. Ap. 5:12; 13:8), entregó su vida en sacrificio por el pecado (Ro. 3:25-26; He. 1:3; 9:12, 26; 10:12; 1 P. 2:24; 3:18; 1 Jn. 2:2; 3:5).

Pero aunque la cruz fue la expresión suprema del amor redentor de Dios, también fue la manifestación final de la depravación humana; el pecado más notorio contra la luz, la gracia y el amor divinos. Jesús “sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo” (He. 12:3) por varias razones. Primera, era Dios encarnado y “los designios de la carne son enemistad contra Dios” (Ro. 8:7). También era la hora del infierno (Lc. 22:53), el tiempo en que la serpiente heriría su calcañar (Gn. 3:15). Aun así, Jesús al final sufrió según el plan soberano de Dios; “el SEÑOR quiso quebrantarlo y hacerlo sufrir” (Is. 53:10, NVI, cp. Ro. 8:32). En la cruz el Dios soberano utilizó los esquemas de maldad de hombres impíos (cp. Gn 50:20; Sal 76:10) para llevar a cabo su propósito: la redención de los pecadores perdidos. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó” (Ef. 2:4). “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (Ro. 8:32).

El tema de la cruz está por todo el Evangelio de Juan. El pecado condena a la humanidad a la muerte espiritual, la cual resulta en la separación eterna de Dios, en el castigo infinito del infierno. En 8:24 Jesús advirtió solemnemente: “Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis”. En 3:36 Juan el Bautista añadió: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (cp. Ro. 1:8; 5:9; 1 Ts. 1:10). El único remedio para el pecado y sus consecuencias eternas es el sacrificio expiatorio de Cristo en la cruz. Cristo “se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (He. 9:26) porque “sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (He. 9:22). Entonces Jesús dijo: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (12:32). Quienes miran a Cristo con fe salvadora recibirán la redención de la esclavitud del pecado, recibirán perdón y se les concederá vida eterna (1:12; 3:15-18; 5:24; 6:35, 40, 47; 11:25-26; 12:46). Juan escribió su Evangelio para persuadir a los pecadores de que la salvación viene solo por creer en Cristo y su obra (20:31).

Los juicios injustos, desleales y falsos del Señor Jesucristo habían terminado. Aunque Pilato había declarado repetidamente que Jesús era inocente de cualquier delito, intimidado por la amenaza de los líderes judíos de decírselo a Roma (19:12), cedió a las exigencias y “lo entregó a

ellos para que fuese crucificado” (19:16).

Cuando Juan narra la historia de la crucifixión, como lo hizo por todo el Evangelio, le preocupaba presentar a Jesucristo en toda su majestad y gloria. De acuerdo con ello, Juan no se centra en las características del sufrimiento físico de Cristo (ninguno de los Evangelios lo hace) o de la infamia de la crucifixión (como lo hace, por ejemplo, Mateo). En su lugar, Juan se centra en cuatro aspectos de la cruz que enfatizan la magnificencia de la persona de Cristo: los cumplimientos específicos de la profecía, el título que Pilato escribió, la expresión del amor desinteresado de Jesús y su conocimiento sobrenatural y control soberano de los acontecimientos.

LOS CUMPLIMIENTOS ESPECÍFICOS DE LA PROFECÍA

Tomaron, pues, a Jesús, y le llevaron. Y él, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota; y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio... Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será. Esto fue para que se cumpliese la Escritura, que dice: Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes. Y así lo hicieron los soldados. (19:17-18, 23-24)

A primera vista, estos versículos parecen una narración histórica simple, una descripción directa de la crucifixión de Jesús. Pero los detalles factuales son realmente ricos en el cumplimiento de profecías del Antiguo Testamento, en lo verbal y lo tipológico. Jesucristo cumplió todas las promesas redentoras contenidas en el Antiguo Testamento. Pablo escribió: “Porque todas las promesas de Dios son en él sí” (2 Co. 1:20). Algunas de estas promesas se cumplen sorprendente y específicamente en esta narración. Prueban la autoría divina de las Escrituras veterotestamentarias y las afirmaciones neotestamentarias sobre Cristo.

Después que Pilato pronunció su sentencia (19:16; cp. Lc. 23:24), sus soldados **tomaron, pues, a Jesús, y le llevaron**. Los Evangelios sinópticos dicen que fueron los soldados quienes llevaron a Jesús (Mt. 27:31; Mr. 15:20; Lc. 23:26), lo cual sugiere que el Señor fue

voluntariamente, sin resistencia. Así cumplía la profecía según la cual el Mesías iría a su muerte “como cordero... al matadero” (Is. 53:7) y no a la fuerza como la mayoría de los prisioneros. F. F. Bruce comenta:

Cuando [Juan] declara que Jesús “salió llevando su cruz”... está... enfatizando que, como en el momento de su arresto en el huerto, Jesús aún sigue al mando de la situación. A Él lo llevan al lugar de la ejecución, es cierto, pero no es una víctima reacia, obligada a ir adonde no quería: Él va con sus ejecutores por su propia voluntad y lleva la cruz por sí mismo. (*The Gospel of John* [El Evangelio de Juan] [Grand Rapids: Eerdmans, 1983], p. 366).

Así las cosas, Jesús no era “una víctima indefensa sino el Rey-Pastor que entregaba su vida por sus ovejas (10:11, 15, 17; 15:13)” (Gerald L. Borchert, *John 12—21* [Juan 12—21], The New American Commentary [Nuevo comentario estadounidense] [Nashville: Broadman & Holman, 2002], p. 261).

Cuando los soldados llevaban a Jesús, Él estaba **cargando su cruz**, así era el procedimiento romano normal. Al prisionero condenado se le forzaba a cargar parte de la cruz en sus hombros cuando lo llevaban por las calles hacia el lugar de la ejecución. Ver al prisionero aterrorizado, ensangrentado y golpeado, cargando parte del instrumento de su propia ejecución, ilustra que no hay crimen sin castigo. Desde el tiempo de los Padres de la Iglesia, los intérpretes han considerado que cuando Cristo carga su cruz hay una alusión a Isaac, quien, como Jesús, llevó en su espalda la madera que habría de usarse en su sacrificio (Gn. 22:6).

De acuerdo con la ley del Antiguo Testamento (Nm. 15:36) y la práctica romana, las ejecuciones ocurrían a las afueras de la ciudad. Por lo tanto, Jesús **salió** de Jerusalén al lugar de la ejecución. Tal cosa también cumplió la tipología del Antiguo Testamento. De acuerdo con la ley mosaica, las ofrendas por el pecado debían hacerse fuera del campamento de Israel. En Éxodo 29:14 se lee: “Pero la carne del becerro, y su piel y su estiércol, los quemarás a fuego fuera del campamento; es ofrenda por el pecado”. Levítico añade: “Todo el becerro [el sacrificio por el pecado] sacará [el sacerdote] fuera del campamento a un lugar limpio, donde se echan las cenizas, y lo quemará al fuego sobre la leña; donde se echan las cenizas será quemado... Y sacarán fuera del campamento el becerro y el macho cabrío inmolados por el pecado, cuya

sangre fue llevada al santuario para hacer la expiación; y quemarán en el fuego su piel, su carne y su estiércol” (4:12; 16:27). Notando la importancia teológica de que Jesús, el sacrificio final por el pecado, fuera ejecutado por fuera de la ciudad, el autor de Hebreos escribió: “Porque los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta” (He. 13:11-12).

El sitio de la ejecución era el **lugar llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota** o *Calvario* en latín. Algunos creen que el sitio se llamó así porque podían encontrarse calaveras en el suelo. Sin embargo, no hay evidencia de que éste fuera el caso y dejar cadáveres sin enterrar era violación de la ley judía (Dt. 21:23). Una teoría rara, sostenida por varios Padres de la Iglesia, afirma que el lugar recibió el nombre porque allí se encontró la calavera de Adán. Sobra decirlo, tampoco hay evidencias para ese punto de vista. Muy probablemente, el nombre indica que el sitio se asemejaba a una calavera. La ubicación exacta es incierta; los dos lugares más comúnmente sugeridos son: el lugar tradicional, al occidente de Jerusalén, en la iglesia del Santo Sepulcro, y el Calvario de Gordon, al norte de la ciudad.

La crucifixión, considerada la forma de ejecución más humillante y horrible, estaba reservada para los esclavos, bandidos, prisioneros de guerra e insurrectos. Era un castigo tan terrible que no se podía crucificar a ciudadanos romanos, excepto por autorización del emperador (Andreas J. Köstenberger, *John* [Juan], Baker Exegetical Commentary on the New Testament [Comentario exegético Baker sobre el Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Baker, 2004], p. 543). La crucifixión se originó en Persia y llegó a los romanos por medio de los fenicios y cartaginenses. Los romanos habían perfeccionado el arte de prolongar la agonía de la víctima, la cual estaba sometida a una lenta tortura hasta la muerte. La mayoría quedaba colgada en la cruz durante días, antes de sucumbir al agotamiento, la deshidratación, al colapso o la asfixia, cuando la víctima ya no podía sostenerse en una posición que le permitiera respirar.

Sin embargo, Juan, como los evangelistas de los Sinópticos (Mt. 27:35; Mr. 15:24; Lc. 23:33), no se detiene en el sufrimiento físico del Señor. En lugar de describir minuciosamente el proceso de crucifixión, Juan declara simplemente: “**Allí le crucificaron**”. El sufrimiento infinitamente superior de Jesús está en haber cargado el pecado y estar separado del Padre (Mt. 27:46).

La crucifixión de Jesús cumplió varias profecías del Antiguo Testamento. La primera viene de un incidente durante el recorrido de Israel por el desierto. Después de haberse quejado contra Moisés, “el SEÑOR mandó contra ellos serpientes venenosas, para que los mordieran, y muchos israelitas murieron” (Nm. 21:6, NVI). Reconociendo su culpa, “el pueblo se acercó entonces a Moisés, y le dijo: Hemos pecado al hablar contra el SEÑOR y contra ti. Ruégale al Señor que nos quite esas serpientes. Moisés intercedió por el pueblo” (v. 7, NVI). En respuesta a la intercesión de Moisés...

El SEÑOR le dijo:

—Hazte una serpiente, y ponla en un asta. Todos los que sean mordidos y la miren, vivirán.

Moisés hizo una serpiente de bronce y la puso en un asta.

Los que eran mordidos, miraban a la serpiente de bronce y vivían (vv. 8-9, NVI).

En Juan 3:14 Jesús se refirió a dicho incidente como predicción tipológica de su propia muerte: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado”. En 8:28 Jesús volvió a hablar de levantarse en su muerte: “Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo”. El Señor predijo el modo de su muerte por tercera vez cuando declaró: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (12:32). Como Juan lo explica: “decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir” (v. 33; cp. 18:31-32). Entonces era obvio que el Señor no podía morir por manos de los judíos. La forma de ejecución de los judíos (cuando los romanos la permitían) era la lapidación, que requería tirar una persona al suelo, no levantarla. La crucifixión de Jesucristo a manos romanas cumplió específicamente la descripción de Números 21 y las predicciones de Jesús.

El Salmo 22 proporciona una descripción aún más gráfica de la crucifixión de Cristo. Notablemente, David, que no tenía conocimiento de crucifixiones, escribió una descripción vívida de la crucifixión de Cristo muchos siglos antes de que ocurriera. “Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46), el grito de abandono y desespero del Señor, es una cita directa de las palabras iniciales de este salmo. Los versículos 6-8 reflejan el escarnio

lanzado contra Jesús cuando estaba en la cruz:

Pero yo, gusano soy y no hombre; la gente se burla de mí, el pueblo me desprecia. Cuantos me ven, se ríen de mí; lanzan insultos, meneando la cabeza: «Éste confía en el SEÑOR, ¡pues que el SEÑOR lo ponga a salvo! Ya que en él se deleita, ¡que sea él quien lo libre!» (NVI).

El paralelismo con Mateo 27:39-43 es llamativo:

Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, y diciendo: Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y crearemos en él. Confió en Dios; libréle ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios.

El salmo compara a quienes maltratan a Jesús con “fuertes toros” (v. 12), leones rapaces y rugientes (v. 13), perros que escarban (v. 16) y búfalos salvajes (v. 21).

David también describió el tormento físico que el Señor soportó. Sufrió agotamiento (v. 14): la posición no natural de su cuerpo provocó que sus huesos se descoyuntaran (v. 14) y cargó su corazón (v. 14). El versículo 15 dice que se agotaban sus fuerzas y habla de su sed abrasadora; el versículo 16 habla sobre los clavos en sus manos y pies (cp. Zac. 12:10) y el versículo 17 sobre su cuerpo consumido y tenso.

Los hechos de **los soldados**, después de que **hubieron crucificado a Jesús** también cumplieron las palabras del Salmo 22. El escuadrón de ejecución usualmente estaba compuesto por cuatro soldados bajo las órdenes de un centurión (Mt. 27:54). La costumbre era dividir la ropa del condenado entre los cuatro soldados. Por lo tanto, los de este grupo **tomaron sus vestidos** (la envoltura de la cabeza, la correa, las sandalias, la capa externa), e **hicieron cuatro partes, una para cada soldado**. Marcos anota que dividieron los objetos “echando suertes sobre ellos para ver qué se llevaría cada uno” (Mr. 15:24). Pero la **túnica** de Jesús (usada sobre la piel) **era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo**. No

estaban dispuestos a dañar esta prenda, **entonces dijeron entre sí: “No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será”**.

Aunque los soldados actuaban con motivos puramente egoístas, sus acciones impulsaron el plan soberano de Dios y validaron la exactitud bíblica con el cumplimiento de la profecía. Como lo anota Juan, lo que hicieron fue cumplir **la Escritura, que dice: “Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes”**. Y así lo hicieron los **soldados**. “Una vez más vemos su planteamiento central [el de Juan] según el cual Dios está sobre todo lo que se estaba haciendo, dirigiendo de tal forma todas las cosas que se hiciera su voluntad y no la de un hombre enclenque. Por esto actuaron los soldados como lo hicieron” (Leon Morris, *El Evangelio según Juan* [Barcelona: Clie, 2005], p. 810 del original en inglés).

A Jesús no lo crucificaron solo; **con Él había otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio**. Eran ladrones (Mt. 27:38) y pudieron ser cómplices de Barrabás. La declaración de Juan revela más que su testimonio ocular de la crucifixión; también registra el cumplimiento de la profecía. Isaías 53:12 predijo que el Señor sería “contado con los pecadores”. Y así le sucedió a Jesús, aun cuando era inocente de cualquier crimen o fechoría (8:46), aun cuando no se pudo hacer ninguna acusación válida contra Él en sus juicios ante las autoridades judías y el testimonio de los falsos testigos en su contra no fue coherente (Mr. 14:56, 59), aun cuando Pilato lo declaró oficialmente inocente seis veces (18:38; 19:4, 6; Lc. 23:4, 14, 22). Pero a pesar de la injusticia contra Él, Juan no revela a un Cristo humillado que muere con los delincuentes, sino un Cristo exaltado que cumple la profecía; una ironía magnífica. Dios usó el acto más pecaminoso e infame de la historia para traer el bien más grande: la redención de los pecadores. Y el primer trofeo de la gracia que ganó Cristo en la cruz fue uno de los hombres que estaba crucificado con Él (Lc. 23:39-43).

EL TÍTULO ESCRITO

Escribió también Pilato un título, que puso sobre la cruz, el cual decía: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS. Y muchos de los judíos leyeron este título; porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad, y el título estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. Dijeron a Pilato los principales sacerdotes de los judíos: No escribas: Rey de los judíos; sino, que él

dijo: Soy Rey de los judíos. Respondió Pilato: Lo que he escrito, he escrito. (19:19-22)

Era costumbre que un criminal, de camino a la crucifixión, fuera precedido por otro que llevaba un letrero. En dicho letrero se escribiría el delito por el cual se condenaba al hombre a ejecución. Solía fijarse en la cruz del personaje. Pero, como Jesús era inocente, no había delito por anunciar. Por lo tanto, Pilato decidió cobrárselas a los líderes judíos en venganza por chantajearlo para ordenar la muerte de Jesús. **Escribió también Pilato un título, que puso sobre la cruz**, encima de la cabeza de Jesús (cp. Mt. 27:37; Lc. 23:38). La inscripción decía: “**JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS**”. Los romanos solían crucificar a los prisioneros en lugares públicos, como a la vera de los caminos, de modo que el público viera el precio a pagar por resistir o cuestionar la autoridad romana. Por lo tanto, **muchos de los judíos leyeron este título; porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad**. Para asegurarse de que todos pudieran leerlo, Pilato ordenó que la inscripción se hiciera **en hebreo, en griego y en latín**, las tres lenguas usualmente habladas en la Palestina del siglo I.

Como lo había anticipado correctamente el gobernador, **los principales sacerdotes de los judíos** estaban enfurecidos con la mofa abierta y dijeron a Pilato: “**No escribas: ‘Rey de los judíos’; sino que él dijo: ‘Soy Rey de los judíos’**”. El título era una afrenta para ellos por varios motivos. Primero y más importante, aunque ciertamente no eran leales al César, como habían pretendido serlo (19:15), los principales sacerdotes rechazaban con vehemencia a Jesús como rey. La inscripción lo identificaba como nazareno (es decir, de Nazaret), haciendo peor el insulto. Nazaret era una villa galilea insignificante, cuyos habitantes rústicos eran vistos con desdén por los habitantes sofisticados de Judea. Cuando Felipe emocionado dijo a Natanael: “Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret” (Jn. 1:45), Natanael le respondió incrédulo: “¿De Nazaret puede salir algo de bueno?” (v. 46). La idea de que un hombre victimizado de ese lugar—especialmente uno que moría como delincuente en una cruz—pudiera ser su rey era ridícula. Peor aún, era una afrenta directa a los líderes y a la nación. Pilato estaba expresando su desprecio por el pueblo judío, implicaba que semejante individuo era la única clase de rey que merecían (véase la explicación de 19:14 en el capítulo 71 de esta obra).

De este modo, los principales sacerdotes exigieron que Pilato cambiara el texto de la inscripción. Insistieron así: **“No escribas: ‘Rey de los judíos’; sino que él dijo: ‘Soy Rey de los judíos’”**. Querían que el gobernador cambiara el texto para que Cristo pareciera un impostor. Pero Pilato, saboreando, sin duda, la incomodidad de ellos, se negó rotundamente. Pasó por encima de ellos con una respuesta seca: **“Lo que he escrito, he escrito”**.

Aquí, una vez más, hay un ejemplo de cómo usa Dios a los pecadores para alcanzar sus propósitos soberanos. Ni Pilato ni los líderes judíos creían que Jesús fuera el Rey de Israel; y sí lo es. Es el «Rey de reyes y Señor de señores» (Ap. 19:16), y “En el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua [confiesa] que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:10-11).

LA EXPRESIÓN DEL AMOR DESINTERESADO

Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena. Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa. (19:25-27)

La presencia de las mujeres junto a la cruz presenta un contraste marcado entre la indiferencia cruel de los soldados (v. 23-24), los cuales estaban echando suertes con la ropa de Cristo (y, por implicación, el odio despectivo de los gobernantes [Lc. 23:35] y el desprecio burlón de los transeúntes [Mt. 27:39-40]) y el amor compasivo de un pequeño grupo de seguidores leales. **Estaban junto** (*para*; “al lado”) **a la cruz de Jesús**, lo suficientemente cerca para que Él les hablara. (Después, ya fuera porque los soldados los echaron o porque no fueron capaces de seguir viendo el sufrimiento de Cristo desde tan cerca, se alejaron un poco a un lugar donde había un grupo más grande de seguidores de Cristo [Lc. 23:49]). Su amor por Jesús fue superior a su miedo (cp. 1 Jn. 4:18) y se acercaron.

El número de mujeres en el grupo es discutido, pero probablemente había cuatro (cp. D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], *The Pillar New Testament Commentary*

[Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], pp. 615-616; William Hendriksen, *New Testament Commentary: The Gospel Of John* [Comentario del Nuevo Testamento: El Evangelio de Juan, vol. 2] [Grand Rapids: Baker, 1954], pp. 2:431-432). María, la **madre** de Jesús, estaba allí. Este era el momento cuya llegada Simeón le había advertido, cuando una espada le atravesaría el alma al ver el sufrimiento de su Hijo (Lc. 2:35). De las tres listas de mujeres (cp. Mt. 27:55-56; Mr. 15:40-41), Juan es el único que menciona la presencia de María. La omisión en Mateo y Marcos es acorde con su bajo perfil en el Nuevo Testamento (y en marcado contraste con el papel importante que le asigna la teología católica romana). Como escribí antes en esta serie:

María era una mujer de virtud singular o nunca se le habría escogido para ser madre del Señor Jesucristo. Ella merece respeto y honor por ese papel (cp. Lc. 1:42). Pero era pecadora y exaltó a Dios *su* Salvador. Se refirió a sí misma como una sierva humilde de Dios en necesidad de misericordia (cp. Lc. 1:46-50). Ofrecerle oraciones y elevarla al papel de co-redentora con Cristo es ir más allá de los límites de las Escrituras y la confesión de ella. El silencio de las epístolas sobre María, que conforman el eje doctrinal del Nuevo Testamento, es de vital importancia. Si tenía el papel tan importante en la salvación que le adjudica la Iglesia Católica Romana o si debiera recibir oraciones cual intercesora entre Cristo y los creyentes, seguramente el Nuevo Testamento lo habría dejado claro. Ni las enseñanzas del catolicismo romano sobre su nacimiento virginal ni la ascensión al cielo tienen apoyo en la Biblia; son invenciones. (*Acts 1—12*, The MacArthur New Testament Commentary [Hechos 1—12, Comentario MacArthur del Nuevo Testamento] [Chicago: Moody, 1994], p. 29. Cursivas en el original).

La comparación entre Mateo 27:56 y Marcos 15:40 sugiere que **la hermana de la madre** de Jesús era Salomé, la madre de los hijos de Zebedeo (es decir, Juan y Jacobo). En otras partes del Nuevo Testamento sólo aparece por su nombre en Marcos 16:1; era una de las mujeres que llevó especias para ungir el cuerpo de Jesús. Si era la madre de Jacobo y Juan, también aparece en Mateo 20:20-21, donde le pide a Jesús que conceda a sus hijos lugares de honra en el reino.

Poco se sabe de **María, mujer de Cleofas**. Era “la otra María”, quien hizo vigilia en la tumba del Señor con María Magdalena (Mt. 27:61), una de las mujeres que fue a la tumba en la mañana de la resurrección (Mt. 28:1). También fue una de las mujeres que intentó persuadir sin éxito a los apóstoles de que Cristo había resucitado (Lc. 24:10). Era la madre de Jacobo, hijo de Alfeo (Cleofas es una variante de Alfeo), quien también recibe el nombre de Jacobo el menor (Mr. 15:40).

María Magdalena es figura prominente en los relatos de la resurrección de Cristo (20:1-18; Mt. 27:61; 28:1; Lc. 24:10). Su nombre sugiere que era de la villa de Magdala, ubicada en la costa occidental del lago de Galilea, entre Capernaúm y Tiberias. Lucas 8:2 dice que de ella “habían salido siete demonios” por el ministerio de Jesús. No hay razón para identificarla (como hacen algunos) con la prostituta de Lucas 7:37-50.

El único hombre en el grupo que estaba al pie de la cruz era Juan, el discípulo a quien Jesús amaba (cp. 13:23; 20:2; 21:7, 20 y “Autoría del Evangelio de Juan” en la Introducción al comienzo de esta obra [Grand Rapids: Portavoz, 2010]). Estar allí en ese momento le valió una importante relación que el Señor estableció. **Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: “Mujer, he ahí tu hijo”. Después dijo al discípulo: “He ahí tu madre”**. Aun cuando moría, cargando con el pecado del hombre y la ira de Dios, Jesús se preocupaba con ternura por aquellos a quienes amaba (cp. 13:1, 34; 15:9, 13). Evidentemente, José, su padre terrenal, ya estaba muerto. El Señor no podía entregar a María al cuidado de sus medio hermanos, los hijos de María y José, pues no eran creyentes aún (7:5). No creyeron sino hasta después de la resurrección (Hch. 1:14; cp. 1 Co. 15:7, aunque el Jacobo referenciado en ese versículo puede ser el apóstol Jacobo). Por lo tanto, la confió a Juan; él se volvió un **hijo** para ella en lugar de Jesús y **desde aquella hora Juan la recibió en su casa**. Esta puede parecer una preocupación muy mundana en la hora del más grande sacrificio del Salvador, pero la belleza de su amor y compasión por su madre viuda, en medio del dolor más espantoso, refleja su amor por los suyos (cp. Jn. 13:1).

LA MANIFESTACIÓN DE UN CONOCIMIENTO Y UN CONTROL SOBRENATURALES

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado,

dijo, para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed. Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca. Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu. (19:28-30)

Después de establecer con ternura el cuidado de su madre, **sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: “Tengo sed”**. En su omnisciencia sabía que solo faltaba una profecía por cumplirse. En El Salmo 69:21 David escribió: “Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre” (La Septuaginta usa la misma palabra griega que traduce *vinagre* en el versículo 29). Jesús sabía que al decir “**tengo sed**” provocaría que los soldados le dieran algo de beber. Por supuesto, no lo hicieron conscientes de que iban a cumplir la profecía, menos aún por compasión. Su objetivo era incrementar el tormento del Señor prolongando su vida.

Uno de los transeúntes (probablemente uno de los soldados o al menos alguien que actuaba con su aprobación) tomó **una vasija llena de vinagre que estaba allí, empapó en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo** (cp. Éx. 12:22), **se la acercó a la boca**. Este era el vino barato y avinagrado que los soldados consumían usualmente. No era la misma bebida que el Señor había rechazado antes (Mt. 27:34). Tal bebida amarga pretendía ayudar a aminorar el dolor para que no luchara tanto mientras lo clavaban en la cruz. Jesús la había rechazado porque quería beber la copa de la ira del Padre contra el pecado de la forma más completa que sus sentidos pudieran experimentar.

Habiendo recibido el **vinagre**, Jesús **dijo: “Consumado es”** (gr. *tetelestai*). En realidad, el Señor gritó estas palabras (Mt. 27:50; Mr. 15:37). Fue un grito de triunfo; la proclamación de la victoria. La obra de la redención que el Padre le dio estaba completa: había expiado el pecado (He. 9:12; 10:12), había derrotado a Satanás y lo dejó impotente (He. 2:14; cp. 1 P. 1:18-20; 1 Jn. 3:8). Todas las exigencias de la ley de Dios se habían satisfecho, se había apaciguado la ira santa de Dios contra el pecado (Ro. 3:25; He. 2:17; 1 Jn. 2:2; 4:10), todas las profecías se habían cumplido. La culminación de la obra de la redención por parte de Cristo significa que nada debe o puede añadirse. La salvación no es el esfuerzo conjunto de Dios y el hombre, es completamente una obra de la gracia divina, apropiada solo por la fe (Ef. 2:8-9).

Con su misión cumplida, había llegado el momento en que Cristo

entregara su vida. Por lo tanto, después de haber clamado a gran voz: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc. 23:46), **habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu**. Jesús escogió voluntariamente entregar su vida en un acto consciente de su voluntad soberana. Él declaró: “Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (10:18). Tener la fuerza para gritar así muestra que no estaba físicamente en el punto de muerte. Haber muerto antes de lo normal para alguien que había sido crucificado (Mr. 15:43-45) muestra también que Él dio su vida por su propia voluntad.

No hay palabras humanas, no importa cuán elocuentes, para expresar adecuadamente el significado de la muerte de Cristo. Pero las palabras del conocido himno “Años mi alma en vanidad vivió” expresan la gratitud que sienten todos los creyentes:

Años mi alma en vanidad vivió,
Ignorando a quien por mí sufrió,
Oh, que en el Calvario sucumbió
El Salvador.

Mi alma allí divina gracia halló,
Dios allí perdón y paz me dio.
Del pecado allí me libertó,
El Salvador.

Por la Biblia miro que pequé,
Y su ley divina quebranté,
Mi alma entonces contempló con fe
Al Salvador.

Toda mi alma a Cristo ya entregué,
Hoy le quiero y sirvo como a rey,
Por los siglos siempre cantaré
Al Salvador.

En la cruz su amor Dios demostró
Y de gracia al hombre revistió,
Cuando por nosotros se entregó
El Salvador.

73 El Salvador que conquistó la muerte

Entonces los judíos, por cuanto era la preparación de la pascua, a fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el día de reposo (pues aquel día de reposo era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados de allí. Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero, y asimismo al otro que había sido crucificado con él. Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas. Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis. Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No será quebrado hueso suyo. Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron. Después de todo esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos, rogó a Pilato que le permitiese llevarse el cuerpo de Jesús; y Pilato se lo concedió. Entonces vino, y se llevó el cuerpo de Jesús. También Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos. Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno. Allí, pues, por causa de la preparación de la pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús. El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro. Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto. Y salieron Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Y bajándose a mirar, vio los lienzos puestos allí, pero no entró. Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos

puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó. Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos. Y volvieron los discípulos a los suyos. (19:31—20:10)

Una certeza indiscutible de la vida es que un día terminará. Job se lamentaba así: “El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores, sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece” (Job 14:1-2). Como lo expresó la mujer sabia de Tecoa al rey David: “Porque de cierto morimos, y somos como aguas derramadas por tierra, que no pueden volver a recogerse; ni Dios quita la vida, sino que provee medios para no alejar de sí al desterrado” (2 S. 14:14). El salmista preguntó retóricamente: “¿Qué hombre vivirá y no verá muerte? ¿Librará su vida del poder del Seol?” (Sal. 89:48). Tal como hay un tiempo para nacer, también hay un tiempo para morir (Ec. 3:2). En el Salmo 90 Moisés anotó la brevedad de los días del hombre: “Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos” (v. 10). Isaías (Is. 40:6-8), Santiago (Stg. 1:10) y Pedro (1 P. 1:24-25) usaron la hierba que se seca rápidamente para ilustrar la naturaleza efímera de la vida humana. Santiago les recordó a los orgullosos que son “neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece” (Stg. 4:14).

La muerte lanza su larga sombra (cp. Sal. 23:4) sobre cada aspecto de la existencia humana. Acaba sus sueños, se burla de sus esperanzas y la llena de miedos. Las personas han buscado desesperadamente sin tener éxito, durante siglos, evadir la muerte. Uno de los intentos de alta tecnología más recientes para evadir la muerte es la Criónica. De acuerdo con la Fundación Extensión de Vida Alcor en Scottsdale, Arizona, una de las practicantes líderes, la Criónica es “una tecnología especulativa de apoyo a la vida que busca preservar la vida humana en un estado que será viable y tratable por la medicina futura” (www.alcor.org; acceso el 3 de octubre de 2007). El procedimiento requiere el uso del frío extremo para preservar el cuerpo (o a veces solo la cabeza y el cerebro). Desde que se criopreservó la primera persona en 1967, más de cien personas han pasado por dicho procedimiento (inclusive Ted Williams, jugador en el Salón de la fama del béisbol) y más de mil han hecho acuerdos para

cripreservarse cuando mueran (www.alcor.org/AboutCryonics/index.html; acceso el 3 de octubre de 2007).

Pero nadie puede engañar permanentemente la muerte; al final siempre va a ganar. Salomón escribió que “No hay hombre que tenga potestad... sobre el día de la muerte” (Ec. 8:8), mientras Hebreos 9:27 dice que “está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”. La universalidad de la muerte se deriva de la universalidad del pecado. Pablo escribió: “La muerte entró por un hombre... [porque] en Adán todos mueren” (1 Co. 15:21-22). Por medio de Adán “el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Ro. 5:12; cp. Ez. 18:4, 20; Ro. 6:23).

La Biblia describe a la muerte como un enemigo (1 Co. 15:26) y como tal se le teme grandemente; Job 18:14 describe metafóricamente la muerte como el “rey de los espantos”. David exclamó: “Mi corazón está dolorido dentro de mí, y terrores de muerte sobre mí han caído” (Sal. 55:4). El autor de Hebreos escribió sobre los que “por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (He. 2:15). Tal miedo provoca que la gente busque alivio en el materialismo (Lc. 12:16-20), el hedonismo (Is. 22:13; 1 Co. 15:32) y la religión falsa (Gn. 3:4).

Pero las buenas nuevas del evangelio son que Jesucristo ha conquistado la muerte. En Juan 8:51 Él declaró: “De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte”. Consoló a Marta de la muerte de su hermano Lázaro con esta promesa: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (11:25-26). Se describió como “el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera” (6:50) y afirmó: “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre” (v. 51). Jesús hizo esta promesa a los discípulos: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (14:19). Pablo recordó a Timoteo que “nuestro Salvador Jesucristo... quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Ti. 1:10). El escritor de Hebreos insistió en que solo por medio de la fe en Jesucristo es posible librarse del miedo a la muerte: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”

(He. 2:14-15). Debido a que Cristo libró a los creyentes de la muerte, los creyentes pueden decir triunfalmente con Pablo: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co. 15:55-57). Al morir, Cristo destruyó la muerte. Ha quitado su aguijón, conquistado su espanto y la ha convertido en un amigo que acompaña a quienes lo aman a Él, a su presencia.

Durante la vida de Jesús, Él realizó milagros incontables que manifestaban su poder divino (21:25). Sanó enfermos, echó fuera demonios y resucitó a muertos. Pero nada revela más claramente la grandeza de su poder que su propia resurrección. A partir de esta narración sencilla surgen tres manifestaciones del poder de Cristo sobre la muerte, cada una de la cuales cumple una profecía específica. Su poder se reveló en su muerte, su sepultura y su resurrección.

EL PODER DE CRISTO SOBRE LA MUERTE SE MANIFESTÓ EN SU MUERTE

Entonces los judíos, por cuanto era la preparación de la pascua, a fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el día de reposo (pues aquel día de reposo era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados de allí. Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero, y asimismo al otro que había sido crucificado con él. Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas. Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis. Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No será quebrado hueso suyo. Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron. (19:31-37)

Uno de los aspectos más inquietantes de la muerte es el elemento sorpresa. La muerte suele venir repentina e inesperadamente, dejando palabras por decir, planes por terminar, sueños por realizar y esperanzas por cumplir.

Sin embargo, no fue así con Jesús. La muerte no pudo sorprenderlo porque Él la controlaba. En 10:17-18 declaró: “Yo pongo mi vida, para

volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre”. La sección previa del Evangelio de Juan se cierra cuando Cristo entrega voluntariamente su vida, como había dicho que lo haría. Habiendo logrado la obra de la redención, Jesús exclamó: “Consumado es” y después, “habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu” (19:30). La muerte había intentado sin éxito tomar su vida en múltiples ocasiones (p. ej., 5:16-18; 7:1; 8:37, 40, 59; 10:31; 11:53; Mt. 2:16; Lc. 4:28-30), pero no moriría hasta el momento preciso predeterminado en el plan divino. Su muerte no fue la de una víctima; fue la muerte de la victoria.

Como se indicó en el capítulo anterior de esta obra, Jesús murió mucho más rápido de lo que era normal para las víctimas de la crucifixión. Lo crucificaron en la hora tercera o las 9:00 a.m. (Mr. 15:25) y murió en la hora novena o las 3:00 p.m. (v. 34). De este modo, Jesús estuvo en la cruz solamente durante seis horas. A la mayoría de las personas crucificadas las dejaban ahí por dos o tres días; por ejemplo, los dos ladrones crucificados junto con Jesús aún estaban vivos después de que Él murió (19:32). Por eso, cuando José de Arimatea pidió a Pilato el cuerpo de Jesús, el gobernador “se sorprendió de que ya hubiese muerto; y haciendo [ir] al centurión, le preguntó si ya estaba muerto” (Mr. 15:44). Solo después de ser “informado por el centurión, dio el cuerpo a José” (v. 45). El Señor murió pronto porque entregó su vida cuando quiso hacerlo.

Los judíos, en un acto de hipocresía repugnante, por cuanto era la preparación de la pascua, a fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el día de reposo (pues aquel día de reposo era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados de allí. Estaba entrando la tarde del día de la preparación (para el sábado; es decir, era viernes). Les preocupaba que los cuerpos de Jesús y los dos ladrones **no quedasen en la cruz en el día de reposo**, cuyo inicio era al caer el Sol. Los romanos usualmente dejaban los cuerpos de los crucificados hasta la putrefacción o hasta que los pájaros o animales los comían. **Aquel día de reposo era de gran solemnidad** (porque se trataba del día de reposo de la semana de Pascua), lo cual extremaba la preocupación de los líderes judíos, derivada evidentemente de Deuteronomio 21:22-23. Dejar los cuerpos expuestos en la cruces, según ellos, habría profanado la tierra. Nada ilustra más claramente la hipocresía extrema de sus mentes a la cual los había llevado el legalismo pernicioso. Observaban con celo la minucia de la ley,

mientras mataban al mismo tiempo a su autor y en quien se cumplía; se preocupaban escrupulosamente con no profanar la tierra, pero no les preocupaba su propia profanación por matar al Hijo de Dios.

Quebrar las piernas de los crucificados (procedimiento conocido como *crurifragium*) se hacía cuando había razón para adelantar la muerte de un crucificado. Requería golpear las piernas de la víctima con un mazo de hierro. Ese procedimiento truculento aceleraba la muerte, en parte por el golpe y la pérdida adicional de sangre, pero principalmente por producir asfixia. Las víctimas ya no podían seguir usando sus piernas para ayudarse a levantarse para respirar, de modo que cuando la fuerza de sus brazos se agotaba, se asfixiaban.

Después de que Pilato concedió la petición de los judíos, fueron, **pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero, y asimismo al otro que había sido crucificado con él. Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas. Pero para estar seguro de que ya estaba muerto, uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua.** Los soldados eran expertos en determinar la muerte, era parte de su trabajo. No tenían nada que ganar mintiendo sobre la muerte de Jesús. Su testimonio y el del centurión (Mr. 15:44-45) son prueba irrefutable de que Jesús, en efecto, ya estaba muerto. No estaba en coma y luego revivió con el frío de la tumba, como afirman algunos escépticos que niegan la resurrección (véase la explicación de las teorías falsas sobre la resurrección en el capítulo 74 de esta obra).

Al entregar su vida como lo hizo, el Señor aseguró que los soldados cumplieran la profecía. De acuerdo con Éxodo 12:46 y Números 9:12, no debía quebrarse ningún hueso del cordero pascual. Jesús era el cumplimiento perfecto de dicho cordero y como tal no podía tener ningún hueso roto. Más allá de esa imagen está la profecía explícita del Salmo 34:20: “Él guarda todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrantado”; a ésta se refería Juan cuando escribió: **“Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No será quebrado hueso suyo”.**

Su muerte temprana también llevó a que lo traspasaran con la lanza para asegurarse de que estaba muerto. Aquel acto inusual de perforar el costado de Jesús era esencial para cumplir la profecía; como **también otra Escritura dice: “Mirarán al que traspasaron”.** El apóstol citó Zacarías 12:10, donde Dios declaró:

Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores

de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito.

El hecho de que Dios dijera “me mirarán a mí, a quien traspasaron” afirma que Jesús era Dios Encarnado. El cumplimiento final de esta profecía se dará en la segunda venida de Cristo, cuando el remanente de Israel arrepentido se lamentará por haber rechazado y matado a su Rey (cp. Ap. 1:7).

La explicación fisiológica de la **sangre** y el **agua** se ha discutido mucho. Podría ser que el corazón del Señor literalmente estallara por la agonía y la pena mental tremenda asociada con cargar el pecado y el abandono del Padre. En cualquier caso, que el testimonio ocular de Juan sea el de alguien **que lo vio, da testimonio** y cuyo **testimonio es verdadero**, enfatiza que Jesús estaba muerto sin lugar a dudas. El relato de Juan no es indirecto, fábula o leyenda; es un registro histórico sobrio de acontecimientos reales. Su propósito al relatar el cumplimiento preciso de la profecía en la muerte de Jesús era que sus lectores **también** creyeran “que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, [tengan] vida en su nombre” (20:31). Claramente, Cristo controló su propia muerte para cumplir las Escrituras.

EL PODER DE CRISTO SOBRE LA MUERTE SE MANIFESTÓ EN SU SEPULTURA

Después de todo esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos, rogó a Pilato que le permitiese llevarse el cuerpo de Jesús; y Pilato se lo concedió. Entonces vino, y se llevó el cuerpo de Jesús. También Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos. Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno. Allí, pues, por causa de la preparación de la pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús. (19:38-42)

Jesús no mostró su poder divino solamente sobre la muerte, al controlar todos sus detalles, sino algo aún más notable, también controló las circunstancias de su sepultura después de su muerte. Como ocurrió con su muerte, Cristo reveló de este modo su deidad y cumplió la profecía bíblica. En Isaías 53:9 el profeta escribió que “se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte”. Los romanos normalmente se negaban a permitir que los ejecutados por sedición recibieran sepultura, los dejaban a los buitres y a los animales de carroña, en una muestra de indignidad final. Los judíos no rechazaban la sepultura de nadie, pero sepultaban a los delincuentes en un lugar aparte, a las afueras de Jerusalén.

Pero aun si no lo sepultaban con los delincuentes comunes, ¿cómo iban a enterrar a Jesús con un rico? Él no provenía de una familia adinerada, los apóstoles no podían considerarse ricos. La respuesta es que Jesús, “muerto en la carne, pero vivificado en espíritu” (1 P. 3:18), movió el corazón de un rico, **José de Arimatea** (la ubicación de Arimatea se desconoce; algunos la identifican con Ramataim de Zofim, el lugar donde nació Samuel [1 S. 1:1]). José aparece en los cuatro Evangelios pero solamente en los relatos de la sepultura de Jesús. Era rico (Mt. 27:57), miembro prominente del sanedrín (Mr. 15:43) y no estuvo de acuerdo con la decisión de condenar a Jesús (Lc. 23:51). José era un hombre bueno y justo (Lc. 23:50), esperaba el reino de Dios (Mr. 15:43). Era discípulo de Jesús (Mt. 27:57), aunque **secretamente por miedo de los judíos**. El apóstol Juan no suele elogiar a los discípulos secretos (cp. 12:42-43). Sin embargo, presentó a José de manera positiva en vista de su valentía para pedir a **Pilato que le permitiese llevarse el cuerpo de Jesús**. José había exhibido el miedo cobarde y pecaminoso de perder su prestigio, poder y posición mientras el Señor estaba vivo. Pero ahora se exponía a un peligro aún mayor al acercarse a Pilato (quien en ese momento debía estar hastiado de los líderes judíos) y haber pedido el cuerpo de un hombre ejecutado por ser un rey rival del emperador. Sin embargo, más allá de la tumba, el Señor movió el corazón de José para agilizar el asunto. Después de asegurarse de que Jesús estaba muerto en efecto (Mr. 15:44-45), **Pilato le concedió** a José que tomara el cuerpo.

Una vez recibida la aprobación del gobernador, José inmediatamente **se llevó el cuerpo de Jesús** y preparó con rapidez la sepultura. José contó con la ayuda de **Nicodemo**, otro miembro del sanedrín, **el que antes había visitado a Jesús de noche**, como lo indica la nota de Juan (3:1-21). Aunque mantuvieron en secreto su lealtad a Jesús mientras

estuvo vivo, José y Nicodemo afrontaron con valentía la ira del resto del sanedrín para sepultar su cuerpo. Nicodemo llevó **un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras** (alrededor de sesenta y cinco libras actuales). Esa cantidad de especias se habría usado para ungir el cuerpo de un rey o de una persona rica y prominente. La **mirra** era una resina fragante y pegajosa, que solía mezclarse en polvo con **áloes**, un polvo aromático hecho de aceite de sándalo. José y Nicodemo **tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos**. A diferencia de los egipcios, los judíos no embalsamaban a sus muertos; usaban especias fragantes para contener el olor de la putrefacción tanto como fuera posible. Las especias probablemente se esparcieron a todo lo largo de las tiras de ropa con que se envolvió el cuerpo del Señor. Después se echaron más fragancias alrededor y por debajo del cuerpo del Señor. Debe observarse que ni José, ni Nicodemo, ni las mujeres (Lc. 23:55—24:1) esperaban la resurrección del Señor. Si hubieran creído sus repetidas predicciones de que lo haría (2:19; Mt. 16:21; 17:23; 20:19; Lc. 24:6-7), no se habrían preocupado por preparar su cuerpo tan completamente para la sepultura.

Solamente Juan relata que **en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo**. Mateo revela que la tumba era de José (Mt. 27:60). La cercanía de la tumba fue providencial porque llegaba el día de reposo y todo el trabajo tendría que cesar. **Allí, pues, por causa de la preparación** (el viernes que casi había terminado) **de la pascua de los judíos y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús**. La tumba de José había sido labrado en una peña como se hacía comúnmente, y fue sellada al hacer rodar una gran piedra a la entrada (Mt.27: 60).

José y Nicodemo estaban motivados por la necesidad de terminar antes del comienzo del día de reposo. Pero había una razón más importante por la cual era necesario que la sepultura del Señor ocurriese antes de la puesta del sol. En Mateo 12:40 Jesús había predicho: “Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches”. Para las cuentas de los judíos, una parte de un día era un día completo (cp. 1 R. 12:5 con v. 12; Est. 4:16 con 5:1). La sepultura del Señor debía darse mientras aún era viernes para poder estar tres días en la tumba (parte de la tarde del viernes, el sábado y parte de la mañana del domingo). En su sepultura, como en su muerte, Jesús orquestó todos los

detalles para cumplir el propósito de Dios ya revelado.

EL PODER DE CRISTO SOBRE LA MUERTE SE MANIFESTÓ EN SU RESURRECCIÓN

El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro. Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto. Y salieron Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Y bajándose a mirar, vio los lienzos puestos allí, pero no entró. Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó. Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos. Y volvieron los discípulos a los suyos. (20:1-10)

La demostración final del poder de Cristo sobre la muerte y, por lo tanto, una prueba de su deidad, fue su resurrección. También fue el cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento. David escribió del Mesías, hablando proféticamente: “Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción” (Sal. 16:10; cp. Hch. 2:25-28; 13:35).

El domingo, **el primer día de la semana**, sería para siempre el día apartado por los creyentes para conmemorar la resurrección maravillosa de su Señor (Hch. 20:7; 1 Co. 16:2). A la larga se hizo conocido como el día del Señor (Ap. 1:10) y aquel primer día del Señor, **María Magdalena fue de mañana al sepulcro**. Los Evangelios Sinópticos registran a varias mujeres que fueron a la tumba esa mañana (Mt. 28:1; Mr. 16:1; Lc. 24:1, 10). Juan sólo menciona a María y dice que ella fue **siendo aún oscuro**, a diferencia de los demás, que llegaron después de la salida del sol (Mr. 16:2). Evidentemente, las mujeres salieron juntas, pero María se adelantó a las demás y llegó primero a la tumba. Al ver **quitada la piedra del sepulcro**, temió lo peor. Sin duda, supuso que los salteadores de tumbas habían irrumpido en la tumba y habían robado el cuerpo del Señor, luego

corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: “Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto”. Así, María, que corrió al encuentro de Pedro y Juan, no estaba presente en la tumba cuando los ángeles se aparecieron a las otras y anunciaron la resurrección de Cristo (Mt. 28:5-7; Mr. 16:5-7; Lc. 24:4-7). Entonces regresó sola a la tumba, vio los ángeles y se encontró con el Señor resucitado (véase la exposición de 20:11-18 en el capítulo 74 de esta obra).

Aunque inicialmente eran escépticos de las explicaciones de María y las otras mujeres de la tumba vacía (Lc. 24:11), a la larga **Pedro y al otro discípulo** (Juan, quien nunca se nombró) **fueron al sepulcro. Corrieron los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro.** Juan se detuvo afuera y **bajándose a mirar; vio los lienzos puestos allí, pero no entró.** El miedo, a lo desconocido o a que algo terrible le hubiera ocurrido al cuerpo del Señor, como María lo temía, le impidió entrar. Sin embargo, **Simón Pedro** no tenía esos miedos. Tan impetuoso como siempre, **llegó** detrás de Juan **y entró en el sepulcro** con celeridad.

Lo que vio era extraordinario. El cuerpo de Jesús no estaba por ningún lado, pero **los lienzos** con los cuales lo habían sepultado estaban **puestos allí.** A diferencia de Lázaro, quien necesitó ayuda para quitarse la ropa de la sepultura después de la resurrección (11:44), el cuerpo glorificado de Jesús en la resurrección simplemente atravesó los lienzos, tal como en poco tiempo atravesaría una pared para entrar en un cuarto cerrado (20:19, 26). Incluso **el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no estaba puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte.** Este detalle aparentemente pequeño muestra que la tumba se dejó ordenada y pulcra. En contraste, los salteadores de tumbas difícilmente se habrían tomado el tiempo de enrollar el sudario y, en su prisa, habrían dejado esparcidas las prendas sobre toda la tumba. Más probablemente, ni siquiera habrían quitado los lienzos, pues habría sido más fácil transportar el cuerpo mientras estaba envuelto. Probablemente los ladrones tampoco hubieran dejado los lienzos porque contenían especias costosas. La presencia de la mortaja en la tumba también demuestra que la historia inventada de los líderes judíos (que lo discípulos robaron el cuerpo de Cristo [Mt. 28:11-15]) es falsa. Si habían robado el cuerpo, ¿por qué los discípulos habrían de deshonrarlo quitándole la mortaja y las especias que lo cubrían?

Entonces Juan entró también a la tumba **y vio, y creyó** que Jesús

había resucitado. La tumba vacía, las prendas bien dobladas en el sepulcro y el sudario prolijamente enrollado fueron suficientes para Juan; aun cuando Pedro y él **no habían entendido** las Escrituras, **que era necesario que él resucitase de los muertos** (Sal. 16:10). No está claro si Pedro creyó en ese momento, aunque Lucas 24:12 parecería sugerir que no lo hizo (la frase “maravillándose de lo que había sucedido” podría traducirse también como “preguntándose qué habría sucedido”). Ya fuera con fe o con desconcierto, **volvieron los discípulos a los suyos**.

El escenario estaba listo para las apariciones del Señor resucitado, tales apariciones erradicarían toda duda sobre la veracidad de su resurrección. La narración de Juan se centra ahora en la primera de esas apariciones a María Magdalena.

74 El Cristo resucitado

Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro; y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto. Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Cuando había dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro). Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas. Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos. Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino. Le dijeron, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto. Él les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré. Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca

tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío! Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron. Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre. (20:11-31)

La resurrección del Señor Jesucristo fue la afirmación divina de su expiación cumplida en la cruz. Cuando Dios levantó a Jesús de entre los muertos, declaró que el sacrificio de Jesús había sido propiciación y que lo había aceptado como pago completo de los pecados de su pueblo, había satisfecho las exigencias de su justicia divina. Pablo escribió que Jesús “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Ro. 4:25). La resurrección también demostró que donde el pecado queda expiado, la muerte queda conquistada y se entrega vida eterna.

Es imposible creer en el Jesús de la Biblia sin creer en su resurrección de los muertos. Rechazar su resurrección es inventar otro Jesús, un Cristo falso de imaginación incrédula (2 Co. 11:4). Es llamar mentiroso a Dios por negarse a creer su testimonio sobre Jesús, “que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Ro. 1:4). Quienes rechazan la resurrección del Señor Jesucristo están fuera de la esfera de la salvación, pues como escribió Pablo en Romanos 10:9, solo se obtendrá la salvación “si [se confiesa] con [la] boca que Jesús es el Señor, y [se cree] en [el] corazón que Dios le levantó de los muertos”.

Jesús ofreció su resurrección como prueba convincente e irrefutable de la veracidad en sus afirmaciones de deidad.

[Confrontado por] algunos de los escribas y de los fariseos, [le decían]: Maestro, deseamos ver de ti señal. Él respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches (Mt. 12:38-40).

En otra ocasión,

Y los judíos respondieron y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo. Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho (Jn. 2:18-22).

Por lo tanto, negar la resurrección de Cristo es hacerlo mentiroso.

Más aún, negar que Cristo resucitó de entre los muertos hace que cualquier forma de fe carezca de significado y sea absurda, pues la resurrección es esencial para el evangelio cristiano y la salvación. Pablo escribió así a los corintios, los cuales estaban siendo seducidos por las mentiras condenatorias de falsos maestros que negaban la resurrección:

Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe... Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres (1 Co. 15:14, 16-19).

Negar la resurrección de Cristo también es pasar por alto la evidencia histórica abrumadora que la afirma. Los hechos indiscutidos dicen que Jesús murió, fue sepultado y a los tres días su tumba estaba vacía porque Él estaba vivo. La única interpretación plausible del registro histórico es que Jesús se levantó de los muertos, como lo afirma la Biblia. Aun así, a lo largo de toda la historia ha habido escépticos, quienes representan las “doctrinas de demonios” (1 Ti. 4:1) que han negado la resurrección. El asunto no es la falta de evidencia, es la terca incredulidad llevada por el amor al pecado. Las personas no están dispuestas a aceptar las consecuencias innegables de la resurrección; a saber, que Cristo es Dios, el Dios de las Escrituras, y que ellos son responsables por cada violación de la ley, y necesitan su gracia. Así, los pecadores, en un esfuerzo

irracional por evadir su culpa y responsabilidad ante el único Dios verdadero, han inventado varias teorías en un intento inútil por explicar la realidad de la resurrección.

La teoría del desvanecimiento, una de las favoritas para los racionalistas de los siglos XVIII y XIX, argumenta que en realidad Jesús no murió en la cruz. En su lugar, estuvo en un semicoma por el choque circulatorio y la pérdida de sangre. En esa condición parecía estar muerto; por eso lo bajaron de la cruz y lo enterraron, pero seguía vivo. Después, las especias y el frío de la tumba lo revivieron. Entonces Jesús salió de la tumba, se encontró con los discípulos y ellos supusieron erradamente que Él se había levantado de los muertos.

Esta teoría enfrenta dificultades insalvables. En primer lugar, los soldados romanos que crucificaron a Jesús eran expertos en ejecuciones, sabían cuándo una persona estaba muerta. Estaban convencidos de la muerte de Jesús porque no quebraron sus piernas (Jn. 19:33). Su centurión anunció a Pilato que Jesús estaba muerto (Mr. 15:44-45). Obviamente, el centurión debía de tener certeza de ello antes de afirmarlo ante el gobernador. Más aún, la lanza clavada en el costado de Jesús que produjo sangre y agua mostró claramente que Él estaba muerto (véase la explicación de 19:34 en el capítulo anterior).

La teoría del desvanecimiento tampoco explica cómo pudo Jesús, debilitado por los azotes brutales y los efectos de la crucifixión, sobrevivir durante tres días, sin agua, comida o cuidados médicos. Tampoco explica cómo un hombre en tal estado de debilidad pudo haberse liberado de la ropa mortuoria que lo envolvía (algo que Lázaro no pudo hacer; Jn. 11:44), cómo movió la piedra pesada que sellaba la tumba, cómo dominó al destacamento de la guardia romana ni cómo caminó varios kilómetros hasta Emaús con los pies perforados. Lo más importante de todo: la teoría del desvanecimiento no puede explicar cómo aquel individuo medio muerto, con necesidad desesperada de atención médica, pudo haber persuadido a los discípulos de ser el Señor resucitado, el conquistador de la muerte y del sepulcro. Tal teoría también es blasfema contra Jesús pues lo hace engañoso y fraudulento, lo cual significa rechazar el testimonio del Padre y las Escrituras en cuanto a su vida sin pecado (Lc. 1:35; 3:22; Jn. 8:46; 14:30; 15:10; 2 Co. 5:21; He. 4:15; 7:26; 1 P. 2:22).

La teoría de la alucinación no es menos inverosímil. Sus proponentes argumentan que los seguidores de Jesús, abrumados por el dolor y la pena, querían tan desesperadamente que no estuviera muerto que tuvieron alucinaciones en las cuales lo vieron vivo. Las alucinaciones son

experiencias individuales o particulares. Sin embargo, Jesús se apareció a varios individuos o grupos al menos en diez ocasiones diferentes, incluidas más de quinientas personas en una ocasión (1 Co. 15:6). Los discípulos no eran candidatos para tales alucinaciones, pues no esperaban que Jesús resucitara (Jn. 20:9), incluso se burlaron de los informes iniciales que llegaron (Lc. 24:11). Esta teoría tampoco explica por qué las personas con supuestas alucinaciones de Jesús no lo reconocieron (Lc. 24:13-31; Jn. 20:15; 21:4). Tampoco explica cómo una alucinación pudo comerse un pedazo de pescado (Lc. 24:42-43), señalar dónde había un banco de peces (Jn. 21:6) o preparar una comida (Jn. 21:9-13). Y aunque pretende dar cuenta de las apariciones en la resurrección de Cristo, no da cuenta de la tumba vacía y del cuerpo ausente.

Otro erudito liberal, Kirsopp Lake, argumentó que las mujeres se habían equivocado de tumba (aunque dos de ellas habían visto la sepultura de Jesús [Mr. 15:47]). Al encontrarla vacía supusieron erradamente que Jesús había resucitado de los muertos. Pero eso significa que Pedro y Juan debieron de haber ido también a la tumba errónea. Y, con seguridad, José de Arimatea y Nicodemo, quienes enterraron a Jesús, sabían en qué tumba habían puesto el cuerpo. Obviamente, los líderes judíos también sabían cuál era la tumba correcta, pues la habían sellado y habían puesto una guardia romana en su exterior. ¿Por qué simplemente no iba alguien a la tumba correcta y mostraba el cuerpo del Señor?

Otros falsos eruditos argumentan que la tumba estaba vacía porque a Jesús nunca se le sepultó en ella. En su lugar, proponen, cuando bajaron su cuerpo de la cruz lo lanzaron en una fosa común para delincuentes. Esta teoría no explica por qué los Evangelios hablan de la sepultura de Jesús en la tumba de José de Arimatea y por qué no se registra otra historia de la sepultura. Tampoco podrían los discípulos haber inventado la historia de un miembro del sanedrín que sepultó a Jesús de no haber sido cierto; José los habría desacreditado al instante. Y cuando los discípulos comenzaron a proclamar que Jesús resucitó, ¿por qué simplemente no lo devolvió quien se había hecho con el cuerpo?

La negación más antigua de la resurrección de Cristo fue invento de las autoridades judías. Como se registra en Mateo 28:11-15, afirmaban que los discípulos robaron el cuerpo de Jesús de la tumba. Primero de todo, debe notarse que su afirmación es una admisión tácita de que la tumba estaba vacía y no sabían dónde estaba el cuerpo. Como escribe William Lane Craig:

La situación es que los judíos no respondieron a la predicación sobre la resurrección mostrando la tumba de Jesús o exhibiendo su cadáver; más bien, se enredaron en una serie desesperada de absurdos para intentar explicar por qué estaba vacía la tumba. El hecho de que los enemigos de Jesús se vieran obligados a explicar la tumba vacía usando la hipótesis del robo muestra que no solo la tumba era conocida (confirmación del relato de la sepultura), sino que estaba vacía... El hecho de que la polémica judía no negara nunca que la tumba de Jesús estaba vacía, sino que tan solo buscara excusarla es evidencia fuerte a favor de que la tumba en efecto estaba vacía (“The Historicity of the Empty Tomb of Jesus” [La historicidad de la tumba vacía de Jesús] <http://www.leaderu.com/offices/billcraig/docs/tomb2.html>; acceso el 11 de octubre de 2007).

A pesar de su antigüedad, esta teoría no es mejor que los otros intentos por explicar la resurrección. En primer lugar, ¿por qué habrían los discípulos de inventar la resurrección cuando no estaban esperando que Cristo resucitara (Jn. 20:9; cp. Lc. 24:9-11)? Más aún, habían huido cuando arrestaron a Jesús (Mt. 26:56); Pedro, su líder, había negado a Jesús y todos se habían escondido por miedo a las autoridades judías (Jn. 20:19). Haberse enfrentado a la guardia romana y haber cometido el delito grave de asaltar una tumba habría requerido más valentía de la que poseía este grupo desmoralizado, dubitativo y temeroso. Es difícil ver cómo se beneficiarían los discípulos de la historia de la resurrección, en caso de que se la hubieran inventado y hubieran robado el cuerpo de Jesús. Suponer que hubieran soportado voluntariamente la persecución y sufrido el martirio (como sucedió con la mayoría de ellos) por algo que sabían que era una mentira es ridículo.

Si los discípulos no robaron el cuerpo, tal vez lo hubieran hecho los romanos, los judíos o algunos ladrones; argumentan algunos. Pero los romanos no tenían un motivo claro para llevarse el cuerpo de Jesús; difícilmente Pilato se habría arriesgado a llevar la contraria de esta forma a los judíos. Los judíos tampoco habrían tomado el cuerpo; lo último que querrían sería alimentar la especulación de que Jesús había resucitado (cp. Mt. 27:62-66). Pero si los judíos o los romanos hubieran tenido el cuerpo, ¿por qué no lo mostraron cuando en las semanas posteriores los discípulos predicaban con audacia la resurrección? Como indicamos en el

capítulo anterior de esta obra, los ladrones de tumbas no habrían desenvuelto el cuerpo, no habrían dejado las especias caras ni se habrían tomado el tiempo de arreglar prolijamente los lienzos que dejaron. Tampoco habrían intentado irrumpir en una tumba vigilada por soldados romanos.

Las apariciones de Cristo después de su resurrección aportan la prueba más convincente de la resurrección. Entre la resurrección y la ascensión, las Escrituras registran al menos diez apariciones diferentes de Cristo: a María Magdalena (Jn. 20:11-18); a otras mujeres que estuvieron en la tumba (Mt. 28:8-10); a dos discípulos en el camino a Emaús (Lc. 24:13-32); a Pedro (Lc. 24:34); a diez de los once apóstoles restantes, Tomás estaba ausente (Lc. 24:36-43; Jn. 20:19-25); a los once apóstoles completos, con Tomás presente (Jn. 20:26-31); a siete de los apóstoles en la playa del lago de Galilea (Jn. 21:1-25); a más de quinientos discípulos, probablemente en alguna montaña de Galilea (1 Co. 15:7); a Santiago (1 Co. 15:7) y a los apóstoles cuando ascendió al cielo (Hch. 1:3-11). Además, el Cristo resucitado se apareció a Saulo de Tarso en el camino a Damasco (Hch. 9:1-9) y en varias ocasiones posteriores (Hch. 18:9; 22:17-18; 23:11).

Es importante notar que todas las apariciones del Señor después de la resurrección fueron a creyentes (excepto a Pablo, que aún no era creyente cuando se le apareció por primera vez). Su método normal para alcanzar a los perdidos no es través de milagros espectaculares, como apariciones a ellos, sino por medio del testimonio de su Iglesia en el poder de su Espíritu (Mt. 28:19-20; Hch. 1:8). De todas maneras, tales milagros tampoco habrían convencido a los incrédulos. Juan dijo: “A pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él” (Jn. 12:37). Ni siquiera una aparición resucitado habría convencido a los incrédulos, pues “Si no [oyeron] a Moisés y a los profetas, tampoco se [persuadirían] aunque alguno se levantara de los muertos” (Lc. 16:31).

De todas las apariciones de Cristo después de la resurrección, Juan seleccionó tres que dan una idea especial sobre quién es Jesucristo: a María Magdalena, a los diez apóstoles (sin Tomás) y a los once apóstoles (específicamente a Tomás).

APARICIÓN DE CRISTO A MARÍA MAGDALENA

Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro; y vio a dos

ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto. Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Cuando había dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro). Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas. (20:11-18)

La aparición del Señor a María, la mujer de la villa de Magdala, al lado occidental de la playa del lago de Galilea, cerca de Tiberias, simboliza su amor y fidelidad especial para con todos los creyentes; sin importar cuán insignificantes parezcan. María no fue una figura prominente en los relatos de los Evangelios; antes de la crucifixión apareció solo como un nombre en la lista de mujeres que viajaban con Jesús y los apóstoles (Lc. 8:2). Aun así, el Señor escogió aparecersele primero a ella, una mujer, tal como había declarado que era el Mesías por primera vez a la mujer del pozo (Jn. 4:28-29).

Después de que Pedro y Juan se fueron (20:10), **María** regresó y se quedó **fuera llorando junto al sepulcro**. Como se indicó en la explicación de 20:1 en el capítulo anterior, al parecer ella había llegado a la tumba antes que las demás mujeres. Al ver la piedra removida, temió que los ladrones de tumbas hubieran entrado en el sepulcro y hubieran robado el cuerpo del Señor. De inmediato corrió y les contó la noticia a Pedro y a Juan. Movida por el dolor y la pena abrumadores, María regresó a la tumba. Pero cuando lo hizo, los dos apóstoles ya habían ido y se habían marchado. No se cruzó con ellos o con las otras mujeres de regreso a la tumba, por tanto, no sabía nada de la mortaja inalterada o del mensaje de los ángeles.

Desconsolada, María se quedó llorando. Su amor por el Señor era más grande que su fe en la promesa de la resurrección. Sin embargo, a pesar de su fe débil, Jesús no la dejaría en su pena (cp. 16:20-22). Al final, **mientras ella aún lloraba, se inclinó para mirar dentro del**

sepulcro. Como las otras mujeres (Lc. 24:1-7), **vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto.** No los reconoció como ángeles, pues habían asumido forma humana (Mr. 16:5; Lc. 24:4). Su pregunta a ella fue una reprensión suave: **“Mujer, ¿por qué lloras?”**. El tiempo de lamentarse había terminado; el dolor de la muerte quedó para siempre destrozado por la realidad gloriosa de la resurrección.

Les habló con tono lastimero, sin ser consciente de quiénes eran y **les dijo: “Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto”**. La desesperación de María se debía a no saber dónde estaba el cuerpo del Señor. Creía que Él estaba muerto, y ella había regresado ahora que el día de reposo había terminado (Mt. 28:1; Mr. 16:1) a acabar las preparaciones funerales en su cuerpo. Pero eso no era necesario, como estaba a punto de descubrir.

No se especifica cómo María, de repente, detectó la presencia del Señor. Tal vez, como algunos sugieren, los ángeles se lo señalaron. En cualquier caso, ella **se volvió, y vio a Jesús que estaba allí.** Pero su perplejidad continuó, pues **no sabía que era Jesús.** El cuerpo resucitado de Jesús era más glorioso que antes y no se ajustaba a los recuerdos vívidos de ella; especialmente, al cadáver ensangrentado, golpeado y apaleado que había visto en la cruz. Se han sugerido diversas explicaciones a por qué María no reconoció al Señor. Estaba segura de que estaba muerto, por eso lo último que esperaba era verlo vivo. Además, su visión podía estar borrosa por las lágrimas. Más aún, ella, como los demás, no podía reconocerlo hasta tanto Él decidiera revelársele (cp. 21:4; Lc. 24:16).

Repitiendo la pregunta de los ángeles, **Jesús le dijo: “Mujer, ¿por qué lloras?”**. Y luego añadió: **“¿A quién buscas?”**. Mostrando su confusión continua, **ella, pensando que era el hortelano, le dijo: “Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré”**. María, en su devoción decidida, solamente quería asegurarse de que el cuerpo de Jesús tuviera el funeral adecuado; aun si ello significaba que ella moviera el cuerpo.

Jesús abrió los ojos de María con una sola palabra. Tan solo pronunció el nombre de ella (cp. 10:3-4, 27), **“¡María!”**, e instantáneamente desaparecieron todas sus dudas, confusiones y dolor. Al reconocer a Jesús en ese momento, **volviéndose ella, le dijo: “¡Raboni!” (que quiere decir, Maestro).** *Raboni* es una forma fortalecida de “Rabí” y se usaba para expresar reverencia suprema y gran

honor (cp. Mr. 10:51). Invadida por una mezcla profunda de alegría y alivio, María cayó a sus pies. Como las otras mujeres (Mt. 28:9), se aferró a Jesús y le hizo decirle: **“No me toques, porque aún no he subido a mi Padre”**. Habiéndolo encontrado más allá de sus esperanzas más grandes, no quería perderlo. El asimiento físico de María a Jesús simbolizaba su deseo de asegurar permanentemente su presencia. Pero Él estaría presente físicamente durante poco tiempo, cuarenta días (Hch. 1:3), después del cual ascendería al Padre. No se sabe cuánto conocimiento tenía ella de lo que Jesús había prometido en el aposento alto. Pero quizás los apóstoles le habían dicho ya que Jesús había afirmado que iba al Padre para enviar al Espíritu Santo (14:16-18; 16:7); de modo que Él no dijo nada al respecto, solo que no podía quedarse y debía ascender.

El Señor envió a María a los apóstoles para hablarles sobre su ascensión inminente: **“Ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”**. Por primera vez Cristo llama *hermanos* a los discípulos, a quienes ya se había referido como siervos o amigos (15:15). Por medio de la obra de la redención en la cruz se hizo posible esta nueva relación con Él. En Él “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Ef. 1:7). Dios adopta como hijos (Ro. 8:14-15; Ef. 1:5) a quienes creen en Jesucristo para salvación (Gá. 3:26). Como resultado, Jesús “no se avergüenza de llamarlos hermanos” (He. 2:11), y ha llegado a ser “el primogénito entre muchos hermanos” (Ro. 8:29). Para reflejar esta nueva relación, el Señor enfatizó así el mensaje a los discípulos: **“Mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”**.

Emocionada, **fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas**. Como era predecible, ellos respondieron con la misma reserva con la que saludaron el testimonio de las otras mujeres que habían estado en la tumba. Lucas registra que consideraron “locura” lo dicho por ellas y no lo creían (24:11).

APARICIÓN DE CRISTO A DIEZ DISCÍPULOS

Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las

manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos. (20:19-23)

Ahora la escena cambia a **la noche de aquel mismo día** de resurrección (para una explicación de la importancia del primer día **de la semana** véase la exposición de 20:1 en el capítulo anterior de esta obra). Los **discípulos** (excepto Tomás) se habían reunido en algún lugar no especificado (posiblemente en el aposento alto de Jerusalén, escena de la Santa Cena) y **las puertas** estaban **cerradas** (el verbo griego también puede significar “aseguradas”). Los discípulos estaban allí **por miedo de los judíos**, esperando que en cualquier momento entrara la guardia del templo para acabar con todo este movimiento. Las autoridades habían ejecutado a su maestro y no era irracional que ellos temieran ser los siguientes.

De pronto, ocurrió algo mucho más sorprendente que la llegada de la policía del templo: **Vino Jesús**, y se puso **en medio** de ellos. Las puertas aseguradas no lo detuvieron; su cuerpo glorificado por la resurrección pasaba fácilmente a través de las paredes. Las palabras “**Paz a vosotros**” (cp. 14:27) pretendían calmar y dar tranquilidad a los discípulos aterrorizados, pues creían estar viendo un fantasma (Lc. 24:37; cp. Mt. 14:26). Tales palabras también complementaban las de la cruz (“Consumado es” [Jn. 19:30]) porque su obra en la cruz trajo paz entre Dios y su pueblo (Ro. 5:1; Ef. 2:14-18). Jesús **les mostró las manos y el costado** para tranquilizarlos con que de verdad era Él. Lucas registra que les dijo: “Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo” (Lc. 24:39). Cuando al fin lo reconocieron, **los discípulos se regocijaron viendo al Señor**; pero no antes de que les ofreciera una prueba definitiva de que no era un espíritu al comer un pez asado (Lc. 24:41-43).

Cuando los discípulos finalmente se convencieron de que había resucitado, el Señor procedió a darles instrucciones y prometerles poder. En un avance de la Gran Comisión que después les daría en Galilea (Mt. 28:19-20), Jesús dio un encargo a los discípulos: “**Como me envió el Padre, así también yo os envío**” (cp. 17:18). Habiendo *comisionado* formalmente a los discípulos, Cristo ceremonialmente les *dio poder* con la

promesa del poder real que habrían de recibir en Pentecostés, cuarenta días después (Hch. 2:1-4). Como símbolo de esa realidad futura, **sopló, y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”**. Este acto fue puramente simbólico y profético, recordaba las lecciones vívidas empleadas con frecuencia por los profetas del Antiguo Testamento para ilustrar sus mensajes (cp. Jer. 13:1-9; 19:1-11; Ez. 4:1-4). En otras palabras, Cristo por medio de este soplo no impartió literal ni realmente el Espíritu en ellos; más bien, declaró de modo visible lo que les ocurriría en Pentecostés.

Diez de los doce apóstoles originales estaban presentes. Judas murió por su propia mano traicionera (Mt. 27:5). Tomás era el único de los restantes que no estaba presente. Por supuesto, estos discípulos ya estaban regenerados (Jn. 15:3). Luego, el hecho de que aún estuvieran esperando recibir **el Espíritu Santo** indica que la relación del Espíritu con los creyentes individuales durante el nuevo pacto es muy diferente a la de su ministerio en el Antiguo Testamento. Bajo el nuevo pacto, el Espíritu Santo mora (Co. 6:19), da poder (Hch. 1:8) y dones (1 Co. 12:4-11) a cada creyente de manera permanente. Bajo el pacto antiguo, el ministerio del Espíritu Santo con los santos individuales no era tan personal ni prominente. Las acciones de Jesús señalaban aquí el derramamiento del Espíritu Santo que estaba a punto de ocurrir, completando la transición entre los dos pactos.

Los Evangelios son claros en que hasta este momento, “aún no había venido el Espíritu Santo” (cp. Jn. 7:39); lo cual quiere decir que la nueva época no se había inaugurado todavía. Igualmente, está claro que la obra del Espíritu Santo en el nuevo pacto no comenzaría sino hasta Pentecostés. Todas las Escrituras afirman esta cronología. Jesús dijo expresamente que no se daría el Espíritu sino hasta después de su ascensión (Jn. 16:17). Pero cuando subió “a lo alto... dio dones a los hombres” (Ef. 4:8; cp. Sal. 68:18). “Sobre nosotros sea derramado el Espíritu de lo alto” (Is. 32:15). De hecho, en el mismo día de la ascensión de Jesús, Él dijo a los apóstoles que *esperaran* la venida del Espíritu Santo sobre ellos (Hch. 1:8). Cuando finalmente recibieron **el Espíritu Santo**, el resultado fue el derramamiento inmediato, público y dramático de su poder milagroso (Hch. 2:33).

Sin embargo, en este momento, cuando Jesús **sopló**, hubo una ilustración poderosa, rica en significado; pues el espíritu Santo se describe en Ezequiel 37:9-14 como el aliento de Dios. Entonces el gesto fue una afirmación enfática sobre la deidad de Cristo, pues su propio soplo era emblemático del hálito divino. También recordaba la forma en que Dios

“sopló en [la nariz de Adán] aliento de vida” (Gn. 2:7); describiendo así la impartición de la vida nueva mediante la regeneración (el segundo nacimiento), que bajo el nuevo pacto siempre está acompañado de la impartición del Espíritu (Ez. 36:26-27). El simple hecho de soplar sobre los discípulos fue pues emblemático en varios niveles. Desde entonces todos los cristianos han recibido al Espíritu Santo en el momento de la salvación (Ro. 8:9).

Como parte de su testimonio sobre Él, los discípulos tienen la autoridad que Él delegó en ellos. Jesús les dijo: “**A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos**”. Los católicos han interpretado mal este versículo para decir que la autoridad de los apóstoles para perdonar pecados ha pasado a la Iglesia Católica Romana. Pero las Escrituras enseñan que solamente Dios puede perdonar pecados (Mr. 2:7; Cp. Dn. 9:9). El Nuevo Testamento no refleja ninguna instancia en que los apóstoles (u otras personas) absolvieran a las personas de sus pecados. Más aún, esta promesa no fue exclusiva para los apóstoles, pues había otros presentes (Lc. 24:33). En realidad, lo que Cristo estaba diciendo era que cualquier cristiano puede declarar que a quienes se arrepientan genuinamente y crean en el evangelio, Dios les perdonará los pecados. Por otro lado, pueden advertir que quienes rechazan a Jesucristo morirán en sus pecados (8:24; He. 10:26-27).

Tal información no era nueva para los discípulos, pues el Señor había dicho cosas similares mucho antes, en Cesarea de Filipo: “Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos” (Mt. 16:19).

Jesús hablaba aquí de la autoridad delegada a los creyentes. Dijo a Pedro, a los doce y, por extensión, a todos los creyentes, que tenían la autoridad para declarar quién está atado al pecado y quién se ha librado de éste. Dijo que los creyentes tienen “las llaves del reino”, el reino de la salvación, porque tienen la verdad salvadora del evangelio (Ro. 1:16; 1 Co. 1:18-25). Los cristianos pueden declarar si un pecador tiene el perdón con base en la respuesta de dicho pecador al evangelio de la salvación.

La autoridad de la Iglesia para decir a alguien que está perdonado o que está aún en el pecado viene directamente de la Palabra de Dios. En Mateo 18:15-20 el Señor enseñó a los discípulos (y por extensión a todos los creyentes) que si un creyentes profeso rehúsa darle la espalda al pecado, aun después de haberlo confrontado en privado (vv. 15-16) y

reprendido públicamente (v. 17), entonces la Iglesia tiene el mandamiento de tratar al individuo como si fuera incrédulo. Quienes están dentro de la Iglesia tienen la autoridad y la obligación de llamar al hermano pecador al arrepentimiento (vv. 18-20) y de hacerle saber que por su desconsideración flagrante a la Palabra divina ha perdido la comunión con el pueblo de Dios. En realidad, puede que ni siquiera sea Hijo de Dios (Jn. 8:42; 14:15; 2 Co. 13:5; 1 Jn. 2:3-6).

Los creyentes tienen autoridad para esto porque Dios les ha dado su Palabra, que es la norma suprema para juzgar. Su autoridad no proviene de ellos; no se basa en la justicia personal de ellos, en sus dones espirituales o posición eclesiástica. Más bien, viene de la Palabra de Dios autoritativa.

Aquello que es afirmado por las Escrituras los cristianos lo pueden afirmar dogmáticamente y sin titubeos; aquello denunciado por las Escrituras, los cristianos lo pueden denunciar con autoridad y sin disculparse. Los creyentes no deciden qué está bien o está mal, ellos declaran con audacia lo que Dios ha revelado claramente en su Palabra. El pueblo de Dios debe confrontar el pecado con fidelidad porque las Escrituras lo presentan como una afrenta hacia Dios. En la medida en que el juicio de ellos se corresponda con las Escrituras, pueden tener la certeza de que está en armonía con el juicio de Dios en el cielo.

Cuando las personas rechazan el mensaje de salvación, negando a Cristo y su obra, la Iglesia tiene la autoridad divina, con base en la Palabra de Dios revelada, para decirle que perecerán en el infierno a menos que se arrepientan (Lc. 13:1-5; cp. Jn. 3:18; 1 Co. 16:22). De otra parte, cuando las personas profesan fe en Cristo como Salvador y Señor, la Iglesia puede afirmar esa profesión, si es auténtica, con la misma confianza, basándose en pasajes como Romanos 10:9: “Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”.

La autoridad de la Iglesia proviene de las Escrituras. La Palabra de Cristo (Col. 3:16) es la autoridad suprema dentro de la Iglesia porque Cristo es la Cabeza de la misma (Ef. 1:22; 5:23). Cuando los creyentes obran y hablan de acuerdo con su Palabra, pueden hacerlo sabiendo que Él está de acuerdo con ellos.

LA APARICIÓN DE CRISTO A TOMÁS

Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimos, no estaba con ellos

cuando Jesús vino. Le dijeron, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto. Él les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré. Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío! Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron. Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre. (20:24-31)

No todos los apóstoles estaban presentes en la primera aparición de Jesús. **Tomás, uno de los doce, llamado Dídimos, no estaba con ellos cuando Jesús fue.** A Tomás se le apodaba *Dídimos* (“gemelo”) por la razón obvia de tener un hermano gemelo (que no aparece en las Escrituras). Los Evangelios Sinópticos lo mencionan solamente en la lista de los doce apóstoles; los detalles de su carácter vienen del Evangelio de Juan.

Tomás era el eterno pesimista. Como Ígor en la historia de *Winnie the Pooh*, era una persona melancólica, con una tendencia extraña a encontrar el punto negro en la hoja blanca. Las primeras apariciones de Tomás en el Evangelio de Juan estuvieron relacionadas con la resurrección de Lázaro. Aterrado porque Jesús había decidido regresar a las cercanías de Jerusalén, donde los judíos recientemente habían intentado matarlo (11:8), Tomás exclamó con fatalismo: “Vamos también nosotros, para que muramos con él” (v. 16). Pero no debe permitirse que el pesimismo de Tomás oscurezca su valentía; a pesar de que pensó que la situación no tenía esperanzas, estaba decidido a ofrecer su vida por el Señor. Su amor por Jesús era tan fuerte que habría preferido morir con Él, en lugar de estar separado de Él.

Tomás vuelve a aparecer en el aposento alto. Jesús acababa de anunciar su partida inminente (14:2-3) y les recordó a los discípulos que sabían a dónde iba Él. Con el corazón hecho pedazos por la partida de Jesús, Tomás se apresuró a contradecirlo diciendo abatido: “Señor, no

sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?” (14:5), sugiriendo tal devoción que habría preferido morir con su Señor, en lugar de intentar encontrarlo después. Así era su amor por Cristo.

No fue bueno que Tomás se perdiera la primera aparición del Señor. ¿Por qué no estaba allí? ¿Fue porque era pesimista, negativo e incluso melancólico? ¿Estaba en alguna parte lamentándose por él porque sus peores miedos se habían hecho realidad?

Tomás pudo haberse sentido solo, traicionado, abandonado. Sus esperanzas podían estar hechas trizas. Aquel a quien tanto había amado se había ido y su corazón estaba desgarrado. Quizás ni siquiera estuviera con ganas de compañía. Tal vez estar solo parecía lo mejor. No podía estar con la multitud, ni siquiera con sus amigos.

Pero cuando Tomás regreso de donde estuviera, **los otros discípulos**, exuberantes y animados, **le dijeron**: “**Al Señor hemos visto**”. Pero él no quedó convencido. Tomás estaba seguro de no volver a ver nunca a Jesús. Se negó a darle alas a sus esperanzas para no verlas hechas pedazos una vez más, entonces anunció escéptico: “**Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré**”. Fue tal afirmación la que le mereció el sobrenombre de “Tomás el incrédulo”. Pero el historial de los otros diez apóstoles no era mejor; ellos también se habían burlado de los primeros indicios de la resurrección (Mr. 16:10-13; Lc. 24:9-11) y no creyeron las Escrituras que las predecían (20:9; Lc. 24:25-26). A Tomás no lo diferenciaba que su duda fuera más grande, sino que su dolor era mayor.

La oferta escéptica de Tomás pronto la vería satisfecha. **Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás**. Una vez más, las puertas estaban cerradas y una vez más se demostró que eso no limitaba al Señor resucitado. Como Jesús lo había hecho ocho días antes, **llegó y se puso en medio** de ellos. Escogió a Tomás inmediatamente. Jesús, siempre el sumo sacerdote compasivo (He. 4:15), le **dijo** amorosa y amablemente: “**Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente**”. El Señor tocó a Tomás en el punto de su debilidad y duda, sin reprensiones porque sabía que el error de Tomás estaba relacionado con su amor profundo. Con compasión paciente le dio a Tomás la prueba empírica que requería.

Eso fue suficiente para quien dudaba; su escepticismo melancólico se disolvió para siempre a la luz de la evidencia irrefutable de la persona que

lo confrontaba. Abrumado, hizo la que es tal vez la más grande confesión de cualquier apóstol, comparable solo a la de Pedro sobre Jesús como Mesías (Mt. 16:16), exclamando: “**¡Señor mío, y Dios mío!**”. Es significativo que Jesús no lo corrigió, sino que aceptó la afirmación de deidad que hizo Tomás. De hecho, alabó a Tomás por su fe diciendo: “**Porque me has visto, Tomás, creíste**”. Pero previendo el tiempo en que la evidencia tangible y física que Tomás vio no estuviera disponible, el Señor determinó: “**Bienaventurados los que no vieron, y creyeron**” (cp. 2 Co. 5:7; 1 P. 1:8-9). Ellos, que no verían nunca la evidencia física de la resurrección de Cristo, tendrían una mayor medida del Espíritu Santo para fortalecer la fe en la resurrección. Ésta es la segunda bienaventuranza de este Evangelio (cp. 13:17). *Bienaventurados* no conlleva solo la condición de felicidad, también declara la aceptación de Dios al receptor.

Debe notarse que las palabras de nuestro Señor no indican nada defectuoso en la fe de Tomás.

La fe de Tomás no está despreciada... “pero si no fuera por el hecho de que Tomás y los otros apóstoles vieron a Cristo encarnado, no habría habido fe cristiana. Cp. 1:18, 50ss.; 2:11; 4:45; 6:2; 9:37; 14:7, 9; 19:35” (Barrett, p. 573)... Los creyentes posteriores llegaron a la fe por medio de la palabra de los primeros creyentes (17:20). Entonces, bienaventurados quienes no pueden participar de la experiencia visible de Tomás, sino quienes, en parte porque leyeron la experiencia de Tomás, pasaron a participar de la fe de Tomás (D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], p. 660).

La confesión de Tomás y la respuesta de Cristo se ajustan para llevar a la declaración de resumen juanina sobre el objetivo y propósito al escribir su Evangelio: “**Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro**” (cp. 12:37; 21:25). Quienes no han visto y no verán al Señor resucitado dependerán de este Evangelio escrito por Juan (además de los otros tres) para recibir la palabra concerniente a Cristo, por medio de la cual el Espíritu puede darles regeneración y fe (Ro. 10:17).

Y Jesús hizo muchas más **señales** milagrosas que las registradas en

los capítulos 2—12 (y en los otros Evangelios), incluida la señal más grande: su resurrección; pero esas señales no son necesarias porque las escritas son suficientes. Esta declaración establece que el Evangelio de Juan trata las señales milagrosas apuntando a Jesús como Cristo y Señor; para el propósito explícitamente expresado por Juan en la siguiente declaración.

“Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”. Como se ha dicho, para expandir este versículo solo es necesario volver de nuevo a todo el Evangelio. Esta es la declaración de resumen. Creer que Jesucristo es el Dios encarnado (1:1, 14), el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (1:29) y la resurrección y la vida (11:25), es creer la verdad que una vez aceptada produce perdón de pecados y vida eterna (3:16). Claramente, el propósito de Juan es evangelístico. De nuevo, Carson unifica acertadamente la idea:

El propósito de Juan no es académico. Escribe para que hombres y mujeres creen cierta verdad proposicional: la verdad de que Cristo, el Hijo de Dios, es Jesús, el Jesús retratado en este Evangelio. Pero tal fe no es un fin en sí mismo. Está dirigida hacia la meta de la salvación personal y escatológica: *para que creyendo, tengáis vida en su nombre*. Ese sigue siendo el propósito de este libro hoy día y está en el centro de la misión cristiana (v. 21) (*John* [Juan], p. 663. Cursivas en el original).

75 Epílogo—Primera parte: ¿Esfuerzo propio o poder espiritual?

Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias; y se manifestó de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo. Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada. Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús. Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. Él les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces. Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos. Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. Jesús les dijo: Traed de los peces que acabáis de pescar. Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió. Les dijo Jesús: Venid, comed. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el Señor. Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado. Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos. (21:1-14)

La sección principal del Evangelio de Juan finalizó con el cierre del capítulo 20, con la declaración resumen del apóstol sobre su propósito al escribir. Su meta era que sus lectores supieran “que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, [tuvieran] vida en su nombre” (v. 31). El capítulo 21 es un epílogo que, junto con el prólogo (1:1-18), encierra la

parte principal del Evangelio.

Algunos argumentan que Juan no escribió este apéndice, insisten en que alguno de sus colaboradores cercanos lo añadió. Sin embargo, no hay evidencia de que alguna vez el Evangelio de Juan circulara sin el capítulo 21; todos los manuscritos existentes lo incluyen. El epílogo tampoco es superfluo; es una conclusión adecuada a este Evangelio inspirado y contiene respuestas a varias preguntas surgidas en la mente de los lectores.

Primera, responde la pregunta de quién cuidaría a los discípulos una vez que Jesús regresara al Padre y no estuviera más presente físicamente.

Segunda, cierra la historia de Pedro. Él había negado a Cristo en la noche de su arresto y no apareció por ninguna parte en la escena de la crucifixión. Aun después de ver la tumba vacía, no estaba seguro de qué había ocurrido. El epílogo revela que la negación y la duda de Pedro no fueron el final de su historia, relacionando su reconciliación con Jesús.

Tercera, trata el falso rumor de que el apóstol Juan no moriría antes del regreso del Señor.

Cuarta, explica por qué no incluyó Juan las “muchas otras señales” (20:30) de Jesús en su Evangelio.

Quinta, trata el asunto del futuro de los discípulos ahora que se quedarían sin su maestro. ¿Cómo los seguiría protegiendo del mundo?

Sexta, refuerza la verdad de que el discípulo amado es, en efecto, Juan.

Finalmente: “La presencia del epílogo parece requerirse por el prólogo, para preservar el equilibrio y la simetría de la estructura... De aquí que el prólogo y el epílogo enmarquen el Evangelio de tal modo que forman parte integral de la estructura teológica y literaria de toda la narrativa” (Andreas J. Köstenberger, *John* [Juan], Baker Exegetical Commentary on the New Testament [Comentario exegético Baker sobre el Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Baker, 2004], pp. 583-584).

Los primeros catorce versículos del capítulo 21 responden la primera pregunta, que era la de más importancia en la mente de los discípulos. Por primera vez en más de tres años, descubrían que tenían que valerse por sí mismos, pues Jesús se había hecho cargo de todas sus necesidades mientras estuvo con ellos. El Señor dejó claro que continuaría haciéndolo. En esta ocasión demostró su compromiso mediante una ilustración viva. Pero antes de que los discípulos aprendieran la lección de que Cristo continuaría proveyendo para ellos, tenían primero que enfrentar su propia insuficiencia. Como resultado, el pasaje ilustra dos dependencias en

contraste a partir de las cuales ellos podían escoger. Los discípulos podían depender de su antiguo trabajo y escoger la vida anterior a que Jesús los llamara, o podían continuar en el ministerio del evangelio, dependientes de su poder y provisión. Quienes pertenecen a Cristo enfrentan estas dos opciones: ¿Seguimos por nuestra cuenta o seguimos a Cristo? Aquí se da la respuesta.

LA DEBILIDAD Y FRACASO HUMANOS

Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias; y se manifestó de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo. Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada. Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús. Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. (21:1-5)

La frase *Después de esto* hace referencia a un tiempo no especificado después de los acontecimientos registrados en el capítulo 20. Los discípulos habían salido de Jerusalén en dirección norte, hacia Galilea, como Jesús les había ordenado (Mt. 28:10, 16; Mr. 14:28; 16:7). Al parecer, los once no viajaron juntos en un grupo, pues en el incidente solo participaron siete. La frase repetida “**Jesús se manifestó... a sus discípulos**” hace énfasis en que después de la resurrección Él no era reconocible si no se revelaba (cp. 20:14). Y esto no es cierto solo físicamente, sino espiritualmente. Nadie, sin la dirección del Espíritu Santo puede llamar Señor a Jesús (1 Co. 12:3), pues “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14). Era necesario que el Hijo del Hombre viniera “a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10), pues “no [ha habido] quien busque a Dios” (Ro. 3:11). Sin esa búsqueda, el evangelio sigue siendo locura (1 Co. 1:18, 30-31).

El **Mar de Tiberias** es el conocido lago de Galilea. La Biblia también lo llama Mar de Cineret (Nm. 34:11; Jos. 12:3; 13:27) y lago de Genesaret (Lc. 5:1). Cuando Juan escribió su Evangelio, el nombre común se había vuelto **Mar de Tiberias**. El nombre viene de la ciudad de

Tiberias en su costa occidental, fundada por Herodes Antipas y llamada así en honor al emperador Tiberio (cp. Lc. 3:1).

Los siete apóstoles que participaron en este incidente fueron **Simón Pedro** (aquí, como siempre, aparece el primero, lo cual indica su liderazgo general de los apóstoles), **Tomás llamado el Dídimo**, **Natanael el de Caná de Galilea**, **los hijos de Zebedeo**, y **otros dos de sus discípulos** (muy probablemente, Andrés y Felipe, quienes siempre tuvieron lazos cercanos con Pedro y los hijos de Zebedeo [cp. 1:40, 44] y quienes siempre aparecen en otras partes relacionados con los apóstoles mencionados en este pasaje).

La primera insinuación de que las cosas no estaban del todo bien es la ubicación de los discípulos. Ya no estaban en la montaña donde Jesús les había ordenado específicamente esperarle (Mt. 28:16); sino que habían descendido al lago. Al parecer, **Simón Pedro** se impacientó a la espera de la aparición del Señor e impulsivamente **dijo: “Voy a pescar”**. Pedro era un hombre de acción, impulsivo, no era dado a quedarse quieto ocioso por mucho tiempo. No sugería él que iba a una pesca recreacional para pasar el tiempo; más bien, declaraba que regresaba a su antigua vida. Hay tres líneas de evidencia que respaldan esta conclusión. En 16:32 Jesús había predicho que todos los discípulos lo abandonarían: “He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo”. Algunas versiones dicen que “se irían a su propia casa” pero el texto griego solo dice “por su lado”, lo cual comprende casa, propiedades, posesiones y los asuntos propios (cp. 1 Ts. 4:11 donde la misma frase griega se traduce “vuestros negocios”). Así, la predicción de Cristo implica más que el regreso a casa por parte de los discípulos. Segundo, el uso del artículo definido con el sustantivo traducido como **barca** sugiere una barca específica, probablemente perteneciente a uno de los discípulos (quizás al mismo Pedro). Por último, las preguntas del Señor a Pedro en el versículo 15: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?” se interpreta mejor cuando “éstos” se lee como referencia a las barcas, redes y las otras cosas asociadas con el negocio de la pesca. El Señor estaba llamando a Pedro a dejar su antigua forma de vida y a comprometerse completamente con el servicio a Él (véase la explicación del v. 15 en el capítulo 76 de esta obra).

Siguiendo debidamente a Pedro en su regreso, el resto de los discípulos **le dijeron: “Vamos nosotros también contigo”**. Con seguridad, sintiéndose inadecuados para ejecutar el ministerio espiritual en nombre del reino de Dios, tenían la certeza de que en la pesca podían

tener éxito. Los siete **fueron, entraron en una barca** y comenzaron a pescar. Eran pescadores experimentados y sabían que la noche era mejor para el oficio en el lago de Galilea (cp. Lc. 5:5), pero **aquella noche no pescaron nada**. Esta experiencia fallida de los discípulos en algo que sabían bien cómo hacer fue una lección del Señor sobre su incapacidad de volver a sus vidas anteriores. No hay nada malo con la pesca; era una profesión respetable. Pero el Señor no los había llamado para eso. Los escogió para ser pescadores de hombres (Mt. 4:19) y, habiendo dejado las redes para seguirlo (v. 20; cp. Lc. 9:23), no había marcha atrás.

Después de una noche de pesca infructuosa, **cuando ya iba amaneciendo**, los discípulos estaban regresando a la playa, donde **se presentó Jesús** pues los esperaba. Como ya se anotó, nadie podía reconocer al Señor después de su resurrección, a menos que Él se revelara. Por lo tanto, **los discípulos no sabían que era Jesús**.

Con una reprensión suave para resaltar el fracaso de su expedición pesquera, Jesús les dijo: **“Hijitos, ¿tenéis algo de comer?”**. Reconociendo que su intento por regresar a proveer para sus necesidades propias había fracasado, **le respondieron: “No”**. No habían considerado suficientemente el plan de Jesús para sus vidas y la capacidad de Él para frustrar sus esfuerzos de manera sobrenatural. Es como si les hubiera dicho: **“¡Hagan algo más y los veré fracasar!”**.

El fracaso de los discípulos en aquella noche larga determinó su incapacidad para entregarse con éxito a cualquier empresa aparte del servicio a su Señor. No solo estaban frente a frente con su incapacidad propia y la soberanía divina, también estaban a punto de presenciar una creación milagrosa con la cual se demostraría que Jesús seguiría proveyendo lo que necesitaban.

EL PODER Y EL ÉXITO DIVINOS

Él les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces. Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos. Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. Jesús les dijo: Traed de los peces que acabáis de pescar. Subió

Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió. Les dijo Jesús: Venid, comed. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el Señor. Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado. Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos. (21:6-14)

El Señor comenzó la segunda lección diciéndoles: “**Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis**”. Sin duda, los discípulos estaban exhaustos y frustrados tras su expedición pesquera fallida y en principio no sabían quién les hablaba. Debieron de haberse sentido tentados a decir a este extraño atrevido que se ocupara de sus propios asuntos. Después de todo, eran pescadores experimentados; ¿quién les iba a decir qué hacer? ¿Creía él que los peces diferenciaban entre un lado de la barca y el otro?

Pero había autoridad en la voz y no permitía argumentación o duda, así que obedecieron la orden. Para su sorpresa, **echaron** la red, **y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces**. Tal como Jesús había alejado a los peces de la barca durante toda la noche, ahora los redirigía al lado derecho de ésta. Como resultado, la red estaba tan llena que los siete no la podían sacar.

El paralelo entre esta situación que llevó a la recomisión de los discípulos (especialmente de Pedro) y su llamamiento original es sorprendente:

Aconteció que estando Jesús junto al lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios. Y vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; y los pescadores, habiendo descendido de ellas, lavaban sus redes. Y entrando en una de aquellas barcas, la cual era de Simón, le rogó que la apartase de tierra un poco; y sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red. Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía. Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la

otra barca, para que viniesen a ayudarles; y vinieron, y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían (Lc. 5:1-7).

El **discípulo a quien Jesús amaba** (Juan; véase la explicación de 21:20 en el capítulo 76 de esta obra) reconoció inmediatamente quién era el extraño y **dijo a Pedro: “¡Es el Señor!”**. Solo Él tenía tal conocimiento y poder sobrenatural. **Simón Pedro**, impulsivo como siempre, **se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella)**, probablemente solo usaba taparrabos en la época cálida de la primavera y **se echó al mar**. El deseo de Pedro por estar con Jesús era tan intenso que no pudo esperar a que la barca llegara a la orilla. Juan, característicamente era más rápido para percibir; Pedro era más rápido para actuar.

Mientras tanto, **los otros discípulos**, en ausencia de la impulsividad de Pedro, fueron **con la barca** hasta la orilla, **pues no distaban de tierra sino como** noventa metros. Llegaron **arrastrando la red de peces** porque no pudieron sacarla.

Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. Mostrando su amor compasivo por los discípulos cansados y con hambre, Jesús les preparó un desayuno, tal vez creando con un milagro el pez, como lo había hecho antes (6:11-13). Ya les había dicho: “Yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lc. 22:27) y les había lavado los pies en ejemplo de servicio humilde (Jn. 13:1-15). Ahora el Señor resucitado mostraba que, satisfaciéndoles sus necesidades, aún serviría a los discípulos que le eran fieles. Aquí había una ilustración práctica de las palabras de Jesús en el aposento alto:

Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré (Jn. 14:13-14).

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en

vosotros, y vuestro gozo sea cumplido (Jn. 15:7-11).

No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé (Jn. 15:16; cp. Fil. 4:19).

Cuando todos los discípulos llegaron a la orilla, **Jesús les dijo: “Traed de los peces que acabáis de pescar”**. El pez y el pan que el Señor había preparado servirían para ir comiendo algo mientras cocinaban algunos de los peces en la red. En respuesta, **subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra**. El hecho de que pudiera sacar la red **llena de grandes peces** hasta la orilla muestra que era una persona de fuerza física considerable. Se han ofrecido muchas explicaciones para el supuesto significado oculto del número de peces en la red: **ciento cincuenta y tres**. Sin embargo, la explicación obvia y simple es que ese fue el número real de peces en la red. Esta es otra indicación de que Juan fue testigo ocular de los eventos por él registrados (1 Jn. 1:1-3; véase p. 17 de esta obra). A la pregunta de por qué se contaron los peces, D. A. Carson responde:

No sorprende que alguien los haya contado, ya fuera para dividirlos entre los pescadores en preparación para la venta o porque uno de los hombres estaba tan anonadado por el tamaño de la pesca que dijo algo así como: “¿Pueden creerlo? ¡Me pregunto cuántos pescados hay!” (*John [Juan]*, p. 672).

Para su sorpresa, **aun siendo tantos, la red no se rompió**. Una vez más, este es el tipo de detalles que un testigo ocular notaría, especialmente un pescador como Juan. Es mayor evidencia de la provisión del Señor para ellos que les diera muchos más pescados de los que podían comer en una sola comida. Los discípulos podían haber preservado y comido los pescados durante los días siguientes o venderlos y vivir de lo recaudado.

La invitación del Señor fue un llamamiento a la comunión total: **“Venid, comed”**. Sin embargo, sintiéndose culpables por haber desobedecido al intentar regresar a su antiguo oficio y sobrecogidos por la presencia sobrenatural de su Maestro resucitado, seguramente estaban incómodos, dubitativos e inseguros. Pero **ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: “¿Tú, quién eres?”**. Omitieron la pregunta

sabiendo que solo podía ser el Señor.

Evidentemente, los discípulos estaban demasiado abrumados como para aceptar la invitación del Señor. Como anfitrión misericordioso, **Jesús, tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado** para comenzar a comer. Juan no da detalles de lo ocurrido durante la merienda; él retoma la narración en el versículo 15 con el relato de la restauración de Jesús a Pedro. El apóstol concluyó este relato anotando que **ésta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos**; esto es, la tercera vez registrada en el Evangelio de Juan (cp. 20:19-23, 26-29).

Tal como la desobediencia de los discípulos produjo fracaso, su obediencia trajo un éxito abrumador. La pesca milagrosa y la comida que Él les dio demostraron a los discípulos que Jesús aún podía hacerse cargo de sus necesidades. Esta historia también recuerda a todos los creyentes que la obediencia siempre trae bendición (cp. Gn. 22:18; Éx. 19:5; Lv. 26:3-12; Dt. 28:1-14; Sal. 19:11; 119:1-2; Is. 1:19; Jer. 7:23; Jn. 13:17; Stg. 1:25; Ap. 22:7). La ocasión en que ocurrió este acontecimiento histórico y su sentido principal fue vencer el miedo al fracaso y la debilidad de los discípulos que les estaba haciendo volver a sus viejos caminos. Lo que el Señor hizo aquí fue tan determinante para siempre en la mente de los apóstoles que aceptaron el llamamiento a servir al Señor Jesucristo por el resto de sus vidas.

Como siempre, el Señor usó a personas débiles y pecadoras para avanzar su reino porque no hay otra clase de personas (cp. Is. 6:5-8; 1 Co. 1:26-31; 2 Co. 12:7-10; 1 Ti. 1:12-15).

76 Epílogo—Segunda parte: Cómo ser un cristiano comprometido

Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme. Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de éste? Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú. Este dicho se extendió entonces entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero. Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir. Amén. (21:15-25)

El verdadero llamamiento del evangelio a seguir a Jesucristo es una llamada a la negación personal. No es un llamamiento egocéntrico para la realización personal; no hay “cristianismo *light*”. El evangelio llama a los pecadores a someterse completamente a Jesucristo, a encontrar sus vidas perdiéndolas, a ganar sus vidas abandonándolas, a vivir las vidas más

plenas vaciándolas. Francamente, el mensaje de nuestro Señor no era fácil de practicar; no era tan consolador como amenazador. No hizo fácil la salvación, la hizo difícil; la predicación de Cristo, aunque motivada por el amor y la compasión, llena de gracia y misericordia, con su oferta de paz y gozo perennes, seguía siendo exigente hasta el extremo. Jesús nunca fue culpable de hacer las cosas fáciles para los pecadores y contribuir así a la falsa confianza y seguridad de la salvación. Él declaró: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Lc. 9:62). Advirtió que quienes lo siguieran debían estar dispuestos a negarse a sí mismos e hizo hincapié en la importancia de conocer el coste de comprometerse con Él:

Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. ¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Lc. 14:26-33).

En Mateo 7:13-14 el Señor exhortó: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan”. Jesús no ofrece a los pecadores una transformación superficial para satisfacer su deseo de superación personal; Él los llama a someterse a una toma de posesión completa de sus vidas para la gloria de Dios, y con beneficios eternos.

Como se indicó en el capítulo anterior, el capítulo 21 es un apéndice o epílogo al Evangelio de Juan, cuya intención es concluir y resolver

algunas preguntas sin respuesta hasta el final del capítulo 20. Los primeros catorce versículos están relacionados con la pregunta de los discípulos sobre si Jesús aún satisfaría sus necesidades ahora que ascendía al Padre. Como se ilustró con el incidente del pescado y la provisión para el desayuno, Él aún lo haría. Eso termina con una preocupación grande: el cuidado divino. El resto del capítulo se centra principalmente en otra preocupación: la restauración de Pedro, el líder de los apóstoles, tan crucial para el ministerio del evangelio después de la ascensión de Cristo y el envío del Espíritu Santo. Él fue la elección de Dios para ser la voz más importante a los judíos en los primeros días de la Iglesia. Como tal, es la figura principal de los capítulos iniciales de Hechos (2—12) y los otros apóstoles necesitaban seguir su liderazgo. En el proceso de relacionarse con Pedro, los creyentes pueden ver un ejemplo del significado esencial de ser un cristiano comprometido: amar a Cristo más que a cualquier otra cosa, estar dispuesto a sacrificarlo todo por Cristo y seguir a Cristo.

LOS CRISTIANOS COMPROMETIDOS AMAN A CRISTO MÁS QUE A TODO LO DEMÁS

Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. (21:15-17)

La característica principal de los redimidos siempre ha sido el amor por Dios. La *shemá*, la gran confesión de fe del Antiguo Testamento, declara: “Ama al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt. 6:5, NVI). Más adelante, Moisés exhortó a Israel a manifestar ese amor obedeciendo los mandamientos de Dios (10:12-13; 11:1). Cuando Daniel abrió su corazón en oración por su pueblo, se dirigió a Dios así: “Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos” (Dn. 9:4). Después del exilio, Nehemías se hizo eco de la

oración de Daniel: “SEÑOR, Dios del cielo, grande y temible, que cumples el pacto y eres fiel con los que te aman y obedecen tus mandamientos” (Neh. 1:5; NVI). El amor a Dios también estuvo en el corazón de David, el cual escribió: “¡Cuánto te amo, Señor, fuerza mía!” (Sal. 18:1).

El Nuevo Testamento también enseña que el amor es la característica del creyente verdadero. Cuando se le preguntó a Jesús cuál era el mandamiento más grande de la ley, Él respondió: “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente” (Mt. 22:37). En 1 Corintios 8:3 Pablo escribió: “El que ama a Dios es conocido por él”. Por otra parte, el apóstol advirtió: “Si alguno no ama al Señor, quede bajo maldición” (1 Co. 16:22). Solo quienes aman a Dios reciben la vida eterna (Stg. 1:12) y heredan el reino (Stg. 2:5). Pedro escribió así en su primera epístola: “Ustedes lo aman a pesar de no haberlo visto” (1 P. 1:8). El amor es la fuerza directriz y convincente que motiva el servicio cristiano (2 Co. 5:14).

Pedro aprendió por el camino difícil qué significa amar a Jesucristo. Más de una vez había declarado su devoción a Jesús a toda prueba. En la última cena, “le dijo Simón Pedro: Señor, ¿a dónde vas? Jesús le respondió: A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después. Le dijo Pedro: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti” (Jn. 13:36-37). Poco después proclamó audazmente: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré” (Mt. 26:33). Aun así, a la hora de la verdad, el amor confeso de Pedro falló y negó abiertamente tres veces haber conocido a Jesús. Su amor jactancioso probó ser solamente palabras vacías cuando se enfrentó a una situación amenazante.

El fracaso de Pedro resalta que la obediencia es la marca esencial del amor genuino. En Juan 14:15 Jesús lo planteó claramente: “Si me amáis, guardad mis mandamientos”. En el versículo 21 añadió: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama” (cp. 15:10). En 1 Juan 5:3, Juan hizo eco de la enseñanza del Señor: “Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos”, mientras que en su segunda epístola agregó: “Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio” (2 Jn. 6).

Jesús sabía que si Pedro iba a tener un papel crucial en la naciente iglesia para el cual Él lo había escogido, necesitaba restaurarlo. Pedro necesitaba entender que aun cuando él había abandonado a Cristo, Cristo

no lo había abandonado a él (cp. Ro. 8:31-39). Evidentemente, el Señor ya se había aparecido a Pedro en privado (Lc. 24:34; 1 Co. 15:5), pero las Escrituras no dan detalles de dicha reunión. No importa qué haya sucedido en el encuentro personal de Pedro con el Señor resucitado, pues las negaciones eran de conocimiento público y él necesitaba restauración pública. Los otros discípulos necesitaban oír la reafirmación de Pedro de su amor por el Cristo y la recomisión de Cristo a Pedro, de modo que estuvieran dispuestos a respaldar su liderazgo con lealtad.

Cuando hubieron comido (cp. 21:12-13), Jesús inició la restauración confrontando a Pedro. Haberlo llamado “**Simón, hijo de Jonás**” sugiere que seguía una reprensión. Jesús le había dado a Simón el sobrenombre de “Pedro” (Jn. 1:42), pero a veces se refería a él como “Simón” cuando hacía algo que necesitara corrección o reprensión (p. ej., Mt. 17:25; Mr. 14:37; Lc. 22:31). Era como si nuestro Señor lo llamara por su nombre antiguo cuando actuara como su antiguo yo. La pregunta aguda del Señor fue directo al centro de la situación: “**¿Me amas más que éstos** (es decir, las barcas, redes y otros utensilios de pesca)?”. Como dijimos en el capítulo previo de esta obra, Pedro, impaciente por la tardanza de Jesús para encontrarse con los discípulos y asediado por sus propios errores, impulsivamente, había decidido regresar a ser pescador (21:3). Estaba seguro de que eso sí podía hacerlo bien... o al menos así lo creía. Pero Jesús confrontó a Pedro y lo llamó a seguirlo y a ser el pescador de hombres que ya había recibido el llamamiento (Mt. 4:19). Ya les había dicho Él: “Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Lc. 16:13). Jesús retó a Pedro a abandonar permanentemente su vida anterior y dedicarse exclusivamente a seguirlo, con base en ese amor.

Pedro le respondió: “**Sí, Señor; tú sabes que te amo**”. En el texto griego hay un juego de palabras interesante. La palabra que Jesús usó para *amor* es *agapaō*, el más grande amor de la voluntad, que implica compromiso total (cp. 1 Co. 13:4-8). Pedro, dolorosamente consciente de su desobediencia y fracaso, se sintió por completo culpable para afirmar esa clase de amor. Los pronunciamientos ligeros eran cosa del pasado; desecho, humillado y completamente consciente de que sus acciones lo habían excluido de cualquier afirmación creíble sobre el amor más grande, Pedro respondió usando el verbo *phileō*, un término menos elevado cuyo significado es afecto. Además recurrió a la Omnisciencia de Jesús y le recordó: “**Tú sabes que te amo**”.

Aceptando el reconocimiento humilde de Pedro, que su amor era menos de lo que había afirmado y lo que Cristo merecía, aun así Jesús lo recomisionó diciéndole con amor: **“Apacienta mis corderos”**. *Apacienta* traduce una forma del verbo *boskō*, un término usado por los pastores para pastar y alimentar el rebaño. El tiempo presente del verbo denota acción continua. De acuerdo con la metáfora presentada en 10:7-16 (cp. Sal. 95:7; 100:3; Ez. 34:31), Jesús describió a los creyentes como sus **corderos**, enfatizando no solo su inmadurez, vulnerabilidad y necesidad, sino que eran suyos (cp. Mt. 18:5-10). Es la misma responsabilidad de cada pastor, como Pablo lo señaló en Hechos 20:28 y como también Pedro exhortó en 1 Pedro 5:2. Pablo instruyó al joven pastor Timoteo sobre la forma de hacerlo: “Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Ti. 4:2).

Reforzando una vez más su punto sobre la supremacía del amor como motivo para la fidelidad, Jesús **Volvió a decirle la segunda vez: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?”**. Una vez más Jesús usó el verbo *agapaō* y una vez más Pedro no estuvo dispuesto a usar esa palabra; en su respuesta Pedro volvió a usar el verbo *phileō*. Entonces el Señor le hizo un encargo: **“Pastorea mis ovejas”**. Jesús escogió un término diferente que aquel traducido *apacienta* en el versículo 15. Esta palabra, una forma del verbo *poimanō*, probablemente sea un sinónimo del verbo anterior, donde los dos se ajustan para expresar el alcance total de la responsabilidad que implica la supervisión pastoral (cp. Hch. 20:28; 1 P. 5:2).

Pero Jesús aún no había terminado con Pedro, de modo que **le dijo la tercera vez: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?”**. Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: **“¿Me amas?”**. La razón para la tristeza de Pedro fue un cambio en el vocabulario del Señor. A diferencia de las dos preguntas previas, esta tercera vez Jesús usó la palabra de Pedro para amor: *phileō*. Estaba cuestionando incluso la devoción menor que Pedro afirmaba con seguridad. La implicación de que su vida no soportará ni siquiera ese nivel de amor, desoló a Pedro. Todo lo que podía hacer era apelar aún más fuertemente a la omnisciencia de Jesús y decirle: **“Señor, tú lo sabes todo (cp. 2:24-25; 16:30); tú sabes que te amo”**. En la tercera ocasión Jesús aceptó el reconocimiento e imperfección y fracaso en el apóstol (cp. Is. 6:1-8) y con misericordia le encargó el cuidado de su rebaño diciéndole: **“Apacienta mis ovejas”**. Así estuvo completa la restauración de Pedro.

Como lo anota Andreas Köstenberger:

Tal vez al final Pedro aprendió que no puede seguir a Jesús con sus propias fuerzas y se dio cuenta de la vacuidad de afirmar su propia lealtad de forma tal que se apoyara más en su propio poder que en el que Jesús le daba... Igualmente, hoy día no debe usted confiar en sus propias promesas de lealtad, pues traicionarán su propia confianza; mas sí en la consciencia humilde de sus limitaciones personales cuando actúa con las mejores intenciones (cp. 2 Co. 12:9-10) (*John [Juan], Baker Exegetical Commentary on the New Testament [Comentario exegetico Baker sobre el Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Baker, 2004], p. 598*).

Pedro permaneció obediente a la comisión del Señor por el resto de su vida. Desde aquel momento, su ministerio requirió más que la proclamación del evangelio (Hch. 2:14-40; 3:12-26), también requirió alimentar el rebaño que el Señor le había confiado (cp. Hch. 2:42). Muchos años más tarde, cerca del final de su ministerio, Pedro escribió:

Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey (1 P. 5:1-3).

LOS CRISTIANOS COMPROMETIDOS ESTÁN DISPUESTOS A SACRIFICAR TODO POR CRISTO

De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. (21:18-19a)

La profecía de Jesús sobre el martirio de Pedro subraya que el

compromiso hacia Jesús puede requerir el pago del precio final. Cuando Jesús comisionó a los discípulos, les dijo: “El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” (Mt. 10:38-39; cp. 16:24-26; Ro. 14:8; Fil. 1:21).

Como ocurrió durante todo el Evangelio de Juan, la frase solemne *de cierto, de cierto* presenta una verdad significativa (1:51; 3:3, 5, 11; 5:19, 24-25; 6:26, 32, 47, 53; 8:34, 51, 58; 10:1, 7; 12:24; 13:16, 20-21, 38; 14:12; 16:20, 23). **Cuando** Pedro era **más joven**, se **ceñía**, e iba a **donde** quería; en otras palabras, controlaba sus acciones. Y ahora Jesús le decía: “**Mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras**”. Vendría un día, le advirtió Jesús, en que otros sujetarían a Pedro, lo atarían y lo llevarían a su ejecución. Como implica la frase *extenderás tus manos*, la muerte de Pedro sería por crucifixión. La anotación de Juan lo deja claro: “**Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios**”.

Pedro pasó las tres últimas décadas de su vida sirviendo al Señor y anticipando su martirio. Aun así, enfrentó el futuro con confianza, consolado por saber que no volvería a negar al Señor, sino que lo glorificaría en su muerte (cp. 1 P. 4:14-16). De acuerdo con la tradición, a Pedro lo crucificaron, pero pidió que lo crucificaran cabeza abajo porque se sentía indigno de una crucifixión como la de su Señor (Eusebio, *Historia eclesiástica* III.1).

LOS CRISTIANOS COMPROMETIDOS SE CENTRAN EN SEGUIR LA DIRECCIÓN DE CRISTO

Y dicho esto, añadió: Sígueme. Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de éste? Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú. Este dicho se extendió entonces entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero. Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los

libros que se habrían de escribir. Amén. (21:19b-25)

Seguir a Jesucristo es la condición *sine qua non* de la vida cristiana. En Juan 12:26 Jesús lo planteó simplemente: “Si alguno me sirve, sígame”. La marca de sus ovejas es que le siguen (Jn. 10:27; cp. 8:12), sin importar el coste (Mt. 16:24; 19:27; Lc. 5:11, 27-28; 9:23-25; 18:28). Seguir a Cristo significa más que estar dispuesto a sacrificar todo en sumisión a su voluntad, también significa obedecer sus mandamientos (Mt. 7:21; Lc. 6:46) e imitarlo (1 Ts. 1:6; Jn. 2:6; cp. 1 Co. 11:1).

Después de que Jesús profetizó la muerte de Pedro, **añadió: “Sígueme”**. Evidentemente, estaban de pie y caminando (posiblemente a la orilla del lago) cuando **volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y le había dicho: “Señor, ¿quién es el que te ha de entregar?”**. Juan nunca se menciona en todo su Evangelio, prefirió referirse a él en otros términos. El hecho de continuar identificándose como la persona **que en la cena se había recostado al lado de Jesús, y le había dicho: “Señor, ¿quién es el que te ha de entregar?”**, no deja dudas en cuanto a que el discípulo amado, quien se había recostado sobre Jesús, era Juan (cp. Jn. 13:23). Obviamente, como indica la referencia, fue un miembro del círculo íntimo de seguidores de Jesús. Sin embargo, no puede haber sido Pedro, ya que los dos se distinguen en este y en otros pasajes. Tampoco puede haber sido Jacobo, que fue martirizado demasiado pronto (Hch. 12:2) como para escribir el Evangelio de Juan. Por un proceso de eliminación, el discípulo amado debía ser Juan (véase la explicación sobre la identidad del discípulo amado en la Introducción a esta obra).

Evidentemente, la predicción de Cristo sobre la muerte de Pedro en martirio le hizo preocuparse sobre qué pasaría con Juan, su íntimo amigo. Por lo tanto le **dijo a Jesús: “Señor, ¿y qué de éste?”**. La contestación abrupta y censuradora de Jesús no fue una respuesta, fue una reprensión para aclararle a Pedro que el futuro de Juan no era asunto suyo: **“Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?”**. Si Juan vivía hasta la segunda venida, no era de la incumbencia de Pedro. Reiterando la orden del versículo 19 Jesús le dijo enfáticamente: **“Sígueme tú”**. La atención de Pedro no debía estar en nadie más, solo en su propia devoción y servicio a Jesucristo. Todos los creyentes harían bien en aceptar que el Señor tiene un plan único para cada uno de sus seguidores.

Juan terminó el Evangelio inspirado respondiendo algunas preguntas

finales para cerrar su relato. La respuesta hipotética del Señor a Pedro causó el rumor que **se extendió entonces entre los hermanos: que aquel discípulo no moriría**. Juan se apresura a desacreditar este rumor para que su muerte no hiciera creer a algunos que Jesús había hecho una predicción falsa: **“Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: ‘Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?’”**.

Juan recordó a sus lectores que **él es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos** (ya fueran los apóstoles o, más probablemente, un recurso editorial para referirse solo a Juan) **que su testimonio es verdadero**. Juan fue un testigo ocular de los acontecimientos registrados en su Evangelio y **su testimonio de dichos acontecimientos es verdadero** (cp. p. 17 de esta obra). Pero aun cuando lo que escribió era verdadero, de ningún modo era exhaustivo. El apóstol anota: **“Hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir”**. Juan, bajo la inspiración del Espíritu Santo había escogido su material de acuerdo con su propósito declarado de presentar a Jesucristo como el Mesías e Hijo de Dios (20:30-31). De la declaración según la cual Jesús hizo más obras de las que podrían registrarse en todos los libros del mundo, se evidencia que aun en los cuatro Evangelios hay solo una constancia muy selectiva y limitada de acontecimientos. Esto refuerza la idea de cuán grande era la incredulidad de Israel y su consiguiente culpabilidad, pues negó a su Mesías frente a tan grande demostración del poder divino. A la luz de la evidencia amplia de la deidad de Cristo, el rechazo al Señor Jesús los sujeta al juicio más severo. Esto era especialmente cierto de los líderes, a quienes dijo el Señor:

Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar. De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación (Mt. 23:34-36; cp. Lc. 11:49-52).

Esto quedó representado en la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C.:

Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiaron, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación (Lc. 19:41-44).

Jesús había retado a Pedro a amarlo sobre todo lo demás. Ante la perspectiva de sacrificarlo todo por Cristo, de aquí en adelante él no retrocedió. Aprendió que seguir a Jesús debía ser el objetivo singular y supremo de su amor. Pedro y los otros apóstoles, con el poder del Espíritu Santo, trastornaron al mundo entero con su testimonio valiente de Jesucristo (cp. Hch. 17:6) y casi todos ellos murieron martirizados por amor a Cristo y la verdad del evangelio.

Bibliografía

- Barclay, William. *Comentario al Nuevo Testamento*. Barcelona: Clie, 1999.
- Borchert, Gerald L. *John 1—11* [Juan 1—11]. The New American Commentary [Nuevo comentario estadounidense]. Nashville: Broadman & Holman, 2002.
- _____. *John 12—21* [Juan 12—21], The New American Commentary [Nuevo comentario estadounidense]. Nashville: Broadman & Holman, 2002.
- Bruce F. F. *The Gospel of John* [El Evangelio de Juan]. Grand Rapids: Eerdmans, 1983.
- Calvino, Juan. *John* [Juan]. McGrath, Alister y Packer, J. I., eds. The Crossway Classic Commentaries [Comentarios clásicos Crossway]. Wheaton: Crossway, 1994.
- Carson, D. A. *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan]. The Pillar New Testament Commentary [Comentario pilar del Nuevo Testamento]. Grand Rapids: Eerdmans, 1991.
- Carson, D.A., Douglas J. Moo y Morris, Leon. *Una introducción al Nuevo Testamento*. Barcelona: Clie, 2008.
- Guthrie, Donald. *New Testament Introduction* [Introducción al Nuevo Testamento], edición revisada. Downers Grove: Intervarsity, 1990.
- Heading, John. *What the Bible Teaches: John* [Qué enseña la Biblia: Juan]. Kilmarnock: John Ritchie, 1988.
- Hendriksen, William. *El Evangelio según Juan*. Grand Rapids: Libros Desafío, 1992.
- Hiebert, D. Edmond. *An Introduction to the Gospels and Acts* [Introducción a los Evangelios y Hechos]. Chicago: Moody, 1975.
- Kent, Homer. *A Light in the Darkness: Studies in the Gospel of John* [Una luz en la oscuridad: Estudios en el Evangelio de Juan]. Grand Rapids: Baker, 1974.
- Köstenberger, Andreas J. *John* [Juan]. Baker Exegetical Commentary on the New Testament [Comentario exegético Baker del Nuevo Testamento]. Grand Rapids: Baker, 2004.
- Kruse, Colin. *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan]. The Tyndale New Testament Commentaries [Comentarios Tyndale del Nuevo Testamento]. Grand Rapids: Eerdmans, 2003.

- Lenski, R. C. H. *The Interpretation of St. John's Gospel* [Interpretación del Evangelio de Juan]. Reimpresión. Peabody: Hendrickson, 1998.
- MacArthur, John. "The Gospel According to John" ["El Evangelio según Juan"] en *The MacArthur Bible Commentary* [Comentario bíblico MacArthur]. Nashville: Thomas Nelson, 2005.
- _____. *Doce hombres comunes y corrientes*. Nashville: Caribe Betania, 2004.
- Michaels, J. Ramsey. *John* [Juan]. *New International Biblical Commentary* [Nuevo comentario bíblico internacional]. Peabody: Hendrickson, 1989.
- Morris, Leon. *El Evangelio según Juan*. Barcelona: Clie, 2005.
- Tasker, R. V. G. *The Gospel According to St. John* [El Evangelio según San Juan], *The Tyndale New Testament Commentaries* [Comentarios Tyndale del Nuevo Testamento]. Grand Rapids: Eerdmans, 1975.
- Tenney, Merrill C. "The Gospel of John" [El Evangelio de Juan] en Frank E. Gaebelin, ed., *The Expositor's Bible Commentary* [Comentario bíblico del expositor]. Volumen 9. Grand Rapids: Zondervan, 1981.
- Towns, Elmer. *The Gospel of John* [El Evangelio de Juan]. *Twenty-first Century Biblical Commentary Series* [Serie Comentario bíblica del siglo veintiuno]. Chattanooga: AMG, 2002.
- Wallace, Daniel B. "The Gospel of John: Introduction, Argument, Outline" [El Evangelio de Juan: Introducción, argumento, bosquejo]. *Biblical Studies Press*, www.bible.org, 1999.
- Westcott, B. F. *The Gospel According to St. John* [El Evangelio según San Juan]. Reimpresión. Grand Rapids: Eerdmans, 1978.

Índice de palabras griegas

adonai, 717
agapaō, 189, 629, 682, 847
agapē, 742
aiōnios, 708
akoloutheō, 67
alēthinos, 243
alēthōs, 81
allos, 572
amēn amēn, 109
anōthen, 135
anthrōpos, 42
apo tou nun, 327
apsosunagōgas, 393
archē, 27

basilikos, 169
bethesda, 176
bios, 33
boskō, 847
brabeuō, 588

chiliarchos, 768
chōreō, 361

dakruō, 446
dei, 144, 382
deipnon, 466
diakonois, 90
diabolos, 272
diatribō, 131
didōmi, 243
dokeō, 50
douleuō, 618
doulois,
doulos, 618

ebed, 618
egenetō, 42
egō, 245, 343, 629
egō eimi, 245, 343
eimi, 27, 28, 31, 32, 245, 343, 352
eirēnē, 582
eita, 199
ek, 783
ek toutou, 271
embrimaomai, 445, 449
ēn, 29, 30, 42
ēn ho logos, 29, 30
epeita, 199
epi toutō, 157
erōtaō, 170
eti, 161
exēgeomai, 55

gar, 168
gē, 135
geōrgos, 604
ginomai, 28, 32
gogguzō, 250

hamartane, 327
hamartias, 654
heteros, 572
ho logos, 29, 30, 42
ho logos ēn theos, 30
ho theos ēn ho logos, 30
homoousios, 47
huper, 416

kainos, 129
kalos, 427
katalambanō, 35
klaiō, 445, 446
kosmos, 44, 65, 135

kraugazō, 451

kurios, 618

lambanō, 45

logos, 28, 29, 30, 42, 543

luchnos, 43, 209

machaira, 764

machomai, 259

martureō, 42, 59

marturia, 42, 59

mathētēs, 268, 352

mēketi hamartane, 327

menō, 602

mesoō, 288

mesousēs, 288

meta tauta, 219

methuskō, 91

monogenēs, 51

nun, 327

ou mē, 248

ouk, 281

oun, 169

oupō, 281

pas, 245, 248

para, 805

paraklētos, 572

paroimia, 414

parrēsia, 299, 303

patera, 29

peithō, 617

perisos, 415

petros, 76

phileō, 189, 435, 629, 682, 847

phōs, 43, 209

phulassō, 733

pisteuō, 102, 165, 253, 558, 617

pneuma, 573

poimainō, 847

probatikos, 176

prōi, 779

pros ton patera, 29

pros ton theon, 29, 55

sarx, 113, 259

skandalizō, 269, 648

skēnoō, 51

sklēros, 268

sōma, 259

tagma, 199

tarassō, 499, 537, 558

telos, 523

tēreō, 733

tetelestai, 807

theios, 30

theon, 29, 55

theotokas

theos ēn ho logos, 29, 30

tithēmi, 620

ton, 29, 55

tou, 327

toutou, 271

zōē, 33, 34, 243

Índice de palabras latinas

assensus, 351

crurifragium, 813

fiducia, 351

notitia, 351

Índice temático

- Aaron, 337-338, 389, 689
 Abba, 718
 Abel, 365, 738, 851
 Abraham, 45, 51, 57, 65, 110, 122, 129-130, 141, 151, 155, 186, 193-194, 205-206, 215, 286, 295, 341, 347, 354-369, 374-375, 410, 414, 479, 485, 509, 546, 558, 618, 630, 650, 689, 734, 788
 Absalón, 359, 532, 535, 759
 Acab, 368
 Adán, 29, 116, 119, 178, 199, 337, 364, 367, 372, 408, 453, 508, 547, 583, 660, 662, 810, 828
 Agustín, 240, 256, 321
 Ahitofel, 532, 539
 Akiba, 213
 Albright, W. F., 661
 Alcibíades, 531
 Alegoría, 680, 684
 Alejandro Magno, 57
 Alfa y la Omega, el, 26, 94, 407
 Ambrosio, 321
 Amigos (de Jesús) amor y, 614-616
 escogidos por Él, 620-621
 obediencia y, 616-618
 verdad divina y, 618-620
 Amor
 como sacrificio personal, 519-521, 546-547
 de Dios por nosotros, 551-554, 681-682, 804-806
 ejemplo supremo de Jesús, 520, 762-764
 en la sociedad contemporánea, 519-520
 humildad del, 519-529
 mutuo, 551-552
 obediencia y, 544, 845-846
 Amós, 123
 Anás, 365, 460, 768-770, 773-774, 778
 Anciano de días, 83, 185, 490
 Anderson, Robert, 478

Andrés, 14-15, 22, 67, 69, 72-75, 78-81, 167, 217, 221-222, 444, 483,
 488-489, 645, 730, 837
 Ankerberg, John, 661
 Anticristo, 213, 412, 476, 619, 683
 Antiguo Testamento, 495, 657-658, 660-664, 738, 799-803
 Antíoco Epifanes, 108, 422-423
 Antipas, 627, 640
 Apocalipsis (libro de), 659, 665
 Apolos, 41, 52, 133, 162, 300, 687
 Aposento alto, 468, 512, 524-529, 533-539, 557, 692
 Apóstol del amor, el, 19
 Apóstoles. *Véase* Doce discípulos Archer, Gleason, 660-661
 Arminianismo, 246
 Arnold, Benedict, 532
 Arqueología, 661
 Arrebatamiento, 195, 199, 561, 619, 754
 Arrepentimiento, 640-642, 655
 Arresto (de Jesús). *Véase* Jesucristo, traición/arresto de
 Artajerjes, 478
 Asiria, 276, 354, 389, 509
 Atalía, 532
 Atenas, 194, 509, 531, 624, 641
 Augusto César, 57
 Ausencia de pecado en Jesús, 708-709
 Autólico, 15
 Autoridad, 565, 579, 706-708, 788, 828-829
 Azotes, 791-792

Baal, 204, 368
 Baasa, 532
 Balaam, 292
 Bar Kojba rebelión, 108
 Barclay, William, 618, 770
 Barrabás, 140, 308, 787, 789-791, 803
 Barth, Karl, 184
 Bartolomé, 80, 628, 730. *Véase* también Natanael
 Basíides, 15
 Basilio, 240
 Bautismo, 47-67, 127-138, 499, 592

- Baxter, Richard, 240, 383, 715
 Beelzebú, 140, 167, 266, 371, 630, 632
 Beor, 292
 Bernabé, 300, 368, 484, 556, 687, 690
 Betania, 17, 64, 76, 322, 430, 434-436, 438, 441-442, 448-449, 466, 469, 472, 477-478, 486, 534, 759
 Betfagé, 480
 Beth Din, 109
 Betsabé, 588, 610, 690
 Betsaida, 78, 217, 230-231, 267, 456, 476, 489, 641
 Bettenson, Henry, 49, 626
 Biblia
 confiabilidad de, 666-667
 inspiración, 579, 657-658, 664
 interpretación, 2680, 684
 precisión histórica, 660-661
 precisión científica, 657-667, 677-678
 profecías cumplidas, 661-662
 testimonio de Jesús, 662, 738
 unidad, 659
 Bigtán, 532
 Blasfemia, 96-97, 367-376, 427-428
 Bodas de Caná, milagro de, 86-93
 Boice, James Montgomery, 698, 721
 Bonar, Horacio, 311
 Borchert, Gerald L., 53, 81, 145, 179, 222, 237, 327, 452, 463, 694'695, 772, 799
 Bruce, F. F., 97, 183, 186, 271, 331, 382, 500, 539, 562, 662, 779, 790, 799
 Bultmann, Rudolf, 184
 Bunyan, John, 240

 Caída de Adán, 20, 32, 85, 116, 147, 178, 364-365, 377, 660, 674
 Caifás
 autoridad de, 522, 770
 culpa de, por la crucifixión de Cristo, 794
 juicio de Jesús ante, 769, 778
 profecía de, 418, 471, 473, 487
 vida de, resumida, 460-461, 770

Caín, 365, 629
 Caleb, 388, 618
 Calendario divino, 275-283
 Calvino, Juan, 240, 242, 279, 404, 684, 853
 Cambistas, 97-99, 770
 Caminar sobre el agua, milagro de, 230-233
 Canciones del siervo, 299
 Canon muratorio, 15
 Capernaúm, 35, 79, 170-171, 217, 234-235, 241-242, 287, 289, 298, 389, 401, 456, 476, 806
 Carne, 25-27, 48-49, 105-107, 257-260, 334-336
 Carson, D. A., 14, 18, 91, 112, 133, 148, 178, 191, 259, 320, 335, 392, 453, 462, 471, 513, 515, 525, 528, 538, 549, 552, 596, 599, 652, 744, 780, 781, 794, 796, 805, 832, 833, 841
 Catolicismo romano, 259-262, 348, 628, 646, 681, 805, 829
 Cedrón, 17, 424, 600, 693, 759
 Cefas. *Véase* Pedro (Cefas)
 Ceguera, 377-385, 397-406
 Celso, 15
 Cerinto, 20, 50
 César, 38, 57, 308, 624-625, 782, 787, 791, 793, 795-796, 804
 Charnock, Stephen, 507, 511
 Chuza, 169
 Cielo, 128-34, 43, 82-83, 239-256, 267, 285, 339, 348, 559-560, 569-570, 749-755
 Circuncisión, física y espiritual, 362-363
 Cirilo de Alejandría, 49
 Clemente de Alejandría, 15, 19-20
 Clemente de Roma, 645
 Comfort, Philip, 320
 Compromiso, de los cristianos, 843-850
 Comunión. *Véase* Santa Cena
 Comunismo, 628, 646
 Conciencia, 588
 Concilio de Calcedonia, 47-48
 Concilio de Jerusalén, 52
 Confesión de fe de Westminster, 741
 Conías, 141
 Conocimiento de Dios, 735-736

- Constantino, 626-627
 Consuelo, 555-567, 669-671
 Cook, W. Robert, 29
 Corazín, 217, 267, 456, 476, 641
 Corazones endurecidos, 515
 Cordero de Dios, 64-67, 72, 163, 208, 258, 287, 408, 477, 521, 695, 769, 788, 797, 833
 Corinto, 624-625, 718
 Cornelio, 401, 484-485, 641, 690
 Corona de espinas, 791-792
 Cosecha, 161-162
 Craig, William Lane, 186, 255, 823
 Creación, 26-27, 187
 Creyentes, 516-518, 643, 752-753
 Criónica, 810
 Crisóstomo, Juan, 240, 451
 Cristianos
 compromiso de, 843-851
 en la Unión Soviética, 749
 herencia de, 751
 “los escogidos de Dios”, 721-722
 persecución de, 623-633
 señales externas de, 543-544
 servicio de, 467, 527-528
 testimonio de, 638-643, 646, 739
 Cristo. *Véase* Jesucristo
 Crucifixión
 expresión del amor de Cristo, 804-806
 inscripción “Rey de los judíos”, 803-804
 manifestaciones del control de Cristo durante, 806-808, 811-814
 profecías cumplidas por, 799-803
 Véase también Cruz
 Cruz
 glorificación de Cristo por, 696-698, 710
 Jesucristo frente a, 495-496
 necesidad de, 490-492
 propósito de, 500, 546, 591-600
 salvación y, 800-801
 Véase también Crucifixión

- Damasco, 300, 502, 624, 824
- Dana, H. E., 30
- Daniel, 198, 478, 490, 495, 504, 660, 662, 690, 697, 845
- D'Aquino, Iva Ikuko Toguri ("La rosa de Tokio"), 532
- David, 45, 57, 70, 100, 124, 129-130, 141-142, 181, 206-207, 223, 290, 313-314, 338, 340, 358-359, 408, 410, 415, 432, 468, 479, 485, 493-494, 496, 532, 535-536, 558, 588, 596, 610, 618, 633, 658, 689, 717, 734, 750, 754, 759, 771, 801-802, 807, 810-811, 814, 817, 845
- Decápolis, 19, 174, 278, 489
- Decio, 627
- Declaraciones YO SOY, 25-26, 34, 53, 94, 152, 185-186, 194, 244-245, 262, 331, 335, 343, 415-416, 440, 443, 456, 562, 602, 605, 718, 811
- Demas, 266, 544
- Demonios y posesión de demonios, 20, 35, 38, 88, 102, 106, 140, 167, 173-174, 176, 183, 218, 241, 266, 278, 338, 351, 359, 371, 419, 448, 456, 476, 483, 545, 611, 632, 731, 806, 811, 821
- Denario, 222, 468, 470, 534
- Deshonra, de Jesucristo, 370-373
- Día de la masacre de San Bartolomé, 628
- Día de Pentecostés, 45, 196, 266, 313, 345, 382, 476, 574-575, 585, 623, 643, 653-654, 663, 672, 674-675, 686, 701, 744-745, 758, 788.
Véase también Pentecostés
- Día de reposo, 26, 173-182, 298, 390-391, 813-814, 816
- Día del Señor, 40, 123, 817
- Diablo. *Véase Satanás*
- Días de fiesta y días santos,
Fiesta de la dedicación (Fiesta de las luminarias/*Hanukkah*), 17, 422-423
Fiesta de los panes sin levadura, 97, 102
Fiesta de pascua. *Véase Pascua*
Fiesta de los tabernáculos (Tiendas), 17, 219, 278-280, 288, 297, 303, 309, 319, 331, 383-384, 422-423, 479
- Diáspora, 17, 20, 109, 339, 461
- Dídimo, 438, 830, 837. *Véase también Tomás*
- Diez mandamientos, 28
- Dillenberger, John, 682
- Diluvio (universal), 508, 662
- Diocleciano, 627
- Dionisio de Alejandría, 15

- Dios fuerte, 26, 94
 Dios-Hombre, 48-49
 Dios Padre
 afirmación del Hijo, 501-502
 glorificación de, 703-705, 723
 Jesús igual a, 694-695
 obediencia exigida por, 577-578
 testimonio cristiano de, 638-639
 Dios verdadero, 26
 Discípulos,
 apariciones de la resurrección a, 827-830
 definición de, 352-353
 oraciones de Jesús por, 716-717, 727-739
 salv guarda de, 732-737, 762-764
 sin fe, 221-222
 valentía de, 686-687
 verdaderos y falsos, 227-237
 Discurso de los Olivos, 241-42, 319-327, 631, 759
 Doce discípulos, 13-18, 72-83, 221-237, 271-274, 278, 287, 333, 466,
 483, 524-527, 532-538, 623, 686. *Véase también* Discípulos
 Doce tribus de Israel, 224, 560
 Docetistas, 50
 Dods, Marcus, 27, 134
 Domiciano, 627
 Dorcas, 378
 Douglas, J. D., 133
 Durant, Will y Ariel, 581
- Eadie, John, 196
 Edersheim, Alfred, 661, 770
 Edwards, Jonathan, 240
 Éfeso, 15, 19-21, 41, 50, 300, 412, 606, 624, 626-627, 659, 739, 772
 Efraín (ciudad), 462
 Ejército romano, 517-518, 760, 768, 802, 813
 Eleazar, 434. *Véase también* Lázaro
 Elección, 629
 Elegidos, 185, 252-253
 Elí, 28, 302
 Elías, 28, 37, 40, 59-61, 63, 92-93, 137, 157, 190, 208-209, 301, 368,

- 499, 592, 662, 689, 690
- Elisabet, 40, 58, 771
- Eliseo, 92, 157, 190, 378, 690
- Encarnación de Jesucristo, 28, 48-53
- Entrada triunfal, 472, 478-480, 511-512, 557, 578
- Equilibrio de la salvación, 69-83
- Erickson, Millard J., 251
- Esclavitud, 618-619, 626
- Escrituras. *Véase* Biblia
- Esenios, 323
- Esmirna, 646
- Esperado, El. *Véase* Mesías, Jesucristo como,
- Esperanza, 669, 685-687
- Espíritu Santo, 25, 28-43, 73-74, 112-113, 137, 165-166, 210, 312, 348-349
- bajo el nuevo pacto, 827-828
 - deidad de, 573
 - habitación en los creyentes, 575-576, 634-635
 - inspirador de las Escrituras, 578
 - obra de convicción/regeneración, 652-655
 - persona, atributos de, 573-574
 - presencia de, 571-575
 - revelación de, 662-667
 - testimonio cristiano y, 635-643, 646
- Espíritu de verdad, 349, 353. *Véase también* Espíritu Santo
- Espiritualidad aparente, 108
- Estanque de Siloé, milagro de, 377-385
- Esteban, 62, 368, 509, 572, 623, 645, 687, 782, 788
- Eucaristía. *Véase* Santa Cena
- Eusebio, 15, 18, 20, 50, 95, 772, 849
- Euthymius Zigabenus, 320
- Eutico, 378
- Eva, 116, 337, 364-365, 367, 508, 547, 583, 660, 662, 674
- Evangelio, 483-486, 488-494
- Evangelio de Juan
- autoría de, 15-20
 - fecha y lugar de escritura de, 20-21
 - propósitos de, 21
 - trasfondo y perspectivas históricas de, 11-22

- Evangelio de Tomás, 15
 Evangelios sinópticos, 13-20, 320, 323, 435
 Evangelismo, 635-643, 647-648, 739
 Exaltación, 595-597
 Exégesis, 55
 Existencialismo y existencialistas, 184
 Ezequías, 378, 383-384, 558, 690, 759
- Falsas doctrinas, 259-260
 Falsos discípulos, 544
 Falsos maestros, 31, 48, 51, 292-293, 368, 412, 820
 Falsos mesías, 141, 234, 475
 Faraón, 70
 Fariseos, 486-488, 522, 679
 Fe, 486, 682-685, 719-721, 741-744
 Felipe, 15, 79-81, 87, 221-223, 489, 563-564, 645, 730
 Félix, 545
 Filipos, 300, 401, 624, 626
 Fox, John, 646
 Fruto, 1605-611, 620
- Gabriel, 58, 89, 537
 Gaebelin, Frank E., 459, 667
 Galia, 627
 Galilea, 469
 Gamaliel, 487
 Gedeón, 211, 223, 689
 Gentiles, 483-485, 488-493
 Getsemaní, 500, 504, 540, 598-600, 602, 648, 687, 691, 693, 696, 733, 743, 753, 759-761
 Gillars, Mildred Elizabeth (“Axis Sally”), 532
 Girty, Simon, 532
 Glorificación
 - creyentes, y gloria de Dios, 723
 - de los creyentes, 723, 732, 751-752
 - de Dios Padre, 703-705
 - de Jesús, 595-596, 598-599, 704, 709-710
 - en la oración sacerdotal, 696-697
- Gnósticos, 15, 32

Godet, Frederic, 673, 694, 697
Godspell, 184
 Gólgota, 800
 Goliat, 223
 Gozo, 610, 673-676, 735
 Gracia, 52-52, 722
 Gracia común, 722
 Gran trono blanco, juicio del, 193, 199, 510. *Véase* también Juicios
 Griegos, en la fiesta de Pascua, 488-489
 Gundry, Stanley, N., 19, 522, 769
 Guthrie, Donald, 853

Habitación (del Espíritu Santo), 574-576, 635-636
 Hades, 198, 267, 339, 452, 744
 Hamilton, Patrick, 646
 Hammurabi, 57
 Hanukkah. *Véase* Días de fiesta y días santos
 Hasidistas, 108
 Heading, John, 191, 853
 Hedonismo, 359, 811
 Helenización, 17, 108, 380, 423
 Hendriksen, William, 42, 161, 684, 805, 853
 Heracleón, 15
 Hereje, 646
 Herencia celestial, 569-570
 Herodes Agripa, 358, 623, 649
 Herodes Antipas, 137, 169, 210, 219, 778, 789-790, 837
 Herodes el Grande, 35, 41, 101, 108, 169, 220, 323, 408, 445
 Herodes el Tetrarca, 169
 Herodías, 41
 Hiebert, D. Edmond, 853
 Higuera, 81-82
 Hijo de David, 37, 140, 480
 Hijo de Dios, 349, 51-53, 82-83, 115, 187-197, 286, 308, 444
 Hijo del Hombre, 83, 93, 106, 119-122, 184, 198, 322, 397-401, 490
 Hijos de Abraham e hijos de Satanás, enseñanzas de Jesús sobre, 357-366
 Hijos del trueno, 20, 730
 Hititas, 660

- Hoehner, Harold W., 478, 522
 Holocausto, 347
 Huerto del Edén, 337, 367, 608, 674
 Humildad, 519-529
 Huss, John, 646
- Ídolos, 147, 204, 398, 485, 513, 597, 603, 759
- Iglesia
 autoridad de, 829-830
 iglesia primitiva, crecimiento de, 623-624
 ordenanzas, 499, 592
 Pentecostés como nacimiento de, 744
 persecución romana de, 624-628
 unidad de, 741-742, 744-748
 visión general de, 744, 749-750
- Iglesia católica romana. *Véase* Catolicismo romano.
- Ignacio, 627
- Ilustración, La, 255, 347-348, 677
- Incredulidad
 como milagro, 387-395
 consecuencias de, 516-518
 respuestas a, 165-171
- Infierno, 65, 108, 116, 166, 181, 196, 228, 269, 287, 336, 339, 342-343, 349, 366, 376, 406, 415, 470, 495, 503, 537, 541, 585, 611-612, 620, 654, 708, 711, 715, 729, 798, 830
- Inquisición, 628
- Inspiración de las Escrituras, 578, 657-658, 664-665
- Intercesión
 de Cristo, 696-697
 del Espíritu Santo, 727-729
- Ireneo, 15, 19-20
- Ironía, 795-796, 802
- Isaac, 51, 65, 193-194, 205, 375, 410, 546, 689, 769, 800
- Isaí, 141, 408, 734
- Isaías, 34, 53
- Islam, 476, 646, 649-650
- Israel, 1155-157, 509, 514-518, 602-604, 851 *Véase también* Judíos
- Jacob, 81, 83, 141, 144-149, 157, 205, 211, 286, 355, 410, 546, 564,

689

Jacobo (hijo de Zebedeo), 14, 18-20, 51, 75, 96, 278, 433, 489, 663, 730, 805

Jeconías (Joacim), 141

Jehová, 343, 717

Jenofonte, 531

Jeroboam, 532

Jerónimo, 321

Jerusalén

arca del pacto y, 485

destrucción romana de, 517-518, 851

encarcelamiento de Pablo en, 623

Nueva Jerusalén, 560

Pascua, multitudes en, 477

Jesúa, 101

Jesucristo

afirmaciones de, reacciones a, 297-305

afirmaciones de, rechazo de, 367-376

afirmaciones de, verificación de, 285-296

angustia antes de la cruz, 499-501

ausencia de pecado de, 709

autoridad de, 27-31

calendario divino y, 275-283

como agua viva, 139-153

como buen pastor, 407-419

como deidad, afirmaciones de, 183-192

como deidad, muestra de, 93-103

como deidad, reacciones a, 297-305

como deidad, rechazo de, 421-430

como deidad, testigos de, 203-215

como deidad, verificación de, 285-296

como Hijo del Hombre, 490

como Hijo unigénito, 121-123

como luz del mundo, 329-336

como Mesías, 567, 69-83, 99, 140-143, 156, 167, 260-263, 297, 447, 475-476

como pan de vida, apropiación de, 255-263

como pan de vida, respuesta a 265-273

como pan de vida, verdadero pan del cielo, 239-253

como rey, 480-481, 782-784, 796, 803-804
 como Salvador, descripciones de, 69-83
 como Salvador, para el mundo, 155-163
 como Salvador, respuestas a, 115-125
 como Verbo divino, 25-36
 como Verbo encarnado, gloria de, 47-56
 como Verbo encarnado, respuestas a, 17-46
 como la vid verdadera, 601-610
 confrontaciones de, relacionadas con los enemigos, 367-376
 confrontaciones de, relacionadas con la hipocresía, 319-327
 deidad de, 563, 602, 604, 683, 705, 722-723, 745, 814, 816, 820, 828
 declaraciones de, descripciones de, 183-192
 declaraciones YO SOY, 25-26, 34, 53, 94, 152, 185-186, 194, 244-
 245, 262, 331, 335, 343, 415-416, 440, 443, 456, 562, 602, 605,
 718, 811
 discípulos de, verdaderos y falsos, 227-237
 enseñanzas de, hijos de Abraham e hijos de Satanás, 357-366
 enseñanzas de, dos resurrecciones, 193-201
 enseñanzas de, nuevo nacimiento, 105-114
 enseñanzas de, pecado, 337-345
 enseñanzas de, la pregunta más importante de la vida, 307-317
 enseñanzas de, verdad, 347-356
 enseñanzas de, visión espiritual contra ceguera espiritual, 397-406
 entrada triunfal, 472, 478-481, 511, 557, 578
 Evangelio de Juan (asuntos introductorios) y, 11-12
 glorificación de, 547-548, 696
 humildad de, 519-529
 identificación de, 307-317
 e incredulidad, investigación de milagros, 387-395
 e incredulidad, respuestas a, 165-171
 invitación de, 511-513, 521
 y Juan el Bautista, conexiones entre, 127-138
 y Juan el Bautista, testimonio de, 57-67
 milagros de, 477-478, 565
 milagros de, ciegos curados, 377-385
 milagros de, incredulidad y, 387-395
 milagros de, panes y peces, 217-225
 milagros de, primero, 85-92
 milagros de, resurrección de Lázaro, 431-446. *Véase también* Lázaro

- persecución de, 173-182
- preexistencia de, 13, 25-26
- promesas a los creyentes, 570-571
- recompensas de servicio a, 492-493
- sucesos de la vida, control de, 477, 522, 758, 760-761
- tentación de, 280-281
- traición/arresto de, 757-765, 768-769
- Véase también* Muerte (de Jesucristo); Oración sacerdotal;
Resurrección; Juicio (de Jesús)
- Jesucristo Superstar*, 184
- Jonás, 484, 662, 690, 738, 816
- José (esposo de María), 64, 80, 87, 141-142, 279, 287, 336, 417, 683,
804, 806
- José (hermano de Jesús), 279-280
- José (hijo de Jacob), 145, 572
- José de Arimatea, 114, 287, 471, 771, 812, 815-816, 822
- Josefo, 108, 213, 279, 323, 339, 461, 475, 779
- Josué, 137, 145, 203-204, 388, 393, 415, 618, 689
- Joyce, William (“Lord Haw Haw”), 532
- Juan el Anciano, 18
- Juan el Bautista, 476, 533, 545, 564-565, 592
 - conexiones con Jesucristo, 121-134
 - testimonio de, 47-58
- Juan (apóstol), 730, 788
 - como el discípulo amado, 771, 850
 - como testigo ocular, 841, 850
 - cuidado de María confiado a, 806
 - en la tumba de Jesús, 817-818
 - persecución de, 627
- Judá, 141
- Judas (no Iscariote), 577
- Judas Iscariote, 17, 74-75, 142, 268, 271-272, 338
 - hipocresía de, 469-472, 533-534
 - importancia de, 541, 611
 - Satanás y, 523-524, 539-541
 - traición a Jesús, 477, 527, 531-541, 759-761
- Judíos,
 - afirmaciones de Cristo y, 513, 517
 - definición de, 59-60

- gentiles y, 483-485
- hipocresía de los líderes, 515-516, 780-781
- en el juicio de Cristo, 780-785
- y la muerte de Cristo, 788-789
- Pablo y, 624
- Pilato y, 789-795
- resurrección y, 673-675
- Véase también* Israel
- Juicio (de Jesús)
 - acusación (de los líderes judíos), 780-782
 - ante Anás/Caifás, 768-770
 - interrogatorio, 782-785
 - naturaleza ilegal de, 773-774
 - pánico de Pilato, 793-795
 - propuestas de Pilato, 789-793
- Juicios, 26, 38, 102-103, 108, 122-125, 166, 183-192, 198-199, 203-215, 267, 275-277, 285-286, 329-336, 403-404, 512-513, 517, 653-655
- Justicia, 654
- Justino Mártir, 15, 283, 301, 360, 627

- Keller, Philip, 413
- Kent, Homer A., Jr., 133, 159, 375, 458, 853
- Knox, John, 240
- Köstenberger, Andreas J., 462, 471, 500, 537, 549, 604, 706, 771, 782-783, 796, 800, 836, 848, 853
- Kruse, Colin, 243, 470, 606, 853

- Lago de fuego, 503, 599
- Lake, Kirsopp, 822
- Latimer, Hugh, 646
- Lavado de los pies, 468, 524-529, 534
- Lázaro, 466-467, 472-473, 478-479, 486
 - enfermedad para la gloria de Dios, 431-438
 - llegada de Jesús y, 439-446
 - resurrección de, descripciones de, 447-453
 - resurrección de, reacciones a, 455-463
 - trasfondo de, 13-14, 17, 194, 373
- Lea, 378
- Lenski, R. C. H., 73, 99, 110, 344, 443, 502, 629, 652, 723, 738, 853

Leónidas rey de Esparta, 531
 Leproso, 378-379
 Levitas, 59-60, 108
 Lewis, C. S., 96, 286
 Ley de Moisés, 54-57, 293-296
 Limpieza espiritual, 526-527
 Listra, 378, 509, 624
 Lloyd-Jones, D. Martyn, 240
 Longenecker, Richard N., 94
 Lutero, Martín, 240, 646, 682, 723, 763
 Luz/oscuridad, 511-514, 548

Macabeos, 423, 479, 660
 MacArthur, John, 99, 121, 129, 187, 199, 333, 412, 428, 477, 805, 853
 Malco, 764, 769, 771, 775
 Maná, 224, 243-244
 Manahem, 532
 Manasés, 223
 Manípulo, 760
 Manoa, 211
 Mantey, Julius, R., 30
 Mar de Tiberias (Lago de Galilea), 837-840
 Marción, 15
 Marshall, I. Howard, 86
 María (esposa de Cleofas), 806
 María (hermana de Marta), 465-473, 534
 María (madre de Jesús), 48, 58, 85-92, 141-142, 279, 322, 417, 681, 771, 805-806
 María Magdalena, 327, 797, 804, 806, 809, 816-818, 824, 826
 Marta, 15, 287, 322, 333, 373, 431-439, 449-452, 466-467, 473
 Martirio, 627-628, 646-647 *Véase también* Persecución
 Matatías, 423
 Mateo, 645, 730
 Matías, 686, 729
 McDowell, Josh, 96, 140, 661
 McGrath, Alister, 242, 279, 853
 Mesías, 475-477, 479, 663, 693
 Metzger, Bruce M., 321
 Meyer, H. A. W., 30

- Micaías, 368
- Michaels, J. Ramsey, 854
- Milagros, 476, 514, 565
- Milenio, 32, 193, 199, 503, 599, 655
- Mishná, 108, 179, 779
- Misterio, 619-620
- Misticismo, 95-96
- Mitchell, Curtis C., 691
- Modernidad, 348
- Moisés, 454-55, 57, 80, 118-120, 129-130, 137, 155, 181, 211-215, 223-224, 243, 268, 293-296, 337-338, 343, 353, 367, 388-389, 394, 410, 415, 432, 440, 662
- Monte de los Olivos, 319-327, 540, 628, 759
- Montgomery, John Warwick, 94, 661, 665
- Moo, Douglas J., 14, 853
- Moradas (celestiales), 559-561
- Morir al pecado, enseñanzas sobre, 337-345
- Morris, Henry M., 660
- Morris, Leon, 14, 16-17, 30, 61-62, 134, 180, 213-214, 236, 243, 281, 311, 320, 332, 336, 350, 383, 429, 535, 593, 647, 694, 705, 734, 769, 779, 794, 803, 853-854
- Movimiento puritano, 240
- Muerte (de Jesucristo) control de Cristo sobre su, 477-478, 522, 757-758, 807-808
 - creyentes, significado para, 591-594, 810-812
 - naturaleza de Dios revelada por, 546-547
 - ordenanzas de la Iglesia, centrales a, 499, 592
 - poder de Cristo sobre, 812-818
 - propósitos de Cristo, 504, 593-600
 - resumen de, 495-501
 - victoria alcanzada por, 503-504*Véase también* Cruz; Crucifixión
- Muerte negra, 377
- Mujer atrapada en adulterio, 323-327
- Mujer samaritana, 13, 39, 143, 146-153, 167, 185, 321, 327, 333, 370, 401, 483
- Mujer sirofenicia, 170
- Mundo, 119-120
 - ceguera del, a la verdad, 573-574

control de Dios sobre, 692-694
creyentes y, 628-634, 637-638, 718, 736
juicio de Dios sobre, 503
paz/confusión de, 585-586
redención de Cristo y, 683

Nabucodonosor, 275-276
Nacimiento espiritual, 105-114
Nahum, 317, 509
Nardo, 468
Natán, 141
Natanael, 18, 39, 79-83, 87-88, 287, 444, 730, 804, 837 *Véase también*
Bartolomé
Naturalismo, 678
Nazaret, 478, 804
Neftalí, 330
Negación personal, 643-644
Negaciones (de Pedro), 770-775
Nehemías, 147, 415, 690, 845
Nerón, 624, 626-627
Nicodemo, 13, 83, 102, 105, 107-119, 123-124, 130, 135, 143, 152,
167, 210, 287, 316-317, 323, 373, 389, 471, 498, 771, 815-816
Nicoll, W. Robertson, 27, 134
Nínive, 158, 484, 662
Noé, 509, 738
Nombre (de Dios), 717
Nombres y títulos de Jesucristo, 26, 37-38, 64-94, 99, 105-106, 109-123,
132, 165-167, 184-201, 275, 285-286, 349, 407-410, 431-433
Nueva Jerusalén, 51, 560
Nuevo mandamiento, 548-550
Nuevo nacimiento, 105-114
Nuevo pacto, 127-138, 828-829
Nuevo Testamento, 658, 661, 664-665, 690, 738

Obediencia

amor y, 577-578, 605-606
bendiciones de, 842
fe y, 570, 616, 713-714, 716
resultados de la salvación en, resultado de, 617

- Omri, 145
- Oposición. *Véase* Persecución
- Oración, 621, 676
 como intercesión, 697-698, 727-729
 de Jesús, 691
 en el Antiguo Testamento, 689-690
 “en el nombre de Jesús,” 566-567, 680
 en el Nuevo Testamento, 690-691
Véase también Oración sacerdotal
- Oración sacerdotal (de Jesús)
 ambiente de, 692-696
 como la oración de Jesús, 699
 importancia de, 698-699
 plan eterno de Dios y, 701-711
 por sus discípulos, 716-717, 727-739
 por todos los creyentes, 728-729, 749-755
 sustancia de, 696-698
 resumen de, 755
Véase también Oración
- Oración del Señor, 699
- Orígenes, 15
- Oscuridad/luz, 511-514
- Oseas, 488, 513, 532, 603
- Ott, Ludwig, 259
- Owen, John, 240, 559
- p52, p66 y p75 (fragmentos de papiro), 16, 20
- Pablo, 25, 31-43, 49-55, 69-71, 81, 114, 118-119, 128-136, 156-158, 169, 181, 192, 194-197, 200-201, 206-211, 223, 247, 261-262, 268, 277-278, 292, 300-305, 324-327, 340-341, 351-354, 358-362, 378, 395, 397-398, 418-419, 432, 448, 645
- persecución de, 623-624, 649.650
 sanedrín y, 774
 sobre los gentiles, 484-485
 sobre la restauración de Israel, 488
Véase también Saulo de Tarso
- Paciencia, de Dios, 507-511
- Packer, J. I., 242, 279, 853
- Pacto abrahámico, 128-130

- Pacto davídico, 129-130, 489
- Pacto mosaico, 129
- Pacto noeico, 129
- Pacto sacerdotal, 129
- Pactos, 127-138, 489, 828
- Padre, Dios como. *Véase* Dios Padre
- Países musulmanes (hostilidad hacia el cristianismo), 646
- Palabra, 697
- Palabra de Dios. *Véase* Biblia
- Palabras (de Cristo), 700
- Pan mojado (en la Santa Cena), 539
- Panes y peces, milagro de, 217-225
- Papías, 18
- Papiro Egerton 16, 20
- Paracleto. *Véase* Espíritu Santo
- Pascua, 17, 60, 73, 93-100, 102-103, 219-220, 277-283, 297-299, 307-317, 462-463, 466-468, 521-522, 779
- Pastor, Jesucristo como, 407-420
- Patio de los gentiles, 97, 489
- Patio de las mujeres, 330-336
- Patmos, 19, 623, 627, 640
- Patriarcas, 75, 296, 410, 517, 662
- Paz
 - conciencia y, 588
 - definición, 581-582
 - del mundo, 585-586
 - experimentada, 583-584, 587
 - fuelle de, 584-585
- Pearcey, Nancy, 678
- Pecado, 631-632, 647, 653-655, 797-798, 810, 829
- Pecado imperdonable, 623
- Pedro (Cefas), 13-14, 18-20, 35, 40, 51, 62, 69-83, 93-94, 96, 133, 287, 292, 378, 408, 484, 538-539, 788, 846-851
 - en el arresto de Jesús, 500, 764
 - en Pentecostés, 476
 - en la tumba de Jesús, 817-818
 - lavamiento de los pies y, 524-525
 - negaciones de, 551-552, 771-775,
 - persecución de, 623, 627, 645, 848-849

- pesca en el lago de Galilea, 837-840
- Peka, 532
- Pelagianismo, 246
- Pentecostés, 199, 240, 266, 312, 476, 559, 666, 674-675, 684, 744
- Perdón, 549-550, 592-593
- Pericles, 531
- Persecución, 623-628, 631, 636, 645-653 *Véase también* Martirio
- Persecución, Jesucristo, 173-182
- Pesca (regreso de los discípulos a), 837-840
- Pétain, Henri, 532
- Pilato (Poncio), 14, 38, 307-308, 353
 - historia de la vida de, 780
 - líderes judíos, propuestas a, 790-792
 - y sepultura de Jesús, 815
 - su inscripción en la cruz, 803-804
 - su interrogatorio a Jesús, 782-785
 - su sentencia a Jesús, 795-796
 - temor por una agitación, 793-795
 - Véase también* Juicio (de Jesús)
- Pink, Arthur W., 508
- Plinio, 626-627
- Poda, 606-607
- Policarpo, 15, 20, 646
- Polícrates, 772
- Poncio Pilato. *Véase* Pilato (Poncio)
- Pórtico de Salomón, 423-424, 433
- Posmodernidad, 348, 353, 562, 637, 677-678, 784
- Pozo de Jacob, 145, 157
- Pregunta más importante de la vida, enseñanza de Jesús sobre, 307-317
- Pretorio, 522, 778-782, 790-793
- Primero y el Último, El, 26, 94, 408
- Profetas mentirosos, 412
- Profetas y profecía, 28, 39-40, 60-65, 92-93, 112-113, 139-152, 158, 190, 193-194, 204-208, 292, 368, 392-393, 411-415, 461-463, 471, 475, 487, 495-497, 735, 813-814
- Propósitos del Evangelio de Juan, 21
- Prostitución espiritual, 203-215
- Protección espiritual, 732-737
- Pseudoconversiones, 106

Ptolomeo, 15
 Publio, 378
 Pueblo escogido, 155-156
 Puerta y portero, Jesús como, 407-419

 Queriot, 272, 533
 Quisling, Vidkun, 532
 Qumrán, 660

 Rabí, 826
 Racionalismo, 256, 677
 Ramas, 605-612
 Ramas de palma, 479
 Raquel, 378
 Rechazos de las afirmaciones de Jesucristo, 367-376
 Reconciliación, 592-593
 Redentor, 26
 Reforma, 240, 646
 Regeneración, 105-114, 653, 667
 Reina de Saba, 662
 Reinado (de Jesús), 480-481, 782-784, 796, 803-804
 Reino de los cielos, 59, 240
 Reino de Dios, 26, 89, 106-107, 109-110, 183-184, 241
 Relativismo, 348, 562, 613, 637, 678, 784-785
 Responsabilidad (del hombre), 713-716
 Resurrección, 193-201, 431-438
 Resurrección (de Jesucristo)
 apariciones, resumen de, 824
 como demostración de su poder sobre la muerte, 816-818
 discípulos y, 827-833
 María Magdalena y, 824-826
 salvación y, 820
 teorías de negación, 821-824
 Tomás y, 830-833
 Revelación, 662-667, 677
 Rey de Israel, 82
 Rey de reyes, 275
 Reymond, Robert L., 30
 Reynolds, H. R., 729

Río Jordán, 475
 Robertson, A. T., 30
 Rollos del Mar Muerto, 660
 Roma, 623-626, 779
 Rosenthal, A. M., 647
 Rosscup, J. E., 476
 Ryle, J. C., 591

Sabbethai Zebi, 475
 Sacerdocio de los creyentes, 682
 Sacerdotes y levitas, 59-64
 Sacramentos, 592
 Saduceos, 63, 108, 303, 323, 368, 443, 459, 461, 472, 487, 522, 623, 679
 Salomé, 19, 771-772, 805
 Salomón, 57, 141, 256, 286, 290, 338, 340, 359, 405, 415, 532, 657, 690
 Salum, 532
 Salvación, 701-704, 710, 724, 743-744
 Samaritanos, 17, 144, 146-153, 168, 370, 609, 780-781
 Samuel, 38, 815
 Sanedrín, 108- 110, 194, 287, 304, 316, 324, 459-462, 466, 487, 774, 778, 788, 815, 822
 Sangre de Jesucristo, 247, 249, 260-263, 593, 681
 Sangre y agua, 813
 Sanidad, milagros de, 165-182
 Santa Cena, 13, 499, 522, 528, 625
 Santificación, 737-739
 Santo, El, 26
 Sara, 378
 Sarepta, 378, 662
 Satanás, 34-35, 92, 116, 160, 272, 332, 342, 349, 357-368, 371, 404, 427
 Judas Iscariote y, 523-524, 539-540
 juicio de, 503, 598, 655
 mundo, control de, 598, 629
 poder de Dios sobre, 547, 734, 736
 Saulo de Tarso, 108, 323, 623, 824
 Véase también Pablo

Schaeffer, Francis, 348, 549-550
 Schreiner, Thomas, 705
 Seba, 532
 Sectas, 343
 Séder, 60
 Segunda Venida, 561
 Segundo nacimiento, 105-114
 Semana de la pasión, 14, 99, 241, 304, 369, 434, 469
 Semi-pelagianismo, 246
 Seminario de Jesús, 86, 94, 184
 Senaquerib, 276
 Señales externas, de los cristianos, 543-544
 Señales y milagros. *Véase* Jesucristo, milagros de
 Señor del día de reposo, 26
 Señor de la gloria, 26, 408
 Señor de señores, 26, 275
 Seol, 69, 194
 Septuaginta, 343, 807
 Sepultura, 471, 814-815
 Sermón del Monte, 241, 550, 565, 587
 Shalom, 581-582
 Shea, Nina, 647
 Shofar, 310
 Siervos y esclavos, 90
 Silas, 401, 687
 Simón (Pedro). *Véase* Pedro (Cefas)
 Simón Bar-Jonás. *Véase* Pedro (Cefas)
 Simón Bar-Kojba, 213, 475
 Simón de Cirene, 76
 Simón Iscariote, 272, 533, 729
 Simón el leproso, 76, 466-467, 469
 Simón Macabeo, 479
 Simón el mago, 267
 Simón Zelote, 75, 645, 730
 Smith, D. M., 771
 Smith, James F., 661
 Smith, M. A., 626
 Soberanía (de Dios), 713-715, 719, 789, 794
 Soccì, Antonio, 628

Sócrates, 57, 531
 Sodoma, 267, 456, 662, 689
 Soliloquios mesiánicos, 299
 Sproul, R. C., 664
 Spurgeon, Charles, 240, 245, 402, 510, 728

Tabernáculos, Fiesta de. *Véase* Días de fiesta y días santos
 Taciano, 15
 Tácito, 626
 Tadeo, 577, 645, 730
 Talmud, 80, 107-108, 779, 790
 Tasker, R. V. G., 73, 102, 270, 502, 854
 Templo, 478, 518, 768-769
 Tenney, Merrill C., 459, 476, 667, 716, 854
 Teófilo de Antioquía, 15
 Teología de la liberación, 184
 Teólogos neo-ortodoxos, 184
 Teoría de la alucinación (de la resurrección), 822
 Teoría del desvanecimiento (de la resurrección), 821
 Teres, 532
 Termópilas, 531
 Tertuliano, 15, 177, 626
 Tesalónica, 261, 624
 Testigos
 de la encarnación de Jesucristo, 53-56
 de Jesucristo como deidad, 203-215
 Testigos de Jehová, 130, 343, 573
 Testimonio de los cristianos, 638-639, 646, 739
 Tetragrámaton, 343, 717
 Teudas, 475
 Thiessen, Henry C., 497
 Thomas, I. D. E., 383
 Thomas, Robert L., 19, 199, 522, 665, 769
 Thompson, J. A., 661
 Tiberio, 219, 780-781, 795, 837
 Tiempo divino, 275-283
 Tierra prometida, 119, 203, 388-390
 Timoteo, 277, 349, 358, 401, 645
 Tinieblas espirituales, 35-37

Tomás, 15, 18, 40, 80, 287, 438, 645, 730, 830-833
 Towns, Elmer, 854
 Traición, 531-533
 Traidores, 531-532
 Trajano, 626-627
 Transfiguración, 639, 663, 691
 Traspasado, El, 26
 Tribulación, 503, 609
 Tribunal de justicia, 109
 Trifón, 283, 301, 360
 Trinidad, 26
 Tropezar, 648
 Tropezadero, 335
 Tumba (piedra removida), 814-816, 825
 Tyndale, William, 646

Unidad

- características de, 745-747
- espiritual, 741
- fe y, 742-743
- marcas de, 741-742
- petición de Jesús por, 744-745
- resultado de, 2732, 747-748

Unión hipostática, 47
 Unión Soviética, 749
 Uzías, 433

Valerio, Grato, 469, 769-770
 Vedder, Henry Clay, 646
 Verbo, Jesucristo como divino, 25-36

- encarnado, gloria de, 47-56
- encarnado, respuestas a, 37-46

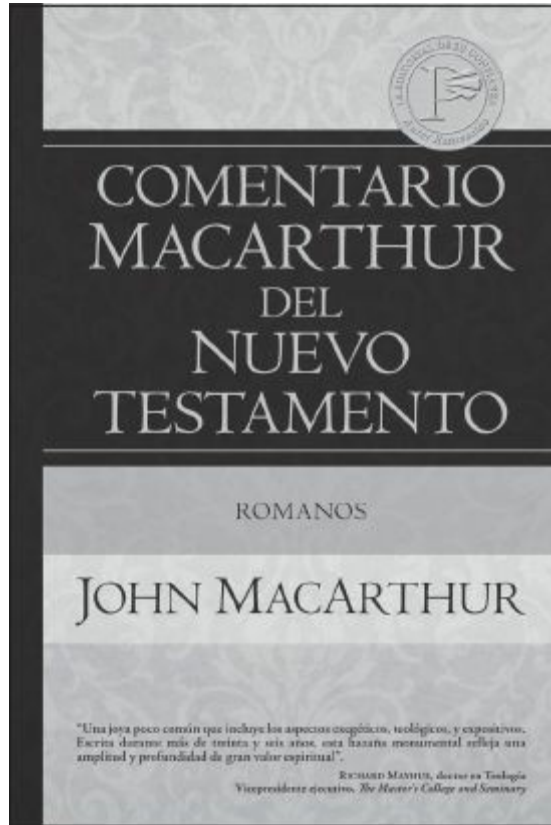
 Verdad, 562, 573, 578, 618-620, 664-667, 784
 Verdaderos y falsos discípulos, 227-237, 268-269
 Verificación de las afirmaciones de Jesucristo, 285-296
 Vid/viña, 601-612
 Vida eterna, 120-123, 265-273, 636, 707-709. *Véase también* Pan de vida
 Viejo pacto, 128-129, 522

Vine, W. E., 617
Vino del agua, milagro, 85-92
Visión espiritual y ceguera espiritual, enseñanzas de Jesús sobre, 397-406
Vos, Howard F., 625

Walker, Edward, 646
Wallace, Daniel B., 16, 854
Walvoord, John F., 591
Watson, Thomas, 689
Wesley, Charles, 29, 50, 356, 372, 589
Wesley, John, 240
Westcott, B. F., 16, 52, 320, 758, 854
Whitefield, George, 240
Wishart, George, 646
Witherington, Ben III, 693

Yahveh (YHWH), 26, 186, 343, 683, 717
YO SOY, declaraciones, 25-26, 34, 53, 94, 152, 185-186, 194, 244-245, 262, 331, 335, 343, 415-416, 440, 443, 456, 562, 602, 605, 718, 811

Zabulón, 317, 330
Zacarías, 40, 58, 129-130, 399, 445
Zacarías (profeta), 101, 408, 412, 480, 493
Zaqueo, 74, 287, 457
Zebedeo, 18-19
Zebi, Sabbethai, 475
Zelotes, 108, 323, 487
Zeus, 423
Zimri, 532
Zorobabel, 101

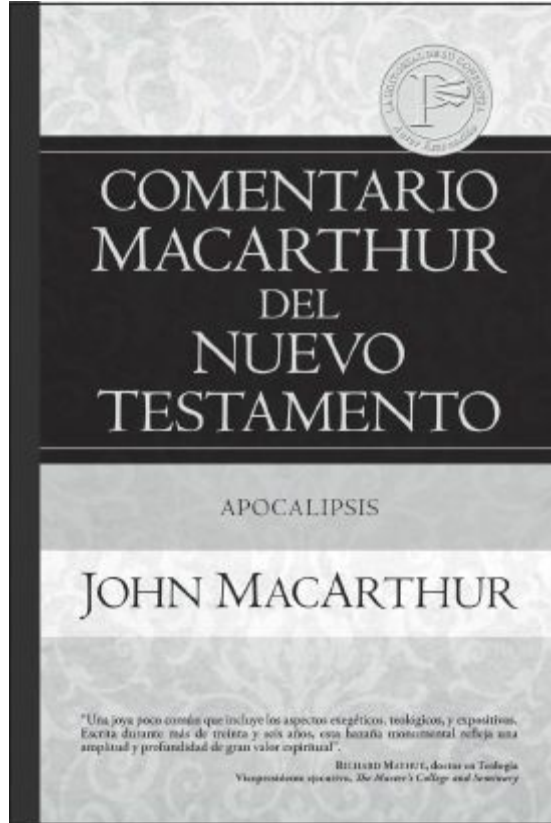


“El *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento* es la culminación de los comentarios bíblicos, así de sencillo. No se había visto desde los tiempos de Juan Calvino en Ginebra que un pastor permaneciera en el púlpito y produjera un conjunto teológico semejante a este. Hay aquí exégesis, exposición, doctrina, homilética, hermenéutica, revelación, pastoral y práctica; todo en esta serie. Si me encerrara en una habitación para preparar un sermón y solo tuviera una Biblia y una herramienta de referencia, esta sería la herramienta: El *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento*, un tesoro expositivo sin par. No volveremos a ver en esta generación una obra de esta magnitud producida por un solo hombre”.

—*Dr. Steven J. Lawson,*

Pastor principal, Christ Fellowship Baptist Church, Mobile, AL (USA)

ISBN: 978-0-8254-1802-0 Romanos, tapa dura

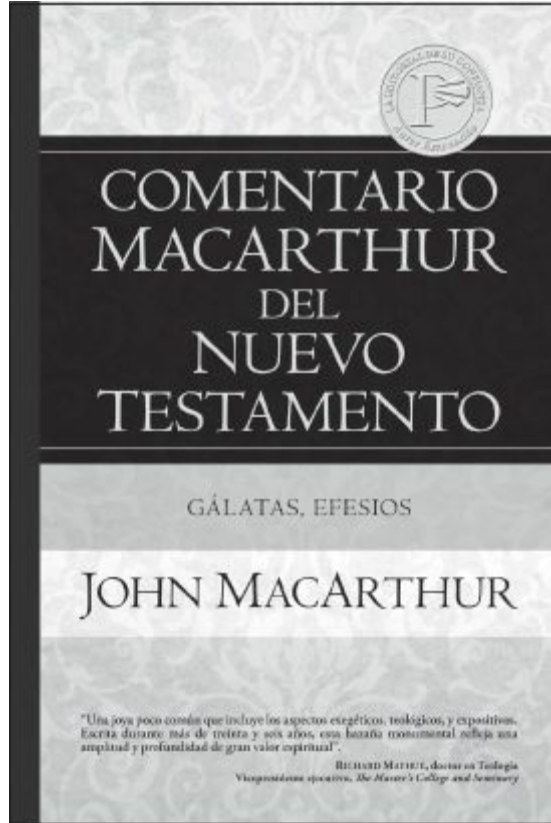


“El *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento* es la culminación de los comentarios bíblicos, así de sencillo. No se había visto desde los tiempos de Juan Calvino en Ginebra que un pastor permaneciera en el púlpito y produjera un conjunto teológico semejante a este. Hay aquí exégesis, exposición, doctrina, homilética, hermenéutica, revelación, pastoral y práctica; todo en esta serie. Si me encerrara en una habitación para preparar un sermón y solo tuviera una Biblia y una herramienta de referencia, esta sería la herramienta: El *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento*, un tesoro expositivo sin par. No volveremos a ver en esta generación una obra de esta magnitud producida por un solo hombre”.

—*Dr. Steven J. Lawson,*

Pastor principal, Christ Fellowship Baptist Church, Mobile, AL (USA)

ISBN: 978-0-8254-1803-7 Apocalipsis, tapa dura



“El *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento* es la culminación de los comentarios bíblicos, así de sencillo. No se había visto desde los tiempos de Juan Calvino en Ginebra que un pastor permaneciera en el púlpito y produjera un conjunto teológico semejante a este. Hay aquí exégesis, exposición, doctrina, homilética, hermenéutica, revelación, pastoral y práctica; todo en esta serie. Si me encerrara en una habitación para preparar un sermón y solo tuviera una Biblia y una herramienta de referencia, esta sería la herramienta: El *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento*, un tesoro expositivo sin par. No volveremos a ver en esta generación una obra de esta magnitud producida por un solo hombre”.

—*Dr. Steven J. Lawson,*

Pastor principal, Christ Fellowship Baptist Church, Mobile, AL (USA)

ISBN: 978-0-8254-1804-4 Gálatas, Efesios, tapa dura



La Biblia cronológica
F. LaGard Smith

UNA BIBLIA COMO NINGUNA OTRA

La Palabra de Dios en orden, tal como ocurrieron los hechos.

Esta presentación única de la Palabra de Dios en orden de acontecimientos nos ayuda a ver y entender con más claridad el plan redentor desde la creación hasta el Apocalipsis. Mediante el orden de sucesos, el creyente apreciará el plan de Dios para su vida como nunca antes. La lectura de la Biblia será más informativa y vibrante. Al ver la perspectiva global y cada parte individual en su contexto adecuado, el lector se sentirá a veces complacido, a veces sorprendido, y siempre edificado.

En *La Biblia cronológica* encontrará:

La versión Reina-Valera 1960

...la versión más utilizada de las Escrituras, una traducción respetada y fácil de entender.

Un arreglo histórico de cada libro de la Biblia

...permite comprender el plan redentor de Dios desde la creación hasta el Apocalipsis en el orden de los acontecimientos.

Comentarios devocionales

...para guiar al lector de pasaje en pasaje y preparar la escena con datos históricos y nuevas percepciones espirituales.

365 secciones de fácil lectura

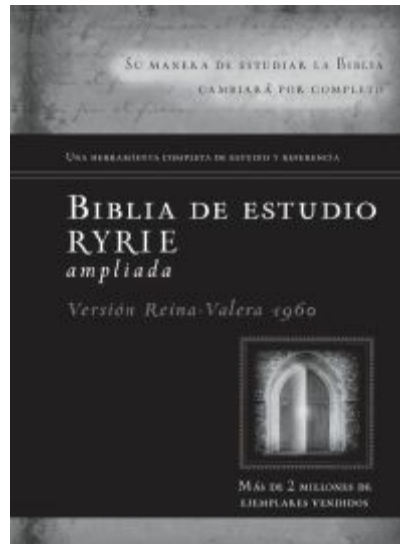
...para leer toda la Palabra de Dios en un año.

Un enfoque temático de Proverbios y Eclesiastés

...para conocer aspectos concretos de la sabiduría de Dios.

ISBN: 978-0-8254-1635-4 / Tapa dura

ISBN: 978-0-8254-1609-5 / Deluxe



La *Biblia de estudio Ryrie ampliada* es una herramienta única y amplia que satisface todas las necesidades del estudio de la Biblia. Incluye:

- 10.000 notas explicativas concisas
- Abundantes mapas, cuadros, cronologías y diagramas
- Extensas referencias cruzadas
- Bosquejos de los libros en un formato fácil de leer
- Introducción minuciosa a cada libro
- Introducción al Antiguo y Nuevo Testamento así como a los Evangelios
- Índice de temas ampliado
- Amplia concordancia
- Breve resumen de doctrinas bíblicas
- La inspiración de la Biblia
- Cómo comprender la Biblia
- Cómo nos llegó la Biblia
- Significado de la salvación y bendiciones que comporta
- La arqueología y la Biblia
- Panorama de la historia de la iglesia

“La Biblia es el libro más grandioso de todos; estudiarla es la más noble de todas las ocupaciones; entenderla, la más elevada de todas las metas”.

—Dr. Charles C. Ryrie

Tapa dura	978-0-8254-1816-7
Tapa dura con índice	978-0-8254-1819-8
Imitación piel, azul	978-0-8254-1817-4
Imitación piel, negro	978-0-8254-1818-1
Imitación piel, azul con índice	978-0-8254-1820-4
Duotono, marrón	978-0-8254-1829-7

Disponible en su librería cristiana favorita o en www.portavoz.com

La editorial de su confianza



NUESTRA VISIÓN

Maximizar el efecto de recursos cristianos de calidad que transforman vidas.

NUESTRA MISIÓN

Desarrollar y distribuir productos de calidad—con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

NUESTROS VALORES

Nuestros valores se encuentran fundamentados en la Biblia, fuente de toda verdad para hoy y para siempre. Nosotros ponemos en práctica estas verdades bíblicas como fundamento para las decisiones, normas y productos de nuestra compañía.

Valoramos la excelencia y la calidad

Valoramos la integridad y la confianza

Valoramos el mérito y la dignidad de los individuos y las relaciones

Valoramos el servicio

Valoramos la administración de los recursos

Para más información acerca de nuestra editorial y los productos que publicamos visite nuestra página en la red: www.portavoz.com